



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
POSGRADO EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

## LOS CUADERNOS ANTES DE LA CÁRCEL

TESIS

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE DOCTORA EN CIENCIAS POLÍTICAS

PRESENTA:  
FRANCESCA SAVOIA

Director de tesis  
Dr. LUCIO OLIVER COSTILLA  
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM

MIEMBROS DEL COMITÉ TUTOR

Dr. GIUSEPPE VACCA  
Fondazione Antonio Gramsci (Roma, Italia)  
Dr. FRANCISCO PIÑON GAYTÁN  
Departamento de Filosofía UAM-IZT

CIUDAD UNIVERSITARIA, CDMX, SEPTIEMBRE, 2020



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*All' amore dei miei genitori*

## Índice

1.	Introducción. El Gramsci de la historia y de la política.....	2
1.1.	“Sólo” un episodio.....	2
1.2.	Los tres Gramsci .....	21
1.3.	La historia como tradición y como praxis .....	41
2.	El problema histórico de la democracia desde Gramsci, hacia Marx y Lenin.....	62
2.1.	Forma social y forma Estado .....	62
2.2.	Marx y la conciencia de la historicidad .....	91
2.3.	Lenin y el horizonte de lo popular .....	114
2.4.	Revolución y Estado de compromiso.....	150
2.5.	Cuestionando sentidos comunes .....	172
3.	País, socialismo y el “triple o cuádruple provinciano” .....	183
3.1.	La especificidad italiana en el cuadro de la socialdemocracia europea .....	183
3.2.	Croce y la “obsesión” con Marx .....	221
3.3.	Entre Turín y los males de Italia .....	246
4.	Empero, en aquel entonces, yo era tendencialmente crociano .....	279
4.1.	Hacia Gramsci: ¿Desde Tasca o desde Togliatti?.....	279
4.2.	El método como cuestión política de los intelectuales .....	322
5.	¿Entonces, eso no es socialismo? .....	355
5.1.	Yo soy un revolucionario, un historicista. ....	355
5.2.	Nuestro punto de vista .....	393
6.	Conclusiones abiertas: el primer parte agua .....	429
6.1.	. 1917-18. Legitimar a Lenin elaborando Marx .....	429
6.2.	. 1918-19. Hacia “L’Ordine Nuovo”, continuidad y ruptura. ....	456
6.3.	. La perspectiva de la historia mundial .....	477
7.	Referencias bibliográficas.....	524

## 1. Introducción. El Gramsci de la historia y de la política.

A nosotros el futuro nos atormenta, también el pasado. Muchos de nuestros bienes nos perjudican. Así, el tormento del miedo regresa acarreado por la memoria; la providencia lo anticipa. Nadie se contenta sólo con el presente para ser desgraciado.  
Seneca, 65 AD

Los espíritus mediocres conciben, en tales épocas, una idea inversa a la de los estrategas de cuerpo entero. Creen poder reparar el daño sufrido reduciendo las fuerzas combatientes, dispersándolos, concluyendo un tratado de paz con las necesidades reales, al revés de lo que hizo Temístocles cuando, amenazada Atenas por la destrucción, movió a los atenienses a abandonar la ciudad, para crear una nueva Atenas en el mar, en otro elemento.  
Marx, 1841

Yo soy un revolucionario, un historicista.  
Gramsci, 1917

### 1.1. “Sólo” un episodio.

Los *Cuadernos de la cárcel* no sólo son historia, sino historia viva, provocadora porque desprovista del ropaje del teoricismos. Tal vez por eso apasionan y agotan, por la engañosa transparencia de un lenguaje que ofrece lo mejor de sí en la polémica con sus contemporáneos, necesitando de sus intérpretes la construcción de un bagaje cultural amplio al fin de percibir cómo un pensamiento que aborrece sistemáticamente el encasillamiento de las definiciones aspire a una sistematicidad profunda. ¿Con quién y qué disputa Antonio Gramsci? Los contemporáneos califican como tales si existen antepasados ilustres, los que han sentado los parámetros conceptuales, y, con aquellos, los mismos deslindes del embate político. En otros términos, los de la *praxis*, no hay pasado, para Gramsci, que no sea presente, en la misma medida en la cual no puede haber una historia como pasión, una política, separada de la historia como saber, una teoría.

“La afirmación de que el marxismo es una filosofía nueva, independiente, es la afirmación de la independencia y originalidad de una nueva cultura en incubación, que se desarrollará con el desarrollo de las relaciones sociales. Lo que existe es 'combinación' de viejo y nuevo, equilibrio momentáneo correspondiente al equilibrio de las relaciones sociales. Sólo cuando se crea un estado es realmente necesario crear una alta cultura. De todos modos la actitud debe ser siempre crítica y nunca dogmática, debe ser una actitud en cierto sentido romántica, pero de un romanticismo que conscientemente busca su sereno clasicismo”<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> C. 4 § 3. Gramsci, Antonio, *Quaderni del carcere*, Edizione critica dell'Istituto Gramsci. A cura di Valentino Gerratana. Torino: Einaudi, [1975] 2007.

¿Cuál inteligibilidad de la historia en y desde Gramsci? ¿Cuál relación, además, entre este saber de la historia y del Estado? ¿En qué sentido cultura política? Las preguntas que animan esta investigación, resumibles en qué pueda significar *historicismo absoluto* según Gramsci, tienen la pretensión de leer a Gramsci a través de Gramsci, historicizarlo en manera tal de hacer emerger desde la política el núcleo teórico de su *autonomía u originalidad filosófica*. Una dimensión profunda, ignorando la cual, señalaba Leonardo Paggi, es casi inevitable hacer con Gramsci, lo mismo que este último, reflexionando en el 1925 sobre la fortuna de Marx en Italia, calificaba como un “perejil para todas las indigestas salsas que los más imprudentes aventureros de la pluma han querido poner en venta”.<sup>2</sup>

Se asoma entonces una primera dificultad, constantemente advertida en el curso de esta labor de investigación. Empezar esta dirección, acercarse al marxismo según Gramsci siguiéndolo en su proceso de maduración político-intelectual, impide eximirse de tener en consideración la historia política de aquello que suele llamarse “gramscismo”. La cuestión es en sí un tema-problema y como tal una labor de investigación con sus propias coordinadas. Aun así, un intento de clarificación, por mucho que modesta, me parecía imprescindible. En primer lugar el interés por Gramsci, suele recordarse al inicio de casi toda monografía a él dedicada, se ha caracterizado por la acumulación de una inmensa literatura que, a su vez, se ha extendido, desde hace décadas, a escala internacional.<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> Gramsci, A. *Necessità di una preparazione ideologica di massa* en S (1967), p. 602.

<sup>3</sup> Las primeras bibliografías dedicadas a la recopilación de los estudios sobre Gramsci fueron las editadas por Elsa Fubini y publicadas en apéndice a las actas del convenio internacional del 1967 -realizado en Cagliari y titulado “Gramsci y la cultura contemporánea”- y del convenio de Florencia del 1977, “Política e historia en Gramsci”. En el 1988, John M. Cammett, historiador estadounidense y autor de la primera monografía sobre Gramsci en lengua inglés - *Antonio Gramsci and the Origins of Italian Communism* (1967), en colaboración con la *International Gramsci Society*, iniciaba la compilación de la primera versión de la *Bibliografía Gramsciana*. Recogidas más de siete mil contribuciones en veintiocho lenguas diferentes, la bibliografía fue presentada en versión provisional al convenio de Formia del 1989, “Gramsci nel mondo”, y publicada en el 1991 como primer número de la serie de los “Annali” de la Fundación Gramsci. Desde el 1995 la bibliografía, digitalizada, recoge monografías, ensayo, artículos de revistas y periódicos a partir del 1922, así como las publicaciones y traducciones de los escritos de Gramsci a partir del 1927; es actualizada por investigadores de la Fundación en colaboración con estudiosos de todo el mundo y ha alcanzado la

cantidad de más de veinte mil documentos en cuarenta y unos idiomas. Según la introducción de Cammett, los resultados de la investigación bibliográfica mostraban como, antes del 1937, Gramsci fuera prácticamente desconocido no solamente en el movimiento comunista internacional, sino también para algunos de los miembros de su propio partido. Relativamente al contexto italiano, ya en el año sucesivo a su muerte, habían exponencialmente aumentado las citaciones y primeras labores dedicadas a su figura. Con la primera edición Einaudi de las *Cartas de la cárcel*, en el 1947, y de los *Cuadernos*, en el 1948, la cantidad de publicaciones anuales habría constantemente aumentado, con un primer salto cualitativo en el 1966- “desde entonces la ‘producción anual’ no baja nunca de las cien publicaciones anuas”, y un segundo en el 1974, en pleno “euro-comunismo”, para detenerse, aún sólo relativamente, en los años ochenta. Por aquello que concierne el campo internacional, siempre según Cammett, en el 1988, las “voces “en español y portugués” eran “bastantes bienes representados” y exclusivamente gracias a la región latinoamericana. Relativamente a nuestros días, la contribución de los estudiosos extranjeros constituye el aporte más relevante, superando la mitad de las voces de la bibliografía. Liguori, en particular, señala dos líneas interpretativas a las cuales se debe la misma “fortuna”

La cuestión no es meramente cuantitativa, sino cualitativa y, por lo tanto, metodológica. Gramsci es un autor casi enteramente póstumo, y, en su caso, ha sido un partido, nacional y comunista, el centro de la irradiación de una obra materialmente a-sistemática y teóricamente “compleja, laberíntica, *abierta*”.<sup>4</sup> ¿Cuál la necesidad, empero, de regresar a este centro? *In primis*, la intención no es anteponer un Gramsci “de los italianos” a su legítima apropiación por parte de otras realidades histórico-políticas y tradiciones político-culturales, sino demostrar la necesidad de enfocarlo como problema leyendo a Gramsci desde Gramsci, historicizándolo. En lugar que asumirlo como un universal *a-priori* para interpretar una u otra historia particular, cumplir el recorrido contrario, considerar el clasicismo de quien fue tanto un intelectual, así como un dirigente político, desde el principio que para poder sostener la universalidad del primero hay que regresar a la particularidad del segundo. Solamente de esta manera, creo posible proceder según aquel esfuerzo de “traducción” que define el marxismo según Gramsci: una teoría que avanza como un universal abierto, en proceso de redefinición permanente.

Se podría replicar que el Gramsci político no sólo es parte de la historia de la cultura italiana, y, en particular, de su cultura de izquierda, sino también, y, tal vez, sobre todo, de la historia del movimiento comunista internacional, y con ella, del entero Novecientos, ambos incomprensibles sin la larga historia del movimiento obrero y su proceso de constitución en fuerza político-ideológica. Esta objeción, empero, es ella misma la secuela de una tradición que, buscando renovarse, insertó a Gramsci en un cuadro más amplio de la historia y política italiana, dando origen a una labor en la cual leer a la historia desde Gramsci y Gramsci desde la historia fueron conformando una sola *praxis*. Tal vez sea posible esclarecerlo, a manera de entrada, con un ejemplo.

---

de Gramsci a nivel internacional, en sus términos los “dos Gramsci”: el comunista, el político, él que fue primero el Gramsci de la vía italiana al socialismo y ahora referencia para considerar la posibilidad de una *praxis* comunista después del derrumbe del así llamado “socialismo real”, y el liberal y libertario, el intelectual más que él político, crítico *ante literam* del comunismo.” Cfr. Liguori, *Gramsci conteso, Interpretazioni, dibattiti e polemiche*. Roma: Editori Riuniti, 2012, *Introduzione*, pp. X-XI.

Refiriéndose a los orígenes de una labor, individual y colectiva, de más de dos décadas, así Giuseppe Vacca: “en el curso de los años ochentas el propósito de promover una nueva estación de estudios gramscianos se había radicado en mí por dos razones: la primera era la necesidad de remover la singular paradoja por la cual, mientras la fortuna internacional de Gramsci crecía con progresión geométrica, en Italia era invasivo el convencimiento que su pensamiento debía

ser consignado al ‘olvido’ [...] la segunda [que] era necesario reconstruir la unidad de teoría y biografía, y esto, para el periodo de la cárcel, exigía una mole de trabajo y de investigaciones que nadie habría podido cumplir por su propia cuenta”. Vacca, *Vita e pensieri de Antonio Gramsci*. 1926-1937. Torino: Einaudi, 2012, p. X-XI.

La bibliografía gramsciana es consultable en el sitio web de la Fundación Gramsci. <http://bg.fondazionegramsci.org/bibliogramsci/bibliografia?lang=it>.

Los datos proporcionados han sido recogidos de Annale I-Bibliografía Gramsciana 1922-1988 cura di John M. Cammett Editori Riuniti, Roma 1991 en <https://www.fondazionegramsci.org/periodici/annali/annale-i-bibliografia-gramsciana-1922-1988/>

<sup>4</sup> Cfr. Liguori, *Gramsci conteso*, cit. p. IX. Las cursivas son del autor.

Paolo Spriano señalaba como, en Italia, la “cuestión comunista” se abrió solamente con la guerra de liberación nacional del nazi-fascismo, siendo en este breve e intenso periodo que el Pci asumió por primera vez un rol protagónico efectivo en la historia del país.<sup>5</sup> En el último de cinco volúmenes dedicados a la historia del partido, la *Resistenza* es encuadrada según el principio metodológico de la contradicción entre estructura y superestructura, elaborado como dialéctica entre la dimensión internacional y la nacional de una relación entre fuerzas. El momento de la lucha por la hegemonía se abre con el embate para definir la forma político-ideológica del movimiento de “Liberación Nacional”. La historia como proceso inteligible y como hecho político valorable es leída como articulación entre los condicionamientos objetivos, el cuadro internacional, y el actuar subjetivo, la dimensión nacional, de una iniciativa programática, la comunista. La parte interesada queda así problematizada según su capacidad de dirigir el proceder de los eventos, el movimiento real de la historia, en una situación en la cual las masas populares se encuentran en proceso de movilización y redefinición ideológica y al fin de favorecer su conformación como sujeto político unitario. La inteligibilidad de la historia, la teoría, y su dimensión programática, la política, coinciden, en fin, en la reconstrucción historiográfica de una *praxis*, donde la concepción del partido se amplía como cuerpo social en movimiento y en proceso de constitución como capacidad dirigente -estatal- por iniciativa autónoma de una de sus partes.<sup>6</sup>

---

<sup>5</sup> Spriano, P., *Introduzione*, en *La Resistenza. Togliatti e il partito nuovo*, Vol. V de *Id. Storia del Partito Comunista Italiano*, Einaudi, Torino, 1967-1975. La obra, todavía una de las principales dedicadas a la historia del partido, abarca desde la fundación del PCd'I (1921), hasta los años de la Resistencia y el lanzamiento del “nuevo curso” (1944).

<sup>6</sup> La *Resistenza* italiana en contra del nazi-fascismo, a diferencias de otros casos europeos -reconstruye Spriano- se constituyó sin referente oficial entre las potencias aliadas y, surgiendo como núcleos de lucha armada clandestinos, se fue paulatinamente estructurando, por iniciativa de los partidos antifascistas, en organismos político-militares; se amplió como acción de masa gracias a la extensión de las huelgas obreras y a su politización, hasta asumir, en su fase final, los caracteres de la insurrección popular.

El anti-fascismo italiano era atravesado por conflictos tanto entre su componente más radical -comunistas, socialistas y accionistas- y la moderada -liberales y democrático-cristianos-, así como internamente a las mismas filas comunistas. Al centro del contencioso era el problema de la ruptura o la colaboración con las viejas formas institucionales, las mismas que habían favorecido la llegada al poder del fascismo: la monarquía y los mandos del ejército.

La “democracia progresiva” emergió como la fórmula práctica indicada por Togliatti a las bases comunistas

en el abril del 1944, a su regreso en Italia, con el “viraje de Salerno”, del nombre de la ciudad en la cual había desembarcado después de dieciocho años de exilio (una vez enviado, en el 1926, inmediatamente después del Congreso de Lyon, a Moscú como delegado del partido entre las filas de la Internacional, donde había operado como máximo dirigente, *de facto*, del Pcd'I). Según la línea indicada por Togliatti, los comunistas tenían que subordinar cualquier otro objetivo político a la victoria de la coalición antifascista y, al mismo tiempo, asegurar la consolidación de un movimiento insurreccional, nacional y popular. La tesis de la “democracia progresiva” re-enviaba para la posguerra la “cuestión institucional”. Cuando el referéndum y las elecciones del 1946 legitimaron el Pci a participar en el proceso constituyente republicano, las premisas teórico-políticas de la estrategia antifascista habían sido ulteriormente elaboradas por Togliatti bajo la expresión “nuevo curso”, el programa comunista para la posguerra, lanzado formalmente durante el V Congreso del PCI (diciembre 1945-enero 1946).

La tesis sostenida por Spriano es que la efectiva transformación, aún en la fase final del conflicto, del antifascismo organizado en insurrección nacional y popular, demuestra como el origen del “nuevo curso” fue la capacidad de los comunistas italianos de actuar como fuerza dirigente entre los límites impuestos por



En la labor de Spriano emerge una operación intelectual que, así como buscaba legitimar una tradición política, la iba renovando como historiografía. En lugar que mirar a la historia desde el partido, era el partido desde la historia, según lo indicado por el mismo Gramsci:

“Se puede decir que escribir la historia de un partido significa nada más que escribir la historia general de un país desde un punto de vista monográfico, para resaltar un aspecto característico. Un partido habrá tenido mayor o menor significado y peso, en la medida en la cual su particular actividad habrá pesado más o menos en la determinación de la historia de un país”.<sup>7</sup>

Más allá de sus complejas dinámicas, fue precisamente a partir de la *Resistenza*, que el cuadro dirigente del Pci, empeñado en definir el nuevo carácter, nacional y democrático, de la acción comunista, utilizó a Gramsci, en lugar de otros “mitos”, para la construcción de una propia identidad, de una tradición. Un programa de inspiración nacional y democrática avanzado por una organización que, por patrimonio ideal y carga finalista, había continuado considerándose parte, aun después de la disolución de la Comintern, del movimiento comunista internacional. Al centro de la “democracia de tipo nuevo” bajo la dirección de un “partido nuevo” era la necesidad de definir y legitimar un campo de maniobra autónomo capaz de constituir el Pci como un sujeto nacional, de masa y de gobierno, sin por eso poner en discusión el vínculo con la Unión Soviética. Un programa, subraya en tiempos más recientes Donald Sassoon, planteado en el medio de un cuadro histórico-político no particularmente favorable para una fuerza nacida, según los cánones de la III Internacional (IC), como organización de la clase revolucionaria mundial y desde el principio de la correspondencia entre política nacional e internacional.<sup>8</sup> Un país recién salido del fascismo, “repartido” por las potencias de la gran alianza en el área de influencia occidental y en proceso de rápida inserción en el capitalismo más avanzado y en fase de expansión. Un partido anómalo, enfatiza el historiador, en la medida en la cual, no sólo aseguró en un lapso de tiempo relativamente breve una presencia en la sociedad civil que no tuvo comparaciones en otros países occidentales, sino también por la coexistencia, en su propia identidad, de raíces leninistas y la persecución de políticas

---

el cuadro internacional, y no la mera adaptación del Pci al acuerdo entre el anticomunismo angloamericano y la política exterior soviética, para la conversión de las zonas “liberadas” en áreas de influencias post-bélicas. Cfr. Spriano, *ibidem*, en particular el capítulo conclusivo, *L'insurrezione nazionale: problema e realtà*.

La literatura y el debate sobre la *Resistenza* son obviamente muy amplios, me limito a señalar como

reconstrucción–testimonio del periodo 1939-45 y de los contrastes entre las filas del antifascismo, en especial entre los comunistas, Amendola, Giorgio *Lettere a Milano*. Roma: Editori Riuniti, [1973] 1976.

<sup>7</sup> Gramsci. C. 13, § 33.

<sup>8</sup> Sassoon D., “Premessa”, en *Togliatti e il partito di massa. Il PCI dal 1944 al 1964*. Roma: Castelvecchi editore, 2014, pp. 7-12.

moderadas que, en forma, habrían podido ser reivindicadas por una fuerza socialdemócrata. Proponiendo, a partir de la guerra de Liberación, una vía progresiva hacia la democracia y el socialismo, el partido comunista italiano habría logrado ampliar grandemente sus bases; terminada la guerra, el problema era hacer funcionar y legitimar un partido de masa como partido comunista.<sup>9</sup>

No es, ni habría podido ser mi objetivo, reconstruir y evaluar los ejes programáticos de “la vía italiana al socialismo”. Ni el Pci de la segunda posguerra, ni su grupo dirigente, ni su relación con la sociedad más amplia, o con el cuadro internacional, constituye mi personal campo de estudio, mucho menos entrar en el mérito de la figura política e intelectual de Togliatti y de su comparación con la de Gramsci, o en el examen de cómo la legitimización de cada fase política del Pci implicó demostrar, o del lado adversario confutar, la coherencia del partidos con su propia historia.<sup>10</sup> ¿Empero, como resolver el problema de las fuentes historiográficas considerando que sin el material “secundario” del cual me avalo, una labor de investigación como aquella que propongo no sería realizable? Esta literatura pertenece a una cultura política determinada o a ella, desaparecidos los partidos comunistas, se reconecta como tradición interpretativa, trayendo consigo todo su cargo de historia y embates políticos.

Al mismo tiempo, veremos, la política cultural del partido, por sus mismas finalidades nacionales y de masa, surgió interrogándose a sí misma, para unos, o tuvo que cuestionarse radicalmente por su misma entrada en crisis, para otros. Cualquiera de los

---

<sup>9</sup> Sassoon, *ibidem*, p. 30.

<sup>10</sup> Cuanto de la “vía italiana al socialismo” esté presente en la elaboración del autor de los *Cuadernos* y cuanto sea exclusivamente debido a la autónoma y original elaboración de Togliatti es un debate de larga temporalidad que todavía, enfatiza Liguori, no ha encontrado una solución definitiva. Cfr. Liguori, *Gramsci conteso*, cap. II. La cuestión, una vez llevada a sus presupuestos conceptuales, presupone la controversia entorno el marxismo según Gramsci y según Togliatti. Entre las filas de la historiografía marxista, la confrontación concierne la tesis de un historicismo, el “togliattiano”, empeñado, desde el “viraje de Salerno”, en legitimar la acción política vía la negación de los momentos de efectiva discontinuidad con el pasado y la tesis que enfatiza, al contrario, una estrecha continuidad, aún matizada. Vacca, en particular, se ha dedicado al tema enfocando: la relación entre la elaboración teórico-política del fascismo según Gramsci y el Togliatti de las *Lecciones sobre el fascismo*; el empeño de Togliatti en proteger la herencia de Gramsci durante la “estalinización” y, sobre todo, investigando en qué términos el primero habría sistemáticamente perseguido la elaboración teórico-programática del Gramsci del 1923-24 cada vez que las relaciones de

fuerzas al interior del movimiento comunista internacional lo habrían permitido.

Generalmente los estudiosos comparten la tesis de dos temporalidades, en la historia del movimiento obrero, contiguas y, al mismo tiempo, profundamente distantes, en las cuales Gramsci y Togliatti se encontraron obrando y reflexionando políticamente, dado el parte aguas que significó la consolidación del estalinismo al poder. Cfr. Paggi, L. *Introduzione* en Id. *Gramsci e il moderno principe*, Roma: Editori Riuniti, 1970 y su segunda monografía dedicada a la biografía político e intelectual de Gramsci, Id. *Le strategie del potere in Gramsci. Tra fascismo e socialismo in un solo paese. 1923-26*. Roma: Editori Riuniti, 1984. De Giuseppe Vacca señalo, entre otros: Vacca, G. *Togliatti sconosciuto*. Supplemento al n. 204 dell'Unità, del 31-8-1994; Vacca, *La lezione del fascismo*, en Togliatti, Palmiro *Sul fascismo*, Id. (a cura di). Roma-Bari: Laterza; Vacca, *Gramsci a Roma, Togliatti a Mosca*, en Daniele, Chiara (a cura di) *Gramsci a Roma, Togliatti a Mosca. Il carteggio del 1926*. Torino: Einaudi, 1999; Vacca, *Togliatti e Gramsci. Raffronti*, Pisa: Edizioni della Normale, 2014 y Vacca, G. y Rossi, A. *Gramsci tra Mussolini e Stalin*. Roma: Fazio, 2007.

dos juicios historiográficos se acepte, la interpretación de Gramsci, por ser y asumirse como una teoría interesada, una *praxis*, terminó por sobreponerse a una historia particular, alcanzando una propia autonomía teórico-crítica en la labor de los intelectuales de mayor espesor. La misma “tradicción”, en otros términos, para garantizar su continuidad, tuvo que colocar a Gramsci en una historia que trascendiera aquella del Pci y sus dirigentes, y tuvo que hacerlo en la misma medida en la cual en esa amplitud programática, política y cultural, reside, y regresaremos ampliamente sobre este punto, la lucha por la hegemonía. Si aceptamos estas consideraciones, no sólo se vuelve ingenuo ignorar como a través de recordatorios puntuales a la figura de Gramsci, Togliatti fue construyendo una historia de partido articulada a una precisa línea política. Por esa misma razón, resulta posible buscar en esta historia, enfocando el mudar de los énfasis interpretativos, nudos problemáticos que, sobreponiéndose a cada fase coyuntural, puedan orientarnos no en la definición de un pensamiento complejo y abierto como aquello del autor de los *Cuadernos*, sino en preguntarnos cómo interrogarlo.

Asilar críticamente la popularización de uno u otro Gramsci no significa, en fin, “denunciar” sus intereses políticos inmediatos, en una pretensión de objetividad formal de la teoría y, con aquella, de la historiografía, antitética a la concepción del marxismo como filosofía de la *praxis*. Significa asumir que sólo en la dimensión política, interesada, de una teoría, reside la posibilidad de la crítica en tanto que capacidad de aislar la continuidad de una tensión histórico-real, visible como tal en sus mudares de forma.

Dirigiéndonos gradualmente hacia la divulgación del “mito”, que el tema de la gestión cultural y política de la herencia de Gramsci fuera una temprana preocupación de Togliatti es documentado por la continuidad de las intervenciones dedicadas a su figura desde el 1927, el año sucesivo a la encarcelación del primero, hasta el 1964, pocos meses antes de su propia muerte.<sup>11</sup> También ha sido ampliamente estudiado el rol del entonces secretario en asumir la responsabilidad y ejercer la autoridad sobre la recuperación, organización y edición de la correspondencia y los manuscritos de Gramsci.<sup>12</sup> En fin, que Gramsci exista gracias al Pci de la segunda posguerra y, en particular, a Togliatti, no creo ser una provocación del comunista nostálgico, sino una reivindicación de la labor historiográfica

---

<sup>11</sup> Liguori, *Introduzione*, en Id. (a cura di) *Palmiro Togliatti, Scritti su Gramsci*, Roma: Editori Riuniti, 2011, p. 7.

<sup>12</sup> Vacca se ha dedicado a la cuestión desde el 1991, cfr., entre otros labores: Vacca, *Togliatti editore delle lettere e dei Quaderni*, en Id. *Appuntamenti con*

*Gramsci*, Roma: Carocci, 1999; Id., *Introduzione a Daniele, C. (a cura di) Togliatti editore di Gramsci*. Roma: Carocci, 2005; Id. *Il destino dei Quaderni*, en Id. *Vita e pensieri di Antonio Gramsci 1926-1937*, cit. e Id., *Togliatti editore di Gramsci* en Id. *Togliatti e Gramsci, raffronti*, cit.

como condición para la problematización política del “verdadero” Gramsci: del cuándo y porqué uno u otro fue el Gramsci del Pci, de cómo los “intelectuales de partido” se relacionaron con aquél y de los horizontes histórico-políticos que explican el resalte de un cuadro interpretativo en lugar de otro a través del cual Gramsci irá adquiriendo fama nacional e internacional.

En octubre del 1927, firmando el primer artículo de amplio respiro dedicado a su figura, Togliatti inauguraba aquella que habría sido la gestión política e intelectual de la “herencia” gramsciana.<sup>13</sup>

“La historia de nuestro partido está todavía por escribirse. Quien la escribirá, y será capaz de recoger, por encima de las particulares vicisitudes políticas y organizativas, la grande línea de su formación histórica en calidad de vanguardia de la clase obrera, deberá conferir a Antonio Gramsci el lugar de honor”.<sup>14</sup>

Desde un inicio, Togliatti indicaba la historia como “lugar privilegiado de formación de una voluntad colectiva”,<sup>15</sup> y, en Italia, la historiografía, más que otras disciplinas -y no sólo entre las dos áreas del movimiento obrero, la comunista y la socialista, sino entre las mismas filas comunistas- habría sido el campo de *la* batalla teórica, al centro de la cual encontramos la gestión de la memoria, elemento esencial de identidad política.<sup>16</sup> Al respecto, quisiera llamar la atención a una consideración de Chiara Daniele, en cuanto apunta a un rasgo específico de la cultura política comunista italiana:

“la atención reservada a documentar y a estructurar documentalmente su historia, una característica común a otros componentes del movimiento obrero europeo, puede considerarse descender de una particular forma de finalidad, eso es, de la idea que la organización política de las clases trabajadoras, entendida en sentido amplio, sea el sujeto capaz de producir una sociedad y un mundo nuevos. Una finalidad que ha determinado la forma particular en la cual estos sujetos políticos se relacionan con los procesos de secularización, construyendo su propia organización

---

<sup>13</sup> Como es más que sabido, Gramsci fue arrestado el 8 noviembre del 1926, con la promulgación de las leyes excepcionales fascistas y la reducción de la actividad del partido, prácticamente, a la ilegalidad. Después del confinamiento de 44 días en la isla de Ustica, transferido en la cárcel de San Vittore de Milán, con el así llamado “*processone*” en contra del grupo dirigente del PCd’I - celebrado en Roma frente al Tribunal Fascista entre mayo y junio del 1928- era condenado a más veinte años de cárcel. Hasta ese entonces los testimonios sobre su figura y labor política e intelectual habían sido más que escuetos. La única contribución de amplio respiro era el juicio sobre el “Ordine Nuovo” trazado por Gobetti, también colaborador de la revista, en su “*La rivoluzione liberale*”, en el 1922, y su retrato del Gramsci diputado, en el 1924 (regresaremos a ambos escritos en el IV capítulo). El artículo de Togliatti constituía, por lo tanto, la primera reconstrucción de la actividad

política y perspectiva teórica de Gramsci escrita por un comunista. Cfr. Liguori, *Gramsci conteso*, cit., pp. 21-26.

<sup>14</sup> Togliatti, P. *Antonio Gramsci un capo della classe operaia* [1927] en Liguori, G. (a cura di), *Palmiro Togliatti, Scritti su Gramsci*, p. 41.

<sup>15</sup> Cfr. Liguori, *Gramsci conteso*, p. 31.

<sup>16</sup> “El Pci, al contrario de los otros partidos comunistas, no promovió un texto oficial de su propia historia y se esforzó para recoger y poner a disposición de los estudiosos los documentos de su actividad. Eso no quita que entre los elementos fundamentales de la autonomía cultural de un partido resida una interpretación de la propia historia compartida como mínimo por sus miembros y que asegure su continuidad a través de las generaciones. De esto Togliatti fue un perseverante asertor”. Vacca, *Togliatti e Gramsci, raffronti*, p. 206.

a partir de una teoría de la historia que, en el caso específico italiano, aseguró a la cultura comunista soportes distintos de aquello de otras culturas políticas”<sup>17</sup>

Concisamente, la construcción de una historia-tradición tuvo, en Italia, su propia especificidad de historia-*praxis*, y regresaremos en breve, con Georges Haupt, a la dialéctica entre estas dos formas de relacionarse con la historiografía.

Quisiera primero adentrarme en esta misma discusión tomando como punto de partida una polémica destinada a ser constantemente retomada como arma política. Me refiero a la colisión entre Gramsci y Togliatti entorno a la posición que habría tenido que asumir el partido sobre “las cuestiones rusas”, objeto de la célebre carta de Gramsci del 14 octubre del 1926, redactada poco antes de su encarcelación. Un episodio que siempre me pareció, aún sólo intuitivamente, mucho más de una curiosidad de erudición filológica, de un debate académico o de especialistas, o, más aún, de una polémica que periódicamente resurge, en Italia, con todo su cargo de implicaciones simbólicas. ¿Por qué éste recurrente retorno y, además, después de la desaparición del partido?<sup>18</sup> Intentaré

---

<sup>17</sup> La estudiosa se refiere, en concreto, al contenido y forma del archivo del partido comunista italiano, enfatizando la “tradición” de mantener la documentación lo más amplia posible, sin realizar pre-selecciones que implicarían una intervención subjetiva, y definiéndola una “relación entre memoria colectiva y memoria individual [...] internamente resuelta a favor de la primera”. El ensayo de Daniele es particularmente interesante por reconstruir la historia de la concentración del archivo del Pci -así como fue el caso para los otros partidos comunistas nacionales- primero en la Internacional, luego, disuelta la IC en el 1943, en el Instituto Lenin del Comité Central del Partido comunista bolchevique (Vkp-b). Un proceso aviado por razones de conservación y seguridad durante los años de consolidación de regímenes autoritarios y, al mismo tiempo, testimonio de “el proceso de transformación de la Comintern de organismo internacional de los partidos a partido mundial de la revolución”. Un fenómeno poco estudiado, señala Daniele, en relación a la forma en la cual quedó conservada la memoria histórica de las varias fuerzas, y que contribuyó, enfatiza, a depauperar su actividad e identidad en la segunda posguerra. La recuperación del archivo del Pci entre las dos guerras es parte tanto de la historia de la gestión de los escritos de Gramsci, en particular del epistolario y los cuadernos de notas de la cárcel, así como de la recuperación de la documentación necesaria a la reconstrucción de su biografía política e intelectual. Cfr. Daniele, Chiara, *Storia delle fonti*, en Danieli, C. (a cura di) *Gramsci a Roma, Togliatti a Mosca. Il carteggio del 1926*. Einaudi: Torino, 1999, pp. V-XL. También, Vacca, *Togliatti editore di Gramsci*, en Id. *Togliatti e Gramsci. Raffronti*, e Id. *Vita e pensieri di Antonio Gramsci*, cit., cap. 18.

<sup>18</sup> La polémica no tiene como referente sólo el epistolario del 1926, sino éste en cuanto origen del

trienio que conduce al 1929-30 y la crisis del grupo dirigente conformado entorno a Gramsci en el bienio 1924-26, para extenderse hacia los años de la cárcel. Las cuestiones polémicas abarcan la interpretación de los fallidos intentos de liberación promovidos por el Pci, las sospechas de Gramsci respecto a una carta (la carta de Grieco del 1928) la cual consideraba haber comprometido el éxito del proceso e, *in primis*, la interpretación de la amplitud y consecuencias del “viraje” del 1929, es decir: la adhesión del partido italiano, durante el X Plenum, a la línea que, con la oficialización de la tesis del social-fascismo, signaba la consolidación del estalinismo. La interpretación de los acontecimientos mencionados, aún muy recientemente, ha visto avanzar la tesis de un Gramsci que, supuestamente abandonado a su destino por su propio partido, y en colisión con la línea de la IC, habría roto, desde la cárcel, con el mismo movimiento comunista. Cfr. Lo Piparo *I due carceri di Gramsci. La prigionia fascista e il labirinto del comunismo*. Milano: Donselli, 2012. Para Liguori, se trata de conclusiones del todo inconsistentes, simplemente considerando que no sólo Togliatti actuó para proteger su figura y herencia durante la “estalinización”, sino también, a través del circuito epistolario Gramsci-Tania Schucht- Pietro Sraffa, mantuvo un contacto constante, aun indirecto, con el prisionero. Cfr. Liguori, G. *Introduzione en Palmiro Togliatti Scritti su Gramsci*. En su última monografía dedicada a la figura política e intelectual de Gramsci, centrada en los años de la cárcel, Vacca se dedica a los “aspectos fundamentales de la heterodoxia gramsciana: la visión de la política como lucha por la hegemonía y la revisión del “marxismo” oficial, que constituyó el horizonte del programa de investigación de los Cuadernos”. Cfr. Vacca, *Vita e pensieri di Antonio Gramsci. 1926-1937*, p. XV. La forma en la cual, en esta labor, la elaboración teórica de los Cuadernos

aislar los elementos centrales de la interpretación del epistolario, siguiendo aquello que constituye, según es de mi conocimiento, el estudio más completo sobre el tema.<sup>19</sup> La carta del 1926, veremos, expresa un complejo nudo de cuestiones que tocan, en términos programáticos, la avanzada del socialismo en Rusia y su relación con las condiciones de la revolución en occidente, y, conceptualmente, el sentido de la “organicidad” según Gramsci entre dirección y movimiento, forma y contenido, en fin, política e historia.

La lucha por la sucesión a Lenin, iniciada en el 1923, en el 1926 iba escalando hasta las consecuencias que habrían sido determinantes en la historia sucesiva de la Internacional.<sup>20</sup>

La carta mencionada, redactada por Gramsci y firmada a nombre del oficio político del Pcd'I, era dirigida al Comité Central del Pcr.<sup>21</sup> Al CC del partido comunista ruso, empero, Togliatti, representante de los italianos en la Comintern, no la habría transmitido. Su contenido inmediato era una requisitoria en contra de los enfrentamientos que, internos al Pcr, amenazaban la unidad del núcleo originario bolchevique. A las razones por las cuales Togliatti la consideraba inoportunas, razones transmitidas, además que al oficio del Pcd'I, personalmente a Gramsci, Gramsci respondía, a título personal, haberle causado “una impresión penosísima”, por expresar, afirmaba, “un razonamiento todo vaciado de ‘burocratismo’”, la demostración de no comprender que “nuestra carta era toda una requisitoria en contra de las oposiciones, hecha no en términos demagógicos sino por esa misma razón, más eficaz y más seria”.<sup>22</sup>

---

queda articulada a la reconstrucción de la biografía de Gramsci en los años de la cárcel, refuta meticulosamente la tesis de la ruptura. Vacca muestra como toda una sucesión de acontecimientos se reflejó pesantemente en como Gramsci sintió su marginación de la vida política directa, lo cual, sin embargo, no provocó, ni por su voluntad, ni por aquella de Togliatti, su separación del partido, mucho menos, del movimiento comunista, sino un profundo sentimiento de aislamiento intelectual y personal del cual es testigo la amargura con la cual, en la cárcel, reflexiona sobre su relación con el Pcd'I y la IC. Cfr. Vacca, *Vita e pensieri di Antonio Gramsci. 1926-1937*, cap. XIV-XVII.

<sup>19</sup> Me refiero a la labor emprendida por Vacca en el ya citado *Gramsci a Roma Togliatti a Mosca*, ensayo que constituye una amplia introducción a la última publicación actualizada del epistolario del 1926.

<sup>20</sup> En julio del 1926, en la reunión del Comitato Central del Pcr, las oposiciones de Leningrado (Zinoviev, Kamenev) se habían reunido bajo la guía de Trockij, con lo cual el enfrentamiento con la mayoría (Stalin, Bucharin) iba llegando a su epílogo. A conclusión del VII Plenum (noviembre-diciembre del 1926) Zinoviev habría sido destituido del cargo de presidente de la IC, cuya dirección quedaba a cargo de Bucharin, teórico de la “estabilización relativa”, fundamento conceptual del “socialismo en un solo

país”, tesis programática avanzada por Stalin. Desde su fundación, los debates y las condenas internas al Pcr habían sido ásperos, sin que eso significara, empero, que los mayores dirigentes de la oposición a la línea oficial fueran expulsados del *politbureau*. Si los primeros signos del viraje autoritario emergieron en el 1926, Stalin habría empujado el curso de los acontecimientos a partir del mayo del 1927, con la expulsión de Trockij. En el noviembre del 1927, los mayores exponentes de la oposición serán destituido de sus cargos de dirigentes, Trockij deportado y un año después exiliado. Bucharin –que en el VI Congreso de la IC había presentado su Programa-votará en contra, hasta ser el mismo excluido del *politbureau* en el octubre del 1929. Para la reconstrucción del periodo histórico cfr. las introducciones de Agosti, Aldo, *La Terza Internazionale, Storia documentaria*, vol. II, 1 y 2, 1924-1928. Roma: Editori Riuniti, 1976.

<sup>21</sup> Según Vacca era “dirigida principalmente a Stalin que personalmente seguía el desarrollo de las relaciones entre el partido italiano y aquello ruso” Cfr. Id. *Gramsci e Togliatti. Raffronti*. p. 25-26.

<sup>22</sup> Carta de Gramsci a Togliatti, del 26 octubre 1926, consultada en Vacca, *Gramsci a Roma, Togliatti a Mosca*, pp. 435-39; también en Gramsci *Lettere 1908-1926* (L), Antonio Santucci (a cura di). Torino: Einaudi, 1992, pp. 470-74. Dejo al lector la precisa reconstrucción del estudioso por aquello que concierne

Publicando, en el 1977, *Gramsci in carcere e il partito*,<sup>23</sup> Spriano, sosteniendo que Togliatti había violado la voluntad de Gramsci negándose a entregarla, inauguraba, entre las mismas filas comunistas, la tesis de la profundidad del enfrentamiento entre los dos dirigentes. Giuseppe Vacca resalta como, desde entonces, un espeso estrato de interpretación habría filtrado su lectura, condicionando no sólo la percepción de la figura y obra de Togliatti, sino la misma reconstrucción de la vida y empeño político del Gramsci de la cárcel, y, con aquella, el encuadramiento teórico-político de los *Cuadernos*.<sup>24</sup> El estudioso, en línea, aún crítica, con la interpretación de la historiografía marxista italiana,

---

la dinámica a través de la cual los documentos se sucedieron el uno al otro. Señalo, sin embargo, algunos antecedentes sin los cuales no es posible contextualizar el entero epistolario. Según las resoluciones tomadas en el XIV Congreso del Pcr y el VI Plenum de la IC, las cuestiones rusas ya no debían ser materia de debate entre los otros partidos, posición que se había ido modificando a partir de julio del 1926. En calidad de representante del partido italiano en la IC –donde había sido también elegido miembro del Ejecutivo – Togliatti iba informando los compañeros de los acontecimientos en curso y de las discusiones en torno al “socialismo en un solo país”. En julio, había presenciado e intervenido en la reunión del CC del Pcr y enviado en Italia un informe que evidenciaba como la línea de las oposiciones implicaba la liquidación de la política del Frente unido, dando además por hecha una ruptura irreparable del núcleo dirigente bolchevique. Mientras Togliatti, desde Moscú, iba presionando para que el Pcd’I, ilegal y en condiciones precarias, se pronunciara tomando claramente posición al lado de la mayoría, en la reunión del grupo dirigente del Pcd’I -convocada en agosto para discutir las cuestiones rusas y la oportunidad de informar de ellas a las bases-, Gramsci distinguía entre la necesidad de llevar a las bases toda la información proporcionada por la Internacional y limitar, en un primer momento, la discusión política a los cuadros dirigentes, en tanto que ésta necesitaba de un cuidadoso proceso de estudio. Entre septiembre y octubre, el Pcd’I intensificaba el examen, las traducciones y la publicación del material enviado desde Moscú, mientras Gramsci se empeñaba en artículos para confutar la campaña periodística que, en Italia, presentaba el conflicto interno al Pcr, y en particular las argumentaciones de las oposiciones, como prueba de que el Estado soviético iba convergiendo con cualquier otro Estado capitalista. Cfr. Gramsci L, nota 2 e 3, p. 462. Hasta octubre, los pronunciamientos de los italianos se habían limitado a cuestiones de orden disciplinario, condenando la oposición por alimentar el fraccionismo y evitando entrar en el mérito de las cuestiones políticas.

En el 1964, en dos breves escritos publicado en “Rinascita”, Togliatti definió la carta del 14 octubre el resultado de la decisión por parte del partido italiano de expresarse sobre los acontecimientos dirigiéndose no a la IC, como suponían las vías habituales, sino directamente al Pcr, encargando Gramsci de redactarla

y enviarla; carta que, subraya Vacca, “no era seguramente el documento de apoyo a la mayoría que Togliatti había varias veces solicitado” Vacca, *Gramsci a Roma, Togliatti a Mosca*, p. 85; y, en general, todo el cap. quinto, pp. 60-83.

Relativamente a la historia de su publicación, la carta de Gramsci del 14 octubre 1926 apareció, por primera vez, por iniciativa de Angelo Tasca, en el abril del 1938, en el periódico por él dirigido entre las filas del exilio antifascista en París, sin encontrar eco en Italia. La misma carta, más la respuesta de Togliatti del 18 octubre, dirigida personalmente a Gramsci, fueron publicadas, en “Rinascita”, solamente en el 1964. En el 1970, una vez recuperada, por iniciativa del Instituto Gramsci, más documentación desde los archivos de Moscú, siempre en “Rinascita”, fue publicado *Il carteggio completo tra Gramsci e Togliatti sulla situazione del partito bolscevique*, el cual, además de otros documentos, incluía la respuesta de Gramsci a Togliatti, del 26 octubre. La documentación añadida permitía reconstruir la conducta de Togliatti relacionándola con las decisiones tomadas por el Oficio Político del Pcd’I. Sin entrar en detalles, una nota de Gramsci había autorizado Togliatti a presentarla de forma reservada a algunos dirigentes rusos de su elección. Además, gracias a la recuperación, en los noventas, de documentación inédita, se pudo reconstruir como al pedido de Togliatti de no insistir con su presentación, el Oficio Político del partido italiano le había transmitido la decisión de discutir su contenido en otra sede (la reunión de Valpocera en preparación para la participación al VII Plenum, reunión a la cual Gramsci no logró llegar, en tanto que, vigilado por la política fascista, tuvo que regresar a Roma, donde fue arrestado poco tiempo después).

Aún “rescatada” la conducta de Togliatti, el carácter político del profundo enfrentamiento entre los dos dirigentes es incontestable y queda testimoniado por el contenido y tonos de la carta que Togliatti direccionaba personalmente a Gramsci y la respuesta de este, escrita también a título personal. Vacca, *Gramsci a Roma, Togliatti a Mosca*, pp. 3-21.

<sup>23</sup> Cfr. Spriano, P. *Gramsci in carcere e il partito*. Roma; L’Unità, [1977] 1988.

<sup>24</sup> Vacca, *Gramsci a Roma, Togliatti a Mosca*, cit. p. 4-5.

reconstruye las premisa conceptuales desde las cuales, en su último acto político público, Gramsci abogaba por la unidad del grupo dirigente de la IC en nombre de su responsabilidad histórica, dejando emerger, veremos, una compleja y original reflexión alrededor del mismo *estatus* teórico del marxismo.<sup>25</sup>

“Compañeros, en estos nueve años de historia mundial, ustedes han sido el elemento organizador e impulsor de las fuerzas revolucionarias de todos los países [...] sin embargo, estáis destruyendo esta obra vuestra, degradáis y corréis el riesgo de anular la *función dirigente* que el PC de 'U.R.S.S. había conquistado por impulso de Lenin; nos parece que la pasión violenta de las cuestiones rusas les haga perder de vista *los aspectos internacionales de las mismas cuestiones rusas*, les haga olvidar que sus deberes de militantes rusos pueden y deben ser cumplidos *sólo en el cuadro de los intereses del proletariado internacional* [...] Declaramos ahora que *consideramos fundamentalmente justa la línea política de la mayoría* del comité central del partido comunista de la URSS y que en tal sentido se pronunciará la mayoría del partido italiano, en caso se volviera necesario plantear toda la cuestión. [...] nos impresiona el hecho que la actitud del bloque de las oposiciones toque el corazón mismo de la doctrina leninista y de la acción política del nuestro partido de la Unión. Es el principio y *la práctica de la hegemonía* del proletariado que está siendo puesto en discusión, *son las fundamentales relaciones de alianza entre obreros y campesinos* las que son turbadas y puestas en peligro, vale decir, los pilares del Estado obrero y de la revolución de los trabajadores. Compañeros, nunca se había visto en la historia que una clase dominante, en su conjunto, estuviera en condiciones de vida inferiores a las de determinados elementos o capas de la clase dominada y sometida [...] pero, el proletariado no puede llegar a ser clase dominante si no supera con el sacrificio de los intereses corporativos esta contradicción, no puede mantener su hegemonía y su dictadura, si, llegado a ser dominante, no sacrifica estos intereses inmediatos para los intereses generales y permanentes de la clase [...] Sólo una unidad firme y una firme disciplina en el Partido que gobierna el Estado obrero puede garantizar la hegemonía proletaria en el régimen de la NEP, es decir *en el pleno desarrollo de la contradicción* a la cual hemos aludido. Sin embargo, en este caso, la unidad y la disciplina *no pueden ser mecánicas y exactas; deben ser leales y de convicción y no aquellas de un reparto enemigo encarcelado o sitiado* que siempre piensa en la evasión y en la salida por sorpresa. [...] Los daños de un error cometido por el Partido Unido son fácilmente superables. Los daños de una escisión o de una prolongada escisión pueden ser irreparables y fatales.”<sup>26</sup>

El peligro de escisión, irreparable y mortal, consistía en haber puesto en entredicho, por un lado, y en no saber garantizar, por el otro, la “práctica de la hegemonía”, la alianza entre obreros y campesinos, pilar del Estado y la revolución según Lenin.

---

<sup>25</sup>Vacca, de hecho, atribuye una importancia fundamental al epistolario del 1926 para una efectiva comprensión de los *Cuadernos*, definiéndolo: “el punto de partida del replanteamiento del ‘programa de investigación’ gramsciano, que después del ‘viraje’ del ’29-30, se concretó en la atormentada meditación de los Cuadernos.” Vacca, *Gramsci a Roma, Togliatti a Mosca*, cit., p. 3.

<sup>26</sup> Gramsci, carta del 14 octubre 1926, consultada en *Gramsci a Roma, Togliatti a Mosca*, pp. 404-412, también en L, pp. 455-62. Las cursivas son mías. Regresaré a la carta del 1926 también en el capítulo tercero de esta labor, en relación al debate en torno a la continuidad-discontinuidad entre las diferentes “fases” de la maduración política e intelectual de Gramsci.



Respectivamente, un regreso al corporativismo de clase, por parte de las oposiciones unidas, y, abandono, por parte de la mayoría, de una concepción de la dirección como convicción unitaria en constante y abierto proceso de construcción. Un corporativismo y una burocratización de la política que Gramsci veía en curso en la IC por ser el Pcr no un partido, sino, enfatizaba, el partido como Estado obrero. La crítica, se note, refutando el programa de las oposiciones, se insertaba del lado de la mayoría, y, al mismo tiempo, insistía en la recíproca equivocación. La consecuencia era enfatizar las responsabilidades de la segunda, en la medida en que la unidad, a la cual Gramsci abogaba insistentemente, dependía de sus métodos de dirección.<sup>27</sup> Al mismo tiempo, Vacca resalta como, sin un cuadro de relevancia teórica y contextualización histórica más amplia del 1926, aislar la preocupación de Gramsci con los métodos de dirección, o sea, evidenciar un Gramsci anticipador del viraje autoritario del estalinismo, terminaría por obscurecer el contenido político-programático de su misma reflexión, restituyéndonos un razonamiento normativo, más que histórico-político.<sup>28</sup> El horizonte muda una vez se considere la especificidad de la posición de Gramsci en el cuadro de las críticas a las tendencias que iban avanzando en la Internacional. La originalidad de su perspectiva emerge, por un lado, en re-afirmar el rol dirigente del partido y el Estado soviético en la IC y, por el otro, en subordinarlo a determinadas condiciones, remontar hasta las cuales significa, de hecho,

---

<sup>27</sup> Vacca, *Gramsci a Roma, Togliatti a Mosca*, p. 87.

<sup>28</sup> Vacca, *Gramsci a Roma, Togliatti a Mosca*, cap. segundo. El Gramsci que, por primera vez, enfocaba el problema de los métodos de lucha del Pcr y la IC constituyó el punto de partida desde el cual procedió, en la historiografía marxista italiana, la interpretación del epistolario del 1926 (Berti/Spriano, Ragionieri y, en fin, Paggi). La pregunta desde la cual Vacca emprende el análisis es precisamente cuál fuera la portada de la crítica de Gramsci: “¿Concernía solo la conducta de la mayoría o arremetía también a los fundamentos de su política?”. Vacca, *ibidem*, p. 122. De Ragionieri, el estudioso resalta haber individuado al centro de la posición de Gramsci una concepción del partido como proceso revolucionario que, en cuanto tal, anticipaba una nueva forma Estado; perspectiva ausente, en este entonces, en Togliatti. De Paggi, el haber indicado como clave interpretativa, además de la concepción del partido, su fundamentación en la elaboración original del bolchevismo (cuyos puntos esenciales eran el Lenin de la NEP y el Bucharin del 1922-26) y el “muy tenaz” esfuerzo en antedatar toda la red conceptual de los *Cuadernos* a los años veinte. Vacca, *ibidem*, pp. 14-18. Citando el mismo Paggi: la profundidad del enfrentamiento del 1926 concernía “las más importantes conclusiones a las cuales Gramsci había llegado en la interpretación teórica y política del proceso revolucionario”, al centro de la

cual eran “los rasgos más significativos de su internacionalismo” y en el cuadro del viraje radical consumado en “los años “de fiero y fuego”” de la historia de la IC. Paggi, *Introduzione* en Id. *Gramsci e il moderno principe*, cit., pp. X-XI. Son estos los elementos problemáticos retomados también por Vacca, el cual, empero, rechaza la contraposición según Paggi entre un Gramsci que razona en términos de época histórica, frente a un Togliatti que limita su perspectiva a la coyuntura política, una posición que Vacca define condicionada, como en el caso de Spriano, por el vivo de las polémicas en los años de la “desestalinización”. Si Spriano, enfatiza el estudioso, leía el epistolario desde el tema de la “democracia de partido”, en el caso de Paggi, desde él de “las degeneraciones” del estalinismo. En ambos casos, aquellos que eran conceptos propios del embate político quedaban transpuestos a la investigación historiográfica. Para Vacca no se trata de un Gramsci teórico y de un Togliatti pragmático, sino de dos concepciones contrapuestas de la relación entre teoría y política, a partir de las cuales el plano del contraste concernía: “la función internacional de la URSS y la concepción del partido: dos ejes constitutivos del movimiento comunista”. Vacca, *ibidem*, p. 115 y, en particular, los capítulos primero y segundo.

interpretar el sentido amplio de su polémica intervención.

Razonando desde “las repercusiones internacionales de esta situación”, aun dada la posibilidad que el régimen fascista, en Italia, todavía hostilizado por los trabajadores organizados, fuera aceptado por las masas como inevitabilidad histórica, la irresistible angustia frente a la posibilidad de una escisión no dependía “sólo de las razones arriba expuestas, que, por así decir, son externas, tocan las condiciones generales del desarrollo revolucionario en nuestro país”. En juego, enfatizaba, era un proceso “orgánicamente” internacional:

“En estos últimos años, empero especialmente después el V Congreso mundial, nuestros países iban alcanzando, a través de una dolorosa experiencia, a través de crisis fatigosas y agotadoras, una segura estabilización leninista; se estaban conformando como verdaderos partidos bolcheviques [...] Pues bien: la agudeza de la crisis actual y la amenaza de escisión abierta o latente que ella contiene arresta este proceso de desarrollo y de elaboración en nuestro partido [...] aleja una vez más el éxito de *la unidad orgánica del Partido mundial de los trabajadores*”<sup>29</sup>

Presupuesta en las líneas arriba citadas es una entera época; son las batallas teórico-políticas del 1923-1926, es el Gramsci para el cual la estrategia internacional oficializada por Lenin en el 1921, el “frente unido”, significaba la posibilidad, y necesidad, de mover el proceso de formación de los partidos comunistas del terreno internacional al nacional.<sup>30</sup> Terminada la fase en la cual, bajo el impulso del octubre bolchevique, la revolución como movimiento ininterrumpido había aparecido posible en Europa occidental (1917-20), el embate entorno a la transferibilidad del bolchevismo en condiciones otras a las rusas atravesaba a los mismos partidos surgidos de los procesos de escisiones de los socialistas.<sup>31</sup> Entre las filas del Pcd’I, a quien negaba la función dirigente del Pcr en la IC argumentando una revolución, la bolchevique, que se había desarrollado en condiciones de relativo atraso (Bordiga), Gramsci respondía invirtiendo los términos de la discusión. No se trataba de diferencias “objetivas” entre oriente y occidente que, como tales, impedirían la transferencia de un modelo, sino la cuestión era precisamente el no considerar el bolchevismo una serie de principios codificados en normas.

Por bolchevismo según Gramsci, elabora siempre Vacca, habría que entender la historia del sujeto social, el movimiento obrero, así como se había formado en calidad de sujeto

---

<sup>29</sup> Gramsci, carta del 14 octubre 1926, *ibidem*, p. 406. Las cursivas son mías.

<sup>30</sup> La carta del 1926 constituye tal vez el ejemplo más impactante de como la comprensión teórica de los escritos y las reflexiones de Gramsci necesite su

historicización, o sea, el esfuerzo continuo de articularlos a su biografía política e intelectual.

<sup>31</sup> Sigo aquí el quinto, sexto y séptimo capítulos de su *Gramsci a Roma, Togliatti a Mosca*.

político en un terreno internacional y desde una concepción de la política que confería primacía a las formas históricamente determinadas de la subjetividad. En una época en la cual la práctica de “bolchevización” de los partidos y la teoría del “socialismo en un solo país” iban avanzando y tomando fuerza, hacer de la revolución social un problema político, no económico, y reiterar la necesidad de partidos de masa radicados en el terreno nacional - para Gramsci un único movimiento conceptual- constituía una “forma concreta de re-elaborar, en una fase histórica radicalmente mudada, la *actualidad de la revolución*”.<sup>32</sup> A la altura del 1926, apuntar al carácter necesariamente internacional de la revolución socialista comportaba volver a la tesis de la dependencia, para la misma prosecución de la revolución en Rusia, de la re-abertura de vías revolucionaria en Europa occidental. Una posición crítica de la mayoría, y al mismo tiempo interna a ella, en la medida en la cual implicaba, para Gramsci, el mantenimiento, en Rusia, de la NEP, hostigada por las oposiciones.<sup>33</sup> Sólo la revolución como alianza entre obreros y campesinos, enfocando el poder y el Estado como problema de dirección, habría permitido, en occidente, perseguir una política comunista que, sin abandonar como finalidad la conquista del poder, tomara en cuenta a las masas encuadradas en formas que se habían demostrado ideológicamente capaces de frenar su “disponibilidad” revolucionaria. NEP y frente unido, en fin, como el terreno político en el cual solamente, para Gramsci, podían articularse, por un lado, el reconocimiento, necesariamente nacional, de las condiciones subjetivas de la revolución y, por el otro, su carácter necesariamente internacional porque socialista.

Regresando, entonces, a la cuestión de los métodos de dirección, si la bolchevización, así como iba avanzando en la IC, implicaba la transposición mecánica de un modelo, en Gramsci se transmutaba en una relación “orgánica”, de mutua reciprocidad, entre la generalización de la experiencia rusa y un proceso de adaptación nacional. Gramsci condicionaba, en fin, el rol dirigente del Pcr y el Estado soviético a su voluntad y capacidad de articular las necesidades para el avanzar del socialismo en la Unión Soviética con las condiciones de la revolución en Europa occidental. Éste el sentido

---

<sup>32</sup> Vacca, *ibidem*, p. 100.

<sup>33</sup> La perspectiva de Gramsci se acercaba a aquella de Trockij por sostener la articulación necesaria entre las prospectivas del socialismo en Rusia y aquellas en Europa occidental, así como por la condena a la burocratización de la IC; se diferenciaba en cuanto Trockij negaba la posibilidad de una reanudación, en esta fase, de la revolución en Occidente y hacia depender el proceder del socialismo, en Rusia, de la

negación de la NEP. Por lo tanto, entender cual fuera el contenido de la crítica de Gramsci a los métodos de la mayoría es uno mismo con entender en qué términos Gramsci se posicionaba respecto al problema de la permanencia de la revolución. “A tal fin se debe resalir a la forma en la cual Gramsci, entre el 1924 y el 1926, había interpretado la ‘táctica del Frente único’ y la bolchevización”. Vacca, *ibidem*, p. 91

profundamente polémico de la carta del 1926 según Vacca, cuya reconstrucción, vuelvo a insistir, nos muestra como Gramsci no razonara en términos normativos, sino histórico-políticos.

Mientras Togliatti le objetaba personalizar la revolución anteponiendo el problema de la unidad del viejo grupo bolchevique a consideraciones relativas a la línea política, Gramsci lo acusaba de burocratismo precisamente por razonar en términos de “línea”, es decir, por no enfocar una fractura, una crisis, en proceso, entre la política y la historia desde el punto de vista de las masas y el estado de su subjetividad. El tema-problema que organizaba el horizonte crítico de Gramsci era cómo habrían tenido que actuar los partidos comunistas al fin de asegurar la continuidad del proceso revolucionario en una fase en la cual la fuerza de persuasión, el prestigio del octubre entre los obreros y los sectores populares, ya no dependía, ni en Rusia ni en occidente, de la toma del poder, así como había sido en una situación inmediatamente revolucionaria, sino de la posibilidad de construir el socialismo una vez conquistado el poder, en Rusia, dado el cuadro, internacional, de la recuperación capitalista, a la cual Gramsci miraba, además, desde el horizonte de visibilidad que proporcionaba la Italia fascista.

En el epistolario del 1926, subraya el estudioso: “hay la síntesis tal vez más perspicaz de cómo [Gramsci] interpretaba las tendencias fundamentales del proceso histórico global”.<sup>34</sup> Entre las filas del movimiento comunista internacional, la fórmula “estructural” era, en este entonces, aquella de la “estabilización relativa”, fundamento teórico de la tesis programática del “socialismo en un solo país”.<sup>35</sup> Gramsci, y aquí su primera

---

<sup>34</sup> Vacca, *Gramsci a Roma, Togliatti a Mosca*, p. 120 y, en particular, cfr. las páginas 120-40 del cap. sexto.

<sup>35</sup> Con la derrota del octubre alemán del 1923, determinante del largo viraje del “frente unido” al “clase contra clase”, la tesis de la necesidad de aviar “en un solo país” el socialismo no había implicado el abandono de la articulación entre los procesos en Rusia y en Europa occidental, sino el embate en torno a su redefinición a través de la calificación del presente como superación “relativa” de la crisis. Introducida en el V Congreso (1924), la interpretación de la “fase” del capitalismo habría ocupado el centro de la batalla entre mayoría y oposiciones. Después de las derrotas en Occidente, siempre según Vacca, “estabilización relativa” era un querer conciliar, ambiguamente, la percepción de una superación de la crisis por parte del capitalismo y mantener, al mismo tiempo, la tesis que legitimaba, tradicionalmente, la misma existencia de la IC, o sea, el carácter general e inevitable de la crisis. Durante el VII Plenum, Bucharin, sosteniendo la agudización de la lucha internacional para la conquista de los mercados, avanzaba la previsión de la reagrupación de las potencias imperialistas en función agresiva en contra de la URSS. Aun esta lectura no

implicara el mecanicismo que suele atribuírsele, la tarea para los otros partidos de la IC quedaba limitada a la defensa de la Rusia en el plano internacional y de los intereses inmediatos de la clase obrera en sus propios países. Una política empobrecida de Frente unido en la medida en la cual el tema de los objetivos intermedios, el problema de la relación de los comunistas con las masas, y, en fin, las formas concretas a través de las cuales impulsar una posible radicalización de los sectores populares desaparecían de la discusión. En la perspectiva de Stalin, el viraje era mucho más tajante, en cuanto la estabilización se reducía, en su lectura, a la división del mundo en dos campos contrapuestos y, como tal, constituía, además de una límpida justificación teórica del aislamiento soviético, la justificación, en nombre del peligro de guerra, definida inevitable, de un proceso de industrialización masivo y acelerado. Con Stalin, es decir, era la misma renuncia a la búsqueda, en Europa, de formas de acercamiento a la revolución socialista, “la estabilización capitalista como suspensión y reenvío de la revolución mundial”. Vacca, *Gramsci a Roma, Togliatti a Mosca*, pp. 133. Eliminado Bucharin, la consolidación al poder de Stalin habría

originalidad, la interpretaba como un cambio necesario del proceso revolucionario en escala internacional, no como su re-envío o, menos aún, como suspensión, misma razón por la cual había decidido abandonar el concepto, sustituyéndolo con un análisis del cuadro mundial con orígenes en cómo él mismo había ido leyendo, desde el 1924, el fascismo, o sea, como una crisis en proceso que, en el 1926, proyectaba al plano de la generalización teórico-conceptual.<sup>36</sup>

A través del análisis del fascismo, Gramsci había llegado a formular la necesidad, para los comunistas, de insertarse en los problemas concretos de la vida nacional operando no sobre las bases exclusiva del movimiento obrero, sino de las fuerzas populares y asumiendo el horizonte de una política de masa desde la preocupación constante con mover su subjetividad hacia el problema del poder, de la relación entre política y economía, en fin, de la forma Estado. La necesidad para el Pcd'I de asumir objetivos políticos democráticos (la constituyente), formulada una primera vez en el 1924, en el 1926 era retomada como "objetivo transitorio", necesario para asegurar el paso del internacionalismo en abstracto, hacia la posibilidad de su efectiva concreción. Era la forma en la cual Gramsci respondía al problema de la permanencia de la revolución como proceso necesariamente mundial: ni la estrategia en un solo país, para el plano internacional, ni la negación de la NEP, en Rusia. Precisamente lo contrario de aquello que habría sido la política de la IC una vez bajo definitivo control, en el 1929, de Stalin. En fin, en la carta del 14 octubre, más que el profeta de los futuros crímenes estalinianos, Gramsci compartía la posición de la mayoría interpretándola de una forma del todo autónoma, la cual, además, entraba radicalmente en contraste con aquellas que eran, en este entonces, sus tendencias de desarrollo.<sup>37</sup>

---

significado la asunción, en Rusia, de un programa de industrialización acelerada y colectivización forzada que colocaba la IC, dos años después de la expulsión de Trockij, más allá de aquello que había significado "izquierda" según el teórico de la revolución en permanencia. A la altura del X Plenum, la oficialización de la tesis del social-fascismo habría quedado avalada a través de la tesis de la crisis incipiente y catastrófica del capitalismo. Cfr. Vacca, *Gramsci a Roma, Togliatti a Mosca*, pp. 130-36.

<sup>36</sup> Cfr. Vacca, *ibidem*, p. 124.

<sup>37</sup> Para Togliatti, al contrario, las únicas formas de Frente unido admitida, reconstruye Vacca, eran las defensivas, o sea, luchas por las reivindicaciones inmediatas, en Italia, y defensa de la URSS en el plano internacional. La razón era que, en clara contraposición a Gramsci, para Togliatti, en el 1926, la perspectiva designada por Stalin era aquella que mejor expresaba la redefinición del rol de la URSS en el plano de las relaciones de fuerzas internacionales. A

este juicio se añadía la convicción que la sobrevivencia del Pcd'I dependía de sus relaciones con el Per y, sobretudo, un juicio fuertemente negativo respecto a la subjetividad de las masas en Occidente. Si Gramsci razonaba desde la necesidad de intervenir en esta subjetividad, Togliatti ponía el acento en la derrota, por él considerada de época, de la clase obrera europea, anticipando, en este sentido, consideraciones que el mismo Gramsci habría retomado en la cárcel. Otro ejemplo, por lo tanto, de como cualquier análisis de las posiciones de Gramsci, para ser exhaustiva, implica entrar en el mérito del cuadro histórico-político completo. Una precisa evaluación de sus posiciones en el 1926 necesitaría considerar si y como Gramsci percibiera, para ese entonces, la capacidad del fascismo de crear una nueva forma Estado.

Re-envío el lector al análisis del fascismo así como fue avanzada, en el cuadro de la III Internacional, por los comunistas italianos y, en particular, al estudio de la perspectiva que Togliatti construyó, a partir del 1921,

Desde el 1923-24, Gramsci había ido madurando el convencimiento de que el movimiento comunista internacional no podía ser simplemente dirigido desde arriba, sino su misma centralización debía ser el resultado de un proceso histórico garantizado por la misma eficacia de políticas perseguidas en el terreno nacional. La aplicación coherente del bolchevismo implicaba, en su visión, una política interna e internacional inconciliable con la vía que iba tomando en Rusia, y frente a la cual reclamaba la unión de autonomía nacional e internacionalismo, todo eso mientras lo que se iba instaurando era una polaridad extrema entre la historia nacional y la imposición de un modelo universal, el “dilema que ha caracterizado toda la historia del movimiento comunista”.<sup>38</sup>

Mantener unidos los tiempos de la política soviéticas con aquellos de la política nacional de los comunistas europeos implicaba optar, en su perspectiva, por una relación de reciprocidad entre centralización y autonomía, Internacional y partidos, partido y bases. En el plano organizativo, las diferencias podían ser reconducidas a la unidad solo si la forma era concebida como uno mismo con el contenido; una síntesis que no admitía ni las fracciones, ni la unanimidad impuesta, ambas negaciones de una coherencia que no era del partido, sino del proceso histórico, y su comprensión, sin la cual el partido revolucionario, para Gramsci, *no es*. Indicar, en la carta del 1926, que la mayoría no era capaz de garantizar la hegemonía significaba, concluyendo, condenar una línea política en cuanto ésta misma había fallido en proporcionar la condición de su misma verificabilidad: la adhesión de las partes al todo.

“Toda la riqueza de esta concepción del proceso revolucionario, así como jugaba alrededor en una dialéctica del todo particular entre ‘espontaneidad y dirección consciente’, libertad y necesidad, se desplegará en las páginas de los Cuadernos.”<sup>39</sup>

Me he detenido en la interpretación de Vacca, porque, en el epistolario del 1926, gracias a una elaborada reconstrucción teórica y amplia contextualización histórica como aquella proporcionada por el estudioso, es posible entrever cada uno de los “tres” Gramsci, veremos: el internacionalista porque “profundamente concreto, nacional”, oficializado por Togliatti en el 1944, en calidad de patrimonio de “todos los italianos”; el “político práctico”, en el 1958, empeñado en traducir a Lenin en contexto histórico nacional para

---

en estrecha colaboración con Gramsci, sobre todo por aquello que concierne los orígenes del fenómeno, para después aportar sus propias contribuciones entre el 1928 y el 1937, hasta jugar un rol protagónico en el “viraje del viraje” del VII Congreso de la IC; cfr. al respecto la larga introducción de Vacca a *Togliatti*,

*Palmiro. Sul fascismo*, op. cit. Regresaré a Gramsci y los orígenes del fascismo en el último capítulo de esta labor.

<sup>38</sup> Vacca, *Gramsci a Roma, Togliatti a Mosca*, pp. 148-49.

<sup>39</sup> Vacca, *ibidem*, p. 139.

la fundación de un nuevo bloque histórico, y, en fin, en el 1964, el Gramsci “en una luz más viva, que trasciende las vicisitudes de nuestro partido”, él de la previsión de la entrada en crisis del comunismo como proyecto histórico-político.<sup>40</sup> Intentaré explicarme. Son estos no sólo tres cortes temporales en la interpretación “oficial” de Gramsci, sino la posibilidad, en la época actual, de mirar a una historia desde el principio de la “realidad de las ideologías”, la clave filosófica, veremos, del marxismo según Gramsci. Son ellos mismos un testigo de la historia del Novecientos desde el punto de vista de la subjetividad de las masas, así como ésta se expresó en las contradicciones entre el plano nacional de la lucha política y el internacional del antagonismo social de clase, para acceder al cual el “gramscismo” no es, en cuanto ideología, lo que impide saber de Gramsci, sino, precisamente lo contrario. Sólo enfocando esta ideología es de hecho posible aislar la todo menos que obvia relación de unidad-distinción entre una u otra forma con la cual continuamos a leer a Gramsci porque así leemos esta historia (y, en aquella, la historia particular del movimiento comunista), o sea como: filosofía, política, y, en fin, superación de este dualismo en el Gramsci *de la inteligibilidad de la historia como política*.

No solamente. La carta del 1926, al contrario de un “episodio en la vida de Gramsci”, constituye “sólo” otro ejemplo de un problema de más larga temporalidad histórica que el comunismo, él relativo a la determinación del capitalismo como proceso político, cuya traducción programática concierne, veremos, el problema histórico de la democracia y la nación para el movimiento obrero y cuyas premisas no son nada menos que el plano conceptual profundo del marxismo en cuanto forma de inteligibilidad histórica. Las cuestiones levantadas por Gramsci en el 1926 respecto a los métodos de dirección, en breve, implican el mismo *estatus* teórico del marxismo como teoría de constitución del sujeto social en sujeto político de cambio. Un campo problemático que, por su misma amplitud, no se limita a la historia del Pci y a su relación con la IC, sino es constitutivo de la entera historia del marxismo una vez, empero, que se lo haya enfocado como *praxis*, una teoría inteligible como tal sólo en cuanto movimiento histórico-real de una fuerza social empeñada en la definición de una propia identidad político-programática.

El marxismo en cuanto *praxis*: es éste, en fin, el horizonte metodológico al cual la labor que presento, aun con todos sus límites, quiere articularse, en un esfuerzo de oposición al

---

<sup>40</sup> Una vez encuadrados desde el horizonte de la *praxis* los escritos de Togliatti dedicados a Gramsci pueden ser considerado no sólo la defensa de una figura que el clima comunista inaugurado a finales de los años veinte habría probablemente condenado al olvido, por

herejía, o, simplemente, a la hagiografía del mártir, sino también un esfuerzo teórico-político completamente unitario. Cfr. Liguori, *Introduzione a Palmiro Togliatti, Scritti su Gramsci*.

Gramsci que nunca fue, él de las definiciones, del retoricismo, de la limpidez inmediata y, como tal, falseadora. Una línea interpretativa impulsada por la política cultural del Pci en la fase en la cual el Gramsci teórico de la historia como política fue emergiendo como elemento llave para la renovación de un proyecto, el comunista, paralelamente a la paulatina problematización, por parte de los cuadros dirigentes de mayor espesor intelectual, de la relación entre autonomía de la labor teórica y orientación programática. Una tradición vinculada al partido y su política cultural cuando este existía, y hoy en día impulsada por aquellos estudiosos que, aún consideradas sus diferencias, se asumen continuadores de una herencia.

## 1.2. Los tres Gramsci

Regresando, entonces, al primer escrito dedicado a la “construcción del mito”:

“Se ha frecuentemente hablado de él, entre nosotros y por parte de los adversarios, como de un “intelectual”. Ciertamente se ha querido decir que las capacidades intelectuales de las cuales es dotado son tales que lo colocan, sin contradicciones, muy por encima de la media de los hombres de letras y de los políticos de nuestro tiempo. [...] Con todo eso, nadie se aleja más de Gramsci de eso que suele llamarse un ‘intelectual’, del tipo humano que, encerrado entre los libros y esquemas de su doctrina, ha perdido el contacto con las corrientes profundas de la vida y de la pasión humana. [...] *El sentido de la historicidad de todo lo que es real, ésta, que es el alma de la dialéctica hegeliana y marxista, confería desde entonces un rasgo indeciblemente característico, inolvidable, al pensamiento de Gramsci.* [...] Y es por éste entre todos sus rasgos que reconocemos en él *un jefe de la clase obrera*, aquél que [...] es capaz de traer en plena luz la palabra que responde exactamente *a lo que la masa entera, en aquél momento, sabe, puede y quiere hacer.* Fue ésta la función que Gramsci ejerció en el movimiento obrero turinés de la posguerra. ¿Qué fue, en aquel movimiento, el Consejo de fábrica? [...] Se ha dicho que Gramsci ve las masas y el problema de movilizarlas y organizarlas, pero no ve el problema del partido y de su organización. Nada más distante de la realidad. *En la propaganda del 1919-20 para los Consejos de fábrica se encuentran, en germen y luego desplegados, todos los principios de la doctrina del partido*, -no del partido-secta, no del partido-cuartel y organización casi-militar, sino del partido como frente organizado de la clase obrera, parte de aquella, vinculado con aquella de forma indisoluble, guía del proletariado en cada momento de su historia. Si así no hubiera sido, no habría sido posible para Gramsci ejercitar una influencia decisiva en corregir la dirección de nuestro partido, en guiarlo para superar el extremismo de izquierda y la pobreza de sus criterios organizativos, *en mostrarle la vía que lo ha llevado a ser un partido de masa*”.<sup>41</sup>

El Pcd'I es, en el 1927, el partido de las Tesis de Lyon. Un partido que ha vuelto a entrar en contradicción con la IC en el mismo momento en el cual ha sido prácticamente reducido a la ilegalidad por el fascismo, con sus principales cuadros en la cárcel o en el exilio. Cuando Togliatti redacta “*Antonio Gramsci, un capo della classe operaia*”, en

---

<sup>41</sup> Togliatti, *Antonio Gramsci un capo della classe operaia*, en *Id. Scritti su Gramsci*, op.cit., pp. 41; 43. Las cursivas son mías.



Italia la reacción va haciéndose Estado y, paralelamente, el clima comunista internacional, con la larga crisis de la línea del frente unido, va alineándose hacia el sectarismo político y el determinismo teórico. En el escrito citado, además de la identificación de la historia como terreno privilegiado de la práctica política, emerge la polémica indirecta, pero clara para los contemporáneos, con quienes, desde la “izquierda” del *spectrum* del maximalismo socialista italiano, habían acusado el grupo turinés de teoricismo y, en este aspecto concordando con la dirección del Psi, lo había tachado de subvalorar el rol del partido.<sup>42</sup> Togliatti recomponía la cara de Jano del Gramsci intelectual y el Gramsci político en el plano de una historicidad de sello hegeliano-marxista y de ésta como continuidad programática entre el promotor de los consejos de fábrica y el dirigente del Pcd’I. Introducía, es decir, el marxismo según Gramsci como historia desde el punto de vista de la constitución del sujeto social como sujeto político y, al mismo tiempo, lo delineaba como una relación determinada, “indisoluble en sus términos”, orgánica en el lenguaje de Gramsci y de la época, entre partido y movimiento. Era un resaltar la política como llave para la efectiva comprensión del pensamiento de Gramsci; la política, empero, desde la preocupación conceptual profunda con la inteligibilidad de la historia, al centro de la cual Togliatti posicionaba “lo que la masa entera, en aquél momento, sabe, puede y quiere hacer”, o sea, aun solo insinuándolo, el principio de la realidad de las ideologías que, solo un años antes, Gramsci había elaborado como cuestión política de los intelectuales.<sup>43</sup>

Es el 1929 y el inicio del “tercer periodo” para los comunistas italianos. Los delegados del Pcd’I al X Plenum, entre los cuales Togliatti, han adherido a la nueva línea después de haber defendido en un dramático debate la “política de Lyon” y, con aquella, el carácter popular y no solamente proletario de la lucha antifascista.<sup>44</sup> Desde la cárcel, Gramsci, en el curso de una serie de discusiones con otros detenidos políticos, ha lanzado como palabra de orden la Constituyente, sosteniendo una fase democrática sucesiva al fascismo, diametralmente opuesta a la nueva estrategia asumida por el partido. En un contexto en el cual asistimos, en la Comintern, a la represión de toda crítica vía la estigmatización de

---

<sup>42</sup> Cfr. Liguori, G. *Gramsci conteso*, op.cit., pp. 26-34.

<sup>43</sup> Sistematizándola, por primera vez, en el ensayo, del 1926, sobre la cuestión meridional. El título aportado por Gramsci al manuscrito era *Note sul problema meridionale e sull’atteggiamento nei suoi confronti, dei comunisti, dei socialisti e dei democratici*. Cfr. Liguori, G. *Gramsci conteso*, p. 32-33.

<sup>44</sup> Cfr. Ragionieri, Ernesto. “Togliatti, Grieco e Di Vittorio alla commissione del X Plenum dell’internazionale Comunista en *Studi Storici*, anno XII, N. 1. Roma: Instituto Gramsci editore. 1971. Para la reconstrucción del actuar de Togliatti en la IC hasta el viraje del X Plenum, cfr. Ragionieri, *Introduzione a Togliatti, P. Opere, II, 1926-1929*. Roma: Editori Riuniti, 1972.

“oportunismo” y, por lo tanto, según una actitud incomprensible si se ignora la labor de Togliatti en mantener viva la herencia de Gramsci, el dirigente publica en “Stato Operaio” una serie de sus escritos, entre los cuales destacan el manuscrito *Alcuni temi della questione meridionale* y el *Programma dell' “Ordine Nuovo”*;<sup>45</sup> dos intervenciones teórico-políticas fundamentales, en la medida en la cual como dirigente del partido, en el 1926, y como organizador de un movimiento, en el 1920, Gramsci había delineado, respectivamente, el problema de la alianza de clase como problema nacional, organizándolo alrededor del rol de los intelectuales, y ampliado el partido como revolución en proceso, elaborándola como creación de una nueva forma Estado.

Es el 1937, Gramsci ha muerto, dos años después del “viraje del viraje” del VII Congreso de la IC y el lanzamiento de la estrategia de los “Frentes populares”. La hagiografía de la perfecta sintonía y la imagen de los dos jefes, uno en la cárcel, y el otro al vértice del partido y de la Internacional, queda oficializada en el mensaje dirigido al Comité Central del Pcd'I y escrito por Togliatti en ocasión de la muerte de Gramsci.<sup>46</sup> En *in Memoria de Antonio Gramsci*,<sup>47</sup> Togliatti inaugura la operación política y cultural por medio de la cual Gramsci emergerá, en la posguerra, como *la* figura central del marxismo italiano. Así como ahora lo presenta en calidad de fundamento teórico del rol de los comunistas en la lucha contra el fascismo, un rol democrático y nacional, igualmente lo presentará, a partir de la guerra de Liberación, como fundamento de la “vía nacional” al socialismo.<sup>48</sup>

Nuevamente, Gramsci es, ante todo, el hombre de partido, ahora, empero, desde la centralidad atribuida a la relación entre partido y masas, y a la comprensión del leninismo como dialéctica entre el plano nacional e internacional de la revolución. Un Gramsci que, en su estancia en Moscú (1922-23), había aprendido el partido como vanguardia en tanto que fuerza de masa, para después traducirlo al contexto italiano y elaborarlos en las *Tesis de Lyon* y la *Cuestión meridional*. El Gramsci de la Constituyente, de la necesidad de un periodo de lucha para las libertades democráticas, articulado por Togliatti en la forma en

---

<sup>45</sup> Cfr. *Alcuni temi della questione meridionale*, en CPC, pp. 137-158; *Il Programma dell' 'Ordine Nuovo'*, en “L' Ordine Nuovo”, 14-28 agosto 1920, ON (1987), pp. 619-628.

<sup>46</sup> Cfr. Ragonieri *Introduzione a Togliatti, P. Gramsci*. Roma: Editori Riuniti, 1967.

<sup>47</sup> Togliatti, *In memoria di Antonio Gramsci* [1937], en *Scritti su Gramsci*, pp. 45-57.

<sup>48</sup> Liguori subraya como, a la altura del 1937, Togliatti todavía no conociera el contenido de los *Cuadernos*. Apelando a Gramsci, podía solamente referirse a los escritos y labores políticos anterior al arresto, es decir,

Togliatti consideraba su propia elaboración teórico-política del antifascismo en línea de continuidad con la fase del Pcd'I sucesiva al periodo “bordighista” y de la cual la reflexión de Gramsci había constituido la llave de vuelta. Liguori, *Gramsci conteso*, p. 43. Según Vacca, Togliatti pudo empezar a estudiar las notas de la cárcel solamente en el 1939, en Moscú, decidiendo por una prudente gestión al fin de prevenir que ésta entrara en colisión con el estalinismo. Vacca, *Togliatti editore di Gramsci*, en *Togliatti e Gramsci. Raffronti*, pp. 105-185.

la cual él mismo va elaborando, en este mismo entonces, su propia concepción del antifascismo como ideología, en origen de un programa que presentará, en la posguerra, como una relación determinada, en sus términos “nueva”, entre democracia y socialismo.

Es el 1944, el inicio de la etapa final de la guerra de Liberación, y del embate entre las filas del antifascismo entorno a la definición del marco institucional para la posguerra. Semidesconocido entre las masas sino como un ilustre mártir, el Gramsci que irá conformando la bandera de la cultura comunista italiana brota a las ventanas de un país en el cual asegurar que la *Resistenza* asuma, aún en su fase conclusiva, un carácter popular constituye la premisa necesaria, en la perspectiva de Togliatti, para la refundación democrática y social de la nación.

“Gramsci nos advertía a continuar, en la situación en la cual nos habríamos encontrado con la caída de la tiranía, la política por él iniciada primero en el 1919 y después en el 1924, y que tendía a situar y resolver, en toda su amplitud, la cuestión de la unidad verdadera y del renacimiento de la nación italiana”.<sup>49</sup>

El dirigente comunista es nuevamente presentado bajo la luz de la continuidad entre la época de los consejos y el partido surgido de Lyon; un Gramsci empeñado, hasta la muerte, en la reflexión y elaboración teórica de una misma línea programática, que Togliatti ahora explicitaba, por primera vez, como “función nacional de la clase obrera”.<sup>50</sup> Nuevamente, es el Gramsci de “nuestro partido”, de nuestro partido, sin embargo, *porque de todos* y dada “una Italia gobernada desde siglos por castas reaccionarias [...] lacerada por contrastes de clase y separada entre un Norte industrial y obrero y un Sur y las islas campesinas semi-feudales, atrasadas”.<sup>51</sup> Una Italia atezada por deudas históricas con la justicia social y la libertad política, para enfrentar y superar las cuales Gramsci:

“vio la función que pertenecía a los obreros y campesinos, pero nunca olvidó la función que pertenecía y tiene que pertenecer, en la salvación y la reconstrucción de Italia, *a los intelectuales*”.<sup>52</sup> Por haber reconocido: “la función jugada por los intelectuales como instrumento de las castas dirigentes al fin de mantener su dominio sobre las clases populares”;<sup>53</sup> sobre todo a partir de: “el doble carácter de la ideología crociana, nacional en cuanto confirió a los intelectuales meridionales una función en el cuadro de todo el país, reaccionaria por haber hecho de ellos el

---

<sup>49</sup> Togliatti, *La política di Gramsci* [1944], en *Scritti su Gramsci*, p. 91.

<sup>50</sup> Togliatti, *ibidem*, p. 92.

<sup>51</sup> Togliatti, *Discorso su Gramsci nei giorni della liberazione* [1945], en *Scritti su Gramsci*, p. 109. Las cursivas son mías.

<sup>52</sup> Un Gramsci que, continuaba el escrito: “durante los años de la meditación en las cárceles de Turi, Formia y Civitavecchia, dedicó la mayor parte de su atención,

de su espíritu crítico, a indagar las condiciones en las cuales la clase obrera y los campesinos pueden realizar una fuerte alianza con los sectores intelectuales” Togliatti, *L'insegnamento di Antonio Gramsci* [1945], en *Id. Scritti su Gramsci*, p. 103-104. Las cursivas son mías.

<sup>53</sup> Togliatti *L'eredità letteraria di Gramsci* [1944], en *Id. Scritti su Gramsci* p. 94-95.

elemento de cohesión de una sociedad fundamentada en la sujeción de las grandes masas populares y la gran disgregación social del *Mezzogiorno*".<sup>54</sup>

Por primera vez el país llegaba a saber de la existencia de unos "treinta cuadernos revestido de una muy densa escritura [y] conservados en Moscú"; cuyo tema principal era, según la precisa indicación de Togliatti, "una historia de los intelectuales italianos".<sup>55</sup> Gramsci era el "internacionalista profundamente concreto, nacional",<sup>56</sup> por haber sabido individuar la centralidad, en la acción política, de la cultura -tejido conectivo entre sociedad y Estado- y gracias a una formación mental, filológica y filosófica que "comparable a la de los grandes fundadores del pensamiento marxista, provenía de la filosofía hegeliana".<sup>57</sup> De su biografía política e intelectual, quedaba por primera vez especialmente evidenciado el periodo de la formación, acontecida en los años, para Italia, de la crisis del viejo orden liberal; una crisis que, veremos ampliamente en el curso de esta labor, antecedió la "terrible laceración del 1914" y se expresó como un trastorno profundo, un sentir en común, la degeneración política y moral del país. Togliatti procedía inmediatamente a calificar el tipo de relación que el joven Gramsci había entretenido con "el historicismo idealista", para el cual hay que entender, también veremos, no sólo una posición filosófica, sino ésta en cuanto concepción general de la vida; aquel regreso al sujeto y aquella ansia de renovación espiritual transversales, en las primeras dos décadas del Novecientos, a distintas y hasta contrapuestas vertientes políticas. En el medio de esta crisis espiritual, el joven Gramsci, enfatizaba Togliatti, había sabido reconocer tanto el "paso adelante" cumplido por la intermediación del idealismo "en el desarrollo de nuestra cultura nacional", cuanto los límites de una perspectiva que había sustituido la dialéctica por la separación entre conciencia y "realidad histórica". Un Gramsci para el cual era tarea:

"de las clases obreras, de las clases intelectuales de vanguardia, cumplir en relación a esta corriente filosófica cultural, la misma obra de renovación y de inversión [de Marx con Hegel], en manera tal que nosotros, herederos de todo aquello que hay de positivo y de progresivo en el desarrollo de la cultura de nuestro país, pudiéramos, sobre estas bases, mover adelante nuestro pensamiento marxista, enriquecerlo de nuevas experiencias, volverlo más fecundo, penetrante, más audaz en sus análisis, en sus conclusiones, en sus resultados." <sup>58</sup>

En el discurso pronunciado en la universidad de Turín doce años después de la muerte, Gramsci, en el tiempo en el cual "nos movíamos a la orilla del abismo", había individuado

---

<sup>54</sup> Togliatti, *Lezione di marxismo* [1945], en Id. *Scritti su Gramsci*, p. 97.

<sup>55</sup> Togliatti, *L'eredità letteraria di Gramsci*, p. 94-95.

<sup>56</sup> Togliatti, *Discorso su Gramsci nei giorni della liberazione*, p. 109.

<sup>57</sup> Togliatti, *ibidem*, p. 111.

<sup>58</sup> Togliatti, *ibidem*, p. 112.

como “característico de la historia italiana, casi como un pecado de nuestra historia que debe ser superado”, la raíz de una crisis capaz de atenacear una entera sociedad, o sea, el “profundizarse de la separación entre las corrientes intelectuales del país y la vida del pueblo, la vida real de la nación”. Una disociación entre intelectuales y sectores populares de la cual emergió “no sólo el intervencionismo dannunziano y, luego, el fascismo, sino la Italia de hoy, con todos sus problemas irresueltos”.<sup>59</sup> Las nuevas corrientes de la cultura italiana habían terminado por actuar, apuntaba Togliatti recuperando una típica expresión de Gramsci, como “moscas cocheras”, voces incapaces de dirigir el movimiento de la historia por contemplarla como una historia filosófica. Al movimiento de las vanguardias culturales, el Gramsci socialista había sabido contraponer “esta nueva concepción de la realidad, que es aquella del marxismo”, la superación de la distinción lógica vía la comprensión de “la unidad histórica entre realidad en movimiento y concepto de la realidad” y, en calidad de unidad de la idea con “la historia concreta, las luchas concretas para lograr transformar y renovar el país”, el marxismo según Gramsci, concluía, había sido ante todo “una nueva concepción de la historia de Italia, ya no una historia de los grupos intelectuales, sino del pueblo”.<sup>60</sup> Unidad entre filosofía e historia, en fin, dada la entrada de la masa en la vida política.

Leído en el 1949, el artículo de Togliatti habría sido transparente a sus contemporáneos como acto de denuncia, dada su referencia a una estrecha relación entre cultura liberal así como se había dado en Italia y la paulatina consolidación del fascismo. Gramsci, así como otros -entre los cuales, y en primer lugar, Croce con su batalla en contra de los espiritualismos de las nuevas tendencias culturales- había previsto la degeneración del país, empero de manera radicalmente distinta, por reconocer en los límites de un método otro tantos límites políticos; en el historicismo idealista y su separación de las masas, una historia política; en las caídas irracionistas del primero, en fin, la deriva reaccionaria de la segunda. Emergía en este entonces el Gramsci como el “anti-Croce”, la *praxis* que se opuso al partido como prejuicio, a la historia según la distinción crociana entre filosofía y política. El Gramsci que, decidiendo enfrentarse a Croce en su mismo terreno, él de la cultura en cuanto unidad ideológica de lo social, había logrado distinguirse tanto de los demócratas, así como de los socialistas, por comprender la necesidad, en contra de unos, de “una renovación profunda de toda la dirección política y de toda la organización del Estado italiano” y, por ser una excepción entre las filas de los otros, porque “nada era más

---

<sup>59</sup>Togliatti, *Pensatore e uomo d'azione* [1949], en Id. *Scritti su Gramsci* pp. 135-39.

<sup>60</sup>Togliatti, *ibidem*, p. 143.

ajeno al estilo de nuestro grande compañero que el estéril verbalismo revolucionario”. Su política, desde los tiempos de los consejos de fábrica hasta el Aventino, había sido guiada por “la idea de unidad: unidad de las masas trabajadoras socialistas con las masas trabajadoras católicas de las ciudades y de los campos, unidad de obreros, unidad de obreros y campesinos, unidad de trabajadores del brazo y de la mente, para la creación *de un grande bloque de fuerzas nacionales.*”<sup>61</sup>

Enfatizando el nexo entre la formación filosófico/cultural del joven Gramsci y su concepción nacional de la política socialista, Togliatti procedía hacia la construcción de una determinada clave de lectura para los mismos *Cuadernos*. La *praxis* como “unidad capaz de abrazar conjuntamente el conocer y el hacer” no había sido una preocupación exclusiva de los años juveniles; el proyecto de renovar en conjunto “el conocer y el hacer *de los italianos*” había constituido el tema-problema a partir del cual Gramsci, en la cárcel, había organizado su entero programa de estudio, introducido por Togliatti como un análisis de:

“la función de aquellos grupos intelectuales que consideraba destinados a jugar una función importantísima en calidad de tejido conectivo de la sociedad y del Estado italiano y que pueden orientar el desarrollo de este Estado en una forma o en otra, a según sirvan las castas reaccionarias [...] o se orienten hacia una sólida alianza con la clase obrera, con las masas trabajadoras de la ciudad y de los campos y colaboren con ellas en la construcción de una sociedad nueva.”<sup>62</sup>

Este indicar la preocupación con los intelectuales como variable interpretativa de los *Cuadernos* se articulaba “orgánicamente” con la “democracia progresiva”, la fórmula que resumía, en la perspectiva de Togliatti, la superación de un estéril dualismo entre reforma y revolución, por él considerado una contraposición abstracta porque inconexa a la situación histórica surgida después de la experiencia del fascismo y la segunda guerra mundial, y que el dirigente infería, y al mismo tiempo distinguía como determinación específica, de una historia más amplia, constitutiva de la nación italiana, tanto cuanto del movimiento obrero como sujeto político. La democracia progresiva, en breve, como programa de rescate nacional, con fundamento en el antifascismo según Togliatti, aquella “política de unidad” enunciada durante la guerra de Liberación y elaborada, en la fase constituyente, como una serie de reformas en campo económico-social y en el cuadro de

---

<sup>61</sup>Togliatti, *Discorso su Gramsci nei giorni della liberazione* [1945], p. 115.

<sup>62</sup>Togliatti, *ibidem*, p. 116. El plano de trabajo de los *Cuadernos* era explícitamente definido como una

investigación acerca de “el valor decisivo que la organización y la historia de los intelectuales posee para comprender todos los desarrollos de una sociedad” Togliatti, *Pensatore e uomo d'azione* [1949], p. 142.

una democracia de partidos de masa y populares.<sup>63</sup> Un programa que, en el 1956, Togliatti habría nombrado “vía italiana al socialismo” y tomado el cuidado de distinguir de una “vía parlamentaria y nada más”.<sup>64</sup> Un “comunismo reformador”, lo define Vacca, a través del cual, después del 1956, “el Pci se presentó como heredero de la mejor tradición reformista del socialismo italiano’ y, como tal, se proyectó a nivel europeo.”<sup>65</sup>

En el plano conceptual, “el marxismo de Togliatti”,<sup>66</sup> continúa el estudioso, suponía, además de una lectura del capitalismo maduro, una interpretación de la soldadura entre clase y nación como tarea histórica realizada por las grandes socialdemocracias europeas y en contra de la cual se había desencadenado la reacción fascista; para Togliatti un fenómeno de alcance internacional que el movimiento comunista había reconocido como tal solo con la llegada del nazismo al poder (VII Congreso de la IC), mientras en Italia, bajo guía socialista, el proletariado no había logrado madurar como clase nacional, razón por la cual, la crisis del primer Novecientos y del “giolittismo” habían significado también la crisis del socialismo político.

Terminada la guerra, Togliatti presentaba los ordinovistas como quienes primero habían forjado, para el país, un proyecto de “conciliación entre clase y nación” y el partido comunista, en cuanto surgido de este originario grupo dirigente, como fuerza que había sido capaz de asumir concretamente esta misma tarea durante la guerra de *Liberación*. Una vía democrática y nacional al socialismo que, sufocada por el fascismo, una vez liberado el país, era ahora posible, y necesario, llevar a cumplimiento gracias a un movimiento obrero que, a la guía de un momento clave de la historia de Italia como la *Resistenza*, había madurado una mentalidad estatal, una mentalidad de clase dirigente.<sup>67</sup>

Una perspectiva, la “democracia progresiva”, que tenía como eje programático la relación de los comunistas con los otros componentes democráticos, laicos y progresistas, del país,

---

<sup>63</sup> Sigo aquí la interpretación de la “democracia progresiva” proporcionada por Vacca, en particular en su *Togliatti e Gramsci, raffronti*, op.cit, p. 209.

<sup>64</sup> Togliatti la definía como el: “reforzamiento de la democracia y de su evolución hacia determinadas, profundas, reformas sociales [...] aquellas reformas que una vez solíamos llamar reformas transitorias y que ahora se indican con el término general de reformas estructurales [...] una lucha por la unidad de las masas trabajadora, en primer lugar de la clase obrera [...] un grande y continuo esfuerzo de los partidos de la clase obrera al fin de realizar alianzas siempre más amplias con todos aquellos estratos de la población trabajadora que pueden y deben estar interesados en una transformación profunda de las estructuras de la sociedad [...] objetivos que tienen que ser alcanzados a través del movimiento y la lucha

de las masas en el terreno democrático y utilizando todas las instituciones de nuestra democracia”. Togliatti, *La via italiana al socialismo en Problemi del movimento operaio internazionale*. 1956-1961. Roma: Editori Riuniti 1962, pp. 121-169.

<sup>65</sup>La posibilidad de avanzar hacia el socialismo a través de una lucha por nuevas formas de democratización políticas y sociales; una vía gradual válida, enfatiza el estudioso, no solo para Italia, sino una “forma, históricamente determinada, de la transformación democrática y socialista en Europa”. Vacca, *Togliatti e Gramsci, raffronti*, p. 209.

<sup>66</sup>Así como recitaba el título de una lección magistral del dirigente comunista, presentada en el 1947 y publicada en “Rinascita” en el 1967.

<sup>67</sup>La misma perspectiva que vimos guiar el análisis de Spriano dedicada a la lucha de liberación nacional.

para la formación de una cultura que, socialista en el contenido y nacional en la forma, habría así alcanzado la fuerza suficiente para redefinir los términos de la lucha democrática y social. El programa de un partido que había pasado, en el breve arco de dos años (1943-1945), de ser una fuerza de cuadros en la clandestinidad, hasta forjar una fuerza de masa, y paralelamente a la emersión de otra grande organización popular, la Democracia Cristiana (Dc). Cuestión democrática y nacional, por lo tanto, en cuanto posibilidad y capacidad, por parte de los comunistas, de asumirse y constituirse como referente histórico de bases sociales otras a la obrera, no sólo los campesinos, sino aquellos sectores intermedios que habían entrado en la vida política activa durante la fase terminal de la segunda guerra.<sup>68</sup>

---

<sup>68</sup> Anteriormente a la lucha de Liberación, el Pci poseía una base limitada y, aún más, recortada por la persecución a la cual habían sido sometidos sus militantes durante el régimen. En menos de dos años, la fuerza que, después de las promulgaciones de las leyes extraordinarias fascistas, había sido reducida a un partido de cuadros en el exilio o en la cárcel, había pasado de los cinco-seis mil militantes en el 1943, al millón y setecientos mil inscritos en diciembre del 1945. El Pci transitaba hacia su propia consolidación como fuerza política de masa en concomitancia con la ruptura de la alianza antifascista internacional y el inicio, en el 1947, de la guerra fría, cuando los comunistas fueron expulsados, es el caso italiano en el 1946, o se retiraron, de las coaliciones que guiaban varios países occidentales. A partir de las elecciones del 1948 y la llegada de la Democracia cristiana al poder, el Pci habría sido permanentemente excluido de la entrada al gobierno, aun dada la constante ampliación de sus bases y haber logrado el control de importantes administraciones locales en el centro-norte del país. Cfr. Liguori, *Gramsci conteso*, op.cit., p. 58 y Sassoon, *Togliatti e il partito di massa*, op.cit., p. 29.

Relativamente a la elaboración de la “vía italiana al socialismo” según Togliatti, ésta abarca desde sus orígenes en el antifascismo y la inmediata posguerra, atraviesa los años cuarenta y cincuenta del centrismo democristiano y llega hasta los primeros años sesentas y primeros gobiernos de centro-izquierda. Siguiendo las consideraciones de Vacca, la plausibilidad de una avanzada europea hacia el socialismo, así como Togliatti la consideraba, implicaba, en el plano de las relaciones internacionales, la sobrevivencia de la alianza antifascista, rota tan pronto como con el inicio de la guerra fría y la creación del Cominform, y en relación a la cual, subraya el historiador, el dirigente habría reconocido las responsabilidades de la URSS soviética solo hacia finales de la propia vida. Imposible en el plano internacional, el Pci de Togliatti habría continuado a perseguirla a nivel nacional, impulsando un programa de reformas alrededor del cual, hacia finales de los años cincuenta, se fue agrupando un amplio despliegue de fuerzas (que de los comunistas iba hacia la izquierda de la democracia cristiana, englobando socialistas, socialdemócratas,

republicanos), conformando un movimiento popular en contra de una forma Estado antiguada y controlada, desde la sociedad política, por la Dc. En los años sesentas, el país, entrando en un proceso de modernización capitalista entre los más intensos de Occidente, transitaba del centrismo democristiano, hacia los primeros gobiernos, en el 1962, de centro-izquierdas. El hecho que la Dc, por la misma amplitud de la presión pública para las reformas, abría a los socialistas, re-proponía el problema de la participación de los comunistas al gobierno (cerrada, desde arriba, tan pronto como en el 1948). Togliatti refutó cualquiera colaboración con la Dc, avanzando como fórmula “el viraje hacia la izquierda”; como programa el impulsar un gobierno de las clases trabajadoras y, en fin, como argumentación, la necesidad de impedir que la abertura a los partidos obreros se transformara en un nuevo transformismo vía la absorción de los socialistas en un nuevo centrismo.

Según Vacca “la vía italiana al socialismo” no difería en substancia del reformismo socialista según Bernstein: una lucha que puede extenderse para un largo periodo y que, como tal implica la capacidad, y dificultad, de saber identificar el momento del cambio cualitativo. En Togliatti, empero, permanecía irresuelto el problema del sujeto, en cuanto, su vía al socialismo contradecía tanto la tesis que en Italia fuera imposible un reformismo burgués (a la cual el dirigente apelaba para negar cualquiera acorde con la Dc), así como el mantenimiento de una estrecha articulación con la URSS soviética. Vacca, *Togliatti e Gramsci, raffronti*, último capítulo, en particular, pp. 209-15.

Soy consciente de que, para asumir una posición propia sobre la interpretación de la “vía italiana al socialismo”, se necesitaría un estudio profundo del debate historiográfico y, además, de la misma labor teórico-política que Vacca ha ido conduciendo desde los años setentas, y relativamente a la cual me limito a señalar: *Saggi su Togliatti e la tradizione comunista*, Bari, De Donato, 1974; *Gli intellettuali di sinistra e la crisi del 1956* (a cura di) Roma, Editori Riuniti, 1978; *Tra compromesso e solidarietà. La politica del PCI negli anni '70*, Roma, Editori Riuniti, 1987; *Gramsci e Togliatti*, Roma: Editori Riuniti, 1991, en particular el capítulo *La politica di unità nazionale 1944-1949*; en



No se trataba “sólo” de legitimar el partido como fuerza nacional y de gobierno, sino, siempre según Vacca, esta misma tarea, en la perspectiva de Togliatti, conllevaba hacer de una política cultural determinada *la* condición de existencia del partido. La transcendencia atribuida a la labor intelectual que emergía en dos expresiones características de su lenguaje político: la necesidad de una “forma nacional de marxismo” y el partido como “forma históricamente necesaria”. Ambas indicadoras de la *praxis* según el dirigente del Pci: una concepción de la política como dimensión de la vida social que alcanza su plenitud cuando brota de la relación con la filosofía, o sea, cuanto se articula a un esfuerzo de teorización del devenir histórico, razón por la cual elaborar una propia concepción de la historia y avanzar un programa político autónomo conformaban, en su propuesta, una sola operación.<sup>69</sup> En el 1947 la historia según Gramsci, vimos, concernía el país y el programa se refería a la nación; en el 1958, veremos en breve, historia según Togliatti será indicar a Gramsci como quien había traducido en lenguaje italiano la lección de Lenin, la política de masa como una nueva relación entre economía y política, la posibilidad de un nuevo bloque histórico.

En una primera fase, aquella que desde la inmediata posguerra conduce hasta lo que será el primer parte-aguas en la interpretación de Gramsci, radicar el partido en el país y volverlo una fuerza históricamente necesaria implicaba, en primer lugar para Togliatti, conquistar a su programa los organizadores de la cultura.<sup>70</sup> Tan pronto como en el 1947, las fuerzas conservadoras de lo que había sido el antifascismo, de orientación filo-estadounidenses y clerical, habían logrado bloquear la legitimización del Pci como fuerza de gobierno, re-conformando, en víspera de las primeras elecciones de la República, el viejo bloque dominante agrario-industrial, ahora organizado alrededor del control del ejecutivo por parte de la Dc. A partir de este entonces, el Pci, presentándose como piedra angular de un bloque progresista capaz de guiar el país hacia una “*rinascita*”, con una sociedad política cerrada no solo a los comunistas, sino también a los otros partidos del trabajo y de los sectores medios, había direccionado su actividad y esfuerzo en la sociedad civil, y no solo al fin de ampliar sus propias bases, sino según un programa amplio de cambio cultural. ¿El Gramsci que emergió de este mismo proyecto?

Entre el 1947-1950 quedaron sentados los instrumentos de la política cultural del partido - entre los cuales el mismo Instituto Gramsci- y avivada la publicación de su obra. Las

---

fin, la última monografía publicada: *L'Italia Contesa. Comunisti e democristiani nel lungo dopoguerra (1943-1978)*. Venezia: Marsilio, 2018.

<sup>69</sup> Vacca, *ibidem*, p. 198-99.

<sup>70</sup> “En el programa de *Rinascita* de la nación con la cual, después de la Liberación, el Pci se presentaba a los italianos, lo esencial era la re-orientación de los ‘grupos intelectuales’”. Vacca, *ibidem*, cit., p. 203.

*Cartas de la cárcel*, una introducción al “ser humano” preparatoria a la complejidad del “teórico”, ganaban uno de los premios literarios más importante del país, contribuyendo a una primera e importante popularización de Gramsci que, empero, tendió a enjaularlo entre los límites de una lectura humanista de fuertes acentos morales, edificantes. Un año después, fue la primera edición de los *Cuadernos de la cárcel*, la temática; una operación político-cultural de primaria importancia, en cuanto, sin una organización de las notas que facilitara su popularización, es difícil imaginar como una obra tan a-sistemática en la forma habría podido alcanzar la difusión que tuvo y determinar, por sus contenidos, la abertura de amplios debates prácticamente en todos los campos - político, histórico, literario- de la cultura italiana. Una edición que, sin embargo, no sólo enfatizaba la importancia de determinados temas en perjuicio de otros, sino los reconstruía en manera tal de reducir el Gramsci de la filosofía al Gramsci de la historia de Italia y su cultura.<sup>71</sup> Sobre todo, y al fin de arraigar el marxismo en la amalgama nacional y promover la reorientación de los “grupos intelectuales”, Gramsci quedó primero situado en línea de continuidad con los componentes progresivos de la tradición hegeliana, así como ésta se había conformado en Italia. En campo socialista, con Labriola; en él nacional, con la tradición crítica surgida del *Risorgimento*, cuyo correspondiente en el plano de la sistematización conceptual había sido el neo-idealismo en su vertiente liberal-demócrata. Emergía, vale decir, el marxismo del primer Gramsci: él de la filosofía como concepción del mundo, sentir común de una nueva configuración nacional. Una “analítica gramsciana de la historia”<sup>72</sup> que recogía aquella que efectivamente es la filosofía para Gramsci, una cultura, veremos, en cuanto existe *en*, es *inmanente a*, la realidad. Una interpretación en este entonces aislada, empero, del “otro” grande componente de la *inmanencia* según Gramsci, la filosofía que existe en la historia como política y, como tal, rehabilita la “dialéctica” en contra de la “distinción” crociana. Introducir, empero, el sentido de la filosofía como política habría significado abrir, paralelamente a la línea genealógica De Sanctis-Dorso-Labriola-Gramsci, el Gramsci específicamente comunista, él de la historia mundial, de la plena contradicción con el “tercer periodo” y, con aquél, la delicada, hasta explosiva, historia de las tensiones entre el partido y el movimiento

---

<sup>71</sup> La reflexión de Gramsci “venía a ser limitada al horizonte de la historia de Italia y, al lado de la ‘cuestión meridional’ era indicada, como su componente esencial, la preocupación ‘desde un inicio’ para el destino de los sectores intelectuales ‘en la sociedad italiana’”. Por esa misma razón, la publicación de los manuscritos de la cárcel inició con el volumen intitulado *Materialismo histórico y la*

*filosofía de Benedetto Croce*, cuyo núcleo es constituido por las notas de los así llamados “cuadernos filosóficos”, dejando por última, en el volumen titulado *Pasado y Presente*, la elaboración en el plano de la historia mundial de las nuevas dinámicas de acumulación y reproducción del capital. Cfr. Vacca, *Appuntamenti con Gramsci*, op.cit., p. 151.

<sup>72</sup> La expresión es de Vacca, *ibidem*, p. 156.

comunista internacional. El proceso habría tardado, aunque sus primeros signos emergieron antes del 1956.

Ya mencionamos como no sea posible referirse, aun escuetamente, a la elaboración de la vía nacional y democrática al socialismo sin mencionar el antifascismo según Togliatti: no sólo una perspectiva estratégica, limitada como tal a un paréntesis coyuntural, sino una ideología, “una reformulación del finalismo socialista”.<sup>73</sup> Los nudos conceptuales de aquello que había sido y significado el fascismo para Togliatti no sólo en Italia, sino como fenómeno internacional, regresaban, en el 1952, en relación a la interpretación de Gramsci y, en específico, a su reflexión carcelaria. El fascismo, escribía el dirigente comunista, no se había propuesto otra tarea de aquella tradicional de la burguesía como fuerza política dominante: “disgregar y desorganizar las clases trabajadoras para mantenerlas inmovilizadas”. Sin embargo, así como había acontecido entre las filas de una IC, y del partido comunista italiano, ambos sin preparación, en un inicio, para la comprensión de la novedad del fenómeno, igualmente en la Italia del 1952, un país rescatado por el movimiento popular durante la *Resistenza* y reconstituido por las viejas clases dominantes:<sup>74</sup>

“el peligro implícito en esta visión de las cosas es que se pierda la noción de las diferencias, y por lo tanto también del desarrollo. El peligro es conformarse con la calificación de la situación social y el bloque histórico reaccionario, lanzando sobre todo lo restante uno de aquellos velos de incomprensión y obscuridad por los cuales, llegada las tinieblas, todos los gatos son pardos”.<sup>75</sup>

Lo específico del fenómeno fascista había sido el actuar:

“*de forma distinta* el proceso de unificación de las fuerzas reaccionarias en un sólo organismo político, bajo el control de una única central que debía dirigir de manera conjunta el partido, el gobierno, el Estado”<sup>76</sup>

Una forma Estado en la cual, precisamente porque expresión de la hegemonía del bloque industrial-agrario, y sus contradicciones, éste mismo bloque no había podido prescindir de “los más diversos instrumentos” ideológicos a través de los cuales “mantener sumisos el pueblo de los trabajadores y de los sectores intelectuales medios”. Una “*concordia discord*”, concluía Togliatti, entre liberalismo y fascismo, reconociendo la cual, Gramsci

---

<sup>73</sup>Vacca, *Togliatti e Gramsci Raffronti*, p. 209.

<sup>74</sup>Vacca, *Togliatti e Gramsci, raffronti*, p. 213.

<sup>75</sup>Togliatti, *L'antifascismo de Antonio Gramsci* [1952], en *Scritti su Gramsci* p. 172.

<sup>76</sup>Togliatti, *ibidem*, p. 174. Las cursivas son mías.

había empujado los comunistas a emprender una lucha conducida en nombre de la libertad. Una libertad, empero, en sentido democrático, y una democracia, en sentido marxista: “empuje que quiere romper el momento del equilibrio hegemónico [y así como] *la ideología del antifascismo*, mueve a partir de la comprensión del hecho histórico en su necesidad”.<sup>77</sup>

Regresaba, conjuntamente a la lucha por la “democracia progresiva”, la clave de lectura sostenida tan pronto como desde el 1944, o sea, la cuestión nacional, ahora elaborada a través de una precisa mutación de acentos interpretativos. Desde la comprensión del fascismo como una forma Estado históricamente determinada, empujando, desde la cárcel, para que los comunistas se esforzaran por un cambio ideológico de la clase obrera respecto al problema de la nación y la democracia, Gramsci, continuaba Togliatti, se había dedicado a investigar las características de los intelectuales italianos en cuanto organizadores del “bloque histórico”.<sup>78</sup> La organización del consenso de masa al régimen autoritario le había develado la centralidad del rol de los intelectuales en relación a un proceso de cambio de la forma Estado, razón por la cual, si en los *Cuadernos* no había un programa de acción “¿y quién le habría permitido escribirlo en aquellas hojas que transitaban por la censura de diez manos? [había] algo más: una interpretación histórica que proporciona el inicio a una nueva ciencia, de nuestra historia y de nuestra política”.<sup>79</sup> El énfasis en la cuestión de los intelectuales, se note, iba transitando de la relación del marxismo con la filosofía, hacia la filosofía, léase la redefinición del marxismo teórico, dada la política en relación a la historia. Nos encontramos en el 1952. Entre el 1952 y el 1954 Togliatti habría ido proporcionando precisas y nuevas indicaciones respecto a la labor comunista en campo cultural, en particular por aquello que concierne la labor historiográfica.<sup>80</sup> Aun sin entrar detalladamente en el mérito de la cuestión, quisiera resaltar que, incitando los intelectuales articulados al área comunista a distinguir, desde Gramsci, entre historiografía marxista e historia del movimiento obrero,

---

<sup>77</sup>Togliatti, *ibidem*, p. 175. Las cursivas son mías.

<sup>78</sup>“que atenúa su contacto con las masas populares de la nación, que tiende a separarlos de la vida y luchas reales, que, demasiado fácilmente, los vuelve un instrumento apto para consolidar hegemonías reaccionarias”. Togliatti, *ibidem*.

<sup>79</sup>Togliatti, *ibidem*, p. 177.

<sup>80</sup> La referencia es a “episodios” acontecidos anteriormente al 1956, “una fecha de fundamental importancia, por abrir una nueva fase en las relaciones entre los distintos partidos, sus posiciones teóricas y políticas, el sentido mismo de su identidad”. Liguori, *Gramsci conteso*, *op.cit.*, p. 133. En particular, en los

trabajos que he ido consultando, destaca la importancia atribuída a la intervención de Togliatti del 1954, reconstruida en detalle por Albertina Vittoria en *Togliatti e gli intellettuali. Storia dell'Istituto Gramsci negli anni Cinquanta e Sessanta*. Editori Riuniti, Roma 1992; cfr. también Daniele, en su *Storia delle fonti*, *op. cit.*, p. XXII-II. La intervención a la cual se refieren las estudiosas es una carta de Togliatti dirigida al entonces director del *Istituto Gramsci*, en la cual el secretario intervenía en una discusión respecto a la autonomía de la labor teórica, abierta por los mismos historiadores que gravitaban alrededor del área comunista.

Togliatti criticaba la reducción de una a la otra, en cuanto, enjaular el campo de labor del historiador marxista significaba aceptar, aun implícitamente, una visión corporativista de la *praxis*.

“Si hoy en día, en Italia, hay historiadores marxistas, es necesario para el progreso de nuestra cultura, que ellos tengan la capacidad de enfrentarse, y enfrenten, todos los temas de la historia. Si estos historiadores marxistas quieren dedicarse al estudio de la historia del movimiento obrero es necesario que ésta no se vuelva una especialización cerrada, casi un aislamiento de esta historia de la historia general del país, al contrario, el estudio del movimiento obrero debe contribuir a renovar los estudios históricos en general”<sup>81</sup>

Era el 1956:

“Toda nuestra política, en sus actos, ha sido siempre la intención *de realizar la función nacional dirigente* de la clase obrera, de volverla transparente, de dar una coherencia nacional a los actos políticos cumplidos por el partido en todos los campos de su actividad”.<sup>82</sup>

Así intervenía Togliatti durante el debate precongresual, el del VIII Congreso del Pci, atravesado, en diciembre, por las ásperas polémicas entorno a la línea programática y formas organizativas sucesivamente a las revelaciones, en febrero, del XX Congreso del Partido comunista soviético y, sobretodo, a los hechos de Hungría. El eje de la intervención era nuevamente la tesis de la continuidad del partido con su propia historia y la indicación de la línea a seguir el “profundizar la investigación y actuación de una vía nuestra, una vía italiana al socialismo”.<sup>83</sup> Para Vacca, insertado en el contexto -fin de la guerra fría, atisigamiento del estalinismo e inicio de la crisis del campo comunista- indicar la vía italiana como revolución “democrática y socialista” significaba connotarla como un programa capaz de superar las degeneraciones del marxismo soviético, las mismas que habían arrancado tan pronto como en los años treinta, y proyectar por primera vez a nivel internacional (para “todo occidente”)<sup>84</sup> la primaria fuente de legitimización de su crítica: Gramsci.

“Hoy la doctrina marxista, por obra nuestra, de nuestro partido, de sus militantes, de sus dirigentes, de sus intelectuales y de sus amigos, se ha conformado como uno de los pilares de la organización, el desarrollo y la dirección de *la cultura nacional*. Con el marxismo hay que hacer cuenta de nuevo, y este resultado ha sido obtenido porque nosotros, los marxistas, hemos dado prueba de saber enfrentarnos no sólo a la realidad política, sino también a las corrientes tradicionales del pensamiento italiano. Sabemos que en este campo hay lagunas y deficiencias

<sup>81</sup> Carta de Togliatti a Donini, en Vittoria, *Togliatti e gli intellettuali*, op. cit., pp. 270-72.

<sup>82</sup> Togliatti, *La via italiana al socialismo* en Id. *Problemi del movimento operaio internazionale*, op.cit., pp. 195-196. Las cursivas son mías.

<sup>83</sup> Togliatti, *ibidem*.

<sup>84</sup> Cfr. Vacca, *Appuntamenti con Gramsci*, pp. 155. Según Vacca, para este entonces, Togliatti había percibido la crisis del comunismo como crisis potencialmente disolutiva y consideraba Europa como el campo de lucha decisivo.

para encararse. Nuestro partido ha tenido la fortuna de haber sido fundado por *Antonio Gramsci, el pensador, yo creo, que en Europa occidental* ha proporcionado, en los últimos cincuenta años, la más grande contribución para la profundización y el desarrollo de la doctrina marxista, sobre la base de un amplio conocimiento de los desarrollos intelectuales *de todo el occidente* y un profundo conocimiento de las condiciones de nuestro país.”<sup>85</sup>

La citada intervención del 1956 se insertaba en el camino gradual hacia el primer grande viraje en la interpretación “oficial” de Gramsci. El partido, escribía Togliatti un año después, aun excluido del gobierno, se había transformado, gracias a su presencia en la sociedad civil, en una fuerza determinante del devenir de la situación social y política italiana:

“Ya no somos, como se decía un tiempo, el partido de los años futuros. Somos el partido del presente, de un presente que todos ven, del cual nadie puede prescindir. Empero aquello que es previsible y necesario no siempre es simple de actuar y tampoco se actúa siempre como los hombres quisieran. La dirección del movimiento corresponde al partido de la clase obrera, empero también esta dirección no se puede ejercitar en forma arbitraria, aplicando esquemas, formulas generales, abstractas, buenas para todos los países y todos los tiempos.”<sup>86</sup>

La comprensión del partido como necesario históricamente, el partido que, enfocado en calidad de proceso, Gramsci sabía distinguir de algo que “se crea arbitrariamente”, conllevaba ahora el vía libre “oficial” a la interpretación de Gramsci en relación a la historia del comunismo y el empeño, enfatizaba Togliatti, en separar claramente su herencia de una concepción de la revolución como dictadura del proletariado, dado el Estado nación como campo específico de la lucha por la hegemonía, y a partir de la ausencia histórica, en Italia, de un reformismo burgués como carácter constitutivo y permanente de la forma Estado. Un Estado, el italiano, que después de la guerra de Liberación, momento constituyente de la nueva vía al socialismo, había caído bajo dirección de un nuevo bloque conservador.<sup>87</sup> ¿Las implicaciones respecto al marxismo según Gramsci?

En el 1958 era *Il leninismo nel pensiero e nell'azione di A. Gramsci (Appunti)*.<sup>88</sup> El

---

<sup>85</sup> Cfr. Togliatti, *ibidem* p. 127.

<sup>86</sup> Togliatti, P. *Attualità del pensiero e dell'azione di Gramsci* [1957], en *Scritti su Gramsci*, pp. 208-09.

<sup>87</sup> “Toda su [de Gramsci] investigación de la historia de Italia tiene como hilo conductor demostrar que los problemas irresueltos, pospuestos, complicados por las orgánicas incapacidades de las viejas clases dirigentes, son inevitablemente enfrentados y solucionados en el cuadro del gran trastorno en el cual se genera una sociedad nueva, la sociedad socialista. Su conocimiento de la historia es siempre la determinación de una tarea actual. *Una clase [...] se vuelve, empero, clase nacional, solo en cuanto resuelve los problemas de toda la sociedad. Y es*

*aquello que no ha logrado hacer la clase burguesa en nuestro país [...] El proletariado se vuelve clase nacional en cuanto se apropia de estos problemas y entonces conoce, para transformarla, toda la realidad de la vida nacional. De esta manera, crea las condiciones del propio dominio político, abre el camino para volverse una clase dirigente efectiva. En la forma en la cual Gramsci interpreta y renueva la doctrina del marxismo revolucionario queda implícita, por lo tanto, la afirmación de la avanzada hacia el socialismo por una vía nacional”.* Togliatti, *ibidem*. Las cursivas son mías.

<sup>88</sup> Los apuntes eran los preparatorios para la relación presentada por Togliatti durante el primer convenio de

regreso a Lenin que, indicado como paso necesario durante el mismo XX Congreso del Pcus, Togliatti proponía como una teoría del partido en cuanto praxis:

“Estudiar la relación de Gramsci con el leninismo significa en efecto asumir como objeto de investigación no solamente las posiciones elaboradas y sostenidas por G. en el debate filosófico y de doctrina, sino *su actividad práctica, como hombre político*, fundador y dirigente del partido de vanguardia de la clase obrera italiana. Mi opinión, sin embargo, es que éste sea la sola justa manera de acercarse a la obra de Gramsci y penetrar su sentido. G. fue un teórico de la política, empero sobre todo fue un político práctico, es decir, un combatiente. Su concepción de la política rehúye tanto de la instrumentalización, como del abstracto moralismo o de la elaboración doctrinal abstracta. [...] *En la política hay que buscar la unidad de la vida de A.G.: el punto de partida y el punto de llegada*. La investigación, el trabajo, la lucha, el sacrificio son momentos de esta unidad. No puede haber duda que la política, entendida de esta manera, colocada al vértice de las actividades humanas, adquiere carácter de ciencia. [...] Equivocado sería estimar que, así entendida, la política pueda cerrarse en un conjunto de normas, buenas para siempre y para cualquier lugar.<sup>89</sup>

En primer lugar, el enfoque movía de la filosofía como concepción general, como cultura, hacia la política, y a la política como “ciencia” en cuanto unidad, substancia, inteligibilidad, de la historia. Una “historia como pensamiento y como acción”: no el abandono de la filosofía, y, con aquella, de la cuestión política de los intelectuales, sino su re-formulación. La filosofía emergía como la historia de una colectividad, el movimiento obrero, así como éste había ido adquiriendo una conciencia crítica de su rol en la historia y, paralelamente, como biografía intelectual de un individuo, Gramsci, cuya labor teórica había sido forjada en el vivo de la lucha política. Gramsci era filósofo, intelectual, precisamente porque “político e histórico a un mismo tiempo”. La política que para el idealista conlleva la parcialidad del juicio histórico, y la referencia era obviamente a Croce, para Gramsci, marxista, había significado la condición misma del juicio crítico, y, con aquél, del saber del pasado como de las condiciones necesarias para la transformación del presente.<sup>90</sup>

Historia, por lo tanto, desde la comprensión de la realidad de las ideologías, del modo en

---

estudios sobre Gramsci organizado por el homónimo Instituto. Togliatti, *Il leninismo nel pensiero e nell'azione di A. Gramsci* [1958], en Id. *Scritti su Gramsci*, pp. 213-34.

<sup>89</sup> Togliatti, *ibidem*, p. 213-214.

<sup>90</sup> En los días en los cuales la primera recopilación del “Ordine Nuovo” veía la luz, las entonaciones de los artículos redactados por Gramsci, avisaba Togliatti, habrían maravillado solo quienes consideraban las *Cartas* y los *Cuadernos de la cárcel* una “obra de reflexión”, producto de alguien que había elaborado “desinteresadamente los datos de una realidad por no encontrarse ya en las condiciones para modificarla”. Tal interpretación constituía “un error profundo”, por no comprender la profunda articulación, en Gramsci,

“entre el pensamiento y el hecho, entre la historia y la política, entre la comprensión de la realidad y la lucha final”. La reflexión del Gramsci de la cárcel había sido activa, política y en la misma medida en la cual “los escritos, en apariencia de pura batalla, del 1919 y de los años sucesivos, contienen, no solo en germen, sino ya ampliamente desplegados, los temas y el análisis que constituyen la substancia del trabajo carcelario [...] *todo el trabajo carcelario no es que una visión más profunda y clara de aquello que en el curso de la precedente, ardiente participación en la lucha real ha sido llevado a la luz*”. Togliatti, *Storia come pensiero e come azione* (1954) en Id. *Scritti su Gramsci*, p. 184. Las cursivas son mías.

el cual los seres humanos no toman conciencia de algo predeterminante, sino de “la ‘verdadera’ filosofía” –y la citación era de Gramsci- en cuanto son las “ ‘vulgarizaciones’ filosóficas que llevan las masas a la acción concreta, a la transformación de la realidad””. Así como cada ideología es “al unísono caduca e históricamente válida”, igualmente la cultura, “terreno en el cual actúan los grupos intelectuales, es teatro de la una lucha continua entre lo viejo y lo nuevo, conservación y revolución.”<sup>91</sup> Introducida la acepción positiva de la ideología, Lenin emergía, en el *corpus* de los escritos *togliattianos* dedicados a Gramsci, como quien había dado fundamento a una vía revolucionaria, una vía al socialismo, adherente a las condiciones determinadas de cada país y en el cuadro general de la historia mundial; el Lenin que Gramsci se había encargado de “traducir en lenguaje histórico italiano”.<sup>92</sup>

El Lenin, enfatizaba Togliatti, como método “al centro de todo el pensamiento de Gramsci, [él] de la historicidad absoluta de la realidad social y política, y [de] la definición del marxismo, por lo tanto, como *historicismo absoluto*.”<sup>93</sup> Gramsci, desde Lenin, había logrado interpretar y re-formular la contradicción entre estructura y superestructura superando cualquiera reducción determinista del devenir histórico.<sup>94</sup> “Historicismo integral, absoluto”, indicaba Togliatti, en cuanto elaboración de las condiciones socio-económicas como historia mundial y su efectivo proceder político en el plano nacional;

---

<sup>91</sup> Togliatti, *Il leninismo nel pensiero e nell'azione di A. Gramsci (Appunti)*, p. 229.

<sup>92</sup> Togliatti citaba aquí una expresión del famoso texto redactado conjuntamente con Gramsci en el 1924, donde el bienio 1919-1920 había sido definido como: el “haber sabido *traducir en lenguaje histórico italiano* los principales postulados de la doctrina y de la táctica de la internacional comunista”. Tarea que Gramsci, y Togliatti, re-proponían, en *El programa del Ordine Nuovo*, presentando su cambio de forma: “nuestro programa actual debe reproducir, en la situación hoy existente en Italia, la posición asumida en el 1919-20. Eso debe reflejar la situación objetiva actual, con las posibilidades que se ofrecen al proletariado para una acción autónoma, de clase independiente: debe continuar, en los términos políticos actuales, la tradición de interprete fiel e integral del programa de la Internacional comunista. El problema urgente, la palabra de orden hoy necesaria es aquella del gobierno obrero y campesino: se trata de popularizarla, de adecuarla a las condiciones concretas italiana”. El “problema de las organizaciones de fábrica”, continuaba el texto, necesitaba volver a la discusión dada la misma exigencia de “toda una labor para que las masas de nuestro partido alcancen un nivel político igual a aquello alcanzado por los más grandes partidos de la Internacional. Nosotros somos ahora, relativamente, por las condiciones creadas por el terror blanco, un pequeño partido; tenemos, empero,

que considerar nuestra actual organización, dadas las condiciones en las cuales vive y se desarrolla, como el elemento destinado a encuadrar un grande partido de masa”. *Il Programma de “L Ordine Nuovo”* en CPC, p. 21. Las cursivas son mías.

<sup>93</sup> Togliatti, *Il leninismo nel pensiero e nell'azione di A. Gramsci (Appunti)*, p. 223. Las cursivas son mías.

<sup>94</sup> El rasgo característico del método de Lenin, aislaba Togliatti, era considerar la estructura como una esfera donde: “actúan también fuerzas humanas [...] tiene lugar un desarrollo histórico [...] análogamente las sobre-estructuras políticas e ideales no son un bloque, sino se distinguen por grados diversos de reciproca autonomía [...] parte esencial de toda la doctrina leninista de la revolución y del pensamiento de Gramsci es, dado este cuadro general, la determinación de la nueva posición que la clase obrera llega a asumir, internacionalmente y en cada país, en el momento en el cual se abre, por la misma madurez objetiva de la estructura burgués del mundo (capitalismo, imperialismo, colonialismo), la fase del pasaje hacia una nueva estructura y un nuevo ordenamiento social. La clase obrera se vuelve clase nacional porque existen las condiciones de un nuevo bloque histórico, es decir, de una nueva relación entre estructura y sobre estructura”. Togliatti, *ibidem*, p. 224.



dialéctica por medio de la cual una clase se constituye, *internacionalmente y en cada país*, como fuerza ideológica dirigente de un nuevo bloque histórico, de una nueva relación entre economía y política, de una nueva forma Estado.

“¿Cuál relación se establece, entonces, entre la situación internacional y las relaciones nacionales? De gran importancia es la nota *Internacionalismo y política nacional*. El desarrollo procede hacia el internacionalismo, empero el punto de partida es nacional y es desde este punto de partida que es necesario empezar. La perspectiva es internacional y no puede ser que tal, empero” y Togliatti citaba nuevamente a Gramsci “la relación ‘nacional’ es el resultado de una combinación ‘original’ única (en cierto sentido) que en esta originalidad e unicidad debe ser comprendida y concebida si se quiere dominarla y dirigirla”.<sup>95</sup>

La capacidad dirigente de la clase obrera dependía de la capacidad de comprenderse a sí misma como historia de “esta combinación” entre el plano nacional y el internacional de la lucha comunista, dialéctica en la cual Gramsci había resuelto la revolución elaborándola como un proceso abierto, indeterminado, constantemente historicizado. Paralelamente a la dialéctica nacional-internacional, Togliatti introducía también la necesidad de un viraje en el estudio e interpretación de su obra, proveyendo nuevas y precisas indicaciones para encontrar el hilo conductor de su biografía política e intelectual:

“Me parece por lo tanto para criticarse quienes tratan los *Cuadernos* esforzándose de acercar artificialmente una parte a la otra, casi para extraer de ello, si no un Evangelio, por lo menos un manual del perfecto pensador y hombre de acción comunista. Es cierto que existe un hilo conductor de esta obra, empero éste no puede encontrarse, y no se encuentra, sino en la actividad real que inicia en los tiempos de la juventud y, sucesivamente, se desarrolla hasta el advenimiento del fascismo al poder, hasta la encarcelación y aún después. Toda la obra de Gramsci debería ser tratada iniciando de esta última consideración, empero, es una tarea que podrá ser cumplida sólo por quien haya tan ahondado en la comprensión de los momentos concretos de su acción, de lograr reconocer la forma en la cual cada formulación y afirmación de doctrina adhiere a estos mismos momentos; alguien tan imparcial de saber resistir a la tentación de hacer prevalecer las falsas generalizaciones doctrinarias al evidente nexo que une el pensamiento con los hechos y los movimientos reales.”<sup>96</sup>

Era el primer grande quiebre en la gestión cultural de Gramsci. Al centro de la tradición interpretativa, conjuntamente al estudio de su biografía política, eran ahora destacados los conceptos de hegemonía, guerra de posición y revolución pasiva.<sup>97</sup> Un nuevo curso inaugurado en el primer convenio dedicado a su obra y pensamiento, realizado en Roma

---

<sup>95</sup> Togliatti, *ibidem*. La referencia es a Gramsci, C. 14 p. 1729.

<sup>96</sup> Togliatti, *ibidem*, p. 214.

<sup>97</sup> Emergía también la nueva genealogía del marxismo italiano según Togliatti, o sea, la línea Marx-Labriola-Lenin-Gramsci-Pci, Cfr. Vacca, *Appuntamenti con Gramsci*, p. 151-59.

en el 1958 y significadamente titulado, “*Storia e Politica in Gramsci*”.<sup>98</sup> Fase en la cual era avizada la labor para una edición crítica, cronológica, de los *Cuadernos*<sup>99</sup> paralelamente al avío de una historiografía crítica sobre la historia del partido comunista italiano y la publicación de los innumerables escritos redactados por Gramsci durante su vida de periodista militante, una tarea editorial inaugurada con las reflexiones del *Ordine Nuovo* semanal.

En resumen, desde el 1927, en la víspera del proceso que lo habría condenado a más de veinte años de cárcel, hasta el 1956, año de la entrada en crisis del movimiento comunista, Gramsci había sido el jefe de la clase obrera italiana porque el “grande intelectual patrimonio de todos”; el Gramsci de la política como filosofía dada la limitación de la historia y la política al contexto italiano. En el 1958, Togliatti había movido la analítica gramsciana de la historia hacia la política para la reformulación de la filosofía, léase del marxismo según Gramsci, sin abrir todavía “oficialmente” las puertas al examen de aquello que era fundamental para la efectiva comprensión del Gramsci político, o sea, la relación entre el Pci y el movimiento comunista internacional.

El parte-aguas en esta misma dirección fue poco después, con la publicación del ya mencionado la *Formación del grupo dirigente*.<sup>100</sup> En términos de contenidos, el volumen documentaba, conjuntamente a la lucha por asumir la dirección del partido, la elaboración teórica de Gramsci entorno a las especificidades históricas de las condiciones de la revolución en Europa occidental. Nuevamente, siempre según Vacca, se trataba de una operación cultural para legitimar la “vía italiana al socialismo”, empero no en cuanto

---

<sup>98</sup> Cfr. AA. VV, *Studi gramsciani. Atti del convegno tenuto a Roma nei giorni 11-13 gennaio 1958*, Roma: Editori Riuniti, 1973.

<sup>99</sup> La edición crítica fue propuesta durante el mismo convenio del 1958 y, autorizada por el Pci en el 1962, habría visto la luz en el 1975 bajo la dirección de Valentino Gerratana. Aprobada en el 1990 y emprendida en el 1998, la nueva edición, la nacional, de la entera obra de Gramsci, es todavía en curso, siendo a cargo de la Fondazione Gramsci y editada por la Enciclopedia Italiana-Treccani. En la nueva edición la obra de Gramsci ha sido repartida en tres secciones: los escritos entre el 1910 y el 1926, los *Cuadernos de la cárcel* y el epistolario. Hasta ahora (inicio 2020) han sido publicados: los apuntes de glotologías y los cuadernos de traducciones (excluidos de la ed. Gerratana); los cuadernos misceláneos (1929-1935); los escritos del 1917; el epistolario desde el 1906 al 1922 y del 1923.

Para una explicación de la génesis y el sentido de la nueva edición cfr. la serie de ensayos compilados en *Studi Storici*, revista trimestral dell' Istituto Gramsci,

n. 4, octubre-diciembre 2011, año 52. Roma: Carrocci editore.

<sup>100</sup> Togliatti, *La formazione del gruppo dirigente del Partito Comunista Italiano nel 1923-24*, publicado por primera vez en el 1961 por “Annali Feltrinelli”. Otra contribución que iba tempranamente en la misma dirección, enfatiza Vacca, antedatando el parte-aguas, fue el ensayo del 1951 *Appunti e schema per una storia del Partito comunista italiano*. El volumen del 1961 recoge el epistolario entre Gramsci desde Viena y Moscú y los otros miembros del grupo dirigente durante la lucha para el cambio de dirección del partido y que habría llevado al viraje de la *Tesis de Lyon*. La publicación del volumen dio nuevo impulso también a la recuperación del archivo del Pcd'I para el periodo entre las dos guerras (1917-1940), que, recuperado en copia desde Moscú entre el 1961 y el 1967, quedó bajo responsabilidad del Instituto Gramsci, contribuyendo a alimentar la renovación de los estudios históricos en área marxista. Cfr. el ya citado Daniele, *Storia della fonti*, pp. XXVIII-XXXVII.

traslado del proyecto comunista del terreno internacional al nacional, sino, ahora, en cuanto renovación del proyecto internacional vía la puesta en discusión del sistema soviético y renovando la estrecha articulación entre reflexión histórica y proyecto político. Al respecto, quisiera detenerme en la *forma* y sus implicaciones por aquello que concierne el problema específico de “cómo” el movimiento obrero según Togliatti necesitaba ahora problematizar y sistematizar el saberse a sí mismo *en* la historia. La introducción del 1962 promovía, nuevamente, una clara indicación historiográfica, una elección de política cultural:

“Creo sea un grave error, en la exposición de la historia del movimiento obrero y en particular del partido en el cual se milita y del cual se ha sido y se es dirigentes, sostener y esforzarse de demostrar que este partido y su dirección se hayan siempre movido correctamente, detrás de una ininterrumpida procesión triunfal. Es una representación falsa, lejana de la realidad y con la realidad en contradicción [...] La historia de nuestro movimiento se vuelve cosa viva y rica de lecciones sólo cuando nos dice cuáles cosas realmente acontecieron y cómo acontecieron, empero lo puede hacer sólo exponiéndonos y haciéndonos comprender este mismo proceso.”<sup>101</sup>

En el 1964, en el último escrito dedicado a su persona, *Gramsci, un uomo*, el principal responsable de la salvaguardia y divulgación de su obra ahondaba este mismo énfasis en la autonomía teórica, indicando la necesidad de situar a Gramsci “en una luz más viva, que trasciende las vicisitudes históricas de nuestro partido”, y evidenciando como línea guía el Gramsci de la historia como “inescindible unidad entre la lucha política por él conducida y la reflexión quieta (pero, no siempre...) de los Cuadernos de la Cárcel”.<sup>102</sup> Era nuevamente el problema de la analítica de la historia según Gramsci, ahora situada, sin embargo, en un cuadro interpretativo que signaba “un alejamiento de todas las imágenes que hasta entonces el mismo había sugerido”.<sup>103</sup> Un Togliatti que, advirtiendo la profundidad de la crisis del movimiento comunista, impulsaba la necesidad de sustraer a Gramsci de las necesidades del partido, indicando su labor como llegado universal en tanto que “conciencia crítica de un siglo de historia del nuestro país”.<sup>104</sup> En la historia como política el énfasis “oficial” recaía ahora en el primer término para la redefinición del segundo. La dimensión específicamente teórica del marxismo quedaba presentada, en el tercer y último Gramsci, como una analítica de la historia autónoma, propia, original y, en cuanto tal, independientemente de la suerte que había tenido el proyecto comunista

---

<sup>101</sup> Togliatti, P. *La formazione del gruppo dirigente del Partito comunista italiano nel 1923-24*, p. en Id. (a cura di) *La formazione del gruppo dirigente del Partito comunista italiano nel 1923-24*. Roma: Editori Riuniti, 1962, p. 31.

<sup>102</sup> Cfr. Togliatti, Palmiro, *Gramsci, un uomo*, [1964] en *Scritti su Gramsci*, p. 309.

<sup>103</sup> Cfr. Vacca, *Appuntamenti con Gramsci*, p. 158.

<sup>104</sup> Cfr. Togliatti, *ibidem*, pp. 309-310.

en sus formas institucionalizadas, como, ella misma, un hacer político.

### 1.3. La historia como tradición y como praxis

Según Ernesto Ragionieri, ahora en el 1978, el énfasis en la dimensión universal del llegado gramsciano era para fecharse no solo anteriormente al 1964, sino al mismo parteaguas del 1956. Si la historia de partido había representado el principal instrumento de formación ideológica de los militantes comunistas, una fuerza política que, como en el caso del Pci, se había ido proponiendo, desde la inmediata posguerra, como nacional, de masa y de gobierno, había tenido sus propias implicaciones teórico-criticas. Mientras la consagración del pasado como factor de legitimización política había sido el rasgo característico del estalinismo en historiografía y, en general, de una reducción de la cultura a propaganda, en el caso de un partido cuya identidad dependía de la renovada adhesión de una base de masa a un programa socialista y democrático, la construcción y defensa de una propia historia implicaba la efectiva o, al contrario, frustrada constitución de las masas como sujeto dirigente, único criterio de validez teórica y razón del esfuerzo, al centro de la concepción y práctica del Pci a partir de la *Liberación*, de ir articulando su propia historia con la historia de Italia. Desde el momento en el cual Togliatti, en el escrito del 1962, había oficialmente abierto la vía para enfocar la dimensión internacional de este mismo proceso, sus estudiosos ya se habían formado, enfatizaba, en una tradición que, por su peculiaridad, les impedía tratar al partido como “una oasis política respecto a un más general trabajo ‘científico’”.<sup>105</sup> Treinta años después, en el 2009, recopilando unas series de ensayos sobre el comunismo italiano y la Tercera Internacional, Agosti denunciaba “la regla no escrita *cuius regius, eius religio*, en virtud de la cual el estudio de cada partido político italiano era materia reservada para los historiadores que se identificaban con su tradición y su cultura política”.<sup>106</sup> Los historiadores comunistas habían sin embargo conformado, en el país, “algo absolutamente anómalo tanto por las fuentes que tenían a su disposición, así como por la libertad de juicio de la cual se retenía conferir prueba.”<sup>107</sup>

---

<sup>105</sup> Ragionieri, E., *Problemi di storia del Partito Comunista Italiano*, en *La terza internazionale e il Partito Comunista Italiano*. Roma: Piccola Biblioteca Einaudi, 1978, pp. 234-235.

<sup>106</sup> Agosti, A. *Il partito mondiale della rivoluzione. Saggi sul comunismo internazionale*. Milano:

Edizione Unicopli, 2009, p. 13.

<sup>107</sup> Una autonomía todo menos que descontada, en cuanto resultado (ya mencionamos el debate del 1952) de embates internos al partido y a sus organismos culturales. También Agosti señala como el avío en los años sesenta de un amplio proceso de recuperación y

Me he detenido en estas dos citas al fin de señalar como sería una simplificación negar una objetividad de juicio a los protagonistas del florecimiento, en la década de los sesenta-setentas, de la historiografía comunista italiana, por ser intelectuales miembros, además, como fueron los casos de Ragionieri y Spriano, de los cuadros dirigente del partido. No sólo por la rigurosidad demostrada por sus labores, sino porque éste reflexionar sobre los problemas de la historia del Pci era indicativo tanto de una época, así como de una cuestión teórico-política de fondo. Quienes investigaban lo hacían desde la percepción del fin de una larga fase del movimiento obrero internacional, inaugurada con la crisis de la socialdemocracia europea frente a la grande guerra y el impacto del octubre ruso. Escribían en los años en los cuales avanzaba, y no solamente en Italia, el debate relativo a la construcción de una perspectiva histórica para una evaluación *a posteriori* de esta misma época y al fin de contribuir a la orientación política en una fase en la cual los mismos partidos comunistas entraban en una crisis que los veía objeto de crítica por parte de sectores radicalizados de sus propias bases “naturales”.

Asumido el horizonte de la *praxis* y de ésta como proceso, el partido, a través de sus intelectuales, buscaba ahora explicarse no sólo desde la historia de Italia y del movimiento comunista internacional, sino encuadrando esta relación en una larga temporalidad, la del movimiento obrero como devenir de una articulación, necesaria y contradictoria, entre democracia y socialismo. Lo contrario, reconstruir la historia del movimiento obrero desde el partido, habría significado asumirlo *a priori* como síntesis entre la dimensión nacional e internacional del sujeto histórico-político, el problema que, al centro del capitalismo, lo fue primero del socialismo y luego del comunismo como de una identidad en crisis y en proceso de reconfiguración a la cual perteneció la misma maduración política e intelectual de Gramsci. Enfocar esta dialéctica significaba, en el plano metodológico, conjugar críticamente pasado y presente; asumir como problema, y no como hecho, la “función hegemónica del partido”<sup>108</sup> y, con aquella, la misma práctica del historiador como una relación, necesaria y contradictoria, entre teoría y política. Una relación de complementariedad y tensión entre dos formas de historiografía:

“la historia del movimiento obrero en cuanto *praxis*, herrería de experiencias, de derrotas y de logros, campo de elaboración teórica y estratégica, donde rigor y examen crítico se imponen para establecer la realidad histórica y entonces para descubrir las propias escondidas potencialidades,

---

catalogación de las fuentes tuvo como resultado la publicación de las obras más representativas de esta estación de estudios historiográficos, entre todos los trabajos de Spriano y Ragionieri, en la medida en la cual abrieron el camino para la labor de generaciones

sucesivas en el campo de los estudios sobre el comunismo italiano y el movimiento comunista internacional. Cfr. Agosti, *ibidem*.

<sup>108</sup> Ragionieri, *ibid.*, p. 237.

para crear, innovar, tomando como base un momento histórico percibido como experiencia [y] la historia en cuanto *tradición*, es decir, fuente de legitimidad, de justificación o de argumentación ideológica, elemento de movilización y de cohesión colectiva, y en consecuencia sometida a los imperativos de la acción en una situación dada.”<sup>109</sup>

En la cultura comunista internacional, denunciaba George Haupt, el interés y sensibilidad hacia su propia historia por parte del movimiento obrero había quedado paulatinamente sufocado, ya desde finales de los años veinte, y después de un proceso de acerbadas luchas para la auto-representación entre las varias tendencias, partidos y, en fin, Estados, en un pasado “vuelto ritual, didáctico, estereotipado, moralizador”, compendiado en manuales e incapaz de mostrar, hasta falsear, la relación entre los procesos histórico-reales y las direcciones político-ideológicas. El transitar desde una perspectiva de juicio político hacia un criterio de juicio histórico capaz, como forma de conocimiento, de orientar un partido en época de crisis, conllevaba hacer emerger “la forma en la cual el movimiento obrero o, mejor dicho, las organizaciones que a aquel se articulan, hacen referencia a su propia historia, con el utilizo que hacen de aquella y la función política e ideológica que le atribuyen”.<sup>110</sup> La renovación de la política comunista, participe de un proyecto más amplio de renovación de su cultura, tenía que enfocar críticamente el rol cumplido por la historiografía del movimiento obrero en el desarrollo del movimiento mismo. Una abierta y pasional reivindicación, desde Gramsci, de la *historia como problema*.<sup>111</sup> Aquél Gramsci para el cual la elaboración de una propia conciencia histórica es *el* rasgo de distinción entre subalternidad y capacidad de dirección.<sup>112</sup> Un horizonte que, asumiendo la dimensión programática de la teoría, indaga el plano conceptual profundo, filosófico, de lo que pueda significar pensar históricamente desde el marxismo.

El problema, enfatizado por Haupt, no era la historia como fuente de legitimización, sino la construcción de una tradición en ausencia de perspectiva histórica. La ideologización de una *praxis* vía una concepción restringida de la historia del comunismo, como movimiento, a una cronología de eventos y, como fuerza organizada, el partido, a la historia de sus grupos dirigentes. Una historia institucional, empírica, escrita desde arriba.

---

<sup>109</sup>Haupt, George. *La Comune di Parigi come simbolo e come esempio in La Internazionale socialista*, en Id. *La Internazionale socialista. Dalla Comune a Lenin*. Torino: Piccola Biblioteca Einaudi, 1978, p. 65. Las cursivas son del autor. El marxismo era el movimiento político-ideológico, indicaba Haupt, que más se había enfrentado a la problemática evolución de su postura hacia su propia historia. La hermosa introducción que voy citando pertenece al mismo periodo en el cual Ragionieri compilaba la citada monografía dedicada a

la relación entre la *Tercera internacional y el Partido Comunista Italiano*.

<sup>110</sup> Haupt, G., *ibidem*. p. 7.

<sup>111</sup> Para un ejemplo de una reflexión similar en relación a Marx, cfr. Vilar, P. *Marx e la storia* en Hobsbawm, E., Haupt, G., Merek, F., Ragionieri, E., Strada, V., Vivanti, C. (a cura di), *Il marxismo ai tempi di Marx*, in *Storia del Marxismo*, IV Vol. Torino: Einaudi, 1978-82.

<sup>112</sup> C. 3, § 38.

Una crono-historia de congresos, organizaciones y grupos, en fin: cultura como propaganda. Emergía en este programa de renovación, el Gramsci empeñado en individuar la legitimidad teórica del marxismo desde la percepción de la necesidad, por parte del movimiento comunista, una configuración político-ideológica del movimiento obrero surgida en época de crisis, de emprender una labor de auto-crítica paralela a la identificación de la entrada en un nuevo orden, en una nueva forma Estado. Emergía el dirigente comunista que, desde la cárcel, elabora una nueva visión de los caracteres del Novecientos.<sup>113</sup>

Mientras en área comunista el Gramsci rescatado era él de la política interrogado históricamente, el primer Gramsci, él de la filosofía, volvía a tener su fortuna, sin embargo, ahora, por primacía de la iniciativa liberal y a través de una profunda modificación de su sentido originario. Emergía el Gramsci teórico de la sociedad civil, la línea interpretativa lanzada por Norberto Bobbio en el 1967 en ocasión del congreso de estudios significadamente titulado “Gramsci y la cultura contemporánea”, caracterizado por el predominio de intervenciones en las cuales la reflexión teórico-política tendía a desligarse de la preocupación historiográfica.<sup>114</sup> Bobbio, entrando en el mérito de la herencia universal de Gramsci, lo separaba de Marx separando a Marx de la reflexión sobre el Estado, mientras, paralelamente, iba distinguiendo, entre las filas de la alta cultura, la política de la filosofía. Su estrategia argumentativa era defender el antiestatalismo, punto de partida de la teoría política marxista, atribuyendo a Marx el paradigma dicotómico entre estructura y superestructura e ignorando la relación entre ambas como devenir histórico-político; encasillando la primera según Marx en la esfera socio-económica, era posible confinar la segunda, en el caso de Gramsci, a una dimensión cultural esencializada. Reducir la crítica de la economía política de Marx al economismo permitía a Bobbio separar la sociedad civil según Gramsci de la crítica de la economía política, confinarla a la esfera del consenso y, en fin, atribuirle una concepción historicista del devenir histórico no exente, por su idealismo, de posibles degeneraciones metafísicas. Reduciendo Gramsci sin más a aquella que veremos ser la cultura según Croce, Bobbio

---

<sup>113</sup> Vacca, *Appuntamenti con Gramsci*, op.cit., pp. 13-20.

<sup>114</sup> Bobbio, N. *Gramsci e la concezione della società civile* en AA.VV., *Gramsci e la cultura contemporanea. Atti del convegno internazionale di studi gramsciani tenuto a Cagliari il 23-27 aprile 1967*. Roma: Editori Riuniti, 1975. Vacca enfatiza como la lectura de Bobbio, empeñado desde la primera

edición de los *Cuadernos* a separar a Gramsci de Marx y de Lenin, haya influenciado más de cualquier otra la recepción del pensador italiano. Vacca, *Appuntamenti con Gramsci*, p. 159-164. Para un análisis de la centralidad del Gramsci según Bobbio en la reconfiguración de la cultura política dominante. Cfr. Izzo, Francesca. *Democrazia e cosmopolitismo in Antonio Gramsci*. Roma: Carocci, 2009.

podía contraponerle una concepción negativa de la libertad, la propia de la substitución de la “política como filosofía” por la “política como ciencia”. El universal reducido a pura forma, constitutivo de la dicotomía entre sociedad y Estado, fundamento conceptual, legitimización filosófica, para una refundación del (neo) liberalismo: un separar la política de la filosofía en el plano teórico, para después resolver el devenir histórico en el ámbito exclusivo de las mediaciones institucionales. El embate de Bobbio no era, en fin, ni con Marx, ni con Gramsci, sino a través de la revisión de ambos, con la teoría política marxista *per sé*, presentada como posición ideológica antitética a las libertades modernas.

“También el sentido común de los cultos está hecho de estereotipos - difundido por pequeños grupos de estudiosos e intérpretes - que se han establecido por qué hicieron aleación con los acontecimientos históricos que los han validado o que han generado la convicción de que fueran en lo cierto”.<sup>115</sup>

A partir de Bobbio, la iconografía sobre Gramsci, subraya Vacca, habría sido del teórico de la hegemonía y de la sociedad civil como conceptos generalmente asociados a un teoría del consenso, desde la cual se procede indicando su originalidad en la tradición comunista, para después negar la actualidad de un pensador totalitario porque ligado a un movimiento asolado por la historia.<sup>116</sup> Si ésta es la perspectiva dominante entre las clases cultas, el Gramsci popular, quisiera añadir, tiende a ser el “buen Gramsci”, el mártir del autoritarismo, recientemente actualizado desde una negación, generalmente movimentista, del Estado y del partido como elementos de dominio y causas de degeneración del comunismo como proyecto emancipador. Los presupuestos conceptuales de ambos frentes, empero, son compartidos; ambos implican una lectura dicotómica de la relación entre Estado y sociedad que, a su vez, presupone una conceptualización de la teoría en abstracto. La compleja cuestión, por lo tanto, es el porqué de la persistente influencia de la finura argumentativa implícita en la negación de la filosofía como política, renovada por Bobbio hacia finales de los sesentas para una revisión del imaginario sobre Gramsci que, hasta el día de hoy, logra mantener la efectividad de la *praxis* en el campo liberal.

Era el 1970. Leonardo Paggi, abriendo su primera monografía e indicando como la exhaustividad formal fuera todavía para alcanzarse, atribuía sus límites al haber trabajado en:

---

<sup>115</sup> Vacca, G. *Appuntamenti con Gramsci*, p. 13.

<sup>116</sup> Cfr. Vacca, *ibidem*.



“Un estado de necesidad, cuando en el estudio de un autor se empieza a buscar, casi inadvertidamente, no la respuesta militante, sino la explicación meditada de esperanzas frustradas, incertidumbres, ambigüedades magmáticas que caracterizan precisamente aquellos problemas en los cuales la investigación intelectual y la pasión política conforman un nudo indisoluble.”<sup>117</sup>

En la introducción a una obra que, entre quienes refutan hoy un enfoque abstracto a Gramsci, constituye un clásico en términos de horizonte interpretativo y periodización historiográfica, Paggi sostenía haber copilado algo menos de una biografía intelectual y política y algo más de un ensayo. En una época travesada por la crisis de la relación entre política y cultura comunista, dado un clima de “revuelta en contra de aquella posición de obligatorio punto de referencia precedentemente ocupado por los *Cuadernos*”, había que preguntarse si, y a causa de cuáles límites, un Gramsci “exponente de una tradición progresiva nacional” había favorecido “una especie de inconsciente transformismo de una parte de los intelectuales italianos”. No solo, de hecho, en el caso italiano: si la pretensión, “hoy”, de “sistematizar” a Gramsci era imposible dada una figura tan inextricablemente articulada a la historia del movimiento comunista internacional, al mismo tiempo, el largo camino debía ser emprendido “para esclarecer un pasado que parece, a veces, pesar realmente como una pesadilla”.<sup>118</sup> El problema, continuaba Paggi, concernía la preservación y transmisión de la herencia gramsciana y su uso, o sea, el mismo “cuerpo unitario” de los escritos de Togliatti. Un tema de investigación en sí que, empero, era determinante de la misma posibilidad, y necesidad política, de proseguir en la comprensión e interpretación de la labor de Gramsci.

Desde el 1945 hasta el 1956, la política cultural del Pci había dejado sus receptores sin preparación necesaria, afirmaba, para recoger efectivamente la ruptura togliattiana del 1962. El módulo interpretativo oficial había tendido a resolver la política en la filosofía separando la filosofía de “puntuales puntos de referencias históricos”. Esta la razón por la cual, en su perspectiva, aquella que, en Gramsci, era “una moderna pieza de artillería puntada en contra de la estructura portante del aparato ideológico burgués” había terminado por disolverse en consideraciones éticas confinada a un plano sobre-político.

---

<sup>117</sup> Paggi, Leonardo, *Introduzione*, en *Antonio Gramsci e il moderno principe*, p. VIII. La labor de Paggi tuvo como resultados dos volúmenes. El primero, *Gramsci e il moderno principe. Nella crisi del socialismo italiano*. Roma: Editori Riuniti, 1970, cubre los años del 1916 al 1922, el segundo, *Le strategie del potere in Gramsci*, Roma: Editori Riuniti, 1984, del 1923 al 1926. En este segundo volumen habría sido republicado el ensayo *Da Lenin a Marx*, ya presentado bajo el título *La teoría genérale del marxismo en Gramsci* en *Storia del marxismo contemporáneo*,

*Annali Feltrinelli*, Milano 1974. Cfr. Giuseppe Vacca, *Appuntamenti con Gramsci*, p. 164. En la introducción del 1970, encontramos las principales líneas de trabajo desarrolladas por aquellas labores contemporáneas dedicadas no solo al Gramsci de la historia y la política, sino de la misma filosofía o, mejor dicho, al problema de la relación entre ambos, es decir, del historicismo según Gramsci.

<sup>118</sup> Paggi, *Introduzione*, en *Antonio Gramsci e il moderno principe*, op.cit., p. XXVI.

La fisionomía del “hombre de partido”, y la crítica de Paggi era tajante, había desaparecido en la sublimación del sabio empeñado, desde el aislamiento de la cárcel, en la elaboración “für ewig” de una concepción del mundo. La razón era política porque histórica, era el “teatro principal” en el cual había tenido lugar la reflexión de Gramsci, la historia “de una compleja y difícil relación” del Pci con la Internacional, el silencio sobre la cual había disuelto en el aire lo sólido de “su batalla para regresar el partido italiano en la línea de la Comintern, o su interpretación del leninismo, o su análisis de la situación italiana e internacional o su visión de la construcción del socialismo”. Eran estos los componentes de su contribución esencial a la línea del partido y por las cuales -y emergía una primera línea de futura investigación- la segregación de la vida política había sido tan dolorosa y abrasadora para el prisionero, así como su “für ewig” había sido tan irónicamente polémico. El Pci necesitaba de una “seria discusión autocrítica capaz de establecer una demarcación más rigurosa en relación a la tradición idealista” y la batalla tenía que ser en contra de la forma “apresurada” en la cual se había creído resolver el problema de la *praxis*, es decir, conceptualmente, la relación entre filosofía y política, y, concretamente, entre militancia política e investigación intelectual. Aun dado el parteaguas representado por la relación de Togliatti en el 1958, solo el 1962, con la vía libre a una profunda renovación del debate historiográfico relativa “a los más importantes aspectos de la historia del partido”, había sido posible, según el joven estudioso, reclamar la necesidad de establecer en relación a la labor teórica de Gramsci la misma labor de “restauración emprendida en torno a su biografía”. Era ahora necesario revertir la relación entre filosofía y política mostrando como la primera no fuera el punto de partida, sino “el resultado de una cerrada y dramática relación crítica con los problemas del movimiento al cual Gramsci había ligado su propia suerte”.<sup>119</sup>

Señalando el rol determinante de la *Formación del grupo dirigente* para su propia labor, Paggi indicaba las reflexiones emprendida por Gramsci en el 1923-24 como núcleo genético de las notas de la cárcel. En estos escritos políticos había que buscarse la clave de lectura del “largo giro de horizonte”, es decir, del porqué y cómo, en los *Cuadernos*, Gramsci había decidido regresar al coloquio con la historia y la filosofía emprendida en época juvenil.

“La discusión conducida por Gramsci en los años de la cárcel es difícilmente comprensible una vez escindida de la hipótesis política que la sostiene”<sup>120</sup>

---

<sup>119</sup> Paggi, *ibidem*, p. XIV

<sup>120</sup> Paggi, *ibidem*, p. XIII

¿Cuál esta hipótesis? Paggi no se limitaba a indicar la necesidad de re-situar a Gramsci en su propio tiempo, reivindicaba precisos cortes temporales, los mismos que sobreentendían una problematización conceptual. Al centro de su reflexión era el método, o sea, cosa efectivamente implique leer a Gramsci desde la historia y la política y por qué esta dirección represente la vía más complicada y, sin embargo, la sola capaz de reestablecer un conocimiento directo con *su* marxismo, con su originalidad, o autonomía, filosófica. A tal fin, señalaba, era necesario encarar la obra de Gramsci a través de “un doble plano de lectura”:

“Uno directamente articulado con la exigencias de la militancia revolucionaria, del cual es posible extraer la forma en la cual Gramsci se posiciona respecto a la situación política determinada [...] el otro, volcado a recoger la dimensión más propiamente teórica que se acompaña a este trabajo de dirección política, la cual emerge, frecuentemente, en forma contraída o sugerente, que, en ocasiones es necesario extraer de un discurso o hasta de una frase, y que, empero, se encuentra siempre retomada, discutida y desarrollada en los escritos de la cárcel.”<sup>121</sup>

Solo a través de un ir y venir entre el militante y el intelectual era factible recoger como la teoría según Gramsci fuera uno mismo con el método, una relación orgánica entre forma y contenido. Una teoría de la política que es la historia de una política así como ésta había ido avanzando a través de una continua reflexión sobre sí misma, y en la medida en la cual de la confrontación con la realidad dependía, para Gramsci, la autocorrección necesaria no solo a su eficacia política, sino a la misma posibilidad de alcanzar, a través de ella, un *estatus* teórico.<sup>122</sup> Dos las consecuencias que derivaban de este horizonte metodológico. En primer lugar la ausencia, en Gramsci, de un sistema no permitía deducir la ausencia de una sistematización, en cuanto esta “falta” expresaba una elección puntal: la forma en la cual Gramsci había ido construyendo la coherencia y la unidad de su propia reflexión.<sup>123</sup> En segundo lugar, y de no menor importancia, toda periodización de las “fases” en la biografía política de Gramsci, comportaba una, u otra, interpretación de su teoría, dependiendo desde cuáles constantes interpretativas se había decidido enfocarla y considerar su “evolución”.

En la época en la cual Paggi redactaba sus consideraciones sobre el método, la interpretación del Gramsci político, participe del debate abierto sobre la historia del Pci,

---

<sup>121</sup> Paggi, *ibidem*, p. XXVI.

<sup>122</sup> Siendo ésta, señalaba Paggi, la característica permanente del pensamiento de Gramsci: “cuanto más éste es capaz de establecer un contacto con la mutabilidad y el devenir de los procesos reales, tanto

más tiende a reconstituir su coherencia e unidad interior”. Paggi, *ibidem*, p. XXX.

<sup>123</sup> Regresaré sobre este punto con amplitud, en particular, en el cap. IV.

era obviamente articulada a la entrada en juicio de “la vía italiana al socialismo”. Con la crisis de este proyecto, la interpretación gramsciana del concepto de democracia emergía como *el nudo problemático* desde el cual confrontarse con su obra. Lo era también para Paggi, cuya introducción tenía el mérito de volver explícito el dilema historiográfico.<sup>124</sup> Refutando, desde Gramsci, la separación entre filosofía e ideología, así como su identidad inmediata, Paggi indicaba el terreno en el cual la confrontación política habría vuelto posible la efectiva comprensión teórica. El punto de partida debía ser negativo, es decir, había que preguntarse “a cuál concepto de democracia hacer reherimiento” al fin de poder efectivamente recoger “la dimensión intelectual de la batalla política combatida por Gramsci”. El concepto, además, necesitaba emerger desde el mismo Gramsci, evidenciando la criticidad de su posición en el cuadro del movimiento comunista, italiano e internacional, y articulándolo tanto con un Marx “esotérico”, así como con el bolchevismo y su propia historia.<sup>125</sup>

Relativamente a la cuestión democrática, Paggi proponía, en conclusión, su propia periodización. En primer lugar, había que retrodatar el parte-aguas del 1929 al 1923-24. No era posible sostener, enfatizaba, la tesis según la cual los *Cuadernos* consistían en un re-pensamiento de la teoría de la revolución supuestamente ausente, hasta ese entonces, en su horizonte.<sup>126</sup>

“Nada, en el Gramsci político de la década legal, induce a sostener que él se haya puesto el problema de la democracia en términos diferentes de aquellos corrientes en la III Internacional, es decir, que *él vislumbre un régimen de democracia política, representativa, como terreno histórico sobre el cual avanzar hacia el socialismo*. Estamos en el 1916-1926 no en el 1936-46. Ni convendrá atribuir a Gramsci aquello que es de Togliatti. Cuando Gramsci habla de fase democrática, de pasaje hacia la fase socialista, cuando habla de situación democrática, habla de ella en sentido rigurosamente leniniano, crítico, teniendo en mente el desarrollo de la revolución, así como Lenin la analiza y universaliza, ansioso de abreviar lo más posible el intermezzo democrático”.

Eran estas consideraciones de Spriano, las avanzadas en su introducción a los escritos políticos antes de la cárcel. Según el historiador, en el 1926, Gramsci había sido separado de la actividad política en el preciso momento en el cual el devenir de la realidad lo había

---

<sup>124</sup> “El problema que domina las diversas interpretaciones es, más o menos directamente, la relación con la política actual del Pci. No hay duda que éste constituya un punto de referencia mental no eliminable. Menos convincente resulta, al contrario, agotar la problemática gramsciana en este cuadro, lo cual podría llevar a una falsa interpretación de ‘su contemporaneidad’”. Paggi, *ibidem*, p. XXV.

<sup>125</sup> Paggi, *ibidem*, p. XLII.

<sup>126</sup> La polémica, en este caso, era con Spriano, en particular con la tesis por él sostenida en su *Introduzione* a Id. (a cura di) Gramsci. *Scritti politici*. Roma: L’Unità, Editori Riuniti, 1967, Vol. I, pp. XIII-XLV. Hay que notar que en la discusión Spriano-Paggi emergen las dos líneas de debate a través de las cuales habría ido desarrollándose, hasta la actualidad, el estudio de Gramsci desde la historia y la política.

empujado a poner en discusión los dos órdenes cardenales, hasta ese entonces, de su propia perspectiva: la permanencia de una situación revolucionaria en Europa y una consolidación progresiva del grupo dirigente bolchevique. Sólo con el ensayo sobre la cuestión meridional, había cumplido el salto teórico-político en dirección de la lucha por hegemonía, a la elaboración de la cual se habría dedicado en los *Cuadernos* a través de una reflexión constante, “obsesiva”, sobre el porqué de la derrota frente al fascismo. Había así llegado a:

“la convicción que una clase dirigente deba ‘nacionalizarse’ [...] aquí nos encontramos mucho más allá de los puntos de llegada del periodo legal en las Tesis de Lyon; aquí, en todo caso, es lícito encontrar una concordancia con la elaboración del Pci bajo la guía de Togliatti, en especie si se articula con la experiencia del fascismo que, de un lado, (y Gramsci muestra de advertirlo agudamente) expresa un tipo de dominación y de ‘consenso’ diferente de aquello del Estado liberal, caracterizados por un entramado más estrecho entre grupos dirigentes y sociedad civil, entre poder político y sistema económico, y, por el otro, presenta a las masas trabajadoras la cuestión de *la democracia política* también en términos nuevo, con particularidades nacionales bien definidas.”<sup>127</sup>

En directa polémica con la interpretación de Spriano, según Paggi el parte-aguas no sólo tenía que ser retrodatado, sino re-definido en la medida en la cual “hegemonía” según Gramsci indicaba un proceso del cual el jacobinismo era “la metáfora histórica” y la democracia como *forma Estado* el problema:

“cuando entre el Estado parlamentario y las masas populares se ha abierto una contradicción insanable, es el partido de la clase obrera que reconquista la fisionomía de la antigua *democracia revolucionaria*, colocándose a la cabeza de un desarrollo histórico que Gramsci expresará también con el concepto de revolución permanente, entendida no como programa político, sino como *forma de un ‘proceso histórico’*.”<sup>128</sup>

Spriano, afirmaba Paggi, razonaba retrospectivamente, utilizaba una noción de lucha por la democracia propia del Pci después del 1946 como instrumento válido para colocar históricamente el pensamiento político del Gramsci.<sup>129</sup> Desaparecía así el problema de

---

<sup>127</sup> Spriano, *Introduzione*, pp. XXXVI; XLI. Las cursivas son del autor.

<sup>128</sup> Paggi, *ibidem*, p. XX. Las cursivas son mías.

<sup>129</sup> Paggi criticaba Spriano por su misma interpretación de la “democracia nueva” según Togliatti evidenciando como su lectura, reduciéndola a una lucha por la democracia política, no tomaba en consideración sus premisas: la originalidad del análisis del fascismo emprendido por los comunistas italianos en el cuadro del esquema de la IC. No era posible según Paggi entender el programa del Pci del 1936-46 sin el Togliatti del 1928 y del 1935, es decir, sin el análisis del fascismo como régimen reaccionario cuya especificidad había sido la supresión de toda forma de

organización autónoma de las masas. Análisis que, una vez movido a un plano internacional, implicó, para Togliatti, una redefinición de la estrategia comunista capaz de tomar en cuenta las transformaciones políticas atravesada por el Estado en los países de capitalismo avanzado (y que la misma IC no habría emprendido, aun una vez abandonada, en el VII Congreso, la tesis del socialfascismo). Situando el análisis del fascismo al centro de la perspectiva elaborada por Gramsci en la lucha por asumir la dirección del Pcd'I (1923-24), Paggi presentaba la democracia de tipo nuevo según Togliatti (hasta el 1946) como su ulterior elaboración.

fondo, cual “concepto de democracia” había obrado en sus análisis y elecciones políticas. Gramsci, éste el punto crítico fundamental según Paggi, no razonaba en términos de política de alianzas, sino de crisis, en proceso, del Estado en cuanto *forma*. Enfocaba la democracia como una relación, históricamente determinada, entre lo político y lo social y al fin de elaborar un programa efectivamente revolucionario dado lo específico de esta misma relación así como se había dado en Italia. Razonaba desde el proletariado que, fuerza de masa, entrando en la historia como sujeto político autónomo, expresaba las contradicciones sociales que la presencia de un Estado parlamentario, su mediación, abre como lucha política. En el momento en el cual, enfatizaba Paggi, la posibilidad de una organización autónoma de las masas populares había develado, en Italia antes que en otros países europeos, la contradicción Estado-sociedad en su forma capitalista avanzada, el problema de Gramsci había sido la necesidad por parte del proletariado de asegurarse la dirección de este mismo movimiento. Con la emersión del fascismo, esta cuestión había implicado emprender, tan pronto como desde el 1921, un análisis volcada a la individuación de los caracteres específicos de un fenómeno que el esquema prevaleciente en la IC reducía, en ese entonces, a solo otro ejemplo de reacción burguesa frente a la actividad revolucionaria del proletariado.

Para el Gramsci del 1923-24, sin embargo, el origen del fascismo no había sido la disponibilidad revolucionaria del movimiento obrero -el bienio-rojo, sino su presencia como potencial centro de organización política de los sectores populares, los cuales, entrados -con la experiencia del estrago de la primera guerra mundial- en proceso de redefinición ideológica, habían determinado la crisis del viejo orden liberal. Un fascismo que se había dedicado, primero, a la destrucción, con la violencia, de las organizaciones obreras, y luego, y al fin de consolidarse como forma Estado, no había podido prescindir, en cuanto necesidad del mismo desarrollo capitalista, de un encuadramiento positivo, organizado, de las masas *en* el Estado. Un fascismo, en fin, no como mera supresión, sino como cambio de forma del liberalismo, obviamente una vez “de-cosificado” el Estado *de clase* de mero dominio, en configuración político-ideológica de lo social.

El Gramsci que, durante la primera crisis atravesada por el régimen (1924), había refutado una política de alianza del partido comunista con el socialista, en fin, no era el Gramsci que ignoraba, así como sostenido por Spriano, la necesidad de una “fase democrática”, sino era la democracia así como, en Gramsci, había sido “reabsorbida programáticamente

al interior de [su propia] construcción de la hegemonía de la clase obrera”.<sup>130</sup> Una democracia que no indicaba una categoría formal, institucional, abstracta, sino el mismo reconocimiento de una forma política de lo social, la liberal, en el pleno despliegue de sus propias contradicciones; la democracia como una *forma* Estado donde la sociedad política depende de las relaciones que se instauran en la sociedad civil entre las fuerzas que empujan, y aquellas que frenan, la organización autónoma de las masas populares como sujeto político.

Ubicar el parte-aguas tan tarde como en el 1929, considerar ausente, en el 1923-26, el problema de la democracia para Gramsci, insistía Paggi, tenía sus propias consecuencias interpretativas. Delimitar la originalidad de su propuesta al periodo de la cárcel representaba uno de los obstáculos mayores, enfatizaba, para la efectiva comprensión de los *Cuadernos*. Desaparecía, en primer lugar, el sentido de la *forma*, o sea, de la unidad, en nombre de la cual Gramsci había emprendido su lucha por un cambio del grupo dirigente; cosa implicara, en su perspectiva, una forma partido y un programa radicalmente distinto de la tradición socialista italiana; cuál fuera la relación de continuidad-discontinuidad con el ordinovismo y, en fin, cuál el Gramsci de la traducción en lenguaje histórico italiano del frente unido. Y con estos interrogantes desaparecía el bolchevismo como momento en el cual el movimiento obrero internacional había enfocado el problema del poder desde el punto de vista de lo popular, y, por lo tanto, la necesidad de explicar, desde la historia, la involución autoritaria de este mismo movimiento.<sup>131</sup>

Esperando haber transmitido al lector la complejidad de los contrastes subyacentes al Gramsci de la historia y la política, quisiera, por último, introducir los capítulos de esta investigación, deteniéndome, en particular, en el método seguido y las interrelaciones construidas entre las varias secciones. La intención inicial, confieso, era un estudio de los *Cuadernos* dedicado a la “filosofía de la *praxis*”, o sea, investigar la dimensión política de la obra como traducción programática de una dimensión filosófica “profunda”, aquella relativa al *estatus* conceptual del marxismo como forma de inteligibilidad histórica.<sup>132</sup>

---

<sup>130</sup> Paggi, *ibidem*, p. XX

<sup>131</sup> Respecto a la hipótesis política subterránea a los *Cuadernos*, quiero señalar, desde un inicio, que esta tesis no proporciona ni una solución historiográfica, ni teórico-política, por la precisa razón que su autora no tiene aún la capacidad de hacerlo. La finalidad es regresar a una tradición interpretativa, el Gramsci de la historia y la política, en la medida en la cual de esta

confrontación considero depender las coordenadas para investigarla correctamente.

<sup>132</sup> Regresaré con más detalle a este tema, en particular en la tercera sección del cap. III.

Entre los estudiosos que recientemente han aportado las contribuciones más relevantes acerca de la filosofía de la *praxis* como orden teórico-conceptual que organiza la reflexión político-programática de los

Tarea que, si quería polemizar con un acercamiento abstracto a la teoría, implicaba la construcción de una propia familiaridad con la biografía intelectual y política de Gramsci. Sin embargo, la aspiración de dedicarle un estudio meramente preparatorio se habría demostrado más que ingenua; una vez entrados en el Gramsci “antes de la cárcel” es casi inmediata la percepción de encontrarse cara a cara con los Cuadernos y toda su complejidad, sus entre-líneas, sus sobrentendidos.

El Gramsci “antes de la cárcel”, y me excuso por afirmar aquel que intentaré demostrar, constituye no solo el contenido, sino la *forma* de los Cuadernos. Si, por un lado, solo en la madurez Gramsci proporcionará su propia solución al dilema filosófico por antonomasia, el dualismo sujeto-objeto -a través, veremos, de una historicización radical de la filosofía como política-, por el otro, los Cuadernos pueden considerarse una autobiografía, de-personalizada, llevada hacia el plano de la elaboración conceptual. Por esta misma razón, las “fases” de esta biografía deberían ser enfocada problematizando en ella la presencia, o menos, de una continuidad metodológica explicativa de los virajes estratégico-políticos. En fin, investigar una filosofía, así como Gramsci la va construyendo y en relación a las vicisitudes históricas en las cuales no solo se encuentra sumergido, sino *partisano*, comprometido con una de sus partes. Investigar una *praxis en fieri*. ¿Cuál método lo habría permitido?

La praxis de Gramsci, o, si se quiere, Gramsci como praxis, puede emerger solo en relación a una historia que, como política, lo incluye y, como tal, lo trasciende, permitiéndonos aislar su originalidad. Sentado este punto de partida, me pareció, paulatinamente, que la pregunta organizadora de mi investigación no había debido ser

---

*Cuadernos* pongo a la atención del lector dos monografías, Frosini, F. *La religione dell'uomo moderno. Politica e verità nei Quaderni del carcere*. Roma: Carrocci, 2010 y Thomas, P. *The Gramscian Moment, Philosophy, Hegemony and Marxism*. London: Brill, 2009. En el caso de Frosini, en particular, hay que mencionar una línea de investigación muy amplia, la cual cubre varias dimensiones de los estudios sobre Gramsci. Limitándome a los dos trabajos citados, ambos se sitúan en una línea interpretativa volcada a ampliar la originalidad de Gramsci en el terreno específicamente filosófico, articulándola al examen de sus implicaciones políticas. La diferencia entre los dos estudios no recae en las conclusiones respecto al *estatus* teórico del marxismo según Gramsci, cuanto en el tema-problema desde el cual cada uno lo enfoca. Frosini centra su atención en la confrontación entre Gramsci y el neo-idealismo, y por lo tanto se concentra en el contexto histórico y cultural italiano; el estudio de Thomas, insertándose en el debate anglosajón,

desarrolla una doble polémica con la lectura de Gramsci según el estructuralismo de Althusser y “las antinomias” de Anderson.

Al respecto quisiera subrayar una anotación de Thomas: la expresión “historicismo absoluto” aparece solamente tres veces en los *Cuadernos de la cárcel* y, no obstante, organiza el plano teórico-conceptual de toda la “obra”. Cfr. Thomas, P. *The Gramscian Moment*, p. 242. Es decir, como para cualquiera otra cuestión teórica, empero más aun en relación a un tema que concierne el mismo método, o orden conceptual, gramsciano, intentar revolverla apelando a citas o definiciones, no sólo es frecuentemente imposible – siendo raro el utilizzo por parte de Gramsci de un lenguaje analítico- sino, ignorando la *forma*, desvirtúa la efectiva comprensión de los *contenidos*; lleva, en fin, a ignorar como el lenguaje, en Gramsci, sea uno mismo con el sentido de ruptura de su labor, definida por la construcción de una organicidad conceptual entre teoría, historia y política.



cuál fuera la forma de inteligibilidad histórica según su marxismo, una manera teoricista de proceder, sino qué comportara levantar esta misma cuestión desde el horizonte de la praxis, siendo la ideología como vía de acceso a la comprensión de lo real el aporte específico, la “ruptura” específicamente gramsciana, con la forma tradicional, especulativa, de concebir la teoría. Por eso, como mencionaba en un inicio, los antecedentes ilustres.

Indagar el Gramsci de la historia y la política conllevaba enfocar el marxismo como práctica teórico-política, hacer de la larga historia del movimiento obrero, así como éste fue construyendo una propia identidad político-cultural, un objeto paralelo de pesquisa, lo cual, empero, me regresaba, paradójicamente, al punto de partida. ¿Cuál cuestión general, teórica, habría dejado emerger el marxismo, en su misma calidad de ideología, como una vía de acceso al saber de una historia?

Enfocada en relación a la lucha por el socialismo, la democracia constituye, veremos, una contradicción en proceso entre el plano nacional de la política y el internacional de la economía que, del capital como forma social, lo es también del sujeto potencial de cambio, expresándose, como tal, en los momentos cruciales de la larga historia del movimiento obrero, o sea, precisamente cuando el marxismo, cuestionado como identidad programática de este mismo sujeto, se devela como una teoría contendida, en disputa, en crisis. En otros términos, historicizar la “democracia” y refutar un examen abstracto de cosa efectivamente sea el marxismo me pareció, aun gradualmente, conformar una sola labor crítica.

Una vez aislado el problema histórico de la democracia, mi estudio -y el resultado que aquí presento- tuvo que proceder a través de aquello que definiría un acercamiento en espiral hacia Gramsci, desde lo más general hacia el particular y, desde lo histórico, de regreso hacia lo teórico. Nuevamente, desde el horizonte de la praxis: para que la relación entre democracia y movimiento obrero pudiera ser enfocada históricamente, el punto de partida teórico debía ser, al mismo tiempo, político-práctico. Había que investigar, es decir, la presencia, o menos, de una teoría de la política en quien puso las premisas del comunismo como *praxis* de este mismo movimiento y en quien las habría renovadas dada la crisis de esta *praxis* como socialismo. ¿Cuál Marx y cuál Lenin, entonces?

No el Marx de la *Prefacio del 1859*, sino éste mismo, él del “materialismo histórico”, en relación al Marx de la primera revolución de alcance internacional, el largo “cuarenta y ocho” europeo, el Marx de la “revolucion permanente”. No el Lenin de las tesis sobre el imperialismo y los grandes discursos de la IC, sino éste mismo dado el Lenin de la larga

fase de la primera revolución rusa. La razón de esta doble elección, así como espero emerja del primer capítulo, es que el Marx y el Lenin de la revolución democrática permiten encarar críticamente el mismo marxismo en época de la III Internacional -el marxismo del Gramsci de la “madurez”- como un supuesto regreso a la primera y los orígenes del comunismo.

Es esta última una tesis, de origen estalinista, que por un lado simplificó grandemente la época de conformación de los partidos a bases nacionales, el marxismo en la edad de la Segunda Internacional, como una mera renuncia a la hipótesis revolucionaria y, por el otro, terminó por popularizar el comunismo sin más como una historia sustancialmente extraña al problema de la cuestión nacional y democrática. El resultado fue viciar la relación de unidad-distinción entre el marxismo como socialismo y el marxismo como comunismo, la cual no surgió como una antítesis teórica, sino como un proceso histórico-político, el mismo proceso, el mismo drama, al cual pertenece la entera biografía política e intelectual del Gramsci “antes de la cárcel”.

En relación a Marx, a través de una amplia selección de textos, quise reconstruir una reflexión *en fieri*, enfocando la elaboración de la forma capital como forma Estado, y, aun distinguiendo entre el nivel más alto de abstracción teórica y el histórico-concreto del análisis político, presentar una conceptualización de la política como “conciencia” de la historicidad de una época, siendo ésta la perspectiva que permite encuadrar, según mi lectura, cosa efectivamente signifique para Marx “conquista” de la democracia en el 1848 y “ir hasta el fondo de las cosas” en el 1851. Si en el *Manifiesto*, en época de actualidad de la revolución, la lucha internacional por la democracia representa, veremos, el plano de la conjugación posible, para Marx y Engels, entre cuestión social y cuestión nacional, con la derrota, la renuncia de la burguesía al régimen parlamentario emergerá, en su visión, como una crisis permanente, cuyo equilibrio, temporal y precario, tiene como eje el consenso pasivo de las masas populares. Una entrada del capitalismo en una fase superior durante la cual se abrió en la misma historia del marxismo teórico, con el Marx del *Dieciocho de Brumario*, el problema de la hegemonía política como hegemonía civil y, con aquel, un nuevo nivel de complejidad en la articulación entre el plano nacional de la lucha política y el internacional de la lucha social. En la fase de transición de los comunistas de parte en partido a base de masa, colocado en el terreno del antagonismo social de clase y en lucha por acceder al Estado político, veremos también emerger la siempre mayor importancia que Marx, y Engels, dedicarán a la cuestión nacional como

cuestión política, y en la misma medida en la cual, en su perspectiva, el internacionalismo, aun socialmente necesario, necesitaba ser políticamente e ideológicamente construido.<sup>133</sup> Relativamente a Lenin, las reflexiones y batallas aquí consideradas cubren desde el desenlace del 1905 hacia la antesala del 1914, y la delimitación temporal se debe a que, mientras más procedía en la lectura de los textos, más el Lenin en época de la II Internacional me pareció constituir el efectivo anillo de conjunción teórica entre el Gramsci de la formación y él de la *Revolucion contra el Capital*. Como espero transmitir al lector, es éste el periodo en el cual emerge, en los escritos del ruso, una concepción de la revolución como nueva forma Estado en proceso y desde la centralidad que él mismo atribuye a la subjetividad popular, en relación a la cual solamente una clase, como fuerza política, puede construir la capacidad ideológica expansiva de la cual depende, en su visión, no solo la posibilidad de una revolución democrática, sino de *toda* revolución. Una *praxis* que, como en el caso de Marx, varía en cuanto a formas organizativas, mediaciones prácticas, palabras estratégicas, en época de permanencia de la historia en movimiento y en época de resolución conservadora, y temporal, de la crisis. Aquello que resalta como lo específico de Lenin, sin embargo, es la relación entre clase y sectores populares como el plano en el cual el bolchevique sitúa no sólo el pleno desarrollo del antagonismo político de clase, sino el marxismo como método para captar la determinación histórica, horizonte desde el cual llegará a legitimar la necesidad de una ruptura en la *praxis* del movimiento obrero internacional. Cuando, en el 1915, avanzará como palabra de orden la transformación de la guerra imperialista en guerra civil, cuando refutará, apelando a Marx y Engels, una dicotomía abstracta entre nacionalismo burgués e internacionalismo socialista, Lenin leerá su presente como una relación de fuerzas para la dirección obrera de masas radicalizadas por los estragos de la guerra, y lo hará gracias a la experiencia de, y la reflexión sobre, quince años de lucha revolucionaria, de masa y popular, por la democracia.

El Lenin de Zimmerwald, él de *El socialismo y la guerra*, y junto con aquél, el entero debate en curso entre las filas del socialismo internacional, era empero desconocido al joven Gramsci, dada la especificidad del socialismo italiano y su cultura política, a la cual el sardo había adherido en el 1913, entrando en un partido, desde el 1914, bajo dirección

---

<sup>133</sup> Como se notará, el primer capítulo de esta labor se centra en la elaboración de Marx, limitándose, para Engels, a los textos de co-autoría. La razón reside en la época histórica considerada. El Engels fundamental para Gramsci, en particular para el Gramsci de la

formación, es el Engels sucesivo al 1870 y la constitución de la socialdemocracia alemana como fuerza política de masa, o sea, el último Engels, él, veremos, de las cartas a Turati del 1894, y al cual regresaré en el cap. II.

“maximalista”. Tenía por lo tanto que esclarecer las condiciones a partir de las cuales, llegado a Turín, el entonces universitario, y pronto periodista militante, habría ido elaborando una propia concepción de la “intransigencia” revolucionaria y cómo ésta autonomía no fue el resultado, sino ella misma posibilitó el encuentro, en el 1917, con la novedad histórica del bolchevismo.

El 1917, es éste el momento a partir del cual Marx transita desde la periferia hacia el centro de sus referentes teórico-políticos y la interpretación de la revolución rusa irá conformando uno mismo con la búsqueda de una propia resolución teórico-política al problema de la subjetividad *en* la historia. ¿Antes del 1917, empero, quién era Gramsci, cuál su relación con el historicismo, en el plano teórico, y con el liberalismo, en el político? Investigarlo desde el horizonte de la praxis conllevaba entrar en el mérito del socialismo como cultura política y en cuanto parte de una realidad más amplia de sí, la forma Estado liberal, aislando, además, la especificidad italiana.

El segundo capítulo es expresamente dedicado a la larga temporalidad histórica del “momento constitutivo”, a la relación entre sociedad política y sociedad civil, en su forma liberal, así como se fue conformado en Italia, y que Gramsci percibirá y analizará como un bloque histórico nunca efectivamente consolidado. Misma razón por la cual veremos su “intransigencia” distinguirse por una original concepción de la crisis, producto de un socialismo revolucionario, él del joven Gramsci, que surge confrontándose, aun antes de la guerra, con un entorno más amplio de la militancia partidaria, con un proceso de cambio intelectual y moral, con un trastorno profundo, cultural, atravesado por un entero país. Reconstruyendo el clima de *deprecatio temporum* en sus vareados frentes político-ideológicos, y sus largas raíces en la historia unitaria, quise mostrar cómo la cuestión política de los intelectuales -parte, en ese entonces, de una reflexión general en torno a la relación entre socialismo y cultura- no surge gracias a Gramsci, sino en el país y *para* Gramsci. Investigar la originalidad con la cual él mismo la elabora implicaba dejar emerger una reflexión *en fieri* y en relación a un contexto, complejo y entramado, como la cultura y la política italiana de entre-siglos. Cultura de crisis y de vanguardia, de la cual participa, y se distingue tempranamente, el futuro grupo ordinovista.

Por esa misma razón, también, las páginas dedicadas a reconstruir cosa habría efectivamente significado llegar, en las primeras décadas del ‘900, a Turín, o sea, ser testigo de la paulatina formación de un centro de vanguardia del movimiento obrero italiano en el medio de la ruptura de un orden social y cultural, y de este “des-orden” como de una relación de fuerza en proceso. Una crisis que avanzaba vía el mudar de la

relación entre intelectuales y masas, tema en el cual se inserta también el estudio dedicado al “problema Croce” y la operación “hegemónica” que el filósofo autodidacta había emprendido tan pronto como a inicio siglo, dedicándose a re-organizar los hilos de un sentir común en redefinición, en estado fluido, e inaugurando una “obsesión” con el marxismo. Al respecto, mi labor sostiene la tesis que, durante los años de la formación, la relación de Gramsci con el historicismo neo-idealista fue una relación de confrontación, no de deuda. Un Gramsci que, desde un inicio, advierte en la filosofía la *praxis* con la cual el socialismo intransigente necesita medirse. Mientras en la política y la sociedad como ciencia, reconoce los límites del liberalismo y del socialismo realmente existente en Italia, en Croce, y la filosofía como religión o cultura, la efectividad de una política con sentido de la historicidad.

En la segunda parte de esta labor, o sea, en el tercer, cuarto y quinto capítulo, el amplio cuadro teórico e histórico-político de la primera es re-considerado a través de los escritos del mismo Gramsci y relacionado, sobre todo por aquello que concierne la *cuestión política de los intelectuales*, con la reflexión de la madurez. Al respecto, me limito, en esta introducción, a presentar aquellos que considero ser los límites y, espero, principales aportes de este trabajo. La selección que he realizado de innumerables intervenciones periodísticas de Gramsci -frecuentemente de calidad ensayística y copiladas casi cotidianamente- deja paulatinamente emerger dos nudos problemáticos a los cuales, el para ese entonces dirigente comunista regresará quince años después, en la cárcel, y en cuanto, anticipo, constituyen, respetivamente, el núcleo del capital y del marxismo según los Cuadernos. Me refiero a la perspectiva de la historia mundial y a la filosofía de la *praxis*.

Al respecto, señalo, en primer lugar, los límites de esta investigación. En relación al Gramsci de la historia y la política, analizar la simbiosis entre pasado y presente obligaba entrar en el mérito de cada una de las tres “fases” de su biografía política e intelectual: 1. el periodo de formación durante la crisis del socialismo, participe de una crisis más profunda, aquella del liberalismo; 2. el Gramsci del encuentro con Marx, el bolchevismo y la actualidad de la revolución y, 3. en fin, el Gramsci de la elaboración conceptual del fascismo y, en paralelo a la misma, de la lucha para asumir la dirección del recién nacido partido comunista, hasta los grandes temas de la Cuestión meridional, *el* antesala de los Cuadernos.

Siguiendo el método de la historia y la política, esta labor podría solamente ser completada colectivamente, o, abandonando, en el proceso, el método que yo misma

había elegido, el cual, más aun, necesitando de una amplia bibliografía secundaria, como vimos perteneciente a una “tradicción” y a sus propios embates, me obligó a un estudio paralelo, a adentrarme, constantemente, en las polémicas implícitas, frecuentemente sobreentendidas. Optando por preservar el método -y por considerar el regreso a un método la preocupación principal de mi labor- tuve que limitarme al primer Gramsci y a su derivación en el segundo. Al Gramsci, veremos en las conclusiones, que no transita del liberalismo al comunismo, sino, dada una primera confrontación con el liberalismo, elabora el comunismo como actualidad de la revolución por un Nuevo Orden, identificando en el problema del Estado, y con aquel del partido, el centro de su reflexión conceptual madura.

El resultado de mi investigación, insisto, es antes que nada un resultado incompleto. Al mismo tiempo, espero haber logrado mostrar como precisamente durante estos seis años (1914-1920), Gramsci llega a elaborar *la historia como política*, insertando la cuestión nacional en la perspectiva de la historia mundial, mientras, paralelamente, abre una reflexión acerca de la *filosofía como política* que lo conduce a una temprana, aunque embrionaria e implícita, elaboración del materialismo histórico como filosofía de la praxis. Relativamente a esta segunda dimensión, la propiamente filosófica, creo haber logrado demostrar como Gramsci no piense simplemente la teoría en términos de cultura, sino reflexione sobre la incapacidad del marxismo, así como se ha dado en Italia, de sustraer al idealismo la dirección de la relación de fuerzas por la unidad política de lo social. La ampliación de la lucha revolucionaria en lucha por la hegemonía emerge, aun en estado embrionario, como una de las contribuciones esenciales del primer Gramsci, una “fase” que, por lo tanto, me parece reductivo considerar sólo como el periodo de la formación, en la medida en la cual, sin entrar en ella, no es posible enfocar porqué, en el 1931, cuando emprenderá la primera y única “sistematización” las notas de la cárcel, Gramsci indicará la cuestión política de los intelectuales como *el* eje alrededor del cual ha organizado su reflexión.

Relativamente al plano histórico-político, a la perspectiva de la historia mundial, aquello que para Gramsci es el periodo de la “formación” constituye, para su presente, la crisis del Estado nación, en Italia, y la abertura, con la revolución bolchevique, de una nueva época en la historia del movimiento obrero internacional. En el 1919, cuando se abrirá, en su perspectiva, la actualidad de la revolución, Gramsci, veremos, ha ya elaborado el capital, y también en este caso en confrontación con el liberalismo, como contradicción entre el plano nacional de la política y el internacional de la economía y será a esta misma

contradicción que el comunista regresará después de la derrota, es decir, en época de consolidación del fascismo, en Italia, de expansión del capitalismo estadounidense y, en fin, de consolidación del estalinismo en la URSS. En otros términos, sin entrar en el mérito del primer Gramsci, lo que desaparece es el mismo Gramsci de la madurez, el Gramsci para el cual el presente no constituye la superación, sino la prosecución del capital como crisis permanente *bajo otra forma*; desaparece, en fin, la misma posibilidad de dar cuenta de la hipótesis política que subtiende la reflexión de la cárcel.

Por último, una consideración con la cual espero no recurrir sólo a un expediente retórico para justificar límites y pretensiones. Creo que el impulso para esta investigación haya sido buscar dar razón de una anotación, aparentemente simple, de Paggi, y tal vez, también en este caso, no directamente, sino por intermediación de las labores que a esta misma hipótesis han dado un amplio respiro:

“El carácter autobiográfico de los escritos de la cárcel, así como emerge de las continuas referencias a todo el periodo 1916-1926 (el cual, todavía, en el 1929, cuando Gramsci empieza a redactar sus notas, debía aparecer a su memoria mucho más breve y mucho menos distante de cuanto la dimensión histórica a nosotros más familiar no puede dejarnos percibir), se puede relacionar directamente con el proceso bastante singular de su evolución, que a elementos de profunda continuidad une verdaderas y propias revoluciones, en correspondencia a los acontecimientos más importantes de su actividad política. Se puede de hecho decir que, *mientras el aspecto más propiamente intelectual no sufre modificaciones de relevo*, sino representa al contrario *el momento de la continuidad substancial*, la elaboración política conoce frecuentemente *bruscas inversiones de ruta*, estrechamente articuladas con los acontecimientos del movimiento obrero del cual es parte. Se determinan así en la obra de Gramsci una serie de estratificaciones sucesivas, *cortadas transversalmente desde algunas intuiciones fundamentales*, que, en el curso de los años, van enriqueciéndose de siempre nuevos y más complejos significados”<sup>134</sup>

Paggi describía aquí el Gramsci antes de la cárcel, empero: ¿no es la misma sensación que se tiene adentrándose en las notas de los Cuadernos? ¿No se advierte una coherencia epistémica que ordena no sólo las respuestas, sino sobre todo la forma en la cual Gramsci investiga, redacta, formula preguntas y así haciendo construye una episteme? ¿Una extrema abertura intelectual que logra ser tal precisamente por una coherencia conceptual? La búsqueda del orden conceptual que le permitía determinadas intuiciones y cambio radicales de rutas, ésta la razón por la cual quise adentrarme en la relación política de Gramsci con su propio tiempo como llave de acceso hacia la dimensión

---

<sup>134</sup> Paggi, *ibidem*, pp. XXIX-XXX.

especificadamente teórica de su propuesta, de su originalidad, de su “autonomía filosófica”. Paggi definía este orden “la línea maestra de su evolución intelectual” indicando como su rasgo definitorio fuera “la extrañeza a una concepción de la doctrina como cuerpo definido y concluido de verdades, frontalmente contrapuesto en todos los sectores a la ‘cultura burguesa’”. La mentalidad propia de una generación que “hija de sí misma”, la ordinovista, necesitaba del trabajo de la investigación, de la confrontación permanente con la “realidad de las cosas”. Una labor que llevaba a la formación de un carácter y que en Gramsci era una forma de relacionarse con el mundo, fecundamente escéptica, cercana a una figura renacentista. La complejidad del compromiso con lo popular -quisiera personalmente subrayar- a partir de la refutación sistemática de las simplificaciones, de la fácil filosofía, de las retóricas vacías, dada la responsabilidad ética, porque política, de una confrontación permanente con la historia. No un Gramsci mártir y moralista, sino, y así como emerge de sus escritos, irónico, brillante y despiadado cuando la vía fácil era emprendida por los intelectuales.



## 2. El problema histórico de la democracia desde Gramsci, hacia Marx y Lenin

Yo creo que no había, en toda la Liga, nadie que hubiese leído nunca un libro de economía. Pero esto no era un gran obstáculo; por el momento, todas las montañas teóricas se vencían a fuerza de igualdad, justicia y fraternidad.

Engels, 1885

### 2.1. Forma social y forma Estado

El Marx que quisiera rescatar es él de la relación del proletariado con la democracia y la nación según aquel *materialismo histórico* del cual Gramsci subrayará, en los *Cuadernos*, haberse dado excesivo peso al primer término, mientras que debería darse al segundo. Marx como quien era “esencialmente, un ‘historicista’”<sup>135</sup> emerge, argumentaré, enfocando, y cuestionando, la noción de un viraje en su elaboración teórica antes y después de la derrota del largo “cuarenta y ocho” europeo. Sólo problematizando el sentido de esta ruptura es de hecho posible, en mi opinión, demostrar cómo Marx mantenga, y profundice, una inteligibilidad de la historia como política volcada a identificar sus cambios de forma. Veremos, en particular, cómo la *praxis* según Marx permita aislar el sentido, históricamente cargado, de expresiones cuales “revolucion permanente” y “cuestión nacional” según el marxismo, objetos de un áspero embate entre las filas del movimiento obrero internacional, y desde sus mismos orígenes, por expresar una aporía con la cual tendrán que confrontarse primero Lenin y luego, y hacia Marx desde Lenin, el mismo Gramsci, o sea: el capital como contradicción, *en fieri*, entre el plano nacional de la forma política y el internacional de la forma social.

El horizonte de la *praxis* obliga, sin embargo, a entrar en el mérito de la cuestión nacional y democrática desde el punto de vista de aquel ideológicamente “abigarrado” sujeto histórico-político que constituía el movimiento obrero internacional en época de Marx y Engels.<sup>136</sup> Una “sociedad mitad de propaganda y mitad de conspiración” de elementos

---

<sup>135</sup> C. 4 § 11.

<sup>136</sup> Como se notará este primer capítulo se concentra en la elaboración de Marx, limitándose para Engels, a los textos de co-autoría. La razón reside precisamente en la época histórica considerada. El Engels fundamental para Gramsci, en particular para el

Gramsci de la formación, es él sucesivo al 1870 y la constitución de la socialdemocracia alemana como fuerza política de masa. En particular el último Engels, él de las cartas a Turati del 1894, al cual regresaré en el segundo capítulo.

radicalizados y expatriados, que, “cuando pertenecían a la clase obrera, eran, de hecho, casi siempre artesanos”.<sup>137</sup> Sucesivamente al 1839 y el intento blanquista de revolución en París, Londres se había conformado, gracias a la mayor libertad de reunión y asociación allí presente, en el centro para la reconstitución del embrionario movimiento comunista, donde “la Liga, que era una organización alemana, se fue convirtiendo, poco a poco, en una organización internacional”, por “la conciencia de que toda revolución, para triunfar, tenía que ser una revolución europea”. Esta asociación obrera internacional, “encargó a los que subscriben, en el congreso celebrado en Londres en noviembre de 1847, redactar un programa detallado del partido a la vez teórico y práctico, destinado a la publicación. Tal es el origen de este ‘Manifiesto’”.<sup>138</sup>

Rjazanov habría polemizado con aquella que consideraba una reconstrucción idealizada del entero proceso, por haber contribuido a forjar la imagen de Marx como el teórico puro frente al cual los obreros se presentan al fin de encargarle el primer programa comunista, y enfatizando, al contrario, su empeño político-práctico.<sup>139</sup> Cualquiera haya sido el camino que llevó a su conformación, durante su primer congreso, Marx ausente, la Liga de los Justos era renombrada Liga de los Comunistas, asumía como fin la superación de la sociedad burguesa y el dominio del proletariado para la supresión de toda sociedad de clase, rechazaba la forma conspirativa para organizarse como asociación de propaganda y elaboraba una propia estructura organizativa. Los nuevos estatutos eran enviados a las

---

<sup>137</sup> Engels, F. *Contribución para una historia de la Liga de los Comunistas*; del 1885, publicado por primera vez como prefacio al folleto redactado por Marx en el 1853 sobre el proceso de Colonia a los comunistas alemanes. Las cursivas son mías. Consultado en Engels, F. *Per la storia della lega dei comunisti*, en Gruppi, Luciano (a cura di) Marx-Engels, *Opere scelte*. Roma: Editori Riuniti, 1966, p. 1080.

<sup>138</sup> Engels, F. *Prefacio a la edición alemana de 1872 del Manifiesto del Partido Comunista*, ediciones varias.

<sup>139</sup> Rjazanov, D. *Marx y Engels*. Buenos Aires: Ediciones IPS, 2012. Ryazanov fue el primer organizador del archivo Marx-Engels (MEGA) y también una víctima, en el 1937, de los procesos de Moscú. La monografía citada reúne las conferencias dictadas en el 1922 en la Academia Socialista y dedicadas a la reconstrucción del actuar político de Marx en la organización del movimiento obrero comunista desde sus orígenes y, en el caso de Engels, hasta la época de la II Internacional. Engels había indicado la Liga de los Comunistas como filiación directa de La Liga de los Justos, los viejos revolucionarios blanquistas que, en el 1847, una vez roto con el “socialismo verdadero”, habían enviado, en la persona de Moll, una invitación en Bruselas a él y a

Marx para que entraran en la organización y redactaran en un manifiesto su propia concepción del comunismo, para luego debatirla en un congreso y publicarla como programa. Según la reconstrucción de Rjazanov, a partir de la derrota de la insurrección parisina del 1839, la Liga de los Justos había dejado de funcionar como organización, quedando solamente círculos aislados, razón por la cual, cuando Moll llega a Bruselas para encontrarse con Marx y Engels lo habría hecho como delegado del Comité de Correspondencia de Londres, una estructura organizativa concebida *ex novo* por el mismo Marx. Mientras residía en París, Marx, con Engels, había estrechado relación con los cartistas y los emigrados alemanes en una breve estadía en Londres y, en el 1846, ahora desde Bruselas, había concebido convocar un congreso de todos los comunistas al fin de crear la primera organización general. Después del viaje de Moll, asegurado de la ruptura con Weitling, Marx había dado origen, con Engels, a los Comités Comunistas de Interrelación, según el modelo jacobino utilizado por el movimiento obrero inglés de finales del siglo XVIII, o sea, a los comités de correspondencias. El comité de Bruselas, bajo la dirección de Marx; el de París, de Engels, y el de Londres, de Moll, Shapper y Bauer. Cgr. Rjazanov, *Marx y Engels*, cuarta conferencia.

bases para su discusión y debatidos en un segundo congreso, realizado pocos meses después, Marx presente y empeñado en un largo debate. Aprobados los principios del comunismo, recibía, con Engels, el encargo de redactar el programa en el cual “la vieja divisa de la Liga: ‘Todos los hombres son hermanos’, era sustituida por el nuevo grito de guerra: ‘¡Proletarios de todos los países, uníos!’”. Era el *Manifiesto*, imprimido en Londres pocas semanas antes del febrero parisino.<sup>140</sup>

Aunque el énfasis de Rjazanov en la organización del “partido” refleje la temporalidad histórica en la cual escribía,<sup>141</sup> el mérito de su reconstrucción es poner el acento en una concepción de la lucha revolucionaria moldeada bajo inspiración de la experiencia cartista. Igualmente, central es el testimonio de Engels respecto a la relación entre los principios del “materialismo histórico” y el sentido de la lucha por el Estado según el Marx del 1848.

Relativamente a la primera cuestión, en época de socialismo utópico y humanismo democrático, en un Europa restaurada al orden desde el 1815, el cartismo representaba la única expresión del movimiento obrero europeo organizado en fuerza política independiente, ella misma el producto de la Inglaterra de la Revolución manufacturero-industrial y los ecos europeos de una Gran Revolución, la francesa, que, sin bien agotada su capacidad propulsora, continuaba ejercitando una enorme influencia entre la pequeña y media burguesía radical-democrática. El proletariado, la nueva clase en proceso de constitución como fuerza, una masa despojada de derechos y ahora concentrada en los centros urbanos, había sido despojada por la oligarquía terrateniente del derecho de asociación bajo el pretexto de la solidaridad que había manifestado hacia los jacobinos franceses. Transitando del ludismo hacia la lucha por los derechos civiles, había conseguido, en el 1824, él de coalición, alcanzando la base legal para el desarrollo del tradeunionismo. En el seno del aprendizaje del antagonismo social de clase, se había entonces separado organizativamente de la burguesía liberal, una vez que ésta había conseguido por sí sola el derecho al voto. La *Carta del pueblo*, del 1837, constituía, en fin, el primer manifiesto de las reivindicaciones del trabajo como sujeto político, con eje

---

<sup>140</sup> Engels, *Per la storia della lega dei comunisti*; Marx aludirá a esta historia solo una vez, en *Herr Vogt*, texto del 1860.

<sup>141</sup> Come cuando Rjazanov define la Liga de los Comunistas un “modelo de centralismo democrático”, (ibidem, p. 110), olvidando señalar, en los años veinte, que, en la época del *Manifiesto*, la acepción del término “partido” todavía indicaba una tendencia o una corriente de opinión, no una estructura

organizativa. Ésta última acepción, la contemporánea, habría surgido solamente con la crisis de la forma Estado liberal y la entrada de una fuerza con carácter de masa en la vida política activa, siendo propia tanto de la socialdemocracia, así como de los partidos revolucionarios leninistas. Cfr. Claudin, F., *Marx, Engels y la revolución de 1848*. España: Siglo XXI Editores, 1975, p. 49-50.

en la conquista del título a participar en la lucha parlamentaria.<sup>142</sup>

Fuera de Inglaterra, antes del parte-aguas del 1848, la primera revolución por impulso popular capaz de superar los confines nacionales había sido la revolución de julio de 1830. También en Francia, conformada la burguesía como capacidad estatal –una burguesía que, en su fracción más avanzada, la industrial, quedaba excluida del ejecutivo- la monarquía constitucional había tenido que enfrentarse al surgimiento del nuevo sujeto. Era la primera insurrección obrera: aun teniendo la ciudad de Lyon en su poder, los trabajadores de las sederías no pronunciaban reivindicación política alguna. Vencido y reprimido en el 1831 como revuelta social, el movimiento resurgía, en el 1834, como revuelta urbana y, aún reconocido el adversario como poder social, tampoco en esta ocasión identificaba sus condiciones políticas. La figura sobresaliente: Blanqui, la aspiración a la toma del poder por el golpe de mano. Habría sido la derrota de París del 1839.

En Alemania, la gran masa de obreros y campesinos, así como la pequeña y media burguesía, permanecían excluidas del poder estatal. La revolución política no había tenido lugar y la aristocracia, aunque debilitada, mantenía el control de los tradicionales órganos de dominio, burocracia y ejército. A partir de los años treinta, en las regiones que por largo tiempo se habían hallado bajo dominación francesa, había surgido y se había ido desarrollando un movimiento de intelectuales radicalizados sin arraigo entre las masas populares y para los cuales cada expresión del movimiento revolucionario en Francia representaba un empuje para la movilización.<sup>143</sup> Por el radicalismo de la exclusión social del poder político, Alemania era el país donde la crisis de la Europa restaurada parecía, a sus contemporáneos, más inminente, con un Marx y Engels que consideraban Inglaterra, dada la presencia del partido cartista, el teatro de la batalla decisiva entre burguesía y proletariado.

En Italia, así como veremos en el capítulo siguiente, la entrada al nuevo presente histórico habría sido el 1848.

---

<sup>142</sup> Rjzanov, ibidem, primera, segunda y cuarta conferencias.

<sup>143</sup> En Alemania el impacto de la revolución de julio del 1830 había conllevado una serie de iniciativas bajo la proclama de la libertad política, la unificación nacional y el uso de las armas como vía para conseguirlas. Entre los protagonistas, aquellas figuras que, estableciéndose de refugiados en París, fundaban la Liga de los Proscritos, sociedad secreta bajo la influencia revolucionaria francesa y constituida, principalmente, por sastres y carpinteros alemanes, en el seno de la cual, el desarrollo de la corriente radicalizada daba origen a la Liga de los Justos. En la

insurrección blanquista participaron los mismos exiliados alemanes que, de nuevo emigrados, ahora en Londres, organizaban, en el 1840, una Asociación Educativa de Obreros Alemanes, la cual, una vez transformada en la Asociación Educativa Comunista Obrera, se habría encargado, en el 1848, de imprimir el *Manifiesto*. Si la Asociación era la organización pública donde la secreta iba reclutando sus miembros, las llamadas “comunidades”, constituidas principalmente en Suiza y en París, comunicaban a través de emisarios que viajaban de país en país. Cfr. Hobsbawm, E. *Come cambiare il mondo. Perché riscoprire l'eredità del marxismo*. Milano: Bur-Rizzoli, 2012, p. 109.

Redactado en la inmediata víspera de la primera revolución de alcance europeo, y escrito principalmente para los exiliados de la Liga, el *Manifiesto* afirmaba que, una vez desatada en Alemania, la revolución política se habría irradiado en escala continental.<sup>144</sup> Será desde Francia. París es testigo y escenario, en febrero, de una masa de obreros y artesanos semi-proletarizados y privados de derechos que, asumiendo la bandera de la República, abren la revolución política que la burguesía liberal de los “banquetes” buscaba incautar como oposición parlamentaria, dejando latente el conflicto en torno a la forma del Estado. Desde el momento en el cual el “pueblo” asume la lucha por la democracia, la revolución política se propaga desde Francia hacia el continente. Dirigida, en primer término, contra las monarquías absolutas y reaccionarias, asume la forma de luchas de liberación nacional en los territorios bajo dominación extranjera, mientras devela, en aquellos países donde la unidad político-territorial ya ha sido resuelta, un fuerte contenido anti-burgués reconocido como tal por sus mismos protagonistas.

Como es más que sabido, Marx y Engels, en la época de las insurrecciones blanquistas en Francia y de la lucha por el Estado de derecho en Inglaterra, integraban las filas de la joven intelectualidad alemana que, adoptada la filosofía hegeliana, la interpretaba bajo la forma de una oposición de corte radical-humanista al Estado prusiano. Con los hegelianos de izquierda, empero, Marx rompía tan temprano como en el 1843, después de haber entrado en la “batalla” político-ideológica en calidad de colaborador de la *Gaceta Renana*.<sup>145</sup> En el 1842, fijada su residencia en Colonia, ahora principal redactor, había movido la orientación del periódico hacia un análisis de la realidad política y social capaz, como tal, de trascender la metafísica del “hegelianismo de izquierda”. Con el análisis de los debates de la Dieta Renana y el enfrentamiento con las autoridades locales, entregada su dimisión por oponerse a ceder a la censura, Marx se trasladaba a París, donde habría editado los *Anales Franco-alemanes*, cuyos ensayos nos muestran la transición de la confrontación con Hegel hacia la elaboración, ahora desde Bruselas, y a partir del 1844, de una propia originalidad de pensamiento. Cómo veremos, cuando, en el 1847, Marx y

---

<sup>144</sup> “Las miradas de los comunistas convergen con un especial interés sobre Alemania, pues no desconocen que este país está en vísperas de una revolución burguesa y que esa sacudida revolucionaria se va a desarrollar bajo las propicias condiciones de la civilización europea y con un proletariado mucho más potente que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el XVIII, razones todas para que la revolución alemana burguesa que se avecina no sea más que el preludio inmediato de una revolución proletaria”. Marx, K., Engels, F. *Manifiesto del*

*partido comunista* [1848], consultado en Marx, K. y Engels, F. *Biografía del Manifiesto Comunista*. México: Editorial México, 1949, p. 108.

<sup>145</sup> El contra-órgano de la *Gaceta de Colonia*, financiado por la burguesía comercial e industrial liberal de Renania, voz de la intelectualidad radicalizada, del cual es corresponsal el mismo Engels que, entre el 1839 y el 1842, ya se había destacado como periodista vinculándose en Berlín con el círculo del *Vórmartz*, frecuentado también por Marx, en este entonces estudiante universitario.

Engels reciben, en Londres, el encargo de redactar el *Manifiesto*, ya habían sentado las premisas conceptuales del “materialismo histórico”.

El Marx de “toda la historia de la sociedad humana, hasta el día, es una historia de luchas de clases”<sup>146</sup> es el mismo que, empeñado en un fuerte trabajo organizativo entre los círculos del movimiento obrero, considera necesario sustraerlo a una concepción de la revolución que, bajo influencia de los exiliados alemanes, olvidaba como sus presupuestos, sus condiciones reales de posibilidad, fueran para buscarse en la misma sociedad burguesa. Un socialismo, el “verdadero”<sup>147</sup> que Marx no critica en abstracto, sino, en calidad de *traducción* alemana del socialismo utópico francés en ausencia de sus premisas socio-políticas,<sup>148</sup> las mismas que en Alemania, insiste, se trata de conquistar y en relación a las cuales delinea el partido de los comunistas como fuerza de vanguardia porque capaz de representar los intereses, “las tendencias del movimiento histórico” ,en su totalidad.<sup>149</sup> ¿Cuál totalidad?

Si el horizonte del *Manifiesto* es, enfatiza Hobsbawm, sin ambigüedad internacional, nos muestra el empeño de Marx y Engels en orientar los comunistas alemanes en relación a las otras fuerzas en lucha por la emancipación política en distintos contextos nacionales, en una época percibida por sus contemporáneos como actualidad de la revolución y una democracia leída, por las clases dominantes, como sinónimo de socialismo.<sup>150</sup>

“Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primeramente una lucha nacional” e implica “la organización de los proletarios en clase y por lo tanto en partido político”, en cuanto “el objeto inmediato de los comunistas es el mismo que el de todos los demás partidos proletarios: constitución de los proletarios en clase, derrocamiento de la dominación burguesa, conquista del poder político por el proletariado”.<sup>151</sup>

---

<sup>146</sup> El *Manifiesto*, p. 72.

<sup>147</sup> El ya mencionado Weitling era el principal representante del “socialismo verdadero” -el socialismo como hermandad futura, distinto de los demás utopismos por su carácter insurreccionalista. Obrero autodidacta, muy popular en los círculos obreros de este entonces; en París había estrechado contactos con Blanqui, emigrado de París en Suiza. Emigrado a Londres, Marx habría roto definitivamente con él en el 1846, según la reconstrucción de Rjazanov, por el rechazo de Weitling a un trabajo de preparación política de los obreros y la necesidad, obviamente sostenida por Marx, de depurar el movimiento de cualquier teórico inconsistente.

<sup>148</sup> “El socialismo alemán se cuidaba de olvidar oportunamente que la crítica francesa, de que no era más que un eco sin vida, suponía la existencia de la

sociedad burguesa moderna, con sus peculiares condiciones materiales de vida y su organización política adecuada, ambos los supuestos previos en torno a los cuales giraba precisamente la lucha en Alemania.” Marx, el *Manifiesto*, p. 101.

<sup>149</sup> El *Manifiesto*, p. 86.

<sup>150</sup> “En los años cuarenta del siglo XIX, la conclusión de que Europa estuviera al borde de la revolución no era una previsión descabezada, tampoco la previsión de que la clase obrera, aun dada su inmadurez, habría sido su guía. Después de todo, pocas semanas después de la publicación de El *Manifiesto*, un movimiento de trabajadores parisienses derrumbó la monarquía francesa, proporcionando la señal de la revolución para la mitad de Europa”. Hobsbawm, E. *Come cambiare il mondo*, p. 124

<sup>151</sup> El *Manifiesto*, p. 51.

Relativamente a la “forma”, los comunistas según Marx y Engels, no se separan del campo de las fuerzas en lucha por el Estado democrático, su diferencia es luchar por su *conquista*. “El primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia”.<sup>152</sup> Aunque en *El Manifiesto* no aparece, como tal, el término “dictadura del proletariado”<sup>153</sup>, éste mismo brilla por su ausencia, siendo el Marx del 1848 el que abre la cuestión de la superación del Estado vía la lucha por el Estado, el eje del debate relativo a toda teoría marxista de la política.

En la tercera sección del *Manifiesto* los horizontes ideológicos del movimiento obrero europeo sujetos a sus lentes críticas son aquellos que se oponen a la organización de la clase en partido en lucha por el Estado político. Marx los mancomunamos a la defensa del interés del trabajo desde el horizonte de una, u otra, fracción de la burguesía. Un horizonte que tacha, en cada caso, de utópico, conservador o reaccionario en tanto que expresión de un proceso histórico-político unitario, de alcance internacional. En Francia y en Inglaterra, donde la burguesía ya es Estado político, el socialismo utópico, o sea, la defensa de la causa obrera desde el horizonte del pequeño propietario, burgués y campesino, no habla, enfatiza el texto, en nombre del pasado, no expresa una clase derrotada e incapaz, como tal, de reconocer “la marcha de la historia”. Este socialismo defensor de gremios, en la ciudad, y de relaciones patriarcales, en el campo, aunque utópico y reaccionario, es producto del devenir histórico de una civilización, así como ésta, desarrollando sus contradicciones específicas, va paulatinamente simplificándose en dos grandes campos enemigos.<sup>154</sup> Al contrario, el comunismo francés, una vez asumido por los alemanes, no expresa “la lucha de una clase contra otra clase [...], le viene al dedillo a los gobiernos absolutos alemanes, con toda su cohorte de clérigos, maestros de escuela, hidalgillos raídos y cagatintas, espantapájaros contra la amenazadora burguesía”.<sup>155</sup> Un socialismo, el “verdadero”, que, por no reconocer las premisas sociales de su punto de vista especulativo, ejerce un rol conservador del *estatus quo*. No es producto de una historia en devenir, sino de su custodia; es la voz del pequeño propietario alemán, la verdadera base del orden social existente y su doble frente de resistencia; por un lado, en contra de la gran propiedad terrera, por el otro, del trabajo despojado de propiedad. También en esta Alemania, sin embargo, la “voluntad verdaderamente humana” no escapa a la iniciativa histórica de una burguesía que, como civilización, como

---

<sup>152</sup> El *Manifiesto*, p. 49.

<sup>153</sup> Siendo mencionado por el mismo Marx en la carta a Weydemeyer del 5 marzo 1852, consultada en Marx-Engels, Collected works, Vol. 39, Letters 1852-55.

Digital Edition Copyright © Lawrence & Wishart, 2010, p. 534-538, p. 62.

<sup>154</sup> El *Manifiesto*, p. 96.

<sup>155</sup> El *Manifiesto*, p. 99.

época, ejerce su determinación en un plano internacional. Por esa misma razón se empeña en:

“fulminar los consabidos anatemas contra el liberalismo, contra el Estado representativo, contra la libre concurrencia burguesa, contra la libertad de prensa, la libertad, la igualdad y el derecho burgueses, predicando ante la masa del pueblo que con este movimiento burgués no saldría ganando nada y sí perdiendo mucho”<sup>156</sup>

Realizando esta comparación adversativa entre Francia y Alemania, Marx articula el plano internacional de la forma social y el nacional de la forma política elaborando, paralelamente, el problema de la democracia y de la inteligibilidad histórica. La dimensión teórico-conceptual y la político-programática conforman un todo, así como el separar entre revolución social y lucha por el Estado significa, para el Marx del 1848, ignorar lo que realmente es el capital: una época determinada del antagonismo social de clase. Este Marx, vuelvo a subrayar, es quien ha ya elaborado, veremos en breve, el núcleo conceptual de aquello que Engels habría nombrado “materialismo histórico”.

¿Qué entender, *in primis*, por “conquista del poder”? Su lectura, así como fue hipostasiada, por autores posteriores, en una supuesta negación de la democracia política, constituyó el eje del Marx que, anti-institucional por ultra democrático, habría abierto las puertas al despotismo comunista, siendo ésta una interpretación al centro de la operación político-cultural emprendida por Bobbio en aquello que Vacca indica como el último debate de alto relieve sobre el marxismo acontecido en Italia.<sup>157</sup> Sin poder entrar en sus detalles, quiero empero resaltar como todo juicio formulado sobre Marx en relación a la democracia conforme uno mismo con el tipo de *estatus* teórico atribuido al marxismo.

Aunque se deba distinguir entre Marx y marxismos, habiendo sido el Marx del *Manifiesto*, enfatiza el estudioso, él que puso las premisas del comunismo como *praxis* del movimiento obrero, preguntarse sobre el comunismo en relación a la democracia conlleva problematizar la presencia en Marx de una teoría *en nuce* de la política, siendo éste Marx, veremos, él de las asimetrías, de las contradicciones, no de la negación, de la democracia política. Una tesis sostenible, empero, sólo demostrando, por un lado, que el análisis de la sociedad moderna burguesa ya había sido elaborado por Marx, aun cuando sólo en sus principios fundamentales, antes del 1848 y, por el otro, como estos mismos principios no puedan ser interpretados en sentido económico-determinista. Prescindiendo de este temprano avance, polemiza Vacca, sería de hecho imposible entender por qué el

---

<sup>156</sup>El *Manifiesto*, p. 101.

<sup>157</sup> Vacca, G. *Quel che resta di Marx. Rileggendo il Manifesto dei comunisti*. Salerno Editrice, Roma, 2016. p. 67. Respecto al debate mencionado, cfr.

*Egemonia e democrazia: Gramsci e la questione comunista nel dibattito di Mondoperaio*. Roma: Nuova serie dei quaderni di Mondo Operaio – Avanti, 1977.



*Manifiesto*, indicando a los comunistas la conquista del poder político, no les indique separarse de las otras organizaciones obreras que Marx y Engels consideraban, en este entonces, conformar el campo de las fuerzas democráticas.<sup>158</sup>

Regresando al testimonio de Engels, a partir del momento en el cual se habían vuelto a encontrar, en el 1845 en Bruselas, Marx “había desarrollado ya, en líneas generales, su teoría materialista de la historia, y nos pusimos a elaborar en detalle y en las más diversas direcciones la nueva concepción descubierta.” El descubrimiento, por parte de Marx, “que iba a revolucionar la ciencia de la historia”, continuaba Engels, permitía saber del “comunismo de los franceses y de los alemanes y el cartismo de los ingleses” como de su “necesidad histórica”; del “carácter, las condiciones y, como consecuencia de ello, los objetivos generales” del movimiento obrero.<sup>159</sup> En otras palabras: el internacionalismo de clase, en la perspectiva de Marx, no era socialmente dado, implicaba un esfuerzo de *traducción* entre los horizontes político-ideológicos nacionales del movimiento obrero; un esfuerzo posible dado el capital como un proceso unitario. ¿Qué tipo de proceso, entonces?

Es mi opinión que una lectura de los textos, así como, a partir del 1843, se articulan los unos con los otros, permite apreciar la búsqueda por parte de Marx, y Engels, de una respuesta a esa misma pregunta; búsqueda del capital en su determinación histórica, de época. Una investigación que procede, como espero lograr demostrar, sin solución de continuidad entre la elaboración de esta especificidad como forma política y como forma económico-social. Desde el momento en el cual, los “sabios de Bruselas” habían construido el primer esbozo del materialismo histórico en polémica con el socialismo utópico y el humanismo en abstracto de la intelectualidad alemana en el exilio que así los apostrofaban, y al fin de “ganarle” la dirección ideológica del incipiente movimiento obrero,<sup>160</sup> teoría de la sociedad y teoría de la política -y los correlatos de su concepción

---

<sup>158</sup> En su recién estudio del *Manifiesto*, regresando al debate recopilado en la revista “Mondoperaio” y retomando una reflexión aviada en los años setentas, el esfuerzo de Vacca es profundizar su polémica con una narración que se volvió dominante con la “experiencia trágica del comunismo soviético” y la reconfiguración del orden capitalista mundial, a partir de las cuales, la crisis de la socialdemocracia de la segunda posguerra ha desembocado en una crisis, la actual según Vacca, de la política *tout court*. Si el Marx según Bobbio, forjado como un crítico radical de la democracia política, tenía como hito programático inmediato la oposición a un Pci próximo a entrar en área de gobierno, la suya había sido también una operación político cultural de amplio respiro,

aspirando a demostrar una supuesta incompatibilidad de principio entre comunismo y democracia. Cfr. Vacca, *Quel che resta di Marx*, pp. 67-68. Para los orígenes de la labor de Vacca sobre el marxismo teórico cfr. Id, *Scienza, Stato e Critica de classe*. Bari: De Donato editore, 1970. En esta monografía, el estudioso aísla importantes consideraciones para una comprensión tanto de la crítica de Marx a Hegel, así como del “materialismo histórico” en calidad de inteligibilidad de la historia como política.

<sup>159</sup> Engels, *Per la storia della Lega dei comunisti*, p. 1086.

<sup>160</sup> Claudin, *Marx, Engels y la revolución de 1848*, ibidem.

de la clase y del partido- habrían ido emergiendo como una misma cosa.

Un esfuerzo de historicización del presente cuyas premisas metodológicas habían quedado sentadas por Marx en la confrontación del 1843 con el Estado moderno según Hegel; aplicadas, con Engels, al análisis de la sociedad burguesa del 1844-47 y, en fin, traducidas operativamente en el programa político del 1848.<sup>161</sup> Terminada la oleada revolucionaria, Marx le habría dedicado dos años y medio para su consideración retrospectiva, redactando los impropriadamente llamados “análisis de coyuntura”, textos que constituyen verdaderos tratados teóricos sobre el devenir de la forma social burguesa como forma histórico-política.<sup>162</sup> En último, el Marx que entre el 1857 y el 1867 redactará los tres manuscritos preparatorios de su obra fundamental; que publicará, en el 1859, *Para la crítica de la economía política*, y, en el 1867, el primer volumen del *Capital*, no creo pueda considerarse como quien, yéndose a la economía, haya abandonado una concepción de la historia como política.<sup>163</sup>

No quisiera sin embargo omitir que, gracias también a las más recientes reconstrucciones filológicas de la obra de Marx, sus mayores estudiosos enfatizan la necesidad de calificar la importancia de los textos predecesores del *Capital* en los cuales emerge la concepción materialista de la historia. El énfasis, propio de todo acercamiento filológico a un autor, recae en el carácter progresivo, dinámico, de la reflexión marxiana y en contra del hoy en día generalmente renegado quiebre althusseriano entre el “joven” Marx y el Marx

---

<sup>161</sup> Después de la *Cuestión Judía* y la *Crítica de la filosofía hegeliana del derecho público*, ahora en París, Marx redactaba los *Manuscritos económico-filosóficos del 1844*, los cuales signan el inicio de su crítica a la economía política y, en el 1845, en colaboración con Engels, después de haber regresado, en la *Sagrada Familia*, a la crítica del idealismo filosófico, los dos escribían la *Ideología alemana*, a la cual habría seguido, *Miseria de la filosofía*. Los *Manuscritos del 1844* habrían sido publicados solamente en el 1932 (en la MEGA a cargo de Adoratski). Una vez instalado en Bruselas, Marx continuaba con el estudio emprendido en los trabajos inéditos del 1844 y se comprometía con un editor a la composición de una crítica de la economía y de la política (la cual aparecerá como volumen solamente en el 1859). En el 1845, después de la crítica a los hegelianos de izquierda de la *Sagrada Familia* y las *Tesis sobre Feuerbach* (publicadas por Engels en apéndice a la re-impresión del 1888 de su *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*), era la *Ideología alemana*, una serie de artículos periodísticos para una revista cuatrimestral nunca realizada (publicada por Bernstein en el 1903-4 en una versión parcialmente manipulada). Con la publicación por parte de Proudhon de *Filosofía de la miseria*, en el 1846, seguía *Miseria de la filosofía*, su anti-Proudhon (publicado en junio de 1847 en Bruselas y París). Para

la cronología de la redacción y primeras ediciones de las principales obras de Marx y Engels cfr. Musto, Marcello “La Marx-Engels Gesamtausgabe (Mega2) y el redescubrimiento de Marx”, en Musto (coord.), *Tras las huellas de un fantasma*. México: Siglo XXI, 2012.

<sup>162</sup> Los resultados principales serán las *Luchas de clases en Francia* y el *Dieciocho de Brumaio de Luis Bonaparte*, junto con los análisis de la situación europea publicados en la *Nueva Gazeta Renana*, el diario fundado y dirigido por Marx en Colonia entre el 1848 y el 1849. Los artículos de Marx recopilados en las *Luchas de clase en Francia* fueron redactados entre enero y octubre del 1850 (y publicados en un exiguo tiraje en fascículos mensuales, impresos en Hamburgo); los del *Dieciocho de Brumaio*, entre diciembre 1851 y marzo 1852 y publicados por primera vez en New York (la segunda edición, relaborada por Marx, y la primera de una cierta difusión, apareció sólo en el 1869). Cfr. Musto, Marcello, *ibidem*.

<sup>163</sup> Sería casi suficiente indicar al respecto que, entre el 1864 y el 1872, vemos a Marx empeñarse en la elaboración de documentos para la *Primera Internacional*, con el texto programático del *Mensaje inaugural a la Asociación Internacional de los trabajadores* y en el análisis histórico-político de *La guerra civil en Francia*.

“maduro”. Este horizonte crítico e historiográficamente fundamentado califica el *Capital* como la contribución original específica de Marx al pensamiento crítico moderno y vuelve así a redimensionar los textos a éste anteriores al nivel de reflexiones en construcción, en lugar de obras concebidas como tales por su mismo autor.<sup>164</sup> Sin negar su importancia, se considera necesario medirla a partir de su exclusión o reformulación en la construcción de una teoría orgánica que, de hecho, puede fecharse solamente a partir del 1857, con la redacción del primer manuscrito, *Los elementos fundamentales para una crítica de la economía política*.<sup>165</sup>

La investigación de los *Grundrisse* es aquella que quedará sintetizada en el *Prólogo* del 1859, el texto que, nuevamente según Vacca, más que cualquier otro ha sido comentado y políticamente instrumentalizado en la literatura -marxista y non-, siendo objeto, por parte de quienes comparten una noción de la historia según Marx como determinación lineal o biunívoca entre estructura y superestructura, “tanto de las banalizaciones apoloéticas, así como de las refutaciones superficiales del materialismo histórico como determinismo económico”.<sup>166</sup>

En el *Capital*, procediendo en el plano de la más elevada abstracción, Marx excluirá la consideración inmediata de la política, el nivel concreto del análisis de los sujetos como relaciones entre fuerzas. Así como demuestra el plan presente en la *Introducción* del 1857, Marx es obviamente consciente de que el movimiento del capital como forma histórico-política, como capitalismo, implica un nivel de teorización ulterior y una ulterior periodización histórica y elaboración conceptual.<sup>167</sup> A propósito, quisiera mencionar el importante análisis de Frosini acerca de la necesidad de una reflexión sobre las

---

<sup>164</sup> Cfr. Fineschi, R., *Marx y Hegel. Contributi a una rilettura*. Roma: Carocci 2006.

<sup>165</sup> A los *Grundrisse* o primer manuscrito del *Capital*, seguirán: *Para la crítica de la economía política* (impreso en Berlín en el 1859 en mil ejemplares), el cual contiene los temas retomados en los primeros tres capítulos del *Capital*. Al momento de iniciar con la redacción de la parte siguiente, proyectada como *Capital en general*, Marx iniciaba una larga digresión sobre las *Teorías de la plusvalía* (los *Manuscritos del 1861-63*, publicados parcialmente y en versión alterada por Kautsky, entre el 1905 y el 1910). Redactaba entonces, por la segunda vez, la entera teoría hasta concebir el proyecto en tres libros y volver a escribir el todo por la tercera vez (en los *Manuscritos 1863-67*). De estos terceros manuscritos, y de los trabajos preparatorios redactados hasta el 1881, Engels habría derivado la publicación del II y III volumen. *El Capital. Libro Primero* había sido publicado en el 1867 (en Hamburgo, en mil ejemplares), la segunda edición alemana aparecerá en el 1873, la primera edición rusa en el 1872, y la primera francesa será

reelaborada por el mismo Marx entre el 1872 y el 1875. El hecho que, también la publicación del primer volumen, la única con Marx en vida, no corresponda a sus indicaciones editoriales, y que el segundo y tercer volumen derivaron de la labor editorial de Engels sobre un trabajo *en fieri*, obliga a considerar el *Capital* no como una obra terminada, sino como un sistema incompleto, abierto y mucho más amplio y complejo de lo generalmente considerado. Cfr. Fineschi, *ibidem*, p. 14. Cfr. Musto, *ibidem*.

<sup>166</sup> Cfr. Vacca, *Quel che resta di Marx*, p. 63. El texto del 1859 es también el “capital” del Gramsci de la cárcel, el cual elabora los principios del devenir histórico precisamente interpretando el Marx del 1859; cfr., en particular, C. 4 § 38.

<sup>167</sup> Cfr. Marx, K. *Introducción*, en Karl Marx. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política, (Grundrisse)*. México: Siglo XXI editores [1857-1858] 2005, p. 30. La famosa introducción del 1857 habría sido publicada por Kautsky, con numerosas alteraciones del original, en el 1903.

consecuencias de haber atribuido a la obra de Marx, en particular a el *Capital* o al *Prefacio del 1859*, un sentido político inmediato en la práctica inspirada por, y no idéntica con, el cuerpo teórico de la labor de Marx. Como analiza el estudioso, la importancia de una distinción entre Marx y marxismos no quiere substraer dignidad histórica a los segundos, sino enfatizar la necesidad de individuar las mediaciones teóricas entre dos distintos niveles problemáticos.<sup>168</sup> Quiero empero subrayar que sólo problematizando, preguntándose, la forma de la historicización de la sociedad capitalista emprendida por Marx es posible identificar en el problema histórico de la democracia para el movimiento obrero el núcleo esencial del *Manifiesto*, aclarar el sentido programático de la *revolución permanente* según el Marx de este entonces y, de ahí, encuadrar si y en qué términos es posible hablar de un salto teórico-político sucesivamente al cierre, con el golpe de Estado bonapartista, de la avalancha revolucionaria.<sup>169</sup>

En primer lugar, la relación según Marx entre forma social y forma política específicamente burguesa: es éste el horizonte a partir del cual el Marx “maduro”, él del *Capital*, emerge al máximo nivel de abstracción, como posibilidad de distinguir el tiempo histórico de la producción y el tiempo de la política. El Marx del *Capital* presupone, vale decir, el Marx que ha ya elaborado la relación entre ambas como contradicción que signa los límites de una época, y en la medida en la cual ha enfocado esta época desde el problema de la constitución del sujeto social en sujeto político.

“El corazón del pensamiento político de Marx es la *historicización de la sociedad capitalista* y su motor la crítica de la economía política, la cual le permite refigurar la nueva época como la época de las revoluciones proletarias”.<sup>170</sup>

---

<sup>168</sup> Cfr. Frosini, F., *Da Gramsci a Marx. Ideología, verità e politica*. Roma: DeriveApprodi editore, 2009, p. 63. Quisiera subrayar como para el estudioso no se trata ni de negar, ni de afirmar *a priori* la presencia de una teoría política en Marx, sino precisamente de entrar en el mérito de la “extremadamente delicada discusión” acerca de la relación entre historia y política en Marx, enfocando su mismo devenir. A partir de un preciso momento, al cual regresaré, en Marx, según Frosini: “hay por lo menos un contraste entre la consideración de la política y el Estado como esferas no decisivas en la explicación de una época histórica y su dinámica, y ser ellas determinantes, en el inmediato futuro, para la decisión y resolución del conflicto de clases que esa lógica ‘profunda’ expresa y al mismo tiempo interpreta. ¿Cuándo Engels reflexiona -sin, además, resolver el problema- sobre la noción de ‘en última instancia’ y la importancia de la forma ‘que la ideología confiere a los conflictos estructurales’, cuando Labriola reconsidera las ideologías como formas de correlación práctica, cuando Korsch disputa con Kautsky acerca de la separación entre la teoría económica del desarrollo capitalista y la teoría política

de las clases, cuando Gramsci, reflexionando sobre la práctica política de Lenin, reconoce en ella el ‘principio teórico práctico de la hegemonía’ que, agrega, tiene en Lenin ‘un alcance epistemológico’, cuando Althusser reflexiona sobre la práctica política de Lenin como ‘análisis de la estructura de una coyuntura’ en la dimensión de ‘este momento actual, qué hacen todos sino intervenir en este contraste, tratando de resolverlo desde adentro del pensamiento marxista? ¿Qué más hacen si no asumir teóricamente el intervalo en el marxismo entre historia y política como un problema para luego proceder a pensarlo?” La reflexión de Frosini, quisiera enfatizar, es fundamental: el problema enfocado en gran parte de su labor es precisamente aquél indicado por Gramsci, “no la distinción metodológica, sino la dicotomía orgánica de base y sobre-estructura”, o sea, la misma puesta en discusión, en el marxismo, de la noción de determinación causal. Frosini, *ibidem*, pp. 66-67.

<sup>169</sup> Regresaré a estas mismas consideraciones en la siguiente sección de este capítulo.

<sup>170</sup> Vacca, *Quel che resta di Marx*, pp. 23-24. Las cursivas son mías.

Hobsbawm señalaba como el *Manifiesto* fue escrito en una fase “relativamente inmadura” y por un Marx que, aun ya hubiera empezado el estudio de la economía política, lo habría intensificado sólo una vez establecido en Londres, en el verano del 1850. Aunque el Marx del *Manifiesto* no sea el Marx del *Capital*, para el historiador la grande fuerza intelectual y estilista del texto residía en su núcleo histórico-político;<sup>171</sup> misma perspectiva en el caso de Vacca, para el cual el primer programa comunista no resultaría inteligible sin los ejes metodológicos del materialismo histórico. Ejes construidos a partir del 1844, cuando Marx transita de la confrontación con Hegel, a la cual iremos en breve, hacia la profundización de una propia originalidad de pensamiento, formulando el concepto de trabajo social como trabajo abstracto, para después enfocarlo dinámicamente como contradicción entre fuerzas y relaciones de producción.<sup>172</sup> Un año antes del *Manifiesto*, por lo tanto, ya tenemos el núcleo de la “teoría materialista de la historia”, el “descubrimiento” que, nuevamente Engels, habría conformado el hilo conductor de toda su labor sucesiva.

Moviendo el enfoque de la filosofía como política –Hegel y la *praxis*, veremos, según Marx- hacia la economía como política, en el momento en el cual se adentra en la crítica que ocupará el resto de su vida, Marx transfiere el concepto de *forma* desde el análisis del Estado hacia él de la sociedad, logrando formular el carácter históricamente-determinado de la producción social. Desplazando la mirada de la historia política hacia la historia social, mantiene como preocupación la “determinación”, no siendo en búsqueda de una nueva teoría económica, sino de una crítica de la teoría económica como política que permita volver inteligible una historia específica.<sup>173</sup> La *Fenomenología*, apunta en los

---

<sup>171</sup> Cfr. Hobsbawm, *Come cambiare il mondo*, p. 117.

<sup>172</sup> Respectivamente, en los *Manuscritos económico-filosóficos del 1844* y la *Ideología Alemana*. Los dos textos, junto con los *Grundrisse*, fueron los fundamentales para el desarrollo de una línea interpretativa que, con la publicación en los años sesentas de obras excluidas por el *diamat*, reivindicaba un nuevo Marx frente al canon del marxismo-leninismo. Tenía en ese entonces origen el debate acerca del sentido de los escritos “juveniles” y la relación entre Marx y Hegel. Un debate que puede ser esquematizado en el enfrentamiento entre un marxismo de corte humanista y otro científicista, entre “marxismo filosófico” y “estructuralismo marxista”, ambos mancomunados por su oposición a la lectura soviética. Si esta última sostenía una ruptura temprana y definitiva de Marx con Hegel a partir de la *Crítica a la Filosofía del derecho*, la tesis de la continuidad y de la discontinuidad abogaban, respectivamente, a los *Manuscritos* y a la *Ideología*. A partir de una atención limitada al tema de la alienación, el concepto de

“trabajo social” según Marx fue leído rescatando el Marx de la dialéctica hegeliana, por un lado, y él de “modo de producción”, por el otro, para sostener el temprano abandono de la dialéctica. En un caso era la exaltación del Marx filósofo, en el otro del crítico de la economía, en ambos casos, la inteligibilidad del devenir histórico según Marx quedaba separada de la política. El eje de la cuestión, en fin, reside en el mismo sentido atribuido al método de inteligibilidad histórica según Marx. Cfr. Fineschi, *Marx y Hegel*, en particular la *Introduzione*, pp. 9-22.

<sup>173</sup> El horizonte metodológico es la *praxis*, abierto un año antes, en la *Crítica a la filosofía del Estado de Hegel*. Los *Manuscritos del 1844* son de hecho contemporáneos a la elaboración de *Las Tesis sobre Feuerbach*. Sin enfocar el horizonte de la *praxis*, sería arduo refutar aquella que Hyppolite consideraba ser la falsa interpretación del sentido determinista de la historia según el Marx de *El Capital*, Cfr. Hyppolite, J. *Studies on Marx and Hegel*. New York: Basic Books, 1969, p. 96.

*Manuscritos económico-filosóficos* del 1844, expresa la necesidad, para la teoría de “comprenderse a sí misma en su carácter de abstracción”, aquí la grandeza del filósofo especulativo.<sup>174</sup> El Hegel que Marx ha identificado en el 1843, también veremos, como autoconciencia de las contradicciones de la democracia política es, en el 1844, el mismo punto de vista de la economía política. La historia que se ha descubierto a sí misma mediante el trabajo y que, como sujeto –cultura, religión, Estado- abstrae de su carácter social. Enfocando la dimensión social del trabajo, así como antes, en la crítica del derecho hegeliano, había hecho para el ciudadano, Marx encuadra el idealismo especulativo como método de la economía política clásica en tanto que expresión del surgimiento histórico, efectivo, de la producción social genérica. En Hegel, el trabajo abstracto, el sujeto limitado al “objeto como conciencia de sí” no es, para Marx, la ilusión de la subjetividad que ve en la realidad objetiva sólo otro aspecto de sí misma. La “dialéctica del pensamiento puro”, el trabajo concebido, porque así existe, como algo abstracto, constituye una realidad histórico-social: trabajo *social* abstracto.<sup>175</sup>

El eje crítico de los *Manuscritos*, en fin, no puede ser identificado simplemente con el tema de la enajenación. La originalidad, y con aquella la historicidad del pensamiento de Marx, emerge en el trabajo desglosado, por primera vez, como forma social: la mercancía. La enajenación expresa, en el cuarto manuscrito, y en lenguaje filosófico, el proceso histórico delineado a lo largo de los tres anteriores: la historia del producto, luego del productor, en fin, de la misma producción como incremento del carácter social del trabajo vía la eliminación de todo límite concreto, políticamente predeterminado, a su extrañación, a su apropiación, privada. La separación del trabajo del poder definir, como sociedad libremente asociada, sus necesidades y su conversión en necesidades de mercado: la comunidad en abstracto fundamentada en la separación, aparente y efectiva, entre el principio de unidad política y la realidad del antagonismo social.

En el 1857, en el primer manuscrito del *Capital*, los *Grundrisse*, subiendo a un nivel máximo de abstracción, Marx reconstruirá una analítica de los procesos sociales en la cual el valor, o, si queremos, la racionalidad de una sociedad -aquello que una sociedad

---

<sup>174</sup> “La *Fenomenología* es una crítica encubierta, oscura y engañosa, pero en tanto que capta la enajenación del hombre (aunque el hombre aparezca sólo como espíritu) todos los elementos de la crítica están contenidos en ella y son con frecuencia presentados y desarrollados de una manera que va mucho más lejos que el punto de vista de Hegel”. Marx, K., *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, consultados en Marx, K *Escritos de juventud*, traducción de Wenceslao Roces, p. 650. “Buscar el

nexo existente”, dirán en la *Ideología Alemana*, “entre filosofía alemana y realidad alemana, para así pelear en contra del mundo realmente existente en lugar que en contra de las frases de este mundo”. La ideología alemana [1845] consultada en Marx, Karl y Engels, Friedrich, *La Ideología tedesca*. Roma: Editori Riuniti, 2000, p. 8.

<sup>175</sup> *Manuscritos económico-filosóficos del 1844*, tercer manuscrito.

considera necesario- se convierte paulatinamente en una fuerza abstracta -mercancía, dinero, capital- que existe fuera y por encima de sus mismos productores como presencia reificada de las relaciones sociales. Enfocar la forma social según Marx desde el horizonte de la “lógica” del valor que se valoriza conlleva, sin embargo, el riesgo de reducir la historia según Marx a sociologismo. La clave para reintroducir la política en el análisis de la forma social reside en reconocer las categorías según Marx en su calidad específica de conceptos históricos. Conceptos dinámicos, indicadores de una *forma*, de una relación entre fuerzas. Sólo abriendo este horizonte es de hecho posible entender como la noción de “mercancía” signifique, para Marx, avanzar en la misma comprensión de la contradicción entre sociedad y Estado -cuyas premisas, vuelvo a indicar, han sido elaboradas durante la confrontación con Hegel- en término de práctica política de una clase social que delimita una época, hasta individuar en esta relación la “substancia” de un proceso histórico determinado.<sup>176</sup>

El trabajo social abstracto constituye, de hecho, el nuevo armazón conceptual con el cual Marx regresa a la reflexión sobre el Estado aviada en el 1843, reformulándola, en la *Ideología alemana*, como dialéctica entre estructura y superestructura, fuerzas y relaciones sociales de producción.

“La cuestión, por lo tanto, es la siguiente: individuos determinados que ejercen una actividad productiva determinada entran en estas determinadas relaciones sociales y políticas. En cada caso particular la observación empírica tiene que mostrar empíricamente y sin alguna mistificación y especulación la articulación entre la organización social y política y la producción”.<sup>177</sup>

Un Marx que, quisiera hacer notar, piensa la clase como fuerza:

“los individuos conforman una clase solo en tanto que tienen que conducir una lucha común en contra de otra clase”.<sup>178</sup>

En el 1845, emprende, con Engels, el primer análisis dinámico de la sociedad burguesa

---

<sup>176</sup> Hobsbawm, E. “Introducción” en Marx, K. *Formaciones económicas pre-capitalistas*, Editorial crítica, Barcelona, 1979. Fineschi lee los *Manuscritos económico-filosóficos* como texto en el cual Marx no habría todavía alcanzado una plena madurez intelectual en la medida en que si, por un lado, el concepto de trabajo abstracto, enfocando su carácter social, permite refutar un Marx que, confiriendo primacía ontológica a lo sensible sobre lo espiritual, caería en una metafísica especular a la misma que busca criticar, por el otro Marx introduciría el trabajo social como ser fijo y sólo en el 1845 alcanzaría su entendimiento dialéctico, dinámico, histórico con la elaboración de la contradicción entre fuerza y relaciones de producción. Fineschi considera la lectura

de Hegel según el Marx de los años cuarenta haber sido profundamente influenciada por el hegelismo de izquierda e identifica el Marx que realmente entiende Hegel sólo a partir de las cuestiones de métodos delineadas en la *Introducción* del 1857. Fineschi, *Marx e Hegel*, en particular, pp. 23-56. Personalmente leo los *Manuscritos del 1844* y la *Ideología Alemana* en relación de continuidad, como los dos pasos de una misma elaboración conceptual, iniciada a partir de haber formulado la dialéctica como método para la individuación de la “lógica particular del objeto particular”, una operación que Marx cumple tan pronto como, veremos en breve, en el 1843.

<sup>177</sup> *La Ideología tedesca*, p. 13.

<sup>178</sup> *La Ideología tedesca*, p. 54.

forjando el concepto “modo producción”. Frecuentemente asociado a una concepción teleológica y mecanicista de la historia, el “modo de producción” no es una categoría, sino, nuevamente, un concepto histórico-político; nos indica la producción y satisfacción de necesidades que “asume siempre nuevas formas y por lo tanto presenta una historia”.<sup>179</sup> Una historia que ahora emerge como un proceso de paulatina separación entre “funciones” de producción y de dirección -respectivamente, las fuerzas y las relaciones de producción-, cuando ambas conforman, nos dicen, las condiciones materiales de existencia por medio de las cuales el ser humano, ser social, se produce a sí mismo, definiéndolo en su carácter histórico determinado.<sup>180</sup> La determinación específica consiste en el modo de integración social del trabajo, una condición de y, al mismo tiempo, un límite al, desarrollo de la capacidad productiva de toda sociedad.

El trabajo social abstracto es ahora elaborado como un incremento constante de la interdependencia de los productores vía la superación de relaciones de propiedad en las cuales una “comunidad concreta”, conscientemente organizada, una *forma Estado*, constituía un límite tanto al aumento de la fuerza productiva de la sociedad como un todo, cuanto al grado de apropiación de esta fuerza por una de sus partes. Porque las relaciones de producción conforman otras tantas relaciones de propiedad, todo modo de producción conlleva el reconocimiento *político* de una forma histórica de apropiación de los medios y productos del trabajo. En cada uno de los que son modos históricos de existencia específicos de la burguesía -“fases” de la sociedad moderna y no de la historia en general- una relación de propiedad pre-define y, como tal, (de) limita, la forma de producir o, en su caso, de realizar lo producido, tanto en contra de otros propietarios asociados, así como de los no propietarios, el trabajo disociado.<sup>181</sup> La superación de estos límites permite la paulatina expansión de la división del trabajo, la cual aumenta la interdependencia general, el carácter social de lo que se produce, y se verifica eliminando cualquier control de los productores directos sobre sus productos, medios de producción y, en fin, de realización, llevando a la consolidación de este poder como mercado.<sup>182</sup> Asistimos, vale

---

<sup>179</sup> *La Ideología tedesca*, p. 20.

<sup>180</sup> *La Ideología tedesca*, *ibidem*.

<sup>181</sup> Desde la corporación artesanal y manufacturera hasta el proteccionismo industrial. En cada caso un principio político, es decir, una comunidad de propietarios -de los medios de producción o de circulación-, conscientemente organizada por sus miembros, determina la forma de apropiación conformando un orden, una colectividad de intereses definida por un círculo siempre más amplio y, sin embargo, particular, privado.

<sup>182</sup> El mercado en cuanto “resolución de todas relaciones naturales en relaciones de dinero”. Una “totalidad de fuerzas productivas que han asumido, para así decir, una forma objetiva y que para los mismos individuos ya no son las fuerzas de los individuos, sino de la propiedad privada, y por lo tanto de los individuos en tanto que propietarios privados”. Es el primer esbozo del capital como antagonismo entre la acumulación y concentración del poder social en una propiedad separada y en contraposición a su productor, el trabajo. *La Ideología tedesca*, pp. 51, 41.



decir, al reforzamiento de un principio de unidad, *el mercado mundial*, que coadyuva, como forma social, como sociedad civil, la apropiación privada de una fuerza siempre más socialmente producida y, como sociedad política, *la forma Estado*, legitima y regula el ejercicio del poder de la propiedad privada como un todo -el burgués como ciudadano- sobre la no propiedad.

Así define Marx la sociedad civil:

“El término de sociedad civil surgió en el siglo decimooctavo, cuando las relaciones de propiedad ya se habían abierto el camino afuera del tipo de comunidad antigua y medieval. La sociedad civil como tal empieza a desarrollarse con la burguesía; la organización social que se desarrolla inmediatamente de la producción y de los intercambios, la cual forma en todos los tiempos las bases del Estado y de cualquier otra sobra-estructura idealista, continua a ser llamada con el mismo nombre.”<sup>183</sup>

Para el Marx que dista aún de elaborar la categoría de “plusvalía”,<sup>184</sup> el capital es ya una contradicción en proceso entre interdependencia social universal y exclusividad de la propiedad y del poder político de clase. Una forma histórico-social que no se distingue, en contenido, de otras igualmente orientadas a la expropiación del producto por parte de los no productores. Sin embargo, mientras éstas eran transparentes como antagonismo de clase en tanto que relaciones directas, particulares, de dominio, su especificidad de capital consiste en coadyuvar el dominio social vía una forma general, abstracta, del universal, el Estado moderno, el Estado de derecho.

Así la sociedad política:

“Por el simple hecho que es una clase y ya no un orden, la burguesía tiene que organizarse *nacionalmente*, ya no localmente, y conferir una forma general a su interés particular. A través de la emancipación de la propiedad privada de la comunidad, el Estado ha llegado a una existencia particular, a lado y en separación de la sociedad civil, pero no es otra cosa que la forma de organización que los burgueses se dan por necesidad, tanto hacia el interior como hacia el exterior, al fin de garantizarse recíprocamente su propiedad y sus intereses.”<sup>185</sup>

En la *Ideología Alemana* la “lógica particular del objeto particular” logra ser formulada como devenir de una relación necesaria y contradictoria entre la vocación internacional, *cosmopolita*, de la forma social, el mercado, y la *nacional* de su forma política, el Estado. De manera diametralmente opuesta a una concepción determinista del devenir histórico, aquello que emerge, de hecho, es una lucha entre propiedad y trabajo para la definición del sujeto de derecho. Una lucha que abarca, como sociedad civil, como antagonismo

---

<sup>183</sup> *La Ideología tedesca*, p. 66.

<sup>184</sup> El capital es elaborado, en la *Ideología alemana*, como una forma de propiedad que tiene su fundamento solamente en el trabajo y el intercambio. Hay que recordar que la elaboración del valor que se valoriza

no significará para Marx el abandono de la centralidad de la circulación, sino el capital como devenir de la contradicción entre producción y circulación de plusvalía.

<sup>185</sup> *La Ideología tedesca*, p. 67. Las cursivas son mías.

social de clase, el plano de la historia mundial y, sin embargo, se juega, como sociedad política, en el plano nacional de la lucha por la democracia política. La burguesía, relación social de producción, necesita mantener como mera fuerza social, como sus condiciones objetivas de existencia, lo que ha creado como su potencial negación: el trabajo social que, haciéndose Estado político, lo negaría en su forma abstracta, aparentemente dissociada del antagonismo de clase.

Dejando por ahora a un lado qué entiendan Marx y Engels por “cuestión nacional”, quiero detenerme primero en la causalidad, así como ésta queda formulada, a la altura del 1845, en términos de contradicción estructura-superestructura. El Estado que se configura “sobre la base” de la producción social es la misma producción social, así como deviene Estado o, en otros términos, el antagonismo social de clase constituye una lucha entre fuerzas para la definición de la política en su forma (y espacio). La contradicción entre estructura y superestructura no nos indica un movimiento lineal, sino una relación, en proceso, entre forma social y forma política. Una contradicción que en el curso de la historia de la burguesía tuvo que “explotar cada vez en una revolución, asumiendo al mismo tiempo formas accesorias, como totalidad de colisiones, como colisiones de las distintas clases, contradicción de la conciencia, lucha ideológica, etc., lucha política, etc.”

<sup>186</sup> No es un Marx que declara la primacía de la estructura sobre la superestructura, sino quien elabora un criterio político de metodología histórica.<sup>187</sup>

En el *Manifiesto*, así como en la *Ideología alemana*, tenemos tanto una historia de la génesis del capital, así como una reconstrucción de lo que realmente es el capital en su devenir: un proceso histórico-político. Nuevamente Marx, y Engels, enfocan el incremento del carácter social de la producción material vía la disrupción del derecho de pertenencia a una comunidad que, pre-determinando la forma, el modo de producir, lo frena como contenido, como fuerza. Nuevamente, la “interdependencia universal” por medio del cual “la burguesía, al explotar el mercado mundial, da a la producción y al consumo de todos los países un sello cosmopolita”, creando “un mundo a propia imagen y semejanza”, tiene como consecuencia necesaria “la centralización política”.<sup>188</sup> Nuevamente es la tendencia inexorable del capital a la unificación económica del mundo, una forma social cuya forma política consecuente es el Estado nación, por necesitar una centralización y exclusividad del poder político y económico, con

---

<sup>186</sup> La *Ideología tedesca* p. 51.

<sup>187</sup> El término “*praxis*” aparece explícitamente en el capítulo de la *Ideología* dedicado a la crítica de Feuerbach, p. 23 de la edición italiana consultada.

<sup>188</sup> El *Manifiesto*, p. 36.

fundamento, respetivamente, en el antagonismo social de clase y en la competición para la repartición de los mercados. Nuevamente, una sociedad civil y una sociedad política en relación de contradicción la una con la otra, porqué lo que realmente es el capital es el surgimiento de las condiciones de posibilidad de su superación: el proletariado.

“Las armas de que se sirvió la burguesía para derribar al feudalismo se vuelven ahora en contra de la propia burguesía. Pero la burguesía no ha forjado solamente las armas que deben darle la muerte; ha producido también los hombres que empuñarán esas armas: los obreros modernos, los proletarios. En la misma proporción en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, se desarrolla también el proletariado”.<sup>189</sup>

Condiciones sociales porqué “armas” políticas. En tanto que nuevas formas de opresión la sociedad burguesa abre nuevas formas de lucha. ¿Cuáles? La respuesta reside en la parte del *Manifiesto* dedicada, veremos, al programa de los comunistas: la “conquista” de la democracia. Su comprensión, sin embargo, implica un ulterior paso previo, el Marx de la *Crítica de la filosofía hegeliana del derecho público*, él de la contradicción entre sociedad y Estado modernos.

Entre el 1843 y el 1844, enfrentándose al problema de la filosofía, léase Hegel y la dialéctica, Marx ha atravesado dos campos problemáticos paralelos: inteligibilidad histórica y revolución. En las labores de esta época,<sup>190</sup> emerge la relación entre la crítica de Marx a la emancipación política como identificación de sus límites y la traducción de la dialéctica filosófica, el idealismo especulativo, en una dialéctica histórico-política. Según una clave de lectura que voy aquí siguiendo, fundamentada en la elaboración del materialismo histórico como *filosofía de la praxis*, y de particular importancia en la tradición marxista italiana,<sup>191</sup> Marx, asumiendo la herencia hegeliana como crítica al movimiento del concepto lógico y método de identificación de la especificidad histórica, “invierte” la dialéctica filosófica, el idealismo especulativo, en el sentido de reconocerlo así como éste existe *en* la historia en calidad de práctica política de clase que delimita una época de la sociedad burguesa. El horizonte de la dialéctica, el horizonte de la *praxis*,

---

<sup>189</sup> El *Manifiesto*, p. 38.

<sup>190</sup> Es decir, en la *Cuestión judía*, la *Crítica de la filosofía hegeliana del derecho público* y *Para la crítica de la filosofía del derecho de Hegel (Introducción)*.

<sup>191</sup> Una lectura cuyo eje es la noción de “rovesciamento” (inversión) de la *praxis* y de éste tanto como alfiler de una crítica al pretendido economicismo de Marx, así como una lucha por la misma interpretación del sujeto y de la relación entre

filosofía y política según Marx que abarca desde Croce, Labriola, Mondolfo, Gentile, hasta Gramsci y el historicismo marxista italiano de la segunda posguerra. Frosini reconstruye y analiza la línea genealógica Labriola-Gramsci en su contraposición a la Gentile-Mondolfo y en su batalla con Croce en *La filosofía de la praxis como «equazione tra «filosofía e política en La religione dell'uomo moderno*, op. cit., pp. 50-92.

emerge como *traducibilidad* entre filosofía y política.<sup>192</sup> Denunciar la síntesis hegeliana, la reducción de la historia al devenir de la idea, como expresión ilusoria de lo que es el ser humano en concreto y así permanecer en la metafísica del sujeto a-histórico, éste el punto de vista, según Marx -y tan pronto, insisto, como en el 1843- del hegelismo de izquierda, la ratificación política de Hegel, por no entenderlo en su significación teórica profunda.

Entre el 1843 y el 1844, desde y en contra de Hegel, Marx ha elaborado el Estado como *forma* e individuado *el método* de la “lógica peculiar del objeto particular”.<sup>193</sup> El punto de partida ha sido reconocer en Hegel el parte-aguas que ha revolucionado la acepción del término “filosofía” como saber de lo que es determinado y, al mismo tiempo, inteligible, la historia, a partir de haber reconocido lo racional, el universal, la *forma*, como sujeto *en*, inmanente a, ella. Recogiendo la historicidad como rasgo específico de la filosofía hegeliana, Marx la capta como auto-conciencia de una situación real y contradictoria a partir de la cual la crítica no puede ser conducida en el plano de las ideas, así como para el hegelismo de izquierda, sino tiene que ser aviada en un plano histórico-político. Un Marx contundente delator de Hegel en la medida en la cual moldea su crítica no como contraposiciones de *a priori*, sino cómo contestación integral de la resolución especulativa de la historia en la filosofía.

La relación entre filosofía e historia que en Hegel encuentra su síntesis en el “universal abstracto”, el concepto, Marx demuestra ser la historicidad de esta abstracción como programa político de clase. Ninguna denuncia de “partidismo”. Invertir la historia filosófica según Hegel es reconocer en Hegel la historia de una relación integral entre filosofía y política, principio fundante de la *praxis*. En su mismo carácter de abstracción la filosofía -y la filosofía, insistía Hippolyte, es para Marx Hegel-<sup>194</sup>representa una vía de acceso a la historia real de la sociedad burguesa. Hegel, en fin, es la filosofía que es, y sabe de ser, política; la auto-conciencia de una época que ha identificado sus contradicciones fundamentales y, como tal, expresa la burguesía con capacidad estatal. El filósofo ha recogido el “problema general de la época”, afirma en la *Cuestión judía*,<sup>195</sup>

---

<sup>192</sup> Para la elaboración del tema de la traducibilidad en el Marx de la introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel, cfr. Frosini, *Da Gramsci a Marx*, op. cit. pp. 53-62.

<sup>193</sup> Marx, K. *Crítica de la filosofía hegeliana del derecho público*. [1842], consultada como *Crítica del derecho del Estado en Hegel*, en Marx, K., *Escritos de juventud*, Wenceslao Roces (traductor). México: Fondo de cultura económica, 1982, p. 403.

<sup>194</sup> Hippolyte, J., *Studies on Marx and Hegel*, en particular, la sección 5, pp. 93-106.

<sup>195</sup> La *Cuestión Judía* fue publicada por primera vez en el 1844 en los “Anales Franco Alemanes”, junto a *Para la crítica de la filosofía hegeliana del derecho público. (Introducción)*. El manuscrito dedicado a la crítica de la filosofía del derecho hegeliana fue publicado solamente en el 1927 en la Mega a cargo de Rjazanov.

la aporía, propia de la politicidad moderna, entre libertad y necesidad, entre el sujeto como auto-determinación de la voluntad y su objetivación en un orden general. Hegel es quien primero ha identificado como “divorcio secular” entre sociedad política y sociedad civil, entre existencia general y existencia particular del ser humano, la determinación del Estado moderno, cuyo adviento es él de la sociedad moderna. “Formular un problema es resolverlo”<sup>196</sup> y “una explicación que no ofrece una diferencia específica no es tal explicación”, insiste Marx.<sup>197</sup> El Estado no puede comprenderse, a la manera de los hegelianos de izquierda, desde la limitación del privilegio, la alemana, sino sólo desde su realización en el derecho, la francesa. La verdadera cuestión, en fin, no es la religión de Estado como límite metafísico en contra de la emancipación política, sino la metafísica de la emancipación política en tanto que barrera secular a la efectiva emancipación humana.

El problema es el “Estado en general”, no una de sus versiones anacrónicas; el Estado acabado, la realización secular del “Espíritu”, en tanto que forma históricamente determinada de libertad política, otra tanta de opresión social. En el caso de los especuladores críticos de la modernidad - así apostrofados en la *Ideología alemana*- limitarse a contraponer a la metafísica de la religión la metafísica del derecho -es el caso de un Bauer- o del ser humano -es el caso de un Feuerbach- constituye una regresión respecto del mismo Hegel. Los hegelianos de izquierda, productos de los límites históricos de la realidad alemana, se han limitado a substituir a la historia del concepto otro concepto, igualmente abstracto, de historia, no logrando preguntarse, desde y en contra de Hegel, acerca de lo abstracto como proceso histórico real por medio del cual un particular alcanza el estado de universal. A diferencia de sus críticos de izquierda, Hegel, para Marx, sabe de la abstracción en su existencia histórica real: el Estado moderno, la emancipación política universal, dado el Estado real, el antagonismo social de clase. Un principio de universalidad que:

“muy lejos de acabar con estas diferencias de *hecho*, descansa sobre estas premisas, sólo se siente como *Estado político* y sólo hace valer su *generalidad* en contraposición a estos elementos que forman parte de él” y “solamente así, colocándose *por encima* de los elementos especiales, se constituye como generalidad”.<sup>198</sup>

Un estado de emancipación verbal, irreal, del burgués como ciudadano, una escisión entre

---

<sup>196</sup> Marx, K. *Sobre la cuestión judía*, consultado en Marx, K., *Escritos de juventud*, Wenceslao Roces (traductor). México: Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 464, 466.

<sup>197</sup> *Critica del derecho del Estado en Hegel*, p. 326.

<sup>198</sup> *Sobre la cuestión judía*, p. 469-70. Las cursivas son de Marx.

el “hombre público y el hombre privado”. La politicidad moderna como principio de unidad, y no de exclusión, paralela al surgimiento histórico del individuo. El sujeto político como ser genérico porqué ser privado en lo social; el ciudadano vaciado de contenido porque disociado, como burgués, de la sociedad. Porque en la sociedad moderna, sociedad burguesa, la existencia del ser humano es sí social, general, pero no inmediatamente política, porque en ella el ser humano, “aún no ha llegado a ser una existencia genérica real”, lo político, la vida en relación con el otro, se ha realmente constituido vía una separación de principio entre diferencia concreta e igualdad abstracta, entre interés privado e interés general. El principio de ciudadanía, “sofística del Estado moderno”, codifica como naturalidad la aporía histórica entre individuo y sociedad. El lenguaje abstracto del derecho, el lenguaje de la libertad negativa, legitima una sociedad “que hace que todo hombre encuentre en los demás, no la realización, sino, por el contrario, la limitación de su libertad”.<sup>199</sup>

Aún dada la apariencia de una condena moral del Estado en nombre de la “verdadera emancipación humana”, la politicidad moderna según Marx, fundamental entenderlo, no expresa una apariencia (ilusión) de la conciencia, sino un proceso histórico real; una abstracción que existe *en* la historia y que, como tal, no resuelve sus antagonismos, sino los amplía reproduciéndolos en un nivel superior, el nivel de la contradicción.<sup>200</sup> El acento de Marx recae en una forma determinada de sociedad política que, teniendo su propia condición de existencia en una forma determinada de la sociedad civil, en el mismo momento en la cual quiere superarla, la confirma, y la profundiza, como su propia premisa.<sup>201</sup> Crítico de Hegel desde Hegel, es un Marx que va desglosando la democracia política, el Estado parlamentario, como esencia del Estado moderno, o sea, terreno del pleno despliegue del antagonismo social de clase.

En la *Cuestión Judía*, Marx ha cumplido el primer paso en esta dirección: la identificación de la apariencia de autonomía del Estado de la sociedad. El principio abstracto de unidad

---

<sup>199</sup> “Al hombre político, al hombre abstracto” contraponen “el hombre no político, el hombre natural, el hombre en su verdadera existencia, premisa en torno a la cual no es posible seguir razonando”. La dimensión consciente de la vida social, “la esfera en que los hombres se comportan como una comunidad” queda supeditada “a aquella en que el hombre se conduce como ser aislado y parcial”, con lo que “la vida política se declara como simple medio cuyo fin es la vida de la sociedad burguesa.” Marx, *Sobre la cuestión judía*, p. 480-83.

<sup>200</sup> La contradicción al centro de la teoría política moderna, y con aquella de Hegel, entre el ejercicio de la soberanía como libertad de auto-determinación, él

de la sociedad, y como poder de dominio, él del Estado, entre libertad y necesidad de los modernos en su acepción burguesa. Recordando el título de la monografía de Losurdo, D., *Hegel e la libertà dei moderni*. Napoli: La scuola di Pitagora, 2011.

<sup>201</sup> “El Estado político se comporta hacia la sociedad civil tan espiritualmente como como el cielo hacia la tierra. Se halla colocado frente a ella en la misma contraposición y la supera del mismo modo que la religión supera la limitación del mundo profano, es decir, volviendo a reconocerla, restaurándola y dejándose necesariamente dominar por ella”, *Sobre la cuestión judía*, p. 470.

política tiene y, en última instancia no puede, hacer valer su voluntad por encima de los que son sus determinantes sociales. No se trata de la mera imposibilidad de resolver las diferencias concretas de la sociedad anulándolas en la generalidad abstracta del Estado. Marx no está simplemente denunciando la permanencia, en la democracia política, del conflicto social -la perspectiva pluralista de la teoría política en sus fundamentos filosóficos kantianos-, sino va argumentando dialécticamente el desplazamiento de este conflicto, en cuanto antagonismo social de clase, a un nivel superior, el nivel de la contradicción -la perspectiva de la totalidad de la teoría política marxista y sus fundamentos conceptuales hegelianos. Marx, es decir, va buscando los límites de una época histórica, la modernidad burguesa, como una relación necesaria y contradictoria entre sociedad de clase y sociedad política al fin de identificar la “lógica” de su cambio de forma. Sin individuar estos cambios, y Marx es consciente de ello, la dialéctica filosófica de la enajenación de lo político de lo social dejaría de por sí indeterminada la temporalidad histórica.

La forma Estado según Marx emerge, en este preciso momento, como actuar de la clase en calidad fuerza; como manera en la cual el particular se constituye en universal; como práctica estatal que delimita, periodiza, la historia, y que permite enfocarla en sus momentos de ruptura.

“Es cierto que, en las épocas en que el Estado político brota violentamente, como tal Estado político, del seno de la sociedad burguesa, en que la auto-liberación humana aspira a llevarse a cabo, la forma de auto-liberación política, el Estado puede y debe avanzar hasta la abolición de la religión, hasta su destrucción, pero sólo a la manera en que avanza hasta la abolición de la propiedad privada, hasta las tasas máximas, hasta la confiscación de bienes, hasta el impuesto progresivo, así como avanza hasta la abolición de la vida, hasta la guillotina. En los momentos especiales de amor propio la vida política trata de ahogar la sociedad burguesa, que es su premisa, y los elementos que la integran, para constituirse en la vida genérica real del hombre, exenta de todas contradicciones con sus propias condiciones de vida, declarando la *permanencia de la revolución*.”<sup>202</sup>

En este pasaje, la “revolución permanente” se nos muestra en calidad de concepto histórico-político. Nos indica la entrada en una nueva época, y, ésta misma, un proceso de constitución de la clase social en fuerza política. El contenido es la historia en movimiento y la forma una práctica revolucionaria determinada. En la *Cuestión judía*: la clase, en lucha en contra del viejo orden social, conquista el poder político y, como minoría, lo ejerce en conflicto permanente con la sociedad y, al mismo tiempo, en el

---

<sup>202</sup> *Sobre la cuestión judía*, p. 472. Las cursivas son mías.

interés real de su mayoría. Una conquista del poder que apela a la movilización popular, a la insurgencia de masa. La clase que, en lucha en contra del viejo orden, se asegura una base de consenso de masa movilizándola permanentemente desde arriba. En fin, así como será leída por el Gramsci de los *Cuadernos*, en relación a la burguesía, la revolución permanente indica el *jacobinismo histórico*, la historia de esta clase como sujeto revolucionario. Una historia que procederá en línea ascendente hasta encontrar su límite en el 1791, cuando el fin del terror será declarado paralelamente a la prohibición del derecho de asociación del trabajo.<sup>203</sup>

La superación del jacobinismo como forma Estado signa la transición de la burguesía de fuerza revolucionaria en fuerza de conservación, el abandono del lenguaje de la insurrección popular, para el lenguaje de la racionalidad del Estado. Es el tema de la *Crítica de la filosofía hegeliana del derecho público*, el Estado liberal democrático, el cual consiste siempre, según Marx, de la relación contradictoria entre dos modos de existencias, uno al lado y distinto del otro, en tanto que ambos modos de existencia de la sociedad, del *demos*: su forma abstracta, la emancipación política, y su forma concreta, el dominio social de clase. Como en la *Cuestión judía*, tenemos nuevamente el Estado en tanto que apariencia de autonomía, separación ilusoria y, al mismo tiempo efectiva, entre sociedad política y sociedad civil; nuevamente, el Estado que, siendo esta misma relación, no se reduce al Estado político, sino consiste en el proceder de la contradicción entre los dos polos de una misma totalidad. Al mismo tiempo, anota:

“La *diferencia específica de la democracia* está en que aquí la constitución sólo es, en general, un momento de existencia del pueblo, en que la constitución política, no forma de por sí el Estado”, porque “en la democracia, *el Estado abstracto ha dejado de ser el momento dominante*”.<sup>204</sup>

Es Hegel, enfatiza Marx, quien primero ha señalado la especificidad del Estado moderno como relación orgánica entre sociedad política y sociedad civil. En polémica con la teoría contractualista, Hegel ha postulado el universal no como principio moral, abstracto, sino ético, histórico. El Estado como necesidad externa y fin inmanente de la sociedad; la supeditación de la sociedad civil a la sociedad política -el poder como dominio- gracias a una sociedad que reconoce su soberanía como aquella del Estado -el dominio como dirección. La voluntad consciente de sí, el “en sí y para sí”, la libertad de la sociedad en tanto que se sabe en el Estado, es, para Hegel, el Estado sólo en tanto que auto-conciencia

---

<sup>203</sup> Cfr. la referencia de Gramsci a la ley *Chapelier* en C. 1, § 44.

<sup>204</sup> *Crítica del derecho del Estado de Hegel*, pp. 343-44.



del pueblo.<sup>205</sup> Desde aquí: “la exigencia de una constitución que contuviera en sí misma la determinación y el principio de avanzar [...] con el hombre real, como la que sólo es posible si se eleva el hombre a principio de la constitución”.<sup>206</sup>

Es también Hegel, sin embargo, quien abre el problema de una ética de la libertad políticamente mediada, para después cerrarla como necesidad hipostasiada en la mística del pueblo, el espíritu ético de la sociedad civil sustantivado en el espíritu del Estado y personificado en monarca. Hegel, enfatiza Marx, ha recogido correctamente la relación contradictoria entre libertad y necesidad así cómo ésta se expresa en la mediación institucional de los intereses, entre sí antagónicos, del poder social de determinar lo general y el poder político de deliberar la relación con aquél del particular. Sin embargo, desglosando estos poderes -el legislativo y el ejecutivo-, como funciones del Estado, Hegel deriva la relación entre ellos de un *telos* presupuesto y no del proceder de un antagonismo social entre fuerzas reales. A tal fin, idealiza la burocracia y vuelve empírica a la conciencia pública, vacía el poder gubernativo en el formalismo burocrático e admite en el legislativo un principio corporativo de representación. Introduce el Estado como capacidad de la sociedad de dirigirse a sí misma, para después volver a absolutizarlo como sujeto en el idealismo del Estado, el Estado como Uno, el individuo como simple sí mismo. La auto-determinación infundada que en el “*L'Etat c`est moi*” pone el arbitrio a fundamento de aquello que, en un inicio, se buscaba legitimar racionalmente.<sup>207</sup> Hegel ha refutado la metafísica de una comunidad política abstracta para después entrar en contradicción con sus propios presupuestos. Inicia como liberal-demócrata para terminar como monárquico-constitucional; procede del Estado como realización de la sociedad, hasta desembocar en la sociedad como encarnación del Estado.

¿Por qué esta caída del filósofo en la paradoja? Es ésta la pregunta que anima la entera reflexión de Marx. La explicación: solamente con el pueblo elevado a sujeto de derecho, el principio abstracto de universalidad logra una forma de existencia histórico-concreta.<sup>208</sup> La democracia republicana, y no la monarquía constitucional, es la “esencia” del Estado, aquello que *realmente es* el Estado moderno y, sin embargo, “la republica política es la democracia dentro de la forma Estado abstracta”, en la misma medida en la

---

<sup>205</sup> Con la democracia, continua Marx, en calidad de sociedad política, el Estado es “dominante sin dominar” y, en calidad de sociedad civil, es una sociedad dividida, el pueblo, que se construye y se reconoce como una unidad en el Estado ético-político, como poder de autodeterminación. *Critica del derecho del Estado de Hegel*, ibidem.

<sup>206</sup> *Critica del derecho del Estado de Hegel*, p. 333.

<sup>207</sup> “Hegel parte del Estado y convierte al hombre en Estado subjetivado; la democracia parte del hombre y convierte al Estado en el hombre objetivado”, *Critica del derecho del Estado de Hegel*, p. 343.

<sup>208</sup> La democracia es contenido y forma [...] el enigma resuelto de todas las constituciones [...] por primera vez, la verdadera unidad de lo general y lo particular”, *Critica del derecho del Estado de Hegel*, pp. 343-44.

cual el contenido se “halla fuera” de la forma, en el antagonismo social de clase.<sup>209</sup> La lucha por la democracia es la forma, la práctica revolucionaria, de un nuevo sujeto histórico en emersión, el único sujeto consecuentemente democrático porque “la sola fuerza que pueda concebir la propia ‘emancipación’ como desarrollo de la democracia hacia sus últimas consecuencias.”<sup>210</sup> Ésta la potencialidad crítica de Hegel según Marx: su misma “caída especulativa” expresa la conciencia teórica, no de los límites alemanes, sino de los límites de una época histórica, la conciencia de la burguesía como fuerza de conservación en época de surgimiento de su adversario social como fuerza política. El teórico del Estado, en fin, desde el punto de vista no de las fuerzas reaccionarias alemanas, el pasado, sino de la burguesía en su fracción más avanzada, la burguesía como capacidad estatal, como clase general, como liberalismo, la burguesía europea.

Hegel es también la revolución social que “empieza en el cerebro del filósofo”. Así como Lutero substituyó la servidumbre por la devoción, Hegel la fuerza por el consenso, planteando, así como el protestantismo para la religión, el problema de la emancipación real: el primero buscando restaurar la autoridad de la fe en el individuo, el segundo aquella del Estado en la sociedad.<sup>211</sup> La potencialidad crítica implícita en la filosofía alemana -y la filosofía, decíamos, es, para Marx, Hegel- es más elevada que la situación política no solo de Alemania, sino de la misma Europa. Los alemanes son “contemporáneos filosóficos del presente sin ser sus contemporáneos históricos”.<sup>212</sup> La falta de equilibrio, en Alemania, entre la idea y la historia ha llevado Marx a introducir el problema de la “encarnación de la filosofía en fuerza social, “la misión de la filosofía puesta al servicio de la historia”.<sup>213</sup> Aquella que Hegel presenta, y termina negando, como condición ideal del Estado y del derecho, del Estado ético-político, la democracia, constituye, afirma Marx, la filosofía como prolongación abstracta, en el pensamiento, de una historia de efectiva emancipación, la potencial historia del trabajo como sujeto político. La inversión de la dialéctica especulativa implica, en fin, una ruptura *práctica* con Hegel. Una ruptura teórica porqué programática. En el 1843, se ha abierto, para Marx, el problema de la *praxis*, la necesidad de una teoría como política específicamente obrera, aquella que será la comunista para el Marx y Engels del 1848. Una teoría que, colocada en el mismo terreno de Hegel, sea capaz de disputar el campo de lucha ocupado por el liberalismo, el

---

<sup>209</sup> *Crítica de la filosofía hegeliana del derecho público*, ibidem.

<sup>210</sup> Vacca, *Que che resta di Marx*, p. 20.

<sup>211</sup> Marx, *En torno a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel. (Introducción) [1843]*, consultada en Marx, K., *Escritos de juventud*, Wenceslao Roces

(traductor). México: Fondo de cultura económica, 1982, p. 497.

<sup>212</sup> Marx, ibidem, p. 495.

<sup>213</sup> Marx, ibidem, p. 492. Será el tema central de las *Tesis sobre Feuerbach*.

terreno del movimiento histórico real desde el reconocimiento de sus mismos límites emancipadores. Límites de la democracia para la burguesía en cuanto condiciones de posibilidad política para el proletariado, las mismas condiciones que Marx, sólo un año después, procederá a elaborar como contradicciones del capital.

En el Marx de la crítica a la filosofía del derecho de Hegel, la monarquía constitucional es una forma Estado anacrónica para la forma social burguesa, una sociedad de la cual Alemania participa sin haber participado de sus revoluciones políticas y encontrándose, como tal “por debajo del nivel de la historia”. Al mismo tiempo, la caída de la burguesía en la reacción, apunta con su agudeza habitual, es la “debilidad oculta del Estado moderno”,<sup>214</sup> el pasado como presente posible, una forma Estado muerta, superada y que, sin embargo, tiene validez histórica en tanto que constituye la respuesta a una lucha por la democracia en el exclusivo interés de la fuerza de la revolución social. La nueva legalidad, la nueva forma política de la historia, no es la contra-revolución política, sino la democracia como revolución, la República, por iniciativa de la revolución social europea. La superación de la forma histórico-política más regresiva, la alemana, es posible solo desde la superación de la más avanzada, la francesa. “Alemania, que es la ausencia de todo presente político constituido por elección propia, sólo podrá derribar las barreras específicamente alemanas derribando la barrera general del presente político”.<sup>215</sup> En el 1848, ya elaborado el núcleo conceptual de su crítica a la economía política, este presente será el *espectro* que recorre Europa.

Regresando, entonces, al *Manifiesto*, el comunismo expresa, para el Marx de ese entonces, el despliegue de la contradicción entre un principio de unidad social que implica el plano de la historia mundial y, en su misma calidad de antagonismo social de clase, se juega en la lucha por la forma democrática del Estado nación. La historia procede como una dialéctica, afirma, entre las fuerzas de la vieja Europa “unida en una santa cruzada”<sup>216</sup> en contra de un movimiento obrero reconocido en su potencialidad por la burguesía como un todo, como *clase general*, como liberalismo. Atrincherándose en contra de la revolución social detrás de una forma política anacrónica, la burguesía como estado ético-político, como fuerza de aspiración nacional, no pudo resolver para Marx - recordemos las aporías señaladas respecto a Hegel- en una relación orgánica entre sociedad política y sociedad civil. Marx se encuentra, recordemos también, en época de

---

<sup>214</sup>Marx, *ibidem*, p. 494.

<sup>215</sup>Marx, *ibidem*, p. 499.

<sup>216</sup> El *Manifiesto*, p. 71.

actualidad de la revolución.

El mismo desarrollo del capitalismo como forma social, la unificación económica del mundo (Europa), es condición, sin por eso ser garante, de la difusión de la democracia política. Lo es en cuanto surgimiento y crecimiento del nuevo sujeto histórico, el movimiento obrero, el cual, sin embargo, no es dado que asuma la misión histórica que la burguesía no puede cumplir pena su misma desaparición. La solución a la asimetría de la democracia política, la reabsorción del poder político en la sociedad, es posible solamente conyugando el plano nacional de la forma política y el internacional de la social. La fórmula práctica de esta conyugación según el Marx del 1848: la democracia como *conquista*. El proletariado, en cada país, tiene que luchar en conjunto con los otros partidos democráticos al fin de instaurar una república constitucional y al mismo tiempo organizarse autónomamente por conquistar todo el poder porque sólo la revolución proletaria puede tener un carácter internacional.<sup>217</sup>

“Los obreros no tienen patria. No se le puede arrebatar lo que no tienen. Sin embargo, porque el proletariado tiene que conquistar primero el dominio político, elevarse a la condición de clase nacional, constituirse en nación, es también nacional, aunque de ninguna manera en sentido burgués”.<sup>218</sup>

Enfocando el programa del *Manifiesto*, Vacca resalta como la dimensión coercitiva, el elemento “despótico” de la lucha comunista, la conquista del dominio político, abarque exclusivamente los contenidos económicos sociales delineados en los diez puntos de la II sesión, o sea la expropiación gradual y estatización transitoria de los medios de producción.<sup>219</sup> No sólo este elemento coercitivo es compatible con las formas políticas de la democracia, sino también, enfatiza el estudioso, en el último capítulo del *Manifiesto*, la estrategia de los comunistas en relación a los otros partidos de oposición, socialistas y democráticos, concierne la lucha por la forma Estado según el programa cartista: Estado de derecho, parlamentarismo y sufragio universal.<sup>220</sup> En resumen, “dictadura del

---

<sup>217</sup> Vacca, *Quel che resta di Marx*, p. 34.

<sup>218</sup> El *Manifiesto*, p. 48.

<sup>219</sup> En palabras del mismo Marx y Engels: “el proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas. Esto naturalmente no podrá cumplirse, al principio, más que por una violación despótica del derecho de propiedad y de las relaciones burguesas de producción, es decir, por la adopción de medidas que desde el punto de vista económico

parecerán insuficientes e insostenibles, pero que en el curso del movimiento se sobrepasarán a sí mismas y serán indispensables como medio para transformar radicalmente todo el modo de producción. Estas medidas, naturalmente serán diferentes en los diversos países.” El *Manifiesto*, pp. 50-51.

<sup>220</sup> Lo comunistas “apoyan por doquier todo movimiento revolucionario contra el régimen social y político existente”. En Francia, “se suman al Partido de los Socialistas Democráticos contra la burguesía conservadora y radical”, sin renunciar la crítica de las ilusiones jacobinas. En Alemania, luchan al lado de la burguesía como un todo “sin dejar un sólo instante de laborar entre los obreros, hasta afirmar con la mayor

proletariado” no implica, para Marx, la supresión de la democracia política. La exclusividad del proletariado como clase dominante, la conquista plena del dominio político en el conjunto del Estado, no es socialismo, siendo la igualdad social incompatible con la permanencia del Estado político; su finalidad para Marx es acelerar el desarrollo capitalista -las fuerzas de producción- más allá de los límites- las relaciones sociales de producción- entre los cuales la burguesía necesita mantenerlas para reproducirse como clase dominante. ¿En qué sentido, empero, aceleración de este desarrollo?<sup>221</sup>

Ningún determinismo economicista. El plano de la contradicción entre fuerzas y relaciones sociales de producción indica la forma práctica proletaria en adversativa a la forma práctica burguesa de resolver, en un caso, de reproducir en el otro, la asimetría, constitutiva del capital, entre sociedad civil y sociedad política. La contradicción fundamental indica el mismo proletariado en proceso de constitución como fuerza política autónoma de la adversaria. Limitándolo al plano económico, Marx encuadra la conquista del dominio a nivel nacional en la perspectiva de una lucha internacional por la democracia cuya finalidad es el proceso de constitución de la revolución social en fuerza política permanente. “Dictadura”, por lo tanto, no en cuanto imposición por parte del proletariado de “su” democracia, sino lucha por el Estado nacional-democrático en cuanto proceso de organización del proletariado en *fuerza política revolucionaria internacional*. Conquista del poder, en fin, en la perspectiva de la superación del capital y por lo tanto de la extinción del Estado político, fase de transición.<sup>222</sup>

Para el Marx del *Manifiesto*, en resumen, la lucha obrera por la democracia es el plano de la conjugación, necesariamente internacional, entre cuestión social y cuestión nacional.

---

claridad posible la conciencia del antagonismo hostil que separa a la burguesía del proletariado”. En un contexto de dominación extranjera, Polonia: “apoyan al partido que ve en una revolución agraria la condición de la liberación nacional”. El *Manifiesto*, pp. 107-108.

<sup>221</sup> “Empujar el desarrollo de las fuerzas productivas y del Estado moderno representativo más allá de los límites del capitalismo liberal de los cuales el *Manifiesto*, hacia la mitad del siglo XIX, individuaba con su capacidad de previsión los límites y las fuerzas sociales capaces de forzarlos” Vacca, *Quel che resta di Marx*, pp. 34; 29. El autor enfatiza como, la dimensión coercitiva, la “dictadura del proletariado” concierne a medidas esencialmente volcadas a la eliminación de la propiedad privada e instauración de la propiedad estatal de los medios de producción. Medidas que no exorbitaban, en sus aspectos coercitivos, “aquellas asumidas por las ‘economías

mixtas’ y por el Estado social de los países europeos en el curso del siglo XX”. Vacca, *ibidem*, p. 19.

<sup>222</sup> “Una vez que en el curso del desarrollo hayan desaparecidos las diferencias de clase y se haya concentrado toda la producción en manos de los individuos asociados, el poder público perderá su carácter político. El poder político, hablando propiamente, es la violencia organizada de una clase para la opresión de otra. Si en la lucha contra la burguesía el proletariado se constituye indefectiblemente en clase, si mediante la revolución se convierte en clase dominante y, en cuanto clase dominante, suprime por la fuerza las viejas relaciones de producción, suprime al mismo tiempo que estas relaciones de producción, las condiciones para la existencia del antagonismo de clase y de la clase general, y, por tanto, su propia dominación como clase”. El *Manifiesto*, p. 51.

El *Manifiesto*, en otros términos, para ser efectivamente comprendido como programa, necesita ser historicizado, encuadrado en el embate ideológico de Marx y Engels contra quienes, entre las filas del abigarrado movimiento revolucionario europeo, refutaban conjugar socialismo y Estado porque consideraban este último una *forma* política burguesa -los socialismos utópicos e insurreccionalistas- y quienes, el radicalismo republicano democrático, se oponía al internacionalismo socialista por considerar la primacía obrera desoladora de la nación en cuanto espíritu ético del pueblo -los mazzinianos- o, viceversa, al principio de nacionalidad por considerarlo opuesto al internacionalismo democrático- los cartistas.<sup>223</sup> Ni aversión al internacionalismo socialista, por ser disruptivo de la nación como principio, ni a la cuestión nacional en cuanto obstáculo al internacionalismo democrático. Aversión, éste el programa del 1848 para Marx y Engels, a una lucha conducida en nombre de un principio abstracto.

La lucha comunista tenía que ser por la misma forma Estado, por superar la asimetría entre el plano internacional de la economía y el nacional de la política. Inscribir la conquista obrera del Estado en una lucha internacional por la democracia, ésta la solución de Marx al *cosmopolitismo*, rasgo fundamental de la tradición republicana, para la cual la revolución democrática podía solamente ser internacional y que, desde entonces, permanecerá, en la tradición comunista, como el sentido más íntimo de la revolución permanente: el dilema del entretejido entre el plano nacional de la lucha política y el internacional de la revolución social; el problema que atravesará la entera historia del movimiento obrero definiéndolo, a través de sus cambios de forma, en campos adversos.

## 2.2. Marx y la conciencia de la historicidad

Pensado y redactado para los comunistas alemanes, aparecido, en Londres poco antes, y en la misma Alemania poco después, de la propagación del febrero parisino, el *Manifiesto* no tuvo influencias inmediatas en el desenlace de un proceso de escala europea predicho y esperado como tal por los mismos Marx y Engels. Desde el momento en el cual, en el 1849, la revolución alemana ha quedado incautada por una gran burguesía industrial dispuesta a compartir el poder político con la nobleza prusiana, Francia representa, para

---

<sup>223</sup> Vacca, *Quel che resta di Marx*, p. 31.

ambos, el nuevo centro de la historia mundial.<sup>224</sup> Con la derrota del “bienio rojo”,<sup>225</sup> es la “declaración de la revolución en permanencia”, expresión que no indica un proceso considerado en despliegue, sino un programa.<sup>226</sup> En el 1848, Marx y Engels, habían lanzado para Alemania la palabra de orden “Republica unida e indivisible”.<sup>227</sup> Con la derrota del 1849, en una situación en la cual ya no es realizable la fórmula lanzada sólo un año antes, en el mensaje del 1850 indicaban al proletariado alemán colocarse al lado del ala radicalizada de la pequeña y media burguesía republicana, desde “la conciencia que el primer acto del inminente drama revolucionario coincidirá con la victoria de su clase en Francia” y al fin de ir construyendo en el proceso “una posición independiente de partido”.<sup>228</sup> En fin, en relación a cosa signifique para Marx y Engels “revolución permanente”, el hecho que, en el 1850, consideraran Francia la condición para la renovación de la revolución en Alemania, “ilumina el sentido peculiar que Marx y Engels le atribuían”, es decir, nuevamente, el carácter necesariamente internacional de la lucha democrática una vez abierta por iniciativa del proletariado.<sup>229</sup>

Según Haupt, así como para Hobsbawm, la premisa que sostiene, en este entonces, su entero edificio teórico-programático es el convencimiento de que el desarrollo del capital como forma social, atribuyendo consecuencialidad democrática exclusivamente al proletariado, le habría también atribuido, negándolo a la burguesía, la capacidad de resolver la cuestión nacional. Su error habría sido considerar el antagonismo social de clase capaz de resolverla sin ulteriores mediaciones, misma razón por la cual asumían que sólo la revolución democrática bajo dirección obrera habría sido el garante de la unificación política alemana. Vimos, sin embargo, como Marx y Engels mantienen el mismo programa aun después de la derrota del 1849, continuando a considerar la revolución democrática, ahora con centro en Francia, desde una perspectiva internacional. ¿Qué significaba, por lo tanto, en su perspectiva, y en este entonces, “cuestión nacional”?

---

<sup>224</sup> Cfr. Claudin, F., *Marx, Engels y la revolución de 1848*, op. cit.

<sup>225</sup> El utilizzo de esta expresión para el 1848-49 es de Lelio Basso, en Id. *Socialismo y revolución*. México: Siglo XXI Editores [1980] 1983, p. 13. Así como reconstruye Engels en su *Contribución*, después de la derrota del junio 1848 en París, de las insurrecciones de mayo en Alemania y de la revolución húngara “en el otoño de 1849, volvieron a reunirse en Londres la mayoría de los miembros de los antiguos comités centrales y congresos, procediéndose de nuevo a reorganizar la Liga”. Engels, *Per la storia della Lega dei comunisti*, p. 1095. Es el momento de la redacción del *Mensaje del Comité central a la Liga de los comunistas* [marzo 1850].

<sup>226</sup> El término de “revolución permanente”, no aparece como tal en el *Manifiesto*, sino, por primera vez, en el tercer artículo de las *Luchas de clase en Francia* y, luego, en el *Mensaje del Comité central a la Liga de los comunistas*

<sup>227</sup> Es decir, el apoyo, en la lucha por la unidad nacional, a la burguesía liberal en contra, en ese entonces, de la gran burguesía prusiana.

<sup>228</sup> Marx y Engels, Marx, K., Engels, F. *Mensaje del Comité central a la Liga de los comunistas* [marzo 1850], consultado en Id. *Indirizzo del Comitato centrale della Lega dei comunisti*, en Gruppi, Luciano (a cura di) Marx-Engels, *Opere scelte*. Roma: Editori Riuniti, 1966, p. 362.

<sup>229</sup> Vacca, *Quel che resta di Marx*, p. 32.

Regresando al 1848, es este un momento percibido, por sus propios actores, como parte-aguas histórico. Una vez aparecido el proletariado, por primera vez, como fuerza capaz de iniciativa política, la historia del socialismo y aquella de la democracia habrían procedido en estrecha articulación; lo mismo puede afirmarse en el caso de las luchas de liberación nacional, de la cual el movimiento obrero habría sido el protagonista más resolutivo, aunque incapaz de lograr su dirección.<sup>230</sup>

Para el Marx y Engels del *Manifiesto*, señala Haupt, el internacionalismo obrero, no era antitético a la cuestión nacional, sino a la nación como principio abstracto.<sup>231</sup> Reconstruyendo los posicionamientos de ambos entre el desenlace del 1848 y los primeros años de la Asociación Internacional de los Trabajadores, Haupt muestra cómo, en este largo arco temporal, Marx y Engels seguirán considerando progresivas las luchas por la unificación de Italia y de Alemania, pese a que, después de las derrotas del 1848, se estuvieran realizando en el interés exclusivo de la burguesía bajo la égida de un Cavour y de un Bismark; mantendrán, ambos, el apoyo a la causa por la independencia de Polonia y, adversamente, su condena a las luchas de los pueblos balcánicos, cuando la primera parece contradecir, la segunda favorecer, según sus mismos análisis, el desarrollo de una sociedad plenamente burguesa y, en fin, Marx cambiará perspectiva respecto a Irlanda en contraste con los cartistas, la fuerza por él considerada la expresión más avanzada del movimiento obrero. Todas tomas de posición que, para explicarse en este aparente carácter contradictorio, necesitan el aislamiento de un razonamiento político, construido y legitimado a partir de determinadas premisas conceptuales.

En primer lugar, Haupt enfatiza que, aún dada una cultura política, los radicales democráticos alemanes, de la cual toman prestado el lenguaje, o sea, no obstante la contraposición, cargada de juicio de valor entre “naciones históricas y naciones sin historia” según Engels y la más prudente, de Marx, entre “naciones revolucionarias y contrarrevolucionarias”, la autonomía de la posición de ambos se devela tanto en la forma de plantear el problema, así como en aquella de enfocar las soluciones. El eje desde el cual piensan la nación es la historicidad del concepto en oposición a la abstracción del principio:

---

<sup>230</sup> Vacca, *ibidem*, pp. 14-15.

<sup>231</sup> Haupt y Weill, *Marx y Engels frente al problema de las naciones* en Haupt G., Lowy M., Weill C. *Los marxistas y la cuestión nacional*, Editorial Fontamara, Buenos Aires, 1980 [1974]. En relación a la cuestión nacional “los juicios y opiniones emitidos por Marx y Engels en 1848 no sufrirán modificaciones, aun

cuando puedan detectarse oscilaciones. Ya que corresponden a un momento importante de su evolución política y prefiguran una ruptura y una conclusión de alcance general, maduradas posteriormente mediante estudios en profundidad y largas reflexiones”. Haupt y Weill, *ibidem*, p. 144.



“Los conceptos de ‘naciones históricas’ y de ‘naciones sin historia’ traducen, inevitablemente, unos prejuicios inscritos en un campo histórico y en un horizonte mental que repercuten en las tomas de posición políticas: aportan las premisas de un itinerario, pero no son el itinerario [...] insertados en la interrogación sobre la posibilidad de acceso de las naciones sin historia al devenir histórico, se convierten en reflejo de una dinámica del movimiento histórico y no en la fijación de una dicotomía.”<sup>232</sup>

La “concepción materialista de la historia”, siempre según el estudioso, es el instrumento que permite a Marx y a Engels asumir críticamente un problema político, la liberación nacional, que, por un lado, consideran contingente, secundario al antagonismo social de clase y, al mismo tiempo, reconocen así como va imponiéndose con toda su fuerza en la actualidad política. ¿Cuál concepción, por lo tanto, de la historia? <sup>233</sup>

No hay duda que, respecto a las minorías nacionales, Marx y Engels asuman la unidad política centralizada e ideológicamente homogénea como campo histórico desde el cual juzgar los movimientos de liberación. Empero: ¿en qué sentido? No sólo el occidente europeo en sus unidades económicamente más avanzadas, Francia e Inglaterra, constituye el horizonte desde el cual consideran las luchas que van emergiendo en realidades sociales en vía de transformación capitalista, los grandes imperios multinacionales. También, y, sobre todo, el “orden mental” con el cual enfocan la correspondencia entre unidad política y homogeneidad cultural-lingüística -así como ésta se forjó durante la revolución francesa- no presupone una concepción lineal de la historia, sino corresponde a la identificación de un problema histórico-político. Marx y Engels no aíslan un modelo abstracto, un tipo ideal, sino una tendencia histórica, para ellos políticamente progresiva precisamente porque expresa la contradicción al centro de la sociedad burguesa: la clase que, conquistando el Estado, se vuelve fuerza política autónoma del adversario en la misma medida en la cual, superando los particularismos, procede en la vía de la superación del mismo Estado nación, “jalón en la vía hacia el internacionalismo”.<sup>234</sup>

No tenemos una antítesis valorativa entre naciones con derechos o no a la historia, sino entre movimientos de liberación nacionales que proceden, o no, en la dirección, favoreciendo, o no, la conformación de una fuerza política internacional. La revolución social, si quiere efectivamente constituirse como fuerza política, no puede juzgar los

---

<sup>232</sup> Haupt y Weill, *ibidem*, p. 141.

<sup>233</sup> En la larga historia del movimiento obrero, la cuestión de las minorías nacionales habría ocupado el centro del debate segundo internacionalista hasta el 1905, para ser retomada como problema, por Lenin, sólo en el 1913.

<sup>234</sup> Según la feliz expresión de Haupt y Weill, *ibidem*, p. 125. Para Marx, y Engels, la formación de grandes

unidades político ideológica no es simplemente necesaria al capital, sino los *es* en cuanto proceso de consolidación de una sociedad, la burguesa, que, derrotando viejos particularismos anacrónicos, político e ideológicos, crea otras “fronteras” paralelamente al proceso de constitución del proletariado en fuerza política, condición de su superación.

movimientos de liberación nacional *a priori*, como aspiración universal a la libertad, o, en el exacto contrario, por su particularismo.<sup>235</sup> Refutar todo criterio fijo, abstracto, metafísico implica sentar el juicio en el lugar que un movimiento de liberación nacional ocupa, o podría ocupar, en la constitución de una fuerza que Marx y Engels enfocan como la misma revolución en proceso, como contradicción, propia del capital, entre tendencia a la unificación económica del mundo y la restricción de la política al plano nacional.

En esta fase, en fin, Marx y Engels piensan la *democracia cosmopolita* como desarrollo, político, de la forma social capital, como expansión de sus mismas contradicciones, como constitución, vuelvo a insistir, de la revolución social, necesariamente internacional, en sujeto político-ideológico. En conclusión, el problema, desde su punto de vista, es asegurar que aquel proletariado empeñado, a nivel nacional, en una revolución político-democrática, logrando asumir su dirección, logre conformarse en el centro de irradiación de un desenlace revolucionario internacional.

En el 1860, recoge siempre Haupt, Marx y Engels considerarán, por primera vez, las nacionalidades oprimidas como potenciales factores propulsores de un nuevo desenlace revolucionario en escala continental. Tanto sus incertidumbres, así como su inversión de juicio me parecen explicables según los términos arriba delineados, o sea, en cuanto demuestran la refutación a tomar partido por una nacionalidad oprimida como tal, considerándola en relación al desarrollo del capitalismo no en sentido económico-determinista, sino en cuanto capaz de favorecer o no la constitución de una lucha internacional por la democracia bajo dirección obrera.<sup>236</sup>

Desde el 1851, Francia es Bonapartista y el centro de la revolución ha pasado, en su perspectiva, a Inglaterra. Mano a mano que advierten la regresión siempre más evidente del laborismo hacia el tradeunionismo, la cuestión nacional emerge, en su perspectiva, en toda su centralidad problemática. El problema es siempre cómo asegurar la unidad entre el proletariado perteneciente a unidades estatales nacionales, ahora, empero, estas mismas unidades son distinguidas entre opresoras y oprimidas. Su reflexión mueve de los límites democráticos de la burguesía, hacia los límites revolucionarios del socialismo político,<sup>237</sup> enfocando un desarrollo capitalista que no promueve las condiciones de la revolución

---

<sup>235</sup>Esta la razón profunda por la cual Marx y Engels se negaban a extraer una definición de la nación de validez universal, optando por una reflexión constantemente en proceso, sujeta a tensiones continuas, resistente a cualquiera sistematización. Haupt, Weill, *ibidem*, pp. 141, 145.

<sup>236</sup> Desde allí la contraposición entre los eslavos del sur y el caso de Polonia. Los primeros retrasan, aquello

que el segundo fomenta: la constitución del proletariado en una fuerza unitaria. Para el examen en detalle de las posiciones de Marx y Engels cfr. Haupt, Lowy, Weill, *Los marxistas y la cuestión nacional*, *op.cit.*, p. 137-142.

<sup>237</sup> Como es más que sabido se trata del Marx de las cartas sobre la cuestión irlandesa.

proletaria, sino el conservadurismo político del partido obrero, y precisamente en los países relativamente más avanzados y en condiciones de relativas libertades político-democráticas. Nuevamente ningún determinismo económico, ni, en mi opinión, una tardía toma de conciencia de la especificidad de la cuestión nacional, sino la identificación, e insisto a partir del 1851, de un nuevo momento histórico, de, veremos en breve, una nueva forma Estado.

Según Hobsbawm, así como, ya mencionamos, para Haupt, el error del Marx y Engels del *Manifiesto* había sido considerar que, en el curso de las revoluciones democráticas burguesas, el proletariado se habría automáticamente nacionalizado. Una vez organizado como dominio político, introduciendo desde el Estado medidas volcada a suprimir las relaciones de clase capitalista, el movimiento obrero habría inmediatamente reunido a su alrededor el descontento de las otras clases dominadas en cada contexto nacional. A fundamento, continua Hobsbawm, era la convicción acerca de la tendencia del capitalismo a generar un proletariado esencialmente revolucionario, perspectiva en contradicción con cuanto Marx había ya elaborado en relación al capital como una forma social capaz de generar no sólo las condiciones de su superación, sino, al mismo tiempo, de su reproducción ampliada. Visión y previsión, en fin, no coincidían, la segunda no derivaba de la primera, sino, siempre según el historiador, de un cierto voluntarismo político derivado de una concepción todavía metafísica del sujeto.

Sin embargo, como espero haber demostrado en la sección anterior, Marx había abandonado toda concepción especulativa del devenir histórico tan temprano como en el 1843, con su plena historicización del sujeto social como sujeto político, eje crítico de aquella que vimos ser la “inversión” de la dialéctica hegeliana. En otros términos, considero problemático atribuir a Marx, en el 1848, la perspectiva de quien piensa la capacidad política revolucionaria como socialmente dada, en lugar que históricamente, y, por lo tanto, ideológicamente, fundamentada. Al mismo tiempo, así como indica Hobsbawm, no es posible obviar que el Marx del 1848 limitaba la conquista de la democracia a la hegemonía política. Lo hacía, empero, porque el problema de la hegemonía civil, de una forma Estado cuyo eje es la dirección ideológica de las masas populares y para construirse necesariamente antes y después de la conquista del poder, todavía no se había abierto históricamente. Para Marx, este mismo problema se abrirá solo, y aun a un nivel embrionario, con la derrota del proceso revolucionario en escala europea, en el 1851, es decir, con la entrada del capitalismo en una fase superior de desarrollo, inaugurada por la Francia del II Imperio, y cuyas contradicciones enfocará en

el *Dieciocho de Brumaio*. El error del *Manifiesto*, vale decir, es un error de previsión sólo si considerado según los parámetros de una historia sucesiva que será ella misma el resultado de la derrota del cuarenta y ocho, y Marx, quiero enfatizar, piensa desde el horizonte de visibilidad que le proporciona un movimiento histórico en devenir, una contradicción en proceso, no desde la forma que tomará su misma resolución.

Resumiendo lo considerado hasta ahora, desde el 1848 hasta el golpe de Estado de Luis Bonaparte, o sea, en época de actualidad de la revolución, Marx y Engels resuelven la cuestión nacional en el plano de una lucha por la democracia de la cual consideran el proletariado capaz de asegurarse la dirección y así avanzar hacia la conformación de una fuerza política internacional. A partir del 1851, con la derrota de la primera revolución europea, Marx intuirá un cambio en la forma del Estado moderno a partir del cual no toma por fin conciencia, así como parecen indicar Haupt, y en parte Hobsbawm, de la centralidad de la cuestión nacional, sino de su cambio de forma.<sup>238</sup> En el 1848, razonaba dada la burguesía de la edad de la Restauración, dada la falta de democracia parlamentaria, el plano de la mediación de los conflictos sociales de clase y, por lo tanto, también, de su pleno despliegue. Con el Bonapartismo, con la temporal resolución, en el 1851, de esta misma contradicción entre democracia y socialismo, la burguesía como capacidad estatal es otra. Una burguesía que ha renunciado al parlamento, condición de su propia existencia como clase general, y, al mismo tiempo, va construyendo una relación orgánica, de dominio-dirección, con eje en el consenso, inestable, de los sectores de masas, campesinos y subproletariado, que en Bonaparte han encontrado, por primera vez, una expresión política. Porqué la forma Estado es otra, las condiciones, la forma práctica, de la permanencia de la revolución son, para Marx y Engels, otras. ¿Cuáles? Quisiera entrar en el mérito de la cuestión abriendo una primera reflexión teórica.

Desde el punto de vista de la *praxis*, la pregunta que atraviesa como un filo rojo, no sólo el *Manifiesto*, sino la entera labor teórica de Marx, concierne cómo pensar el sujeto en calidad de tendencia, legalidad, necesidad, en fin, inteligibilidad histórica. Resolviendo la filosofía *en* la historia como política, el universal como algo que sólo existe en calidad de práctica política de la clase, el horizonte de la *praxis*, abre el problema del *estatus específico* de la filosofía, de la teoría. Asumir el horizonte de la *praxis* como inversión del orden especulativo conlleva, en otros términos, enfocar y elaborar la inmanencia de la

---

<sup>238</sup> El enfocar dos “épocas” y no dos distintos órdenes conceptuales: aquí me parece residir la contraposición

entre la lectura de Vacca, por un lado, y las de Hobsbawm y Haupt, por el otro.

teoría *en* la historia como política. Perspectiva desde la cual el hacer y el saber no sólo conforman una sola dimensión, sino una dimensión programática, interesada. En juego, en fin, es una radical re-conceptualización de la “verdad” que es, paralelamente, de la política.

“La enunciación misma” aísla Fabio Frosini, “del concepto de filosofía de la praxis, no es el éxito de un proceso sólo teórico (que a un cierto punto encontraría la política), sino él mismo es el producto complejo de una interacción entre pensamiento y política”.<sup>239</sup> La praxis, continua, es el orden conceptual, con fundamento hegeliano, dado el cual, analítica de la historia y teoría de la política implican la una a la otra y el sujeto emerge como devenir en permanente revolución; un sujeto que no es nunca dado exactamente porque es la historia misma. El universal que sólo se construye como tal en la lucha política no conlleva, empero, el relativismo epistémico, sino el atribuir una acepción no sólo positiva, sino gnoseológica, a la ideología. Ideología, es decir, no solo como identidad de clase, sino como vía de acceso, en esta calidad misma de parcialidad, a una realidad más amplia de relaciones entre fuerzas que pelean por su dirección unitaria.

“Las ideas dominantes en cualquier época no han sido nunca más que las ideas de la clase dominante”.<sup>240</sup> Leída desde el horizonte de la *praxis*, la célebre enunciación del Marx del *Manifiesto* no indica una conciencia falsa porque burguesa, sino el plano ideológico de la lucha política dada la burguesía como forma social. El poder distinguir entre ideologías no conlleva una verdad más allá de la historia, sino la plena historicización de la verdad en la política como también una lucha cultural, donde la distinción es entre ideologías que permiten, o al contrario detienen, el pleno despliegue del sujeto potencial de cambio. Un sujeto que no expresa una síntesis socialmente dada, pre-constituida, sino un proceso político *en fieri*, abierto, que puede ser fuerza efectiva de cambio, solo si se coloca en el plano de una cultura que, delimitando una época, indica las condiciones de su superación. En mi opinión, en este sentido político amplio, cultural, que, en el *Manifiesto*, aunque no se haya abierto aun para Marx el plano de la lucha por la hegemonía civil, la conquista del Estado como proyecto de mera substitución de una clase por otra al poder representa el jacobinismo, la revolución permanente según la burguesía, no según el proletariado, siendo la adversativa entre el pasado y el presente, entre una lucha por el Estado en la perspectiva de su reproducción como Estado político, o de su superación y re-absorción en lo social. En el *Manifiesto*, en fin, la revolución permanente apunta a la creación de

---

<sup>239</sup> Frosini, F. *La religione dell'uomo moderno*, cit. p. 76.

<sup>240</sup> El *Manifiesto*, p. 48.

una nueva forma Estado en el curso de la misma revolución, y, como tal, a una nueva cultura política, en *feri*: la revolución social que como revolución democrática puede, bajo dirección comunista, entrar por primera vez al escenario de la historia como fuerza política internacionalmente organizada.

Yéndonos entonces a los susodichos “análisis de coyuntura”, en las *Luchas de Clases en Francia*, así como en el *Manifiesto*, los comunistas, afirma Marx, tienen que aliarse, en cada contexto nacional, en conjunto con las otras fuerzas democráticas en nombre de la República y al mismo tiempo organizarse como fuerza autónoma para la conquista de todo el poder, para la dictadura de clase, punto de pasaje, de transición, necesario hacia la extinción del Estado político y la abolición de las diferencias de clase en general.<sup>241</sup> Como fórmula, la “revolución permanente” desaparece, sin embargo, con la victoria de la contrarrevolución, en el *Dieciocho de Brumaio de Luis Bonaparte*, cuando, según Marx: “la parodia del Imperio era necesaria al fin de liberar la masa de la nación francesa del peso de la tradición y para descubrir en su forma pura el contraste entre el poder del Estado y de la sociedad”.<sup>242</sup>

La consolidación de la reacción, señala Frosini, signaría un momento de ruptura entre un Marx que aboga por la “revolución permanente” y un Marx que, testigo, con el golpe de Estado de Luis Bonaparte, del fin del proceso revolucionario, separaría el nexo entre revolución burguesa y revolución proletaria. El punto crítico, de hecho, es desglosar el sentido de esta separación. No se trata del simple abandono de una estrategia, sino de la reformulación -así como investiga Frosini- de una concepción del devenir histórico que, según el estudioso, siendo éste el aspecto de su análisis que considero problemático, conllevaría un parte-aguas entre el Marx de la *praxis* y el Marx del *materialismo histórico*. Considerada concluida una época de revoluciones, Marx habría adoptado una concepción de la ideología como “no verdad”, distinguiendo entre la historia como inteligibilidad y la historia como lucha política en curso; entre una historia como proceso, que confinaría a la esfera socio-económica, y una historia como actualidad, propia de la esfera política. Una separación entre estructura-superestructura a partir del cual se abriría el espacio, en su perspectiva, para una reconstrucción del proceso capitalista más allá de la vida política de la clase; el despido, en fin, por parte de Marx “de la redefinición del concepto de verdad

---

<sup>241</sup>“La declaración de la revolución en permanencia, la dictadura de clase del proletariado, cual punto de pasaje necesario para la abolición de las clases en general” Marx, K. *Las Luchas de clases en Francia, dal 1848 al 1850*, [1850] consultado en Marx, *Le lotte*

*di classe in Francia, dal 1848 al 1850*. Milano: edizioni Lotta comunista, 2010, p. 156.

<sup>242</sup> Marx, K. *El 18 Brumaio de Luis Bonaparte* [1851-52] consultado en Marx, *Il 18 Brumaio di Luigi Bonaparte*. Milano: edizioni Lotta comunista, 2010, p. 144.

en términos de praxis”.<sup>243</sup>

Una vez admitida una concepción de la ideología como falsa conciencia, Marx habría proseguido hacia los estudios preparatorios del *Capital*, moviendo la ontología del social de la esfera política hacia la socio-económica. El proceso de ascensión revolucionaria evocado como espectro, como tendencia necesaria del movimiento histórico en su totalidad en el *Manifiesto*, habría quedado substituido por una concepción substancial del sujeto, por un movimiento obrero presente como clase social y ausente como fuerza política de cambio, como proletariado. Un sujeto histórico que ya no se construye en la lucha política, sino la antecede: éste, si bien entiendo la reflexión del estudioso, residiría el sentido conceptual profundo según Frosini del abandono, por parte de Marx, de la fórmula de “revolución en permanencia”.<sup>244</sup>

¿Es legítimo, empero, leer el Marx empeñado en aislar los determinantes de la victoria de la reacción, y su forma Estado, como quien abandona la noción que sólo en la práctica se pueda construir la inteligibilidad histórica? ¿Un Marx que separaría los dos momentos, la historia de la burguesía y del proletariado, en cuanto “es antes que nada necesaria una liberación de la ideología, y sólo cuando esta será cumplida, será posible llevar a término una revolución social”?<sup>245</sup> En caso así fuera: ¿Cuál sería la perspectiva política

<sup>243</sup> Frosini, *Da Marx a Gramsci*, op.cit., p. 22.

<sup>244</sup> El momento de quiebre queda identificado por Frosini entre las *Luchas de clase en Francia* y el *Dieciocho de Brumaio*. Si desde *El Manifiesto*, el proletariado ha sido evocado como espectro, como tendencia del movimiento histórico en su totalidad; si a partir del 1850 el proletariado emerge como problema, como sujeto efectivamente capaz de garantizar la permanencia de la revolución, ahora indicada como un programa, una palabra de orden, y si en *Las luchas de clase en Francia* la crítica se dirige hacia la necesidad de sustraer a la pequeña y media burguesía la dirección del proceso; al momento de redactar el *Dieciocho de Brumaio*, considerada concluida una fase revolucionaria que en las *Luchas de clase en Francia* todavía veía abierta, para Marx según Frosini es el proletariado como impotencia, como ausencia. Su derrota ya no se da por falta de impulso político, sino, siempre según la perspectiva del estudioso, por el fin no sólo del carácter revolucionario de la burguesía, sino por el carácter ilusorio de la forma política burguesa, la democracia política. Un Marx que sostendría la ruptura del nexo entre lucha político-democrática y revolución social, enraizando la segunda en la dinámica socio-económica del capital. Cfr. Frosini, F. *Il posto de la política, da Le lotte di classe in Francia al 18 Brumaio di Luigi Bonaparte*, en Id. *Da Gramsci a Marx*, pp. 63-9.

Me detengo en estas consideraciones precisamente porque considero la labor de Frosini fundamental para la problematización del marxismo como filosofía de la praxis y la comprensión de la originalidad de Gramsci,

en el campo del marxismo teórico. Según es de mi conocimiento, Frosini es quien ha emprendido, en años recientes, la más sofisticada problematización de cosa signifique e implique, en Gramsci, autonomía teórica del marxismo. En sus términos, derivar “la existencia de una filosofía del interior mismo del marxismo”, enfocando una relación de ecuación (ni identidad, ni reducción) entre filosofía y política, donde la “verdad”, el “universal”, no queda ni resuelto en la contingencia de la diferencia, ni en el tema de la alienación, sino refundado en la plena historicización, “terrestralidad”, de la filosofía. Una interpretación del sujeto como *en, inmanente a*, la historia, en calidad de relación entre fuerzas sociales políticamente organizadas.

Voy citando de la introducción a *La Religione dell' uomo moderno*, una amplia y sofisticada reflexión sobre como la “política”, en Gramsci, no indique el rechazo del determinismo vía la superación de la filosofía, sino la misma re-formulación de cosa signifique filosofía en el marxismo. Una tesis que Frosini procede a demostrar entrando en el mérito de prácticamente todos los conceptos histórico-políticos fundamentales de los *Cuadernos*. También en esta segunda monografía, empero, el estudioso reitera la separación entre el Marx de la praxis y él del materialismo histórico, indicando la labor de Gramsci como quien “hace re-emergir el Marx anterior al dramático viraje representado por el 18 de Brumaio”. *La Religione dell' uomo moderno*, p. 35.

<sup>245</sup> Frosini, F. *Da Marx a Gramsci*, p. 86.

correspondiente a esta nueva historicidad? ¿Podemos efectivamente hablar, de un Marx que, separando entre el devenir de la sociedad como proceso inteligible y como actualidad política, entre movimiento orgánico y coyuntura, dislocaría su atención hacia la esfera de la economía política, para buscar en ella los determinantes “objetivos” del sujeto revolucionario?

En los “análisis de coyuntura” las *Luchas de clase en Francia* y el *Dieciocho de Brumario*,<sup>246</sup> Marx entra en el mérito de una revolución política que, empujada, en sus orígenes, por el mundo obrero y artesano de orientación socialista y revolucionaria, ha terminado en una nueva forma histórica, nuevamente aparente y efectiva, de autonomía del Estado. Volcada a la profundización de las relaciones sociales capitalistas, esta nueva *forma* consolida en sentido conservador aquellas que Marx ha identificado, desde su confrontación con Hegel, como la esencia del Estado moderno, la necesidad de una relación unitaria entre el ejercicio del poder como dominio en la sociedad política y como dirección en la sociedad civil y que ahora, después de la derrota, tiene como eje el horizonte político-ideológico de masas otras a las urbanas.

Si en las *luchas de clase en Francia* lo vemos examinar las consecuencias de la derrota de la revolución social de junio, en el *18 de Brumario* Marx amplía esta misma perspectiva hasta enfocar los orígenes del golpe de Bonaparte en una revolución política que, dejada a la dirección de la pequeña y media burguesía democrática, ha derivado en la victoria de la contra-revolución. Según mi lectura, el Marx que al final de las *Luchas de clase en Francia* exhorta el Partido de los Socialdemócratas a aprovechar las contradicciones internas al Partido del Orden en su lucha contra de Bonaparte creo pueda considerarse el mismo Marx que, abriendo el *Dieciocho de Brumario*, se pregunta “cómo una nación de 36 millones de habitantes haya podido ser tomada por sorpresa por tres caballeros de industria y reducida en esclavitud sin hacer resistencia”.<sup>247</sup> El mismo en el sentido que, escribiendo desde dos horizontes de visibilidad histórica distintos, la abertura de una crisis del Estado, en un caso, su “temporal resolución” en el otro, utiliza un único marco conceptual, *el materialismo histórico como filosofía de la praxis*.

En la célebre introducción del 1895 a la re-edición de las *Luchas de Clase en Francia*, Engels sostenía la continuidad entre los dos análisis de coyuntura.<sup>248</sup> En aquello que es

---

<sup>246</sup> El análisis de la coyuntura se abre, en ambos casos, con la insurrección parisina del febrero 1848, terminando, en el primero, con la supresión del sufragio universal y, en el segundo, con el golpe de Estado del 2 de diciembre del 1851.

<sup>247</sup> La respuesta aparecerá al final, en el golpe de Estado como resultado necesario e inevitable de “toda la evolución precedente”. *Il 18 Brumario*, pp. 31-32; 125.

<sup>248</sup> No habría que obviar que el escrito de Engels fue elaborado para un periodo histórico sucesivo al que



considerado su testamento político, la crítica a “nuestras concepciones anteriores” se centra en evidenciar cómo, dado el estado embrionario del movimiento obrero, la revolución burguesa, la cual “había dominado toda la historia europea a partir del 1789”, había constituido el marco histórico de referencia por lo que concernía la forma de la revolución comunista. En el momento en la cual, con las barricadas obreras de París del febrero de 1848, la revolución política había sido proclamada por la revolución social, la conquista del poder político y la asunción de un programa según reivindicaciones que correspondían, en parte, a los intereses de las masas populares, el rasgo distintivo del *jacobinismo histórico*, les había parecido, continuaba Engels, el termino de comparación natural.<sup>249</sup>

En calidad de relación entre forma y contenido, sociedad política y sociedad civil, que delimita una época histórica, el jacobinismo, ya vimos, indica la burguesía como fuerza revolucionaria. Una historia en movimiento que terminó estabilizándose con la conquista del Estado político por parte de su fracción moderada, vía la exclusión del ala radical bajo cuyo impulso esta misma conquista había sido asegurada. Una inteligibilidad de la historia como política que, quisiera subrayar, es presente, como termino de comparación, no de identidad, tanto en las *Luchas de clase en Francia*, así como en el *Dieciocho de Brumario*. En ambos escritos, al pasado de la burguesía, al proceder de una revolución política volcada a la consolidación de nuevas relaciones socio-económicas, Marx contrapone el presente, la burguesía como fuerza, paralela, de conservación política y reproducción social. La burguesía que, no en contra de lo viejo, sino del nuevo, del proletariado, establece formas políticas anacrónicas, incapaces como tales de resolver una situación de crisis, y al mismo tiempo, formas garantes de la profundización de su poder social. Una historia, el cuarenta y ocho, que, así como reconstruida por Marx, procede en dirección ascensional hasta que la fuerza que la impulsa, el movimiento obrero, deja la dirección del proceso a una fracción de la burguesía, la excluida del poder dominante: momento a partir del cual, paulatinamente, de fracción en fracción, la burguesía como

---

estamos considerando, es decir, durante la fase de consolidación y legalización del partido socialdemócrata alemán. Al mismo tiempo, creo pueda considerarse un testimonio del sentido de la continuidad entre el Marx anterior y el posterior a la derrota de la primera revolución europea. Engels, F. *Introducción a Marx K. Las luchas de clases en Francia* [1895] consultada como *Introduzione alla prima ristampa di “Le lotte di classe in Francia dal 1848 al 1850” di K. Marx*, en Gruppi, L. ( a cura di) Marx Engels, *Opere scelte*, pp. 1254-76. “Inmediatamente después del golpe de Estado de Luis

Bonaparte del 2 de diciembre de 1851, Marx tomó nuevamente en examen la historia de Francia desde el febrero 1848 hasta este advenimiento, el cual llevaba temporalmente a su término el periodo revolucionario. [...]. En este opúsculo es nuevamente tratado, aun de forma más sucinta, el periodo expuesto en nuestro escrito. Se compare con la presente esta segunda exposición, escrita a la luz del acontecimiento decisivo de un año más tarde, y se verá que el autor tuvo muy poco que cambiar”. Engels, *Introduzione*, p. 1259.

<sup>249</sup> Engels, *Introduzione*, p. 1260.

clase general pierde la capacidad de reproducirse como Estado.<sup>250</sup>

Las *Luchas de clase en Francia* concluyen con la supresión del sufragio universal por parte de una burguesía que, en calidad de bloque dominante, se enfrenta a los representantes políticos de las clases aliadas en su contra. Para Marx, es la renuncia de la burguesía a constituirse como clase general, como sujeto histórico, como Estado, siendo “el reino anónimo” de la República, insiste, su forma perfeccionada de dominio político. Los representantes de los sectores populares, el Partido de los Socialdemócratas, tienen que aprovechar las contradicciones internas a este bloque, el Partido del Orden en conflicto con Bonaparte, y, siempre según el testimonio de Engels, esta necesidad para el proletariado de substituirse a la pequeña burguesía democrática constituyó el impulso coyuntural para que Marx moviera el análisis hacia aquellos elementos contradictorio que, en la parte conclusiva del texto, veía “celados precisamente en el ‘pueblo’”.<sup>251</sup> La finalidad de Marx, continua, era buscar la articulación entre una situación de crisis socio-económica y la dinámica del conflicto político, el contenido de la cuarta y última parte de las *Luchas de clase en Francia*, incluida por Engels en la edición del 1895, donde, enfocando la radicalización del agravio social, Marx avanza como previsión tanto el desenlace de la revolución social, así como la eventualidad de un golpe de Estado. En fin, el Marx que procede hacia el *Capital* es el mismo Marx que mantiene abierto el devenir histórico en sentido político, y en la misma medida en la cual su énfasis recae en una burguesía que, en lucha en contra del resto de la sociedad, empujando al extremo la represión política, ha puesto en duda la forma atrás de la cual se esconde el peligro de derrumbe de la entera sociedad burguesa.<sup>252</sup>

Al final de las *Luchas de clases en Francia*, emerge, por un lado, un movimiento obrero que debe asumir la dirección, como minoría de vanguardia, sobre los sectores intermedios, y, por el otro, una burguesía que, buscando impedirlo, asume medidas

---

<sup>250</sup>“En la primera revolución francesa, a la dominación de los *constitucionales* le sigue la dominación de los *girondinos*, y a la dominación de los *girondinos*, la de los *jacobinos*. Cada uno de estos partidos se apoya en el que se halla delante. Tan pronto como ha impulsado la revolución lo suficiente para no poder seguirla, y mucho menos poder encabezarla, es desplazado y enviado a la guillotina por el aliado, más intrépido, que está detrás de él. La revolución se mueve, de este modo, en un sentido ascensional. En la revolución de 1848 es al revés. El partido proletario aparece como apéndice del pequeño burgués-democrático. Éste le traiciona y contribuye a su derrota el 16 de abril, el 15 de mayo y en las jornadas de junio. A su vez, el partido democrático se apoya sobre los hombros del republicano-burgués. Apenas se consideran seguros,

los republicanos burgueses se sacuden el molesto camarada y se apoyan, a su vez, sobre los hombros del partido del orden. El partido del orden levanta sus hombros, deja caer a los republicanos burgueses dando volteretas y brinca, a su vez, sobre los hombros del poder armado. Y cuando cree estar todavía sentado sobre esos hombros, se encuentra, una buena mañana, con que los hombros se han convertido en bayonetas”. Marx, *El 18 Brumario*, p. 53.

<sup>251</sup> Engels enfatiza como, con la entrada del movimiento revolucionario en su fase de reflujo, Marx fue intensificando las investigaciones en la *British Library*, cuyo resultado habría sido al *Prólogo* del 1859. Engels. *Introduzione*, p. 1258

<sup>252</sup> Marx. *Le lotte di classe in Francia*, p. 179.

reaccionarias que amenazan con arrastrar el Estado como unidad aparente, y efectiva, de lo social. En el *Dieciocho de Brumaio*, la derrota de la burguesía parlamentaria de diciembre, constituye el momento en el cual se abre, para Marx, la crisis orgánica de este Estado, presentada como ruptura entre la burguesía fuera del parlamento, parte de la sociedad civil, y una burguesía que, adentro de él, en calidad de sociedad política, en su batalla en contra de Bonaparte no puede apelar a medidas constitucionales democráticas, las mismas a las cuales ha paulatinamente renunciado en su lucha en contra del espectro de la revolución social. Es la burguesía del “cretinismo parlamentario”, la clase que, en conflicto con su antagonista, destruye sus propias condiciones políticas de dominio social. La burguesía que, después de haber silenciado el conflicto democrático para privarlo de su contenido social, prueba a reanimar la defensa social del Estado político, el Estado abstracto, provocando la desafección no sólo de sus fuerzas adversas, sino también de sus propias bases.<sup>253</sup>

Fase durante la cual, la crisis del Estado, el proceso de separación interna a la burguesía entre su capacidad de dominio y de dirección, abarca la descomposición institucional, la partidaria y, en fin, la ideológica.<sup>254</sup> Por haber previamente desgarrado el poder del parlamento del poder popular, la clase no puede defender su poder político constitucionalmente. Dejando que los poderes del Estado pasen en las manos exclusiva del ejecutivo, la burguesía “da a entender”, Marx reitera una y otra vez, “que la lucha para la defensa de sus intereses *públicos*, de sus *intereses de clase*, de su *poder político*, la irritaba e le molestaba en tanto que disturbaba sus intereses privados”.<sup>255</sup> El 2 de diciembre, en fin, representa el sujeto que, sacrificando su interés general, su interés político, a su tosco interés *económico-corporativo*, renuncia a constituirse como Estado al fin de ponerse a salvo como sociedad.

“ La república parlamentaria era algo más que el terreno neutral en el cual las dos fracciones de la burguesía francesa, los legitimistas y los orleanistas, la gran propiedad terrateniente y la industria, podían vivir la una al lado de la otra con paridad de derechos; ella era la condición indispensable de su dominio en *común*, la única forma Estado en la cual su interés general de clase pudiera subordinar tanto las pretensiones de sus fracciones, cuanto las de todas las otras

---

<sup>253</sup> Declarando “el dominio político de la burguesía incompatible con la seguridad y la existencia de la misma burguesía”, la burguesía destruye “con sus propias manos, en las luchas en contra de las otras clases de la sociedad, todas las condiciones de su propio régimen, el régimen parlamentario”. *Il 18 Brumaio*, p. 119.

<sup>254</sup> La primera ejemplificada por una continua sucesión de composiciones inestables de gobiernos burgueses; las segunda por la disolución de sus partidos y fracciones de partido y, en fin, la tercera por la

separación no sólo de sus representantes políticos, sino también de sus representantes ideológicos. Tres formas que atraviesan y definen, en sus distintas dimensiones, la crisis constitucional según Marx. Cfr. el capítulo quinto y el sexto de *Il 18 Brumaio*.

<sup>255</sup> *Il 18 Brumaio* p. 118. Las cursivas son de Marx. “El partido del orden habría tenido que dejar un poco de espacio libre a la lucha de clase, al fin de conservar el poder ejecutivo bajo su control”. *Il 18 Brumaio*, p. 105.

clases de la sociedad”.<sup>256</sup>

La restauración imperial representa para Marx una parodia de Estado, el legislativo que, legitimando el poder creciente del ejecutivo, se niega a sí mismo;<sup>257</sup> el Estado político en abierta contradicción con el Estado real; la ruptura de la apariencia de unidad entre forma política y forma social; la burguesía, en fin, que pone en entredicho su propia reproducción como fuerza capaz de dirigir no una historia en movimiento, sino una historia en temporal equilibrio.<sup>258</sup>

Tanto en las *Luchas de clase en Francia*, así como en el *18 de Brumaio*, Marx sitúa al centro de las relaciones entre fuerzas la contradicción constitutiva de la forma Estado parlamentar-democrática, aquella “esencia” del Estado moderno desglosada en su crítica a la filosofía del derecho de Hegel. Así como en aquél texto, también en sus escritos de coyuntura, la República es, para Marx, la condición de reproducción de la forma Estado burguesa. En las *Luchas de clase en Francia*, cuando el proceso revolucionario permanece todavía abierto, nos presenta una tensión permanente entre la lucha por la democracia política y el antagonismo social de clase, una contradicción entre la forma en la cual las fuerzas proletarias y las burguesas buscan respectivamente hacerse Estado: “por parte de las primeras exige que no procedan de la emancipación política hacia la emancipación social, por parte de las otras que no retrocedan de la restauración social hacia la restauración política”.<sup>259</sup>

El salto cualitativo acontece, efectivamente, en el *Dieciocho de Brumaio* cuando, con la consolidación de la reacción, Marx entrevé una nueva forma de la burguesía como clase general y, con aquella, el mismo tránsito de la contradicción a un nivel superior. La burguesía que, en antagonismo con el proletariado, ha renunciado a constituirse como Estado parlamentar-democrático, poniendo en entredicho su existencia como universal abstracto, ha sustituido al riesgo de la permanencia de la revolución social en la revolución política, una contrarrevolución política cuya forma no es el mero dominio, sino el ir instaurando una nueva relación con la sociedad civil. Después de haber insistido, una y otra vez, en la República como necesidad por parte de la burguesía de darse una forma política por medio de la cual aparentar el interés social unitario, Marx presenta el

---

<sup>256</sup> *Il 18 Brumaio*, p.109. Las cursivas son de Marx.

<sup>257</sup> Durante el conflicto entre poder ejecutivo y legislativo, el Partido del Orden, rechazando la propuesta de Bonaparte de volver a introducir el sufragio universal, terminaba por destruir “la apariencia de su propio mandato popular, mostrando al pueblo que ella misma [la burguesía] era quien

escindía el parlamento del cuerpo de la nación”. Marx, *Il 18 Brumaio*, p. 126.

<sup>258</sup> “El poder ejecutivo, en oposición al legislativo, expresa la heteronimia de la nación, en oposición a su autonomía” Marx, *Il 18 Brumaio*, p.134.

<sup>259</sup> *Le Lotte di classe in Francia*, p. 96.

golpe del 2 de diciembre como un cambio de época. La renuncia de la burguesía a la democracia no emerge, en el texto, como renuncia por parte del particular a toda apariencia de universalidad, sino como cambio de forma de esta misma apariencia; no como resolución, sino como proyección a un nivel superior del estado paradójico de contradicción de la burguesía consigo misma, el capital, así como éste se reproduce y avanza a través de una crisis permanente.

Luis Bonaparte encarna el punto de llegada de la Gran Revolución burguesa. “Desde el 1848 al 1851”, acentúa Marx, “de la vieja revolución no circuló otra cosa que el espectro”.<sup>260</sup> La forma Estado ya no expresa una lucha en contra de lo viejo, pero tampoco una mera resistencia en contra de lo nuevo; la iniciativa ha regresado en manos de una burguesía capaz de ejercer su dominio como dirección, un consenso que no es, como en la fase jacobina, permanentemente movilizado desde arriba, sino expresa una capacidad de movilización ideológica desde abajo, en el mismo cuerpo de la sociedad civil.

En fin, según la lectura que propongo, la victoria de la reacción no signa, en el Marx del *18 de Brumario*, la separación entre política y verdad, y, con aquella, el abandono del problema *Estado* para el *Capital*, sino la misma renuncia a la democracia política por parte de la burguesía lo ha empujado a regresar al liberalismo, a la burguesía como clase general, al fin de ir enfocándolo como una nueva relación entre sociedad política y sociedad civil. Marx, en mi opinión, reconoce en la creciente autonomía del Estado sobre la sociedad, y en cuanto garante, insisto, de la profundización de la forma social burguesa, una transformación del poder de dominio como capacidad de dirección. El Bonapartismo no representa solo la expresión inmediata de un interés particular, la regresión del Estado a una forma corporativa que, en su misma calidad de abstracción, no puede aparentar ser el interés general. En la renuncia al parlamento y la creciente autonomía aparente del Estado, Marx reconoce una forma del poder político fundamentada en la *pasividad* de las masas desorganizadas, primariamente los pequeños propietarios rurales, aquel componente del mundo popular que, junto con el sub-proletariado, ha encontrado su propia expresión política en Bonaparte.

La contradicción, al mismo tiempo, permanece abierta, la crisis es permanente, y en la misma medida en la cual, para Marx, desde hace la crítica a la filosofía del derecho de Hegel, el capitalismo no puede reproducirse sin parlamentarismo. El reforzamiento de la máquina estatal frente a la sociedad civil conlleva, por la incapacidad de mediar entre

---

<sup>260</sup> *Il 18 Brumario*, p. 27

intereses sociales antagónicos, una constante inestabilidad ideológica, frente a la cual lo vemos refutar la noción de un derrumbe inevitable, enfatizando, al contrario, y constantemente, el peligro que representa la falta de autonomía y capacidad de iniciativa del movimiento obrero.<sup>261</sup> Es el mismo Marx que ha experimentado como, cuando el proletariado no logra dirigir la lucha político-democrática en la sociedad civil, la capacidad estatal de la burguesía comporta la entrada en una fase de *transición* de éxitos inciertos, momento en el cual la historia no procede por una relación entre fuerzas organizadas, sino por su deestructuración y entrada en un proceso de redefinición ideológica. El Bonapartismo, señala él mismo, expresa la incapacidad de cada uno de los dos polos fundamentales del antagonismo social de clase de hacerse Estado: “la lucha parece haberse calmado porque todas las clases, igualmente impotentes y mudas, se arrodillan frente de las carabinas”.<sup>262</sup>

La burguesía, determinada a frenar el contenido social de la lucha político-democrática, la cual avanzaba en un plano internacional, ha primero roto su unidad como Estado político, para después recomponerla como Estado nación. Un Estado contrarrevolucionario y, sin embargo, fundamentado en la inclusión de las masas; una nueva forma Estado que revela a su antagonista, anuncia Marx en las primeras páginas del *Dieciocho de Brumario*, que: “la revolución social no puede constituirse antes de haber liquidado cualquiera fe supersticiosa en el pasado”.<sup>263</sup> El “espectro”, empero, no ha desaparecido, sino ahora es el *viejo topo*, la permanencia de la historia en movimiento en tanto que amenaza siempre presente y determinante de los actos sucesivos del drama.<sup>264</sup>

En el 1848, vimos, la revolución permanente era la *praxis* comunista según el Marx y Engels de ese entonces, una conceptualización del devenir histórico y la legitimización, a partir de este saber de la historia, de una estrategia política determinada. Con la derrota del proceso revolucionario europeo, emerge un Marx nuevamente, y profundamente, político; un Marx consciente de la crisis del proletariado como sujeto histórico y de ésta como horizonte de visibilidad necesaria para volver a pensar la *praxis* en forma nueva. Una *praxis* que, separándose de estrategias que la misma historia ha vuelo anacrónicas, consiste en retrocesos y avances permanentes y, como tal -será el horizonte de un Lenin y de un Gramsci- necesita de una auto-crítica permanente.

---

<sup>261</sup> En particular, Marx subraya la imposibilidad por parte del poder político de mediar entre las demandas de los sectores populares desorganizados y las necesidades de la gran burguesía. Para el Marx del *18 de Brumario* el desarrollo, desde arriba, de las relaciones sociales capitalistas va alineando

ideológicamente los estratos intermedios hacia los intereses del proletariado urbano. Cfr. el capítulo final de *Il 18 Brumario*.

<sup>262</sup> *Il 18 Brumario*, p. 134.

<sup>263</sup> *Il 18 Brumario*, p.28.

<sup>264</sup> *Il 18 Brumario*, p.132.

“Su revolución procede hasta el fondo de las cosas. Está todavía atravesando el purgatorio. Trabaja con metodología. Hasta el 2 de diciembre no había todavía llevado a cabo que la primera mitad de su preparación; ahora está realizando la otra mitad. Antes ha elaborado hasta la perfección el poder parlamentario, para poderlo derribar. Ahora que ha logrado este resultado, empuja hasta la perfección el poder ejecutivo, lo reduce a su expresión más pura, lo aísla, lo pone en frente de sí como único obstáculo, para concentrar en contra de aquél todas sus fuerzas de destrucción”.<sup>265</sup>

El viejo topo indica la contradicción en proceso, las nuevas exigencias de la forma práctica de la revolución. Un Marx que, siempre según mi lectura, enfocando el problema del dominio como dirección, así como no separa entre política y verdad, tampoco entre socialismo y democracia. En el *Dieciocho de Brumaio*, el proletariado no es presente para Marx como clase social y ausente como fuerza política por su falsa conciencia ideológica, la democrática, sino, en el exacto contrario, la misma democracia, entendida como problema histórico para el proletariado, es por Marx percibida en proceso de (re) definición, como nueva “verdad” de la historia, nueva dialéctica, forma, relación, entre el plano nacional y el internacional de la revolución social como revolución política.

Abierta en el junio del 1848, la revolución social vía la *conquista* de la democracia ha sido derrotada; la conformación de la revolución social como fuerza política autónoma de la burguesía ha sido neutralizada, en el 1851, en el terreno nacional. La nueva forma del Estado moderno, y ésta en cuanto entrada en una nueva época histórica, consiste en una profundización de la relación social de capital asegurada, aun temporalmente, vía el consenso *pasivo* de las masas, con lo cual la articulación entre cuestión social y cuestión nacional ha alcanzado un nuevo nivel de complejidad. El Marx del *Dieciocho de Brumaio*, en fin, entrevé en la lucha por la dirección de la sociedad civil antes de la conquista del poder político la condición necesaria del movimiento obrero en tanto que fuerza efectiva de cambio.

A partir del 1851, con la victoria de la reacción en Francia, Marx, con Engels, desplazará el centro de gravedad de la revolución europea primero hacia Inglaterra, luego, con la paulatina integración corporativa del movimiento laborista, nuevamente hacia Alemania. En este periodo, la clase que lo preocupa no es, en sus escritos e intervenciones programáticas -ni, por lo tanto, puede serlo en el *Capital* y sus manuscritos, redactados en esta misma época- un sujeto homogéneo y pre-constituido, sino un proceso políticamente e ideológicamente *en fieri*. No sólo, el programa para la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT) nos muestra como el internacionalismo obrero

---

<sup>265</sup> *Il 18 Brumaio*, pp.134-135.

continúe dependiendo de la internacionalización de la lucha por la democracia política.

“Después del fracaso de las revoluciones de 1848, todas las organizaciones de partido y todos los periódicos de partido de las clases trabajadoras fueron destruidos en el continente por la fuerza bruta [...] Sin embargo, este periodo transcurrido desde las revoluciones de 1848 ha tenido también sus compensaciones. [...] la ley de la jornada de diez horas no fue tan sólo un gran triunfo práctico, fue también el triunfo de un principio; por primera vez *la economía política de la burguesía* había sido derrotada en pleno día por *la economía política de la clase obrera* [...] la experiencia del período comprendido entre el 1848 y 1864 ha probado hasta la evidencia que, por excelente que sea el principio, por útil que se muestre en la práctica, el trabajo cooperativo, limitado estrechamente a los esfuerzos accidentales y particulares de los obreros, no podrá detener jamás el crecimiento en progresión geométrica del monopolio, ni emancipar a las masas, ni aliviar siquiera un poco la carga de sus miserias. [...] *La conquista del poder político* ha venido a ser, por lo tanto, el gran deber de la clase obrera. Esta parece haberlo comprendido en Inglaterra, en Alemania, en Italia y en Francia”.<sup>266</sup>

Es el manifiesto de los comunistas en el 1864. Después de la derrota del 1848, economía como política según Marx no significa el abandono de la lucha por la democracia, sino permanece como conjugación posible, y necesaria, entre el plano nacional de la revolución política y el internacional de la revolución social. “Conquista del poder político” significa, todavía, conquista de la democracia política necesaria para la organización del movimiento obrero internacional en partido autónomo y ésta una doble batalla en contra, por un lado, de la República y la nación como ideal y deber moral y, por el otro, de la economía como terreno específico de la política obrera. Mientras su crítica se dirige explícitamente en contra del movimiento corporativo owenista y los límites de una *praxis* que renuncia a la lucha por el Estado político, Marx concede dos líneas, vuelta inocuas, a los anhelos de abstracción del cosmopolitismo democrático, Mazzini:

“Por todas estas razones ha sido fundada la Asociación Internacional de los Trabajadores. Y declara: que todas las sociedades y todos los individuos que se adhieren a ella reconocerán la verdad, la justicia y la moral como base de sus relaciones recíprocas”.<sup>267</sup>

El internacionalismo necesita ser políticamente construido y, después de la derrota del largo cuarenta y ocho europeo, “conquista de la democracia” ya no es un sinónimo exclusivo de hegemonía política, sino, aun en forma embrionaria y parcial, de hegemonía civil, o sea, ya se ha abierto, para Marx, y Engels, aquello que en breve será el problema de la constitución del proletariado como una fuerza política autónoma vía la

---

<sup>266</sup> Marx, *Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores* [1864], consultado en Marx y Engels, *Obras Escogidas*, Vol. II. Moscú: Editorial Progreso, 1978, pp. 11-12.

<sup>267</sup> Marx, *Estatutos generales de la Asociación Internacional de los Trabajadores* [1864], *ibidem*, p. 15.



conformación de partidos nacionales y de masa.

Quisiera, para concluir esta sección, regresar al orden conceptual del Marx del 1848, señalando algunas de las dimensiones conceptuales que veremos volver en Lenin.

En primer lugar, implícita en *el Manifiesto*, es aquella que Vacca define la “inteligencia de la forma teórica” del primer programa comunista: una analítica *política* de los procesos sociales.<sup>268</sup> En una célebre carta del 1852, aislando aquellos que consideraba los aportes originales del texto, Marx los “limitaba” al haber demostrado como toda historia fuera historia de una lucha de clase en una fase determinada.<sup>269</sup> El acento recaía en la determinación histórica y, vimos, en los estudios anteriores al primer programa comunista, su preocupación había sido elaborar la relación entre capital y Estado en cuanto “lógica particular del objeto particular”.

Volvería, al respecto, a una importante consideración de Vacca. En Marx: “la teoría de la lucha de clase no es otra cosa que la ‘traducción’ en lenguaje político de una visión histórica del mundo creado por el desarrollo del capitalismo”.<sup>270</sup> Una teoría de la historia como política, no una sociología de las clases, cuyo punto nodal no es la individuación del sujeto social de cambio, sino la teoría de su constitución en sujeto político. Lo fundamental en esta afirmación, o, mejor dicho, lo fundamental para el marxismo como filosofía de la praxis, no es que la política, en lugar de la economía, sea el verdadero terreno del antagonismo social de clase según Marx, sino que lo es en cuanto, y sólo en cuanto, conciencia de la historicidad de una época.

La *praxis* en su dimensión específicamente teórica, en fin, constituye el horizonte conceptual de la justificación proporcionada en el *Manifiesto* al rol guía de los comunistas, la organización más resoluta en campo obrero en cuanto actúa en el “interés del movimiento general”,<sup>271</sup> Los comunistas son para Marx quienes actúan desde la ventaja de la justificación histórica, del haber individuados las dinámicas fundamentales de un proceso.<sup>272</sup> Conforman un partido dado el “partido” según Marx, un sentido amplio, histórico, “expresión del conjunto de las condiciones reales de una lucha de clase existente, de un movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos”. Los comunistas: “aunque luchando siempre por alcanzar los objetivos inmediatos y defender

---

<sup>268</sup> Vacca, *Quel che resta di Marx*, p. 77.

<sup>269</sup> Cfr la ya citada carta de marzo del 1852 de Marx Weydemeyer, p. 62

<sup>270</sup> Vacca, *ibidem*, p. 48.

<sup>271</sup> “[los comunistas], teóricamente, llevan de ventaja a las grandes masas del proletariado su clara visión de

las condiciones, los derrotados y los resultados generales a los que debe abocar el movimiento proletario”. *Manifiesto* p. 86.

<sup>272</sup> “Conciencia histórica en cuanto justificación histórica de las luchas de clase y estrategia de la revolución proletaria”. Vacca, *ibidem*, p. 48.

los intereses cotidianos de la clase obrera, representan, a la par, dentro del movimiento actual, su porvenir”.<sup>273</sup> Partido de vanguardia, entonces, según Marx -así como, veremos, será para Lenin- en cuanto capacidad de asumir la perspectiva de la totalidad; de comprender la historicidad moderna en su doble dimensión, política y social; en fin, y como consecuencia de ello, de asumir el Estado como el plano fundamental del antagonismo entre clases en calidad de fuerzas político-ideológicas.

Un Marx que distingue entre materialismo histórico y sociologismo, en la medida en que, implícito en el segundo, y no sólo en el economicismo, sino también en el sociologismo que se define histórico o político, es el determinismo teórico propio del razonar según una concepción lógico-abstracta de la causalidad, o, en otros términos, según un sujeto presupuesto.<sup>274</sup> La misma “contradicción”, de hecho, puede ser leída lógicamente, si se prescinde de una teoría de la inteligibilidad de la historia como relación entre fuerzas.<sup>275</sup> Otra forma de sostener lo mismo, el capital como sujeto indica, en Marx, una contradicción que puede proceder en el sentido de su desarrollo y, con aquél, de su superación, pero no he dado que lo haga, siendo el tiempo de la contradicción él de la política, de “las relaciones de fuerzas y formas simbólicas que asumen las relaciones sociales”.<sup>276</sup> El horizonte de la praxis, en fin, abre aquello que el sociologismo cierra: el problema del carácter de la previsión.

Al fin de ahondar en este último punto, regresaría nuevamente a Hobsbawm, quien, en ocasión de su 150º aniversario, refutaba leer el *Manifiesto* como un documento de inevitabilidad histórica, oponiéndose al rechazo de su actualidad dada la tesis de una proletarianización y depauperación crecientes supuestamente falseada por la historia. No solo, indicaba el historiador, las previsiones de Marx podían defenderse.<sup>277</sup> La defensa era

---

<sup>273</sup> El *Manifiesto*, p. 107.

<sup>274</sup> Sociologismo o, si se prefiere, determinismo teórico, lo cual no es propio solamente del economicismo. Regresaremos sobre esto punto en el próximo capítulo, y en relación al marxismo de la II Internacional.

<sup>275</sup> Separado de la política, ya mencionamos, el capital (valor que se valoriza) puede volverse *deus ex machina*, precisamente lo contrario de la crítica de Marx a la reificación de las relaciones sociales en la economía política burguesa.

<sup>276</sup> Vacca, *ibidem*, p. 61.

<sup>277</sup> Enfatizando la temporalidad del *Manifiesto* en calidad de tendencias históricas de largo plazo, para Hobsbawm, las previsiones de Marx podían considerarse erróneas solamente desde una noción de clase estática y esencialista, economicista. Entendida como separación entre trabajo y propiedad, la proletarianización, anotaba, no fue más que aumentando con el avanzar del capitalismo. Relativamente a la tesis

de la pauperización creciente, no solamente fue sostenida por el Marx de los “hambrientos años cuarenta” del siglo XIX, sino contradecía las conclusiones a las cuales él mismo había llegado respecto al enorme potencial económico del capitalismo. Una tesis que, de hecho, el mismo Marx habría refutado explícitamente una vez elaborados los conceptos de plusvalía y explotación relativa del trabajo. El error de previsión tampoco residía, continuaba Hobsbawm, en la identificación, históricamente determinada, de la mayor parte de la población trabajadora con el trabajo industrial. El mismo Marx de los *Grundrisse* intuyó un rasgo característico, tal vez él fundamental, del capitalismo contemporáneo, es decir, el desarrollo de una economía siempre menos dependiente del trabajo material y organizada alrededor de la apropiación privada del trabajo científico, siendo él intelectual, el nivel máxima de desarrollo del trabajo en su mismo carácter social. En fin, considerando que el

posible porque la crítica era simplista, no entendía aquello que es el capital según Marx, y por omitir considerar cómo su preocupación fundamental fuera con el surgimiento histórico de las condiciones para una emancipación social que, dada la forma política burguesa - el Estado político, el Estado abstracto- se presentaba a sus ojos posible más que en cualquiera otra época. Un texto, el *Manifiesto*, concluía brillantemente el historiador, que no provee una lectura determinista de la historia, sino, y en el exacto contrario, tendría que ser leído como un documento de elecciones, de posibilidades políticas más que de probabilidades y, menos aún, de certidumbres. Un texto teórico precisamente porque programático, porque entre el ahora y el momento imprevisible de “la asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos” se encuentra el reino de la acción política y porque “también antes de Lenin, la teoría marxiana, no vertía solamente sobre ‘lo que la historia nos muestra que acaecerá’. sino también sobre ‘qué hacer’”.<sup>278</sup>

En fin, en Marx, una historia inteligible en sus contradicciones es una historia que no puede ser asumida *a priori* en su devenir.<sup>279</sup> Encontraremos este principio reiterado uno y otra vez en los escritos de Lenin. En Marx queda implícito en el método, en la manera en la cual reintroduce la política en el terreno de la economía, elaborando el “criterio interpretativo de la mutación histórica fundamental”,<sup>280</sup> la contradicción entre fuerzas y relaciones sociales de producción, la misma a través de la cual, vimos, extiende la aporía identificada en relación al Estado político moderno a la totalidad de la reproducción social capitalista. Para este Marx, la separación, aparente y efectiva, entre sociedad civil y sociedad política no puede superarse ni en el terreno meramente político, en el sentido de socialmente incondicionado, ni en él meramente social, excluyente del plano estatal, sino conlleva la superación, conjunta, de ambos.

Sólo el trabajo despojado, en tanto que razón social del Estado abstracto, luchando por el Estado lucha por reabsorberlo en la sociedad. Al mismo tiempo, el Estado político es condición previa para la constitución del trabajo en partido, en fuerza política autónoma de la burguesía. Sin embargo, lo irresoluble desde un punto de vista abstracto, el punto de vista institucionalista de la política como ciencia, representa, en Marx, el verdadero

---

capitalismo desplegó plenamente hacia finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX, Hobsbawm reivindicaba la excepcional capacidad de previsión de Marx y Engels, los cuales no describieron el mundo así como efectivamente era en el 1848, “sino predijeron como fuera lógicamente destinado a transformarse”. Hobsbawm, *Come cambiare il mondo*, p. 118.

<sup>278</sup> Hobsbawm, *ibidem*, p. 126.

<sup>279</sup> “Una cosa es demostrar la historicidad de la producción capitalista, otra cosa es prefigurar sus desarrollos”. Vacca, *ibidem*, p. 60.

<sup>280</sup> Vacca, *ibidem*, p. 53.

terreno del antagonismo político de clase que define el capital en su historicidad determinada: la contradicción en proceso entre el cosmopolitismo de la economía y el nacionalismo de la política. No tenemos, es decir, una lectura hipostasiada del carácter progresivo del capitalismo, sino una concepción histórico-política de su desarrollo, evidente en la forma en la cual el *Manifiesto* desglosa el sentido de la lucha por el Estado democrático para el proletariado.

La lucha por la democracia formal coadyuva: “la organización del proletariado *en clase, y, por lo tanto, en partido político*” y expresa el momento en el cual una burguesía que “vive en lucha permanente [y] se ve forzada a apelar al proletariado, a reclamar su ayuda y arrastrarle así al movimiento político [...] proporciona a los proletarios los elementos de su *educación política*”.<sup>281</sup> A diferencia de los otros partidos obreros, los comunistas proceden según las tendencias del movimiento histórico en la medida en la cual reconocen en la democracia una *praxis*. En lugar de una concepción instrumental de la democracia, emerge, en el texto, un proceso de elevación ideológica, podríamos decir intelectual y moral, del trabajo, así como éste va conformando una unidad siempre más extensa, una unidad política. Luchando por la democracia, el movimiento obrero se aproxima al plano de la contradicción, transita de la fase del agravio social hacia la reivindicación socio-económica y, de dispersos entre localidades y gremios, conforma una unión todavía determinada, delimitada, por la iniciativa de su adversario. Luchando por los derechos civiles y político liberales:

“los proletarios no luchan en contra de sus propios enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos [y] todo el movimiento histórico se concentra de esta suerte en manos de la burguesía; cada victoria alcanzada en estas condiciones es una victoria de la burguesía”.<sup>282</sup>

Lo fundamental para el Marx del *Manifiesto*, así como, veremos, será para Lenin, es que, en el curso de esta misma lucha, el proletariado va formando “asociaciones permanentes” y, por medio de ellas, una unión siempre más amplia. Lo que constituye la capacidad de dirección comunista, su *estatus* de vanguardia, es, en fin, un esfuerzo para mantener este proceso de unificación en movimiento ascendente, abierto, permanente. “Actuar revolucionariamente” destacar y hacer valer “*los intereses del movimiento en su conjunto*”, significa, para concluir, actuar desde la perspectiva de la continua ampliación de una fuerza social como fuerza político-ideológica, y, en consecuencia, por el cambio cultural

---

<sup>281</sup> Marx, el *Manifiesto*. Las cursivas son mías.

<sup>282</sup> Marx, el *Manifiesto*.

de una entera sociedad.<sup>283</sup>

### 2.3. Lenin y el horizonte de lo popular

Militante de la II Internacional sin ser, aun, uno de los protagonistas de sus controversias, a caballo de los dos siglos Lenin es empeñado en la unificación organizativa y programática del movimiento obrero ruso en una fuerza homogénea y de alcance nacional. El partido ha sido fundado en el 1898, durante aquella que él mismo define la segunda fase de la socialdemocracia rusa.<sup>284</sup> Si la primera etapa (1884-1894) se había caracterizado por los orígenes de la nueva tendencia entre pocas unidades de “adeptos”, dado un partido que “existía sin movimiento obrero”, la segunda (1894-1898) por su aparición “gracias al impulso de las masas populares”, momento en el cual la fuerte expansión de las movilizaciones y huelgas empujaba una nueva generación de intelectuales hacia el marxismo. Seguía “el periodo de dispersión, de disgregación, de vacilación”, cuando “la conciencia de los dirigentes cedió ante la envergadura y la fuerza del auge espontáneo”. El cuarto periodo es el terreno del presente para el Lenin del *¿Qué hacer?*, o sea, la necesidad de relevar la “retro-guardia”, una dirección que se mantiene a la cola del movimiento, por la “vanguardia”, una dirección efectivamente revolucionaria.<sup>285</sup>

Antes de la redacción del panfleto, durante el primer grande debate entre las filas del marxismo europeo, en el cual no interviene directamente, Lenin interpreta la ortodoxia a partir de su propia batalla en contra de la vertiente rusa del revisionismo, los “economicistas”,<sup>286</sup> una concepción de la lucha por las reformas sociales como lucha inmediatamente política, una malinterpretación, según su perspectiva, del presente y del marxismo. En el *Proyecto y explicación del programa del Partido Socialdemócrata Ruso*, texto del 1895, y en *Las tareas de los socialdemócratas rusos*, del 1897, la revolución, según Lenin, conlleva un vínculo indisoluble entre la lucha por la democracia y por el socialismo. Identificando en el abatimiento de la autocracia la tarea fundamental e

---

<sup>283</sup> Marx, el *Manifiesto*, p. 43. Las cursivas son mías.

<sup>284</sup> POSDR, o, partido obrero socialdemócrata ruso. “La formación del partido, en la primavera del 1898, fue el acto de mayor relieve, y a la vez el *último*, de los socialdemócratas de aquél periodo”. Lenin, *Che fare en Opere complete*, Roma: Editori Riuniti, 1955-1970, Vol. V, pp. 319-490. Consultado también en *¿Qué hacer?* Editorial Progreso: Moscú, 1970.

<sup>285</sup> *¿Qué hacer?* pp. 178-179. Las cursivas son de Lenin.

<sup>286</sup> Es el embate teórico-político, durante el cual, hacia finales del siglo XIX, Lenin fija algunos de los elementos decisivos de su teoría del partido revolucionario. Cfr. Gruppi, L. *El pensamiento de Lenin*. Editores Grijalbo: México, 1980.

inmediata de los socialdemócratas rusos, el proletariado como único sujeto consecuentemente democrático es él que sostiene un punto de vista rigurosamente de clase precisamente por no limitarse a las cuestiones estrechamente proletarias. Para quien aboga, desde el inicio de su militancia, por una organización homogénea y fuertemente centralizada, una política fundamentada en el antagonismo de clase *versus* una política de conciliación necesita de la claridad y precisión de la teoría. Teoría: las concepciones por medio de las cuales reivindicaciones inmediatas y fragmentarias pueden quedar unificadas en un programa capaz de ejercer su influencia no sólo entre las filas socialdemócratas, sino entre los socialistas con base, en Rusia, en sectores populares otros a los obreros, las masas campesinas, y al fin de conducir ambos a una acción unitaria.

Definido por su autor como el intento necesario de una “‘explicación’ sistemática en *la forma más popular posible*” del sentido marxista de la crítica, la dirección, la primacía de la política y, en fin, los métodos efectivamente revolucionarios,<sup>287</sup> el *¿Qué hacer?*, texto que tiende a ser leído como exaltación de la minoría combatiente y resoluta, tiene su eje organizador en la relación entre situación objetiva e iniciativa política dado el saber de una situación histórica determinada. Es una directa expresión de la batalla de Lenin por una organización elaborada según el modelo de la socialdemocracia alemana de Erfurt y a partir de una concepción del programa como “el momento en el cual el partido se define, fija su propio modo de ser, se diferencia del movimiento y establece con éste su relación”.<sup>288</sup>

“La exigencia de que la socialdemocracia revolucionaria diese un viraje decisivo hacia el social-reformismo burgués ha ido acompañada de un viraje no menos decisivo hacia la crítica burguesa de todas las ideas fundamentales del marxismo”.<sup>289</sup> El punto de partida del texto consiste en reivindicar la centralidad de la labor teórica para el trabajo político y teoría implica, en esta fase para Lenin, un esfuerzo de traducibilidad: mostrar un fenómeno de alcance internacional, el revisionismo, en sus determinaciones nacionales.<sup>290</sup> En la socialdemocracia alemana, a diferencia de la rusa, afirma, “toda una nueva generación” de intelectuales ha sido incapaz de ganarse las masas obreras y la ortodoxia, defensa del *estatus quo*, es del movimiento, así como éste existe en calidad de partido. En Rusia, el movimiento, así como éste existe en realidad, expresa el no-partido,

---

<sup>287</sup> *¿Qué hacer?* pp. 4-5. Las cursivas son mías.

<sup>288</sup> *¿Qué hacer?* p. 42.

<sup>289</sup> *¿Qué hacer?*, p. 8.

<sup>290</sup> “El idéntico contenido social y político del oportunismo internacional contemporáneo se

manifiesta en unas u otras variedades, según las particularidades nacionales” e implica “analizar cómo precisamente se ha manifestado y qué frutos particulares ha dado el bernsteinianismo ruso” *¿Qué hacer?*, p. 180.

la defensa de la lucha posible dadas las circunstancias; la exaltación de un espontaneísmo frente al cual “nosotros reclamamos que se modifique lo existente, rechazando el culto de ello y la conformidad con ello”.<sup>291</sup>

La relación que Lenin establece entre la vertiente rusa del revisionismo europeo y la degeneración conservadora, por agotamiento histórico, del populismo ruso nos provee de numerosas indicaciones para aislar los presupuestos teóricos de cómo va concibiendo y elaborando la relación entre clase, partido y Estado. Las tesis histórico-políticas de fondo -“las ideas fundamentales del marxismo”- han sido elaborada en *¿Quiénes son los amigos del pueblo y cómo luchan contra los socialdemócratas?* y en el *Contenido económico del populismo*.<sup>292</sup> Investigando los procesos socio-económicos sucesivos a la reforma liberal del 1861, el Lenin antes del POSDR y de la *Iskra* había demolido la hipótesis de una transición al socialismo sin necesidad de pasar por el capitalismo, argumentando como esta necesidad fuera ya, en Rusia, una realidad histórica en devenir.<sup>293</sup>

En la década de los ochentas, el horizonte de los revolucionarios de ese entonces, los cuales, en nombre del país y su especificidad, acusaban los marxistas de apoyar cínicamente su desaparición, era moralizante y utópico y, sin embargo, dada la situación histórica, enfatiza, progresivo. En este entonces, oponerse, como hacían los populistas, a una lucha por la democracia liberal que los marxistas legales reclamaban como una necesidad *a priori* del capital, significaba asumir la contradicción entre libertades políticas y emancipación social. A inicio siglo, empero, con la diferenciación de clase en acto en el campo y sus comunidades rurales, el horizonte de quiénes exaltan el “pueblo” avanza entre las mismas filas de los socialdemócratas y pertenece a quienes, sosteniendo el carácter inmediatamente político de la lucha social, suministran, según Lenin, una base de legitimización al zarismo, y de ahí al capitalismo ruso, en la medida en que, en nombre de los supuestos intereses, ahora del movimiento obrero, lo separan del problema de las masas y, con aquellas, del Estado.

Para Lenin, la degeneración economicista del POSDR es resultado de las raíces profundas de un culto al espontaneísmo dada la historia, específicamente rusa, del movimiento revolucionario de los orígenes y los orígenes del marxismo en Rusia; entre masas en

---

<sup>291</sup> *¿Qué hacer?*, p. 23.

<sup>292</sup> En el ensayo del 1894 el marxismo según Lenin es explicitado teóricamente, mientras en el del 1895 el partido queda problematizado, por primera vez, en calidad de relación entre trabajo teórico y político.

<sup>293</sup> La transición de una economía natural a la mercantil; la diferenciación en curso en la *ostzeczina*;

la subsunción del trabajo rural y artesanal por intermediación del capital comercial al incipiente capitalismo industrial. La labor teórica más importante del periodo: *El desarrollo del capitalismo en Rusia* [1898].

movimientos -campesinas y radicalizadas- y marxismo teórico -intelectualista y al mismo tiempo vulgarizado. En el artículo *Democracia obrera y democracia burguesa*,<sup>294</sup> escrito poco antes del desenlace de la revolución del 1905, tenemos un conciso resumen de cómo Lenin articula la evolución del populismo y aquella de la socialdemocracia. Si, en sus orígenes, considerando el campesino como “un socialista sin más”, el movimiento revolucionario refutaba la lucha por el Estado democrático porque ventajosa para la burguesía, admitiéndola había cumplido tanto un paso adelante, así como un paso atrás. Una vez surgida la “Libertad del pueblo” -los cadetes, el partido de la burguesía como clase general-<sup>295</sup> el peligro es que el horizonte político ideológico de los sectores populares transite de la negación incondicionada, hasta la fusión con el liberalismo político.

El ataque de Lenin no recae en contra de las masas campesinas, sino de la presencia, entre las filas del partido obrero socialdemócrata, de dos fracciones, enfocadas como una proyección, en el partido, de la misma historia rusa. Una fracción infatuada, anota, con “el movimiento obrero puro”, otra con la pura democracia; “las tendencias proletarias” y las nuevas “tendencias intelectualistas”;<sup>296</sup> la reproducción, entre las filas obreras, de la concepción semi-anárquica de la revolución social y de la revolución política según el populismo de los orígenes; las perspectivas, en fin, de los socialistas revolucionarios, por un lado, y de los mencheviques, por el otro. Mientras los primeros consideran el apoyo del POSDR a la revolución política burguesa una traición al interés de clase, los segundos, considerando la lucha por la democracia política una tarea exclusivamente burguesa, separan abstractamente entre intelectualidad democrática y clase, y, limitando su apoyo a la primera, refutan la participación en un eventual Estado liberal.

Ningún desprecio, en el 1905, por los intelectuales; la polémica de Lenin se dirige en contra de quienes considera que sean, o puedan llegar a ser, una fuerza independiente. Tres años antes, en el *¿Qué hacer?*, había enfocado el surgimiento del marxismo ruso independientemente del movimiento obrero; un fenómeno, enfatizaba, internacional, característico también de la “época de que tratamos”, aquella de la conformación, por impulso de una expansión de masa de las agitaciones y huelgas laborales, del partido político de clase.<sup>297</sup> La especificidad rusa no consiste, afirma, en el surgimiento del

---

<sup>294</sup> *Democrazia operaia e democrazia borghese* en *Opere complete*, Roma: Editori Riuniti, 1955-70, Vol. VIII.

<sup>295</sup> Lenin, *Opere complete*, op.cit., Vol. XVIII, nota 3, p. 585.

<sup>296</sup> *Democrazia operaia e democrazia borghese*, pp. 58-59.

<sup>297</sup> El POSDR surgió, reconstruye Lenin, con el resurgir de un movimiento popular cuya espontaneidad, señala, fue diferente en la década de los noventas respecto a los sesentas y setentas, años de oro



marxismo teórico entre la pequeña y media burguesía, sino en la historia, hasta ese entonces, de una *praxis*; del marxismo ruso como articulación fallida entre teoría y política de masa; la historia, hasta ese entonces, del POSDR.

Los objetivos democráticos son condición imprescindible de la revolución social siempre que “los socialistas tengan plena posibilidad de revelar a la clase obrera el antagonismo hostil entre sus intereses y los de la burguesía.”<sup>298</sup> Los marxistas legales, con su evolucionismo y determinismo, eliminaban esta posibilidad, desde aquí la ruptura necesaria de la primera alianza política entre movimiento obrero y marxismo, concertada por los socialdemócratas de la primera hora -el Grupo por la Emancipación del Trabajo de Plejanov. Una ruptura que, sin embargo, significó apartar este movimiento de “la literatura ‘legal’”, de una difusión de las ideas de Marx vulgar y, no obstante, accesible y ampliamente difundida, dejando espacio para que los adversarios se hicieran fuerte:

“del monopolio para desacreditar al marxismo, predicando la teoría de la atenuación de las contradicciones sociales, proclamando que es absurda la idea de la revolución social y de la dictadura del proletariado, reduciendo el movimiento obrero y la lucha de clases a un tradeunionismo estrecho y a la lucha ‘realista’ por las pequeñas y graduales reformas [...] como si la democracia burguesa negara *el derecho del socialismo a la independencia*, y, por lo tanto, su derecho a la existencia; en la práctica, eso significaba tender a *convertir el incipiente movimiento obrero en una apéndice de los liberales*”.<sup>299</sup>

El Lenin del *¿Qué hacer?*, él que se aproxima a la revolución del 1905 -siendo éste el elemento del texto que quisiera enfatizar- va enfocando la historia de una separación, en Rusia, entre franjas populares y marxismo teórico, a partir de la cual las primeras han agotado su carácter de ruptura en la misma medida en que el segundo ha entregado a la burguesía la lucha político-democrática. El marxismo de los economistas, “la tendencia ‘crítica’ hacia la cual evolucionó totalmente la mayoría de los marxistas legales”,<sup>300</sup> el marxismo según aquella que, en el 1903, durante el segundo congreso del POSDR, se conformará como fracción minoritaria, los *mencheviques*, expresa un estado de creciente separación entre dirigentes y bases, un movimiento revolucionario en crisis por la

---

del populismo. Si los motines campesinos de este entonces expresaban la reacción en contra de la opresión, las huelgas obreras eran “ya embriones de lucha de clases, pero nada más que embriones”, en la medida en que “los obreros no tenían, ni podían tener, la conciencia de la oposición inconciliable entre sus intereses y todo el régimen político y social contemporáneo, es decir, no tenían conciencia socialdemócrata”. *¿Qué hacer?* p. 30.

<sup>298</sup> “La particularidad fundamental de Rusia, en el aspecto que estamos considerando, consiste en que ya el comienzo mismo del movimiento obrero

espontáneo, por una parte, y el viraje de la opinión publica avanzada hacia el marxismo, por la otra, se distinguió por la unión de elementos notoriamente heterogéneos [...] Nos referimos a la luna de miel del ‘marxismo legal’ [...] No es un secreto para nadie que el florecimiento efímero del marxismo en la superficie de nuestra literatura tuvo su origen en la alianza de elementos extremistas con elementos sumamente moderados. En el fondo, estos últimos eran demócratas burgueses”. *¿Qué hacer?* p. 16.

<sup>299</sup> *¿Qué hacer?*, p. 18. Las cursivas son mías

<sup>300</sup> *¿Qué hacer?*, p. 19.

paulatina separación entre integrantes y elaboradores político-ideológicos. Así como los populistas de finales de siglo se convirtieron en una intelectualidad, con base en la pequeña y media burguesía, surgida en, y desde la incomprensión, de los cambios sociales atravesados por el mundo campesino, los “economistas” expresan la misma incomprensión relativamente a un mundo obrero en movimiento que, a inicio del nuevo siglo, va alcanzando una expansión de masa. Así como los primeros dejaron de ser populares, los segundos, para Lenin, de ser marxistas; los primeros degenerando en terrorismo, los segundos en social-reformismo, ambos en cuanto expresión de un estado de subalternidad a la iniciativa de una burguesía liberal en proceso de conformación como clase general.

La socialdemocracia rusa subestima la actividad revolucionaria como movimiento de masa capaz de sobrepasar el horizonte económico corporativo de la clase obrera y el abstracto y moralista de la intelectualidad democrática.<sup>301</sup> A inicio del nuevo siglo, las masas obreras y campesinas, por un lado, y el marxismo, por el otro -espontaneidad y dirección, movimiento y partido- corren así el riesgo de quedar re-unificados bajo la paradoja, aparente, del liberalismo en ausencia de liberismo, es decir, según los intereses de una gran burguesía todavía cuantitativamente incipiente, en Rusia, como poder social y, sin embargo, cualitativamente avanzada como capacidad estatal. En la base de esta “paradoja”, Lenin sitúa la incapacidad, por parte su adversario principal, el proletariado, de dirigir los sectores populares hacia el nivel de la política, de la batalla democrática. Aquella que, en el populismo de los orígenes, efectivamente era la “voluntad del pueblo” cumple, como economicismo, una función diametralmente opuesta a la “ida hacia al pueblo”. En nombre de la voluntad, vida y efectivo sentir, ahora del mundo obrero, los mencheviques sostienen el carácter inmediatamente político de la lucha social y su corolario organizativo -el fortalecimiento de las organizaciones locales y los sindicatos- y acusan de intelectualismo y dogmatismo los marxistas ilegales, los *bolcheviques*, los sostenedores de la urgencia de una acción general, unitaria y de respiro nacional: “de

---

<sup>301</sup> Esta comparación entre opuestos recurre en todo el texto. El resurgir de los actos de terror, de matriz populista, entre las filas de la socialdemocracia, representa la otra cara, para Lenin, del social-reformismo, una doble y, para su detractor, sólo aparentemente antitética, concepción de la práctica política. Por un lado, quienes piensan la lucha por las reformas como primacía de “la lucha cotidiana y gris”, la única efectiva porque en contacto con el sufrimiento de los trabajadores y con lo local de sus experiencias organizativas; por el otro, quienes conciben la lucha

política como “abnegación del individuo aislado”, capaz, como tal, de reanimar las pasiones entre las masas. Social-reformismo y terror, ambos “culto de la espontaneidad”, el primero del “movimiento netamente obrero”, el segundo “de la indignación más ardiente de los intelectuales”; detractor, uno del movimiento, así aminorado a la incapacidad de trascender sus propios límites, el otro de la función del intelectual, incapaz de vincularse al movimiento. Lenin, *ibidem*, pp. 75; 104.

‘oponer su programa al movimiento, como un espíritu que se cierne sobre un caos amorfo’<sup>302</sup> Los mencheviques, sin embargo, no comprenden que:

“Cuanto más poderoso es *el auge espontaneo de las masas*, cuanto más amplio se hace el movimiento, tanto mayor, incomparablemente mayor, es la rapidez con la cual aumenta la necesidad de una elevada conciencia, tanto en el trabajo teórico de la socialdemocracia, así como en el político y en el de organización”.<sup>303</sup>

No reconocerlo, continua, es la consecuencia de un crecimiento exponencial del movimiento obrero al cual sus potenciales dirigentes no han sabido responder adecuadamente.<sup>304</sup> Hay que distinguir entre el movimiento de masas como “fenómeno de la mayor importancia” y “el modo de interpretar ‘la determinación de las tareas’ por este movimiento dado su mismo carácter de masa,<sup>305</sup> la permanencia de la masa en movimiento y la necesidad de crear “*una organización permanente* que funcione sin solución de continuidad, capaz de dirigir todo el movimiento”.<sup>306</sup> El peligro mayor de un movimiento obrero enjaulado por sus dirigentes en el horizonte de una “lucha cotidiana y gris”, reside en su “tendencia política”: del hecho que la lucha política sea directa en contra de la autocracia, el inferir que toque a la burguesía dirigirla. Una caricatura del marxismo, porque limitar la lucha política específicamente obrera a la económica significa renunciar a la tarea política de determinar “su propia, autónoma, posición respecto a cada problema de carácter ‘liberal’”.<sup>307</sup>

Que la socialdemocracia plantee la necesidad de las reformas no comporta que ésta sea “en esencia un partido de reformas y que debe tener el valor de reconocerlo con franqueza”.<sup>308</sup> No hay que razonar, insiste, en términos de una separación apriorística entre reformas y revolución, en la medida en la cual todo depende de la relación, históricamente determinada, entre el particular, la clase, y lo general, la política, siendo ésta relación misma el problema decisivo del poder: el Estado. “*Elaborar independientemente una política socialdemócratas específica*, la cual corresponda a los objetivos generales del socialismo y a las condiciones actuales de Rusia”.<sup>309</sup> Porque el

---

<sup>302</sup> *¿Qué hacer?*, p. 52.

<sup>303</sup> *¿Qué hacer?*, p. 48. Las cursivas son mías.

<sup>304</sup> “No hemos estado a la altura de nuestra misión, la actividad de las masas obreras estaba por encima de la nuestra, no hemos tenido dirigentes y organizadores revolucionarios suficientemente preparados” *¿Qué hacer?*, p. 96.

<sup>305</sup> “[...] el movimiento de masa plantea ante nosotros nuevas tareas, teóricas, políticas y de organización mucho más complejas de las tareas con que podíamos contentarnos en el período que precedió a la aparición del movimiento de las masas”. *¿Qué hacer?*, p. 53.

<sup>306</sup> *¿Qué hacer?* p. 70-71. Las cursivas son mías.

<sup>307</sup> *¿Qué hacer?* p. 94. “La política tradeunionista de la clase obrera es precisamente la política burguesa de la clase obrera”. *¿Qué hacer?* p. 95. “[...] que los obreros se encarguen de la lucha económica (más exacto sería decir: de la lucha tradeunionista, pues esta última comprende también la política específicamente obrera), y que la intelectualidad marxista se fusiones con los liberales para la ‘lucha política’”, Lenin, *ibidem*, p. 19.

<sup>308</sup> *¿Qué hacer?* pp. 9, 12.

<sup>309</sup> *¿Qué hacer?* p. 43. Las cursivas son de Lenin.

dato esencial de la situación rusa es sí su ingreso al capitalismo, sin embargo, dada la centralidad del mundo campesino para el desarrollo del capitalismo en el país, no sólo el POSDR puede asumir reivindicaciones sociales promovidas por otros sectores populares, sino, y a diferencia de la socialdemocracia alemana, tiene que hacerlo.

¿Cuáles, entonces, las generalizaciones posibles respecto a la *praxis* revolucionaria según el Lenin del 1902? El énfasis, constante en el *¿Qué hacer?*, en la necesidad de asegurar al partido la dirección de sectores populares, demuestra cómo, ya en la fase inicial de su militancia en la II Internacional, la adhesión a la ortodoxia se acompañe de una propia originalidad. Lenin asimila y elabora el marxismo como método para captar la especificidad histórica, donde el proceso social es lo general y lo determinado éste como proceso político, misma razón por la cual el Estado emerge como el problema decisivo del poder. Ninguna identificación mecánica, enfatiza Luciano Gruppi, entre intereses de clase y reivindicaciones políticas, su articulación acontece, para Lenin, en el marco de una formación histórico social, elaborada como relación entre fuerzas para el plano de la unidad político-ideológica de lo social. Rechazando la vulgarización del Estado como mero instrumento de clase, Lenin rechaza a la clase como sujeto histórico socialmente dado, problematizándola como una fuerza política con capacidad ideológica potencialmente expansiva. Tan temprano como en el 1902, en fin, la necesidad, por parte del movimiento obrero, de superar el espíritu de círculo y conquistar el espíritu de partido conlleva, en su perspectiva, indicar el terreno de lo popular como el terreno específico del antagonismo político de clase.

Hay una dimensión adicional. Abogar, desde un inicio, por una organización fuertemente centralizada y homogénea, no implica una concepción instrumental de la democracia, sino elevar la lucha social a una dimensión política, hacer incapié en el contenido democrático del socialismo.<sup>310</sup> Emerge un análisis del poder que problematiza la relación entre clase y pueblo enfocando la nación como dimensión ideológica de esta conjugación posible, y necesaria, entre revolución socialista y revolución democrática. Ideología, sin embargo, en el sentido del *¿Qué hacer?*: la teoría -la conciencia política, la conciencia de lo general, la conciencia estatal- llevada al movimiento “desde el exterior”. Utilizando como argumento de autoridad un artículo de Kautsky,<sup>311</sup> Lenin puntualiza, en polémica

---

<sup>310</sup> El horizonte de clase expresa, en Lenin, la misma “autonomía, pues, de la clase obrera, pero como condición de su capacidad de hacerse interprete y

protagonista del proceso político que debe involucrar a toda la sociedad”. Gruppi, *ibidem*, p. 33.

<sup>311</sup> La referencia es a un artículo aparecido en la *Neue Zeit* en el 1901-1902: “[...] el portador de la ciencia no

con los economistas y los socialistas revolucionarios, el uso de un cierto lenguaje:

“Precisamente porque elegís esta infame expresión de ‘estimulo desde el exterior’, expresión que inspira de modo inevitable al obrero (al menos, al obrero tan poco desarrollado como vosotros) la desconfianza hacia *todos* los que le aportan desde el exterior conocimientos políticos y experiencia revolucionaria, y que despierta el deseo instintivo de rechazar a *todos* ellos, obráis como demagogos.”<sup>312</sup>

Según Gruppi, quien se preguntaba sobre el significado de “exterior a la clase obrera” para Lenin, el bolchevique asumía el marxismo no sólo como una teoría revolucionaria, sino como ésta en cuanto proceso histórico. El marxismo teórico, en su perspectiva, no se había formado en el plano especulativo, sino vía el reconocimiento, por parte de los intelectuales, de la función dirigente de una clase que ya no era la propia, el impulso a separarse de ella y la apropiación por parte de la adversaria de las adquisiciones de la cultura tradicional, ahora insertadas en una nueva concepción, en un nuevo programa. Ausente una concepción esquemática del carácter clasista de la cultura y de la lucha ideológica como enfrentamiento entre bloques, para Lenin “marxismo teórico” significaba, esencialmente, un proceso histórico cuyo tiempo era él de la política. Misma razón por la cual, siempre según Gruppi, el *¿Qué hacer?* no traza una teoría del partido en abstracto, sino reflexionando sobre los orígenes y el devenir del marxismo en Rusia, refuta tanto su reducción a una sociología genérica, cuanto del partido a un mero acto de voluntad.<sup>313</sup> La originalidad de Lenin, en fin, no residía en enfatizar el carácter decisivo del momento político, sino en formular una teoría de la política a partir de la problematización del *estatus* teórico del marxismo como forma de inteligibilidad histórica y, sólo en este sentido conceptual profundo, era legítimo considerar la teoría del partido como *el* rasgo distintivo de su propuesta.<sup>314</sup>

En el 1902, la relación entre teoría y política suponía problematizar la transición del movimiento al partido, del particular al general, aquello que Gramsci -ampliando su problematización como pasaje del momento económico al ético-político y en cuanto “proceso dialéctico”- llamará *catarsis*.<sup>315</sup> Tanto para Gramsci, así como para el Lenin del *¿Qué hacer?*, el partido es la teoría no *para* la, sino *como* política dada la historia, sin

---

es el proletariado, sino *la intelectualidad burguesa* (curivas de C.K.): en el cerebro de algunos miembros de esta capa es de donde ha surgido el socialismo moderno, y han sido ellos quienes lo han transmitido a los proletarios [...] la conciencia socialista es algo introducido en la lucha de clase del proletariado de fuera, y no algo que ha surgido espontáneamente dentro de ella.” *¿Qué hacer?*, p. 39.

<sup>312</sup> *¿Qué hacer?*, p. 121. Las cursivas son de Lenin.

<sup>313</sup> Gruppi, *ibidem*, pp. 48-52.

<sup>314</sup> Gruppi, *ibidem*, p. 48.

<sup>315</sup> Gramsci, C. 10 § 6. Cfr. Oliver, Costilla Lucio, Gramsci y la noción de catarsis histórica. Su actualidad para América Latina, en revista *Las Torres de Lucca, dossier: Gramsci, Democracy between Latin America and Europe*, año 2017, Vol. 6, nm. 11 (julio-dic). Dialnet.

embargo, si tan temprano como en el 1916, en unos de sus primeros artículos de carácter ensayista,<sup>316</sup> la teoría como política es ampliada por Gramsci al problema de la cultura, en el Lenin del 1902 es todavía una cuestión de crítica. El punto de vista del economicismo, el social-reformismo, el “oportunismo”, razona desde el presupuesto “pedagógico” que la conciencia estatal pueda surgir inmediatamente de la situación social. Empero: “¿en qué debe consistir”, provoca Lenin, “la educación política”?<sup>317</sup>

“La conciencia política de clase no se le puede aportar al obrero más que desde el exterior, esto es desde fuera de la lucha económica, desde fuera de la esfera de las relaciones entre obreros y patronos. La única esfera en que se puede encontrar estos conocimientos es la esfera de las relaciones de todas las clases y capas con el Estado y el gobierno, la esfera de las relaciones de todas las clases entre sí”.<sup>318</sup>

Porqué el Estado expresa la totalidad de las relaciones sociales como relaciones políticas, “exterior” indica el mismo proceso de superación de las limitaciones ideológicas de la clase en cuanto clase.<sup>319</sup> El acento recae en la lucha por la democracia política como proceso de formación, de ampliación de horizontes, de ascensión, donde la adversativa es entre una *praxis* que “hace pensar a los obreros únicamente en las cuestiones concernientes a la actitud del gobierno hacia la clase obrera” y otra que los orienta a pensar críticamente su relación con el poder como Estado. La subordinación de la lucha social a la lucha por la democracia es el “medio más ampliamente aplicable para incorporar a la masas a una *lucha política activa*”; una lucha por una unidad “intelectual, moral y política”.<sup>320</sup> La teoría emerge como la misma clase que, en calidad de práctica política, se sabe a sí misma en relación con “todas las manifestaciones” de la vida de la sociedad.<sup>321</sup> Su contrario consiste en atribuir centralidad al movimiento sobre el partido, a lo social sobre lo político, en fin, en pensar que la clase genere, de por sí, una “conciencia” de lo general.

---

<sup>316</sup> Me refiero al artículo *Socialismo e cultura*, el tema al cual regresaré ampliamente a partir del cap. III.

<sup>317</sup> *¿Qué hacer?* p. 57. “‘Todo el mundo está de acuerdo ‘en que es necesario desarrollar la conciencia política de la clase obrera. Pero ¿Cómo hacerlo y qué es necesario para hacerlo?’”, *ibidem*, p. 78.

<sup>318</sup> *¿Qué hacer?* p. 79; también, p. 31.

<sup>319</sup> *¿Qué hacer?*, p. 78.

<sup>320</sup> *¿Qué hacer?* p. 59. Las cursivas son mías. Quisiera hacer notar cómo la dimensión instrumentalista recae, en Lenin, en el plano económico-corporativo de la lucha de clase en adversativa al plano político de la lucha por la democracia. “La socialdemocracia revolucionaria siempre ha incluido y sigue incluyendo en la órbita de sus actividades la lucha por las reformas. Pero *utiliza* la agitación ‘económica’ no sólo

para reclamar al gobierno todas clases de medidas, sino también (y, en primer término) para exigir que deje de ser un gobierno autocrático [ ...] en una palabra, como la parte al todo, *subordina la lucha por las reformas a la lucha revolucionaria por la libertad y el socialismo.*” *¿Qué hacer?*”, p. 62. Las cursivas son mías.

<sup>321</sup> Un proceso de formación, a su vez: “inseparablemente ligado a la completa nitidez no sólo de los conceptos teóricos o, mejor dicho, no tanto de los conceptos teóricos, cuanto de las ideas elaboradas sobre la base de la *experiencia de la vida política*, acerca de las relaciones entre todas las clases de la sociedad actual”. *¿Qué hacer?* p. 69. Las cursivas son mías.

Saber de la totalidad, del Estado, conlleva una labor de mediación, la cual, en el 1902, consiste de dos formas practico-organizativas, complementarias: la concentración de la política como actividad especializada y su ampliación en fuerza de masa. En el primer caso, Lenin niega que la clase en movimiento pueda ser el partido; en el segundo, el partido tiene que ser la clase en movimiento y la articulación entre las dos dimensiones corresponde al mismo proceso de formación de una propia, autónoma, capacidad dirigente. El partido de vanguardia y la *Iskra*: respectivamente, “una organización de revolucionarios capaces de dirigir toda la lucha emancipadora *del proletariado*” y “la necesidad de la más amplia agitación política *entre las masas*”.<sup>322</sup> Una acción combinada entre una labor por la conquista de la sociedad política y por la dirección de la sociedad civil, el embrión de aquello que será la estrategia bolchevique en una situación histórica de poder dual.

En el *¿Qué hacer?*, y a diferencia que en las *Tesis de abril*, sin embargo, el partido según Lenin recoge las reivindicaciones del movimiento, y las lleva a la coherencia del programa, desde arriba hacia abajo. “El ideólogo merece el nombre de ideólogo, el partido de partido, únicamente cuando *se adelanta* al movimiento espontáneo y le indica el camino”.<sup>323</sup> El movimiento de transcendencia del particular al general, del plano económico al plano político, acontece por intermediación de quienes se encuentran en relación orgánica con las bases en la misma medida en la cual las anteceden como síntesis entre práctica y teoría, lucha social y política. El partido de revolucionarios profesionales, de cuadros, es partido político de clase, empero no puede ser, para Lenin, toda la clase; representa, afirma, su vanguardia, su máximo grado de experiencia política y reflexión teórica y, como tal, necesita de especialización. Un partido al cual pueden, y tienen que, acceder los obreros, pero no la clase obrera como tal.<sup>324</sup>

Este partido “se trasciende a sí mismo” en la medida en que, imprimiendo a las demandas sociales un carácter político amplio, dispone el movimiento obrero en estrecha relación con la batalla popular por la democracia.<sup>325</sup> El corolario organizativo, en este

---

<sup>322</sup> *¿Qué hacer?*, p. 116. Las cursivas son mías.

<sup>323</sup> *¿Qué hacer?* pp. 40, 41, 42 Las cursivas son mías.

<sup>324</sup> Encontramos aquí el eje de la polémica entre mencheviques y bolcheviques relativamente a la distinción entre partido y sindicato. Para Lenin la forma organizativa de la lucha económica tiene que ser lo más extensa y menos clandestina posible; la organización propiamente política “por el contrario debe englobar ante todo y sobre todo a gentes cuya profesión sea la actividad revolucionaria”. *¿Qué hacer?*, p. 11. Quisiera hacer notar como Lenin enfoque históricamente la relación entre sindicato y

partido en condiciones de ausencia de libertades políticas. Las condiciones de ilegalidad del partido “de un lado ‘incitan’ con fuerza a pensar en las cuestiones políticas a los obreros que luchan en el terreno económico, y, del otro, ‘incitan’ a los socialdemócratas a confundir el tradeunionismo con el socialdemocratismo”. *¿Qué hacer?* p. 112.

<sup>325</sup> En este caso la figura ideal no es el revolucionario de profesión, sino el tribuno político, “él que sabe aprovechar el menor detalle para exponer *ante todos* sus convicciones socialistas y sus reivindicaciones democráticas”. “Debemos ‘ir a todas las clases de la

caso, es el órgano de prensa nacional.<sup>326</sup> Frente a quienes acusan el grupo de la Iskra de “oponer los obreros cultos a las masas”, Lenin avanza la necesidad de un órgano ideológico-político. Si el término “pedagogía”, en su acepción para Lenin, significa confundir educación con cuestión organizativa y, de ahí, ofender “a los obreros con el deseo de inclinarse sin falta hacia ellos”,<sup>327</sup> ideología expresa el “medio práctico” con el cual articular, en un “lazo efectivo de unión” y a través de “un trabajo *regular y común*”, las luchas sociales con las políticas, desplazando su centro de gravedad de lo local a lo nacional.<sup>328</sup> El periódico no representa sólo la consecuencia de una forma partido conspirativa, sino la dimensión pública de este partido, una extensión de la organización revolucionaria, la “plomada común”, el “organizador colectivo”, un vínculo entre dirección y espontaneidad. A través de este instrumento, son las mismas bases que, aprendiendo a sostener la lucha político-democrática, conforman, entre sus filas, los intelectuales garantes del vínculo entre clase obrera y sectores populares.

Partido e Iskra: aquí la relación, de unidad-distinción, para el Lenin del 1902, entre dirección y espontaneidad. El partido como minoría consciente y organizada no es mera consecuencia de la imposibilidad de obrar en condiciones de clandestinidad incompatibles con el partido de masa.<sup>329</sup> La ilegalidad constituye solo un componente de una reflexión más amplia y problemática; no hay que confundir “la cuestión filosófica e histórico-social con una cuestión técnica y de organización”, enfatiza.<sup>330</sup> Si el movimiento no ha todavía desarrollado los instrumentos necesarios, ampliar el partido al movimiento, glorificar el empuje de las masas en nombre de la democracia, sería privarlo de cualquiera posibilidad de solidez y estabilidad, hasta conducirlo inevitablemente a la derrota. “Se dirá, ya lo sé, que mis concepciones no son democráticas”, el punto es que “no hay nada

---

población’ como teóricos, como propagandistas, como agitadores y como organizadores [...] debemos exponer y subrayar ante todo el pueblo los objetivos democráticos, generales, sin ocultar ni por un instante nuestras convicciones socialistas.” *¿Qué hacer?*, pp. 80; 82.

<sup>326</sup> “Debemos crear una tribuna para denunciar ante todo el pueblo al gobierno zarista: esa tribuna tiene que ser un periódico socialdemócrata”; “*No existe otro medio de educar* fuertes organizaciones políticas que un periódico para toda Rusia”. *¿Qué hacer?*, pp. 150; 159. Las cursivas son de Lenin. *Iskra*, el primer periódico marxista ilegal, publicado en el exterior, fundado por Lenin en el 1900, habría sido designado como órgano central del partido durante el II Congreso. *Zariá*, revista teórica marxista, fue publicada en Stuttgart, entre el 1901 y el 1902, bajo dirección de Lenin y Plejanov. *Opere complete*,

op.cit., *Indice dei Giornali e delle riviste*, Vol. XX, pp. 558; 562.

<sup>327</sup> *¿Qué hacer?*, p. 130. “Nuestra atención debe dirigirse *principalmente a elevar* los obreros al nivel de los revolucionarios y no a *descender* nosotros mismos indefectiblemente al nivel de la masa obrera, *ibidem*, p. 129. Las cursivas son de Lenin.

<sup>328</sup> “El fraccionamiento deprime a la gente que ‘está en el hoyo’ [...] sin saber lo que pasa en el mundo, de quién tiene que aprender, cómo conseguir experiencia, de qué modo satisfacer su deseo de una actividad amplia”. *¿Qué hacer?*, p. 166.

<sup>329</sup> “El amplio principio democrático” implica una publicidad completa de las decisiones y el carácter electivo de los cargos. Invocar eso para el POSDR “se llama no dar en el clavo”, confundis las condiciones rusas con las alemanas. *¿Qué hacer?*, p. 123.

<sup>330</sup> *¿Qué hacer?* p. 119.



más fácil que arrastrar demagógicamente a la multitud”.<sup>331</sup>

Lenin no está razonado en general, en abstracto, sino desde Rusia y en contra de adversarios determinados. Defender, así como hacen los economistas, el carácter inmediatamente político de la “lucha cotidiana y gris” conlleva no reconocer en los obreros la dificultad de elevarse a lo general; así como la exaltación de la espontaneidad por parte de los socialistas revolucionarios expresa la desconfianza, propia del intelectual tradicional, elitista y abstracto, con el pueblo. En ambos casos, denuncia, lo que emerge es un paternalismo disfrazado de “democratismo”, cuando, lo fundamental es la exigencia de conciencia crítica dada una conciencia de las masas “ya de por sí increíblemente oscurecida” y al fin de “luchar empeñadamente contra sus enemigos perfectamente instruidos”.<sup>332</sup> En fin, teoría todavía indica, en el 1902, un momento negativo, una fase de diferenciación, la desmitificación de quiénes, exaltando las masas obreras así como son, las des-capacitan, las minusvalían y así las conservan en un estado de subalternidad al adversario.

“Esas gentes que no puede pronunciar la palabra ‘teórico’ sin una marca de desprecio, que llaman ‘sentido de la vida’ a su prosternación ante la falta de preparación para la vida [...] escriben siempre en cursiva la palabra ‘práctica’ y se imaginan que la práctica exige que ellos rebajen sus tareas al nivel de comprensión de las capas más atrasadas de las masas”.

Nada más, para Lenin, que el paternalismo tradicional del intelectual frente a un movimiento de masa que, al contrario, reclama:

“esa actividad no nos basta; no somos niños a los que se puede alimentar sólo con la papilla de la política ‘económica’; queremos saber todo lo que saben los demás, queremos conocer con detalle *todos* los aspectos de la vida política y tomar parte *activa* en todos y en cada uno de los acontecimientos políticos. Para lograrlo, es necesario que los intelectuales repitan menos lo que ya nosotros sabemos, y que nos den más de lo que todavía no sabemos [...] o sea conocimientos políticos. [...] Y no sois vosotros quienes ‘elevaréis’ nuestra actividad, pues *vosotros carecéis justamente de esa actividad*. ¡Deberíais prosternarse menos ante la espontaneidad y pensar más en elevar *vuestra propia* actividad, señores!”<sup>333</sup>

La batalla es en contra de quienes exaltan la fuerza, devastadora o gradual, en ambos casos espontánea, de la multitud.<sup>334</sup> No es solo el militante empeñado en afirmar la necesidad de conformar un poder que, fuertemente centralizado y disciplinado, no pueda

---

<sup>331</sup> ¿*Qué hacer?* p. 124; 123.

<sup>332</sup> ¿*Qué hacer?* p. 125.

<sup>333</sup> ¿*Qué hacer?* p. 73, pp. 104-105, 109. Las cursivas son de Lenin.

<sup>334</sup> “Precisamente porque ‘la multitud no es nuestra [...] corre menor riesgo de dejar pasar inadvertida la

revolución quien coloca en el ángulo principal de todo su programa, de toda su táctica, de toda su labor de organización, la agitación política *entre todo el pueblo*, como hace Iskra”. ¿*Qué hacer?*, p. 172-173. Las cursivas son mías.

brotar, subraya Gruppi, de elementos a él extraños.<sup>335</sup> Lenin quiere asegurar la capacidad socialdemócrata como este partido de dirigir, una vez abierta, una situación de crisis potencialmente revolucionaria. Si la concepción de la crisis como derrumbe -la propia, veremos, de la ortodoxia socialdemócrata- hace desaparecer el problema de cómo tendría que actuar el partido, Lenin, enfocando la crisis como proceso, puede elaborar el partido, en cuanto éste mismo proceso, centralizado y de masa, como forma mudable en sus aspectos organizativas.

“La misma revolución no se debe imaginar como un acto único”. Si la fuerza del partido, siendo ésta la primera constante, reside en la capacidad de posicionarse adelante del auge espontáneo de las masas, no fundirse con ello implica, aquí la segunda, marchar a su par a través de una labor de formación “que es posible y necesaria tanto durante el periodo de la explosión más violenta, así como durante él de la calma más completa, a saber: una labor de agitación unificada en toda Rusia, que arroje luz sobre todo los aspectos de la vida y que *se dirija a las grandes masas*”. Porque la revolución no consiste en el mero asalto al poder, hay que preguntarse “imaginaos una insurrección popular [...] ¿cómo prepararnos?”<sup>336</sup> Una es la dialéctica entre dirección y espontaneidad para el Lenin del 1902 -revolucionarios de profesión y periódico nacional- otra será en el 1905 y, a partir de esta larga experiencia formativa, otra en el 1917 -partido y soviets. Hay, sin embargo, una constante que permite apreciar estos mismos cambios de forma: preparar y asegurar el carácter de masa, el carácter popular, de *toda* revolución bajo dirección obrera, no sólo la político-democrática.

La insistencia, siempre paralela en el *¿Qué hacer?*, en la centralización y la disciplina de la clase, por un lado, y la ampliación de la labor ideológica entre el pueblo, por el otro, excluye una concepción por etapas de la revolución. Lenin no razona en términos de sucesión entre democracia y socialismo, sino desde el carácter necesariamente de masa de una revolución si ésta quiere ser efectiva. En el 1902, *praxis* implica derrumbar, entre las filas del POSDR, una corriente movimentista, titulándose, no sólo a los ojos de los obreros, sino de los otros sectores y clases sociales, como el destacamento avanzado de

---

<sup>335</sup> “Esta concepción del partido, como organización que se construye de arriba abajo se deriva en Lenin directamente de la función decisiva que él atribuye al momento de la conciencia, al conocimiento teórico”. “La exigencia de teoría, de conciencia crítica, que se aplica al movimiento y a su espontaneidad, es por lo tanto para Lenin decisivo y esencial”. En estas consideraciones, Gruppi, aun enfatizando la historicidad del pensamiento de Lenin, parece

atribuirle más una concepción de la teoría “para la política”, que “como política” dada la situación histórico-determinada. Gruppi, *ibidem*, pp. 41; 49-51; 57.

<sup>336</sup> *¿Qué hacer?*, p. 175-76. Las cursivas son mías. “la insurrección es, en el fondo, la ‘respuesta’ más enérgica, más uniforme y más conveniente de *todo el pueblo al gobierno*” *¿Qué hacer?*, p. 176.

una lucha popular por la democracia política.<sup>337</sup> Una tarea que el Lenin del *¿Qué hacer?* ve y elabora como un proceso de acumulación de fuerzas, de preparación, y al fin de poder actuar eficazmente una vez abierta la crisis del poder autocrático zarista. Cuando la crisis se abrirá, entre el 1905 y el 1906, la tarea del partido según Lenin moverá hacia la capacidad de saber recoger la maduración alcanzada por el mismo movimiento obrero y al fin de empujarla hacia adelante. La lucha por la dirección de las masas populares tendrá entonces un nuevo correlato organizativo.

La nueva forma, el soviet, surgirá por iniciativa del movimiento social durante esta primera, y larga, revolución rusa, la democrática, el ensayo general de la tercera, la socialista.<sup>338</sup> Una organización de defensa sindical que, en el 1905, Lenin considera necesario transformar, por iniciativa del partido, en órgano político unitario y popular, en la medida en la cual puede, y tiene que, asumir un rol de embrión estatal. En el momento en la cual, en el 1905, se abre, con la crisis, la posibilidad de una solución revolucionaria, ésta implica para Lenin la conquista del Estado, el “arriba”, y su cambio de forma “desde abajo”. Una dialéctica que, le permitirá, en el 1917, sucesivamente a la contrarrevolución de julio, considerar factible una vía insurreccional al poder. Aquello que, en este largo arco temporal de aprendizaje y experimentación, permanecerá constante será la búsqueda de una capacidad de dominio como dirección; aquello que variarán serán los métodos prácticos, organizativos, dado el evolucionar de la lucha en curso, o sea, de una relación entre fuerzas que, enfocada desde el punto de vista de la relación entre clase y sectores populares, le permite aislar la novedad del momento histórico como momento político. En tanto que saber de una situación histórica determinada, enfatizaba Ragionieri, la teoría como política conllevaba, en Lenin, una verificación constante y, donde fuese necesario, la corrección de la praxis revolucionaria, siendo ésta plasticidad el elemento de su primaria diferenciación del marxismo segundo internacionalista.<sup>339</sup> ¿Cuál lucha por la hegemonía, por lo tanto, según el bolchevique?

---

<sup>337</sup> “Las palabras ‘todo el pueblo’ encierran un gran contenido”, expresan el reconocimiento, por parte de clases otras a los obreros, “que representamos una fuerza política” *¿Qué hacer?*, pp. 85; 89.

<sup>338</sup> “Hasta la víspera de la revolución de febrero (de 1917), Lenin mantuvo, para el proletariado ruso, el objetivo político que el POSDR había señalado desde

su surgimiento y que había adquirido fuerza y actualidad particular con la revolución del 1905: el objetivo de la revolución democrático-burguesa” Gruppi, *ibidem*, p. 181.

<sup>339</sup> Ragionieri, E., *Lenin e l’Internazionale*. En Id. *La Terza Internazionale e il Partito Comunista Italiano*. Piccola Biblioteca Einaudi: Torino, 1978.

Lenin introducirá el concepto poco antes del febrero 1905, empeñado en rechazar la posición según la cual el carácter burgués de la revolución democrática disminuiría su valor para el socialismo:

“el apoyo del *único demócrata consecuente* hasta el final, es decir, el proletariado, a todos los demócratas inconsecuentes (es decir, burgueses) *realiza la idea de hegemonía*. [...] Desde el punto de vista proletario, la hegemonía en guerra pertenece a quien lucha con mayor energía, a quien aprovecha todas las ocasiones para asestar un golpe al enemigo, pertenece a aquel cuyas palabras no difieren de los hechos y que es, por lo tanto, *el jefe ideológico* de la democracia y el crítico de toda indecisión”<sup>340</sup>

Al centro de las controversias encontramos el problema, “viejo y permanentemente nuevo”, de la relación entre democracia y socialismo.<sup>341</sup> En el 1903, el congreso convocado para conformar la unidad del partido ha terminado en un cisma que, nunca realmente recompuesto, será definitivo sólo en el 1912.<sup>342</sup> En el 1905, en proximidad de la primera revolución rusa, la polémica continúa entre quienes, desde las páginas de la nueva *Iskra*, condicionan el apoyo a la burguesía democrática a la aceptación de determinadas consignas proletarias, y quienes, en control del Comité Central del partido, sostienen el apoyo incondicionado a la democracia burguesa en la medida en que ésta “luche *concretamente* contra el zarismo”.<sup>343</sup> Quienes, “el ala intelectual” según Lenin, los mencheviques, argumentan una distinción entre los ideales democráticos de la burguesía y la burguesía como clase social y, de ahí, abogan por el apoyo a una revolución política sin participación a un eventual Estado liberal, y quienes, Lenin, denuncia el espejismo que los intelectuales puedan actuar como fuerza independiente.

La intelectualidad, enfatiza en este periodo, es expresión de una relación entre fuerzas que la escinde entre una componente conservadora y otra progresiva, dependiendo de la

---

<sup>340</sup> Lenin, *Democrazia operaia e democrazia borghese*, en *Opere Complete*, Editori Riuniti, Roma, 1961, vol. VIII, p. 60. Las cursivas son mías. “En la noción de hegemonía se encuentra contenida toda la actitud de Lenin hacia la revolución burguesa del 1905”. Gruppi, op.cit., p. 65.

<sup>341</sup> “La cuestión de la actitud de la socialdemocracia, o democracia obrera, hacia la democracia burguesa es vieja y al mismo tiempo permanentemente nueva. Es vieja porque fue puesta desde la época en la cual nació la socialdemocracia: sus principios teóricos fueron esclarecidos ya en las primeras obras de la literatura marxista, en el *Manifiesto del partido comunista* y en el *Capital*. Y es permanentemente nueva porque cada paso en la evolución de cada país capitalista ofrece una particular, original combinación de los distintos matices en la democracia burguesa y de las diversas tendencias en el movimiento socialista” Lenin, Vol. VIII, p. 58.

<sup>342</sup> En el 1903, la dirección de la *Iskra* ha pasado en manos de la minoría salida del II congreso (julio-agosto 1903, Bruselas, Londres), los mencheviques o “los neokristas” para Lenin. La mayoría, los bolcheviques, dirigen el Comité Central del POSDR. En ocasión del III congreso (abril-mayo 1905, Londres), convocado por los bolcheviques en pleno periodo revolucionario, los mencheviques, refutando participar, realizan una conferencia paralela (Ginebra) cuyo programa es objeto de las ásperas críticas de Lenin en *Dos Tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, el ensayo escrito para resumir y comentar las resoluciones del III congreso respecto a “las tareas concretas de la socialdemocracia en la revolución democrática y al fin de situarlas en adversativas con las posiciones mencheviques. *Opere complete*, op.cit, Vol. IX, p. 14.

<sup>343</sup> Vol. VIII p. 60. Las cursivas son mías.

relación que la clase establece, a través de sus dirigentes, con el pueblo. Los demócratas a los cuales apelan los mencheviques representan, en Rusia, la izquierda de la burguesía en tanto que derecha del movimiento obrero. La política en abstracto en la cual no sólo ha caído, sino tenía que caer, la socialdemocracia rusa una vez ignorado que, en Rusia, las masas de los pequeños y grandes agricultores constituyen el estrato más amplio de la democracia burguesa. Si la posición menchevique expresa la democracia según los “límites de las condiciones, de las palabras de orden”, los bolcheviques “ponen la cuestión en términos concretos, resonando según las fuerzas sociales efectivas que participan en Rusia a la lucha por la revolución democrática”.<sup>344</sup>

El cuadro de las relaciones entre fuerzas queda aclarado al inicio de *Dos tácticas*: autocracia feudal, gran burguesía y proletariado y, en cuanto otras tantas posiciones político-ideológicas, zarismo, liberalismo y socialdemócratas. La adversativa es entre ignorar la necesidad, como hacen los cadetes, y exigir, los bolcheviques, el derrocamiento inmediato del zarismo, el cual, en febrero, ha dado su consentimiento a la convocación de la Asamblea Constituyente.<sup>345</sup> La tendencia menchevique refuta la entrada en un gobierno provisional, previendo como resultado la consagración del régimen político burgués y la recaída en el socialismo revolucionario.<sup>346</sup> Para Lenin, una argumentación por absurdo fundamentada en una total incompreensión de la situación histórica.

Si teoría conlleva, todavía, una dimensión crítica, negativa, ahora su acento recae en no aplicar al presente modelos interpretativos anacrónicos, surgidos de otros procesos histórico-políticos. Apelando a la Internacional, los mencheviques confunden la Francia de Millerand con la Rusia de Nicola, occidente con oriente. En un caso, la necesidad, dada la posibilidad según Lenin, de luchar inmediatamente por el socialismo, en el otro, la República como “garantía de libertad por una vasta lucha en favor del socialismo”.<sup>347</sup> Apelando a un Marx que habría negado la participación al parlamento y a un Engels que

---

<sup>344</sup> Vol. VIII, p. 354.

<sup>345</sup> El reglamento por su elección, denuncia Lenin, se anuncia sin libertad de agitación y con un sistema electoral rigurosamente restringido. Vol. IX, p. 15 y nota 3, p. 443.

<sup>346</sup> Su argumentación era que la participación habría transformado el proletariado en apéndice de la burguesía, obligando el partido, al fin de no perder la confianza de las bases, a una insurrección por la toma del poder antes de tiempo. Vol. IX, pp. 348; 349. Frente a la “eventualidad de tener que resolver en un próximo avenir el problema no sólo teóricamente” replicaba Lenin, “no hay duda que la claridad de las perspectivas inmediatas es indispensable para el partido”. Vol. VIII, p. 266

<sup>347</sup> Vol. VIII, p. 350. La resolución sobre la táctica de la II Internacional había condenado, en el congreso de Ámsterdam del 1904, la participación de los socialistas franceses en el gobierno. En Francia, siendo la república un hecho en ausencia de amenazas reaccionarias, la clase obrera tenía, según Lenin, la plena posibilidad de desarrollar una política autónoma de clase que Jaurés, al contrario, había sacrificado a una alianza con la pequeña y media burguesía y la consecuente subordinación a una política estatal volcada al control económico-corporativo del movimiento obrero. Apelar, en Rusia, a la condena internacionalista del jauresismo significaba asimilar “la letra, pero no el espíritu de los más recientes enseñamientos de la socialdemocracia revolucionaria internacional”, Vol. VIII, p. 268.

la habría identificada con el parlamentarismo, mistifican tanto el Marx del 1850, así como el Engels del 1894; no distinguen entre lucha por el socialismo en condiciones, o no, de libertades políticas y en presencia, o no, de una clase obrera organizada en partido independiente.<sup>348</sup>

“Poder” conlleva ahora aclarar qué signifique efectivamente Estado “burgués” y revolución “burguesa”, al fin de identificar en el socialismo, en su calidad de programa y métodos de lucha, la condición necesaria de la República.<sup>349</sup> “La socialdemocracia no da la espalda a la lucha por la libertad política sólo porque se trata de la libertad política burguesa”. Todo depende en saber “disponer como carden el desarrollo de la conciencia de clase y de la organización autónoma del proletariado”.<sup>350</sup> Nuevamente, el problema de la autonomía política es uno mismo para Lenin con aquél de la autonomía ideológica. Derivar “los principio generales de la lucha revolucionaria del proletariado” según el enseñamiento de Marx y Engels, haciéndose una idea coherente “de la realidad de los hechos”,<sup>351</sup> léase de la inteligibilidad histórica según el marxismo, al fin de encuadrar en un mismo orden conceptual, epistémico y programático a la vez, el problema de la relación entre democracia y socialismo.

En el texto *La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos*, el horizonte de Lenin es, por primera vez, él de la historia europea. Buscando aislar la especificidad de la revolución rusa de febrero (1905), lo vemos cumplir el primer salto teórico-político. Una vez surgido el movimiento obrero como fuerza, una vez abierta la lucha por el Estado político asentada en el antagonismo social de clase, la burguesía puede reproducirse como fuerza social dominante sólo en calidad de fuerza política de conservación,<sup>352</sup> misma razón por la cual, enfatiza, en la “insurrección obrera de Petrogrado”, el sujeto de la revolución democrática no ha sido la burguesía, sino los

---

<sup>348</sup> El Marx del *Mensaje inaugural* del 1850, apunta Lenin, no negaba *a priori*, sino simplemente no mencionaba la participación en aquello que no existía, el parlamento. El Engels de la carta del 1894 -*La futura rivoluzione italiana e il partito socialista*- aclaraba a Turati, para Lenin el “Millerand italiano”, una acepción ofensiva de la vía legal y parlamentaria al socialismo. En ambos casos, tanto para Marx, así como para Engels, el eje de la cuestión era asegurar la exigencia de autonomía del movimiento obrero como fuerza política de la pequeña y media burguesía democrática. Marx “no escribía”, a diferencia de Lenin, “a la vigilia de la revolución, en calidad de representante del proletariado organizado, sino después de la revolución y como representante de los obreros que se estaban organizando”; Engels reflexionaba una vez conformado el partido socialista

italiano, en ese entonces empeñado en la defensa de su derecho a la existencia legal. Vol. VIII, p. 353-55.

<sup>349</sup> “Cuando por republica entendemos no sólo y no tanto una forma institucional, cuanto, al contrario, todo el conjunto de las reformas democráticas de nuestro programa mínimo” Vol. VIII, p. 268, 269. Un programa en el interés del pueblo insurrecto en contra de la autocracia: reforma agraria y proclamación de la república. “Redistribución radical de la propiedad terrera a favor de los campesinos y democratismo consecuente por erradicar, “no sólo de la vida del campo, sino también de la vida fabril, todas las sobrevivencias del despotismo asiático”. Vol. IX, p. 48

<sup>350</sup> Vol. VIII, p. 267; 270; 271.

<sup>351</sup> Vol. VIII, p. 355.

<sup>352</sup> Se recuerde el Marx de la crítica a la filosofía del derecho de Hegel.

“obreros armados que exultan al grito de “viva el gobierno revolucionario provisional”.<sup>353</sup> El proletariado ruso, sin embargo, a diferencia de los socialistas en lucha por la democracia política en época de Marx -el largo cuarenta y ocho europeo- es organizado independientemente de la burguesía y, a diferencia de la vía legal y parlamentaria al socialismo en época de Engels -la socialdemocracia occidental- se enfrenta a una crisis estatal en proceso. Una situación histórica completamente original, subraya.

En Rusia, la organización del partido de clase abre la posibilidad que el febrero no termine en el mismo resultado “de casi todas las revoluciones democráticas de la Europa del siglo XIX”, en sus términos, en un “estado de compromiso”, el Estado a partir del cual el desarrollo de la socialdemocracia en Rusia seguiría “un camino, arduo, difícil, largo, pero conocido y ya recurrido”.<sup>354</sup> Refutando una concepción por etapas de la historia, Lenin entra ahora en el mérito de la relación entre el plano internacional de la revolución socialista y el nacional de la democrática.<sup>355</sup> En occidente, “las condiciones necesarias por el socialismo han alcanzado no sólo una cierta madurez, sino la madurez en general”, sin embargo, enfatiza, “desde el extenderse de la revolución en Europa hacia la victoria del proletariado hay todavía una cierta distancia”. Atribuir “una tarea activa al proletariado ruso” implica garantizar, junto con el éxito de la revolución de febrero, “el impulso capaz de levantar Europa”.

“Es necesario concebir la historia con criterios puramente escolásticos para refigurársela sin ‘saltos’, como una especie de línea derecha que asciende lenta y uniforme: antes sería la vez de la gran burguesía liberal -pequeñas concesiones de la autocracia-, luego de la pequeña burguesía revolucionaria -república democrática- y, en fin, del proletariado -revolución socialista- Este cuadro es exacto *en general* y, en su conjunto, es exacto ‘por un largo periodo’ [...] por ejemplo, para la Francia *desde el 1789 hasta el 1905*, sin embargo sólo un virtuoso del filisteísmo puede elaborar con símil criterio su propio plan de acción durante un periodo revolucionario”<sup>356</sup>

Mientras lo general indica un proceso histórico que procede en movimiento ascendente en el largo plazo y en el plano internacional, el particular corresponde a la iniciativa política revolucionaria desde el conocimiento de la situación nacional específica.<sup>357</sup> Si

---

<sup>353</sup> Vol. VIII, p. 273.

<sup>354</sup> Vol. IX, p. 49

<sup>355</sup> “En una situación histórico concreta se entrelazan elementos del pasado y elementos del avenir”. “¿La época de las revoluciones democráticas en Europa no ha conocido diferentes movimientos e intentos socialistas? ¿Y la futura revolución socialista en Europa no tendrá mucho aún que hacer por la democracia?”. Vol. IX, p. 75-76. Las cursivas son mías.

<sup>356</sup> El exacto contrario de la posición menchevique, según la cual la participación a un gobierno burgués no habría sido perjudicial sólo en el caso que fuera paralela al extenderse de la revolución socialista en occidente. Para Lenin, en Rusia, el programa tiene que ser la dictadura democrática “no solamente en el caso que la revolución se extienda a Europa, sino para hacerla extender a Europa” Vol. IX, p. 73-74.

<sup>357</sup> Vol. VIII, p. 270.

por un lado vemos emerger el mismo orden conceptual del *Manifiesto*, por el otro, la preocupación de Lenin es enfatizar un parte-aguas histórico. El pasado europeo, la lucha obrera por la democracia, no corresponde al presente ruso porque, en Rusia, el socialismo ya se encuentra organizado en partido político, condición necesaria, aunque no garantía, del éxito de la revolución. En Rusia, así como ha sido en el cuarenta y ocho, el proletariado es el único sujeto político *consecuentemente* democrático; en Rusia, sin embargo, “sin la *dictadura democrática del proletariado y de los campesinos*, la república es imposible”.<sup>358</sup>

Regresan las asimetrías, según Marx, de la democracia: en la medida en la cual la burguesía puede hacerse clase general, presentarse como un todo, como interés de la nación, sólo bajo la bandera de la democracia, por esa misma razón tiene que vaciarla, reducirla, limitarla a una cuestión formal, institucional. En la Rusia del 1905, sin embargo, el proletariado ya existe como fuerza política autónoma, razón por la cual Lenin enfoca la democracia como tarea, enfatiza, frente a la cual se “encuentra *todo el pueblo*.”<sup>359</sup> Si del lado de la burguesía como apariencia, con consecuencia efectiva, de universalidad, la democracia política tiene que *representar* el pueblo, para el proletariado tiene que *emanar* desde el pueblo. Al poder representativo separado del poder ejecutivo y, como tal, vaciado de poder, se opone, ésta la palabra de orden para el 1905: la *dictadura del pueblo*.

A diferencia de aquello que vimos ser el programa del *Manifiesto*, una lucha por la democracia en la cual el elemento coercitivo es limitado al contenido económico-social y ejercitado por el proletariado, en Lenin la dictadura es del proletariado y los campesinos y abarca la misma forma estado. De lo que se trata es de asegurar que la democracia liberal no se resuelva en un instrumento de orden, de regulación, del proceso revolucionario, sino, bajo dirección popular, consolide como un instrumento de guerra en contra de las inconsecuencias que la burguesía quisiera asignarle. En Rusia, exactamente porque, para los liberales, el gobierno es provisional, para la socialdemocracia tiene que ser insurreccional, en la medida en la cual todo depende de una asamblea popular constituyente, el proletariado tiene que asegurar al pueblo el “poder y la fuerza de constituir”.<sup>360</sup> Dictadura democrática en fin, en cuanto, *vía insurreccional y popular*, hacia la democracia.

---

<sup>358</sup> Vol. VIII, p. 354, 361. Las cursivas son mías.

<sup>359</sup> Vol. VIII, pp. 268; 269. Las cursivas son mías.

<sup>360</sup> Vol. VIII, p. 361. “La asamblea constituyente debe ser convocada por alguien, alguien debe asegurar la

libertad y el regular proceder de las elecciones, alguien debe investir plenamente esta asamblea de la fuerza y del poder, y sólo un gobierno revolucionario, órgano de la insurrección, puede desearlo con plena sinceridad



Los mencheviques, enfocando exclusivamente la cuestión de la entrada al gobierno, confunden entre democracia y socialismo, entre programa mínimo y máximo, por ignorar “las tareas generales de los socialistas en relación a esta participación”.<sup>361</sup> Declaran apoyar la burguesía liberal en caso ésta luche en contra de la autocracia, y combatirla por la vía insurreccional, en el caso se acuerde con ella, proponiéndose dirigir a las masas en el interés del proletariado e impugnando lo que constituye, para Lenin, el resultado de esta misma capacidad dirigente: el hacerse Estado. Que la revolución proceda por la vía constitucionalista o por la vía insurreccional no es posible prever, sin embargo, equipararlas es confundir “la victoria decisiva sobre lo zarismo con la condición decisiva por la victoria”.<sup>362</sup> Asegurar la conquista popular del poder político conlleva impedir a la burguesía la posibilidad de estrechar una “transición de mercaderes” con la autocracia y cercionarse, ella misma, del poder de la mayoría, sustrayéndolo al pueblo.<sup>363</sup> Negarse a la conquista de la República, en fin, supone encuadrar la República en los mismos términos liberales, abstractos, gracias a los cuales ha sido concedida por el zarismo: una “bella palabra” para escamotear la revolución. La República sin la fuerza y el poder por la República; asamblea popular constituyente en ausencia del pueblo armado e insurrecto por la constitución de un *nuevo poder*.

Los mencheviques oscilan entre la posición liberal y la anárquica apelando al ejemplo de la Comuna.

“El término ‘comunidades revolucionarias’, utilizado en una resolución de representantes de la socialdemocracia, es una frase revolucionaria y nada más que eso. [...] Más nos es preciosa la Comuna de París del 1871, menos nos es permitido citarla con ligereza, sin examinar sus errores y las condiciones particulares en las cuales se desarrolló.”<sup>364</sup>

Para el Lenin del 1905, la Comuna de París expresa un gobierno “como el nuestro no tienen que ser”. En el 1905, en época de revolución democrática, la Comuna para Lenin indica una mera “fraseología revolucionaria”, un modelo político abstracto, dada la falsificación de un proceso histórico concreto.<sup>365</sup> Si el límite del 1871 fue un gobierno obrero que no distinguía, por no poder distinguir en ese entonces, entre lucha democrática y lucha socialista, el programa menchevique utiliza palabras que no sólo expresan una confusión teórica, sino, y en cuanto tales, una práctica: la intención de “esconder la

---

y tener la fuerza de hacer todo lo necesario para actuarlo”. Vol. IX, p. 19-20.

<sup>361</sup>Vol. IX, p. 25.

<sup>362</sup>Vol. IX, pp. 27-30; 54; 65.

<sup>363</sup>Vol. IX, p. 37.

<sup>364</sup>Vol. IX, p. 70-71.

<sup>365</sup> Vol. IX, p. 73. Para la centralidad de la interpretación de Comuna en la historia del movimiento obrero y las luchas entre sus corrientes político-ideológicas, desde la época de Marx hasta aquella de Lenin, cfr. Haupt, *La Comune di Parigi come símbolo e come esempio*, en *La Internazionale socialista*, op. cit., pp. 39-70.

retirada”, la propia falta de iniciativa política.<sup>366</sup> Una praxis en contra de la cual hay que emprender “una útil operación pedagógica de *reductio ad absurdum*”.<sup>367</sup> Identificando erróneamente en la Comuna un no-Estado, los mencheviques acusan a los bolcheviques de substituir la revolución por la dictadura, mientras, apelando a la línea de la Internacional, proclaman la necesidad de “permanecer el partido de extrema *oposición* revolucionaria”.<sup>368</sup> Comuna, ironiza Lenin, sin entender qué cosa es el Estado y oposición en ausencia, en Rusia, de un parlamento. La teoría del ‘solamente desde abajo’ ignora, mistificándolo, lo que significa acción “desde arriba” según la socialdemocracia. Una participación en el poder político burgués que es necesaria en cuanto posible, ofensiva porque condicionada por su misma garantía de éxito.<sup>369</sup>

Los bolcheviques “han afirmado precisamente en qué consiste la ‘posibilidad real de mantener el poder en manos propias’; los mencheviques, no sabiendo indicar al proletariado “cómo puede, cómo debe prepararse y cómo deberá utilizar el poder”,<sup>370</sup> lo mantienen subalterno a la forma específica en la cual la burguesía rusa puede, y busca, hacerse Estado. Para los mencheviques, siendo el Estado burgués, la revolución es una cuestión de forma, insurrección o asamblea; para los bolcheviques, la forma, insurrección o asamblea, depende de su contenido, la adversativa entre una lucha revolucionaria conjunta del proletariado y los campesinos y un acuerdo entre terratenientes e industriales. Para quienes, los bolcheviques, “burguesa” significa la permanencia de la democracia en “el cuadro del régimen económico y social burgués”, el “inmenso interés” del proletariado en las libertades democráticas deriva del desinterés relativo que tiene en ella la burguesía liberal.<sup>371</sup>

“Hay democracia burguesa y democracia burguesa”,<sup>372</sup> la contradicción, en proceso para Lenin, consiste en una relación de fuerzas entre la revolución política como lucha de clases y la reacción a través de la colaboración entre clases; en un caso lucha socialdemócrata por dirigir el proceso revolucionario en curso, lucha por la hegemonía, en el otro, degeneración de la socialdemocracia en cretinismo parlamentario.<sup>373</sup> El peligro de disolución del partido en la democracia burguesa no depende de la participación en un

---

<sup>366</sup>Vol. IX, p. 72.

<sup>367</sup>Vol. IX, p. 110.

<sup>368</sup>Vol. IX, p. 65.

<sup>369</sup> Una masa obrera y campesina que, armada y dirigida por la socialdemocracia, ejerce una presión constante sobre el gobierno provisional. Vol. IX, p. 24.

<sup>370</sup> Vol. IX p. 74.

<sup>371</sup>Vol. IX, p. 110.

<sup>372</sup> “El régimen democrático burgués puede ser aquel que existe en Alemania o aquél que existe en América

o en Suiza. Buen marxista sería aquel que, en la época de las revoluciones democráticas, no se diera cuenta de la diferencia del grado y del carácter distinto de esta o aquella otra forma de democracia y se limitara a ‘filosofar’ para demostrar que, a final de cuenta, se trata siempre de una ‘revolución burguesa’”. Vol. I, p. 44.

<sup>373</sup>Vol. IX p. 56, 58.

Estado burgués, sino de un partido que, renunciando a luchar por su forma, liberal-democrática *versus* liberal-moderada, dictadura democrática *versus* asamblea constitucional, se encontraría con las manos atadas en contra de una burguesía reforzada por el compromiso con el pasado. Un proletariado discapacitado para pasar “el rifle de un hombro al otro” y retorcer en contra de la burguesía las mismas armas que le confiere la democracia liberal.<sup>374</sup>

En Rusia, situada entre dos fuegos, absolutismo y socialismo, la burguesía liberal todavía “negocia ora hacia la derecha, ora hacia la izquierda”.<sup>375</sup> En cuanto “conglomerado de clases, grupos y estratos que reconocen plenamente la sociedad mercantil-capitalista y es incapaz de salir de ella”, el interés burgués en la democracia no es dado, sino depende de un proletariado capaz de obligar su principal adversario social a reconocer y a posicionarse en el terreno de la revolución. Los mencheviques, ignorando el presente como una relación entre fuerzas de cambio y de conservación, argumentan que la vía insurreccional, constriñendo la burguesía a abandonar la causa, llevaría al aislamiento político del proletariado. Para Lenin: la demostración de una total subalternidad ideológica, evidencia de como el anarquismo se articule con la colaboración entre clases, la acción “solo desde abajo” con la entrega de la dirección al adversario.<sup>376</sup>

*Dos tácticas* constituirá el otro texto crucial por lo que concierne la “evolución” de la *praxis* según Lenin durante la primera revolución rusa. Abierta la crisis de febrero, el carácter de masa de la revolución amplía el debate en torno a la relación del partido obrero con la sociedad política burguesa hacia aquella de su relación con la sociedad civil. Al centro de la controversia en seno al POSDR es la forma y contenido de la lucha socialdemócrata como lucha popular. Los ataques polémicos de Lenin se dirigen, nuevamente, en contra de una identificación mecánica entre clase y forma política: democracia y burguesía, por un lado, proletariado y socialismo, por el otro. En los textos de este período, su insistencia regresa hacia la condena del programa menchevique por

---

<sup>374</sup>Vol. IX, p. 44. “La revolución democrática en Rusia es, por su naturaleza social y económica, una revolución burguesa. Sin embargo, no es suficiente repetir simplemente esta justa tesis marxista. Es necesario saberla comprender y saberla aplicar a las palabras de orden políticas [...] sólo los rebeldes populistas, los anárquicos y los ‘economistas’ podían deducir que se debe negar o disminuir la lucha por la libertad. Estas doctrinas filisteas de intelectuales pudieron ser impuestas al proletariado siempre y solamente por breves periodos y no obstante su resistencia. El proletariado comprendía

instintivamente que la libertad política le era necesaria, necesaria más que a cualquier otro”. Vol. IX, p. 98.

<sup>375</sup>Vol. IX, p. 111-112.

<sup>376</sup>“Una de las dos, señores: o tenemos que intentar hacer la revolución con el pueblo y llevar la victoria completa sobre el zarismo no obstante la burguesía inconsecuente, codiciosa y cobarde; o no admitimos esto ‘no obstante’, tememos que la burguesía ‘se aleje’ y entonces traicionamos el proletariado y el pueblo y los entregamos a la burguesía, a la burguesía inconsecuente, codiciosa y cobarde”. Vol. IX, p. 87

economicismo, a los viejos revisionistas como los nuevos “filisteos de la ortodoxia”, por interpretar abstractamente una línea política olvidando relacionarla a una situación histórica concreta. Así como los revisionistas rusos deducían del carácter de clase del Estado burgués la restricción de la verdadera política obrera al plano económico, igualmente el programa menchevique, insiste una y otra vez, comprende “en manera radicalmente equivocada el sentido, el significado de la categoría: revolución burguesa”.<sup>377</sup>

Emerge el sentido de la *revolución permanente* según Lenin. Para la burguesía liberal, una vía gradual, lenta, prudente, moderada hacia la democracia política es necesaria al fin que “ésta contribuya lo menos posible a desarrollar la acción revolucionaria, la iniciativa y la energía de la plebe”.<sup>378</sup> Una necesidad en contra de la cual hay que regular las cuentas, enfatiza, “*en forma jacobina*”,<sup>379</sup> asegurando una forma política capaz de garantizar su contenido popular: la dictadura democrática. Desde el punto de vista burgués vulgar, anota, el concepto de dictadura y el concepto de democracia se excluyen recíprocamente, desde el Marx de la revolución permanente, subraya, dictadura indica la defensa violenta en contra de la violenta contrarrevolución y democracia la eliminación de todo lo que es contrario a la soberanía del pueblo: “ésto y nada más que ésto es la dictadura democrática revolucionaria”.<sup>380</sup> Autocracia del pueblo es sinónimo de un *nuevo poder* que, en Rusia, puede hacer leva solamente sobre el proletariado y los campesinos.<sup>381</sup> Una dictadura democrática, no socialista, y en cuanto no es destinada a realizar las tareas históricas de la revolución burguesa en general, sino las tareas democráticas del proletariado: la constitución del pueblo, en adversativa a la burguesía liberal, como el elemento en manos del cual tiene que transitar el poder efectivo.<sup>382</sup>

Sostener una adversativa entre revolución democrática y socialista conlleva precisamente lo contrario del extrañarse del Estado burgués por su contenido de clase, olvidando “las nuevas contradicciones que la democracia esconde en sí”<sup>383</sup> ¿Cuáles estas contradicciones

---

<sup>377</sup> “Los economistas habían aprendido de memoria que la economía es la base de la política, lo ‘habían comprendido’ en el sentido de rebajar la lucha política al nivel de la lucha económica. Los neoiskristas han aprendido de memoria que la revolución democrática tiene como base económica la revolución burguesa, y lo ‘han comprendido’ en el sentido que se tiene que rebajar las tareas democráticas del proletariado al nivel de la moderación burguesa”. Vol. IX, p. 97. “Hoy el razonamiento es el mismo, pero hecho en más amplia escala y aplicado, esta vez, a la apreciación de toda la ‘grande’ revolución rusa, vuelta, desgraciadamente, banal y reducida antes tiempos a una caricatura del filisteísmo ortodoxo.” Vol. IX, pp. 84-85.

<sup>378</sup> Vol. IX p. 42-43.

<sup>379</sup> “‘Todo el terror francés’- escribía Marx en el 1848 en la célebre *Neue Rheinische Zeitung*- ‘no fue otra cosa que un medio plebeyo para ajustar las cuentas con los enemigos de la burguesía, con el absolutismo, el feudalismo y el espíritu pequeño burgués’. ¿Alguna vez, han reflexionado estas palabras de Marx aquellos que, en la época de la revolución democrática, agitan en frente de los ojos de los obreros socialdemócratas rusos el espectro del jacobinismo?”. Vol. IX, p. 50.

<sup>380</sup> Vol. IX, p. 119.

<sup>381</sup> Vol. VIII, p. 349-50.

<sup>382</sup> Vol. IX, pp. 35; 48.

<sup>383</sup> Vol. IX, p. 21.

para Lenin y cuál la diferencia con el Marx del *Manifiesto*? Emerge el horizonte abierto por Marx, vimos, después de la derrota del cuarenta y ocho: la relación entre clase y masas populares. Porque, argumenta, lo que está en causa es la democracia política, la contradicción es entre autocracia y pueblo revolucionario. Sin embargo, porque el pueblo es él mismo una contradicción social entre “el proletariado, la fuerza principal, y los campesinos y todos los elementos pequeño-burgueses”, el devenir de la primera depende de cómo se conceptualice la segunda.

Los cadetes, la burguesía liberal, “saben perfectamente de la primera contradicción”, por eso laudan el programa menchevique y tachan el bolchevique de “terror jacobino”, al fin de resolver una revolución en la cual el elemento campesino y obrero es él efectivamente el predominante en el predominio del bloque agrario-industrial. Para los mencheviques, el proletariado y la pequeña burguesía no pueden poseer una única voluntad, siendo ésta una perspectiva que, asumida como un *a priori*, apela al partido rigurosamente clasista anulando este partido -y aquí la originalidad de Lenin- como problema histórico-político, contrapuesto como tal a “una interpretación abstracta, metafísica del concepto de ‘única voluntad’”.<sup>384</sup>

“La socialdemocracia “descompone el ‘pueblo’ en ‘clase’ *no para que la clase de vanguardia se cierre en sí misma*, se asigne límites restringidos, castre su propia actividad por temor que los padrones económicos del mundo se alejen, sino para que ella misma, no sufriendo las dudas, la inestabilidad, la indecisión de las clases intermedias, pueda pelear con energía, con entusiasmo aún más grande, para la causa del todo el pueblo, *a la cabeza de todo el pueblo*”.<sup>385</sup>

Precisamente porque la unidad entre proletariado y masas pequeño-burguesas concierne, exclusivamente, una coincidencia de intereses en relación a la democracia, precisamente porque el pueblo es socialmente heterogéneos, la intransigencia de clase y, con aquella, la capacidad de transitar hacia la lucha por el socialismo, implica saber forjar, dirigiéndolo, lo popular, encuadrándolo como la “unidad *real*” del proceso revolucionario.<sup>386</sup> Que el proletariado vaya “mucho más allá de la revolución democrática”<sup>387</sup> no es algo socialmente dado, sino depende de la relación que establece, a través de su programa, con el pueblo, siendo éste, quisiera enfatizar, el sentido último de la *revolución permanente* según Lenin. Asegurar que la historia, la revolución, permanezca en movimiento ascendente conlleva saber distinguir entre el pueblo como realidad social, una dimensión estática, y como fuerza política, un proceso dinámico

---

<sup>384</sup> Vol. IX, p. 75

<sup>385</sup> Vol. IX, 99. Las cursivas son mías.

<sup>386</sup> Vol. IX, p. 88.

<sup>387</sup> Vol. IX, *ibidem*.

mediado por una labor ideológica, una capacidad dirigente. Como en el caso de la crítica a los economistas en el *¿Qué hacer?*, nuevamente lo importante para Lenin no es el sentido inmediatamente social de los intereses de clases, sino la capacidad de articularlos y al fin de ir conformando una fuerza unitaria capaz de aviar y sostener un cambio de la *forma Estado*.<sup>388</sup>

Si el campesinado representa el baluarte de la revolución democrática porque en antítesis social con la autocracia feudal, su proceder como fuerza efectivamente revolucionaria depende de cómo el partido obrero encuadre la cuestión social en relación a la política. “Los campesinos son atados a la revolución no solamente por la transformación agraria radical, sino también por todos *sus intereses generales y permanentes*”.<sup>389</sup> Por tierra y libertad. El razonamiento de Lenin no procede según una antítesis entre propiedad privada y social, sino según la contradicción, en proceso, entre una reivindicación social burguesa, el interés de la gran masa del pueblo en la pequeña propiedad, y los límites políticos entre los cuales la burguesía como capacidad estatal puede, y busca, enjaular esta masa dado su mismo potencial democrático. El problema de la alianza obrera-campesina concierne, en fin, la conformación de un interés *realmente* unitario, razón por la cual el marxismo no puede reducirse, como *praxis*, a una mera actividad de propaganda, y, en este caso, a fórmulas de principio sobre el reparto de tierra.<sup>390</sup>

El hecho que la burguesía, por su tendencia al compromiso con el zarismo, no pueda satisfacer la demanda de tierra, no convierte automáticamente el campesinado en una fuerza revolucionaria. La clave reside en atribuir, por iniciativa del proletariado, un rol activo a los sectores populares, convirtiéndolos en protagonista de la puesta en práctica de sus propias reivindicaciones. El medio, la palabra de orden: “organización inmediata de comités campesinos revolucionarios.”<sup>391</sup> Su sentido: asegurar la correspondencia entre forma y contenido, gobierno provisional y pueblo armado y organizado; una sociedad

---

<sup>388</sup>“Estas fuerzas no pueden ser ni la gran burguesía, ni los grandes propietarios terratenientes, ni los industriales, ni la ‘sociedad’ que sigue los *osvobodentsy* [...] Necesitan demasiado el zarismo, con su aparato policial y burocrático, sus fuerzas militares dirigidas en contra del proletariado y los campesinos, para poder aspirar a su destrucción. No, la fuerza capaz de llevar una victoria decisiva en contra del zarismo puede ser solamente el *pueblo*, es decir el proletariado y los campesinos, si se consideran las grandes fuerzas principales y se reparten entre los unos y los otros la pequeña burguesía rural y urbana (también ella el pueblo)”. Vol. IX, p. 47-48. Las cursivas son de Lenin.

<sup>389</sup>Vol. IX, p. 88.

<sup>390</sup> Limitarse a enfocar el ordenamiento jurídico de la propiedad implicaría leer la situación histórica estáticamente; en la perspectiva de Lenin, al contrario, lo fundamental es el elemento dinámico y, como tal, histórico-político. Gruppi, *ibidem*, p. 78. En el 1905, el POSDR tiene que asumir la demanda de tierra del pequeño propietario mientras, veremos, a partir del 1907, el programa agrario bolchevique sostendrá la “nacionalización” de la propiedad y el usufructo privado en la medida en la cual el mismo movimiento campesino se ha pronunciado en esta dirección.

<sup>391</sup>Vol. IX, pp. 80; 82.

política que se apoya en la insurrección popular y una sociedad civil que consiste en la organización de esta misma insurrección.

En fin, por primera vez, en *Dos tácticas*, emerge una elaboración de la revolución según Lenin como nueva relación entre sociedad política y sociedad civil, como *nueva forma Estado* en proceso, la cual, apelando al principio de la soberanía popular, expresa tanto el interés en ella de la mayoría pequeño-burguesa, así como el antagonismo de clase entre esta masa y el proletariado. El desarrollo de esta ulterior contradicción, la transición de la lucha por la democracia hacia la lucha por el socialismo, tiene como su premisa indispensable la capacidad del proletariado de entablar una relación con el pueblo en contradicción con la liberal.

Enfocando la cuestión campesina, Lenin enfatiza el contraste, que “la democracia esconde atrás de sí”, entre una palabra de orden, la República, que, bajo iniciativa obrera, involucra los intereses de toda la nación porqué eleva, a través de un determinado programa y formas organizativas, las masas populares a *una posición activa*, y el involucrar, por medio de esta misma palabra, los intereses de toda la nación, manteniéndola entre los parámetros del pasado, la nación según los grandes propietarios, la nación según *la pasividad del pueblo como masa*. El devenir progresivo de esta relación entre fuerzas depende de los *métodos prácticos* capaces de “elevar, con palabras de orden, la pequeña burguesía revolucionaria y republicana, y especialmente los campesinos, al nivel del democratismo consecuente del proletariado”,<sup>392</sup> y al fin de prevenir, apunta, que la pequeña y media burguesía se organice en un grande partido popular.

“Sólo quien no comprende nada de aquello que acontece hoy día en Rusia puede dudar que ya existan los gérmenes de este partido. Es nuestra intención dirigir (en el caso la gran revolución rusa se desarrolle con éxito) no sólo el proletariado organizado por el partido social-democrático, sino también esta pequeña burguesía capaz de marchar a nuestro lado”.<sup>393</sup>

La posición menchevique representa la misma eventualidad de un partido obrero bajo dirección pequeño-burguesa, la derrota de una dirección obrera, posible y necesaria, del partido campesino-popular (los *trudoviki*). Un partido socialdemócrata, él según los mencheviques, incapaz de comprender cómo la lucha por el socialismo puede florecer solamente en el terreno del capitalismo dada la inevitabilidad de este mismo desarrollo para el marxismo según Lenin.<sup>394</sup> La democracia para Lenin expresa el desarrollo del capital como aquel del proletariado en cuanto fuerza libre de las “las mínimas

---

<sup>392</sup>Vol. IX, p. 89.

<sup>393</sup>Vol. IX, p. 38.

<sup>394</sup>La posición menchevique busca “la salvedad obrera dondequiera, excepto que en el desarrollo ulterior del capitalismo”. Vol. IX, p. 41-42

concesiones” al pasado. Sostener los intereses sociales pequeños burgueses -*en primis* la repartición de tierras- es necesario no porque asegura el pleno desarrollo del capitalismo como forma social, una dimensión económica estáticamente interpretada, sino en cuanto garantiza una clarificación de los antagonismos sociales específicos de la nueva época en oposición a la forma en la cual la burguesía rusa necesita, y procura, obscurecerlos: estrechando un compromiso político con el viejo mundo.

No emerge nada inevitable o socialmente dado: “las masas campesinas se encuentran en relación con la democracia revolucionaria y republicana con las mismas reservas y las mismas condiciones válidas para la clase obrera en relación a la socialdemocracia.”<sup>395</sup>

Porque la relación entre clase y política no es una relación de identidad inmediata, la cuestión de los intelectuales vuelve a ocupar un rol fundamental en las reflexiones de Lenin, ahora empeñado en esclarecer el contenido histórico-político del “jacobinismo”.<sup>396</sup>

La burguesía liberal, por medio de sus voceros culturales, acusa los bolcheviques de representar el terror de la minoría que llama abstractamente, irracionalmente, las masas a la insurrección.<sup>397</sup> Una mistificación no solo del bolchevismo, sino del mismo jacobinismo histórico francés, la cual, empero, sería un error ignorar, porque, en su mismo carácter de mistificación, constituye una vía de acceso a la comprensión del presente como de una relación entre fuerzas. La palabra, anota, es acción y su abuso un fenómeno común en política.<sup>398</sup> Los cadetes deforman el lenguaje al fin de conferir a la socialdemocracia según sus parámetros, la menchevique, la apariencia de una coincidencia con su sentido marxista. Una operación ideológica necesaria en la misma medida en la cual el carácter popular, de masa, de la revolución va efectivamente desplegándose.

El razonamiento de Lenin respecto al jacobinismo es original, complejo y volcado a demostrar el purismo de clase como un punto de vista subalterno a la *praxis* de los cadetes. Frente a los nuevos brotes insurreccionales populares suscitados por la violencia de las “centurias negras”, el intelectual liberal, utilizando despectivamente el término

---

<sup>395</sup> Vol. IX, p. 39.

<sup>396</sup> Si el jacobinismo, enfatizaba Haupt, representa la historia-símbolo de la burguesía revolucionaria, la Comuna aquella del proletariado, y ambas constituyen los dos mitos en torno a la cual ha ido, e irá, definiéndose la identidad del movimiento obrero no como proceso unitario, sino como embate entre fuerzas político-ideológicas para definir la relación entre democracia y socialismo. Cfr. Haupt, *ibidem*.

<sup>397</sup> Éste el juicio expreso por una revista cadete sobre bolchevique y menchevique, así como citado por Lenin: “El rasgo político principal de la ‘mayoría’ es un revolucionarismo abstracto, el espíritu de revuelta, el deseo de suscitar con cualquier medio la

insurrección de las masas populares y de adueñarse inmediatamente del poder en su nombre [...] los ‘leninistas’ son empujados por las ideas limitadas del revolucionarismo; rechazan cumplir cualquier trabajo práctico que no sea la preparación inmediata de la insurrección [...] la minoría, al contrario [...] salvaguarda, al mismo tiempo, los elementos realistas de la concepción marxista del mundo [...] concibe la lucha del proletariado -en los límites, se entiende, dictados por los dogmas de la socialdemocracia- con una lucidez realista y con la clara conciencia de todas las condiciones de esta lucha y de sus tareas concretas.” Vol. IX, p. 103.

<sup>398</sup> Vol. IX, pp. 104-105; 114



“jacobino”, separa entre teoría y masas así como éstas se encuentran en una situación de crisis estatal y, tachando de jacobinismo el adversario, cumple una operación de ocultamiento que devela, indirectamente, su propio programa político. Sosteniendo la inmadurez del pueblo por la democracia, denunciando su supuesta caída, por manos de los bolcheviques, en un “republicanismo ingenuo” y alabando, “*en vía de principio* los neokristas” -el marxismo del sentido práctico, empírico, prudente-, la intelectualidad liberal busca prevenir una posibilidad que los mencheviques simplemente ignoran. La sutileza del discurso liberal reside en atribuir a los métodos insurreccionales un carácter meramente técnico, separando el sentido de “jacobino” del elemento plebeyo, de la sensibilidad histórica hacia el pueblo, y al fin de volver a entablar con este último la vieja relación, conservadora y paternalista, sostenida por la autocracia. Mientras los cadetes sosiegan el proletariado indicándole “la nuestra es una revolución de todo el pueblo, [y] en cuanto clase distinta tienes que limitarte a tu lucha de clase”, el jacobinismo, la supuesta “poqueza revolucionaria” de los bolcheviques, le aclara que, siendo la revolución de todo el pueblo, la clase obrera tiene que ampliar la forma y el contenido de la lucha de clase como lucha política.<sup>399</sup> La batalla por el “buen sentido”, en fin, es una batalla por definir los límites entre los cuales la política del proletariado tiene que ser conducida en relación a los sectores populares, y la interpretación negativa del jacobinismo es necesaria a la burguesía por avanzar su propia constitución como clase general, nacional preveniendo la del proletariado. Los bolcheviques, el programa revolucionario del “partido extremo” según los cadetes, son jacobinos, empero, no por llamar a la insurrección inevitable, sino por sostener su necesidad política dada la situación histórico-determinada.<sup>400</sup> Llamar a la insurrección en ausencia de acción abierta de las masas y dejar la iniciativa al adversario no obstante las masas insurrectas constituyen un mismo horizonte para Lenin. Aquello que era el viejo abstractismo social-revolucionario en una situación de equilibrio entre fuerzas, el insurreccionalismo, roto este equilibrio por iniciativa de las masas, abierta una situación de crisis estatal, representa el punto de vista de la pasividad. En el primer caso no se comprendía la necesidad de una lucha de posición, en el otro, ignorando el movimiento, se lo aminora en cuanto a su mismo alcance. Los mencheviques son los nuevos girondinos, los “ideólogos inconscientes de la pequeña burguesía”, aquellos que se contentan “de la palabra sin

---

<sup>399</sup> Lenin, Vol. IX, p. 108.

<sup>400</sup> “Hablar de inevitabilidad en el sentido de la certidumbre de un acontecimiento concreto [...] es cosa inútil”. Lenin, Vol. IX, p. 58.

formular con *claridad la palabra de orden*.<sup>401</sup> Los “jacobinos” del 1905, al contrario, son quienes, en el 1902, cuando “la acción abierta de las masas era tarea del mañana”, lanzaban el llamado a la revolución democrático-popular como estrategia de preparación y agitación. Una palabra que, en calidad de creación de condiciones, de acumulación de fuerza, ha sido sobrepasada “por un movimiento que ha ido adelante”, mientras así como busca ser re-significada por los liberales, o sea como creación de “condiciones sociales y psicológicas” para la democracia dada una masa supuestamente atrasada, cubre “la hipocresía de los cadetes y el seguidismo de los mencheviques”.<sup>402</sup>

Quisiera subrayar cómo la batalla de Lenin para reapropiarse del término “jacobino” conforme uno mismo con su esfuerzo para definir la inteligibilidad histórica según el marxismo. Citando las *Tesis de Feuerbach* y tachando los mencheviques de haber degradado, vulgarizado, el materialismo histórico, vaciándolo “de aquello que es vivo”,<sup>403</sup> Lenin introduce la política como una relación de unidad-distinción -la identidad siendo nuevamente mediada por el partido- entre el saber de las *condiciones materiales* de la revolución y la capacidad para dirigir las. Al centro de la adversativa entre la desviación hacia la derecha y hacia la izquierda de la socialdemocracia rusa, es una cuestión, enfatiza, *objetiva*. La capacidad del proletariado de “conferir a los acontecimientos el sello de su autonomía” no depende de la posición formal que el partido tomará en el curso de la lucha, de la mera voluntad de sus dirigentes, sino del “éxito material” de un proceso revolucionario.<sup>404</sup> Cuando material, objetivo, indica:

“La combinación objetiva de la acción de las diversas fuerzas sociales. El carácter de estas fuerzas ha sido determinado *en teoría* por el análisis marxista de la realidad rusa, hoy es determinado *prácticamente* por la acción abierta de los grupos y las clases en el curso de la revolución”.<sup>405</sup>

La inteligibilidad de la historia concierne una relación entre fuerzas así como ésta va llevando a cabo un proceso de transformación de la totalidad. Material, objetivo, en fin, no indica el capital como lo socialmente dado, sino la realidad social como proceso político-ideológico, una contradicción entre la fuerza, la capacidad, para la superación, por un lado, o la conservación, por el otro, de una forma Estado:

“¿En qué consiste en realidad la revolución desde el punto de vista marxista? En el abatimiento violento de la sobre-estructura política envejecida, cuyo derrumbe es a un cierto momento determinado por su contraste con las nuevas relaciones de producción.” En la Rusia del 1905 “la sobre-estructura rechina, cede a la presión, se debilita. El mismo pueblo, por medio de los

---

<sup>401</sup> Vol. IX, p. 59. Las cursivas son de Lenin.

<sup>402</sup> Vol. IX, pp. 53; 64.

<sup>403</sup> Vol. IX, p. 86

<sup>404</sup> Vol. IX, *ibidem*.

<sup>405</sup> Vol. IX, p. 45.

representantes de sus distintas clases y distintos grupos, tiene que crearse una nueva sobre-estructura [...] Todos reconocen la revolución, ahora se trata de determinar *cuáles* clases precisamente y *cómo precisamente* deben edificar la nueva sobre-estructura”.<sup>406</sup>

El capital, en su calidad de contradicción entre estructura y superestructura es él mismo un embate, afirma, por dirigir una crisis en proceso; en un caso haciendo avanzar, en el otro regulando, frenando, la “profundidad del antagonismo entre la ‘sobre-estructura arcaica de la sociedad y las fuerzas vivas de la época moderna”.<sup>407</sup> En el 1905, la clase obrera según Lenin tiene que superar el pasado ideológico en el cual la burguesía necesita conservar las masas campesinas.<sup>408</sup> Por esa misma razón, el “jacobinismo” al cual Lenin se refiere es el del 1873, el de la Comuna,<sup>409</sup> el término indica una historia que, permitiendo distinguir entre época, permite identificar una problemática. Reivindicando la palabra, los bolcheviques, apunta, son “los jacobinos de la socialdemocracia contemporánea”, o sea, el paralelismo con el pasado no concierne ni la forma, ni el contenido, sino el proceder de la historia como una nueva relación entre fuerzas.

¿Qué significa, empero, fuerzas históricas para Lenin? ¿Suficiente enfatizar, así como señala Gruppi, que las clases no representan, en su perspectiva, una categoría abstracta, sino “unas relaciones recíprocas” que, enfocadas como tales, como totalidad, vuelven la historia, lo concreto, inteligible en su calidad de determinación específica?<sup>410</sup> ¿Cuáles “relaciones recíprocas” aísla Lenin al fin de especificar una situación histórico-concreta? En la discusión sobre el jacobinismo, el acento recae en la forma, los métodos, a través de los cuales el contenido, el movimiento obrero, “debe edificar la nueva sobre-estructura” en oposición a la forma en la cual busca hacerlo el adversario. Lenin va aislando los mismos límites de época, la contraposición entre el tiempo de la burguesía y el tiempo del proletariado. “Ser jacobinos”, en fin, apunta al problema conceptual profundo del marxismo como filosofía de la *praxis* o, en otras palabras, nos muestra el mismo Lenin preguntándose cómo reintroducir la política en la historia y al mismo tiempo atribuirle una dimensión necesaria, teórica. Su personal solución: historicizar la necesidad como horizonte de las masas así como éstas se encuentran ideológicamente determinadas.

---

<sup>406</sup> Vol. IX, p. 115. Las cursivas son de Lenin

<sup>407</sup> Vol. IX, p. 49.

<sup>408</sup> Vol. IX, p. 115.

<sup>409</sup> “[...] esto no significa, obviamente, que quisiéramos imitar a cualquier precio los jacobinos del 1873 [...] No tenemos un viejo programa, sino uno nuevo, el programa mínimo del Partido obrero socialdemócrata ruso [...] una palabra de orden nueva, la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos [...] nuevos métodos de

acción en acorde con el carácter y los fines del partido de la clase obrera, que aspira a una integral revolución socialista [...]” Vol. IX, p. 51

<sup>410</sup> Gruppi centra su atención en la política según Lenin como actividad transformadora, y no adecuación pasiva, del sujeto en relación al objeto; un principio que, en mi opinión, permanece abstracto a menos de identificar el plano en el cual Lenin articula política e inteligibilidad histórica. Gruppi, *ibídem*, p. 80-81.

La forma en la cual el proletariado *no* se hizo Estado en la Comuna de Paris indica la vía necesaria para la Rusia del 1905. Si el jacobinismo de la burguesía significó, una vez conquistado el Estado político, utilizar el pueblo como instrumento permanentemente movilizado en contra del viejo orden político, la construcción del consenso activo y organizado de las masas en lucha por la conquista de la democracia es el pueblo que, bajo dirección obrera, quiere y sabe hacerse Estado, exactamente aquello que los comuneros tenían que, y no lograron, asegurar. El éxito de la revolución no depende, enfatiza Lenin, de la voluntad de los dirigentes, de la minoría resoluta según la forma en la cual lo fueron los jacobinos franceses, sino de la voluntad, surgida en el mismo pueblo ruso, de “instaurar *un ordine nuevo*”.<sup>411</sup> Los métodos jacobinos, “conformes a las condiciones objetivas del periodo en el cual vivimos,”<sup>412</sup> consisten en asegurar el carácter popular de toda revolución en la medida en la cual esta misma:

“instruye con una rapidez y profundidad que sería inverosímil en época pacífica de desarrollo político. Y, esto lo importante, *instruye no solo los dirigentes, sino también las masas*”<sup>413</sup>

Es la maduración política del pueblo, aún todavía limitada no solo por las condiciones en las cuales versa la masa campesina, sino, y sobre todo para Lenin, por lo que concierne la capacidad del proletariado de relacionarse con ella, que indica e impone al partido socialdemócrata una acción cuyo fin, insiste una y otra vez, es ampliar las mismas bases del proceso revolucionario.

“¿Tendrá la clase obrera la función de un auxiliar de la burguesía, poderoso por la fuerza de su asalto en contra de la autocracia, pero impotente políticamente, o tendrá la función de hegemón en la revolución popular? De eso depende el éxito de la revolución.”<sup>414</sup>

En el 1902, en el *¿Qué hacer?*, la lucha por la hegemonía constituía, vimos, un proceso de acumulación de fuerza por la constitución de una fuerza política cuya autonomía dependía del vínculo necesario entre partido de vanguardia y masas populares. En el 1905, en *Dos tácticas*, esta autonomía es el proletariado como “combatiente de vanguardia por la democracia”; la capacidad de este partido de dirigir un proceso revolucionario de masa, popular, en curso. Tal capacidad de dirección indica mucho más en Lenin, según mi lectura, que hegemonía política: expresa una combinación de hegemonía política y civil. Aunque su reflexión no se extiende al problema de la relación entre política y cultura -un

---

<sup>411</sup> “Una situación nueva ha sido creada por la revolución iniciada en Rusia, es decir, por el contraste total, decidido y abierto, entre la inmensa mayoría del pueblo y el gobierno zarista. [...] las masas son

conscientes de la necesidad de instaurar un nuevo orden”. Vol. IX, p. 16.

<sup>412</sup> Vol. IX, p. 21.

<sup>413</sup> Vol. IX, p. 21.

<sup>414</sup> Vol. IX, p. 13.

salto cualitativo para el cual habrá que esperar a Gramsci-, el énfasis constante de Lenin en la contradicción entre una participación activa o pasiva de los sectores populares al proceso revolucionario es él mismo que llevará Gramsci, abierta la revolución del 1917, a considerar los bolcheviques como quienes han realmente entendido el *Capital* según Marx: como una historicización política del presente.<sup>415</sup>

Una historia que constantemente impone a la revolución nuevas formas:

“Las tareas concretas deben ser puestas en un ambiente concreto. Todo es relativo, todo pasa, todo se transforma [...] la verdad abstracta no existe. La verdad es siempre concreta”.<sup>416</sup>

La constante, en Lenin, es una problematización del partido- presente desde los tiempos del *¿Qué hacer?*- como una dialéctica histórica entre dirección y espontaneidad. Lo que varía en *Dos tácticas* es el énfasis en la misma revolución como proceso creador de nuevos ordenamientos sociales, en su perspectiva otras tantas formas de poder.<sup>417</sup> A través del hincapié, casi obsesivo en el 1905, en la revolución como emersión de un *orden nuevo*, Lenin contrapone al marxismo vulgar porque abstracto, el marxismo/praxis en tanto que otra concepción, autónoma de la liberal, no sólo de la revolución democrática, sino, y por medio de ella, de la misma revolución socialista. No se trata, obviamente, de impugnar el carácter de clase de la primera, las “raíces económicas profundas de la política”, sino de formular la segunda a partir de otra concepción de la clase, de la relación entre economía y política, en fin, de la historia, según el marxismo. La premisa de toda su reflexión es un problema conceptual profundo, el mismo sentido de la inteligibilidad de la historia como política.

“El grado de desarrollo económico de la Rusia (condición objetiva) y el grado de conciencia y de organización de las grandes masas del proletariado (*condición subjetiva, ligada indisolublemente a la objetiva*) vuelven imposible la emancipación inmediata y completa de la clase obrera [...] estamos convencidos de que *la emancipación de los obreros no puede ser otra cosa que obra de los obreros mismos*, cuando *las masas* no son conscientes y organizadas, preparadas y educadas por una lucha de clase abierta *en contra de toda* la burguesía no se puede ni hablar de revolución socialista”.<sup>418</sup>

---

<sup>415</sup> Regresaré al Gramsci de *La Rivoluzione contro il Capitale* en el V y último capítulo.

<sup>416</sup> Vol. IX, pp. 76-77.

<sup>417</sup> “La hora de las revoluciones difiere de las horas habituales, comunes, de las horas que preparan la historia, exactamente porqué el estado de ánimo, la efervescencia, la condición de las masas deben traducirse y se traducen en acción”; “Las revoluciones -decía Marx- son locomotoras de la historia. La

revolución es la fiesta de los oprimidos y explotados. Nunca la masa popular es capaz de obrar en cuanto creadora activa *de nuevos ordenamientos sociales* como durante la revolución. En tales épocas, si se las considera desde el punto de vista restringido, pequeño burgués, del progreso gradual, el pueblo es capaz de hacer milagros.” Vol. IX, p. 100. Las cursivas son mías.

<sup>418</sup>Vol. IX, p. 22. Las cursivas son mías.

Encontramos en este párrafo la explícita condena del abstractismo revolucionario. El horizonte desde el cual Lenin mira a la política es la clase así como ésta se encuentra históricamente determinada en relación a una totalidad más amplia de sí, a la “burguesía como un todo”, al Estado como unidad política porque ideológica, cuyo eje problemático, vuelvo a insistir, es la relación del poder con lo popular.

“El proletariado espera su propia salvedad no de la renuncia a la lucha de clase, sino del desarrollo de esta lucha, de su amplitud, conciencia, organización y decisión [...] Sí, de la revolución popular.”<sup>419</sup>

A la altura del 1905, hegemonía según Lenin conlleva saber reconocer la perspectiva, el sentido común, en el cual se encuentran las masas al fin de asegurar a la clase obrera una capacidad dirigente invirtiendo, a través de métodos práctico-organizativos, la relación conservadora clase-pueblo-Estado según el capital. Vemos a Lenin encuadrar en un mismo orden el problema epistémico y el programático: en cuanto fuerza histórica, el proletariado es la clase que se sabe a sí misma mientras actúa para superar los límites políticos entre los cuales el adversario quiere mantenerla, y al fin de prevenir una ampliación de sus intereses en la revolución, en un interés de escala y alcance popular.<sup>420</sup> Porqué el horizonte de las masas, en el 1905, es democrático no socialista,<sup>421</sup> autonomía no implica sólo luchar por el Estado político liberal, sino por su misma forma, por un *orden nuevo* que surge en, porque es, el curso de la revolución misma. Será, pronto, el tema de los soviets.

A partir de la centralidad atribuida a la dimensión popular, enfatiza Gruppi, se manifestará en Lenin un criterio metódico-práctico característico de su perspectiva: los órganos de la revolución no se inventan, ni se imponen desde arriba, sino deben surgir, para ser efectivos, del movimiento mismo de las masas. El rol del partido, en cuanto vanguardia, consiste en establecer el sentido político de estos medios evaluando sus alcances y su relación respecto al poder estatal.<sup>422</sup> Lo primario será evitar aplicar esquemas fijos a una situación histórica en continuo desenvolvimiento, el principio que abarca la forma en la

---

<sup>419</sup>Vol. IX, p. 99. Las cursivas son de Lenin.

<sup>420</sup>“No hay que olvidar una circunstancia que se pierde frecuentemente de vista cuando se habla de esta ‘amplitud’. No hay que olvidar que no se trata de las dificultades que el problema presenta, sino del camino para seguir al fin de buscar y encontrar la solución. No se trata de saber si es fácil o difícil volver poderosa e insuperable la amplitud de la revolución, sino de saber cómo se tiene que actuar para aumentar esta amplitud”. Vol. IX, p. 90.

<sup>421</sup>“Hoy Rusia está todavía atravesando la época de su transformación burguesa, y no proletaria; no la cuestión de la emancipación económica del proletariado ha llegado a completa maduración, sino aquella de la emancipación política, es decir (en substancia) la cuestión de la completa libertad burguesa”. Vol. XVIII, p. 342.

<sup>422</sup>Vol. IX p. 84.

cual Lenin buscará dirigir tanto la discusión sobre los soviets, así como sobre el partido, al fin de superar tanto el problema de la relación con los sindicatos, en un caso, así como con las nuevas bases del POSDR, en el otro.

En noviembre del 1905, con una revolución todavía en proceso y caracterizada por una situación de equilibrio entre las fuerzas,<sup>423</sup> Lenin reconoce una transformación en la práctica del movimiento obrero que legitima, a sus ojos, una transformación necesaria de la forma partido. La importancia de la asamblea de diputados surgida en el terreno de las huelgas generales es, enfatiza, haber planteado conjuntamente objetivos económicos y políticos.<sup>424</sup> El lado “relativamente simple” de la cuestión, la relación partido/sindicato - ya delineado, anota, en la época del *¿Qué hacer?*- ha sido superado por el proceder de los eventos. La tarea política ya no consiste en acercar la clase obrera a la socialdemocracia, sino en articular una adhesión de masa, popular, a la revolución por intermediación de un órgano político unitario. La pregunta “soviet o partido” está mal puesta, afirma, en la medida en la cual, en contra del movimiento histórico real, regresaría el primero al ámbito de la lucha económica, restringiendo la labor política del segundo a mera propaganda. Distinguir y articular las tareas del uno y el otro, ésta la dificultad, y lo “absolutamente necesario”.<sup>425</sup>

El soviet, delinea, representa la posibilidad de unificar políticamente un mundo socialmente heterogéneo y, sin embargo, acomunado por la nueva forma en la cual esta heterogeneidad ha ido organizándose y obrando espontáneamente en el terreno de la revolución democrática y a través de un programa surgido entre sus propias filas.<sup>426</sup> Tanto el soviet, así como el partido, juegan un rol político, la labor de vanguardia del segundo consiste en transformar el primero en un poder revolucionario unitario frente a un poder dominante en descomposición. Desde aquí la necesidad de no apelar a la clase, sino a los ciudadanos; de dirigirse a “todas las fuerzas vivas del pueblo”, en particular a los soldados

---

<sup>423</sup> “La lucha política ha llegado a un tal grado de desarrollo que las fuerzas revolucionarias y aquellas de la contrarrevolución se equilibran, o casi, el gobierno zarista ya es impotente para aplastar la revolución y la revolución no es todavía tan fuerte por poder acabar con el gobierno de las centurias negras”. *I nostri compiti e il soviet dei deputati operai*, Vol. X p. 13.

<sup>424</sup> Los obreros, enfatiza, han realizado aquello que los mismos bolcheviques todavía argumentaban. Las reivindicaciones económicas han logrado superar el nivel gremial del antagonismo de clase y las reivindicaciones políticas el nivel económico-corporativo; las primeras expresan no sólo “todo el proletariado [...] sino todos los trabajadores”, las

segundas “todo el pueblo o, mejor, todos los pueblos”. Vol. X, pp. 12-14.

<sup>425</sup> Vol. X, p. 11. “Yo creo que en la dirección de la lucha política sean hoy absolutamente indispensable al mismo grado *tanto* el soviet (transformado en el sentido que precisaré inmediateamente) *cuanto* el partido”, *ibidem*, p. 13. El subrayado es de Lenin.

<sup>426</sup> Un programa que “ya ha sido formulado en pleno por la realidad [...] ya ha sido aceptado, en línea de principio, por todos los elementos conscientes de todas las clases y de todos los estrados de la población [...] falta sólo conducir a término y coordinar la acción que ya ha sido emprendida y es dondequiera en acto”. Lenin, Vol. X, p. 16

y campesinos, y en nombre de tierra y libertad.<sup>427</sup> Es nuevamente la hegemonía en su doble cara de Jano, política y civil: unificación organizativa, por iniciativa y dirección del partido, de un proceso revolucionario de masa y educación al socialismo vía la experiencia, por parte de estas mismas masas, de una “lucha real”.<sup>428</sup> Una labor que realizan prácticamente e justifican incoherentemente, señala, aquellos obreros que, socialistas revolucionarios, protestan en contra de la subordinación del soviets a un solo partido y no comprenden aquellos socialdemócratas que, sosteniendo lo contrario y confundiendo una capacidad dirigente efectiva con la propaganda de principios abstractos, arriesgan la alianza en proceso entre fuerzas socialistas y democráticas, frustrando, de esta forma, la dimensión popular de la revolución. El soviets no es “otra cosa que el *órgano* de la insurrección que ya madura y se desarrolla”;<sup>429</sup> es la dialéctica entre la ampliación del proceso revolucionario y la autonomía política de clase, así como ésta tiene su síntesis en un “centro de dirección *práctica* de masas” capaz de asumir, como gobierno efectivamente libre y popular, las funciones del Estado re-absorbiéndolas en la sociedad. El Soviet, en fin, en cuanto “*gobierno revolucionario provisional* en embrión”.<sup>430</sup>

Paralelamente a la discusión sobre los soviets, y en proximidad del IV Congreso del partido, vemos a Lenin elaborar el concepto de centralismo democrático.<sup>431</sup> Dada la necesidad de asegurar una dimensión popular a la revolución, la definición del principio electivo, de la representación de abajo hacia arriba, de la transición del partido de clase al partido de toda la clase, no es formulada en términos de reglas operativas, sino ampliada al problema conceptual del surgimiento y consolidación de una voluntad colectiva. Con

---

<sup>427</sup> “Ciudadanos -habría que decir en la declaración de guerra, en el manifiesto del gobierno revolucionario, ciudadano elijéis. [...] Por un lado, toda la vieja Rusia [...] por el otro una unión de ciudadanos libres y abastecidos de los mismos derechos en todas las cuestiones políticas [...] Por un lado, la unión de los explotadores [...] por el otro, la unión de todos los trabajadores, de todas las fuerzas vivas del pueblo, de todos los intelectuales honestos [...] ¡Ciudadanos, elijéis! [...] no queremos imponer al pueblo ninguna invención ideada por nosotros, sino limitarnos a tomar la iniciativa de poner en prácticas aquellos cambios sin los cuales ya no se puede vivir en Rusia” Vol. X, p. 18.

<sup>428</sup> Vol. X, pp. 15-16

<sup>429</sup> Vol. X, p. 15. Las cursivas son de Lenin. Por esta misma razón “el partido tiene que elegir el sólido núcleo del gobierno revolucionario e integrarlo con los representantes de todos los partidos revolucionarios y de todos los demócratas revolucionarios (obviamente, solo los revolucionarios, no también los liberales)”, Vol. X, p. 17.

<sup>430</sup> Vol. X, p. 13. En las tesis sobre la táctica para presentarse al IV Congreso, (*Piattaforma tattica per il congresso di unificazione del POSDR*): los soviets, surgidos en el terreno de las huelgas políticas de masas, tenían que ser transformados en “órganos de la lucha revolucionaria general”. Vol. X, p. 15.

<sup>431</sup> Un partido que tiene su expresión democrática en la abierta discusión de programas y principios en el congreso y la centralista en el obbligo de obediencia a sus resoluciones. En la fase ascendente del proceso revolucionario, con un movimiento obrero de masa que empujaba en sentido unitario, y un bloque dominante entre zarismo y burguesía liberal todavía en proceso de constitución, el IV Congreso (abril-mayo 1906, Estocolmo) declaraba formalmente la reunificación de las dos corrientes, confirmando la mayoría a los mencheviques y sin resolución de los profundos contrastes. Lenin se habría pronunciado a favor después de haber elaborado los principios para la construcción de una unidad efectiva. Cfr. Gruppi, *ibidem* y también Lenin, *Sulla riorganizzazione del partito*, Vol. X, p. 28



la expansión de las bases del POSDR y la entrada de representantes de sectores otros a los obreros, Lenin vuelve a enfocar la relación entre dirección política de clase y espontaneidad de masa. El acento recae en el partido como expresión de una fuerza popular que, por intermediación de la iniciativa de “intelectuales socialdemócratas”, organiza su propia capacidad dirigente. La superación del partido de vanguardia, su democratización, no tiene que ser, enfatiza, una palabra, sino una práctica, una palabra de orden: “ir *entre* el pueblo”.<sup>432</sup> Si la presencia en el gobierno de las fuerza de la reacción obliga a defender y reforzar el núcleo clandestino, la ilegalidad tiene que superarse, en cuanto “cauteladas conspirativas”, a través de una “elaboración original, creativa”, mutando tanto los “métodos de la propaganda y agitación”, así como los organizativos, en ambos casos evitando las normas rígidas, las fórmulas extrañas a la experiencia de vida de los mismos sectores populares.<sup>433</sup>

#### 2.4. Revolución y Estado de compromiso

La permanencia del movimiento ascendente culminaba en la insurrección de diciembre del 1905, derrotada la cual ni las fuerzas de la revolución ni aquellas de la contrarrevolución habían encontrado la manera de prevalecer una sobre la otra. Un equilibrio incierto resuelto abruptamente y en sentido reaccionario en el 1907, con la repartición del poder político entre los representantes de los grandes propietarios agrarios y aquellos de la gran burguesía industrial.<sup>434</sup> Al estancamiento del proletariado se aúna

---

<sup>432</sup> Vol. X, p. 158.

<sup>433</sup> En un caso “necesidad de una mayor popularidad, habilidad de enfrentar las cuestiones, capacidad de explicar en la forma más sencilla, clara y realmente persuasiva”, en el otro, “conocimiento de las condiciones locales y sobretodo iniciativa de todos los inscritos”. En ambos casos evitar “indicar alguna norma prefijada, porque se trata de una obra nueva,” cuyo fin es perseguir la máxima ampliación “a través de todos los caminos y todos los medios que tenemos disponibles”. Vol. X, pp. 24-25.

<sup>434</sup> Desde febrero hasta diciembre 1905, la gran burguesía había permanecido dividida entre un ala derecha de los partidos liberal-monárquicos, declaradamente contrarrevolucionaria (los octubristas), y un ala de izquierda (los cadetes), que todavía oscilaba entre la aspiración a apoyarse sobre el pueblo y el pánico frente a su iniciativa revolucionaria. Vol. X, p. 153. La permanencia de la revolución en movimiento ascendente cubre desde la Duma de Bulyghin, el órgano consultivo propuesto por el zarismo después de febrero 1905 y al cual, en

noviembre, habían “dado las espaldas todos, a excepción de lascenturias negras” hasta la formación, después de la derrota de la insurrección popular, de la “Duma Cadete” (Duma de Witte, convocada en abril 1906 y disuelta por el zarismo en julio del mismo año). Iniciado en el 1906 el movimiento descendente, el golpe de Estado del junio 1907 disolvía la II Duma (Duma Stolypin), el primer ministro convocando a elecciones por medio de una ley que incrementaba notablemente la representación de los grandes propietarios y de la alta burguesía y reducía la ya escasa representación obrera y campesina, así como de las minorías nacionales (III Duma, octubrista, 1907-12). Gruppi, *ibidem*, p. 91 y Lenin, Vol. XIII, p. 230-31. En la fase ascendente, Lenin ha sostenido, en polémica con los mencheviques y las varias franjas del populismo, la vía de la insurrección popular en contra de la lucha legal en “el terreno pseudo-constitucional” de la burguesía liberal. Vol. X, p. 19 y pp. 146-47. Después de la derrota, en su perspectiva, la posibilidad de un nuevo desenlace revolucionario permanecía abierta. Los estallidos de la primera mitad del 1906,

una crisis profunda en el partido socialdemócrata;<sup>435</sup> una lucha entre fracciones durante la cual la batalla de Lenin se dirige no sólo en contra de los mencheviques, sino también de una fracción de los bolcheviques, en la medida en que ambos se han vuelto partidarios exclusivos del “desde afuera”, los primeros apelando a la involución de la burguesía liberal, la segunda al riesgo de caída en el parlamentarismo.<sup>436</sup>

Con el regreso de la iniciativa en manos de la autocracia latifundista y la gran burguesía liberal, Lenin elabora el Estado de compromiso como una crisis todavía en proceso y de éxito incierto. El proceder de la contradicción ha mudado de forma: la lucha entre fracciones del nuevo bloque dominante por la partición del poder político ha dejado lugar a la búsqueda de mediaciones necesarias a este mismo bloque al fin de construir una relación orgánica con la sociedad civil. Hay que “impedir absolutamente que en el pueblo se vuelva a conformar la ‘confianza’ en el liberalismo”,<sup>437</sup> lo cual implica, en su perspectiva, mover de regreso de una lucha de movimiento, la vía directa, insurreccional, hacia el camino más largo, “a zig zag”, de una lucha de posiciones, de preparación ideológico-organizativa. Si las varias acepciones de la nueva praxis se irán definiendo mano a mano que las fuerzas derrotadas retomarán la iniciativa autónoma, su común denominador será garantizar la permanencia de la revolución en el terreno de la contrarrevolución a través de una lucha *en dos frentes*.<sup>438</sup>

El primer problema enfrentado por Lenin es la cuestión de la participación socialdemócrata en la Duma. Abierta una situación de crisis, enfatiza, el surgimiento de una nueva superestructura puede advenir solo en el marco de la vieja, razón por la cual la lucha por la primera tiene como condición necesaria una agitación de las masas que

---

“una serie de insurrecciones militares y de huelgas aisladas y parciales”, no coagulaban, sin embargo, en la acción unitaria en nombre de la cual había continuado a sostener el boicot. A partir de la disolución de la Duma cadete, porque “las masas no han sistemáticamente respondido a toda una serie de llamamientos”, se pronunciaba por las elecciones y entrada en una segunda Duma. Una posición que sostendrá y articulará teóricamente aun cuando los cambios de la ley electoral sucesivos volverán la composición de la III, IV y en fin la V Duma siempre más reaccionaria. *Contro il boicottaggio*, Vol. XIII, pp. 15; 28

<sup>435</sup> Vol. XIII, pp. 37-38. En el V Congreso (abril-junio, 1907, Londres), celebrado antes del golpe de Estado, los mencheviques perdían la dirección de un partido que, frente al desencadenarse de la represión, entraba en plena clandestinidad.

<sup>436</sup> *Per L'Unità*, Vol. XVI, p. 135. Entre el 1905 y el 1906 los mencheviques habían tachado el programa bolchevique de ignorar, con la vía insurreccional, el utilizzo de la vía legal como uno de los principios

básicos de la socialdemocracia; a partir del 1906 de ignorar, proponiendo la participación en la III Duma, el carácter reaccionario del Estado. En este mismo periodo, la consigna del boicot se difunde entre las franjas bolchevique y se expresa abiertamente en el 1908 por medio del grupo de los *otzovistas*, los propugnadores del retiro de los diputados socialdemócratas de la Duma al fin de evitar que el grupo parlamentario se constituya en un estado mayor del partido, también sostenedores del rechazo del trabajo en los sindicatos y otras organizaciones legales y semi-legales del movimiento obrero. Reabsorbida la fracción bolchevique disidente, Lenin centra su batalla polémica en contra de los *liquidadores*, el apodo conferido a quienes abogan, entre los mencheviques, por anular la organización del partido revolucionario ilegal sosteniendo la ausencia de márgenes por una acción ofensiva y cuyo órgano ideológico será la revista *Nascia Zaria*, publicada entre 1910 y 1914. Gruppi, *ibidem*, p. 96-97 y Lenin, Vol. XX, p. 558.

<sup>437</sup> Vol. XVIII, p. 10.

<sup>438</sup> Vol. XIII, p. 35.

“desborde por dondequiera los límites de la vieja legalidad”.<sup>439</sup> Entre octubre y diciembre del 1905, “el periodo en el cual el *pueblo* ignoró el viejo poder”,<sup>440</sup> el estado de insubordinación de las masas hacía del anti-parlamentarismo obrero, la posición bolchevique, una elección históricamente necesaria dada una burguesía que buscaba canalizar el movimiento popular del ataque directo en contra de, hacia el compromiso con, el zarismo. Derrotada la vía insurreccional, al periodo anticonstitucional del ascenso revolucionario, sucedió el constitucional de su descenso. Un equilibrio de fuerzas entre:

“Lo viejo, insuficientemente fuerte para negar completamente lo nuevo, y lo nuevo, aun insuficientemente fuerte para abatir completamente lo viejo”.<sup>441</sup>

Con el golpe, el Estado de compromiso en contra del cual se había luchado es un hecho,<sup>442</sup> al mismo tiempo, siendo el junio 1907 el resultado del diciembre 1905, el estado de separación entre sociedad política y sociedad civil, el estado de crisis, no ha quedado resuelto, tampoco en sentido conservador. Del lado de los sectores populares, si la contrarrevolución ha garantizado la pérdida en la infatuación constitucional,<sup>443</sup> las mismas masas han perdido la confianza en la revolución.<sup>444</sup> El problema no es tanto, o no es solamente para Lenin, explicarles que “la hegemonía de los liberales en el movimiento de liberación *ruso* ha siempre signado y *siempre* signará la derrota de este movimiento”,<sup>445</sup> sino asegurar al partido la tribuna más amplia posible al fin de volver a construir “el reagrupamiento de las fuerzas y el desarrollo del movimiento en su conjunto” frente al reagrupamiento, al compromiso, entre el nuevo y el viejo poder social.<sup>446</sup> El partido debe utilizar “todas las posibles instituciones legales, incluido el grupo socialdemócrata en la Duma, al fin de crear puntos de apoyos al trabajo socialdemócratas

---

<sup>439</sup> “Una refutación [de la legalidad] que se manifiesta no sólo en la declaraciones y palabra de orden de las organizaciones, sino en un determinado movimiento de *las masas populares*, que trasgreden sistemáticamente las leyes del viejo poder, que crean sistemáticamente instituciones nuevas, ilegales, pero realmente existentes”. Vol. XIII, p. 19. Las cursivas son de Lenin.

<sup>440</sup> El periodo de los soviets en adversativa a la asamblea; de la lucha entre “las instituciones representativas creadas directamente por la revolución” y las “instituciones ‘constitucionales’ (¡entre comas!) policíacas del tipo de la ‘Duma’”. Vol. XIII, p. 22-23.

<sup>441</sup> Vol. XIII, p. 16.

<sup>442</sup> “Sería una ridícula fobia por la verdad el no querer reconocer abiertamente este hecho, y sería un error deducir de este hecho la admisión que la revolución rusa haya terminado”. Vol. XIII, p. 27.

<sup>443</sup> La lucha en contra de las ilusiones constitucionales constituía, enfatiza Lenin, la dimensión ideológica, “el alma viva” de la agitación bolchevique por el boicot de la I y II Duma. Con el golpe de Estado: “nadie tiene confianza en la tercera Duma; en los estrados de la población capaz de alimentar el movimiento democrático no hay y no puede haber una infatuación por la institución constitucional representada por la tercera Duma, cual fue sin duda la vasta infatuación por la primera, por los primeros intentos de crear en Rusia cualquier tipo de instituciones, siempre que fueran constitucionales”. Vol. XIII, p. 40.

<sup>444</sup> “Boicot es una palabra de orden que acompaña un ascenso en curso, mientras el verdadero lio es que hoy amplias franjas de la población no creen en un ascenso posible, no ven su fuerza” Vol. XIII, p. 41.

<sup>445</sup> Lenin, *La campagna elettorale per la quarta Duma e i compiti della socialdemocrazia rivoluzionaria*. Vol. XVIII, p. 10. Las cursivas son de Lenin.

<sup>446</sup> Vol. XVI, p. 139.

*entre las masas*” y reforzar el trabajo clandestino entre el proletariado para asegurar que el movimiento vuelva a salir del cuadro de la legalidad, o sea, asuma una posición ofensiva capaz de poner en entredicho la nueva forma Estado.<sup>447</sup> Si la más amplia expansión posible de la lucha parlamentaria es necesaria para volver público el programa socialdemócrata, su autonomía ideológica depende de la clase que, manteniéndose organizada en partido revolucionario, garantice unidad y coherencia.<sup>448</sup> Las posiciones de la ultraizquierda bolchevique y de la derecha menchevique son, para Lenin, unilaterales en la medida en la cual, admitiendo exclusivamente la lucha ilegal, en un caso, la legal, en el otro, comparten la misma desconfianza en las posibilidades de la revolución. Los *otzovistas* por considerar las instituciones burguesas reaccionarias *a priori*, los mencheviques por ignorar el carácter contrarrevolucionario de la burguesía rusa.<sup>449</sup>

¿Cuál, entonces, la especificidad del Estado de compromiso para Lenin? La adquisición, “antes de la Duma, en el 1905, y durante la Duma, en el 1906” por parte de la “abrumadora mayoría del pueblo ruso” de la conciencia de la contradicción entre sus intereses y el zarismo ha determinado la paulatina transición de la autarquía de una posición de defensa hacia una posición ofensiva, potencialmente expansiva. El periodo de ascensión revolucionaria fue, paralelamente, aquello de la transición del zarismo de la violencia hacia la conversión de un “instrumento de miedo en instrumento de convicción”, del “espíritu” reaccionario de una fracción de la burguesía, la octubrista, en “espíritu” de la burguesía como un todo, la liberal.<sup>450</sup> El consenso pasivo del campesino, el “espíritu patriarcal del mujik”, una vez entrado en crisis, ha sido sustituido con el espíritu contrarrevolucionario de “*toda la burguesía*”, gracias al cual ha sido posible “conducir enérgicamente, a un ritmo rapidísimo, una política burguesa con respecto a la vida rural”,<sup>451</sup> siendo el programa agrario, enfatiza, “la última política posible por el zarismo”.<sup>452</sup>

---

<sup>447</sup> Vol. XVI, p. 135. Las cursivas son mías.

<sup>448</sup> Una participación en la Duma condicionada por el control del grupo parlamentario por parte del partido. “De hecho la necesidad de sostener la posición del partido en los problemas menores, de proporciones más modestas, por razones particulares, manteniéndose en el cuadro de la legalidad, exige que se vigile para que estos objetivos y palabras de orden no sean mutilados, al fin que los cambios de la forma de lucha no destruyan el contenido mismo de la lucha, no debiliten la intransigencia, no deformen las perspectivas históricas.” Vol. XVI, p. 141 y Vol. XVIII, p. 9.

<sup>449</sup> Gruppi, *ibidem*, p. 98

<sup>450</sup> Escribiendo en el 1911, después del asesinato de Stolypin y la entrada en crisis de la tercera Duma,

Lenin reconstruye el proceso por medio del cual la burguesía liberal se ha hecho Estado durante la “primera fase en la historia de la contrarrevolución rusa”, el periodo 1906-11: “un periodo realmente original y rico de instructivos enseñamientos”. *Stolypin e la rivoluzione*, Vol. XVII, p. 230.

<sup>451</sup> “Stolypin no es solamente el representante de la dictadura de los grandes propietarios terratenientes feudales. Limitarse a una caracterización de este tipo equivale a no haber entendido nada de la particularidad y el significado del ‘periodo stolypliano’”. Stolypin representa la construcción de la alianza “entre los nuevos elementos burgueses de la Rusia en general y de la Rusia rural en particular”. Vol. XVII, p. 234

<sup>452</sup> Vol. XIII, p. 24.

Derrotada la insurrección popular, Lenin vuelve a enfocar la cuestión campesina en relación a la revolución democrática, elaborando el liberalismo como relación, en proceso, entre la constitución de la burguesía como fuerza política con capacidad estatal y la transformación de las relaciones sociales del campo en sentido burgués.<sup>453</sup> La condición para la permanencia de la revolución es ahora desglosada como adversativa entre una y otra vía al capitalismo. La modernización productiva del país puede acontecer, y está aconteciendo en Rusia, según formas contrapuestas y en lucha entre sí: “tanto a través de una reforma, cómo de una revolución”.<sup>454</sup> Su eje es una relación entre la fuerza de los grandes propietarios y aquella de las masas campesinas para definir la manera de actuar la reforma agraria.<sup>455</sup>

El punto de partida de la meditación política de Lenin es nuevamente la revolución en su carácter de masa como horizonte de visibilidad histórica, en este caso en cuanto ha aportado al partido del proletariado “una enorme experiencia acerca del movimiento campesino en Rusia, del carácter y el sentido de la lucha campesina por la tierra”.<sup>456</sup> Después de haber vivido las consecuencias de más de medio siglo de reforma agraria conducida “desde arriba”,<sup>457</sup> los campesinos rusos demuestran aspirar, en su gran mayoría,

---

<sup>453</sup> Irá así elaborando las nuevas tareas prácticas de la socialdemocracia, dados “los grandísimos cambios económicos y políticos acontecidos bajo nuestros ojos”. *Progetto di risoluzione sul momento attuale e i compiti del partito*, Vol. XVI, p. 135.

<sup>454</sup> Lenin, *ibidem*.

<sup>455</sup> En un caso, “la vía de tipo prusiano”, la *junker* alemana, la transformación burguesa vía la conservación de las haciendas latifundistas, a partir de la cual la gradual introducción del trabajo asalariado y la intensificación de la producción a través de las mejoras técnicas tienen como consecuencia un desarrollo ralentizado del capitalismo, con eje en la máxima explotación y opresión del trabajo rural, y al lado del cual va gradualmente abriéndose camino una pequeña minoría de campesinos ricos. En el otro, la vía *farmer*, las pequeñas empresas campesinas que, confiscando y fraccionando la propiedad latifundista, se convierten en el único factor económico-social, expresando de su propio seno una burguesía campesina y un proletariado rural y garantizando, junto con el más rápido desarrollo de las fuerzas productivas, el máximo grado de bienestar de la población rural posible en el cuadro de la producción mercantil-capitalista. Una vía, la segunda, que Lenin apoda “vía de tipo americano”, enfatizando así la adversativa entre la eliminación de las relaciones serviles en el campo ejercitando la violencia en contra de las masas campesinas y en el interés de los grandes propietarios -el caso inglés-, o en contra de estos últimos -como fue el caso de la lucha en contra los Estados esclavistas del Sur. La vía de la reforma hacia el capitalismo prevalece, en Rusia, en el centro agrícola del país; la vía de la revolución en las regiones

periféricas; ambas presentes, en sus rasgos fundamentales, en todas las regiones en las cuales “existen al lado una de la otra la empresa del grande propietario y aquella del campesino”. Vol. XVIII, p. 225-229; 240 y 259-60.

<sup>456</sup> *Il programma agrario della socialdemocrazia nella prima rivoluzione russa del 1905-1907*. Vol. XVIII, p. 205. “La lucha entre los intereses de los campesinos y aquellos de los grandes propietarios, que atraviesa como un hilo rojo toda la historia de la Rusia posterior a la reforma y que constituye la más importante base económica de *nuestra revolución*, es una lucha por el uno o el otro tipo de evolución agraria burguesa”. Vol. XVIII, p. 228. Las cursivas son de Lenin.

<sup>457</sup> Inaugurada con la liberación formal de los siervos en el 1861 y renovada con la reforma agraria de Stolypin del 1907. “¿Qué cosa son la nuestra ‘gran’ reforma campesina, la sustracción de las tierras a daño de los campesinos, la transferencia de los campesinos en ‘tierras arenosas’, la instauración de los nuevos ordenamientos de propiedad de la tierra mediante la fuerza militar, los fusilamientos y los castigos corporales? Son la primera violencia de amplia escala ejercitada en contra de las masas campesinas en el interés del capitalismo naciente en la agricultura. [...] ¿Qué cosa es la legislación agraria de Stolypin? [...] éste fomento al saqueo de la obstina por parte del kulak, esta demolición de las viejas relaciones de propiedad en el campo en ventaja de un puño de ricos agricultores a costo de la rápida ruina de las masas? Es el segundo grande paso en la violencia de larga escala ejercitada en contra de la masa campesina en el interés del capitalismo. Es la segunda ‘limpieza de las tierras’

a la superación de las relaciones serviles de explotación en su totalidad, es decir, no sólo a la abolición de la grande propiedad, sino de la propiedad campesina en su forma servil, comunitaria e individual, *obstcina* y *nadiel*.<sup>458</sup> La lucha de la gran mayoría va asumiendo “los rasgos característicos del individualismo pequeño burgués”; el campesino según Lenin va abandonando el socialismo revolucionario por el socialismo popular, la socialización por la nacionalización de la propiedad en nombre del libre desarrollo de la actividad económica privada.<sup>459</sup> En la I y II Duma, los representantes de “las reivindicaciones de los campesinos de toda Rusia”, las minorías nacionales incluidas, se han expresado claramente tanto por la propiedad estatal de la tierra, así como por comités campesinos garantes de la forma de su usufructo y elegidos mediante sufragio universal.<sup>460</sup> “¿Qué es la nacionalización de la tierra propugnada por los trudoviki en la revolución rusa? Es la ‘limpieza de la tierra’ para el capitalismo por obra de los campesinos”,<sup>461</sup> un desarrollo capitalista *clásico* por lo que concierne a la plena modificación de las relaciones sociales por la producción capitalista e históricamente determinado en cuanto única forma de lucha agraria capaz de garantizar, en Rusia, la democracia política.

Lenin toma cuidado en mostrar cómo, en Rusia, el proceder del capitalismo va aconteciendo a través de un cambio del horizonte de las masas campesinas dado el cual no sólo el zarismo, sino la misma burguesía liberal, han tenido que cambiar su discurso por su ineficacia ideológica. Si los latifundistas, “permeados de espíritu burgués”, han dejado caer la exaltación del espíritu del *mujik* para una abierta defensa de la gran propiedad en nombre del desarrollo económico; la fuerza capaz de recomponer la

---

para el capitalismo a obra de los grandes propietarios terreros””. Vol. XVIII, p. 261.

<sup>458</sup> “El ‘igualitarismo’ en la nueva repartición de las tierras es una utopía, sin embargo, la ruptura completa con todas las formas de propiedad terrera - latifundistas, del *nadiel*, ‘de los terrenos de dominio estatal’- necesaria para una nueva repartición es, por un país como Rusia, una medida económicamente progresiva, la más necesaria, la más imperiosa desde el punto de vista democrático burgués”. Vol. XVIII, p. 342 y vol. XVIII, p. 341-42.

<sup>459</sup> Vol. XVIII, p. 254. “Pronunciándose por la nacionalización de la tierra, los *trudoviki* revelan muy claramente en su proyecto las aspiraciones ‘egoístas e individualistas’ de los pequeños agricultores [...] El ‘igual derecho a la tierra’ es una frase [...] de hecho ganan inevitablemente y sin falla aquellos que pueden volverse inmediatamente solidos agricultores, que de agricultores en servidumbre *pueden transformarse* en agricultores libres y ricos [...] el proyecto de los ‘104’ no es otra cosa que una plataforma de lucha por la transformación de la parte rica de los campesinos en

condiciones de servidumbres en *farmers* libres” Lenin, Vol. XVIII, p. 256-57. Las cursivas son de Lenin.

<sup>460</sup> Los *trudoviki* -el “grupo del trabajo”- habían surgido como grupo político en el 1906 por iniciativa de los diputados campesinos en la I Duma y alrededor del “proyecto agrario de los 104, ‘la principal y fundamental plataforma de los campesinos de toda Rusia, que se conformaban como una fuerza social consciente” Vol. XVIII, p. 253 y nota 4, p. 585. En el amplio texto dedicado al programa agrario del POSDR, Lenin reproduce las intervenciones en la I y II Duma de todos los grupos políticos representantes de “los intereses y esperanzas del pequeño propietario”. Los “*trudoviki*, los socialistas populares y en parte los socialistas revolucionarios”, aún dadas sus diferencias, y sobre todos los campesinos sin partidos, demuestran, a diferencia de los cadetes y mencheviques, “una clara línea de defensa de los intereses de los campesinos en contra de los grandes propietarios”. Vol., XVIII, pp. 252; 232.

<sup>461</sup> Vol. XVIII, p. 261.

separación entre sociedad y Estado reside en la neutralidad del “punto de vista “estatal”, de la política en abstracto, de las normas, en la “forma burocrática de actuar la reforma agraria” propugnada por los *cadetes*.<sup>462</sup>

Si en un primer momento, los mencheviques sostenían que el programa bolchevique, nacionalización y comités campesinos revolucionarios, habría causado la Vandea -la revuelta reaccionaria campesina por la intervención del Estado en la disposición de sus pequeñas propiedades (*nadiel*)-, una vez reconocido el pronunciamiento de los *trudoviki* en su favor, aducen como explicación la dependencia económica del pequeño propietario del apoyo estatal y, substituyendo las condiciones específicas de la revolución en la Rusia zarista con las condiciones de la contrarrevolución en la Francia napoleónica, tachan a los bolcheviques de favorecer indirectamente el burocratismo estatal, el pilar fundamental de la autocracia zarista. Frente a un pueblo que se ha pronunciado por la única forma de propiedad social garante, en Rusia, del efectivo acceso a la tierra y del único poder local efectivamente garante de democracia, los mencheviques ignoran, enfatiza Lenin, que el campesinado francés, viendo en la pequeña propiedad una barrera en contra del capitalismo, nunca fue, y no podía ser, a favor de la nacionalización, mientras el ruso lo es en cuanto representante de una vía libre, revolucionaria, popular, al capitalismo. Un campesinado, el ruso, que procede hacia la comprensión de la verdadera sustancia de la cuestión agraria: una sustancia política.<sup>463</sup>

Si los *trudoviki* todavía ignoran el problema del Estado, careciendo de una posición autónoma de clase en relación al mismo poder en contra del cual van efectivamente luchando, la causa para Lenin no es el horizonte del campesino, porqué ilusorio en relación al socialismo, sino el obrero, porqué subalterno a la burguesía liberal en su especificidad rusa, o, en otros términos, a la base es la forma capital así como avanza, en Rusia, sin aclararse en su específico antagonismo de clase.<sup>464</sup> El empeño de Lenin se dirige en demostrar cómo la incompreensión populista del socialismo y la menchevique del populismo constituyan dos caras de una misma medalla, cómo la dialéctica revolución-contrarrevolución dependa -y es ésta *la* constante fundamental de su

---

<sup>462</sup> Vol. XVIII, p. 249. Los ejes del programa agrario de los *cadetes*, enfatiza, son la defensa del rescate en contra de la confiscación del latifundio y del municipalismo en contra de la nacionalización. Si el rescate expresa en dinero un tributo social a la gran propiedad, la municipalización elude atrás de la fetichización del poder local la cuestión del poder político real. Vol., XVIII, pp. 230-31. Los mencheviques se oponían a la nacionalización argumentando el reforzamiento del poder local como

instrumento de lucha en contra de una burocratización atribuida, sin más, a la centralización del poder.

<sup>463</sup> XVIII, pp. 243-52.

<sup>464</sup> “Cuál es la causa que genera estas utopías? ¿Por qué han sentado solidas raíces en la Rusia actual? Son generadas por los intereses de las clases que conducen la lucha en contra del viejo régimen [...] y que, sin embargo, en esta lucha, no poseen una posición autónoma”. *Due utopie*, Vol. XVIII, p. 341.

perspectiva- de la adversativa entre una y otra relación que el proletariado establece, por iniciativas de sus dirigentes, con las masas populares: en autonomía o en subalternidad a la forma en la cual tiene que hacerlo la burguesía como capacidad estatal, como liberalismo.

La lucha limitada al principio de “la tierra a quien la trabaja”<sup>465</sup> corresponde todavía al viejo socialismo del pequeño productor que, desde los orígenes del marxismo en Rusia, lo va tachando de sostener la revolución democrática en cuanto garantía de desarrollo capitalista. El acento de Lenin recae, como en la larga polémica con los economistas, en la efectiva reproducción ideológica de *este* marxismo y sus consecuencias. Nuevamente, lo vemos encuadrar el movimiento campesino moviendo el énfasis de sus límites socialistas, hacía los límites del juicio políticamente miope del socialismo ruso; nuevamente critica el populismo historicizándolo y al fin de dirigir el ataque más áspero en contra de los “nuestros”.<sup>466</sup>

Que la reforma agraria impulsada por el bloque dominante impulse el pleno desarrollo del capitalismo en Rusia, no quiere decir, a diferencia de lo alabado por los mencheviques, que los socialdemócratas tendrían que apoyarla, sino todo lo contrario, a menos de ignorar la dialéctica, históricamente determinada, específicamente rusa, entre forma social y forma política.<sup>467</sup> La ignorancia de aquello que realmente es el capital constituye, para Lenin, el error economicista de siempre, en origen del elitismo abstracto con el cual los mencheviques miran al pueblo tachándolo de utopismo, por ignorar la adversativa entre utopismo social campesino, políticamente progresivo, y utopismo político burgués, reaccionario.

Una perspectiva, formalmente falsa desde el punto de vista económico, afirma, puede ser prácticamente verdadera desde el punto de vista histórico. El populismo ruso es la “utopía contemporánea” y, así como el socialismo utópico para el siglo XIX, constituye, para el siglo XX, una vía de acceso a la verdad de la historia como política. En los tiempos de

---

<sup>465</sup>El punto de vista de la producción popular fundamentada en el principio del trabajo, el cual no sale de los límites de la producción mercantil y considera fuente de explotación capitalista sólo la empresa del gran propietario, por considerar fuente de emancipación social aquella del campesino. Vol. XVIII, p. 221.

<sup>466</sup>“El error de todos los populistas reside en el hecho que, limitándose al angosto del pequeño agricultor, no ven el carácter burgués de las relaciones sociales en las cuales entra el campesino liberándose de la servidumbre [...] El error de algunos marxistas reside en el hecho que, criticando la teoría de los populistas, no discernen el contenido históricamente real y

conforme a las leyes históricas de la lucha en contra de la servidumbre”. Vol. XVIII, p. 223.

<sup>467</sup>“Así podría razonar sólo el marxismo vulgar, cuyas semillas son vigorosamente esparcidas por Plekhanov y los mencheviques, los cuales cantan, gritan, invocan y repiten al infinito: hay que apoyar a la burguesía en su lucha en contra del viejo ordenamiento. No. En nombre de los intereses de las fuerzas productivas (este sumo criterio de progreso social) no tenemos que apoyar la evolución burguesa en la forma propugnada por los grandes propietarios terratenientes, sino la evolución burguesa de tipo campesino”. Vol. XVIII, p. 229.



Marx, el socialismo falso desde el punto de vista de las leyes del capital en abstracto, expresaba la verdad de *aquel socialismo*, la conformación, en proceso, de la clase social en fuerza política. Igualmente, en Rusia, el populismo expresa la verdad de *esta* historia como política, la historia de este capitalismo y, por lo tanto, de esta democracia como de este socialismo.<sup>468</sup>

“Mal marxista”, enfatiza, aquél que no reconoce en el socialismo retrógrado, el carácter progresivo del radicalismo democrático de la pequeña burguesía, en los principios del igualitarismo en abstracto, la aspiración concreta, social, de las masas populares a la emancipación política.<sup>469</sup> “Absurdas y reaccionarias desde el punto de vista de la lucha por el socialismo”, las teorías populistas no sólo son “racionales y progresivas”<sup>470</sup> en relación a la lucha en contra del feudalismo, sino, ésta la preocupación fundamental de Lenin, pueden ser reconocidas como tales sólo desde un horizonte epistémico capaz de encuadrar el capital como concreto, como forma social en su devenir político, siendo la política el plano, para Lenin, de la historia inteligible, necesaria, en su mismo carácter determinado.<sup>471</sup> En cuanto contradicción entre una y otra forma de la propiedad social de la tierra, en fin, el capitalismo procede en Rusia como lucha entre la realidad del interés social de las masas en la abolición del Estado autocrático y una burguesía liberal que, obligada a “jugar a la democracia,” se mantiene hostil a su iniciativa política autónoma y cuya mediación es el marxismo abstracto, de principios, aquel marxismo a-histórico que mantiene su influencia entre las filas del movimiento obrero.

Tres son los nudos teóricos que me parecen fundamentales en relación a la praxis revolucionaria según Lenin en tiempos de “restauración”. Nuevamente encuadra su polémica en el plano conceptual profundo de la inteligibilidad de la historia según el marxismo, ahora asumiendo la experiencia de la revolución como horizonte de visibilidad

---

<sup>468</sup> Vol. XVIII, p. 343. “Esta democracia es la verdad de aquella lucha democrática original, históricamente determinada, de las masas campesinas, que constituye el elemento inseparable de la transformación burguesa y es la condición de su victoria completa”. Vol. XVIII, p. 343

<sup>469</sup> “En el actual momento histórico esta idea expresa *efectivamente* tal aspiración; empuja hacia una revolución burguesa coherente, aun revistiendo erróneamente todo eso de una fraseología nebulosa, *seudo-socialista*. Y sería un mal marxista quién, criticando la falsedad del revestimiento socialista de palabras de orden burguesas, no supiera evaluar su sentido históricamente progresivo en tanto que palabras de orden burguesas, las más resolutas en la

lucha *en contra de la servidumbre*”. Vol. XVIII, p. 224. Las cursivas son de Lenin

<sup>470</sup> Vol. XVIII, p. 205.

<sup>471</sup> “Para la socialdemocracia, naturalmente, no se trata de renunciar a establecer de forma autónoma cuáles son los intereses del proletariado como clase en esta revolución campesina. No. Se trata de figurar precisamente con claridad el carácter y el sentido de la revolución agraria campesina como uno de los aspectos de la revolución burguesa en general [...] determinar qué exigen, en el terreno de estas transformaciones económicas reales, los intereses de desarrollo de las fuerzas productivas y de la lucha de clase del proletariado”. Vol. XVIII, p. 244.

epistémica. En la perspectiva de Marx, y en contra de los “jefes ideales del liberalismo”, la revolución devela cada clase en cuanto a su efectiva capacidad de constituir la base de la futura “sobra-estructura política” y, como tal, no constituye “una desviación de la vía ‘normal’”, sino, enfatiza, un patrimonio intelectual.<sup>472</sup> El aprendizaje que una práctica revolucionaria, una vez asegurado su carácter de masa, confiere al proletariado determina la necesidad, por parte de la burguesía, de extirpar de la memoria del pueblo “las tradiciones revolucionarias de un determinado país” y, viceversa, por parte del movimiento obrero, la responsabilidad de preservarlas, estudiándolas y difundiéndolas, y en cuanto conciencia popular de su propia historia.<sup>473</sup>

Emerge, en esta reflexión, una embrionaria elaboración del estatus teórico del marxismo en los términos de una historia general, nacional, (re) escrita desde el punto de vista de los temporalmente derrotados. Si éstos no son explícitamente elaborados, en Lenin, como los “subalternos” en lucha para hacerse dirigentes, al mismo tiempo encontramos una concepción de la teoría que, como política, sabe de la historia en la misma medida en la cual distingue, como *praxis*, entre tradición y doctrinarismo, entre la construcción de una autonomía ideológica vía la historicización de la revolución y su vulgarización en consignas abstraídas de las condiciones específicas que la suscitaron. Saber de la historia desde el punto de vista del proceso de constitución del sujeto social en sujeto político de cambio implica, primariamente para Lenin, saber de una relación entre fuerzas que lo determina en cada fase concreta y en su calidad de “lucha por la elección de la vía que la lucha debe seguir”.<sup>474</sup>

En segundo lugar, el Estado de compromiso no emerge, en los escritos del periodo, como una solución, sino como una reproducción de la crisis bajo otra forma y a un nivel superior. Recordemos el Marx del *Dieciocho de Brumario*. El determinante del nuevo desequilibrio es el fin de las ilusiones constitucionales, no sólo del pueblo, sino de la misma burguesía liberal: “una de las principales particularidades del actual momento histórico está constituida por el hecho que el liberalismo es contrarrevolucionario”.<sup>475</sup> Una burguesía que no sólo se mantiene, sino se reproduce como forma social, profundiza el capitalismo, ofuscando las raíces de clases que la separan, como forma política, del

---

<sup>472</sup> Vol. XIII, pp. 30-32.

<sup>473</sup> Vol. XIII, pp. 30-32.

<sup>474</sup> Vol. XIII, p. 19. La polémica es aquí centrada en contra de quienes, los mencheviques, omitiendo la diferencia entre una fase de ascenso y de descenso revolucionario, razonan, para Lenin, “afuera del tema”, a-históricamente. Aplican un principio

abstracto a una situación concreta substituyendo “a la cuestión sometida por la historia a las decisiones de las partes en lucha, una cuestión extraída de la última edición de un manual socialdemócrata alemán”. Vol. XIII p. 13-14.

<sup>475</sup> Vol. XVIII, p. 10.

campo de las masas populares, primariamente las campesinas. Toda la argumentación de Lenin respecto de la cuestión agraria es construida evidenciando cómo el cambio de la estructura, el cual adviene en el cuadro de una superestructura determinada, procede a través de una relación entre fuerzas donde la clase capaz de constituirse en *base* de una nueva forma política es la misma clase capaz de imprimir al desarrollo de la forma social capital una u otra dirección.<sup>476</sup>

La “evolución” capitalista, en otros términos, es inevitable desde punto de vista económico-social en la misma medida en la cual permanece abierta, indeterminada, como un proceso político. Enfocada la producción desde un punto de vista meramente económico, estático, ninguna de las clases fundamentales en el campo, latifundistas y masas campesinas, es reaccionaria, ambas proceden en “la línea de la evolución capitalista”.<sup>477</sup> Enfocada la economía como política, la clase como fuerza, y asumido el punto de vista de los sectores en lucha por su emancipación social, lo fundamental no es, nuevamente, el interés inmediato, social, de clase -el carácter pequeño burgués de la aspiración del campesino a la pequeña propiedad-, sino el movimiento de las clases en el terreno de la sociedad burguesa, así como ésta “estructura” deviene, se determina, a través de la lucha por una u otra “superestructura” política.

En tercer lugar, el análisis de la cuestión campesina nos permite profundizar acerca de la relación entre sociedad civil y sociedad política según Lenin. Un historicismo, enfatiza nuevamente Gruppi, fundamentado en “la conciencia de la concreción de las situaciones particulares”.<sup>478</sup> Para Lenin, si el capital en abstracto es lo general, este abstracto, porque histórico, constituye la abstracción determinada en su determinación concreta. Si lo general es la forma social sin la cual el acontecer político es incomprensible, cada formación económico social se desarrolla determinándose, especificándose, a través del acontecer político. En la misma medida en la cual la sustancia de clase de la revolución democrática, el plano económico-social, tiene su línea divisoria social entre el programa agrario liberal y el populista, esta misma “sustancia” procede, para Lenin, en calidad de relación de fuerzas entre liberalismo y socialismo por la dirección ideológica del pueblo. En términos conceptuales, el *quid* de la cuestión no es el capital en abstracto, la forma social; sino esta misma forma en cuanto relación entre fuerzas en lucha para hacerse unidad político-ideológica de lo social, Estado integral, y cuyo eje es la contradicción entre una integración pasiva o activa de las masas en el Estado. El acento de Lenin, en

---

<sup>476</sup> Gruppi, *ibidem*, pp. 95 y 108.

<sup>477</sup> Lenin, Vol. XVIII, p. 229.

<sup>478</sup> Gruppi, *ibidem*, p. 96.

fin, permanece constante en la dimensión necesariamente popular de un proceso revolucionario y, nuevamente, la dialéctica del capital es una dialéctica entre democracia y socialismo. La novedad reside en que, elaborando acerca del sentido histórico del populismo, su preocupación moverá, en el 1912, hacia la cuestión agraria como cuestión nacional, la misma que irá afinando a partir del momento en el cual la historia política rusa irá retomando un movimiento ascendente.

Con la disolución de la III Duma, la crisis del Estado de la contrarrevolución procede como combinación del conflicto, en la sociedad política, entre defensores y opositores del gobierno, y un movimiento obrero, que, en la sociedad civil, va nuevamente transitando del plano de las reivindicaciones sociales hacia las políticas, de las huelgas económicas, hacia las huelgas generales.<sup>479</sup> La conformación de una “Duma negra”, enfatiza, no tiene como fuerza dirigente los *progresistas*, quienes apelan a la conciliación entre gran burguesía y latifundistas, sino los *cadetes*, quienes “*en contra del gobierno y en contra de la revolución*” apelan a los campesinos.<sup>480</sup> Si los primeros expresan en abstracto la aparente autonomía del Estado político burgués de la sociedad civil burguesa, los cadetes constituye esta misma apariencia en su efectividad histórica, la fracción burguesa que, dado los límites de las fuerzas populares, es potencialmente capaz de construir la burguesía como un todo, como hegemonía, como fuerza política de aspiración nacional. El liberalismo, señala, ocupa el centro, a la derecha e izquierda del cual se encuentran, respectivamente, como sus bases de apoyo, como su misma condición de posibilidad, las fuerzas de la reacción latifundistas y los dirigentes pequeño-burgueses del movimiento obrero y campesino.

Es el momento de la reflexión en torno a “reforma y revolución”, cuya antítesis permanece extraña a la perspectiva de quien piensa en término de contradicción entre una lucha por las reformas autónoma de, o subalterna, al poder social en cuanto forma Estado. La adversativa para Lenin es entre reconocer o desconocer la permanencia de las reformas en marco de un orden estatal y al fin, respectivamente, de superarlo o

---

<sup>479</sup> En el 1910 la lucha obrero-sindical vuelve en primer plano y, en el curso de dos años, lleva a las grandes huelgas generales del 1912 (el año también de la ruptura definitiva con los mencheviques y la constitución, en Praga, del partido socialdemócrata ruso bolchevique, POSDR-b). Una reactivación revolucionaria que “crece en forma nueva en la nueva Rusia”. Vol. XVIII, p. 12.

<sup>480</sup> Vol. XVIII, p. 10. Las cursivas son de Lenin. Los “progresistas” representan la fracción liberal

monárquica de la gran burguesía que, formado su partido autónomo en el 1912, avanza como programa reunir bajo una bandera “a-partidaria” los distintos partidos de la gran burguesía y los latifundistas en una “oposición responsable” al gobierno, mientras los cadetes apelan a las masas campesinas en contra de los latifundistas de las centurias negras y la gran burguesía monárquico-nacionalista. Vol. XVIII, nota 2, 3, p. 585.

reproducirlo.<sup>481</sup>Nuevamente la dimensión instrumental no recae en la lucha democrática, sino en la lucha por las reformas sociales como instrumento para transitar del antagonismo corporativo de clase hacia una lucha política de alcance popular. Misma razón por la cual el problema de la democracia para el socialismo continúa articulándose al principio fundamental de la *praxis* revolucionaria según Lenin: actuar desde las masas, así como éstas se encuentran ideológicamente determinadas en un dado momento histórico.

Hay una diferencia crucial entre mencheviques y trudoviki: ambos separan entre reformas sociales y revolución política, por no asumir claramente el carácter anti-democrático del liberalismo ruso. Sin embargo, para Lenin, los trudoviki expresan, en relación al campesinado, aquello que los mencheviques falsifican en relación al movimiento obrero, el horizonte de sus propias bases, y, consecuentemente, los primeros rechazan, aun todavía potencialmente, aquellos que los segundo practican: las reformas como reformismo, la lucha legal según los parámetros de la legalidad burguesa. Así como los liberales insisten en no profanar el valor de la libertad con el interés económico, los mencheviques, en el mismo orden de ideas del viejo economismo, mantienen la fuerza en lucha por su emancipación en la posición que necesita asignarle su adversario, una posición corporativa, ignorando, en el 1910, el grado de maduración efectivamente alcanzado por el movimiento obrero.<sup>482</sup>

“El nexo existente entre el movimiento de huelga y el ascenso revolucionario en seno a las masas ya ha sido demostrado más de una vez en la historia de la revolución rusa”.<sup>483</sup> En el momento en el cual regresa al escenario la práctica de la huelga de masa, inaugurada en la historia del movimiento obrero en la Rusia del 1905, Lenin se dedica a defenderla como una tradición, un rasgo identitario, un saber práctico, que los mencheviques, ahora “liquidadores” de la acción ilegal, ponen en entredicho, sosteniendo una distinción entre huelga económica y política que, no sólo es artificial, sino, en este carácter de falsificación, es ella misma una consecuencia del movimiento histórico-político real,

---

<sup>481</sup> “Los marxistas conducen inestancablemente el trabajo no pasando por alto ninguna ‘posibilidad’ de reformas y su utilización, no desaprobando sino apoyando la acción económica de masa, desarrollando con cura toda posibilidad de salida de los límites del reformismo, tanto en la propaganda, así como en la agitación.” Vol. XIX, *Marxismo e riformismo*, p. 345.

<sup>482</sup> “Es extremadamente importante impedir desde un inicio que los liberales y los políticos obreros liberales (liquidadores) falseen el carácter del movimiento”. “No es verdad que esté en frente de nosotros un periodo de huelgas económicas. Es exactamente lo

contrario. En frente de nosotros tenemos un periodo no solo de huelgas económicas. En frente de nosotros tenemos un periodo de huelgas políticas”. “El obrero ruso es suficientemente maduro políticamente para entender la grande *importanza nacional* de su movimiento” Lenin, *Sciopero económico e sciopero politico*. Vol. XVIII p. 78, 81, 82. Las cursivas son mías.

<sup>483</sup> Vol. XIII, p. 38. La novedad rusa de las huelgas de masa del 1905 había signado, de hecho, el inicio de la influencia de los bolcheviques entre las filas del socialismo revolucionario europeo.

creador de nuevas formas.<sup>484</sup> El nexo inescindible entre economía y política, su recíproco sostén, está siendo demostrado por la experiencia a través de la cual la clase “se eleva *moralmente, intelectualmente y políticamente*”.<sup>485</sup>

La combinación entre huelga económica y política expresa aquello que vimos ser el rasgo fundamental de la revolución permanente en la perspectiva de Lenin: un proceso de ampliación de las bases del movimiento revolucionario, una paulatina articulación, vuelvo a insistir, entre clase y pueblo.<sup>486</sup> Un ascenso de niveles en las relaciones entre fuerzas. En la medida en que las victorias económicas, resultado de la presión y no de la concesión, van efectivamente atrayendo la participación a las huelgas obreras de los sectores populares,<sup>487</sup> los intereses de clase según el proletariado se han ido elevando del nivel gremial, la defensa del trabajo asalariado, todavía minoritario en Rusia, hacia la defensa de las masas trabajadoras, y del plano económico-corporativo, hacia las cuestiones fundamentales de la vida política.<sup>488</sup>

El movimiento obrero va nuevamente rompiendo la separación entre economía y política, sociedad y Estado.<sup>489</sup> El énfasis recae ahora en el realismo, el anti-utopismo, de una fuerza social que no ha aceptado, ni en el 1905, ni en el 1912, una lucha por la emancipación política, sin luchar por un mejoramiento de sus condiciones concretas de existencia. Una fuerza que, consciente de la situación histórica determinada, refuta luchar en nombres de abstracciones.<sup>490</sup> Del lado opuesto, separando entre lucha social y política, los liberales declaran, los mencheviques predicán, la transferencia, en Rusia, de una situación histórico-política, el Estado liberal, sin la vía original, popular y revolucionaria, que, en occidente, ha llevado a su constitución.

Regresa una argumentación clásica del Lenin en época de la segunda internacional: si en Europa occidental, dada la presencia de libertades civiles y políticas, reformismo significa

---

<sup>484</sup> “Ha sido la vida, generadora de formas particulares del movimiento de las huelgas, lo que ha obligado la introducción de esta subdivisión”. Vol. XVIII, p. 73.

<sup>485</sup> Vol. XVIII, p. 77. Las cursivas son mías.

<sup>486</sup> “La huelga económica y aquella política se sostienen recíprocamente, constituyendo, la una por la otra, una fuente de energía. Sin esta estrecha articulación entre los dos tipos de huelgas no es posible un movimiento realmente amplio, de masa - que adquiriera, además, una importancia *nacional*.” Lenin, Vol. XVIII, p. 76-77, 78. Las cursivas son de Lenin.

<sup>487</sup> “Tanto la ‘simpatía de la sociedad’ así como la mejoría del tenor de vida son el resultado del alto grado de desarrollo de la lucha. Si los liberales (y los liquidadores) dicen a los obreros: ustedes sois fuertes cuando la ‘sociedad’ simpatiza con ustedes, el

marxista habla diferentemente a los obreros: la ‘sociedad simpatiza con ustedes cuando sois fuertes. Por sociedad hay que entender, en este caso, todos los estratos democráticos de la población: pequeña burguesía, campesinos, intelectuales con un estrecho vínculo con la vida de los obreros, empleados, etc.” Vol. XVIII, p. 77-78

<sup>488</sup> Vol. XVIII, p. 79.

<sup>489</sup> “Los acontecimientos en todos los campos del movimiento obrero nos muestran que los marxistas no sólo no se quedan atrás, sino al contrario son decididamente adelantados a todos en la utilización práctica de las reformas y en la lucha por las reformas” Vol. XIX, p. 345.

<sup>490</sup> “En línea de principio, la organización práctica de la revolución consiste en esta combinación”. Vol. XVIII, p. 81.

renunciar a la revolución social, en oriente, dado el compromiso de los liberales con la autocracia, renunciar a la revolución política es reformismo. En ambos casos, una política obrera subalterna a la burguesía como Estado.<sup>491</sup> Ausente en Rusia un Estado liberal “clásico”, la combinación necesaria entre emancipación social y política, socialismo y democracia, procede como relación entre fuerzas por la clarificación o el apabullamiento ideológico del horizonte de las masas, no sólo las campesinas, sino, primariamente para Lenin, las obreras.

Porque la contradicción en proceso es entre una vía popular hacia la superación y una vía liberal para la conservación del poder autocrático, la autonomía política de clase tiene como condición la capacidad del proletariado de asumir las reivindicaciones democráticas que hay en el fondo mismo del populismo, y esta necesidad, subraya, constituye el mismo núcleo histórico del surgimiento del bolchevismo,<sup>492</sup> un momento de ruptura en la historia política del movimiento obrero internacional. En el 1912, por primera vez de acuerdo a mi conocimiento, vemos a Lenin reivindicar, junto con sus raíces histórico-política en la lucha por la democracia, el *estatus* de vanguardia del bolchevismo en el plano de la historia mundial (europea). Un Lenin que va abandonando la defensa de la posición bolchevique dada la especificidad de la situación rusa, para proceder en búsqueda, aun gradualmente hasta el 1914, de un rol dirigente para el bolchevismo entre las filas del movimiento obrero internacional. La legitimización que allega ya había sido introducida en el 1905, es decir, vimos, la ausencia, en occidente, de una crisis nacional, dada la cual, las masas proletarias pudieran demostrar, así como en la Rusia del 1905, y como está nuevamente aconteciendo en el 1912, una capacidad de iniciativa política autónoma.

“Los obreros rusos, *primeros al mundo*, desarrollaron la lucha a través de las huelgas de masas a las cuales asistimos en los años 1905-1907 [...] Si los obreros rusos han tenido una función de vanguardia, eso no es debido al hecho que sean más fuertes, más organizados, más desarrollados de los obreros en Europa occidental, sino a que en Europa las grandes crisis nacionales a las cuales las masas proletarias participen en forma autónoma no han, todavía, tenido lugar”.<sup>493</sup>

Un año después, en el verano del 1913, el acento parece recaer en una dirección enérgica, rápida, de tono voluntarista. Nuevamente, es la excepcionalidad de la situación rusa:

---

<sup>491</sup> Vol. XIX, p. 346.

<sup>492</sup> “Un día los historiadores estudiarán sistemáticamente esta tendencia y descubrirán su nexo con el fenómeno que, en la primera década del siglo XX ha tomado el nombre de ‘bolchevismo’”. Vol. XVIII, p. 344.

<sup>493</sup> Vol. XVIII, p. 74. Las cursivas son de Lenin. Así como veremos, una situación de crisis política reconocida y formulada como crisis cultural estará también en origen de la originalidad del marxismo del Gramsci de la formación y del grupo ordinovista en el cuadro del socialismo revolucionario europeo.

“La particularidad de la Rusia consiste en la fuerza de su proletariado, una fuerza todavía nunca vista en la época de las revoluciones burguesas, y en el terrible atraso general del país, lo cual vuelve objetivamente necesaria una evolución excepcional, excepcionalmente rápida y enérgica, de lo contrario sería sufrir toda suerte de inconvenientes y derrotas”.<sup>494</sup>

El 1913 es el mismo año en el cual las intervenciones polémicas de Lenin se dirigen a esclarecer y defender la posición bolchevique respecto a lo que signifique “cuestión nacional” para la socialdemocracia.<sup>495</sup> Su punto de partida es enfatizar el carácter reaccionario del liberalismo ruso, el avanzar de un chovinismo que, del tradicional nacionalismo gran ruso de las “centurias negras”, ha ido permeando, en calidad de militancia contrarrevolucionaria, el horizonte ideológico de la burguesía, el clima político-cultural al cual Lenin reconduce la crítica al programa bolchevique por parte de las minorías nacionales que integran las filas del POSDR.<sup>496</sup> Lo vemos apelar a una línea de continuidad entre la resolución bolchevique de la conferencia de agosto, del 1913, y la del IV congreso de la II Internacional, del 1896. En realidad, empero, la historia es mucho más enredada de como la va presentando, dada la complejidad de la cuestión nacional en la misma historia del marxismo segundo internacionalista.<sup>497</sup> Nos encontramos un año antes de la “traición” de los créditos de guerra por parte de la SPD y del generalmente nombrado gran giro teórico-político de Lenin, comprensible en sus múltiples facetas solo si articulado al momento de la “distorsión”: el reconocimiento de lo nacional como problema teórico-político entre las mismas filas del movimiento obrero socialista internacional.

Haupt criticaba, en el 1978, el conocimiento todavía parcial y fragmentario de la historia de las elaboraciones marxistas en torno a la cuestión nacional. Era necesario, como ya

---

<sup>494</sup> Vol. XX, p. 31.

<sup>495</sup> *Risoluzione sulla questione nazionale*, en *Risoluzioni della riunione estiva del CC del POSDR con funzionari del partito*, Vol. XX, pp. 395-397. El punto nueve de las resoluciones, dedicado a la cuestión nacional, es presentado por Lenin, y aprobado, durante la “conferencia de agosto” del CC del POSDR. La posición del partido sobre la cuestión nacional ya había sido definida en el entonces punto 3 del programa presentado durante el II congreso, 1903. En el verano del 1913 Lenin realiza varias conferencias sobre el tema y, en los últimos meses del 1913, elabora el texto *Observaciones críticas sobre la cuestión nacional*, al cual, en febrero del 1914, seguirá el análisis más importante antes del desenlace de la guerra y del ensayo popular sobre el imperialismo, es decir, *Sobre el derecho a la autodeterminación de las naciones* Vol. XX, nota 1, p. 539

<sup>496</sup> Vol. XX, p. 378. “Es cosa evidente que, hoy en día, la cuestión nacional ocupa un lugar de primer orden

entre los problemas de la vida social rusa. El nacionalismo militante de la reacción, el pasaje del liberalismo contra-revolucionario y burgués al nacionalismo (en primer lugar gran-ruso, pero también polaco, hebraico, ucranio, etc.) y, en fin, el acentuarse de las hesitaciones nacionalistas entre las varias socialdemocracias ‘nacionales’ (es decir no gran-rusas), hasta que se ha llegado al punto de violar el programa de partido: todo esto nos impone la absoluta obligación de dedicar más atención que en el pasado a la cuestión nacional”. *Osservazioni critiche sulla questione nazionale*, Vol. XX, p. 10.

<sup>497</sup> Al respecto re-envío a Haupt, G. *La historia del problema y el problema de la historia*, en Haupt G., Lowy M., Weill C., *Los marxistas y la cuestión nacional*, op. cit., p. 11 e Id. *Rosa Luxemburgo y la cuestión nacional*, en *Cuadernos Políticos*, núm. 21, julio-septiembre 1979, Editorial Era, México.



había subrayado Racionieri, volver al Lenin de la *Comintern* desde el Lenin de la II Internacional, al Lenin del internacionalismo revolucionario, desde el Lenin de la cuestión nacional como cuestión democrática. A tal fin, había que considerar su posición no como punto final, sino como el punto de llegada beneficiado de casi dos décadas de debate, durante los cuales el problema “nación” había transitado de la periferia hacia el centro del marxismo segundo-internacionalista, poniendo en entredicho la tendencia dominante en el movimiento obrero a razonar en términos de antítesis entre nacionalismo burgués e internacionalismo proletario.

“En contra de un tenaz prejuicio, los marxistas de la época de la Segunda Internacional no se propusieron construir ninguna teoría general ni dar soluciones globales al problema de la nación, aplicables en todas las circunstancias y en todo lugar, ni fijar en dogmas normativos sus respectivas tesis.”<sup>498</sup>

Tres fueron las fases por medio de las cuales la cuestión nacional había adquirido *estatus* teórico-político en el corpus del marxismo segundo internacionalista. El arranque hacia finales del siglo XIX -por iniciativa de Rosa Luxemburgo; el momento en el cual la cuestión trasborda el problema específico de los Estados multinacionales -con el parte agua del 1905 ruso; y, en fin, en víspera de y durante la primera guerra mundial, la elaboración de una dialéctica entre movimientos de liberación nacional y revolución socialista -por iniciativa de Lenin.

Sin entrar en esta espinosa cuestión, me limito a subrayar como, en el 1913, cuando Lenin tacha Luxemburgo de internacionalismo utópico, la suya es, en primer lugar, una batalla para asegurar la unidad del POSDR bajo dirección bolchevique, desde aquí el atribuir a la dirigente polaca un enfoque economicista que, en realidad, no le pertenece. Al mismo tiempo, y por el proceder del socialchovinismo entre las filas de la socialdemocracia occidental, la posición de Lenin respecto de la cuestión nacional es, o, mejor dicho, terminará siendo, mucho más que nacionalmente determinada. Su eje es aislar como principio guía el no asumirla *a priori*, sino condicionadamente, integrando principios negativos y positivos, crítica y política; en un caso, y teniendo como objetivo polémico la posición de las minorías nacionales rusas, en contra del “oportunismo de los liberales”, en el otro, de las “hesitaciones programáticas de los marxistas y pseudo marxistas”.<sup>499</sup>

*Observaciones sobre la cuestión nacional*, la primera elaboración de Lenin sobre el tema, abre a través de una esquemática contraposición entre cultura proletaria internacional y

---

<sup>498</sup> Haupt, *La historia del problema y el problema de la historia*, ibidem.

<sup>499</sup> Vol. XX, p. 10.

cultura nacional burguesa.<sup>500</sup>A pesar de ello, Lenin muestra buscar un razonamiento complejo, testigo del cual es la introducción del problema de la “traducibilidad”, el ubicar la “sustancia de la cuestión” en las condiciones nacionales del internacionalismo obrero.<sup>501</sup>

“Se trata de saber si es lícito que los marxistas pongan, en manera directa o indirecta, la palabra de orden de la cultura nacional o si es al contrario necesario difundir en todos los idiomas, ‘adaptándose’ a todas las particularidades locales y nacionales, la palabra de orden del *internacionalismo proletario*”.<sup>502</sup>

La interpelación es retórica y la respuesta, en ambos casos, es negativa, en la medida en la cual para Lenin cultura es política dada la historia, y “traducir” no conlleva “adaptar”, sino “construir” internacionalismo. Los Bundistas, polemiza, han acusado a él y a los bolcheviques de asimilacionismo, atribuyéndoles aquella que para Lenin es la absurdidad de sostener el carácter a-nacional del internacionalismo obrero, y debido al purismo con lo cual, sostiene, ellos mismos interpretan la nación. La resolución del POSDR, polemiza, no presupone una antítesis entre cultura nacional e internacionalismo, sino una relación de fuerzas entre dos formas, la burguesa y la proletaria, de asumir la cuestión nacional. Cada una, enfatiza, expresa mucho más de una política, si por política se entiende la voluntad en abstracto; cada una expresa una “concepción del mundo”, una cultura. El punto crítico es desglosar lo que signifique “cultura” en sentido marxista arraigando la política en la historia.<sup>503</sup>

“El problema de la palabra de orden de la ‘cultura nacional’ asume una grande importancia para los marxistas, no sólo porque determina el contenido ideológico de toda nuestra propaganda y agitación sobre la cuestión nacional, a diferencia de la propaganda burguesa, sino también porque el entero programa de la *infame autonomía cultural nacional* está siendo construido sobre la base de esta palabra de orden”.<sup>504</sup>

A un desconocimiento de la cuestión, al principio abstracto de “la autonomía cultural”, el producto, señala, de las buenas intenciones de una intelectualidad pobre, Lenin contrapone el derecho a “la autodeterminación política”, definiéndolo un principio

---

<sup>500</sup> “La palabra de orden de la democracia obrera no es la ‘cultura nacional’, sino la cultura internacional de la democracia y del movimiento obrero mundial [...] A la riña nacionalista entre los distintos partidos burgueses [...] la democracia obrera opone, como su instancia, la unidad incondicionada y la completa fusión de los obreros de todas las nacionalidades en todas las organizaciones obreras”; Vol. XX, pp. 13-15.

<sup>501</sup> Lenin recoge el termino en tanto que, en este caso, ha sido introducido por un dirigente bundista “Las ideas internacionales pueden de hecho llegar a ser familiares para la clase obrera solo cuando sean

*traducidas* en la lengua que el obrero usa, y adaptadas a las concretas condiciones nacionales en las cuales vive”. Vol. XX, p. 15. Las cursivas son mías.

<sup>502</sup> Vol. XX, p. 16.

<sup>503</sup> “El nacionalismo burgués y el internacionalismo proletario son dos palabras de orden incompatiblemente adversas, las cuales corresponden a dos grandes bandos de clases de todo el mundo capitalista y expresan dos líneas políticas (más allá de eso: dos concepciones del mundo) en la cuestión nacional. Vol. XX, p. 18.

<sup>504</sup> Vol. XX, p. 24. Las cursivas son mías.

histórico-concreto. Al planteamiento subjetivista de la cuestión nacional, el culturalismo, la objetividad del punto de vista marxista.<sup>505</sup> ¿Cuál objetividad? Las verdades indiscutibles, afirma, frecuentemente dejan en la sombra el verdadero problema, como es el caso de un incontestable derecho a una propia cultura o de la “incontestable necesidad de polemizar en la propia lengua con la ‘propia’ burguesía”.<sup>506</sup> Obvidades porque ignoran aquello que, pocos meses después, en un escrito más amplio y elaborado, Lenin señalará como la “exigencia absoluta” del marxismo para el análisis de cualquiera cuestión: colocarla, sobre todo si la cuestión es la “nacional”, en su cuadro histórico.

“Cual la especificidad del presente en relación al problema de la “nación”?”<sup>507</sup> Una primera respuesta ya ha sido avanzada en *Observaciones críticas*. En búsqueda de la determinación, regresando al problema de la inteligibilidad histórica según el marxismo, provocado por el entorno polémico, Lenin elabora algunas importantes intuiciones relativas a la relación entre cultura y política, las mismas que veremos volver en Gramsci, aunque con su propias especificidades, mucho antes del encuentro con el bolchevismo. El capital, entendido como contradicción en proceso entre forma social y forma política procede, apunta, a través de un embate entre la permanencia en estado de dispersión de la componente democrático y socialista de la cultura nacional, la proletaria, generada espontáneamente por la condición de explotación, y la conformación de la burguesía como un todo unitario, como cultura, el resultado de un proceso consciente y mediado.<sup>508</sup> El punto de vista de clase, la objetividad del marxismo, no consiste en denunciar la presencia antitética de una cultura proletaria y de una cultura burguesa, sino en enfocar la cultura como “*un hecho*”, una unidad política de lo social a través de su dirección ideológica, y de ahí poder distinguir entre formas históricas de liberalismo. Dado el antagonismo social de clase especificadamente capitalista, toda cultura nacional es cultura *de la burguesía*, el punto fundamental para Lenin es que la burguesía es cultura solo si una clase es dominante porque dirigente. Así como toma cuidado en subrayar una

---

<sup>505</sup> El primer punto de vista es compartido por Bundistas y ucranianos, y, entre las filas de la socialdemocracia internacional, tiene su principal teórico en Otto Bauer. El segundo, el punto de vista histórico político para Lenin, el de los bolcheviques, es compartido por la socialdemocracia polaca, señala, no obstante “la caída” de su principal dirigente, Luxemburg, en el mismo abstractismo de sus adversarios. *Ibidem*.

<sup>506</sup> Vol. XX, p. 16.

<sup>507</sup> *Sul diritto di autodecisione delle nazioni*, Vol. XX, p. 382. El texto constituye la más importante reflexión de Lenin sobre la cuestión nacional. En *Observaciones críticas sobre la cuestión nacional*, el énfasis todavía

recaía en la dimensión negativa, crítica, del programa bolchevique sobre la cuestión nacional: la oposición a la tesis de la autonomía cultural. Todavía no aparecía en toda su amplitud la dimensión positiva, la lucha por el derecho a la autonomía política como medio para una efectiva *praxis* internacionalista, eje del texto que vamos ahora considerando. Lenin lo redacta entre febrero y mayo 1914, tres meses antes de la firma de los créditos de guerra por parte de la socialdemocracia alemana, esclareciendo su propia concepción de “la cultura internacional de la democracia y del movimiento obrero mundial”. Vol. XX, p. 15.

<sup>508</sup> Vol. XX, p. 16.

y otra vez, aquella que era, potencialmente, una cultura nacional, se ha vuelto nacionalismo militante, el liberalismo se ha transformado en nacional liberalismo. Separando discursivamente lo ideológico de la vida social, este nacionalismo constituye, para Lenin, la apariencia por medio de la cual las contradicciones sociales y políticas, vueltas absolutas, se vuelven irresolubles, mientras la cultura nacional tiende a quedar inmolada al culto de sus aspectos más reaccionarios. Una “evolución” que expresa un Estado de compromiso, el concepto histórico político que -y aquí reside, en mi opinión, el salto conceptual del 1913- Lenin extiende a un plano internacional, transitando del problema de la especificidad rusa, hacia aquel de la especificidad de una nueva época.

“La cultura nacional de la burguesía es un hecho (y, además, lo repito, la burguesía ha llegado dondequiera a compromisos con los grandes propietarios terratenientes y con los sacerdotes). El nacionalismo militante burgués, que confunde y divide los obreros para doblarlos a la burguesía: aquí el hecho esencial de nuestro tiempo”.<sup>509</sup>

Lenin va elaborando una convergencia, en proceso, entre oriente y occidente; entre un país como Rusia, entrado sólo en el 1905 en su revolución liberal, y las sociedades civiles europeas que la completaron, enfatiza, en el 1871. Tanto la construcción de una burguesía de aspiración nacional, en un caso, cuanto su conservación, en el otro, tienen que ser encuadradas en un todo unitario: la dialéctica entre forma político-ideológica, nacionalismo liberal, y forma social, internacionalización del capital. La originalidad de Lenin entra en el mérito de esta totalidad desde la historia reciente rusa, desde la experiencia de, y la reflexión sobre, la lucha proletaria como vía revolucionaria, de masa, a la democracia.<sup>510</sup>

En *Sobre el derecho a la autodecisión de los pueblos*, regresando a la clásica argumentación acerca de la transición de la burguesía de fuerza revolucionaria en conservadora, Lenin la enfoca “desde el punto de vista de los movimientos nacionales” y, aislando dos tendencias, distingue entre épocas históricas.<sup>511</sup> Mientras el primer periodo, el de formación de los Estados nacionales, constituyó la vía revolucionaria hacia el capitalismo a través de la lucha popular por las libertades políticas burguesas, incluida la nacional; el segundo expresa la consolidación del capitalismo vía su expansión mundial

---

<sup>509</sup> Vol. XX, p. 17.

<sup>510</sup> Hasta construir el marco conceptual que lo llevará, dos años más tarde, a la compilación de una teoría del imperialismo cuya originalidad, señalaba Gruppi, no reside tanto en la identificación de sus dinámicas socio-económicas, ya compiladas, en sus rasgos esenciales, por Hilferding y por Bujarin, y que Lenin,

al mismo tiempo, tiene la capacidad de sistematizar y sintetizar en un todo orgánico, sino en la elaboración del proceso en un sentido histórico-político.

<sup>511</sup> “Es necesario aislar rigurosamente dos periodos del capitalismo, periodos radicalmente distintos desde el punto de vista de lo movimiento nacionales”. Vol. XX, p. 382.

y, dada la primacía del antagonismo social entre capital internacionalizado y movimiento obrero internacional, se caracteriza tanto por la ausencia de movimientos democrático-burgueses de masa, así como por la opresión de las minorías nacionales y el expansionismo colonial.

El eje de la argumentación es paralelo, sin ser el mismo, con aquel elaborado por Marx en el 1860 en relación a la cuestión irlandesa. “La tendencia histórico mundial del capitalismo a quebrar las barreras nacionales, a borrar las diferencias nacionales, a asimilar las naciones”, no elimina, así como ya había reconocido Marx, el problema de la nación para el socialismo. La cuestión nacional, como la democrática, no puede ser denegada por ser burguesa, por sus inconsecuencias socialista; de lo que se trata es asumirla según parámetros otros a sus inconsecuencias liberales, inconsecuencias que, además, van penetrando entre las mismas filas obreras. A la transición de la burguesía de la lucha por la liberación nacional al nacionalismo militante, corresponden dos tendencias, presentes en el movimiento obrero y en contradicción entre sí, y visibles solo una vez enfocada la cuestión nacional desde el punto de vista del internacionalismo socialista.

Como en relación a cualquiera otra cuestión, también para la nacional, Lenin refuta una concepción lineal del tiempo del capital y, junto con aquella, una concepción dicotómica de su espacio, occidente y oriente, con sus consecuencias programáticas: una revolución inmediatamente socialista, en un caso, y exclusivamente democrática, en el otro.<sup>512</sup> Ya vimos, como desde el 1905, pasado y presente, oriente y occidente no se autoexcluyeran, sino revolución democrática y revolución social se articulaban en el plano de la historia mundial. Ya vimos como no solo a partir del 1917, sino tan pronto como en el 1905, Lenin hablara de una revolución democrática, la rusa, capaz de despertar el proletariado occidental y regresarlo a sus fines revolucionarios. El énfasis en el 1913, sin embargo, es nuevo e irrumperá, en el 1914, con la acusación al venir menos de la finalidad revolucionaria por parte de la ortodoxia, tachada como causa determinante de la caída socialchovinista del movimiento obrero internacional

En el 1913, Lenin dirige nuevamente sus esfuerzos a demostrar como la internacionalización del capital, la estructura, deviene a través de una “batalla” sobre-

---

<sup>512</sup> Razón por la cual toma inmediatamente cuidado en señalar: “naturalmente, los dos periodos no son separados por un muro, sino articulados por numerosos anillos de transición”. Lo mismo en *Observaciones críticas*: “Estas dos tendencias son una ley general del capitalismo, la primera prevalece al

inicio de su desarrollo, la segunda caracteriza el capitalismo maduro”, sin embargo “el programa nacional de los marxistas toma en cuenta ambas tendencias, defendiendo antes que nada la paridad de derecho de las naciones [...] y, además, el principio del internacionalismo”. Vol. XX, *ibidem*.

estructural, una relación de fuerzas entre el pasado ideológico en el cual arriesga permanecer atrapado el proletariado como fuerza social revolucionaria, necesariamente internacional, y el presente de la burguesía en cuanto fuerza con capacidad dirigente. Sólo el internacionalismo socialista es garantía de una solución democrática a la cuestión nacional en los países en los cuales ésta permanece abierta. El punto crítico para Lenin es que sólo la lucha por la segunda permite la construcción efectiva del primero y, en cuanto tal, implica sustraer el proletariado a una interpretación de la nación subalterna a la forma burguesa. Su ataque crítico se desarrolla en los dos planos polémicos de siempre, subjetivismo y economicismo, ahora asociados, en sus términos, a las elucubraciones nacionalistas de un Bauer y las internacionalistas de una Luxemburgo.<sup>513</sup> Abstraer la cultura de la política o reducir la política a economía; sostener la nación como mera autonomía cultural o negar la nación como autonomía política; en ambos casos, los presupuestos conceptuales son los mismos del nacionalismo liberal militante, un programa del cual, aun inconscientes y bien intencionados, estos marxistas son portadores entre las filas obreras por su caída “en el pecado de abstracción y metafísica”.<sup>514</sup>

En Rusia, el problema inmediato son los culturalistas -“el nacionalismo más refinado y absoluto”-, los cuales, como hizo Proudhon para el capital, absolutizan la nación según el mismo principio del nacionalismo burgués, la nacionalidad en general. A la actividad positiva que actúa según el principio del privilegio, la autonomía cultural, Lenin opone la lucha por una libertad negativa, el derecho a la libertad política.<sup>515</sup> La legitimidad histórica de los movimientos nacionales puede solamente ser desde el principio de su núcleo progresivo, o sea, la soberanía popular desde “el obbligo absoluto para los marxistas de defender la democracia más radical y consecuente.”<sup>516</sup> El marxismo, sólo si irreconciliable con el nacionalismo “en su forma más ‘justa’ y ‘pura’, refinada y civil”, puede garantizar aquello que el proletariado, en unión con la masa, es sólo potencialmente. No solo, y no primariamente para Lenin, la acción común del proletariado de las naciones oprimidas y opresoras es el único garante de una conquista democrática permanente,<sup>517</sup> sino también, y sobre todo para Lenin, la lucha por esta conquista es condición de la unidad internacional, de la efectiva construcción de

---

<sup>513</sup> Si la perspectiva de Bauer, la defensa de la autonomía cultural, es para Lenin “en sustancia, una teoría psicológica”, la de Luxemburg olvida “las conclusiones históricas y económicas” de un Kautsky, el Kautsky, dirá después del 1914, hasta *La Vía al poder*. Lenin, Vol. XX, P. 380.

<sup>514</sup> Vol. XX, p. 378.

<sup>515</sup> Lenin, *ibidem*.

<sup>516</sup> Lenin, *ibidem*.

<sup>517</sup> Una causa democrática, la liberación nacional, que, dejada bajo dirección burguesa, a lo máximo puede ser temporalmente e inestablemente resuelta. Vol. XX, p. 25

internacionalismo en contra de las meras declaraciones de principios: Una lucha, en Rusia, en contra de la cultura “de las centurias negras y de la burguesía”; una lucha, “en muy estrecha alianza con los obreros de los otros países”, por el desarrollo en sentido internacional de una cultura democrática y socialista que, apunta, aún todavía en estado de dispersión, de movimiento, existe, enfatiza, en la historia de este mismo movimiento.<sup>518</sup> Un internacionalismo que todavía Lenin no nombra como nuevo, ni como revolucionario, habrá que atender sólo un año más.

## 2.5. Cuestionando sentidos comunes

Quisiera, para concluir, volver de Lenin a aquel Marx que Paggi definía “esotérico”, y al fin de problematizar nuevamente el porqué de mis fuentes bibliográficas para el estudio de Gramsci desde la historia como política; un Gramsci que, como introduce desde un inicio, no sería comprensible sin enfocar el marxismo como *praxis* y sus virajes.

El primer llamado en la historia, a la unidad internacional surgió por iniciativa de una clase, el trabajo, que iba emergiendo como fuerza, el proletariado, en el ámbito del asociacionismo democrático europeo de la primera mitad del siglo XIX y cuyo proceso de diferenciación como forma político-ideológica autónoma transitó de constituir una parte -la parte, vimos, según Marx y Engels, consciente de la historicidad de una nueva época- hasta el umbral, abierto en el 1851 y atravesado sólo después de la derrota de la Comuna de París y la disolución de la Primera Internacional, de la fuerza organizada en partido nacionales, fautores de una vía parlamentaria y legal al socialismo, los dos rasgos característicos del marxismo de en época de la II Internacional.

Medio siglo después de la Comuna, la tercera internacional habría surgido, por impulso del bolchevismo, de experiencias históricas y elaboraciones teóricas heterogéneas que compartían el haberse conformado como fracciones revolucionarias de la socialdemocracia europea. El comunismo del siglo XX se habría, de hecho, auto-

---

<sup>518</sup>“Aquí el programa nacional de la democracia obrera: no conceder el mínimo privilegio a ninguna nación y a ninguna lengua; resolver el problema de la autodecisión política de las naciones, es decir, de su separación estatal, de forma completamente libre y democrática; promulgar una ley general del Estado, gracias a la cual cada disposición (zemstvo, municipal, obstcina, etc.), que de alguna forma asegure un privilegio a una de las nacionalidades, sea declarada contraria a la ley e ineficaz [...] a la riña nacionalista

entre los distintos partidos burgueses, sobre las cuestiones de la lengua, etc., la democracia obrera opone, como su propia instancia, la unidad incondicionada y la completa fusión de los obreros de todas las nacionalidades en *todas* las organizaciones obreras, sindicales, cooperativas, de consumo, culturales, etc., en antítesis a cualquiera forma de nacionalismo burgués”. Vol. XX, p. 14. Las cursivas son de Lenin.

legitimado apelando a la renovación de la teoría y práctica del primer internacionalismo, a una concepción del socialismo fundamentada en la primacía de la iniciativa política. ¿Suficiente, empero, el cuadro dicotómico para entender un parte-agua histórico-político? Según un paradigma historiográfico consolidado, el determinante fue la oposición a un atendismo político con fundamento en una concepción positivista y evolucionista del devenir histórico. Una interpretación que es necesario matizar y complejizar, en la medida en la cual, ni el marxismo segundo-internacionalista, veremos en el próximo capítulo, fue una *praxis* del movimiento obrero que renunció *sic et simpliciter* a la revolución, ni resulta fácil imaginarse, después de recorrer dos décadas de su biografía política e intelectual, un Lenin que, en el 1914, cambiando radicalmente de premisas teórico-políticas, optaría, en el 1917, por la revolución como mero asalto del Palacio de invierno por parte de una resuelta y decidida minoría.

Enfocada la historia del movimiento obrero desde el horizonte de la *praxis*, términos como “socialismo” y “comunismo” nos regresan al problema de una fuerza empeñada en la construcción de una propia tradición, y como tales, al lenguaje en cuanto instrumento de auto-legitimización. Es habitual apuntar que “comunista” fue la terminología de ruptura elegida por Lenin para nombrar la nueva internacional al fin de enfatizar un retorno a los orígenes, al movimiento obrero en la época de Marx. Una lectura que, si limitada a enfatizar aquella que efectivamente fue la primaria peculiaridad del movimiento obrero comunista, el énfasis en el internacionalismo, y de la organización que más la encarnaba, la *Comintern*, una vez leída exclusivamente en oposición a la degeneración socialchovinista y ministerial de la socialdemocracia, lleva implícito el riesgo de atribuir al bolchevismo una concepción de la revolución extraña al problema de la cuestión nacional, y con aquella, de la democrática. Desde aquí el camino es breve hasta invocar una esencia autoritaria al comunismo, articulada con la cual, se encuentra, generalmente, la tendencia a cosificar la tercera internacional en un bloque único y homogéneo, ignorándola, insisto, como proceso histórico.

Marxismo como socialismo y marxismo como comunismo no conforman, sin embargo, una antítesis teórica, sino un problema histórico-político. Pertenecen ambos a la *praxis* del movimiento obrero como relación necesaria y contradictoria entre el plano nacional y el internacional de la relación entre Estado y revolución. A partir del 1914, el marxismo como *praxis* habría significado la articulación entre la historia, occidente, de la descomposición del Estado liberal –y en Italia, veremos, por la entrada de masas otras a las obreras en la vida política activa- y, la historia, oriente, de una perspectiva que había



ido conformándose en fuerza dirigente del ala revolucionaria del socialismo internacional a través de una larga experiencia de lucha, de alcance popular, por la democracia. En cuanto producto de esta dialéctica entre crisis de la socialdemocracia europea y surgimiento entre sus filas de la originalidad del bolchevismo, el movimiento comunista internacional desplegará primero como un intenso y abierto debate, hasta quedar cerrado en un rígido esquema, para definir las formas organizativas del sujeto revolucionario y la naturaleza del Estado bajo su control.<sup>519</sup>

Regresando al problema de las fuentes abierto en la introducción a esta labor, en el clima político cultural de finales de los años sesentas del siglo pasado, fue afirmándose, entre intelectuales orgánicos o cercanos al movimiento comunista italiano, la ya considerada recomendación de Haupt de sobrepasar la concepción de una historia política como mera historia institucional y sustituir a una historia desde el partido, un partido desde la historia. No sólo la historia del movimiento obrero en lugar que la de sus grupos dirigentes, sino de la relación entre ambos en cuanto participe de una totalidad más amplia. Una historia, la relación entre la *Comintern* y sus secciones nacionales, que contribuyera a la recomposición de una experiencia puesta oficialmente en entredicho, sin que la denuncia del estalinismo y sus crímenes como desviación, parcial porque personalizada, indicara, y menos aún, garantizara, las condiciones de su superación. En el 1974, recopilando las contribuciones de un congreso dedicado a los problemas de historia de la *Comintern*, Agosti subrayaba la complejidad de un objeto de estudio definido por su duplicidad política, interna y externa.<sup>520</sup> Volviendo, en época recién, al mismo objeto de estudio, señalaba dos tendencias historiográficas en este entonces predominantes.<sup>521</sup> Por un lado, la historiografía comunista oficial que, institucionalizada la historia de la IC, había ignorado su relación con la historia del movimiento obrero en cada realidad nacional, por el otro la perspectiva de historiadores occidentales, comunistas o ex comunistas, que de esta historia habían pasado a enfatizar no sólo el gradual alejamiento de sus objetivos, sino la historia exclusiva de un fracaso.<sup>522</sup> En un caso, la historia a diseño de una intocada

---

<sup>519</sup> Abstrayendo de este proceso histórico, es mi opinión que tanto el regreso a Marx por parte de Lenin, así como de Gramsci a Marx a través de Lenin, resultaría totalmente incomprensible una vez hipostasiado como simple “primacía de la política”.

<sup>520</sup> Agosti, A., *Presentazione*, en *Problemi di storia dell'internazionale comunista (1919-1939)*. Torino: Fondazione Luigi Einaudi, 1974. El volumen recoge las relaciones del seminario de estudios del abril 1972 realizado en Turín en ocasión del 50 aniversario de la fundación de la Comintern.

<sup>521</sup> Agosti, Introducción a *Il partito mondiale della rivoluzione*, op. cit.

<sup>522</sup> Hasta los años setentas, las excepciones -señalada por Agosti en la monografía citada- habían sido el trabajo monumental del historiador británico E. H. Carr, cuyos límites, sin embargo, residían, en haber enfocado la historia de la IC exclusivamente como un aspecto de la política exterior soviética, y los volúmenes del francés Claudin y del checo Hajek. El primero, *La crisi del movimento comunista. Dalla Komintern al Kominform*, constituye una reflexión crítica de la estrategia de la izquierda europea de

fieidad a los principios del marxismo-leninismo, en el otro, y por iniciativa de intelectuales que todavía no habían pasado a las filas de la “guerra fría cultural”, se había ido afirmando la tendencia a contraponer un mítico e idealizado periodo “leninista” a las “degeneraciones” del estalinismo, cuando el problema, de hecho, era, y todavía es dar cuenta de “el por qué” del estalinismo.

En nuestra época, continuaba Agosti, si por un lado la historiografía sobre la Tercera Internacional, y de la relación, con aquella, de los partidos comunistas nacionales, se ha grandemente ampliado respecto a un camino emprendido cuando las fuentes eran todavía limitadas,<sup>523</sup> la pretensión de objetividad ha sido profundamente alterada después de la caída no sólo de un muro, sino de un proyecto que vio la desaparición, y no sólo nominal, de sus formas organizativas. A partir del 1989, hacer historia del comunismo, enfatizaba, ha tendencialmente significado, en campo conservador, elevar a connotaciones constitutivas y permanentes aquellas degeneraciones que fueron el producto de un proceso, obscureciendo la exigencia de una periodización capaz de hacer emerger la continuidad de unas problemáticas por medio de las cuales volver no sólo un proceso político particular, sino el entero siglo XX, inteligible. Aunque la historia sea siempre actual, concluía, reconstruir el comunismo desde las lentes exclusivas de su fracaso político ha tenido el grave efecto de obscurecer, junto con el pasado, el presente, en la medida en la cual ha significado aplicar no sólo a uno de los fenómenos que más profundamente signó el siglo pasado, sino a la historia no más, una serie de categoría políticas abstractas que, supuestamente válida por definición, coadyuvaron una operación cultural todo menos que desinteresada y en la cual el utilizzo de la categoría de “totalitarismo” y la clave de “un todopoderoso centro de Moscú”<sup>524</sup> contribuyeron a volver sentido común una identificación inmediata, históricamente insostenible, entre liberalismo y democracia.

El juicio de Agosti tiene el mérito de marcar como sólo a partir de la segunda mitad del

---

aqueños años. El segundo, *Storia della internazionale comunista (1921-1935)*, analiza un periodo de la IC, el “Frente unido” que, en su introducción al volumen, Ragionieri definía un momento crucial en la historia del movimiento obrero europeo, en la medida en la cual, surgido del retroceso de la revolución en occidente y de las dificultades para la formación de partidos comunistas con una base de masa, representó el reconocimiento por parte del movimiento comunista internacional de una confrontación necesaria con su otra tradición, la socialdemócrata. Entre el 1974 y el 1979, Agosti publicaba, con Editori Riuniti, su *Storia documentaria dell’ Internazionale Comunista*. La obra consiste en una historia documental de la IC -en tres

tomos y seis volúmenes- según aquella que veremos ser su periodización “clásica”.

<sup>523</sup> En los años setentas “los míticos archivos de Moscú” permanecían cerrados a los estudiosos occidentales; al mismo tiempo era disponible una enorme cantidad de documentación sobre la IC y sus secciones publicada en la misma prensa comunista. Agosti, *ibidem*, p. 16.

<sup>524</sup> La imagen casi caricatural, ironizada por Hobsbawm como una historiografía de “cazadores de brujas”, de un centro de fanatismo doctrinario, amenazante y coercitivo, sin fundamentación racional y para explicarse como patología. Hobsbawm, E. *Come cambiare il mondo*, op.cit.

siglo XIX, con la socialdemocracia, la larga transición de una forma restringida del Estado hacia la expansión de los derechos civiles y políticos al conjunto de la sociedad fue profundamente signada por el movimiento obrero, el primer movimiento de masa (aunque no de las masas) organizado por la entrada en el Estado político. No se trata, obviamente, de reivindicar el proletariado como *él* sujeto revolucionario, sino de enfatizar que, en calidad de proyecto sujeto a convulsiones continuas -y, enfatizaba el historiador, en el mismo seno de occidente- la democracia tendría que ser enfocada en términos de una relación entre fuerzas en permanente proceso de redefinición.

En segundo lugar, e ineludible para un estudio de Gramsci, fue con el surgimiento del socialismo organizado por la entrada en el Estado político, que la democracia atravesó en su calidad de contradicción, de problema histórico, tanto el Estado liberal, así como los primeros partidos en el sentido moderno del término, los partidos obreros de masa, hasta encontrarse, en origen de la crisis de ambos. Ignorarlo implica ofuscar, voluntariamente o no, los determinantes históricos a la base del cambio de la *praxis* del movimiento obrero y, presentando los partidos comunistas como fuerzas extrañas a las realidades nacionales en la cual obraban, meros ejecutores de órdenes de un igualmente abstracto centro directivo, obscurecer la necesidad de preguntarse *por qué* aquello que surgió como una nueva concepción de la relación, necesaria y contradictoria, entre lucha social y lucha política y, con aquella, entre la dimensión internacional y nacional de la historia como *praxis*, degeneró en totalitarismo. Si esta tesis no podría aspirar a proporcionar una respuesta, el asumirla como un embate historiográfico constituye la premisa sin la cual no creo posible ni preguntarse cuál la originalidad de Gramsci en este largo drama histórico-político.

En el 1971, Franco de Felice definía su labor, dedicada a los años cruciales del 1919-20, en Italia el *bienio rojo*, como una reflexión sobre el marxismo tercer-internacionalista y en cuanto fuerza participe de una historia más amplia.<sup>525</sup> En polémica con la imagen granítica que suele tenerse del comunismo del siglo XX y de aquel que fue, en los orígenes, su principal organizador y elaborador ideológico, de Felice enfatizaba la necesidad de volver a calificar la “fortuna de Lenin, de la manera en la cual fue comprendido, y del peso que aquella asimilación ha tenido en el condicionar el desarrollo sucesivo del movimiento obrero”.<sup>526</sup> En el 1974, Racionieri señalaba haber ganado

---

<sup>525</sup> Franco De Felice, *Introduzione*, a *Serrati, Bordiga, Gramsci y el problema de la revolución en Italia 1919-20*. Bari: De Donato, 1971; pp. 9-31.

<sup>526</sup> Franco De Felice, *ibidem*, p. 10.

rápido terreno, en la historiografía marxista italiana, la crítica a una lectura rígida y axiomática de la fractura entre el ala revolucionaria y la reformista del movimiento obrero internacional a partir de la oposición del bolchevismo a la orientación nacional de la socialdemocracia europea. Una interpretación que había tenido el efecto de obscurecer, enfatizaba, la conciencia de la necesidad, para la ruptura comunista, de enfrentarse al problema de la continuidad, para el movimiento obrero, con una fase histórica que, antes de la crisis, había significado su efectiva expansión como fuerza de masa.<sup>527</sup> La misma elección de la terminología -además de “comunista”, “tercera”, o sea, el optar por la secuencia cronológica, testimoniaba, según el historiador, una relación de continuidad-discontinuidad entre pasado y presente. Desmintiendo la vulgarización del comunismo en axioma y criticando el sentido común sobre una concepción del poder supuestamente limitada al dominio y de la revolución al mero acto de voluntad,<sup>528</sup> justo con Lenin, reiteraba Ragionieri, la renovación del internacionalismo había significado el regreso a la centralidad, para la revolución social según Marx, de la cuestión nacional y democrática. Fue a estos orígenes que quise dirigirme, y al fin de introducir por qué la importancia, y cómo interrogar, el Gramsci de la historia y la política.

Los parámetros conceptuales con los cuales he enfocado la relación entre historia y política según Marx y Lenin son, creo ser evidente al lector, aquellos de un marxismo interpretado, desde Gramsci, como *praxis*, y al centro de la cual es el problema de la relación entre clase y masas populares. Un Gramsci que, no sólo durante el esfuerzo de traducción del frente unido al contexto italiano (1923-26), sino durante el bienio de la actualidad de la revolución y de los consejos de fábrica (1919-1920), veremos, elabora la revolución como una nueva forma Estado en proceso, y puede hacerlo en la misma medida en la cual, en el periodo de la formación (1914-19), ha elaborado la crisis como un des-orden no solamente social, sino *intelectual y moral*.

Este horizonte interpretativo, en las labores de un Gruppi, un Ragionieri o un de Felice -entre otros- no sólo implicó entrar en el mérito de la compleja relación entre la historia

---

<sup>527</sup> Ragionieri, *Lenin e l'Internazionale*, cit., pp. 39-78.

<sup>528</sup> A través de una determinada reconstrucción de su actuar en la II Internacional y, con aquella, en la revolución del 1917, había sido el estalinismo, denunciaba Ragionieri, el responsable de haber anulado la dimensión teórica de la revolución según Lenin en una serie de preceptos estratégicos abstractos, en tautologismo. El texto de Stalin citado por Ragionieri es *A proposito di alcune questioni di storia del bolscevismo* (recopilada en Stalin, *Questioni di leninismo*, vol. II, Roma 1945) Se trata de una carta del

1931 dirigida a una revista rusa, la cual proponía la investigación de la relación de los bolcheviques con la II Internacional. En esta carta Stalin criticaba pesantemente el intento de transformar el bolchevismo de Lenin de axioma en objeto de investigación; una posición que se transformó en el esquema rígido por medio del cual la política y el internacionalismo según Lenin fueron privado de cualquier carácter histórico hasta ser reducido en un compacto sistema de preceptos políticos abstractos. Cfr. Ragionieri, *ibidem*, p. 39.

del partido italiano y aquella de la tercera internacional, sino hacerlo en una época de crisis del Pci durante la cual iba tomando fuerza no sólo una lectura del comunismo en clave totalitaria, sino, y especialmente en Italia, un revisionismo historiográfico, de distintas matrices políticas, con Gramsci como su principal objeto de contienda. Por un lado, subrayaba de Felice, iba creciendo en auge, y por iniciativas de historiadores de impronta liberal, la tesis del parte-aguas entre un Gramsci consejista y un Gramsci hombre de partido, el primero asociado a una fase democrática, el segundo a una autoritaria; por el otro, un filón historiográfico “con pretensión de novedad y de crítica desde ‘izquierda’ del Pci” embestía la tesis de una “línea de continuidad gramsciana, toda negativa, desde el ‘Ordine Nuovo’ hacia la política del 1924, desde las Tesis de Lyon hacia el Frente Popular, la política de unidad nacional [y, en fin] la vía italiana al socialismo”.<sup>529</sup> En el medio de estas ásperas polémicas, una renovación de la historiografía comunista italiana obligaba a proceder según la “lección gramsciana”: individuando y explicitando la “valencia política y la ‘actualidad’ de una investigación histórica”.<sup>530</sup>

En un contexto de exacerbación del antagonismo político de clase, cual era Italia en los años setentas, con un partido sujeto a su más áspera contestación en el preciso momento en el cual volvía a abrirse, para el país, el problema de la dirección y del poder, no era casualidad que de Felice decidiera dedicar una entera monografía al bienio inmediatamente sucesivo a la revolución rusa del 1917, preguntándose si y en cuáles términos fuera posible considerarlo la abertura, en Italia y en Europa occidental, de una crisis efectivamente revolucionaria.<sup>531</sup> Tratar este tema habría significado, apuntaba, ampliar la periodización, para el caso italiano, al 1900-26, es decir, desde el inicio del proceso de crisis y reconfiguración del viejo Estado liberal que contribuyó a conferir un carácter moderno al tradicional autoritarismo de la clase dirigente italiana, hasta abarcar la consolidación del fascismo como forma Estado.

Era el *Gramsci de la historia como política*: “la labor más rica de hipótesis susceptibles a un futuro desarrollo”.<sup>532</sup> Un Gramsci situado en tensión con su propio tiempo, empeñado en elaborar, al unísono, la dimensión nacional y la internacional del proyecto comunista

---

<sup>529</sup> De Felice, *ibidem*, p. 28.

<sup>530</sup> De Felice, *ibidem*, p. 16-17.

<sup>531</sup> En su introducción, el historiador, enfocando la tesis de la contemporaneidad de la historia, subrayaba que el problema de la recepción y traducción del leninismo permitía problematizar la relación entre dirección y movimiento desde una concepción de la

política y, con aquella del partido, como reconocimiento necesario, para revertirlas, de las relaciones de fuerzas constitutivas de un preciso momento histórico.

<sup>532</sup> Franco de Felice se refería explícitamente al *Gramsci y el moderno príncipe* de Paggi, *ibidem*, p. 20.

según la forma en la cual veía ampliarse la totalidad de las relaciones entre fuerzas. La originalidad de la lección gramsciana tenía que buscarse, subrayaba el estudioso, en el problema de la *traducibilidad*, entendida, esta última, no como una crítica a lo general desde la reivindicación de la especificidad, sino, desde Lenin, y gracias a la *forma Estado* según Marx, como renovación de lo teórico desde el horizonte de visibilidad que permite el reconocimiento de la especificidad histórico-política de una situación nacional.

De Felice copilaba sus consideraciones en los mismos años en los cuales la periodización de la biografía política e intelectual de Gramsci surgía paralelamente a aquella de la historia de la *Comintern*. En el segundo caso: el periodo, desde los 21 puntos hasta el lanzamiento de una política de masa (1919-24); el cuatrienio sucesivo, desde las aporías del “frente unido” hasta el viraje del “clase contra clase” (1924-29), y, en fin, la estación de los “frentes populares” (1934-39). Hasta el viraje del 1929, el Gramsci comunista había emprendido aquello que puede definirse un esfuerzo de traducción de la “actualidad de la revolución”. Según la periodización vuelta “clásica”, con Paggi: desde el periodo de los consejos de fábrica hasta la adhesión a la escisión (1919-20, Ordine Nuovo primera serie); atravesando el avanzar de la reacción y los primeros análisis del fascismo (1921-22, Ordine Nuovo segunda serie) y, en fin, con la elaboración del frente unido en lenguaje histórico italiano, llegando a la batalla para ganar la dirección del partido (1923-24) y elaborándola conceptualmente en el programa de las *Tesis de Lyon* y la sistematización teórico-política del *Ensayo sobre la Cuestión Meridional*, antesala de los *Cuadernos* (1924-26).

En el quehacer historiográfico de quienes, para ese entonces, se ponían inequívocamente al interior de una tradición, la política cultural comunista, y con la precisa intención de renovarla, Gramsci emergía como autoconciencia de una época en la cual el problema de la *forma del poder* y, con aquella, de la relación entre *dirección* y *espontaneidad*, había cumplido un salto cualitativo, y cuya valencia teórico-política era más amplia y compleja de la mera innovación, o ruptura, con el marxismo segundo-internacionalista. Gramsci pertenecía a una época de crisis del Estado que, abierta en Italia aun antes de las secuelas, veremos, de la primera guerra mundial, abarcó el mismo socialismo, hasta asumir con el parte-agua del octubre ruso, un carácter revolucionario potencialmente europeo. Si la novedad histórica del bolchevismo tenía sus raíces, vimos, en la larga revolución democrática, con el 1917, el avance entre las filas de la socialdemocracia de un impulso generalizado hacia la separación entre movimiento y sus cuadros dirigentes habría sido enormemente superior. El Gramsci político surgió en esta época de transición, época en

la cual la traducción de una experiencia revolucionaria en contextos otros a aquel en el cual había tenido origen fue puesto concretamente a discusión, abriendo el espinoso problema de la relación de una historia *praxis*, la comunista, con una historia tradición, la socialdemócrata.

Época en la cual, entre las filas del movimiento obrero internacional, *oriente y occidente, pasado y presente*, conformaban los dos ejes a debate en torno a la *actualidad de la revolución*, cuando por esta última no hay que entender un hecho, sino un proceso, una relación, en devenir, entre teoría y práctica, entre masas radicalizadas y elaboradores ideológicos. Un enfrentamiento en el curso del cual no sólo se verificó la escisión entre socialistas y comunistas, sino se fueron abriendo profundas divisiones entre los segundos en torno a la forma posible para la generalización de un proceso del cual, mientras la experiencia rusa se configuraba como su fuerza motora, la alemana se habría pronto configurado como punto de referencia permanente en tanto que papel de tornasol de una posibilidad revolucionaria en Europa. En los años cruciales de la crisis, el factor de distinción entre comunistas y socialdemócratas y, entre las mismas franjas de los primeros, no nacía, vuelvo a reiterar, en el plano teórico-abstracto, sino histórico-político. En sus orígenes encontramos el problema de la legitimidad del bolchevismo y de la forma de la revolución rusa, cuando, por un lado, el ostracismo de los reformistas le niega un carácter marxista y, por el otro, su defensa legitima los procesos de escisión de las alas “izquierdas” de los partidos socialistas, en sus distintas formas según los contextos nacionales, y el debate relativo a su traducibilidad para occidente no sólo atraviesa, sino ocupa el escenario, y justifica la misma existencia, de la *Comintern*.

Enfocado, en fin, en calidad de *praxis*, y encuadrado como largo proceso histórico, el comunismo no nació como una ruptura apriorística, sino como en continuidad problemática con la entera historia del movimiento obrero. Con el parte-aguas del octubre ruso y una revolución que había efectivamente logrado conquistar el poder político, el problema de la revolución se articulaba con él de la *transición*, él del sujeto efectivamente revolucionario sólo en un plano internacional, con aquél de las necesidades, nacionalmente determinadas, de la *forma* Estado bajo su control. En el mismo momento en el cual quedaba conformado el partido mundial de la revolución, en otros términos, la relación entre revolución social y revolución política, el *problema histórico de la democracia* para el movimiento obrero, emergía como una relación necesaria y, potencialmente, contradictoria, entre el avanzar del movimiento obrero revolucionario como un todo y las dinámicas de aquello que se iba conformando como su nuevo núcleo

dirigente y, al mismo tiempo, como Estado.

Si con la socialdemocracia en los tiempos de Marx la posibilidad de la revolución social había identificado como *el* plano problemático su relación con el Estado político; si con la socialdemocracia en los tiempos del marxismo de la Segunda Internacional, veremos en breve, la vía parlamentaria y legal no había connotado el abandono en principio, sino el cambio de forma de la revolución en países de capitalismo relativamente avanzado y de relativas conquistas democráticas; fue con el comunismo que, transferido el Estado, como partido, al interno del movimiento obrero internacional, se abrió el problema de la relación entre los comunistas y el resto de la sociedad en contextos nacionales caracterizados por la presencia de una fuerza política de masa y de larga tradición cual había sido la socialista. Lo que quiero enfatizar, en fin, es una tensión específica a partir de la cual solamente resulta posible reconstruir críticamente los así llamados virajes estratégicos de la IC, con sus avances, ambigüedades y en fin degeneraciones.

“El redescubrimiento de la estrecha articulación entre la línea política y la organización a ella adecuada es el dato fundamental de la experiencia comunista de aquellos años y signa la ruptura más profunda, porque operativa, con la tradición anterior”.<sup>533</sup>

Atravesando la entera historia de la Tercera Internacional, el problema histórico de la democracia para el movimiento obrero, entendida como dialéctica entre el plano internacional y el nacional de la relación entre revolución y Estado, se nos muestra como la dimensión profunda de aquello que solo aparentemente, con consecuencia efectiva si interpretado como tal, es una mera cuestión organizativa: el partido. Lo que emerge es la historia de una contradicción en proceso, y no como una mera cuestión de elección de la cual dependió su “degeneración”, sino como una historia que obliga a preguntarse sobre las dinámicas a través de las cuales una u otra línea fue ganando los enfrentamientos internos a la IC y al fin de poner en relación con estos virajes la especificidad de las problemáticas en las cuales tendrán que moverse los comunistas italianos y las aporías a la cual Gramsci irá buscando una solución original. Antes de este Gramsci, el Gramsci que “traduce” Lenin en lenguaje histórico nacional hay, sin embargo, y como su precondición necesaria el Gramsci de *socialismo y cultura*. El Gramsci que llega a Lenin desde Italia, desde su propia elaboración, aún embrionaria, de la determinación histórica; él que emerge desde una crisis de largas raíces histórica, sin la cual su mismo encuentro con el bolchevismo no habría sido posible; un Gramsci incomprensible sin la historia del

---

<sup>533</sup> Franco de Felice, *ibidem*, p. 12.



socialismo italiano como aquella del liberalismo italiano y de las contradicciones que llevaron al derrumbe de ambos.

### 3. País, socialismo y el “triple o cuádruple provinciano”

#### 3.1. La especificidad italiana en el cuadro de la socialdemocracia europea

Desde la llegada a la política de la clase obrera vía los republicanos y la sustracción de su control a los liberal-moderados, hacia una radicalización que, insertándose en la tradición garibaldina, la sustrae al abstractismo de Mazzini para hacerla caer en aquél de Bakunin, hasta, llegada la hora de los marxistas, la construcción de la política como enlace permanente con las bases sociales, capaz como tal de librar la batalla por el Estado. “El proceso”, subrayaba uno de los principales historiadores del socialismo italiano, “es menos lineal y sencillo y menos consciente de cuanto aparezca a quien quiera encuadrar en formulas rígidas una vicisitud intrincada y compleja”.<sup>534</sup> El problema de una “tradición en ausencia de perspectiva histórica”,<sup>535</sup> citando nuevamente Haupt, es la historia reconstruida como secuencia evolutiva desde un menor hacia un mayor grado de conciencia, cuando “la tarea de un historiador”, ahora Salvadori, “no es, y no puede ser, aquella de reconstruir una propia imagen, unitaria y privilegiada, con la cual conducir investigaciones ideológicamente correctas desde su punto de vista, sino explicar cuál haya sido la dinámica histórica que ha presidido a la génesis y al desarrollo de éste o de aquel ‘marxismo’”.<sup>536</sup>

La problematicidad en el uso del lenguaje es de por sí indicativa de la historia como *praxis*, en la medida en la cual reconocer la diferencia entre “Marx y marxismo” no implica rechazar un lugar común, sino explicitar el devenir de un sentido común. En el ensayo homónimo, Haupt, recurriendo la historia de un movimiento empeñado en la construcción de una propia identidad, muestra cómo el término “marxismo” asumió una acepción positiva sólo con la socialdemocracia y la articulación entre el principio de lucha social y el de la lucha política vía la organización del partido de masa colocado en el terreno del antagonismo de clase.<sup>537</sup> En calidad de identidad política, el *marxismo en la*

---

<sup>534</sup> Arfé, G., *Storia del socialismo italiano (1892-1926)*. Torino: Editori Riuniti, 1956, pp. 17-18.

<sup>535</sup> Haupt, G., *Marx e il marxismo*, en *Storia del marxismo. Il marxismo ai tempi di Marx*. Torino: Giulio Einaudi Editore, 1979, Vol. 1.

<sup>536</sup> Salvadori, M., *Kautsky fra ortodossia e revisionismo*, en *Storia del marxismo. Il marxismo nell'età della seconda internazionale*, Torino: Giulio Einaudi Editore, 1979, Vol. II, p. 278.

<sup>537</sup> Mientras el movimiento obrero iba definiendo su autonomía del asociacionismo democrático, el término “comunismo” se oponía a “socialismo” como la componente revolucionaria a la moderada, y la califica

de “marxista” -epíteto conferido a los partidarios de la lucha por el Estado por parte de los socialistas que Marx definía “utópicos”, y, luego, “bakunianos”- más que indicar un programa, tenía, en este entonces, una fuerte acepción polémica, siendo la expresión de un lenguaje descalificador, el mismo que Marx utilizaba en contra de sus adversarios. En el periodo que cubre desde la disolución de la primera (1864-1872) hasta la conformación de la segunda internacional (1884), con la organización del movimiento en partido, “socialdemócrata” remplazó a “comunista” y los términos “marxismo” y “marxista”, aun dada la reticencia de Marx y Engels, asumieron una acepción

*edad de la II Internacional* no fue, como suele decirse, el reformismo, si por eso se entiende, vulgarmente, el abandono de una perspectiva revolucionaria, sino, en sus orígenes, su cambio de forma en tanto que de la forma Estado, el producto del surgimiento de una nueva sociedad política y de su legitimización, por intermediación de los intelectuales, en la sociedad civil. Una *vía* a la democracia, en tanto que *vía*, *legal y parlamentaria*, al socialismo.

Desde el 1871 hasta el 1914, desde la derrota de la Comuna de París, hasta la primera guerra mundial, pasando por la primera revolución rusa (1905), la historia del movimiento obrero europeo fue la historia del florecimiento, consolidación y, en fin, paulatina entrada en crisis del marxismo como socialismo. La historia de las batallas por el reconocimiento de la clase como fuerza organizada en lucha por las libertades civiles y políticas, con la afirmación del derecho de huelga *vía* el reconocimiento de la organización económica y, con la política, del creciente peso de la representación y el avance de la legislación social. Un movimiento que, donde alcanzaba estas metas, iba transformando la relación entre sociedad política y sociedad civil en sentido democrático y, a partir de esta transformación, asumió la lucha por el socialismo como una estrategia de largo plazo. Adquiriendo derecho de ciudadanía en la vida de la nación, el movimiento obrero organizado en partido político de clase habría paulatinamente abandonado su inicial carga de ruptura en cuanto fuerza política de masa. El proceso no fue ni homogéneo entre los países, ni inmediato, sino implicó la elaboración de una *praxis* con centro, en este entonces, en el principal partido obrero de occidente; una relación orgánica entre teoría y política, el marxismo, y su asunción como formulación de validez paradigmática en situaciones distintas de aquella en las cuales había surgido, una ortodoxia.

También en el caso italiano, socialdemocracia significó asumir las competiciones electorales, por un lado, y la lucha socio-económica, por el otro, articulando partido y organizaciones de clase en un programa único y de largo plazo. En términos

---

positiva, reivindicada por sus mismas filas. Mientras en Rusia, todavía ausente la socialdemocracia, el fenómeno era una expresión del interés precoz en la obra de Marx por parte de los populistas, en occidente reflejaba el avance y aglutinamiento de los partisanos de la lucha por el Estado respecto a la fracción, que, hecha propia la etiqueta de “anarquía”, iba perdiendo terreno entre las bases sociales. Entre el 1884 y el 1892 la constitución de los principales partidos socialista europeos fue el instrumento de la difusión de la obra de Marx y de la codificación, con centro en Alemania, del marxismo como ideología del movimiento obrero. Solo a partir de esta década, de hecho, puede hablarse de una “escuela marxista”, con la difusión del *Anti-*

*Durhing*, el primer intento de elaboración del patrimonio teórico de Marx, hasta entonces principalmente recibido como un análisis económico, en un sistema donde filosofía, economía y política quedaban presentadas, por primera vez, en sus nexos recíprocos y en relación con la acción del movimiento obrero socialista. La grande influencia de la obra de Engels se debió a esta misma sistematicidad, al constituir una “especie de enciclopedia del marxismo”. Steinberg, H.J., *Il partito e la formazione dell'ortodossia marxista*, en *Storia del marxismo. Il marxismo nell'età della seconda internazionale*, Vol. II, pp. 190-91 y Haupt, op.cit., pp. 292-311.

organizativos: la centralización del poder de decisión, la articulación de este vértice político con las bases sociales, un grupo dirigente investido, periódicamente, de autoridad desde abajo y la pretensión de extensión al entero territorio nacional. Proponiéndose como una estrategia de lucha por una nueva forma Estado, el Psi si no tenía, en origen, una orientación económico-corporativa, y no la tenía, enfatiza Gaetano Arfé, no sólo por los límites económico-sociales del capitalismo italiano de finales de siglo XIX, sino por el carácter reaccionario de una clase dominante que, desde el momento en el cual el movimiento obrero se organizaba por la vía legal y parlamentaria, lo habría empeñado en una batalla constante por la democracia política. Un contenido, según el historiador, que hacía del Partido Socialista Italiano la “primera organización democrática” en Italia, caracterizada, sin embargo, por una forma “mucho menos política”, nos dice, respecto del modelo al cual se inspiraba, el alemán.<sup>538</sup> Una comparación adversativa que implica un cuadro referencial unitario y la necesidad de considerar cada partido en relación a la forma Estado propia de cada contexto nacional.

Dos años antes de la fundación del Psi, la socialdemocracia había ganado, en Alemania, la batalla por su legalización, siendo fuerte de grandes sucesos electorales gracias a una expansión que, hacia finales de los setentas del siglo XIX, la había convertido en la formación política representante de prácticamente toda la clase obrera del país. Era el resultado de una larga experiencia histórica, de la articulación específica entre el proceso que había llevado a la unificación nacional y el desarrollo de un capitalismo de avanzada.<sup>539</sup> Derrotada, en el 1849, la revolución democrática, la unidad, todavía limitada a la “pequeña Alemania”, se había realizado por medio de una “una fusión entre lo viejo y lo nuevo”,<sup>540</sup> es decir, vía el mantenimiento de las funciones de dominio en manos de una “casta sacerdotal-militar” y la renuncia de la gran burguesía a las libertades democráticas, a cambio del apoyo de un Estado fuertemente autoritario al inicio de una gran expansión económico-productiva.<sup>541</sup> Paralelamente a la conformación de este Estado

---

<sup>538</sup> El programa aprobado en el congreso de Erfurt (1891), también modelo para los otros partidos del socialismo europeo.

<sup>539</sup> Para esta breve reconstrucción del proceso que llevó a la conformación de la Spd, he utilizado los siguientes artículos en *Storia del marxismo, Il marxismo nell'età della seconda Internazionale*: Steinberg, *Il partito e la formazione dell'ortodossia marxista*, pp. 183-200; Fetscher, I. *Bernstein e la sfida all'ortodossia*, pp. 237-68; Waldenberg, M. *La strategia politica nella socialdemocrazia tedesca*, pp. 205-230; Salvadori, M. *Kautsky fra ortodossia e revisionismo*, pp. 279-310 e Id. *La socialdemocrazia tedesca e la rivoluzione russa del 1905. Il dibattito*

*sullo sciopero di massa e sulle differenze fra Oriente e Occidente*, pp. 549-588.

<sup>540</sup> Como en Inglaterra, indicará Gramsci, así en Alemania, la vieja aristocracia terrateniente permanecía como casta gubernamental en nombre de la burguesía, con la diferencia específica de su mayor autonomía del grupo económico dominante, los Junkers beneficiándose de un considerable poder sobre la propiedad de la tierra, así como de un espíritu de cuerpo militar. Gramsci, C. 19, § 24 y C. 12, § 1.

<sup>541</sup> Las libertades democráticas “habían sido, a esta altura, abandonadas, como ideal, por una burguesía, como la alemana, subida al carro del *Junkertum*, espantada por la marcha del socialismo, tranquilizada

de compromiso, desde la derrota de la revolución política, hasta el programa de Gotha del 1875, en el cuarto de siglo que llevó a la constitución del Reich y a la solución iliberal de la unidad nacional, en el ámbito de una revolución industrial muy avanzada para los estándares europeos continentales, el movimiento obrero había transitado hacia su autonomía político-organizativa de la izquierda democrática.<sup>542</sup>

Un partido, el unificado, que en su dirección no era todavía “marxista”, sino “lassaliano”, con Marx y Engels que, mientras consideraban revolucionaria su conformación y entrada en el certamen político, se empeñaban en una áspera polémica en contra del socialismo de Estado, la concepción según la cual “la nueva sociedad se puede crear con la asistencia del Estado” y en lucha con la cual había que aclarar “cosa quiera decir ‘el control del poder por parte del pueblo’”.<sup>543</sup> Lucha por la república democrática, en Alemania, dado el rol internacional de la clase obrera alemana y, por lo tanto, continuaba Marx, aclarando la revolución socialista según el *Manifiesto* en contra de quien, Lassalle, la había falsificado para justificar sus compromisos con los viejos poderes autocráticos.<sup>544</sup> Así como, respecto a los sectores medios, para una clase obrera revolucionaria era “un absurdo [el] afirmar que constituyen en conjunto a la burguesía, y además a los feudales, ‘sólo una masa reaccionaria’”, igualmente, respecto a la democracia y en oposición “al más angosto punto de vista nacional”, era necesario reconocer que “su lucha de clase es nacional no para el contenido, sino ‘por la forma’” y que el internacionalismo, aun socialmente necesario, debía ser políticamente e ideológicamente construido.

“La Asociación internacional de los obreros [...] fue solamente el primer intento de crear un órgano central de aquella actividad; intento que, por el impulso que confirió, tuvo *un resultado*

---

sólo por el autoritarismo” Salvadori, *Kautsky fra ortodossia e revisionismo*, p. 290.

<sup>542</sup> Pertenece a esta primera fase la fundación de dos partidos socialistas: la Asociación General de Trabajadores de Alemania (1863), dirigida por Lassalle, y el partido creado en Eisenach, marxista (1869), por Liebknecht y Babel. Un movimiento obrero dividido, en este entonces, en dos fuerzas, fuertemente aislado y cerrado en el contexto nacional. Con la unificación alemana bajo la égida prusiana (1870) y la reacción a los acontecimientos parisinos por parte de la burguesía como un todo, los dos partidos, perseguidos y en búsqueda de solidaridad internacional, percibiendo como ya inviable la posibilidad de una revolución político-democrática, habían conformado, en el 1875, en Gotha, una única fuerza política por presión de sus mismas bases, las cuales asumían la lucha por el Estado en términos otros a la línea de su grupo dirigente, en este entonces constituido integralmente por los miembros del grupo parlamentario y en búsqueda de una posible

colaboración con el bloque dominante. Cfr. Fetscher, artículo citado.

<sup>543</sup> Cfr. Marx, K. *Critica al programa de Gotha* (1875), consultado en *Critica al programma di Gotha*, en Gruppi (a cura di), *Marx Engels. Opere scelte*. Un partido que: “si hace propio este programa, muestra que las ideas socialistas no lo han penetrado ni debajo de la piel; porque, en lugar de considerar la sociedad presente (y también eso vale para la sociedad futura) como *base* del Estado existente (y futuro para la futura sociedad), considera más bien el Estado como una entidad autónoma, que posee sus propias *bases espirituales, morales, liberales*”. Marx, *ibidem*, pp. 968-969. Las cursivas son de Marx.

<sup>544</sup> Hasta las “antiguas letanías democráticas”, hasta la democracia vulgar que “ni se imagina como precisamente en esta última forma estatal de la sociedad burguesa, la lucha de clase se debe decidir definitivamente con las armas”, hasta ella es superior a “esta especie de democratismo entre los límites de aquello que es permitido por la policía y no es permitido por la lógica”. Marx, *ibidem*, pp. 970-71.

*permanente*; empero, en su primera *forma* histórica, ya no podía mantenerse por largo tiempo después de la Comuna de París.<sup>545</sup>

Marx escribía estas líneas al inicio de un cambio de época definido por la siempre mayor intervención del Estado en el plano económico social y la conformación del movimiento obrero como primer sujeto político moderno, de masa. Derrotada la Comuna, entrado en crisis y disuelto por el mismo Marx como fuerza internacional, este mismo movimiento iba virando de constituir una *parte* de la sociedad, hacia la maduración de *partidos* nacionales colocado en el terreno del antagonismo social de clase y en lucha por acceder al Estado político.

En la capital y la región altamente industrializada, el partido alemán obtenía -en las primeras elecciones del Reichstag, las sucesivas a la unificación del país (1877)- una grandísima porcentual de votos, siendo del año sucesivo la promulgación de las leyes en contra de los socialistas (1878). Caídas las leyes excepcionales (1890) -la lucha en contra de las cuales había largamente contribuido a eliminar la influencia del socialismo de Estado del debate teórico-político sobre el “marxismo”- entre el Congreso de Halle y el Congreso de Erfurt (1891), el Partido Socialista Obrero de Alemania adoptaba el nombre de Partido Socialdemócrata y la Spd asumía, luego de las elecciones que la confirmaban como el partido más fuerte, relativamente al número de electores, del país, un nuevo programa.<sup>546</sup>

En el 1890, Engels había definido la victoria electoral de la socialdemocracia como “el día del inicio de la revolución alemana”, añadiendo: “razón por la cual nuestro deber

---

<sup>545</sup> Marx, *ibídem*, p. 965.

<sup>546</sup> El programa de Erfurt, el cual “pasó a la historia [...] como el programa de la socialdemocracia por antonomasia y para toda una época histórica”. Gruppi, nota de introducción a Engels, F. *Per la critica del progetto di programma del partito socialdemocratico*, en Id. (a cura di), *Marx Engels, Opere scelte*, pp. 1166. Durante el congreso de Halle, sucesivo al grande éxito electoral del 1890, a la caída de Bismark y al fin de las leyes anti-socialistas, el partido socialdemócrata había tomado la decisión de discutir, en un próximo congreso, un programa con el cual sustituir aquél aprobado en el 1875. Éste el contexto en el cual Engels hacía publicar, en la *Neue Zeit*, la crítica de Marx al programa de Gotha, suscitando un fuerte debate polémico y decidiendo copilar él mismo sus propios comentarios al nuevo programa, inicialmente elaborado por Liebknecht y Babel. El texto definitivo habría sido redactado bajo la influencia de un proyecto de Kautsky, quien, a su vez, había seguido las indicaciones proporcionadas por Engels. El programa aprobado en Erfurt, empero, ignoraba al apartado de Engels relativo a las “*Reivindicaciones políticas*”, es

decir, la identificación de las condiciones histórico-determinadas que solamente habrían permitido un pasaje pacífico al socialismo y la necesidad de revindicar la lucha por la república. La primacía de la lucha por el Estado político y la continuidad con la vía legal y pacífica para salvaguardar la existencia de la socialdemocracia, ejes del programa, fueron contestadas, durante el congreso, tanto desde la “izquierda”, así como desde la “derecha”. En el primer caso por quienes sostenían el carácter “pequeño burgués” de la vía legal y el autoritarismo del grupo parlamentario, en el segundo por quienes, legalizado el partido, apelaban a una actividad centrada en el mejoramiento de las condiciones de vida del proletariado al interno del ordenamiento estatal y social existente. Los primeros, el así llamado grupo de los jóvenes, los “literatos y estudiantes de izquierda”, así como eran apostrofado por los dirigentes, quedaron expulsados, no así los segundos, por medios de los cuales afloraba el conflicto que habría estado al centro, en la segunda parte de la década, de la controversia entre “revisionistas” y “ortodoxos”. Cfr. Fetscher, artículo citado, pp. 237-46.

consiste en no quedar prematuramente derrotados”.<sup>547</sup> Un año después, avisaba de la falla política de un programa donde “falta precisamente aquél que debería ser enunciado”. Por temor de un regreso a las leyes anti-socialistas, continuaba, la socialdemocracia alemana, por voz de sus sistematizadores intelectuales, iba abandonando la lucha por el Estado como lucha por su forma, convencida de que la existencia legal del partido habría sido suficiente para actuar pacíficamente sus reivindicaciones. Empero, una vía pacífica al socialismo era posible sólo en países donde “la representación popular ha concentrado en sí todo el poder”; en Alemania, donde los organismos representativos no poseían un poder real, evitar entrar en el mérito de la lucha por la República:

“a la larga no puede que inducir en error el partido. Se ponen en primera línea cuestiones políticas abstractas, generales, y se encubren, de esta manera, las cuestiones concretas y más urgentes, aquellas cuestiones que al primer grande acontecimiento, a la primera crisis política, emergerán por sí mismas al orden del día [...] ¿Cuáles son, entonces, estos escabrosos puntos? Primero. Si hay algo cierto, es ciertamente el hecho que nuestro partido y la clase obrera pueden llegar al poder sólo bajo la forma de la república democrática. Más aun, ésta es la forma específica para la dictadura del proletariado, como ya ha demostrado la grande Revolución francesa [...] el hecho que en Alemania no se pueda ni exponer un programa de partido abiertamente republicano demuestra cuanto enorme sea la ilusión de poder erigir aquí la república por una vía cómodamente pacífica, y no solo la república, sino la sociedad comunista. Por lo demás, tal vez se puede aplazar la república. Empero, aquello que en mi juicio se debe y se puede introducir, es la reivindicación de la concentración de todo el poder político en manos de la representación popular.”<sup>548</sup>

Un Engels para el cual, ahora en su testamento político, “la utilización del sufragio universal como nuevo método de lucha del proletariado” no constituía *el fin*, sino el fin de la “época de las barricadas”, “de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de mayorías inconscientes”. La entrada en el parlamento no como una forma de inmediata emancipación, sino como el más eficaz método de lucha del movimiento obrero dada su misma expansión en fuerza de masa. El eje de una estrategia revolucionaria integral, que, desde siempre considerada, con Marx, en un plano internacional, tenía que avanzar, también en Alemania, su centro desde el 1871, relativamente a la necesidad que:

“donde se trata de una transformación completa de las organizaciones sociales, allí *tienen que participar las mismas masas*; allí las masas mismas tienen que haber ya comprendido de qué se trata [...] sin embargo, para que las masas comprendan aquel que se tiene que hacer es necesario

---

<sup>547</sup> Engels, F. carta a Paul Lafargue del 7 marzo 1890, consultada en Marx and Engels *Collected Works. Letters 1887-1890*, Vol. 48. Great Britain: Lawrence and Wishart, 2010, p. 456. Cfr. también la carta de Engels a Laura Lafargue del 26 febrero, ibidem, p. 454.

<sup>548</sup> Engels, F. *Critica al Programa de Erfurt*, consultado como Id. *Per la critica del progetto di programma del partito socialdemocratico* [1891], en Gruppi (a cura di), *Marx Engels. Opere scelte*, pp. 1173-74.

un trabajo largo y paciente”.<sup>549</sup>

Un trabajo “largo y paciente”. Enfatizando, en el 1895, el fin, en el 1852, de una época, Engels legitimaba la nueva vía al socialismo apelando al Marx del *Dieciocho de Brumaio* y elaborándola como una lucha, paralela, por la hegemonía política y la hegemonía civil. La hegemonía civil según Engels, quien escribía antes del 1914: una estrategia de preparación, de acumulación de fuerzas, frente a la ilusión que las clases dominantes europeas habrían permanecido pasivas esperando que la Spd alcanzara la mayoría de gobierno para forzar las nuevas conquistas democráticas del movimiento obrero.<sup>550</sup> El Engels que enfocaba, y correctamente predecía, la posibilidad de una ruptura, de una situación de crisis, a la cual el movimiento obrero tenía que prepararse, habría muerto antes que la primera guerra mundial llevara a la vida política activa y organizada sectores populares otros a los obreros.

Caída las leyes anti socialistas, la dirección de la Spd interpretaba el principio que, hasta ese entonces, había distinto el marxismo de otras ideologías del movimiento obrero -la necesidad por parte de la revolución social de empezar con la revolución política- asumiendo la democracia como la forma Estado capaz de garantizar las mejores condiciones para la preparación de la revolución socialista. Una concepción que, en la perspectiva del principal organizador teórico de la socialdemocracia europea, Kautsky, y en contra de la vulgata sobre la socialdemocracia, atribuía la fuerza del proletariado al grado de organización y elaboración ideológica autónoma alcanzado, y cuya realización era tarea esencial del partido llevar a cabo.<sup>551</sup> Sin embargo, el Engels del 1895 ponía el énfasis en la autonomía del movimiento obrero como una expansión de masa del socialismo capaz, en cuanto tal, de luchar por el Estado político en la perspectiva de su superación: “las instituciones del Estado, donde se organiza el dominio de la burguesía, ofrecen otro tanto punto de apoyo en medio de los cuales la clase obrera puede combatir estas mismas instituciones estatales”.<sup>552</sup> La entonces dirección de la Spd interpretaba esta autonomía como rechazo de todo compromiso en la sociedad política y al fin de alcanzar una mayoría en el parlamento capaz de arrancar al gobierno las reformas necesarias.

---

<sup>549</sup> Engels, *Introducción a Karl Marx, Le lotte di classe in Francia*, aquí consultado en Gruppi (a cura di), *Marx Engels. Opere scelte*, p. 1272.

<sup>550</sup> En las cartas dirigidas, entre el 1890 y el 1895, a Paul Lafargue, Engels enfatizaba la posibilidad de una próxima guerra de escala europea dado el intensificarse de la competencia inter-estatal. Una nueva agresividad del capital, característica de su “evolución” monopolista y que Engels temía habría

puesto en entredicho la sobrevivencia misma del núcleo más avanzado del movimiento obrero europeo, en caso, cayendo a las provocaciones del adversario, la Spd hubiera aceptado desgastarse en una inútil estrategia de choque. Cfr. Steinberg, artículo citado, pp. 196-98.

<sup>551</sup> Waldenberg, artículo citado, pp. 215-16.

<sup>552</sup> Cfr. Engels, *ibidem*.



La perspectiva de Engels, posicionando la tarea primaria en la sociedad civil, hacía depender el momento de la lucha decisiva no de la burguesía, sino de su adversario, de las condiciones para que el proletariado lograra prevenir, o, en su caso, enfrentarse a una involución anti-democrática de las clases dominantes. La “ortodoxia” asumía que la vía legal y pacífica, teniendo un carácter puramente proletario, habría llevado a la involución antidemocrática de la burguesía, y, con aquella, a un inevitable recrudescimiento del antagonismo de clase. La socialdemocracia, en otros términos, no excluía, como suele ser evidenciado, el momento de la conquista insurreccional del poder, sino lo condicionaba a la fuerza adquirida por el proletariado, sin por eso, elaborar - a diferencia de un Engels y, vimos, de un Lenin- una respuesta adecuada al problema de la estrategia que el partido había tenido que asumir en una situación de crisis. A fundamento era una evaluación del capitalismo como régimen político fuertemente regresivo, cuando Engels, al contrario, consideraba la involución autoritaria de la burguesía depender de la disgregación del núcleo más avanzado del movimiento obrero internacional, la misma que había que prevenir.

Articulado a la convicción que la revolución socialista habría tenido un carácter exclusivamente proletario era el asumir una concepción restringida de la autonomía como distinción del partido vía la mera refutación de una política de alianza y en nombre de la formación de una “conciencia obrera”. Surgía en este entonces aquello que habría sido el “problema del auto-aislamiento”, una cuestión que, señalaba Waldenberg, puede enfrentarse críticamente sólo si puesta en relación con él de la integración en las “estructuras” existentes.<sup>553</sup> En lugar que hablar de “estructura”, sin embargo, quisiera enfatizar, habría que hablar de forma Estado y, en lugar de “problema”, de dialéctica.

En el primer caso me refiero a la transición del viejo orden político-económico, competitivo y liberista, hacia el del capitalismo avanzado, monopólico e proteccionista; en el segundo a un marxismo que, en calidad de *praxis*, refleja, e interviene, en este mismo proceso. Un marxismo, el segundo-internacionalista, cuyos dos “frentes” expresaban la ruptura y reconfiguración de la forma capital como forma Estado, compartiendo las mismas premisas conceptuales con las cuales la interpretaban. Enfrentamientos teóricos que no son ideologías en el sentido de no verdades, sino en el sentido positivo de una relación entre fuerzas para determinar el plano de la política específicamente obrera y que, como tales, habrían dejado sedimentaciones profundas en la historia sucesiva del

---

<sup>553</sup> Waldenberg, artículo citado, p. 215.

movimiento.

Como es más que sabido, en el momento en el cual, la estructura del Reich volvía siempre más estéril la posibilidad de conquistar el Estado alcanzando la mayoría de gobierno, mientras el bloque dominante emprendía una política volcada a la integración económico-corporativa de las masas laborales, la línea programática de la Spd iba siendo cuestionada por quienes, incitando a una superación del “auto-aislamiento”, y limitando el problema de la dirección a una política de alianzas “desde arriba”, abogaban, para legitimarla, a la transformación en curso del capitalismo, substituyendo a la previsión del derrumbe, una tendencia, igualmente hipostasiada, hacia el equilibrio. Era el Marx de Bernstein, el Marx de las previsiones, cuales la creciente pauperización y proletarización, vueltas inconsistentes, en su perspectiva, por el grado de desarrollo alcanzado por el capitalismo y la persistencia de los sectores medios.

Alcanzar las reformas necesarias, cosa que efectivamente la Spd no lograba, implicaba librarse de aquella que, y no sólo a los ojos de Bernstein, se iba conformando como una intransigencia abstracta e inefectiva. Para los “revisionistas”, se trataba de abandonar el miraje de la dictadura del proletariado, impulsando una alianza de gobierno con los partidos de la “izquierda” liberal. Sin embargo, dada una burguesía, la alemana, que, como un todo, había renunciado a la democracia frente a la avanzada del socialismo, el programa revisionista terminaba por secundar la ampliación, en curso, del Estado sobre la sociedad como única perspectiva real abierta a la clase obrera.<sup>554</sup> Al mismo tiempo, del lado de los “ortodoxos”, el mito del derrumbe inevitable impedía enfocar la emersión, en la crisis, de un nuevo orden político-social, para identificar el cual la dirección del partido no era teóricamente equipada, permaneciendo atrapada en una concepción del purismo revolucionario tan abstracta como aquella de la conciliación. A una estrategia, la revisionista, que ignoraba el carácter político de la lucha por las reformas por restringir a la economía la política específicamente obrera, la estrategia revolucionaria según los ortodoxos oponía la reproducción del partido, hasta transformar la vía legal, apelando a la autoridad de Engels y falseando su perspectiva, en un atacamiento rígido a las líneas de los sucesos electorales.

Proponiéndose combatir aquella que consideraba una simplificación conceptual de la obra de Marx, y enfatizando el carácter histórico del capital, Kautsky rechazaba una caracterización del propio marxismo como ortodoxia, reivindicando la adecuación de la

---

<sup>554</sup> Arfé, op.cit, p. 75.

teoría a la historia como rasgos fundamentales de “la doctrina”.<sup>555</sup> Antes de ser el “renegado” para Lenin, había sido, para el mismo Lenin, el Kautsky de la *Vía al poder*, el Kautsky del análisis de las tendencias agresivas y reaccionarias del capitalismo monopolístico, y de la convicción -en este caso, empero, totalmente extraña a Lenin- que, una vez desatada la reacción burguesa, la mayoría de la sociedad habría apoyado la socialdemocracia. Aunque, para los ortodoxos, a diferencia de lo generalmente sostenido, no se trataba de ignorar lo popular, al mismo tiempo, dada una política de alianza entendida como aceptación del programa obrero, aquello que desaparecía como problema era la construcción de una comunalidad real de intereses bajo dirección de los socialistas. En particular, relativamente a la cuestión campesina, Kautsky -el cual le dedicó una de sus obras principales- no consideraba el sector rural ni una fuerza inevitablemente reaccionaria, ni inevitablemente destinada a la proletarización, sino se oponía a la necesidad de adecuar el programa obrero a la búsqueda del consenso de los pequeños propietarios, evaluándolos exclusivamente en relación a la dimensión económico-social y desde la tesis de la subordinación necesaria del campo a la industria. Se alineaba así a una tendencia dominante en el marxismo segundo-internacionalista, con la notable excepción de los bolcheviques: una concepción abstracta de la unidad de los intereses populares en la revolución social.

Relativamente a la forma y contenido de la conquista del Estado, desde la premisa de una burguesía inevitablemente anti-democrática, los ortodoxos consideraban la conquista de la mayoría parlamentaria la condición preliminar para la asunción de medidas coercitivas en el plano económico-social -expropiación de los propietarios y nacionalización. Para los revisionistas, desde la tesis opuesta de una tendencia inevitable del capitalismo hacia la democracia política, la socialización habría derivado de la misma evolución del capitalismo en el plano económico-social. Para los primeros, una vez conquistado el Estado, el nuevo orden social se habría consolidado sin provocar ni contradicciones en el plano productivo, ni una enérgica oposición por parte de la burguesía, con lo cual se suponía que el Estado socialista habría adoptado la forma de una república democrática parlamentaria, sin por eso excluir la limitación de los derechos del adversario en el curso del proceso revolucionario. El rechazo de la dictadura del proletariado, del lado de los revisionistas, era justificado por la necesidad de evitar, en el curso de las reformas, cualquiera acción que causara descompensaciones en el plano de la producción y desde

---

<sup>555</sup> Steinberg, artículo citado.

una concepción ética del socialismo, considerado el sucesor natural de un liberalismo democrático.<sup>556</sup>

He enumerado, aunque de manera escueta y reductiva, los principales temas a debate en la socialdemocracia, al fin de aislar cosa efectivamente permite hablar de un “marxismo en la edad de la segunda internacional”, un arco temporal que cubre desde finales del siglo XIX hasta la primera guerra mundial. La razón no es, enfatizan los autores de la literatura que he ido considerando, la “pobreza” del marxismo, tratándose de una época caracterizada, al contrario, por el primer gran florecimiento del debate teórico-político, paralelamente a la “popularización” de la reflexión y obra de Marx y Engels. El rasgo común es un marxismo que, por primera vez, enfoca el problema del rol y la forma de la organización obrera en situaciones de países de capitalismo avanzado y relativas conquistas democráticas. Un marxismo, empero, que, así como emerge en el célebre *Bernstein debate*, transmitía un orden conceptual otro al de su inspirador, privando el “materialismo histórico” según Marx de aquello que vimos ser el método, la teoría que es y se sabe *en* la historia como política.

Tanto en el caso de los ortodoxos, así como de los revisionistas, la transición hacia el socialismo era considerada una garantía ofrecida por *las leyes del capital*;<sup>557</sup> un camino ininterrumpido en tanto que recrudescimiento del antagonismo de clase hacia el derrumbe final, en un caso, hacia una tendencia al equilibrio, en el otro. Si para unos, la tarea ya no era organizar la revolución, sino organizarse para la revolución -no hacerla, sino utilizarla,<sup>558</sup> para los otros había que abandonar la teoría del quiebre por su anacronismo y capacidad del capital de auto-corregirse. Aunque antitéticas las implicaciones estratégicas, en ambos casos la formación del sujeto social en sujeto político quedaba identificada con el movimiento *del* capital. Una vez separado el carácter impersonal y constrictivo de la forma social de su explicación como relación entre fuerzas, o sea, el capital del capitalismo, aquello que desaparecía no era el momento de la iniciativa política, sino su problematización histórico-concreta.

Quisiera resaltar como, tanto para los ortodoxos, así como para los revisionistas, el presupuesto epistémico de su línea programática no era el determinismo económico sin más, sino éste en cuanto *determinismo teórico*; es decir, el no excluir la política, sino el resolverla en un movimiento histórico hipostasiado. Un ignorar el fundamento de la *dialéctica* según Marx, la crítica, desde y en contra de Hegel, al teoricismo, incluyendo

---

<sup>556</sup> Waldenberg, artículo citado, p. 218.

<sup>557</sup> Salvadori, artículo citado, p. 290.

<sup>558</sup> Según la famosa expresión de Kautsky, citada en Waldenberg, p. 206.

la política en el plano de la inteligibilidad, de la necesidad, histórica. Caer, por lo tanto, en las mismas aporías que Marx había individuado en *el* filósofo: enfocar el antagonismo social como motor de la historia moderna, para después resolver esta misma historia en el *a-priori* filosófico. Aquello que para Hegel según Marx era el Estado, era ahora el capital según el marxismo segundo-internacionalista, un sujeto, que, una vez asumido como tal, podía explicarse en su devenir solo aplicando un principio evolutivo al tiempo histórico, hasta eliminar el problema, central en Marx, de la determinación específica. La autonomía del marxismo, su *estatus* teórico, ya no correspondía al sujeto social que tiene que, y no es dado que tenga éxito en, saberse a sí mismo, como sujeto político, sino al saber de una necesidad que lo antecede y lo determina como este mismo sujeto.

Respecto al revisionismo, el desarrollarse del antagonismo de clase según línea menos ásperas de las anticipadas por Marx, no ponía en entredicho, sino confirmaba, una teoría cuya fuerza de previsión no residía en la identificación de un orden futuro, sino en las condiciones histórico-determinadas para la maduración de una fuerza efectiva de cambio. Modificadas estas condiciones, la presencia de mecanismos de compensaciones no refutaba, sino confirmaba, el capital según Marx, la historia del aumento de un poder social dados los límites político-ideológicos de su adversario.<sup>559</sup> Del lado de los ortodoxos, no por considerar el triunfo del socialismo una necesidad histórica, consideraban la vía legal y parlamentaria separada de una labor de formación de la clase como de una fuerza política e ideológica autónoma. Sin embargo, si teoría significaba, por un lado, organización y preparación del proletariado como de esta autonomía, una vez excluido el plano de la hegemonía civil, de la construcción de una real comunalidad de intereses con los otros sectores populares, el problema terminaba siendo la misma concepción del partido. El marxismo como cultura de ruptura desaparecía del horizonte programático para la misma fuerza que, en calidad no solo de partido de clase, sino de ésta clase en lucha por el Estado democrático, había hecho surgir el problema del dominio como dirección para su adversario. La concepción ortodoxa de una “esencia” inevitablemente reaccionaria de la burguesía, eliminando las tareas ideológicas articuladas al plano de la sociedad civil, eliminaba una concepción de la autonomía como capacidad expansiva de un programa socialista dominante porque dirigente del liberal. En origen era, a final de cuenta, una concepción de la relación entre dirección y espontaneidad que asumía las

---

<sup>559</sup> Cfr. Fetscher, artículo citado, pp. 237-274. Cfr. también las consideraciones de Hobsbawm recopiladas en el primer capítulo de esta labor.

masas obreras organizadas y disciplinadas por la revolución *antes* de la crisis, en lugar de enfocar su organización y disciplina, y durante la misma revolución, como *esta crisis en proceso*.

Esta manera abstracta de entender el proceso histórico tenía una implicación “pedagógica” que se habría vuelto dominante en la cultura marxista segundo-internacionalista. Salvadori enfatiza la tendencia teórica, con centro en la socialdemocracia alemana y recogida como formulación estratégico-política de validez general, a la vulgarización de la *praxis* en la propaganda de una verdad de la cual el partido era considerado el depositario, la iglesia laica.<sup>560</sup> Una verdad, una necesidad, una legalidad de la historia para conferirse, por manos de sus conocedores, a las bases obreras, en lugar del proceso de formación, entre estas mismas bases, de una cultura política. El marxismo quedaba así reducido a la revelación de una teoría de la cual el reforzamiento del partido, su guardián, constituía el principal, si no único, criterio de validación.

Un marxismo resuelto como *a priori* e introducido, desde afuera, como conciencia anticipada del teórico, paradójicamente, ponía en entredicho la misma razón de ser del partido político en su rol *par excellence*. Por un lado, el énfasis de la ortodoxia en la centralidad de la labor teórica era un reconocer, junto con la necesidad de fundamentar racionalmente la práctica revolucionaria, un hecho histórico real, o sea, la ruptura, propia del surgimiento del socialismo, entre intelectuales y su clase tradicional de origen, la pequeña y media burguesía urbana. Por el otro, leer esta separación como una de las dos raíces, la intelectual, de la socialdemocracia, confinando la otra, el proletariado, a la mera espontaneidad, implicaba despreocuparse de considerar si y cómo, el partido como la sede en el cual el movimiento se encuentra con la dirección procedía efectivamente hacia una cultura de ruptura con aquella de la burguesía como clase general, como forma Estado. Una *praxis*, en fin, que entraba en contradicciones con sus propios fines: la elevación política e intelectual del movimiento obrero como fundamento necesario de la socialdemocracia. Una vez ofrecida la teoría *desde afuera*, no solo el marxismo no podía definir ni la forma ni la temporalidad de la revolución sino en los términos aleatorios de un futuro indescifrable, negándola como un simple salto, la postergaba abandonándola como problema. Era un asumir el partido como *deus ex machina* de la revolución para negarle, paradójicamente, un rol guía en aquella. En calidad de esta *praxis*, en fin, el

---

<sup>560</sup> Salvadori anota como el mismo Kautsky, presentando su comentario, redactado en conjunto con Bernstein, al programa de Erfurt, definía el partido

como una *ecclesia militans* y el socialismo como una buena novela. Salvadori, artículo citado, pp. 290-91.

marxismo teorista era el partido, un estado de separación entre bases y capacidad dirigente y como esta relación, el partido según la socialdemocracia habría sido una contradicción en proceso, en cuanto dejaba como única alternativa al atendismo, la tendencia al compromiso, las dos insidias latentes, según Arfé, en privar el movimiento obrero de su arma teórica más eficaz, las premisas dialécticas del método de análisis histórico.

La pregunta, según el horizonte de la *praxis*, concierne las condiciones a partir de las cuales el atribuir a Marx aquél que él mismo había negado -insisto, una concepción abstracta de la necesidad histórica- logró conformarse como cultura política del movimiento obrero. Arfé resalta la promulgación de las leyes anti-socialistas en concomitancia con el largo periodo de dificultad económica vivido por el capitalismo en el último cuarto de siglo, para sus contemporáneos “la grande depresión”. En un periodo en el cual las masas obreras vivían la experiencia cotidiana de la vulnerabilidad de la lucha social y la fuerza de la represión en contra de su organización política, el énfasis en el triunfo del socialismo como inevitable escalada del antagonismo social era una explicación de la experiencia de la crisis que permitía alimentar el valor histórico-político de la propia identidad de clase. Un periodo de formación durante el cual, si el mito del derrumbe reforzaba la capacidad de resistencia, la represión volvía al capital visible en su dependencia del Estado, develando la crisis económica no como una inevitabilidad, sino como una deliberada ofensiva de la burguesía. Aunque se trate de una explicación problemática, por su reduccionismo psicológico, el análisis del historiador del socialismo recoge un aspecto importante desde el cual resulta posible proceder en búsqueda de la especificidad italiana, es decir, el connubio singular, característico de la Spd, entre la fe en la inevitabilidad de la revolución social y la primacía de la organización política, el partido, sobre las otras formas asociativas del trabajo, el sindicato y las varias formas de asociacionismo.

Desde la derrota del *cuarenta y ocho* europeo, tanto en Alemania, así como en Italia, la burguesía se había hecho Estado nación, sin solución de la cuestión democrática. Una burguesía que, en ambos casos, conformaba un único bloque dominante con los terratenientes y una unidad territorial realizada prácticamente en el mismo periodo. Sin embargo, un mismo bloque expresaba dos procesos histórico-políticos. En Alemania, la gran burguesía nacional no se había puesto a la cabeza de un movimiento radical

democrático con el cual empujar atrás de sí sectores obreros politizados;<sup>561</sup> derrotado el primero en el 1848-49, el movimiento obrero había conformado, tan pronto como desde el 1875, una propia fuerza política que, en el 1891, en Erfurt, adoptaba la decisión de alcanzar la emancipación revolucionaria de la clase obrera vía la conquista legal del Estado político. En el caso italiano, la unidad nacional no se había ido concretando, desde el 1848, a partir de una derrota de la fracción democrática de la burguesía, sino como dirección de los liberal-moderados sobre los demócratas, estando ausente tanto una relación orgánica de estos últimos con los intereses de las masas campesinas, así como un movimiento obrero que, todavía incipiente, no se diferenciaba aun del asociacionismo democrático.

“La revolución más europea de toda la historia de Europa”:<sup>562</sup> el 1848, vimos, había signado el surgimiento del problema histórico de la democracia para el movimiento obrero. Al avanzar, en Europa, de la contrarrevolución política como respuesta a la capacidad de iniciativa de la revolución social, había correspondido, en Italia, una revolución política en ausencia de la segunda posibilidad. Sus fuerzas protagonistas: la fracción moderada y la radical de la burguesía; monárquica y liberal, la primera, republicana y “*garibaldina*”, la segunda. Naturalmente articulada a las exigencias de una clase social, en un caso, incapaz, en el otro, de considerar las masas populares algo más que espectadores pasivos o instrumento del brazo militar insurreccional.<sup>563</sup>

El partido de los demócratas fue jacobino solo en la forma:<sup>564</sup> como en todos casos de periodización, la delimitación cronológica del *Risorgimento* depende de los criterios desde los cuales se construye su interpretación. El Gramsci de los *Cuadernos* lo enfocará

---

<sup>561</sup> Steinberg, artículo citado.

<sup>562</sup> Claudin, F. *Marx, Engels y la revolución de 1848*, p. 10.

<sup>563</sup> La fracción de los *moderados*, con base social en la gran burguesía norte-occidental, manufacturera y agrícola, se había configurado como clase dominante en el 1815, con el acceso de los liberales, de orientación monárquico-constitucional, al gobierno del *Reino de Piemonte y Cerdeña*, núcleo primitivo del Estado nacional unificado. A partir del 1848, los moderados se constituyeron en una fuerza política con capacidad de dirección sobre el proceso revolucionario nacional. Su figura más representativa: Cavour, el artífice del “milagro unitario” según la historiografía de tradición liberal. El partido de los demócratas era el partido de los republicanos y los anticlericales, con base social en la media y pequeña burguesía urbana, galvanizada alrededor de dos figuras, frecuentemente en conflictos entre sí, Mazzini y Garibaldi, uno el “profeta”, el ideólogo de la revolución democrática y nacional como grande movimiento popular vía la exaltación de su fuerza moral; el otro el “héroe”

popular”, la fracción militar, concebida como milicia voluntaria e insurreccional del movimiento de liberación. El acuerdo entre los dos tuvo su momento de mayor influencia entre el 1815 y el 1849, en la primera fase, la conspirativa, del *Risorgimento* y durante la República Romana (1849). Si Mazzini morirá asilado en el 1872, el “mazzinianismo” permanecerá como cultura política de izquierda de larga tradición en la península. Garibaldi, adoptada, en el 1857, la palabra de orden “Italia e Vittorio Emanuele”, abandonando la prejudicial republicana, se transformó en el anillo de conjunción entre el *Partido dei Moderati* y el *Partito d' Azione*. Intervendrá sistemáticamente en los episodios de la vida pública nacional, adhiriendo a iniciativas de oposición que, frecuentemente en contradicción entre sí, habrían demostrado su falta de elaboración programática. Cfr. Seton Watson, C. *L'Italia dal liberalismo al fascismo 1870-1925*, Bari: Laterza 1980, vol. I y Rosselli, N., *Dodici anni del movimento operaio in Italia*. Torino: Einaudi, 1967.

<sup>564</sup> Gramsci, C. 19, § 24.



diferenciándolo del modelo clásico de revolución burguesa, el 1789. Es un Gramsci en búsqueda de la “determinación específica” que le permita aislar el cuadro político-ideológico en el cual había procedido, en Italia, la lucha por el Estado anteriormente a la primera posguerra y la crisis del Estado liberal.<sup>565</sup> Un Gramsci que, vía el análisis del *Risorgimento*, construye una comparación histórico-política entre su presente y un pasado definido por la fórmula de *revolución permanente*, la palabra de orden de tipo jacobino surgida prácticamente, nos dice, en el 1789, elaborada ideológicamente en el 1848 y una estrategia y táctica política, anota críticamente, que perdió eficacia desde el 1870.<sup>566</sup> Proporcionando un mínimo cuadro referencial, la unidad territorial italiana quedó substancialmente concluida en el 1860. Reunido, un año después, el parlamento en Turín, surgía, con un acto formal, el *Reino de Italia*, con Roma proclamada simbólicamente capital.<sup>567</sup> Era la conclusión, todavía parcial, de una revolución política que había participado de la larga oleada europea. Rasgo sobresaliente del proceso resorgimental italiano, sin embargo, no fue sólo el protagonismo, propio de otros movimientos de liberación nacional de la época, de intelectuales radicalizados con base en la pequeña y media burguesía, sino la capacidad de dirección político-ideológica del *Partito dei Moderati* sobre el *Partido d' Azione*, por la falta de articulación entre este último, la fracción republicano-democrática, y un mundo popular mayoritariamente campesino en

---

<sup>565</sup> El análisis gramsciano del *Risorgimento* es un claro ejemplo de un método que procede vía la formulación de conceptos políticos solicitada por el análisis de nudos históricos. Cfr. Voza, P., *Risorgimento* en Liguori, G. y Voza, P., *Dizionario Gramsciano 1926-1937*. Roma: Carocci, 2009.

<sup>566</sup> Gramsci, C. 13, § 7 y § 16.

<sup>567</sup> A principios del 1860, habían quedado añadidos al Reino de Piemonte y Cerdeña, el norte-occidental, el centro, y el *Meridione* de la península, con importantes concesiones a la Francia del Segundo Imperio por su intervención en la guerra en contra de Austria (1859). Las tropas de la Francia de Napoleón III, enviadas diez años antes para derrotar la Republica Romana, permanecían en la ciudad como guarniciones del Estado Pontificio. La anexión de Venecia y Roma, de alto valor político y carga simbólica, había quedado postergada. Relativamente al *Reino de Nápoles*, baluarte de la reacción, la alternativa para la monarquía y los “piamonteses” era entre ceder la dirección del movimiento a los demócratas o entrar en abierto conflicto con las fuerzas europeas de la conservación. La clave resolutive fue la amenaza de la revolución por iniciativa de las tropas garibaldinas, cuando, a la conquista por parte de los *mille* de Garibaldi de la Sicilia y del napolitano, siguió la inmediata ocupación administrativo-militar del territorio sureño por parte del ejército oficial. También la población meridional fue llamada a expresarse por

medio de plebiscitos, una concesión al componente democrático del movimiento de liberación que permitía evitar la conformación de asambleas constituyentes. Relativamente a Roma, los intentos insurreccionales de los garibaldinos (1862 y 1867) fueron fuertemente reprimidos por el ejército oficial y la capital transferida, en el 1864, de Turín a Florencia, en garantía a Napoleón III que los confines del Estado pontificio se habrían mantenido como tales a cambio del retiro de sus tropas (revocado en el 1867). Sucesivamente a las derrotas del ejército regular, el Véneto quedará anexado gracias a las victorias prusianas en la guerra contra Austria. Roma, y sólo en el 1870, con la ruina del Segundo Imperio francés en la guerra franco-prusiana. Las provincias Nord-orientales y orientales de la península, con las ciudades de Trento y Trieste, serán objeto de la disputa de los *irrededentistas* con Austria hasta después de la primera guerra mundial. La disgregación del Imperio Asburgico conllevará la disputa territorial con los países bálticos reunidos en el Estado de Yugoslavia para la costa de la Dalmacia y la ciudad de Fiume, objeto del revanchismo nacionalista italiano de la primera posguerra. Para esta, obviamente escueta y limitada, reconstrucción del proceso de unificación en su dimensión territorial, cfr.: Romano, S., *Storia D'Italia dal Risorgimento ai nostri giorni*. Milano: Longanesi, 1998.

el Norte-Oriental, el Centro y el Sur de la península, siendo todavía incipiente y limitado a las áreas manufactureras del Piamonte y la Lombardía, un movimiento de artesanos y obreros organizados en gremios.<sup>568</sup> Los primeros, *la derecha*, los sostenedores de una concepción de la revolución como fuerza organizada alrededor de la iniciativa en campo internacional y la contención de la iniciativa popular; los segundos, *la izquierda*, y en el lenguaje y sentir de la época, el partido de los hechos, no de las palabras, de las batallas, no de los negociados. Jacobinos en la forma, pero no en el contenido, en tanto que los republicanos no tomaron alguna iniciativa programática capaz de recoger las exigencias sociales, entre todas, la reforma agraria, alrededor de las cuales habría sido posible construir una fuerza capaz de enfrentarse el ostracismo de los moderados hacia la dimensión popular del *Risorgimento*.

En calidad de relación entre sociedad política y sociedad civil, el Estado italiano fue, en una primera fase, la *derecha histórica*, la salida de la burguesía del particularismo regional como núcleo de una clase dominante que, con la llegada al gobierno de la *izquierda histórica*, habría iniciado, desde arriba, el proceso de conformación de la burguesía como clase general, sin lograrlo, y con sus propias contradicciones, hasta mucho después, con el fascismo. Una forma Estado liberal que, en la primera década unitaria (1861-70), se definió por la doble oposición de la clase dominante al conservadurismo clerical y al republicanismo democrático, los “negros” de la contrarrevolución y los “rojos” de la democracia antes de la aparición del socialismo, la unidad abanderada como voluntad popular y relegada en segundo plano como cuestión social. Un Estado liberal en el plano político-ideológico y, en este entonces, liberista en el económico; fase en la cual la supresión de las barreras internas inauguraba el inicio del drenaje de riqueza del Sur campesino hacia un Norte que sólo con el nuevo siglo habría entrado en proceso de plena industrialización, a través del viraje hacia el proteccionismo y la mediación económico-corporativa del antagonismo capital-trabajo.

Las bases institucionales quedaron sentadas extendiendo el Estatuto piamontés del 1848

---

<sup>568</sup> La estructura económico-social del campo variaba de región en región, sin embargo, en otro esfuerzo necesario de simplificación, los pequeños propietarios eran minoritarios y concentrados en el Norte, particularmente en Piamonte, los *mezzadri* (aparceros) poblaban la Italia Central, mientras la mayoría de los campesinos era constituida por los *braccianti* (jornaleros), los desposeídos concentrados en la *Val Padana* y en los latifundios del *Meridione*, con la excepción, en este último caso, de las planicies en torno a las ciudades de Nápoles y Palermo. Relativamente al trabajo obrero y artesanal, la

producción industrial era, al momento de la unificación, principalmente textil-manufacturera y sólo de forma incipiente mecánico-fabril. La primera concentrada en las regiones de la Lombardía y Piamonte, la segunda en las ciudades de Milano, Génova y Nápoles. Sólo después del 1870, la industria septentrional habría cumplido su primer balzo en adelante, y, sólo a inicio siglo, en el sector fabril-metalúrgico, con Turín como punta de lanza gracias a la industria de la automóvil. Cfr. Seton, op.cit, y Rosselli, op.cit.

al entero territorio nacional y teniendo como secuela una fuerte centralización del poder,<sup>569</sup> cuyos cimientos civil-administrativos y económicos fueron sostenidos a través del endeudamiento externo, y, una vez verificado el colapso financiero, a través de una imposición fiscal gravante sobre la espalda de los sectores populares, en primer lugar, el campo. Un Estado, él de la derecha histórica, para leerse, más que separado de la sociedad, amenazado por el avanzar del resentimiento de masas empobrecidas. Un odio de clase agravado, en el *Meridione*, por una tasación y conscripción obligatoria percibidas por los campesinos como nuevas formas de depredación en nombre de una unidad que no le confería algún beneficio, mientras asistían, además, a un proceso de concentración de la propiedad vía la apropiación ilegal de los bienes comunales y la legal de los bienes eclesiásticos alienados y, con aquella, a la reproducción de la vieja estructura del poder político y administrativo a nivel local, los potentados que la “derecha” se guardó de modificar, utilizando la más escarnecida represión en contra de un descontento todo menos que subterráneo.

Un Estado político caracterizado no sólo por la representatividad ejercitada desde arriba, la típica de todo Estado liberal anteriormente a la entrada primero del movimiento obrero, luego de los sectores populares, en la vida política activa, sino por su especificidad italiana: mayorías creadas por los gobiernos, dividiendo y absorbiendo la fracción adversaria. Inaugurada por Cavour, la práctica de la “*consorteria*” cumplió, con la derrota electoral del 1876, el salto cualitativo del “*transformismo*”, cuando, la entrada en la compagine gubernamental de la fracción democrática, primariamente en su componente meridional, coadyuvó la conformación de la alianza entre la gran burguesía industrial del Norte y la gran propiedad agraria del Sur. Un bloque dominante que, en el así llamado periodo *crispino* (1886-94), aunará a la represión del campo, sublevado, la puesta en ilegalidad del único sector popular, en este entonces, organizado por la lucha política, el obrero. En línea de continuidad, también el Estado del *giolittismo* (1900-14), cuando la articulación entre el uso de la fuerza y la organización del consenso, significará, para el Norte, el control corporativo del movimiento socialista y, para el Sur, una combinación entre represión de las masas campesinas y cooptación de sus potenciales dirigentes democráticos. Un “mismo” Estado, en el sentido de un *bloque dominante* nunca realmente consolidado, en Italia, como *bloque histórico*; el Estado nación en su especificidad

---

<sup>569</sup> Modelada según la Monarquía de Julio francesa. La Italia de las provincias y de los prefectos nombrados por el Ministro del Interior y, al mismo tiempo, de una evolución en sentido parlamentario, ésta última

limitada, sin embargo, por un derecho al voto censitario y extremadamente restringido. Cfr. Seton Watson, op.cit.

italiana, una hegemonía política sin plena hegemonía civil; el Estado que habría entrado en crisis en las inmediatas del primer conflicto mundial y, junto con aquél, la crisis de la primera articulación, en la península, entre marxismo y movimiento obrero: el socialismo reformista.

Aquello que quisiera aquí señalar, aun de forma necesariamente escueta, es el momento constituyente, los orígenes de la des-organicidad del Estado liberal italiano, dada una fuerza dirigente de la revolución política, la moderada, sin necesidad de garantizar alguna forma de representación de una voluntad popular que, aclamada por el sentimiento de los demócratas, había participado del proceso prácticamente sólo en calidad de indiferencia pasiva. “Hecho”, en el 1861, el *Regno d’Italia*, Italia significó, en primer lugar, la reacción defensiva de una “minoría iluminada” a los movimientos de protestas en su contra. Una fase constituyente en la cual lo nacional no sólo no era sinónimo de popular, sino aquello que era ausente era el mismo Estado-nación. “Hemos hecho Italia, ahora hemos de hacer a los italianos”:<sup>570</sup> una sociedad política construida desde arriba, a través de métodos institucionales autoritarios, y una sociedad civil moldeada a fuerza de represiones. Una separación entre país “*legal*” y país “*real*”: entre una burguesía, la Italia del rey y del parlamento, que se auto-proclamaba como corriente principal de la vida nacional y una masa popular, primariamente campesina, a ella extrañada y en contra de ella, aun desorganizadamente, sublevada.

Fue el momento del *brigantaggio* en el Sur (1861-66) y de las insurrecciones del campesinado septentrional en contra de la tasa del *macinato* (1868), las dos expresiones principales de la tensión social en el primer decenio unitario. En ambos casos, movilizaciones populares ignoradas por los demócratas, los cuales, guiados por la fuerza de inercia de su prejudicial anti-campesina, las consideraban, no sin razón, el depósito de la contrarrevolución. En el Norte, mientras los *braccianti* de la Val Padana que atacaban los molinos e invadían los municipios, mostraban, por primera vez en su historia, una sistemática capacidad de organización, las ciudades emilianas, fortaleza del radicalismo republicano, los dejaban aislados, dejando que el gobierno proclamara el Estado de asedio. Masas rurales, las septentrionales, en las cuales el bajo clero no ejercía un rol de conservación, sino de agitador, proclamándose en defensa del “pobre y llorado viejo pueblo” empobrecido por una Italia unida y sacrificada a un nuevo Dios, el principio liberal, el embate en contra del cual equivalía, en su discurso, a salvar Italia del

---

<sup>570</sup> Frase pronunciada por el liberal-moderado Massimo D’Azeglio, durante la primera reunión del

parlamento italiano. Cfr. Seton Watson, op.cit. La expresión es todavía un refrán político en el país.

socialismo. En el Sur, aquella que había sido, bajo los Borbones, una tradicional forma de revuelta por el hambre de tierra y en contra de los latrocinios del poder, era ahora la resistencia de quienes, a través del vagabundaje, los asaltos y la ocupación de tierras, y apoyados por la población, abanderaban las mismas antiguas reivindicaciones sociales, levantadas en nombre del pasado y en contra de una unidad percibida como otra dinastía al gobierno. Si la fuerza era campesina, el lenguaje del brigandaje era aquello de los oficiales borbónicos dados de bajas, del apoyo espiritual del bajo clero a nivel local, y, desde Roma, sede de la contrarrevolución, del apoyo material del alto clero. La respuesta del Estado: una verdadera guerra civil, la misma que habría causado más muertes que todas las campañas militares del *Risorgimento*.<sup>571</sup>

En fin, la primera Italia, la edad de oro de los liberales, fue la también la “nación” como reacción virulenta frente a una masa que, en calidad de esporádica fuerza de choque del brazo militar insurreccional, había sido “lo popular” para el *Partido d' Azione* y ahora, sobre todo en el *Meridione*, era la sublevación de la “barbarie” para una burguesía liberal que, desde entonces, habría sido obsesionada en calidad de clase dominante con la precariedad de su misma posición. ¿El movimiento obrero?

“Abandonamos definitivamente la idea que a la fatiga para la unidad y la independencia nacional haya participado activamente, y con conciencia de fines, el *pueblo*, o una fracción importante aún de las clases trabajadoras. La verdad es que desde el fondo gris de la ignorancia, de la indiferencia y, en varas ocasiones, hasta de la hostilidad de las masas, una exigua minoría, perteneciente a las clases medias y superiores, más o menos consciente del fin, frecuentemente discorda sobre los medios para utilizarse y los objetivos inmediatos para conseguirse, en parte obedeciendo a impulsos ideales, en parte empujada por intereses concretos más modestos y comprometidos por la división política de Italia, llevó a dar solución al problema nacional”.<sup>572</sup>

Así no escribe Gramsci, comunista, sino Nello Rosselli, liberal-demócrata, autor en los años veinte de uno de los primeros trabajos sobre los orígenes del movimiento obrero italiano, antifascista y pronto víctima, con su hermano, de lo *squadrismo*. Siguiendo su reconstrucción, conformada la unidad, el movimiento del trabajo obrero y artesano, concentrado en las ciudades septentrionales,<sup>573</sup> iniciaba su largo proceso de formación como sujeto político-ideológico. Reunido en sociedades de socorro mutuo, en la Italia del 1860, así como en la Francia del 1848, el mundo obrero era todavía un componente del asociacionismo democrático; su peculiaridad será construir una propia autonomía organizativa de la pequeña y media burguesía midiéndose en el terreno teórico y político

---

<sup>571</sup> Cfr. Seton Watson, op.cit. y Rosselli, op.cit.

<sup>572</sup> Rosselli, *Dodici anni del movimento operaio in Italia*, op.cit., p. 50. Las cursivas son del autor.

<sup>573</sup> Con la importante excepción de la ciudad de Nápoles.

con el *mazzinianismo*.

Mazzini: la subordinación de la “materialidad” de lo social al “espíritu” de la república. La democracia como sentido del deber, voluntad de sacrificio y renovación de la fe en la colectividad humana; los principios del 1789 que, abstractamente, y hasta cristianamente, interpretados, surtían la ira sarcástica de Marx en contra del “papa de la iglesia democrática *in partibus*”.<sup>574</sup> La transformación no de la sociedad, sino de los hombres capaces de quererla y fundarla como nuevo orden. El pueblo como masa circunscripta, en su perspectiva, al mundo urbano y un mundo, él del trabajo, que, en Italia, había permanecido hasta entonces extraño a la vida política y que avanzará en su proceso de constitución como fuerza gracias a los esfuerzos del Partido de la Republica.<sup>575</sup> La clase obrera según la figura trágica del “maestro”, el nuevo sujeto social para reapropiarse de la unidad usurpada por los moderados y la Corona. La unidad republicana y popular como imperativo moral hasta el año de su muerte, inmediatamente sucesiva a la anexión de Roma -por iniciativa desde arriba, y arriba de los mismos liberales-, y sin solución de la “cuestión romana”, el embate por el poder temporal. La democracia como cuestión moral, condición y panacea para la realización de toda reforma social que Mazzini, proudhoniano por la centralidad atribuida al asociacionismo cooperativista, postergaba en tanto que refractario al enfrentamiento entre las clases *versus* una cuestión social que los obreros, una y otra vez, insistían en reanimar afuera de sus mismos congresos, donde los delegados eran en absoluta mayoría intelectuales y el conflicto entre políticos y a-políticos. La nación, en fin, según Mazzini, la realización de un espíritu popular predicado como *elevación moral e cultural* del trabajo, frente a un movimiento, el trabajo, que iba madurando sus propios intereses sociales. Un mundo, el obrero, que, con el temblor de la Comuna de Paris y sus ecos europeos, se separará de sus dirigentes republicanos por la línea discriminante del conflicto de clase, hasta terminar en sí dividido entre insurreccionalistas y socialdemócratas por la discriminante de la lucha por la conquista del poder político.

Si el Piamonte había sido la cuna del movimiento obrero, con la unificación, aquella que en la ahora región italiana era una fuerza relativamente homogénea con derechos civiles, se extendía, como asociacionismo, en otras áreas del territorio septentrional,

---

<sup>574</sup> Marx, carta a Engels del 30 marzo 1852, consultado en Marx-Engels, *Collected works*, Vol. 39, *Letters 1852-55*. Digital Edition Copyright © Lawrence & Wishart 2010, p. 73.

<sup>575</sup> Aquel Partido de la República en el cual confluían, en este entonces, todo el amplio arco de los demócratas, republicanos intransigentes o dispuestos al compromiso con la monarquía, anticlericales o fideistas. Rosselli, op.cit.

conformando el terreno de un primer embate entre orientaciones ideológico-programáticas. Un embate, hasta el 1870, externo a las mismas bases obreras, conducido entre las fracciones de la burguesía para su dirección, liberal o republicana. Si el paternalismo de los “piamonteses”, desde los tiempos del *Estatuto Albertino*, consistía en limitar su campo de lucha al plano del agravio social, el Partido del Republica predicaba la lucha por el sufragio universal y la participación en las competiciones electorales como primer *deber y derecho* del trabajo. Mientras tanto, este incipiente movimiento se expandía a través de huelgas y agitaciones económicas en paulatino crecimiento tanto por el número de adhesiones, así como por la extensión territorial.<sup>576</sup>

Un mundo, él del trabajo, que, aun dada la enorme tasa de analfabetismo y las condiciones de miseria, entraba en rápida evolución en calidad de relación de fuerzas para la determinación de su propio horizonte ideológico. Un embate, en este entonces, entre el programa mínimo de los moderados, adversos a que formara una organización de alcance nacional y a toda iniciativa de orden político, y el empuje, en ambos sentidos, de los mazzinianos, sinónimos de socialistas o comunistas para los liberales y de usurpadores, de *camisas rojas*, para la reacción clerical, el término, este último, que, a sus ojos los compendiaba todos.

A través del embate entre *políticos* y *apolíticos*, el movimiento obrero se iba constituyendo, también en Italia, como fuerza y será en confrontación con la intelectualidad democrática que, también en Italia, procederá hacia una propia autonomía organizativa. Si gracias a los republicanos, iba superando el carácter de asistencialismo al cual querían confinarlo los liberales, Mazzini declaraba funestas y violentas las formas, en primer lugar la huelga, que empezaban a adquirir derecho de costumbre entre las bases, mientras, a través de sus órganos de propaganda, en Italia así como en el exterior, emprendía su batalla anti-socialista, contraponiendo al antagonismo entre trabajo y

---

<sup>576</sup> Antes de la unificación, el derecho de asociación obrera era admitido sólo en el *Regno di Piemonte e Sardegna*, donde, en el 1848, había nacido, por iniciativa de tipógrafos turineses, la primera sociedad de resistencia en contra de eventuales reducciones del salario. La fase gremial de la organización se había ido intensificando en la década de los cincuentas, expandiéndose en todo el Piamonte. Con la unificación, mientras en la región el movimiento todavía mantenía un perfil asistencialista, afuera, en particular en la ciudad de Milano, había ido elevando su combatividad, organizando las primeras huelgas. La batalla de Mazzini por la unión de las sociedades obreras en una única organización, concebida como punto de apoyo de una próxima revolución

republicana para la liberación de Roma y Venecia, inició con el primer congreso nacional de las sociedades de socorro mutuo, celebrado en Milán en el 1860, y habría seguido en los congresos de Florencia, Parma y Nápoles. Aún se discutieran las cuestiones sociales y económicas al centro de las preocupaciones obreras (mejorías salariales; reducción horas de trabajo; subsidios de desempleos; cooperativas; instrucción; arbitraje entre capital y trabajo; reglamentación en el empleo de menores; promociones de encuestas sobre las condiciones de la clase trabajadoras en Italia; etc.), en ese entonces el eje del embate era entre liberales y republicanos para negar y conferir, respectivamente, un carácter político al movimiento. Rosselli, op.cit.

propiedad, el deber del primero a interesarse a la política y de la segunda a la sociedad, e insistiendo en el valor supremo de la instrucción de una nueva moralidad, la obrera, que había que sustraer a la inmadurez intelectual.

El movimiento, sin embargo, adensado en la Italia septentrional, optaba por formas de agitación externas a una organización en la cual la subordinación de la cuestión social a la política mantenía extrañadas sus mismas bases. Eran los orígenes de aquel núcleo que más adelante, con las legas cooperativas y el auge de la cultura positivista, habría constituido, en Lombardía y la planicie padana, el centro territorial e ideológico del Partido Socialista Italiano. El anillo de conjunción entre esta fase incipiente y la madura del movimiento obrero como sujeto en lucha por el Estado y organizativamente autónomo de la burguesía: la llegada y adaptación del marxismo del siglo XIX al suelo italiano en el cuadro del embate entre *mazziniani e internazionalisti*.

En la gran asamblea de *St. Martin's Hall*, Marx, aun ausente, lograba ser encargado de mejorar “en la forma” el programa para aquella que se conocerá como Primera Internacional (AIL). Redactado por su comité provisional según el espíritu de Mazzini, el *Pacto de Fratellanza* que declinaba la unidad del movimiento como deber moral y espíritu de sacrificio, y que Marx describía enteramente como *Manifiesto*,<sup>577</sup> en Italia quedaba aprobado por los trabajadores reunidos, en Nápoles, para discutir su propio Estatuto, o, mejor dicho, reunidos los representantes, principalmente mazzinianos y garibaldinos, de las sociedades obreras. Desde entonces, mientras Mazzini esperará poder neutralizar la acción de Marx en campo internacional, Marx buscará sustraer el movimiento obrero italiano de la influencia de Mazzini.

El primero, fundada su propia organización cosmopolita, la Alianza Republicana Universal, separando la cuestión social de la política, actuaba, indirectamente, como un elemento de conservación, dada una fase en la cual, en la península, tanto las huelgas obreras, así como, vimos, las revueltas campesinas propias de los primeros años unitarios, aun desarticuladas entre sí, iban intensificándose. Marx, en contra de Mazzini, quién, en Italia, todavía era el revolucionario por antonomasia, decidía apoyar a Bakunin. Llegado en el 1864, fundada su propia Alianza -la Fratellanza, asociación secreta y conspirativa- Bakunin se habría empeñado en un doble frente de lucha en contra, a nivel europeo, del socialismo según Marx y, en Italia, de la democracia según Mazzini. Será a través de su

---

<sup>577</sup> Los ya citados *Manifiesto Inaugural del 1864* y los *Estatutos generales*, cfr. el primer capítulo de esta labor.



internacionalismo libertario que el socialismo irá abriéndose camino en las mismas filas del *Partito D'Azione*. Conocedor de los límites del *Risorgimento*, convencido que los fermentos de sublevación entre las masas podían convertirse en empuje revolucionario por iniciativa de una minoría iluminada y decidida, Bakunin abogaba en contra de una lucha democrática y nacional y para una revolución exclusivamente social e internacional. El campesino italiano, ignorado y hasta deplorado por los republicanos como depósito de la reacción, era, por primera vez, considerado un sujeto, y, sin embargo, alabado como mero instinto revolucionario. Una perspectiva que bien se insertaba, por su exaltación de la insurrección y la utilización de la propaganda secreta, en la tradición conspirativa de la “izquierda” resorgimental, en particular entre sus franjas garibaldinas.<sup>578</sup>

A partir del segundo congreso de la Internacional (1867), mientras la línea de Marx y Engels iba consolidándose y el socialismo avanzaba en Europa a través de la adhesión de enteras ligas obreras, en Italia cumplía todavía sus primeros pasos, paralelamente a las secuelas de las derrotas de las agitaciones mazzinianas y de las expediciones garibaldinas por la liberación de Roma. Si en el Norte, el número de huelgas se incrementaba y el movimiento cooperativo se extendía, en el Sur quedaba fundado el Comité central de la Internacional para toda Italia, de breve vida, por iniciativa de elementos que tenían en el anárquico ruso su referente ideológico. El IV Congreso, él que habría signado la derrota de Mazzini frente a Marx, inauguraba la última grande campaña del “maestro” en contra del socialismo y en nombre de la democracia.

Fue el momento parte-aguas de la Comuna, y el inicio de la tensión entre una historia símbolo y una historia ejemplo para el movimiento obrero. Mazzini, que no direccionaba su excomunión en contra del pueblo parisino insurrecto, sino en contra de aquello que consideraba el “dogma” de la lucha de clase y el “materialismo” de la nueva fe, suscitaba como reacción contraria la rápida extensión, en Italia, de secciones, y declaraciones de adhesión formal de asociaciones y periódicos filo-internacionalistas por iniciativa de las franjas del movimiento republicano que, en nombre de la Comuna, iba rompiendo con su máximo dirigente. Si entre las filas obreras, la Comuna era el terreno contenido entre dos concepciones de la lucha socialista, en este entonces, aquella que sostenía y aquella que

---

<sup>578</sup> En una primera fase, Bakunin enlazó contactos, sin consolidar éxitos duraderos, en el ambiente mazziniano septentrional, en particular apelando a sus franjas anti-clericales y federalistas. Fundada la Fratellanza, dejó Firenze para Napoli, entrando aquí en contacto con un ambiente democrático y masón donde más que el mazzinianismo, la influencia era del radicalismo garibaldino. Bakunin habría dejado Italia

en el 1867, para dedicarse a propagandear el socialismo federalista y libertario en contra de aquella que consideraba la concepción autoritaria y centralista del socialismo según Marx. En espera de constituir el bastión de una batalla política, que preveía inminente, en contra del Consejo General de Londres, Bakunin habría representado a los italianos en el IV Congreso (1869). Cfr. Rosselli, op.cit.

refutaba la lucha por el Estado político, para la burguesía indicaba el re-surgimiento del espectro de la revolución social en escala europea, ahora, además, percibida como el programa de una fuerza autónoma y organizada.

Mientras la derrota del 1871 signó, junto con su acceso a la fama, la entrada en crisis de la I Internacional, en Italia, al contrario, determinó el rápido avance del internacionalismo entre demócratas desilusionados. Abandonando su previa convicción que la instauración de la República habría conducido, por propia necesidad, a la transformación total del orden social, estos primeros socialistas, revolucionarios, se consideraban los depositarios de la tradición del “maestro”, de aquella revolución como causa e insurrección popular que Mazzini había traicionado, condenando, a sus ojos, el pueblo de París. Sectores medios que, depositarios de la cultura política republicana, mientras se multiplicaban entre sus filas los seguidores de Bakunin (figura emblemática es Malatesta), tenían ideas imprecisas de la Internacional y su programa.

El determinante nacional era el clima cultural de la “*deprecatio temporum*”, de central importancia en la larga historia de la crisis del Estado liberal italiano, al cual regresaré ampliamente en el curso de esta labor. En este entonces, “*deprecatio*” era sinónimo de la percepción de una decadencia espiritual de la clase dirigente post-resorgimental como sentir común entre los intelectuales y a partir del cual la “izquierda” de la burguesía iba sufriendo el alejamiento, sobre todo entre las generaciones más jóvenes, de sus cuadros medios. Aquellos mazzinianos que no percibían ni la profunda e insanable diferencia entre Mazzini y la Comuna, ni los mismos límites, según Marx, de la insurrección parisina. El Congreso de Roma (1871), una vez votado como programa el mismo Pacto de Fratellanza del 1864 y convocado por Mazzini con el propósito de marginar la influencia de los internacionalistas, terminaba, al contrario, en la ruptura del movimiento obrero con la dirección republicana, cuyos ataques en contra del “dogma” de la lucha de clase no habían surtido efecto entre las bases. Muerto Mazzini, los internacionalistas deliberaban seguir aquello que definían un programa antiautoritario, aprobando la abstención sistemática de las elecciones políticas y la importancia del campo, donde, mientras tanto, iban aumentando las agitaciones sociales y los tumultos. En el 1872, presente un centenar de organizaciones, y declarada constituida la Federación Italiana de la Internacional, ésta se manifestaba compacta en contra del consejo general de Londres y aquella que definía *la doctrina autoritaria del partido alemán*, la negación, en su perspectiva, del sentimiento revolucionario del proletariado italiano.

El socialismo italiano, en fin, no surgía, como fue el caso de la socialdemocracia alemana,

de un largo periodo de incubación teórica y práctica política del movimiento de los trabajadores como una fuerza de masa relativamente homogénea y en el cuadro de un incipiente proceso de industrialización; un proceso que había llevado a la temprana conformación de un único partido del trabajo en lucha por la conquista del poder político. En Italia, el socialismo surgió insurreccionalista, como una reacción de sectores medios a la crisis del Partido de la República, y en el momento en el cual éste perdió, con la Comuna, la posibilidad de una dirección ideológica, nunca realmente lograda, entre las bases obreras y campesinas. Unas bases que veían en el “materialismo” de la Internacional una fuerza más adherente a la realidad del espiritualismo mazziniano, cuando, sin embargo, los *internacionalistas* que, desde Nápoles, se hacían bandera de su causa, tampoco eran los auspiciados, desde Londres, por Marx y Engels, sino miembros de la corriente garibaldina y federalista y cuyo programa era de “*Libertad y Justicia*”.

Si estos primeros socialistas actuaban desde la ventaja de las inmediateces del extremismo y a través de un programa revolucionario que miraba a abolir, sin tener que conquistar, al Estado, paralelamente, en la Italia septentrional, la expansión del asociacionismo y cooperativismo se acompañaba de la creciente influencia de intelectuales de la sociedad civil urbana, cuyo racionalismo positivista conformaba el horizonte político-cultural de *La Plebe*. El periódico milanés en el cual Marx y Engels habrían ido concentrando su atención una vez conscientes de las tendencias bakunistas de la Internacional italiana, declarándolo el sólo representante de “nuestro partido”, y “una minoría en medio de una masa de autonomistas”. El germen del futuro Partido Socialista Italiano, el primer partido, en Italia, que logrará darse una organización *moderna*, momento a partir del cual las fracciones de la burguesía irán definiendo la relación entre sí, su respiro nacional, en relación adversativa con el único sector del mundo popular organizado, en este entonces, como fuerza ideológica en lucha por el poder político.

Entre la experiencia de *La Plebe* y la fundación del *Partido de los Trabajadores Italianos* (Pli), el movimiento obrero italiano habría sido la historia de las derrotas de los levantamientos impulsados por los internacionalistas en el Norte y el Centro, por un lado, y, por el otro, el avanzar, en estas mismas áreas, del trabajo jornalero paulatinamente concentrado en el campo.<sup>579</sup> Un protagonismo de la lucha económico-social que refutaba las abstracciones de los republicanos y las terribles secuelas de represiones en contra de

---

<sup>579</sup> Particularmente en la Val Padana, donde las ligas cooperativas de los trabajadores conferirán al partido socialista las bases rurales más numerosas de la

socialdemocracia europea. Arfé, G. *Storia del socialismo italiano*, p. 19.

los insurreccionalistas. La lucha agraria, articulada con el asociacionismo obrero milanés, resolvía por la fundación, en el 1880, del *Partito Operaio italiano*, disuelto sólo dos años después como organización ilegal. Los contactos entre sus miembros, algunos diputados e intelectuales pertenecientes a la Liga Socialista, abrían el camino para la fundación, en el 1892, del *Partito dei Lavoratori Italiani*, renombrado, unos años después, en la ciudad de Reggio Emilia, *Partido Socialista*. Las dos almas de la revolución, la social y la política, se habrían reunidos, en el 1892, en Génova, y a través de “un programa de evidente inspiración marxista y destinado a larga vida”<sup>580</sup>. Dos almas, en el primer *Novecientos*, nuevamente en conflicto.

Resumiendo, la crisis del mazzinianismo, primero, y la derrota del insurreccionalismo, después, fueron los dos momentos claves a través de los cuales el movimiento obrero italiano alcanzó la autonomía organizativa propia del partido político colocado en el antagonismo social de clase. Un partido nacido antes de una incipiente fase de industrialización, y que, conformado según el modelo de la Spd, en la primera década del Novecientos habría constituido el eje de un precario equilibrio entre Estado y sociedad. A diferencia del caso alemán, el Psi no era el producto del protagonismo creciente de una fuerza trabajo con carácter de masa que había ido conformando su identidad en adversativa a la burguesía como clase general, sino de sectores urbanos y rurales que, entrando por primera vez en el escenario político como fuerzas activas, constituían una novedad absoluta en la historia unitaria y, como tal, habían provocado “una subterránea revolución en las conciencias, en las creencias, en la costumbre” de la sociedad civil y sus sectores medios.<sup>581</sup>

Un partido en el cual, en sus orígenes, una cosa es Marx para las bases y otra para aquellos que se proponen dirigirlos. La figura distante y no fácilmente distinguible de otro mito, el mucho más popular Garibaldi, en un caso; el “científico social” para los intelectuales que, en correspondencia con el viejo Engels, teorizaban la necesidad por parte de la lucha social de organizarse por la conquista de los poderes públicos. La melancolía del joven Turati que, frente a la degeneración de la vida pública italiana, ha fundado la Liga Socialista milanés y fundará la “Crítica social” se encontraba, según Arfé, con la radicada percepción del trabajo rural y urbano septentrional de haber sido un mero objeto de vilipendio por parte de la “patria” y el Vaticano.

---

<sup>580</sup> Arfé, *ibídem*, p. 9.

<sup>581</sup> Arfé, *ibídem*, p. 20.

Un encuentro que efectivamente signaba el origen del marxismo como socialismo en Italia: la articulación entre la inconformidad social de sectores laborales que no eran aún el trabajo paulatinamente proletarizado y concentrado en grandes centros urbanos y la desilusión con la vida intelectual y moral del país de los sectores medios. Un clima, la ya mencionada “*deprecatio temporum*”, que, en la sociedad civil del Centro-Norte, ahora cristalizaba como impulso a asociar la actividad del teórico con aquella del organizador social y político, mientras, desde el *Meridione* y con aspiración nacional, cristalizará en un esfuerzo de organización de la cultura que, veremos, habría ido incluyendo el marxismo teórico. En ambos casos, era la figura y el rol del intelectual que iba modificándose, adoptando una acepción política.

Producto del encuentro entre sectores urbanos y rurales movilizados, por un lado, e intelectuales politizados, por el otro, el partido socialista italiano, surgía “desde abajo” y como federación de organizaciones populares. En Génova, una asamblea ecléctica donde se reunía todo “aquello que en los decenios anteriores había sido profesado, y se había agitado, en campo democrático”,<sup>582</sup> la corriente de los marxistas, el socialismo según Turati, Bissolati y Prampolini, no surgía mayoritaria. Se afirmaba, siempre según Arfé, como una combinación de teoría y buena novela; como la revolución en tanto que necesidad histórica y vínculo de hermandad y justicia; como socialismo y democracia, ambos abstractamente promulgados, el primero como concepción materialista y evolucionista de la historia, el segundo como moralidad de la política. La esterilidad de la voluntad si desligada de la “racionalidad” del capitalismo -el principio básico del marxismo como teoría política, al centro, obviamente, de su contención interpretativa- eran, en Italia y en este entonces, las sugerencias fatalistas de un socialismo predicado como verbo. Una “religión” no sólo para un sector del mundo popular, sino para los mismos intelectuales que de esta parte serán los jefes de partido; la formación, en proceso, de una concepción del mundo.

“El eclecticismo no desaparecerá tan temprano. No es solamente el efecto de una confusión intelectual, sino la expansión de una situación. Cuando pocos, más o menos socialistas, se dirigen a un proletariado ignorante, a-político, y en buena parte reaccionario, es casi inevitable que razonen como utopistas y obren como demagogos.”<sup>583</sup>

Así escribía Antonio Labriola a Engels dos meses después de la fundación del partido y

---

<sup>582</sup> Una mezcla de “republicanismo revisitado, de corporativismo corregido, de anarquismo moderado, de fe enérgica pero vaga en el progreso de la humanidad”. Cfr. Arfé, *ibidem*, p. 16

<sup>583</sup> Cfr. Labriola, carta del 5 octubre 1892 en *Lettere a Engels*. Roma: Rinascita 1949, pp. 75-77.

de haber participado, él mismo, a la redacción de su programa. En la carta citada, Labriola no absolutiza, sino inserta la pobreza del socialismo italiano en una situación histórica determinada donde teoría y realidad, intelectuales y masas, conforman una tensión en proceso. Proviendo de una alta cultura, la meridional italiana, en la cual Hegel había sido profundamente asimilado, Labriola no se oponía al partido en ausencia de un capitalismo y, con aquél, de un proletariado, “clásico”, sino al marxismo dado el partido según Turati, a la ausencia, es decir, de una efectiva ruptura cultural con el liberalismo, avanzando como razones una impreparación de las bases que era la misma de sus dirigentes. Las condiciones, según el filósofo, no estaban “maduras” para que el marxismo se constituyera, en Italia, como partido, como auténtico heredero de la filosofía clásica alemana, porque dichas condiciones no eran económicas, sino históricas, y como tales, eran una cuestión filosófica, o, en su visión, de presupuestos teóricos en tanto que presupuestos políticos, los límites, en fin, de una *praxis*.

El marxismo podía ser revolucionario sólo si hubiera sido capaz de formular una propia concepción de la necesidad histórica como una propia, autónoma, concepción del sujeto ético-político; la verdadera herencia de Marx según Labriola y la condición para traducir la experiencia del movimiento obrero alemán en lenguaje nacional. Enfocando el marxismo como historicismo, Labriola ampliaba aquello que se habría tenido que entender por “partido” obrero; convertía la relación entre dirección política y espontaneidad social en un problema de cultura, la necesidad de saber contender al adversario, los intelectuales liberales, su mismo terreno de batalla. Labriola se insertaba en aquella que a caballo de los dos siglos era apostrofada, por primera vez, como “crisis del marxismo”, un conflicto teórico de conocimiento y preocupación de pocos en Italia, y que él atinaba en considerar “una crisis de la ortodoxia” en la medida en la cual, la familiaridad con la dialéctica, la especificidad del Estado italiano y los acontecimiento en curso en la socialdemocracia alemana, le permitía percibir cómo los presupuestos conceptuales del marxismo segundo-internacionalista no expresaban, en Italia, una intransigencia histórico-real, efectiva.<sup>584</sup> Labriola sostenía la tesis de una política como

---

<sup>584</sup> El juicio de Arfé sobre Labriola es otro. El historiador lo apostrofa como el intelectual con débil influencia no por ser un precursor, antes tiempo, de una maduración político-ideológica del movimiento obrero, sino como él que, por su abstractismo, tuvo una posición marginal no sólo en el partido, sino también en la elaboración de un marxismo como cultura de ruptura de la cual propugnaba la necesidad. Aun reconociéndolo como el socialista de mayor profundidad teórica en la Italia de finales de siglo

frente a la pobreza dialéctica de un Turati, aquella de Labriola era, según Arfé, una concepción aristocrática del partido; el partido de cuadros intelectualmente preparados como germen de un futuro partido de masa, el cual habría tomado realidad paralelamente al pleno despliegue de las potencialidades de la burguesía. Centrada en el rigor ideológico, la suya era una visión, siempre según el historiador socialista, incapaz de recoger la dimensión histórica de los problemas políticos, la calidad, para Arfé, que distingue un

cultura del movimiento obrero, el socialismo reformista, todavía subalterna, en Italia, a una cultura como política, el liberalismo. El “partido como “juicio”, los liberales, en contra de la teoría como “prejuicio”, los socialistas, habría sostenido Benedetto Croce, en el 1912, y en polémica con Labriola, del cual había sido primero discípulo, y todavía era el editor. El “juicio”, empero, según Croce: la separación entre teoría y política negando al marxismo, el “prejuicio”, un posible estatus epistémico.

Mientras Labriola, en correspondencia no solo con Engels, sino con el mismo Bernstein, al cual transmitía el término de “socialismo crítico”,<sup>585</sup> se preocupaba con el rol del partido como lugar autónomo de elaboración ideológica, Turati y Anna Kulishov sometían el problema de la relación de los socialistas con las fuerzas democráticas burguesas a la atención de Engels, que, entrado el Psi en ilegalidad durante la represión crispina, les indicaba la vía de la alianza con los republicanos y radicales construyendo, al mismo tiempo, una capacidad de dirección ideológica en la sociedad que le permitiera retomar la iniciativa revolucionaria una vez re-establecidas las garantías civiles y políticas. Un Engels que enfocaba, nuevamente, el carácter de la clase como masa, y, para el caso italiano, la necesaria acción del partido entre bases otras a las obreras.

“Evidentemente, el partido socialista es demasiado joven y, debido a la situación económica, demasiado débil para contar con una victoria inmediata del socialismo. En el país prevalece la población agrícola, y de lejos, sobre la urbana; son pocas, en la ciudad, las industrias desarrolladas, por lo tanto, es escaso el proletariado típico; la mayoría está compuesta por artesanos, pequeños tenderos, desplazados, una masa flotante entre la pequeña burguesía y el proletariado. Es la pequeña y mediana burguesía de la Edad Media en decadencia y desintegración, la mayoría proletaria del futuro, hoy todavía no proletaria. Esta clase, cada día cara a cara con la ruina económica y ahora conducida a la desesperación, es la sola que podrá proporcionar tanto la masa de los combatientes, así como los jefes de un movimiento revolucionario. En este camino la apoyarán los campesinos, a los cuales su propia dispersión en el territorio y su analfabetismo prohíben toda iniciativa eficaz, pero que, en todo caso, serán su poderosos e indispensables auxiliares”<sup>586</sup>

A finales del siglo XIX, una labor de expansión en la sociedad civil como aquella indicada por Engels era extraña a la perspectiva de un partido, el Psi, caracterizado por el fuerte empeño de sus dirigentes en promover las organizaciones de clase -las ligas, las corporativas, las administraciones comunales- y, a diferencia del caso alemán, la reticencia a subordinarlas a una directiva centralizada como lugar privilegiado de

---

Turati, y que habría vuelto el filósofo napolitano susceptible a sugerencias de tipos mecanicistas, hasta terminar en el asentimiento al colonialismo como instrumento de civilización. Cfr., Arfé, *ibidem*, pp. 9-21. Lo considero un juicio en necesidad de matizaciones, a las cuales regresaré en la próxima

sección, considerando el revisionismo crociano del marxismo y su propia polémica con Labriola.

<sup>585</sup> Steinberg, artículo citado, p. 199.

<sup>586</sup> Engels, carta a Turati del 26 enero 1894, en *Il socialismo nella storia d' Italia*, Manacorda, G. (a cura di). Bari: Laterza, 1966, pp. 199-203.

elaboración programática.<sup>587</sup> No era solamente la consecuencia del embate anterior en contra del insurreccionalismo y, como tal, de una prejudicial anti-idealista que tendía a reducir la primacía de la política al voluntarismo, sino de una falta de elaboración teórica en adversativa a una burguesía que, por intermediación de sus intelectuales, empezaba a avanzar en sentido contrario.

Como mencionamos, la entrada al gobierno de la “izquierda histórica” representó un momento crucial en la historia del Estado liberal italiano. Si el cambio de gobierno fue del marzo 1876, el cambio del Estado como forma atravesará la entera década sucesiva, prolongándose hasta finales del siglo XIX. Un periodo durante el cual la caída anti-democrática y anti-parlamentar no expresó simplemente la reacción del bloque dominante frente al avanzar del movimiento obrero organizado en lucha por el Estado, sino un proceso de transformación del Estado como relación entre sociedad política y sociedad civil. Años en los cuales la práctica del *transformismo* quedaba puesta en entredicho por la percepción, entre los sectores medios, de un general decaimiento de la clase dirigente dados los escándalos de corrupción e inmoralidad de la vida pública, los desastres del primer aventurismo colonial y la obtusa cerrazón a la cuestión social. Años críticos para la configuración del partido socialista, el cual emprendía la unificación del complejo de situaciones locales del cual había surgido paralelamente al transitar de la burguesía como fuerza dominante hacia la búsqueda de una capacidad de dirección entre las masas campesinas.

El elemento de ruptura que permite hablar, para la última década del siglo XIX, de transición, en Italia, hacia una nueva forma del Estado liberal no consistió en los estadios de asedios y los tribunales militares, sino en la lucha, combinada, del bloque dominante en contra del movimiento socialista, con la puesta en ilegalidad del derecho a la existencia del partido recién formado, y en contra de un arranque de lucha popular, rural y urbana. Una movilización de masas sin articulación orgánica, con origen en la iniciativa de los campesinos meridionales y que se extendió, en conjunto con su virulenta represión, más allá de su centro de irradiación: desde i *Fasci siciliani* y las fuerte agitaciones del centro-norte del 1893, hasta las *cuatro jornadas de Milán*, del 1898. Una protesta de rasgos populares que cubría casi dos tercios del territorio nacional, se desarrollaba

---

<sup>587</sup> El Psi, en contra de las propuestas minoritarias de preservar el partido como una mera confederación, adoptó, en el 1895, el principio de adhesión individual y la fórmula unitaria y tendencialmente centralizada de la organización política. La concepción del partido según Turati era empero influenciada por la

experiencia inglesa, producto de una historia particular, en la cual un fuerte movimiento sindical había precedido la constitución del órgano político, confiriéndole su propia impronta programática y técnico-organizativa. Arfé, *ibidem*, cap. II.



completamente afuera de las directivas del partido y, sin embargo, asumía el socialismo como su bandera identitaria.<sup>588</sup>

Fue esta entrada de las masas en la vida de la nación lo que atrajo hacia el socialismo los intelectuales, quienes adhirieron al partido por una demanda de regeneración moral de la vida del país. Si la componente del trabajo traducía el abstractismo de los motivos de orden ideal en una cuestión social, la intelectual confería a la protesta un potencial alcance estatal. Un encuentro que fue una *praxis* y ésta el origen, en Italia, del problema del partido como cultura, de la fuerza material, efectiva, de la crítica sólo en tanto que identidad de una fuerza social y que sus dirigentes asumían, sin embargo, como necesidad de demostrar la fuerza de la teoría frente a la realidad. Una sociedad en movimiento representaba, según Arfé, un problema para una dirección todavía empeñada en la definición de sí misma. En el horizonte de los entonces dirigentes del Psi, la primacía del partido de clase sobre otras formas organizativas habría significado construir una autonomía político-ideológica de clase antes de la maduración de las condiciones socio-económicas, que, en su mismo discurso, la legitimaban. El acento del estudioso, sin embargo, no recae en la crítica a un partido que, ignorando una historia determinada, aquella del Estado liberal italiano, volvía estéril, como cultura positivista, su propio rol potencialmente dirigente, sino apunta a un poder social, el capital, que, no siendo todavía él de la gran industria, no tenía interés para una evolución de la sociedad política en sentido democrático y como tal explicaría los límites políticos del reformismo italiano.<sup>589</sup> Tampoco habría tenido interés en la democracia, cosa que Arfé no anota, la burguesía turinesa como fracción de vanguardia del capitalismo italiano.<sup>590</sup> Una gran burguesía, la industrial, que actuará buscando mantener su propia autonomía de la nueva forma Estado, aquella organizada alrededor del control corporativo del antagonismo capital-trabajo. Me refiero, obviamente, al *giolittismo*. Una nueva forma Estado, una nueva relación entre sociedad política y sociedad civil, cuya originalidad es nacional y social. Una forma en continuidad-discontinuidad con la anterior por aquello que concierne la política del ejecutivo con el mundo campesino meridional, ahora paralela, sin embargo, a la

---

<sup>588</sup> Un movimiento cuyas reivindicaciones sociales son heterogéneas -la demanda de tierra, la lucha en contra del hambre, el rechazo de las condiciones de trabajo deshumanas-, en su mayoría espontáneas, en parte promovidas por anárquicos o republicanos, y en otra inmiscuidas también con camarillas de poder local. Seton Watson, op.cit.

<sup>589</sup> Arfé, ibidem, p. 65.

<sup>590</sup> El historiador socialista, según mi lectura, tiende a presentar las primeras décadas del Siglo XX como

solución a la crisis del Estado liberal de finales del siglo XIX y no como su continuidad bajo otra forma. La razón es que, en mi opinión, asocia los límites del partido socialista a la ausencia de una burguesía democrática, para luego buscar las causas de esta deficiencia en la falta de desarrollo del capitalismo industrial en el Meridione. Un determinismo de fondo que contradice su misma intención de re-construir la historia del Psi evidenciando los límites de una cultura política.

sustitución de la represión de la tensión social en el *Settentrione* por un esfuerzo de asimilación del antagonismo de clase. Una combinación entre compromiso corporativo, para el movimiento obrero, en el norte, y la represión de toda movilización autónoma para los campesinos del sur. En un caso, con mediación en la dirección reformista del partido, el grupo parlamentar y el mundo sindical -los cuales, empero, no agotan la realidad del socialismo italiano-; en el otro, vía el transformismo de la pequeña y media burguesía intelectual, paralelamente a la integración del bloque agrario en el dominante.

Si la crisis del giolittismo, veremos, asumirá un carácter orgánico sólo en la segunda década del Novecientos, sus orígenes son para buscarse en una temporalidad más larga, en las últimas dos décadas del siglo XIX, las cuales se caracterizaron por la transformación de la *praxis* de la “derecha histórica”, el discurso de la sublevación de lo nuevo en contra de lo viejo, en la apariencia del Estado como *el* sujeto histórico, *el* Estado fuerza en el interés de las mayorías, la *praxis* de la “izquierda histórica” inaugurada con la entrada de hombres del *Meridione* al gobierno, dado el surgimiento, a la oposición, de una nueva izquierda.<sup>591</sup>

Gramsci, en el ensayo sobre la cuestión Meridional, habría indicado en Crispi -el protagonista de las represiones en Sicilia, de los escándalos de la Banca Romana, del

---

<sup>591</sup> En la fase de fuerte tensión política y social que caracteriza la última década del siglo XIX se sucederán al gobierno: el “hombre fuerte” Crispi, el siciliano patrón de sociedades obreras; el breve ministerio del turinés Giolitti, caído con la explosión popular, en el 1893, de los *Fasci*; el segundo gobierno Crispi y la promulgación de las leyes anti-socialistas; el liberal moderado Rudiní que, originariamente contrario al estado de asedio, lo aplica, con el general Bava Beccaris, en Milán; el general Pelloux y, en fin, el barón Sonnino. Los últimos dos llegarán hasta el punto de promulgar una modificación del reglamento de la cámara de los diputados al fin de hacer pasar las leyes liberticidas empujadas por el gobierno frente al avanzar del movimiento popular.

Por lo que concierne la “izquierda”, nueva porque distinta de aquella que iba gobernando el país desde el 1876, ésta se componía primariamente por los socialistas, pero también por el movimiento católico modernista (que se había propuesto como alternativa al avanzar de la naciente democracia socialista, aunque la mayoría del mundo católico sostuviera posiciones moderadas y conservadoras, las estimuladas y pronto impuestas por la reacción de Pio X), los republicanos (fundado su partido en el 1897), los radicales (en el 1904) y, en fin, una fracción liberal de izquierda adunada alrededor de las figuras de Zanardelli y Giolitti. Las elecciones del 1900 habrían signado el éxito de socialistas, republicanos y radicales. La nueva fase iniciará con el gobierno Zanardelli, con Giolitti como ministro del interior, quien, en uno de sus

primeros actos, re-habilitaba la libertad de organización del trabajo. El primer gobierno Giolitti será en el 1903, con el inicio de la “larga tregua”. Tal había sido la amplitud y la intensidad del movimiento reaccionario del 1893-99, enfatiza Enzo Santarelli, que éste habría condicionado la misma percepción del giolittismo. Aunque constituyera una fase de restauración liberal, el Psi, sobre todo en un inicio, lo considerará “descubierto a la derecha”, tanto por los ataques que le reservaba el liberalismo conservador y autoritario, así como por un partido que, protagonista de la lucha por la restauración de las libertades, cedía, en parte, en el terreno de los ideales y objetivos socialistas.

La “edad giolittiana” (1903-13), siempre según el historiador, constituyó un largo experimento reformista limitado no sólo en cuanto a la modernización política y social, sino por lo que concierne también la duración y profundidad del encuentro corporativo con el movimiento obrero. “Un fenómeno de transformismo iluminado y paternalista,” cuya mediación principal residió en el anti-meridionalismo compartido entre Turati y Giolitti y el resultado del cual fue “el renovarse de un desfase permanente entre la clase dirigente y los estratos más vivos del pueblo italiano, los cuales terminaron por expresarse a través de las inquietudes de múltiples grupos de intelectuales, más o menos progresistas y más o menos irracionalistas”. Cfr. Santarelli, E., *Storia del fascismo*, Vol. I. Roma: Editori Riuniti, [1967] 1973. En particular el cap. I, la citación es de p. 14.

inicio del aventurismo colonial y de la puesta en ilegalidad del partido socialista- el jacobino por temperamento, el verbalismo revolucionario del hombre fuerte. El viejo discurso liberal-moderado de la primera década unitaria, aquél del connubio de los *rojos*, los socialistas y los demócratas, como fuerzas “anti-patrióticas”, por su anacronismo, anota Arfé, situaba la burguesía en una línea de clase demasiado atrasada respecto a la posibilidad de su expansión ideológica en la sociedad civil, en particular, entre los sectores medios septentrionales. Con la fundación del partido obrero, frente a la posibilidad de un acercamiento, en la sociedad política, entre demócratas y socialistas, el eje del equilibrio conservador residía en la sociedad civil meridional, donde, al fomento de la corrupción de la administración local y a la virulenta represión de las masas campesinas, se aunaba el espejismo de la expansión de la italianidad en África y la retórica de la “tierra fácil”. Fueron los años de la así llamada “hegemonía crispina”, un connubio entre industriales y agrarios en proceso de conformación, con eje en la desorganización del campesinado meridional como fuerza potencialmente democrática. Un bloque dominante que buscó resolver la sociedad en el Estado, logrando separar, en el Sur, la cuestión social de la democrática, en la misma medida en la cual una parte de esta sociedad popular, la única organizada por la lucha estatal, el Psi, separaba, en el Centro-Norte, la cuestión social de la cuestión nacional.

Años en los cuales fueron los sectores populares, *en primis* los campesinos meridionales, los que pagaron la talla de sangre y fue, efectivamente, el partido socialista la fuerza que asumió la carga principal de la batalla para las libertades civiles y política. El camino elegido por el Psi, sin embargo, era él de la búsqueda de una alianza con los pequeños e debilitados partidos de la izquierda burguesa, demócratas y radicales, cuando Engels lo había condicionado a la construcción, en la sociedad civil, de “un movimiento popular real”, “de verdad nacional”, al cual participar sin sacrificar, sino reforzando, el carácter de “partido independiente”, gracias a la misma lucha por alcanzar la forma política burguesa más adecuada al desarrollo del antagonismo social de clase, la democracia, y construyendo una capacidad de dirección entre aquella que era la mayoría italiana: masas populares. El camino, en fin, de la revolución permanente según Engels, el ir construyendo, con la lucha por las libertades políticas y civiles, una “nueva base de operación para conquistas ulteriores.” La estrategia seguida por el Psi habría sido ofensiva sólo en presencia de una situación “jacobina”, con formaciones liberal-democráticas de avanzadas porque orgánicamente relacionada con un poderoso movimiento campesino, cuando, en Italia, el rasgo específico, constituyente, del Estado liberal era exactamente la

ausencia histórica de esta premisa. Presentes las bases potenciales de un movimiento democrático de masa, el campesinado meridional, el Psi, abandonando el problema de su dirección, evidenciado por Engels, asumía la lucha por las libertades separando entre lucha por la sociedad política y por la sociedad civil, y, de esta forma, encanalizaba la clase obrera hacia un camino defensivo.

En el momento en el cual una clase, la obrera, emprendía la lucha por el poder político, la posibilidad de su acceso a la vida estatal contradecía la concepción liberal de la democracia, sustituyendo una colectividad al individuo como sujeto de derecho. La socialdemocracia transformaba el Estado liberal, en la medida en que la burguesía como clase dominante asistía, por primera vez, a un sector de lo popular que iba rompiendo las mediaciones tradicionales, o sea, las *formas*, no sólo de la conservación social, sino de la revolución política, así como éstas se habían dado en la historia bajo dirección burguesa hasta ese entonces, como una limitación del Estado al Estado político. Cerrando filas en una organización centralizada como fuerza política, el partido, y articulada a las organizaciones de clase de la sociedad civil, el sindicato y las varias formas del asociacionismo, la socialdemocracia negaba, en principio, tanto el partido de la conservación, así como de la revolución en su determinación histórica burguesa, respectivamente, la liberal y la jacobina. El primero, una relación entre representantes y representados por iniciativa “desde arriba”, expresión de la orientación de un individuo o de un grupo, de permanencia coyuntural y generalmente electoral. El segundo, el ideal que, codificado en disciplina, actúa aun “desde arriba” y por iniciativa de una minoría, en relación con los intereses reales de la masa popular, permanentemente movilizada.

Rompiendo con ambas *formas*, la liberal y la democrática, el Psi habría, sin embargo, tenido que romper, con un *contenido*, con su especificidad histórica italiana, con una cultura política donde el parlamentarismo había sido sinónimo de transformismo y el jacobinismo de sectarismo, y, ambos, las dos caras de una misma medalla. La continuidad, como forma Estado liberal, en Italia, entre la cooptación conservadora de la pequeña burguesía democrática durante el proceso resorgimental y la derrota del socialismo insurreccionalistas en la primera fase unitaria, cuando el segundo había heredado de la primera su concepción de la práctica revolucionaria como conciencia de minorías iluminadas y en ausencia, a diferencia de los jacobinos históricos, de toda representación de los intereses sociales de las masas campesinas. Dado este *momento constituyente*, que era del Estado tanto cuanto del movimiento obrero italiano, una vez conformado el partido socialista, el presupuesto para que la lucha democrática se mantuviera, en Italia, en un

horizonte de ruptura con el liberalismo implicaba construir una nueva relación, orgánica, entre clase y sectores populares, al fin de asumir la democracia no como el instrumento para defender o avanzar los intereses del particular, sino como el poder de definir la forma, los términos, los límites político-ideológico de la relación entre lo social y lo político así como ésta se reproducía, históricamente, como forma Estado.

Nacido del encuentro entre intelectuales y la historia del movimiento que antecede su fundación, el Psi era producto de la especificidad de la sociedad civil septentrional, caracterizada por una clase media en la cual había ido reclutando sus dirigentes; aquel “socialismo de los profesores” atraídos por el empuje de innovación moral e intelectual que percibían en la cuestión social. Creado el centro político, la tarea era conformarlo como una dirección ideológica, y formar una cultura política de ruptura no implicaba, así como parece enfatizar Arfé, hacer avanzar como condiciones generales las mismas premisas que la habían favorecida en el norte, sino el reconocer la cuestión social como cuestión nacional. No obstante la dirección del partido, la reformista, realice desde un inicio aquello que podríamos definir un profundo esfuerzo para la conformación de una identidad de clase centrada en la superación de los localismos, y de la cual máxima expresión es la fundación del “Avanti!”,<sup>592</sup> la cuestión nacional como cuestión democrática era, en Italia, un nudo de problemas que, en este mismo entonces, asume el nombre de *cuestión meridional*.

Mientras el Psi logra una enorme expansión en la sociedad civil septentrional, rural y urbana, donde sus sedes se convierten en verdaderos centros de vida popular, lo hace, a diferencia de la Spd, asumiendo la primacía de la lucha económica sobre la política. No era el partido, así como releva Arfé, “cuya autonomía no encontraba suficientemente defensa en tal impostación en contra de eventuales degeneraciones corporativas del movimiento obrero”, sino lo contrario, el movimiento obrero sin defensa, como este

---

<sup>592</sup> De este periodo fue la fundación, en el 1896, del “periódico de partido”, el cual adoptó el mismo nombre del órgano oficial de la socialdemocracia alemana y, en su calidad de órgano político-cultural, inauguraba un rasgo que se afirmará como característico de la vida cultural italiana del nuevo siglo, su originalidad siendo la misma del partido socialista como primera fuerza política de masa. Un periódico que, proponiéndose como instrumento para abatir los regionalismos, recogía “todos y solamente” los motivos de agitación y de lucha del partido, una “fuerza cultural” a la dirección de la cual habrían sido llamadas, desde entonces, las figuras más representativas de la corriente mayoritaria. A Bissolati, fuerte de la experiencia del periodista y de

actividad de propaganda y agitación en el campo, seguirán Ferri, Treves y, en época de Gramsci, con el proceso de radicalización de las bases y la entrada en crisis de la dirección reformista, Mussolini y, luego, Serrati. La elección de Roma como sede, cuando Milán era la capital del movimiento obrero italiano, reflejaba la voluntad del reformismo socialista de insertarse en el centro de la vida política del país y fomentar una capacidad de difusión no circunscrita en una provincia o a una región, como todavía era el caso para la prensa burguesa. El “Avanti!” se conformó como centro de agrupamiento de la joven leva intelectual que iba adhiriendo al socialismo, y de la cual será parte, en Turín, el mismo Gramsci aviado al periodismo militante. Arfé, *ibidem*, cap. III.

partido, en contra de su integración corporativa como fuerza social y su vaciamiento ministerial como fuerza política. Una degeneración que, según Arfé, reflejaba la ausencia de premisas democráticas finalizadas a una difusión del socialismo entre las masas populares meridionales, y, sería mejor definir, con Gramsci, como esta ausencia por la incapacidad del cuadro dirigente socialista de enfocar la relación entre política y cultura, Estado político y Estado ético.

Conferir primacía a lo económico-social sobre lo político era un aceptar los mismos límites que el capital impone al trabajo; asumirlo no como una condición de subalternidad, sino de libertad, como el lugar inmediato de formación intelectual y política de una propia autonomía, de una propia subjetividad, de una propia cultura, de una propia *praxis*, aquella que Labriola iba reivindicando como una necesidad para construirse en el curso de la misma vía legal y parlamentaria hacia el socialismo. Un partido, el Psi, que era sí una cultura, pero subalterna a otra; un horizonte, el positivista, que le impedía asumir, entregándola a la iniciativa de sus adversarios, la cuestión social campesina como una cuestión democrática, en la misma medida en la cual no asumía la obrera como cuestión nacional, la relación entre ambas siendo *el* problema histórico de la democracia para el movimiento obrero en su especificidad italiana.

Un partido que era una *praxis*, en su caso, una teoría subalterna a una práctica del Estado, así como éste lograba limitarlo, ablandarlo, y, en fin, incorporarlo. Una (in) cultura política, el discurso socialista de las dos Italias, la meridional y la septentrional, la atrasada y la moderna, la socialmente parasitaria y, como tal, iliberal y la industrial y, como tal, democrática. La cultura política que confería efectividad a la apariencia del Estado como sujeto y a la práctica del *divide et impera* del bloque dominante. Concepción evolucionista de la historia, en fin, significaba, en Italia, abandonar junto con el *Meridione*, la cuestión democrática como cuestión nacional, la política como dirección ideológica, a la iniciativa de la burguesía, para que ésta la transformara en una nueva apariencia de autonomía del Estado sobre la sociedad.

En una Italia donde el equivalente del cuarenta y ocho europeo había sido, como en Alemania, una lucha nacional en ausencia de revolución democrática, la dirección que lograba reconstituir las legalidades liberales anuladas con la reacción y, con aquellas, la propia, expresaba, así cómo será el caso de la Spd, la incapacidad de enfrentarse al cambio de época advertido por Marx tan temprano como en el 1852. En Italia, sin embargo, el Estado que buscaba reconstruir una relación orgánica con la sociedad se definía por una creciente, e inestable, autonomía con eje en la separación entre masas campesinas y

movimiento obrero socialista. En esta situación, “la revolución en permanencia” era “la palabra de orden de tipo jacobino” que, según Gramsci, mencionamos en un inicio, había perdido eficacia desde el 1870; el inicio, para Gramsci, y desde Marx, de una historia todavía bajo iniciativa de la burguesía y que, sin embargo, había terminado como contenido en la misma medida en la cual se había vuelto anacrónica como forma para el proletariado. En un caso, el jacobinismo histórico, la burguesía como fuerza progresiva, revolucionaria, en el otro, el jacobinismo verbal, la práctica política revolucionaria carente de sentido histórico, aquella que tomaba en préstamo del adversario un viejo lenguaje, sin entender su nuevo significado histórico. Este cambio de época se expresaba, en Italia, como subalternidad del socialismo reformista italiano, por su cultura positivista, al jacobinismo verbal de Crispi, el orden mental que se reproducía, y por los mismos límites de la política socialista, en el insurreccionalismo de las masas.

Para el Gramsci que construirá, el 1917, aquella que veremos ser la adversativa entre los jacobinos franceses y los bolcheviques, “intransigencia” socialista implicará una dirección capaz de proceder en el sentido del movimiento histórico real; capaz de mantener la historia en movimiento; racional porqué realista, en cuanto comprende que el proletariado como fuerza política puede constituirse en una fuerza efectiva de cambio sólo asumiéndose, es el caso de Lenin, profundamente nacional, sólo articulándose a los sectores populares. Es un Gramsci que, veremos, reflexiona sobre el siglo XX y el parteaguas del octubre ruso, después de haber ampliamente regresado, en sus reflexiones periodísticas, a las décadas anteriores y a la paulatina absorción de cuadros dirigentes pertenecientes a la tradición democrático-republicana entre las filas liberal-moderadas. En Italia, una vez frenada, con la represión autoritaria, el avance de la movilización campesina y obrera de finales del siglo, el nuevo siglo se abría como re-configuración del transformismo, en sus formas y equilibrio inestables. Al giolittismo como dialéctica entre pasado y presente, empero, iremos a través de las lentes del Gramsci socialista y revolucionario. Antes: ¿cuál el marxismo teórico paralelo a la práctica del socialismo reformista, y cuál su especificidad italiana?

Como vimos, fue gracias al así llamado *Bernstein debate* de finales del siglo XIX que el concepto de “marxismo” adquirió publicidad y difusión entre las sociedades civiles del continente. En Alemania, en calidad de enfrentamiento entre las filas del cuadro dirigente del Spd, crisis del marxismo significó el cuestionamiento de un programa de partido y la incapacidad del revisionismo de ejercer influencia entre las bases obreras. En Italia, fue una revisión de Marx sin confrontación de las bases con los grandes temas políticos y

sociales a debate en la Spd. La problematización de la relación entre clase, partido y Estado, a fundamento de la cual era aquella del marxismo como forma de inteligibilidad histórica, emergió, en el país, no como un embate directamente político, sino como un debate filosófico, limitados a los círculos de la alta cultura y organizado, como tal, por Benedetto Croce. En un contexto de entrada de las masas en la vida política activa, una novedad absoluta en la historia unitaria, el presentar la crisis del marxismo como una crisis teórica significaba, sin embargo, emprender una operación conscientemente política.

### 3.2. Croce y la “obsesión” con Marx

Eugenio Garin insistía en la importancia de saber detectar el peso de la inserción del neo-idealismo en la vida cultural italiana y, en ella, de Benedetto Croce. Si sería improbable entrar en los detalles de una inmensa productividad,<sup>593</sup> igualmente impracticable preguntarse acerca de Gramsci sin algunas coordinadas de referencia respecto al diseñador de “La Critica”, la verdadera “obra de arte” de *el* intelectual.<sup>594</sup> En cuanto organizador de un clima cultural, por Croce habría que entender e investigar una *praxis*; quien se conformó en “jefe de partido para una generación entera de italianos, y probablemente aquello que cuenta más, capo de la oposición, si no en un parlamento, ciertamente en el país, obrando con eficacia duradera.”<sup>595</sup> Croce, desde principios del Novecientos, tejió los hilos del sentir común en Italia; del sentir, empero, no de los sectores populares, sino de los intelectuales y en una época de entrada de las masas en la vida política. De ahí su importancia para quien, Gramsci, “intransigencia”, léase el socialismo en su acepción revolucionaria, significará medirse con el lenguaje de esta época: el lenguaje de una necesaria reforma intelectual y moral, de un país y de su “carácter”.

---

<sup>593</sup> Creo suficiente mencionar que la labor de Croce, desde los años del “liceo” hasta su muerte (1952), abarcó los campos de la filosofía, la historiografía, la crítica literaria y la teoría de la estética. Cfr. Badaloni N. e Muscetta C., *Labriola, Croce e Gentile*, Napoli: Laterza, 1990 y Garin, *Cronache di filosofia italiana, 1900-1943*, Bari: Laterza, 1966, dos tomos.

<sup>594</sup> En *Contribución a una crítica de mí mismo*, Croce define la revista, creada en el 1903, como “obra política” dedicada a ilustrar “la vida intelectual italiana de los últimos cincuenta años, desde la formación del nuevo Estado italiano, de la nueva Italia” y la indica

como punto de partida de su propia madurez intelectual. Croce B., *Contribución a la crítica de mí mismo*, en *Ética y Política*, traducción de la tercera edición italiana, Buenos Aires: Ediciones Imán, 1952, pp. 329-331. Según Garin, respecto a la centralidad del neo-idealismo en la evolución de la cultura italiana del Novecientos, “La Critica” representó el “instrumento más válido para [su] penetración en todos los aspectos de la cultura y la vida del país”. Garin, *Cronache di filosofia italiana*, Vol. I, pp. 171.

<sup>595</sup> Garin, *ibidem*, p. 201.



Para comprender el neo-idealismo crociano habría que enfocarlo como un doble movimiento de reacción, al positivismo, pero también a una historia que, como filosofía, veía recaer en la metafísica. El aspecto del “problema Croce” sobre el cual, con Garin, quisiera fijar la atención es la elaboración de un historicismo que el filósofo quería integral, absoluto, riguroso, paralelamente a su (re) visión del materialismo histórico. Una doble labor que Croce emprende a caballo de los dos siglos y que, en sus rasgos fundamentales, ha completado para el periodo en el cual Gramsci le reconoce la hipótesis filosófica potencialmente más efectiva por su sentido de lo concreto, frente a las retóricas del sujeto, la vida, la voluntad que han ido emergiendo en el escenario cultural italiano de la pre-guerra.

En la cárcel, Gramsci habría proporcionado precisas indicaciones respecto a la evolución del pensamiento crociano en relación al marxismo, del cual, tan pronto como al inicio del Novecientos, el filósofo había declarado haber tomado las debidas distancias. Tres los momentos señalados en los *Cuadernos*: Croce que, viviendo, en la última década del siglo XIX, el clima intelectual de expansión de la socialdemocracia, se conformó como líder intelectual del revisionismo; Croce cuya actitud durante la primera guerra mundial fundamentó “su actividad posterior de filósofo y de líder de la cultura europea” y en fin, Croce que, empeñado, desde el 1912, en la elaboración de la historia ético-política, había pasado, en su fase más reciente para Gramsci, del revisionismo a la liquidación ideológica del marxismo como consideración realista de factores histórico.<sup>596</sup>

En el 1912, el filósofo iniciaba la publicación en revistas de aquellos textos que habría pronto recogido en *Teoría e storia della storiografia*, la primera sistematización de su filosofía de la historia.<sup>597</sup> Croce se posicionaba en línea de continuidad, para Italia, con Cuoco y, en contexto europeo, con Burke, es decir, en una tradición historiográfica compilada desde el Estado, a partir de una interpretación conservadora de Hegel y de la aversión política hacia el jacobinismo.<sup>598</sup> Desde entonces, habría ido reconstruyendo la

---

<sup>596</sup> Gramsci, C 10 I, p. 1207. La nota aquí parafraseada consiste en el resumen de los criterios metodológicos para la elaboración de un estudio sobre Croce, finalizado a captar el “significado real de la fórmula ‘historia ético-política’ y que Gramsci posiciona en relación dialéctica con la filosofía de la praxis por el carácter especulativo de la concepción crociana del Estado. Gramsci C. 10 I, 1208.

<sup>597</sup> Volumen que recoge ponencias académicas y ensayos publicados en revistas entre el 1912 y el 1913 y reunidos en el texto alemán del 1915 *Zur Theorie und Geschichte der Historiografie*, publicado en Italia en el 1917. Croce, en contra del abstractismo ilustrado y su derivación en el positivismo historiográfico,

definía la historia como elevación necesaria desde el conocimiento del particular, hasta la ciencia del desarrollo del Espíritu en su autoconciencia. Siempre en el 1912, empezó la publicación de intervenciones sobre la historia de la Italia y de la Europa liberal y auspiciaba, ahora en el 1915, una revisión de la historia del Risorgimento y de Europa, iniciando la compilación de sus dos principales obras historiográficas, *Storia d' Italia dal 1871 al 1915*, *Storia d' Europa nel secolo XIX*, publicadas, respectivamente, en el 1928 y en el 1932.

<sup>598</sup> Según Abbate, una tradición en la cual la cuestión democrática, de problema histórico para considerarse en el plano de los antagonismos sociales reales, queda

historia, tanto de la Italia, así como de la Europa liberal, como de un proceso continuo, lineal y progresivo.

Antes de este empeño en historiografía, en la primera década del siglo -el primer Croce para Gramsci- había elaborado toda una serie de escritos recogidos en el único volumen *Materialismo storico ed economia marxistica: saggi critici*.<sup>599</sup> Después de haber anunciado, en el 1911, en contemporánea con Giolitti, la muerte del socialismo<sup>600</sup> habría declarado, ahora en el 1917, haber superado su fase marxista tan pronto como en el 1897.<sup>601</sup> La “preocupación” de Croce con Marx, así como devela la temporalidad de estas intervenciones, había atravesado el entero desenvolvimiento del *giolittismo*, desde sus inicios hasta su entrada en crisis, y en el medio del cual había sido, obviamente, la guerra. La guerra, veremos, para el segundo Croce según Gramsci: un paréntesis irracional de la historia y un refugio de su filosofía en las formas, hasta volver a emerger, concluido el conflicto, en el tercer Croce, como una teoría de una historia, aquella del liberalismo, armónica, progresiva, continua.

Fue a finales del siglo XIX que el erudito, el autodidacta, el hombre de letras, se había orientado definitivamente hacia el idealismo filosófico.<sup>602</sup> ¿Cuál la novedad? ¿Por qué el adjetivo “neo”? Garin, del carácter de quien se había formado afuera de círculos académicos, resaltaba el desdén para la filosofía de profesión, un *topos* constante de Croce *el* polemista y en cuanto expresión de su misma concepción de la filosofía. Entrando en el mérito de la filosofía crociana, el esfuerzo de Garin, y su importancia, fue resaltar la dimensión positiva, y no meramente crítica, de su anti-metafísica. Croce había sido, antes que nada, un humanista; un humanista integral dado su interés no para la forma pura, sino para la forma en relación al contenido; no para la filosofía como ciencia de lo abstracto, sino como “ciencia mundana”, causa de la preocupación al centro de su larga meditación intelectual: dar razón de los conceptos de historia y de arte.<sup>603</sup> Un Croce empeñado, con

---

transformada en cuestión filosófica resuelta en la *forma mentis* de la clase dirigente y su función pedagógico-moral. Una discriminación a favor del Estado como sustancialidad ética, y a partir de la cual, si las contradicciones no desaparecen, tienden a ser reducidas a un conflicto contingente porqué debido a la inmadurez de las fuerzas populares. Abbate, M. *La filosofia di Benedetto Croce e la crisi della società italiana*. Torino: Einaudi, 1973, segundo capítulo.

<sup>599</sup> La primera edición Laterza había sido del 1900, la segunda del 1906, la tercera será del 1917, la cuarta del 1921 y la quinta y definitiva, del 1927.

<sup>600</sup> Con *La morte del socialismo*, texto que examino más adelante.

<sup>601</sup> En el prefacio a la tercera edición de *Materialismo histórico y economía marxistica*.

<sup>602</sup> En la década precedente, una vez regresado a Nápoles (1886), después de la estancia en Roma, durante la cual había frecuentado asiduamente la casa de Spaventa, tío paterno, y seguido como únicas lecciones universitarias que les interesan las de filosofía moral de Labriola, con su colaboración al Archivo de Estado napolitano, Croce había iniciado una vida de “erudito, literato e involuntario aprendiz de filosofía” y a la filosofía como sistema se habría dirigido poco después. Cfr. Croce B., *Contribución a la crítica de mí mismo*, op.cit.

<sup>603</sup> Un humanista integral porqué interesado con “todo aquel mundo humano, en fin, que constituía el objeto más querido, además que en contra de los positivistas, en contra de quienes, entre los hegelianos, habían querido liberarse de los residuos teleológicos que

el doble movimiento de la *praxis*: la reacción a una historia de puros hechos a la cual contraponer el regreso del sujeto como sentido ideal, normativo de la historia humana y, la elaboración de este sujeto como libre de cualquier teologismo. Ni una historia según los esquemas abstractos de la ciencia, ni desde el desconocimiento de los derechos de lo concreto.<sup>604</sup> La tensión entre saber y hacer historia, filosofía y política, ésta *la* distinción fundamental para Croce, cuya tendencia será resolverla en la primacía de la vida no en cuanto vitalismo, sino en tanto que filosofía que, a la teoría/forma, nunca libre de concesiones metafísicas, quiere substituir la historia narrada. ¿Quién el narrador, sin embargo, sino el filósofo?

Resolver la filosofía en la historia y preservar, al mismo tiempo, la idealidad de las formas, ésta habría sido la ambigüedad permanente, relevaba Garin, de toda la labor de alguien para el cual “la distinción, aun antes de ser un descubrimiento lógico, era una actitud mental”.<sup>605</sup> La reforma crociana de la dialéctica surgía, como es más que sabido, en el medio de un clima, el actualismo, del cual el filósofo quería distinguirse.<sup>606</sup> Croce diferenciaba frente a quienes identificaban y, sin embargo, en Croce habría permanecido la constante de dos actitudes: el movimiento concreto de la historia en cuando sede del principio de libertad y el nunca definitivo abandono del ideal, de la recaída en el *a-priori*. En el 1915, en *Contribución*, presentaba el sentido de toda su labor como una “elaborada determinación de las relaciones entre crítica histórica y crítica estética”.<sup>607</sup> En sus

---

parecían frustrar la más válida especulación de Hegel”. Garin, *ibidem*, p. 184. La referencia es a la así llamada “corriente de izquierda” del hegelismo napolitano, de la cual, sin poder entrar en detalles, fueron protagonista De Sanctis, para la reflexión sobre el arte y la literatura, Labriola, entre las filas del socialismo, y Spaventa, por la misma interpretación del hegelismo. Los tres, “maestros” de Croce con los cuales él habría entrado, explícitamente o implícitamente, en disputa.

<sup>604</sup> “El tema central del pensamiento crociano fue una exigencia de valores ideales, conyugada, empero, a una rigurosa fidelidad a la experiencia de lo concreto: un extenderse entre la necesidad de entender al mundo, y la obediencia a una ley que del mundo hace un campo de batalla para una mejoría progresiva”. Garin, *ibidem*, p. 193

<sup>605</sup> Garin, *ibidem*, p. 183.

<sup>606</sup> Garin, *ibidem*, p. 191. La otra figura clave del “renacimiento” del idealismo italiano es, obviamente, aquella de Giovanni Gentile. Los dos habrían colaborado estrechamente en la *Critica* (1903-1944), la cual, junto con la *Enciclopedia Italiana* (1929-36), empresa editorial de Gentile, constituyeron las más influyentes iniciativas culturales de la primera mitad del siglo XX. A partir del 1913, Croce y Gentile entraron en polémica a través de artículos publicados por la *Voce* de Prezzolini. En el 1921, Croce escribía el prefacio al libro de Gentile *La riforma dell'*

*educazione*. En el 1923, defendía la ley de reforma que Gentile, ministro de la educación bajo el quinto y último gobierno Giolitti, había retomado del mismo Croce. La ruptura entre los dos se habría verificado después del asesinato del diputado socialista Giacomo Matteotti, con la redacción, por parte de Croce, y bajo invitación del liberal democrático Giovanni Amendola, del *Manifiesto de los intelectuales italianos antifascistas*, publicado en *Pagine Sparse*, una respuesta al manifiesto que en este mismo año formalizaba la adhesión de Gentile al fascismo. Cfr. Badaloni, obra citada.

<sup>607</sup> “El problema general, sobre el cual ahora me doy cuenta de haber trabajado por largos años, se podría formular como aquello de recoger y resolver el pensamiento del De Sanctis en una mente organizada en otra forma de la suya, o sea, volcada a determinar cuánto en él permanecía indeterminado, al fin de apretar con sistemática coherencia todas las cuestiones de la filosofía así como existen históricamente [...] Y el medio de tal obra, su levadura, habría debido ser el pensar completamente y en todas sus relaciones aquel concepto de arte [...] Spaventa provenía de la iglesia y la teología, y problema sumo y casi único para él fue siempre aquello de la relación entre el Ser y el Conocer, el problema de la transcendencia y de la immanencia, el problema más específicamente teológico-filosófico; mientras yo, superadas las

*Primeros ensayos* había sido la historia reducida bajo el concepto de arte:

“¿La historia es ciencia o arte? [...] el arte es la representación de la realidad. ¿La historia no lo es también ella misma?” Se preguntaba Croce en el 1893. “Siempre que se asume el particular bajo lo general, se hace ciencia; siempre que se representa el particular como tal, se hace arte. Ahora, hemos visto que la historiografía no elabora conceptos, sino reproduce el particular en su concreción, por eso le hemos negado los caracteres de la ciencia. Es por lo tanto fácil consecuencia, silogismo en plena regla, concluir que, si la historia no es ciencia, debe ser arte”.<sup>608</sup>

Si lo obvio que escapaba a los positivistas era la historia narrada, era empero legítimo preguntarse cuál tipo de narración fuera la historia. El criterio, para Croce, era de distinción y la distinción entre realidad y posibilidad: representación de lo acontecido y del posible.

“Primera condición para una historia verdadera (y en conjunto obra de arte), es que sea posible construir una narración. Sin embargo, construir una narración acabada es cosa que no acontece frecuentemente; por lo tanto, la definición que hemos dado de la historia, *representa un ideal*, que bien raramente el histórico logra conseguir [...] ¿cuándo se ha comprobado que la narración no es ciencia sino arte, en cosa, de gracia, se ha llevado ofensa a la seriedad de la historia?”<sup>609</sup>

El hiato entre arte y ciencia empujaba Croce a resolver la filosofía del sujeto en la tensión moral. Será Marx quien lo empujará desde el “platonismo más o menos hábilmente repintado” de los orígenes, hacia el querer precisar, entre los confines rigurosos de la historia, cosa fuera, en concreto, el universal.<sup>610</sup> Son los estudios de Marx, iniciados en el 1896, y concluidos en un bienio, que lo llevan hacia Hegel o, mejor dicho, hacia su reinterpretación. A principio de siglo, Croce emprendía la compilación del sistema de la *Filosofía del Espíritu*, elaborando la distinción entre formas teoréticas: estética, lógica y práctica. Del porqué Marx y hacia cuál Hegel, habría sido testigo él mismo, en el 1917:

“[...] si ahora yo busco las razones objetivas del interés para el marxismo y para el materialismo histórico que me capturó, veo que aconteció porque, *a través de aquel sistema, yo sufría la fascinación de la grande filosofía histórica del periodo romántico*, e iba descubriendo un hegelismo mucho más concreto y vivo de aquello que solía encontrar en proximidad de los estudiosos y divulgadores, los cuales reducían Hegel a una especie de teólogo o de metafísico platonizante. En la concepción política además, *el marxismo me regresaba a las mejores*

---

angustias sentimentales del alejamiento de la religión, pronto descansé en una especie de inconsciente inmanentismo, no interesándome a otro mundo que no fuera aquello en el cual efectivamente vivía, sin advertir directamente y en primer lugar el problema de la transcendencia, y, por lo tanto, no encontrando dificultad en el concebir la relación entre pensamiento y ser, porque, al contrario, la dificultad para mi habría sido lo contrario, el concebir un ser separado del pensamiento o un pensamiento separado del ser. Aquello que realmente me interesaba, y me obligaba a filosofar en búsqueda de luz, eran los problemas del

arte, de la vida moral, del derecho, y más tarde aquello de la metodología histórica, [siendo éste] el trabajo que me proponía llevar a cabo” *Contributo alla critica di me stesso* (1915), publicado por primera vez en el 1918 en *Primi Saggi*. Aquí consultado en la edición original italiana, Id. *Etica E Política*. Bari: Laterza, 1931 (1 ed.), pp. 395-96.

<sup>608</sup> Croce, B. *La Storia ridotta sotto il concetto generale dell'arte* [1893] en Id. *Primi Saggi*. Bari: Laterza, 1951, pp. 3-41.

<sup>609</sup> Croce, ibidem. Las cursivas son mías.

<sup>610</sup> Garin, ibidem, p. 188.

*tradiciones de la ciencia política italiana, gracias a la firme aserción del principio de la fuerza, de la lucha, de la potencia, y la satírica y cáustica oposición a las insipideces iusnaturalistas, anti-históricas y democráticas, a los susodichos ideales del '89 [...] empero ahora, después de más de veinte años, el Marx ha perdido, en gran parte, el oficio de maestro que en este entonces tuvo porque, en este entremedio, la filosofía histórica y la dialéctica han rastreados en mi sus propias fuentes y se han renovado trayendo fuerza para un viaje más audaz, y, en cuanto a la teoría política, el concepto de potencia y de lucha, que el Marx había transferido de los Estados a las clases sociales, parece ahora regresado de las clases a los Estados, así como muestran, en la forma más clara, teoría y práctica, idea y hecho, aquel que se medita y aquel que se ve y se toca”<sup>611</sup>*

El Marx del 1917 es el Marx del explícito re-envío a un cierto Machiavelli, a un cierto sentido de lo concreto, aquél superado por quien, Croce, nos dice haber regresado a, y finalmente comprendido, Hegel. Tres años antes, había sido el “verdadero Marx del socialismo”, él sobrepasado por la historia. En el primer caso el Marx teórico, en el segundo él práctico, ambos, obviamente, según Croce. Aquello que los acomuna es una *praxis*: Croce, así como él mismo iba separando la política según Marx de una efectiva comprensión de la historia. ¿Cuál historia?

La comunicación de una noticia “tan importante, cual es esta: ¡el socialismo ha muerto!” había sido en el 1911 y en el 1910, se había tratado de una nueva “invasión de abstractismo a la manera francesa”.<sup>612</sup> Los dos artículos que voy citando eran republicados por Croce como dos partes de una única intervención en el 1914, o sea, en el mismo año de la “semana roja”, las sublevaciones insurreccionales que, alcanzando una expansión nacional, y por primera vez desde el inicio del giolittismo, preocupaban la clase dirigente. En el 1913 habían sido las primeras elecciones a sufragio universal masculino, con la avanzada de un partido, el socialista, que todavía constituía la única fuerza política de masa y que ahora tenía una dirección “*maximalista*”, después de haber asegurado la derrota, en el 1908, de la corriente sindicalista revolucionaria y, en el 1912, de los reformistas de derecha. Contemporáneamente, con el retiro del *no expedit* vaticano, iban entrando a la vida política activa los católicos, cuyo partido, el popular, habría surgido, en el 1919, de la derrota de la corriente a fuerte contenido social del modernismo, el movimiento ideológico sostenedor de una reforma, o laicización, de la presencia y el actuar del Vaticano en la sociedad civil.

---

<sup>611</sup> Croce, *Prefazione del 1917 a Materialismo storico ed economi marxistica*. Bari: Laterza, 1951 p. XIII-IV. Las cursivas son mías. Leonardo Rapone hace notar que, a este mismo periodo, pertenece la definición de la guerra según Croce como “guerra del materialismo histórico”, la misma que habría retomado en su *Historia de Italia*, y a la cual el Gramsci de la cárcel, retomando esta monografía, habría prestado particular atención, considerándola una prueba de la evolución del pensamiento crociano respecto al socialismo entre

guerra y posguerra. Rapone, L. *Cinque anni che paiono secoli*. Roma: Carocci, 2011, p. 216.

<sup>612</sup> Croce, *La morte del socialismo*, en Id. *Cultura e vita morale*. Bari: Laterza, 1914. La intervención de Croce fue publicada por primera vez en “*La Voce*” del 9 y 23 marzo 1911. En el 1914 volvió a ser publicada como segunda parte de *Due Conversazioni*, la primera de la cual era el ensayo *La mentalità massonica*, publicado también una primera vez en “*La Voce*”.

Sintetizada en pocas líneas -de extrema eficacia retórica por la simplicidad, aparente, del lenguaje- en *Dos conversaciones* emerge una hábil operación político-cultural. Emerge el Croce de “toda la historia es historia contemporánea”, o sea, una narración, un juicio, una valoración de los hechos, conducidos desde la preocupación con el presente. Croce acepta, para socavar desde adentro, la tesis de la continuidad entre el giolittismo y los límites tradicionales del liberalismo italiano. Acepta estos límites, reconoce la crisis en proceso, y los presenta, sin embargo, en los términos de una reacción progresiva a los errores compartidos por el abstractismo de “cierta” democracia, la republicana, y de “cierto” socialismo, aquel que ha muerto para Croce: el revolucionario.

“¿El socialismo? Creo esté muerto. Y creo que convendría anunciar solemnemente la muerte, no fuera por otra cosa que para impedir a tantos charlatanes de fingir creerlo todavía vivo y sano, y para sustraer muchas buenas personas del penoso apuro en el cual se encuentran, o de volverse culpables de hipocresía, simulando una fe que ya no se encuentra en su almas, o, en caso no se conformen con esta hipocresía, de ser tachadas de traidoras.”<sup>613</sup>

En una fase de extrema intensificación, en Italia, de la lucha social, obrera y campesina, la misma que antecede la entrada en guerra, Croce declaraba sus preocupaciones no ser ni el socialismo italiano, ni el socialismo en general, sino “el espíritu italiano” dada una nueva oleada de “mentalidad masónica”. Sus orígenes eran para rastrear en el *Risorgimento*, la historia de la unidad como “orden” en contra del contraste entre teoría y práctica de “las máximas democrático-humanitarias”. El universal concreto, en Italia, había surgido bismarkiano, así como el verdadero socialismo “desde la filosofía hegeliana, nutrido de realidad histórica, violento, sarcástico. Adverso al sentimentalismo y a las hermandades”. Y, sin embargo, después de décadas de reforma, la mentalidad que “simplifica todo” del siglo XIX, los inmortales principios del ‘89 y del ‘48, iba resurgiendo, en las primeras décadas del XX, en el “anticlericalismo de palabra”, mientras iba muriendo, aun lo declarado por sus adeptos, como fe socialista.

La requisitoria crociana en contra del modernismo era durísima. Dada la civilización moderna como proceso de inevitable laicización de la clase dirigente, lo fundamental, afirmaba, era preservar el apego de esta misma clase a la sacralidad de las instituciones.<sup>614</sup>

---

<sup>613</sup> Croce, *Due conversazioni*, pp. 160.

<sup>614</sup> “El verdadero anticlericalismo [...] se hace sustituyendo verdades más elevadas a las verdades que la Iglesia guarda y difunde, una obra más digna a aquella que la Iglesia promueve”. La derrota del modernismo, continuaba Croce, no implicaba una regresión del mundo civil por la pauperización del mundo católico de sus elementos más críticos, y en

cuanto la modernidad “corroe por cada lado a la Iglesia católica, que, de esta manera, tal vez procede, poco a poco, a volverse una superstición popular como hizo el paganismo en sus últimos tiempos. Sin embargo, por ahora, la Iglesia, liberándose de los modernistas, se ha liberado de gente traicionera, y esto no debilita, sino refuerza, las instituciones”. Croce, *Due conversazioni*, pp. 166-67.

En el primer capítulo de su *Historia de Italia*, Croce habría dirigido su atención al problema “modernidad” en cuanto relación entre conciencia, de la sociedad, y soberanía, del Estado. En la historia según Croce, a la política realista de Cavour “libera iglesia en libero Estado”,<sup>615</sup> se había contrapuesto el anticlericalismo promulgado como “una grande idea, un gran principio”<sup>616</sup>. Utopismo, él de los anticlericales, una completa falta de sentido histórico:

“Una oposición de principios al Estado liberal esos [los católicos] no podían hacer sino afuera del parlamento en cuanto clericales, con profesiones de fe, conspiraciones y movimientos revolucionarios; ni más ni menos de los republicanos y luego de los socialistas, los cuales, entrados en el parlamento y jurada fieltad a las instituciones, eran agarrados por el engranaje de las combinaciones parlamentarias, y, vía a vía, dejaban de ser republicanos y socialistas”.<sup>617</sup>

Cada uno en su propia época -liberales anticlericales, izquierda “susodicha histórica”, en fin, modernistas y socialistas revolucionarios- habían sido los meros propugnadores de una reforma de las conciencias, ignorando el principio de soberanía sin el cual el Estado moderno no es y, por no comprenderlo, no habían comprendido la resolución ininterrumpida, continua, armónica, del particular en el universal, así como ésta continuaba su curso en Italia.

En el caso del socialismo, sin embargo, la argumentación de *Dos conversaciones* era aún más sofisticada. ¿Cómo tachar de abstractismo un movimiento que, en calidad de partido, en el 1911 había renovado el pacto que, en el 1913, parecía conformar el apogeo del *giolittismo*? Denegando el epíteto de socialista al movimiento y resolviendo el sentido de la historicidad en el tan esperado arribo de sus dirigentes al liberalismo. El socialismo había muerto porque había sucumbido como fe en la revolución, como mentalidad, como ideal. Un ideal, de igualdad y hermandad, que en origen había sido “el programa de algunas sectas”, y, como tal, no había sido derrotado por la transición histórica del socialismo utopista hacia el socialismo político moderno, sino en cuanto derrota del carácter de ruptura del segundo por manos del “carácter concreto de la historia”.<sup>618</sup>

---

<sup>615</sup> Cavour quería substituir una política de negociado por una de reconciliación, la cual dependía, por un lado, de la capacidad del catolicismo liberal de ejercer su influencia en el seno de la misma Iglesia, y, por el otro, de la contención de medidas de inspiración democrático-radical que ponían en entredicho sus privilegios, en primer lugar, en campo económico y educativo. Cfr. Seton Watson, op.cit.

<sup>616</sup> El anticlericalismo liberal (personificado e impulsado por Marco Minghetti) logró influenciar la política de los moderados entre el 1860 y el 1866, en concomitancia con la hostilidad militante del papado en contra del proceso de unificación y la aplicación de

una serie de leyes que habrían sido la fuente de una enorme tensión con el Vaticano. Cfr. Seton Watson, op.cit.

<sup>617</sup> Croce, ibídem, p. 16.

<sup>618</sup> “El socialismo, entendido como ideal de igualdad, el socialismo que responde todavía a la idea que la mayoría tiene de socialismo, no es aquel que ha muerto ahora, por la buena razón que ya murió desde hace setenta años, y sin duda fue asesinado (quiero decir, entre las personas inteligentes) por el socialismo que ha muerto ahora. En segundo lugar, si el socialismo marxístico, sucedido al utopista, extrajo su justificación y su fuerza del haberse colocado en el

Aquello que había muerto, en la historia italiana, así como en su propia biografía intelectual, era Marx. El Marx “agitador y político, que”, enfatizaba, “es el verdadero Marx del socialismo”. El Marx del *Manifiesto* según Croce, del sueño y la poesía del proletariado heroico moldeado bajo la impresión del “espectáculo grandioso” de la burguesía como fuerza revolucionaria; el Marx de la “previsión morfológica” y, como tal, fallida; derrotado no como había sido derrotada una clase por otra, sino una hipótesis ideal, abstracta, por el movimiento de la historia real.<sup>619</sup>

La dirección de la historia pertenecía a la socialdemocracia, la cual, una vez triunfado, desde Alemania, en Europa, veía la utopía buscar “su último refugio” en el sindicalismo revolucionario surgido en Italia, y en Francia. Un “espíritu de escisión”, el mito sin el cual, como para Sorel, el socialismo no es, era, en Sorel según Croce, un sentimiento ya evolucionado, transformado, resuelto en el antiestatalismo, incluido el liberal, una “crítica del moderno estado democrático, camorristico, explotador [...] santísima crítica, que, empero, no tiene nada que ver con el socialismo”. Muerta la poesía, del socialismo permanecía la razón “moderna e histórica” de las reformas sociales y la elevación espiritual de las masas trabajadoras.

“Y me refiero a el socialismo, no ya los obreros, porque en realidad estos dones provienen de hombres que otros llamarían ‘burgueses’ y yo prefiero llamar simplemente así: hombres”<sup>620</sup>

El socialismo había muerto como marxismo y resabido, como Croce mismo, en calidad de social liberalismo, obra de intelectuales. Croce, en fin, una vez entrados en crisis los equilibrios *giolittianos*, no ignoraba, ni descalificaba, la entrada de las masas en la vida política activa, sino la presentaba como un proceso encaminado hacia una resolución progresiva dada la derrota, y no sólo en la perspectiva de sus dirigentes, sino entre las filas de la intelectualidad en general, una derrota en el espíritu público, en la mentalidad italiana, de aquellas que habían sido meras veleidades revolucionarias, con origen en el común abstractismo de los principios del 1789 y el “franco socialismo marxístico” del

---

terreno de la historia, en este terreno debe ser entendido y juzgado”, Croce, *ibidem*, p. 172.

<sup>619</sup> “Asimismo le [a Marx] pareció que la vida de la sociedad moderna se hubiera vuelto, por obra de la burguesía industrial, inmensamente rápida e intensa; así que, aquel proceso de disolución y recomposición social, que había ocupado siglos en el periodo feudal y semifeudal, habría tenido que desarrollarse ahora con intensidad y rapidez mucho mayores; y que, por lo tanto, el proletariado habría sustituido en un tiempo muy próximo a la burguesía en la dirección de la vida social, creando una nueva sociedad, la sociedad

trabajadora, en la cual la otra se habría disuelto. Ésta, en breve, la fe socialista de Marx y de los suyos. Fu, en fin, una previsión, grandiosa sin duda, empero, substancialmente similar a las tantas previsiones analógicas que hacemos continuamente frente a los hechos que golpean nuestro espíritu y mueven nuestra fantasía [...] También en Italia, Antonio Labriola, primer expositor y comentar del marxismo, explicaba que el socialismo consistía en una previsión morfológica”. Croce, *ibidem*, pp. 168; 173-74.

<sup>620</sup> Croce, *ibidem*.



1848. Así como, en época Resorgimental, la unidad nacional había surgido como un orden histórico en contra de la violencia del universal abstracto, igualmente los procesos en acto en el país en el 1910-14, o sea, la puesta en entredicho de la dirección reformista del Psi y la definición, todavía en curso, del programa del futuro Partido Popular (Ppi), iban resolviéndose en el universal concreto según Croce, en una efectiva fusión del socialismo con la democracia en cuanto fusión de “los intereses generales del país con aquellos de la clase dominante”.<sup>621</sup>

“¿Por lo tanto Usted es muy pesimista respecto al porvenir de la cultura italiana? De ninguna manera. Al contrario, me encuentro optimista, dado que tengo grande fe en el buen sentido y el equilibrio del espíritu italiano. Si será necesario sufrir una nueva invasión de abstractismo a la manera francesa. ¡Pues bien, paciencia! Nos liberaremos de esta epidemia, como hemos hecho con el cólera, que nos volvió a visitar este año”<sup>622</sup>

Con el “espíritu de escisión”, había muerto el Marx político, otro, afirmaba Croce, al Marx “economista” y el Marx “filosófico”, por él ya examinados en “ponderosas memorias académicas”; el Marx que, en un caso, poseía sentido de lo concreto, sin pero poseer, en el otro, el sentido de la teoría.<sup>623</sup> Eran las mismas premisas conceptuales de la “crisis” del marxismo según quien, en el 1897, mientras publicaba Labriola, había declarado que de Marx era necesario retomar lo “útil” y despedirse de lo “conceptual”. Para Labriola y su *De la concepción materialista de la historia*, el marxismo era antes que nada un método de investigación, dado un país, Italia, “en la condición en la cual el socialismo científico (que otra cosa no es sino la *nueva concepción de la historia*) debe ser revelado todavía.”<sup>624</sup> Labriola, quien lo había introducido a Marx, era el amigo y el editor sin el cual el “marxismo crítico” no habría emergido como debate en Italia.<sup>625</sup> Para

<sup>621</sup> “Y aquella poesía era expresión y al mismo tiempo productora de un fervor y de un entusiasmo, por la cual muchos pechos fueron sacudidos e inebriados, y (porqué tendría que esconderlo) también yo [...] cuando Labriola me prestaba (y solo a mí) algunos muy raros folletos del Marx y el libro de la Sagrada Familia, o me comunicaba de las letras que le escribía Engels [...] aconteció que, poco a poco, tuve como la sensación de moverme en el vacío [...] y regresé a mis estudios, a aquella filosofía y aquella literatura de la cual Antonio Labriola de frecuente me hacía ruborizar, diciéndome que me habría quedado alma de letrado [...] pero a mí, evidentemente, faltaba la fe. Por lo tanto, no pronuncié los votos, es decir, no me inscribí al partido socialista; lo cual hace que yo no sea ahora un sacerdote descomulgado” Croce, *ibidem*, pp. 174-75.

<sup>622</sup> Croce, *ibidem*, p. 168.

<sup>623</sup> Croce, *ibidem* p. 172.

<sup>624</sup> Carta de Labriola a Croce, del 25 mayo 1895, citada por Croce en su *Come nacque, y morí il marxismo*

*teorico in Italia*, publicado por primera vez en «La Critica», n.36, 1938. Consultado en *Appendice*, Id. *Materialismo storico e economia marxistica*. Bari: Laterza, 1946.

<sup>625</sup> *In memoria del Manifesto dei comunisti* fue el primero de los ensayos publicados (1895) por iniciativa de Croce, al cual Labriola había enviado el manuscrito *Saggi intorno alla concezione materialistica della storia*. Seguía la publicación (1896) del segundo ensayo, *Del materialismo storico, dilucidazione preliminare*, en el cual Labriola había re-organizado los contenidos de un curso de filosofía de la historia tenido en la Universidad de Roma. “Este ensayo fundó realmente la autoridad del Labriola como sistematizador filosófico del materialismo histórico”. Según su testimonio, Croce, una vez leído el primer manuscrito “inflamado por la lectura de las paginas” había emprendido, bajo guía del “maestro” - que, en correspondencia con Engels y la dirección de la SPD en Berlín, le enviaba sugerencias y material bibliográfico- un estudio sobre Marx y la economía

Croce, sin embargo, la crisis, no era del marxismo positivista, sino del marxismo sin más, y los límites de Labriola, para quien “el Loria se había vuelto una obsesión”, eran los mismos límites del marxista por que socialista, del “hombre de predominante pasión y disposición política” *versus* quien, él mismo, “era llevado por una pasión taciturna y tenaz para la investigación científica”.<sup>626</sup>

Ambos, reconstruía Croce, ahora en el 1938, habían entrado en polémica en contra de quienes, acreditados de teóricos, eran en realidad falseadores, incoherente sincréticos, divulgadores retóricos de Marx.<sup>627</sup> Croce reconocía la naturaleza política de su propia confrontación teórica con Labriola y, precisamente en la forma de esta admisión, en el lenguaje indirecto por él utilizado, vemos emerger su propia elaboración de la filosofía como praxis. Para Labriola, escribía, el interés había sido con la teoría desde la práctica; en su propio caso, el interés, porque exclusivamente teórico, había tenido eficacia polémica. El *estatus* de teoría pertenecía a quien, separando entre teoría y política, ya no se hacía algunas ilusiones respecto al socialismo.<sup>628</sup> La verdad, concluía, era del marxismo así como él mismo lo había presentado, “casi al mismo tiempo del libro de Labriola”, o sea, como un “canon empírico de interpretación histórica”.<sup>629</sup> Labriola, “llegada la *susodicha* crisis”, era quien no había podido aceptar que un “hombre de letras, o un sencillo intelectual y razonador” pudiera tener un rol político.

Aquella que para Labriola era la crisis histórico-política del carácter revolucionario del movimiento socialista por sus límites teóricos, en Croce reaparecía como origen práctico del error lógico, como derrumbe de una teoría que, por sus intereses políticos, había terminado en doctrina, propaganda, dogmatismo.<sup>630</sup> En Labriola, del cual Croce citaba el

---

moderna. En el 1897 Croce publicó el tercer y el último ensayo de Labriola, *Discorrendo di socialismo e di filosofia*. Cfr. Croce, *Come nacque, y morì il marxismo teorico*. pp. 271-284.

<sup>626</sup> Croce, *ibidem*.

<sup>627</sup> Croce resaltaba “el fraude” de aquel Loria todavía recordado, en nuestros días, por las páginas de los *Cuadernos*, donde Gramsci retomará casi a la letra sus intervenciones polémicas juveniles de “Il Grido” y el “Avanti!”. Croce, bajo el empuje de Labriola, componía el ensayo polémico *Teorie storiche del prof. Loria*, publicado como segundo capítulo de *Materialismo storico ed economia marxistica*.

<sup>628</sup> “A Labriola, la teoría marxística del ‘plus valor’ y el ‘materialismo histórico’ interesaban sobre todo para los fines prácticos del socialismo; a mí interesaba sobre todo por aquello que habría podido extraerse al fin de concebir en manera más viva y plena la filosofía y entender mejor la historia. Ni a él era indiferente la ciencia, ni a mí en verdad, la acción práctica; sin embargo, el acento que poníamos en nuestra actividad era diferente y casi opuesto: la naturaleza nos había

encargado a un trabajo distinto. Él se ilusionó por algún tiempo de haber encontrado en mí su colega y sucesor para la custodia y defensa de la genuina tradición marxística, que era la fuerza del socialismo; yo no me hice, empero, ilusiones algunas al respecto y aquella que él llamaba la pereza del hombre de letras, era en realidad [la actividad] de pensador, a su manera político, en su propio círculo”. Croce, *Come nacque e come morì il marxismo teorico*, p. 295.

<sup>629</sup> En *Sulla forma scientifica del materialismo storico* (1896) y *Per la interpretazione e la critica di alcuni concetti del marxismo* (1897) dos intervenciones académicas de Croce publicadas, respectivamente, como primer y tercer capítulo de su *Materialismo histórico ed economia marxistica*.

<sup>630</sup> “Mi explicación era del todo diferente: hasta cuando las teorías marxísticas permanecían en la propaganda socialista, expuestas y creídas por mentes no acostumbradas a la crítica, vivían; empero, trasladadas en la esfera científica, y subsumidas al examen de intelectos cultos y perspicaces, de hombres con doctrinas, diferentes de aquellos a los cuales

epistolario, la crisis del marxismo como socialismo era trágica “para nosotros italianos, que vivimos afuera de las grandes corrientes de la historia (la sola cosa histórica para nosotros es el papa) que no tenemos para juntar otros que mafiosos, camorristas, prefectos ladrones, escandalosos procesos, impotencias administrativas, insipiencias políticas, sapientes charlatanes, plebes brutales, politiqueros de café (casi todos los socialistas incluidos)”. Para Croce, los males de Italia según Labriola eran el “humor negro” dado el agotamiento, “entorno al 1900, en Italia y en el mundo” del marxismo. Una tradición que, muerta como perspectiva teórica, resurgía, en los años treinta, léase en el marxismo soviético, en calidad de “catequismo revolucionario, restituido a Europa y a Rusia, donde había sido importado, y más arbitrario y más rudimental que antes no fuera, ni siquiera un intento de reafirmarlo y demostrarlo que pueda aun lejanamente acercarse a aquello que se hizo entre nosotros en Italia entre el 1895 y el 1900”.<sup>631</sup>

¿Sin embargo, qué había hecho de Marx el mismo Croce durante los cinco años de la ‘susodicha crisis’?

En primer lugar:

“Aquí el punto, la substancia de la cuestión. El materialismo histórico *no es, y no puede ser, una nueva filosofía de la historia, ni un nuevo método*, sino es, y debe ser, exactamente esto: una suma de nuevos datos, de nuevas experiencias, que entran en la conciencia del historiador”<sup>632</sup>

La contribución de Marx no concernía el plano conceptual, sino el haber aportados nuevos factores, empíricos, de comprensión histórica: el valor-trabajo.<sup>633</sup> El valor, que Marx

---

pontificaba Engels y para los cuales escribía Babel, debían, después de un breve periodo de tiempo de admiración e interés, rápidamente descomponerse y disolverse. En este sentido, el promotor de la crisis había sido -todo lo contrario de un mouchard científico- ¡el mismo Antonio Labriola!”. *Come nacque e come morì il marxismo teorico*, pp. 315-316.

<sup>631</sup>Croce, *ibidem*.

<sup>632</sup> Las cursivas son mías. También: “En mi opinión, por lo tanto, se haría mejor elogio a la concepción materialista de la historia, no ya con el definirla ‘la última y definitiva filosofía de la historia’, sino con incluso afirmar que aquella ‘no es una filosofía de la historia’. Esta íntima naturaleza suya, que se devela a quien bien la entiende, explica la repulsión que genera una satisfactoria fórmula doctrinal, y que al Labriola mismo parecía todavía en sus inicios y en necesidad de desarrollo. Explica también como el Engels haya afirmado (y Labriola hizo suyo el dicho) que [el marxismo] no sea otra cosa que un nuevo método; con el cual se quiere negar que sea una nueva teoría. ¿Sin embargo, sería de verdad un nuevo método? Debo confesar que tampoco el nombre método me parece del todo correcto. Cuando los filósofos idealistas intentaron la deducción racional de los hechos históricos, aquello sí, era un nuevo método; los

históricos de la escuela materialista, empero, utilizan los mismos instrumentos intelectuales y siguen las mismas vías de los historiadores, diré, filólogos, y solamente nos confieren, en su trabajo, nuevos datos, nuevas experiencias. Lo que es distinto, por lo tanto, es el contenido y no ya la forma metódica”. Croce, *Materialismo storico ed economia marxistica*, pp. 9-10. Las cursivas son mías. “Si el materialismo histórico debe expresar algo de críticamente aceptable, aquél, como ya tuve ocasión de exponer, no debe ser ni una nueva construcción a priori de filosofía de la historia, ni un nuevo método de pensamiento histórico, sino simplemente un canon de interpretación histórica”. Croce, *ibidem*, p. 80.

<sup>633</sup>Croce, *ibidem*, p. 68. Las objeciones de Croce al Marx de *El Capital* constituyen una gran parte del contenido del segundo ensayo y una nota a pie de página del escrito sobre Loria. A la crítica de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia Croce dedicó otro capítulo, recopilado en el 1898 -*Una obiezione alla legge marxistica della caduta del saggio di profitto*-, con el cual “esclarecí por fin el error lógico en el cual había caído Marx [...] y así concluí mis estudios sobre el marxismo”. Croce, *Come nacque e come morì il marxismo teorico*, p. 312

reconocía abstracto porque históricamente determinado, no expresaba, para Croce, un juicio moral, pero tampoco una ley histórica. Constituía una hipótesis, un proceder comparando lo existente con lo posible; no una comparación entre dos realidades, sino entre una realidad, la sociedad capitalista, y una abstracción, la sociedad trabajadora; una “comparación elíptica” entre presente y futuro. Todo método deductivo, continuaba, implicaba confrontar hipótesis y realidad. En Marx, sin embargo, la hipótesis pretendía ser el devenir de la realidad, la transición de la sociedad capitalista, lo existente, hacia la socialista, el anhelo. El error: Marx confundía entre historia y abstracciones por razonar, así como Labriola, según la “personalidad de hombre práctico y revolucionario.”<sup>634</sup>

Croce, ignorando el Marx de la crítica de la economía política, negaba a Marx una teoría económica. La economía pura, no el marxismo, era la expresión, enfatizaba: “del anhelo de la mente humana que busca lo general, lo más general y universal”.<sup>635</sup> Casi elemental individualizar la tautología de su argumentación. Croce no entraba en el mérito de la forma, el universal según Marx como existencia históricamente determinada de la abstracción; no lo hacía por asumir como premisa aquello que habría debido demostrar:

“Todas las leyes científicas son leyes abstractas; y entre lo abstracto y lo concreto no hay un puente de pasaje, *exactamente porque lo abstracto no es una realidad*, sino un esquema de pensamiento, un nuestro modo de pensar, diría casi, abreviado. Y si la conciencia de las leyes esclarece nuestra percepción de lo real, esa no puede llegar a ser esta misma percepción”<sup>636</sup>

Era el regreso a aquella idealidad de las formas siempre latente en Croce y, ahora, era la categoría de lo útil que recibía, como antes había sido para el arte, el carácter de un momento distinto y autónomo de la vida del espíritu.<sup>637</sup> La debilidad del razonamiento de Croce, sin embargo, es solo aparente, en la medida en la cual aquello que le preocupaba no era tanto la defensa de los marginalistas, cuanto separar a Marx de la ética.

Su crítica era construida el fin de negar a la teoría como tal cualquiera capacidad de previsión, distinguiendo entre el plano del juicio político y el plano del saber histórico.

---

<sup>634</sup>Croce, *Materialismo storico e economia marxistica*, p. 60. La “doctrina” no surgió para comprender la “vida histórica”, sino como “una determinada configuración social” y “en la cabeza de políticos y revolucionarios y no ya de fríos y contenidos científicos de bibliotecas”. Desde la distinción entre materialismo histórico y socialismo, Croce transitaba hacia la negación de toda capacidad de previsión: “despojada el materialismo histórico de cualquiera sobrevivencia de finalidad y de diseños providenciales, éste no puede conferir apoyo ni al socialismo, ni a cualquier otra dirección práctica de la

vida”. Croce, *ibidem*, p. 13-17. Rayan en propaganda las siguientes consideraciones: “El Marx, como ya hice notar, sentía una especie de fastidio para las investigaciones de interés puramente teórico. Sediento de conocimiento de las cosas (de las cosas concretas e individuales), confería poca importancia a las disquisiciones sobre los conceptos y las formas de los conceptos”. Croce, *ibidem*, p. 82.

<sup>635</sup>Croce, *ibidem*, p. 73.

<sup>636</sup>Croce, *ibidem*, p. 101. Las cursivas son mías.

<sup>637</sup>Garín, *ibidem*, p. 205.

Ni el socialismo, ni el liberismo, en cuanto programas, afirmaba, podían derivarse, legitimarse, teóricamente; no obstante: “por suerte, la lógica no es la vida, y el hombre no es solo intelecto”. Nuevamente, era el regreso a Kant.<sup>638</sup> Ahora, empero, la distinción era entre la práctica teórica, la filosofía, en cuanto aspiración al universal y otra, la política, en cuanto fuerza, pasión y cálculos, desvinculada de cualquier plan o necesidad. “En Marx, ya he relevado, la cuestión social no era una cuestión moral”; el indiferentismo de Marx, enfatizaba, no era, por la moral, sino por la condena moral sin el reconocimiento de la efectividad de un orden, de sus condiciones concretas de superación. Mencionando, sin entrar en el detalle, el Marx antes de *El Capital*,<sup>639</sup> Croce indicaba expresamente la presencia de una teoría política en el marxismo, para después reducirla al momento de la fuerza, a “la interpretación materialista y socialista del Estado y del derecho”.

Garin subrayaba como, a través del descubrimiento de la categoría de lo “útil”, Marx se transmutaba, en Croce, en la acentuación de la historia como creación humana, vida, arte.<sup>640</sup> En este humanismo integral, quisiera subrayar, el Marx de la “concepción realística de la historia”<sup>641</sup> quedaba reducido al realismo del sociólogo como, supuestamente, había sido de Machiavelli *el político*; el realismo de “quien mueve conforme a establecer un hecho”, no un programa; de “quien nos enseña a penetrar en aquello que es la sociedad en su realidad efectuar”, no a formular un juicio.<sup>642</sup> Comprimir la sociedad y el Estado a lo útil y a la fuerza, en fin, significaba redirigir el marxismo hacia el dualismo clásico, la distinción liberal entre sociedad civil y sociedad política. Éste el sentido último de Marx como “Machiavelli del proletariado”:<sup>643</sup> reinsertando el sentido concreto de la historia, de la “vida”, Croce rescataba a Marx, en calidad de filosofía mundana, de las abstracciones del cientificismo positivista, negándole, al mismo tiempo, espíritu, ética, capacidad, en fin, de dirección ideológica.

Una vez “lidiado” con el Marx político, Croce habría hecho frente al problema del

---

<sup>638</sup> “El lector atento se habrá ya dado cuenta que aquí no se disputa de la utilidad de la ciencia, sino de la posibilidad de deducir, así como algunos pretenden, los programas prácticos desde las proposiciones científicas”. Croce, *ibidem*, p. 100. “Diré aún más: en cuestiones de ética, yo no he todavía logrado librarme de la presión de la crítica kantiana, y no veo aún superada la posición asumida por Kant, al contrario, por algunas tendencias modernas, la veo reforzada”. Croce, *ibidem*, pp. 109; 112

<sup>639</sup> La crítica a Hegel, los Manuscritos económico-filosóficos del 1844, la Crítica de la economía política del 1859. Croce, *ibidem*, p. 84.

<sup>640</sup> Si en *La Logica* Croce habría elaborado su concepción de la relación entre filosofía e historia, en la *Practica* aquella entre filosofía y política. Garin

resalta como la reducción crociana del derecho a lo útil no implicaba aislar la dimensión de la fuerza, sino de la fuerza en cuanto “lo útil”, o sea, una aspiración, según Garin nunca completamente resuelta, a una plena historicización de la moral en la ética, lo característico de la polémica crociana en contra de los “suspiros de las almas bellas”.

La filosofía de la práctica constituye, además, el origen de los principales temas que el neo-idealismo crociano habría introducido en la cultura italiana a través de la labor cultural de “La Critica”. Garin, *ibidem*, p. 259.

<sup>641</sup> Croce, *Materialismo storico e economia marxistica*, p. 20.

<sup>642</sup> Croce, *ibidem*, p. 106.

<sup>643</sup> Croce, *ibidem*, p. 113.

historicismo filosófico.<sup>644</sup>El impulso al “sistema” llegaba de la colaboración con el otro “maestro” del neo-idealismo filosófico, Gentile, quien había introducido en Italia el Marx de la *praxis*.<sup>645</sup> Marx identificado con Hegel una vez transfigurada, empero, la historia según Hegel en el *espíritu* de ella en tanto que filosofía pura, premisa del “acto puro”. Gentile, esquematizando: el sujeto que crea en el mismo acto de saber. Una refutación radical, extrema, de la distinción entre historia y filosofía que termina en la abstracción como plena resolución de la realidad, abriendo así las puertas a la política del sublime, de la mística, del irracional.

En Croce, enfatizaba siempre Garin, el plano de la resolución de la filosofía quería ser la historia y la historia en tanto que racionalidad en proceso, articulación entre distintos, una historia como “acto impuro”.<sup>646</sup>El proyecto crociano habría encontrado su más alta elaboración conceptual en *Teoría de la historia y de la historiografía*,<sup>647</sup> el crocianesimo

---

<sup>644</sup> Nos encontramos en la fase de la sistematización de su filosofía del Espíritu. Terminado el sistema en el 1909, Croce ya no habría vuelto a él, dedicándose, desde entonces hasta su muerte, a la obra “verdaderamente vital”, o sea, no el Croce “sistemático”, sino el “educador” a través de la polémica, conducida por medio de intervenciones ensayísticas, investigaciones historiográficas, y, sobre todo, de “La Crítica”. Garin *ibidem*, p. 240.

<sup>645</sup> Gentile había publicado *Una Crítica al materialismo storico* en el 1897 y *La filosofía de la praxis* en el 1899, texto en el cual aparecieron traducidas, por primera vez al italiano, las *Tesis sobre Feuerbach* de Marx. Considerar la relación del primer Gramsci con Gentile necesitaría un estudio tan amplio como aquél que estoy intentando dedicar, aun con todos sus límites, a Croce. No creo posible comprender en plenitud cómo y por qué Gramsci entre en el mérito de la discusión filosófica sobre el marxismo sin adentrarse en la historia de la “evolución” del concepto de *praxis* en la filosofía italiana del primer Novecientos. Me limito a señalar como el problema de la determinación filosófica del marxismo surgió, en Italia, precisamente con la labor de Gentile, el primero en argumentar la distinción entre marxismo y materialismo filosófico enfocando el concepto de *praxis*. El Gramsci joven verá en Gentile aquella dimensión activa de la refutación de la historia como transcendencia que no encuentra en la *praxis* según Croce y su distinción entre política e filosofía (una interpretación, este última, avanzada por primera vez por Garin). Una argumentación similar rige por aquello que concierne la amplitud del tema de la *praxis*, o sea, por la importancia, en Gramsci, de Sorel, en particular respecto a la elaboración del rol movilizador del mito y del “espíritu de escisión”, ambos articulados a la crítica de la democracia como ideología que atenúa el libre devenir de las contraposiciones entre las clases, siendo ésta una posición que ejerce, en su formación, una influencia teórica mucho más profunda que el actualismo de Gentile. El primer Gramsci, empero, ni es gentiliano,

ni soreliano. En un caso, el joven dirige su atención a la historicidad del sujeto no desde la preocupación con el absoluto, sino desde la precisa intención de superarlo enfocando el antagonismo social de clase; del segundo busca superar la dimensión catalizadora del mito re-enraizándola en la historicidad y refutando las implicaciones sindicalistas. La utilización que el Gramsci socialista hace de Gentile y Sorel es antitética, por lo tanto, a aquella de las vanguardias intelectuales, por un lado, y de los sindicalistas revolucionarios, por el otro. Si los primeros veían en el giolittismo una traición de la misión histórica de la burguesía, augurándose su viraje conservador y hasta reaccionario, y los segundos transitarán desde la refutación de la lucha política parlamentaria, hacia posiciones nacionalistas e intervencionistas, para Gramsci se trata de oponerse al giolittismo no en cuanto deslice hacia la democracia, sino en cuanto forma Estado que no tiene nada que ver no solo con el socialismo, sino tampoco con el liberalismo, ni con la democracia. Cfr. Rapone, *ibidem*, p. 362. Regresaré al Sorel de Gramsci más adelante, cfr. la n. 1319 de esta labor.

<sup>646</sup> “Filosofía, en fin -para usar las palabras de Gramsci- no del acto puro, al contrario, exactamente del ‘acto impuro’, real en el sentido más profundo de la palabra. Que era, al fin, la distancia misma que transcurre entre la identificación de la filosofía con la historia y aquella de la filosofía con la historia de la filosofía, la cual, centrada toda en el Acto del pensamiento, no puede no desembocar en una teología, cuando no tenga el valor de convertirse en un radical empirismo.” Garin, *ibidem*, p. 263.

<sup>647</sup> Ya vimos, publicada en el 1916, y presentada por Croce como una continuación de la *Logica*. Croce habría retomado su reflexión en torno al historicismo más tarde, en *La historia como pensiero e come azione*, monografía del 1938. Con *Teoría de la historia y de la historiografía*, nos encontramos en la fase de plena madurez del pensamiento crociano, un texto del cual me limito a considerar los pasajes dedicados a una supuesta superación de las antinomias clásicas de la

en su plenitud, con todos sus anhelos de racionalidad y, al mismo tiempo, ambigüedades; una laicización del idealismo gentiliano incapaz de una neta, plena, confutación de la metafísica, y de la cual, nos disponemos a ver, Croce tachaba Hegel.<sup>648</sup>

El historicismo, así como delineado por él mismo, anunciaba Croce, quería ser la definitiva superación de la polémica entre una concepción teleológica y una relativista de la historia, la primera atribuida a Hegel, la segunda, a la historiografía positivista alemana -Humboldt, Taine, Ranke-, cuando ambas, enfatizaba, ignoraban el sentido de la dialéctica. Dialéctica, empero, según Croce: el abandono de una visión transcendental de la historia y, con aquella, tanto de la pretensión a una historia universal, así como de la historiografía en su momento naturalista, que, presentando la realidad histórica como muerta, la volvía ininteligible por considerarla más allá de nuestro saber de ella.<sup>649</sup> ¿Cómo rehusarse a la historia universal y al mismo tiempo admitir el universal en la historia? Introduciendo, según Croce, el hecho histórico, el particular, como universal “individualizado históricamente”.<sup>650</sup>

Hegel había sido el primero en re-integrar el universal en el desenvolvimiento histórico:

“La historia de la filosofía cumple su gran crisis con Hegel, quien la hace transitar del subjetivismo abstracto de los continuadores de Kant, hacia la objetividad y, en la historia del pensamiento considerada en su integridad, sin descuidar ninguna de sus formas, reconoce la única existencia real de la filosofía.”<sup>651</sup>

La filosofía de Hegel había sido la última gran filosofía, el último sistema cerrado, la última concesión al devenir como un “relato fantástico cosmológico”, incapaz de liberarse -así como el positivismo, el democratismo y el socialismo, denunciaba- del fantasma de la cosa en sí.<sup>652</sup> Un lugar destacado tenía que asignarse a Vico, quien: “no excluye la obra

---

filosofía, con sus dualismos entre objetividad y subjetividad, necesidad y contingencia, universal y particular.

<sup>648</sup> Garin, *ibidem*, p. 252.

<sup>649</sup> En tanto que “eterno fantasma de la *cosa en sí*, que no es *cosa* ni en *sí*, sino tan solo la proyección fantástica de la infinitud de nuestro actuar y de nuestro conocer”. Croce, *Teoría de la historia y de la historiografía*. Buenos Aires: Editorial escuela, 1955, p. 55

<sup>650</sup> Croce se sitúa en la tradición del historicismo liberal, cuyo principal representante, en su época, era Meinecke, quien rescataba la importancia de lo individual, el hecho histórico, frente a una interpretación teleológica de la causalidad histórica. Sin embargo, para Meinecke, el historicismo culminaba en Ranke y Goethe. Para Croce la línea de continuidad era Vico-Hegel-él mismo, es decir, así como la presentaba, una vía hacia la superación de las

aporías del historicismo idealista. Repensar el dualismo entre verdades de la razón y verdades de hecho, entre saber y mundo, filosofía e historia. Abandonar el formalismo, abstracto sin caer en el relativismo, resolviendo la Ilustración en un racionalismo más profundo, donde la historia misma absorbe a la filosofía, la realidad a la razón.

<sup>651</sup> Croce, *ibidem*, p. 222.

<sup>652</sup> Croce, *ibidem*, p. 50 “[...] hasta aquí ha llegado la conciencia en su desarrollo, decía Hegel al final de sus lecciones sobre *Filosofía de la historia*, y no tenía derecho a decirlo, porque su desarrollo, que de la inconciencia de la libertad marchaba hacia la plena conciencia de ella en el mundo germánico y en el sistema del idealismo absoluto, no admitía prosecución. Pero bien podemos decirlo nosotros, que hemos vencido definitivamente la abstracción del hegelismo”. Croce, *ibidem*, p. 253

de la libertad o la excepción de la contingencia.”<sup>653</sup> Si Hegel era la filosofía que más que cualquier otra había tratado de interpretar la realidad como historicidad, la vida como síntesis de contraposiciones y el ser como devenir -una Fenomenología del Espíritu como Fenomenología de la conciencia práctica-,<sup>654</sup> Vico era el devenir de esta conciencia como historiografía.<sup>655</sup> En Vico la filosofía re-emergía como la historia de una continua formación y ascenso del pensamiento histórico, de su adquirir un saber cada vez más complejo acerca de sí mismo y, con aquél, de los fines en las causas, de la ética en el conocimiento, de las formas en el juicio.<sup>656</sup>

Las pretensiones de autonomía de la teoría, léase de la filosofía, estaban muertas, y habían sido enterradas con la superación por parte de Hegel de la Ilustración y, en fin, con la crítica de Croce, a través de Vico, a las pretensiones metafísicas de Hegel. Así como no podía haber filosofía sin más, no podía haber historia sin más, “el ideal del historiador puro era una mera ilusión.”<sup>657</sup> Toda historia, insistía, era historia de un problema o un interés particular y contemporáneo,<sup>658</sup> una inversión entre predicado y sujeto.<sup>659</sup> La contemporaneidad de la historia, el pasado que vive en el presente, la historiografía no en tanto que crónica de lo muerto, sino en cuanto historia viva.<sup>660</sup> La verdad política del juicio historiográfico una vez reconocida, sin embargo, “la vida del espíritu que opera determinándose e individualizándose, e indetermina y desindividualiza continuamente las precedentes determinaciones para crear otras más ricas”.<sup>661</sup>

Como en Hegel, así en Croce, el movimiento del devenir del Espíritu práctico indicaba la historia que, conciencia de sí, tiene en sí su propia razón, su propio sentido, su propio valor.<sup>662</sup> Sin embargo, en Croce, y a diferencia de Hegel, el espíritu como valor, como cultura, civilización, terminaba siendo una actividad práctica animada por una libertad ubicada más allá de la historia, así como, quienes se afanaban acerca del sentido, del valor

---

<sup>653</sup> Croce, *ibidem*, p. 230.

<sup>654</sup> Croce, *ibidem*, p. 171.

<sup>655</sup> Croce, *ibidem*, p. 60.

<sup>656</sup> “La historia es pensamiento, y, como tal pensamiento de lo universal, de lo universal en su concreción, y, por ello, siempre particularmente determinado. No hay hecho, por pequeño que sea, que se pueda concebir (realizar y calificar) sino como universal. En su forma más simple, lo cual significa en su forma esencial, *la historia se expresa por juicio*, [es una] síntesis inescindible de lo individual y lo universal”. Croce, *ibidem*, p. 48. Las cursivas son mías.

<sup>657</sup> Croce, *ibidem*, p. 30.

<sup>658</sup> “Así pues, la historia muerta revive y la historia pasada se reconstruye como presente, a medida que el desenvolvimiento de la vida lo requiere”. Croce, *ibidem*, p. 21.

<sup>659</sup> “El verdadero sujeto de la historia es justamente el predicado, y el verdadero predicado es el sujeto; es decir, en el juicio se determina lo universal al individualizarlo”. Croce, *ibidem*, p. 49

<sup>660</sup> “La verdad es que crónica e historia no pueden distinguirse como dos formas de historia que se completan recíprocamente o de las cuales una se halla subordinada a la otra, sino como dos *actitudes* espirituales diversas. La historia es la historia contemporánea, y la crónica, la historia pasada; la historia es principalmente un acto de pensamiento, la crónica un acto de voluntad”. Croce, *ibidem*.

<sup>661</sup> Croce, *ibidem*, p. 22

<sup>662</sup> “Al ser la historia del espíritu y el espíritu valor, aun más, el único valor que sea dado concebir, es claro que la historia es siempre historia de valores”. Croce, *ibidem*, p. 30.



de la historia, aun según sus tiempos y lugares, no eran tanto las formas históricas de una conciencia colectiva, sino el historiador-filósofo capaz de re-conocer el movimiento progresivo y paulatino de la totalidad hacia la libertad. Croce, en fin, transitaba de una libertad contendida, en cuanto ética, entre fuerzas, la hegeliana, hacia la libertad como principio moral explicativo de la historia. En este regreso de Hegel hacia Kant, la imagen del devenir histórico ya no era la especulativa de una incesante superación de contradicciones, sino el sucederse de periodos de mayor o menor libertad cuya direccionalidad evolutiva engendraba perpetuamente nuevos contrastes y perpetuamente los superaba; una ley espiritual del progreso resguardada, en última instancia, por la conciencia de los mismos dirigentes de la historia, los filósofos de la historia de la libertad.

Era la traducción de la *astucia de la razón* hegeliana en *providencia* vichiana, ambas presentadas por Croce como la superación del individuo abstracto, como forma en la cual un ente superior “se sirve de los fines particulares y de las pasiones de los hombres para conducirlos inconscientemente hacia más elevadas condiciones espirituales, y, utiliza, para lograrlo, una especie de astucia benévola”.<sup>663</sup> Este ente superior era, en conclusión, el Estado ético político: “aquello que con un vocablo único podría designarse como *instituciones*, entendiendo esta palabra en sentido amplísimo o sea incluyendo en ella todas las actitudes prácticas de los individuos y de las sociedades humanas”.<sup>664</sup> Implícita, así como en Hegel, una superación de la conceptualización atomista de la libertad moderna. Así como para Hegel, también para Croce, la dimensión ético-política indicaba el sujeto que, superando la disgregación de lo social, garantiza el ejercicio de la libertad. La libertad moderna, así como ésta implica formas colectivas de ordenamiento social, siendo el principio garante de las libertades individuales el Estado político en tanto que Estado ético, el Estado como principio de civilización y vida moral, cuya historia era para Croce la Historia por excelencia: historia de civilización en tanto que *hazaña de la libertad*. En Croce, e insisto en contraste con Hegel, ya no era este Estado como resultado de un proceso contradictorio, sino el Estado como providencia, presupuesto teleológico. En línea de continuidad con su revisionismo filosófico, era él historiográfico. En la monografía que vamos considerando, Croce situaba los orígenes del historicismo y, con aquella, del liberalismo, en la reacción romántica a la Revolución Francesa. Desde aquí también su oponer el siglo XIX, el siglo de la historia, al siglo XVIII, el del abstractismo

---

<sup>663</sup> Croce, *ibidem* p. 61.

<sup>664</sup> Croce, *ibidem*, p. 119.

filosófico, y la consecuente construcción de dos tradiciones: ilustrados-enciclopedistas y jacobinos, por un lado, romántico-historicistas y liberales, por el otro. Croce, con su supuesta superación del cierre hegeliano desde una lectura conservadora de Hegel, se presentaba al sentir común de los intelectuales italianos como la culminación de esta segunda línea genealógica europea, según él la vía efectiva hacia la libertad moderna. Sentaba el punto de quiebre, la llegada de la historia a la modernidad, no en la Gran Revolución, sino en la reacción a la misma, el momento en el cual, enfatizaba, una entera época se había agotado, dejando lugar a nuevas necesidades históricas. Un viraje en la historia del Espíritu, una “reforma intelectual y moral”, una revolución en el plano del pensamiento, la misma paralela a una revolución en el plano ético, a una nueva orientación hacia los problemas de la vida práctica.

Casi instintivo preguntarse quién fuera el adversario político del historicismo crociano. ¿Sin embargo, sería realmente esclarecedor enfrentarse a Croce en éstos términos? Garin vuelve nuevamente en socorro. El Croce de *Teoría de la historia y de la historiografía* no se alcanzaría a comprender si enfocado exclusivamente “en contra de”; Croce, desde el punto de vista de la praxis, era aquel “por” una cierta nación, por una cierta Italia. Garin, investigando la dimensión positiva de la libertad según Croce, resaltaba el liberal que, conservador y moderado, habría sido crítico y cómplice, por sus mismos límites, ambigüedades, problemas irresueltos, de la antesala cultural participe de la configuración, después de la guerra y a través del fascismo, de una burguesía nacional.

Entrando en el mérito del historicismo filosófico, Croce, a diferencia de Gentile, no había elegido el plano estrechamente teórico, gnoseológico, de la discusión, sino optado, coherente con él mismo, por el plano de la mundanidad.<sup>665</sup> Filosofía especulativa había significado, en primer lugar, la compilación, en el 1902, de la *Estética*<sup>666</sup> y en la *Estética* encontramos el origen de Croce como plasmador de un sentir común, aquel sentir del cual, a su vez, el crítico habría buscado distinguirse en los años de la guerra.<sup>667</sup> En la

---

<sup>665</sup> “Croce era fundamentalmente extraño a la preocupación gnoseológico-metafísica del idealismo romántico; el problema de la resolución del objeto en el sujeto que conoce, del Yo que crea el no-Yo, no fue nunca, a sus ojos, un problema primario; mientras bien radicada en él era la convicción que la praxis fuera un momento distinto del conocer.” Garin, *ibidem*, p. 216. “La filosofía pura que deduce *a priori*, o que abstrae secretos misterios desde abismos insondables, o que fija las leyes eternas del ser y de la nada [...] No era de este tipo aquel saber racional y crítico al cual Croce aspiraba: y, si había dudado a fijar un sistema, al final

declaraba su carácter provisional, subrayaba, al contrario, su modesto carácter de instrumento de trabajo”. Garin, *ibidem*, p. 260

<sup>666</sup> Croce publicaba la *Estética* en el 1902, seguían la *Logica* (1905), *Filosofía della pratica* (1909); los componentes de su *Filosofía dello Spirito*; del 1906 el *Saggio sullo Hegel*.

<sup>667</sup> Sin poder aquí entrar en detalles, para Garin los movimientos político-culturales que iniciaron con el intervencionismo, procedieron como nacionalismo de los orígenes y en fin desembocaron en el fascismo “no fueron desviaciones de grupos minoritarios adentro de

*Estética* el filósofo reivindicaba, en su doble batalla anti-positivista y anti-metafísica, el arte como práctica teórica y, nuevamente, era la ambigüedad: por un lado la libertad creadora, por el otro, el valor ideal, cognitivo. Croce buscaba reivindicar, en el arte, la libertad como valor espiritual sin caer en el irracionalismo, y, sin embargo, su *Estética*, y en general su *Filosofía del espíritu*, era una labor que pacificaba contrastes, sin disipar posibles degeneraciones interpretativas. Croce mismo, de hecho, habría redactado la *Lógica* y la *Practica* para buscar diferenciarse del “irracional político y cultural” que iba avanzando en el país.<sup>668</sup> Al mismo tiempo, continuaba Garin, durante toda la primera década del siglo XX, Croce:

“había ido proclamando la muerte del socialismo, el fin de la democracia, la vacuidad del intento modernista, la insuficiencia de la razón iluminista, la caída de los programas humanitarios. Contemporáneamente había hecho leer Oriani [nacionalista], divulgado los mitos sorelianos, llamada la atención a las teorías del Estado como fuerza, demostrado la inconsistencia del moralismo edificante y escrito la *Estética*. ¿Cómo sorprenderse si en aquel preludio de catástrofe, nació en muchos la idea de una revolución que, destruidas las viejas ideologías burguesas y socialistas, situara al inicio del propio programa la creación artística individual? Era aquella de Croce una obra de crítico, de pensador: fue confundida por un mito; el mismo mito mismo que Marinetti y Mussolini presentaron después a la confusión general italiana.”<sup>669</sup>

¿Quién fue y, sobre todo, cómo fue percibido Croce en los años de la “catástrofe”? La lectura clásica, retomada también por Garin, es el Croce que, en el embate entre intervencionistas y neutralistas, refuta conferir a la guerra el carácter religioso del choque entre civilizaciones,<sup>670</sup> el Croce de la aceptación a regañadientes en nombre del ideal de la patria, durante, y, en fin, del llamado, una vez terminada la tragedia, a la reconciliación en nombre de la religión de la libertad.<sup>671</sup> El mismo *Pagine sulla guerra*, publicado en el 1927, sigue esta división tripartita, casi la estructura de la compilación de los escritos estuviera a demostrar la advertencia de Croce al lector de saber distinguir su posición de otras tantas “*trahison des clercs*”. El suyo, enfatizaba, había sido el camino de quien, durante la carnicería, se mantuvo constante en apelar a criterios racionales para interpretar el mudar de los eventos, sin adherir “a la concepción abstracta o ‘de tribuno’ de las cosas políticas en defensa del principio de fuerza y potencia”, sino refutando “el concepto de la

---

una límpida atmósfera de laboriosidad, sino expresiones de aquella misma crisis que el crocianesimo había intuido y de la cual se había hecho expresión consciente, intentando una resolución concreta”. Al mismo tiempo, Croce -para Garin, en particular, el Croce de la *Estética*- “llegó si no a confundirse, ciertamente a conferir apoyo a aquellas tendencias de turbio idealismo, que iban celebrando una orgiástica exaltación del yo que crea a sí mismo y al mundo, y a la historia toda, en un delirio de ebria fantasía”. Garin, *ibidem*, Vol. II, pp. 291; 239. La retórica de la empresa colonial, del intervencionismo,

de las vanguardias, del nacionalismo, o sea, la primera década del Novecientos, se abrió, en Italia, por medio de “una renovación cultural acontecida bajo el signo de la estética, y por obra de un hombre hasta ese entonces conocido como un serio estudioso de Marx y de cuestiones políticas”. Garin, *ibidem*, p. 227.

<sup>668</sup> Garin, *ibidem*, p. 288.

<sup>669</sup> Garin, *ibidem*, pp. 284-285.

<sup>670</sup> Sobre todo, en la polémica en contra de la guerra como choque entre civilizaciones, un tema que veremos re-emergir ampliamente en Gramsci.

<sup>671</sup> Garin, *ibidem*, p. 314.

fuerza entendida de forma materialista y la política como separada y dispar respecto a la ética”.<sup>672</sup> Más que evidente la llamada indirecta en contra de quien había sido esta “constante refutación”: a Marx según Croce.

En los escritos del 1914-1918, en el segundo Croce para Gramsci, regresaban, de hecho, todos los temas que hemos considerados examinando el primero, o sea, su embate en contra del “materialismo histórico”. Era el rechazo de la mentalidad metafísica que acomunaba demócratas y socialistas, a la cual ahora se añadía la crítica a “la adecuación del nacionalismo al democratismo”, por ser el primero incapaz de “transcender y resolver en sí el partido adversario, como debe hacer un partido que quiera de verdad ser superior a otro”.<sup>673</sup> Era la necesidad de distinguir entre moral y política para reconocer la historia como ética, como “espíritu del mundo” en contra del Marx de la fuerza del derecho de lo útil.<sup>674</sup>

Gramsci, del Croce durante la guerra habría destacado, ya mencionamos, el momento fundador de “su actividad posterior”, del tercer Croce.<sup>675</sup> Entrado el país en el conflicto, vemos al organizador del sentir de los intelectuales italianos polemizar escarnecidamente en contra del *topos* de la guerra entre espíritus, de la identificación entre civilización y cultura que define, en aquellos años, los esencialismos de los receptores de la nación, así como estos atraviesan el campo del intervencionismo democrático.

“Ha aparecido esta distinción, que fue tan utilizada aproximadamente un siglo atrás cuando, signo precursor de Risorgimento, se hizo más intensa la meditación sobre las virtudes y las culpas del pueblo italiano. Y ahora aquello que se dice de otros pueblos se dijo entonces de los italianos por los italianos mismos: es decir, que ellos, en los tiempos modernos, con el Renacimiento y después del Rinascimento, tuvieron cultura pero no civilización; de ahí su decadencia política y social y la sujeción al extranjero”<sup>676</sup>

La polémica de Croce se dirige aquí al tema democrático de la guerra al lado de las fuerzas de la Intesa como nuevo *Risorgimento* de la nación. Antes y durante el conflicto, el campo

---

<sup>672</sup> Croce, *Avvertenza*, diciembre 1927 en *Pagine sulla Guerra*, Bari: Laterza, 1928, pp. 5-6.

<sup>673</sup> Croce, *Metodi polemici del nazionalismo italiano*, 3 gennaio 1915, ibidem, p. 38.

<sup>674</sup> Croce, *Contro l'astrattismo e il materialismo politici*, ibidem, pp. 34. “Quien observa las agrupaciones políticas que se van formando en Italia, especialmente entre los jóvenes, y lee los artículos de sus periódicos y presta oído a los discursos que corren, tendrá ocasión de notar ahora la antinomia, ahora la interferencia, entre dos principios opuestos: el uno que se puede llamar de la justicia absoluta, el otro de la lucha sin justicia. Aquello posee entre sus precedentes

más próximos el humanitarismo del siglo XIX, que en parte desembocó en el mazzinianismo; éste, en la ideología socialista, que se ha ido transfiriendo de las relaciones entre las clases sociales a las relaciones entre las naciones y los estados [...] el primero tendiente al abstractismo y a la hipocresía, el segundo al materialismo y al cinismo [...] como se ve estamos de frente a un viejo problema [...] aquel del contraste entre moral y política [...] al problema del ‘machiavellismo’. Croce, ibidem, pp. 30-31.

<sup>675</sup> Regresaré al Croce en época de consolidación del fascismo, en la sección tercera del cap. III.

<sup>676</sup> Croce, *Cultura e civiltà*, ibidem, pp. 64-65.

político democrático había visto avanzar entre sus mismas filas la retórica nacionalista del choque entre una supuesta civilización latina, a la cual tocaba el primado europeo, por representar el ideal democrático, y una *kultur* alemana, como idealidad autoritaria, militar, opresora. Era la justificación del intervencionismo en nombre del derecho y de la moral, compatible, por su abstractismo, con el otro *topos*, en este caso nacionalista, del genio latino frente a la mediocridad alemana. En las filas del neo-idealismo democrático, sin embargo, el debate había abarcado los límites de la cultura italiana como civilización y, en este caso, la tesis era la ausencia histórica de una reforma de la conciencia de las masas populares, comparable a aquella que fue la Reforma alemana, origen en Europa del hegelismo, mientras, desde la época del Renacimiento, en Italia, alta cultura había significado formalismo, separación, despreocupación con la dimensión concreta, social, política, de la vida. Croce, en los años de la *Grande Guerra*, se oponía, paralelamente, a la retórica del intervencionismo democrático y a la argumentación de los límites de la civilización italiana, copilando numerosos artículos, al centro de los cuales emerge su doctrina del Estado potencia en adversativa a los “inmortales principios” del ’89.

Por cultura, para los hombres del Risorgimento, hay que entender “los aspectos teóricos del espíritu, el arte, la filosofía, la ciencia” y, por civilización, “la concepción religiosa, es decir ética de la vida [...] no el Renacimiento, y menos aún la ‘civilización’ democrática [...] ¿Cómo quisiéramos entenderla nosotros, en nuestros días, después las nuevas experiencias a la cual la historia nos ha sometidos? ¿Quisiéramos persistir en conservar el sentido democrático e históricamente originario o anglo-francés de la palabra ‘civilización’ o quisiéramos cambiarlo a la manera de nuestros hombres del Risorgimento?”<sup>677</sup>

Después de la guerra y los “despropósitos” de su retórica:<sup>678</sup>

“La misma teoría del derecho como fuerza (que, lejos de ser de germánica origen, en realidad [es] italiana, desde el Machiavelli hacia Vico y al abate Galiani) es todo lo contrario de inocente; y hasta ayer las hemos utilizada todos, filósofos e historiadores, y la utilizaremos todavía mañana, y yo por mi cuenta la utilizo hoy también para comprender el devenir de la historia: para nada predispuesto a cambiarla con la frívola teoría progresista e ilustrada e humanitaria del siglo XIX. Esta teoría posee muy largos brazos, para incluir la fuerza de la aristocracia, así como de la democracia, aquella de la nacionalidad, así como la otra de los derechos del hombre, de la misma forma en la cual de la filosofía de lo Hegel trajeron subsidio, en la revolución del 1848, y conservadores y liberales y socialistas, como desde un fondo mental común para las más distintas resoluciones prácticas.”<sup>679</sup>

---

<sup>677</sup> Croce, *ibidem*, p. 65. Habría que notar que el hombre del Risorgimento a quien Croce hace aquí referencia es Cesare Balbo, es decir, no solo un liberal,

sino un neo-güelfo, en acorde a la elaboración crociana del sentido ético/religioso del Estado como sujeto.

<sup>678</sup> Croce, *Sullo stesso argomento*, *ibidem*, p. 101.

<sup>679</sup> Croce, *ibidem*, p. 60.

En los pasajes citados, *Risorgimento* y posguerra son situados en adversativa a la tradición liberal demócrata y reconducidos a la liberal conservadora, mientras, en general, en los escritos de Croce de la época, Alemania, en lugar de Francia, emerge como representante del “ideal” de Estado. Emerge la soberanía del Estado como fuerza en cuanto principio, aspiración, norma que dirige la historia y, como tal, se opone a lo práctico, lo empírico, lo contingente, que ha triunfado en los años de la guerra, a la historia reducida a algo inexplicable, a la fatalidad de un legado de la sociedad humana.<sup>680</sup> Terminado el conflicto, éste debe, y puede solamente, ser recordado como una admonición y, según afirmado en la “advertencia” al lector, desde la “conciencia religiosa y moral, la cual solamente vuelve ética, de vez en vez, la acción política, aun reconociendo y respetando la lógica que le es propia.”<sup>681</sup>

Las operaciones teórico-políticas cumplidas por el segundo Croce eran más de una. En primer lugar, situaba la Italia humanista y renacentista al centro de la historia europea en cuanto historia de una cultura política. De Alemania eran los promulgadores de una teoría que tenía sus orígenes en la Italia de Machiavelli -la política según Croce, vimos, en cuanto autonomía de la moral- y que el filósofo situaba en línea genealógica con Hegel.<sup>682</sup> La tradición Machiavelli-Hegel era presentada como un “escenario mental común”: el universal que iba avanzando a través de la misma lucha entre “y conservadores y liberales y socialistas”, en cuanto interpretaciones prácticas un mismo ideal. El Estado, en fin, como sujeto y éste como cultura que, a pesar de todo, dirigía el occidente europeo en sentido progresivo. Mientras la metafísica pertenecía a la democracia en cuanto “ideología de la abstracta justicia,”<sup>683</sup> el Estado moderno era “aquel Dios que es la

---

<sup>680</sup> Así Croce en una de sus numerosas intervenciones sobre la guerra como acontecimiento fatal e inevitable que, en cuanto tal, se sustrae al juicio de los seres humanos: “La guerra es como el amor y el desdén: algo que miles razonamientos e incitaciones no producen, sino que, a un cierto momento, no se sabe cómo, se produce de por sí, invade el alma y el cuerpo, centuplica e direcciona las fuerzas, y se justifica de por sí, por el sólo hecho que es y actúa”. Croce, *Motivazione di un voto*, ibidem, p. 21. También, *La moralità della dottrina dello Stato come potenza*, ibidem, p. 93 y *Ritorno sulle postille precedenti*, ibidem, p. 134.

<sup>681</sup> Croce, *Avvertenza*, ibidem, p. 6.

<sup>682</sup> Un Hegel político, y, obviamente, revisto. Hegel como quien, según Croce, teorizando la superioridad del Estado y de la lucha por el Estado sobre la moral, no pudo resolver el problema de la legitimidad de la política, y Croce mismo como quien ha finalmente superado a Hegel reconociendo el Estado en su potencia, la autonomía del Estado, así como ésta actúa, procede, en la historia como ética. Cfr. Croce, *I limiti*

*della dottrina dello Stato come potenza*, ibidem, p. 105. Un Hegel superado porque, insiste Croce, la historia ha superado aquello que Hegel había solamente podido teorizar: “el error moralístico (o democrático, como también se podría llamar del nombre de quien ahora lo tiene particularmente caro)”. Croce, *Il preconetto dell’ottimo Stato*, ibidem, p. 236. <sup>683</sup> Croce, *Ancora dello stato come potenza*, ibidem, p. 89. También: “Y a quien afirma que el problema ya no es la sumisión del individuo al universal, sino la conciliación entre el máximo de disciplina y el máximo de libertad [...] ¿No sería ésta, de hecho, una purísima concepción mecanicista [...] un dualismo abstracto [...] y a tal mecanicismo no se ha victoriosamente y definitivamente contrapuesto la síntesis especulativa entre disciplina y libertad, universal e individual, la cual ya no es de la sola filosofía alemana, sino de todo el pensamiento moderno, desde cuando el divino y el universal han bajado del cielo a la tierra y el individuo se ha sentido más verdaderamente hombre y persona en la unidad

historia” y cuyo concepto guardan de ella los intelectuales. Los intelectuales, continuaba, en cuanto interpretes “de un sentimiento más alto, más grave, más trágico de la vida”, el sentimiento que será de “todos” en Italia después de la guerra.”<sup>684</sup>

El sentimiento de un realismo histórico moderado, conciliador. En julio 1918, terminado el conflicto, Italia no era “algo que se tenía que hacer, sino algo que es y se hace” y esta Italia se habría apoyado en quienes “no poseen sus pensamientos en la forma que conviene al hombre de acción: y eso, al contrario de denegar, confirma la necesidad del pensamiento para la acción”. Una Italia con todos sus límites y, sin embargo, “una Italia que se mantiene de pie y se desarrolla, la cual cosa comprueba que su cultura, aunque imperfecta, es todavía una cultura, y la eficacia que ésta ejerce en la vida práctica, aunque imperfecta, es no obstante una eficacia.”<sup>685</sup> Si a Croce como ciudadano había tocado “hacerse pueblo”, asentir a la guerra; a la filosofía, o sea, a la práctica teórica de Croce, incumbía “preparar las condiciones siempre más elevadas dada la irrupción de las pasiones y las actividades prácticas.”<sup>686</sup> La tarea civilizadora correspondía al liberalismo conservador dado un marxismo que, aun crítico, aun capaz de reconocer el sentido de la vida como lucha, no había logrado “penetrar y plasmar la cultura política del Occidente europeo.”<sup>687</sup>

El error lógico que, después de la guerra, tanto los demócratas, así como los socialistas continuaban compartiendo era, para Croce, de origen práctica. No reconocían que:

“Las formas políticas no existen, sino son simple construcciones de teóricos, y aquello que existe es el hecho histórico, es decir, formas que ya no son simples formas, sino pueblos en ciertos momentos de su vida, con determinadas religiones y filosofías, determinadas tendencias y prácticas morales [...] Quien conserva la necesaria libertad mental [...] sabe no dejarse llevar por la ilusión que existan formas saludables o Estados que hayan encontrados el equilibrio estable, sino lleva el ojo a descubrir las fuerzas reales, y por lo tanto las reales posibilidades de un determinado pueblo en un determinado tiempo [...] al preconcepto del valor de ciertas formas políticas, abstractamente tomadas, se añade, por lo tanto, el otro preconcepto del carácter progresivo de ciertos partidos y el reaccionario de otros, mientras en la historia real tales

---

con el todo?” Croce, *Ciò che dicono ora i filosofi*, ibidem, p. 68.

<sup>684</sup> Croce, *Germanofilia*, ibidem, p. 74. También: “Aquello que no se logra aprender durante años y años, se puede a veces aprender en un solo día, por una sacudida del alma (¿y cual mayor sacudida de aquella que estamos viviendo?) que disponga a aceptar una verdad, antes desconocida y oscura” Croce, *Forza mentale e forza di popolo*, ibidem, p.111.

<sup>685</sup> Croce, *política e pensiero en Italia*, ibidem, p. 266.

<sup>686</sup> Croce, ibidem, p. 5.

<sup>687</sup> Croce, *Lo stato come potenza*, pp. 81-85. En este mismo artículo encontramos el ataque más áspero de Croce en contra de los demócratas. En oposición a

“estos residuos de intelectualismo, enciclopedismo, abstractismo, escolasticismo”, la teoría del Estado potencia surgió “de la demostrada imposibilidad de pensar y de la íntima contradicción de la teoría democrática, contrattualística, humanitaria [...] una concepción del Estado que no es de la Germania, sino es un universal principio dirigente [...] el tender todas las propias fuerzas para empujar los otros hacia la misma energía de vida en ventaja de la humanidad”. Y, nuevamente, era el “concepto de Estado de Machiavelli [...]. `austeramente moral porque trágicamente humano”. Los tonos de Croce son aquí casi nietzscheanos.

caracteres se cambian y *se trasmutan entre ellos* de frecuente.”<sup>688</sup>

Croce, advirtiendo el lector, no había mentido, con la guerra habían mudados los hechos, la crisis del viejo orden liberal iba reventando, las masas populares iban “invadiendo” el escenario político como “fuerzas reales”; quien permanecía, y en defensa de “criterios racionales”, era el Croce del *Partido como juicio y prejuicio*,<sup>689</sup> el Croce de la separación entre teoría y política, él mismo expresión de un nuevo transformismo.

Regresando a Garin, el estudioso subrayaba la incapacidad de la filosofía del espíritu crociana de indicar una solución positiva a la crisis de la primera posguerra, por la misma razón que la cultura “verdaderamente derrotada” de la primera guerra mundial no había sido sólo la vieja civilización liberal, sino, en Italia, la misma civilización Renacentista y humanista. De Croce, en particular, el estudioso resaltaba el humanista que quería refundar el liberalismo a través de una historia exenta de rupturas, hiatos, reales oposiciones. Un humanismo conservador donde residían, sin embargo, los mismos límites y las ambigüedades de su historicismo.

Para una nueva generación de intelectuales que en Croce, y en su reclamo de historicidad, habían identificado un proceso de renovación de la cultura, hasta de la mentalidad, del carácter, italianos, la guerra habría significado el surgimiento de un sentido nuevo de la historicidad, radicalmente contrapuesto a aquello del *Partido como juicio y prejuicio*. La emersión de una perspectiva que identificaba en, y habría elaborado, el plano de la acción y de la organización política, no como límite, sino como condición para la efectiva comprensión de la historia. Aquello que acomunará, veremos, un Gramsci, socialista y revolucionario, y un Gobetti, él de la revolución liberal, será el rechazo de restaurar “viejas fórmulas” dada una experiencia, la guerra, que “expresión cruel de una situación de crisis, imponía el problema de un orden nuevo”<sup>690</sup>.

Si Croce también percibía y avanzaba la necesidad y elaboraba la forma de este nuevo orden, el hiato consistía en una generación de intelectuales socialistas, *nueva* en cuanto su original comprensión de Marx era debida a la misma comprensión de las ambigüedades crociana, aquellas de una reforma intelectual y moral percibida como equivocada, ambigua, conservadora por dejar sus espectadores, las masas emergida a la historia, en un estado de pasividad. Croce, en fin, y para los futuros ordinovistas, como un nuevo

---

<sup>688</sup> Croce, *Il preconetto dell'ottimo Stato*, ibidem, pp. 236-237. Las cursivas son mías.

<sup>689</sup> Publicado en la “Unità” de Salvemini el 6 abril 1912, luego en la primera edición, del 1914, de *Cultura e vita morale*.

<sup>690</sup> Garin, ibidem.



transformismo.<sup>691</sup>

El Gramsci de la cárcel habría regresado a la época anterior al *Ordine Nuovo* definiéndose “en este entonces, tendencialmente crociano”. ¿Cuál Croce, empero, para el Gramsci socialista intransigente, después de haber considerado quien eran Marx y el Estado para el Croce del “moderado realismo”? Una ulterior aproximación hacia la delicada cuestión del historicismo según el primer Gramsci: ¿cuál el movimiento incitado al autoconocimiento y cuál el “espíritu público”, el lenguaje de la vida intelectual y moral del país, en diálogos y confrontación con los cuales el periodista del *Grido del popolo* habría redactado, en Turín, y en el 1916, *socialismo y cultura*, definiendo Croce, en el mismo año de la revolución rusa, en la *Città futura*, como “el más grande intelectual de Europa”?

### 3.3. Entre Turín y los males de Italia

Con su política de conciliación entre trabajo y capital en lugar de prácticas de resistencias, el turinés constituía, en sus orígenes, el ala más conservadora del movimiento obrero organizado.<sup>692</sup> A diferencia del proceso de movilización que, con su centro de elaboración ideológica en la ciudad de Milán y sus bases en las ligas cooperativas de la planicie padana, habría llevado a la fundación del Partido Socialista Italiano, el turinés era producto de la confluencia entre los ideales de justicia social de intelectuales pertenecientes a las profesiones liberales y extraños al marxismo y una amplia red de sociedades obreras que, a principio de siglo, se mantenían reticentes a la lucha política,<sup>693</sup> las mismas bases que, una vez constituido el partido, habrían conformado los cuadros

---

<sup>691</sup> Cfr. Garin, *ibidem*, pp. 310-344

<sup>692</sup> Para la reconstrucción de la Turín de Gramsci me avalo del ensayo de D’Orsi, A. *Introduzione. Antonio e la sua Torino*, en D’Orsi (a cura di) Gramsci, A. *La nostra città futura. Scritti torinesi (1911-1922)*. Roma: Carocci, 2004 y, sobre todo por lo que concierne la evolución de sus formas de lucha, de la clásica monografía de Spriano, *Storia di Torino operaia e socialista*. Torino: Einaudi, [1958], 1972.

<sup>693</sup> Sus cunas eran la Asociación General de los Obreros de Torino y la Cámara del Trabajo, la primera fundada en el 1850, la segunda en el 1891. En el 1899, la Asociación y la cooperativa de los trabajadores ferroviarios habían confluído en la Alianza Cooperativa Turinés, la verdadera fuerza económica del movimiento obrero en la región. Su sede era

Palacio Siccardi, una “ciudadela roja” situada en el centro de la ciudad, en el corazón burgués que, con la enorme expansión, durante la guerra, de la industria metalúrgica, habría sido pronto rodeado por los grandes barrios obreros. En Palacio Siccardi se encontraban la redacción del “Grido del popolo” -el órgano de prensa, desde el 1893, de la sección turinesa del Psi- y, a partir del 1916, del “Avanti!” piamontés. Hasta la consolidación del fascismo, Palacio Siccardi constituyó el teatro de la más importantes manifestaciones políticas y sindicales del proletariado turinés. Cfr. Spriano, *ibidem*, cap. II, y D’Orsi, *ibidem*, p. 43. Para la Turín de la urbanización industrial y del espacio leído, por el mismo Gramsci, en clave histórico-política, cfr. Gramsci, *Due assedi*, en “Il Grido del popolo”, 7 mayo 1916, CT. pp. 293-294.

medios de una línea gradualista y pragmática, con profundas raíces en la cultura moderada de la ciudad.

Si al ámbito de este asociacionismo pertenecía una temprana “actitud al autogobierno que también en el futuro distinguirá el obrero combativo de Turín”, sus límites económico-corporativos, con el tabú por la política y el repudio de la confrontación entre las clases, expresaban la subalternidad a una cultura urbana en la cual las tradiciones de la clase dirigente liberal se habían transmitido, en particular entre la pequeña y media burguesía, “más como una costumbre de tolerancia civil y capacidad administrativa que como una herencia política”.<sup>694</sup> Una ciudad rebasada, después de la unidad y la transferencia de la capital, a un rango provincial, angosto, sin vitalidad política, “burocrática, militar, tranquila, patriótica, fiel de sus tradiciones de libertad y extraña a la convulsiones y conflictos que en otros centros iban signando la entrada de masas de asalariados en la vida civil y política”.<sup>695</sup>

Durante el primer internacionalismo, la corriente anarquista no había logrado sentar raíces duraderas en las filas obreras y la organización del movimiento en fuerza política había tenido lugar bajo el mismo empuje del reformismo milanés. Un socialismo, en Turín, no sólo de matriz intelectual, producto del descubrimiento por parte de las clases medias de la cuestión social, sino por iniciativa de una elite neófita a la tradición socialista y en gran parte perteneciente al ámbito académico. Un socialismo que “antes de ser reformista [...] es reformador”, con su particular concepción de la labor cultural como “misión laica” para ejercitarse en el “laboratorio de la sociedad popular”. Si, a nivel nacional, el reformismo había significado elevar el antagonismo de clase hacia el plano político-estatal, la matriz *intelectualista* turinesa ignoraba hasta los presupuestos clasistas más elementales de la cuestión social.<sup>696</sup> Positivista en el campo de los estudios sociales,<sup>697</sup> moralista, sentimentalista y humanitario en el ámbito literario, espiritualista en el terreno filosófico,<sup>698</sup> en los años en los cuales Labriola escribía a Engels sobre el socialismo italiano como una “degeneración de tipo burgués”<sup>699</sup> y Engels a Turati sobre la inmadurez de las condiciones por el advenimiento del socialismo en Italia, este socialismo moderado lograba una enorme expansión en la ciudad subalpina. A través de una crítica moral, en lugar que histórico-política, al ordenamiento social y al Estado, ambos atacados como

---

<sup>694</sup> Spriano, cap. II, p. 26.

<sup>695</sup> Spriano, *ibidem*.

<sup>696</sup> Spriano, *ibidem*, cap. III, pp. 38; 40.

<sup>697</sup> Gramsci, *Pietà per la Scienza del prof. Loria*, en “Avanti!”, 16 diciembre 1916, CT, pp. 33-35.

<sup>698</sup> Cfr. Gramsci, *Da De Sanctis a ...Cian*, en “Avanti!”, 18 enero 1916, CT, pp. 81-82; Id. *Il Capintesta*, en “Avanti!”, 20 enero 1916, CT, pp. 85-86.

<sup>699</sup> Labriola, *Lettere a Engels*, op.cit., pp. 75-77.

fenómenos de corrupción, y abanderando un programa de renovación democrática y reformas sociales, de ser una secta sin raíces entre las masas, había adquirido su derecho de ciudadanía en la cultura urbana.

La percepción, entre los obreros, de ser una fuerza en constante expansión se afirmó entre el 1896 y el 1898, durante aquella que vimos ser la oleada represiva, cuando, como en el resto del país, así en Turín, el movimiento buscó asegurar la sobrevivencia de sus formas organizativas, entre todas, la política. Sin embargo, mientras a nivel nacional, en la batalla en contra del gobierno de Crispi, el partido actuaba como una fuerza democrática de avanzada, iniciando su expansión electoral, en el caso turinés se distinguía por la ausencia de una fuerte movilización desde abajo. La substancial pasividad de las bases, la entonación legalitaria y gradualista del programa, la preocupación con el reforzamiento de las organizaciones cooperativas, eran todas expresiones, enfatiza Spriano, de las sólidas raíces del moderantismo.

El primer viraje aconteció durante el giolittismo, por aquella que siempre Spriano define la dialéctica interna específica del movimiento obrero turinés, o sea, la contradicción no fácilmente resoluble entre la matriz moderada de sus cuadros dirigentes, caracterizada por la prejudicial de la separación entre lucha social y política<sup>700</sup> y el miedo hacia la iniciativa espontánea de las masas, y los empujes que, sobre estos mismos límites, ejercitaba la mutación de la ciudad, la cual, de viejo centro manufacturero, iba rápidamente transformándose en un centro industrial en pleno régimen capitalista. En un breve arco temporal, el movimiento obrero se habría transformado de cuna del reformismo moderado, en bastión del proletariado italiano, hasta constituir su sección más combativa. Un caso de flagrante y transparente devenir de la contradicción entre fuerzas y relaciones sociales de producción. Sin embargo, no se trató del simple desarrollo de la gran industria metalmeccánica y de la nueva compagine obrera allí concentrada. Para explicarse, siendo éste el problema enfrentado por el historiador, es la misma superación de la orientación económico-corporativa de un sector de trabajadores relativamente privilegiado y al centro del pacto que definió la política nacional desde el principio del siglo XX, hasta el desenlace del primer conflicto mundial.

El giolittismo: la forma Estado que signó el inicio, en Italia, del capitalismo industrial de avanzada, proteccionista en el plano económico-social y corporativo en lo político. Una autonomía aparente, y efectiva, del Estado de la sociedad, vía el encuadramiento del

---

<sup>700</sup> El principio de la separación había sido propuesto por los mismos dirigentes de la sección turinés, y

aprobado en el congreso nacional del Psi del 1896. Spriano, *ibidem*, p. 56 y en general el cap. III.

movimiento obrero en el más amplio bloque de poder agrario-industrial. Una relación entre sociedad civil y sociedad política que, en el caso específico de Turín, tambaleaba entre la creciente capacidad de iniciativa y los límites político-ideológicos de una nueva compagine de la fuerza obrera, la cual iba encontrando en esta ciudad su centro de experimentación organizativa y elaboración ideológica.

Con el desarrollo de la gran industria y la concentración del trabajo, “giolittismo” connotó también la adopción de una estrategia gubernamental en relación a la agudización del antagonismo social de clase; en concreto, dejar que las relaciones de fuerzas cumplieran su curso en el plano de la lucha económica y, una vez restablecido el orden en caso de brotes de violencia, presentar el ejecutivo, en particular entre los sectores medios, como árbitro de la nación, portabandera de la moderación, del buen sentido. Durante los primeros años del nuevo siglo, la ciudad era efectivamente testigo de un clima de creciente confrontación entre la iniciativa del trabajo de fábrica y la resistencia a ultranza de un nuevo sector patronal que mal toleraba los frenos legislativos y consideraba ilegítimo un proceso de organización en el mismo terreno de las relaciones de producción. Años en los cuales emergieron las primeras luchas que, en forma y contenido, se habrían vuelto una constante del movimiento obrero turinés, hasta culminar en la insurrección urbana del agosto del 1917 y las ocupaciones de las fábricas del bienio 1919-20.

Frente a la cerrazón del capital, era la necesidad y creciente disposición, por parte del trabajo de la industria más avanzada, de aglutinar alrededor de sus reivindicaciones los otros sectores populares y el utilizzo de la huelga general como su principal instrumento.<sup>701</sup>

[...] en aquél año del 1906 todo el mundo proletario socialista turinés estaba en ebullición; el ambiente había ido enfocándose a través de toda una serie de agitaciones. Había sido la huelga de los metalúrgicos, habían tenido lugar las elecciones administrativas, y la victoria de una minoría socialista con alrededor de 11 mil votos, anticipada por furiosas polémicas con los periódicos y los representantes de la burguesía; había sido el proceso en contra de los antimilitaristas, el grandioso corteo para las víctimas del desastre minero di Courrières en Francia. A través de estos episodios, en la atmosfera enfocada por un sucederse tan frecuente de acciones de clase, las conciencias se habían reforzado, la solidaridad se había vuelto un sentimiento vivísimo y sensibilísimo”.<sup>702</sup>

---

<sup>701</sup> En el 1904 tuvo lugar la huelga general del movimiento obrero septentrional y central en contra de la enésima masacre de trabajadores (minadores y campesinos) meridionales. Una prueba de fuerza que, en Turín, se caracterizó por una manifestación de proporción masiva dada la misma envergadura de la represión. En el 1906 seguían las grandes agitaciones sindicales turinesas por la conquista de las diez horas, una lucha que, propagándose desde el sector más

atrasado, el textil, desbordaba nuevamente en huelga general.

<sup>702</sup> Gramsci, *I ricorsi della storia e le vicende delle cotoniere*, en “Il Grido del popolo”, 9 diciembre 1916, CT, pp. 635-641. En este mismo artículo, Gramsci menciona la lucha de los trabajadores textiles turineses, en su mayoría mujeres, y reconstruye el clima general que atravesaba la ciudad a principios del siglo.

Si el joven Gramsci enfatiza un clima de confrontación no sólo del proletariado, sino popular, *en crescendo*, Spriano aísla el brotar del primer germen de las comisiones internas, una reivindicación original, en la península, del movimiento obrero turinés. La transposición de la legitimidad de la organización desde el exterior hacia el interior de la fábrica, vía la construcción de órganos de representación que ponen en entredicho el capital como principio exclusivo de autoridad en el plano de la producción.<sup>703</sup> Enfatizando el sentido político-cultural de las comisiones internas, vemos al historiador recuperar una perspectiva distintiva del grupo ordinovista, la valencia estatal del plano de la lucha económica, dado su mismo cambio de forma;<sup>704</sup> la clase para la cual, se auto-cuestionará el Gramsci de los *Cuadernos*, se ha abierto el problema del Estado, sin por eso abrirse él de la hegemonía.<sup>705</sup> Tan pronto como en el 1906, utilizándola como un instrumento de garantía y defensa de aquellas reivindicaciones sociales que va arrancando al patronado, la lucha por las comisiones internas iba asumiendo una valencia política además que económica, y, al mismo tiempo, cultural además que política, en la medida en la cual, a través de ella, el incipiente proletariado industrial transitaba de la revuelta genérica, hacia una creciente y autónoma percepción de su propia fuerza e identidad.

En Turín, la intransigencia del movimiento obrero, era, en ese entonces, aquella de su adversario, ambos hablaban el lenguaje de la fuerza.<sup>706</sup> La burguesía más avanzada, apremiada por dos años de iniciativa obrera, constituía la Liga Industrial de Turín, con la precisa intención de oponer a la Cámara del trabajo una organización de igual envergadura. La relación de capital emergía ahora como “el primer modelo, en Italia, típico de una sociedad capitalista avanzada, con dos ejércitos contrapuestos de emprendedores y asalariados, organizados en una red sindical que cubría, más o menos ampliamente, todos los sectores productivos de la ciudad”.<sup>707</sup> A una gran burguesía que, organizándose en el plano económico-corporativo, exigía al gobierno intervenir para detener el nuevo potencial organizativo del trabajo, correspondía el *espontaneismo* de un movimiento que se propagaba desde abajo y, aunque surgiera entre los núcleos obreros más calificados, se reforzaba de la adhesión de una masa ingente de trabajadores y

---

<sup>703</sup> A partir del 1906, y por iniciativa de los obreros de la industria del automóvil, el tema de las comisiones internas se habría ido conformando como una tradición, un patrimonio de experiencia de lucha, no sólo de los metalúrgicos, sino del entero proletariado turinés. Spriano, *ibidem*, cap. VI.

<sup>704</sup> Regresaré a la revolución según el Gramsci del *Ordine Nuovo* en el último capítulo de esta labor.

<sup>705</sup> Gramsci, C. 13, § 17.

<sup>706</sup> Spriano, *ibidem*, p. 135.

<sup>707</sup> La Liga industrial de Turín constituyó la primera organización patronal del país, germen y propulsora de la extensión del asociacionismo empresarial a nivel nacional. Una vez fundada, en el 1910, la Confederación de la Industria, Turín habría sido la sede tanto del patronado organizado, así como de la Confederación General del Trabajo (CGdL). Spriano, *ibidem*, cap. VII y VIII.

alcanzaba un carácter político en el mismo momento en el cual la represión de la fuerza pública le permitía, con la huelga general, traspasar la reticencia y lograr el reconocimiento, aunque formal y defensivo, por parte de sus órganos dirigentes. Por intermediación de las luchas del 1904-1906, y el empuje de una movilización general, popular, por la emancipación social y política, Turín iba desplegando como una realidad no solo obrera, sino urbana, en movimiento; una ciudad en la cual el reformismo y sus mediaciones corporativas, a estas alturas, o sea, mucho antes de la crisis de la primera posguerra, lograban mal insertarse.

En el contexto de una virulenta campaña conservadora, liberal y clerical, en contra del “espantapájaros rojo”,<sup>708</sup> se abrió primero una brecha para que, también en el microcosmo turinés, estuviera afirmándose la otra alma histórica del socialismo italiano, la insurreccionalista, en este entonces, la concepción de un rápido ajuste de cuenta por iniciativa de un proletariado aguerrido y del cual, según el horizonte sindicalista revolucionario, el Psi quería contener la voluntad. Un sindicalismo de inspiración soreliana y origen meridional, con su principal fortaleza en las ligas agrarias de la planicie padana, el mismo que, aún su idea de la revolución fuera tan pobre como aquella de la reforma según el “socialismo de los profesores”, en Turín se reforzó del proceso de agudización del conflicto en las fábricas y de un clima de intransigencia o clarificación de posiciones contrapuestas, el lenguaje característico de una parte de la sección política y su “predicación” revolucionaria.<sup>709</sup>

Entre las filas del asociacionismo, la polémica era entre quienes, los reformistas, querían reforzar la separación entre lucha sindical y lucha política, y quienes, los revolucionarios, evocaban para el sindicato un rol inmediatamente político, acompañando su abierta hostilidad al partido y al parlamento con la difidencia hacia el tema de la democracia de fábrica y el desarrollo de institutos autónomos de representación. De lado de la sección política, el lenguaje sectario de la intransigencia electoral y la refutación de las alianzas era gratuito, propagandístico, dada una ciudad que, cuna del liberalismo moderado, se caracterizaba por la ausencia histórica de clases intermedias de fuerte tradición republicana y democrática con las cuales estrechar una posible alianza.

Mientras, en los congresos nacionales del Psi, “el eco de aquellas ruidosas oficinas en las asambleas y en los debates socialistas llegaba débilmente”,<sup>710</sup> los primeros brotes de autonomía del proletariado industrial italiano encontraron sus propios límites en una

---

<sup>708</sup> Spriano, *ibidem*, p. 186.

<sup>709</sup> Spriano, *ibidem*, pp. 134-35.

<sup>710</sup> Spriano, *ibidem*, p. 148.

fallida soldadura con los dirigentes políticos. Si el reformismo del grupo parlamentario, apelando al gradualismo, frenaba el movimiento social, el sindicalismo revolucionario, con su voluntarismo negativo, la retórica del enfrentamiento entre las clases para no caer en aquél que era definido el oportunismo del grupo nacional, ignoraba la presencia, entre los fermentos de rebelión de las masas, de demandas concretas, dejando a los reformistas, y a su concepción pragmática y empirista de la política, las mismas levas del asociacionismo turinés.

A nivel nacional, el auge del sindicalismo revolucionario iba signando el inicio de un paulatino distanciamiento entre bases y dirección, una crisis que abrazaba largos sectores del trabajo, y, en el caso particular de las masas campesinas meridionales, consistía en una casi total alienación del partido. Esta misma crisis, en Turín, se expresó primero en la hegemonía de las sociedades mutualistas, de las ligas, de la Camera del Trabajo, y, entre todas, de la Alianza Cooperativa, la escuela, denunciaba Gobetti, del colaboracionismo y el espíritu burocrático propios de la psicología rudimental de las bases turinesas antes de la guerra.<sup>711</sup> En lugar de la línea preconizada por los sindicalistas revolucionarios, la primacía del sindicato sobre el partido incidió fuertemente en sentido corporativo, llevando la iniciativa obrera hacia la pérdida de su tensión político-ideal, el resultado de lo cual fue que a dos años de confrontaciones siguieron dos de equilibrio conservador.

Por un lado, las demandas y nuevas formas de lucha del movimiento obrero desaparecieron como reivindicación autónoma, para ser re-absorbidas en un cuadro favorable al capital,<sup>712</sup> por el otro, la gran burguesía, organizada como Liga Industrial, se habría mostrado, desde ese entonces, “mucho menos *giolittiana* de la Cámara del trabajo”, logrando mantener aquellos márgenes de autonomía que le permitirán optar por el enfrentamiento frontal en lugar que por la negociación.<sup>713</sup> Éste, según Spriano, el rasgo específico, en Italia, de los orígenes del capitalismo de avanzada: el contraste entre la orientación reformista del gobierno nacional y el conservadurismo extremo de la gran burguesía industrial turinesa. Una fracción de clase que actúa coherentemente en contra

---

<sup>711</sup> Gobetti, Piero *La rivoluzione liberale, Saggio sulla lotta politica in Italia*. Torino: Einaudi 1995, p. 96.

<sup>712</sup> Paradigmático, según el historiador, fue el caso del contrato colectivo del 1906, por medio del cual el sindicato -la Federación Italiana de los Obreros Metalúrgicos (FIOM)- logró la representación exclusiva y obligatoria de la fuerza de trabajo a cambio de la renuncia a la huelga general como instrumento de lucha. El contrato reconocía también, y por

primera vez, el principio de las comisiones internas, ahora delineadas no como una forma de representación, sino de inserción del trabajo en la estructura corporativa de la empresa. Del mismo año, el surgimiento, y siempre por iniciativa de la FIOM, de la Confederación General del Trabajo (CGdL). Spriano, *ibidem*, pp. 139-141; 155-58.

<sup>713</sup> Spriano, *ibidem*, p. 175.

del adversario, articulando la presión por una política económica proteccionista, con la lucha por la limitación de la legislación social. Una agresividad, la del capital, que logra apalancarse de las mismas divisiones internas al corporativismo, él del trabajo.

Después de las derrotas del 1907-08,<sup>714</sup> y durante la acción de masa capaz de provocar un frente de pánico entre la burguesía nacional -la larga lucha, de los *braccianti* padanos del 1909- los órganos de la prensa obrera turinesa defendieron abiertamente la vía legal al socialismo, ausente una cualquiera demostración de solidaridad con los huelguistas por parte del sector obrero más avanzado y concentrado del país, el cual había transitado de sus primeras grandes batallas, hacia el relativo silencio. Fue el apogeo del giolittismo (1908-1910).<sup>715</sup> La fase del pleno acuerdo entre la sección política y la mayoría nacional, cuando el Partido Socialista era el partido no sólo de Turati, sino también de Treves, y, no sólo en la ciudad, sino también a nivel nacional, el despliegue del antagonismo de clase encontraba su estabilización temporal en la tendencia a agotarse en el horizonte económico, con un Psi donde predominaban las maniobras parlamentarias para la legislación social, cuya definición, además, había sido entregada como tarea exclusiva a la CGdL. Fase en la cual, enfatiza Spriano, el socialismo italiano predicaba la práctica frente al “teoricismo”, la evolución pacífica frente al acto de voluntad, la acción legalitaria frente a la agitación de masa y, planteando el problema del poder como colaboración entre las clases, encuadraba la “reforma” en el marco de la sociedad existente y sus formas institucionales.

Con un Psi que se abstenía, a nivel nacional, de la discusión teórico-política, Turín, la ciudad de la “revolución industrial”, era objeto de litigio entre un sindicato que se proponía guiar la política obrera y la fuerza, creciente, del asociacionismo patronal; una ciudad obrera en la cual, al protagonismo de la Cámara del Trabajo, se sustituyó aquél de la Liga Industrial. Una gran burguesía no solo anti-democrática, sino iliberal; una fracción de clase que, junto con su potencia económica, iba construyendo su creciente relevancia

---

<sup>714</sup> En el bienio 1907-1908, la llamada de la FIOM a una nueva huelga general era disertada por la mayoría de las bases obreras. El contexto: la lucha de los obreros del automóvil para obtener las mismas conquistas alcanzadas, sólo un año antes, por los metalúrgicos. La Liga Industrial decidió ignorar la FIOM, la cual había optado por la prueba de fuerza, esperando presionar tanto al capital, así como al trabajo, para que aceptaran una disciplina concordada entre organizaciones obreras y patronales. Más que de un nuevo acuerdo entre capital y trabajo, fue el *dictat* del patronado, con la firma de un contrato colectivo que, entre otros derechos, desconocía el principio de

las comisiones internas. Llamados por la FIOM a resistir, los obreros lograban una mejor contratación; a partir de ese entonces, empero, “de las comisiones internas no se escuchará hablar por años”. El patronado habría reconocido los sindicatos sólo si estos aceptaban separar la fábrica de la política. La Liga, en fin, se sustituyó a las comisiones internas como única mediación y apelando al principio, aceptado por la CGdL, de la autoridad exclusiva del industrial en la producción. Cfr. Spriano, *ibidem*, pp. 191-198.

<sup>715</sup> Spriano, *ibidem*, p. 180.



política en las filas del bloque dominante; un sector de avanzada que, antes de la guerra, no necesitaba de un partido nacional por la misma incapacidad del partido obrero de reconciliar sus dos almas, la reformista y la revolucionaria, en una concepción integral de la relación entre lucha política y lucha social, sin la cual no le era posible incidir en la correlación de fuerzas, dada la misma ausencia histórica, en la ciudad, de una pequeña y media burguesía democrática y republicana, progresiva.<sup>716</sup> Con la iniciativa regresada al capital en el terreno económico, el reformismo, concluye el historiador, entraba en crisis en el mismo frente de lucha en el cual sus contradicciones no habrían debido manifestarse, o sea, en el mismo terreno de la legislación social.

La Turín de la primera década del siglo XX, en fin, iba configurándose como un “espejo singular de las contradicciones de periodo giolittiano, no menos de cuanto lo era el Meridione y las zonas atrasadas de la península”. Una ciudad en la cual el capitalismo italiano no mostraba alguna voluntad de cumplir aquella función de tutelaje de la vida social que Giolitti buscaba asignarle.<sup>717</sup> La intransigencia de la Liga Industrial y su impaciencia por un rol más activo del gobierno en su propia defensa, por un lado, y, por el otro, la gravedad de la crisis del movimiento obrero así como ésta avanzaba paralelamente a la fuerza de su adversario. El resultado fue una escisión entre movimiento y cuadros, espontaneidad y dirección, que, de ser expresión de una situación histórico-política local, se habría ido proyectando, desde Turín, a nivel nacional.

Primero fue la “apoteosis de la desorganización”, una ciudad atravesada, entre el 1910 y el 1912, por un nuevo “triumfo práctico del irracional”,<sup>718</sup> cuando el partido, bajo dirección reformista, enfrentó “una situación que trastornaba sus propios esquemas paternalistas”.<sup>719</sup> Un partido que era expresión del extrañamiento de sus propias bases, y, de la consecuente incapacidad para retar la cerrazón y agresividad del gran capital. En el

---

<sup>716</sup> Ésta la tesis interpretativa que organiza la entera labor historiográfica de Spriano dedicada, en esta monografía, a los largos orígenes históricos del *Ordine Nuovo*.

<sup>717</sup> D’Orsi, *ibidem*, pp. 31-42.

<sup>718</sup> Entre el 1910 y el 1912, en el contexto de plena expansión del sector de la industria del automóvil, con un capital que refutaba cualquiera concesión al trabajo en nombre de la creciente disciplinización de la producción, la FIOM y el patronado firmaron el mismo tipo de acuerdo, ahora en más amplia escala, del 1906. En esta ocasión, sin embargo, las bases sustrajeron su confianza al sindicato y al acuerdo siguió la explosión de protesta obrera por iniciativa de los “desorganizados”. En ocasión de la huelga general del 1912, un nuevo sobresalto del sindicalismo revolucionario, la gran burguesía turinés logró

conformar un frente anti-obrero capaz de abarcar el entero sector industrial del país. El callejón sin salida entre huelga y cerrada concluyó con la rendición incondicional de los obreros. En fin, la Liga de los industriales había optado, con éxito, por una estrategia volcada a doblar tanto los obreros disidentes, así como la FIOM. Spriano, *ibidem*, cap. IX, y D’Orsi, *ibidem*, p. 22.

<sup>719</sup> “Un partido en el cual la elaboración teórica es inexistente, en el cual la fisionomía local ha permanecido aquella de diez años antes” y para el cual “la ‘neutralidad’ en caso de conflictos sindicales se ha transformado de axioma ideológico en estado real de impotencia”. Spriano, *ibidem*, p. 221. Un partido que oscila entre el silencio renunciatorio y la violenta contestación del sindicalismo revolucionario en las mismas páginas del “Grido”. D’Orsi, *ibidem*, p. 22.

marco del más amplio cuadro histórico-político, o sea, del paulatino cuestionamiento del giolittismo y el reformismo socialista vía el extenderse de violentas agitaciones de masas bajo dirección sindicalista-revolucionaria, Turín asistió a una prueba de fuerza obrera que, en el arco de un año, se demostró capaz de arrancar a la gran burguesía las concesiones perdidas. Por un lado, fue la disciplinada resistencia de los trabajadores de Turín y de Milán, por el otro una burguesía cerrada en refutar de la negociación, en su autonomía de la orientación del gobierno y en la predilección por una rendición de cuentas con el socialismo. El resultado: una tensión extrema a nivel nacional, a partir de la cual Giolitti decidió romper el principio de neutralidad en el plano de la lucha económico-social y, pronunciándose a favor del trabajo, perdió la capacidad de dominar políticamente la situación.<sup>720</sup> Era el inicio de la crisis de la forma Estado. El mismo artífice de un equilibrio centrado en el proteccionismo y los favores gubernativos al capital, señala Spriano, habría sido a la víctima de una burguesía que se revelará, en pocos años, más fuerte del ejecutivo en la búsqueda de un nuevo equilibrio entre fuerzas, hasta encontrar en un nuevo personal dirigente, desde Salandra hasta Mussolini, la garantía política de su propia agresividad social.

El 1913 signó, a la vez que la debacle del giolittismo, el inicio del resurgimiento del movimiento obrero turinés, paralelamente, además, a la emersión de un nuevo grupo dirigente de la misma generación de aquella de Gramsci.<sup>721</sup> La Turín del 1913: la ciudad de los comicios de trabajadores en huelga, de los comités de agitación en las entradas de las fábricas, de las demostraciones masivas y pacíficas de fuerza, de la solidaridad nacional y hasta internacional; del movimiento, en fin, así como vive aquello que el historiador definía una sustancial experiencia de democracia directa. La huelga general ya no como un evento económico, ni como una explosión de rabia, sino como una experiencia de vida social y humana, gracias a la cual, además del sentido de pertenencia a una única fuerza, los obreros vivían un fuerte aprendizaje organizativo, generando, ellos mismos, su propia disciplina. Spriano indicaba el 1913 como el punto terminal de una

---

<sup>720</sup> En el 1912 la FIOM retomó la labor entre las bases, elaborando un programa sometido a la votación y en el cual además de mejoramientos significativos de las condiciones salariales y de trabajo, volvió a aparecer el valor de principio de las comisiones internas y de la plena legitimidad de la representación sindical. El patronado, refutando el acuerdo, esperaba restaurar la división del movimiento, sin embargo, los mismos obreros obligaron el sindicato autónomo a aceptar la dirección de la FIOM. La Liga respondió nuevamente con la amenaza de licenciamientos masivos y el cierre

de todas las industrias metalúrgicas. Exigiendo las dimisiones del presidente del sindicato patronal, Giolitti cedió frente al movimiento obrero, hasta ser percibido por éste mismo como el reaccionario que, en Milán, había utilizado la mano fuerte en contra de los sindicalistas revolucionarios, y, por la burguesía, como el subversivo que, en Turín, había obligado la Liga al acuerdo con la FIOM. Spriano, *ibidem*, cap. IX-X

<sup>721</sup> D'Orsi, *ibidem*, p. 22.

década y él de partida de otro periodo histórico, aquello en el cual el proletariado turinés se habría ido conformando como el núcleo más combativo, la vanguardia, de la entera clase obrera italiana.<sup>722</sup> Y el 1913 fue también el año en el cual, todavía estudiante universitario, Gramsci entró en el partido socialista. Había llegado a Turín en el 1911, durante la ruptura del connubio liberal-socialista y el vuelco de las alianzas de gobierno, con el proyecto de substituir el movimiento obrero con el católico y el nacionalista en cuanto ejes potenciales, según Giolitti, de un nuevo compromiso entre fuerzas.

La entrada en la vida política activa de masas otras a las obreras que, como tal, alteraba los viejos equilibrios *giolittianos*, éste el entorno nacional en el cual la Turín obrera volvía a despertarse, ahora alcanzando, paulatinamente, el plano de la lucha no sólo política, sino moral. Un movimiento obrero que, en sus franjas radicalizadas, había madurado los nudos problemáticos de la década anterior, y una crisis del socialismo reformista indisolublemente articulada a la crisis de la forma Estado, la misma a partir de la cual, el trabajo iba entrando, como era también el caso del capital, en un proceso de recomposición ideológica. En el más amplio marco del socialismo italiano, la especificidad del proceso turinés fue este irse separando tanto de la tradición reformista, así como de la sindicalista revolucionaria, una distinción del cual era partícipe y protagonista la labor y, veremos, la originalidad de Gramsci, y, habría que subrayar, mucho antes del ordinovismo. Mientras tanto, por aquello que concierne la gran burguesía, iba teniendo lugar un paulatino acercamiento al movimiento nacionalista, siendo Turín, tan pronto como a partir del 1911, el escenario del connubio entre los industriales y aquello que hasta ese entonces había sido un movimiento puramente ideológico.<sup>723</sup>

En la primera década del nuevo siglo, vimos, el alternarse entre los modestos logros del reformismo y los estragos sucesivos a las movilizaciones insurreccionales, había conllevado una fallida soldadura entre organización y vida del proletariado, así como ésta última iba mudando en relación al entero cuadro nacional.<sup>724</sup> En la segunda década, en el contexto de una reacción general a los compromisos giolittianos, y con el avanzar de un tema de política general como la posibilidad de la entrada en guerra, términos como

---

<sup>722</sup> Spriano, *ibidem*, cap. X.

<sup>723</sup> Con un presidente de la Liga Industrial principal financiador de grupos y periódicos nacionalistas. Cfr. D'Orsi, *ibidem*, p. 31.

<sup>724</sup> Un movimiento obrero, el turinés, que "políticamente, culturalmente, sindicalmente se encontraba frente al nuevo capítulo abierto por la

guerra líbica, los pedidos de producción que provenían de las industrias metalúrgicas, la creciente injerencia de la Liga turinés en la vida pública, la presencia, por la primera vez como fuerza activa, de las masas católicas en el mundo del trabajo". Spriano, *ibidem*, pp. 207-8

intransigencia y colaboración, revolución y reforma, empezaron a ser percibidos por las mismas bases obreras como mucho más que meras abstracciones propagandistas, mientras, paralelamente, los límites del reformismo en alcanzar los logros sociales prometidos habían generado una general desconfianza hacia la organización sindical.<sup>725</sup> En el momento en el cual la probabilidad del conflicto europeo hacía de las contraposiciones ideales, más que de las reivindicaciones sociales, el discurso que mejor se adecuaba al clima de agitación general, había también ido afirmándose, en la sección política turinesa, una corriente de jóvenes que al equilibrio del partido obrero económico (así como la prensa giolittiana definía el PSI) oponía el extremismo político del aislamiento, la claridad y la retórica del bloque contra bloque.

Fue la fase de la transición hacia la primacía de la organización política sobre la económica, durante la cual la así llamada fracción de los “intransigentes”, con su anti-parlamentarismo, compartía con la reformista el mismo abstractismo, o sea, el ignorar el problema decisivo del Estado. La fracción en polémica con la cual, en las elecciones administrativas del 1910, emergió quien era el símbolo, en ese entonces, de la batalla en contra de la política económica proteccionista y la caída corporativista de Psi. Salvemini, salido del partido sin por eso romper con el movimiento obrero, refutaba la oferta de presentarse como diputado socialista, sin empero dejar de transmitir a los trabajadores turineses, y al futuro grupo de los ordinovistas, las condiciones del *Mezzogiorno* y la necesidad de conquistar el derecho de voto para las masas campesinas. Un Salvemini que había fundado su propio periódico, “L’Unitá”, en el 1911, en el mismo periodo en el cual Mussolini era director del “Avanti!”, y los dos, tanto el meridionalista, así como el “pasionario”, compartían, por su anti-intervencionismo, una fuertísima ascendencia entre las nuevas generaciones.

En el 1914, en la elección para la sustitución de un diputado a la Cámara, los miembros de aquello que será, en el 1919, el grupo del *Ordine Nuovo*, habrían nuevamente propuesto a Salvemini la posibilidad de competir en un colegio a fuerte composición obrera y en cuanto símbolo, recordará Gramsci en el 1926, en su ensayo sobre la cuestión meridional, de la comprensión por parte del socialismo turinés de la necesidad de una alianza entre los obreros del norte y los campesinos del Sur.<sup>726</sup> Ganarán los liberal-

---

<sup>725</sup> Su directa expresión fue una drástica caída, en Turín, tanto del número de los afiliados a la FIOM, así como a la Cámara del Trabajo.

<sup>726</sup> Si esta misma propuesta, nuevamente infructuosa, es testigo de una temprana conceptualización del socialismo como visión completa de los problemas del

país, lo es también de la ascendencia que, en este entonces, Salvemini ejerce en aquella que veremos ser una primera elaboración de la cuestión meridional, parte de la fuerte polémica de Gramsci contra el proteccionismo.

nacionales, cuyo candidato, sostenedor de la empresa líbica, había sido apoyado por “la Stampa”, el órgano giolittiano que, en Turín, subraya D’Orsi, iba cumpliendo con el movimiento nacionalista el mismo error de previsión que habría cumplido Giolitti en la primera posguerra con el movimiento fascista: sostenerlo en contra de los socialistas, en la falsa esperanza de domesticarlo y así renovar la dirección liberal del Estado.

Una vez entrado el país en el conflicto, aunque la ciudad se caracterizó por una oposición al intervencionismo que acomunaba amplios sectores populares, el “milagro de la guerra”, con las enormes posibilidades de ganancias por el patronado local, y las fuertes restricciones de los derechos civiles y políticos, habría llevado a un temporal silenciamiento del antagonismo social de clase, superado solamente con la explosión de la grande revuelta, mencionada en un inicio, del agosto 1917: la “huelga del pan”. Pocos días antes de la cual, el teatro de una publica manifestación de bienvenida a una delegación de los Soviet rusos es la misma Turín, la ciudad que el prefecto quiere sea proclamada zona de guerra, la ciudad que “aparece siempre más y no sólo a Gramsci como la ‘Petrogrado de Italia’.”<sup>727</sup>

Angelo Tasca habría indicado como determinante de la entrada de Gramsci al partido socialista, la experimentación, en su propia tierra, de las primeras elecciones a sufragio universal.<sup>728</sup> La inscripción al Psi, indica Leonardo Rapone, representó, para Gramsci, no sólo una cuestión de rescato, sino, y sobre todo, la elección de quien no iba truncando sus raíces, sino las iba re-elaborando en una perspectiva más amplia, integral, unitaria.<sup>729</sup> En calidad de “parte integrante de su nacionalización”, la entrada en el partido socialista tendría que leerse como la temprana formulación de un horizonte crítico cuyo eje permanecerá la búsqueda de la especificidad en el cuadro más amplio de la totalidad histórico-política. Una dialéctica entre particular y universal que, desde un inicio,

---

<sup>727</sup> D’Orsi, *ibidem*, pp. 17-23; 31-42.

<sup>728</sup> Tasca, A. *I primi dieci anni del PCI*, Bari: Laterza, 1971, p. 88. En septiembre del 1913, poco antes de las elecciones políticas, Gramsci se encontraba en la isla durante la pausa de verano universitaria y había adherido al grupo de acción y de propaganda para los intereses de la Cerdeña, de inspiración anti-proteccionista. Respecto a Tasca, entrado muy joven en el partido, él fue la persona más cercana a Gramsci en la primera época turinesa; el amigo que jugó un rol fundamental para su maduración política y acercamiento al movimiento socialista. Junto con Togliatti y Terracini, será protagonista del grupo de compañeros universitarios con los cuales, después de

la guerra, Gramsci organizará el *Ordine Nuovo*. Regresaré en el siguiente capítulo a las diferencias entre Gramsci y Tasca respecto a la concepción de la labor cultural y a la célebre cuestión del “golpe redaccional” del 1919.

<sup>729</sup> Rapone, L. *Cinque anni che paiono secoli*, pp. 51-53. Cerdeña, subraya Rapone, fue un empuje fundamental para que el joven Gramsci individuara en la complejidad de la cuestión nacional italiana una componente intelectual y política esencial en el camino hacia la elaboración de una perspectiva socialista y revolucionaria. Una primera formación, la del separatismo sardo, que Gramsci recuerda en la carta a Julia del 6 marzo 1924, L p. 271.

Gramsci concibe, y mantendrá, como un proceso de maduración intelectual y moral permanente.

“No se trató sólo de una ampliación de horizontes culturales. Gramsci, recurriendo aquel itinerario intelectual, maduró una aversión para los particularismos y los sectorialismos, para existencias y políticas cerradas en espacios restringidos y limitados a la inmediatez del tangible, y desarrolló la tendencia a buscar en la multiplicidad del real las interconexiones y los factores de unidad, y a situar los problemas en una perspectiva multidimensional.”<sup>730</sup>

Un proceso de “des-provincialización”, en el 1913, que habría definido, en el 1933, desde la cárcel, no sólo como el rasgo sobresaliente para la formación de una propia identidad, sino como una experiencia “civil y moral” a la cual regresar buscando en ella su valor “universal o nacional”:

“En muchos aspectos, semejante forma de escritura puede ser más útil que las autobiografías en sentido estricto, especialmente si aquélla se refiere a procesos vitales que se caracterizan por el continuo intento de superar un modo de vivir y pensar atrasado como él que era propio de un sardo de principios de siglo para apropiarse un modo de vivir y pensar ya no regional y de "aldea", sino nacional, y tanto más nacional (incluso nacional precisamente por ello) en cuanto que trataba de insertarse en modos de vivir y pensar europeos, o al menos confrontaba el modo nacional con modos europeos, confrontaba las necesidades culturales italianas con las necesidades culturales y las corrientes europeas (del modo como éste era posible y factible en las condiciones personales dadas, es cierto, pero al menos según exigencias y necesidades fuertemente sentidas en este sentido). Si es verdad que una de las necesidades más fuertes de la cultura italiana era la de desprovincializarse incluso en los centros urbanos más avanzados y modernos, tanto más evidente debería aparecer el proceso en cuanto era experimentado por un "triple o cuádruple provinciano", como ciertamente lo era un joven sardo de principios de siglo”<sup>731</sup>

Una identidad, la socialista, que, enfatizaba en el 1917, expresaba una experiencia colectiva, trascendente la individual. El surgimiento, en Italia, de una “idea nueva”, de “un sentimiento nuevo”, “de un programa único”, por medio del cual no “se ha organizado, se ha impuesto una disciplina”, el proletariado, sino aquello que solo cincuenta años antes era una expresión retórica: “el pueblo”. Dado lo que era el país, la función histórica del socialismo había sido, y era para Gramsci, nacional y popular.

“No existía alguna unidad social en Italia, existía una unidad geográfica. Existían millones de individuos esparcidos en el territorio italiano, cada uno haciendo vida por sí mismo, cada uno agarrado a su terruño particular, que no sabía nada de Italia, que hablaba un particular dialecto suyo, que creía todo el mundo limitado al horizonte de su campanil. Conocía el agente de los impuestos, conocía el carabiniere, conocía el pretor o la corte criminal: su Italia. Sin embargo este individuo, muchos de estos millones de individuos, han superado este estadio particularista, han formado una unidad social, se *han sentido ciudadanos*, se han sentido colaboradores de una vida

---

<sup>730</sup> Rapone, *ibidem*, p. 40.

<sup>731</sup> Gramsci, C. 15, § 19.

que superaba el horizonte de su campanil, que se extendía por tramos siempre más vastos del mundo, que se extendía al mundo entero [...] porque en Italia había surgido, ellos habían hecho surgir, *un organismo* social nuevo, que era el organismo del cual sentían ser una parte, por medio del cual participaban *a la vida del mundo, a la historia del mundo* [...] el Partido socialista es la imagen sensible de esta unidad, de esta conciencia, de *este nuevo mundo*.”<sup>732</sup>

Voy citando un pasaje, quisiera puntualizar, escrito en el año, crucial para la historia del Novecientos y, con aquella, para Gramsci, de la revolución bolchevique. Un Gramsci que reflexiona desde lo que vimos ser el problema histórico de la democracia para el movimiento obrero, él de la relación entre el plano nacional de la lucha política y el internacional de la revolución social. En septiembre del 1917, la conformación del pueblo italiano, la ascensión de las masas populares a la vida civil y política, es, para este Gramsci, maximalista, el resultado de una fuerza, el socialismo, cuya perspectiva es nacional en la misma medida en la cual es, y tiene que ser, internacional, una participación “en la historia del mundo”. ¿En el 1913?

En ese entonces, el horizonte que determinó la adhesión al partido, la recolocación del pasado -Sardina- en el presente -Italia- y de ahí en la perspectiva de la historia mundial, fue, para Gramsci, y, antes que nada, Turín. “La ciudad”, obrera y universitaria, el particular y el universal, la clase y la cultura, “que lleva el sardo a la política, al socialismo, a la lucha revolucionaria”.<sup>733</sup>

Gramsci entra en el partido socialista turinés cuando, evidenciaba Spriano, el movimiento y la dirección de la historia, a diferencia de la década precedente, iban transitando desde un estado de separación hacia una nueva articulación. Gramsci, con sus compañeros universitarios, futuros ordinovistas, era testigo de una larga prueba de disciplinada resistencia por parte de una masa obrera que, restableciendo la soldadura con sus cuadros organizativos tradicionales, iba empujando el viraje del partido hacia un cambio de forma. A partir de ese entonces, el problema de asegurar una relación más integral entre espontaneidad y dirección habría acompañado el proceder y el aprendizaje del movimiento socialista turinés y, con aquel, la misma maduración político-intelectual de Gramsci, hasta el momento crucial, para una primera síntesis teórico-política, del 1919-20, con la primera serie del *Ordine Nuovo*.

Particularmente sugeridora al respecto es una imagen de la Turín de Gramsci según el historiador del Pci: la ciudad que experimenta una nueva democracia, una democracia de

---

<sup>732</sup> Gramsci *Il socialismo e l'Italia*, en “Il Grido del popolo”, 22 septiembre 1917, CF, pp. 330-1. Las cursivas son mías.

<sup>733</sup> D’Orsi, *ibidem*, p. 23.

clase, una “democracia obrera”.<sup>734</sup> Al centro de la reflexión y actividad organizativa del grupo ordinovista encontraremos la superación del principio de separación entre lucha política y económica, partido y sindicato, eje de la elaboración gramsciana de los consejos como una nueva forma Estado y ésta como la misma revolución en proceso. El determinante no será, como suele decirse, el encuentro de una nueva generación del socialismo con el octubre bolchevique y el problema de la actualidad de la revolución en Italia, sino la misma posibilidad de este encuentro. ¿Cómo encuadrarla? Para los “intelectuales de Turín”, “hacer como en Rusia” y aquí su originalidad -de la cual no sólo Gramsci, sino, aunque sólo en un inicio, Tasca es el principal animador- conllevará problematizar la relación entre cultura y política, y, con aquella el mismo rol de los intelectuales, ambas tareas solicitadas por el cuadro histórico-político del movimiento obrero turinés.

Es un Gramsci, el “joven”, que vive y escribe inmerso en una ciudad en la cual, un “filo rojo”, según otra feliz expresión de Spriano, une el nuevo protagonismo del movimiento obrero. Aquella que veremos ser la original posición de Gramsci en el panorama del socialismo revolucionario italiano participa, y como tal es deudora, de la historia del movimiento obrero turinés, o sea, de un proceso de maduración de una propia personalidad histórica a través de las mismas experiencias de derrota; del devenir de una concepción del antagonismo de clase hacia el saber de éste como de una relación entre fuerzas político-ideológicas; del transitar de la reacción defensiva que, en el plano económico-corporativo, permanecía inevitablemente en manos del capital, hacia una capacidad de iniciativa caracterizada por el empuje unitario entre movilización social y organización política. El Gramsci, en fin, de la época en la cual la Turín obrera empezó a configurarse, a nivel nacional, como “dirigente espiritual de las masas obreras italianas”.

“Turín representa en pequeño un verdadero y propio *organismo estatal*. Todas las energías son representadas en ella, todas las fuerzas antitéticas de un Estado obran en ella. Es una ciudad moderna en el sentido histórico más franco de la palabra. En ella todas las escorias medioevales que en Italia todavía deturpan la sociedad burguesa, han precipitado; los términos medios han sido abolidos; los cómodos cojinetes que en las luchas sociales amortiguan las colisiones demasiadas violentas han sido enviados al chatarrero por el rápido, casi convulsionado crearse de una ágil y combativa organización proletaria. *La lucha de clase integral, consciente, que caracteriza la historia actual*, en Turín es ya perfectamente individualizada. Proletariado que no quiere oír hablar más de alguna forma de colaboracionismo y burguesía que ha encontrado en la

---

<sup>734</sup> Spriano, cap. X, la expresión es el eje organizador de la reflexión de Gramsci, y de Togliatti, en *Il movimento torinese dei consigli di fabbrica, (Rapporto inviato nel luglio 1920 al comitato*

*esecutivo, dell'Internazionale Comunista)*, publicado por primera vez en italiano en “L'Ordine Nuovo”, 14 marzo 1921, ON [1954], p. 176-86.



idea nacional la última expresión de su espíritu tradicional y va buscando en la consciente reflexión de su existencia como clase el estímulo para renovarse<sup>735</sup>

El Gramsci de la “formación”, sin embargo, no es solamente la Turín obrera, porque no solamente eso es Turín: no habría podido haber un *Ordine Nuovo*, sin una *Cittá Futura*.

Como si la totalidad no fuera suficientemente compleja, la ciudad de la intransigencia socialista participa, así como lo hace el entero país respecto a Europa, y Gramsci respecto a Turín, en un proceso de des-provincialización. Turín no es, para Gramsci, solo el movimiento obrero, ni el “sentimiento de unidad” es solo el partido socialista, sino ambos son la Universidad en el sentido filológico de la palabra, un sentido histórico, el mismo sentido que lo lleva a abandonarla. Ni un lugar, ni la mera ampliación de los horizontes culturales, sino el universal, en este entonces, como espíritu, que, en el encuentro con una fuerza social conlleva, en Gramsci, la formación de un propio carácter durante cinco años que, por su intensidad histórica, “parecen siglos”.<sup>736</sup> Si el encuentro con el bolchevismo no sería explicable sin aquél con el movimiento obrero turinés, tampoco esta relación *entre historia y política* lo es sin considerar aquella entre *política y filosofía*.

Junto al Gramsci del mundo obrero, el militante, hay el atento observador de una cultura, un “espíritu” público, campo de labor tradicional de la pequeña y media burguesía, el sector de proveniencia, en el Estado moderno, de los cuadros responsable de organizar la relación entre sociedad civil y política. Una cultura en la cual el socialismo va entrando en el ocaso por el menoscabo positivista de su carga ideal, mientras paralelamente

---

<sup>735</sup> *Preludio* en “Avanti!”, 17 mayo 1916, CT, pp. 319-321. Este mismo artículo demuestra una concepción de la intransigencia de clase antitética, desde el principio, al anti-parlamentarismo. Gramsci se refiere a las elecciones del 1914, durante las cuales Salvemini, como vimos, había sido invitado a representar los socialistas para la sección turinesa. En las administrativas del 1914, los socialistas conquistaron importantes comunes, cuales Bologna y Milán. Bajo invitación del PSI, las administraciones comunales conformaban, en el 1916, la Liga de los comunes socialistas, siendo éste el contexto, político y democrático, al cual Gramsci se refiere indicando el más alto nivel de combatividad alcanzado por el proletariado a nivel nacional. Cfr. también Gramsci, *Due assedi*, cit.

<sup>736</sup> Parafraseando el título de la ya citada monografía de Rapone, fundamental para esta labor de tesis. En este entonces la alta cultura turinesa era todavía concentrada en la Universidad, razón por la cual, aun abandonada la carrera universitaria, el joven Gramsci, subraya D’Orsi, mantendrá una atención constante hacia el mundo académico. Aún antes del surgimiento del nacionalismo como movimiento organizado,

varias de las personalidades del Ateneo habían ido virando del método histórico hacia el horizonte espiritualista y místico de la intoxicación patriótica, contribuyendo, sobre todo en campo literario y filosófico, a forjar un clima de exaltado belicismo colonial, el mismo que, en el resto del país, utilizaba el mito de la Nación proletaria. La crisis del giolittismo, sin embargo, era también el contexto en el cual la Turín académica, cuna del “socialismo de los profesores”, iba renovando su fuerte propensión al empeño civil y político. Al brote reaccionario-nacionalista, embebido de moralismo y vitalismo, se acompañaban las disciplinas recién empeñada en individuar “científicamente” los cambios de la vida política y social del país: del lado liberal, la política de Gaetano Mosca y Roberto Michels y la sociología de Pareto, del lado socialista, y en un nivel inferior de elaboración intelectual, el sociologismo de Cesare Lombroso y Achille Loria. Michels, en particular, habría sido expulsado de la Universidad, suscitando la firme condena de Gramsci, en el cuadro de amplia su polémica en contra de la retórica patriótica anti-alemana. Cfr. Gramsci, *Il Capintesta*, cit.

avanzan las voces que contribuyen a forjar un clima de ruptura con el pasado y búsqueda de una re-organización, de una reforma, intelectual y moral.

“El intelectual vive demasiado en el reino de las sombras, en el reino de las ideas [...] hagan que llegue una pasión colectiva, el intelectual se volverá completamente ciego” decía Rollan, traducía Gramsci.<sup>737</sup> Nadie más sensibles de los intelectuales a los ideales abstractos, aquél de nación incluido, y es en el mundo de la alta cultura idealista, que, además de la borrachera patriótica, va afirmándose una contra-cultura de contestación, así como de reconstitución, con la cual Gramsci se confrontará diferenciándose en los contenidos e inspirándose a ella como forma de intervención, modelo práctico: la revista. Una cultura, la “burguesa” a principios del siglo XX, compleja, en la cual el mismo embate entre positivismo e idealismo -regresando a Garín- no tendría que reducirse a los términos de una “reacción idealista en contra de la ciencia”.<sup>738</sup> Tal perspectiva, enfatizaba el estudioso, habría significado reproducir acríticamente, aunque desde el frente opuesto, los mismos “esquemas propagandísticos” elaborados por la historiografía nacionalista italiana de los años veinte.

Consolidada en alta cultura sólo después de la primera guerra mundial, la afirmación de la filosofía neo-idealista no había sido la reacción, y ésta una inmediata identificación entre burguesía liberal, nacionalismo y, en fin, régimen fascista, sino la otra cara de una misma medalla, la crisis en proceso de un orden político estatal como orden cultural y de la cual el ocaso de la racionalidad ilustrada había sido participe como límite de las fuerzas que se habían esforzado por un cambio en sentido progresivo, democrático y social.<sup>739</sup> La crisis del Estado liberal en Europa, la cual, en el caso específico italiano, procedió como ruptura de una relación corporativa entre sociedad política y movimiento obrero, y una ruptura que no expresaba el mero enfrentamiento entre las dos clases fundamentales, burguesía y proletariado, sino éste mismo según el devenir del alineamiento ideológico de sus fracciones en relación a los sectores populares, quienes, por primera vez en la historia unitaria, entraban al escenario político como fuerzas potencialmente autónomas.

---

<sup>737</sup> *Intellettualismo*, en “Avanti!”, 11 enero 1916, CT p. 63. La polémica de Gramsci, en este artículo, es en contra de la retórica nacionalista, así como ésta prosperaba en el mundo académico turinés; el acento, sin embargo, se amplía sugiriendo una relación necesaria entre elitismo cultural y pobreza intelectual. A través de la figura de Rolland “un solitario, un exiliado, un calumniado”, Gramsci opone el saber sentir la vida histórico-real de las masas, a las incoherencias del abstractismo lógico. La criticidad,

enfatiza, ha sido el primer sacrificio inmolado a la guerra, por ser los intelectuales tradicionales aquellos que son: cultores de abstracciones.

<sup>738</sup> Quien, habría que recordar, escribía en los años setentas, una época cuyo lenguaje era el de las fuertes e irreconciliables contraposiciones. Garín, E. *Intellettuali italiani del XX secolo*. Roma: Editori Riuniti, 1974.

<sup>739</sup> Garín, *ibidem*, p. XI.

Si el parte-aguas fue la guerra, a caballo de los dos siglos el panorama cultural italiano era ya algo “sensiblemente heterogéneo: ‘traducción’ de fenómenos muy amplios, europeos y más que europeos.”<sup>740</sup> Un clima cultural abigarrado que, en búsqueda del común denominador, podemos nombrar una “civilización de la crisis”, utilizando la feliz expresión de Luisa Mangoni,<sup>741</sup> la cual, más que indicar una ruptura, enfoca un nexo entre cultura y política en disputa, *en fieri*, y que, en esta misma calidad de proceso, puede fecharse desde las últimas décadas del siglo XIX y extenderse hasta la segunda posguerra, cubriendo, y por lo tanto matizando, el mismo fascismo como consolidación de un régimen reaccionario supuestamente fundamentado en la plena regimentación del consenso.

Una crisis de larga temporalidad, en la cual la insatisfacción de las generaciones que iban sucediéndose en los escaños de la “inteligencia” era con las formas y contenidos del país como de una entidad ético-política. La percepción de una escisión entre realidad e idealidad con origen temprano en la ya mencionada *deprecatio temporum*: la traición de los principios del Risorgimento y la degeneración moral del cuadro dirigente como sentir difuso en campo liberal, no sólo democrático, sino también moderado. El mismo sentir que, paralelo a la afirmación del *transformismo* de cultura política en hábito mental y costumbre generalizada, habría quedado más tarde resumido, en época de Gramsci, en la famosa iteración, esta sí vuelta sentido común, “Italia, así como es, nos no gusta”:

“ ya ha sido afirmado tantas veces que es un lugar común repetirlo [...] nuestro ideal de la vida pública y privada, nuestros *valores intelectuales, morales y políticos* no son aquellos de los hombres que hoy constituyen la clase dirigente [...] una más elevada concepción de la vida y de la moralidad individual nos empuja a despreciar toda esta caterva de hombres colocados arriba o abajo [...] la inercia, un deficiente sentido de responsabilidad, la escasa energía fáctica y constructiva, y la indecorosa y deshonesta conducta, nos aparecen como consecuencias de un mal mucho más profundo, que es la desganada y atrasada *vida moral del individuo* [...] En el campo político esta necesidad profunda de resurgimiento tiene una sola manifestación lógica: *la clara y absoluta oposición* a todo aquello que representa la Italia que nosotros desaprobamos y de la cual queremos alejarnos. Esta oposición tiene que ser *radical e inconciliable*: ocurre decir no con implacable intransigencia al presente, si queremos que el mañana diga sí, con fatal condescendencia, a nuestras esperanzas. Qué cosa sea este régimen radical [el programa de los nacionalistas] es cosa fácil de ver. Eso es solamente una perpetuación de aquella Italia, que nosotros queremos renovada, a través de la máscara disimulada de la *política campechana* [...] ahora mismo -cuando podría, tal vez, encontrar un equivalente práctico- [el nacionalismo] hecha de la ventana su anti-democracia, y sale a proclamar la unidad de alma entre socialismo y nacionalismo”<sup>742</sup>

---

<sup>740</sup> Garin, *ibidem*.

<sup>741</sup> Mangoni, L., *Civiltà della crisi. Cultura e politica in Italia tra Otto e Novecento*. Roma: Viella, 2013.

<sup>742</sup> El 1 diciembre 1910, en ocasión de la celebración del primer convenio de la Asociación Nacionalista,

Giovanni Amendola (pronto opositor, y víctima, del fascismo) había pronunciado, desde *La Voce*, esta vehemente condena de la Italia giolittiana, paralelamente a una crítica del nacionalismo, cuyo principal exponente era, en este entonces, Enrico

Era la voz de un intelectual y político liberal-demócrata, amplificada por *La Voce*, el órgano protagonista del mundo de las vanguardias culturales, fundada en el 1908 y articulada a la labor que Croce iba avanzando, vimos desde el 1903, en las páginas de la “Crítica”.<sup>743</sup> El mismo Croce que, en el 1928, habría abierto su *Storia d'Italia dal 1871 al 1915*, preguntándose cuál era, e, implícitamente, cuál habría tenido que ser, el criterio de juicio histórico según quienes, embebidos de una concepción transcendente, mítica, de la ley histórica, auspiciando para Italia o el modelo inglés, el protagonismo de la sociedad, o el alemán, del Estado, o sea, el consenso como autogobierno, en un caso, o la fuerza reemplada en un baño de sangre, en el otro, sostenían que “Italia, después del 1870, había incumplido su propio programa, su propia misión, la justificación misma de su resurgir y por lo tanto su esperada grandeza, y fue mediocre y no sublime”.<sup>744</sup>

Realismo histórico para Croce suponía reconocer que la caída de la derecha, la generación aurea de los liberales, había constituido tanto el cierre de una época, así como su continuación en la nueva. El devenir de la racionalidad histórica en cuanto superación de la antítesis entre, por un lado, el partido de la autoridad del saber cómo “habito de vida pública”, una “manera de tratar progreso y libertad” caracterizada por su calidad de rectitud moral y, por el otro, el partido de los demócratas, aquella izquierda nombrada, en el 1876, “histórica” porqué, según Croce, antiguada y muerta.<sup>745</sup> La síntesis según Croce:

---

Corradini. En esta intervención, el nacionalismo no era atacado por sus veleidades anti-democráticas, sino por la búsqueda, a través del concepto de “nación proletaria”, de una base popular que lo volvía, en la perspectiva de Amendola, un potencial reproductor del orden existente. El artículo de Amendola es citado de Asor Rosa, A. *La cultura en Storia d'Italia, volume quarto. Dall' Unitá a oggi*. Roma: Einaudi Editore, 1975, pp. 1265-66. Las cursivas son mías.

<sup>743</sup> Por Papini y Prezzolini, las dos figuras más representativas de una leva de jóvenes intelectuales de “vanguardia”. El programa de “La Voce” había sido organizado siguiendo las advertencias de Croce: conferir al intelectual un rol en la vida política del país a través de intervenciones volcadas a propiciar un cambio de la clase dirigente. En ella habrían escrito prácticamente todos los representantes de la alta cultura crítica del momento. Además del mismo Croce, y limitándome a citar las figuras centrales en la reflexión de Gramsci, Salvemini, Amendola, Einaudi. En “La Voce”, Salvemini, con Fortunato, habría retomado el tema de la cuestión meridional, aviado como investigación parlamentaria por Pasquale Villari. Salvemini, en este entonces socialistas, se habría separado de “La Voce” con el acercamiento de Prezzolini al nacionalismo en el 1911, durante la

guerra de Libia, hasta adherir él mismo al intervencionismo en el 1914.

<sup>744</sup> Croce, *Storia d'Italia dal 1871 al 1915*. Laterza: Roma-Bari, [1928], 1977, p. 3.

<sup>745</sup> Una derecha “tanto y tal vez más ardidamente reformadora de la izquierda y muchos menos en la práctica del ‘cesarismo’” y una izquierda, continuaba Croce, que proclamaba su radicalismo cuando, en realidad, ya se había separado de su pasado “contraponiendo a una ‘izquierda histórica’, una izquierda joven, sin utopías y sin veleidades revolucionarias”. Antes del 1876, mientras los liberales moderados “rehuían de ampliar el cuerpo electoral [...] considerando la calidad de sus componentes”, los demócratas “los descreditaban de autoritarios que querían preservar el libre pueblo italiano bajo ‘su tutelaje’, y contraponían a su sistema aquello de la ‘democracia’ o del ‘progresismo’ como los llamaban”. Dos tradiciones político-intelectuales distintas, recalca Croce: “neo güelfos, giobertianos, románticos, idealistas, historicistas”, acostumbrado a la “obra racional de la discusión [...] a la coherencia entre pensamiento y acción”, en un caso; “iluministas y jacobinos y mazzinianos” en el otro, hombres “de conspiración e insurrecciones”, acostumbrados a “consentir para desgastar cada vez más aquello que era imposible sostener”. Croce, *ibidem*, pp. 7-8.

la des-compaginación de ambas partes alrededor de una nueva manera de hacer política, una “nueva izquierda”, en las cuales permanecía vivo y obrante el mismo programa, moderado y aviado por la derecha, esta sí histórica no más. Un proceso de homogenización entre fuerzas antes del cual, continuaba, ambas habían compartido el mismo sentido empírico, porque abstracto, de la historia; del liberalismo, la derecha, de la democracia, la izquierda; ambas sin reconocer que:

“la relación entre liberalismo y democracia [...] no es ya la relación entre dos realidades empíricas, sino de un ideal y de una realidad empírica, de un *concepto regulador* y de una *actuación*, donde la fuerza del ideal y del concepto reside en su presencia, en la eficacia que despliega en su actuación [...]”<sup>746</sup>

La “verdad” de la historia era y podía solamente ser una verdad efectiva, una razón práctica y precisamente como tal, para Croce, la praxis no comportaba, sino excluía, su traducción en el partido como una fuerza organizada, definida, autónoma:

“aquella que se llama la política en sentido estrecho es solo una parte, aunque la más llamativa, de la actividad política, en la cual hay que incluir la autoridad moral que se adquiere hacia los conciudadanos, las enseñanzas y las admoniciones que ellos adquieren y que no encontrarían en otro lugar, la buena escuela que se funda y se mantiene viva con el ejemplo”.<sup>747</sup>

El lenguaje, continuaba, expresa siempre un proceso histórico. Surgido como acepción despreciativa entre quienes denunciaban el abandono de los supremos ideales del *Risorgimento*,<sup>748</sup> a partir del 1882 la palabra “transformismo” había connotado la asimilación práctica de un hábito “de conciliación”.<sup>749</sup> Según Croce, la forma por medio de la cual, desde ese entonces, había ido realizándose, en la Italia unitaria, una unidad efectiva, una unidad de contenido. Dado el “estado real” de las cosas, el “transformismo” había ido desapareciendo como objeto de polémica en la clase política mientras, entre los intelectuales, permanecía evocando algo de equivoco. En este segundo caso, denunciaba,

---

<sup>746</sup> Croce, *ibidem* p. 8. Las cursivas son mías.

<sup>747</sup> Croce, *ibidem*, pp. 11-12. Croce, podemos ver, recuperaba en el 1928, o sea en pleno régimen fascista, la tesis sostenida tan pronto como en el 1912, en el ya citado *El partido como juicio y prejuicio*.

<sup>748</sup> Con la caída, en el 1876, de la derecha histórica, “otro proceso tomó entonces su curso: la disolución de los grandes partidos. El cambio de color o mejor dicho los colores que paulatinamente asumieron sus representantes, el desvanecerse de cada particular significado en los nombres viejos, sin que fueran substituidos por otros más precisos. Aquí el *pesimismo* ya no era sólo de los hombres de la derecha y de sus sostenedores, sino de todos; y el juicio no concernía la mayor o menor *levadura moral e intelectual* de los

italianos, sino su misma capacidad de gobernarse según las leyes de la vida libre y parlamentaria”. Croce, *Storia d'Italia dal 1871 al 1915*, p. 12.

<sup>749</sup> El 1882 fue el año de la primera reforma electoral, con la extensión del sufragio y el proyecto de gobierno de “un grande y nuevo partido nacional”. En su discurso electoral, Agostino Depretis había lanzado la acepción positiva del término, preguntándose, retóricamente, con cuál derecho él habría tenido que repeler del gobierno quienes entendían “transformarse” y volverse “progresistas” y deplorando los “abusados” nombres históricos de Derecha e Izquierda”. Citado por Mangoni, *ibidem*, pp. 6-7.

el pesimismo era del sentimiento, no de la razón, él de mentes conservadoras porqué abstractas, y, como tales, empíricas.

El pesimismo no era de la inteligencia, sino de la voluntad política: la misma imagen que, en Gramsci, reaparece como un lenguaje de tensiones, un lenguaje dialéctico, transmite, en Croce, el moderantismo de siempre, él de la tendencia hacia el equilibrio entre distintos. Su ataque se dirigía en contra del “común prejuicio” de quienes afirmaban que, sin una clara distinción de partidos, sin los dos grandes partidos de la conservación y del progreso, en lucha entre sí y alternándose en el gobierno, un verdadero régimen parlamentario hubiera sido imposible.<sup>750</sup>

“Ciertamente el ritmo de la historia se desarrolla a través de estos dos momentos, de la conservación y del progreso, y a través de su síntesis; todavía, exactamente porque estos momentos están en cada acto y movimiento, no es licito mitificarlos en dos almas distintas y materializarlos en dos programa distintos y contrapuestos.”<sup>751</sup>

La realidad de la lucha política no había sido a partir del 1876, porque no era así, según Croce, la historia: no un embate entre principios organizados, sino la búsqueda de un acuerdo o desacuerdo sobre problemas concretos.<sup>752</sup> Era Croce re-introduciendo el concepto filosófico, dirigente, el “criterio de juicio histórico”, por medio del cual contraponerse, dominándola, a una historia positiva, filológica, “de puros hechos”; el Croce del embate en contra del positivismo historiográfico y la metafísica teleológica que vimos al centro de su reflexión antes del desenlace de la guerra. La historia según Croce, considero importante iterar, no como demagogia, sino como una elaborada reflexión en torno a la relación entre filosofía, historia y política. La interpretación del pasado a partir de principios por medio de los cuales llegar a la generalización sin la cual no era posible, para el organizador de la cultura italiana, ni la teoría ni, con aquella, la legitimización de una posición política. Una historia desde el presente, una historia contemporánea. Y en el 1928, año de publicación de su *Historia de Italia*, el presente, quisiera apuntar y dejar por ahora en suspenso, era fascista.

---

<sup>750</sup> Croce, ibidem, p. 15.

<sup>751</sup> Croce, ibidem, p. 20.

<sup>752</sup> Los problemas, por cierto, concernían nada menos que la relación entre lo económico-social y lo político, es decir, la re-definición, a partir de la entrada de las masas en la vida política activa, de la forma del Estado liberal, y, por lo tanto, cuestiones cuales la lucha en torno a la extensión del sufragio y la transición del liberismo de la primera década unitaria hacia el proteccionismo. Croce reconstruía este mismo proceso en manera tal de sugerir un lento y, empero, paulatino

acorde, estado de equilibrio, entre política y economía. Un Estado auspiciado, anotaba, aún en forma abstracta, irrealista, durante la derecha histórica y realizado a partir de la ampliación de la sociedad política, con el “corazón popular” de Depretis (1876-86). Una ampliación del Estado a carácter progresivo en la cual el filósofo incluía aquella que vimos ser la violenta restricción de la sociedad civil por parte de Crispi (1886-96), el “transformado” por la historia, y que extendía, sin solución de continuidad, hasta el giolittismo (1903-1915).

Enfocando la periodización de Croce, Mangoni insiste en la década de los ochentas como un periodo de transición en la vida y la cultura política italiana, durante el cual la desaparición, que el mismo Croce señalaba, de un lenguaje polémico indicaba no sólo la naturalización de un hábito, sino la búsqueda y construcción de instrumentos con los cuales legitimarlo. A diferencia de la primera década unitaria, a partir de Depretis, el “transformismo” no había sido una simple maniobra parlamentaria, limitada, como en el caso de las conserjerías, a la forma de la sociedad política, sino expresó la ruptura de una coincidencia de facto entre la estructura de la sociedad política, *la Italia legal*, y la clase política, ahora en búsqueda de mediaciones a través de las cuales mantenerse dominante porque dirigente en *la Italia real*. Una burguesía que, en calidad de fuerza dominante, a través de un proceso de cambio generacional y por el miedo frente a las posibles consecuencias de la expansión del sufragio, percibió la necesidad, mediada y elaborada por algunos de sus intelectuales, husmeadores de la historia, de tener que formar un frente unido, un partido único, nacional, entre sus fracciones, en una época, recordemos, no sólo de avance del socialismo entre las masas obreras septentrionales, sino también de grandes brotes insurreccionales entre las meridionales campesinas. Digo “algunos”, porque en la formación y elaboración de esta conciencia, de este saberse de la burguesía a sí misma como un todo, hay que posicionar la especificidad y el ascendiente de la labor de Croce, un predominio cultural que Gramsci, argumentaré, le reconoce desde un inicio.

Fundamental, al respecto, fijarse en la periodización. Croce, en su *Historia de Italia*, presentaba la conformación del Estado unitario como Estado ético-político y éste como un largo proceso que, abarcando desde el 1871 hasta el 1915, constituía la continuación de la herencia del *Risorgimento*. En otros términos, encuadraba tanto la unidad nacional cuanto la democracia como partes constitutivas de un sólo movimiento histórico y su relación como problema. La nación como unidad identitaria y la democracia como entrada de las masas en la vida política activa en calidad de fuerza organizada; su articulación según Croce: una línea de desarrollo gradual, constante y temperada, sin rupturas.

Lo que emerge en la monografía que vamos citando no es, de hecho, una mistificación historiográfica, sino una precisa intervención política emprendida en campo cultural. El periodo cubierto por la obra de Croce había sido un periodo de transición que significó, para la mayoría de los intelectuales, una “excepcional hendidura respecto a la clase dominante y al régimen democrático-parlamentario en su complejo”,<sup>753</sup> una crisis que,

---

<sup>753</sup> Mangoni, *ibidem*.

iniciada en ese entonces, habría encontrado un equilibrio temporal en el giolittismo, hasta estallar, vimos con Turín, en los años inmediatamente anteriores al primer conflicto bélico. Un largo proceso en el cual la cultura “burguesa” y la cultura “obrera” habían primero caminado en la dirección de una posible convergencia, hasta desembocar, paulatinamente, en un estado de separación.

En las últimas décadas del siglo XIX, “transformismo” había significado el intento de combinar el Estado como gobierno y el Estado como sociedad, fuerza y consenso, aunando a la represión del sector de las masas movilizadas, campesinas y obreras, una mutación radical de los instrumentos para preservarlas divididas y lograr recomponerlas, desde arriba, en un nuevo orden. Una fase de transición hacia una nueva forma del Estado liberal, durante la cual la cultura liberal y la socialista convergieron en la oposición compartida al viejo *estatus quo*. Fase de transición durante la cual términos como idealismo y positivismo -y aquí reside toda la complejidad del clima político-cultural italiano con el cual se confrontará Gramsci- no constituían una antítesis, sino el complejo entramado de una relación entre fuerzas en proceso de recomposición político-ideológica. Fase en la cual al centro del debate cultural emergió el problema del Estado en relación a la sociedad y los intelectuales pertenecientes a bandos antagónicos intervinieron desde la percepción compartida de una época histórica llegada a su fin, la vieja Italia liberal, sujeta a un juicio cuyos contrastes concernían, a final de cuenta, la misma entrada de las masas al escenario de la historia.<sup>754</sup>

En un periodo en el cual la unidad política era ya considerada un hecho por la clase dominante y, como tal, perdía “sacralidad”, pocas eran las reflexiones sobre su misma historia, así como, casi treinta años después, habría registrado el mismo Gramsci, lamentando, en *El Grido*, la escasez de literatura sobre el Risorgimento. La excepción había sido, y en campo socialista, la iniciativa de Labriola, quien, aviando la reflexión que lo habría llevado a compilar *La concezione materialistica de la storia*, inauguraba, en Italia, la controversia en torno a la historiografía sobre la Revolución francesa y, en relación con aquella, del *Risorgimento*,<sup>755</sup> ambas resumibles en la *cuestión del jacobinismo*, uno de los ejes polémico del debate político-cultural italiano a principios de siglo. Mientras Labriola, emprendiendo su batalla en contra del socialismo positivista, indicaba como concluida la era liberal-democrática iniciada en el 1789 y presentaba el

---

<sup>754</sup> Asor Rosa, *ibidem*, p. 1000.

<sup>755</sup> La referencia es al contenido del IV ensayo de *La concepción materialista de la historia*, donde Labriola entraba en el mérito del mismo tema que había

propuesto como curso de filosofía para realizarse en la universidad de Roma en el 1888-89. Un proyecto nunca realizado por decisión de las autoridades académicas. Cfr. Mangoni, *ibidem*, p. 14.



gobierno Crispi como el equivalente italiano de la decadencia de la burguesía europea en calidad de sujeto histórico progresivo, Croce, elaboraba, en adversativa a Labriola, los presupuestos conceptuales por medio de los cuales habría compilado, durante de la crisis del giolittismo y los años de la guerra, y publicado, ahora en época fascista, tanto su historiografía de Italia así como de Europa en época de auge de la socialdemocracia.

En su *Historia de Italia*, enalteciendo la naturalización del transformismo como práctica y marcando la “permanencia de un equívoco” en la teoría, Croce rescataba aquella que había ido paulatinamente desplegando, y mucho antes del advenimiento del fascismo al poder, como una civilización de la crisis. En el 1928, cuando el fascismo era Estado, Croce tachaba de absurdidad llamar las masas populares a levantar “arriba las pancartas de Derecha y de Izquierda”, olvidando aquello que ambas no habían históricamente representado, u representado solo débilmente, en calidad de contraposiciones. Aún antes del 1876, y durante una entera década después, continuaba, la línea de distinción entre los “dos partidos clásicos de la conservación y del progreso” había sido más apariencia que realidad, revelándose como tal en aquellos momentos en los cuales había sido necesario asegurar “la conservación y el progreso”. Aunque perduraban, entre los intelectuales, “los gritos de horror”, las exhortaciones, las llamadas a un ideal de izquierda, definida “histórica” porqué elegía del pasado y, en realidad, incapaz de frenar el proceso de compenetración entre las fuerzas, el decaimiento según Croce no había sido, ni en Italia, ni en Europa, de la “vida libre y parlamentaria”. Aquel que había decaído, afortunadamente para Croce, era una doctrina política arbitraria, “radicada en la superstición”, un prejuicio: la democracia como embate entre fuerzas definidas y ésta como incapacidad de comprender aquello que realmente es la historia.

El abstractismo de la derecha había sido ignorar la necesaria construcción de una relación entre filosofía y política; el haber ignorado las pasiones, las necesidades, del pueblo italiano, así como éste se había históricamente conformado; el presuponer un “país legal” diferente del “país real”, el país de los compromisos y las clientelas, así dejado -y aquí Croce punteaba el dedo en contra de la plaga del *Mezzogiorno*-, a los adversarios. El pueblo, empero, según Croce, o sea, la plebe desde la autoridad moral e intelectual del saber: “no ha sido encontrada otra manera de educar los pueblos a la libertad, es decir de educarlo sin más, que aquello de concederle la libertad y hacer que aprendan con la experiencia, y tal vez rompiéndose la cabeza”. El pueblo, al mismo tiempo, desde la crítica crociana a la retórica de quienes escondían que, en el 1876, no habían sido los sectores populares a sublevarse, sino los intereses dominantes particulares, ofendidos y

sublevados por intermediación de los “hombres nuevos” y a través de las “escaramuzas parlamentarias”.

El pueblo, en fin, según el “realismo histórico” de Croce dado su programa político en el 1928. Si, a partir del 1876, la derrota del ideal abstracto había sido aquella de una moral, la democrática, que, históricamente separada de lo popular, no había sido capaz de volverse una ética, lo concreto, el estado ético-político, era la “índole del puro liberalismo”, su índole civilizatoria, expansiva, nacional, una vez dada la democracia según Croce. Un concepto regulador, moderado, del cual ni la derecha, ni la izquierda, “tenían, en este entonces, ni habrían tenido por largo tiempo después, conciencia” y que se habría realizado como disolución de contraposiciones, cancelación de distinciones, como “traspaso del extraordinario al ordinario”. En el “pantano” de la vida política y civil italiana, concluía, la razón práctica liberal había sucumbido como particular y sobrevivido como universal; desaparecida como partido, seguía como “lógicas de los hechos”, como contenido de la nueva forma, como “verdaderas” razones de una vida pública ahora organizada por aquellos que habían sido sus adversarios históricos. La Italia donde los viejos modos de sentir y de hacer de la “izquierda histórica” se habían vuelto costumbre y en contra del cual habían ido levantándose las voces morales, continuaba, no sólo, de un De Sanctis, o de uno Spaventa, que a esta izquierda habían pertenecido, sino el pesimismo de todos. Ni una decadencia, ni una catástrofe, sino, una necesidad fisiológica, según Croce, de la compagine nacional. La identidad entre teoría y realidad, el verdadero saber de la historia, el criterio práctico para juzgar esta “Italia que nos no gusta”, era, en fin, Italia misma. ¿La Italia después del 1876 o después del 1926, la Italia todavía liberal o la vuelta fascista, ambas?

La argumentación de Croce era realista, ninguna apelación a un principio transcendental y, empero, tautológica: aquello que había para explicarse, la especificidad del Estado liberal italiano, y del mismo transformismo como *su* cultura política, terminaba siendo el determinante. El liberalismo según Croce era una fuerza que había actuado, y no habría podido actuar de otra forma que, como “el equilibrio que siempre se desequilibra y siempre se reequilibra”. El liberalismo en cuanto democracia de los “apremiados, ahora que tenían responsabilidad de gobierno, a tener el ojo fijo en el actuar popular”. En estas dos últimas líneas, la salida de la tautología; la política de la a-politicidad; el blanco de ataque de la olímpica serenidad crociana.

El Croce que escribía en el 1928 era el mismo Croce que se había propuesto, antes de la consolidación del fascismo, (re)-organizar prácticamente la crítica intelectual y moral al

Estado liberal. Lo había emprendido a partir de la conciencia, compartida con la otra hipótesis cultural salida del *Risorgimento*, la liberal-democrática, y madurada en más de treinta años de colaboración al gobierno, de una Italia “salida deforme de los propios diseños” de la burguesía liberal y para su misma re-configuración como clase dirigente. El neo-idealismo según Croce, la filosofía, el saber de la historia, era una política, un programa, en la misma medida en la cual, en antagonismo con las potencialidades del marxismo como historicismo, con el horizonte filosófico e historiográfico abierto por Labriola, negaba serlo. Una *praxis* que el Gramsci de los *Cuadernos* habría enfocado regresando al Croce para el cual “pasados más de veinte años, Marx ha perdido en gran parte la función de maestro que tenía entonces”;<sup>756</sup> enfocando, ya mencioné, el carácter sospechoso del “paulatino encarnizamiento” de Croce contra “todo elemento de filosofía de la *praxis*”, delineando los precisos cortes temporales a los cuales nos referimos anteriormente y considerando que en sus obras propiamente historiográficas, *Storia d' Italia dal 1871 al 1915* y *Storia d' Europa nel secolo XIX*, “el pensamiento crociano se manifestaba no por lo que pretendía ser, sino por lo que realmente era”,<sup>757</sup> o sea, como una batalla en contra de la expansión cultural del marxismo.

Desde finales del siglo XIX, como espero haber demostrado, la línea Labriola-Croce, o sea el plano filosófico del debate, el plano de la batalla para la inteligibilidad histórica, había sido un embate conducido en el mismo terreno de las relaciones entre fuerzas para la definición de la relación entre sociedad y Estado, donde Labriola había representado el surgimiento, en la península, del historicismo marxista y el neo-idealismo crociano el intento de reabsorberlo en campo moderado. Si el historicismo, abarcando las premisas conceptuales del debate sobre el Estado y la sociedad italiana, tenía un horizonte programático, las nuevas componentes de la alta cultura italiana, la ciencia política y la sociología, dos disciplinas que surgieron en este mismo periodo, pueden considerarse una directa expresión de la evolución en curso de la nueva forma Estado, los límites de sus intelectuales siendo los mismos límites del liberalismo y del socialismo realmente existente en Italia.

Nos encontramos en una fase de la historia unitaria durante la cual ambas hipótesis culturales salidas del *Risorgimento*, la liberal moderada y la liberal democrática, no se

---

<sup>756</sup> Croce, B. Prefacio del 1917, *Materialismo storico ed economia marxistica*, op.cit. Gramsci Q. 10 I, <Sommario> p. 1209.

<sup>757</sup> Gramsci, C 10, 41 (IV)

reconocían en la nueva forma Estado en proceso de re-configuración, y a partir de la cual la condena del presente iba cambiando de naturaleza y forma, precisándose como un intento de análisis política y social del país. En los años en los cuales “desde los cielos de Italia [...] llovía fango”<sup>758</sup> y a los escándalos de corrupción se acompañaban las violentas persecuciones anti-populares y socialistas, la teoría de la política y de la sociedad como ciencia surgieron paralelamente, y en adversativa conceptual, al horizonte interpretativo histórico-filosófico.

En el primer caso, fue la política desde la separación entre teoría e historia, una demanda de cientificidad que, en calidad de condena de los métodos de gobierno, habría permanecido interna al “bando” de la burguesía. Una polémica anti-casta que, por un lado, no nos permite anclar los orígenes de categorías como “minorías organizadas” o “elites” a un frente reaccionario, sino conservador, y en cuanto ambas respondían a la intención de regenerar la clase dirigente desde el reconocimiento del nuevo carácter de las fuerzas surgidas en la oposición. Intelectuales que llamaban a la burguesía a cumplir su rol histórico abandonando la pre-judicial antipopular, sin por eso abrazar la socialista. Un proyecto de conservación cuyo radicalismo consistía en la áspera condena de la clase dominante en nombre de las exigencias histórica de una “verdadera” burguesía, en su perspectiva revolucionaria, y que los científicos políticos denunciaban por su misma ausencia histórica.<sup>759</sup> Voces ultra-liberales que apelaban a una burguesía progresiva, cuando la primera, en Italia, existía socialmente exactamente porque no lo era políticamente; una burguesía, que, en su componente más avanzada, podía ser progresiva en relación al capital como forma social sólo en la medida en la cual se mantuviera políticamente e ideológicamente “atrasada” desde el mismo punto de vista liberal.

El surgimiento, fenómeno originariamente italiano, de la “ciencia política” reflejaba, en otros términos, una separación histórico-real entre filosofía e historia, entre intelectuales de sello liberista y la gran burguesía como su base social “natural”, desconociendo la cual, los primeros apelaban abstractamente a una identidad inmediata, *apriorística*. Un proyecto de nación que, significadamente, nacía como “de intelectuales” y según un formalismo que, aunado a una concepción despreciativa del “pueblo”, es largamente

---

<sup>758</sup> Según la famosa expresión de Luigi Pirandello, en *I vecchi e i giovani* [1913]. citado por Asor Rosa, *ibidem*, p. 1002.

<sup>759</sup> Es el caso, respectivamente, de un Mosca o de un Pareto, el primero definido por Asor Rosa un

conservador puro, el segundo un radical en cuanto representante de un “liberalismo absoluto”. Cfr. Asor Rosa, *ibidem*. pp. 1000-1098.

explicativo de la posterior confluencia de sus representantes en las filas de un conservadurismo extremo, hasta la adhesión, de algunos, al fascismo.<sup>760</sup>

La ciencia política en cuanto desplazamiento del ángulo de visual de la sociedad al Estado, cuyo camino inverso, siguiendo Mangoni, era la sociología; en un caso, la identificación de la burguesía y en el otro del proletariado como fuerza regeneradora de la vida nacional; en un caso la apelación a la burguesía para que expresara una clase política “digna de este nombre”, en el otro a las masas proletarias para que integraran la sociedad civil. La sociología, o sea, la irradiación, en las filas de la pequeña y media burguesía, del “ideal” socialista, en estrecha relación, vimos, al surgimiento del partido socialista, la primera fuerza política de masa y expresión, potencial, de una efectiva articulación entre intelectuales y bases sociales.

Aun, en sus orígenes, los intelectuales progresistas hicieran parte del mismo sector social y compartieran los mismos esquemas conceptuales de los liberales, el convencimiento de cumplir el rol histórico de representantes de los subalternos, de “los sin voz”, de impulsos que llegaban desde abajo y necesitaban de una “racionalidad”, empujó, aún bajo un esquema paternalista, un proceso de cambio capaz de ir más allá de la forma con la cual “la clase culta” italiana se percibía a sí misma, hasta abarcar un cambio en la misma forma del Estado. Así como el primer partido obrero, por su carácter de clase, empujará la burguesía a conformar partidos políticos diferentes de la tradición liberal, la presencia de una noción de cultura “organizada” en la sociedad civil rompía con la apariencia de su autonomía.<sup>761</sup> La burguesía italiana, anteriormente dispersas en fracciones por la ausencia de una oposición situada en la sociedad, advertía paulatinamente la necesidad no sólo de un partido político, sino de éste como de un verdadero partido cultural, o sea, de masa y nacional. La ruptura, en fin, de la concepción tradicional, la liberal, de lo intelectuales

---

<sup>760</sup> Para Mangoni, así como para Asor Rosa, habría que diferenciar entre un Mosca que, aun su teoría de la clase política fuera construida desde una vehemente crítica a la democracia, se mantuvo entre los límites del Estado liberal y un Pareto cuya teoría de las elites, por sus elementos de vitalismo, volvió sus posiciones congeniales al primer nacionalismo. Mangoni, *ibidem*, p. 22. Rapone hace notar como, entre las filas de la naciente “ciencia política”, Pareto enfatizaba el declino de la burguesía frente al empuje ascensional del socialismo, interpretándolo como una prueba del inevitable acercamiento entre las elites en la modernidad. Razón por la cual, el nacionalismo de los orígenes pudo ver en Pareto la legitimización teórica de su propia condena a la burguesía italiana por una supuesta degeneración democrática y social.

El Gramsci de la formación utilizará la terminología de Pareto no por compartir, obviamente, sus tesis, sino

por percibir en la confrontación con la política como “ciencia” una cuestión crucial, y en cuanto relativa a su doble y personal embate en contra del nacionalismo y del reformismo. Cfr. Rapone, *ibidem*, p. 157.

En el Gramsci de la *Ciudad Futura* la ciencia política y sus representantes son presentados como la problematización de lo político a partir de la entrada de las masas en la historia, un enfoque que los vuelve unos interlocutores polémicos necesarios, aunque desde una posición que llevará el joven Gramsci hacia conclusiones diametralmente opuestas. Cfr. Gramsci, *Le inferriate della Scienza*, en “Avanti!”, 17 junio 1916, CT, pp. 379-380.

<sup>761</sup> Hacia finales de siglo “resulta[ba] siempre más difícil pensar los problemas de la cultura y de los intelectuales sin llamar en causa los frentes políticos y sociales”. Asor Rosa, *ibidem*, p. 1005.

como de un sector autónomo de la vida social, no fue una ruptura teórica, sino histórica y, como tal, fue expresándose en un programa político.

En ambos casos, tanto en la ciencia política, así como en la ciencia social, aquello que iba emergiendo era la percepción del presente como entrada en una nueva época. A diferencia del historicismo filosófico, sin embargo, el científicismo se caracterizaba por la confluencia de intelectuales identificados con dos fuerzas socialmente contrapuestas y al mismo tiempo mancomunadas por un discurso político-cultural que se habría vuelto siempre más homogéneo y simplista. Del lado de los científicos de la política, era la crisis de la edad liberal según quienes la unificación se había realizado, empero, en un lugar distinto de la sociedad y allí, como Estado, tenía que continuar su curso y reforzarse como atención, regulación, capacidad de dirección “sobre” un pueblo indiferenciado e irracional por su calidad de masa. El mismo pueblo como masa, el mismo sujeto como objeto, de la sociología, la cual abogaba por un saber de la sociedad como percepción, más inmediata y directa, menos árida y abstracta, de su vida “real”.<sup>762</sup> En ambos casos era la crítica a la democracia realmente existente en nombre de la *racionalidad* de la clase política, por un lado, y del *sentir* las necesidades de la colectividad, por el otro. Dos horizontes aparentemente contrapuestos que, así como reconstruye Mangoni, habrían dado origen a una sola homogeneidad discursiva.

Un lenguaje de transición, de contraposición entre algo indiferenciado, la sociedad, y algo orgánico, el Estado, y, como tal, siempre más simplificado en su autonomía: el lenguaje del nacionalismo. Un lenguaje donde, del lado de la sociedad civil, a términos cuales “mayoría” y “pueblo” iba sustituyéndose aquel de “multitud”, o sea, algo caracterizado, enfatiza la estudiosa, por calidades propias, por un alma colectiva, así como, en relación al otro polo, la sociedad política, era la simplificación de la “minoría organizada”, la “clase política”, las “elites”, los “jefes” y, pronto, el “dux”. Relativamente breve, en fin, habría sido el camino para que la identificación de la racionalidad de la sociedad con la

---

<sup>762</sup> Mangoni, *ibidem*, pp. 19. La autora enfoca los orígenes, en Italia, de la psicología social en los estudios clínicos y, en el caso de su figura más representativa (Cesare Lombroso), en el eugenismo. Una “ciencia” cuya preocupación era la masa, determinante de su confluencia en el partido socialista, (Lombroso habría entrado en colisión con Turati, quien lo acusaba de substituir las responsabilidades sociales con el determinismo biológico y racial). Una “tendencia de la sociología de izquierda a ocuparse de la criminalidad” -habría enfatizado Gramsci, en el 1929, en una de las primeras notas de los *Cuadernos*- por intermediación de aquellos que, en la alta cultura,

“parecían en este entonces la suprema expresión de la ciencia”. C. 1, § 27.

El sociologismo, en fin, no era solamente el biologismo de un Lombroso que terminaba en racismo o el tecnicismo de un Loria, en diletantismo, ambos al centro de los ataques del joven Gramsci, sino, en los *Cuadernos*, y citando de memoria los mismos artículos escritos más de diez años antes por *El Grido*, “un filón [...] una continuidad sistemática [...] una serie de representantes de un cierto estrato intelectual de un cierto periodo; en general de los intelectuales que se ocupan de la cuestión obrera y que más o menos creen de profundizar, o corregir, o superar el marxismo”. C. 1, § 25.

masa que siente y de este sentir como irracionalidad se re-encontraran en la adhesión de representantes de ambos frentes intelectuales al incipiente movimiento nacionalista y en una polémica abrasadora en contra del parlamentarismo y la democracia.<sup>763</sup>

A diferencia de la “ciencia”, la filosofía “pensaba” históricamente, tenía como “ángulo de visión”, ni el Estado ni la sociedad, sino su relación orgánica como Estado ético-político. Lo cual no implica que la manera en la cual el neo-idealismo crociano elaborara esta misma relación fuera, en forma y contenido, emancipadora, sino, que Croce, y en general el neo-idealismo filosófico, pensaban en los términos complejos y, veremos, contenidos de “civilización”. Croce era *el* liberalismo como fuerza histórico-real con capacidad expansiva, la filosofía que se sabe política, la conciencia que el poder habría tenido que adoptar otras formas en la misma sociedad civil para así volver un orden, una unidad nacional, la cual en Italia siempre había sido incierta, en algo permeable, en algo capaz de absorber tensiones sociales que no eran nuevas y que, sin embargo, desde finales del siglo XIX habían ido organizándose desde abajo y, antes de la guerra, no solo entre las filas obreras y socialistas.

Para el Gramsci de *los Cuadernos*, reconstruir el sentido político de la historia según Croce y articularla con la evolución de su juicio sobre el materialismo histórico, habría implicado enfocar su labor de organizador cultural en *fieri*, situándolo en el proceder de la correlación de fuerzas desde la crisis del Estado liberal hasta el advenimiento consolidación del fascismo, elaborando las mismas contradicciones de la nueva forma Estado y construyendo previsiones para un posible escenario sucesivo al fin del régimen. ¿Para el “Gramsci antes de los *Cuadernos*”?

Gramsci, veremos, reconoce desde un inicio en Croce quien sabe que, con la entrada de las masas en la vida política activa, la relación entre gobernantes y gobernados, sociedad política y sociedad civil, si no quería poner en discusión a la sociedad burguesa como un todo, tenía que organizarse como reforma intelectual y moral, transformar el “partido”, la política como parte, en una organicidad, una cultura, un sentir común. En calidad de fuerza práctica, Croce representaba la sutileza, la sofisticación, de la teoría que tiene la efectividad del universal precisamente por negar su politicidad inmediata. La misma capacidad de expansión cultural que, en la perspectiva del joven Gramsci, el socialismo tenía que reivindicar explícitamente en su sentido político y, por lo tanto, enfrentándose

---

<sup>763</sup> Mangoni, *ibidem*, pp. 20-21.

al espinoso problema de la elevación intelectual y moral no sólo de sus propias bases, sino de sus mismos dirigentes, o, mejor dicho, a la necesidad de un cambio profundo en la relación entre espontaneidad y dirección. Para este Gramsci, frente a las implicaciones reaccionarias de un Pareto o de un Mosca y la pseudo-cientificidad y vacua erudición de un Lombroso o un Loria, se situaba el tono realista y moderado del filósofo, del organizador de la cultura, de un sentir nacional. A diferencia de las abstracciones de la intransigencia verbal, fuera ésta la sindicalista revolucionaria o la nacionalista, Croce sabía, para Gramsci, de la historia como devenir de unas relaciones entre fuerzas; representaba el verdadero antagonista del socialismo dado el cuadro de la crisis del Estado liberal italiano, es decir, dada la ascensión de un nuevo mundo, él de las fuerzas que iban entrando en una vida política de la cual habían sido hasta entonces excluidas y que reclamaban a través de un enfrentamiento, y no sólo de clase, sino de rasgos populares, siempre más escarnecido.

Concluyendo, en época de crisis del giolittismo, el embate para la definición de las causas y soluciones a la civilización de la crisis era un embate por la definición de la relación entre clase y pueblo, Estado y masa, lo cual, si delineado como tal, permite entenderla, en todo su complejo entramado, como un proceso donde el discurso se tiende, aísla felizmente Garin, entre Croce y Gramsci. Un escenario complejo que, sólo más tarde, ambos derrotados, denunciaba siempre Garin, la corresponsabilidad, el conformismo, de tanta parte de la “inteligencia” liberal italiana habría bloqueado como necesidad, y necesidad desde Gramsci, de un examen “tanto sosegado así como despiadado”, y “en el difícil plano de la ideología” del fascismo, de sus orígenes, de su consolidación, de la conducta de los liberales, y, por lo tanto, del rol jugado por el mismo Croce y su religión de la libertad.<sup>764</sup>

---

<sup>764</sup> Garin no sólo defendía el anti-fascismo de Croce, delineado en su hermosa introducción a *Intelletuali italiani del XX secolo*, sino la suya era una llamada de atención a la complejidad del Estado liberal y al análisis histórico-político de la ideología, al fin de evitar tanto una identificación del régimen fascista con la anti-cultura, así como de la cultura liberal como algo que, en Italia, habría salido inmune del fascismo; ambas perspectivas, según Garin, apriorísticas, ambas participes de una concepción de la cultura, y del fascismo, como de una homogeneidad plenamente consolidada. Una perspectiva dualista, simétrica, moralista a la cual había que contraponer la historia del fascismo como de “un momento muy complejo de la historia italiana” que, como tal, necesitaba de un

análisis capaz de aislar las distinciones, las especificidades de clase, de elaboración intelectual, de situaciones nacionales e internacionales. Garin denunciaba una forma de condena que, si simplemente moral, termina, necesariamente, en una propaganda sólo en apariencia estéril, en la medida en la cual es fuente insidiosa, y frecuentemente consciente, de “remociones, depuraciones, salvamientos y hasta revaluaciones de posiciones que con el fascismo habían sido insolublemente entrelazadas”. Una apelación, aquella de Garin, a la complejidad de la historia según Gramsci, imprescindible, en mi opinión, no sólo para una época, la suya, sino la nuestra, de paulatina reafirmación de una “cultura de derecha”. Garin, *Introduzione alla prima edizione*, pp. XIX-XXXII.



Un clima político-cultural, regresando a la época del Gramsci de la “formación”, donde, si la vanguardia intelectual, a la cual pertenece también generacionalmente, es para él sinónimo de innovación, de vivacidad, de criticidad, no lo es necesariamente, y, ciertamente, no lo es después de la adhesión al socialismo, de madurez, de sentido de la historicidad, de capacidad de una síntesis efectiva entre cultura y política. En este mismo mundo, el mundo de la contra-cultura burguesa, el mundo protagonizado por “La Voce”, el mismo mundo que Croce, reuniendo sus hilos, quería moldear, Gramsci se reconoce como “espíritu de escisión”, mientras se distancia por el carácter abstracto de una razón moral que ve permanecer estéril, y lentamente desembocar en el irracionalismo del acto y la adhesión a la guerra.<sup>765</sup> Es al nivel del sujeto como eticidad, el nivel de los grandes organizadores de la cultura, de la filosofía neo-idealista, de Croce, pero también, en un inicio, de Gentile, que el joven individua el equilibrio de una voluntad racional en tanto que comprensión del mundo como historicidad, la misma que irá paulatinamente “traduciendo”, “invirtiendo”, en una nueva concepción de la organización y del programa socialista. Lo hará mucho antes de los *Cuadernos*.

---

<sup>765</sup> Relativamente al movimiento futurista, Gramsci se expresa positivamente en el 1913, en *Per la verità e I futuristi*, CT, pp. 3-9. Su mirada crítica se concentra en la incapacidad de una alta cultura, estancada y auto-referencial, de individuar las razones éticas e históricas del futurismo, y de su mismo escarnio elitista como válida expresión artística. Refiriéndose al programa

del partido político de los futuristas, el acento mueve hacia el plano histórico-político, centrando la relación entre el voluntarismo estéril del movimiento y la ausencia histórica, en Italia, de una burguesía liberal con capacidad dirigente. Cfr. *Cavour y Marinetti*, “Il Grido del popolo”, 16 marzo 1918, CF, pp. 748-750.

## 4. Empero, en aquel entonces, yo era tendencialmente crociano

“Tal vez es el antiguo drama de la conciencia italiana, tensa entre intereses mundanos, alegría por la vida, amor de formas y raptos místicos en el ansia de otra ciudad”

Garin, 1955

“Aun admirando los antiguos, nosotros, que en nuestra alma hemos domado la tendencia al idilio geórgico, estamos lo suficientemente cansados con la cigala y una intimidad que rompe los tímpanos”.

Gramsci, 1916.

### 4.1. Hacia Gramsci: ¿Desde Tasca o desde Togliatti?

El joven que, antes de la llegada, en el 1911, a la ciudad obrera, había tenido como lugar originario Cerdeña y el trasfondo político-cultural del rebeldismo y el separatismo; él que, en el 1913, adhiere al partido socialista después de haber sido testigo, en su isla natal, del impacto entre los campesinos de las primeras elecciones a sufragio universal masculino y, en Turín, con la huelga de los metalmecánicos de la FIOM, de una clase obrera en movimiento disciplinado; él que ha frecuentado el rigor académico y los estímulos de una universidad donde al “socialismo de los profesores”, y su filantropía positivista, va sucediendo una intelectualidad anti-giolittiana que abarca tanto el campo literario-humanístico, así como el político-social; él brillante y exhausto estudiante de filología que ha sustituido Ghilarza por la familia de los amigos radicalizados con los cuales va buscando, en los círculos obreros, una nueva humanidad; él que, con el desenlace del conflicto bélico, queda exonerado del frente; este joven Gramsci, de este nuevo mundo, el socialista, toma temporalmente distancia, cuando la “traición” del Mussolini, el revolucionario antes del “Duce”, lo arrastra en la sombra de una sospecha que lo acompañará por largo tiempo.

En la inmediatez de la primera guerra mundial, en el contexto de la crisis del giolittismo, un proletariado que no puede ser definido un ejército “sino por incidencias, por metáforas” porque “posee una vida colectiva que no puede entrar en ningún esquema abstracto”,<sup>766</sup> ha puesto en entredicho, en poco más de una década, el reformismo de sus

---

<sup>766</sup> Gramsci, *Analogie e metafore*, en “Il Grido del popolo”, 15 septiembre 1917, CF pp. 331-333.

cuadros dirigentes. En julio del 1914, un mes antes de la abertura del frente occidental, no sólo la dirección del partido, “maximalista”, sino el mismo grupo parlamentario, reformista, se han proclamados defensores del principio de la “neutralidad absoluta”, exigiendo esclarecer sus posiciones a un gobierno que proclamará, un año después, la entrada del país en guerra<sup>767</sup>. En el editorial del “Avanti!”, del 18 de octubre de 1914, su entonces director, Mussolini, esperanza de los jóvenes socialistas revolucionarios, cuestiona la posición de aquello que todavía es su partido a través de tonos que, en toda su ambigüedad, apelan a una historia como un presionar de acontecimientos, más que como emersión de contradicciones; a la masa, más que a la clase, como sujeto de autodeterminación y a la guerra como oportunidad, más que como tragedia.<sup>768</sup>

“Un partido que quiere vivir en la historia o hacer -en la medida en la cual le es concedido- la historia, no puede someterse -pena el suicidio- a una norma a la cual se confiera el valor de dogma indiscutible [...] la neutralidad ‘absoluta’ no se sostiene con las argumentaciones del ‘absoluto’ [...] ¿Sería por lo tanto verdadero que el ‘pueblo’ es soberano solamente en las sagradas cartas de la democracia? ¿El derecho de iniciativa y de referéndum no se encuentra entre los ‘postulados del republicanismo’? ¿El pueblo, por lo tanto, no posee el derecho de manifestar su opinión especialmente cuando se trata de su destino? ¿O que las masas tendrían solamente el derecho de elegir los diputados del reformismo monárquico y no aquello de decir si quieren o no la guerra? ¿Democracia sería, por lo tanto, a un siglo de distancia, sinónimo de ‘jacobinismo’? [...] No podemos atraparnos en el cascarón de una formula si no queremos condenarnos a la inmovilidad. La realidad se mueve con ritmo acelerado. Hemos tenido el muy singular privilegio de vivir en la hora más trágica de la historia del mundo. ¿Queremos ser, como hombres y como socialistas, los espectadores inertes de este grandioso drama?”<sup>769</sup>

---

<sup>767</sup> Relativamente a la nueva dirección del partido, recuerdo que, una vez expulsada la corriente sindicalista revolucionaria (1908) y el ala derecha del reformismo (1912), en el cuadro de la guerra líbica y el surgimiento de los frentes intervencionistas y neutralistas, los congresos nacionales de Reggio Emilia (1912) y de Ancona (1914) habían sancionado la llegada a la dirección del Psi -y la conquista de una aplastante mayoría- a la oposición de “izquierda”. Era la derrota del estado mayor del socialismo reformista italiano, él de Turati (él mismo expulsado en el 1922). Cfr. Arfé, *Storia del socialismo italiano*, pp. 136-75. Habría que tener presente que el ala “revolucionaria” no era una fuerza homogénea, sino constituía un aglomerado de fracciones, a las cuales regresaré con más detalle en el cap. V.

<sup>768</sup> El Mussolini socialista es aquel que primero ha llegado a la dirección del sindicalismo revolucionario “romagnolo”, siendo ésta la base regional desde la cual, participando en los momentos cruciales de la crisis del Psi reformista (congreso de Reggio Emilia, congreso de Ancona, “semana roja”), entró en la escala nacional de la política, hasta alcanzar la dirección del “Avanti!”. Para la reconstrucción del periodo cfr. De Felice, R. *Mussolini il rivoluzionario, 1883-1920*, Torino: Einaudi [1965] 1995, pp. 23-220. Romagna, región sur-oriente de la Val Padana, había sido el lugar de arraigo, así como vimos en el capítulo

anterior, del primer internacionalismo a carácter insurreccionalista, y, a caballo del nuevo siglo, del sindicalismo revolucionario. Una región elevada a símbolo, y no sólo en el ambiente del socialismo reformista, sino en cuanto lugar común, de la mentalidad clásica, jacobina en sentido despreciativo, del típico revolucionario italiano. Citando De Felice: “no hay alguna duda que en Mussolini es posible discernir más de un rasgo de ‘romagnolita’”, sin embargo, no en el sentido que le atribuyó “una cierta historiografía”, sino en relación al interés hacia las formas de la vida política local y nacional que ha caracterizado históricamente a la población de esta región, sobre todo entre finales del siglo XIX e inicio del XX. La formación de un carácter y una personalidad política en Mussolini, siempre según De Felice, no fue tanto romagnola, cuanto milanés, o sea, más el producto de una sociedad industrial en expansión, que de una sociedad agraria, aunque la contradicción entre ambas se reflejó en la adhesión a un socialismo percibido “como un *estado del alma*, al cual el marxismo, obviamente, era substancialmente extraño, no yendo mucho más allá de una elemental lucha de clase entendida como inmanente revolucionarismo.” Cfr. De Felice, R. *Mussolini il rivoluzionario*, pp. 4; 42.

<sup>769</sup> Mussolini, *Dalla neutralità assoluta alla neutralità relativa e operante*, en “L’Avanti!”, 18 octubre 1914.

Le habría replicado, desde Turín y las páginas del *Grido del popolo*, el socialista Angelo Tasca, figura importante no solo en la biografía de Gramsci, sino en la historia del movimiento obrero italiano e internacional.<sup>770</sup> A Tasca y a su defensa de la línea del partido en contra de la “ambigüedad” interclasista del editorial de Mussolini, habría replicado Gramsci, debutando como periodista con un artículo que llevaba el mismo título de aquel del “romagnolo”, del cual interpretaba las intenciones, en el exacto contrario de Tasca, en términos de una renovada y necesaria intransigencia de clase.<sup>771</sup> Antes de irnos al embate del 1914, y aun sin poder entrar en detalle en el mérito de su vida y obra, quisiera introducir a Tasca como “problema”, en cuanto, argumentaré, permite evidenciar la necesidad de ir a Gramsci conscientes de la contraposición entre una historia *praxis* y una tradición construída en ausencia de perspectiva histórica.<sup>772</sup>

Éstos los “hechos” en bruto, los blancos de un debate historiográfico políticamente “cargado”. Antes de la guerra, Tasca, ya activo en el movimiento obrero turinés y organizador, en la ciudad, del primer “fascio” juvenil socialista, era el principal animador del grupo de jóvenes universitarios, futuros ordinovistas.<sup>773</sup> Terminada la guerra, miembro

---

Consultado en original. El referéndum mencionado en el artículo había sido promovido, desde las páginas del órgano socialista, por el mismo Mussolini y poco después de que él redactara el “Manifiesto en contra de la guerra”, al fin de que los inscritos al partido se pronunciaran respecto a la neutralidad, largamente aprobada. Sucesivamente al artículo del 18 octubre, aislado por la dirección del partido, Mussolini resignó, el día 20, sus dimisiones de director del “Avanti!”. Su “traición” aconteció el 15 de noviembre, con la salida del primer número del *Popolo d’Italia* y el inicio de una abierta propaganda a favor del intervencionismo, con la consecuente expulsión del Psi. Cfr. CT, nota 4, p. 15.

<sup>770</sup> Tasca fue el primero de los futuros ordinovistas con el cual Gramsci estrechó amistad frecuentando el ambiente universitario. La solidez del vínculo entre los dos determinó la elección de Gramsci de ir a vivir, en el 1913, en el mismo edificio del amigo y ahora compañero de partido. Militante en las organizaciones del asociacionismo y el sindicalismo turinés, la derrota del anarcosindicalismo y el contacto con una periferia y una cultura popular estratificada, “experiencia tan educativa como la lectura de Labriola”, había llevado Tasca hacia una concepción anti-determinista del socialismo y, al mismo tiempo, libre de “furores idealistas demasiados marcados y acostumbrada a medirse con la realidad de las cosas”. Cfr. Soave, S. *Gramsci e Tasca*, en *Gramsci nel suo tempo*, Giasi, F. (a cura di), Roma: Carocci, 2008, pp. 99-100. Andrea Viglongo, amigo y también ordinovista, fue el primero a testimoniar la amistad de Gramsci con Tasca como determinante de su adhesión al Psi. Cfr. Viglongo, A.

*La redazione dell’Ordine Nuovo*, en *I comunisti a Torino*. Roma: Editori Riuniti, 1974.

<sup>771</sup> Respectivamente, Tasca, *Il mito della guerra*, en “Il Grido del popolo”, 24 octubre 1914 y Gramsci, *Neutralità attiva e operante*, en “Il Grido del popolo”, 28 octubre 1914.

<sup>772</sup> Recuerdo la reflexión de Georges Haupt. Cfr. la introducción de esta labor.

<sup>773</sup> Así como lo atestigua, en el 1916, el mismo Gramsci, en un artículo frecuentemente citado y escrito en memoria de la pasión y franqueza de un joven compañero, caído en el frente de guerra. Revocando los paseos nocturnos después de las reuniones en la Casa del Pueblo, en Curso Siccardi: “Salíamos frecuentemente en grupo de las reuniones de partido, rodeando aquél que era un nuestro leader, atravesando las calles de la ciudad ya silenciosa, mientras los trasnochadores paraban a mirarnos de reojo porqué, olvidadizos de nosotros mismos, con los ánimos todavía llenos de pasión, continuábamos nuestras discusiones, entrelazándolas con intenciones feroces, riendo a carcajadas, galopando en el reino de lo imposible y del sueño”. Gramsci, *Pietro Gavosto*, en “Il Grido del popolo”, 22 enero 1916, CT, pp. 89-90. “Nos parece incontestable el hecho que fue alrededor de él [Tasca], si no gracias a él, que nació el grupo de jóvenes destinado a signar unas de las más profundas innovaciones en la historia del socialismo y del comunismo italianos”. Soave, S. (a cura di) *Angelo Tasca un eretico della sinistra*. Milano: FrancoAngeli, 1995, p. 26.

fundador del *Ordine Nuovo*, una vez conformado el PCd'I, habría sido el portavoz de uno de los dos extremos del *spectrum* político-ideológico, la “derecha”, en contraste con la cual, Gramsci obró en manera tal de sustraer a la “ultra-izquierda” de Bordiga un partido en abierto conflicto con las directivas de la Internacional Comunista, hasta asegurar, con el cambio del grupo dirigente, su alineamiento a la línea del frente unido. Obviamente, términos cuales “derecha”, “centro”, “izquierda” asumen aquello que necesita ser explicado: la lucha política interna a las filas del socialismo italiano, primero, y del partido comunista, después, relativamente a la concepción del partido, el Estado, la revolución, y la misma relación con la Tercera Internacional. Si la cuestión concierne el periodo de la labor de Gramsci para la formación de un nuevo grupo dirigente, lo cual va más allá del corte temporal de esta investigación, abarca también, o tal vez, sobre todo, problemas teórico-metodológicos de orden general, los relativos a un estudio de Gramsci desde la historia y la política.

A la primera discordancia entre Tasca y Gramsci, en el 1914, habría seguido, en el 1920, la mucho más áspera y abierta polémica, en las páginas del “Ordine Nuovo”, entorno a la función de los consejos de fábricas y su relación con las otras organizaciones históricas del proletariado -el partido y el sindicato. Teorizando acerca del *Programa del Ordine Nuovo*, Gramsci proporcionó, paralelamente, su propia lectura de los acontecimientos, construyendo la célebre imagen del “golpe de estado redaccional” que, en contra de Tasca, “urdimos yo y Togliatti”.<sup>774</sup> Era la primera construcción de una tradición, de la cual Tasca emergía como quien, por no comprender el valor de la teoría consejista, la había obstaculizado como práctica, actuando desde una concepción, según Gramsci, en la cual el abstractismo del culturalista y el economicismo del reformista conformaban las dos caras de una misma medalla.

Nos encontramos en el prelude del final de la revolución posible, en relación a la cual el epíteto “rojo” no evoca solamente los consejos de fábricas, sino también el congreso de Bologna, o sea, la propuesta de adhesión del Psi maximalista a la Internacional de los

---

<sup>774</sup> “Urdimos, yo y Togliatti, un golpe de Estado redaccional; el problema de las comisiones internas fue definido explícitamente en el n. 7 de la revista; algunas tardes antes de escribir el artículo, yo había presentado al compañero Terracini la línea del artículo y Terracini había expresado su pleno consentimiento como teoría y como práctica; el artículo, dado el consentimiento de Terracini, con la colaboración de Togliatti, fue publicado y aconteció aquello que nosotros habíamos previsto; fuimos, yo, Togliatti, Terracini, invitados a tener conversaciones en los

círculos educativos, en las asambleas de fábrica [...] el problema del desarrollo de las comisiones internas se convirtió en el problema central, en la *idea* del ‘Orden Nuovo’ [...] era el problema de la libertad obrera [...]” Gramsci, *Il Programma dell’Ordine Nuovo*, en “L’Ordine Nuovo”, 14 agosto 1920 y 28 agosto 1920, ON (1987), pp. 621-22. El artículo al cual se refiere Gramsci es el editorial *Democrazia operaia*, escrito con Togliatti, en “L’Ordine Nuovo”, 21 junio 1919, ON (1987), pp. 87-91. La cursiva es de Gramsci.

veintiuno puntos y el lanzamiento de la palabra de orden “hacer como Lenin en Rusia”; momento a partir del cual, con el orden de escisión, los equilibrios de fuerzas entre las fracciones del socialismo revolucionario italiano habrían ido siempre más definiéndose en torno a la espinosa cuestión de la relación con la componente reformista del partido. Dinámicas nacionales que, en Turín, significaron el surgimiento de divisiones internas al grupo ordinovista, las cuales habrían signado profundamente la historia del partido comunista, tanto por lo que concierne su conformación, en el 1921, por escisión minoritaria, así como su posterior evolución.

Los orígenes de los contrastes internos eran sin embargo anteriores al 1919, para encuadrarse en la crisis del socialismo reformista italiano y en cuanto parte, enfatizaba Paggi, de una fallida democratización del Estado, a causa de la cual el Psi había comprometido sus relaciones históricas con las masas populares italianas. Un proceso que había llevado al cambio de dirección del partido, producto de un empuje de las masas trabajadoras, cuya radicalización habría culminado en el bienio rojo. En el arco de tiempo que cubre desde la llegada del maximalismo a la dirección socialista, hasta la escisión de los comunistas, es decir, desde el 1912 hasta el 1921:

“las posiciones que personalidades individuales asumieron en el curso de esta evolución continuarán obrando por mucho tiempo más allá de la fundación del nuevo partido, influenciando las formas de su ingreso en la IC y la interpretación del leninismo. También el empuje innovador que Gramsci ejercita en el nuevo partido después del advenimiento del fascismo puede ser entendido solo al interior de este cuadro retrospectivo”.<sup>775</sup>

Muerto Lenin, consolidado el fascismo en Italia y arrestado Gramsci, Tasca, representante del partido en Moscú e integrante del secretariado de la IC, con el viraje hacia el sectarismo del tercer periodo, habría sido expulsado, por sus posicionamientos críticos, del PCd'I, empeñándose, desde finales de los años treinta, en la compilación de documentación para una labor historiográfica que, por primera vez, evidenció los conflictos internos al originario grupo dirigente y, en particular, momentos cruciales de diferenciación entre Gramsci y Togliatti durante el periodo turinés.<sup>776</sup> En la segunda

---

<sup>775</sup> Un periodo en el cual, enfatiza Paggi, la izquierda en conjunto se había demostrado incapaz de enfrentarse a los problemas heredados del reformismo, no por casualidad a una figura como Mussolini, substancialmente extraña a la cultura socialista, era tocada la tarea de renovar el partido. Paggi, *Gramsci e il moderno principe*, p. 103.

<sup>776</sup> Tasca recogió reflexiones, documentos y memorias en cuadernos y apuntes que Giuseppe Berti habría utilizado para compilar, en el 1966, su largo ensayo

sobre los primeros años del PCd'I. El archivo fue publicado solamente en el 1986, como *Quaderni e documenti inediti di Angelo Tasca 1940-44*, por “Annali Feltrinelli”. En el 1979, Alceo Riosa denunciaba la carencia, en la historiografía sobre el movimiento obrero italiano, de atención acordada a un personaje, Tasca, entre los más discutidos y, al mismo tiempo, menos conocidos. Riosa, A., *Angelo Tasca socialista*. Venezia: Marsilio editori 1979, p. 9.

posguerra, cuando para este entonces era ya era una figura política marginal, el Pci habría elaborado una historia de partido en la cual Tasca, denunciaba Luigi Cortesi, quedó primero abjurado, en época de “zdanovismo”, según el esquema estalinista de la condena sin apelo de las oposiciones, para después ser enjaulado en las imágenes estereotipadas del “culturalista”, “sindicalista”, “reformista” y, en este caso, apelando al Gramsci del 1920 como argumento de autoridad.<sup>777</sup>

En el marco de un debate políticamente cargado como aquel de los años setentas, la renovación de la historiografía comunista italiana, emprendida, vimos, por intelectuales militantes, o fuertemente vinculados con el Pci de Togliatti y su cultura, decidió confrontarse con la figura y obra Tasca, y no sólo en relación a las polémicas relativas a la historia del comunismo italiano y, con aquella, a la biografía política e intelectual de Gramsci, sino también por la grande importancia de la labor de Tasca relativamente a la interpretación del fascismo.

*I primi dieci anni del PCI*, una monografía publicada en el 1971, recopilaba artículos, redactados entre el 1953 y el 1954,<sup>778</sup> en los cuales Tasca había reconstruido su propia interpretación de la crisis de la primera posguerra; una labor anticipada por *Nascita e avvento del fascismo*, del 1938, publicada por primera vez en la península en el 1950.<sup>779</sup> Siempre a principios de la década de los setentas, Franco de Felice, abriendo el

---

<sup>777</sup> Cfr. Cortesi, L. *Introduzione* a Tasca, *I primi dieci anni del PCI*, pp. 8-76. En su ya citada introducción a la monografía del 1971, *Serrati, Bordiga y Gramsci*, Franco de Felice evidenciaba como, en los años setentas, “paradójicamente, mientras la historiografía comunista tendía a producir contribuciones substanciales para re-pensar su propia historia y subrayar el valor de elección y el resultado de una áspera lucha política que está en origen de aquella tradición política a la cual yo hacía referencia (gramsciana e togliattiana), era posible individuar una orientación opuesta en todo un filón historiográfico con pretensiones de novedad y de crítica desde la ‘izquierda’ del Pci: aislar la figura y la elaboración de Bordiga para utilizarla en contraposición global a la entera historia del comunismo italiano”. El autor indicaba el grupo dirigente de la “Revista histórica del socialismo” como el mayor representante de este filón y Cortesi como quien se distinguía, en este mismo grupo, por una orientación más crítica hacia Gramsci, que por la intención de recuperar políticamente la figura de Bordiga. Cfr. Franco de Felice, *Serrati, Bordiga y Gramsci*, p. 28, n. 17.

<sup>778</sup> La publicación, edita por Cortesi, recogía seis artículos de Tasca aparecidos en la revista semanal “Il Mondo” entre el agosto y el septiembre del 1953 y el enero-febrero del 1954, Cfr. Tasca, *I primi dieci anni del PCI*, “Avvertenza” y la “Introduzione” del mismo Cortesi.

<sup>779</sup> En su introducción a la edición Laterza del 1971 a *Nascita e avvento del Fascismo*, Renzo De Felice, tal vez el más reconocido estudioso del fascismo en Italia, queriendo presentar “libre de preconceptos” una obra que, enfatizaba, ya podía considerarse un clásico sobre el tema, justificaba por qué había excluido la introducción del mismo Tasca a la edición del 1950 (un texto al cual regresaré más adelante). La razón era el peso de “toda una serie de consideraciones de orden prevalentemente político del momento y por las polémicas que habían tenido lugar entre los antifascistas después del 1938 y que todavía dividían el movimiento internacional de los trabajadores y sus partidos (polémicas en las cuales Tasca había jugado un rol notable y de las cuales había salido como una figura de ‘punta’ y al mismo tiempo muy discutida) [...] el éxito, en Italia, de *Nascita e avvento del fascismo* entre el público no especializado y entre los historiadores *militantes* fue ampliamente influenciado propio por este nuevo prefacio que, con su tono agresivo y políticamente muy empeñado, terminó, en el acto práctico, por llevar en primer plano el Tasca político y por dejar en la sombra el Tasca historiador”. De Felice tomaba cuidado en enfatizar como en el juicio de Tasca sobre el fascismo y sobre el obrar de los partidos socialistas y comunistas emergía “un continuo desarrollo y enriquecimiento de los temas y las posiciones que, especialmente desde el final del 1920 hasta el 1926 (y, si se quiere, hasta el 1928, o sea, hasta el VI Congreso de la Internacional Comunista y

ya citado estudio dedicado “al complejo nudo de los años veinte”, separándose de la historia del partido como historia limitada a sus cuadros dirigentes, indicaba como lo esencial del periodo había sido el salto de calidad cumplido por el movimiento obrero en relación a cuestiones nunca resueltas en su larga historia. La renovación de una tradición, una cultura, entendida como política con perspectiva histórica -la perspectiva de intelectuales como un de Felice, un Paggi, un Ragionieri, un Haupt- no sólo implicaba regresar a Tasca, sino hacerlo en la perspectiva de una historia del partido construida desde una historia más amplia de sí, italiana e internacional, de época y de larga duración. Un ejemplo relativamente reciente de labores dedicadas a la vida y obra de Tasca es una serie de ensayos elaborados, en palabra de Di Giovanni, desde la conciencia del “abismo” que significó el estalinismo para una entera generación surgida en la profunda convicción en la actualidad de la revolución.<sup>780</sup> Emerge una figura cuyas elecciones políticas sucesivas a la expulsión del PCd’I, controvertidas tratándose de alguien que provenía de una larga y comprometida militancia en las filas del movimiento obrero, fueron las propias de quien, atravesando los dramas extremos de su época y experimentando amargas derrotas, habría transitado, en los años del estalinismo y del nacionalsocialismo, de la sutileza del análisis complejo del intelectual comprometido, hacia una elaboración humanista, espiritual, del socialismo, caracterizada por una profunda desilusión con la política de partido.<sup>781</sup> Relativamente a la época que interesa esta labor, su “fase” comunista,<sup>782</sup> Sergio Soave, uno de sus mayores estudiosos, nos presenta un Tasca cuya

---

el escrito *A proposito del fascismo* publicado en ese entonces por Palmiro Togliatti), habían sido elaborados y llevados adelante por el grupo gramsciano del cual Tasca había hecho parte”. De Felice R., *Introduzione a Nascita e avvento del Fascismo*, Firenze: Editori Laterza, [1950] 1972. Vol. I, pp. X-XI; XIV. Las cursivas son del autor.

<sup>780</sup> Se trata de ponencias presentadas a un congreso del 1992, realizado en Italia en ocasión del centenario del nacimiento de Tasca. Cada uno de los ensayos cubre una “fase” de su vida política y han sido recogidos, por Soave, en *Un eretico della sinistra Angelo Tasca dalla militanza politica alla crisi della politica*, op.cit.. La intención de la monografía, indicaba Biagio Di Giovanni, era reconstruir “la contradictoria y sin embargo atenta presencia de Tasca en las intersecciones más dramáticas en la historia de los movimientos de emancipación social del siglo XX”. En contra de la acusación, característica de la “línea general”, de haber sido “un simple archivista de la revolución”, la historia sucesiva, o sea, la experiencia del totalitarismo soviético, había hecho emerger como mérito, enfatizaba el estudioso, una actitud intelectual caracterizada por la búsqueda de la explicación histórico-política de los fenómenos, la cual desembocó en su estudio pionero de los orígenes del fascismo

italiano y en la observación constante de la evolución de los partidos comunistas y la tercera internacional vía la recolección de una preciosa documentación. Di Giovanni B., *Introduzione a Soave*, S. (a cura di) *Un eretico della sinistra*, pp. 9-18.

<sup>781</sup> Sucesivamente a la expulsión del PCd’I, exiliado en Francia, Tasca había regresado a las filas socialistas, eligiendo el ala reformista, empeñándose, en los años de los “frentes populares”, en contra del ala filo-sovietista. La posición asumida en la Francia bajo ocupación nazista representó el “viraje” político más controvertido. Davide Bidussa reconstruye, en particular, la adhesión de Tasca al gobierno de Vichy y, distinguiendo entre *vichismo* y colaboracionismo, nos presenta un Tasca que decidió adherir a un programa de revolución nacional dada una derrota que interpretaba en términos de derrumbe civilizatorio y por la búsqueda de una tercera vía entre estalinismo y nacionalsocialismo. Cfr. Rapone, L. *Gli anni del antifascismo*, y Bidussa, D., *Disincanto e inadeguatezza del politico. Angelo Tasca tra Vichy e secondo dopoguerra*, en Soave, S. (a cura di) *Un eretico della sinistra*, pp. 83-106; 107-177.

<sup>782</sup> La cual cubre desde los inicios de la militancia de Tasca en la sección socialista turinesa, hasta la llegada de



perspectiva habría anticipado el Gramsci de los *Cuadernos*. Lo problemático, argumentaré, no es el Tasca que emerge en su reconstrucción, sino el Gramsci que aparece de reflejo.<sup>783</sup>

Antes de la guerra, una temprana participación en las luchas del movimiento obrero y un conocimiento del moderantismo histórico del asociacionismo socialista turinés, más larga y profunda en Tasca que en los otros futuros ordinovistas, hacía del primero un cuadro ya formado que, por la experiencia acumulada, según Soave, supo reaccionar, con más decisión de sus compañeros, a las sugerencias de Mussolini. Sin embargo, sí y en qué términos el joven Gramsci fuera “sugestionado” por Mussolini es una cuestión a debate. El estudioso indica en la crítica de Tasca al entonces director del “Avanti!” el testimonio de una alcanzada “autonomía cultural y solidez política”, frente al poder de atracción de la tesis mussoliniana “acerca de la guerra como ocasión extraordinaria para transformar a la sociedad italiana”.<sup>784</sup> Labores recientes, entre los cuales la importante monografía de Rapone,<sup>785</sup> reconstruyen el antesala de la entrada en guerra en términos sofisticados que ponen precisamente en discusión la tesis de la “sugestión”, mostrando como aquella que era una “ocasión” para Mussolini, representaba, en Gramsci, una elaboración de la crisis, en proceso, del Estado liberal en su especificidad italiana.

Relativamente al periodo ordinovista, la polémica de Soave se dirige en contra de una historiografía que, en sus palabras, “se ha por largo tiempo estabilizado sobre la versión proporcionada, en su época, por Gramsci”.<sup>786</sup> La contraposición entre quien, el sardo, quería subordinar el sindicato al consejo, por ser ésta la figura adaptada a una época revolucionaria, y quien, el piemontés, luchaba por conservar el sindicato como tradicional mecanismo de poder interno al mundo del trabajo y dejar al partido el campo exclusivo de la lucha política. En este caso, la cuestión es si la crítica a la “línea interpretativa general” por su supuesto esquematismo, una vez atribuida a Gramsci (y a Lenin), permite efectivamente recoger el porqué de su embate con Tasca y, con aquél, el sentido teórico-político del *Programa del Ordine Nuovo*.

Según Soave, Tasca había identificado plenamente en la cuestión del poder la sustancia política del momento, desde la preocupación, compartida con Gramsci, con una

---

al secretariado de la IC y la expulsión de las filas del PCd'I. (1910-1929).

<sup>783</sup> Me refiero a dos labores de Soave, o sea, *Angelo Tasca comunista* y *Gramsci y Tasca*. El segundo ensayo, del 2008, retoma, a mi parecer sin substanciales diferencias, las tesis sostenidas en la contribución del 1995.

<sup>784</sup> Soave, *Angelo Tasca comunista*, p. 29.

<sup>785</sup> El texto de Rapone al cual me refiero, y que retomaré más adelante, es su *Introduzione* a Id., *Cinque anni che paiono secoli*, op.cit.

<sup>786</sup> Una tradición que se apoyó, enfatiza el estudioso, en el “reconocimiento por parte de Lenin del valor de la teoría consejista madurada en Turín”. Soave, *Gramsci y Tasca*, p. 102.

preparación cultural de la cual consideraba carecían los cuadros dirigentes del socialismo turinés y cuya traducción, en términos organizativo, identificaba con la valencia revolucionaria de los consejos de fábrica.<sup>787</sup> El determinante de la requisitoria de Gramsci, por lo tanto, no sería para buscarse en el Tasca del acuerdo con el sindicato dada una concepción abstracta de la cultura y una economista de la política; el Tasca reformista porque culturalista; el “compañero” que, atacaba Gramsci, por cultura entiende:

“recordar a la buena clase obrera, que es tan atrasada, ruda e iletrada [...] la Comuna de Paris, sin oler, ni de lejos, que los comunistas rusos, en las huellas de Marx, reconectan el Soviet, el sistema de los Soviet, a la Comuna de París”.<sup>788</sup>

El determinante habrían sido los límites en la concepción “clase-partido-Estado” según el mismo del Gramsci del Ordine Nuovo, el cual habría absolutizado los consejos separando, en ese entonces, entre democracia y socialismo.

En la crítica de Soave a la “tradición” juega un rol cardinal la atención prestada a, y una propia elaboración de, la temporalidad histórica. El enfrentamiento de Gramsci con Tasca se abre en las semanas sucesivas a la primera derrota, en abril 1920, del movimiento de los consejos. Tasca, invitado por la Cámara de Trabajo de Turín a intervenir en su congreso con una relación sobre consejos y sindicatos, recibe la acusación de Gramsci de haber “usurpado el derecho a hablar en nombre del Ordine Nuevo”.<sup>789</sup> Mientras tanto, ha ido verificándose un cambio en los equilibrios de fuerzas internos a la sección política turinesa del cual Gramsci sale, en el verano, como representante de una fracción fuertemente minoritaria.<sup>790</sup> El hecho que redactara en este periodo el *Programma dell’*

---

<sup>787</sup> “La sensación de un mundo en ruinas, de una tragedia frente a la cual las viejas clases dirigentes se muestran impotentes, constituye, para ambos, la premisa de la necesidad de la revolución”. Soave, *Angelo Tasca comunista*, p. 33.

<sup>788</sup> Gramsci, *Il programma dell’Ordine Nuovo*, en “L’Ordine Nuovo”, 14 y 28 agosto 1920, ON (1954), pp. 146-54.

<sup>789</sup> Gramsci, *ibidem*. Según Soave, hasta mayo del 1920, no hay alguna documentación que demuestre un paulatino aislamiento de Tasca del resto del grupo. El estudioso releva que, sin el acuerdo con la perspectiva de Gramsci, no resultaría posible explicar por qué la sección política turinesa, de la cual Gramsci es en ese entonces miembro, asignara propio a Tasca roles de plena responsabilidad para el desarrollo del movimiento y, en particular, la defensa, en las páginas del “Ordine Nuovo”, del valor de los consejos frente a los ataques de Bordiga, su crítico más áspero. Además, durante la ‘huelga de las agujas’, la primera prueba de fuerza, a Tasca (y a Terracini) fue encargada la tarea de sostener las razones del movimiento en Milán,

frente al estado mayor del Psi. El enfrentamiento con Gramsci, continúa Soave, desató cuando, después de la derrota, Tasca intervino en la Cámara de Turín, invitado para hablar de la relación entre consejos y sindicatos. Había aceptado, continúa Soave, en cuanto Tasca veía en el mundo del asociacionismo y del sindicalismo, bastión reformista, una trincheras de trabajo fundamental, dada, además, la acusación de “extremistas” en contra del “Ordine Nuovo” que había ido tomando fuerza entre las mismas filas del socialismo político después de la derrota de abril. Soave, *Angelo Tasca comunista* e Id. *Gramsci e Tasca*.<sup>790</sup> Relativamente a la composición de la sección política turinesa, en el 1919, regresado del frente de guerra, Tasca, activo en los debates anteriores al congreso de Bologna, no había sido elegido como miembro del ejecutivo, lo cual demuestra como ya no fuera “el leader indiscutido de los jóvenes turineses, mientras Togliatti, Terracini y Gramsci iban asumiendo un perfil autónomo”. En el congreso nacional de Bologna del 1919, había tenido lugar el pleno enfrentamiento entre quienes refutaban la

*Ordine Nuovo* comprobaría, según Soave, sus razones meramente tácticas; sintiendo crecer a su alrededor el aislamiento, Gramsci habría decidido jugar “la carta brutal de la descomulgación” en el intento de reafirmar su dirección ideológica sobre el grupo turinés, dado un Terracini y, sobre todo, un Togliatti, que habían reconocido “la concepción taschiana de la revolución más orgánica, menos obsesivamente limitada a la fábrica y tendiente a individuar otras instituciones ‘soviéticas’ en la sociedad italiana (productos de una historia tan diferente de aquella rusa)”. No sólo “en Tasca no había, en todo el curso del 1919, la voluntad de contrastar la construcción consejista”,<sup>791</sup> sino, apostando por la renovación radical del partido y el sindicato, el gramsciano era él mismo, mientras Gramsci, con el “golpe de redacción” renegaba de sí mismo, buscando resolver “pragmáticamente” el problema de la dirección y la unidad, reaccionando dogmáticamente al propio aislamiento ideológico.

“Se consumaba entonces no sólo una ruptura profunda entre Gramsci y la sección socialista turinesa, sino también un alejamiento entre él y las orientaciones prevaletentes en la clase obrera turinesa, exactamente en relación al tema de los Consejos. Y todo eso en un momento crucial para la historia de la izquierda y en un momento decisivo para la formación del partido comunista”.<sup>792</sup>

Sólo en cuanto aislado de los compañeros y del mismo proletariado turinés, Gramsci habría madurado la decisión de dedicarse a la organización de la fracción comunista, la cual operaba a nivel nacional y de la cual era, en este entonces, líder indiscutido el abstencionista Bordiga. El mismo Bordiga que, detractor, en el bienio, del movimiento de los consejos según Gramsci, en nombre de la exclusividad del partido como órgano político, había sido detractor, antes de la guerra, de Tasca y la necesidad de una labor cultural entre las bases obreras, en nombre del espontaneismo revolucionario de la clase. Así encuadrada la fractura del 1920, Soave procede hacia “sus” primeros diez años del PCd’I, presentándonos la historia, hasta el 1924, de “una especie de persistente diafragma

---

expulsión de los reformistas en nombre de la unidad del partido -el maximalista Serrati-, y quienes, entre los favorables a esta expulsión, apoyaban -los ordinovistas de Gramsci- o rechazaban -los abstencionistas de Bordiga- la participación en las próximas elecciones de noviembre. Tasca, con Terracini, sostenía la corriente maximalista electoralista, y, aún favorable a la expulsión de los reformistas, se había manifestado en contra de toda división interna; Gramsci y Togliatti, aun igualmente para la participación a la lucha electoral, insistían en la necesidad de una clara diferenciación entre posiciones ideológicas, razón por la cual habían apoyado, sin que esto signifique que compartieran el programa, la conformación de una lista abstencionista. En julio del 1920, la crisis provocada por la “huelga de las agujas”

llevaba a las elecciones para la renovación del ejecutivo de la sección turinesa, durante las cuales, además del avance de la corriente abstencionista y su prejuicio anti-electoral, la mayoría se manifestó a favor de la posición de Tasca y Terracini, mientras la fracción de Gramsci alcanzaba sólo una cantidad exigua de votos. Gramsci quedó así excluido de la lista para las elecciones de noviembre, sufriendo también el distanciamiento de Togliatti, elegido como nuevo secretario de la sección. Soave, *Gramsci e Tasca*, pp. 102-110.

<sup>791</sup> Soave, *Angelo Tasca comunista*, pp. 33-35.

<sup>792</sup> Soave, *Gramsci y Tasca*, p. 108. En Soave, la reconstrucción del 1920 niega tajantemente la tesis de la continuidad entre el Gramsci del “Ordine Nuovo” y el Gramsci dirigente del PCd’I.

entre Gramsci y los compañeros turineses ahora confluídos en el Partido”. Conformado en el 1921 el partido comunista, los tres años de dirección bordighiana habrían sido la historia de un Gramsci “disciplinado sostenedor” del extremismo y su abstractismo teórico.<sup>793</sup> Un Gramsci marginal y teóricamente agotado, a diferencia de un Tasca que, a partir de las primeras manifestaciones del fascismo, cuando todavía éste se encontraba en la fase movimentista de la violencia “squadrista”, afondaba sus ataques polémicos en contra de Bordiga, habiendo madurado la temprana convicción de la necesidad, primero “desde abajo”, luego también, “desde arriba”, de unir los esfuerzos de comunistas y socialistas en un frente común de resistencia. Mientras tanto Gramsci, aun considerando aquellas que Soave indica como unas meras incursiones en el análisis de la novedad y complejidad del momento histórico, permanecía en las “abstractas jaulas analíticas” del partido según Bordiga, citando como fuera el mismo Gobetti el primero en reconocer una regresión que se reflejaba en un general decaimiento teórico de las páginas del *Ordine Nuovo*, ahora cotidiano.<sup>794</sup>

Él que había sido colaborador del *Ordine Nuovo* semanal durante el movimiento de los consejos de fábricas, presentando, en el 1922, “la historia de los comunistas turineses escrita por un liberal”, efectivamente hablaba de “un cerebro y una actividad”, los de Gramsci, vueltos áridos. Al mismo tiempo, siendo ésta una reflexión que Soave olvida señalar, para Gobetti:

“El movimiento comunista turinés en los años 1918-1920 se presenta con una organicidad y una seriedad de intenciones que suscitan maravilla e interés también en un adversario. Hay una rigidez que, por la intransigencia, se ha vuelto casi un mito en el pensamiento de quien la ha considerada desde lejos. En realidad, de la experiencia política turinés, ha nacido el partido comunista y es posible rastrearlo en los documentos de por lo menos tres años anteriores a la constitución oficial. Razones históricas complejas han fijado en el movimiento obrero turinés características originalísimas con consecuencias de importancia histórica excepcional”<sup>795</sup>

---

<sup>793</sup> Según Soave, la débil influencia que Gramsci ejercía, en este entonces, entre las filas de la sección política y del mundo obrero turinés explicaría por qué no habría tomado la palabra durante el Congreso de Livorno; por qué fuera incluido en el comité central del nuevo partido sólo después de muchas discusiones y, en la región donde los comunistas recibían más consensos, tampoco resultó en la lista para las elecciones políticas del 1921. Al contrario, entrado en el partido comunista, Tasca fue nombrado responsable del trabajo sindical, un frente desde el cual se habría dado cuenta de cómo, y entre los mismos comunistas, “la ruptura ya no era considerada la panacea de todos los males”. Soave, *Gramsci y Tasca*, pp. 112-114.

<sup>794</sup> Soave, *Gramsci y Tasca*, p. 113. Quisiera subrayar que entre los artículos de Gramsci pertenecientes al “*Ordine Nuovo*” cotidiano o segunda serie (1921-22), fueron apareciendo, como veremos evidenciar el

mismo Gobetti, las primeras y fundamentales análisis del fascismo. Los artículos de Gramsci del 1921-22 fueron por primera vez publicados en el 1966, y bajo el título “Socialismo y fascismo”; mientras el Gramsci del 1923-26 es el del volumen la *Construcción del Partido Comunista*, publicado en el 1971, y el de la correspondencia desde Viena con los compañeros de partido del 1923-24, esta última recogida en la *Formazione del grupo dirigente*, del 1962. Las que voy citando son todas operaciones editoriales fundamentales para la renovación de los estudios del Gramsci desde la historia y la política, y todas acontecieron bajo directa supervisión, y, en el tercer caso, por iniciativa, de Togliatti.

<sup>795</sup> Piero Gobetti, *Storia dei comunisti torinesi scritta da un liberale*, en “*La Rivoluzione Liberale*”, anno I, n. 6., 26 marzo 1922, consultado en Spriano, P. (a cura

Regresaré en breve a “Gramsci y Tasca” según el editor de “La Revolución liberal”.

Continuando con el tema de la periodización, y entrando en la fase crucial de su empeño en la lucha por la formación de un nuevo grupo dirigente -el bienio 1923-24-, Soave nos presenta un Gramsci que habría asumido la necesidad de la ruptura con el extremismo de Bordiga sólo *in extremis*. Nos encontramos en la fase más áspera de la confrontación entre un PCd'I que atribuye sus raíces identitarias a la ruptura con el Psi y una Internacional que, oficializado el primer cambio de línea,<sup>796</sup> indica a los comunistas italianos realizar un frente unido en función anti-fascista, no solo como acción común, sino como fusión entre los dos partidos. Una medida que, durante los meses que anteceden la “*marcia su Roma*”, el Presídium vota como resolución, y, durante el IV Congreso, realizado inmediatamente después “del fatídico octubre del 1922, cuando todos los nudos llegan al peine”, ordena a Bordiga y Bordiga ordena a los delegados, y por lo tanto a Gramsci, boicotear.<sup>797</sup> Mientras Gramsci está todavía, según Soave, plenamente alineado con Bordiga, Tasca presenta al tercer Plenum de la Internacional “un documento de extraordinaria fuerza analítica, un lúcido alegado en contra de todos los errores de la acción del PCd'I entre el 1921 y el 1923”.<sup>798</sup>

El estudioso señala el Togliatti del 1962, o sea la ya citada introducción a la *Formación del grupo dirigente*, donde la iniciativa de Tasca es presentada como origen de un reforzamiento de la unidad de la mayoría en contra de la minoría de “derecha”, de un empuje para la separación de Bordiga. Según Soave, al contrario, esta determinación emergió solamente un año después, en el 1924, por la firme y exclusiva decisión tomada por Gramsci de romper con Bordiga, y sólo una vez que éste amenazara, desde la cárcel, la ruptura definitiva con la Internacional.

Vamos, empero, a la complejidad de la reconstrucción de Togliatti:

“Hubo una primera ruptura de la vieja dirección durante el IV Congreso de la IC, cuando la delegación italiana tomó la decisión, a gran mayoría, de aprobar las propuestas del Ejecutivo

---

di), *Gobetti, Scritti politici*, Torino: Giulio Einaudi Editore, 1960, p.p 279-280.

<sup>796</sup> Con los veinticuatro puntos del llamamiento al frente único, dirigido al proletariado internacional el primero de enero del 1922.

<sup>797</sup> Gramsci, como es sabido, en el 1922 había sido enviado a Moscú en calidad de representante del partido. Según la reconstrucción de Soave, en este entonces se “oponía enérgicamente” a la resolución de junio del Presídium de la IC. Cuando, en octubre, Bordiga ordenó a la delegación italiana presente al IV Congreso boicotear las directivas de la IC, durante las

discusiones de la comisión encargada de discutir el caso italiano, siempre según Soave, Gramsci era plenamente decidido a seguir la línea bordighiana. Soave, *Gramsci y Tasca*, pp. 114-116.

<sup>798</sup> Soave, *ibidem*, p. 116. La referencia es a Tasca, *Relazione della minoranza del PCI sulla mancata fusione col PSI*. Tasca, en este entonces, era miembro del nuevo ejecutivo que, en junio, con el arresto de Bordiga, la IC había designado de autoridad, pidiendo a Gramsci transferirse a Viena para seguir más de cerca al partido italiano.

internacional. A esta ruptura no correspondió, sin embargo, la formación de un nuevo grupo dirigente. Ninguno pensó tomar la iniciativa. El viejo comité ejecutivo regresó en Italia con todos sus poderes, con la excepción del problema de la fusión con los socialistas, que por un complejo de razones no se pudo realizar. Disgregado con los arrestos el viejo Comité ejecutivo, las medidas para la organización de una nueva secretaría tuvieron un carácter del todo transitorio y ocasional. Al comité ejecutivo ampliado del mes de junio, el desacuerdo con la Internacional se reaviva, por ciertos aspectos hasta se vuelve más áspero y *hasta el fin del 1923 la nueva dirección, formada por decisión internacional, logra desarrollar un gran trabajo práctico, empero no logra saldarse interiormente*. Se toman los primeros pasos en esta dirección, finalmente, en los primeros meses del 1924, empero, en el mes de junio de este mismo año, cuando se abre la crisis Matteotti, si es verdad que un nuevo grupo dirigente existe y es seguro de sí, igualmente verdadero es que éste no ha todavía logrado conquistar la confianza de todo el partido, *lo cual es condición indispensable para que de una nueva dirección se pueda hablar*".

Intercalando esta reconstrucción con las ya citadas reflexiones respecto a la necesaria autonomía de la labor historiográfica:<sup>799</sup>

“¿Por qué hubo tanta hesitación, tanto en Gramsci, así como en Scoccimarro, Terracini, Togliatti y los otros, en el hablar crudamente de la necesidad de conferir al partido nuevas orientaciones y una nueva dirección, aun cuando *ellos ya estaban realizando de hecho el cambio necesario*? Ya nos hemos referidos, en relación al II Congreso, al grupo minoritario de derecha, a aquello que era y a la medida en la cual podía constituir un real peligro de desviación y disgregación de todo el partido. Del complejo del epistolario que hoy se publica resulta que el temor de este peligro continuó siendo presente, actuando hasta el último como freno a un desplazamiento más rápido y decidido. En el junio del 1923, de hecho, el grupo minoritario tomó una iniciativa muy peligrosa, reivindicando para sí, frente a la Internacional, la dirección. La demanda no fue recogida, empero, en el debate por ella provocado, y, contemporáneamente al fracaso del intento de fusión con el partido socialista, habían sido presentadas argumentaciones, de hecho, falsas, que exasperaban y refutaban todos los compañeros partícipes, de una forma u otra, de la vieja dirección. Como, por ejemplo, la afirmación que la responsabilidad para el advenimiento del fascismo cayera sobre los comunistas. No sólo era una afirmación equivocada, sino tal que ponía en discusión, en caso hubiera sido necesario develar su sentido, hasta la legitimidad y necesidad de la escisión de Livorno”.<sup>800</sup>

Togliatti proseguía indicando las posiciones “incoherentes, contradictorias” en relación a la lectura del momento histórico según la minoría de derecha; enfatizaba el peso del pasado y “la orientación y el estado de ánimo presente, en aquel periodo, en las masas de los adherentes al partido” respecto al abrirse a los socialistas y a una nueva orientación; argumentaba la necesidad de emprender un debate interno e impulsar las bases para que se acostumbraran a la elaboración política colectiva y, en fin, señalaba cuánto las capacidades de dirigente e intelectuales, así como las posiciones, de Gramsci fueran familiares sólo a sus más cercanos colaboradores. Sobre todo, Togliatti resaltaba el método seguido por Gramsci en la construcción de un nuevo partido: mover la discusión

---

<sup>799</sup> Cfr. la introducción de esta labor.

<sup>800</sup> Togliatti, *Introduzione* en Id. *la Formazione del Gruppo dirigente del Partito Comunista Italiano*, cit. pp. 30-33. Las cursivas son mías.

de las cuestiones organizativas y llevarla hacia el análisis y la comprensión de la novedad del presente histórico y de las nuevas relaciones de fuerzas que habían ido madurando. Entrar en el debate relativo a las dinámicas del conflicto entre socialistas y comunistas y a su articulación con el avanzar, en Italia, de la reacción, examinar los límites de la IC en recoger los elementos de novedad del fascismo, y, en fin, articularlas a las mismas aporías del frente unido que desembocaron en el viraje del tercer periodo, todo esto constituiría una labor de investigación en sí, sobre todo por tratarse de una serie de problemáticas históricas que conformaron *la* época fundamental en el proceso de maduración intelectual y política de Gramsci. Mi intención es resaltar cómo, en la reconstrucción de Soave, lo que desaparece es precisamente el horizonte problemático presentado por Togliatti en el 1962 y sus consecuencias para el estudio no sólo del Gramsci dirigente de un nuevo partido, sino de su entera labor teórico-política, tanto la anterior, así como la sucesiva al 1924-26.

En la reconstrucción historiográfica de Soave, porqué limitada a una historia del grupo dirigente, desaparece el Gramsci para el cual la preocupación con el método era con la unidad no del nuevo grupo sin más, sino de éste en cuanto partido, es decir, en cuanto, en la perspectiva de Gramsci, formación de una voluntad colectiva con capacidad político-cultural expansiva. Desaparece la lucha para la conformación de un nuevo grupo dirigente como un esfuerzo de traducción del frente unido en Italia y dado el fin de una entera época histórico-política en el plano internacional. Una perspectiva a la cual Gramsci había llegado, enfatizaba nuevamente Togliatti, gracias a una línea investigación, por él abierta, en búsqueda de la determinación específica del fascismo y en contraposición a una tendencia en ese entonces prevaleciente no sólo en el movimiento comunista, sino “común a la mayor parte de la opinión política, desde Giolitti hacia los socialistas”, o sea, el subvalorar la posibilidad del golpe de Estado por ignorar un cambio en “la naturaleza” del Estado italiano como forma. Un análisis, él del 1921-22, volcado a problematizar el porqué y el cómo de la articulación entre poder social burgués y fascismo y desde la convicción que el advenimiento al poder del régimen no excluía la posibilidad, “de vastos movimientos políticos y de masas”. Un Gramsci para el cual era plausible, junto con el emerger de contradicciones entre la burguesía y el fascismo, “la hipótesis *de una perspectiva democrática* que el movimiento obrero y el partido comunista debían ser capaces de enfrentar”. Una perspectiva estratégica a partir de la cual Gramsci habría centrado su reflexión y actividad, en el bienio sucesivo, el 1924-1926, en impulsar la unidad no solo entre las masas trabajadoras, sino la Unidad -del nombre conferido al

nuevo periódico- en términos de la “función nacional del proletariado” elaborada “en preparación del III Congreso del partido comunista como una investigación y determinación de las fuerzas motoras de la revolución socialista en Italia.”<sup>801</sup>

En la lectura de Soave, énfasis, precisamente porqué desaparece este amplio cuadro histórico-político, puede emerger un Gramsci que se separa de Bordiga por cuestiones meramente tácticas. Un Gramsci que, una vez convencido de las razones de Tasca, regresado a Roma, elegido diputado y tomando las riendas del partido, habría buscado reabsorber el compañero en el grupo dirigente, mientras la decisión que prevalecerá, por responsabilidad de Togliatti, será primero marginarlo, a partir de abril del 1924, para luego proceder hacia una expulsión, aunque todavía ideal, en el 1926, inmediatamente después del Congreso de Lyon, cuando un artículo de la “Unitá” indicará a Tasca como “representante de una plataforma de derecha que no se ha manifestado y que, posibilidad real, necesitaba ser rechazada sin alguna hesitación”.<sup>802</sup>

La historia sucesiva es el Tasca del largo dialogo interior, desde el exilio, con Gramsci, en la cárcel; el Tasca para quien Gramsci es sobre todo la correspondencia del 1926. Contra quienes lo acusaban de comprometer su memoria con la publicación de la infame carta del 1926, Tasca apelaba a la advertencia de Gramsci a no concebir “la unidad y la disciplina” en forma “mecánica y forzada”;<sup>803</sup> lo recuperaba en cuanto “invita a reflexionar sobre cuál diversa concepción del partido fundaba su acción política” quien había sido capaz de elaborar, adentro de una experiencia signada por la derrota del

---

<sup>801</sup> Togliatti, *ibidem*, pp. 38-39.

<sup>802</sup> En la reunión del comité central del 1924 Tasca fue excluido de la nueva mayoría. Soave sostiene la responsabilidad primaria de Togliatti, adoptando como prueba un testimonio de Humbert-Droz, delegado de la Comintern para las cuestiones italianas. A partir de este entonces “Tasca decide abandonar cualquiera posición de responsabilidad en el partido”. Una vez encarcelado Gramsci, y entrado el PCd’I en clandestinidad, Tasca entró nuevamente en la secretaría del partido que habría representado en Moscú hasta el año de su expulsión, en el 1929. Soave, para explicar aquello que emerge en su reconstrucción como un cambio radical por parte del mismo Togliatti, se limita a apuntar “a una paradoja no infrecuente de la política”. Soave, *Gramsci y Tasca*, 118-119.

<sup>803</sup> Tasca, *Una perdita irreparable*, escrito el año de la muerte de Gramsci. La acusación de “ensuciar” la memoria de Gramsci había sido levantada por Ruggero Grieco (en el informe de una conmemoración de Gramsci en Marsella, aparecido en el “Grido del popolo” del 19 junio del 1937). Cfr. Soave, *Gramsci y Tasca*, p. 122, n. 62. Tasca, en el 1937, divulgó por primera vez la correspondencia del 1926 que, en el 1927, en calidad de representante del partido en el ejecutivo de la IC, había podido leer, copiar y en fin

llevar consigo una vez expulsado en el 1929. Según la reconstrucción de Soave, en el agosto del 1926, durante la discusión interna al PCd’I en torno al conflicto en curso en el grupo dirigente bolchevique, mientras la mayoría del comité directivo quería redactar documentos en favor de la mayoría, Gramsci había ido sosteniendo la necesidad de “informar las masas de los compañeros de la cuestión, poniendo a su disposición todo el material necesario para que lo utilicen como elemento de estudio”. Según Soave, para Tasca, fue el momento de la “fulguración”, momento en el cual comprendió el sentido de la posición de Gramsci y, desde este mismo entonces, procedió, en dialogo interior con el compañero en la cárcel, hasta llegar a la elaboración de sus *Los orígenes del fascismo* y *Los primeros diez años del PCI*. Soave, pp. 118-123. Ya vimos, sin embargo, como Gramsci quería limitar, en un primer momento, la discusión política sobre los acontecimientos rusos, por su misma delicadeza, a los cuadros dirigentes, mientras su esfuerzo se dirigía, paralelamente, a la publicación de toda la documentación oficial que llegaba desde la IC. En la reconstrucción de Soave no aparece, por lo tanto, ni la complejidad conceptual de la reflexión emprendida por Gramsci en el epistolario del 1926, ni el sentido y la forma del conflicto con Togliatti.



movimiento obrero, una idea de partido y de socialismo en dirección totalmente antitética al estalinismo.<sup>804</sup> La interrogación de fondo es cómo, o en términos de Soave, “desde dónde”, Gramsci hubiera extraído esta otra, otra del estalinismo, concepción del partido y de la revolución. La respuesta, reconoce, cita y enfatiza el estudioso, es límpida en Tasca y sale a la luz en su polémica introducción a la primera edición italiana del 1950, abajo parafraseada, a “*Nascita e avvento del fascismo*”.

Para quien había sido “*formado antes del 1914*” en el fermento ideal de la libertad, no era posible soportar el “clima espiritual siempre más rarefacto y los métodos siempre más intolerantes” no sólo, aunque sobretodo del estalinismo, sino también del bolchevismo [...] Este “*liberalismo irreducible*” que en él [Tasca] había sido un antídoto, en Gramsci, por la superioridad de su coherencia intelectual, “se había transformado en un factor orgánico del proceso revolucionario [...] Ahí la profunda originalidad de la concepción que Gramsci tuvo de los consejos de fábrica [...] entre esta concepción y la práctica y la misma doctrina bolchevique [...] hay una contradicción tan absoluta que si Gramsci hubiera podido participar todavía libremente a las luchas políticas, su ruptura con los dirigentes bolcheviques, ya implícita en la carta del 1926, habría resultado ser una consecuencia necesaria”. El “*núcleo de la concepción de Gramsci*” es el “*liberalismo*” “que hizo de Gobetti uno de sus verdaderos discípulos frente a quienes “Togliatti y otros lo traicionaban, brincando, y no sin una lógica ironía, desde el ‘idealismo actual’ hacia el ‘estalinismo’”<sup>805</sup>

El Gramsci de una concepción del partido y de la revolución otra a la Internacional del tercer periodo, es, en el Tasca del 1950, el Gramsci en discontinuidad con Lenin en la época del “Ordine Nuovo” y en continuidad, en los *Cuadernos*, con el liberalismo que habría definido su actividad y orientación ideológica antes del 1917. El Gramsci que, para Gobetti, era “más que un táctico o un combatiente, un profeta”<sup>806</sup>era, según Tasca, quien había combatido desde una posición moral e intelectual más allá de la política y la historia y sobre la cual pesaba, después de la muerte, la hipoteca de Togliatti. El autor de los *Cuadernos*, en fin, como quien, una vez separado de la vida pública, había optado por resolver las contradicciones histórico-políticas en una ética de la libertad: Tasca.

Regresando a la época del *Ordine Nuovo* según Soave, él que, en los años inmediatamente sucesivos a la guerra, había ido conformándose como el principal elaborador teórico de la posibilidad y condiciones, en Italia, de “hacer como en Rusia”, Gramsci, aparece como mucho más de un sectario extremista, y, sin embargo, mucho menos de quien, Tasca, ya

---

<sup>804</sup> Soave, *Gramsci e Tasca*, p. 122.

<sup>805</sup> Consultado en Soave, *Gramsci e Tasca*, pp. 708-709. También, Tasca, *Nascita e avvento del fascismo*, Soave, S. (a cura di). Firenze: La nuova Italia, 1995. En esta introducción -que, como vimos, Renzo de

Felice había decidido excluir de la edición del 1971-Tasca volvía a publicar extractos de la carta del 1926. Las cursivas son mías.

<sup>806</sup> Gobetti, *Storia dei comunisti torinesi scritta da un liberale*.

“había madurado cultura, experiencia y carácter”. La imagen de un Gramsci provincial - como él mismo, vimos, se habría autodefinido en el 1933 refiriéndose, sin embargo, al 1911 y a su llegada a Turín, y, más en general, a la necesidad de un proceso constante de autocritica y ampliación de horizontes histórico-políticos-, la imagen de un Gramsci “inmaduro”, la cual, en calidad de marxista, abarcaría para unos hasta el 1917, para otros hasta el 1922,<sup>807</sup> en Soave, así como en Tasca, termina por ceñir su entera biografía política e intelectual hasta el fatídico 1926.

Soave, vimos arriba, apela como argumentación de autoridad a Gobetti, quien, con su proyecto de “rejuvenecer la cultura italiana, en todos los campos, del arte, la literatura, la política”, representaba la culminación y el inicio de la disolución de la componente liberal democrática del bloque intelectual liderado, y moderado, por Croce.<sup>808</sup> La revolución como adhesión de una “aristocracia política liberal (aquella que nosotros quisiéramos crear) al movimiento surgido desde abajo”;<sup>809</sup> para que “el movimiento revolucionario del Risorgimento entrara por fin en el espíritu de las masas populares, haciéndolas adherir creativamente a un Estado.”<sup>810</sup>

En la perspectiva de Gobetti, el valor de los comunistas del Ordine Nuovo, “un oscuro grupo de jóvenes que Italia no ha conocido y no conoce”,<sup>811</sup> había sido plantear la autodeterminación no sólo de la clase, sino de la entera sociedad, volviendo a *el* problema histórico, en Italia, de toda iniciativa política, “ineluctablemente incierta entre una tendencia autonomista y una tradición reformista (Mazzini y Cavour)”, o sea, la democracia como subversivismo de las masas y el liberalismo como elitismo de la clase dominante.<sup>812</sup> La ausencia, en Italia, de un pueblo que reconociera el Estado como propio, como expresión de sí, de su voluntad, era uno mismo, para Gobetti, con la ausencia histórica de una clase efectivamente dirigente. Una inercia de pensamiento, de espíritu,

---

<sup>807</sup> Respectivamente con la primera reflexión sobre el bolchevismo, en un caso; con la experiencia directa de los debates en curso en la IC del IV Congreso y la maduración de la decisión de asumir la lucha por el partido, en el otro.

<sup>808</sup> Gramsci, C. I, § 44.

<sup>809</sup> Gobetti, *Storia dei comunisti torinesi scritta da un liberale*, pp. 280; 81.

<sup>810</sup> Gobetti, *ibidem*, p. 289.

<sup>811</sup> “[Grupo] Que presintió las nuevas exigencias y se acercó a *las clases populares* para estudiarlas, advirtiendo su estructura esencialmente mutuada”; Gobetti, *ibidem*, pp. 280, 281. Las cursivas son mías.

<sup>812</sup> Gobetti, *ibidem*, pp. 283. El horizonte de Gobetti se muestra aquí como el exacto contrario de la revolución liberal según el elitismo de un Pareto o de un Mosca,

para quienes, vimos, la entrada de las masas en la vida política era el elemento irracional y desorganizador al cual contraponer como sujeto progresivo una burguesía que, en Italia, nunca había sido nacional, sin por eso dejar de ser liberal. Un Gobetti que por “masa” entiende los sectores populares sin capacidad de iniciativa política y por “ideal” una política concreta; un Gobetti preocupado con la transición de la “masa” hacia una capacidad dirigente por iniciativa de una de sus partes, el movimiento obrero. Un Gobetti, en fin, democrático desde la crítica a la democracia “de principio”, y popular desde la crítica al pueblo y a la clase, así como habían sido, en Italia, según, respectivamente, la praxis de la burguesía liberal y del socialismo reformista.

en la cual había emergido la profundidad del Gramsci del *Ordine Nuovo*, quien había percibido y elaborado aquello que habría podido ser Turín.

Turín como vanguardia, punto de avanzada, continuaba, para un frente unido concebido como renovación, desde abajo, de la “entera vida italiana” y por iniciativa de un movimiento obrero que, dotado de una personalidad autónoma, adunando a su alrededor los otros sectores populares, habría podido conformar la célula capaz de conferir a la nación una “personalidad de Estado moderno.”<sup>813</sup> Un capitalismo de avanzada en cuanto renovación, potencial, de la vida civil y política nacional, gracias a la clarificación del antagonismo de clase entre “los dos momentos de la civilización moderna en la perfecta culminación de su atormentada ascensión”.<sup>814</sup> Una intransigencia de clase entendida como pleno desarrollo capitalista y en cuanto, recogiendo a su alrededor la masa, condición de universalidad, habría permitido superar, creando “la psicología del ciudadano”, el viejo Estado del reformismo giolittiano y, parte de lo mismo, “los viejos mitos de la socialdemocracia italiana y extranjera, las formulas intelectualmente deducidas del Capital.”<sup>815</sup>

El Gramsci del *Ordine Nuovo* - “el sólo documento de periodismo revolucionario y marxista que haya aparecido (con seriedad ideal) en Italia” -<sup>816</sup> emerge, en Gobetti, como el Gramsci capaz de recoger la importancia de esta mutación del movimiento obrero turinés en la medida en la cual había procedido hacia un encuentro original, propio, nacionalmente determinado, con el bolchevismo, o sea, desde el problema histórico de la democracia en Italia. En Gobetti emerge el Gramsci que, antes de la guerra, adherido al socialismo más “para razones humanitarias, maduras en la pesimista soledad del sardo emigrado, que en razón de una clara concepción revolucionaria”, terminada la guerra, se había propuesto “la exegesis” de aquello que ya era un mito en la “psicología popular”, la revolución de octubre, y que no habría sostenido como modelo, sino como “incitación a una libre iniciativa desde abajo”.<sup>817</sup>

Quisiera resaltar como, del encuentro de Gramsci con el bolchevismo, Gobetti resaltaba tres temas que veremos re-emergir en la historia de partido según Togliatti, desde Togliatti en Ragionieri, y, en fin, desde, y en parcial polémica con Ragionieri, en Paggi: la guerra como parte-agua; la emersión, por primera vez en Italia, de un marxismo político

---

<sup>813</sup> Gobetti, *ibidem*, p. 279.

<sup>814</sup> Por un lado, “los esfuerzos operosos de un núcleo inteligente de capitanes de industria, los únicos que tengan el derecho de llamarse burgueses en el sentido económico de la palabra”, por el otro, la afirmación de “fuertes minorías obreras que, conquistada una

conciencia de clase, deducían con lógica segura su propia posición práctica de lucha”. Gobetti, *ibidem*, pp. 279-280.

<sup>815</sup> Gobetti, *ibidem*, p. 280.

<sup>816</sup> Gobetti, *ibidem*, p. 283.

<sup>817</sup> Gobetti, *ibidem*.

y teóricamente autónomo y, en fin, la preocupación con la formación de una cultura en tanto que “consciente ejercicio de autoridad”, adquisición de “una mentalidad de clase dirigente”.

Indicando el Gramsci del bienio rojo como quien emprendió la conversión de la “*Città futura* en el *Ordine Nuovo*”, Gobetti indicaba los consejos como nuevos organismos de lucha general, colocados en el mismo “frente único de acción” en el cual la burguesía industrial turinesa iba constituyéndose como fuerza de avanzada: el plano del Estado ético-político.<sup>818</sup> Porque la burguesía, en la esfera de la producción, como fuerza social, se sentía “moral e intelectualmente” a la cabeza de la nación e iba organizándose para constituirse, políticamente e ideológicamente, como tal, Gramsci había concebido los consejos, en relación al sindicato, como superación de los límites políticos de la acción meramente económica y, en relación al partido, de los límites nacionales de un programa “groseramente”, abstractamente, democrático.<sup>819</sup> El bienio rojo había sido la contradicción, en proceso, entre una burguesía industrial que, habiendo entendido el potencial alcance nacional del movimiento en su dimensión democrática y popular, supo oponérsele con todas sus fuerzas y, paralelamente, la incapacidad de socialismo político de comprender el fascismo no como mera reacción, sino como un proceso de reorganización de la burguesía, bajo égida de los industriales, en clase general, en partido nacional.<sup>820</sup>

---

<sup>818</sup> Casi parafraseando el Gramsci del *Programa del Ordine Nuovo*, Gobetti indicaba el consejo como el Estado que no surge del ciudadano, sino el ciudadano que surge en relación orgánica con el productor. Su juicio histórico sobre Gramsci, y por lo tanto sobre Tasca, es exactamente lo contrario de aquél de Soave. En el grupo de los cuatro fundadores, Gramsci había llegado a una posición dominante “por ser el sólo hombre maduro para los nuevos problemas”. La contraposición, según Gobetti, era entre el sentido de lo concreto de Gramsci y el abstractismo de un Tasca que, no obstante la fuerte capacidad técnica y administrativa, llegando “al movimiento político desde una educación prevalentemente literaria, y con mentalidad de propagandista de cultura y de apóstol democrático [...] pensaba el ‘Ordine Nuovo’ como una revista de ideas que retomando Antonio Labriola se re-propusiera el problema histórico de la revisión del marxismo y de la historia del movimiento intelectual italiano”. Gobetti, *ibidem*, p. 284.

<sup>819</sup> Dada una burguesía que buscaba constituirse como clase general, los consejos representaban el medio a través del cual, en la perspectiva de Gramsci, el proletariado, una “sociedad indistinta como masa” iba conformando “una aristocracia llegada desde abajo, capaz de afirmar su conciencia política y de recibir la herencia de una clase dirigente exhausta.” Gobetti, *ibidem*, p. 188.

<sup>820</sup> Nótese la interpretación de Gobetti de la derrota de abril: “Al lado del ‘Ordine Nuovo’, surgió un núcleo de obreros que se demostraron capaces de comprender la nueva situación (especialmente los comisarios de la FIAT). Y porqué las masas no podían entender y participar voluntariamente en las nuevas ideas, ellos asumieron la tarea de guiarlas donde aquellas no sabían ver, de hacerles enfrentar acontecimientos que la determinaban, conscientes o no, a emprender una acción decidida. Así lograron organizar e imponer durante diez días, en Turín, en el abril del 1920, una huelga general que no se proponía las usuales reivindicaciones salariales, sino un fin claramente ideal: el mantenimiento de los Consejos. La huelga fracasó porque *el movimiento se circunscribió en Turín (así quiso el Consejo nacional del partido socialista) y los industriales inteligentemente guiado por Olivetti (que había estudiado con cura el pensamiento de los nuevos revolucionarios y había penetrado su espíritu) se opusieron con todas sus fuerzas*”. Relativamente al movimiento de la ocupación de las fábricas de septiembre: “fue éste el bautizo”, señala, del “nuevo partido”. Una victoria en cuanto demostraba la madurez, la determinación, de la clase obrera turinesa para la revolución, una derrota por “*la imposibilidad de extender el movimiento a Italia*, tanto por los obstáculos económicos, así como por la inexistencia,

Gobetti situaba en la derrota del 1920, la comprensión histórica, necesaria para la superación política, del partido comunista surgido en el 1921; el partido de la escisión minoritaria; nacido de la “exigencia de conferir al movimiento una nueva organización política nacional” frente a los límites demostrados por el socialista;<sup>821</sup> el partido de la defensa, para el futuro avance, de la dimensión política, estatal, alcanzada por el antagonismo social de clase durante el bienio revolucionario:

“El desacuerdo entre ‘L’Ordine Nuovo’ y Serrati era esto substancialmente. El frente único de la acción proletaria debía ser para los primeros en las trincheras más avanzadas; para el segundo en las retroguardias. Serrati pensaba la ocupación del poder como encarnación de la elevación general de las masas (¿cuándo?), Gramsci pensaba *la elevación de las masas* a través de la ocupación del poder. Serrati era democrático. Gramsci era marxista.”<sup>822</sup>

En la crítica de Gobetti a Serrati en cuanto revolución de principio, abstracta, el énfasis recae en la importancia atribuida por los ordinovistas a la presencia de una minoría activa, capaz “de estimular las fuerzas populares, en lugar de esperarlas”.<sup>823</sup> Gobetti, de los ordinovistas, resaltaba “el ideal” propio de una minoría con capacidad de iniciativa política, dejando emerger un cierto elitismo y, al mismo tiempo, un intento de explicación histórica de la degeneración sucesiva. La entrada de una masa sin preparación ideológica en la vida política activa, y con aquella, en la vida del mismo partido socialista, explicaba la emersión, entre las filas del movimiento obrero, de “condotieros demagógicos”, de revolucionarios mesiánicos, de los cuales Gobetti excluía Lenin, para incluir Bordiga, y luego proceder a calificar las elecciones de Gramsci después de la derrota.

Aquello que unía, en el 1922, Gramsci a Bordiga era, según Gobetti, “una visión de la presente situación en Italia”. El partido, y el comunismo, de la rígida disciplina; el partido concebido como de una minoría directiva en lugar que dirigente, el partido “en torno a la cual la masa amorfa popular se ordena, siente la superioridad y acepta la influencia” no era el partido ni para Gobetti, ni para Gramsci según Gobetti, sino el partido así como era, y no podía no haber sido, en el 1922, dada una crisis, económico y política, que había devastado la clase obrera y dada la primaria necesidad, el reconocimiento de la cual comprobaba la madurez del grupo ordinovista, de conservar la organización frente a la derrota y el avanzar de la reacción. Al mismo tiempo, y ahí recaía el acento crítico, una

---

afuera de Turín, de una clase dirigente obrera madura”. Gobetti, *ibidem*, p. 288-289. Las cursivas son mías.

<sup>821</sup> “Es para fecharse propiamente al abril del 1920 la decisiva separación de los turineses del partido socialista y la virtual constitución de un partido comunista”; “las experimentaciones turinesas y la

quiebra de la cual se coronó la primera victoria fueron los elementos concretos que prepararon la fundación del nuevo partido comunista”. Gobetti, *ibidem*, pp. 282; 290.

<sup>822</sup> Gobetti *ibidem*.

<sup>823</sup> Gobetti *ibidem*, p. 291.

necesidad que arriesgaba hacer caer el PCd'I, y Gramsci, en “aquella soledad y anemia de esquematismo que en otros tiempos fue fatal a los mazzinianos.”<sup>824</sup> Gramsci, desde Moscú, asilado de la vida nacional, había aridecido como actividad y, sin embargo, como “cerebro”, como órgano cultural, entre el 1921 y el 1922:

*“frente al fascismo, “L’Ordine Nuovo” cotidiano ha logrado dar la palabra de orden de valiente resistencia y contraofensiva a las clases obreras que, del mismo título, como de un símbolo, emprendía a aprender la disciplina y la autoridad”.*

Gobetti escribía poco antes de la Marcha sobre Roma, en los meses de la transición del fascismo de la fase movimentista hacia el inicio de la conquista del Estado. Indicando la extrema movilidad de las correlaciones entre fuerzas, el revolucionario liberal dejaba abierta una dialéctica que consideraba “latente”. El Gramsci del 1922 era “quien se encuentra a luchar *en primis* en contra de sí mismo”.<sup>825</sup> La contradicción, en proceso, era entre dos programas, enfatizaba, igualmente prácticos: el positivo del poder como construcción desde abajo, el “Ordine Nuovo”, y el negativo, del poder como conquista del arriba, el PCd'I de Bordiga; la contradicción en proceso, en otros términos, era el mismo partido, y éste el mismo problema de la relación entre revolución y Estado.<sup>826</sup> Emergía, en fin, la sensibilidad histórico-política en la honestidad del crítico: “del resto, este proceso de realismo histórico es perfectamente comprendido por los jefes, aunque ninguno de ellos puede proponerse específicamente el examen de las relaciones que conectarán el mito con la acción práctica”.<sup>827</sup>

Gobetti, en el 1922, posicionaba el Gramsci que había adherido a la línea de Bordiga, el Gramsci “cuyas declamaciones contra el Estado fueron siempre entendida como declamaciones contra el Estado burocrático”, en relación de continuidad problemática, no ideal, ni menos aún política, con el liberalismo del siglo XIX y en cuanto liberalismo continuaba significando, en Italia, los problemas históricos irresueltos del Risorgimento, la ausencia de un Estado no sólo democrático y popular, sino nacional.

En el 1924, superada la crisis Matteotti, cuando el Fascismo, sin ser aún Estado, lo habría radicalmente re-constituido en el breve arco de dos años, indicando en Gramsci “la Revolución derrotada que va al parlamento a predecir catástrofes a los vencedores”, el

---

<sup>824</sup> Gobetti, *ibidem*, p. 292.

<sup>825</sup> Gobetti, *ibidem*, p. 293.

<sup>826</sup> El mito de la “hora resolutiva” aunque necesario a la resistencia, aunque “palingenesia para los estancados combatientes del hoy en día” arriesgaba poner en entredicho sus mismas condiciones de posibilidad.

<sup>827</sup> Gobetti, *ibidem*, p. 294. “No hay que pedir a estos hombres de acción mayor conciencia de aquella que es concedida a los combatientes” y, resaltando el realismo histórico en cuanto realismo político de Gramsci, dada “la pobreza de dirigentes que atormenta cualquier intento político italiano”, Gobetti consideraba su inercia, en Moscú, no una causa, sino una ocasión peligrosa para el avance del fascismo.

profeta cuyos discursos, en la cámara fascista, “sonarán como condenas metafísicas”,<sup>828</sup> Gobetti presentaba el político de partido para entender el cual había que regresar, enfatizaba, a los años juveniles de su formación: no sólo al socialismo “de la orgullosa dignidad y nobleza herida”, a una intransigencia jacobina, sino a quien habría sido un bolchevique, habiendo sido un hegeliano.<sup>829</sup> Al Gramsci de la dialéctica, continuaba, entre la política como “derrocamiento de la praxis” y la economía como “burguesía que trabaja lacramente para la victoria del proletariado”, cuando esta comprensión de Lenin desde Hegel será, veremos, el mismo Gramsci, y el mismo programa del “Ordine Nuovo”, según el Togliatti del 1925, a su vez recuperado por Ragonieri, Paggi, y en fin Rapone. El Gramsci que, veremos ampliamente, se había dirigido hacia, y “traducido”, el bolchevismo, y con Lenin el mismo Marx, después de los años durante los cuales su formación política e intelectual había avanzado midiéndose con los dos polos del “anti-giolittismo”: el neo-idealismo, en campo filosófico, y el liberismo, en el económico-social.

Espero haya quedado más que evidente como en el “Gramsci y Tasca” según Soave, no tenemos el testimonio y la reflexión del Gobetti en el 1922, sino aquella de Tasca en el 1950, siendo éste último el horizonte desde el cual el estudioso reconstruye el periodo de los consejos como un enfrentamiento entre “dos personalidades”. Una, sostiene, definida

---

<sup>828</sup> “Más que un táctico o un combatiente Gramsci es un profeta. Como uno puede serlo hoy en día: escuchado sólo por el destino. La elocuencia de Gramsci no derrumbará ningún ministerio. Su polémica catastrófica, su sátira desesperada, no esperan fáciles consolaciones. Toda la humanidad, todo el presente es objeto de su sospecha. Pide la justicia a un feroz futuro vengador”. Gobetti, *Gramsci*, en “*La rivoluzione Liberale*”, Año. 3, n. 17, 22 abril 1924. Consultado en original.

<sup>829</sup> Gobetti es quien construyó lo que tal vez constituye el más célebre y hagiográfico retrato de la personalidad de Gramsci. “El absolutismo filosófico de sus actitudes jacobinas es nutrido de personal sufrimiento. Un sufrimiento tan íntimo que se ha vuelto aristocracia de carácter, capaz de burlarse de cualquier auto indulgencia de la moral burguesa y de documentar la descarada crueldad de la filantropía. Es difícil encontrar un ejemplo tan característico de marxismo franco, una conciencia tan superba y firme del plebeyo que no reniega de sí mismo. Gramsci parece haber venido del campo para olvidar sus tradiciones, para sustituir la herencia enferma del anacronismo sardo con un esfuerzo solido e inexorable hacia la modernidad del ciudadano. Lleva en su persona la marca de la renuncia a la vida del campo y la imposición casi violenta de un programa construido y reanimado por la fuerza de la desesperación, por la necesidad espiritual de quien ha rechazado y renegado de su inocencia natal [...] Antonio Gramsci posee la

cabeza de un revolucionario; su retrato parece construido por su voluntad; cortado rudamente y fatalmente por una necesidad que tuvo que ser aceptada sin discusión: el cerebro ha superado el cuerpo. La cabeza dominante arriba de los miembros enfermos parece construida según las relaciones lógicas de una gran utopía redentora y se esconde en el esfuerzo de una ruda seriedad impenetrable; sólo los ojos móviles e ingenuos, pero contenidos y escondidos por la amargura, interrumpen, a veces, con la bondad del pesimista el firme rigor de la racionalidad” Gobetti, *ibidem*.

Así había escrito Gramsci sobre Gobetti “no está inscrito al Partido comunista: es un joven que ha comprendido la grandeza de la Revolución rusa y de los jefes que la guían, y ha escrito al respecto artículos que los mendigos de la socialdemocracia no son seguramente capaces de escribir. No posee responsabilidades políticas en el “Ordine Nuovo”; escribe de arte y de literatura, contribuye a la educación intelectual de la clase obrera; esperamos que se persuada siempre más que si liberalismo significa desarrollo de la libertad y de la autonomía popular, si liberalismo significa crecimiento de capacidad política en los individuos, hoy el liberalismo, como concreción histórica, vive solo en el Comunismo Internacional”. Gramsci, *Un agente provocatore*, en “Falce e Martello”, 4 junio 1921, S (1976), pp. 265-9..

por una tensión ético-política, la otra, por una tensión ético-religiosa; uno, Tasca, el político con sentido de la historia; Gramsci, el filósofo, en ese entonces, de las abstracciones, del voluntarismo, el jacobino.<sup>830</sup> Soave, en fin, resuelve *a priori* aquello que no abre como problema. En el Tasca del 1950, la ética emerge como el compromiso del intelectual con la libertad de principio; razón por la cual el ex compañero no recoge el Gramsci ordinovista que había llegado a Marx después de una propia confrontación con la intelectualidad italiana, durante la cual, en contraste con quienes, el mismo Tasca, veía en la cultura una política, había historicizado como la política, el Estado, y por lo tanto la misma revolución, fuera siempre una u otra cultura. Y porque en Tasca, y desde Tasca en Soave, no hay algún examen de aquello que signifique historicismo según el joven Gramsci, el mismo Gramsci de la madurez, el Gramsci de los *Cuadernos*, puede ser presentado como aquel en el cual la oposición al estalinismo fue conducida en términos liberales,<sup>831</sup> y no según una original elaboración política del marxismo teórico que el mismo Gobetti le reconocía.

Sólo entrando en el mérito de ésta cuestión, sólo enfocando la dialéctica juvenil entre liberalismo e intransigencia socialista, resulta de hecho posible reconocer en el Gramsci de la requisitoria del 1920 contra Tasca un Gramsci todo menos que el “pragmático” indicado por Soave. Un Gramsci que ya había abierto como cuestión político-programática aquello que en Tasca -así como vimos señalar el mismo Gobetti y procederé ahora a considerar- permanecía como ideal: la relación entre socialismo y cultura.

Había sido Tasca, en 1912, en Bologna, con ocasión del Congreso Nacional de la Federación Juvenil Socialista, el protagonista de la discusión en torno a la necesidad de promover una labor de formación en las filas de los militantes, en polémica con el “obrerismo” del también joven socialista Bordiga, el cual propugnaba el sentir la injusticia social como una fuente inmediata de movilización colectiva.<sup>832</sup> A quienes, “los nuevos

---

<sup>830</sup> Soave, *Angelo Tasca comunista*, p. 52. La historia sucesiva es la historia según Soave de un partido que, con la paulatina estalinización de la IC y bolchevización de las secciones nacionales habría perdido cualquiera perspectiva de autonomía y de un Togliatti que habría intentado preservarla heredando una política pragmatista de la cual Gramsci, con la carta del 1926, se había tempranamente separado, madurando una salida ética, moral e intelectual, y en cuanto separada de la vida de partido, estímulo y contenido de las mismas reflexiones de los *Cuadernos de la Cárcel*. Un pragmatismo del cual Togliatti había podido alejarse solo en el 1956, una vez entrado en crisis el comunismo soviético. El problema, vuelvo a

enfaticar, no es tanto, o no es solamente, la historia de un partido, él “de” Togliatti, sino, nuevamente, y, sobre todo, el Gramsci que ésta misma historia implica y refleja.

<sup>831</sup> Cfr. Tasca, *Ritorno a Gramsci e Gobetti* in “Giustizia e libertà”, 7 mayo 1937, citado también por Soave.

<sup>832</sup> La discusión había tenido su eco afuera del mismo congreso, extendiéndose en las páginas de la “Unità” de Salvemini. Cfr. CT, p. 103, n. 2. Gramsci la recordará en la cárcel, en C. II, § 26.. Spriano reconstruye el debate del 1912 en su *Storia di Torino operaia e socialista*, pp. 252-56.



Cándidos”, ironizaba, “proclaman que todo es sencillo en lo más sencillo de los mundos posibles”; a quienes “parecería que estuviéramos a la vigilia de la revolución cuando todo es todavía para hacerse”; a la “dialéctica apriorística” de quienes hablaban desde “una increíble ignorancia del alma obrera”, Tasca replicaba: “¡Natural sentimiento de solidaridad, amigo Bordiga! Todo lo contrario, interés de categoría. El peligro más que grave es que cesada la aguijada [de la miseria] cese también el sentimiento”. La tarea apremiadora era transformar el sentimiento en conciencia, una “labor compleja, delicada, difícil”, una “conciencia que se crea no con las palabras, sino con la cultura”. Ni era el lenguaje de un intelectual abstracto ni, menos aún, del sindicalista burócrata, y, sin embargo, Gramsci habría acusado a Tasca de ambos.<sup>833</sup>

¿Cómo encuadrar el debate del 1912? No sólo, enfatizaba Paggi, se insertaba en los orígenes de los conflictos de tendencias que, maduras en el 1919-1920, habrían dejado sus huellas en la historia sucesiva del Pci, sino expresaba también la especificidad italiana de la discusión sobre la forma del partido que, abierta antes de la guerra en el seno de todas las corrientes del socialismo revolucionario europeo, habría proseguido en el debate interno a la Internacional Comunista, asumiendo sus peculiaridades según los varios contextos nacionales. Para entender los términos del debate italiano, había que ir, nuevamente, hacia atrás, de regreso hacia la historia del reformismo, a la extrañeza histórica de los sectores populares de la vida política organizada y a la escasa difusión de la discusión sobre el marxismo teórico entre los mismos dirigentes del partido socialista. Todos estos factores habían determinado que las cuestiones al centro del movimiento obrero internacional en la fase de desarrollo de los grandes partidos obreros, en particular la relación entre la organización por la lucha política y por la económica, partido y sindicato, se expresaron, en Italia, en consideraciones de orden más pedagógico que políticos, y, sobre todo, desde el presupuesto “ilustrado” de una inferioridad permanente de las bases. Un paternalismo a fundamento, según Paggi, del porqué la nueva generación revolucionaria, la de Gramsci, habría elaborado la relación entre socialismo y cultura como el momento crucial de su alejamiento crítico de la tradición socialista conformada en época giolittiana.<sup>834</sup>

---

<sup>833</sup> El artículo de Tasca abre con una irónica auto-acusación de “culturalista”, otro testimonio de cómo el lenguaje, sobre todo si polémico, tenga siempre que ser devuelto y examinado en relación a su propio contexto histórico-político. “Noto que de repente nosotros académicos, nosotros doctrinarios, nosotros brigantes apostatas en el camino de asesinar con el trombón de la cultura la casta doncella del sentimiento,

nos hemos convertido en jóvenes socialistas que razonan con el Agua de Colonia debajo de la nariz” Tasca, *Note di un culturista*, en “Avanguardia”, 22 diciembre 1912, consultado en Riosa, A. *Angelo Tasca, socialista*, Venezia: Marsilio Editori, 1979, pp. 101-106.

<sup>834</sup> Apuntando al Gramsci que, en los *Cuadernos*, recuerda el debate del 1912 como ocasión para una

El debate del 1912, si seguido a través de las intervenciones de Tasca, emerge como un momento fundamental en el largo camino que llevará Gramsci a elaborar la que se conoce como “cuestión política de los intelectuales”. Si, en ese entonces, la influencia de la vieja concepción socialista de la cultura como “instrumento de elevación moral y de promoción civil” todavía organizaba el tono de la discusión, el mismo hecho que la cultura para el socialismo fuera considerado un “problema” atestigua el inicio de una ruptura radical con el pasado. La cultura ya no era enfocada como una genérica preocupación, sino ampliando el mismo problema de la organización política dados los límites corporativos de un partido incapaz de recoger las mutaciones profundas de la sociedad y la vida nacional. Era la apertura de un nuevo horizonte polémico, y ésta se expresaba tanto en la contraposición según Tasca entre formación proletaria y erudición burguesa, así como en la “contaminación” de la iniciativa política revolucionaria con preocupaciones de orden culturales, según Bordiga.<sup>835</sup>

La cultura, enfatizaba Tasca, no constituía un catálogo, sino una manera de pensar “sobre la vida, sobre uno mismo, sobre cuanto se conoce y se observa” y al fin de superar “las abstracciones de las formulas y los particularismos de los campaniles”. Cultura como política, entonces; cultura como la “base necesaria de nuestra acción práctica” dada la creciente desconfianza de las masas con un partido, el Psi, del cual Tasca registraba “el no saber, o el no querer” responder a una crisis como fuerza moral, y una crisis de la cual aislaba las diferentes dinámicas en la ciudad y en el campo, respectivamente: el peligro de un regreso al economicismo, en el Norte, y la perpetuidad de ausencia democrática, en el Sur.<sup>836</sup> Cultura, en fin, y revolución, titulaba el último párrafo de su artículo. La cultura,

---

primera elaboración del concepto de hegemonía, Paggi consideraba que el mismo uso, en el 1912, del término reflejaba la centralidad de la cuestión “cultural” dada la historia de una separación histórica entre partido y masas, la cual, característica del reformismo, iba reproduciéndose en el maximalismo. Según el estudioso, la cuestión de los grupos dirigentes, así como el Gramsci de los *Cuadernos* la elaborará y ampliará “en una visión comprensiva de la autonomía del proceso revolucionario” constituía el mismo eje “de la relación entre socialismo y cultura” avanzada tan pronto como en el 1916. Paggi, *Antonio Gramsci e il moderno principe*, p. 104-110.

<sup>835</sup> Lo cual, obviamente, no significa equiparar las dos posiciones, sino abrir el examen del por qué Gramsci las criticará equiparándolas. Regresando a Paggi, Bordiga, excluyendo cualquiera consideración acerca del debate sobre el marxismo desarrollado por “los mayores intelectuales burgueses italianos”, eliminaba la posibilidad para el socialismo revolucionario de entablar una relación activa, no subalterna, con la cultura italiana contemporánea. Aquella de Tasca, por

su lado, era la posición que más expresaba una articulación, una continuidad, con el pasado. Si en el caso de Bordiga, enfatizo, la comprensión de la distancia de su perspectiva de la de Gramsci es inmediata, más complicado comprender por qué Gramsci acuse Tasca de abstractismo.

<sup>836</sup> Al respecto, el artículo de Tasca demuestra la fuerte influencia, entre el grupo de los jóvenes socialistas turineses, del meridionalismo liberista y democrático de Gaetano Salvemini. La ruptura entre dirigentes y bases se debía, continuaba Tasca, a la caída del Psi en el parlamentarismo. Al mismo tiempo, aquella que era una crisis del partido en la ciudad, representaba la ausencia del partido en el campo. En el primer caso, cansados con los juegos de poder entre los grupos parlamentarios, los obreros iban respondiendo con la “eficacia de la fábrica”. El peligro era, enfatizaba, una posible re-caída de las masas obreras en el economicismo, dado un partido que mostraba no querer tomar alguna iniciativa para prevenirla. En el campo, el parlamentarismo se reproducía como “politiquería”, como confianza de las masas no en el

en los mismos términos de Labriola, de Labriola, empero, según Tasca, “el *medio* con el cual *se da* a la clase trabajadora la capacidad y la posibilidad de bastarse a sí misma”; la revolución como un “cambio de las conciencias, por lo tanto, de las cosas” que “no será en el día de las barricadas, sino el día después”.<sup>837</sup> Nos encontramos, recuerdo, en el 1912. Siete años después, uno antes de las “barricadas” del movimiento de los consejos y de la áspera polémica con Gramsci, el “Ordine Nuovo” publicaba, de Tasca, *Cultura y socialismo*. Nuevamente era la contraposición entre una cultura libresca y la cultura como autoconciencia, entre una cultura de escritorio, propia de la carrera de la media y alta burguesía hacia el prestigio de las artes liberales, y la cultura como perdida, por parte del trabajo, de la reverencia hacia el “saber” de los pocos iniciados. Sorprende, sobre todo a una primera lectura, la comunalidad del lenguaje con un Gramsci maduro:

“Cultura es uno mismo con filosofía. Cada uno de nosotros es un poco filósofo: lo es tanto más, cuanto más es hombre [...] para ser ‘culto’ ser ‘filósofo’ es suficiente quererlo. Basta vivir como hombres, buscar explicarse el porqué de las acciones, propias y de los otros [...] esforzarse de comprender cada día más el organismo del cual somos parte; penetrar la vida con todas las fuerzas de nuestra conciencia, de pasión, de voluntad [...]”<sup>838</sup>

En este artículo, sin embargo, el acento de Tasca ya no recaía en la crisis intelectual y moral del partido socialista, sino en la búsqueda de lo que era realmente, en sus palabras la “esencia”, de la cultura.

“No existe una ‘cultura’ abstracta, general, una especie de patrimonio en bloque [...] Existe sí en cada época, en cada estrato social, un complejo de ‘medios’ culturales, un material cultural; sin embargo, éste es más o menos a disposición de todos, lo puede llegar a ser, no constituye el aspecto característico de la cultura. *Aquello que constituye la esencia y el valor de la cultura es la forma en la cual estos medios son utilizados.* [...] El mundo actual burgués con sus institutos, con su especialización, con su producción editorial ha llegado a un tal nivel de desarrollo que sería absurdo pensar que se pudiera re-hacer tal y cual para el mundo obrero y socialista dadas nuestras fuerzas actuales [...] es empero posible adquirir *en otro terreno*, afuera de la escuela actual, la superioridad necesaria para eliminar, no sólo de nombre, sino también de hecho, el monopolio burgués [...] El medio de cultura que el obrero posee [...] es *la conciencia de clase* [...], la clase es la escuela más elevada en la cual millones de hombres han adquirido contemporáneamente una conciencia y creado sobre esta conciencia los lineamientos de un nuevo orden social.”<sup>839</sup>

Por primera vez, en estas líneas emerge, en mi opinión, el formalismo, la concepción abstracta, el culturalismo que Gramsci reprochará a Tasca. Porque la cultura, en cuanto

---

parlamento, sino en el diputado; como necesidad “del municipio” en lugar que de un programa; como un partido que no era un partido sino un mero bloque electoral: “nombres sobre los cuales el semanal de la ‘democracia’ local teje los himnos que hacen temblar de júbilo los ingenuos. Placados los hervores de la

victoria, la experiencia de la población cierra en el melancólico ‘¡todos iguales!’”. Tasca, *ibidem*, p. 103.

<sup>837</sup> Tasca, *ibidem*. Las cursivas son mías.

<sup>838</sup> Tasca *Cultura e socialismo*, publicado en “L’Ordine Nuovo”, 28 junio 1919, consultado en Riosa, *Angelo Tasca, socialista*, pp. 169-172.

<sup>839</sup> Tasca *ibidem*. Las cursivas son mías.

burguesa, no existe como algo general, como algo compartido, su adversaria debe ser una cultura “obrera”, una cultura que se constituye “en otro terreno” y, en calidad de un embate, consiste en la toma de posesión de algo pre-existente, de un mero instrumento. Para el Gramsci joven, veremos, nada peor, para la clase en lucha por *su* cultura, por *sus* medios, de las Universidades Populares en la medida en la cual, para el Gramsci de *socialismo y cultura*, a diferencia del Tasca de *cultura y socialismo*, esta “especie de bloque homogéneo y abstracto” existe *en* la historia y, como tal, ni tiene que ser “tomada”, conquistada, asaltada desde afuera, sino conlleva luchar en el mismo terreno tradicionalmente ocupado por la burguesía liberal y al fin de trastocarlo como *forma*. Nos encontramos, regresaré, frente a uno de los aspectos más originales del Gramsci joven en cuanto socialista y revolucionario.

En el 1916, Gramsci recordaba la “polémica entre el Bordiga de Nápoles y el *nuestro* Tasca”, preguntándose por “los límites y principios sobre los cuales debe fundarse una justa comprensión del concepto de cultura en relación *también* al socialismo”. Retomando el tema “*taschiano*”, la contraposición entre “saber enciclopédico” y “conciencia de sí”, Gramsci añadía a la “disciplina del yo interior, la toma de posesión de una propia personalidad”, la “conquista de una conciencia superior por medio de la cual se comprende el *proprio valor histórico*”. El acento del artículo, uno de los primeros de carácter ensayista -e inmediatamente sucesivo, también veremos, a “*El Sillabo y Hegel*”- no recaía en lo que es “esencialmente” la cultura, sino en la conciencia histórica, para después proceder desde cosa sea, hacia cosa efectivamente había sido una cultura determinada. La preocupación era la misma de Tasca, la relación entre filosofía y política, saber y hacer, la *praxis* en cuanto formación de una voluntad colectiva intelectual y moral, crítica y normativa. Gramsci, sin embargo, razonando históricamente, poniendo en relación el enciclopedismo, la razón ilustrada, con la Gran Revolución francesa, y ésta con la formación de un “espíritu burgués”, enfocaba, desde un inicio, el problema de la cultura en relación al Estado y a la democracia.<sup>840</sup>

Un año después, en febrero del 1917, era el número único dedicado a la educación y formación de aquella juventud que la guerra “ha segado” y al mismo tiempo “arrancado a la indiferencia” y que “no es, no será nunca suficiente. Ocurre engrosar siempre más las filas y cerrarlas”, para que “los vélites ligeros y animosos” muevan “al asalto de la vieja

---

<sup>840</sup> Gramsci *Socialismo e cultura*, en “Avanti!”, 27 enero 1916, CT, pp. 99-103.

ciudad amargada y tambaleante para hacer surgir de sus ruinas la propia ciudad”.<sup>841</sup> Al íncipit de la *Città futura*, seguían el siempre citado *Los indiferentes*, donde el ataque a la indiferencia no es moral, sino ético, y en cuanto reconocimiento de una fuerza histórica políticamente efectiva; es en contra de la masa que obra ignorando porque no le preocupan quienes “tejen la tela de la vida colectiva”; la masa que “obra pasivamente, pero obra” y renunciando a su “responsabilidad histórica” deja que la historia parezca una fatalidad.<sup>842</sup> También, y sobre todo, eran *Tres principios tres órdenes; Dos invitaciones a la meditación y Márgenes*: cultura, Estado e intelectuales como horizontes problemáticos para el socialismo. Respectivamente: la cultura encuadrada como idea fuerza, mito, dado el Estado ético como forma histórica, universal concreto;<sup>843</sup> la filosofía para el marxismo según el Croce de *Religión y serenidad*, aun dado el Croce de *La muerte del socialismo*,<sup>844</sup> en la medida en la cual, para el joven Gramsci, Croce “es el más grande pensador de Europa” porque la muerte es solamente del socialismo positivista y su “árido misticismo”<sup>845</sup> y, en fin, los intelectuales y su deserción, durante la guerra, de los viejos frentes político-ideológicos, “fenómenos que acontecieron y acontecen para el positivismo, para el nacionalismo, para el futurismo, y para todos los otros ismos”, fenómenos testigos de la pobreza moral de la idea, si abstracta, intelectuales “diletantes de la fe, así como diletantes del saber”.<sup>846</sup>

Regresaré en el próximo capítulo a los contenidos de estas intervenciones, y a la pregunta central, o sea, si el joven Gramsci reconociera aquella que vimos ser la operación político-cultural cumplida por Croce con el marxismo en los principios del Novecientos. Por ahora, quisiera señalar la organicidad del número único concebido, e integralmente redactado, por Gramsci. Al lado de la pasional reivindicación por una formación cultural entendida como una misma con el compromiso del militante, los artículos mencionados atañen todos la “inmanencia”, un tema neo-idealista, así como Gramsci lo va leyendo, “traduciéndolo” políticamente: una filosofía que es *en* la historia como Estado, como

<sup>841</sup> Gramsci, “*La Città futura*”, en “Il Grido del popolo”, 11 febrero 1917 y en “Avanti!”, 12 febrero 1917, CF, 1982, pp. 3-4.

<sup>842</sup> Gramsci, *Indifferenti*, en “*La Città futura*”, 11 febrero 1917, CF, pp. 13-15.

<sup>843</sup> Gramsci, *Tre principi tre ordini*, en “*La Città futura*”, 11 febrero 1917, CF, pp. 5-11.

<sup>844</sup> *Religione e serenità* es parte de un escrito de Croce que Gramsci habría re-propuesto bajo el título *La vanità della religione*, en “L’Ordine Nuovo”, anno II, n. 10, 17 julio 1920. A este mismo escrito de Croce se refiere en la cárcel, en C. II, § 5 y 11. El texto de Croce había sido publicado en “*La Critica*” en marzo del

1915, y puede ser consultado en Croce, B. *Etica e Politica*, Bari: Laterza, 1945. Cfr. CF, p. 21, n.1. Relativamente a *La morte del socialismo*, ya vimos cómo había sido publicado una primera vez en “*La Voce*” de febrero 1911, y quedará recogido en Croce, *Cultura e vita morale. Intermezzi polemici*. Bari: Laterza, 1955.

<sup>845</sup> Los dos textos de Croce son considerados por Gramsci en, respectivamente, *Due inviti alla meditazione* y *Margini*, en “*La Città futura*”, 11 febrero 1917, CF, pp. 21-22; 23-28.

<sup>846</sup> Gramsci, *Margini*, cit.

religión, como “ismos”. Una filosofía enfocada como cultura, y una cultura que Gramsci relaciona con la política; un temprano, aunque todavía embrionario, reconocimiento de la ideología como vía de acceso a la comprensión misma de la historia. Quisiera enfatizar que se trata de intervenciones anteriores a la segunda mitad del 1917, es decir, al momento en el cual la crisis del Estado italiano se articulará con la abertura de la actualidad de la revolución en Rusia.

Terminada la guerra, Tasca y sus “viejos” compañeros regresados del frente, Gramsci, ya una columna del periodismo socialista turinés, ha entrado en la escala nacional del debate, desde donde va animando una visión que es del partido en cuanto necesidad de una reforma intelectual y moral. Gramsci es también, o tal vez sobretodo en este momento, el maximalista que más ha reflexionado, en Italia, en torno al bolchevismo. La ruptura con Tasca se verifica después de cuatro años intensísimos de historia, atravesados por la guerra mundial, la revolución de Octubre y la hipótesis de su actualidad en occidente, en el convulsionado verano que antecede la definitiva derrota, en septiembre 1920, del movimiento de las ocupaciones de fábricas. Una dialéctica, aquella entre guerra y revolución, que constituye la clave histórico-política “tradicional” desde la cual se ha interpretado, a partir de las indicaciones proporcionadas por Togliatti, la transición entre el Gramsci de la “Città Futura” y el del “Ordine Nuovo”.

Una última consideración, sin embargo, antes de entrar en el mérito de la línea interpretativa Togliatti-Ragionieri-Paggi. Al inicio de este capítulo he introducido el “problema Tasca” como cuestión metodológica. Espero haber mostrado como no sólo la forma en la cual nos es presentada una cierta fase en la vida de Gramsci sobre-entiende una u otra interpretación de las otras, y, en fin, del mismo Gramsci de los *Cuadernos*. En el fondo tenemos lo complejo y problemático que es historicizar a Gramsci. Por un lado, no es posible hacerlo sin la utilización de una historia “tradicional”, por el otro, tratándose de labores políticamente orientados, y en lucha entre sí, “cargados”, la historia del partido de la cual fue protagonista Gramsci debe ser encuadrada en relación a una historia más amplia de sí y capaz, como tal, de dejar caminar a Gramsci, y su originalidad, con sus propias piernas. Tasca, vimos, miraba al pasado, y a Gramsci, desde la experiencia dramática que representó para su misma generación la consolidación del estalinismo. Ragionieri, historiador empeñado en la renovación de la historiografía de partido, cuando el comunismo internacional se encontraba en plena crisis, buscaba en Togliatti aquello que fue este pasado como presente para sus mismos protagonistas, la historia de otro parte agua. Obviamente, también las preocupaciones historiográficas de Ragionieri eran

contemporáneas, eran la crisis de una cultura política, del comunismo italiano de la segunda posguerra, de la cual el historiador representaba, además, un cuadro dirigente. Al mismo tiempo, la clave interpretativa guerra-revolución, enfocando el problema de la relación del Gramsci joven con el liberalismo, abría aquello que la apelación a las degeneraciones del estalinismo, cerraba como problema: la relación entre la historia de la Internacional y la historia de Italia.<sup>847</sup> Desde “el problema Tasca”, o sea, desde Gramsci enjaulado en la historia de un grupo dirigente, Ragionieri viraba hacia “el problema Croce”, es decir, quien era Gramsci, y este grupo dirigente, dada la crisis de un orden político-cultural, el Estado liberal italiano, a partir de la cual los futuros ordinovistas habrían procedido hacia el encuentro con Lenin.

### *Guerra y revolución*

Yéndonos al punto de partida de esta historia, el 1914, nos encontramos en el año del debate, en las filas del maximalismo, en torno a la relación de los socialistas con la posibilidad de la entrada del país en guerra. En polémica con Mussolini, Tasca no refuta el mito, en sus palabras “fuerza moral”, sino lo articula a una dimensión crítica, intelectual, a un “mito negativo”. El proletariado italiano, reivindica, se ha ido conformando como fuerza por haber claramente identificado el carácter de clase de la guerra.

“Las masas necesitan de ‘mitos’, de visiones con las cuales arrollar toda la fuerza de sus odios y sus amores, para que pueda delinarse, de forma siempre más nítida, el contraste entre la realidad que se quiere superar y la aspiración a la realidad nueva con la cual se quiere remplazarla. Pues bien, hay un hecho que ha adquirido valor ‘mítico’ a los ojos del proletariado, lo ha adquirido no porque así lo quiso algún pensador, sino naturalmente, por la fuerza y evidencia de los hechos. Este hecho es la guerra. Se le escapó al compañero Mussolini el profundo valor moral de un proceso que acontece en Italia, desde los años de la guerra líbica y durante aquellos que siguieron; el proletariado, la parte mejor del proletariado, ha identificado en la guerra el símbolo más preciso, seguro, incontrastable del sistema burgués, la expresión más pura de su esclavitud de clase”.<sup>848</sup>

En relación a la guerra y a la revolución, Mussolini, denuncia Tasca, considera falsamente contemporáneos aquellos que pueden ser, y han sido, dos polos hasta entonces antitéticos

---

<sup>847</sup> Soave, concluiría, es quien resuelve empíricamente, pragmáticamente, la cuestión de los orígenes de las así llamadas fracción de “izquierda”, “centro” y “derecha” exactamente por no entrar el mérito de este Gramsci “profundo”, o sea, en el tema

de su relación juvenil con el historicismo, y de su “evolución” a partir del encuentro con Lenin.

<sup>848</sup> Tasca, *Il mito e la guerra*, en *Il Grido del popolo*, 24 octubre 1914, consultado en Riosa, *Angelo Tasca, socialista*, pp. 132-137.

en el proletariado italiano: saber de y hacer historia, teoría y política, *praxis*. Para Tasca la guerra va creando las condiciones de esta contemporaneidad, abriendo, en las filas del movimiento obrero, “la conciencia de la espantosa injusticia de su posición en el mundo” y, sin embargo, los tiempos de la autonomía político-ideológica, la capacidad de advertir la urgente necesidad “de la inversión de valores, de socavar el viejo edificio”, el momento positivo, no han llegado todavía. Hasta que la guerra no actúe como el más eficaz determinante de esta maduración intelectual y moral, de crítica y pasión, la neutralidad constituye la única opción abierta para quien no es, y tampoco se siente, capaz de dominar todavía los acontecimientos.<sup>849</sup>

El 31 de octubre, antes que las verdaderas intenciones de Mussolini se revelen, Gramsci debuta como periodista en el “Grido”. Su primer artículo se convertirá en la fuente de una estigmatización, la fama de presunto filo-intervencionista acompañándole hasta Livorno y aún más allá.<sup>850</sup> Sin embargo, el eje organizador de una *neutralidad activa y operante* según Gramsci, no era la exaltación de Mussolini, sino la crítica a la crítica de Tasca por no haber sabido ir, en su perspectiva, a las raíces del problema. Por no distinguir entre la

---

<sup>849</sup> “El proletariado es absolutamente neutral porque está convencido que hoy, entrando en lista, una vez en contacto con las otras clases, más preparadas, no haría más que caer inútilmente, o casi, en un terrible confusiónismo y en la pasividad; es convencido, en fin, *que su hora histórica no ha llegado todavía*. Nosotros tenemos el valor de afirmar que hoy el proletariado no advierte la capacidad de dominar los acontecimientos; y que por lo tanto su neutralidad *es la sola acción posible*”. Tasca, *ibidem*. Las cursivas son del autor.

<sup>850</sup> Tasca, en sus memorias, testimonió que las posiciones sostenidas por Gramsci en el artículo del 1914 habían inducidos algunos de los compañeros del periódico a pedir su alejamiento, cosa que él mismo había impedido. Tasca negaba que Gramsci fuera intencionado a seguir Mussolini en el “Popolo d’Italia” y, al mismo tiempo, lo presentaba como favorable, hasta finales del 1915, a la entrada en guerra. Según Soave, “la firma determinación de Tasca contribuyó a que Gramsci no sólo regresara a las filas del socialismo turinés, sino que retomara la actividad de periodista”. Cfr. Soave, *Angelo Tasca comunista*, p. 101. D’Orsi define el periodo entre finales del 1914 y el inicio del 1916, como uno de los más difíciles en la vida de Gramsci, quien había también interrumpido su correspondencia con los familiares en Cerdeña y, abandonada la universidad sin abandonar la esperanza de poder terminar sus estudios, había emprendido la búsqueda de una fuente de ingreso que le permitiera sobrevivir, sus amigos, además, encontrándose todos en el frente de guerra. Un periodo de miseria, dolor físico y existencial vivido en soledad y superado con el regreso al periodismo militante en calidad de redactor del “Grido”. D’Orsi, *Introduzione. Antonio e la sua Torino*, p. 40.

Quisiera también señalar un recién número de la revista “Academy University Press”, coordinado por el mismo D’Orsi y dedicado a un examen crítico de las más recientes polémicas en torno la biografía política e intelectual de Gramsci, algunas de las cuales, de tinta no sólo liberal-conservadora, sino claramente reaccionaria. Flavio Silvestrini, oponiéndose a una historia que procede por indicios, analiza la tesis, recientemente avanzada en la prensa italiana por Marcello Veneziani, de un joven Gramsci mussoliniano y, además -en una época en la cual ni Mussolini tenía bien clara sus futuras evoluciones- un Gramsci cercano, en espíritu e intenciones, al fascismo. La hipótesis de Veneziani es que los meses de silencios sucesivos al artículo del 1914 comprobarían la intención de quien, sintiéndose emarginado del Psi, contemplaba adherir al programa de un Mussolini ya claramente anti-socialista. Silvestrini hace irónicamente notar lo inexplicable de un filo-mussoliniano en el 1915 que, en el 1916, no sólo regresaba entre las filas socialistas, sino lo hacía en calidad de director de la sección turinesa del “Avanti!” y, además, nombrado por Serrati, el máximo dirigente, en este entonces, del partido. Me he detenido en estas consideraciones al fin de mostrar un claro ejemplo de cuán lejos pueda proceder la falsificación política de Gramsci una vez separado el análisis de sus escritos del estudio del contexto histórico-político-cultural. Cfr. Veneziani, M. *Gramsci? Mussoliniano. Il leader dei comunisti era vicino al fascismo*, in «Il Giornale», 24 noviembre 2011. Silvestrini, F. *Il giovane Gramsci e la Grande Guerra: tra horror vacui (dello storico), modus interpretandi (del filosofo) e ars inventandi (del giornalista)*, en “Academia University Press”, 2014, Openedition, pp. 159-164.



psicología del “romagnolo” y el “socialista italiano”, Tasca ha fallado en sus intenciones, no ha logrado demostrar el formalismo doctrinario, el abstractismo, del cual imputa Mussolini.<sup>851</sup>

¿Fue el error de Gramsci atribuirle un “*concretismo realístico*”?

“No un abrazo general quiere entonces el Mussolini, no una fusión de todos los partidos en una unanimidad nacional, que entonces su posición sería anti-socialista [...] Ni la posición mussoliniana excluye (al contrario, lo presupone) que el proletariado renuncie a su actitud antagónica, y pueda, después de un fracaso o una demostrada impotencia de la clase dirigente, despojarse de ella y apropiarse de las cosas públicas, por lo menos, si yo he bien interpretado sus inorgánicas declaraciones y las he desarrollado en el mismo sentido que él habría hecho”<sup>852</sup>

El párrafo final parece efectivamente indicar la percepción, por parte del mismo Gramsci, de una fallida previsión. Sin embargo: ¿Se trata de dudas respecto a Mussolini o, como ha recientemente y eficazmente argumentado Rapone, sin por eso negar una contaminación de lenguajes para reconducirse a un *milieu* compartido, Gramsci retoma e utiliza el artículo de Mussolini para sus propios fines, para avanzar sus propias, originales, posiciones?<sup>853</sup> Una lectura cuidadosa del texto de Gramsci, paralela a las intervenciones de Mussolini y Tasca, deja emerger como el primero abre temas en profundas disonancias, tanto en el tono así como en los contenidos, con quien habría en menos de un mes fundado el “Popolo d’Italia”, eligiendo como epígrafe “la revolución ha finalmente encontrado bayonetas”, declarándose el único juez de sí mismo y llamando, desde sus páginas, a la conformación de los “fachos revolucionarios de combate”.<sup>854</sup>

---

<sup>851</sup> Gramsci, *Neutralità attiva e operante*, en “Il Grido del popolo”, 31 octubre 1914, CT, pp. 10-15.

<sup>852</sup> Gramsci, *ibidem*.

<sup>853</sup> Rapone, *Prologo* en Id. *Cinque anni che paiono secoli*, pp. 11-37.

<sup>854</sup> Mussolini titulaba su primer editorial *Audacia*: “Gritar: ¡Queremos la guerra! ¿No sería -dado el estado de las cosas- mucho más revolucionario que gritar “abajo con la guerra”? Estos dilemas inquietantes, a los cuales, por mi parte, ya he contestado, explican el origen y las tareas del periódico. Éste que yo realizo es un acto de audacia y no escondo las dificultades de la empresa. Son muchas y complejas, poseo, empero, la firme confianza de superarlas. No me encuentro sólo. No todos mis amigos de ayer me seguirán; muchos otros espíritus rebeldes se congregarán a mi alrededor. Realizaré un periódico independiente, totalmente libre, personal. MÍO. Responderé de él sólo a mi conciencia y a ningún otro. No poseo intenciones agresivas en contra del Partido Socialista o en contra de los órganos del Partido en el cual tengo la intención de quedarme, estoy sin embargo dispuesto a pelear en contra de

cualquiera que intentara impedirme la libre crítica de una actitud que considero, por varias razones, mortífera para los intereses nacionales e internacionales del Proletariado. De los malvados y de los idiotas no me cuido. Permanezcan en su fango los primeros, revienten en su nulidad intelectual los segundos. ¡Yo camino! Y retomaremos la marcha -después de una breve parada- y a ustedes, jóvenes de Italia, jóvenes de las oficinas y de las academias; jóvenes de años y jóvenes de espíritu: jóvenes que pertenecéis a la generación a la cual el destino ha cometido hacer la historia, es a vos que lanzo mi grito”. Mussolini, *Audacia* en “Il Popolo d’Italia”, 16 noviembre 1914. Consultado en original.

Nos encontramos todavía en la fase del “mussolinismo” -de movimiento fascista es posible hablar solamente una vez terminada la guerra. Los “fachos revolucionarios de combate” agotarán su función de propaganda con la entrada del país en el conflicto; sus miembros adhiriendo, en mayoría, a los “fachos italianos de combate” durante el acto de fundación del “squadrismo” fascista, en Milán, en el 1919.

Gramsci, antes que el “mussolinismo” emerja, abre problemáticas que habría retomado una vez regresado, en octubre del 1915, al periodismo y socialismo militante. “Porque, fíjense, no es del concepto de neutralidad que se discute (neutralidad, sea claro, del proletariado), sino del modo de esta neutralidad”. Dado un presente “de indecible gravedad, cuyas consecuencias pueden ser gravísimas”, el partido condena el proletariado a la condición “de espectador imparcial de los acontecimientos, dejando que éstos creen su propia hora, mientras los adversarios su propia hora se la crean para sí”. Dado un país “que en Italia no es ni todo proletario, ni burgués, dado el poco interés que la gran masa del pueblo ha siempre demostrado por la lucha política, y, por lo tanto, es más fácilmente conquistable por quienes sepan demostrar energías y visiones claras de sus propios destinos”, la tarea del partido, la cual “*inmediata, siempre actual*, le confiere caracteres *especiales, nacionales*”, impone intervenir en este conglomerado de “fuerza activas y pasivas”. Para “él” -para Mussolini según Gramsci, léase para Gramsci- es necesario construir, preparar, acumular las potencialidades de una clase que va demostrando poseerlas y de la cual Tasca se ha limitado a indicar los límites actuales, límites efectivos donde, éste el eje polémico gramsciano, es sin embargo posible, y como tal necesario, intervenir. “Dejar obrar las fuerzas de la historia” en manera tal de no dejar la iniciativa en manos del adversario; obligar a “la clase detentora del poder a asumir sus responsabilidades”; sabotearla como Estado, una vez considerada la centralidad del Estado para el proletariado: “el sabotear una maquina [...] no quiere ciertamente decir que aquella maquina no sea perfecta y no sea útil a algo”.<sup>855</sup>

Si para Mussolini “obrar” es en nombre del vitalismo del socialismo y en la dirección de un ataque en contra del Estado, para Gramsci la necesidad no es *del acto*, sino del movimiento histórico de las relaciones entre fuerzas, así como van configurándose. Mientras los tonos del primero son aquellos, claramente individuados por Tasca, de la exaltación demagógica del mito, de la guerra como afirmación, cumplimiento, de un destino, él de la burguesía, Gramsci encuadra la guerra como entrada en crisis de la clase dirigente y acusa el maximalismo de estar quedándose paralizado. Una crisis que, en su visión, no es inmediata, inevitable, sino permite insertarse, y la polémica es con aquella que define “la disciplina ideal” del partido, en el movimiento histórico-real de las fuerzas en campo, volviendo manifiesto a los sectores populares los límites políticos y morales

---

<sup>855</sup> Todas las citas del último párrafo son de *Neutralità attiva e operante*. Las cursivas son de Gramsci.

de una clase dirigente que “ha totalmente quebrado en su mira, por haber conducido la nación, de la cual se proclamaba única representante, en un callejón sin salida”.

Dos concepciones de la intransigencia, subraya eficazmente Rapone, totalmente distintas: en Gramsci, no así en Mussolini, el terreno es el desarrollo revolucionario del proletariado. Para Gramsci, añadiría por la importancia respecto a la comprensión del periodo de la formación, no se trata tampoco de transformar la guerra en guerra civil, sino de garantizar aquello que en Italia no es todavía, o sea, el pleno desarrollo del antagonismo de clase específico del capitalismo, una relación entre fuerzas político-ideológicas que elaborará, hasta el 1918, en los términos, veremos, de una doble simetría entre nacionalismo y reformismo socialista, por un lado, y liberalismo y socialismo revolucionario por el otro.<sup>856</sup>

En fin, el enfrentamiento Mussolini-Tasca-Gramsci, como creo resulte más que evidente, concernía la misma interpretación de la dialéctica guerra-revolución, elaborando la cual Lenin y el bolchevismo habían ido avanzando, a partir del 1914, hacia una posición dirigente en las filas del socialismo revolucionario internacional. ¿Con cuál perspectiva y bagaje político-cultural, sin embargo, el joven socialista adhería, en el 1915, a Zimmerwald?

Ragionieri, enfrentándose a la cuestión y al espinoso tema de qué significara socialismo para el joven Gramsci, regresaba a *Nuestra ideología*, el relato del camino, la “vía maestra” según Togliatti, por medio del cual él y sus compañeros universitarios habían llegado a Marx: desde Hegel.<sup>857</sup> El texto de Togliatti, del 1925, ya contiene los ejes de aquella que vimos constituir la construcción tanto de una historia de partido, así como de una tradición específicamente italiana del marxismo teórico, la historicista, popularizada desde los primeros años de la segunda posguerra.<sup>858</sup> Sus ejes: Labriola como

---

<sup>856</sup> Vacca, G. *Per una Biografia*, en Francioni, G. (a cura di). *Saggi introduttivi en Quaderni del Carcere. Edizione anastatica dei manoscritti*. Cagliari: L'Unione Sarda, Istituto dell'Enciclopedia Treccani, 2009, Vol. I, pp. 61-133.

<sup>857</sup> El artículo de Togliatti al cual me refiero, *La nostra ideologia*, fue publicado en “L'Unità” durante el verano del 1925, es decir, menos de un año antes del III Congreso del Pcd'I y las Tesis de Lyon. El embate polémico era con quienes (el “comitato d'intesa”) reproponían, en el 1925, las acusaciones levantadas en contra de los ordinovistas cinco años antes. En ese entonces, Bordiga había tachado los turineses de bergsonismo y voluntarismo, en el plano teórico, y de sindicalismo revolucionario, en el práctico; ahora, el

anterior grupo dirigente, re-organizado en comité, los tachaba de idealismo en general y de crocianismo en particular. Togliatti replicaba: “Es suficiente consultar la colección del *Ordine Nuovo* semanal, por encontrar desde los primeros números una serie de recensiones críticas escritas precisamente al fin de demostrar las incongruencias del idealismo crociano [...] La colección del *Ordine Nuovo* es hoy una rareza bibliográfica y es éste, creo, el sólo motivo por el cual B. [Bordiga] puede considerar haber demostrado, cayendo en el absurdo, que el 'ordinovismo' era un sistema idealista”. Togliatti, *Osservazioni a un artículo*, en “L'Unità”, 16 octubre del 1925, en Id. *Opere*, Vol. I, p. 661.

<sup>858</sup> Cfr. La introducción de esta labor.

origen de un itinerario nacional hacia el marxismo; el sujeto histórico como “*rovesciamento*”, inversión, de la dialéctica hegeliana; la continuidad entre el “Ordine Nuovo”, el movimiento, y la organización de este mismo en sujeto, el partido.<sup>859</sup>

Ragionieri regresaba a “Tasca”, enfatizando como el tema de las “vidas paralelas” había terminado por contraponer a la tradición de partido construida sobre la identidad, una artificiosa dilatación de las diferencias entre Gramsci y Togliatti. Tasca merecía obtener “el juicio ecuánime de la historia”, y, sin embargo, las mismas contradicciones de su vida eran aquella “entre la ausencia de una profunda pasión política y una tendencia constante a fijar la primacía del juicio intelectual”.<sup>860</sup> Aun matizado, el juicio de Ragionieri quedaba en línea con la condena política según el Gramsci de “el golpe redaccional”. No se trataba, sin embargo, de la defensa de una tradición en ausencia de perspectiva histórica, y en la medida en la cual el estudioso procedía hacia la reconstrucción de una historia más amplia de aquella del partido y su grupo dirigente, la historia de un (des) orden ético-político con orígenes anteriores a la primera guerra mundial.

Con las consideraciones adelantadas en el capítulo anterior respecto a la cultura italiana de principios de siglo, espero sea ya perceptible un Gramsci que, si destaca por la lucidez y agudeza del análisis, no constituye, empero, una excepción en el “espíritu”. Primera y segunda década del Novecientos sobreentienden, en Italia, un ansia de enmienda para toda una generación de intelectuales. La denuncia de la mediocridad nacional y una necesaria regeneración de la vida pública -todos rasgos que emergerán en los pugnantes retratos del “carácter de los italianos”, donde el ataque de Gramsci no es solo a la clase dirigente, sino también a las corrientes profundas del mundo popular- es un *humus* compartido. Es el mundo, vimos, de las revistas de vanguardias, y no solamente aquél; es una corriente de la alta cultura, la filosófica, la cual ha vuelto a la dimensión subjetiva de lo real. En el caso de los futuros ordinovistas, es una generación crecida entre el rigor

---

<sup>859</sup> “Al marxismo es posible llegar por vías distintas. Nosotros llegamos por la vía seguida por Carlos Marx, es decir, comenzando con la filosofía idealista alemana, con Hegel [...] el camino que hemos seguido es, relativamente a cualquier otro, la vía maestra, y posee todas las ventajas de ser tal. Y esto sea dicho con particular atención a las formas asumidas y a *las fortunas recorridas por el marxismo en Italia*. Después de la *primera y original exegesis y elaboración de Antonio Labriola* [...] la vía normal para llegar al marxismo fue, entre nosotros, aquella del susodicho positivismo científico [...] el hecho que una vigorosa reacción a estas degeneraciones iniciara con un grupo que por sus mismos orígenes ideológicos estaba en condición de recoger, sin desviaciones,

integralmente, el espíritu de la doctrina de Marx -este hecho no es privado de significado. Hay que ver si nosotros hemos actuado, y si completamente, aquella *inversión de la construcción idealista hegeliana* necesaria para volver sólidamente de pie al mundo y a la historia, que en el sistema de Hegel se mantienen y caminan de cabeza, si no solamente hemos alcanzado romper cualquier esquema metafísico, sino también encontrado en la dialéctica el empuje del desarrollo histórico”. Togliatti, *La nostra ideologia*, en “L’Unità”, 7 julio 1925. Cfr. Togliatti, *Opere*, vol. I, pp. 647-653. Las cursivas son mías.

<sup>860</sup> Ragionieri, E. *Introduzione*, en Togliatti, *Opere*, Vol. I, p. XVII.

práctico del primer ejército industrial de la península y el clima intelectual y moral que atraviesa las aulas de la universidad, con el rigor de su método histórico. Una academia que es filología, pero no solamente eso, sino también la incitación a una nueva moral, a un sentido de la abnegación, a la total sinceridad con uno mismo. Una cultura urbana que respira, y con ella Gramsci, tanto la Europa de Rolland, de Peguy, de, y sobretodos para Gramsci, Serra y Sorel, así como la herencia de una tradición reciente, la positivista, que los futuros ordinovistas ponen en discusión rescatando, al mismo tiempo, su fuerte empeño social y político, mientras, en y más allá de Turin, a nivel nacional, el *renacimiento* de la primacía del sujeto acomuna las almas del neo-idealismo italiano, dividido entre contención crociana y radicalismo de vanguardia, este último intoxicado, pronto, de nacionalismo. Un clima, nuevamente, de *deprecatio temporum*, de tradición larga en el país, y en el cual destaca la figura de Croce como aquella del gran polemista, la crítica del intelectual siendo tanto más pugnaz, cuanto más logra presentarse al público como *super partes*.

Una cultura de denuncia, insisto, múltiple; sus facetas mancomunadas por el *anti-giolittismo* y, sin embargo, variadas en cuanto a las “disciplinas” y los programas. Un mundo, él de las revistas, que es el de vanguardia y, como tal, no solo irracionalismo, sino también “*La Voce*”, encargada, por Croce, de traducir en “labor” cultural varias corrientes de renovación ideológica, la revista florentina conformándose pronto como el espacio de resonancia para los fermentos ideales y políticos que agitan el país y que Gramsci, recuerdo, asumirá como un modelo organizativo para el mismo Ordine Nuovo.<sup>861</sup> Un mundo, él de la filosofía, el plano de la sistematización de las premisas conceptuales del debate cultural, en el cual el neo-idealismo abre y asume la discusión en torno a la relación entre teoría y práctica, y, con la *praxis* según la filosofía, avanza, en la esfera de la alta cultura, y por intermediación de Croce, una particular interpretación y limitación del marxismo. Un hervidero cultural que concierne no sólo a las artes libres, las humanidades, sino también el análisis más inmediatamente articulado a la vida política, social y económica, y donde toma vigor la batalla liberista. Una batalla democrática para la “Unitá” de Salvemini, meridionalista

---

<sup>861</sup> Más que ser identificada con una u otra corriente, por “*La Voce*” debería entenderse el escenario en el cual fue aglutinando, primero, el debate en torno a la exigencia de una solución de continuidad en la vida intelectual y moral del país, la misma profundamente advertida por toda una nueva generación, y solo luego, con el desarrollo del intervencionismo y del nacionalismo, la expresión de una paulatina degeneración anti-democrática de esta misma generación de vanguardia. Cfr. Rapone, *Cinque anni*

*che paiono secoli*, pp. 105-112 y Asor Rosa, *Storia D'Italia. Dall'unità a oggi. La cultura*, pp. 821-39. La diferencia entre la componente crociana y vociana del mundo de las revistas fue, respectivamente, el impulso al debate en su dimensión filosófico-conceptual y el carácter más inmediatamente político, económico y social vía la divulgación de las más variadas y disparatas tendencias culturales. Paggi, *Antonio Gramsci e il moderno principe*, p. 4.

y socialista que, roto con el partido por su corporativismo, no rompe con el movimiento obrero, así como para la “Revolución liberal” según Gobetti, profundamente radicado en el mundo urbano, turinés y europeo. Una batalla exclusivamente liberal en nombre de aquello que la burguesía italiana no había sido y tenía que ser, es decir, una fuerza económica de avanzada, según la visión de la “Reforma Social” de Einaudi y una elite dirigente según una disciplina, la política, que surgía como “ciencia” porque preocupada con aquellos que un Mosca, un Pareto, un Michels, identificaban como los inevitables impulsos irracionales y las degeneraciones burocráticas de, respectivamente, las masas y la democracia.

Elaborando una clave de lectura ordenadora de este complejísimo entramado, Ragionieri resaltaba la confluencia de dos orientaciones, neo-idealismo y liberismo, cuando, por ambas, había que entender la condensación cultural de la crisis política atravesada por el Estado *giolittiano*. Una crisis caracterizada por:

“la suspensión y la incertidumbre de los intelectuales italianos entre conservación y democracia, reacción y progreso, desprendimiento de la vida pública y aspiración a hacerse intérpretes de la misma y volverse su guía”.<sup>862</sup>

El neo-idealismo, en el plano filosófico, y el liberismo, en el plano económico-social, cruzaban, en ese entonces, el entero espectro político de la oposición al sistema *giolittiano*, su rasgo común era el atribuir a los intelectuales una función regeneradora, un rol guía, dirigente, en la sociedad civil y política. Entre los que postulaban como solución a los males de Italia, o como uno de sus componentes, el regreso a la libre competencia, el sujeto era contenido entre quienes lo identificaban con el ala industrial de la burguesía, en cuanto avanzada, y quienes, del lado opuesto, enfocaban la burguesía en cuanto clase general como *el* problema, como histórica ausencia, en Italia, de democracia, auspiciando una regeneración de la sociedad por impulso del trabajo, campesino y obrero. Por su lado, el mundo filosófico y literario, empeñado en sistematizar los presupuestos de la rehabilitación del lado subjetivo y espiritual de la vida nacional, constituía el “punto de partida común a una multiplicidad de itinerarios intelectuales, los cuales habrían tenido puntos de atraques muy distintos entre sí.”<sup>863</sup> De un lado, como desde el otro, era la ansiedad compartida por cerrar el distanciamiento entre el estudioso y la sociedad que el, para ese entonces aberrado, positivismo, articulándose al movimiento obrero, había efectivamente intentado y logrado superar, aun paternalistamente.

---

<sup>862</sup> Ragionieri, *Introduzione*, p. XXVIII.

<sup>863</sup> Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, p. 259.

“Difícil imaginar”, anotaba Ragionieri, “una posición teórica destinada a ser más violentamente contradicha por la evolución histórica, cual habría sido aquella abierta por la primera guerra mundial, signada por un poderoso ingreso de las masas en la escena de la historia y definida por toda una serie de infinitas de *trahisóns des clerics* [...] involución y embrutecimiento intelectual y moral de movimientos de pensamiento que se habían presentado como una aspiración a la renovación de la cultura nacional”.<sup>864</sup>

En los años inmediatamente anteriores a la guerra, a partir de la invasión de Libia y el inicio del “imperialismo de trapos” italiano, este fermento intelectual y moral de la vida pública había ido paulatinamente definiéndose en dos campos. Un socialismo que, revolucionario, compartía el anti-positivismo con un “espíritu”, el neo-idealista, siempre más propenso a identificar el sujeto con patria y nación. El consenso a la entrada en el conflicto mundial no habría sido ni obrero, ni campesino, sino de sectores medios y sus mediaciones ideológicas, y, tampoco en este caso, ecuánime. No se trató solamente de la apelación al *Sturm und Drang* de la contra-cultura vanguardista, sino también, o tal vez sobretudo, del viraje hacia el intervencionismo de aquella cultura democrática que al “irracionalismo” del presente había querido oponer su crítica del Estado, así como éste no se había constituido en Italia. Si el demócrata Salvemini adhería, la resignación a la guerra era por parte del liberal que de los límites democrático de este Estado habría en futuro sostenido con siempre más fuerza la necesidad histórica: Croce, el anti jacobino.<sup>865</sup> El grande polemista, crítico en cuanto no había cedido al avanzar de tendencias dogmáticas, desde el 1915, vimos, iba presentando el proceso que más de cualquiera habría modificado a Europa, como un paréntesis en la vía, ininterrumpida, de la civilización de la libertad.

Fue el momento, insistía Ragionieri desde Togliatti, de la maduración. En particular, para Gramsci, significó:

“el comienzo de la reflexión sobre los problemas de la política y de la historia, la definitiva adhesión a la causa del socialismo, a través del giro de años tumultuosos de la historia de Italia y del mundo, signados por la primera guerra mundial y la revolución de Octubre”.<sup>866</sup>

Después del 1915-18, señalaba Ragionieri, Gramsci volvió críticamente a una formación, la propia, acontecida “en dialogo” con aquellas tendencias de la cultura contemporánea, el neo-idealismo, que habían encontrado un plano de acorde con fuerzas conservadoras y hasta abiertamente reaccionarias en la polémica en contra de la democracia y “los inmortales principios” del 1789. La guerra, en fin, como el inicio de la toma de conciencia

---

<sup>864</sup> Ragionieri, *Introduzione*, p. XXIX.

<sup>865</sup> Cfr. el cap. II de esta labor.

<sup>866</sup> Ragionieri, *Introduzione*, p. XXXIII

por parte de Gramsci de una dependencia necesaria entre revolución socialista y revolución democrática y a partir de la revisión de un juvenil crocianismo. La guerra para Gramsci, y el grupo del “Ordine Nuovo”, no había sido un paréntesis en sentido crociano, una interrupción, un abandono momentáneo de orientaciones intelectuales y elecciones de vida ya claramente definidas, sino un efectivo trastorno de valores que, en Gramsci y los compañeros turineses, significó la experiencia concreta de un drama no sólo obrero, sino civil y, con aquél, la reflexión auto-crítica acerca de las propias posiciones anteriores.<sup>867</sup> A prueba de ello, Racionieri aducía las ya mencionadas *crónicas culturales* del “Ordine Nuovo” semanal, una serie de escritos de Togliatti que el estudioso definía un cuerpo unitario, y en los cuales emerge el “preciso criterio de evaluación” del pasado recién: “el primado de la historia y la práctica en la evaluación de los hombres y las corrientes de pensamiento”.<sup>868</sup>

Historia y política, léase guerra y revolución de octubre, para la reconsideración crítica de la filosofía, léase de los intelectuales en Italia, los organizadores de su espíritu público. Intelectuales como los maestros del neo-idealismo, y *en primis* Croce en cuanto pivote de todo este entramado cultural que fue la crisis en proceso. Con su oposición a doctrinas y programas políticos improvisados, durante los tumultuosos años del ‘15-18, Croce se había mantenido honestamente fiel a la racionalidad del crítico y, sin embargo, había sido incapaz de comprender el momento de la revolución, la rusa, como definición positiva de un movimiento histórico negativo. Croce así como “re-visionado” por Togliatti desde la contraposición entre una corriente anterior y progresiva del liberalismo e idealismo italiano, la liberal democrática, y una más reciente y conservadora, la liberal moderada.<sup>869</sup> Croce para Togliatti en cuanto interpretación conservadora de Hegel, y un Hegel recuperado, en contra del marxismo de la II Internacional, al fin de presentar a Lenin

---

<sup>867</sup> Ya en el segundo año de guerra Gramsci escribía, veremos, de “jóvenes viejos” por el cúmulo de experiencias, y en proceso de liberarse de la “inextricable red”.

<sup>868</sup> Racionieri, *Introduzione*, p. XLIV. Resumo aquí los temas polémicos de las crónicas de Togliatti, así como han sido resaltados por el mismo Racionieri. La condena de quienes, con la celebración de la guerra, habían querido celebrar el surgimiento, por propia iniciativa, de una nueva civilización; la adversativa entre la guerra como culminación de la disgregación de la sociedad italiana en cuanto fallida unidad ético-política; la originalidad y valencia universal del octubre ruso como transición a un nuevo orden; la reconsideración de Croce por su teoría de la separación, o distinción, entre filosofía y política; el primer acercamiento a Gentile en cuanto asertor de una

más estrecha unidad entre teoría y práctica y el sucesivo alejamiento a través de la contraposición del Estado según Lenin al Estado ético; la impugnación de Hegel en contra de Croce y Gentile; el pensamiento de Marx como culminación de la filosofía hegeliana a través de su inversión práctica; la polémica en contra de “La Voce”, por una concepción de la política como “buena voluntad”, separada de la organización y participación de una fuerza tan organizada como aquella del Estado dado el capital.

<sup>869</sup> Encontramos en la línea Spaventa-Labriola-Gramsci indicada por Togliatti en el 1925 los orígenes del eje interpretativo situado al centro del primer eje Gramsci, el Gramsci de todos, el “gran intelectual”, el nacional-popular en línea con la mejor tradición democrática del país. Cfr. la introducción de esta labor.



como teórico, antes que nada, de la política. La asunción del hegelismo, enfatizaba Ragonieri, como una autónoma y original interpretación del leninismo: un método para la elaboración de un análisis marxista de la política, con eje en la consideración de las fuerzas organizadas y su capacidad de dirigir una experiencia directa de lucha.<sup>870</sup>

Fundamental, según Ragonieri, era la historia específica del movimiento obrero italiano:

“La característica, en este sentido común a Gramsci y a Togliatti, de refutar la costumbre mental de utilizar al marxismo como un cuerpo de doctrinas sobre la cual ejercitar una exegesis interesada de citas, nace de una actitud mental conformada afuera de aquella relación de continuidad-oposición entre el marxismo de la II y el marxismo de la III Internacional, la cual constituye, al contrario, tanta parte del pensamiento europeo de este siglo [...] La presencia de Lenin es irrefutable. Se trata de acertar y de conocer cuál haya sido esta presencia y cuál función haya ejercitado”.<sup>871</sup>

La adhesión a la tercera internacional, enfatizaba Ragonieri, significó, en Italia, el surgimiento del marxismo como, y por primera vez, búsqueda de una tradición, política e ideal, autónoma del movimiento obrero. Las razones: no el genio de los ordinovistas, aunque se tratara de un grupo de intelectuales excepcionales. La III Internacional no podía ser percibida como un regreso a “una doctrina de los orígenes” porque el marxismo, en cuanto identidad propia de la clase obrera, en Italia, y a diferencia de un país como Alemania, no existía. Por esa misma razón, en cuanto teoría de la revolución, el marxismo había surgido en Italia, y por medio de los ordinovistas, como un momento de efectiva creación; como una reflexión sobre la relación entre teoría y política, como *praxis*.

Paggi, reflexionando sobre el mismo tema, señalaba como una de las cuestiones “más delicada y complejas” fuera comprender la posición particular que Gramsci habría asumido entre las filas del marxismo tercer internacionalista, su independencia de las precedentes tradiciones del marxismo, y su origen en la determinación a proceder, en Italia, en la dirección de una fundación autónoma. El estudioso llamaba primero la atención a un testimonio de Gramsci, del 1920:

“El Partido socialista, adhirió, por su propia iniciativa, al movimiento zimmerwaldiano; los dirigentes del Partido que habían interpretado egregiamente la voluntad y los sentimientos genéricamente difundidos entre las masas proletarias italianas, no creyeron, sin embargo, fuera su preciso deber informar los inscritos al Partido sobre las discusiones acontecidas en

---

<sup>870</sup> El leninismo como una original elaboración estará en el centro del Gramsci teórico de la hegemonía avanzado por Togliatti, también vimos, en el 1958. Enfatizando la fuerte inflexión hegeliana en el marxismo y leninismo de Togliatti, Ragonieri afirmaba que *Nostra Ideologia* podía considerarse la base filosófica, la clave, con la cual Togliatti habría enfrentado las luchas políticas durante los subsiguientes cuarenta años. Escribiendo en el 1964, el

estudioso señalaba que, en el caso de Gramsci, la asunción teórica del pensamiento de Lenin como punto de partida para una renovación filosófica del marxismo y, con aquella, la medida en la cual el hegelismo había continuado, o menos, a constituir un núcleo esencial en su pensamiento, eran cuestiones todavía para investigarse.

<sup>871</sup> Ragonieri, *Introduzione*, pp. L-LI.

Zimmerwald y las tendencias manifestadas en aquel movimiento, el cual, en su complejo, fue creído solo de oposición teórica a la guerra y al social patriotismo. Así aconteció que el Partido Socialista, como masa, ignoró la existencia del ala izquierda de Zimmerwald, guiada por Lenin, ignoró la actitud asumida por los delegados italianos hacia la izquierda zimmerwaldiana, ignoró el cuerpo de doctrinas y de tesis a través de la cuales la izquierda zimmerwaldiana expuso su concepción del derrumbe de la II Internacional, de la guerra imperialista, la dictadura proletaria, la organización de los partidos revolucionarios, la guerra civil, las relaciones entre los varios estratos de la población trabajadora en el Estado obrero”<sup>872</sup>

El artículo citado es importante en cuanto atestigua la medida en la cual el maximalismo italiano había permanecido extraño a las batallas teóricas y políticas en curso entre las filas de la segunda internacional durante la paulatina ascensión de la novedad histórica del bolchevismo, y de Lenin, a una posición dirigente en el cuadro del socialismo revolucionario internacional. A escribir, sin embargo, era el Gramsci del “Ordine Nuovo”. Al fin de mostrar como el joven Gramsci percibió la cultura maximalista del

---

<sup>872</sup> Gramsci, *Nel paese di Pulcinella*, en “L’Ordine Nuovo”, 2 de octubre 1920, ON (1954), p. 414-16. Gramsci escribe sucesivamente a la derrota del movimiento de las ocupaciones de fábricas, en el momento de su requisitoria por las maestranzas dejadas “sin una guía y una precisa palabra de orden” y debido a un partido y unos sindicatos “paralizados por el verbalismo demagógico y la arteriosclerosis burocrática” y en contra de los cuales Gramsci apela a la interpretación del presente y la revolución según Lenin. *Cronache dell’Ordine Nuovo*, 2 de octubre 1920, consultado en ON facs, pp. 121. Paggi, del artículo citado, recoge no solo un ataque a la cultura del partido socialista, sino una dimensión autocrítica. Cfr. Paggi, *Antonio Gramsci e il moderno principe*, pp. 189-90. El artículo, efectivamente, continuaba: “así aconteció que la masa del Partido socialista no supo juzgar y sancionar el hecho que, por meses y meses, después de la primera revolución rusa, el ‘Avanti!’ hubiera presentado a Cernov, máximo dirigente del partido socialista revolucionario, como exponente de las verdaderas fuerzas revolucionarias de Rusia”. Gramsci que, veremos, ha previsto desde abril el desemboque de la revolución de febrero en la socialista, e indicado, en julio, como su factor determinante la *praxis* de los bolcheviques, en septiembre del 1917 todavía confunde entre Cernov y Lenin como “encarnación” de la revolución: “El compromiso con los burgueses ya no es útil, ya no es necesario, es un obstáculo. También Kerensky lo es. Otro hombre ha surgido a su lado, en su contra: Cernov. El maximalismo ruso ha encontrado su ‘jefe’. Lenin era el maestro de vida, el agitador de conciencias, el despertador de las almas adormecidas: Cernov es el realizador, el hombre que posee un programa concreto para actuar, un programa enteramente socialista, que no admite colaboraciones [...]” *Kerensky-Cernov*, publicado en el “Grido del popolo”, 29 septiembre 1917, cfr. CF, p. 359.

Togliatti, en el 1925, testimoniaba que “l’Avanti!” presentó Cernov como leader de la revolución socialista hasta el octubre del 1917. Cfr. Togliatti *Le ripercussioni della Rivoluzione Russa sull’Italia proletaria*, en “La Corrispondenza Internazionale”, anno I, n. 10, 7 novembre 1925, consultado en Id. *Opere*, vol. I, pp. 673-78. En el caos y fragmentariedad de las informaciones que llegaban desde Rusia, las noticias proporcionada por el “Avanti!” quedaron filtradas, hasta mayo del 1917, por intermediación de un socialista revolucionario exiliado en Italia (Suchomlin, “junior”), el cual reproducía indirectamente los *topos* que la prensa burguesa europea había empezado a construir sobre Lenin después de su regreso del exilio y la publicación de las *Tesis de Abril*. Aun desde el propósito de transformar el mito negativo en mito positivo, el ruso construía la imagen de un Lenin como revolucionario de temperamento, de carácter impetuoso, guiado por una concepción de la revolución como mera voluntad y por un sentir, más que un pensar, las aspiraciones del proletariado, introduciendo Cernov como su contraparte racional. El cambio habría acontecido hacia finales de julio, con la llegada de informaciones acerca de los enfrentamientos internos al Soviet, gracias, sobre todo, a las cartas enviadas desde Petrogrado por la Balabanoff. Para una reconstrucción de la interpretación del proceso revolucionario ruso entre las filas del socialismo italiano, desde el desenlace de febrero hasta la culminación del octubre, cfr. D’Alessandro, Leonardo Pompeo. *La Rivoluzione in tempo reale. Il 1917 nel socialismo italiano tra rappresentazione, mito e realtà* en Academia University Press, *La Biblioteca di Historia Magistra*, di maggio, m. (a cura di), n. 4, OpenEditon Books: Torino, 29 noviembre 2017.

partido al cual había adherido, Paggi retrocedía hacia el 1916, al Gramsci de: “se dice que en Italia haya el peor socialismo de Europa, si es así Italia tendría el socialismo que se merece.”<sup>873</sup>

Era aquí sintetizada, enfatizaba, la originalidad de Gramsci como socialista, o sea, la percepción que el movimiento obrero italiano, entrado en fase de radicalización, permanecía condicionado, a través de su grupo dirigente, por la historia del mismo ambiente en el cual había ido desarrollándose. El carácter de la clase obrera, para el joven, no era escindible de aquello del país; la pobreza teórica del socialismo maximalista le aparecía, de alguna forma, una herencia de la estrechez y limitaciones del cuadro cultural, intelectual y político, de la misma burguesía italiana.<sup>874</sup> El problema “cultura” según el primer Gramsci, debía ser enfocado como la forma peculiar en la cual se expresaban las cuestiones relativas al desarrollo y la consolidación del movimiento obrero revolucionario en un país como Italia. La *forma*, para Gramsci, según el sentido señalado, una cultura burguesa limitada, atrasada, provincial, que, englobando la obrera, lo había empujado a problematizar el antagonismo social de clase desde el tipo de relación existente entre los intelectuales, organizadores del espíritu público, y los sectores populares.

Preguntándose si fuera posible avanzar algunas reflexiones generales sobre la formación y el peso que ella tuvo en los años sucesivos de plena maduración, política e intelectual, sin negar, ni tampoco subvalorar la importancia de la inserción de Gramsci en la cultura italiana a caballo de los dos siglos, una cosa era señalar, enfatizaba Garin, la genealogía ideal, derivar su reflexión de un juego de combinaciones entre influencias, otra comprender:

“la difícil y atormentada dialéctica interna [...] la profunda transformación a la cual se ven sometidos, en la reflexión de Gramsci, todos los elementos pre-existentes de los cuales se avale. Entre el punto de partida -las fuentes del pensamiento de Gramsci- y el punto de llegada hay siempre una distancia mayor de cuánto la utilización de un mismo lenguaje permita a veces suponer. Por esa razón, el estudio de los problemas políticos con los cuales él, de tiempo en tiempo, llega a medirse, es el camino más seguro para comprender también su contribución teórica al desarrollo del marxismo”.<sup>875</sup>

Había que preguntarse, continuaba Garin, cuál había sido la historia más amplia que permitió el “mecanismo de ‘invención’ política” de Gramsci, sus “audacias”, este haber sentido desde el inicio de su militancia la exigencia de definir autónomamente las

---

<sup>873</sup> Gramsci, *Margini*, cit.

<sup>874</sup> De esta conciencia del provincialismo de la cultura italiana deriva el esfuerzo del Gramsci del “Grido”, a partir del 1918, de articular la creciente informaciones

sobre el socialismo europeo con la discusión sobre la revolución rusa.

<sup>875</sup> Garin, *Con Gramsci*. Roma: Editori Riuniti, 1997.

conexiones del propio panorama intelectual. Separadas de la tensión política a las cuales las somete Gramsci, procede y profundiza Rapone cuatros décadas después en la misma línea, el tema de las influencias culturales no permitiría recoger la originalidad y complejidad de una propuesta cuyo carácter de ruptura, ahora los estudios recientes de Frosini, reside en la revolución, aunque sólo más tarde plenamente elaborada, en los *Cuadernos*, de la manera tradicional de concebir la filosofía.

Tanto Paggi, así como Ragonieri, indicaban la crisis de un orden ético-político; el primero, sin embargo, ponía el acento en la traducción del socialismo como movimiento de renovación cultural en organización política, el segundo en la organización política que, como cultura, “invierte”, integrándolas, las corrientes de renovación ideal de su propio tiempo. Vuelvo, por lo tanto, a subrayar: nada es neutral en las interpretaciones sobre la vida y obra de Gramsci. Paggi, exponente de una nueva generación, confrontándose él mismo con la renovación de una cultura política en crisis, hablaba de contraposición entre el horizonte de la inmanencia y el de la *praxis*.<sup>876</sup> Había sido la política, enfatizaba, el conector y el transformador de todos los intereses de Gramsci y, sin embargo, el mismo Paggi reconocía que individuar en la política el “campo de delimitación” intelectual de Gramsci no era exhaustivo del porqué el lema “vivir quiere decir ser partisano” encontrara su esfera de inmediata aplicación en el campo de la cultura. Había, es decir, un límite implícito en separar el Gramsci de la historia y la política del Gramsci de la filosofía. El riesgo era volver marginal el Gramsci de la reflexión sobre el plano conceptual, metodológico, profundo del marxismo.

En fin, Paggi no rechazaba, sino entraba en dialogo crítico con la línea Togliatti-Ragonieri. ¿Cuál el sentido revolucionario de la relación que el joven estableció con la cultura liberal? ¿La “inversión” de la filosofía, Croce, había sido a partir de la relación entre historia y política, guerra y revolución, o la posibilidad de una original elaboración de esta relación, y con aquella de Lenin, del bolchevismo, fue gracias al reconocimiento previo del rol político de la cultura neo-idealista? ¿Leyendo el testimonio del mismo Gramsci del 1933 sobre sus años juveniles, el acento tiene que ser puesto en crociano o en “tendencialmente”?<sup>877</sup> Intentaré demostrar en el próximo capítulo, como, y desde un inicio, para Gramsci hay una relación orgánica, integral, entre “inmanencia”, tema neo-

---

<sup>876</sup> Como vimos, el primer enfoque, insertando Gramsci en una historia exclusivamente nacional, había impedido entrar, denunciaba Paggi, en el mérito de la relación entre el partido y el movimiento comunista internacional, sin la cual, enfatizaba una y

otra vez el estudioso, el leninismo según Gramsci, oficializado por Togliatti en el 1958 durante el primer convenio de estudios gramscianos, permanecía incomprensible.

<sup>877</sup> Gramsci, C. 10, § 11.

idealista, y el proceso de formación de una voluntad colectiva, preocupación política del socialista revolucionario. La hay porque Gramsci piensa, y según mi lectura, insisto, desde un inicio, la relación entre filosofía e historia en contraste a la teoría de la distinción crociana entre filosofía y política. Un Gramsci, el joven, que no es un idealista, sino que, enfatizaba por primera vez Garin, y habría recuperado Rapone, se *confrontaba* con el idealismo, percibiendo en aquel, *en primis* en Croce, tanto una corriente de renovación de la cultura italiana, así como un medio de absorción del marxismo que, exactamente porque volcado a “neutralizarlo”, demostraba implícitamente su potencialidad de reforma intelectual y moral. Sostener una tesis de este tipo, empero, necesita abrir otro Gramsci como “marco de referencia”: el Gramsci de los *Cuadernos*.

#### 4.2. El método como cuestión política de los intelectuales

Superado el aislamiento que se ha autoimpuesto, subraya D’Orsi, casi por expiar la mala fama que el artículo le ha procurado en el ambiente socialista turinés, Gramsci, en el 1915, elige poner al centro de su existencia la militancia. Abandona una vida universitaria de grande penuria económica y grandes estímulos intelectuales y afectivos y, refutado un puesto como dirigente escolástico, decide “estar al lado del proletariado, estar adentro de su partido”.<sup>878</sup> Abajo de la Mole, él que, gracias a los primeros artículos en el *Grido del popolo*, ya es una pluma reconocida en el ambiente, en el 1916 encuentra un camino y, por fin, una fuente de ingreso relativamente estable, en la recién constituida edición piamontesa del *Avanti* -el órgano que desde las manos del “traidor” Mussolini ha pasado a aquellas del socialista integérrimo Serrati. En el 1917, segundo año de guerra para el país, previendo el cumplimiento del febrero en el octubre ruso,<sup>879</sup> y defendiendo los movimientos insurreccionales turinenses del agosto como una prueba de fuerza, aun desorganizada, de “un organismo en continua transformación” y para el cual “las elaboraciones, las absorciones de cultura socialistas posibles en tiempos normales, ahora ya no son posibles normalmente”,<sup>880</sup> Gramsci asume los primeros cargos políticos de una cierta envergadura y entra en la escala nacional del debate.<sup>881</sup> Utilizando como

---

<sup>878</sup> D’Orsi, *Introduzione. Antonio e la sua Torino*, p. 40.

<sup>879</sup> Gramsci, *Note sulla rivoluzione russa*, en “Il Grido del popolo”, 29 abril 1917, CF, pp. 138-142.

<sup>880</sup> Gramsci, *Analogie e metafore*, pp. 331-333.

<sup>881</sup> Con *Analogie e metafore*, en “Il Grido del popolo” 15 septiembre 1917 y *La “giustizia”*, en “Il Grido del popolo”, 13 octubre 1917. CF, pp. 390-92. La polémica del primer artículo es con Treves, el cual, desde el “Avanti!” había definido “un error” la sublevación obrera del agosto 1917, luego con

instrumento congenial de intervención sus tajantes columnas, actúa, más que como dirigente de sección, como organizador y elaborador cultural. Inicia así una forma de militancia que refutará siempre abanderar como la efigie de una labor individual.<sup>882</sup>

Una primera consideración. El periodista que entra en las filas del socialismo maximalista distingue claramente entre cultura y propaganda. Desde el momento en el cual Serrati lo ha propuesto como redactor del “Avanti!” piamontés, sus artículos muestran una riqueza de intereses, enfatiza Rapone, que son políticos en la misma medida en la cual no lo son siempre directamente, y, como tales, nos transmiten una extrema abertura intelectual que, espaciando en varias direcciones, tiene como hilo de fondo una original articulación entre, por un lado, la experiencia de la vida del mundo obrero, y, por el otro, la confrontación con las corrientes culturales que agitan las primeras décadas del siglo y que, en los años de la guerra, irán definiéndose en sus rasgos comunes, así como en sus contraposiciones. Relativamente a los medios, la seriedad y honestidad intelectual, la individuación de múltiples interconexiones problemáticas y el tono despiadadamente irónico se manifiestan en una escritura dialógica, la cual regresará vívidamente en los *Cuadernos*, como testigo de la aversión del autor, y de la persona, a las fáciles generalizaciones del militante de vanguardia y del intelectual paternalista. El estilo de quien no escribe para el subalterno, sino como si éste, en proceso de conformación como él dirigente, estuviera siempre pronto a contradecirlo.<sup>883</sup> Relativamente a los fines, la conformación de una

---

Prampolini, el cual, en “La Giustizia”, defendía Treves y criticaba Gramsci, acusándolo de voluntarismo e irresponsabilidad por el actuar de la sección turinesa durante los “hechos de Turín”. CF, pp. 331-333 y pp. 390-92. Son los primeros artículos con los cuales Gramsci regresaba a cuestiones políticas que interesaban directamente el movimiento obrero socialista después del polémico artículo del 1914.

<sup>882</sup> Según el testimonio del mismo Gramsci: “Entré en la redacción del “Avanti!” el 10 diciembre 1915. He estado actuando sin interrupción como redactor del “Avanti!” desde el 10 diciembre del 1915 hasta el 31 diciembre del 1920, cinco años y veinte días. De los centenares y miles de artículos de fondo, notas de crónicas, recensiones teatrales que he escrito en el “Avanti!” nada ha sido desechado; al contrario, cuando el Serrati se encontraba encarcelado en Turín, se enfurecía contra Storchi, en este entonces jefe de redacción en Milán, porque no pasaba en primera página una parte de los escritos que yo enviaba para la crónica turinés. He entrado en el “Avanti!” cuando el Partido socialista había quedado reducido a sus extremos y todos aquellos que eran capaces de escribir se habían dado a la fuga y repudiaban el partido. He entrado en el “Avanti!” libremente, por convicción. En los primeros días del diciembre del 1915 yo había sido nombrado director del gimnasio de Oulx, con 2500 lire de sueldo y tres meses de vacaciones. El 19 diciembre

1915 al contrario me comprometí con el “Avanti!” por 90 lire al mes de sueldo, es decir 1080 lire por año. Podía elegir: si he elegido el “Avanti!”, 90 lire al mes y los peligros que en ese entonces se corrían trabajando por el periódico socialista, se he preferido el “Avanti!” [...] poseo ciertamente el derecho de afirmar que lo hice por una fe y una convicción profunda. He sido secretario de la sección socialista inmediatamente después de los hechos del agosto 1917; al mismo tiempo, habiendo sido encarcelada Maria Giudice, me encargaron de la dirección del “Grido del popolo”, sin sueldo [...] En el noviembre 1917, después de Caporetto, fui enviado por la Sección al convenio clandestino que la fracción maximalista realizó en Florencia”. Cfr. Gramsci, *Un agente provocatore*, en S (1976), pp. 260-271. Caprioglio, comentando el artículo, resaltaba su importancia por los numerosos detalles autobiográficos, cfr. *ibidem*, pp. 260-62. Gramsci escribe en “¡Falce e Martello!”, semanal de la Federación Piemonte del PCd’I, el 4 junio 1921, en el contexto de la áspera polémica con los reformistas, sucesiva a la escisión. La polémica de Gramsci es con el entonces director del “Grido” y correspondiente turinés del “Avanti!”, “que tiene el encargo especial de ensuciar y lanzar calumnias sobre los compañeros del “Ordine Nuovo”.

<sup>883</sup> D’Orsi, *ibidem*, pp. 50-51. D’Orsi es particularmente eficaz en conferir palabras a la

nueva y autónoma cultura obrera puede verse como el mismo joven en proceso de formación intelectual y moral; un sentido de la responsabilidad, del carácter, *en fieri*; una permanente confrontación con su propia época y su espíritu público.

“Somos criaturas viejas, una generación que nace a los ochenta años. Un cumulo de tradiciones grava sobre nosotros, y tenemos que enarcar aún más la espalda para aguantarlo; leyes seculares atan nuestro hacer actual, y el esfuerzo para superarlas tiene que sintetizar todos los esfuerzos de las generaciones pasadas, que se despreocuparon de combatir en nuestro nombre, de abrirnos un camino menos tenso de aprietos, obstáculos que uno por uno son nada y en conjunto son formidables. Tenía que llegar la guerra para arrojar sobre nuestras piernas este blando colchón de prejuicios, para forjar de tantos hilos sutiles de seda una inextricable red [...] Somos jóvenes viejos. Viejos por el cumulo enorme de experiencias que en poco tiempo hemos amontonado, jóvenes por el vigor de los muslos, por el deseo irresistible de victoria que nos arrolla.”<sup>884</sup>

Un “cumulo enorme de experiencias”: el “joven viejo” escribe no sólo durante la guerra, sino dos años después de la “semana roja”, a la cual ha participado.

“Flores escarlatas de sangre habían brotados en los adoquines de nuestra ciudad, hecha de orden, de tradición militar, encuadrada en las islas de casas monótonas, como fuera un regimiento del ejército de sus antiguos duques sábados. [...] en toda Italia, una ola de rebelión mostraba que el proletariado había adquirido una conciencia nacional, si, obedeciendo a un sentimiento y a una disciplina de solidaridad nacional, bajaba a la calle para hacerse masacrar.”<sup>885</sup>

Y un año antes de la explosión de la “huelga del pan.”<sup>886</sup>

“La insipiente del gobierno central, la ignavia de la administración urbana, las provocaciones indecibles del poder político local vos han hecho levantar unánimemente en un maravilloso movimiento de huelga general, fuerte, admonitor y ejemplar. Estallado por la falta de pan, éste se ha inmediatamente convertido en una decidida manifestación en contra de la guerra que tantos

---

sensación de libertad de crítica, intransigencia moral y fibra irónica que transmite la lectura de las intervenciones periodísticas del Gramsci del “Grido” y del “Avanti!”. El estilo de Gramsci es propio de un compromiso con “la defensa, a cualquier precio, de la verdad, bien primario que el intelectual tiene que defender, pena la traición de su mismo rol”; “una aversión a los particularismos y los sectarismos, a formas de existir y hacer política cerradas en espacios estrechos y limitados”. D’Orsi, *ibidem*.

<sup>884</sup> Gramsci, *Vecchiezze*, en “Avanti!”, 13 julio 1916. CT, pp. 432-433.

<sup>885</sup> Gramsci describe la represión, en junio del 1914, en Turín, del movimiento de solidaridad con la multitud que había asistido, en la ciudad de Ancona, a un mitin del anárquico Malatesta. A la huelga general habían seguido numerosas manifestaciones de carácter insurreccional, sobre todo en la región de la Romagna, las mismas que se habían extendido en las principales ciudades italianas, desde Turín, hacia Nápoles. Mientras Turín tenía su saldo de muertos, heridos y arrestados, los conservadores pedían la revocación del derecho de huelga. El clima insurreccional es reconstruido por Gramsci en *La Commemoraciones di*

*Miss Cavel*, en “Avanti”, 17 enero 1916, CT, pp. 76-79.

<sup>886</sup> Las movilizaciones insurreccionales del 22-26 agosto del 1917, iniciadas como protesta por la ausencia de pan, habían pronto desembocado en una demostración de fuerza del movimiento obrero turinés en contra la continuación de la guerra, con sus secuelas de violentas represiones. La junta administrativa, acusada la sección turinesa del partido socialista de haber dirigido el movimiento -surgido, al contrario, espontáneamente-, decidía el arresto de casi todos los principales cuadros dirigentes, tanto del movimiento político, así como del sindical y, además, de los relatores durante un mitin público, organizado pocos días antes, para escuchar los representantes del soviet de Petersburgo, mencheviques acogidos por los presentes al grito de “viva Lenin” y que la prensa filonacionalista turinesa habría acusado de haber financiado la “revolución” de finales de agosto. Los arrestos de los principales cuadros llevaron Gramsci a la dirección, en agosto, del “Grido” y, en septiembre, al cargo de secretario de la comisión ejecutiva provisional de la sección política.

lutos ha sembrado y tanta indignación suscita en los ánimos de todos los países. La fuerza brutal del Estado burgués, la inconciencia por parte de los proletarios vestidos en uniforme, la dolorosa impreparación de nuestra organización para una acción resolutiva, nos obligan a aconsejar el regreso al trabajo [...] Nos es un consejo de vileza aquél que les damos, sino de sabiduría y fuerza.”<sup>887</sup>

Entre las dos huelgas de carácter insurreccional, la “semana roja” del 1914 y “los hechos de Turín” del 1917, o sea, entre una derrota abrasadora, y una sublevación popular que para la generación de jóvenes socialistas es expresión de nueva vida, y para el abanico de la prensa liberal y nacionalista, de desorden y “derrotismo”, en la ciudad de aquello que es ya percibido por el movimiento obrero italiano como su sector más resolutivo y que, en corso Siccardi, concentra las sedes de sus principales organizaciones, en las columnas del *Grido*, aparece el artículo *Socialismo e cultura*, firmado por Alfa Gamma.<sup>888</sup> A menos de un año desde la entrada del país en el conflicto, cuando la situación va sobrecalentándose y la contraposición entre exaltación patriótica y descontento social se agudiza; mientras la ciudadela burguesa es “asediada por este inmenso pulpo humano” de una periferia proletaria conformada por las “cara serias, dolorosa en las cuales se lee la firme voluntad del éxito”,<sup>889</sup> mientras represión y censura aprietan la sección política y la misma redacción del periódico para el cual escribe, el joven revolucionario exhorta al movimiento obrero al “¡Conócete a ti mismo!”.

Anota no haber acercado “tan solo así por hablar” un fragmento de Novalis y otro de Vico, ser “el yo del propio yo” y reconocer la lucha plebeya para la “igualdad en civil derecho” en el principio filosófico.<sup>890</sup> Gramsci lee Novalis desde Vico después de haber

---

<sup>887</sup> Es la primera crónica de los “hechos de Turín”, parte del abozo de prensa del “Grido”, secuestrado y nunca publicado, del 26 agosto-1 de septiembre 1917. Un relato probablemente escrito por Gramsci en conjunto con otros compañeros. *La cronaca*. CF, pp. 295.

<sup>888</sup> Acrónimo de Antonio Gramsci, según el hábito, propiciado por Serrati, una vez sucedido a Mussolini en la dirección del “Avanti!”, de despersonalizar toda intervención en un órgano de prensa del movimiento socialista. Gramsci lo recuerda en *Intermezzo semiserio*, CPC, pp. 407. “[...] yo redactor del Avanti! turinés desde el diciembre 1915 hasta el diciembre 1920, había tomado a la letra el justo principio expuesto en Turín por Serrati, que un periódico proletario tiene que ser anónimo y no fungir de ventana para nadie”, 16 septiembre 1925. Punto evidenciado también por Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, p. 62.

<sup>889</sup> Gramsci, *Due assedi*, en “Il Grido del popolo”, CT, pp. 293-294, Gramsci se refiere aquí a la manifestación para el 1 de mayo del 1916, durante la cual, prohibido el tradicional corteo en periodo bélico,

había tenido lugar la represión y el arresto de dirigentes, incluido el secretario de la sección política turinesa y leader de la fracción de los intransigentes. Cfr. CF, nota 1, p. 294.

<sup>890</sup> “Recordamos dos pasajes: uno de un romántico alemán, el Novalis (vivido desde el 1772 hasta el 1882) que afirma: ‘el supremo problema de la cultura es de adueñarse del propio yo transcendental [...] El otro, que resumimos, de G.B.Vico [...] ofrece una interpretación política del famoso dicho de Solones, que Sócrates hizo suyo después, en cuanto a la filosofía: ‘Conócete a ti mismo’, sosteniendo que Solones quiso con aquél dicho advertir los plebeyos, los cuales se creían de *origen bestial* y creían los patricios de *divina origen*, de reflexionar sobre sí mismos para reconocerse de igual naturaleza humana con los nobles, y en consecuencia pretender ser con aquellos igualados en civil derecho. Y pone luego esta conciencia de la igualdad humana entre plebeyos y nobles a base y razón histórica del surgimiento de las repúblicas democráticas en la antigüedad”. Las cursivas son de Gramsci. Id. *Socialismo y cultura*, en “Il Grido del popolo”, 29 enero 1916, CT, p. 99.



introducido a Hegel, sólo pocas semanas antes, como parte-agua filosófico.<sup>891</sup> Con el *Sillabo y Hegel y Socialismo y Cultura*, inaugura aquello que será el “hábito” de siempre, llevado a su máxima “sistematización” en las notas de los *Cuadernos*: el método en cuanto uno mismo con el refutar la reducción de la historia a tesis, a definición abstracta.<sup>892</sup>

Un método, un lenguaje, una forma, que, sostenía Garin, era uno mismo con su contenido: una labor de “conversión no especulativa de la filosofía en la historia”.<sup>893</sup> En la fase en la cual Togliatti “oficializaba” el Gramsci de la política, Garin regresaba al tema de su relación con Croce y el neo-idealismo abriéndolo como problema. Diez años antes, en el 1948, año de publicación del primer volumen de la primera edición, la temática, de los Cuadernos, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, según la reseña del directo interesado, publicada en los “Cuadernos de la crítica”:

“Es éste un libro que ha aparecido con mucho ruido de miríficos anuncios, de los cuales su llorado autor, que era hombre serio, no tiene culpa alguna, no habiendo podido imaginar nunca que bajo tal luz habrían sido presentados los apuntes de observaciones y dudas que él rubricaba durante sus lecturas. Cualquier escritor sabe que anotaciones de tal guisa son destinadas a la supresión cuando surge el pensamiento sintético -en un breve enunciado, a veces en una única palabra- que despliega, funde, e integra en un todo los pensamientos esbozados o tanteados, las interrogaciones a uno mismo, las conjeturas y sospechas, frecuentemente infundadas. Para Gramsci nunca llegó momento tan feliz en el cual la ardua labor queda superada en la seguridad del fin conseguido”.<sup>894</sup>

La fragmentariedad de las notas, para Croce, era síntoma de ausencia. “Filosofía de la praxis” había sido sólo otro nombre para que el “materialismo histórico” obviara la censura de la cárcel y, por lo tanto, las reflexiones de los *Cuadernos* no merecían *estatus* teórico no tanto por efecto de “las dolorosas condiciones de trabajo”, sino por “su mismo punto de partida”: la reducción de la filosofía a ideología. Ideología para Marx, sin embargo, según Croce: el principio que “el pensamiento es en función de la necesidad práctica o (lo cual es lo mismo) es la cáscara, ella misma práctica, que protege la

---

<sup>891</sup> En *Il Sillabo e Hegel*, en “Il Grido del popolo”, 15 enero 1916, CT, p. 72.

<sup>892</sup> Paggi, L. *Antonio Gramsci e il moderno principe*, p. 86.

<sup>893</sup> Garin, *Gramsci nella cultura italiana*, consultado en Id. *Con Gramsci*, pp. 41. Se trata de la relación presentada durante el primer convenio de estudios sobre Gramsci organizado por el homónimo instituto. En este mismo convenio, vimos, Togliatti presentó su relación *Gramsci y el Leninismo*. Cfr. *Studi Gramsciani. Atti del convegno tenuto a Roma nei giorni 11-13 gennaio 1958*. Roma: Editori Riuniti, 1958, p. V. En una fase todavía embrionaria de los estudios sobre Gramsci desde la historia y la política, el mérito de Garin era enfocar el problema “filosofía”

historicizando qué había representado Croce para Gramsci. Lo podía hacer en su doble rol de estudioso de la historia de la filosofía italiana de la primera mitad del Novecientos, por un lado, y del Renacimiento y el Humanismo, por el otro. Para una reconstrucción del pensamiento filosófico de Garin, cfr. el apéndice, *Filosofía e antifilosofía*, en Id. *La filosofia come sapere storico*, Bari: 1959, Sagittari Laterza, pp. 18-32. La monografía de Garin dedicada a la filosofía italiana de la primera mitad del siglo XX, un clásico para los estudiosos de Gramsci, es la ya citada *Cronache di filosofia italiana 1900/1942*.

<sup>894</sup> Croce, B., *Rivista bibliografica*, en *Quaderni della critica*, V. IV, C. 10, marzo 1948, Bari, Laterza.

necesidad práctica de una u otra clase social”. Anulación, atacaba Croce, de toda posibilidad de crítica a una filosofía, en este caso aquella de Gramsci a la suya, en cuanto anulación, como ideología, de la filosofía misma. El “origen práctico del error lógico” del 1909 reaparecía, en el 1948, como “origen político y de partido” de los límites de Gramsci.<sup>895</sup>

Un año antes, ahora reseñando la primera edición de las *Cartas de la cárcel*,<sup>896</sup> había sido el célebre: “como hombre de pensamiento *él fue uno de nosotros*”.<sup>897</sup> Además de un ejemplo moral, los “intelectuales comunistas italianos de hoy” tenían que mirar a Gramsci preguntándose a cuál tradición conectarse para “llevar, si podían, la doctrina comunista a su altura”. Gramsci era un Tomaso D’Aquino, un Bruno, un Campanella, un Vico. Un humanista en cuanto, como él mismo, había renovado el idealismo uniendo saber histórico y filosófico una vez separado, en su pensamiento, entre “categorías ideales” y la política. Gramsci, sin embargo, por que hombre de partido, no había logrado entender qué fuera realmente el marxismo. Regresaba el prefacio del 1917, el marxismo según Croce como canon empírico de interpretación histórica, negación de su *estatus* no como filosofía de la historia, sino como filosofía, teoría, sin más. Marx del cual él mismo, recordaba, había primero reconocido he utilizado, en calidad de historiador, la exhortación a la consideración de los hechos económicos, y después, una vez investigada la relación entre filosofía e historia, por fin reconocido, y rechazado, quien efectivamente había sido un hegeliano de izquierda, un metafísico. La fuerza persuasiva del juicio de Croce residía en separar entre teoría y política para después presentar la identificación de la filosofía con la historia según Gramsci como una concepción substancialmente análoga a las propuestas en sede neo-idealista.<sup>898</sup>

En el primero de los convenios dedicados a su figura, Garin enfocaba el método, la forma, el lenguaje. Atribuir fragmentariedad a las reflexiones de los *Cuadernos*, insinuando “la idea de una no organicidad y, por lo tanto, de una fundamental inconciencia”, obscurecía como la ausencia de sistematicidad indicara la presencia de una coherencia íntima. Otra

---

<sup>895</sup> Croce terminaba considerando que la autonomía del intelectual se manifestaba, en Gramsci, allí donde sus juicios habían podido despegar libremente de las necesidades de partido; en la aceptación “sin dificultad de los principios de la nueva estética”. Ya vimos la *Estética* de Croce representar la culminación de su teoría de las distinciones.

<sup>896</sup> La primera operación cultural del Pci volcada a la popularización de la figura de Gramsci antes de la publicación de las densas reflexiones de los *Cuadernos*. Cfr. la introducción de esta labor.

<sup>897</sup> Cfr. Croce, *Quaderni della critica*, V, C.8, julio 1947, Bari, Laterza. Las cursivas son mías.

<sup>898</sup> La operación hegemónica que Croce intentaba con Gramsci puede compararse a la misma que Gramsci reconoció en el revisionismo crociano de Marx: absorber elementos de la teoría del adversario al fin de domesticarlos. Encontramos también, en la argumentación crociana, la interpretación de la cultura según Gramsci avanzada por Bobbio, con el cual Garin entraba, por lo tanto, en polémica.

expresión de lo mismo era sostener el desprendimiento entre el estudio de la cárcel y la fase anterior, aquella de la vida inmediatamente política, casi se tratara “de la comprobación de una dialéctica de tipo crociano entre pensamiento y acción, entre ellos distintos”.<sup>899</sup>

Verdad que el mismo Gramsci, en septiembre del 1931, había afirmado:

“En diez años de periodismo he escritos tantas líneas de poder compilar 15 o 20 volúmenes de 400 pp., sin embargo, eran escritos compilados al día y debían, según yo, morir después del día. Siempre he rehusado convertirlos en compilaciones, aun fueran restringidas.”<sup>900</sup>

Pero también, en el 1933, había construido la célebre imagen del “ritmo del pensamiento”, es decir, los cánones para el estudio de una “concepción del mundo” de un autor no sistemático y directamente involucrado en la vida política, para el cual, a través de un “trabajo filológico minucioso y conducido con el máximo escrúpulo de exactitud, honestidad científica, lealtad intelectual, ausencia de cualquier preconcepto y apriorismo y toma de partido” había que “identificar los elementos vueltos estables y ‘permanentes’ [...] asumidos como pensamiento propio.”<sup>901</sup>

No es el objeto de esta investigación entrar detalladamente en el mérito de los *Cuadernos*; sin embargo: ¿De qué manera ir al Gramsci joven sin fijar la puesta en juego en el problema del ‘método’”? En el 1927, es decir, dos años antes de obtener la autorización a escribir, compilando aquello que es considerado el primer plan de la obra carcelaria, Gramsci colocaba como íncipit:

“una investigación sobre la formación del espíritu público en Italia en el siglo pasado; en otras palabras, una investigación sobre los intelectuales italianos, sus orígenes, sus agrupaciones según las corrientes de cultura, sus diversos modos de pensar etc. etc. Un tema sugestivo en suma manera, que yo naturalmente podría sólo esbozar en grandes líneas, dada la absoluta imposibilidad de tener a disposición la inmensa cantidad de material que sería necesaria. ¿Recuerdas el rapidísimo y muy superficial escrito sobre la Italia meridional y la importancia de B. Croce? Pues bien, quisiera desarrollar ampliamente la tesis que había entonces esbozado, desde un punto de vista ‘desinteresado’, ‘für ewig’”<sup>902</sup>

En el 1931, en julio, reflexionando sobre la labor emprendida:

---

<sup>899</sup> Garin, *Gramsci nella cultura italiana*, pp. 46-47.

<sup>900</sup> Carta a la cuñada Tatiana Schutz del 7 septiembre 1931, LET, pp. 454-59.

<sup>901</sup> Gramsci, C. 16, § 2. En la nota, del 1933, Gramsci se refiere a un eventual estudio sobre Marx; sus consideraciones pueden empero ser interpretadas como una línea guía, proporcionada por el mismo Gramsci, para la interpretación de su misma labor, y dado el ya mencionado lenguaje dialógico de los *Cuadernos*. En qué forma la labor emprendida en la cárcel fuera una intervención política directa es un tema de investigación en sí. Según es de mi

conocimiento el primero en llamar la atención a la referencia autobiográfica de la nota 2 del Cuaderno 16 fue precisamente el Garin de *Gramsci nella cultura italiana*, p. 42. Para el carácter diacrónico, progresivo, de las reflexiones de la cárcel, de cómo su comprensión implique un estudio metodológico minucioso de su temporalidad y evolución, cfr. la monografía de Cospito, Giuseppe *Il ritmo del pensiero: per una lettura diacronica dei "Quaderni del carcere" di Gramsci*. Napoli: Bibliopolis, 2011.

<sup>902</sup> Carta a Tatiana del 19 marzo 1927, LET, pp. 54-58.

“[...] unas de las argumentaciones que más me ha interesado en estos últimos años ha sido aquella de *fijar algunos aspectos característicos en la historia de los intelectuales italianos*. Este interés nació por un lado del deseo de profundizar el concepto de Estado y por otra parte para darme cuenta de algunos aspectos del desarrollo histórico del pueblo italiano [...] este tema podría dar lugar a toda una serie de ensayos, sin embargo, para ello es necesaria toda una investigación erudita. También hay que tomar en cuenta que el hábito de severa disciplina filológica, adquirido durante los estudios universitarios, me ha conferido todo un equipaje, tal vez excesivo, de escrúpulos metodológicos.”<sup>903</sup>

Ahondando, pocas semanas después, sobre la misma cuestión:

“Por otra parte *yo extiendo muchísimo la noción de intelectual* y no me limito a la noción corriente que se refiere a los grandes intelectuales. Este estudio lleva también a ciertas determinaciones del concepto de Estado que es comúnmente entendido como Sociedad política (o dictadura o aparato coercitivo para conformar la masa popular según el tipo de producción o la economía de un dado momento) y no como un equilibrio de la Sociedad política con la Sociedad civil (o hegemonía de un grupo social sobre la entera sociedad nacional ejercitada a través de las organizaciones susodichas privadas, como la iglesia, los sindicatos, las escuelas, etc.) y precisamente en la sociedad civil obran especialmente los intelectuales (Ben. Croce, por ejemplo, es una especie de papa laico y es un instrumento muy eficaz de hegemonía aún si caso por caso pueda encontrarse en contraste con este o aquél gobierno).”<sup>904</sup>

El 1931 representa un año crucial de la labor carcelaria.<sup>905</sup> En los citados testimonios del mismo Gramsci, la cuestión del método, del Estado como concepto y de la historia de Italia como historia de los sectores populares son enunciados como un sólo nudo problemático cuyo eje es la cuestión “intelectual”. ¿Cómo enfocarla? Si, afirmaba Vacca en el 1977, para entender “de forma histórico-concreta” la concepción gramsciana de los intelectuales el punto de partida era la biografía política de un comunista, al mismo tiempo, había que preguntarse por qué “el conjunto de los *Cuadernos de la cárcel* es concebido por Gramsci como una investigación sobre los intelectuales”.<sup>906</sup>

<sup>903</sup> Carta a Tatiana del 3 julio 1931, LET, pp. 437-41. Las cursivas son mías.

<sup>904</sup> Carta a Tatiana del 7 septiembre 1931, LET, pp. 454-59. Las cursivas son mías.

<sup>905</sup> Hacia finales del año, Gramsci emprendió, en conjunto a la redacción de nuevas notas, la re-escritura y el agrupamiento de aquellas compiladas hasta ese entonces, empezando la elaboración de los cuadernos que, señalaba Vacca en el 1977, constituyen el “núcleo central” de la obra de la cárcel. Se trata de los mismos cuadernos que, a partir del 1975 y la edición Gerratana, habían sido denominados -por la más cumplida, aunque nunca definitiva, sistematización de temas- “cuadernos especiales” o temáticos, en contraposición al carácter más variados de las notas de los “misceláneos”. Vacca llamaba la atención a cómo, al inicio del Cuaderno 8, “el primero de la segunda serie”, Gramsci, elaborando un índice, presentaba su entero proyecto de investigación bajo el título de “Notas esparcidas y apuntes para una historia de los

intelectuales italianos”. Cfr. Gramsci, C. 8, p. 935; Vacca, G. *La 'questione politica degli intellettuali' e la teoria marxista dello Stato nel pensiero di Gramsci*, en Franco Ferri (a cura di), *Politica e storia in Gramsci: atti del Convegno internazionale di studi gramsciani, Firenze, 9-11 dicembre 1977*, Roma: Editori Riuniti, Istituto Gramsci, 1977, pp. 439. El ensayo de Vacca es la relación presentada durante el convenio del “renacimiento” del estudio histórico-político de Gramsci, y que se avalaba también de la primera edición cronológica de los *Cuadernos*, la editada por Valentino Gerratana.

<sup>906</sup> Vacca, *ibidem*, p. 439. También el estudioso señalaba una profunda continuidad en la biografía intelectual de Gramsci. “Después de la compilación en volumen de todos los escritos de Gramsci hasta el '26, completada en los años '60, y después de la edición crítica de los Cuadernos, ninguno ya pone en cuestión la profunda unidad del pensamiento gramsciano tanto

Según lo que había explicitado Gramsci en sus cartas, la ampliación política del tema implicaba, además de una determinada concepción del Estado, la integral, y un determinado ejercicio del poder, la hegemonía, un “punto de vista monográfico” desde el cual regresar a la larga historia pre-unitaria.<sup>907</sup> Se trata del tema-problema “Reforma-Renacimiento”, para el cual podemos entender, en sentido estrecho, una confrontación con la historiografía neo-idealista italiana y, en sentido amplio, “la forma en la cual Gramsci comprende la ‘modernidad’ (y el comunismo como participe de la misma)”.<sup>908</sup> Adentrándose en ella, quisiera resaltar como la cuestión de los intelectuales emerge en calidad de método de investigación histórica a través del cual Gramsci articula la inteligibilidad -la cuestión “filosofía”- y la perspectiva estratégica -la cuestión “política”- en una sola unidad problemática. Gramsci, en fin, así como elabora el *estatus* del marxismo como “comprensión teórico-práctica del movimiento histórico”, o filosofía de la praxis: una revolución de la manera tradicional, abstracta, de entender la filosofía que corresponde a la misma ampliación del terreno de la práctica política.<sup>909</sup>

Siguiendo las reflexiones de Fabio Frosini y Michele Ciliberto, Gramsci, construyendo el tema “Reforma-Renacimiento”, procede a través de idas y venidas entre historia y teoría.<sup>910</sup> En lugar de asumir categorías desde las cuales ir a la historia, se dirige hacia la historia con la intención de construir conceptos, para los cuales podemos entender relaciones entre momentos, y épocas, diferentes, donde cada polo alcanza una forma teórica, sin por eso cesar de indicar un contenido histórico determinado.<sup>911</sup> Por un lado,

---

antes como después de la cárcel”. Vacca, *ibidem*, p. 440.

<sup>907</sup> “El Renacimiento debe ser considerado un movimiento reaccionario y represor del desarrollo de las Comunas, etc. Te presento estas consideraciones para persuadirte que cada periodo del devenir histórico en Italia, desde el Impero romano hasta el Risorgimento, debe ser considerado desde este punto de vista monográfico”. Gramsci, carta a Tatiana del 7 septiembre 1931, LET, p. 457.

<sup>908</sup> Frosini, Fabio, *La religione dell'uomo moderno*, Roma: Carrocci, 2010, p. 242.

<sup>909</sup> La definición es de Fabio Frosini cuya labor, ya mencioné, ha renovado profundamente el estudio de la dimensión teórico-conceptual de la propuesta de Gramsci, investigando, en particular, sus implicaciones en campo filosófico. Id. *La religione dell'uomo moderno*, op.cit, p. 241. En el cuarto capítulo de esta monografía, el estudioso considera en detalle la articulación entre los dos “caracteres”, el filosófico y el político, de los *Cuadernos*, es decir, entre la elaboración de la *praxis*, o re-lectura de Marx, y la proyección de la política comunista, con eje en la construcción de la pareja “revolución pasiva-guerra de posición” como criterio de interpretación histórica y su correlato programático de “lucha por la hegemonía”.

Un desarrollo conceptual que expresa la urgencia, por parte de Gramsci, de “relanzar” la estrategia comunista descifrando su presente histórico-político. La labor de Frosini, en este aspecto en línea con la labor emprendida por Vacca -de la cual no creo equivocarme en considerar el artículo del 1977 el punto de partida- demuestra cómo la cuestión política de los intelectuales no pueda comprenderse sin considerar los *Cuadernos* una obra cuyo horizonte es el comunismo del Novecientos. Ignorarlo, apunta Frosini, oscurece la *praxis* de y según Gramsci, es decir, el sentido en el cual la labor emprendida en la cárcel constituya tanto una interpretación del presente histórico, cuanto, y, precisamente por su carácter político, una creación de conceptos teórico-filosóficos. Frosini, *ibidem*, p. 242.

<sup>910</sup> Michele Ciliberto, *Rinascimento e Riforma nei “Quaderni” di Gramsci*, en Ciliberto, M. Vasoli, C. (a cura di) *Filosofia e cultura. Per Eugenio Garin*. Roma: Editori Riuniti, 1991 y Fabio Frosini. *Riforma e Rinascimento* en Frosini, F. Liguori, G. (a cura di) *Le parole di Gramsci. Un lessico dei Quaderni del carcere*. Roma: Carrocci, 2011. El ensayo de Frosini es una elaboración, más escueta, del cuarto capítulo de la monografía citada.

<sup>911</sup> Frosini, *Riforma e Rinascimento*, p. 170.

procede interrogándose acerca de la posición italiana en la historia de la modernidad (europea) y, por el otro, acerca del rol, en la contemporaneidad, de la filosofía de la praxis. Un doble movimiento a través del cual se emancipa, a su vez, de sus mismas fuentes.<sup>912</sup> Dichas fuentes o modelos interpretativos corresponden a los frentes de un debate político-cultural de larga temporalidad entre los intelectuales italianos, y en el cual Gramsci se había involucrado, una primera vez, en los años juveniles. La cuestión abarcaba el problema de la conceptualización del devenir histórico, y giraba en torno a los orígenes y caracteres de la modernidad italiana en relación a la europea. Un debate re-abierto, en la primera posguerra, por el así llamado movimiento de los “neo-protestantes”, los promotores del tema de la necesidad de una reforma religiosa que, según el ejemplo de aquella alemana, permitiera democratizar la vida civil italiana.<sup>913</sup> Entrando en el mérito del contenido civil y político de la religión, a la tesis de “la ausencia de un *ethos* público y privado en la sociedad italiana”,<sup>914</sup> Croce había respondido resolviendo la contraposición entre protestantismo y catolicismo en la cultura moderna. A una historia del surgimiento del sentido de la libertad y responsabilidad en la herejía

---

<sup>912</sup> Ciliberto, *Rinascimento e Riforma*, p. 761.

<sup>913</sup> Frosini, *La religione dell'uomo moderno*, p. 247. Para una reconstrucción de la larga temporalidad del debate en torno al nexo entre retraso italiano y catolicismo “*locus communis* [...] en el debate cultural de nuestro país”, cfr. Cospito, G. *Il dibattito sulla mancata Riforma protestante nell'Italia del primo Novecento*, en *Giornale critico della filosofia italiana*, settima serie, Vol. XIV, fasc. I, gennaio-aprile, 2018, Firenze: Le Lettere, pp. 131-156 (agradezco su autor por habérmelo enviado). En la inmediatez de la primera guerra mundial, reconstruye Cospito, la discusión en torno a la ausencia histórica de una Reforma comparable a la protestante había sido re-abierta por las provocadoras tesis, en defensa del universalismo y tradicionalismo católico, del escritor y periodista Missiroli -en el ámbito, veremos, de la polémica en torno al intervencionismo y la retórica anti-alemana. Interrumpido por la guerra, el debate retomó fuerza en la primera pos-guerra gracias a la revista “Conscientia” (1922-27, cerrada con la consolidación de la dictadura fascista), entre cuyos interlocutores había “ateos, agnósticos, libres pensadores y hebreos republicanos, socialistas, anárquicos y así sucesivamente” y donde, en particular, Gobetti había vuelto a abrir la cuestión de cosa efectivamente entender por ausencia de una Reforma en el país, elaborando sus propias tesis en su *Rivoluzione liberale*.

En la revista “Conscientia”, enfatiza Frosini, coexistían dos tesis relativas a los orígenes y caracteres de la modernidad, una articulada a la difusión de la obra de Weber, la otra al hegelismo que, nuevamente Cospito, tenía mucha más influencia en el ámbito cultural italiano. En un caso era la modernidad hija de

Calvino, con su particular atención al mundo productivo y a la cultura estadounidense, la otra, al centro del hegelismo meridional, enfocaba la cultura europea y sostenía una genealogía de la modernidad que, de Lutero, había procedido abarcando la Revolución francesa, el hegelismo, hasta llegar al marxismo; una perspectiva que sostenía la superioridad histórica y teórica, y no sólo moral, del protestantismo sobre el catolicismo, además de una lectura fuertemente crítica de la Contrarreforma como movimiento represor. Siempre en el ámbito del hegelismo meridional, la interpretación de la alta cultura renacentista como forma indiferente a la vida, es decir, a los contenidos políticos y sociales de la cultura, tenía sus orígenes en De Sanctis, mientras Spaventa, figura central del hegelismo filosófico italiano, elaborando acerca del nexo Reforma-modernidad, había inaugurado el tema de la circulación de la cultura humanista a nivel europeo, atribuyéndole un rol progresivo en la generación de la cultura y el Estado moderno. Cfr. Frosini, *La Religione dell'uomo moderno*, pp. 251-52 y Cospito, *Il dibattito sulla mancata Riforma*, las citaciones son de pp. 131; 135; 144-45. Por último, Labriola. El socialista había tratado el tema “Reforma” en el primer ensayo de su *In memoria del “Manifesto dei comunisti”*. Criticando la reconstrucción, en el texto de Marx y Engels, de los orígenes del mundo burgués como una historia específicamente alemana, había rescatado la experiencia de las Comunas del norte y el centro Italia como modernidad primigenia, abriendo la posibilidad de insertar el proceso italiano en un proceso internacional y desde un punto de vista marxista. Cfr. Ciliberto, *Rinascimento e Riforma*, pp. 765-66.

<sup>914</sup> Cospito, *ibidem*, p. 138.

religiosa, oponía la resolución hegeliana de la religión en filosofía, para proceder luego, hacia una crítica a la transcendencia y a la perpetuación del dogma en la democracia, dado un catolicismo que, con la Contrarreforma, “reprimiendo la filosofía y las ciencias modernas las había vuelto a encontrar como fierísima enemigas, armadas de racionalismo, ateísmo, materialismo, iluminismo, masonerismo”.<sup>915</sup> Para Croce, en lugar de la contraposición entre religión y filosofía, era la filosofía como religión, o, como vimos, la historicización de la filosofía en cuanto ética, *habitus* cultural, concepción del mundo a la cual corresponde una norma de vida. En lugar de la mutua exclusividad entre Reforma y Renacimiento, su lectura en términos de una dialéctica especular entre distintos, donde cada uno de los términos expresaba la superación de los límites del otro: una política popular culturalmente estéril y una alta cultura sin penetración popular.<sup>916</sup>

Si los dos frentes del hegelismo italiano, el demócrata y el liberal moderado, compartían la tesis de la modernidad como un movimiento civilizatorio que desde la Reforma había culminado en Hegel -para los primeros un progreso aviado por Lutero y traicionado por Erasmo, para Croce, el moderado, aviado con Erasmo dados los mismos límites de Lutero-, al centro de la contienda estaba la interpretación de la historia italiana. Croce, historicizando en cultura aquello al cual los demócratas apelaban como a un “deber ser” -la unidad de la conciencia en la vida-, substituía a la civilización desde el problema político de la democracia y lo popular, la cultura desde el punto de vista ético de la religión de la libertad, la sola capaz, en su perspectiva, de suplantar una experiencia de unidad, la cristiano-católica, ya tramontada en las conciencia de los hombres moderno.

Gramsci que con Croce comparte la tesis de una religión, la católica y en particular la jesuita, que, perdido el consenso de las masas, se limita a un control externo, autoritario, y, desde los tiempos juveniles, la refutación de toda transcendencia, de Croce, y su *Storia della età barrocca in Italia*, asume, en los *Cuadernos*, la forma, el lenguaje, de la

---

<sup>915</sup> Cito desde Croce, *Fatti politici e interpretazioni storiche*, en Postille, “La Critica”, XXII, 1924. Citado, a su vez, por Frosini, *La religione dell'uomo moderno*, p. 252.

<sup>916</sup> Respecto a Croce, su reflexión en torno a la filosofía como religión habría sido recopilada en los escritos de *Cultura e vita morale y Frammenti di ética* (en las primeras dos décadas del siglo). De particular importancia *Rinascenza, Riforma e Controriforma*, (1924), re-editado como primer capítulo de su *Storia dell'età barrocca in Italia* (1929), de central importancia para el Gramsci de los *Cuadernos*. Un texto en el cual Croce, además de situar Erasmo en origen de la modernidad y aducir como razones la esterilidad del luteranismo en el ámbito de la alta

cultura, limitaba la importancia del calvinismo al ámbito exclusivo de vida económico-productiva. Croce cumplía, es decir, una doble operación: por un lado, retomando el tema hegeliano de la conciliación entre religión y filosofía, , colocaba la cultura, en lugar de la producción, al centro de la estructura problemática de la modernidad y, por el otro, retomando el tema de la contraposición entre tierra y cielo, vida y forma, Reforma y Renacimiento, reelaboraba la antítesis como pareja dialéctica entre dos elementos en lucha, empero, complementarios, indicando la modernidad como su movimiento, armónico y continuo, de re-conciliación. Cfr. Frosini, *La religione dell'uomo moderno*, pp. 252-54.

polaridad entre Reforma y Renacimiento, mientras adopta un doble punto de partida crítico, De Sanctis y Labriola, desde el cual reconsiderarla. Llegará a una re-elaboración profunda de ambos horizontes, el demócrata y el socialista, por medio de la cual logra superar, a su vez, el juicio historiográfico de Croce paralelamente a su negación de *estatus* teórico al marxismo.

Él de Gramsci, en los *Cuadernos*, constituye un proceso reflexivo complejo y entramado que podemos resumir como transición de la recíproca exterioridad entre Reforma y Renacimiento, hacia la teorización de su síntesis programática, y del inicial privilegio otorgado a la dimensión política de la *praxis*, hacia una historicización plena de la filosofía en la política a través del reconocimiento, y elaboración original, del momento específicamente teórico/crítico. Un camino durante el cual Gramsci procede hacia una re-consideración del Renacimiento paralela a la elaboración de los conceptos claves de *su* política. Un camino que, a su vez, implica la interpretación de *su* presente y, veremos, una previsión respecto al cuadro que habría podido abrirse después del fascismo.

Siguiendo los pasajes esenciales de la lectura de Frosini y Ciliberto, el Gramsci de los *Cuadernos*, entrando en el debate historiográfico, regresa a la Italia de las Comunas medievales y elabora su relación con la cultura humanista como un proceso, una historia, en movimiento. Recuperando a Labriola, y en polémica con los neo-protestantes, Italia para Gramsci tuvo su Reforma o entrada en la modernidad, la cual, ahora en polémica con Croce, no fue intelectual y elitista, sino popular y, empero, interrumpida, quebrada, arrestada, bloqueada.<sup>917</sup> Reforma son los orígenes populares, no áulicos o escolares, del Renacimiento; la cultura como resurgir espontáneo de la vida de un pueblo, en origen y contrapuesto a su formalización en alta cultura, tardía y elitista; un movimiento reformador en sentido amplio, contrapuesto a una alta elaboración “en sentido estrecho”, a-política y a-nacional. Un periodo de disgregación de lo viejo y surgimiento de los elementos embrionarios de lo nuevo, cuyos rasgos fundamentales se expresaron en el plano cultural -lingüístico y religioso- y que, sin embargo, permaneció en el plano local, incapaz de superar sus límites corporativos.

Enfocando el nexo entre cultura y política, Gramsci elabora, en la nota 3 del cuaderno 4, una primera generalización teórica. El Estado moderno, en cuanto relación entre sociedad

---

<sup>917</sup> A un movimiento, las Comunas, de base popular y florecimiento del “vulgar”, Gramsci contraponen su desemboque, el Humanismo, como una separación entre cultos y pueblo y movimiento de regreso al tradicional cosmopolitismo, antiguo y medieval, de los

intelectuales italianos. Rescata, desde Labriola, la historia de las Comunas y, en un primer momento, la distingue del Humanismo siguiendo el tema de Sanctiano de “forma y vida”. Ciliberto, *Rinascimento e Riforma*, p. 768.



civil y sociedad política, emerge como una cohesión necesariamente orgánica entre intelectuales y pueblo, como necesaria conformación de un bloque nacional-popular. El Estado moderno es el Estado nación y éste *no es* sin la nacionalización recíproca de intelectuales y masas: participación del pueblo en la vida pública y elaboración de una cultura alta. Reforma y Renacimiento, en cuanto ambos constitutivos de la politicidad moderna, no constituyen una polaridad especular, sino un nexo orgánico cuya ausencia indica lo histórico determinado del caso italiano, un Estado que nunca ha sido una nación y, como tal, permanece, en el presente, como una herida abierta. Sin el movimiento de ida al pueblo, la fase Reforma, o sea, la experiencia jacobina radical, aquello que se interrumpe, se quiebra, se arresta, para Gramsci, es la misma fase Renacimiento, el Estado ético-político. “Un modelo teórico” enfatiza Ciliberto “de clara matriz machiavelica”.<sup>918</sup> Frosini hace notar la convivencia, en esta primera fase de elaboración, de dos planteamientos que todavía no encuentran una resolución unitaria. Por un lado, para este entonces, Gramsci ya ha puesto Hegel y la cultura, en lugar de Calvino y el mundo productivo, al centro de la estructura problemática de la modernidad, así como argumenta, en contra de la reciprocidad crociana entre opuestos especulares, la síntesis por realizarse entre Reforma y Renacimiento, revolución francesa y filosofía clásica alemana.<sup>919</sup> Su lectura, empero, privilegia el momento político de la *praxis* contraponiéndolo, por ahora, al momento específicamente teórico-crítico. Reivindica el marxismo como “universalidad + política”, enfatizando la dimensión práctica del universal, en contra de una elaboración intelectual sofisticada, pero privada de esta efectividad.<sup>920</sup> Al mismo

---

<sup>918</sup> Ciliberto, *Rinascimento e Reforma*, pp. 772.

<sup>919</sup> Gramsci entra en el mérito del tema de la Reforma tan pronto como en el C.1, donde también avía, y muy tempranamente, el tema del Americanismo. Enfocando primero el mundo productivo, acepta la tesis, difundida en la revista “Coscienza”, de la conversión de la gracia en espíritu de iniciativa, leyéndola como una vía al capitalismo específica a los países protestantes. Son temas que convergen con la *Ética Protestante y los orígenes del capitalismo* de Weber (que, sin embargo, en este entonces, Gramsci conoce sólo indirectamente). Su interés específico es la contraposición entre un proceso durante el cual religión y política se fundieron originando una cultura, la americana, empírica y pragmatista, centrada en el mundo de la fábrica, y una vía “católica” hacia la civilización burguesa, y que Gramsci caracteriza, enfocando la Contrarreforma, como un proceso de escisión entre religión y política, intelectuales y pueblo (C. 1, § 61 y 128). En esta primera fase de elaboración, la Revolución francesa es leída como parte de este proceso de escisión, por quebrar la dirección del catolicismo sobre las masas y, al mismo tiempo, reproducir la religión como abstractismo democrático.

O sea, Gramsci sigue, por ahora, la crítica crociana del 1917 a los “inmortales principios” del 1789 (C 1, § 4). Irá emancipándose de la crítica crociana moviendo de la “resolución” de la religión en política, hacia la “traducibilidad” entre específicas, o históricamente determinadas, manifestaciones ideológicas de la política. Un desarrollo que toma avío entre el 1930 y el 1931, con las primeras series de *Apuntes de filosofía* (aviados en el C. 4) y la investigación del Estado como forma en los cuadernos 3 y 5-7. En esta segunda fase, Gramsci emprende “un análisis de la relación entre Reforma y modernidad en referencia no a Calvino, sino a Lutero, no a América, sino a Europa, más bien a Alemania, no al pragmatismo, sino al nexo Hegel-Marx, no a la economía sino a la filosofía, no a los industriales, sino a los intelectuales”. Regresará al tema de la teoría de la predestinación, y en particular a Weber, veremos en breve, en el 1931, entrando en el mérito del plan quinquenal soviético. Frosini, *La Religione dell'uomo moderno*, la citación es de p. 251 e Id. *Riforma e Rinascimento*, pp. 172-73.

<sup>920</sup> En C. 4, § 3, Gramsci introduce el marxismo como dialéctica entre cultura popular y alta cultura y como culminación de *todo* un movimiento de reforma

tiempo, y aquí la incongruencia, Gramsci define el materialismo histórico como “aspecto popular del historicismo moderno”,<sup>921</sup> es decir, ya abre como horizonte problemático la necesidad, por parte del movimiento obrero, así como se encuentra ideológicamente determinado, de superar una fase primigenia y extensiva, para entrar en una dimensión alta, cualitativa.

Gramsci, elabora siempre Frosini, superará estas contradicciones procediendo hacia una substancial reformulación de la *praxis*, cuyo eje es el concepto de “traducibilidad”, la forma a través de la cual responde a Croce y a su dialéctica de los distintos, o sea, substituyendo a la “especularidad”, la “reciprocidad” entre lenguajes, o culturas.<sup>922</sup> Abierto el horizonte de la “traducibilidad”, Gramsci encuadra primero la teoría en su dimensión extensiva, de arraigo de masa, popular. La Reforma puede ahora emerger como una concepción del mundo de la cual “los inmortales principios” del '89 representaron el correspondiente en lenguaje político. En otros términos, el concepto de “traducibilidad” le permite asumir la crítica crociana a la transcendencia separándose, al mismo tiempo, de la condena crociana, por abstractismo metafísico, al jacobinismo político. Historicizado el universal como dimensión popular de la política, el problema gnoseológico, la dimensión teórica de la *praxis*, la autonomía del momento crítico, permanece, empero, irresuelto. La resolución del impasse acontecerá a través de una maduración de su propio juicio sobre el Renacimiento, por medio de la cual elaborará “el estatuto específico” de la filosofía según el marxismo a través de una compleja reflexión histórico-política que, además, se desarrolla en dos planos paralelos.

Entre finales del 1931 y la primera mitad del 1932, Gramsci abre dos complejos nudos, o redes, problemáticos, ambos relativos a la *praxis* en cuanto nexo entre filosofía y política. En un caso, considera una voluntad colectiva en proceso, en el otro una relación de

---

intelectual y moral. Al mismo tiempo, lo sitúa en continuidad con la línea genealógica de la modernidad Reforma-Revolución francesa, que a su vez contraponen a la línea Renacimiento-Idealismo. En este entonces, para Gramsci, “en la relación Reforma-Renacimiento la política se opone a la filosofía como la plenitud de energías revolucionarias a su extenuación en una concepción aristocrática de la cultura” Frosini, *Riforma e Rinascimento*, pp. 173-74 e Id. *La Religione dell'uomo moderno*, p. 256.

<sup>921</sup> C. 4 § 3, p. 424.

<sup>922</sup> Por traducibilidad según Gramsci podemos entender un mismo contenido que se expresa en formas (culturalmente, lingüísticamente, históricamente) que, así como en Croce, son relacionadas y en movimiento, pero no en sentido especular. El tema de la traducibilidad es mutuado de la *Sagrada Familia* y del idealismo especulativo según

Marx como expresión, en lenguaje filosófico, del jacobinismo político francés. Gramsci lo coloca al centro del núcleo teórico-problemático de la *praxis*: una relación entre teoría/forma y política/contenido. Traducibilidad entre filosofía y política en el sentido que ni una es la otra (la identidad inmediata según Gentile), ni una posee aquello que falta a la otra (los distintos según Croce); sino cada una es una forma diferente de decir la misma cosa y, como tal, su verdad está en el todo, en la relación. Ni la distinción, ni la unidad pueden entonces entenderse abstractamente, sino sólo como nexo que delimita una época histórica; un movimiento, una relación entre fuerzas de liberación y opresión, progreso y conservación, revolución y restauración. Cfr. Frosini, *Riforma e Rinascimento*, p. 185 e Id. *La religione dell'uomo moderno*, p. 257-58.

reciprocidad entre el plano nacional y el internacional de la historia como política; en un caso el referente problemático son los acontecimientos en curso en la URSS del tercer periodo, en el otro la especificidad de la nueva época histórica sucedida a la entrada de las masas en la vida política activa.

Relativamente al primer “nudo”, las dos cuestiones a las cuales Gramsci dedica atención son el plan quinquenal y la codificación estalinista del marxismo-leninismo. En un primer momento, la movilización “desde arriba” de las masas rusas es considerada elaborando una analogía entre la predestinación de la gracia para el capitalismo y el materialismo histórico para el socialismo, en una serie de notas en las cuales vemos a Gramsci alejarse del horizonte de la traducibilidad.<sup>923</sup> Es un paréntesis. En la primera mitad del 1932, encuadra el problema “Reforma y Renacimiento” como superación necesaria del conflicto entre la expansión cuantitativa y la regresión cualitativa de la teoría como política.<sup>924</sup>

Los momentos clave de esta ulterior evolución conceptual pertenecen a los “cuadernos filosóficos” 10 y 11 y, por lo tanto, al embate en contra de la reducción crociana del materialismo histórico a canon empírico de interpretación histórica, cuando, avanzando en su elaboración como filosofía de la praxis -aviada en el cuaderno 4- Gramsci cumple aquella que definiría la “ampliación” histórico-política de la cuestión de los intelectuales.

---

<sup>923</sup> El plan quinquenal, reconstruye Frosini, era percibido, tanto en las filas comunistas, así como en las liberales, como un proceso animado por una fuertísima tensión “jacobina”, y obviamente juzgado en término opuestos. En un caso, la tendencia prevaleciente era leerlo, como reanudación, después de la NEP, de la vía hacia la revolución; del lado liberal como el totalitarismo propio de una concepción de la política en cuanto mero acto de voluntad -atribuida a los bolchevique y a Lenin desde el octubre ruso. Las notas en las cuales Gramsci considera una primera vez la cuestión son C. 7, § 43 y § 44. En el cuaderno 7, respondiendo a las críticas, en las mismas filas marxistas, del proceso en acto en la URSS, Gramsci entra en el mérito de la burocratización del Estado y la sociedad soviética. La validez de la denuncia de Souvarine en contra de la vulgarización del marxismo en acto en la URSS estaliniana y en la IC, con su desvalorización del rol de los intelectuales, preocupaciones todas que pertenecen a su misma concepción de la política, implica, para Gramsci, la no separación del intelectual de una práctica en proceso, sin la cual la teoría se vuelve una abstracción conservadora. La crítica, en otros términos, no puede ser especulativa: “se trata, es cierto, de trabajar en la elaboración de una élite, pero este trabajo no puede ser separado del trabajo de educar a las grandes masas, es más, las dos actividades son en realidad una sola

actividad y es precisamente eso lo que hace difícil el problema [...] se trata, en suma, de *tener una Reforma y un Renacimiento simultáneamente*”. C. 7, §43. Las cursivas son mías. En la nota inmediatamente sucesiva, Gramsci habla de “formación molecular de una nueva civilización”, avanzando una posible analogía entre el materialismo histórico y la lectura weberiana del calvinismo y la transformación de la teoría de la gracia “que lógicamente debería conducir al máximo de fatalismo y de pasividad, en una práctica real de actividad y de iniciativa a escala mundial [...]”. C. 7, §44. Cfr. Frosini, *La religione dell'uomo moderno*, pp. 258-75.

<sup>924</sup> Empeñado en dar razón de los acontecimientos rusos, Gramsci regresa a Weber: en C 8, § 231, cita directamente la *Ética protestante y el espíritu del capitalismo*; en C 10, § 28, problematizando la filosofía como religión: “La forma clásica de estos pasos de la concepción del mundo a la norma práctica de conducta, me parece aquella por la cual de la predestinación calvinista surge uno de los mayores impulsos a la iniciativa práctica que se hayan dado en la historia mundial.” Poco después, en C 10 § 31, Gramsci re-interpreta la tesis weberiana desde el principio de la traducibilidad entre teoría y práctica, filosofía y política, con la cual va respondiendo a Croce y su teoría de las distinciones.

“Si la filosofía es ‘historia’, si la filosofía se desarrolla porque se desarrolla la historia general del mundo (es decir las relaciones sociales en las que viven los hombres) [...] está claro que, trabajando prácticamente en hacer historia, se hace también filosofía ‘implícita’, la cual será ‘explícita’ en cuanto algunos filósofos la elaboren coherentemente”.<sup>925</sup>

Regresando al tema de la traducibilidad entre política y filosofía, Gramsci las enfoca como dos momentos de un solo movimiento unitario, indicando una relación en proceso. La resolución de la filosofía en la historia, la filosofía como religión en sentido laico, crociano, es ahora elaborada en manera tal de refutar la distinción crociana entre filosofía e ideología y, al mismo tiempo, preservar el momento específicamente teórico-crítico. La teoría emerge como transición de una a otra ideología y en cuanto elaboración, coherente y sistematizada, “de la forma ingenua del sentido común popular, o sea de los agentes prácticos de las transformaciones históricas.”<sup>926</sup> La filosofía según Gramsci ahora especializa, elabora, sistematiza, aquello que, como sentido común, permanece incoherente, inmediato, vago. La oposición entre la dimensión extensiva-espontánea y la intensiva-normativa ha quedado resuelta en un: “re-pensamiento de la filosofía en términos de unidad de teoría y práctica”.<sup>927</sup>

En relación al plan quinquenal, aísla Frosini, se abre el problema para Gramsci si la *praxis* del movimiento obrero, así como ésta va desarrollándose, o sea, como florecer de actividad práctica, contenga de forma todavía implícita un carácter anti-determinista y si éste debería, o no, ser explicitado filosóficamente. En breve, Gramsci enfoca la desvalorización de la autonomía del momento propiamente teórico que percibe en acto en el marxismo soviético y va preguntándose acerca de sus posibles consecuencias. La reflexión central al respecto es aviada en la amplia nota 12 del cuaderno 11, y en relación a la cual me limito a aislar la *forma* en la cual problematiza la transición del “sentido común” al “momento de la crítica y la conciencia”.<sup>928</sup>

Que “una masa de hombres sea conducida a pensar coherentemente y en forma unitaria el presente real”, implica:

---

<sup>925</sup> Gramsci, C. 10, §31.

<sup>926</sup> Ibidem.

<sup>927</sup> Frosini, *La religione dell'uomo moderno*, p. 264. Gramsci transita ahora de la inversión paradójica entre determinismo teórico y florecer de actividad práctica a la dialéctica entre sentido común y filosofía: son los “agentes prácticos”, las masas populares, que, cambiando la realidad, desarrollan una nueva ideología, la cual, a su vez, consiste en la elaboración

de algo ya implícito en su actividad práctica. A la altura de C. 11 § 12, la tesis weberiana ha sido plenamente repensada. Ya no constituye una posible explicación del plan quinquenal, sino la descripción de un estado de subalternidad a la cual Gramsci contrapone la filosofía de la *praxis* y su dimensión teórico-programática.

<sup>928</sup> Gramsci, C. 11 § 12, p. 1375.

“la conciencia de lo que se es realmente, o sea un ‘*conócete a ti mismo*’ como producto del proceso histórico desarrollado hasta ahora que ha dejado en ti mismo una infinidad de huella recibidas sin beneficio de inventario”.<sup>929</sup>

No sólo entre “el sentido común, la religión y la filosofía” hay una relación de continuidad, sino lo esencial para Gramsci es saber “distinguir la filosofía del sentido común para mejor indicar el paso desde uno a otro momento”.<sup>930</sup> El acento recae, quiero enfatizar, en la especificidad de la filosofía, en el momento propiamente teórico-crítico de la *praxis*. “La filosofía”, continua, “es un orden intelectual, aquello que no pueden ser ni la religión, ni el sentido común” que “no pueden reducirse a unidad y a coherencia ‘libremente’ porque ‘*autoritariamente*’ *ello podría suceder* como en efecto ha sucedido en el pasado dentro de ciertos límites.”<sup>931</sup>

Problematizando la formación de una voluntad colectiva, Gramsci va historicizando lo que realmente, concretamente, significa autonomía de la teoría. Porque la filosofía, afirma, es religión en sentido laico -la concepción crociana-, explicar la formación de un *ethos* conlleva explicitar la filosofía como política en oposición a la distinción crociana, sin, empero, reducir la filosofía a la política. Hay que investigar el sentido en el cual “la elección y la crítica de una concepción del mundo *es, también ella, un hecho político*”. Lo vemos abrir *el* problema fundamental de la filosofía según su propia, y original, perspectiva. Saber lo que realmente es “filosofía” es saber individuar la relación entre intelectuales y masas en su determinación histórica, específica, de época.

“El problema fundamental de toda concepción del mundo, de toda filosofía, que se haya convertido en un movimiento cultural, en una ‘religión’, en una ‘fe’, o sea que haya producido una actividad práctica y una voluntad y en ellas se halle contenida como ‘premisa’ teórica implícita (una ‘ideología’ se podría decir, si al término ideología se le da precisamente el significado más alto de una concepción del mundo que se manifiesta implícitamente en el arte, en el derecho, en la actividad económica, en todas las manifestaciones de vida individuales y colectivas), o sea el problema de conservar la unidad ideológica en todo *el bloque social que precisamente esa determinada ideología fusiona y unifica*”.<sup>932</sup>

Gramsci, quisiera hacer notar, no enfoca la *praxis*, la unidad entre teoría y práctica, como cuestión de los intelectuales, sino eleva la cuestión de los intelectuales -según “los más recientes desarrollos en la filosofía de la *praxis*.”<sup>933</sup> hacia la *praxis* como problema teórico, epistémico, y al centro del cual sitúa la política como “*orgánicamente* los intelectuales de aquellas masas”. El mismo concepto de “política” queda ampliado a una

<sup>929</sup> C. C. 11, § 12, p. 1376. Las cursivas son mías.

<sup>930</sup> C. 11, § 12, p. 1382.

<sup>931</sup> C. 11, § 12, p. 1378. Las cursivas son mías.

<sup>932</sup> C. 11, § 12, p. 1380-81. Las cursivas son mías.

<sup>933</sup> C. 11, § 12, p. 1386.

elaboración de los “principios y los problemas” que las masas ponen con su actividad práctica y cuya sistematización coherente, filosófica, permite la conformación de un “bloque cultural y social”. Los intelectuales ya no son una categoría, sino el mismo “concepto de unidad de la teoría y de la práctica” y éste concepto un proceso histórico que concierne la conformación de una voluntad colectiva, el movimiento obrero comunista, en relación a una totalidad más amplia de sí. La “autoconciencia crítica”, el “conócete a ti mismo”, el momento específicamente teórico-crítico, la autonomía filosófica, mueve del plano teórico-abstracto, especulativo, hacia la problematización histórico-concreta de aquello que implique:

“histórica y políticamente, la creación de una élite de intelectuales: una masa humana no se ‘distingue’ y no se vuelve independiente ‘por sí misma’ sin organizarse (en sentido lato) y no hay organización sin intelectuales, o sea sin organizadores y dirigentes, o sea sin que el aspecto teórico del nexo teoría-práctica se distinga concretamente en un estrato de personas ‘especializadas’ en la elaboración conceptual y filosófica. *Pero este proceso de creación de los intelectuales es largo, difícil, lleno de contradicciones, de avanzadas y retiradas [...]*”<sup>934</sup>

La *forma*, el nexo, la relación, entre intelectuales y masas es ella misma *contenido*, o sea, expresa una lucha, afirma, entre “hegemonías políticas”; una relación de fuerzas entre subalternidad y capacidad de dirección y en relación a un nudo histórico-problemático específico. La relación entre filosofía y sentido común se abre como problema, enfatiza, sólo en una situación de crisis, aquí definida como de ruptura, en “la vida de amplias masas”, entre concepción del mundo y norma de conducta.<sup>935</sup> En estos momentos de quiebre entre teoría y política y por lo tanto de lucha por la *forma* de su recomposición, el eje de la contienda concierne cómo integrar el empuje de los fuerzas populares en un nuevo orden. A través “de una disciplina de hierro sobre los intelectuales para que no sobrepasen ciertos límites en la distinción y no la vuelvan así catastrófica e irreparable”, o elevando los “simples” al plano intelectual.<sup>936</sup>

---

<sup>934</sup> C. 11, § 12, p. 1386. Las cursivas son mías.

<sup>935</sup> “¿Y no sucede a menudo que entre el hecho intelectual y la norma de conducta existe contradicción? [...] cuando el contraste se verifica en la manifestación de vida de grandes masas: entonces aquél no puede dejar de ser la expresión de contrastes más profundos de orden histórico social. Significa que un grupo social, que tiene su propia concepción del mundo, aunque sea embrionaria, que se manifiesta en la acción, y por lo tanto a saltos, ocasionalmente, o sea cuando tal grupo se mueve como un conjunto orgánico, por razones de sumisión y subordinación intelectual, ha tomado una concepción no suya en préstamo de otro grupo y ésta es la que afirma con palabras, y esta es también la que cree de seguir,

porque la sigue en ‘tiempos normales’, o sea *cuando la conducta no es independiente y autónoma, sino precisamente sometida y subordinada*” C. 11, § 12, p. 1379.

<sup>936</sup> “La filosofía de la praxis no tiende a mantener a los ‘simples’ en su fisionomía primitiva del sentido común, sino por el contrario a conducirlos a una concepción superior de la vida. Si afirma la exigencia del contacto entre intelectuales y sencillos no es para limitar la actividad científica y para mantener una unidad al bajo nivel de las masas, sino precisamente para construir un bloque intelectual-moral que haga políticamente posible un progreso intelectual de masa y no sólo de escaso grupos intelectuales” C 11, § 12, p. 1384-85. En esta nota Gramsci indica la

La praxis, unidad de teoría y práctica, es ahora problematizada como el resultado de una mediación al centro de la cual Gramsci va colocando, con siempre mayor insistencia, el problema de cómo los mismos intelectuales/dirigentes interpretan su rol de coordinación y sistematización.<sup>937</sup> Su preocupación recae constantemente en la necesidad -para los comunistas- de enfrentarse históricamente, y por lo tanto focalizando como problema político, y no especulativo, a la teoría en relación a la creación de un nuevo orden, so pena de la entrada en crisis del mismo proceso revolucionario.

“*en los más recientes desarrollos de la filosofía de la praxis, la profundización del concepto de unidad de la teoría y de la práctica no está aún más que en una fase inicial: quedan aún residuos de mecanicismo, porque se habla de teoría como de ‘complemento’, ‘accesorio’ de la práctica, de teoría como sierva de la práctica. Parece justo que también esta cuestión deba ser planteada históricamente, es decir, como un aspecto de la cuestión política de los intelectuales*”<sup>938</sup>

El interlocutor polémico es ahora el marxismo que está siendo codificado en la URSS. El determinismo teórico con el cual Gramsci ve legitimar un proceso de movilización, permanente y “desde arriba”, de las masas rusas, no expresa, afirma tajantemente, una conquistada unidad de teoría y práctica.

“*El insistir en el elemento ‘práctico’ del nexo teoría-práctica, después de haber escindido, separado y no sólo distinguido los dos elementos (operación meramente mecánica y convencional) significa que se atraviesa una fase histórica relativamente primitiva, una fase todavía económico-corporativa*”<sup>939</sup>

En una situación en devenir, cuando la transformación es “cuantitativa” y su dimensión “cualitativa” permanece en evolución, una concepción mecanicista de la *praxis* conlleva la renuncia a una elevación intelectual y moral. El fatalismo no representa solo una forma de resistencia en la derrota, sino, enfatiza Gramsci, lo representa efectivamente sólo si expresa, aún de forma todavía implícita, una *praxis* todavía incoherente, *en fieri*. En una situación como tal, abierta, problemática, que los mismos intelectuales/dirigentes asuman la “filosofía ingenua de las masas” como una “filosofía reflejada y coherente” conlleva la inevitable interrupción de un proceso; una *praxis* que se vuelve, ella misma, “causa de pasividad” por considerar los subalternos autosuficientes sin esperar que se hayan vuelto ellos mismos dirigentes. Una *praxis* que ignora cómo:

---

Contrarreforma como ejemplo histórico de antítesis a la filosofía de la praxis.

<sup>937</sup> Frosini, *La Religione dell'uomo moderno*, p. 275.

<sup>938</sup> C 11, § 12, p. 1386. Las cursivas son mías.

<sup>939</sup> C. 11, § 12, p. 1386-87. Las cursivas son mías.

“una parte de las masas, incluso subalterna, es siempre dirigente y responsable y la filosofía de la parte precede siempre la filosofía del todo no sólo como anticipación teórica, sino como necesidad actual.”<sup>940</sup>

El problema fundamental para Gramsci es cómo, en el momento en el cual se quiebra la resistencia al cambio, “se difunden, volviéndose populares, las nuevas concepciones del mundo”, siendo éste un fenómeno, enfatiza, “que interesa especialmente a las masas populares, las cuales mudan más difícilmente de concepción.”

<sup>941</sup> En una situación de crisis, hasta que los intelectuales -el elemento organizativo, sistematizador, elaborador de coherencia- no hayan conquistado una cierta amplitud de masa, insistir en la práctica a decapito de la teoría conlleva, aísla, un fallido cuestionamiento de la jerarquía, en la medida en la cual este ceder a una apariencia de espontaneidad sufoca el nivel cultural del movimiento de masa en favor de una política que se rige sobre su misma pasividad, una práctica que, asfixiando el Renacimiento en la Reforma, se vacía de toda capacidad expansiva, cultural. Una praxis que, continúa, desemboca en la defensa de una relación entre teoría y política de tipo religioso; una praxis que insiste apologeticamente sobre la necesidad de la *forma* al fin de retener el *contenido*, las masas, permanentemente y organizativamente, en un estado de subalternidad ideológica. A la altura del 1932, en fin, el materialismo histórico “oficial”, él soviético, el marxismo-leninismo codificado en fórmulas, una combinación de “activismo” práctico y determinismo teórico, constituye para Gramsci una concepción del mundo no sólo defensiva, sino incapaz, incluso, de asegurar esta misma posibilidad de resistencia, dada la incapacidad de captar el momento histórico en su novedad y en su devenir. Una “religión de subalternos”.

“A propósito de la función histórica desempeñada por la concepción fatalista de la filosofía de la praxis se podría hacer un elogio fúnebre de la misma, reivindicando su utilidad para cierto periodo histórico, pero precisamente por ello sosteniendo la necesidad de sepultarla con todos los honores del caso” <sup>942</sup>.

---

<sup>940</sup> C. 11, § 12, p. 1389.

<sup>941</sup> C. 11, § 12, p. 1390.

<sup>942</sup> C. 11, § 12, pp. 1394-95. Gramsci compara el rol histórico del marxismo determinista a aquello de la “teoría de la gracia y de la predestinación”, el “dios lo quiere” que, como horizonte de las masas populares, fue sí una “concepción más moderna y fecunda” de la religiosa, empero, todavía, mera substitución de un proceso real de emancipación. Gramsci prosigue indicando una línea genealógica de la modernidad que de la Reforma condujo al marxismo en cuanto “concepción de la libertad como conciencia de la necesidad”, y cuya mediación fue la filosofía

hegeliana. La filosofía clásica alemana queda ahora situada en origen de la decadencia del fatalismo propio de la concepción religiosa de la vida y definida como un gran viraje histórico, razón por la cual “la gran impresión causada por el estudio recapitulativo de Mirskij”.

Refiriéndose al marxismo filosófico codificado entre las filas del PCUS, Gramsci lo percibe como abandono del método de la dialéctica. El ensayo de Mirskij al cual se refiere en la nota citada, reconstruye Frosini, mostraba -desde, y apoyando, el punto de vista estalinista- la depuración por parte de los “bolchevizadores” de la filosofía de los así llamados



Gramsci, quisiera enfatizar, no razona en términos de un “deber ser”. Son las “exigencia de “un periodo histórico complejo” que necesitan, por parte del movimiento comunista, de “un enfoque complejo”, y al centro del cual él mismo sitúa “la fijación de una orientación de política cultural”.<sup>943</sup>El porqué de esta exigencia “cultural” según Gramsci permanecería obscuro sin entrar en el mérito de la segunda red de reflexiones, donde el referente del tema Reforma-Renacimiento, así como mencionaba arriba, concierne la problematización de una nueva época histórica, que Gramsci elabora como un cambio de *forma* del poder político moderno y alrededor de la cual encontramos nada menos que el desarrollo del núcleo teórico-programático de los *Cuadernos*.

Entre el 1933 y el 1934, Gramsci re-toma y lleva a un nivel de elaboración adicional el tema de la contemporaneidad entre una labor de formación de las masas y de una nueva intelectualidad como los dos componentes de un único proceso. En esta nueva fase de elaboración, substituye la pareja Reforma-Renacimiento por una serie de reflexiones volcadas a la profundización del concepto de Renacimiento, una época histórica que ahora extiende temporalmente y espacialmente.<sup>944</sup>El hecho que Gramsci problematice el Renacimiento en relación al Humanismo, o sea, a un movimiento específicamente cultural, demuestra cómo su preocupación sea con la dimensión propiamente filosófica de la modernidad, en la cual aísla una tensión y desde la cual, veremos en breve, busca alcanzar una plena historicización de la filosofía como política.<sup>945</sup>

Las notas a las cuales me refiero son explícitamente dedicadas a Machiavelli, y Gramsci, enfatizaba Garin, sabe que Machiavelli es ejemplar:

---

“dialecticos”, acusados de idealismo o desviación de “izquierda”, mientras “los mecanicistas”, grupo al cual había sido asociado Bucharin, principal teorizador de la NEP, era ahora tachado de “desviación de derecha”. En ambos casos era la destrucción del adversario político apelando a la necesidad de una más estrecha unidad entre teoría y práctica para la edificación del socialismo. Para Gramsci, el marxismo-leninismo codificado por Stalin, él defendido por Mirskij, traducía en práctica aquello que los dialecticos se habían limitado a formular teóricamente: una subordinación sin residuo de la teoría al Estado-partido; una filosofía incorporada en sus tesis y resoluciones; la eliminación, en fin, de la problematización del momento teórico-crítico. Frosini, *La religione dell'uomo moderno*, pp. 263-274.  
<sup>943</sup> La define como: “trabajar para crear élites de intelectuales de *un tipo nuevo* que surjan directamente de la masa, aunque permaneciendo en contacto con ella para convertirse en el ‘armazón’ del busto”;

exigencia de “la aportación creativa de los grupos superiores en conexión con la capacidad orgánica de discusión y de desarrollo de nuevos conceptos críticos por parte de los estrados intelectualmente subordinados”. C. 11, § 12, p. 1392-93. Las cursivas son mías.

<sup>944</sup> En un caso desde el año mil hasta la formación de los Estados moderno, en el otro, desde Italia hacia Europa. A través de esta duplicidad Gramsci distingue, y articula entre sí, un Renacimiento en “sentido estrecho”, el proceso italiano, y un Rinascimento de “época”, de alcance europeo y larga duración. Ciliberto enfatiza como la individuación del nexo entre lo nacional y el internacional distingue constantemente el análisis historiográfico de la obra de Gramsci. Ciliberto, *Rinascimento e Reforma*, pp. 764-767.

<sup>945</sup> Frosini, *La religione dell'uomo moderno*, p. 280-81.

“en la figura de Machiavelli tal vez más que en cualquier otro de sus escritos, Gramsci ha fijado su propio pensamiento, y la propia lejanía no solo de Croce, sino del tipo de cultura que Croce ha encarnado. No por casualidad Gramsci sitúa después de Machiavelli la decisiva ‘separación’ de los intelectuales italianos, como no por casualidad insiste en la correspondencia simbólica Croce-Erasmo.”<sup>946</sup>

Para Gramsci, Machiavelli encarna, en primer lugar, la voluntad general como *res publica*.<sup>947</sup> Machiavelli, es decir, no en cuanto fundador de la autonomía de la política de la moral, sino en cuanto laicización del Estado, refutación de aquella distinción entre política y filosofía desde la cual Croce procedía hacia la resolución del poder en una historia ética, teleológica y pacificada. ¿Cuáles, empero, la forma y el sentido con que Gramsci enfoca lo nacional-popular? Su reivindicación, quisiera enfatizar, consiste, paralelamente, en una problematización y es posible demostrarlo enfocando el empeño que dedica a aislar una tensión interna a la cultura humanista en cuanto expresión, al unísono, de espontaneidad y formalización.<sup>948</sup> Gramsci procede a elaborar la componente ético-civil del humanismo italiano como prosecución del Renacimiento cultural de las Comunas surgido por impulso popular, así como éste quedó, en Italia, políticamente derrotado una vez sufocado como alta cultura, para después difundirse, en escala internacional y explicitando, como tradición republicana y popular, un rol fundamental en la modernidad europea.

La cultura moderna según Gramsci emerge ahora como la constitución de una nueva intelectualidad que, regresiva en Italia, fue progresiva en Europa; en ambos casos desde el doble punto de vista de la formación del Estado nación y en su función cosmopolita.<sup>949</sup> Frosini resalta como a esta altura de la reflexión carcelaria, Gramsci ya no sitúe “el cosmopolitismo” en simple contraposición al Estado nación, así como, en relación a la *praxis*, no encuadra el momento Reforma -la dimensión popular, espontánea de la *praxis*- como externo al momento Renacimiento -su dimensión intelectual, normativa. Gramsci,

---

<sup>946</sup> Garin, *Gramsci nella cultura italiana*, p. 59. Si para comprender en profundidad las reflexiones de Gramsci sobre Machiavelli, enfatizaba el estudioso, habría sido necesario realizar un trabajo preliminar en torno a aquello que significó el “tema Machiavelli” durante los años de la primera guerra mundial y el fascismo, el examen del tema-problema Reforma-Renacimiento permitía ver cómo, para Gramsci, Machiavelli no significaba “analizar un momento cualquiera de la cultura italiana: significaba tomar posición sobre todas las cuestiones fundamentales de la historia y la política italiana”. Y, continuaba: “tal vez no es sin significado que Croce haya varias veces expresado su opinión (sobre todo en relación al ‘machiavellismo’) y sin embargo un ensayo de amplio respiro sobre

Machiavelli no lo escribió nunca”. Garin, *ibidem*, p. 56.

<sup>947</sup> La reflexión central al respecto es la de C. 13, § 20.

<sup>948</sup> Las notas en las cuales Gramsci elabora esta tensión son C 17, § 1, 8 y 33.

<sup>949</sup> C 17, § 3. “El Renacimiento expresa ahora la difusión de la modernidad en todos los campos de la vida civil, política y cultural en escala europea, por la irradiación de la obra innovadora de los intelectuales italianos”. Cfr. Ciliberto, *Rinascimento e Reforma*, p. 764. La historia de “una clase dirigente capaz de intervenir políticamente en Italia en función anti-nacional, en Europa en función pro-nacional, es decir, en una forma ‘reaccionaria’ o ‘progresiva’, pero siempre sobre una base ‘cosmopolita.’” Frosini, *La religione dell'uomo moderno*, pp. 281-82.

en otros términos, está elaborando teóricamente el Estado moderno como un proceso a través del cual una clase se construye en universal a través de una combinación entre el plano nacional de la política y el internacional de la cultura y cuyo éxito puede ser progresivo o regresivo. Ya no tenemos la crítica a una alta cultura porque separada de la política, sino la doble naturaleza de una alta cultura, la moderna, como política.<sup>950</sup> Si bien interpreto la elaboración de Frosini, y de Ciliberto, alta cultura/filosofía ya no indica, en Gramsci, la teoría que ejerce una función conservadora separándose de lo popular, sino la problematización del nexo nacional-internacional como forma en la cual una clase ejercita su capacidad hegemónica y al centro del cual Gramsci ha terminado por instalar la relación entre intelectuales-masas.<sup>951</sup>

A la espalda de este desarrollo conceptual, aíslan ambos estudiosos, tenemos la construcción del concepto de “revolución pasiva” como criterio de interpretación histórica.<sup>952</sup> Un concepto, no una categoría o un tipo ideal, a través del cual Gramsci llega al pleno desarrollo de aquella interrelación entre el plano histórico, político y filosófico que constituye el sentido conceptual profundo de su labor carcelaria, es decir, a la plena complementariedad entre la interpretación de su época y la elaboración, paralela, del *estatus* teórico-programático del marxismo. Mi intención, al respecto, quiere, y puede, solamente ser, el abrir un cuadro problemático-referencial desde donde regresar a los orígenes de un método. Me limitaré, por lo tanto, a señalar sólo algunos aspectos, y de forma necesariamente escuetas, del núcleo histórico-político de los *Cuadernos*.

Giuseppe Vacca define la pareja revolución pasiva-guerra de posición como un solo concepto histórico-político: un modelo para la comprensión no de la historia, sino de procesos históricos de restauración específicos, determinados. Un Gramsci cuyo horizonte es el plano de la historia mundial y el presente una época de transformaciones conducidas “desde arriba” a través de una movilización volcada a eliminar paulatinamente toda capacidad de iniciativa autónoma por parte de los sectores populares; una movilización de las masas, en suma, “permanentemente” organizada.<sup>953</sup> En

---

<sup>950</sup> Frosini, *La religione dell'uomo moderno*, p. 281-82.

<sup>951</sup> Machiavelli, enfatiza Ciliberto, representa para Gramsci el primer teórico y el primer crítico, simultáneamente, de la modernidad porque, así como lo lee Gramsci, ha puesto en su centro el problema de la relación entre intelectuales y masas. Ciliberto, *Rinascimento e Riforma*, p. 774. “La doble naturaleza del Renacimiento es aquello que realmente permite comprender la constitución del poder burgués en la Europa moderna, incluida su intrínseca, no suprimible

fragilidad” Frosini, *La religione dell'uomo moderno*, p. 283.

<sup>952</sup> En específico en las notas de C 15, § 61, 62 y 64, en las cuales, así como enfatiza Frosini, Gramsci coloca la filosofía moderna al centro de la comprensión de una historia mundial y jerarquizada. Frosini, *La religione dell'uomo moderno*, p. 284.

<sup>953</sup> Cfr. al respecto Vacca, G. *La questione politica degli intellettuali' e la teoria marxista dello Stato nel pensiero di Gramsci*, en Ferri F. (a cura di) *Politica e storia in Gramsci: atti del Convegno internazionale di studi gramsciani: Firenze, 9-11 dicembre 1977 /*

específico, en calidad de concepto histórico-político, la “revolución pasiva” puede encuadrarse como una ulterior elaboración, indicadora de la entrada en una nueva época, del Estado integral, o sea, del capital como Estado en su dúplice naturaleza, la propiamente, la especificadamente, gramsciana. El Estado integral como una relación entre economía y política que, en Gramsci, ni es de identidad, ni expresa un dualismo, sino una relación de unidad/distinción, una dialéctica, entre sociedad civil y sociedad política.

Como espero haber suficientemente argumentado en el primer capítulo, a partir de su crítica a Hegel, Marx fue quien primero identificó las aporías históricas de la democracia política como constitutivas del Estado moderno y, precisamente en cuanto tal, la lucha por el Estado político en la vía de su superación como el nivel del pleno desarrollo del antagonismo social de clase. Frosini enfatiza como, dado este mismo Marx, la originalidad de Gramsci no fue individuar el Estado como *forma*, sino como una *forma histórica específica* en la cual el particular se universaliza, elaborando el parlamentarismo no como una negación del jacobinismo, sino como una transición de la burguesía de ser una fuerza revolucionaria, en conformar una fuerza de conservación. Ya consideré cómo esta misma perspectiva, siempre según mi lectura, juegue un rol fundamental en el Marx de la crítica a Hegel, y cómo, a partir del *18 de Brumario*, fue el mismo Marx a vislumbrar un cambio en la autonomía, aparente y efectiva, del Estado “sobre” la sociedad, ahora fundamentada en el consenso, pasivo, de las masas populares y, a partir de la misma, no el abandono, sino la necesidad de un cambio en la *forma* de la lucha histórica por la democracia del proletariado.

Sólo con Gramsci, empero, y el énfasis de Frosini me parece central en este respecto, la transición de la burguesía de fuerza revolucionaria en fuerza de conservación logra ser elaborada como una *forma* de organización del consenso por parte de un poder político, “un arriba”, capaz de asumir un carácter ético exactamente porque voluntario, “desde abajo”. Una forma que, subraya el estudioso, desenvolviéndose en el ámbito de la libertad privada, la sociedad civil, necesita ser constantemente redefinida, en cuanto puede variar, pero no desaparecer, como política, so pena de la extinción de *este* Estado, el moderno, como de *esta* sociedad, el capital. Solo con Gramsci, en fin, la democracia liberal emerge como la burguesía en calidad de cultura, como una forma Estado en la cual, la sociedad,

---

Istituto Gramsci. Roma: Editori Riuniti 1977, pp. 439-81. En este ensayo, Vacca reconstruye en detalle, historiográficamente y conceptualmente, la forma en

la cual Gramsci se separa radicalmente de la perspectiva conceptual y estratégica de la IC del tercer periodo.

en su mismo carácter “civil”, es organizada no según una lógica de potencia, sino de equilibrio entre fuerza y consenso.<sup>954</sup>

Frosini, quisiera insistir, elabora el Estado integral como una relación de fuerzas, según Gramsci, entre la clase que busca representar a la entera sociedad, el liberalismo, y la sociedad que, a través de la iniciativa del proletariado, emerge como “pueblo”. A su vez Gramsci, continua el estudioso, enfoca el pueblo como una palabra de orden que, como esta teoría/práctica, como esta ideología, como esta *praxis*, es verdad no en cuanto describe, sino, en cuanto reivindica. Si toda representación, enfatiza, implica la substitución por el todo de la parte, Gramsci contrapone una concepción popular a una lógica liberal de la representación. La *representación de lo popular*, en fin, emerge como la “condición” de la clase como fuerza política en cuanto fuerza histórica, donde la dialéctica es entre preservar la historia en movimiento o conservarla y consiste, como programa, en una lucha social por la democracia que actúa superando, o confirmando, respectivamente, los límites constitutivos de la democracia liberal, o sea, la misma separación, aparente y efectiva, propia del capital, entre Estado político y sociedad. En la medida en la cual se proyecta ideológicamente como pueblo, enfatiza Frosini, la clase obrera devela la democracia como *el límite histórico* de la hegemonía burguesa, o sea, los límites constitutivos de un Estado, el liberal, fundamentado en el principio de la libertad individual-abstracta, dado el antagonismo social de clase.<sup>955</sup>

Gramsci, vuelvo a añadir, encuadra el problema histórico de la democracia como lo ha encuadrado y elaborado el mismo Marx. No sólo: la representación de lo popular según Gramsci implica incluir, realmente y no retóricamente, los intereses de las otras clases subalternas, siendo ésta la misma perspectiva con la cual vimos Lenin problematizar la efectiva posibilidad de *toda* revolución. Hay, empero, una dimensión adicional, propiamente gramsciana y elaborada como tal en los años treinta del siglo XX. En Gramsci, desde Hegel, siendo el pueblo “sociedad civil”, es decir, una sociedad ya movilizadora, formada, organizada, la batalla por la representación se vuelve central en las

---

<sup>954</sup> Aquí la centralidad de Hegel para Gramsci. El filósofo representa el perfeccionamiento de este Estado moderno, quien lo reconoce, así como éste va alcanzando un nivel superior, el nivel del Estado que educa; el nivel de los partidos, organismos privados que, siendo ellos mismos Estado, lo son como esta dialéctica entre “arriba y abajo” y, como tales, expresan una tensión en proceso, constante y necesaria. Hegel ha explicitado con su filosofía una acción “formadora” de la sociedad que el Estado moderno, el capital como Estado, para ser tal, *debe*

desarrollar, so pena de su entrada en crisis. Frosini, *La Religione dell'uomo moderno*, p. 299, y en general pp. 297-305.

<sup>955</sup> Voy resumiendo de forma escueta la reflexión mucho más amplia de Frosini sobre el problema de lo nacional popular en Gramsci. Cfr. en particular, *La religione dell'uomo moderno*, pp. 284-297. Según mi lectura, el sentido que Frosini atribuye a la lucha por la hegemonía según Gramsci tiene su principal eje ordenador en la “representación de lo popular”.

situaciones de crisis, cuando, aísla nuevamente Frosini, la movilización de las masas ha “quebrado” la legitimidad del orden pre-existente y, sin embargo, el “mito” ha tomado una solución regresiva. Batalla, por lo tanto, no sólo en nombre de lo nacional-popular, sino de lo nacional-popular en cuanto “reforma intelectual y moral”, y en la medida en que, sin la segunda, la misma naturaleza ideológica del primero puede abrir espacio tanto a una forma pasiva de integración de las masas en la totalidad, o aun peor, a una totalidad mística y reaccionaria. En fin, en Gramsci, el tema de lo nacional-popular, concluye brillantemente el estudioso, no indica la exigencia de llevar a cabo en Italia la unificación nacional jacobina en la cual la burguesía nacional italiana ha históricamente fallido. Indica el Gramsci que se pregunta cómo el movimiento comunista debe articularse con lo popular dada la forma en la cual lo ha históricamente, e intelectualmente, hecho la burguesía, y lo va haciendo el fascismo.<sup>956</sup> Un Gramsci que elabora la necesidad por parte de los comunistas de subir a la altura del liberalismo -en cuanto a capacidad hegemónica- y, aceptando este campo de lucha, revertir sus formas actuales, o sea, aquella revolución pasiva que, con el análisis del fascismo, ha individuado y considera en proceso a nivel mundial y, paradójicamente, lee como una nueva forma de liberalismo. ¿En qué sentido “nuevo liberalismo”?

El Gramsci de los *Cuadernos* es, por un lado, quien ha aislado, para Italia, una relación de fuerzas entre dos soluciones posibles a una situación de crisis, y, por el otro, quien transita del particular a lo general, de lo histórico-determinado a lo teórico, elaborando la situación italiana como nexo problemático entre el plano nacional y el internacional de la lucha comunista. La batalla decisiva, para Italia y para este Gramsci, se juega entre una lucha por la hegemonía como revolución pasiva -patrocinada en campo burgués, veremos

---

<sup>956</sup> “Hacerse heredero de aquellas fuerzas que en Italia han luchado para la afirmación de la modernidad y al mismo tiempo quebrar el involucro burgués entre los cuales sus fautores más inteligentes -Benedetto Croce en primer lugar- han querido conservarlo.” Frosini, *La religione dell'uomo moderno*, pp. 243-44. El estudioso recupera y, en mi opinión, lleva a un nivel ulterior de elaboración, el tema de la “herencia”, ya abierto como problemática por Garin.

En Garin, el Gramsci de los *Cuadernos* es, *in primis*, Machiavelli como su *alter ego*, el problema de lo nacional-popular situado al centro de la refutación de toda mistificación especulativa de la teoría, y con aquella, de todo marxismo “esperantista”, es decir, extraño a la historia o “vida real de un pueblo”. Desde la centralidad de lo popular, también el sentido de la crítica de Gramsci a Croce según Garin. Un Gramsci que reconoce una Italia “no por casualidad culturalmente crociana y gentiliana, que ha elegido una propia tradición histórica convergente hacia un éxito

político muy claro” y cuyo empeño, en ámbito cultural, consiste en “consumir” desde adentro esta misma tradición, o sea, oponer “a un cierto Hegel, a un cierto Marx, a un cierto Labriola y, hasta, a un cierto Machiavelli” una interpretación capaz de expresar “posibilidades constantemente derrotadas, sufocadas o mistificadas”. Una política que debía saldarse integralmente con una visión histórica (o re-visión de la historia tradicional, elaborada por la alta cultura) de lo popular. Garin, *Gramsci nella cultura italiana*, p. 48.

No creo equivocarme en leer la reflexión de Frosini en línea de continuidad con la de Garin, en el sentido de que ambos buscan rescatar, desde Gramsci, una visión de la cultura comunista, o mejor dicho de un comunismo como cultura, silenciada en época de crisis de la “ortodoxia”, para Garin, y por la hegemonía político-cultural del neo-liberalismo, en el caso de Frosini.

en breve, por Benedetto Croce- y un programa de Reforma del Renacimiento -o superación necesaria de la subalternidad a la cual el comunismo del tercer periodo va condenando, en su perspectiva, el movimiento obrero internacional. La clave para comprender esta relación de fuerza es cómo, en la cárcel, enfocando y elaborando el fascismo desde el concepto de revolución pasiva, Gramsci entrevé una nueva forma de liberalismo, o, en otros términos, elabora una previsión.

Un nuevo liberalismo en cuanto re-definición de la dirección burguesa de la civilización, entrada en crisis a partir del 1914-17 y en proceso de reconstitución en los años treinta, porque capaz de re-absorber entre los cuadros de la conservación político-ideológica las mismas fuerzas revolucionarias que la habían puesta en entredicho; una restauración del *estatus quo* a través de su renovación, con eje en la dirección ideológica/cultural de las masas y, por lo tanto, desde la creciente importancia atribuida a las mediaciones intelectuales.

Vimos cómo, enfocada en perspectiva histórica, Croce y su religión de la libertad había ido operando, mucho antes del fascismo, en un doble nivel. Por un lado, a través de una crítica radical a la transcendencia, o sea, moviendo la fuente de toda autoridad desde la religión hacia la historia, el terreno en el cual el poder en su forma liberal moderna no puede ser re-constituido sino a través del consenso de las masas. Por el otro, con los ataques constantes al democratismo, al igualitarismo ilustrados, al socialismo, Croce había discursivamente separado el filósofo del político, renunciando, aparentemente, a una dimensión positiva, intervencionista. En el Gramsci de los *Cuadernos* este Croce *por encima de las partes* es encuadrado como quien, en la Italia fascista, abre la posibilidad de una posible conciliación entre sociedad civil y sociedad política, en la medida en que la crítica destructiva de la autoridad y de la tradición en nombre de la libertad, desde siempre conducida por el neo-idealista, busca, y efectivamente va empujando el régimen hacia, un ejercicio del poder más historicista, menos mitológico, menos votado al privilegio de la fuerza, y como tal capaz de obtener el consenso de la alta cultura: un nuevo liberalismo.

Croce, para el cual era inevitable la revolución desde arriba dada la crisis que había derrumbado el viejo orden liberal, sabe de la fragilidad del fascismo como solución.<sup>957</sup>

Estas las razones por las cuales, siempre según el Gramsci de los *Cuadernos*:

---

<sup>957</sup> Frosini, *La Religione dell'uomo moderno*, p. 309. Croce, para Gramsci, continúa el autor, se encuentra en relación al fascismo dada la revolución de octubre, como el último Hegel se encontraba, para Marx, en

relación a la Restauración dada la Revolución francesa, o sea, como dos teóricos de los modos y formas de las nuevas necesidades de reproducción de la burguesía.

“situada en una perspectiva histórica -de la historia de Italia, naturalmente, la laboriosidad del Croce emerge como la más poderosa máquina para ‘conformar’ las fuerzas nuevas a sus intereses vitales (no sólo inmediatos, sino también futuros) que el grupo dominante *hoy* posee y que yo creo justamente aprecie, no obstante, alguna superficial apariencia”. Croce “produce tal vez la mayor cantidad de ‘sucos gástricos’ aptos a la obra de digestión” en cuanto el crocianismo “crea la situación en la cual es posible la educación real a la vida estatal de los nuevos grupos dirigentes emergidos en la posguerra”.<sup>958</sup>

Hoy, es decir, en pleno fascismo, hay que situar a Croce, enfatiza Gramsci, en “perspectiva histórica”. Gramsci, en otros términos, posiciona el fascismo en relación de continuidad-discontinuidad con la historia de la Italia liberal, apuntando al rol del filósofo en la modernidad específicamente italiana, el “transformismo”. Un proceso, continua Gramsci, orgánico del Estado como historia de Italia y “permanente” precisamente gracias a sus mismos cambios de forma. El “transformismo” que, desde el 1815 hasta el 1876, había significado la absorción, en la clase dirigente tradicional, de la dirección política de masas espontáneas en movimiento, después del 1876, especialmente durante la posguerra, subraya Gramsci en el 1932, posee “el peso imponente” de un proceso de absorción de los cuadros intelectuales que, durante el mismo fascismo, continúa molecularmente en cuanto “la absorción es difícil y gravosa, empero, acontece no obstante todo, por muchas vías y métodos diferentes”.<sup>959</sup>

Hay una ulterior dimensión de este análisis del transformismo en perspectiva histórica, tal vez la fundamental. Croce según Gramsci es “un papa laico”, recordemos, un intelectual cosmopolita. No sólo la religión de la libertad, paradójicamente, podría estar todo menos que en contraste con el fascismo, sino, y por primera vez en su visión, señalando este mismo acorde, Gramsci logra encuadrar el fascismo como un fenómeno todo menos que provincial. El fascismo, en el plano cultural, desempeña un rol potencialmente internacional al cual el marxismo, con el tercer periodo, va abdicando una guerra de posiciones. Se abre así el horizonte para encuadrar la conclusión teórico-programática de todo este complejo análisis histórico-político.

En la evolución de la perspectiva del Gramsci de los años treinta, reitera Vacca, la URSS ya no es el referente de una Reforma, sino del Renacimiento en su doble carácter de

---

Relativamente a las iniciales declaraciones de Croce respecto al fascismo, Garin señalaba, en el 1958, una intervención donde Croce definía el fascismo como “una benéfica lluvia de puños”- “La Crítica”, XXII, 1924 (20 mayo) -y, en otra, contemporánea, como puente de pasaje para la restauración de un más severo régimen liberal – consultada en *Pagine Sparse*, Vol. II, Napoli, 1943, pp. 371-379. En el volumen del 1943,

Croce se auto acusaba también de una incapacidad de previsión respecto a la evolución del fascismo. Según Garin, a Gramsci no habían podido escapar estas intervenciones.

<sup>958</sup> Gramsci, carta del 6 junio del 1932, LET, pp. 582-585. Las cursivas son mías.

<sup>959</sup> Gramsci, *ibidem*.



tensión en proceso: regresivo o progresivo. Gramsci, y al contrario de la IC del tercer periodo, no lee la historia mundial como una relación de polaridad entre “Estados burgueses” y Unión Soviética -el rasgo específico del “socialismo en un solo país” en su elaboración estalinista-, sino la va elaborando, en los *Cuadernos*, como una estructura tripartita con centro en la articulación entre la fuerza propulsiva del capitalismo estadounidense, en el plano económico-social, y la cultura política fascista que ha tomado pie en Europa.<sup>960</sup> Es el momento de la previsión. Mientras anticipa el Fordismo-Americanismo como el componente de una revolución pasiva que definirá la pauta de la historia mundial como capitalismo, Gramsci identifica en Europa su esencial componente ideológico, cuya evolución sentará, enfatizaba Garin, los límites conservadores -para superarse y por lo tanto con los cuales confrontarse- de la cultura política durante, y aun después caído, el fascismo como régimen político.<sup>961</sup> La necesidad de crear intelectuales propios, orgánicos a lo popular, o lo popular como alta cultura -el programa Machiavelli *versus* el programa Croce y en contra de la lectura crociana de Machiavelli y Marx- emerge, en fin, como la más apremiante necesidad de los comunistas y en cuanto indica la necesidad de reconstituir la relación, en el plano interno, entre dirección y masas, y en el externo, entre Estado Soviético e internacional comunista.<sup>962</sup>

Regresando entonces, y para concluir, al tema “Reforma y Renacimiento” y a su relación a la cuestión del método, en su elaboración más madura, aquella de la cárcel, vemos a Gramsci cumplir varias operaciones. Croce: *el* crítico de la tesis democrática de la ausencia histórica, en Italia, de una Reforma; Croce que del Renacimiento rescata la alta elaboración cultural frente a la esterilidad de la cultura popular; Croce que lee el realismo de Machiavelli como autonomía entre política y ética al fin de negar a Marx, en cuanto

<sup>960</sup> Vacca, *La questione politica degli intellettuali*.

<sup>961</sup> En el 1967, en la Universidad de Turín, así intervenía Garin: “¿En un arco de tiempo de casi un cuarto de siglo, a través de perturbadores acontecimientos, qué sentido tiene aquella insistencia puntual sobre el sentido de Croce, sobre el lugar para asignarse a Croce en la historia intelectual italiana -o más simplemente en la historia de Italia?” Garin, preguntaba de manera provocadora por qué Croce para quien, Gramsci, había sido “participe del drama de la posguerra y de la revolución rusa, curioso de toda clase de libros y doctrinas, vivido entre Moscú y Viena en años cruciales, y no en áreas periféricas, sino en contacto con algunos de los protagonistas de la historia del mundo”. Garin contestaba indicando que la reflexión más madura sobre Croce no era entendible sin la “muy lucida” elaboración del fascismo”, y, por lo tanto, en relación al tema-problema, todavía

fuertemente debatido, de la Constituyente, es decir, de los términos y el sentido en los cuales Gramsci prevé y elabora la forma de la batalla política de la segunda posguerra. Según Garin, para el cual, como en el caso de Frosini y Vacca, la filosofía de la praxis no es entendible si separada de su dimensión político-programática, la meditación madura sobre Croce era una meditación relativa “a la discusión de la ideología que los marxistas habrían encontrado delante en el periodo de transición sucesiva a la crisis del fascismo”. Todo menos que provincial, la posición gramsciana era “de una grande lucidez, entre las más clarividentes acerca de las vicisitudes europeas”. Garin, *La formazione di Gramsci e Croce*, en *Critica Marxista, Quaderni* n. 3, Supplemento al N. 1 di Critica Marxista, rivista bimestrale. Roma, 1967, consultado en Id. *Con Gramsci*, pp. 107-111.

<sup>962</sup> Vacca, *La questione politica degli intellettuali*.

“Machiavelli del proletariado”, cualquiera preocupación con la cultura. Este Croce, para el Gramsci de los *Cuadernos*, sustrae vigor teórico al mismo horizonte del cual se proclama representante: el *historicismo absoluto*. Como Erasmo con Lutero, tachando el materialismo histórico de primitivismo cultural, Croce desconoce una teoría, el marxismo, así como ésta existe realmente, como una Reforma que, en proceso, puede, aunque no es dicho que lo logre, volverse un nuevo Renacimiento. Este Croce, para Gramsci, en la medida en la cual curva en sentido regresivo una tensión entre práctica y teoría realmente existente en la *praxis* del movimiento obrero comunista, termina por entrar en contradicción consigo mismo. Desde la reducción de la filosofía a la historia, Croce ha recaído en la historia como filosofía, en el intelectual del cual Erasmo es el arquetipo: el intelectual abstractamente elevado a sujeto histórico. Erasmo, sin embargo, enfatiza Ciliberto, era “sólo” incapaz de prever como de la Reforma habría brotado la filosofía clásica alemana, Croce, el neo-idealista que de Hegel, y por lo tanto de la Reforma, es él mismo un producto, necesita desconocerlo.<sup>963</sup>

Veremos Gramsci declarar, y tan pronto como en el 1916, como, después de Hegel, la síntesis especulativa entre filosofía e historia habría sido sostenible sólo reformando a Hegel en sentido conservador. En el Gramsci de la cárcel, el Gramsci de la madurez, después de Hegel, el intelectual que concibe la filosofía separada, distinta, de la política en cuanto ella mismo árbitro, catarsis, síntesis, de las luchas políticas reales, Croce, tiene que ser explicado en su carácter histórico concreto, o sea, como una cultura, una religión, el crocianismo, que “encarna” un programa político de revolución pasiva. ¿Cuál, empero, el programa de Gramsci?

Situando Italia desde la periferia hacia el centro de la modernidad, el Gramsci de los *Cuadernos* construye una lectura de la modernidad como una relación de fuerzas entre la línea Erasmo/Croce *versus* la Machiavelli/Marx. La vía que condujo, en Europa, de la Reforma hacia Hegel y al Estado moderno, no fue la esterilidad de lo popular en el terreno de la alta cultura -la fallida previsión de Erasmo respecto a Lutero (y que Croce reproduce en relación a Marx)-, sino, la filosofía y el Estado modernos fueron, y son, afirma Gramsci, la continuación del Renacimiento y de la Reforma “en su fase superior, pero con los métodos del Renacimiento, sin la incubación popular de la Reforma que ha creado las solida bases del Estado moderno en las naciones protestantes”.<sup>964</sup>

---

<sup>963</sup> Ciliberto, *Rinascimento e Reforma*, pp. 778-785.

<sup>964</sup> Gramsci, C. 4, § 3, p. 423,

En una época histórica de revolución pasiva, la filosofía, la alta cultura, Croce, representa para Gramsci el arquetipo de una estrategia política refinada frente a la cual resulta del todo anti-histórico, es “ideología de subalternos”, oponer, así como hace el “marxismo” del tercer periodo, una Reforma sin Renacimiento.<sup>965</sup> Lucha por la hegemonía, por lo tanto, como relación de fuerzas entre una integración pasiva en el Estado, en el plano nacional, el programa que va realizando el fascismo, y el desarrollo de un programa de reforma intelectual y moral a nivel del comunismo internacional, en contra de las degeneraciones estalinistas.

Relativamente al plano más estrechamente teórico, transitando de la condena de una teoría por su incapacidad de “penetrar hasta el pueblo”, hacia la individuación de una específica, o históricamente determinada, “potencia estratégica de los intelectuales”,<sup>966</sup> el Gramsci de la cárcel, ha situado el problema “filosofía”, al centro de la naturaleza del mismo poder burgués. La filosofía para los *Cuadernos*, concluye Frosini, no es sólo una expresión de la historia, de la sociedad, sino lo decisivo del problema gramsciano ha sido individuar en qué sentido lo es específicamente. Elaborando la historicización radical de *la filosofía como política*, el Gramsci de la cárcel, ha ido elaborando el marxismo como una conversión no especulativa de la filosofía en la historia, y es ahí dónde hay que buscar la clave de la ampliación de la “política” en filosofía, y en su misma calidad de plano de explicitación teórica autónoma del marxismo.<sup>967</sup>

La política según Gramsci, concluye brillantemente Frosini, no implica, sino *es* la filosofía: la filosofía, empero, como una relación de fuerzas entre la reabsorción conservadora en el *estatus quo*, así renovado, de los momentos de irrupción popular en la política (revolución pasiva) y la traducción práctica, programática, de lo popular como alta elaboración cultural. ¿Cuál marxismo, por lo tanto? Un programa comprensivo, enfatiza el estudioso, de los elementos más fecundos de la Reforma y del Renacimiento, la dimensión popular de la política y la sofisticada de la cultura; la superación de la tensión constitutiva de la modernidad. Una enorme ampliación, para concluir, de la tarea revolucionaria del marxismo en cuanto él mismo representa, potencialmente y en la visión Gramsci, un cambio de dirección político-ideológica, cultural, de la entera sociedad moderna.

Regresando, entonces, al problema del “conócete a ti mismo”, abierto, insisto, en época juvenil, la comprensión auto-crítica por parte de una voluntad colectiva acontece, afirma

---

<sup>965</sup> Frosini, *La religione dell'uomo moderno*, p. 306

<sup>967</sup> Frosini, *ibidem*, p. 276.

<sup>966</sup> Frosini, *ibidem*, p. 275.

el Gramsci de la “madurez”, a través de una lucha entre direcciones que procede a través de niveles cada vez más complejo, los cuales, de la dimensión ética, la sociedad civil, transitando por la política, la lucha por el Estado, alcanzan el plano filosófico, o sea, “una elaboración superior de la propia concepción del real”.

“La conciencia de ser parte de una determinada fuerza hegemónica (o sea la conciencia política) es la primera fase para una ulterior y progresiva autoconciencia en la cual teoría y práctica finalmente se unifican. También la unidad de teoría y práctica es un dato de hecho mecánico, sino *un devenir histórico*, que tiene su fase elemental y primitiva en el sentido de ‘distinción’, de ‘desapego’, de independencia apenas instintivo, y progresa hasta la posesión real y completa de *una concepción del mundo coherente y unitaria*. Y ahí por qué debe hacerse resaltar cómo el desarrollo político del concepto de hegemonía representa *un gran progreso filosófico* además de político práctico, porque necesariamente implica y supone una unidad intelectual y una ética correspondiente a una concepción del real que ha superado el sentido común y se ha convertido, aunque entre límites todavía restringidos, en crítica.”<sup>968</sup>

En el periodo de la primera formación, encontraremos no solo la génesis, sino la emersión de este engrandecimiento, esta expansión, esta revolución, si se quiere, del marxismo en una lucha por la cultura, cultura en cuanto dirección del sentido de la vida social. Encontraremos los orígenes de una meditación que sólo muchos más tarde, en la cárcel, Gramsci habría llevado hacia la plena autonomía teórica. Un momento genealógico no sólo porque, procederé a considerar en el próximo capítulo, Gramsci entró en el debate acerca de la supuesta ausencia, en Italia, de una “verdadera” modernidad, sino porque, en ese mismo entonces, inauguró un método. Antes del encuentro con Lenin y de posicionar a Marx al centro de su horizonte teórico-conceptual, Gramsci había construido unas líneas de investigación, estrechamente articuladas con aquello que era en ese entonces su presente, y donde el historicismo crociano había sido individuado como el término de confrontación necesaria.

El joven Gramsci, argumentaré, no utiliza el crocianismo, y en general el neo-idealismo, para renovar el marxismo, sino “recurre” a este horizonte y, “doblándolo” a otra exigencia política, entra en el mérito de cuestiones metodológicas que conciernen el mismo *estatus teórico* del marxismo. En Croce, siendo ésta la primera tesis que buscaré demostrar, Gramsci reconoce el terreno histórico real del sujeto; la reconducción de la libertad en el plano de la necesidad; el problema, para el socialismo, de forjar una autoconciencia histórica autónoma de la clase trabajadora, así como el liberalismo lo es para una burguesía con capacidad estatal efectiva. Una confrontación al centro de la cual

---

<sup>968</sup> C. 11, § 12, p. 1385. Las cursivas son mías.

encontraremos nuevamente, o mejor dicho por primera vez en la biografía política e intelectual de Gramsci, el problema de “lo popular” en relación a la sociedad civil.

## 5. ¿Entonces, eso no es socialismo?

“Ahora la soldadura se ha vuelto más íntima. Vemos distintamente aquello que antes era incierto y vago. Vemos hombres, multitudes de hombres donde ayer no veíamos que Estados o individuos. La universalidad del pensamiento se ha concretado, tiende, por lo menos, a concretarse”  
Gramsci, 1917<sup>969</sup>

### 5.1. Yo soy un revolucionario, un historicista.

Paggi subrayaba como desde los años de su formación Gramsci considerara el idealismo alemán la “fuente principal del marxismo”,<sup>970</sup> una consideración que el estudioso procedía inmediatamente a complejizar. Lo característico de la evolución intelectual de Gramsci y su distinción del marxismo segundo-internacionalista, insistía, había sido el no demarcar entre ideología y cultura, el refutar netamente una concepción de la ideología como doctrina autónoma en el sentido de cerrada al “exterior”. Misma razón por la cual, añadido, durante toda una primera fase, la cuestión no es tanto quién sea, en este entonces, Marx para Gramsci, sino el tipo de relación selectiva que *su* socialismo entretiene con el idealismo especulativo -y veremos con el mismo materialismo histórico-, así como existe en Italia, es decir, según Croce.<sup>971</sup>

El idealismo crociano, vimos, no recaía *sic et simpliciter* en la metafísica kantiana, se presentaba como una fuerte exigencia del concreto, de la mundanidad de la filosofía. Esta apelación constante a la historicidad constituye, de hecho, la razón de fondo por la cual Croce, para el joven Gramsci, es antes que nada la filosofía como religión, una concepción del mundo a la cual corresponde una norma de vida, un *ethos*.

“Siéntase libres de dar a la vida toda vuestra actividad, fe, entrega sincera y desinteresada de vuestras mejores energías [...] advertís de repente faltar el sentido de algo, necesidades imprecisas, difícilmente determinables [...] estáis en el mundo y no sabéis por qué [...] el sentimiento religioso

<sup>969</sup> Gramsci, *Lecture*, en “Il Grido del popolo”, 24 noviembre 1917, CF, pp. 452-55.

<sup>970</sup> Paggi, *Introduzione*, en *Antonio Gramsci e il moderno principe*, p. III.

<sup>971</sup> La relación que el joven estableció inicialmente con Marx, subrayaba Paggi, no se distinguía de aquella que habría podido instaurar con otros autores. En época más recién, Rapone va aún más lejos, enfatizando como Marx, hasta bien entrada la segunda mitad el

1917, resulte prácticamente ausente como referente para los fines de una elaboración del socialismo en sentido anti-positivista. Según el estudioso, leyendo los primeros escritos, se advierte casi una dificultad inicial de Gramsci en relacionarse con Marx dado el marxismo que circulaba entre las filas del socialismo italiano. Paggi, *ibidem*, pp. XXXI-XXXII, Rapone, *ibidem*, pp. 268-69.

es todo hecho de estas imprecisas aspiraciones [...] y un poco de sus trazas queda en la sangre de todos [...] Empero es la vida que gana, es la actividad histórica que las borra. Productos de la tradición [...] explicarlas significa superarlas. Volver objeto de historia quiere decir reconocer su vacuidad. Entonces se regresa a la vida activa, se advierte más plásticamente la realidad de la historia. Reconduciendo a aquella no sólo el hecho, sino también el sentimiento.”<sup>972</sup>

Garin, en la relación del 1958, enfatizaba como Gramsci no habría renegado el valor históricamente progresivo de la filosofía crociana aun llegado a teorizar el rol del filósofo en la estabilización del régimen fascista.<sup>973</sup> Dada la contraposición entre idealismo especulativo y transcendencia,<sup>974</sup> crocianismo no significa, ni para el primer Gramsci, una u otra precisa posición teórica con la cual identificarse, sino el sentido extremadamente amplio de una orientación con la cual medirse. Razón también por la cual habría que ser “extremadamente cautelosos en la intención de subrayar en Gramsci tal o cual momento o aspecto de la influencia del filósofo abruzzese.”<sup>975</sup>

Presentando las razones de la “*Rinascita dell’ idealismo*”, Croce había argumentado, en el 1908, el regreso a la dimensión ética dejada a un lado por el positivismo. El idealismo especulativo, “negación de toda forma de transcendencia y de creencia”, respondía a una exigencia inalienable en el ser humano, a la necesidad de “orientación sobre el concepto y el valor de la vida y toda la realidad”.<sup>976</sup> Por su lado, según Paggi, la misma pertenencia

---

<sup>972</sup> Gramsci, *La storia*, en “Avanti!”, 29 agosto 1916, CT pp. 513-14. También “[...] la impotencia de crear cualquier pensamiento histórico de la suburra democrática y de la anquilosis mental católica [...] Entre la fatalidad transcendente que determina la historia [...] y la fatalidad inmanente en el régimen autoritario [...] mi ser más profundo [...] quisiera desvincularse en un canto al hombre más libre [...] El hombre que ha matado todas las fatalidades, todas las fuerzas incontrolables y por lo tanto ha empezado hoy con el rechazar la fatalidad del mundo burgués.” Gramsci, *L’ uomo più libero*, en “Avanti!”, 25 mayo 1917, CF pp. 173-174.

<sup>973</sup> Gramsci indica del “movimiento de reforma moral e intelectual promovido en Italia por Benedetto Croce” ser la refutación de la transcendencia “*todavía hoy* la mayor contribución a la cultura mundial proporcionada por los intelectuales modernos italianos a la cultura mundial, una conquista civil que no debe perderse”. Hoy, es decir, 10 agosto del 1931; Gramsci, LET, p. 445. En la misma carta donde denuncia la indirecta colaboración de Croce con el fascismo, Gramsci no reniega de la dimensión progresiva de su filosofía: “Religión de la libertad significa simplemente fe en la civilización moderna, que no necesita de transcendencias y revelaciones, sino contiene en sí misma la propia racionalidad y el propio origen. Para el Croce toda concepción del mundo, cada filosofía, en cuanto se vuelve una norma de vida, una moral, es ‘religión’ [...] Los orígenes de tal doctrina están ya en Hegel y en Vico y son patrimonio común para toda la filosofía idealista italiana, tanto del Croce,

así como del Gentile”. Gramsci, carta del 6 junio del 1932, LET, pp. 582-585.

<sup>974</sup> Paggi, *ibidem*, p. V.

<sup>975</sup> Garin, *Gramsci nella cultura italiana*, p. 44.

<sup>976</sup> “Antonio Labriola, por ejemplo, no escondía, en los últimos años de su vida, la persuasión que el resurgir en cada parte del mundo civil del idealismo filosófico estuviese en estrecha relación con el rescate de las clases burguesas en contra de las conquistas amenazadoras del proletariado. Empero, esta interpretación se parece mucho a las tantas que entraron en boga en el breve periodo de fortuna del materialismo histórico [...] El renacimiento del idealismo posee carácter teóricico, y como tal debe ser considerado y evaluado. No se niega que tenga también importancia práctica, empero exactamente la importancia práctica que se debe a la verdad o al error. [...] La religión no es nada más que la necesidad de una orientación sobre el concepto y el valor de la vida y de toda la realidad. Sin religión, o sea, sin esta orientación, no se vive, o se vive con alma dividida y perpleja, infelizmente. Ciertamente, mejor aquella religión que coincide con la verdad filosófica, que una religión mitológica; empero mejor cualquier religión mitológica que ninguna religión [...] Ahora, el positivismo hizo justo el singular intento de dejar insatisfecha la necesidad religiosa del hombre, y en eso fue hasta inferior al materialismo, que no obstante emprendía una forma suya de religiosidad [...] la necesidad religiosa ha vuelto a despertar [...] la negación del positivismo, y en conjunto la negación de toda forma de transcendencia y de creencia, es aquel

a un gran movimiento político, de masa y organizado, cual era el movimiento obrero socialista, empujaba Gramsci, aún en un estadio muy primigenio de su reflexión, a considerar la filosofía en términos prácticos. Razón por la cual, la confrontación de Gramsci con Croce habría procedido en “el terreno de la polémica y diferenciación política”, para confluir solo después en la autonomía propiamente conceptual.<sup>977</sup> Al mismo tiempo, veremos, en el joven Gramsci ya puede distinguirse la temprana exigencia de aclarar el *estatus* específicamente metodológico, teórico, de la praxis. Filosofía, por lo tanto, no sólo como “Reforma”, sino también como “Renacimiento”, y dada la cultura como punto de vista de la clase en relación a la sociedad civil, al sentir “común” de un país.

“Una indagación sobre la meditación gramsciana acerca de los intelectuales no puede no seguir las líneas de su desarrollo desde los escritos juveniles”.<sup>978</sup> Si para Garin la primera reflexión significativa había sido *Socialismo y Cultura*, según Paggi, con el *Sillabo y Hegel*. Los dos artículos -del 1916, inmediatamente sucesivos el uno al otro- son empero inteligibles sólo en recíproca relación. En el giro de un par de semanas, y de páginas, Gramsci entra en el mérito de la cuestión que ocupa el núcleo del historicismo crociano, y aquél que el filósofo distingue -el problema gnoseológico y el programático- él busca articular en un único movimiento conceptual capaz de resolver al unísono la relación de la filosofía con la historia y con la política. Nos encontramos muy lejos de la formulación de una teoría de la constitución política del sujeto histórico -la filosofía de la praxis- y, sin embargo, Gramsci se mueve, y vuelvo a insistir, desde un inicio, en esta dirección.

En el *Sillabo y Hegel*, la ocasión polémica es la recensión a una monografía que, atribuyendo a la falta de una Reforma el origen de todos los males de Italia, propone una provocadora reconciliación entre liberalismo y el catolicismo -este último fuerza sí reaccionaria y religiosa, empero nacional- como salida a través de la cual realizar aquello que Italia, a diferencia de Alemania, nunca ha sido: un Estado como “unidad de la

---

que ahora se llama ‘renacimiento del idealismo’”. Croce, *La rinascita dell'idealismo*, 1908, en Id. *Cultura e vita morale*, Bari: Laterza [1914] 1955, pp-36-37.

<sup>977</sup> Paggi, *ibidem*, p. VI.

<sup>978</sup> Garin, *Gramsci e il problema degli intellettuali*, en Id. *Con Gramsci*, p. 63. El convenio era el del 1967 -aquellos en el cual, ya mencionamos, el Gramsci *de la historia y la política* iba dejando espacio, según el tono de la mayoría de las intervenciones, al Gramsci *de la cultura y la sociedad civil*. Garin iba contracorriente, auspiciaba el abandono de esquematizaciones abstractas en torno a la relación política-cultura, para

el regreso a una perspectiva “toda inmersa en la lucha entre guerra y fascismo”. Era necesario superar, enfatizaba, la imagen del “humano testimonio de las cartas y sorpresiva madurez ‘filosófica’ de los *Cuadernos*”. Como si Gramsci hubiera procedido según “un esquema característico de cierta cultura italiana: desde la política hacia la filosofía o a la historia”. El Gramsci de la madurez intelectual, una vez separado de la biografía política, expresaba, según el estudioso, la reproducción de la subalternidad, en Italia, de la cultura comunista a una renovada cultura crociana.



conciencia en la vida”.<sup>979</sup> De la premisa historiográfica, no sigue, para Gramsci, la conclusión política, porque a partir de Hegel, enfatiza, sigue la historicización de cualquier absoluto. No sólo Hegel “ha matado toda posibilidad del Sillabo, cosa que no ha hecho Rousseau”, sino “si hay algo que la guerra ha realmente masacrado es la vieja concepción de la justicia absoluta”. Después de Hegel, en la filosofía, y de la guerra, en la política, ya no es posible “tratar como problema de cultura, abstractamente, una cuestión que posee raíces profundas en la historia”.<sup>980</sup>

Vemos a Gramsci inaugurar la reflexión sobre el historicismo filosófico insertándose en el debate político sobre la modernidad considerado en el capítulo anterior. La crítica, en esta nota, es a quien, apuntando a la falta histórica, para el Estado italiano, de “raíces en el *espíritu* el pueblo”, apela a Hegel, la “filosofía pura que logra finalmente ocupar todo el espacio que le corresponde en la conciencia humana, desterrando el buen viejo Dios”, para después desconocer a Hegel esencializando la cultura y así caer subalterno al nacionalismo.<sup>981</sup> El artículo es el primero de una serie de intervenciones que Gramsci dedica a demoler la retórica de la guerra entre civilizaciones la cual para ese entonces - Rapone permite esclarecer- era “todo un mundo”.<sup>982</sup> Encontramos aquí el primer paralelismo entre una interpretación genérica y abstracta de la cultura, “el espíritu del pueblo”, y una salida política conservadora, o hasta reaccionaria, a la crisis atravesada por el país en los años de la guerra. A partir de este entonces, la mayoría de los artículos en los cuales Gramsci se dirigirá al tema-problema de la compagine nacional italiana, al

---

<sup>979</sup> El libro en cuestión era *El Papa y la guerra*, del 1915 y el autor el ya citado Mario Missiroli. Cfr. CT, n.1, p. 72.

<sup>980</sup> Paggi resalta como Gramsci abra la cuestión de los intelectuales entrando en el mérito de la reflexión sobre el catolicismo y, por ahora, manteniéndose en el ámbito estrechamente filosófico. Pocos meses después, en junio, Gramsci sujeta a su lente crítica la tesis de un posible conmixtión entre socialismo y catolicismo por ser el primero la derivación de un sistema filosófico, el idealismo especulativo, que, a diferencia del positivismo, no desconoce la religión: “Con razonamientos de este tipo, algún católico quiere lograr demostrar la utilidad de una alianza permanente entre nosotros y las fuerzas clericales, o por lo menos un acercamiento por afinidades. Cumulo de despropósitos, por un lado, propósitos inviábiles por la otra. No merece la pena ni recordar que el socialismo crítico se apoya graníticamente sobre el idealismo alemán del siglo XVIII, el cual, aun sin coincidir con la moda positivista, no ha por esta razón guillotinado de menos la idea de Dios; Hegel es siempre la bestia

negra de los católicos.” Gramsci, *La consolata e i cattolici*, en “Avanti!”, 21 junio 1916, CT, pp. 392-394.

<sup>981</sup> La paradójica confluencia, construida por Missiroli, entre dos religiones “el transcendentalismo católico y el “inmanentismo idealista” no es, argumenta Gramsci, historia, sino el intelectual “bizantino” que en última instancia trae satisfacción del propio aislamiento del movimiento histórico real y cuyas incoherencias expresan un diletantismo que, aun elegantemente propuesto, “no es menos peor, y sí más preocupante, de la ignorancia y la incomprensión”. Gramsci, *Il Sillabo e Hegel*, pp. 69-72.

<sup>982</sup> Una atmosfera hecha “de fachos intervencionistas y ligas de acción anti-alemana, ‘socialistas nacionales’, republicanismos en sus distintas gradaciones internas de intransigencia, democracia radical [...] espejo político turinés del tiempo [...] donde la guerra es para perseguirse en el terreno espiritual no menos que en el político y económico”. Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, pp. 201-202.

*carácter* del país, lo verán acoplar en calidad de “mentalidades” metafísicas posiciones politico-ideológicas aparentemente antitéticas.<sup>983</sup>

Dos semanas después de *El Sillabo y Hegel*, en *Socialismo y Cultura*, Gramsci transita desde la soberanía del Estado según el idealismo filosófico, hacia el problema de la formación de una voluntad colectiva. El tema Reforma, abierto en el primero artículo, es ahora retomado como tema Renacimiento; el debate en torno a la ausencia histórica en Italia de un verdadero Estado moderno, como debate en torno a la necesidad de una alta labor cultural entre las filas del movimiento socialista.

“La cultura es toda otra cosa. Es organización, disciplina del yo interior, apoderamiento de la propia personalidad, conquista de una conciencia superior por la cual se llega a comprender el propio *valor histórico*, la propia función en la vida, los propios derechos y deberes [...] El hombre es sobre todo espíritu, o sea, *creación histórica*”.<sup>984</sup>

El pleno dominio de sí mismo, “ser el yo del propio yo”, no sólo conlleva saber del propio valor *en* la historia, sino de ésta historia como de un embate por la conformación de una conciencia siempre más unitaria -Novalis y Sócrates según Vico. Así como en el caso de la conciencia plebeya para la antigüedad republicana, igualmente la Ilustración, “tan difamada por los fáciles críticos de la razón teórica”, no fue solamente el “intenso laborío de crítica, de penetración cultural” que precedió la revolución francesa, sino “una magnífica revolución ella misma”; fue la formación de una clase con capacidad expansiva, de “una causa que se creía común”, de una “internacional espiritual”. Una revolución de la forma de saber y sentir, intelectual y moral que, fenómeno burgués en este entonces, “se repite hoy para el socialismo”.<sup>985</sup>

*In primis*, analogías tan audaces entre épocas demuestran como el interés de Gramsci sea un interrogar la historia políticamente, programáticamente. Garin de este artículo aislaba “una teoría embrionaria de la función revolucionaria de la cultura”<sup>986</sup> y Rapone hace notar como el tema de la Ilustración en cuanto premisa de la revolución francesa fuera de origen desanctiano. Personalmente, quiero enfatizar como Gramsci esté ya pensando en términos de superación de una crítica abstracta a la razón crítica, a la “crítica crítica”.<sup>987</sup> En tanto la “conciencia del propio valor en la historia”, afirma, es premisa de toda revolución,

---

<sup>983</sup> Iniciando, veremos, con jesuitas y masonerías, hasta terminar en la pareja dialéctica entre nacionalismo y socialismo reformista.

<sup>984</sup> Gramsci, *Socialismo y cultura*, en “Il Grido del popolo”, 28 enero 1916, CT, pp. 100-102. Rapone hace notar como éste constituya el primer artículo, después de las polémicas generadas por él del 1914 sobre Mussolini, en el cual Gramsci exprese su punto

de vista en torno a una cuestión debatida entre las filas del movimiento obrero italiano Cfr. Rapone, *ibidem*, p. 293.

<sup>985</sup> Gramsci, *Socialismo y cultura*.

<sup>986</sup> Garin, *Gramsci e il problema degli intellettuali*, p. 69.

<sup>987</sup> Será el título de un célebre artículo de enero del 1918, al cual regresaré más adelante.

intransigente, revolucionario es el socialismo que no se extraña de la comprensión de una realidad más amplia de sí y de la cual la cual es participe y herencia.

“Conocer unos mismos quiere decir ser unos mismos, distinguirse, salir afuera del caos, ser un elemento de orden, pero del propio orden y de la propia disciplina a un ideal. Y no se puede obtener eso si no se conocen también los otros, su historia, el sucederse de los esfuerzos que han hecho para ser aquello que son, para crear la civilización que han creado y a la cual queremos substituir la nuestra.”<sup>988</sup>

Aquello que preocupa Gramsci es lo que realmente signifique “crítica” una vez concebida la teoría como cultura y ésta como un orden civil y político históricamente determinado; una reflexión que abre un año después, con la *Ciudad Futura*, y cuyos orígenes son los dos artículos del 1916. Algunos datos que nos permitan entender el porqué del folleto. Elaborado enteramente por Gramsci, éste es parte de un proyecto dada aquella que era, en ese entonces, la cuestión “cultural” entre las filas del socialismo turinés: “un niervo descubierto”.<sup>989</sup> Clarísima, en las varias intervenciones dedicadas al tema de la formación obrera, la oposición de Gramsci a cualquiera forma de “ludismo cultural”, propio de los “intransigentes” e igualmente transparente su profunda aversión a los “tonos sencillos” de la cultura *para* los obreros, según los reformistas. En el primer caso tenemos el contenido, en el otro la forma de la *Cittá futura*. A la acusa, levantada entre las filas del socialismo turinés, de haber caído en el elitismo,<sup>990</sup> Gramsci replicaba:

“el folleto es un poco “elevado”, [...] la Turín socialista es continuamente menospreciada por los adversarios como la ciudad del “socialismo analfabeto”. Enlazando un contacto con jóvenes que aún no nos conocían, hemos querido demostrar, con el gesto concreto de una hoja escrita y curada por los nuestros, como este escarnio fuera una mezquina arma polémica de imbéciles adversarios.

---

<sup>988</sup> Gramsci, *Socialismo y cultura*. Gramsci mueve de la conquista de una propia individualidad histórica hacia el proceso de homogeneización y elevación de la clase; o sea, no solo elabora la filosofía como cultura, sino abre el mismo problema de la relación entre ideología y cultura. Paggi, *Antonio Gramsci e il moderno principe*, p. 107.

<sup>989</sup> Al momento de la publicación de la *Ciudad futura*, la tendencia revolucionaria es la mayoritaria de la sección política y la cultura según los reformistas es todavía la noción prevaleciente en los debates y en la prensa obrera. Encargado, por la Federación juvenil piemontesa, un folleto de propaganda y educación socialista, Gramsci decide asumir la plena responsabilidad de su compilación. El numero sale a la prensa en febrero del 1917 y en marzo seguirán las polémicas. Rapone reconstruye la tensión entre un grupo, él de los futuros ordinovistas, que, adherido al partido, se proyecta afuera de su perímetro intelectual -recibiendo estímulos, vimos, por la realidad obrera turinesa y una cultura más amplia, universitaria y autodidacta- y, por el otro, un partido, que en su costumbre mental, se caracteriza, en la ciudad de

“avanzada” del proletariado industrial, por ser “los intransigentes” los más refractarios a una labor de formación cultural, mientras la tradición reformista es aquella de la facilidad de los temas propuestos y de su presentación para la difusión del “verbo” socialista entre los “simples”. Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, pp. 68-70.

<sup>990</sup> “[...] cuántos jóvenes socialistas podrían disfrutar un periódico de “pensamiento” como él de ustedes? A excepción de una élite de compañeros [...] ¿y luego? [...] cuantas bellas voces que realizan “el solo” y se apartan -aun sin quererlo, empero como natural consecuencia- del ‘coro’ [...] un periódico como la ‘Avanguardia’ (propaganda, organización, cultura, variedad) podrá siempre satisfacer a todos, cuando esté bien hecho, mientras un periódico como él de ustedes podrá satisfacer solo algunos -los elegidos”. Así se expresaba el director de la “Avanguardia”, revista de la Federación juvenil socialista, en relación a la labor de Gramsci. Su nota crítica se titulaba *Discussioni inutili. Nella nostra famiglia*. Cfr. CF, n 1, p. 106, no he podido consultar el original.

En Turín ya había sido ventilada y discutida la propuesta de una reseña de pensamiento y de vida socialista. La reseña no habría sido el órgano de alguna organización en cuanto formativa y no informativa. Debía ser una revista sin escrúpulos, que se habría dirigido a los jóvenes de 18 y a los de 80 años, por así decir; o sea, a todos aquellos socialistas que advierten la falta de una hoja de discusión y de crítica revolucionaria capaz de recoger a su alrededor las energías fácticas e inteligentes que aún existen, también y especialmente, en Italia. No creímos estuviera mal permitir que nuestro ‘numero único’ anunciara su salida en tiempos mejores, y tomara su título.”<sup>991</sup>

El elitismo, para el joven, era, por un lado, de quienes, desde las filas de la prensa liberal y los tonos patrióticos del “Corriere de la Sera”, en plena guerra mundial, acusaban el movimiento obrero turinés de incultura, y, por el otro, de quienes, el grupo parlamentario del Psi, hablaban, en voz de Treves, de una oposición responsable.<sup>992</sup>

“Pesamos las palabras. Idiotas: palabra muy noble de origen griega. Significa primero que nada soldado raso, soldado sin algún galón. En seguida: *quien piensa con la cabeza propia*, quien es propio, quien no se ha todavía sometido a la disciplina social vigente [...] Nefando: palabra igualmente noble, de origen latina. Significa: quien *habla aquello que la divinidad ha prohibido hablar* [...] Dos palabras que poseen *un valor netamente democrático desde el punto de vista social* [...] palabras clásicas que expresan la independencia de un pequeño grupo de frente a la colectividad, de un individuo respecto al ambiente en el cual vive. Que se contraponen al cadáver de los jesuitas [...] al *ipse dixit* [...]”.<sup>993</sup>

En el cuadro del maximalismo italiano, la originalidad de Gramsci emerge en este reclamar autonomía, intransigencia, diferenciación, distinción desde el reconocimiento del “ambiente en el cual se vive”. La amplitud de horizontes es la propia de quien quiere insertar un programa volcado al pleno desarrollo del antagonismo de clase en un proceso más amplio de regeneración de la vida nacional. El estudio de Mangoni, investigando el clima italiano del primer ‘900, lo define una *deprecatio temporum* que, sistematizada y organizada, representó un cambio cualitativo, un *surplus*, respecto a una larga tradición.<sup>994</sup> Los tonos pedagógicos con los cuales, desde el primer periodo post-unitario, la intelectualidad liberal, apuntando a la falta de una real y madura sociedad civil, se había

---

<sup>991</sup> Gramsci, *Concludendo una discussione inutile*, en “L’Avanguardia”, 1 abril 1917, CF, p. 105. Gramsci se refiere al proyecto de fundar un propio periódico, una aspiración del grupo presente desde los años universitarios. Tasca, en el verano del 1912, había manifestado a Gramsci la intención de crear un grupo de estudio y en el otoño del 1913 le había propuesto fundar un periódico para las nuevas generaciones de socialistas.

Así concluía la *Città futura*: “Hemos puesto a esta hoja un título que no es solamente nuestro. Antes que la guerra se lanzara en el mundo con su irresistible azote, se había decidido, con algunos amigos, lanzar una nueva revista de vida socialista que fungiera de hogar para las nuevas energías morales, el nuevo espíritu [...] idealista de nuestra juventud [...] ímpetu y reflexión [...] pensábamos reiniciar una tradición toda italiana, la mazziniana revivida en los socialistas. La intención

no ha sido abandonada. Las partes del alma que la guerra nos ha arrebatado regresarán al hogar. Y la revista será.” [La Città futura] CF, p. 34. Para el testimonio de Gramsci: “Los tres [Gramsci, Togliatti y Tasca] desde entonces eran socialistas y hacían vida en común: habían decidido, desde entonces, compilar en conjunto una reseña de cultura socialista, que habría tenido que llamarse la “Ciudad futura” y fue al contrario el “Ordine Nuovo” Cfr. Gramsci, *Un agente provocatore*, cit., pp. 268.

<sup>992</sup> Treves, interviniendo en la Cámara, había calificado “idiota y nefasto” cualquier daño provocado por las maniobras parlamentarias de los socialistas a “nuestra guerra”. Cfr. CT, n. 2, p. 710

<sup>993</sup> Gramsci, *Cadaveri e idioti*, en “Avanti!”, 17 enero 1917, CT, pp. 708-10. Las cursivas son mías.

<sup>994</sup> Mangoni, *ibidem*, pp. 115

asignado la tarea de educar *al pueblo*, en la década anterior a la primera Guerra mundial habían resurgidos como batalla para una reconstitución espiritual *del país*. Nuevamente eran los intelectuales, sobre todo las nuevas generaciones, quienes se presentaban como “nueva moralidad, re-educadores de la nación” y, así como durante la última década del siglo y la consolidación del “transformismo”, su juicio no se limitaba a los sectores populares, sino abarcaba la misma clase dirigente. Sin embargo, el paternalismo pedagógico y la condena de la “inmoralidad” pública transitaban, ahora, hacia la “insistencia en una crisis espiritual”, el ataque a la mediocridad y mezquindad nacional, la oposición a los límites impuestos a la voluntad, individual y colectiva. Todos motivos “vanguardistas” que habían pronto confluído -sin que eso signifique una filiación directa e inevitable- en el nacionalismo. Un movimiento, este último, ideológico, trasversales a varias corrientes políticas, y que se iba siempre más definiendo, singularizando, como fuerza política, vía el embate en contra de las tendencias, en sus discursos igualitarias, de la democracia y el liberalismo durante el giolittismo.

Leyendo los artículos escritos por Gramsci, especialmente entre el 1916-1917, impacta un lenguaje que tiene muy poco en común con los tonos paradigmáticos del militante socialista tradicional; la suya es una forma literaria, enfatiza siempre Rapone, rica de sugerencias, incomprendible sin considerarla en estrecha relación al lenguaje de una entera época. Gramsci, acérrimo demolidor de la retórica nacionalista fuertemente presente entre las elites turinesas, utiliza la terminología que reconoce organizar, entre las filas del abigarrado fermento cultural de la crisis, la discusión en torno a “los males de Italia” y al rol del socialismo, y de la democracia, en aquella. “Carácter”, en particular, señala el estudioso, era “el termino sintético” que compendia este “renacimiento”, individual y colectivo, del intelectual y de la compagine nacional, de tonos no sólo subjetivista, sino espiritualista y hasta irracionales. Sorprende, por lo tanto, que constituya un verdadero *topos* en los escritos de un socialista no sólo “intransigente”, sino despiadado, como es el caso del joven Gramsci, con el verbalismo, el culto de lo abstracto y la forma y, en fin, con todo aquello que suene a retórica y misticismo, en su perspectiva, la directa expresión de una enfermedad nacional, aun antes que nacionalista.

Ya vimos, el apelar típicamente crociano, en su *Pagine sulla guerra*, en contra de la retórica intervencionista y en nombre de un moderato realismo, a la continuidad de la vida cultural del país como de un movimiento inexorablemente progresivo. Vimos también cómo, antes del conflicto, Croce había combatido el resurgir de una mentalidad, en sus términos, masónico-jacobina entre las filas democráticas y socialistas, mientras

elaboraba, paralelamente, la separación entre ética y marxismo y la muerte del socialismo revolucionario como muerte de las mismas aspiraciones teóricas de Marx. En esta misma época, en *Fede Programmi*, texto del 1911, Croce había indicado el antagonismo social de clase como principal factor de disolución de la unidad nacional, origen de los espejismos, de la verbosidad vacua, siempre según el filósofo, del discurso sobre los “males de Italia”. Un texto que merece ser ampliamente citado, en cuanto ahí emergen algunas consideraciones que el Gramsci de la *Cittá futura* retoma casi literalmente, invirtiéndolas radicalmente de sentido.

“Nunca como desde algunos años han surgido en Italia, y se aglomeran el uno sobre el otro, en el campo social y político, programas de todo tipo: reformistas y sindicalistas, democristianos y demo masónicos, nacionalistas y liberistas; y, junto con ellos, grandiosos diseños de asociaciones y de instituciones para intensificar la cultura y alfabetizar aquella parte del pueblo que es todavía analfabeta, para la defensa y ofensiva nacional [...] es para verse, entonces, si los tantos que se afanan en construir programas no sean movidos *por la ilusión de obtener desde el exterior aquel que sienten de no poseer en el interior* [...] nadie espere que aquí le sea suministrada las *viejas quejas y viejas intenciones acerca de la necesidad del ‘moral despertar’, de la ‘revitalización nacional’, del ‘hacer los italianos’, de la ‘liga de los honestos’, de la ‘purificación de la publica costumbre’* y de tanta otras cosas bellas y aburridísimas que por suerte son mucho más vacías de los programas criticados [...] *si la sociedad no se disgrega, es exactamente porque las fuerzas éticas prevalecen sobre las contrarias* [...] se trata de reconocer claramente, una por una, *cuáles sean las tendencias disruptivas* que persisten ahora o que se han ido recién formando en Italia (y no solo en Italia) y, una vez conocidas, combatirlas [...] este debilitamiento de la conciencia de la unidad social, esta indisciplina difundida, esta tristeza, si tienen sus predecesores en la vieja historia italiana, han sido recién aumentadas por *la ideología de las luchas sociales del siglo XIX: por el socialismo y el anti socialismo* [...] hasta que no se borren las ultimas trazas del utilitarismo burgués y socialista, es inútil esperar que estas u aquellas contingencias puedan mejorar la sociedad y volver grande Italia. Se objetará que esta disposición de espíritu, esta fe moral presupone, a su vez, una religión. [...] *la religión o la filosofía (con la cual la religión es una)* no es esta o aquella particular religión o filosofía; sino es la concepción filosófica o religiosa de las cosas, es decir, de las cosas bajos especie eterna: concepción que se determina en las formas más variadas, y en esta variedad suya es continuamente discutida, corregida, modificada. No puede existir sin su determinaciones, empero no se exhausta nunca en sus determinaciones.”<sup>995</sup>

---

<sup>995</sup> Croce, *Fede e programmi*, en Id. *Cultura e vita morale*, pp. 25-28. Las cursivas son mías. Este mismo artículo era criticado en la página del “Grido” del 3 noviembre 1917 por Attilio Carena, joven colaborador del periódico, y miembro del “Club de vida moral”, cuyas consideraciones demuestran también cuáles eran, en este entonces, los términos conceptuales del historicismo gramsciano. Carena oponía al antagonismo social de clase según Croce como disruptor del orden moral y civil la crítica a una concepción metafísica y estática de la unidad nacional. “En ninguna nación ha existido nunca una unidad social así concebida. Aunque en cada nación siempre se haya formado una unidad social alrededor de un cierto núcleo de ideales, a ella participó solo una

pequeña minoría, culta por lo demás, la cual hizo de la otra parte de la nación, inculta y desunida, un agregado propio, un medio para alcanzar sus propios fines”. Carena procedía entonces a sostener el rol nacional del socialismo. Prueba de la superioridad de los principios socialistas respecto a los liberales eran el decaimiento de los segundos y el afirmarse de los primeros entre los sectores populares y también intelectuales. “Los principios socialistas no son otra cosa que la expresión de la madurez espiritual del pueblo que ha tomado conciencia de la parte que hasta ahora ha representado en la historia, y de su propio devenir histórico”. Cfr. Carena, A. *Fede e programmi secondo Benedetto Croce*, en S (1976).

Se contrapongan las razones aducidas por Gramsci a su historicismo:

“Somos historicistas, por la concepción filosófica que alimenta nuestro movimiento; denegamos la necesidad de cualquiera apriorismo, sea aquel transcendental como quiere la fe religiosa, sea histórico también, como el privilegio burgués. A través de la conquista de la realidad económica, perseguimos la posibilidad de instaurar un ambiente moral en el cual la actividad productora de valores sea espontánea, creativa, suscitada por la pura y sencilla humanidad, por el carácter, la libre genialidad, sin que sean necesarios estímulos heterónimos, religiosos o de privilegio. La conquista de la realidad económica es solamente en la apariencia vistosa nuestra única finalidad: a través de ella preparamos el camino al hombre completo, libre, y la nueva vida moral queremos sea extendida al número más grande de individuos posible.”<sup>996</sup>

Inmediato es el contraste entre una unidad ética que procede a pesar, y en contra, de la fuerza del empirismo utilitario del antagonismo de clase, Croce, y la apelación a lo “útil” como creación, libre, de esta misma unidad como de un nuevo orden, Gramsci. El texto del socialista, de junio del 1917, inicia con reivindicar el historicismo en términos típicamente crocianos, como refutación de todo transcendentalismo, para después doblarlo en contra de la relación entre economía y política según Croce. La realidad “económica” no es enfocada como origen, base, fundamento, del derecho como fuerza,<sup>997</sup> sino como fuente de un sentir común, para la colectividad civil, de un carácter, para el socialismo, libres de todo tutelaje que, externo a la historia, puedan limitarlos como potencialidad. En fin, si la reflexión de Gramsci sobre el sujeto permanece todavía en el plano de la ética como “ideal”, al mismo tiempo abre el camino a su re-interpretación como programa político desde el punto de vista de una concepción anti-determinista de las relaciones sociales de clase.

En la *Ciudad Futura*, pocos meses antes, Gramsci ha presentado al “joven que se inscribe al movimiento juvenil socialista [y] cumple un acto de independencia y de liberación.”<sup>998</sup> dos líneas, o redes problemáticas. Una primera, relativa al cómo pensar el Estado, la otra los “males de Italia”. Su articulación: *Tres principios tres órdenes*. Es ésta la contribución más elaborada del folleto: más que un artículo, un ensayo acerca de los procesos históricos a través de los cuales el Estado moderno fue conformándose, en sus palabras, como una “*forma mentis*”. El punto de partida, y aquí es evidente la influencia crociana, es la derrota de la utopía jacobina republicana por medio de su concreción como civilización liberal:

<sup>996</sup> Gramsci, *Rispondiamo a Crispolti*, en “Avanti”, 19 junio 1917, CF, pp. 215-216. Las cursivas son mías.

<sup>997</sup> Tesis, aquella del Estado potencia, inaugurada por Croce en el 1907 y ampliada en la *Filosofía della práctica*. Como vimos: la reducción del derecho a la

fuerza de lo útil a la cual se contraponen el principio ético.

<sup>998</sup> Gramsci, *Disciplina e libertà*, la “Città futura”, CF, p. 16.

“Los órdenes actuales han sido suscitados por la voluntad de actuar totalmente un principio jurídico. Los revolucionarios del 89 no preveían el orden capitalista. Querían actuar los principios del hombre [...] Estos, después de la laceración inicial de la vieja cáscara, fueron afirmándose, concretándose y, vueltos fuerzas activas sobre los hechos, los plasmaron [...] floreció así la civilización burguesa, la única que pudiera florecer porque la burguesía era *la única energía social fáctica* y realmente activa en la historia. [...] ¿Era un principio universal aquel que se afirmó en la historia a través de la revolución burguesa? Ciertamente sí”.<sup>999</sup>

La “civilización liberal” es, para el joven Gramsci, universal concreto en cuanto encarna una idea-fuerza; un ideal, un principio, una aspiración que, articulándose a una “energía social” se ha hecho política, efectividad, Estado.

“Universal no quiere decir absoluto. En la historia nada hay de absoluto y rígido. Las afirmaciones del liberalismo son ideas límites que, reconocidas racionalmente necesarias, se han vuelto ideas-fuerzas [...] Como idea-límite el programa liberal crea el estado ético, un estado, es decir, que idealmente está arriba de las competiciones de clase [...] Es *una aspiración política este estado, más que una realidad política*; existe solo como modelo utópico, sin embargo es este espejismo suyo que lo refuerza y lo conforma en una *fuerza de conservación*.”<sup>1000</sup>

Gramsci, manteniéndose aún entre márgenes especulativos, está sujetando a su lente crítica el Estado ético-político según Croce. El Estado como potencia, voluntad de “actuar totalmente un principio”, es una idea capaz de volverse fuerza histórica sólo si reconocida como “racionalmente necesaria”. Dos las formas por medio de las cuales el Estado moderno fue conformándose en Europa. El libre desenvolvimiento del conflicto en la sociedad y la voluntad capaz de imprimir su sello a este conflicto; dos procesos antitéticos y, sin embargo, promotores del mismo resultado: el reconocimiento de la idealidad del Estado, de su soberanía, por parte de la sociedad. El liberalismo a través de la participación en lo público, el estatalismo a través de la protección de lo privado.<sup>1001</sup>

En Gramsci, así como en Croce, el caso italiano no puede ser comprendido absolutizando otras experiencias históricas, ni la inglesa, ni la alemana, sin embargo y a diferencia de Croce, para el joven no se trata de otra forma de lo mismo, sino de la contraposición entre

---

<sup>999</sup>Gramsci, *Tre principi tre ordini*, CF. pp. 5-11. Las cursivas son mías.

<sup>1000</sup> Gramsci, *ibidem*. Las cursivas son mías.

<sup>1001</sup> El liberismo: “la fórmula que comprende toda una historia de luchas, de movimientos revolucionarios por la conquista de libertades individuales. La *forma mentis* que vino creándose a través de estos movimientos.” El liberismo no en sí, pura abstracción, sino en Inglaterra, donde “el derecho a la libre afirmación de todas las energías es un derecho conquistado”. El estatalismo: “la conceptualización en los antípodas de aquella inglesa, y sin embargo productora de los mismos efectos [...] el estado que no

debe ser dejado en manos de las fuerzas libres y espontáneas de los hombres, sino debe imprimir el sello de una voluntad”. En el primer caso “la convicción que vino conformándose en el siempre mayor número de ciudadanos que, a través de estas luchas, llegaron a participar en la vida pública”, en el otro, “la convicción no retórica, no supina, sino formada a través de décadas de recta administración, de observada justicia redistributiva”. En ambos, el proletariado, sintiéndose tutelados como ciudadanos, siente, racionalmente, de poder proceder hacia la conquista de la mayoría. Gramsci, *Tre principi tre ordini*.



estas sociedades y “nosotros acostumbrados a ver en el gobierno una especie de esfinge, totalmente abstraída de los problemas del país y de cualquiera polémica viva sobre ideas o hechos”. Italia se caracteriza -éste el eje polémico del entero artículo- por la ausencia de una u otra relación orgánica entre sociedad civil y sociedad política y de esta atipicidad -que no significa, veremos, ausencia de modernidad, o de capitalismo- deriva, para Gramsci, la apelación exclusiva del poder al orden, a la disciplina.

En Italia la forma histórica revive, se reproduce, como fórmula abstracta, como modelo o retórica del orden, aquella que mancomuna liberales y estatalistas en su oposición al movimiento socialista. El punto, para Gramsci, es precisamente esto: “[...] La polémica contra el socialismo es toda tejida a partir de la aspiración a este estado ético potencial.”<sup>1002</sup> El caso italiano participa del Estado moderno europeo como idea límite, apariencia de universalidad que, insiste, tiene en este mismo límite, en esta misma apariencia, su potencia. A diferencia de las utopías racionalistas, la apelación a la eticidad del Estado no consiste en una previsión de hechos, empírica, sino en una previsión ideal, programática y, en eso, reside su fuerza.

“El hombre necesita, para obrar, de poder al menos en parte predecir. No se concibe voluntad que no sea concreta, es decir que no posee una finalidad. No se concibe voluntad colectiva que no tenga un fin universal concreto. Empero eso no puede ser un hecho individual, o una serie de hechos individuales. *Puede solamente ser una idea, o un principio moral.* El defecto orgánico de las utopías cabe todo aquí. Creer que la previsión pueda ser previsión de hechos, mientras solo puede serlo de principios, o de máximas jurídicas.”<sup>1003</sup>

Evidente la dependencia del Estado según Croce, al Estado como exigencia ética del ser humano; a diferencia de Croce, empero, para Gramsci la eticidad no se contrapone a la fuerza, sino el Estado es, él mismo, una relación en devenir entre un programa de cambio y la fuerza de conservación del sentido común, “terrible negrero de los espíritus”, de quienes en el orden nuevo posible ven “sólo el caos, el desorden ineluctable”. Mientras para Croce el liberalismo es el constante, y amenazado, principio ético que, inmanente en la historia, asegura la unidad de lo social; en Gramsci es una fuerza social, la burguesía liberal, que, en Italia, y a diferencia de Inglaterra y Alemania, ha sido históricamente incapaz de conferir un orden ético al país y se reproduce como fuerza política y

---

<sup>1002</sup> “En Italia, empero, ha completamente faltado aquel periodo de desarrollo que ha vuelto posible las Alemania e Inglaterra actuales. Por lo tanto, si lleváis a sus últimas consecuencias los razonamientos de los liberales y de los nacionalistas italianos, obtendréis como resultado en el presente esta fórmula: *el sacrificio por parte del proletariado* [...] Los

nacionalistas y los liberales no llegan hasta sostener que en Italia existía un orden cualquiera. Sostienen que este orden deberá existir, a condición que los socialistas no obstaculicen su fatal instauración”. Gramsci, *ibidem*. Las cursivas son de Gramsci.

<sup>1003</sup> Gramsci, *ibidem*. Las cursivas son mías.

conservadora, el partido del orden, solo gracias a “la masa que ignora, porque no se preocupa”. En Italia:

“Los socialistas no deben substituir orden a orden, sino instaurar el orden en sí [...] máximo de la libertad con el mínimo de la constricción [...] De esta máxima dependen orgánicamente todos los otros principios del programa máximo socialista. Que, repetimos, no es una utopía. *Es universal concreto* [...]”<sup>1004</sup>

En *Tres principios y tres órdenes*, dos son los aspectos claves de la confrontación con Croce. Ya vimos como el filósofo negaba al marxismo *estatus* teórico negando la previsibilidad de la historia, so pena de la reducción de la teoría a ideología. Gramsci acepta, de Croce, que la previsión pueda solamente ser ideal, normativa, y, al mismo tiempo, busca atribuirle un carácter teórico-crítico precisamente en calidad de programa. Abre, vale decir, un concepto político de previsión en la misma medida en la cual introduce otro concepto de teoría. Toda la discusión previa sobre las dos formas del Estado le sirve para demostrar que la abstracción de lo históricamente determinado existe concretamente, en Italia, en calidad de modelo, o absolutización de una forma histórica, y a la cual contrapone el método como comprensión de esta abstracción en su devenir e individualidad.<sup>1005</sup>

La distinción entre modelo y método constituye la razón por la cual, en mi opinión, Gramsci, siempre en la *Città Futura*, elige publicar, de “el más grande pensador de Europa en este momento”, los fragmentos de una reflexión en torno al aparente dualismo entre religión y filosofía. En el texto *Religión y serenidad* el acento de Croce recae en la superioridad de las certidumbres de la filosofía en tanto que labor desinteresada. Su preocupación es conferir a la filosofía, en su calidad de religión/cultura, un *estatus* teórico, el universal, más allá de la política.<sup>1006</sup> En el Gramsci de la *Città futura* citar este

<sup>1004</sup> Gramsci, ibidem. Las cursivas son mías.

<sup>1005</sup> El tema constituye el eje de otro artículo de la *Città futura*. “Modelo es el esquema típico de un determinado fenómeno, de una determinada ley. El ocurrir de los hechos en manera uniforme permite fijar leyes, trazar esquemas, construir modelos. *A condición que no se confieran a estas abstracciones del intelecto valores absolutos* [...] sirven para lograr colocarse en el centro mismo del acto fenoménico que se desarrolla y va elaborando todas sus posibilidades, todas sus tendencias finalistas. Cuando se ha logrado realizar este acto inicial, lo demás está hecho: la inteligencia logra sorprender el devenir en el hecho, lo comprende en su totalidad y por lo tanto en su individualidad. El modelo, la ley, el esquema son en substancia expedientes metodológicos que ayudan a apoderarse de la realidad; son expedientes críticos”. Gramsci, *Modello e realtà*, CF, p. 29. Las cursivas son mías.

<sup>1006</sup> “[...] ¿Por cuál razón ideal la religión conferiría aquella serenidad que la filosofía no puede proveer? Se contesta: porque ella ofrece la estabilidad de la fe. Empero la fe no es nada que sea específico de la religión: cada pensamiento, pensado que sea, se hace fe, es decir, de devenir pasa en devenido, de pensado en no pensado, de dinámico en estable o estático. Y por lo tanto tenemos la fe de los materialistas, de los positivistas, y de todo tipo de pensadores: fe que es muy evidente sobre todo en sus discípulos: fe que mueve las montañas (aunque cúmulo de despropósitos). - Sin embargo, la fe de la religión sería inquebrantable, y aquella de tales filosofías y escuelas vacilaría a cada paso. - No es verdad. Es firme y tambaleante ni mas no menos de aquella de las religiones, cuyos principios son sujetos a la discusión y evolucionan, y que, en cada caso, deben rodearse de una apologética, la cual no sería necesaria si no

texto significa enfrentarse a la dimensión teórico-crítica del marxismo enfocándolo así como existe en realidad, en sus límites de praxis, como concepción del mundo de una parte de este mundo, como ideología de clase en relación a la cultura, al sentir común, de una entera sociedad. Gramsci, en fin, citando el texto de Croce, problematiza la ideología como parcialidad que, expresión de una necesidad real, no puede ser suprimida en principio, sino necesita ser racionalizada históricamente.<sup>1007</sup>

Se ha afirmado, y la referencia de Gramsci es a Fortunato y Croce, que en Italia existe el peor socialismo de Europa, y que el socialismo, ha muerto en el mismo momento en el cual surgió “solo como un mito bueno para la multitudes”.<sup>1008</sup> El mito, la religión, va disolviéndose también para Gramsci, empero no como socialismo, sino como vieja idea fuerza: la superstición científica, el “misticismo árido”, la “ciega fe en sus deducciones”.<sup>1009</sup> Quien ha salido de la pasividad, quien “ha transportado de la exterioridad hacia la interioridad el factor de la historia” -y el lenguaje, se note, es el mismo de, porque es en directa polémica con, el Croce de *Fede y Programmi*- no han sido los intelectuales, sino el proletariado. El proletariado, empero, no en cuanto clase, en cuanto representante de lo “útil”, sino en cuanto masa, posible dirección consciente de un programa más amplio, general, que por ahora va realizándose “molecularmente”:

“El número, de la masa (tantos en Alemania, en Francia, en América, en Italia ...que cada año crecen, crecen...) ha saldado la convicción que cada uno tiene que participar en algo grandioso que está madurando y del cual cada nación, cada partido, cada sección, cada grupo, cada individuo es *una molécula* que recibe y restituye reforzado el jugo vital que, circulando, enriquece todo el complejo cuerpo social mundial [...] los millones de socialistas esparcidos en la vastedad del mundo, también ellos trabajan para la construcción de un continente nuevo: y el temblor ....”<sup>1010</sup>

La imagen del cambio “molecular” ha entrado en el vocabulario de Gramsci un mes antes, en su comentario al clima de calma relativa y aparente pasividad del frente interno, hecho de orden y censura. Nos encontramos en frente a uno de los textos más hermosos de los escritos juveniles, donde emerge la profunda articulación entre la sensibilidad del joven hacia el tiempo vivido, las reflexiones de orden teórico en torno a las leyes del devenir histórico y los tempranos orígenes, aún muy lejanos de la elaboración de los *Cuadernos*, de una historia desde los subalternos:

“El blanco no quiere decir nada; la falta de documentos no quiere decir falta de historia. Los acontecimientos que no dejan atrás de sí testimonios directos, poseen el mejor de los testimonios

---

hubiera posibilidad alguna de dudar de la fe”. Croce, *Religione e serenità*, en “La Critica”, 2 marzo 1915, Id. *Ética e política*, Bari: Laterza, 1956, pp. 18-19.

<sup>1007</sup> Cfr. CF, n.1, p. 21.

<sup>1008</sup> Gramsci, *Margini*, CF, p. 25.

<sup>1009</sup> Cfr. también Gramsci, *Il tramonto di un mito*, en “Il Grido del popolo”, 22 diciembre 1917, CF. pp. 503-05.

<sup>1010</sup> Gramsci, *Margini*. Las cursivas son mías.

cuando desembocan clamorosamente en un efecto supremo, y se realizan en aquel. Aquello que nosotros conocemos de la vida es sólo la máscara de la vida; nos esforzamos de arrancarla, esta máscara, de identificar el rostro que esconde. Vanos esfuerzos. La máscara es una valla inviolable, día cada día. Mañana caerá por sí misma, y conoceremos aquello que escondía [...] Hoy es silencio, es blanco. Blanco en los periódicos, blancos en las plazas, blanco en Turín sobre lo que se hace en Nápoles, y en Nápoles sobre lo que se hace en Turín. Estamos reducidos, en este grande mundo, a pequeñas moléculas sin vida, sin puertas y ventanas a través de las cuáles nos lleguen los reflejos de otras moléculas. Empero la vida, recogida, no es por eso menor vida. Al contrario. La historia necesita de conciencias para realizarse. El recogimiento crea las conciencias. La falta de acontecimientos exteriores en el sucederse de la historia, corresponde siempre a un periodo de maduración de conciencias. La máscara de aquellos días es también ella blanca, incolora, inexpresiva. Sin embargo, transcurren los días desalentadores, y aparece la cara radiosa de la verdad, de la realidad. Se grita al milagro, a lo extraño, los místicos deliran con sus himnos a lo inescrutable. *Y no hay milagro, ni rareza. Y no ha habido un inexplicable brinco. Las moléculas de nueva vida que habían ido formándose, cada una por su cuenta sin esplendores colectivos, sin rastros luminosos en el pasado, se reagrupan, se acercan.* Es un centelleo repentino, que tiene antecedentes, que tal vez está en la naturaleza misma de las cosas. Empero la gente vulgar quiere el orden, quiere la continuidad regular. Para ella el blanco es nada, para ella es necesaria la evolución, es necesario el progreso.”<sup>1011</sup>

Tal vez en ningún otro escrito como en el anterior resulte tan evidente cuál sea el horizonte problemático de Gramsci: la intransigencia en relación a la entrada de las masas en la historia y su encontrarse, todavía, en un movimiento indefinido. Horizonte desde el cual emerge la otra diferencia fundamental no sólo con Croce, sino con las *voces* que abogan por una reforma intelectual y moral del país. La renovación de su carácter nacional, colectivo, no puede ser materia, afirma en la *Città futura*, de la iniciativa de los involucrados en una “misión” educadora, sino, porque:

“inmensa la fuerza que la tradición ejercita en los ánimos [...] prefiero que al movimiento se acerque un campesino más que un profesor de universidad. Sólo que el campesino tendría que buscar hacerse tanta experiencia y tanta amplitud de mente cuanto pueda poseer un profesor de universidad”<sup>1012</sup>

El promotor de este movimiento de regeneración no puede ser el filósofo, dada la alta cultura como tradición, fuerza de conservación; el promotor es, para Gramsci, un movimiento de masa espontáneo -todavía gradual, molecular- que el proletariado socialista e intransigente, minoría respecto a la gran mayoría popular, puede direccionar en la trama de una lucha política organizada y autónoma, propia.<sup>1013</sup> ¿La previsión, la inteligibilidad de la historia? Un programa:

“Acelerar el futuro. Es esta la necesidad más advertida en la masa socialista ¿Empero, ¿qué es el futuro? ¿Existe como algo de verdaderamente concreto? El futuro no es más que un prospectar

<sup>1011</sup> Gramsci, *La maschera e il volto*, en “Avanti!”, 14 enero 1917, CT. pp. 699-700. Las cursivas son mías.

<sup>1012</sup> Gramsci, *Margini*.

<sup>1013</sup> Regresaré más adelante al Gramsci que, en agosto del 1917, con los “hechos de Turín”, situará explícitamente la clase obrera turinés al centro del movimiento de regeneración nacional.

en el futuro la voluntad del hoy como si hubiera ya modificado el entorno social. Haber logrado hacer extender esta voluntad a un número tal de hombres cuanto se supone sea necesario para volver fructuosa la voluntad misma [...] progreso cuantitativo. O: haber logrado volver esta voluntad tan intensa en la actual minoría. Y éste sería un progreso cualitativo [...] esperar de haberse vuelto la mitad más uno es el programa de las almas temerosas que esperan el socialismo de un decreto regio convalidado por dos ministros.”<sup>1014</sup>

Es la “obsesión” del joven Gramsci, la relación entre libertad y necesidad, la misma que, con la problematización de la cultura como organización, implicará la dialéctica entre libertad y disciplina, llevándolo hacia las primeras reflexiones sobre la forma partido.<sup>1015</sup> Por ahora la tensión dialéctica queda resuelta en una lucha en contra de la indiferencia, la fuerza que “obra, pasivamente, pero si obra”.<sup>1016</sup> Ninguna apelación a la moral; la indiferencia, para Gramsci, es exactamente aquello que la guerra ha puesto en entredicho. La salida de la pasividad no es, empero, de la sociedad civil, sino de sectores de esta sociedad, de las franjas populares hasta entonces excluidas de la participación en la historia, en la vida y en la educación política. El pueblo que, todavía multitud indiferenciada, afirmará Gramsci, pocos meses después:

“anhela a situaciones radicales, abandona los viejos altares, busca organizarse en pensamiento claro y concreto, y porque un pensamiento claro y concreto lo re-encuentra solo en el programa socialista [...] de este turbamiento profundo busca aprovecharse Giolitti [...] escuchando necesidades instintivas, prospectando soluciones medias [...] intentando perpetuar el turbamiento, la confusión, el caos ideológico actual para retomar el poder, para reforzar de nuevo el brillante edificio de la sociedad burguesa que ha determinado la guerra.”<sup>1017</sup>

La *Città futura* se inserta en, y ejemplifica, aquella que podemos designar como la entonación crítica del joven Gramsci. Al respecto, y nuevamente, las importantes consideraciones de Rapone: “Gramsci hace hincapié en los motivos presentes en la cultura de su tiempo, para llegar, empero, a éxitos del todo particulares”.<sup>1018</sup> Son los años de la guerra, y al frente nacionalista que, desde el 1911 y el inicio del aventurismo colonial, proclama el despertar de la nación como voluntad y espíritu, Gramsci responde situando en el rechazo, en la resistencia, en la extrañeza espiritual a la guerra, el rol nacional de una clase obrera que por no “poseer otra solidaridad que aquella de clase, otra

---

<sup>1014</sup> Gramsci, *La maschera e il volto*.

<sup>1015</sup> “Disciplinarse es volverse independientes y libres. El agua es agua pura y libre cuando fluye entre las orillas de un arroyo o de un río, no cuando queda caóticamente esparcida sobre el piso, o enrarecida se eleva hacia la atmosfera”. Gramsci, *Disciplina e libertà*. “Es necesario a disciplina contraponer disciplina. Sin embargo, la disciplina burguesa es cosa mecánica y autoritaria, la disciplina socialista es autónoma y espontánea [...] quien es socialista o quiere

serlo no obedece: se manda a sí mismo, impone una regla de vida a sus caprichos, a sus veleidades sin formas [...] la disciplina del partido socialista hace del súbdito un ciudadano” Gramsci, *La disciplina*, CF pp. 19-20

<sup>1016</sup> Gramsci, *Indifferenti*, CF p. 13.

<sup>1017</sup> Gramsci, *Assicurazione sulla vita*, en “Avanti!”, 16 agosto 1917, CF pp. 278-80.

<sup>1018</sup> Rapone, *Cinque anni che passioni secoli*, p. 118.

forma de lucha que aquella de clase, otra nación que la clase, la Internacional” no ha caído presa de las ilusiones del sentimentalismo, conservando un carácter para el país.<sup>1019</sup> Al mismo tiempo, a diferencia de Croce, Gramsci decide no desestimar este renacimiento, irracional, caótico, espiritualista, del sujeto que cruza transversalmente los viejos frentes político-ideológicos, entre todo el campo democrático, y en cuanto lo reconoce como expresión de una exigencia que considera exceder la coyuntura bélica.

La apelación a la moral, al espíritu, a la voluntad, al mito, debe ser explicitada en su racionalidad histórica determinada y, esto para Gramsci conlleva asumir un horizonte y un referente más amplio del análisis del capitalismo como sociedad y las debilidades de la burguesía italiana como clase exclusivamente económica.<sup>1020</sup> No es difícil, escribe, imaginar como “los nacionalistas teóricos” sirvan el viejo poder bajo “el vocabulario democrático y revolucionario”; toda otra cosa, explicarse “la mirada del nacionalismo más o menos impulsivo, más o menos razonado”. Antes de Caporetto,<sup>1021</sup> “supuración natural de todas las ficciones, de todas las abstracciones personificadas [...] las exigencias del estado de guerra se confundían con la salvedad de la libertad y todas las grandes esperanzas de los pueblos.”<sup>1022</sup> Caídos los “oropeles”, en el medio de la llamada a la salvedad de la patria mixta a una siempre más encarnizada censura y represión no sólo en contra de los socialistas, sino de las masas que van llevando el entero peso de la carnicería, Gramsci reconoce al Psi un carácter por haberse mantenido firme en su rechazo y, al mismo tiempo, responsabiliza de la situación en la cual versa el país, no sólo a la clase burguesa, sino a la colectividad nacional. Sus tonos no son aquello de la condena moral, sino de quien transita de una fuerte tensión ideal, hacia la búsqueda de una más estrecha soldadura de la ética con la política y lo social y, sobre todo después de la fatídica mitad del 1917, de quien, a la tesis de la falta, irá contraponiendo la atipicidad de la modernidad y el capitalismo italianos.<sup>1023</sup>

“Volvemos a leer un libro que tanto amamos, *Notre jeunesse* de Carlo Peguy, y nos inebriamos de aquel sentido místico religioso del socialismo, de la justicia que todo lo imbuye [...] en la prosa del Peguy sentimos expresados con ímpetu sobrehumano, con temblores de conmoción indecibles, muchos de aquellos sentimientos que nos llenan, y

---

<sup>1019</sup> Gramsci, *Carattere*, en “Il grido del popolo”, 3 marzo 1917, CF pp. 69-72. También, Id. *I monaci di Pascal*, en “Avanti!”, 26 febrero 1917, CF pp. 56-59.

<sup>1020</sup> “El espíritu de oposición que aquellos escritos transpiran no se substancia sólo en la oposición al capitalismo y a sus jerarquías de clase”. Rapone, *ibidem*, p. 107.

<sup>1021</sup> Caporetto - o sea, la debacle, a la cual regresaremos, del ejército italiano en el octubre del

1917 - representó la percepción generalizada, en particular entre los estratos populares del país, de una clase dirigente responsable de haber llevado el país a la catástrofe.

<sup>1022</sup> Gramsci, *La guerra e l'avvenire*, en “Il Grido del popolo”, 3 noviembre 1917, CF pp. 421-23.

<sup>1023</sup> Consideraré más adelante como Gramsci va articulando, en este mismo periodo, el análisis político-ideológico y el socio-económico.

que importa poco que nos sean reconocidos. Advertimos en nosotros una vida nueva, una fe más vibrante de lo de costumbre, y las míseras polémicas de los pequeños politiqueros groseramente materialistas en la determinación de las causas poseen solamente la virtud de volvernos más altivos.”<sup>1024</sup>

En este célebre pasaje, del 1916, el lenguaje de Gramsci es efectivamente la apelación a la intransigencia como principio, a la voluntad, al espíritu. Al mismo tiempo, y contra del socialismo que “tal de encontrar un punto apoyo en las masas desorganizadas [...] tocaba y golpeaba desesperadamente a todas las puertas y se despedía en los bloques demomasonicos”,<sup>1025</sup> constituye un programa dada la historia de una *forma* Estado. Considerados en su conjuntos, y aquí inevitablemente seleccionados,<sup>1026</sup> los artículos que Gramsci escribe entre el 1916 y el 1917 llaman los socialistas a la distinción, a la intransigencia, en el medio de una constante embestida en contra de un orden general, de una “mentalidad exquisitamente giolittiana”<sup>1027</sup> que, hecha de falsificaciones históricas, ambigüedades, actos de corrupciones, acomuna, en la retórica de los neófitos al nacionalismo -y, sobretodo, entre las filas de la sociedad civil turinesa- a liberales, demócratas, ex socialistas.

Para Gramsci, el nacionalismo es el abigarrado *spectrum* en el cual revive “el programa de transformismo, de confusionismo de las fuerzas políticas italiana [...] el espantoso hábito de la mentalidad conservadora, que *conserva* aún lo podrido y el marchitado.”<sup>1028</sup>

Dada “la indiferencia general” de una sociedad civil, la burguesa, que “se ha siempre demostrado incapaz a reaccionar, impotente a sancionar”; dada una burguesía para la cual la guerra siempre ha sido “algo de exterior, de retorico, un pretexto para la lucha política,

---

<sup>1024</sup> Gramsci, *I moventi e il Coppoletto*, “Avanti!”, 19 abril 1916, CT, pp. 265-66.

<sup>1025</sup> “[...] Continuáis a hurgar en las cloacas con el arpón del buscador de colillas, por la pescada de escándalos de sacristía, parlotando contra la Kultur alemana, contra Kant, contra todos aquellos que se encuentran demasiado arriba [...] continuáis a aferrarse al rogo de Giordano Bruno para que salpique alguna chispa de popularidad. Precisamente Giordano Bruno ha enseñado que se debe ser implacables contra los despropósitos, y que cuando se quiere obtener un fin y se quiere hacer triunfar una verdad, *es necesario aislarse*”. Gramsci, *Voci d’oltretomba*, en “Avanti!” 10 abril 1916, CT, pp. 248-49.

<sup>1026</sup> Recuerdo que Gramsci redacta sus intervenciones casi cotidianamente, y consultándolas, así como han sido recogidas y publicadas en volúmenes, se trata, para el 1915-1917 y limitándome a la edición Caprioglio de *Cronache Torinesi* y de la *Cittá futura*, de más de dos mil páginas y una muy amplia variedad de temas, generales y ocasionales.

<sup>1027</sup> Gramsci, *Assicurazione alla vita*, en “Avanti!”, 16 agosto 1917, CF pp. 278-280.

<sup>1028</sup> Gramsci, *ibidem*, las cursivas son mías.

Grasci escribe en agosto del 1917, y la ocasión polémica es la exhortación de Giolitti a encontrar en el sacrificio heroico el origen de un venidero rescate nacional y social; una intervención que devela al joven, más que nunca, como “la estafa de la opinión pública” constituya el rasgo definitorio del Estado político italiano. “Es este discurso el acto más importante y de más seguro éxito al fin de buscar imprimir una dirección definitiva a la opinión pública italiana, que se debate en una crisis formidable de obscuridades muy profundas y de luces cegadoras”. Gramsci redacta este artículo menos de una semana antes de la insurrección del agosto 1917, la cual, para Turín, signa aquello que será, en noviembre, Caporetto a nivel nacional, es decir, la condena de la clase dirigente, desde el reconocimiento de la manera en la cual el gobierno ha ido conduciendo la guerra: descargando el entero peso sobre los sectores populares, tanto en el frente interno, así como en el externo.

para la guerrilla parlamentaria, para la mala literatura”;<sup>1029</sup> intransigencia según Gramsci, no significa asilarse, sino la condición para alcanzar el plano de la lucha por lo general:

“Superior a las categorías de parte, a las agrupaciones artificiales alrededor de las personas y los sistemas demagógicos. Nuestra tarea resulta engrandecida, iluminada por una superior luz moral. En esta sociedad gotosa, mohosa [...] nosotros llevaremos también el orden moral, además que el económico. Barraremos estas camarillas criminales, que, después del golpe, pelean por el botín. La ciudad que construiremos no tendrá callejones reservados a espectáculos atrozmente divertidos de la ‘Gran vía’”.<sup>1030</sup>

Alguien para quien la “luz moral” es un orden político y civil y este orden, a su vez, no expresa la proyección de “algo” que lo antecede y lo determina. Ahora, como después del encuentro con Lenin y la ida a “nuestro Marx”, la dimensión socio-económica -que, recuerdo, para Croce es el pragmatismo de la fuerza de lo útil- es, en Gramsci, o, mejor dicho, debería ser, en Italia para Gramsci, un orden ético.

“la actividad económica no es puro mecanismo de cifras, también ella demanda la posesión de un fin superior, a la cual disciplinar los propios instintos, las propias pasiones. Hay una dignidad en el capitalismo, hay una conciencia ética: ¿empero, porqué en nuestro país faltan del todo? [...] la búsqueda de las causas es *difícil y complicada* [...] la realidad empero es aquella: los componentes de la clase dirigente italiana no poseen el sentido del deber y de la responsabilidad social. La nación, por ellos dirigidas no es un hecho ético [...] Es un remolino de átomos, un barril sin círculos.”<sup>1031</sup>

Tan complejas las causas para Gramsci de estas “faltas” de la burguesía italiana cuanto explicar si, y sobre todo en qué sentido, Gramsci posicione la nueva “estructura ‘espiritual’ del movimiento obrero, por lo menos para toda una primera fase de su pensamiento, [...] al interior mismo de la burguesía”<sup>1032</sup> Lo fundamental es entender qué

---

<sup>1029</sup> Gramsci, *Il senso della guerra*, en “Il grido del popolo”, 3 novembre 1917, CF pp. 418-19. El texto merece ser citado más extensivamente. Escrita después de Caporetto y para contraponer la forma de “sentir” la guerra entre burguesía nacionalista, por un lado, e internacionalismo socialista, por el otro. esta intervención constituye un testimonio directo del drama vivido por una entera generación de jóvenes socialistas: “el sentido de la guerra ha sido en nosotros desde el primer día. Hemos sentido, virilmente, desde el primer día de la invasión Bélgica, el espasmo que ahora destroza [...] nuestro internacionalismo era radicado en el alma nuestra, y nos daba un sentido del mundo, nos hacía vivir la vida de los otros, nos hacía, no sólo espectadores, sino también actores del drama de los otros [...] en la guerra no vemos solamente el choque entre dos estados, dos concepciones, dos civilizaciones, sino también los hombres, las largas filas de hombres, los ejércitos como conformados por individuos, y vemos estos hombres vivir, moverse, lanzarse los unos contra los otros [...] no simple cerebros abstractos, luchadores por un ideal abstracto,

sino hombres vivos, sumergidos en el ambiente actual, palpitantes con la vida del mundo.” Sobre la guerra como carnicería y el Gramsci tan despiadado con los retóricos intervencionistas, sobre todo si democrático o ex socialistas, cuanto empático con el peso y el sufrimiento soportado por las masas de combatientes y los sectores populares, cfr. Id. *Emicranie*, en “Avanti!”, 27 noviembre 1916, CT pp. 627-28 y, sobre todo, el homenaje a Renato Serra, el símbolo del intelectual que rechaza la guerra como hecho público, político, y aún adhiere a título de responsabilidad moral y personal con el sufrimiento de los otros, en Id. *La Luce che si è spenta*, en “Il Grido del popolo”, 20 noviembre 1915, CT pp. 23-26.

<sup>1030</sup> Gramsci, *Scene della gran via*, en “Avanti!”, 17 agosto 1916, CT, pp. 489-91.

<sup>1031</sup> Gramsci, *La botte senza cerchi*, en “Il grido del popolo”, 9 marzo 1918, CF. pp. 718-719. Las cursivas son mías.

<sup>1032</sup> Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, p. 108-110.



signifique, para el joven, giolittismo: no una forma de gobierno, sino una forma Estado; no una serie de medidas políticas y económicas, sino una relación específica, y de larga tradición en Italia, entre lo civil y lo político.

“El ‘democratismo’ ideológico y vacío de Giovanni Giolitti en concreto siempre quiso decir: protección aduanal, centralización estatal con tiranía burocrática, corrupción del Parlamento, favores al clero y a las castas privilegiadas, escopetazos en las clases contra los huelguistas, distribuidores de votos electorales. Ha significado también una pizca de legislación social, empero para los intransigentes las leyes son inútiles si no les corresponde la costumbre, y estas leyes son errores, en sentido clasista, porque ausente la costumbre, se han vuelto privilegios de categorías”<sup>1033</sup>

En el plano político-ideológico, giolittismo es primero que nada, para Gramsci, sinónimo de transformismo.<sup>1034</sup> El segundo aspecto conceptual concierne a la estrecha relación que Gramsci establece entre transformismo y jacobinismo y el sentido en el cual sostiene una crítica de la democracia que -veremos, hasta marzo del 1918- lo acerca a Croce. Aún en este caso, empero, tenemos una relación de unidad-distinción, el devenir de una confrontación, y una temprana originalidad.<sup>1035</sup>

La relación entre intransigencia - transformismo - jacobinismo, es decir, aquello que debe ser el socialismo revolucionario según Gramsci dado aquellos que son el liberalismo y la democracia en Italia, abarca dos planos reflexivos: el político-ideológico y el socio-económico. Los dos irán articulándose desde el momento en el cual Gramsci indica explícitamente a la clase obrera turinés como fuerza dirigente de la regeneración moral e intelectual del país, hasta llegar a una maduración conceptual que abarca el *estatus* teórico del marxismo (en el giro de los pocos meses que separan Caporetto y la Revolución de Octubre de la disolución bolchevique de la Asamblea Constituyente; finales del 1917, inicio del 1918).

En una primera fase, sin embargo, su reflexión acerca de la relación entre ética y política conforma un extenso bloque de notas dedicadas al *carácter de los italianos*. En estos

---

<sup>1033</sup> Gramsci, *Astrattismo e intransigenza*, en “Il Grido del popolo”, 11 mayo 1918, NM. pp. 15-19.

<sup>1034</sup> Siempre Rapone hace notar como sean relativamente pocos los artículos juveniles en los cuales Gramsci utiliza el término “transformismo”. Si el tema no tiene la centralidad que asumirá en los *Cuadernos*, el joven Gramsci lo abre según la forma que le será propia en la madurez. La ocasión “coyuntural” son los ataques a los cuales están sometidos los socialistas por refutar responder a las apelaciones del patriotismo y del sostén necesario a la Intesa anti-alemana. Rapone, *ibidem*, p. 176-177. Acusaciones propias, escribe Gramsci, de una cultura

política, la giolittiana, que “niega cualquier programa concreto, porque está dispuesta a modificarse a según de las contingencias”. Gramsci, *Il Bozzacchione*, en “Avanti!”, 4 junio 1917, CF pp. 187-88.

<sup>1035</sup> Paggi subrayaba como, en el joven Gramsci, el jacobinismo indica, como forma, “el contrario político del historicismo”; como contenido, un “fenómeno burgués” y, como programa, un “fenómeno de potencia que tiende a arrestar la revolución a un estadio determinado, buscando excluir de su curso las masas populares”. Paggi, *Antonio Gramsci e il moderno principe*, pp. 10-11.

artículos el tono durísimo del *J'accuse* devela alguien para el cual la nación es un “espíritu” que necesita ser explicado como si él mismo fuera, señala eficazmente Rapone, una realidad objetiva, una “estructura”.<sup>1036</sup> No tenemos ni un Gramsci espiritualista, ni un moralista, sino el Gramsci de la *praxis*, aun como idea-fuerza, aun constreñida en un plano especulativo; el joven preocupado, habría recordado uno de sus profesores universitarios, en cómo las ideas adquieren materialidad en la historia. Son los años de la retórica de la guerra entre espíritus, de la grandeza de la civilización latina en contra de la *kultur* alemana, del genio italiano frente a la mediocridad nórdica; de la liga “anti-alemana” que penetra tanto en el mundo de la cultura, como de la economía, los años, para Gramsci, del “espíritu leñoso del machiavellino de pacotilla”.<sup>1037</sup>

En tajante polémica con la grandilocuencia patriótica, Italia es:

“[...] los viejos italianos (aún muy jóvenes en el tiempo) [...] que detentores por un momento de un poder (aunque pequeño), quieren dejar una huella, cuanto mayor, mejor”; la falta de costumbre “a la libertad: y no ya a la libertad con L mayúscula, abstracción ideológica, sino a la pequeña, concreta libertad, que se expresa en el respeto de los otros, de su trabajo, esfuerzos, personalidad y necesidades morales”; son la incapacidad de imponer “a quien detiene el poder (aun pequeño) de evitar, por lo menos en apariencia, el abuso”; una vida sin “lucha, fricciones, hurto de sentimientos y pasiones” propia de quien “no comprende un poder sin represión”.<sup>1038</sup> Un país donde “falta el sentido de la responsabilidad cívica, [...] una de las tantas pruebas de nuestra inmadurez, de nuestra descompagine política, de la ausencia completa de sentido de la responsabilidad colectiva”.<sup>1039</sup> Una Italia hipócrita, en la cual “la desconfianza recíproca, el insinuado desleal, erosionan, entre los nuestros, toda forma de relaciones: las relaciones entre individuo e individuo, entre individuo y colectividad”.<sup>1040</sup> Una Italia dúplice, ambigua, de “el hacer y el no hacer, el permitir y el no permitir”.<sup>1041</sup> Es “la burguesía política e intelectual italiana”, país “de Stenterelli que gritan, despotrican, se alisan con aire de gravedad la barriga académica”.<sup>1042</sup>

Fuertísima la exigencia de sinceridad, de claridad -otro *topos* característico del joven Gramsci-<sup>1043</sup> condición de una personalidad para el individuo, así como de una voluntad realmente colectiva. Un rechazo a comprometer el respeto del intelectual hacia la verdad por su misma importancia política, punto de partida de una reflexión que terminará en la

<sup>1036</sup> Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, cap. 4.

<sup>1037</sup> Gramsci, [*L'idea nazionale*], en “Il Grido del popolo”, 27 noviembre 1915, CT pp. 29-30.

<sup>1038</sup> Gramsci, *Ghirigori*, en “Avanti!”, 14 noviembre 1917, CF pp. 436-37.

<sup>1039</sup> Gramsci, *L'avvocato Muratori*, 4 febrero 1918, CF, p. 629-30.

<sup>1040</sup> Gramsci, *Caratteri italiani*, en “Avanti!”, 5 marzo 1917, CF pp. 75-76.

<sup>1041</sup> Gramsci, *La rinascita gesuitica*, en “Avanti!”, 15 enero 1917, CT pp. 701-04.

<sup>1042</sup> Gramsci, *Stenterello*, en “Avanti!”, 10 marzo 1917, CF pp. 84-86. Un aspecto particularmente original de la polémica de Gramsci en contra de la retórica anti-alemana son los orígenes del tema

Stenterelli-Machiavello (regresará también en los *Cuadernos*). Stentarelllo, declinado al plural, y Machiavelli, al singular, al contrario que en la metáfora literaria original. Gramsci indica así dos “formas” de vida, las dos en estrecha relación entre sí. Contrapone a la mitología nacionalista del genio creativo (Stentarelllo) el aislamiento, todo italiano, del talento (Machiavelli) que, careciendo de posibilidad de expansión en el tejido de una sociedad laboriosa, permanece estéril y es condenado a agotarse.

<sup>1043</sup> Rapone hace notar como también la contraposición entre hipocresía y carácter fuera un tema, aun no exclusivamente, desanctiano. Rapone, *ibidem*, p. 124-25.

unidad y disciplina de partido alcanzada a través de la máxima libertad en la discusión.<sup>1044</sup>Crucial es también el tema de la laboriosidad y auto-disciplina, de la creatividad que necesita de la mediocridad, el individuo de la colectividad, en la misma medida en la cual “a una forma de vida se debe oponer otra forma de vida”.<sup>1045</sup> Una y otra vez, sobre todo, es la metáfora del caos, del abstractismo en cuanto sinónimo, así como sostenía Croce, de indistinto y empírico. Empero, aquel orden que Croce resalta como principio ético, en Gramsci reaparece como sociedad civil que falta de un orden, históricamente, concretamente vivido por los sectores populares:

“Caen los viejos nombres, los nombres tradicionales de la Turín popular [...] cada nombre era una pieza de vida, el recuerdo de un momento de vida colectiva [...] Cosmopolita es la ciudad burguesa, o sea una falsa internacional. Una falsa universalidad: confusión de valores, reino del indistinto, caos desordenado y anti-histórico”.<sup>1046</sup>

Asoma, sobretodo, la condena de una ausencia. No de un espíritu civil del pueblo, como para la tradición liberal-demócrata, sino de mentalidad estatal por parte de la clase dirigente; substitución de la responsabilidad para lo colectivo con la burocratización de la colectividad por manos de quienes no representan el Estado, sino detienen, censuran, arrestan, lo público:

“[...] existen países donde la ley ha caído desde afuera y no ha hecho raíces en la costumbre, [...] aun así el sólo hecho que la ley exista, provoca consecuencias, confiere ilusiones, determina hechos y responsabilidades. La vida de muchos países es permanentemente en crisis por esta desidia que existe en la vida pública. Italia es uno de estos países.”<sup>1047</sup>

No tenemos, en el llamado a la reforma moral e intelectual según Gramsci, un imperativo categórico, sino un retrato de las faltas, las deficiencias, los límites de una sociedad en el plano político-ideológico y, veremos, social; límites que son de una clase y sin embargo

---

<sup>1044</sup> Las reflexiones en torno a la forma partido ocuparán centralidad sólo desde finales del 1917.

<sup>1045</sup> Gramsci, *Stenterello*.

<sup>1046</sup> Gramsci, *Il progresso nello stradario*, en “Avanti!”, 1 junio 1917, CF pp. 183-84.

<sup>1047</sup> El artículo merece ser citado más ampliamente. “Una de las enfermedades más graves de la sociedad italiana contemporánea es la falta absoluta de conciencia de los funcionarios [...] la misma mentalidad antisocial de quien busca eximirse [...] esquivar todo peso, toda fatiga, relativa a la cadena social que debería ser soportada por todos [...] la vida social sufre, la convivencia civil agrava sus contraste, el trabajo útil debe compartir sus frutos con una cantidad de gente sin alguna utilidad [...] es todo un sentido de nausea repugnante, un cansancio moral que hace ver todo perdido y obscuro [...] el funcionario nunca se desmiente [...] es una especie de fuerza natural, incoherente [...] se divierte, por ejemplo,

practicando el dentista, extrayendo de las líneas todas las palabras “capitalismo” y “capitalístico” [...] encuentra de enorme gravedad que se afirme [en la prensa socialista turinesa. N.D.R] que esta guerra es capitalista [...] no sólo porque las maquinas en ella utilizada pueden ser producidas solamente en las ‘ciclópeas’ oficinas de la industria moderna, sino también y especialmente porque los soldados ingleses y alemanes son forjados en el ambiente social de lucha, resistencia, disciplina, sacrificio diario que la civilización capitalista ha suscitado [...] así se lamenta el censor, cuya mentalidad [...] daña la colectividad por no trabajar y apropiarse del trabajo de los otros, mientras su exquisita sensibilidad idealista se irrita con quien sea que hable mal de Garibaldi”. Gramsci, *La consapevolezza censoria*, en “Il Grido del popolo”, 6 abril 1918, CF. pp. 794-798. Cfr. también Id. *L'individuo e la legge*, en “Avanti!”, 24 Abril 1918, CF pp. 849-851.

no son a ella reducibles y cuya explicación abarca, para Gramsci, no sólo el compromiso, proteccionista y estatalista, entre burguesía liberal y socialismo reformista, sino, una historia de más larga temporalidad, la larga historia del control sobre cualquier potencial de emancipación de lo popular.

Dejaría por un momento a un lado el modo en el cual Gramsci historiciza la conducta socio-económica de la burguesía italiana, la burguesía de “Stenterelli”, aquella “que no quiere adaptarse al trabajo modesto, empero fecundo de la colectividad anónima [...] que mayormente exalta las virtudes de los muertos, precisamente porque sus componentes son los menos capaces de trabajar en serio”.<sup>1048</sup> La burguesía incapaz del valor de la mediocridad, de la laboriosidad, digna e imprescindible, para que el talento, la excepción, lo individual, reproduciéndose a través del surgimiento de una escuela, una corriente, una tradición, se traduzca en un patrimonio potencialmente común. Regresaremos al tema en la última parte de este capítulo examinando el análisis de la forma social burguesa como forma política, así como éste procede paralelamente a la confrontación de Gramsci con el avanzar y mudar del movimiento nacionalista, en mi opinión un aspecto clave de su maduración intelectual. Para Gramsci, anticipo, la falta de compromiso y disciplina, la teatralidad retórica, la ausencia de creatividad del “pueblo de los monos”, los demócratas, republicanos, liberales, ex socialistas, etc., vueltos nacionalistas, se expresa en los tonos victimarios de “el profesor siempre reprobado a los concursos, del poeta que no encuentra lectores” tanto cuanto, o mejor dicho, por las mismas razones, que así se expresa en la liga anti-alemana del proteccionismo industrial turinés, “la más rumorosa de Italia, aquella más prolífica de órdenes del días, de afirmaciones verbales de italianidad.”<sup>1049</sup> Ambos, y es siempre su maravillosa ironía, van substituyendo a los títulos reales, sean científicos o económicos, “los títulos de patriotismo del frente interno”;<sup>1050</sup> ambos, intelectuales y burguesía, expresan una falta, una incapacidad, un retraso, que Gramsci “siente” ser del capital, empero, dada las raíces de *este* capital en la historia profunda del organismo nacional.

---

<sup>1048</sup> Gramsci, *Stenterello*, en “Avanti!”, 10 marzo 1917, CF. pp. 84-86. La ocasión polémica es una publicación de la Liga Anti-alemana, “*El rescate itálico*”. La Liga había surgida en el 1916, en Turín, y alrededor de ella se habían conglomerado personalidades del mundo de la cultura y la economía bajo el fin declarado de “oponerse a la dañina penetración alemana, desde el punto de vista de la política, la cultura, la finanza, la industria, el comercio,

para alcanzar la completa emancipación -moral, intelectual, económica- de cualquiera hegemonía teutónica” Cfr. CF, n.2, p. 86. La Liga anti-alemana turinesa signó el inicio de la articulación entre el nacionalismo ideológico y la fracción más avanzada de la burguesía.

<sup>1049</sup> Gramsci, *ibidem*.

<sup>1050</sup> Gramsci, *Stenterello frigna*, en “Avanti!”, 20 marzo 1917, CF pp. 94-96.

Quiero primero detenerme en el país, más que en la burguesía según Gramsci; en el país definido “hipócrita, irresponsable, inmaduro, pasivo, filibustero, etc.” El joven lo enfoca como una práctica estatal, así como ésta es, al mismo tiempo, una mentalidad, un sentir común, una cultura, un carácter de la sociedad. “Italia”, enfatiza, es “el *pueblo* menos políticamente educado, aquel que olvida más fácilmente, que más fácilmente sufre las crisis de cansancio y cae en las trampas del ilusionismo y el transformismo de la burguesía.”<sup>1051</sup> Cabe señalar: Gramsci habla de “pueblo”, no de “sociedad civil”. Lo hace porque cosa signifique “pueblo”, en Italia, es, para el joven, la forma en la cual la clase burguesa se ha hecho, y es, Estado conformándose como una, y no otra, sociedad civil. Al respecto señalo como particularmente sugestivos dos artículos; redactados sucesivamente el uno al otro, demuestran, nuevamente, una reflexión en proceso; el primero trata de la contraposición entre socialismo revolucionario y transformismo de la clase dominante, el otro extiende la práctica interna a la sociedad política al carácter de su sociedad “civil”.

“El primer núcleo de los partidos actuales de conservación se ha constituido con los hombres que en el periodo entre el 1860 y el 1880 se convirtieron de las ideas extremas de ese entonces (mazzinianismo, radicalismo antimonárquico, etc.) a las ideas del orden. Se convirtieron por sentimentalismo o por espíritu de adaptación. El sentimentalismo se convirtió así en el principio político constructivo de la vida pública italiana. El sentimentalismo que destruye el carácter, que impide la formación del carácter. Que a la vida lógica substituye la confusión, *al distinto, el indistinto y el caótico*. Que niega todo programa concreto, porque *está dispuesto a modificarse según las exigencias que crea el azar* [...] este acomodarse se convierte en hábito, determina un modo especial de pensar.”<sup>1052</sup>

Hay un nexo, una continuidad, para Gramsci, entre el transformismo “histórico”-la formación, vimos, en el último ventaneo del siglo XIX, de un primer intento de organicidad entre dominio político y dirección ideológica de las masas populares- y el clima cultural “indistinto” que se vive, en Italia, en los años del avanzar del nacionalismo. Gramsci define el transformismo como mentalidad burguesa, “el más trivial de los empirismos políticos”.<sup>1053</sup> Evidente el recurrir a Croce y a una historia que, por falta de una teoría ordenadora, ideal, normativa, acepta la tiranía de los hechos; al Croce de la tesis de la “contemporaneidad de la historia.”<sup>1054</sup> Sin embargo, mientras Croce resuelve la

---

<sup>1051</sup> Gramsci, *Assicurazioni sulla vita*, “Avanti!”, 16 agosto 1917, CF pp. 278-280. Las cursivas son mías. Rapone enfatiza como la utilización de expresiones de este tipo debería ser muy difícil para alguien quien escribía desde el total compromiso con la liberación integral de los sectores populares. Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, p. 122.

<sup>1052</sup> Gramsci, *Carattere*, en “*Il Grido del popolo*”, 3 marzo 1917, CF pp. 69-72. Las cursivas son mías.

<sup>1053</sup> Gramsci, *Il bozzacchione*.

<sup>1054</sup> Gramsci cita explícitamente la expresión crociana en Id. *La barba e la fascia*, en “Avanti!”, 5 febrero 1918, CF pp. 631-33.

historia en la filosofía, Gramsci traduce entre historia y política. Aquello que en el primero es, vimos, el juicio historiográfico como auto-conciencia de la historia en su camino hacia la ética de la libertad, en el segundo reaparece como gravedad del presente político que nos “hace vivir *de verdad* el pasado.”<sup>1055</sup>

Para Croce, como vimos, el pasaje de exponentes demócratas y republicanos en el campo adverso, liberal y conservador, constituía la superación de los “abstractamente” distintos -igualdad y libertad- en el carácter concreto del movimiento histórico. En Gramsci el “espíritu de adaptación” pragmática resuelve en el Estado italiano, un orden incapaz de comprender “la gravedad del desorden”; un orden que por miedo a la exterioridad controla la interioridad; que permite, como la tradición jesuita, glorificar una libertad lejana, a condición que se evite hablar de la necesidad de una libertad próxima.<sup>1056</sup>

*“La hipocresía del carácter italiano está en absoluta dependencia con la falta de libertad. Es, en el fondo, una forma de resistencia. La hipocresía en las relaciones entre individuo y colectividad es una consecuencia de los paternalistas gobiernos policiacos que precedieron y sucedieron la unificación del reino de Italia. La hipocresía en las relaciones entre individuo e individuo es una consecuencia de la educación jesuítica que ha sido impartida y se continúa a impartir en las escuelas y en las familias, y que desemboca espontánea en la experiencia de la vida cotidiana. Los italianos, para borrar esta torpe mancha de su carácter, necesitarían de libertad, de una ilimitada libertad. Necesitarían mayores garantías, para su independencia moral, de mayores garantías para su integridad y seguridad corporal. El problema de la libertad, política, religiosa, de conciencia, de palabra, de acción, es en Italia más vivo y más urgente que en cualquier otro país”*<sup>1057</sup>

La nación italiana, una relación “policiaca y paternalista” entre el Estado como dominio y como dirección ideológica emerge como una conducta colectiva, un sentir común forjado “desde abajo”, donde la falta de libertad es de quienes, y este énfasis en Gramsci es constante, “necesitan merecerse la libertad”. Consideramos, al respecto, la célebre articulación entre jesuitas y masones, clericales y demócratas; el paralelismo entre dos mentalidades es paulatinamente construido como entre dos formas organizativas, dos relaciones entre dirigentes y dirigidos.

*“Es necesario merecerse la libertad. [...] La mentalidad masónica y jesuita son los dos pilares sobre los cuales se sostienen estas formas de vida equivocada, falsa, hipócrita”;*<sup>1058</sup> “La Cruz y el triángulo son dos símbolos de dos mentalidades opuestas empero similares. Católicos y masones, clericales y demócratas [...] ponen afuera del mundo, de la historia, las causas de la vida del mundo, del devenir histórico. Para los católicos es la providencia divina, para los masones y los demócratas es la Humanidad, u otros principios abstractos: la Justicia, la Hermandad, la Igualdad. Son religiosos, en el sentido peor de la palabra, los unos y los otros: adoran el absoluto extrahumano. Por lo tanto, son diletantes los unos y los otros: no comprenden la historia, poseen

<sup>1055</sup> “Dejamos caer la palabra tirano: sustituyámosla con aquella de ‘estúpido’, haremos del pasado historia contemporánea”. Gramsci, *La barba e la fascia*.

<sup>1056</sup> Gramsci, *La barba e la fascia*.

<sup>1057</sup> Gramsci, *Caratteri italiani*, en “Avanti!”, 5 marzo 1917, CF pp. 75-76. Las cursivas son mías.

<sup>1058</sup> Gramsci, *La rinascita gesuítica*, en “Avanti!”, 15 enero 1917, CT. pp. 701-4.

de la moral un concepto todo exterior. La substancia de los acontecimientos históricos escapa a su sentido crítico. Son retóricos los unos y los otros: el verbo es todo, la declamación es todo. Por lo tanto, son sectarios y autoritarios [...] Son extraños a la vida histórica, que es trabajo y producción, que es libertad y fuerza evidente, sin falsedades e hipocresías. No comprenden la lucha, sino entre abstracciones. ”<sup>1059</sup>

En este pasaje, hay algo más de una dialéctica entre distintos que resuelve en una misma “mentalidad metafísica”. Hay el proceder de la reflexión, inaugurada en *Socialismo y cultura*, sobre la cuestión política de los intelectuales. El intelectual no como un rol, una función, sino como proceso histórico que, en aquél artículo, concernía a la formación del movimiento obrero como de una voluntad colectiva, y ahora concierne a aquella colectividad más amplia que la *Città futura* incitaba sus lectores a conocer. Una relación entre la dimensión civil y la política de la vida social moderna que Gramsci elabora como aquello que, en Italia, se entiende por, y se practica como, “pueblo”.

“La vida italiana política ha siempre sido, más o menos, a merced de los pequeños burgueses; medias figuras, medios literatos, medios hombres; todo en ellos es gesto. Conciben la vida de forma libresca [...] la historia es para ellos un esquema. Y el esquema es aquel de la Revolución francesa. Empero no de la Revolución francesa que ha profundamente transformado la Francia y el mundo, que se ha afirmado en las multitudes, que ha sacudido y traído a la luz estratos profundos de humanidad sumergida, sino la Revolución francesa superficial [...] *el gesto de un individuo lo han tomado* [los republicanos vuelto nacionalistas N.D.R] *por el alma de un pueblo*. Repiten el gesto, creen con eso reproducir un fenómeno. Son monos, se creen hombres. No poseen el sentido de la universalidad de la ley [...] no poseen una vida moral. Obrar por fines inmediatos, muy particulares [...] Son italianos, en cierto sentido. Son los últimos restos de una italianidad decrepita, salida de las sectas [...] una Italia pequeña, piojosa, que contrapone a la autoridad despótica de los viejos príncipes *una nueva autoridad demagógica* no menos bestial y deprimente. Son los restos de aquella italianidad que ha proporcionado prefectos y comisionados al giolittismo”<sup>1060</sup>

No es sólo el socialista revolucionario en lucha con la dirección reformista del Psi y sus compromisos con “fuerzas pequeño-burguesas”. Tenemos una crítica mucho más general, en cuanto se dirige, ampliándose, no al espíritu del pueblo, sino al pueblo reducido a espíritu; a lo popular como forma vacía, retórica, “ídolo”. Así como los nacionalistas, “nuevo género de Narcisos” confunden a sí mismos con la nación,<sup>1061</sup> los demócrata-republicanos reducen lo popular a un “ademán”. Reducido a modelo -recordemos la discusión ya aviada sobre el Estado- el pueblo ejerce la fuerza conservadora propia de la

---

<sup>1059</sup> Gramsci, *Il triangolo e la croce*, en “Avanti!”, 25 diciembre 1917, CF pp. 522-23. El artículo es de un día sucesivo a *La Revolución contra el capital* donde, veremos, de los bolcheviques Gramsci celebra la

capacidad de iniciativa y en cuanto expresión de un vivo sentido de la historia.

<sup>1060</sup> Gramsci, *La scimmia giacobina*, en “Avanti!”, CF, pp. 408-09. Las cursivas son mías.

<sup>1061</sup> Gramsci, *La guerra e l'avvenire*.

forma separada del contenido. Gramsci, además, no habla de “contenido de clase”, sino de éste en cuanto “dramatización de la vida”:

“La actividad científica está hecha por gran parte de esfuerzo imaginativo; quien es incapaz de construir hipótesis no será nunca un científico. También en la actividad política representa un grandísimo papel la fantasía; empero en la actividad política la hipótesis no concierne hechos inertes, materia sorda a la vida [...] Para proveer adecuadamente a las necesidades de los hombres de una ciudad, de una región, de una nación, es necesario sentir estas necesidades; es necesario poderse representar concretamente en la fantasía estos hombres en cuanto viven, en cuanto obran [...] En Italia los partidos de gobierno no pueden [...] ignoran la realidad, ignorar Italia así como está constituida por hombres que viven, trabajan, sufren, mueren. Son diletantes: no poseen alguna simpatía por los hombres. Son retóricos llenos de sentimentalismo, no hombres que sienten concretamente [...] *La multitud es ignorada por los hombres de gobierno [...] la multitud, en cuanto es compuesta de individuos, no en cuanto pueblo, ídolo de las democracias [...]*”<sup>1062</sup>

No tenemos la clase *versus* el individuo, sino el pueblo en ausencia de ciudadano. El “mono jacobino”, eligiéndose interprete de algo que efectivamente ignora, reproduce una historia de sujeción colectiva a políticas autoritarias y a una cultura demagógica. Lo original del anti-jacobinismo según Gramsci, quisiera enfatizar, reside en no limitarse a señalar el sectarismo, sino en denunciarlo como una costumbre, una norma, difundida y con efectos profundos en la mentalidad popular. No le interesa el simple relevo de una práctica pequeño-burguesa (su lenguaje, además, nunca tiene tonos reduccionistas), sino cómo los intelectuales “sienten” el pueblo. La reproducción de algo indiferenciado, obscuro, lejano precisamente por quienes tienen como programa la *res pública* produce enormes y nefastas consecuencias entre “los de abajo”. En Italia, y aquí en polémica, no con la democracia republicana, el “mesianismo político”, sino con la liberal, el “mesianismo cultural”, existe una determinada, particular, históricamente específica, sociedad civil:

“Es una afirmación repetida hasta el cansancio que en Italia falte el espíritu asociativo, el espíritu de solidaridad. Esta deficiencia de la costumbre y del carácter italiano tiene raíces en la tradición católica, que comprime las individualidades, mientras el protestantismo, con su libre examen, las desarrolla, las agrupa, hace surgir la solidaridad y la resistencia. *Empero no es sólo ésta la razón. El espíritu asociativo existe en Italia. Proliferan las asociaciones [...] que no poseen una razón profunda de ser, que no son constituidas por un fin general, que extrañamente se parecen a las asociaciones a delinquir, en todo, menos que, naturalmente, en el fin particular de delinquir. Un espíritu asociativo que se conforma con la exterioridad.*”<sup>1063</sup>

En polémica con la tesis de la ausencia de una Reforma, en Italia existe lo civil, la organización, desde abajo, de las mediaciones entre particular y universal; empero su

---

<sup>1062</sup> Gramsci, *Una verità che sembra un paradosso*, en “Avanti!”, 3 abril 1917, CF pp. 109. Las cursivas son mías.

<sup>1063</sup> Gramsci, *Spirito associativo*, en “Avanti!”, 14 febrero 1918, CF pp. 660-61. Las cursivas son mías.



forma es individualista, no individual; deformante no formadora; fundamentada en prácticas de “consorteria”; de parte no de partido; localistas no universal; propagandistas no educadora; en fin: “incontrolable, irrefutables por parte de la opinión pública”.<sup>1064</sup> No es lo privado en camino hacia hacerse público, sino lo público que se vuelve privado; la sociedad de asociaciones no de organizaciones; de sectas, no de partidos; terreno de cultivo de la cultura como forma, de la fascinación con la predicación elocuente de “hábil dialécticos, herederos de una tradición pedagógica, nefasta a los fines de la elevación intelectual y de la formación de las conciencias”. El encanto de toda una civilización con “una masonería clerical, de la cual se susurra la potencia.”<sup>1065</sup>

Para Gramsci, idealización del pueblo y reducción de lo civil a intereses particularistas constituyen un solo proceso.<sup>1066</sup> El Estado policiaco y paternalista no expresa, en fin, la ausencia de una sociedad civil burguesa, sino ésta así como es en Italia; un elemento de desorden, enfatiza una y otra vez, no de orden; de privilegios en lugar que de derechos; de empirismo en lugar que de normas. Una ausencia de principios asociativos generales que reproduce, desde abajo, entre los mismos sectores populares, una mentalidad estatal, una concepción compartida del poder: abstracta. La reducción del Estado, en cuanto fuerza, al control lejano e inexpugnable, y en cuanto cultura, al elitismo de la elocuencia verbal, sutil, vacía, formal. Lo sectores populares no han sido históricamente excluidos del Estado, sino del Estado como proceso de elevación intelectual y moral de la sociedad que, como tal, necesita de formas distintas, propias y “siempre más generales”, de asociación.<sup>1067</sup> Necesita, para Gramsci, del socialismo intransigente, el único partido de aspiración nacional en Italia, la única asociación “que se reconoce a sí misma en aquello que posee en común con los otros, más que en los peculiares accidentes de las diferencias [...] que siente vibrar en sí toda la humanidad, por grados, desde la categorías hasta la asociación internacional.”<sup>1068</sup>

Enfocar el Estado desde la relación entre lo popular y lo civil permite a Gramsci encuadrar el transformismo en términos del todo originales respecto a sus contemporáneos. Gramsci quiere sobretodo explicarse, enfatiza Rapone, el pasaje, recurrente, de elementos

---

<sup>1064</sup> Gramsci, *La rinascita gesuitica*, en “Avanti!”, 15 enero 1917, CT, pp. 701-04

<sup>1065</sup> Gramsci, *ibidem*.

<sup>1066</sup> Gramsci, *Una verità che sembra un paradosso*.

<sup>1067</sup> Económica, política, cultural, afirma en el mayo del 1918, a través de una “línea expansiva” que recuerda el proceso de relaciones de fuerzas delineado en la nota 17 del C. 13. Formas de participación, afirma, siempre más generales en la historia del mundo

hasta “la hora de cobrar a la ventanilla de la historia”. Gramsci, *La tua eredità*, en “Avanti!”, 1 mayo 1918, CF, pp. 866-70. En este artículo, vuelve a proponer el proyecto avanzado en marzo del mismo año, es decir, la creación de una organización cultural del movimiento obrero al lado del partido y el sindicato.

<sup>1068</sup> Gramsci, *Spirito associativo*, en “Avanti!”, 14 febrero 1918, CF pp. 660-61.

progresivos hacia las fuerzas conservadoras, “aquel fenómeno del cual el intervencionismo democrático y revolucionario y el mussolinismo constituían sólo la última y rumorosa manifestación”; le interesa problematizar el socialismo en relación a “medio signo de historia de la izquierda italiana y a través de sus sucesivas encarnaciones”.<sup>1069</sup>

Lo hemos visto indicar el transformismo, en el 1917, como el “más trivial de los empirismos”, como incapacidad de una visión general,<sup>1070</sup> como práctica de una burguesía “pulchinela”, empeñada en “perpetuar el turbamiento, la confusión, el caos ideológico”.<sup>1071</sup> Dos años más adelante, en enero del 1919, el mismo mes de constitución de la tercera internacional, el Estado de pulchinela, el Estado en el Estado, ni absolutista, ni liberal, será el desorden permanente tanto cuanto permanente es el estado de asedio. El Estado que atraviesa “la fase crítica del proceso de disolución del Estado capitalista”, que a las masas “ha finalmente revelado su íntima esencia”.<sup>1072</sup> El Gramsci del 1919 será, veremos, él de la actualidad de la revolución socialista. En septiembre del 1916, lejos de este parteaguas, la “esencia” transformista es de los liberales que, con Giolitti, no han enviado al sótano a Marx y al socialismo, sino a Cavour y al liberalismo.<sup>1073</sup>

“El grande partido liberal, a fuerza de ser grande y de abrazar bajo sus grandes alas todas las ideas y todas las tendencias, ha acabado en no poseer ya alguna idea, ni representar tendencia alguna [...] Cavour había visto claramente que, en la Italia nueva, salida de las guerras del Risorgimento, el problema más urgente de los gobiernos debía ser aquello de sanar las plagas internas, de *crear un robusto organismo económico nacional. Y veía en el libre intercambio el método más eficaz para suscitar las energías, para conferir a todas las partes del país las posibilidades de desarrollarse naturalmente* [...] ha encontrado en el proletariado quien hará todavía sonar su voz por aquello que concierne a su parte vital, más aquello que Cavour no quería y buscaba alejar.”<sup>1074</sup>

Evidente como Gramsci piense el socialismo revolucionario en relación al pleno desarrollo del capitalismo como forma social; el punto crítico, obviamente, es que cosa entienda por esta relación y este desarrollo. No sería posible entrar en el mérito del nexo entre liberismo económico y liberalismo político según Gramsci, sin enfocar aquello que

<sup>1069</sup> Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, p. 179.

<sup>1070</sup> Cfr. Gramsci, *Il Bozzacchione*.

<sup>1071</sup> Cfr. Gramsci, *Assicurazione sulla vita*.

<sup>1072</sup> Gramsci, *Il Paese di Pulcinella*, en “Avanti!” ed. Piemontesa, 30 enero 1919, NM pp. 513-15. Y “proclama a gran voz libertad y orden” en cuanto, ahora, “*tiembla* por cada palabra heterodoxa, por cada afirmación teórica de principio”, por el proletariado intransigente organizado”. Las cursivas son de Gramsci.

<sup>1073</sup> La expresión “los socialistas han enviado Marx al sótano” era la célebre frase pronunciada por Giolitti en un discurso a la Cámara de abril del 1911, paralelamente, vimos, al Croce de “la muerte del socialismo”. Cfr. CF, n.1, p. 545.

<sup>1074</sup> Gramsci, *Contro il feudalismo economico, voci dalla soffitta*, en “Il Grido del popolo”, 16 septiembre 1916, CT pp. 544-45. Las cursivas son mías.

significa transformismo para Gramsci en confrontación con Croce. Del liberal, el socialista retoma la refutación de la condena moral a mero fenómeno de corrupción, mientras invierte radicalmente conclusiones que, en el filósofo, significan proceder hacia una “justificación” meta-histórica.<sup>1075</sup> Ya vimos cómo, a la percepción entre los intelectuales del transformismo como algo de equivoco, Croce oponía el partido como un prejuicio y el juicio ético en cuanto más allá de la política.<sup>1076</sup> Gramsci también encuadra el transformismo como una necesidad, o sea, busca convertirlo de fenómeno empírico -la trans migración de elementos de la izquierda a la derecha, la *trahison de clerics*- en fundamento explicativo de un orden, una relación, entre sociedad política y sociedad civil. Es el mismo procedimiento de Croce. Sin embargo, mientras en éste último la descripción se convierte en explicación, y en fin es trasladada a un plano ideal, para Gramsci la explicación del fenómeno en su historicidad implica un punto de vista de “parte”, programático, ideológico.

Son los años de la guerra, transformismo es ahora el intervencionismo democrático y republicano; el cambio de bando justificado en nombre del derecho y de la moral, de la justicia. Gramsci es despiadado en contra de quienes: “se han atacado a la guerra como la avispa se agarra a la carroña” por medio de la retórica de “la libertad, la humanidad, el derecho [...] la barbarie”.<sup>1077</sup> En contra de la “taumaturgia de la varita democrática y la justicia absoluta”,<sup>1078</sup> en el último año del conflicto:

“La mentalidad democrática y pseudo revolucionaria abstraía completamente de la Idea de Estado, no veía en el país más que individuos, fracturaba *la unidad económico-social burguesa que es el Estado* en una infinidad de voluntades empíricas que habría tenido que ser el pueblo, el pueblo generoso que agarra la lanza y emite aullidos de guerra. *El Estado ha demostrado ser el único juez de la guerra y de hacer la guerra según la lógica de su naturaleza*”<sup>1079</sup>

Explicita la referencia a Croce y a su crítica al intervencionismo democrático, a los “untuosos demócratas” y a los principios del ‘89.<sup>1080</sup> Al Croce que, durante la guerra, propone como factor de racionalización histórica del conflicto la fuerza del derecho de lo útil, el Estado potencia, en contra de la inútil apelación al “moral despertar”.

---

<sup>1075</sup> Rapone enfatiza como, desde los tiempos de Depretis, paralelamente a la lectura del transformismo como fenómeno de corrupción, habían tenido también lugar los primeros intentos de racionalizarlo históricamente. El diluirse de las diferencias entre los partidos había sido presentado como un desarrollo fisiológico del sistema político italiano incomparable, por su especificidad, al liberalismo clásico. Implícita en esta perspectiva era tachar los partidos modernos, de masa, como innecesarios a un sistema no solo liberal, sino liberal-demócrata. Rapone, *Cinque anni*

*che paiono secoli*, p. 178. Croce sistematizaba los presupuestos conceptuales, filosóficos, de esta tesis, avanzada, en origen, en campo constitucionalista.

<sup>1076</sup> Cfr. el segundo capítulo de esta labor.

<sup>1077</sup> Gramsci, *Il buo pedagogo*, en “Avanti!”, 14 febrero 1916, CF pp. 129-131.

<sup>1078</sup> Gramsci, *La commemorazione a Miss Cavell*.

<sup>1079</sup> Gramsci, *La fortuna delle parole*, en “Avanti!”, 10 febrero 1918, CF pp. 653-54.

<sup>1080</sup> Croce, *Lo Stato come potenza*, en “La critica”, 20 julio 1916, en Id. *Pagine sulla guerra*, p. 122.

Vimos cómo, en sus *Páginas*, Croce, legitimaba la “resignación” en nombre del ideal de Patria apelando al Estado ético, la unidad sobre las distinciones políticas, que, una vez vivida la experiencia trágica, habría retomado su camino aún más allá del antagonismo social de clase, del pragmatismo, destructor de una forma superior, unitaria, de vida.<sup>1081</sup> En el 1917, con la célebre introducción a la nueva edición de *Materialismo histórico y economía marxística*, Croce llevaba la tesis avanzada en los estudios juveniles -el Marx de la autonomía de la política de la moral, el Marx “Machiavelli del proletariado”- a otro nivel. Ya no era la fallida previsión histórica del hombre político; sino, con la subordinación de la lucha de clase a la lucha entre los Estados, era la negación *tout court* del marxismo como teoría, su reducción a mera consideración empírica de factores históricos.<sup>1082</sup> Croce transitaba de la declaración de muerte del socialismo revolucionario dada la afirmación histórica de socialdemocracia, la posición avanzada antes de la guerra, a un separar radicalmente, durante la guerra, entre socialismo y política mientras, paralelamente, defendía la autonomía de los intelectuales de la política en cuanto depositarios del sentido histórico como camino hacia la libertad.

Preguntarse, por lo tanto, en qué términos el joven Gramsci elaborara su polémica anti-jacobina es uno mismo con el preguntarse si, en la teoría del Estado potencia según Croce, reconociera, a la altura del 1917, la intención de liquidar teóricamente a Marx, o, mejor dicho, de liquidar la capacidad expansiva del marxismo en aquel mundo cultural cuyos hilos el filósofo iba re-tejiendo y preparando para la primera posguerra.

De la guerra y el Estado según Croce, el primer Gramsci interpretaba, y aceptaba plenamente, el anti-jacobinismo.<sup>1083</sup> En el plano teórico, por el rechazo a toda política que prescindiera de la consideración realística de factores históricos; en el plano

---

<sup>1081</sup> Rapone subraya como a según se centre la atención en el Croce universalista que, antes de la guerra, repudia el intervencionismo nacionalista o en el Croce que, durante la guerra, sostiene el deber de la sumisión a la Patria y el orden, se tiende a rescatar, en un caso, el Croce de la aversión al fascismo, o, en el otro, el sostenedor de posiciones pre-fascistas. Para el estudioso, sin embargo, las dos posiciones de Croce no están en contraste, sino se retroalimentan, o sea, constituyen el mismo universal según Croce: universalidad de la cultura, pero no de la política, “inexorablemente” vinculada, ésta última, a la territorialidad. También en este aspecto tenemos el exacto contrario del internacionalismo según el joven Gramsci que, en lugar de asociarlo, como hace Croce, con el utopismo humanitario, lo reivindica, inicialmente, en tonos fuertemente ético, ideales, como un sentido de pertenencia a una humanidad, la socialista, desligada de una dimensión territorial. Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, pp. 221-22.

Cfr. como ejemplo el ya citado Gramsci, *Il senso della guerra* y también Id. *Libertá*, en “Il Grido del popolo”, 2 septiembre 1916, CT pp. 524-26.

<sup>1082</sup> “[...] ahora, después de más de veinte años, el Marx ha perdido gran parte del oficio de maestro, que tuvo en este entonces; porque la filosofía histórica y la dialéctica han remontado a sus propias fuentes y se han allí refrescado y renovado trayendo aliento y vigor para un viaje más valiente, y, en cuanto a la teoría política, el concepto de potencia y de lucha, que Marx había trasladado de los Estados a las clases sociales, parece ahora regresado, desde las clases a los Estados, como muestran de la forma más clara teoría y práctica, idea y hecho, aquel que se medita y aquel que se ve y se toca.” Croce, *Materialismo storico ed economia marxística*.

<sup>1083</sup> Paggi, *Antonio Gramsci e il moderno principe*, p. 32. Rapone hace notar como Paggi fue el primero en señalar la influencia de la doctrina del Estado potencia en Gramsci. Cfr. Rapone, *ibidem*, p. 213, n.88.

programático, en cuanto se articulaba a la refutación del reformismo socialista y sus alianzas parlamentarias. No se trata, empero, de un Gramsci que adapta las posiciones de Croce a la hipótesis revolucionaria del socialismo; sino de un Gramsci original en las filas del maximalismo italiano.<sup>1084</sup> En su perspectiva, insiste Paggi, la fuerza del derecho de lo útil abría el camino, aun en lenguaje filosófico, para una original consideración de la naturaleza de clase del Estado.

“Una ideología se afirma o cae en el olvido, no proporcionalmente a su valor filosófico y humano, sino proporcionalmente a la receptividad de las condiciones históricas del tiempo en el cual la ideología es concebida y difundida. La democracia [...] es ideología que no puede afirmarse integralmente en la sociedad capitalista. La parte de esa realizable es el liberalismo.”<sup>1085</sup>

El jacobinismo político, la democracia popular, radical, es sí algo inviable en régimen capitalista, régimen de clase, empero en cuanto, siendo éste el punto crítico para Gramsci, corresponde a “una visión mesiánica de la historia”. Su crítica se dirige a la relación entre la democracia como política según los republicanos y la democracia como cultura según los liberales. La democracia política como principio categórico -absoluto y autoritario exactamente porque abstracto y genérico- corresponde a la cultura separada de aquellas formas organizativas, económicas y políticas, a través de las cuales la historia procede, siendo a través de ellas, enfatiza Gramsci, que la sociedad se disciplina o, en contra de ellas, que se desarrolla.<sup>1086</sup> El abstractismo de un Ferri es paralelo a la tenacidad de un Salvemini, quien, a diferencia del primero, refuta la propaganda en nombre de una opinión pública informada y, sin embargo, cree igualmente, “al contrato social”, en su caso disociando la cultura y la política de las condiciones históricas de la cultura y de la fuerza.

“L’Unitá”, de hecho, estudia los problemas de la vida pública nacional e internacional con meticulosidad [...] es una admirable experiencia de escuela libre para los ciudadanos. *Empero, ¿a quién se dirige ‘L’Unitá’? ¿Con cuáles energías sociales organizadas coordina su actividad de cultura? A todos genéricamente, y a nadie prácticamente*”.<sup>1087</sup>

La separación entre política e historia, voluntad y necesidad, el jacobinismo según Gramsci, no tiene su explicación exclusiva en la sociedad de clase, no es sólo la

---

<sup>1084</sup> Gramsci avía “soluciones que contradicen o superan las plataformas políticas e ideológicas” del maximalismo. Paggi, *ibidem*, p. 32 No tenemos solamente “un socialista profundamente insertado, como es el caso de Gramsci, en el nuevo espíritu intransigente del socialismo italiano formado al congreso de Reggio Emilia”. Rapone, *ibidem*, p. 181.

<sup>1085</sup> “para el cual todos los hombres pueden volverse autoridad, pero caso por caso, a través de la circulación de las minorías.” Gramsci, *Repubblica e proletariato in Francia*, en “El grito del popolo”, 20 abril 1918, CF, pp. 835-43.

<sup>1086</sup> Gramsci, *La política del se*, en “El Grito del popolo”, 29 junio 1918, SG, pp. 269-274

<sup>1087</sup> Gramsci, *ibidem*. Las cursivas son mías.

“Republica burguesa”, sino es ésta en cuanto *Republica de los charcuteros*, de “los cuatros formulas mazzinianas”. No es sólo la republica que ignora Jaurés,<sup>1088</sup> que ignora el socialismo -“la sociedad de libres productores padrones del entero fruto de su trabajo”- como su condición; es la republica que “no tienes raíces en la tradición efectiva, en las cosas, en la organización estatal y social.”<sup>1089</sup> Es la republica que “como cualquiera otra ideología política”, enfatiza, “permanece cosa inerte si no encuentra hombres que la vivan cotidianamente, que la sostengan, que la transformen en acción política.”<sup>1090</sup> ¿Cuál racionalidad histórica, entonces, para Gramsci?

“Una idea, un programa, para que se vuelva hecho político necesita ser apropiado *por una fuerza social organizada, capaz de asumir la responsabilidad del poder.*”<sup>1091</sup>

Gramsci, aun adhiriendo plenamente al viraje maximalista y a la condena de la “infatuación democrática” del Psi, sitúa su crítica a la democracia en un plano mucho más amplio del antagonismo social de clase; sube a un plano conceptual capaz de abarcar como problemática el *estatus* del marxismo como teoría de la conformación del sujeto social en sujeto político. La legitimidad de una idea, de un programa, implica problematizar la teoría como organización, la teoría, es decir, en cuanto relación entre dirigentes y dirigidos, so pena de la recaída en el *a priori* jacobino, en la a-historicidad.

“La realidad es que un país, y especialmente Italia por las particulares condiciones intelectuales de su pueblo, es diversamente preparado entre los individuos, y sólo después de un esfuerzo asiduo, paciente, de décadas, una determinada idea logra difundirse eficazmente en los organismos libremente constituidos, que libremente aceptan una dirección y libremente obran en comunión” y, escribe en el 1918, “fuerzas organizadas de tal guisa no existen afuera del Partido socialista y del Estado”.<sup>1092</sup>

¿Cuál relación, entonces, entre inteligibilidad de la historia y formación de una voluntad popular, filosofía y política, para el primer Gramsci? Vemos ahora emerger, y por primera vez, el tema Reforma-Renacimiento, la dialéctica entre la dimensión extensiva e intensiva de la teoría en relación a la política, el problema al centro de la *praxis* y que, en este entonces, Gramsci elabora a través de una reflexión en torno a las razones de la guerra. En el 1916, la polémica es directamente con Croce, quien en sus *Páginas* reprochaba a

---

<sup>1088</sup> O sea, ignora que “además de las garantías reales y concretas de libertades jurídicas y políticas no existen también garantías reales y concretas en las cuales la mayoría de los ciudadanos que trabajan y producen ya no como asalariados, sino como ‘promotores’ libres de la producción, árbitros de la producción”. Gramsci, *La Repubblica dei salumieri*,

en “Il Grido del popolo”, 29 septiembre 1917, CF pp. 365-66.

<sup>1089</sup> Gramsci, *Repubblica e proletariato in Francia*.

<sup>1090</sup> Gramsci, *I salumieri della repubblica*, en “Il grido del popolo”, 13 ottobre 1917, CF pp. 395-397.

<sup>1091</sup> Gramsci, *ibidem*, Las cursivas son mías.

<sup>1092</sup> Gramsci, *La política del se*.

los socialistas el no entender como la historia, en aquel preciso momento, ponía en primer lugar la patria:

“Desafortunadamente, las teorías socialistas han trabajado por largo tiempo para producir esta ceguera y actuosidad espiritual; empero la grande lucha de los pueblos, a la cual asistimos, debería ser suficiente confutación de aquella abstracta teoría y haber mostrado a todos que ahora, como en el pasado, la historia pone en primer lugar la Patria, y la defensa de la Patria, y la gloria de la Patria, y sólo en segundo lugar, y *en el círculo interno de la Patria*, los contraste de los partidos y de las clases”.<sup>1093</sup>

Así le contestaba Gramsci:

“[...] se reprocha a los socialistas no vivir esta idea. También aquellos que no creen en las ideas innatas, que no creen en el principio natural, que equiparan perfectamente civilización e historia [Croce, N.D.R.] , acusan los socialistas de no poseer una idea territorial de patria [...] *Las ideas llegan a ser, sí; pero se vuelven acto, si son vitales, si, vale decir, representan una necesidad* [...] El proletariado no puede vivir la idea territorial de patria, *porque él es sin historia, porque él nunca ha participado a la vida política*, porque no posee tradiciones de una vida colectiva que salga del círculo de lo común. *Se ha vuelto ser político a través del socialismo* [...] Por el socialismo el hombre ha regresado de esta forma a sus caracteres genéricos: *es por eso que hablamos tanto de humanidad y queremos la Internacional.*”<sup>1094</sup>

En polémica con Croce, para el cual marxismo significa reducción del Estado ético al Estado político, Gramsci, tan pronto como en el 1916, reivindica la articulación entre ética y política como obra, praxis, histórica del socialismo. El rechazo de la patria es rechazo de la nación como absoluto, vía el reconocimiento de la democracia como una historia, en Italia, abierta solamente con la entrada en escena del movimiento obrero. La democracia como historia de una lucha para la constitución en sujeto político de los excluidos, hasta ese entonces, de lo general a través de un proceso de organización en fuerza política autónoma, propia, distinta. No sólo: “es por eso que hablamos tanto de humanidad y queremos la internacional”. La polémica es con quien, Croce, “equipara perfectamente civilización e historia”, refuta el planteamiento nacionalista “de la guerra como guerra de civilización y por lo tanto a carácter religioso”,<sup>1095</sup> y sin embargo legítima

<sup>1093</sup> Croce, *I socialisti e la patria*, septiembre 1916, en Id. *Pagine sulla Guerra*, p. 153. Las cursivas son mías.

<sup>1094</sup> Gramsci, *L'idea territoriale*, en “Avanti!”, 3 noviembre 1916, CT pp. 608-609. Las cursivas son mías. Si la referencia es a Croce, la ocasión del artículo es un discurso de Bissolati -socialista reformista, representante de la corriente de la derecha del Psi- el cual había ironizado acerca de la pretensión de los socialistas de tener por patria a la humanidad. Cfr. Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, p. 223.

<sup>1095</sup> Gramsci, C. 10 § 1, p. 1212. Nuevamente Rapone, hace notar como el Gramsci de los *Cuadernos* recuerde el rechazo de la guerra entre espíritus como el signo distintivo de la polémica crociana en contra

del intervencionismo democrático y el espiritualismo nacionalista. Otro tema en sí, objeto de una labor de estudio del historiador Enzo Traverso, es cómo este mismo lenguaje moral y espiritualista de las corrientes de opinión dominantes expresara aquello que fue el rasgo distintivo de la primera guerra mundial. En contraposición a la legitimización patriótica, así como había sido hasta entonces concebida, ahora quedaban trasladados a un plano internacional los caracteres propios de una guerra civil, es decir, ya no se trataba del “legítimo enemigo”, sino de la aniquilación cultural de un pueblo por otro. Cfr. Rapone, *ibidem*, pp. 224-25 y Traverso, E. *A ferro e fuoco. La guerra civil europea 1914-1945*. Bologna: Il Mulino, 2007.

la resignación a la guerra y la refutación del internacionalismo en nombre, respectivamente, de lo inexplicable de la primera y el abstracto humanitarismo del segundo.<sup>1096</sup>

Gramsci va aquí cumpliendo dos operaciones paralelas. Reconoce como Croce, reduciendo el internacionalismo al mesianismo jacobino, confina el plano de la política, entendida como plano de lo útil, de “los contraste entre los partidos y las clases”, a la nación, mientras resuelve la historia, en el plano el internacional, como cultura y preocupación exclusiva del intelectual sobre las partes. Esta doble separación, típicamente crociana, entre política y cultura, nacional e internacional, particular y universal, para Gramsci deriva en, porqué históricamente *es*, un estado de separación entre sectores populares y capacidad dirigente, siendo esta separación la misma razón histórica de la *trahison de clerics*, la caída en el irracionalismo por parte de la “elite intelectual y culta”. Separado de los sectores populares:

“El intelectual vive demasiado en el reino de las sombras [...] hagan que sobrevenga una pasión colectiva, el intelectual se cegará completamente [...] el verdadero intelectual, el verdadero inteligente es quien no hace de sí y de su propio ideal el centro del universo [...]”<sup>1097</sup>.

No es Gramsci apelando a la cultura como lo popular, sino Gramsci proyectando internacionalmente el espacio de la política socialista enraizando la racionalidad, la legitimidad de una teoría, como cultura, en el tipo de relación, la *forma*, que ésta establece con las masas populares a nivel nacional. La superación del Estado nación como espacio privilegiado de la política, el internacionalismo socialista, implica la superación del fatalismo compartido, desde posiciones especulares, por liberales y socialistas segundo-internacionalistas, en la medida en que, aquello que para uno es inexplicable, para los otros es económicamente determinado: la guerra.

---

<sup>1096</sup> Típico de la posición crociana durante el conflicto era reconducir la oposición a la guerra patriótica compartida por el internacionalismo socialista y el pacifismo liberal al denominador común de la retórica abstracta; asociándolos, de esta forma, a la mentalidad masónica del intervencionismo republicano. Cfr. Croce, B, *Classicismo e romanticismo*, p. 125; *Contro il secolo decimottavo*, p. 111; *Il nuovo concetto della vita*, p. 222, *Per la serietà del sentimento politico*, p. 167, en Id. *Pagine sulla guerra*. Cfr. Rapone, *ibidem*, pp. 219- 221.

<sup>1097</sup> Gramsci, *Intellettuale*, en “Avanti!”, 11 enero 1916, CT. pp. 62-65. “¿No es Romain Rolland un solitario, un exiliado, un calumniado?” Para Gramsci

Rolland es “el verdadero intelectual” en términos directamente especulares a las posiciones sostenidas por Croce quien, a Rolland y su crítica al patriotismo, oponía quien, él mismo, había decidido someterse al deber de patria en cuanto el estar más allá de la pugna de las pasiones pertenecía solo al campo de la cultura y la ciencia. Cfr. Croce, *Ai lettori*, en Id. *Pagine sulla guerra*, p. 119. Rapone hace notar como el internacionalismo de Gramsci está fuertemente animado, en un inicio, por el tema del “sentir la universalidad del ser humano” en contraposición al humanitarismo, un concepto que como en Croce, así en Gramsci, indica el abstractismo del intervencionismo democrático.



“¿Por qué las guerras estallan en forma determinada y no en otra? [...] Los socialistas afirman que las guerras son un producto de los sistemas de privilegio. Siendo hoy clase privilegiada la burguesía, siendo el capitalismo la forma específica que el privilegio ha asumido, los socialistas afirman que la guerra es una fatalidad burguesa.<sup>1098</sup> Empero no hay que entender la fatalidad en el sentido naturalista-matemático, como una ley absoluta. [...] Hay que entender *fatalidad* en el sentido idealista, como *interpretación* de una necesidad, como *juicio* de los hombres, [...] Norman Angell se había puesto el problema de la guerra desde un punto de vista perfectamente y tajantemente lógico [...] se objetó a Norman Angell [...] la verdad es que no se sabe porque la guerra estalla, por lo tanto debe considerarse un legado de la sociedad humana, y los hombres deben intentar hacerla, cuando son constreñidos a hacerlo, en la forma mejor, más honorable y proficua para las naciones a las cuales pertenecen”<sup>1099</sup> [...] *para los socialistas el problema no concluye en estos términos* [...] no es suficiente ser contrarios a la guerra, en general, como no es suficiente declararse socialistas en general [...] Es necesario educar al proletariado, empero es necesario también silenciar las sirenas [...] *Hasta que el proletariado no incluya a todo el pueblo, y no se haya vuelto inmune, es necesario que se ocupe por lo menos en lanzar en la sociedad burguesa la red de su control, para encadenarla,*”<sup>1100</sup>

Gramsci acepta la guerra como una realidad burguesa y al mismo tiempo niega su fatalidad. La común aversión con Croce respecto a las retóricas vacías del intervencionismo demócrata desemboca, enfatiza Rapone, en dos “distintos universalismos” en la medida en que Gramsci va poniendo las primeras piedras de su original interpretación de la necesidad histórica según el marxismo.<sup>1101</sup> Los cimientos, no la resolución.

Puede proceder en esta dirección porque, y tan pronto como en el 1916, ha entrado en el mérito del revisionismo nacionalista de Marx.

“La doctrina de Carlo Marx ha demostrado aun últimamente su fecundidad y su eterna juventud ofreciendo un contenido lógico al programa de los más incondicionados adversarios del Partido socialistas, a los nacionalistas. Corradini saquea Marx, después de haberlo difamado. Transporta de la clase a la nación los principios, las constataciones, las críticas del estudioso de Tréveris; habla de naciones proletarias en lucha con naciones capitalistas [...] encuentra que esta lucha se explica en la guerra, se afirma en la conquista de mercados, en la subordinación económica y militares de todas las naciones a una sola, a aquella que a través del sacrificio de su sangre y de su bienestar inmediato, ha demostrado de ser la elegida, la digna [...] este saqueo de las ideas marxistas para fines nacionalistas es equivocado como todas las adaptaciones arbitrarias; *falta de una base histórica*, no se fundamenta en ninguna experiencia tradicional. *Desde el punto de vista de la lógica formal*, los razonamientos corradinianos siguen perfectamente, empero, pierden todo valor cuando quieren volverse norma de vida, conciencia de un deber [...] [Corradini] afirma que es necesario enseñar al proletariado el máximo respeto por la producción. Y por producción entiende el capitalismo nacional [...] los proletarios [...] no emprenden la lucha de clase solamente para aumentar los salarios, como cree el Corradini, *admirador naturalmente de los reformistas*

<sup>1098</sup> Recuerdo que Gramsci no conoce el debate sobre el imperialismo que agita las filas de la II Internacional. Rasgo característico de su formación cultural, señala también Rapone, es este enfrentarse a la tesis de la inevitabilidad de la guerra confrontándose con Croce, en lugar que con los principales exponentes de la socialdemocracia. Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, p. 226.

<sup>1099</sup> La referencia es a las objeciones de Croce a Norman Angell, exponente del pacifismo liberal, cuya argumentación se basaba en la demostración de la anti-económica de la guerra.

<sup>1100</sup> Gramsci, *Il canto delle sirene*, en “Avanti!”, 10 octubre 1917, CF pp. 382-87. Las cursivas son mías.

<sup>1101</sup> Rapone, *ibidem*, p. 212.

nacionales, sino especialmente para substituir la propia clase que trabaja a aquella de los capitalistas que la hace trabajar.”<sup>1102</sup>

Gramsci reconduce la historicidad del marxismo, el punto de vista opuesto a la lógica formal de los nacionalistas, a las “leyes” de la lucha de clase, mientras, paralelamente, introduce estas leyes -la teoría, el universal- en términos políticos. Pocas semanas antes, ha entrado en el mérito de Marx según los liberales, Garofalo y Croce.

“El Garofalo, que en otros tiempos ha combatido ásperamente el socialismo, que ha buscado inyectar sobre la ideología burguesa el *reactante vivificador del materialismo histórico*, debe haber sonreído amargamente de sus adversarios [...] empero *el materialismo histórico es cosa de socialistas*, aun si senadores, autentico burgueses como el Garofalo y el Croce, han imprimido en su desarrollo doctrinario huellas indelebles [...] El senador Garofalo, el burgués inteligente y consciente, ha tenido su máxima derrota en la polémica con el socialismo [...] todos creen de poseer buenos derechos; ¿cómo podían de otra manera vivir interiormente, poseer una conciencia moral? Es la fuerza que decide de los varios buenos derechos. *Y el proletariado esta fuerza suya la va organizando* en sus ligas, secciones, con huelgas e insurrecciones, hasta que, adquirida conciencia de su fuerza mayor (y esta fuerza mayor ya la posee, empero desafortunadamente es conciencia solo de pocos, los revolucionarios) hará su guerra, y el buen derecho, después de la historia, será reconocido por todos, y especialmente, aun con amargura, por los Garofalos y los Croce de ahora.”<sup>1103</sup>

De este mismo artículo, Paggi aislaba “una de las tesis gramsciana más importantes acerca del desarrollo histórico del marxismo” y que habría sido retomada y ampliada en los *Cuadernos* como “canon de investigación histórica”. La función no solo positiva, sino gnoseológica de la ideología: la ideología no como falsa conciencia, sino como ventana para saber del efectivo proceder de la realidad como de una relación entre fuerzas.<sup>1104</sup> El primer Gramsci reconoce en la doctrina de las razones económicas de la guerra según los liberales el mismo actuar del marxismo, en sus términos, como “reactante vivificador”.<sup>1105</sup> Reafirmando la pertenencia exclusiva del materialismo histórico al proletariado, Gramsci no denuncia una “vejación”, una “falsificación”, por parte de Croce y los liberales, sino reconoce la teoría como ella misma una relación entre fuerzas. No es la fuerza que decide por la verdad de la política, sino la política, una vez elaborada como capacidad de dirección ideológica, implica un desplazamiento del plano de la verdad

---

<sup>1102</sup> Gramsci, *Lotta di classe e guerra*, en “Avanti!”, 19 agosto 1916, CT pp. 499-00. Las cursivas son mías.

<sup>1103</sup> Gramsci, *Il buon diritto*, en “Avanti!”, 20 julio 1916, CT pp. 443-45. Las cursivas son mías. La ocasión del artículo es una conferencia del jurista Garofalo, quien había polemizado en contra de la retórica de la guerra entre civilizaciones indicando en la guerra el producto de la rivalidad económica entre las grandes potencias. Cfr. CT, p. 444, n.1.

<sup>1104</sup> Según Paggi, típico de toda la formación de Gramsci es cómo el llamado al pensamiento de Croce se une a la conciencia de la actitud asumida por Croce en relación al marxismo, misma razón por la cual Gramsci emplea en su lenguaje conceptos y expresiones crocianas: sabiendo de su parcialidad, las retoma desde la precisa intención de proponer otra interpretación. Paggi, *Antonio Gramsci e il moderno principe*, pp. 30-34.

<sup>1105</sup> Gramsci, *Il buon diritto*.

histórica. A la distinción crociana entre filosofía e política, Gramsci contrapone la distinción entre ideologías: el liberalismo que, instrumento de desorganización del movimiento obrero, es incapaz de oponerse efectivamente al nacionalismo, y el socialismo intransigente como expresión de valores, ideales, proyectos, que para afirmarse necesitan transitar de las formas más elementales, hacia la más compleja de organización, sinónimo de la conquista de grados siempre más amplio de auto-determinación y de universalidad. Gramsci, en fin, va procediendo hacia la plena historicización de la filosofía como lucha por la *forma* de la política.

¿Dónde re-ubica el plano de la necesidad, del universal?

“Acaece así. Vosotros sois socialistas. Tienen, vale decir de la vida del mundo *una concepción lo más posible amplia, comprensiva, compleja de elementos*. No podéis ser facciosos ni jacobinos por temperamento y por programa. Reconocéis que en la historia que hacen los otros hay un elemento de necesidad, aunque permanecéis afuera de esta necesidad, porque sois vosotros y no los otros, y sus tareas es de hecho aquella de derrocar esta necesidad heterónoma que busca arrollarlos, para instaurar la libertad: la libertad de los individuos armonizada en una unidad posiblemente sin residuos. Pues bien, no es suficiente que ustedes sean libres y no seáis facciosos y jacobinos. Los otros no lo son y no les entienden. Su reventado cerebro no concibe un cerebro que se organice firmemente alrededor de una idea. Son idolatras del hecho singular, aislado, mientras *ustedes en el hecho ven especialmente la continuidad, el dinamismo*.”<sup>1106</sup>

La relación de fuerzas es entre “los otros”, el jacobinismo transversal a republicanos y presumidos socialistas, que, en cuanto “mentalidad política burguesa”, mentalidad transformista, ha terminado por converger en el nacionalismo, y “nosotros”, intransigentes desde el saber “*lo más posible amplio, comprensivo, complejo*” de la necesidad.<sup>1107</sup> Del transformismo, para concluir, el joven infiere precisamente aquello que Croce niega: ser anti-jacobinos es saber de la necesidad como de una relación entre las fuerzas de dos programas propios, definidos, distintos, cuya síntesis permanece abierta y, al mismo tiempo, inteligible en cuanto corresponde, veremos en breve, a una lucha por la forma del Estado.

Quisiera, llegada a este punto, enfatizar nuevamente la necesidad de considerar las reflexiones de Gramsci como un proceso en constante devenir. Sobre todo en relación al periodo anterior a la revolución de Octubre, según se resalten unas u otras intervenciones,

---

<sup>1106</sup> Gramsci, *Il bozzacchione*, en “Avanti!”, 4 junio 1917, CF pp. 187-88. Las cursivas son mías.

<sup>1107</sup> Rapone señala que con el análisis del transformismo emerge también la “contaminación de posiciones y confusiones de roles” *versus* “la promoción de una propia identidad autónoma y específica”. Preocupación del estudioso es relevar, en este caso, la posición diametralmente opuesta de

Gramsci al “universo mental” característico de la época, o sea, “la re-habilitación de las formas no lógica del actuar humano”, presente no sólo en las vanguardias literarias, sino también en la preocupación con las masas según la sociología y la política como ciencia. Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, p. 194.

el riesgo es enfocar exclusivamente el joven que, empeñado en elaborar una concepción anti-fatalista, anti-determinista de los procesos históricos procede vía la confrontación con el revisionismo crociano del marxismo, o aquel que asume elementos de derivación externa, entre todos el crocianesimo, y los adapta al programa socialista intransigente en su batalla anti-reformista.<sup>1108</sup> Ni en un caso, ni en el otro, tenemos todavía la resolución, por parte de Gramsci, de la autonomía teórica del marxismo. El punto clave es nuevamente el contexto histórico y las batallas desde las cuales emprende el camino hacia una teoría de la conformación del sujeto histórico como sujeto político. En el debate en torno a las razones de la guerra, la separación entre filosofía y política según Croce conllevaba la reducción de la política al plano nacional y del plano internacional a la cultura; invertirla, para Gramsci, significaba mover a un plano internacional la política elaborando acerca de la cuestión nacional para el socialismo revolucionario. Gramsci que, recuerdo, desconoce en este entonces la elaboración del imperialismo según Lenin, advirtiendo la batalla exquisitamente política del filósofo con Marx, buscará su propia autonomía teórica del neo-idealismo acercándose a las corrientes que permiten enfocar los “males de Italia” desde una perspectiva política y social y de las cuales se irá a su vez distinguiendo abriendo algunos de los temas fundamentales de los *Cuadernos*. Estas consideraciones nos llevan, sin embargo, a su teorización, igualmente en proceso, de la forma capital como forma Estado.

## 5.2. Nuestro punto de vista

El 1917 es para Gramsci el año en el cual *historia facit saltus*.<sup>1109</sup> Junto a la revolución rusa de febrero y a la interpretación de su evolución, de profundo impacto es la insubordinación no sólo obrera, sino popular, a la disciplina de guerra. Desde agosto,

---

<sup>1108</sup> Tanto Rapone, así como Paggi, en mi opinión, proceden, sobretodo en relación a Croce, en la dirección de superar este dualismo. Ambos indican como el terreno del encuentro de Gramsci con el neo-idealismo crociano sea el realismo histórico; ambos aíslan el devenir de una confrontación que alcanza el plano conceptual en la misma medida en la cual se desarrolla en el plano del enfrentamiento político y, para ambos, el efectivo proceder de Gramsci en la elaboración consciente, sistemática, del marxismo como forma autónoma, propia, de inteligibilidad histórica, iniciará sólo en el momento en el cual el joven entrará en la batalla política en defensa de la

revolución bolchevique. Sin embargo, las dos labores no son idénticas. Paggi acentúa el temprano enfrentamiento con el revisionismo crociano de Marx, para Rapone, más cauteloso, en los años de la guerra Gramsci “se disponía a explotar precisamente aquella parcial sobre-posición entre las dos distintas acepciones del realismo histórico -aquella de inmanentismo idealista y aquella de Marx- al fin de formular su crítica a quienes interpretaban la guerra en base a las categorías del pensamiento abstracto” Cfr. Rapone, *Cinque anni che piono secoli*, p. 216-17.

<sup>1109</sup> La expresión es utilizada por Rapone, *ibidem*, p. 71.

Turín es para las autoridades locales y la prensa nacionalista aquello que, para el joven, podría ser, empero sólo a determinadas condiciones: la “Petrogrado de Italia”.

“En Turín el proletariado ha alcanzado un punto de desarrollo que es entre los más altos, si no el más alto de Italia. [...] Se entiende, por lo tanto, porqué en Turín haya surgido y sea más advertida la necesidad de integrar la actividad política y la económica con un órgano de actividad cultural<sup>1110</sup> [...] Uno de los vacíos más graves de nuestra actividad es ésta: esperamos la actualidad para discutir cuestiones y fijar las directivas de nuestra acción. Constreñidos por la urgencia, conferimos a los problemas soluciones apresuradas, en el sentido que no todos los participantes al movimiento se han adueñado de los términos exactos de las cuestiones y por lo tanto, si siguen la directiva fijada, lo hacen más por espíritu de disciplina y por la confianza que sienten por los dirigentes, que por una racional espontaneidad [...] Así se explican también los fenómenos de idolatrías, un contrasentido en nuestro movimiento, en tanto que hacen regresar de la ventana el autoritarismo metido a la puerta.”<sup>1111</sup>

Gramsci ve abriéndose, hacia finales de la guerra, una época de extrema movilidad de los frentes político-ideológicos, lo cual hace que perciba aún más urgentemente los problemas “filosóficos, religiosos, morales que la acción política y económica presupone”. Una asociación de cultura, entonces, no “porque el socialismo es una visión integral de la vida: posee una filosofía, una mística, una moral”, sino porqué puede serlo sólo como capacidad de resolver, sobreponiéndose a, las necesidades del momento.<sup>1112</sup> Tal vez en ningunos otros artículos como en los dedicados a la relación entre cultura y organización transpira su aversión profunda para lo técnico, lo empírico, lo pragmático en cuanto condena de las mayorías a la pasividad. Cultura, para Gramsci, debería ser, antes que nada, lo popular para el movimiento obrero, así como *no es* para la burguesía

---

<sup>1110</sup> Con la detención de los vértices del socialismo turinés, sucesiva a los “hechos de Turín”, Gramsci asume, ya mencionamos, el cargo temporal de secretario de la sección política provisional y la guía de la redacción del “Grido del popolo”, tarea, ésta última, en la cual concentrará toda su actividad desde agosto 1917 hasta octubre 1918. Su proyecto es articular labor política y elevación intelectual y moral del proletariado, razón por la cual, en diciembre del 1917, propone fundar una asociación de cultura al lado de la organización política y económica. La iniciativa no logra desplegar por la oposición de los dirigentes sindicales, que lo acusan de intelectualismo, así como los exponentes políticos, ahora encarcelados, habían hecho anteriormente con Tasca. Constreñido por el ambiente, Gramsci llevará a cabo el proyecto en escala restringida, dando origen, con algunos compañeros, a un “club de vida moral”, mientras, durante el “Ordine Nuovo” avanzará la propuesta de crear los “Soviet de cultura proletaria”. Si “brincamos” hasta los años de la cárcel, el grupo de estudio en el cual tendrán lugar las discusiones y rupturas en torno a la propuesta de la constituyente pueden considerarse en línea con esta necesidad, siempre y profundamente sentida en Gramsci, de un movimiento obrero capaz de dominar intelectualmente la realidad. Cfr. Rapone, *ibidem*, pp.

74-81. Relativamente a los dos proyectos mencionados, cfr. Gramsci, *Per una associazione di cultura e Id. Cronache dell' Ordine Nuovo*, en “L' Ordine Nuovo”, 12 julio 1919, ON (1987) p. 126. Relativamente al “club de vida moral”, entre otros, el testimonio de Boccoardo en *Gramsci vivo nelle testimonianze dei suoi contemporanei*, Paulesu (a cura di). Milano: Feltrinelli, 1977.

<sup>1111</sup> Gramsci, *Per un'associazione di cultura*, en “Avanti!”, 18 diciembre 1917, CF pp. 497-00.

<sup>1112</sup> La asociación permitiría también resolver, continúa Gramsci, “la cuestión de los ‘intelectuales’.” En este escrito emerge aquella que, según es de mi conocimiento, constituye la única elaboración de la “cuestión” en términos aparentemente instrumentales. Puede explicarse dado el enfrentamiento de Gramsci con quienes, en Turín, lo van tachando de intelectualismo. Habría que notar que, también en este caso, rehúsa una toma de posición abstracta. Critica los anti-culturalistas no por principio, sino porque su posición evita someter los intelectuales a la prueba de la política. “Los intelectuales representan un peso muerto en nuestro movimiento, por qué no poseen en este movimiento una tarea específica, adecuada a su capacidad”. Gramsci, *Per un'associazione di cultura*.

italiana: una cultura “de clase” porque de carácter programático en lugar que “espiritual”, y un programa concreto exactamente porqué “ideal”, relativo a la comprensión, por parte de la clase, “de la complejidad de su existencia”, de su relación con la totalidad.

Los términos con los cuales reflexiona acerca del sujeto como proceso de formación abarcan la cultura obrera en contra del “jesuitismo” del socialismo turinés;<sup>1113</sup> la cultura civil-humanista en contra de la retórica del patriotismo nacionalista,<sup>1114</sup> la disciplina de partido en contra de la inevitabilidad, según las nuevas ciencias sociales, del “único”,<sup>1115</sup> hasta el Estado “de la burguesía” en contra de la máxima “la dirección del país a los competentes, a los técnicos;”<sup>1116</sup> Impresiona -y tal vez salga más fácilmente a la luz siguiendo el devenir cotidiano de sus artículos que la compleja estructura de las notas de los *Cuadernos*- este articular cuestiones aparentemente distintas sin utilizar nunca el paradigma, la definición, el tipo ideal. Impresiona, podemos parafrasearlo, una mentalidad, una habilidad, clásica: el saber ir “a aquello que es lo esencial del

---

<sup>1113</sup> “En Turín la Universidad popular es una flama fría. Ni es universidad, ni es popular. [...] estos dirigentes no entienden que las nociones, separadas de todo este laborío individual de investigación, no son ni más ni menos que un dogma [...] se reducen a una enseñanza teológica, a una renovación de la escuela jesuítica, donde el conocimiento es presentado como algo definitivo, apodícticamente indiscutible. [...] quien escribe estas notas sobre su vida de aprendizaje universitario recuerda con más intensidad aquellos cursos en los cuales el docente le hizo sentir la labor de investigación conducida a través de los siglos para conducir a la perfección el método [...] la enseñanza, desarrollada de tal manera se vuelve *un acto de liberación*. Posee el fascino de todas las cosas vitales.” Gramsci, *L'università popolare*, en “Avanti!”, 29 diciembre 1916., CT, pp. 673-76. Las cursivas son mías.

<sup>1114</sup> “[los nacionalistas] quieren reconducir la escuela clásica a las tradiciones itálicas. Quieren desnaturalizarla [...] Creen vulgarmente que en la escuela clásica se debe aprender a leer y escribir en latín y griego [...] Nada de más equivocado. La escuela clásica, en comparación de la técnica y la profesional, es buena todavía porque no se propone un fin tan estúpidamente concreto. *Su fin es concreto, empero de una concreción ideal, y no mecánica*. [...] La escuela clásica alcanza el fin ideal a través del estudio de la lengua latina y griega. El estudio hecho filológicamente [...] las lenguas muertas ofrecen este instrumento paradójico de estudio: son muertos todavía vivos [...] Habiendo cerrado el ciclo de su existencia, el latín ofrece el ejemplo de todo el trabajo de crítica histórica a través el cual un fenómeno se forma lentamente como una unidad [...] Es su adhesión paciente y tenaz a la ‘historia’ que caracteriza la escuela clásica. Es el método histórico [...]” Gramsci, *La difesa dello Schultz*, en “Avanti!”, 27 noviembre 1917, CF pp. 458-61. Las cursivas son mías.

<sup>1115</sup> “¿La razón puede ser interpretada por una colectividad? Ciertamente *el único* delibera (para encontrar la razón, la verdad) más rápidamente que una colectividad [...] es también verdad que *el único* puede volverse o ser visto como tirano, y la disciplina por aquél impuesta puede disgregarse [...] a través de la discusión debe acontecer una fusión de las almas y de las voluntades. Los elementos de verdad, que cada uno puede llevar, deben sintetizarse en la compleja *verdad* y ser la expresión integral de la *razón* [...] Se puede ser intransigentes en la acción solo si en la discusión se ha sido tolerantes” Gramsci, *Intransigenza-Tolleranza, Tollernza-Intransigenza*, en “Il Grido del popolo”, 8 diciembre 1917, CF. pp. 478-80. Las cursivas son de Gramsci. El artículo es escrito en polémica con la teoría del partido moderno y sus inevitables degeneraciones burocráticas, así como ésta era avanzada, en estos mismos años, por Michels.

<sup>1116</sup> “La nación italiana está viviendo experiencias que no deberían permanecer sin resultados para la formación de una concreta educación política. Abusando de la deficiencia de hombres capaces, de la cual sufre la clase dirigente, debido al hecho que el capitalismo en Italia todavía se encuentra en sus inicios [...] se estuvo cumpliendo una campana pedagógica, perentoriamente jacobina, para imponer un Estado de profesionales, una especie de sindicalismo capitalista [...] para intentar imponer un gobierno de capitalistas organizados en categorías, temerosos del gobierno de los partidos, de la libre competencia en política, así como del liberismo comercial [...] aun asumiendo el gobierno del Estado, los industriales técnicos permanecerán siempre siendo especuladores, antepondrán siempre sus intereses privados a los colectivos, aun solamente colectivos en el sentido de clase, empero de toda la clase”. Gramsci, *Il culto della competenza*, en “Avanti!”, 13 mayo 1918, NM pp. 20-21.

problema”.<sup>1117</sup>Lo esencial, para Gramsci, se delinea siempre más claramente con qué entender por universal concreto, por inteligibilidad de la historia, en relación a un orden no sólo político, sino social. En mayo del 1918, criticando la burguesía italiana por su empirismo, estrechez de horizontes, corporativismo:

*“la escisión entre economía y política es una íntima necesidad de la civilización capitalista; la clase burguesa se fractura en una infinidad de intereses contrastantes, por eso el Estado autoritario que equilibra y regula las actividades múltiples y es, sólo, la síntesis del interés de clase. La burguesía no es sólo clase económica: en su seno se afirman los sectores históricos, tendenciales, de cultura, y de estos sectores brotan los hombres de gobierno, que perciben mejor el interés de la clase, por la educación recibida, por el sentido jurídico del cual son encargados, por la acción purificadora que obra la competencia entre los partidos de gobierno, alimentada por la propaganda de ideologías morales y políticas.”*<sup>1118</sup>

No sólo la separación entre economía y política constituye el rasgo constitutivo de la forma social burguesa, lo fundamental para Gramsci es que, exactamente por ser el Estado moderno sólo de clase, la burguesía, como fuerza política, *no puede ser sólo* clase económica. La soberanía de la clase como Estado no es inmediatamente porque económicamente dada, sino implica la capacidad de forjar una unidad que es política porque es, a la vez, ideológica (entre sectores de la burguesía, entre clase y sociedad, entre sociedad y Estado).

La crítica al capitalismo corporativo -la fracción más avanzada de la burguesía industrial que, en su batalla proteccionista, recibe el aplauso patriótico de la “Idea nacional” a sus actos de corrupción- es conducida según el mismo razonamiento que el joven va siguiendo en relación a la cultura como organización, sea ésta de una universidad popular, un partido, en fin, un Estado liberal moderno. Al centro encontramos la relación entre particular y general desde el horizonte del sujeto social que puede conformarse como sujeto político sólo en cuanto hábito, sofisticado, de razonar históricamente, y una “razón” que el proletariado necesita “vivir”, hacer propia, conformando *su propio* sentido de la historia. ¿Qué significa, en el 1917, con la revolución rusa en curso y una Turín civil en ebullición, esta “adhesión paciente y tenaz a la ‘historia’”, al método filológico?<sup>1119</sup>

La aceleración de la política, aconteciendo más allá de las iniciativas del partido socialista, maximalista, solicita Gramsci actualizar su propio discurso sobre la intransigencia. A partir del octubre ruso, Marx inicia a ocupar el centro de su cuadro teórico referencial, abriéndose la fase durante la cual surgirán, veremos, algunos de los

---

<sup>1117</sup> Gramsci, *La difesa dello Schultz*.

<sup>1118</sup> Gramsci, *Il culto della competenza*. Las cursivas son mías.

<sup>1119</sup> Gramsci, *La difesa dello Schultz*.

temas principales de los *Cuadernos*. En el 1918, resumiendo el sentido de más de un año de labor:

“*Después de los hechos del agosto 1917*, cuando el movimiento socialista y proletario de Turín y provincia recibió una embestida formidable que amenazó disgregarlo y disolverlo, continuar la publicación del Grido era documento de energía y de acción socialista [...] El Grido ha intentado transformarse, de semanal de crónica local y de propaganda evangélica, en una pequeña reseña de cultura socialista, desarrollada según las doctrinas y las tácticas del socialismo revolucionario [...] El Grido ha buscado emprender una dirección precisa, ideal, y ciertamente lo ha logrado si los periódicos adversarios lo toman como ejemplo de frenético (!) Bolchevismo”<sup>1120</sup>

Gramsci, que en la revolución rusa de febrero reconoce el protagonismo obrero y prevé desde un inicio, también veremos aduciendo cuáles razones, el desenlace socialista, le ha dedicado los primeros artículos en abril del 1917<sup>1121</sup>y, una vez asumida, en agosto, la dirección del “Grido”, la “exegesis política”<sup>1122</sup>del bolchevismo ha ido conformando el eje entorno al cual articular la discusión del periódico. Al mismo tiempo, si los acontecimientos rusos, y las divisiones que su interpretación va provocando entre las filas del socialismo, intervienen profundamente en su maduración intelectual y política, Gramsci llega a este encuentro -así como reivindicará determinados rasgos de los bolcheviques- empeñado en dar razón del “carácter” de la burguesía y el Estado italiano. Desde el 1916, lo vemos transitar de una a otra de las dos directivas a través de las cuales busca racionalizar históricamente el presente. No abandona la confrontación con el Estado ético-político, sino quiere, con siempre mayor insistencia, lograr articularla con una dimensión socio-económica.<sup>1123</sup>Su originalidad emerge en cómo va elaborando aquello que definirá, en los *Cuadernos*, el problema fundamental del materialismo histórico: la relación entre estructura y superestructura.<sup>1124</sup>Considerar su primer esbozo significa, por lo tanto, entrar en el mérito de la cuestión sublevada anteriormente, o sea, si asumir el liberismo como programa económico corresponda al insertar el movimiento

---

<sup>1120</sup> Gramsci *Il Grido del popolo*, en “Il Grido del popolo”, 19 octubre 1918, NM pp. 340-41. La referencia a la represión no concierne sólo a la encarcelación de los cuadros dirigentes del movimiento y del partido socialista sucesivamente a la insurrección turinesa, sino también al clima de autoritarismo hecho de represión policial, censura y, sobre todo después de Caporetto, de propaganda “anti-derrotista” que, desde entonces, ha ido caracterizando la ciudad, por iniciativa de la administración y el apoyo, en particular, de exponentes del partido nacionalista y de la burguesía industrial.

<sup>1121</sup> El primer artículo dedicado a la revolución rusa es del 20 abril 1917, *Morgari in Russia*; el segundo, de tonos teórico-políticos generales, y casi inmediatamente sucesivo, es *Note sulla rivoluzione*

*rusa*, del 29 abril 1917. Regresaremos a los dos en el quinto y último capítulo.

<sup>1122</sup> La expresión es del 1922 y de Gobetti el cual, en su *La Rivoluzione liberale*, escribía del Grido bajo la dirección de Gramsci: “El pequeño semanal de propaganda del partido se transformó en el 1918 en una revista de cultura y de pensamiento. Publicó las primeras traducciones de los escritos de los revolucionarios rusos, se propuso la exegesis política de la acción de los bolcheviques” Gobetti, *Storia dei Comunisti scritta da un liberale*, cit.

<sup>1123</sup> Una forma de proceder que es sorpresivamente paralela al Marx empeñado en transitar de la confrontación con Hegel hacia la elaboración del primer núcleo del materialismo histórico.

<sup>1124</sup> Gramsci, C. 4 § 11, 12.



obrero en el cuadro del liberalismo político. Al respecto, no hay duda que el sentido de la batalla anti proteccionista para Gramsci sea promulgar la transformación del Estado italiano en la dirección del pleno desarrollo de las libertades civiles y políticas, el problema es entender qué signifique, en su perspectiva, razonar acerca de la revolución desde el punto de vista del sujeto histórico.

La primera conceptualización del capital remonta al 1916. Vemos a Gramsci transitar del orden todavía especulativo de la *praxis*, el sujeto como ideal que se vuelve práctica articulándose a una fuerza social, hacia el análisis de la fuerza social como articulación, en proceso, entre el plano económico y el político. Un primer paso en esta dirección es historicizar el capital como cambio económico-social que siguió al dominio político de clase.

“De hecho ni el capitalismo es en su esencia histórica burgués; en realidad es una superestructura burguesa, *es la forma concreta tomada por el desarrollo económico algún tiempo después de la afirmación del poder político* de la nueva clase, por el esfuerzo que aquella hizo para plantar raíces siempre más sólidas en el mundo”<sup>1125</sup>

El instrumento conceptual de referencia es el Engels de la ya mencionada carta a Turati del 1894, la cual contenía un esbozo de análisis del proceso de unificación nacional italiana y la tesis de un desarrollo capitalista otro respecto a las leyes de tendencias individuadas por Marx y que, al mismo tiempo, confirmaba su validez histórica.

“La situación italiana, en mi opinión es ésta. La burguesía, llegada al poder durante y después de la emancipación nacional, no supo ni quiso completar su victoria. No ha destruido los residuos de la feudalidad, ni ha re-organizado la producción nacional según el modelo burgués moderno. Incapaz de hacer participar el país en las ventajas, relativas y temporales, del régimen capitalista, le impuso todos los cargos, todas las desventajas.”<sup>1126</sup>

Gramsci está en búsqueda de una relación entre pasado y presente, entre el propio contexto histórico-político y las razones por las cuales Engels impulsaba a Turati a construir, paralelamente a una estrategia de alianzas en la sociedad política, una capacidad

---

<sup>1125</sup> Gramsci, *Socialismo e cooperazione*, en “L’ Alleanza cooperativa”, 30 octubre 1916, CT pp. 600-3. Las cursivas son mías.

<sup>1126</sup> Y como tal, continuaba Engels, confirmaba la visión de Marx sobre el capital como una época histórica donde no es sólo la aflicción de las mayorías por el desarrollo de la producción capitalista, sino, y más aún, por las faltas de este mismo desarrollo. En referencia a los escándalos de corrupción que iban signando el fin de la era crispina, y evidenciando la centralidad del problema meridional, la burguesía italiana: “no satisfecha con eso, perdió por siempre, en

abyectas especulaciones bancarias, aquello que le quedaba de respetabilidad y de crédito. El pueblo trabajador -campesino, artesanos, obreros agrícolas e industriales- se encuentra por lo tanto aplastado, de un lado por los antiguos hábitos que no son solo el legado de los tiempos feudales, sino también de la antigüedad (aparcería, latifundio del mediodía, donde el ganado subroga el hombre), por el otro lado, de la más voraz fiscalidad que el sistema burgués haya nunca inventado”. Engels, carta a Turati, del 26 enero 1894, cit.

de dirección ideológica entre los sectores populares. Era el periodo, vimos, de consolidación del Psi como fuerza empeñada en la defensa de su acceso a la vida estatal y en el medio de aquella mixtura de violencia y construcción del consenso “desde arriba” que había caracterizado las últimas décadas del siglo XIX. Ignorando el aspecto fundamental de la línea aconsejada por Engels -articular la lucha en la sociedad política con la dirección, en la sociedad civil, de los trabajadores, campesinos y pequeños productores- el reformismo turatiano había optado por la vía exclusiva de los equilibrios parlamentarios, utilizando como fuente de legitimación el desarrollo del país como un organismo económico moderno y el movimiento obrero como su verdadero promotor. El retraso de la burguesía italiana se había en ese entonces conformado en uno de los *topos* de la tradición socialista, legitimando el encuentro con el giolittismo y el compromiso corporativo entre el trabajo asalariado y los sectores más avanzados del capital industrial.<sup>1127</sup>

Para Gramsci, “intransigencia” no significa simplemente denunciar la renuncia del socialismo reformista a la perspectiva revolucionaria; su reflexión pertenece a una época en la cual el motivo del atraso de la burguesía italiana ya no es “patrimonio” socialista, sino se ha convertido en el objeto de una contienda transversal a diferentes posiciones políticas, el debate en torno a la modernidad dejando lugar a la condena de la burguesía como sentir general entre sectores medios e intelectuales. Ya no se apela solamente a una profunda transformación económico-social, sino, como vimos, el lenguaje es el espiritualista de la contraposición entre un modelo ideal y una realidad hecha de expedientes empíricos, contingencias, incapaz de cumplir una misión histórica.

Las diferencias, y hasta oposiciones, concernían obviamente el modelo. El “protonacionalismo” -movimiento ideológico confinado en el ámbito literario y cultural- había inaugurado, a inicio siglo, la batalla ideal en contra de una burguesía que incapaz, en su perspectiva, de reaccionar con igual determinación a la descomposición impulsada por el socialismo y la democracia, había que regresar a la espiritualidad de la fuerza y la voluntad de las *elites*.<sup>1128</sup> En los años de la guerra, las fracciones más avanzadas del capital industrial y sus intereses monopólicos iban acercándose a estos mismos motivos ideales, que así transitaban del mundo de la cultura, hacia el campo de las relaciones político-

---

<sup>1127</sup> Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, p. 158 y el segundo capítulo de esta labor.

<sup>1128</sup> La primera revista de batalla ideal del nacionalismo fue el ya citado “*Il Regno*”, precedido por la revista de vanguardia el “*Leonardo*”. Principal

exponente del nacionalismo ideológico era Corradini, mientras para el protonacionalismo y los orígenes culturales de la acrimonia anti-burgués las figuras centrales son aquellas de Papini y de Prezzolini.

sociales, volviéndose intérpretes, legitimadores, resguardo ideológico, de programas proteccionistas y estatistas legitimados en nombre de necesidades “patrióticas”. En el frente opuesto, era la variedad política del campo liberista, el programa económico compartido, entre otros, por liberistas radicales y meridionalistas. Si para los primeros la tarea, más que la misión, histórica era de la burguesía, para los segundos del trabajo obrero y campesino; para unos dada la economía como inmediata garantía de riqueza social y libertades, para los otros como el programa de libertad política y justicia social traicionado por los corporativismos, económicos y territoriales, del Psi.

Vemos a Gramsci, participe del complejo entramado que conforma la crisis del giolittismo, sostener posiciones liberistas y utilizar el lenguaje de las vanguardias, con su ataque a la burguesía italiana por empirismo, falta de ideales, normas directivas. Empero, insertando este lenguaje en un propio orden conceptual, Gramsci denuncia el “confusionismo ideológico”, atribuyéndolo no sólo al nacionalismo, sino a un entero clima político-cultural. Su batalla en contra del reformismo socialista en cuanto eje del compromiso corporativo que define el Estado giolittiano lo lleva a percibir, en proceso, la reconfiguración ideológica de la burguesía y ésta, a su vez, lo impulsa a enfocar el Estado italiano en perspectiva histórica, al fin de individuar las dinámicas de una crisis en la cual el joven considera necesario insertar, y re-organizar, la iniciativa socialista.

Si regresar a Engels significa, para este Gramsci, cuestionar el sujeto abstracto, el *a-priori*, la originalidad consiste en enfocar la economía no sólo como política, sino como una economía que, en cuanto política, conlleva un sentir común, una cultura. Una anotación respecto a este último punto. En el momento en el cual encontramos la primera referencia a Engels,<sup>1129</sup> encontramos también la embrionaria elaboración del sentido que Gramsci atribuirá, tres años después, a los consejos de fábrica. Entrando en el mérito del movimiento cooperativo turinés, paralelamente al Estado, el joven va problematizando la revolución, ambos como polos de un único proceso. Asume el punto de vista de la clase como fuerza de cambio y la enfoca como formación de una propia individualidad. Considerando formas de lucha que no son inmediatamente socialistas, su énfasis recae en el capital como *forma*, relación entre producción y mercado.<sup>1130</sup> La circulación, apunta,

---

<sup>1129</sup> Gramsci retomará nuevamente la tesis de Engels en diciembre del 1917, ahora llevándola, veremos, a una original y del todo personal elaboración.

<sup>1130</sup> “El consumo es campo relativamente neutral de la actividad social. El pueblo se escinde en dos clases en función a la producción, no al consumo. Solo políticamente, no económicamente, también el

consumo puede volverse campo de lucha, en cuanto el Estado, ente gubernamental y ejecutivo de la burguesía capitalista, con el proteccionismo, con las barreras aduanales *regula* el consumo sobre la producción del capitalismo nacional”. Gramsci, *Socialismo e cooperazione*. Las cursivas son mías.

es lo socialmente necesario que, entregado al caos, conlleva la actividad reguladora del Estado. Gramsci no sólo piensa la regulación como una “función”, sino la desglosa, en sus términos, como el “sentido de la responsabilidad social” asumida por una fuerza consciente de su propio rol histórico y determinada a absolverlo. Desde un inicio, la relación entre “estructura” y “superestructura”, emerge como la economía que, relación entre fuerzas, no determina, sino *es* el devenir histórico de una forma social como forma política. La revolución es encuadrada como surgimiento de un nuevo orden en el seno del orden que se quiere superar y desde la importancia otorgada a organismos de lucha económica que poseen una valencia política en la misma medida en la cual constituyen un proceso de formación ideológica.<sup>1131</sup>

Voy señalando los orígenes tempranos de aquello que será el sentido profundo del proyecto ordinovista, la revolución no como “toma del poder”, sino como creación de un nuevo Estado en el curso del mismo proceso revolucionario. Lo hago porque me parece insuficiente, y parcialmente equivocado, definir la posición del joven Gramsci como quien, hasta el 1919, no razona en términos de revolución socialista. La dificultad es, de hecho, evitar cosificar términos como “actualidad de” o “transición hacia” el socialismo. Gramsci mira a la revolución no como un acto, sino como un proceso de ruptura y recomposición de equilibrios entre relaciones debido al conglomerarse y al definirse de fuerzas hasta ese entonces dispersas; fuerzas, y cito una terminología inaugurada en ese mismo entonces: pasivas, indiferentes, subalternas. Podríamos decir que mira a la revolución como a la historia misma en cuanto movimiento permanente porque siempre travesado por ideas, programas, el cual, empero, sólo en determinados momentos -y las metáforas son aquellas de las “moléculas que se arraciman”, del “mineral que se metaliza”- lo que era disperso se organiza, se forma, pierde al hábito a la subordinación, el miedo a asumir la responsabilidad del poder.

“Se habla frecuentemente de un antes y de un después. Se espera un día determinado. Nosotros creemos que no existe alguna fecha fija [...] Entre la vida social de cada día y la vida de excepciones de las revoluciones no hay una diferencia cualitativa, sino una diferencia cuantitativa”<sup>1132</sup>

---

<sup>1131</sup> Formación en cuanto a capacidad de distinguir, en el plano de la producción, “el elemento técnico del elemento capital”, la no necesidad del segundo para el primero, y, en el plano del consumo, “los métodos de lucha y los fines políticos que cada uno, a través de

aquella lucha, quiere alcanzar”. Gramsci, *Socialismo e cooperazione*.

<sup>1132</sup> Gramsci, *L' orologiaio*, en “Il grido del popolo”, 18 agosto 1917, CF pp. 281-83.

La suya es una ampliación de la revolución al mismo proceso histórico que, como tal, implica interrogarse acerca del horizonte ideológico de la clase en relación a las mayorías amplias. Una relación que, históricamente determinada, Gramsci elabora como una *forma* Estado. Éste el horizonte que le permitirá sostener posiciones liberistas y, paralelamente, comprender el carácter socialista de la revolución bolchevique, lanzándose en su defensa en contra de quienes, no solo en la prensa “burguesa”, sino en las filas reformistas del socialismo, acusan a los rusos de jacobinismo. Gramsci en los bolcheviques ve, antes que nada, la unidad entre movimiento obrero y sectores populares, y como tal una encarnación, veremos, de la nueva época histórica que considera ir abriéndose.

Siguiendo el desarrollo de sus reflexiones y enfocando sus primeras entradas, del 1916, en el análisis político-social, para Gramsci promover el pleno despliegue del capital equivale a promover el pleno despliegue del antagonismo de clase específicamente capitalista.

“Los proletarios no deben nunca olvidar que ‘depende’ no quiere decir ‘servir’. Hay una dignidad de clase y humana que establece una relación, no decimos de igualdad, sino de diferencia entre proletarios conscientes y propietarios honestos, y tal relación no debería permitir alguna dedición servil. El industrial aún dotado del mejor corazón y de óptimas intenciones, no puede sustraerse al *ubi consistam* de la propia condición pre-ordenada en la explotación, en la *plusvalía* [...] *Queremos un patronato fuerte, activo, consciente de sus propios intereses, enérgico*, sólo así los obreros podrán ver en él un impulsor de clase, al fin de profundizar y resolver las antítesis sociales.”<sup>1133</sup>

En polémica con el determinismo económico de la sofística propia, afirma, de cierto marxismo -el cual no reconoce como celebrar la colosal empresa “del hombre de la FIAT” significaría, “por ejemplo”, aceptar la guerra como consecuencia necesaria de la concentración económica- Gramsci precisa la necesidad de distinguir entre las condiciones económicas del antagonismo social de clase y las formas ideológicas de sus efectivo proceder, entre, en sus términos, Ricardo y Marx.<sup>1134</sup> La reflexión sobre el capital

---

<sup>1133</sup> Gramsci, *Piccole ironie*, en “Avanti!”, 19 marzo 1916, CF. pp. 203-4. Las cursivas son mías. La ocasión polémica es con la prensa turinesa que, en nombre de “una cotidiana vida de trabajo”, ha criticado la crítica del “Avanti!” a las manifestaciones de apoyo de los trabajadores de una empresa de abastecimiento militar a su titular, acusado de malversaciones por parte del tribunal militar.

<sup>1134</sup> En esta ocasión, la polémica de Gramsci es en contra de las enormes ganancias, en tiempo de guerra, de la FIAT y quienes sostienen su “función” desde un punto de vista supuestamente marxista. “¡La

concentración capitalista, la gran industria [...] bien dicho amigo abogado! El proletariado debe facilitarla para profundizar los antagonismos de clase. Empero es cuestión de entenderse sobre la forma de la facilitación [...] En fin, el amigo abogado [...] se queda con Ricardo ... y su fatalismo. Nosotros estamos con Marx y queremos contribuir al desarrollo del capitalismo, a la concentración económica, a la gran industria, a la ampliación de la antítesis de clase, luchando en contra de los capitalistas, denunciando sus malhechos, las formas de explotación ignominiosa, la acumulación de riquezas individuales, por lo tanto, también, al cien por

toma avío en el plano de la producción y, al mismo tiempo, asume una precisa inflexión anti-determinista, casi como si el joven sintiera la necesidad inmediata, enfatizaba Paggi, de “especificar y precisar ulteriormente su forma de pensar”.<sup>1135</sup> El capital como forma social es enfocado en términos progresivos que recuerdan profundamente el Marx del *Manifiesto* y las condiciones de explotación como otras tantas condiciones de liberación político-ideológica del proletariado.<sup>1136</sup> No tenemos el llamado a la burguesía para que absuelva su tarea histórica, sino al proletariado para que reconozca los obstáculos ideológicos, incluido “cierto marxismo”, el economicista, a su pleno desarrollo como proyecto político autónomo; un desarrollo que Gramsci no percibe solo de clase, sino de clase en cuanto fuerza propulsora de un proceso de renovación de la articulación de la vida social como forma de civilización.

Pocos antes, entrando en el mérito de la esfera de la circulación, Gramsci ha indicado la necesidad para el movimiento obrero de hacer propia la lucha anti-proteccionista y anti-estatalista, aunque no se trate de lucha por el socialismo. Liberismo, enfatiza, consiste en contrarrestar el avanzar de iniciativas políticas que, dirigidas a los sectores populares e intermedios, buscan preservar “residuos del pasado”. Propio en Turín, donde “la escisión entre las clases va haciéndose siempre más neta y clara”, va avanzando “el programa democristiano de la pequeña propiedad”, entrada en “el rosado atardecer de una edad en desaparición”. Un anacronismo que contrapone “los intentos de adaptarse, de plasmarse, por un lado, [y] el riguroso desemboque de fuerzas nuevas, de vitalidad nuevas, por el otro”.<sup>1137</sup> No tenemos un devenir histórico por etapas, sino una relación de fuerzas entre el compromiso con el pasado y aquella que Gramsci nombra, según el lenguaje de la época, el lenguaje de la crisis de un entero orden cultural, como “intransigencia”.

Pocos días después, procede en el esfuerzo de clarificar en qué consista este “compromiso” en *Il Mezzogiorno e la guerra*, primer artículo dedicado a las disparidades territoriales del país y primera evaluación de la burguesía italiana en perspectiva histórica.<sup>1138</sup> No se trata aún de la *cuestión meridional* -la cuestión territorial elaborada como cuestión nacional para el socialismo- sino del *Mezzogiorno* según el

---

cien, la FIAT”. Gramsci, *Sofismi curialeschi*, en “Avanti!”, 3 abril 1916, CF pp. 236-37.

<sup>1135</sup> Paggi, *Antonio Gramsci e il moderno principe*, p. 48.

<sup>1136</sup> Cfr. también Gramsci, *Piazza della pace*, en “Avanti!”, 8 mayo 1916, CT. pp. 297-98.

<sup>1137</sup> Gramsci, *Cristianissimi*, en “Avanti!”, 29 marzo 1916, CF pp. 224-25.

<sup>1138</sup> En este periodo, los artículos dedicados a la cuestión meridional, como en el caso del transformismo, son relativamente pocos y, sin embargo, fundamentales para discernir el sentido de la batalla anti-reformista del joven Gramsci y de cómo ésta desemboque en una primera teorización del Estado.

meridionalismo - la cuestión social y democrática como cuestión territorial.<sup>1139</sup> El cuadro conceptual de referencia es el de Salvemini y su crítica al reformismo socialista por haber sacrificado los intereses de justicia social y libertad política de las masas campesinas meridionales a una concepción corporativista de la política; un socialismo que, subalterno al programa giolittiano, había venido menos a la función social y demócrata en nombre de la cual, aun antes de salir del Psi, y fundar “L’Unità”, el historiador meridional impulsaba la lucha conjunta entre obreros del norte y campesinos del sur.<sup>1140</sup>

Salvemini ejerce en este entonces una profunda influencia sobre Gramsci por aquello que concierne a la crítica del reformismo que el joven, revolucionario, interpreta en términos netamente contrapuesto a una estrategia de modernización del país. No sólo Gramsci ve en el reformismo socialista una confirmación, y no una superación, de la inmadurez de la burguesía Italia; acercándose al meridionalismo, retoma el problema de lo popular, horizonte desde el cual procede en búsqueda de una perspectiva de clase respecto a la cuestión democrática y nacional. En el plano económico, para Gramsci, así como para el meridionalista, el proteccionismo ha llevado a un desarrollo desigual del territorio por medio de la sustracción de valor, por vía de la circulación, desde el Meridione rural en beneficio del Septentrión industrial. Acentuando la perspectiva histórica, Gramsci enfoca un momento originario y constitutivo y su periódico renovarse a través de la integración, en la sociedad política, de los grupos económicos más avanzados septentrionales -agrarios y grandes grupos industriales- desde los orígenes del intercambio desigual, hasta las enormes ganancias monopólicas del periodo bélico.<sup>1141</sup>

---

<sup>1139</sup> Entrado el país en guerra, el primer aspecto que atrae la atención de Gramsci es la disparidad de sus consecuencias en el país, sus efectos sobre la precariedad de la unidad nacional. “La cuestión meridional asume un particular resalto político y queda encuadrada en la orientación liberista sostenida por Gramsci tanto para la política económica nacional, cuanto para aquella internacional”. Vacca, G. *Per una biografia*, en *Quaderni del carcere. Edizione anastatica dei manoscritti*, p. 64.

<sup>1140</sup> Salvemini había pasado, en el 1914, del lado del intervencionismo democrático y, aun así, Gramsci no abandona la atención que dedica al devenir de sus posiciones. En particular, cfr. Gramsci, *Política estera socialista*, en “Il Grido del popolo”, 18 mayo 1918, NM pp. 39-40.

<sup>1141</sup> Desde el momento, escribe Gramsci, en el cual la unificación del país ha puesto en contacto las dos partes de la península, la septentrional, sede de “una organización económica similar a aquella de los otros Estados de Europa” y la meridional, donde “la burguesía no existía, la agricultura era primitiva e insuficiente hasta para satisfacer el mercado local”, la centralización política significó la homogenización de

necesidades en favor del área más desarrollada, a través de una política económica proteccionista volcada a la transferencia de valor del Sur hacia el Norte y sólo parcialmente mitigada, en sus efectos sociales, por la válvula de la emigración campesina inaugurada con Crispi y el inicio del colonialismo; hasta llegar al presente, momento en el cual “[...] las empresas industriales del Septentrion encuentran en la guerra una fuente de ganancias colosales, y toda la potencialidad productiva nacional direccionada hacia la industria bélica se circunscribe siempre más en el Piemonte, la Lombardia, Emilia, Liguria y hace languidecer aquel poco de vida que existía en las regiones del Sur. [...] El Mediodía no necesita leyes especiales y tratamientos especiales. *Necesita una política general interior y exterior, que sea inspirada a las necesidades generales del país*, y no a tendencias políticas o regionales particulares”. Gramsci, *Il Mezzogiorno e la guerra*, en “Il Grido del popolo”, 1 de abril 1916, CF. pp. 228-31. Cabe subrayar como, asumida una perspectiva histórica, la solución para Gramsci a la cuestión meridional excluye medidas e intervenciones, de carácter especial, particular. Cfr. Paggi, *ibidem*, pp. 43-44.

Hay, empero, una importante diferencia; elaborando la política no sólo en términos económicos, sino éticos, el joven abre una reflexión acerca del Estado como *forma*. Si en Salvemini, la unidad entre campesinos y proletariados tiene como fin el acceso de las grandes masas populares meridionales, *individuos* sin representación y organización, en el Estado político, en Gramsci esta unidad implica la batalla de la *clase obrera* por la dirección ideológica, en la sociedad civil, de las masas rurales al fin de promulgar la superación de la forma Estado liberal, así como es en Italia: una semblanza de libertades civiles y políticas. Una batalla por la constitución del proletariado como, en sus términos, “clase histórica”, dada una burguesía, la italiana, que, una vez depositado en el sótano sus propios “fundadores históricos”, no pudo hacerse Estado por carecer de una visión orgánica de la relación entre economía y política, por no expresar una capacidad dirigente.<sup>1142</sup>

En los artículos inmediatamente sucesivos, la polémica anti-proteccionista y anti-estatalista queda así enfocada como unidad posible entre campo y ciudad y ocasión estratégica para el movimiento obrero, única fuerza social organizada en partido moderno, de conformar su capacidad directiva sobre las mayorías amplias. Organizar, bajo dirección socialista, los intereses sociales de los sectores populares, en primer lugar los campesinos desorganizados, es condición *sine qua non*, afirma, para que la teoría como ciencia pura -el liberismo económico- encuentre la fuerza social sin la cual no puede volverse práctica, política.<sup>1143</sup> Llama inmediatamente la atención el no reivindicar la batalla liberista para fines democráticos ¿Cuál, entonces, el fin que Gramsci le atribuye en términos políticos?

---

<sup>1142</sup> Después de haber entrado en el mérito de la cuestión meridional, Gramsci decide dedicar diversos números del “Grido” y una rúbrica especial al interés de los socialistas en promover el liberismo, aunada a una publicación de escritos de Cavour. La rúbrica es introducida por el ya citado artículo *Contro il feudalismo económico. Voci dalla soffitta*.

Para el joven Gramsci, Cavour representa el proyecto de conjunción entre liberismo y liberalismo, economía y política, así como el hegelismo napolitano su expresión filosófico-cultural. Cfr. Paggi, *Antonio Gramsci e il moderno principe*, pp. 44-45.

<sup>1143</sup> En relación a las especulaciones de los agrarios sobre el precio del pan a través el control monopólico del mercado, exacerbado en tiempos de guerra: “el proteccionismo en Italia se ha reforzado porque ha sabido hábilmente volver antagónicos los intereses inmediatos del campo y aquellos de la ciudad, y de una parte de Italia y de la otra. Por lo tanto, es tarea del proletariado urbano, más duramente golpeado por las alquimias de los agrarios y, además, más preparado por la lucha, buscar desmoronar, con su resistencia y

oposición, aun violenta, la vieja máquina camorrista”. Gramsci, *Clericali e agrari*, en “Avanti!”, 7 julio 1916, CF pp. 425-27. En septiembre, define el proteccionismo como “grave problema nacional, problema de libertad y en conjunto de solidaridad con los proletarios de toda Italia”. La lucha en contra del proteccionismo “se presenta en este momento en condiciones muy favorables para el Partido socialista [...] el contraste entre capitalismo y proletariado se esclarece aún mejor en esta lucha, adquiere plasticidad, adquiere nuevos elementos de propaganda.” Refiriéndose a la escuela económica liberista turinesa, de la cual Einaudi era el principal representante: “la pura doctrina no logrará nunca transformarse en práctica activa si la ciencia no encuentra en una corriente social bien organizada la fuerza que le dé una consistencia política [...] el proletariado italiano debe hacer un acto que demuestre su unidad, permanecida firme a través las vicisitudes de la guerra”. Gramsci, *Unità*, en “Avanti!”, 23 septiembre 1916, CT pp. 557-58. Las cursivas son mías.



La cuestión se articula a la concepción que el joven tiene, en este entonces, de la democracia y el sentido, contextualmente determinado, en el cual sus tonos son “absolutamente crítico y negativo”.<sup>1144</sup> Rapone señala como el carácter distintivo de su posición política sea la forma de la contraposición que Gramsci establece entre democracia y liberalismo, la cual lo distingue, en el debate político-cultural, tanto de las filas del maximalismo, así como de las vanguardias. Relativamente al socialismo, también en su caso, la crítica a la democracia liberal se fundamenta en el carácter contradictorio de una forma política volcada a promover la igualdad formal bajo el presupuesto del antagonismo social, cuyo correlato, ya vimos, es la identificación del proletariado como única clase consecuentemente democrática, única capaz de concebir la propia emancipación como desarrollo de la democracia hacia sus últimas consecuencias, el socialismo.<sup>1145</sup> Empero, en Gramsci, no sólo resalta la contradicción entre forma social y forma política, sino emerge el punto de vista de la subjetividad, el énfasis en la consecuencias de la democracia como *forma*, moral y abstracta, de interpretar la política.

*“Democracia es sobre todo una forma de considerar los hombres. Es el punto de contacto entre las doctrinas morales, cuales se han desarrollados con Emanuel Kant, y la vida política. La democracia vulgariza estas doctrinas, las vuelve militantes: para ella el pensamiento se vuelve acción, busca traducirse en práctica cotidiana. Los hombres, en la doctrina moral llegan a ser considerados como actores efectivos, como responsables directos de las consecuencias que su obrar provoca en la vida de relación de la sociedad humana [...] La democracia es entonces el intento de moralizar la vida política, interna e internacional. En sentido absoluto es un bien, representa un progreso ideal. En la historia su importancia cambia. En la historia una verdad no vale tanto en sí misma, cuanto por los efectos que provoca, y por los hombres o las asociaciones de hombres que la propagan [...] Una ideología se afirma o cae en el olvido, no proporcionalmente a su valor filosófico y humano, sino proporcionalmente a la receptividad de las condiciones históricas del tiempo en el cual la ideología fue concebida y difundida. La democracia, el intento de moralizar las relaciones políticas internas e internacionales, haciendo de cada individuo humano un ciudadano, responsable de la vida social, iniciador y actor libre de la actividad histórica, es ideología que no puede afirmarse integralmente en la sociedad capitalista. La parte de ella realizable es el liberalismo, para el cual todos los hombres pueden volverse autoridad, empero uno a la vez, con la circularidad de las minorías, empero no todos juntos, sino una minoría a la vez. La democracia integral sostiene el “todos al mismo tiempo” y choca contra las contradicciones ambientales, contra el sistema de producción; explicita una función morbosa, de confusionismo, de gratuidad, de predicación de la incoherencia. Es un pantano, más que un progreso efectivo”.*<sup>1146</sup>

En este pasaje es más que evidente la influencia de la imputación a la democracia del vicio del abstractismo político y moralismo, tema clásico de la polémica antidemocrática

<sup>1144</sup> Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, p. 352.

<sup>1145</sup> Vacca, *Quel che resta di Marx*, pp. 20-21. Se trata de la tesis avanzada por Marx en la introducción a la crítica a la filosofía del derecho de Hegel. Cfr. el primer capítulo de esta labor.

<sup>1146</sup> Gramsci, *Repubblica e proletariato in Francia*, en “Il Grido del popolo”, 20 abril 1918. CF pp. 836-43. Las cursivas son mías.

crociiana.<sup>1147</sup> Al mismo tiempo, el antagonismo social de clase que Croce reconduce al momento de la política como fuerza y al cual contrapone la historicidad del ideal liberal, en Gramsci, marxista, se convierte en la historicidad del liberalismo como ideología, una teoría que, como política, se afirma -cosa que no puede hacer la ideología de la democracia integral- por su organicidad a las condiciones económico-sociales. Para Gramsci, afirmar que los socialistas son “los únicos democráticos” no significa tanto reivindicar el socialismo como la “verdadera” democracia, la dependencia de la libertad de la igualdad, sino, y sobre todo, enfocar las implicaciones de la ideología democrática para la lucha socialista en el contexto de un Estado, el italiano, que no expresa una organicidad entre economía y política, un Estado aparentemente liberal, un Estado “permanecido paterno y despótico bajo la barniz superficial del énfasis democrático”<sup>1148</sup> La democracia, afirma, “confunde” aquello que el liberalismo expresa, o sea, las contradicciones del capitalismo como “modo de producción”, por las cuales el joven entiende el devenir del antagonismo social de clase en cuanto lucha entre programas políticos e horizontes ideológicos definidos en autonomía del adversario. Gramsci, en fin, piensa el problema de la democracia para el socialismo, dado el liberalismo, así como éste se ha dado en Italia: como transformismo. Y, si en relación al transformismo, ya vimos, toma distancia de la justificación metahistórica de Croce, distinguiendo entre transformismo y liberalismo, separa su crítica a la democracia de las posiciones conservadores o hasta reaccionaria, iliberales, de las vanguardias. Mientras entre las filas protonacionalistas del nuevo radicalismo intelectual, los años giolittianos son para condenarse por las degeneraciones democráticas e igualitarias de la burguesía liberal, el giolittismo según Gramsci nada tiene que ver con el liberalismo.<sup>1149</sup> El sentido de su batalla anti-democrática reside todo en la ausencia, en Italia, de una burguesía con un horizonte no sólo democrático, sino liberal para valorizarse. Sólo la crítica al giolittismo como transformismo y su encuadramiento en perspectiva histórica puede entonces proporcionar las coordenadas político-culturales, la contextualización necesaria, para entender en qué sentido Gramsci distingue entre lucha por las libertades económicas, civiles y políticas, por un lado, y lucha por la democracia, por el otro, y así calificar el sentido lapidario de afirmaciones cuales:

---

<sup>1147</sup> Rapone, *ibidem*, p. 355.

<sup>1148</sup> Gramsci, *La borghesia italiana*, Raffaele Garofalo, en “Avanti!”, 9 enero 1918, CF pp. 544-48.

<sup>1149</sup> Rapone, *ibidem*, p. 363.

“Por muchas de estas razones la democracia es nuestra peor enemiga, es aquella con la cual debemos siempre estar preparados a entrar en pelea, porque enturbia el límpido desprendimiento de las clases [...] no que las conquistas democráticas no sean deseables, empero deben serlo solo como medio y posibilidad de un más rápido desarrollo, y no ya como fin último de la historia. Deben, en fin, volverse instrumentos de la lucha de clase y no razones para efusiones sentimentales y un abrazarse general”.<sup>1150</sup>

Las razones mencionadas, en este mismo artículo, son el haber vivido en primera persona la “conversión” de las fuerzas de inspiración demócrata, republicana y radical, hacia posiciones autoritarias y represivas.<sup>1151</sup> Las motivaciones, empero, no son solamente coyunturales, Gramsci en la demagogia patriótica de la “democracia insubstancial”<sup>1152</sup> ve la confirmación de un rasgo que desde entonces permanecerá en su propia concepción de la política: la asociación entre abstractismo teórico y autoritarismo político, estrechamente articulada al rechazo de la lucha por el Estado como acto, toma del poder, conquista, y una fuerte dialéctica, presente en su horizonte desde inicio, la misma que mantendrá en el curso de su maduración política e intelectual, entre socialismo y libertad. Volveremos, sobre este punto en el último capítulo, al momento de considerar su defensa y caracterización de los bolcheviques como los anti-jacobinos.<sup>1153</sup>

El Gramsci que quisiera ahora destacar es el Gramsci de: “la democracia burguesa italiana es condenada”, afirma en septiembre del 1918, “por no tener una vida política digna, por consumarse en las luchas facciones y volverse cada vez más víctima, engañada y escarnecidas por aventureros.”<sup>1154</sup> En el arco de dos años, a partir la primeras incursiones, del 1916, en temáticas de orden social y político, hasta el mayo del 1918 y el importante artículo *L'intransigenza di classe e la storia italiana*,<sup>1155</sup> Gramsci ha entrado en el mérito del “análisis de las *funciones* del Estado en régimen capitalista”.<sup>1156</sup> Vuelvo empero a insistir. En Gramsci, lo “propio” es el no razonar en términos de “funciones”, sino de historicidad y esta “búsqueda constante de lo concreto y de la determinación de cada situación histórica” constituye la base del sentido que atribuye a la batalla liberista.<sup>1157</sup>

---

<sup>1150</sup> Gramsci, *La conferenza e la verità*, en “Avanti!”, 19 febrero 1916, CT pp. 140-41.

<sup>1151</sup> Como vimos especialmente durante la fiebre intervencionista, anteriormente a la guerra. Empero, el mismo fenómeno se había verificado con el colonialismo, en los tiempos de Crispi, y volvía, sobre todo para Gramsci, en la lucha en contra del “derrotismo” en fase de creciente movilización no sólo obrera, sino popular en contra de la continuación del conflicto.

<sup>1152</sup> Gramsci, *La conferenza e la verità*.

<sup>1153</sup> Veremos también, anticipo, la nueva acepción que Gramsci conferirá al “jacobinismo”, insertándolo en perspectiva histórica, en marzo del 1918, a partir de la disolución de la Asamblea Constituyente.

<sup>1154</sup> Gramsci, *La democrazia italiana*, en “Il Grido del popolo”, 7 septiembre 1918, NM pp. 279-80.

<sup>1155</sup> Gramsci, *L'intransigenza di classe e la storia italiana*, en “Il Grido del popolo”, 18 mayo 1918, NM. pp. 27-38. Lo consideraré en breve.

<sup>1156</sup> Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, p. 160.

<sup>1157</sup> Paggi, *Antonio Gramsci e il moderno principe*, p. 58. También para Rapone el sentido de la historicidad de lo concreto es lo esencial del método gramsciano. El mismo Gramsci habla de “funciones” del Estado, utilizando una terminología propia de la sociología y política como “ciencia”. Sin embargo, una de las características propia del método de Gramsci, ya mencionamos, es este utilizar un lenguaje adversario

Paggi hacía notar como, en los artículos juveniles, los términos liberismo y liberalismo aparezcan paulatinamente en pareja. La razón:

“ejemplifican la relación entre económica y política [...] *dialéctica que no admite síntesis privilegiadas* y que encuentra en el libre desarrollo de la lucha de clase su ejemplificación histórica y, en el fondo, su único y exclusivo punto de referencia”.<sup>1158</sup>

La anotación de Paggi me parece fundamental y, empero, necesita ser calificada. Insertando la libre-competencia en un propio orden conceptual, Gramsci busca atribuir a la economía un respiro histórico, anti-determinista, político. Atrás de la polémica anti-economicista, atrás de la confrontación con el reformismo socialista, encontramos, aun solamente como abertura de un horizonte, el marxismo como filosofía de la *praxis*. Encontramos Gramsci, así como “vuelve” al *estatus* teórico específico del materialismo histórico buscando su autonomía del neo-idealismo. A través de la batalla liberista, lo vemos transitar del problema de la subjetividad *en* la historia, la refutación especulativa de la transcendencia, hacia la búsqueda de su resolución en la política. Si la cuestión alcanzará una resolución definitiva sólo en los *Cuadernos*, es en el periodo juvenil que Gramsci abre la reflexión en torno a la determinación filosófica del marxismo.

Antes del “Ordine Nuovo”, el nivel más alto de elaboración pertenece a los artículos dedicados al bolchevismo, verdaderas reflexiones en torno al materialismo histórico. En diciembre del 1917, es la publicación de *La rivoluzione contro il capitale*. En enero del 1918 se abre la polémica con Treves respecto a la interpretación de la revolución bolchevique. La respuesta de Gramsci a Treves, la *Critica Critica*, es del 12 enero, sólo una semana sucesiva a la publicación de un texto de Labriola -que consideraremos en breve-, lo cual demuestra cómo el octubre sea el factor determinante que empuja Gramsci hacia una reflexión teórica sobre el marxismo como forma de inteligibilidad histórica. Entre enero y julio serán *Constituyente y Soviety*, *Wilson e i Massimalisti Russi*, *Il nostro Marx y Utopia*, las contribuciones “filosóficas” más importantes del periodo. Sin entrar en el mérito de estos artículos no es de hecho posible considerar si, y cómo, el joven Gramsci fundamente en la política “el carácter concreto de la visión histórica de Marx”, sí y cómo, articule a una “relación indisoluble” entre filosofía y política una visión abierta, anti-fatalista de la historia y al mismo tiempo busque preservar el plano de la filosofía, de la necesidad, del universal.<sup>1159</sup>

---

adaptándolo a los propios fines y así llevándolo lejos de su sentido originario.

<sup>1158</sup> Paggi, *ibidem*, p. 52. Las cursivas son mías.

<sup>1159</sup> Cfr. Paggi, *ibidem*, p. 26. Retomare estas consideraciones en el quinto y último capítulo.

Empero, tampoco los primeros textos de “traducción” del bolchevismo son comprensibles sin la reflexión sobre la especificidad de la situación italiana y el sentido de la lucha por el liberismo. Por eso la necesidad de ir y venir entre el Gramsci empeñado en batallas teórico-políticas concretas, en Italia, y el Gramsci que, asumido el horizonte de la historia mundial, así como veremos en la última sección de esta labor, sube al nivel de la reflexión conceptual, metodológicas, al nivel más alto de abstracción.

Como subraya constantemente Paggi, la historia desde el punto de vista de la praxis “lejos de reducirse a un ‘acto lógico’, de naturaleza teórica, se configura como un proceso laborioso que se desarrolla en *el escenario de las vicisitudes del movimiento obrero italiano*”.<sup>1160</sup> Dos artículos, ambos del 1918, me parecen particularmente ejemplificativos de cómo Gramsci ha ido interpretando la situación nacional y avanzando, paralelamente, en la construcción de la inteligibilidad de la historia según el marxismo. El primero es dedicado a la relación entre capital y Estado, el segundo al tema de la transición, en ambos casos el problema es el sentido específico, propio, autónomo, de la batalla liberista para el Psi. En la primera intervención, la condena de la “Giustizia” a los actos de corrupción y especulación del capitalismo italiano comparte, afirma Gramsci, el mismo punto de vista de la “Idea nacional”.<sup>1161</sup> Aduciendo las necesidades del capital, el reformista Prampolini diluye el factor de la responsabilidad política en “borrosas generalizaciones” sociológicas:

“Este no es en absoluto el punto de vista de los socialistas. Los socialistas en el hacer la historia [...] *rehúyen de las abstracciones* [...] La producción burguesa puede volverse especulación, fraude, ilusionismo, empero su misión, su destino no es estafar: es incrementar la riqueza, incrementar la suma de los bienes sociales. El punto de vista de la ‘Giustizia’ participa de una visión teleológica de la sociedad, en el cual al Dios todopoderoso de los católicos substituye una divinidad abstracta equivalente. Se vuelve así inútil la investigación, el estudio de los hechos y de la historia, inútil el examen de las costumbres: todo es lo mismo dondequiera porque en todos lados hay capitalismo y no se mueve hoja que el capitalismo no quiera. Este abstractismo fatalista no es y no puede ser en absoluto *nuestro punto de vista*, porque permanece externo a la realidad efectiva. *En la realidad efectiva el Capitalismo es el Estado burgués.*”<sup>1162</sup>

Gramsci enuncia el principio básico que orientará todo el desarrollo sucesivo de su maduración intelectual y política: el capital así como existe históricamente, como

---

<sup>1160</sup> Paggi, *ibidem*, p. 14. Las cursivas son mías.

<sup>1161</sup> La polémica es con el ya mencionado Prampolini, figura histórica del socialismo italiano, anti-insurreccionalista e anti-intervencionista desde los tiempos de la guerra líbica, sostenedor de un reformismo caracterizado por los fuertes acentos morales y la larga labor organizativa y pedagógica desplegada, sobretudo, en el movimiento cooperativo

de la planicie Emiliana. La “Giustizia” era el periódico por el fundado en el 1886, de amplia difusión nacional. La “Idea Nacional” era el periódico nacionalista y su principal elaborador ideológico el ya mencionado Corradini.

<sup>1162</sup> Gramsci, *Il nostro punto di vista*, “Il Grido del popolo”, 16 marzo 1918. CF pp. 740-4. Las cursivas son mías.

capitalismo, es el Estado.<sup>1163</sup> La afirmación es tajante tanto cuanto la línea estratégica indicada como revolucionaria. Porque “en Italia el capitalismo es malo aún desde un punto de vista capitalista”, la tarea específica del proletariado es “presionar para que se afirmen solamente aquellos sectores e individuos de la burguesía que, con su actividad honesta, en sentido capitalista, vuelven las condiciones mecánicas y naturales de la vida social más adecuadas *para una transición entre las clases al poder*”.<sup>1164</sup> ¿Cuál la forma de esta transición?

Gramsci separa, en esta intervención, el liberismo del devenir histórico según los radical-liberistas, con su distinción programática entre economía y política, mientras hace confluir en el mismo reduccionismo genérico, abstracto, el capital según los socialistas reformistas y la acrimonia anti-burguesa de los nacionalistas. Atribuir a la distinción un carácter real o a la síntesis un carácter inmediato expresa, en su perspectiva, una misma incapacidad, un no saber recoger el movimiento de una totalidad de relaciones entre fuerzas. Esclarecer las razones históricas de este “confusionismo ideológico”, transversal a las orientaciones políticas de clase, y asegurar la autonomía, el carácter revolucionario, de la lucha socialista por el liberismo conforman, en su perspectiva, una única tarea.<sup>1165</sup>

En agosto del 1918, en un artículo titulado *Prima liberi*, entra nuevamente en el mérito de la “totalidad”, de la relación, entre economía y política. Ahora, empero, mira la cuestión desde el problema de la determinación, o autonomía, filosófica del marxismo. El tema del artículo es la forma de la lucha por el Estado y la polémica con un compañero (Leonetti), para el cual el desarrollo de una conciencia socialista propia, autónoma, puede solamente seguir la conquista de la libertad como conquista de los poderes del Estado, dictadura del proletariado. Lo importante no es sólo la refutación de la revolución como mera *toma* del poder, sino, y, sobre todo, la forma en la cual Gramsci la construye.

“El Leonetti *abstrae de la organización*, es decir del fenómeno social a través del cual el socialismo *se actúa*. Y no reflexiona que *la organización es, desde ahora, una forma de ser que determina una forma de conciencia* [...] El Leonetti por lo tanto habla de ‘nosotros’ y de ‘pueblo’, como de dos entidades escindidas: nosotros (¿quiénes?), partido de acción; el pueblo, manada de ciegos e ignorantes [...] El problema para los socialistas es otro. *Para aquello que concierne el desarrollo de la individualidad*, éste ha sido puesto con rigor y precisión por Carena.<sup>1166</sup> Empero

---

<sup>1163</sup> Paggi, *Antonio Gramsci e il moderno principe*, p. 59.

<sup>1164</sup> Gramsci, *Il nostro punto di vista*.

<sup>1165</sup> En los *Cuadernos*, resalta Paggi, Gramsci definirá el liberismo entre las manifestaciones de “economicismo” y lo hará retomando el razonamiento del 1918: “La impostación del movimiento del librecambio se basa en un error teórico del cual no es difícil identificar el origen práctico: sobre la

distinción, es decir, entre sociedad política y sociedad civil, que de distinción metodológica es transformada en distinción orgánica. Así se afirma que la actividad económica es propia de la sociedad civil y que el Estado no debe intervenir en su reglamentación”. Gramsci, C. 4, § 38. Cfr. Paggi, *ibidem*, p. 59.

<sup>1166</sup> Se trata del mismo Carena, colaborador del “Grido” y miembro del “Club de vida moral”, del artículo del 1917 y de la crítica a “Fede e Programmi”

para nosotros *es también, y especialmente, problema social y en este sentido puede ser resuelto sólo con la organización*".<sup>1167</sup>

A las espaldas de este escueto pasaje, hay toda una reflexión filosófica en proceso. En enero, Gramsci ha publicado en el "Grido" unas páginas de Labriola dedicadas al examen del concepto de ideología desde un punto de vista marxista, donde, empeñado en contra del reduccionismo economicista, el filósofo y socialista napolitano refutaba su reducción a mera apariencia:

"Considerando que nos colocamos desde un punto de vista más allá de las perspectivas ideológicas por medio de las cuales los actores de la historia tuvieron conciencia de su propia obra, y en las cuales frecuentemente encontraron las motivaciones y justificaciones de su obrar, podríamos incurrir en la opinión equivocada que aquellos puntos de vistas ideológicos fueron pura apariencias, simple artificio, mera ilusión, en el sentido vulgar de esta palabra."<sup>1168</sup>

Saber recoger el hecho histórico en su carácter determinado implicaba, para Labriola, volver a la complejidad de "las mediaciones" entre los factores económicos y su devenir; una complejidad, dada la cual, desde un punto de vista marxista, el conocimiento histórico podía darse solo *post factum*, sin que eso significara, además, abstraer de las formas ideológicas y políticas. "La historia" enfatizaba Labriola "hay que entenderla toda integralmente", en tanto que, en el marxismo "no se trata de volver a traducir en categorías económicas todas las complicadas manifestaciones de la historia, sino sólo de explicar *en última instancia* (Engels) cada hecho histórico por medio de la subyacente *estructura económica* (Marx): la cual cosa comporta análisis y reducción, y luego mediación y composición."<sup>1169</sup>

La publicación del texto de Labriola signa la entrada del término "ideología" en el lenguaje y horizonte conceptual de Gramsci, donde empero asume una acepción del todo particular, propiamente "gramsciana". Percibiendo la abertura de un nuevo tiempo histórico-político, Gramsci percibe la necesidad de posteriores desarrollo teóricos o, si se quiere, las mismas urgencias prácticas lo llevan hacia desarrollos teóricos del todo originales entre las filas del marxismo, una exigencia que el joven madura en el vivo de

---

de Croce. El artículo al cual Gramsci ahora se refiere es *Libera la tua volontà!*, publicado en el mismo número de agosto. Como en el artículo del 1917, así en este caso, tenemos un testimonio, hasta un reflejo, del debate promovido por Gramsci en seno al "Club de vida moral". Cfr. NM, n. 2, p. 276 y la breve introducción de Caprioglio al artículo de Carena en S (1976), pp. 381.

<sup>1167</sup> Gramsci, *Prima liberi*, en "Il Grido del popolo", 31 agosto 1918, NM. pp 274-76. Las cursivas son mías.

<sup>1168</sup> *Le ideologie nel divenire storico*, en "Il Grido del popolo", 5 enero 1918, pp. 344-48. El título es de Gramsci y el texto de Labriola corresponde al párrafo III de su *Del materialismo storico, Dilucidazione preliminare*. Cfr. la nota de Caprioglio en S (1976) p. 344. He consultado el texto de Labriola en esta compilación de los escritos de Gramsci.

<sup>1169</sup> Gramsci, *Le ideologie nel divenire storico*. Las cursivas son de Gramsci.

los acontecimientos políticos.<sup>1170</sup> En el texto de Labriola, el énfasis recaía en la crítica a una reconstrucción simplista del devenir histórico, es decir, la preocupación política con el socialismo determinista buscaba su resolución en la teoría. De lo que se trataba para Labriola era conferir al socialismo un instrumento, un arma crítica. En Gramsci esta preocupación teórica asume una dimensión práctica. Atención: no se trata para Gramsci de resolver inmediatamente la teoría en la política, de eliminar el momento específicamente crítico de la *praxis*, el momento Renacimiento. La preocupación de Gramsci recae toda en la mediación. Gramsci quiere re-ubicar la teoría *en* la historia problematizando la política, el momento Reforma, como el “ámbito específico en el cual los seres humanos desarrollan una acción consciente, crítica”<sup>1171</sup>

Utilizando una feliz expresión de Paggi, en el joven la ideología “se vuelve sinónimo de superestructura”.<sup>1172</sup> “Superestructura”, añadiría, no sólo en el sentido de la teoría como un proceso práctico y colectivo, contrapuesto a individual y abstracto, sino también como este proceso así como no es la expresión de algo determinante, aún en última instancia, sino es este “algo”, la “estructura”, enfocado como un devenir más allá del cual no hay una historia y, por lo tanto, tampoco una revolución efectiva, legítima. Me parece particularmente sugerente, al respecto, el título elegido por Gramsci para presentar el texto de Labriola, “las ideologías *en* el devenir histórico”. Transmite un punto de vista fenomenológico, alguien que no abandona, sino quiere radicalmente reformular la inmanencia, la teoría *en* la historia; un querer mirar a la historia enfocando el punto de vista de sus hacedores, lo cual, si por un lado excluye cualquiera posible recaída en la

---

<sup>1170</sup> Rapone enfatiza como el distanciamiento de Labriola del partido socialista italiano había sido por la desilusión con las prácticas del reformismo, en la cual veía una renuncia a la transformación radical del país. Al mismo tiempo, consideraba la situación inmadura, en Italia, para un “verdadero socialismo”, para un movimiento obrero y de masa capaz de conformar, como en su perspectiva era el caso de la socialdemocracia alemana, una identidad político-ideológica propia. Regresando a un ensayo de Luporini, el estudioso enraza la discontinuidad teórica entre Labriola y Gramsci en un cuadro histórico-político, o sea, la relaciona a, y la explica desde, dos momentos distintos en la historia del movimiento obrero italiano. Labriola pertenece a la época del socialismo que en Italia quiere arraigarse, como política, en la historia; Gramsci al socialismo que quiere arraigar la historia en la política por considerar concluida la primera fase. Labriola adquiere un lugar importante en la reflexión de Gramsci en cuanto el joven ve en su perspectiva la misma convicción que la batalla en contra del positivismo puede ser conducida en nombre de Marx. Al mismo tiempo de Labriola Gramsci se distancia por la preocupación que lo anima

después del agosto turinés y el octubre ruso, o sea, la aceleración del tiempo histórico, por la necesidad de definir y organizar la *praxis* revolucionaria y, en fin, por el horizonte de la actualidad de la revolución, extraño al tiempo en el cual vivía y reflexionaba el filósofo napolitano. Para el ensayo de Luporini, Id. *Il marxismo e la cultura italiana del Novecento*, en *Storia d'Italia*, V. 2. Einaudi, Torino, 1973, pp. 215-226. Rapone no rechaza la tesis, inaugurada por Togliatti, de la importancia de Labriola en la elaboración gramsciana del marxismo como filosofía de la *praxis*. Refuta, empero, el tema de la continuidad lineal, considerándola una reconstrucción subalterna a la línea política del PCI: “incrementar el espesor histórico de aquel italo-marxismo cuya valorización era parte esencial de la perspectiva estratégica togliattiana”. Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, pp. 288-293. Para la reflexión sobre el mismo tema por parte de Paggi, origen de la perspectiva de Rapone, empero más escueta, cfr. Paggi, *Antonio Gramsci e il moderno principe*, pp. 18-20.

<sup>1171</sup> Paggi, *ibidem*, p. 19.

<sup>1172</sup> Paggi, *ibidem*, p. 18.



metafísica, abre por el otro, y desde un inicio, el problema para Gramsci de cómo distinguir entre ideologías.

Regresando al artículo *Prima Liberi*, Gramsci explicita la dirección en la cual va resolviendo la cuestión. La referencia a Carena es importante. El compañero, en un artículo anterior, retomando la ideología según Labriola, la releía desde la praxis según Gentile, es decir, interpretaba la participación de la conciencia en la historia como historia del espíritu en su camino hacia la autoconciencia.<sup>1173</sup> Gramsci, refiriéndose a Carena, define “resuelto” el problema de la relación entre conciencia y realidad desde un punto de vista teórico-general, no así desde un punto de vista social porque, enfatiza, político-organizativo. Es decir, por un lado, distingue entre la dimensión filosófica y la política de un mismo problema, el sujeto, por el otro, elabora la segunda en manera tal de volver a repensar la primera. El paso cumplido por Gramsci consiste en re-introducir una mediación entre conciencia y realidad capaz de preservar, al unísono, la primacía de la política y la autonomía del momento teórico-crítico.

“El individualismo económico del régimen capitalista determina el asociacionismo político. Esta *necesidad inmanente* del régimen Marx la ha sintetizado en el Grido ‘¡proletarios de todo el mundo uníos! Marx ha hecho de la necesidad *una volición*, de la oscura e imprecisa necesidad, *una conciencia crítica*: el instinto se ha vuelto y se vuelve, *a través de la propaganda socialista*, espiritualidad, voluntad”.<sup>1174</sup>

Es todavía un sujeto que, como “volición”, no logra totalmente liberarse del actualismo gentiliano; al mismo tiempo el énfasis recae en una voluntad que es crítica por ser una *forma* de organización y no otra. Gramsci, siempre en este texto, aísla la formación de una *propia* intelectualidad por parte de un movimiento no sólo obrero, sino de masa e indica el partido moldeado “por la lucha política moderna, hecha de publicidad, a la cual participan multitudes innumerables, y no un faccioso choque de cuatros conjurados contra cuatro ‘comisionados’”. El desarrollo de una conciencia socialista coincide con una forma de hacer política que, definida por la participación *activa y organizada* de las masas, se contrapone a la revolución como simple acto de voluntad, para él sinónimo de abstractismo y, en este entonces, de jacobinismo. La tendencia a la asociación de

---

<sup>1173</sup> “Estas formas de la conciencia, así como son determinadas por las condiciones de vida, son también ellas historia [...] En estas palabras [de Labriola] es explícitamente reconocida la realidad espiritual de la historia, es decir, de la historia como creación humana [...] el desarrollo del espíritu, de aquel espíritu que cada uno de nosotros siente y llama ‘yo’, consiste en la ampliación o desarrollo de la conciencia de la realidad, la cual no es que el espíritu mismo (que es un

continuo proceso en devenir), y por lo tanto, la profundización de la autoconciencia del espíritu (Gentile). [...] Nosotros no somos otra cosa que aquello que nosotros mismos hacemos pensándonos, es decir, profundizando la conciencia de nuestro espíritu (como devenir)”. Carena, *Libera la tua volontà!*, en “Il Grido del popolo” 31 agosto 1918 en S (1976) pp. 381-85.

<sup>1174</sup> Gramsci, *ibidem*. Las cursivas son mías.

multitudes, impulsada por la organización económica y política, sólo “tiende a volverse ella misma específica, a asumir forma propia” vía un proceso de formación tanto más necesario cuanto “menos es entre nosotros esta preparación, en cuanto Italia no ha pasado a través la experiencia liberal, ha conocido pocas libertades” y cuya finalidad es “la independencia de las masas de los intelectuales”. Teoría y práctica conforman un solo movimiento conceptual en cuanto constituyen, para Gramsci, un solo movimiento histórico: el devenir de una praxis social organizada, labor que no se puede posponer para mañana, a cuando seremos libre políticamente, en la medida en la cual “ es ella misma libertad”<sup>1175</sup> Tenemos en este texto, en fin, una enorme ampliación del sentido que el joven atribuye a la organización y, más precisamente, al partido. Una dimensión no solo positiva, político-estratégica, sino gnoseológica, teórico-crítica. La política, en cuanto forma determinada de organización, no emerge solamente como un factor activo de historia; sino como una condición, un punto de vista, para saber de la historia, de la realidad en la cual se vive.

Tal vez nos ayude a esclarecerlo la reflexión del joven Gramsci sobre la *forma* partido, así como ésta se encuentra estrechamente articulada a la racionalización histórica del “transformismo” italiano y, con aquella, a la relación que el joven entretiene con la democracia.

“Italia es el país donde ha ocurrido siempre este curioso fenómeno: los hombres políticos, llegando al poder, han inmediatamente renegado las ideas y los programas de acción propugnados por los simples ciudadanos [...] ¿Por qué este fenómeno? [...] existe también un porqué político: los ministros no son encargados y sostenidos en el poder por partidos responsables de las desviaciones individuales frente a los electores, a la nación. *En Italia no existe una burguesía nacional* que posea intereses iguales y difundidos: existen consorcerías, camarillas, clientelas locales que explican una actividad conservadora no del interés general burgués (con lo cual entonces surgirían los partidos nacionales burgueses), sino de intereses particulares de clientelas locales”<sup>1176</sup>

Aquello que, en la política como ciencia, y sus tendencias oligárquicas, es inevitable elitismo, en Gramsci se transforma en falta de control de la sociedad sobre el obrar de los partidos. La ausencia de partidos modernos consiste en la ausencia de un orden social organizado “jerárquicamente” y según el principio de la libre adhesión - la política como dominio y como dirección- en torno a programas “morales y económicos”, es decir, en torno a un interés particular, así como éste busca asumir la forma del interés general y, como tal, es objeto de discusión y control público. La ausencia de esta relación orgánica

---

<sup>1175</sup> Gramsci, *Prima liberi*.

<sup>1176</sup> Gramsci, *Il regime dei Pasciá*, en “Avanti!”, 28 julio 1918, NM pp. 217-18. Las cursivas son mías.

entre particular y universal tiene como consecuencia, enfatiza Gramsci, no sólo la tendencia a la autarquía del dominio, sino la misma incoherencia de la oposición, en cuanto el conflicto de clase, desarticulado de la organización intelectual y moral de la sociedad más amplia, tiende a decaer, tanto en la sociedad política, así como en la civil, en polémicas estériles, particulares, localistas, incapaces de afectar la substancia de los problemas.<sup>1177</sup>

En Italia existen los partidos de la burguesía, empero no existe una burguesía organizada nacionalmente en partido; no existe una forma Estado, un ejercicio de la política que exprese una unificación sobre base nacional, o sea, ideológica, y por lo tanto moral e intelectual, del tejido económico-social del país; en fin, esta ausencia de la burguesía como clase dirigente, y en esto consiste el liberalismo para Gramsci, es uno mismo con la reproducción de las mayorías como meras multitudes. Dado este contexto, la lucha por la democracia integral, por el poder del pueblo abstractamente elevado a sujeto, se vuelve sinónimo de colaboración entre clases, a la cual Gramsci contrapone una lucha por la dirección ideológica de las masas entorno a un pleno y definido antagonismo de clase, expresado en programas ideales y políticos autónomos. La democracia, a diferencia del liberalismo, es para el joven una ideología conservadora en cuanto, en Italia, desemboca en “el dilatarse espasmódico de un partido burgués, que además de detener el Estado, se sirve también de la clase antagónica al Estado, volviéndose una aberración histórica sin voluntad y fines determinados, preocupado sólo con la posesión del Estado”, donde la política puede solamente ser pequeña política, política reducida “a puro jure, a las composiciones formales de las divergencias, [que] no toca la substancia”.<sup>1178</sup>

Dadas estas últimas consideraciones, creo posible aislar un primer sentido de la dialéctica, según Gramsci, entre liberismo y liberalismo, economía y política, en fin, una primera anotación respecto a la legalidad del capital según el joven Gramsci. No hay duda que, Gramsci vaya celebrando las virtudes las libertades civiles y políticas “burguesas” y las considere un producto, porque una necesidad, de la afirmación del liberismo económico, para él, en este entonces, pleno desarrollo del capital;<sup>1179</sup> tampoco que celebre el individuo

---

<sup>1177</sup> Gramsci, *La democracia italiana*, en “Il Grido del popolo”, 7 septiembre 1918, NM pp. 279-80. Cfr. también Id. *L'irresponsabilità sociale*, en “Avanti!”, 23 agosto 1918, NM pp. 261-62.

<sup>1178</sup> Gramsci, *L'intransigenza di classe e la storia italiana*, en “Il Grido del popolo”, 18 mayo 1918, NM, pp. 27-38.

<sup>1179</sup> “La reducción al mínimo de las funciones del Estado, una amplia libertad de reunión, de prensa, de propaganda, de seguridad de los ciudadanos frente a los poderes, de difusión de los ideales de paz y fraternidad internacional. No hay que creer que estos principios se hayan afirmado por razones sentimentales. Ellos son la necesaria garantía de la actividad individual en régimen de libre competencia”.

como sujeto de derecho porque condición, en sus términos, de “el individuo colectivo”<sup>1180</sup> o que en el individualismo liberal vea una dimensión moral, superior, el ya mencionado sentido de la responsabilidad cívica que, propio de una burguesía plenamente desarrollada, se vuelve fuerza propulsora de la vida asociada.<sup>1181</sup> Empero, no tenemos el socialismo en función del liberalismo, sino el liberalismo como historia de una relación de fuerzas entre el individuo como sujeto de derecho, principio democrático liberal, y el proletariado que encuentra “en la solidaridad”, en la organización, “el mayor desarrollo del *propio yo* [...] el sentido de la *propia* responsabilidad” respecto al resto de la sociedad.<sup>1182</sup> Una concepción del devenir histórico que a la causalidad lineal substituye la relación entre polos opuestos porque contiguos, fuerzas que pelean la dirección del movimiento histórico y, con aquella, la *forma* del Estado.

Gramsci lo explicita en mayo del 1918, con la primera elaboración compleja del Estado liberal moderno, en el ya citado *L'intransigenza di classe e la storia italiana*:

“¿Cosa representa el Estado para los socialistas? El Estado es la organización económica-política de la clase burguesa. El Estado es la clase burguesa en su concreta fuerza actual. *La clase burguesa no es una unidad afuera del Estado* [...] el Estado compone jurídicamente los contrastes internos de clase, unifica las fracciones y confiere la imagen plástica de la entera clase [...] El gobierno es el premio del partido, de la fracción burguesa más fuerte, que por esta fuerza *conquista el derecho de regular el poder del Estado*, de volverlo hacia determinados fines, de plasmarlo prevalentemente a según de sus programas económicos y políticos.”<sup>1183</sup>

Multiplicidad de intereses individuales, la burguesía no puede surgir como interés general de clase excepto conformándose como Estado. Su poder social no existe como un *contenido* previo a una *forma* política, en la misma medida en la cual lo específico, lo constitutivo y originario, de la sociedad burguesa *es* esta separación formal, abstracta, entre lo social y lo político que, como relación concreta, real, puede expresar, o no, una circularidad, una coherencia, una capacidad de reproducción. Una burguesía cuyo dominio sea meramente político y no también económico-social -lo cual, como vimos, para Gramsci implica forjar una capacidad de dirección ética, civil, en la sociedad- no es

---

Gramsci, *Individualismo y colectivismo*, en “El Grito del pueblo”, 9 marzo 1918, CF. pp. 720-23.

<sup>1180</sup> “El individualismo burgués produce así necesariamente la tendencia al colectivismo en el proletariado. Al individuo-capitalista se contraponen el individuo asociación, al tendero la cooperativa: el sindicato se convierte en un individuo colectivo que rejuvenece la libre competencia, la obliga a formas nuevas de libertad y actividad”. Gramsci, *ibidem*.

<sup>1181</sup> “Las libertades, concebidas sólo por el individuo socialista, deben extenderse a todos. La competencia

se amplía: además que, de individuos y fracciones burguesas, es también entre clases [...] el sentido de la propia responsabilidad, el espíritu de iniciativa, el respecto de los otros, la convicción que la libertad para todos es la sola garantía de las libertades individuales, que la observación de los contratos es condición indispensable de convivencia civil.” Gramsci, *ibidem*.

<sup>1182</sup> Gramsci, *ibidem*. Las cursivas son mías.

<sup>1183</sup> Gramsci, *L'intransigenza di classe e la storia italiana*. Las cursivas son mías.

un Estado *de clase*, sino el Estado de *una* clase incapaz de conferir un ordenamiento general a la sociedad. La contraposición sobre la cual fija ahora su atención es entre la burguesía que se constituye, en la sociedad, como una fuerza unitaria o, de lo contrario, permanece como multiplicidad de intereses desarticulados y contrastantes, los cuales no se relacionan con el Estado político como expresión universal de su propio poder particular, sino como instrumento particular, externo y protector, de sus propias debilidades.

“Los partidos burgueses o son representantes de categorías de productores, o son un *enjambres de moscas cocheras* que no influyen ni superficialmente el trabazón del Estado, sino zumban palabras y succionan la miel de los favoritismo”.<sup>1184</sup>

Indicar una reciprocidad necesaria entre economía y política conlleva aislar lo civil como el ámbito específico en el cual la clase se conforma como Estado y este “espacio” como una relación de fuerza, en proceso, entra la libertad en abstracto y su organización como necesidad.<sup>1185</sup> El énfasis recae en el partido obrero como el *anti-Estado*. Advierto, no se trata de la negación de la lucha por el Estado político porque Estado de la burguesía: los abstractismo del reduccionismo de clase, y con aquel el anti-parlamentarismo, no pertenecen al Gramsci “joven”, y con mayor razón no pertenecerá al Gramsci ordinovista, donde la perspectiva que vemos emerger cumple un salto cualitativo. Gramsci amplía el Estado de categoría abstracta en un concepto histórico-político. “Absolutamente distinta”, afirma:

“la posición que ocupan frente al Estado los partidos burgueses y el Partido socialista. [...] El Partido socialista no es organización de fracción, sino de clase: es morfológicamente diferente de cualquier otro partido. *Sólo en el Estado, en cuanto unión de la clase burguesa, puede reconocer su símil antagónico*. No puede entrar en competencia por la conquista del Estado, ni directamente, ni indirectamente, sin suicidarse, desnaturalizarse, y volverse pura fracción política, extrañado de la actividad histórica del proletariado [...] *El Partido socialista no conquista el Estado, lo substituye*: substituye el régimen, suprime el gobierno de los partidos, a la libre competencia substituye la organización de la producción y los intercambios [...]”<sup>1186</sup>

<sup>1184</sup> Gramsci, *L'intransigenza di classe e la storia italiana*.

<sup>1185</sup> “La clase burguesa se ha emancipado de la esclavitud feudal afirmando los derechos del individuo a la libertad y a la iniciativa. La clase proletaria lucha para su redención, afirmando los derechos de la colectividad, del trabajo colectivo, contraponiendo la libertad individual a la iniciativa individual, la organización de las iniciativas, la organización de las libertades”. Gramsci, *Individualismo e collettivismo*.

<sup>1186</sup> *L'intransigenza di classe e la storia italiana*. Las cursivas son mías. También: “El partido socialista es fundamentalmente distinto de los otros partidos políticos, ni es un partido, en el sentido clásico y orgánico de la palabra. Los partidos políticos son

exponentes de sectores sociales, no de clase: solo en su complejo representan una clase, que posee un órgano ejecutivo en el Estado. El partido socialista es el anti-estado, no un partido. La diferencia entre el Estado según la burguesía y según el socialismo, o sea, entre el órgano en el cual solamente la primera puede encontrar su unidad, y el partido socialista como el anti-Estado, el partido que “quiere re-formar el Estado no corregirlo, quiere obrar una substitución integral de sus valores, quiere re-organizarlo, poniendo en su base fuerzas sociales y principios ético totalmente distintos de los actuales”. Gramsci, *Programma socialista di pace?* en “Il Grido del popolo”, 2 marzo 1918, CF pp. 694-98

El partido socialista para el trabajo es aquello que es el Estado para la burguesía, expresa la unidad de clase que la segunda puede alcanzar solo mediante la representación del interés general en abstracto y, como tal, el partido socialista contradice, con su propia existencia, el principio de separación liberal entre lo político y lo social. ¿En qué consiste, empero, el despliegue de esta contradicción para el joven Gramsci? Rapone señala como, en este mismo periodo, surge una de las dimensiones más características de la teoría política gramsciana: el momento estatal como el nivel en el cual la “distinción”, ideal y política, entre las clases se vuelve neta y precisa.<sup>1187</sup> Sólo mucho después, Gramsci transitará de la terminología de la intransigencia, hacia la lucha por la hegemonía, cuando el lenguaje del partido como “símil antagónico” del Estado será sustituido por aquel del “Estado integral”. En ambos casos, sin embargo, para una fuerza que se proponga la efectiva transformación del *estatus quo*, lo fundamental según Gramsci es la sensibilidad hacia el horizonte de las masas en cuanto elemento irrenunciable, fuerza propulsora, de una relación otra a aquella que con las masas entretiene el poder y cuya *forma* lo define en un determinado momento histórico. Por esas mismas razones, afirmando como “al momento, cargada de implicaciones para la intransigencia según Gramsci es la conformación ideal del capitalismo que Gramsci tiene en la cabeza”,<sup>1188</sup> el liberalismo, Rapone procede a calificar como el énfasis constante en la distinción, en el rechazo del compromiso, paralelo a una acepción del capital como proceso histórico que, en Italia, se encuentra solamente en sus inicios,<sup>1189</sup> nos muestra, más que la adhesión a un modelo, la construcción, en proceso, de una análisis diferenciada, la búsqueda de una historia particular, la italiana, desde la cual avanzar hacia reflexiones de orden general.

La metáfora de lo “Stenterello itálico” expresa, ya mencionamos, la condena civil, y no meramente clasista, de “esta burguesía italiana, charlatana, vanidosa, vacía”<sup>1190</sup> y Gramsci, recordemos, quiere diferenciarse de la acrimonia anti burgués abstracta -moral, culturalista, espiritualista- en la cual reconoce una *forma* de pensar y hacer política que ha visto cruzar, antes y durante los años de la guerra, los confines sociales de clase,

---

<sup>1187</sup> Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, p. 170

<sup>1188</sup> Rapone, *ibidem*, p. 163. No un Gramsci liberal, sino la elaboración por parte de Gramsci de la atipicidad del capitalismo italiano, al centro de la cual encontramos la percepción de una burguesía que no ha sabido cumplir su misión histórica y dada la cual solo el socialismo, actuando a partir de una rigurosa disciplina de acción, no solo se contrapone a la burguesía como clase, sino como forma de civilización, o sea, conforma, para Gramsci, la fuerza

propulsora para salir de la condición de mediocridad en la cual se encuentra el país y así satisfacer los requisitos de modernidad que la burguesía no ha sabido garantizar. Cfr. Rapone, *Critica dell'Italia (e degli italiani) e antigiolittismo nel giovane Gramsci*, en Giasi (a cura di), *Gramsci nel suo tempo*, Roma: Carocci, 2008, pp. 23-49.

<sup>1189</sup> Gramsci, *Il culto della competenza*.

<sup>1190</sup> Gramsci, *Stenterello*.

abarcando demócratas, nacionalistas, ex socialistas, y que, en su perspectiva, amenaza la misma capacidad de iniciativa de los intransigentes. El problema fundamental para el socialismo revolucionario, subraya, es dejar de razonar en términos de “modelo”, continuar a substituir procesos históricos concretos por abstracciones metafísicas:

“En las discusiones y en las polémicas demasiado frecuentemente las palabras se sobreponen a la realidad histórica. Refiriéndonos a Italia usamos las palabras: capitalistas, proletarios, Estados, partidos, como *si ellas significaran entidades sociales* que han alcanzado la plenitud de su madurez histórica, o una madurez ya notable, así como en los países económicamente desarrollados. Empero, en Italia el capitalismo se encuentra solamente en sus inicios, y la ley exterior no se adecua para nada a la realidad. La ley [en Italia] es una incrustación moderna sobre un edificio anticuado, no es el producto de una evolución económica”.<sup>1191</sup>

En Italia, sigue su reflexión, la *forma* de la sociedad civil no es aquella del particular capaz de “plasmear la costumbre del pueblo italiano”, de forjar una conciencia de sí como una tradición, como una cultura homogénea y orgánica, de dejar brotar “la *elite* que habría debido ser, en la clase, la clase dirigente”.<sup>1192</sup> De la falta de circularidad entre economía y política, depende, insiste una y otra vez, aquella confusión ideológica que reina en el país y de la cual es producto, y no causa, el mismo desarrollo del movimiento nacionalista. Las voces que apelan a la organicidad -y la referencia es a exponente del ambiente liberista, radical y meridionalista- son de “predicadores del desierto” sumergidos por una burguesía que:

“al fin de limar las competiciones de clase, prevenir que el proletariado se vuelva antagonista del Estado [...] se preocupa solo de atraer, con emplastos reformistas, algunas categorías de proletarios, ilusionándose de destruir la lucha de clase”.<sup>1193</sup>

Fiel a la búsqueda de una perspectiva histórica, a la prensa “burguesa” que llama a la responsabilidad nacional en época de cortocircuito, entre los sectores populares, de la guerra legitimada apelando a la democracia y ahora levantando el espantapájaros de los jacobinos-bolcheviques, Gramsci opone la revolución dado un poder que -como el censor que blanquea días tras días las páginas del *Grido* y el *Avanti!*- “carece de fantasía”.<sup>1194</sup> La habilidad con la cual utiliza lenguaje no deja de sorprender:

“Una vez, dos veces, tres veces ...tu escribes y ellos rasgan, escribes y rasgan [...] Uno vuelve a empezar. Luego borra. Nuevamente empieza. [...] Persuadido de haber por fin encontrado el equilibrio entre las necesidades de la propia sinceridad y las agresiones irracionales de la censura,

---

<sup>1191</sup> Gramsci, *L' intransigenza di classe e la storia italiana*.

<sup>1192</sup> Gramsci, *ibidem*.

<sup>1193</sup> Gramsci, *La borghesia italiana*, Raffaele Garofalo.

<sup>1194</sup> Gramsci, *La Censura*, en “Avanti!”, 4 noviembre 1918, NM pp. 389-90.

uno se decide a esperar [...] siente lo mismo que un tiempo frente a los examinadores [...] ahora empero percibe una absoluta incapacidad, una absoluta impreparación en quienes, armados de lápiz, así como entonces, juzgan y mandan. Hay una continuidad entre unos y otros [...] estamos en frente de italianos, viejos italianos (aún muy jóvenes) [...] el viejo italiano que no entiende un poder sin represiones [...] el censor, para transmitirnos cuánto fatigoso e ímprobo sea su trabajo, borra, borra, borra, todo todo todo, maizal y amapola, trabajo y tedio, bien y mal. Y mi pluma continua trazando garabatos, espera, porque siente que esta barbarie (y la confusión en los criterios, el arbitrio, el abuso es una barbarie) se agotará con su misma rabia”<sup>1195</sup>

Italia, como el censor, no es la desviación de un modelo, es la barbarie, “el caos de la producción y la política burguesa”, propia de un país que no ha vivido las libertades concretas de los grandes países de capitalismo avanzado, la historia del “choque libre de las fuerzas sociales burguesas que han terminado por constituir los grandes partidos históricos, liberal y conservador”.<sup>1196</sup> Los italianos, como masa, no padecen simplemente una falta de libertad; italianos son aquellos que, entre los europeos, no perciben esta carencia porque su represión no es una contingencia, es aquello que es, como burguesía y como país, la relación entre sociedad política y sociedad civil: “*italiana*, policiaca, proteccionista, antiliberal”. Una forma del Estado que, parlamentaria, conlleva una relación entre dominio y dirección, en su caso, empero, “paterna y despótica”; las ambigüedades propias de un Estado donde no falta la democracia, sino sobra “una apariencia, puramente superficial, de democracia”, donde “los ciudadanos no pueden poseer una voluntad concreta”, porque la burguesía italiana ha sido y es, históricamente, la voluntad empeñada “en impedir que esta voluntad emerja”.<sup>1197</sup> La democracia, en Italia, en fin, no sólo no es social, tampoco es liberal.

La cuestión para Gramsci no es, o no solamente, la subordinación del parlamento al gobierno, del legislativo al ejecutivo, sino el problema es la forma de la representación, del legislativo, de la democracia liberal. En lugar de la alternancia al poder de los partidos comprensivos de amplios intereses de productores, el acuerdo entre representantes, formales, de intereses populares y, realmente, emisarios de potentados locales. En lugar de la lucha entre programas definidos, intereses que encuentran un precario equilibrio en un individuo y las consecuentes incoherencias del poder.<sup>1198</sup> Ni liberalismo, ni, empero, absolutismo, sino la carencia de un programa claro de país por parte de aquella que debería ser su clase histórica y cuya restricción de la dirección al dominio se expresa tanto

---

<sup>1195</sup> Gramsci, *Ghirigori*, en “Avanti!”, 14 noviembre 1917, CF pp. 436-37.

<sup>1196</sup> Gramsci, *L'intransigenza di classe e la storia italiana*.

<sup>1197</sup> Gramsci, *La censura*.

<sup>1198</sup> Gramsci, *L'intransigenza di classe e la storia italiana*.



en las ausencias de libertades cuanto de seguridad, ambas sustituidas por un “orden arbitrario, pomposamente llamado orden público”.<sup>1199</sup>

El Estado, recordemos, de pulchinela: el Estado en el Estado, de los autócratas que se multiplican por “generación espontánea”; de los “servidores del poder ejecutivo”; de la “satrapía independiente de las leyes generales”. El Estado donde nadie manda, porque demasiados mandan y la sociedad donde nadie crea, porque todos dependen no de un regulador general, sino del Estado como “divina providencia”,<sup>1200</sup> el “país del desorden permanente, de la censura permanente, del estado de asedio permanente.”<sup>1201</sup> Un país incoherente hasta en sus manifestaciones reaccionarias, donde no es la vida pública a sufrir por la censura, sino es la misma incoherencia de una censura que participa de la mentalidad de una vida que no es civil, no es pública.

“No queremos decir que ella sea reaccionaria. En los reaccionarios hay un programa claro de acción, que se llama reacción porque busca oponerse con la violencia a la afirmación y al difundirse de un programa antagónico. En los reaccionarios hay una norma, una ley, es posible trazar una línea tendencial a sus actividades. En la clase dirigente italiana, y por lo tanto en la censura, ninguna ley, ninguna norma. No es posible fijar algún orden; es la trampa siempre abierta de par en par bajo de los pies, es como un jugar a la lotería [...] Como del desorden pueda nacer el orden, de la confusión la claridad, es un problema que los dirigentes italianos, deshabituados a pensar concretamente, ni siquiera se ponen.”<sup>1202</sup>

Regresaremos a la centralidad de la metáfora del orden y el desorden, así como se articula a la concepción de la revolución según Gramsci. Dado aquello que es el Estado, en Italia, para Gramsci, la pregunta para ponerse no es si su batalla liberista sea liberal, sino precisamente en cuáles términos Gramsci encuadre el sentido democrático de la intransigencia socialista. La Italia del desorden permanente, enfatiza, es todo menos que inocua. Este “marasmo” quiere “instaurar también explícitamente un gobierno despótico, anular el Estatuto y las otras garantías de libertad y de desarrollo de las nuevas fuerzas históricas”<sup>1203</sup> porque se encuentra, y la cita es de mayo del 1918, en procinto de derrumbarse:

“El sistema va desmoronándose, *nuevas fuerzas burguesas han surgido y se han reforzado*, quieren el reconocimiento para poderse afirmar y desarrollar. El intervencionismo es la contingencia, el pacifismo es la contingencia, la guerra pasará; aquel que está a punto de desplomarse es el Estado despótico giolittiano, es el cumulo de intereses parasitarios”<sup>1204</sup>

---

<sup>1199</sup> Gramsci, *Sua maestá la pubblica sicurezza*, en “Avanti!”, 2 febrero 1917, CT pp. 725-27.

<sup>1200</sup> Gramsci, *La borghesia italiana*, Raffaele Garofalo.

<sup>1201</sup> Gramsci, *Il paese di Pulcinella*.

<sup>1202</sup> Gramsci, *La censura*.

<sup>1203</sup> Gramsci, *ibidem*.

<sup>1204</sup> Gramsci, *L'intransigenza di classe e la storia italiana*.

En el centro de sus reflexiones está una crisis del Estado que se expresa en la creciente ilegitimidad entre las filas populares de quienes han legitimado la guerra a través de pretensiones demócratas y patrióticas.<sup>1205</sup> Vuelvo a señalar la forma en la cual, desde el 1916, Gramsci ha ido interpretando la grande ciudad, Turín: no sólo como “fabrica”, sino como *civitas*.

“¿Cuántos son los ciudadanos que de su ciudad conocen aquello que la vuelve realmente una forma, un organismo económico y social? [...] Turín representa *un verdadero y propio pequeño organismo estatal*, es una ciudad moderna en el verdadero sentido de la palabra [...] *la lucha de clase integral*, consciente, que caracteriza la historia actual, en Turín es perfectamente individualizada”.<sup>1206</sup>

Turín, la ciudad de la producción europea y del proletariado, según el “Popolo d’Italia” piensa en dialecto, razona según el particularismo del interés de clase.<sup>1207</sup> Según Gramsci, en tiempos “de la tos epiléptica de fabricantes de mitos por docenas y a montones”, Turín es el provincialismo del “pensar, aun en dialecto, empero pensar con la cabeza propia, y fuertemente querer”. Turín, la ciudad donde “existe solo aquello que es permanente”: la larga tradición del asociacionismo obrero y la disciplina jerárquica de la organización política que, articuladas a las tradiciones cívicas de la ciudad sabauda, ha vuelto el entero organismo social inmune “a los carnavales de ideas, a las correrías de los diletantes”, ha vuelto la ciudad capaz de pensar en términos estatales. La fuerza de Turín no es, para Gramsci, obrera, sino civil porque plenamente capitalista; expresa la fuerza intelectual y moral propia de una praxis social organizada, que tiene “un núcleo fuertemente organizado, en burguesía y en proletariado”; una lucha de clase integral, vanguardia del movimiento obrero y como tal “capital moral”, vanguardia para “una Italia posible de organización”.<sup>1208</sup>

Ahora en el 1918, Gramsci anuncia “una formidable batalla” que concierne a “la forma del Estado italiano y unos veinte años de la próxima historia italiana”.<sup>1209</sup> El Estado,

---

<sup>1205</sup> Gramsci, *Bisticci*, en “Avanti!”, 10 octubre del 1918. NM, pp. 310-12.

<sup>1206</sup> Gramsci, *Preludio*, en “Avanti!”, 17 mayo 1916, CT pp. 319-20. Las cursivas son mías.

<sup>1207</sup> La acusación había sido levantada, en la página del periódico “El Resto del Carlino”, por parte de un ex socialista, ex sindicalista revolucionario, ahora colaborador del Popolo d’Italia de Mussolini y pronto propagandista del fascismo. Cfr. Caproglio, NM, p. 258, n.2.

<sup>1208</sup> Gramsci, *Torino, città di provincia*, en “Avanti!”, 17 agosto 1918, NM pp. 255-58. Gramsci, entrando en el mérito del quiebre, en proceso, del compromiso de

clase constitutivo del giolittismo, aísla no solo la radicalización del proletariado que rechaza la colaboración, sino una burguesía “que ha encontrado en la idea nacional la última expresión de su espíritu tradicional y busca en la consciente reflexión sobre sí misma como clase el estímulo para renovarse.” Gramsci, *Preludio*. Quisiera hacer notar que la percepción del nacionalismo en cuanto posible conformación de la burguesía italiana como clase general es un avance teórico-político muy temprano en la biografía de Gramsci (el artículo citado es del 1916).<sup>1209</sup> *L’intransigenza di classe e la storia italiana*.

denuncia un simpatizante socialista y retoma la prensa giolittiana, va degenerando de espacio de regulación de los conflictos en instrumento bajo el control de los partidos “hasta el punto de identificar la misma organización del Estado con su organización de partido”.<sup>1210</sup> Para Gramsci, al contrario, va emergiendo la posibilidad de “el inicio de una nueva forma de gobierno [...] *de una era democrática* [...] la posibilidad del alternarse, del sucederse en el poder de quienes representan lo esencial de las fuerzas políticas y económicas en el país”. La democracia por fin existe en Italia: no como forma institucional, sino como *crisis de una forma Estado*.

Nos encontramos a un año de la formación del Partido Popular (PPI) y de las elecciones a las cuales, en los *Cuadernos*, habría atribuido una importancia constitucional.<sup>1211</sup> Gramsci encuadra la crisis parlamentaria en curso como posible crisis orgánica, posible descomposición de la *forma Estado* dado aquello que *es* el capital y su atipicidad en Italia.

“Ley suprema de la sociedad capitalista es la libre competencia entre todas las energías sociales [...] la ley de la libertad debe obrar integralmente, es el ácido corrosivo que descompone continuamente los cuadros [...] La lucha de clase no es un arbitrio pueril, un acto voluntarista: es necesidad íntima del régimen. Turbar su límpido curso, arbitrariamente, a través de síntesis pre-establecidas por fumadores empedernidos, es un error pueril, es una pérdida neta en la historia. Los partidos no giolittiano al poder, más allá del hecho de la guerra, que es contingencia, y que ya supera la capacidad política de las clases dirigentes de las pequeñas naciones, cumplen inconscientemente una obra de disgregación del Estado feudal, militar, despótico que Giovanni Giolitti ha perpetuado para transformarlo en instrumento de su dictadura. Los giolittiano perciben escaparse el monopolio. Se muevan, por dios, luchen, llamen el país a juzgar. No, ellos quieren hacer mover el proletariado, quieren, aún mejor, hacer votar los diputados socialistas. La intransigencia es inercia, ¿verdad? Empero el movimiento no sólo es un acto físico, es también intelectual, más aún antes de ser físico es siempre intelectual, a excepción de las marionetas. Quitáis al proletariado su conciencia de clase, tendréis: ¡marionetas, cuanto movimiento!”<sup>1212</sup>

El joven enfoca la erosión de un sistema de poder, el *giolittismo*, mientras indica el “fermentar de juventud burguesa que quiere su lugar en el gobierno” y el nacionalismo como catalizador de conflictos internos a la burguesía.<sup>1213</sup> Será precisamente la cuestión

---

<sup>1210</sup> Gramsci cita un artículo de la *Stampa* en el cual Ciccotti, simpatizante socialista (como habría recordado en los *Cuadernos*, aun atribuyendo erróneamente el episodio al 1917, inmediatamente después de los “hechos del agosto” de Turín: “sostenía la necesidad del bloque entre Giolitti y los obreros antes que el aparato estatal cayera completamente en las manos de los pugliesi, de Salandra”. Gramsci, C 1 § 116 p. 107-8 y NM, p. 38, n. 3

<sup>1211</sup> El contexto es la crisis del giolittismo, la cual verá un frenético alternarse de alianzas de gobiernos hasta las elecciones del 1919, cuando los dos partidos de masa, socialistas y populares (el PPI ha sido fundado

este mismo año) obtendrán la mayoría de los votos. En mayo del 1918, el embate entre los tradicionales partidos de fracciones de la burguesía desenvuelve entre el agrupamiento giolittiano y el adversario; “no llamamos partido ni el uno ni el otro porque ambos faltan de *ságoma política y económica*”. Gramsci, *L'intransigenza di classe e la storia italiana*.

<sup>1212</sup> Gramsci, *ibidem*.

<sup>1213</sup> Gramsci, *ibidem*. Leer el nacionalismo como nueva forma histórica de existencia de la burguesía italiana constituía un rasgo del todo original, veremos, en la interpretación de un fenómeno generalmente interpretado, en particular por Croce, como meramente cultural e ideológico.

de la identidad social e ideológica de las fracciones más avanzada de la burguesía italiana, su oscilar entre liberismo y proteccionismo, la principal razón del mismo oscilar de Gramsci, durante el último año de guerra, desde una, hacia otra previsión acerca del desemboque de la crisis. En mayo del 1918, dependiendo del actuar del proletariado, ve posible una resolución en sentido liberal y democrático que una burguesía inconsecuente, dividida en fracciones políticas, en meros agrupamientos de intereses particulares, quiere exorcizar. A quienes, entre las filas reformistas del socialismo, respaldados por la “Stampa” giolittiana, tachan los intransigentes de avanzar “la hipótesis simplista y gratuita que los trabajadores regresarán de las trincheras, después de la paz, con la deliberada voluntad de actuar el socialismo”, Gramsci responde:

“El Partido socialista si quiere permanecer y volverse siempre más el órgano ejecutivo del proletariado, debe observar y hacer respetar por todos los métodos de la más feroz intransigencia. Los partidos burgueses si quieren ir al gobierno por su sola fuerza deberán evolucionar, *ponerse en contacto con el país*, poner un fin a sus grandes contrastes particularistas, adquirir una forma política y económica que los distingue”. Intransigencia de clase en tanto que historia en su pleno devenir y no “síntesis privilegiada, síntesis arbitrarias, confeccionadas en común acuerdo entre tesis y antítesis”<sup>1214</sup>

Para Gramsci lo que está en crisis son las largas raíces históricas del Estado liberal de compromiso, del transformismo, de los equilibrios políticos precarios, expresión de una sociedad civil organizada alrededor del control moral e intelectual de las franjas populares y de los acuerdos corporativos entre capital y trabajo.

“cuanto más fuerte es el partido socialista tanto más eficaz será su acción sobre las pigricias mentales, tanto más enérgicas será la liquidación de los diletantes voceros del políticismo burgués. Permaneciendo saldo en su posición de principio, el partido presiona sobre el complejo del Estado, mezclándose con los otros partidos, se vuelve uno de los muchos, su energía se desperdicia. La intransigencia se demuestra siempre como el más realista y el más fructuoso de los métodos, como el sólo método que desarrolla la historia [...]”<sup>1215</sup>

La intransigencia socialista cumple, en este artículo, una función propulsora, ejercita una forma de presión sobre el complejo del Estado. “No es inercia, porque obliga a todos los otros a obrar”,<sup>1216</sup> no es lucha inmediata por el socialismo, sino la única garantía que la burguesía italiana perciba la necesidad de conformar aquella relación orgánica entre economía y política de la cual depende, junto con el pleno despliegue del antagonismo de clase, un desarrollo liberal y democrático en acorde con “una convivencia internacional

---

<sup>1214</sup> Gramsci, *L' intransigenza di classe e la storia italiana*.

<sup>1215</sup> Gramsci, *Política estera socialista*,. El artículo es inmediatamente sucesivo a *L' intransigenza di classe e la storia italiana*.

<sup>1216</sup> Gramsci, *L' intransigenza di classe e la storia italiana*.

pacífica”.<sup>1217</sup> Al mismo tiempo, Gramsci mantiene abierta la posibilidad, que, aun dado el actuar intransigente de los socialistas, las fuerzas burguesas no lleven a cabo la tarea, una situación a partir de la cual, enfatiza, “se abrirá una crisis permanente y peligrosa”. En julio, mientras continúa relevando las fuertes luchas internas en campo burgués, su juicio mueve hacia relevar la congénita incapacidad de la burguesía italiana como clase general, la falta de voluntad de substituir a una política de compromisos una competición entre partidos organizados sobre base nacional.<sup>1218</sup> En septiembre, la alternativa será entre un desemboque liberal y la conquista del poder por parte del proletariado, el abrirse de una ocasión histórica, cuando “volverse todo o perder todo” no indicará, en Gramsci, la previsión de una posible salida reaccionaria, sino el peligro de mostrarse sin preparación para imponer la propia solución a la crisis suscitada por la guerra.<sup>1219</sup> Solo para mayo del 1919, empero, con aquella que veremos ser una nueva lectura del cuadro mundial, la revolución socialista entrará en la perspectiva de Gramsci como el factor determinante del escenario político italiano.

En mayo del 1918, por lo tanto, intransigencia no dada la actualidad del socialismo, sino porque el vicio de la democracia en Italia es lo de siempre para Gramsci, el mesianismo y la consecuente vocación autoritaria del “terror blanco”, de la “inercia y absentismo de la historia” como única alternativa abierta para el pueblo.<sup>1220</sup> El hablar por abstracciones por ignorar, junto con la responsabilidad del poder, para el cual es necesaria la

---

<sup>1217</sup> Gramsci, *La política del se.*

<sup>1218</sup> Cfr. Gramsci *Il criterio de la libertad, Il Congresso nazionale, Il regime dei pasciá.* Son todos artículos de julio del 1918.

<sup>1219</sup> Gramsci, *Dopo il Congresso*, artículo al cual también regresaré en la próxima sección.

<sup>1220</sup> Gramsci, *Terrore bianco*, en “Il Grido del popolo” 2 de marzo 1918, CF pp. 687-88. Objeto de ataque, en este artículo, es la asunción por parte del gobierno, en la fase de creciente movilización popular por el cese del conflicto, de medidas represivas de la libertad de expresión y movilidad, promulgadas después de los “hechos de Turín” del agosto y justificadas bajo el pretexto de la lucha al derrotismo. Aún más grave, para Gramsci, de su carácter anti-socialista, es el tratarse de iniciativas demócratas. Refiriéndose al “decreto Sacchi” -ministro de la justicia, exponente del partido radical: “La tradición jurídica italiana ha sido subvertida por un ministro democrático [...] El Estado se disgrega, se destroza en clubs y fracciones, que similares a las hordas bárbaras juzgan por medio de aullidos de rabia. Parece de leer un capítulo de la revolución francesa. Es la reacción del terror blanco, reacción en contra de un fantasma, en contra de una vana imagen suscitada para cubrir responsabilidades, para salvar la fortuna política de una muy restringida clase dirigente”. Hacia finales del 1918, tienen lugar

las manifestaciones de júbilo de la población milanés frente al anuncio de Alemania, Austria-Hungría y Turquía de dirigirse a Wilson para concluir un armisticio y aviar los coloquios de paz, mientras el cotidiano la “Gazzetta del popolo”, filo-gubernamental, aplaude a la calma de los turineses, omitiendo el clima de represión al cual es sujeta la ciudad, y sigue en legitimar la continuación de la guerra en nombre de la democracia y la paz, tachando los sectores populares de no comprender las razones de la guerra y aquellas de la paz. Para Gramsci: “¡Viva! entonces a la manifestación de cordura política de la inercia y el absentismo de la historia. Lo demócratas ‘verdaderos’, de marca italo-francés, odian la forma despótica del Estado alemán que niega al pueblo las vías legales para afirmar su voluntad, para expresar sus juicios; la odian en Alemania, no en Italia y en Francia [...] Entre nosotros, la voluntad política e histórica, monopolio de media docena de individuos, responsables por ficción estatutaria, no es despotismo, no es germanismo, no es absolutismo, es ‘verdadera’ democracia. Consolémonos entonces, adaptémonos: ¡no pensando en la paz, buscando no dejarnos engañar por la idea caporetista que la paz se pueda concluir en tiempo de guerra.” Gramsci, *Bisticci.*

organización, el Estado como “suprema organización de la vida pública”, el Estado como el país en cuanto “organismo disciplinado por los poderes”; “el Estado constituido en manera tal de permitir fácilmente un ulterior desarrollo de la sociedad hacia formas superiores de libertad y de responsabilidad social”.<sup>1221</sup>

Ignorantes de cosa sea el Estado, los demócratas ignoran también sus responsabilidades en el escribir la historia. Una historia, y la referencia es a la resorgimental, que atribuye casualidad al transeúnte, a lo coyuntural, al pueblo reducido a la masa idolatra del individuo, cuando la fetichización del poder pertenece a la incoherencia del razonamiento hipotético, a la historia como política del si no hubiera pasado lo que ha pasado. “Una incapacidad de comprender la historia y por lo tanto a hacerla” que, si inocua como forma mental, como cultura vuelve las amplias mayorías pasivas, las mantienen en mero estado multitudinario, privándolas del sentido de la responsabilidad social de la cual depende su misma emancipación colectiva:

“En contra de esta orientación cultural, en contra de la concepción de la historia que se exhausta en los ‘si’, ha reaccionado vigorosamente la crítica marxista; empero se encuentra muy lejos de haber alcanzado una cultura crítica difundida capaz de oponerse eficazmente a este deletéreo propagarse de perros aullantes a la luna.”<sup>1222</sup>

¿Cuál historia de la cual la crítica marxista representaría la conciencia y no es todavía en grado de alcanzar la difusión propia de la cultura? En los artículos que hemos considerados la ley, la legalidad, la inteligibilidad política de la historia emerge como un movimiento de liberación, de emancipación, social y política, de amplias mayorías, del cual el proletariado puede ser, en Italia, el único promotor, el “reactivo vivificador”. Al mismo tiempo, su interpretación de la crisis del Estado liberal italiano, sus mismas oscilaciones, sus cambios de juicios, nos muestran una Gramsci cuya elaboración teórico-política en proceso, insertada en un cuadro más amplio del nacional y, empero, todavía incierta.

En realidad, desde el momento en el cual se ha concentrado en la relación entre procesos económico sociales y procesos políticos, o sea, a partir del 1917, la reflexión de Gramsci ha ido procediendo a lo largo de dos líneas paralelas, articuladas entre sí. Por un lado, ha ido elaborando una doble dialéctica entre el nacionalismo, en cuanto reformismo de la burguesía, y el socialismo revolucionario, definido como liberalismo del proletariado, que, proyectada a un plano internacional, lo ha llevado a una primera elaboración de la

---

<sup>1221</sup> Gramsci, *Política estera socialista*.

<sup>1222</sup> Gramsci, *La política del se*.

ley del movimiento del capital. Por el otro, siempre a partir de la revolución de octubre, Gramsci ha colocado Marx al centro de sus referentes teóricos, entrando en el mérito de una defensa del bolchevismo paralela a una propia elaboración de la intransigencia socialista. Una doble reflexión que, de hecho, constituye una sola meditación sobre el *estatus* teórico del marxismo, y en polémica con su doble revisionismo, así como éste se ha dado en Italia, como positivismo y como historicismo crociano. El impulso lo ha proporcionado no sólo la crisis del Estado liberal italiano y el desenvolvimiento de la revolución rusa, sino su contemporaneidad, la convicción, por parte del joven, de asistir a una aceleración del tiempo histórico que vuelve apremiante la necesidad de una reconfiguración política y cultural del movimiento socialista. Veremos cómo esta urgencia, en Gramsci, se caracteriza por una profundidad conceptual que lo distingue entre las mismas filas revolucionarias y, considerada en devenir, permite matizar el sentido de un parteaguas entre la “fase” de formación, y la “fase” ordinovista.

## 6. Conclusiones abiertas: el primer parte agua

### 6.1. . 1917-18. Legitimar a Lenin elaborando Marx

El 1917, el año más dramático en el frente externo e interno, y momento en el cual también en Italia, Lenin y los bolcheviques simbolizan, en el sentir e imaginario no sólo de las bases obreras, sino de las masas populares, el fin de los estragos de la “Grande Guerra” y una demanda general de emancipación, social y política, que se extiende y profundiza a partir del agosto turinés, verdadero parteaguas en el estado de creciente tensión que atraviesa el país.<sup>1223</sup> Mientras las masas urbanas demuestran una propensión a la protesta insurreccional, la revolución rusa encuentra su mayor eco entre la nueva generación, radicalizada, de cuadros socialistas. Respecto al núcleo dirigente del Psi, el común denominador entre reformistas y revolucionarios será, a partir del octubre, la revolución *en acto*, la percepción compartida de encontrarse frente a una profunda discontinuidad no solo en la historia del movimiento obrero, sino de la entera sociedad. Con la disolución bolchevique de la asamblea constituyente y el inicio de la guerra civil, aun simplificando, la tendencia de los maximalistas será ver en el octubre un modelo, aquella de los reformistas una aberración, y las divisiones en torno a su interpretación transitarán hacia el embate acerca de la necesidad, para el ala revolucionaria, de sentar las condiciones por “hacer como en Rusia” y, luego del “bienio rojo” y la derrota, hacia los enfrentamientos en torno a la atribución de responsabilidades. Con lo cual, si sería del todo simplista considerar el embate en torno al sentido del bolchevismo como causa, éste interviene profundamente en la condensación de determinantes histórico-políticos, nacionales e internacionales, que llevarán a la fundación, en el 1921 y por escisión minoritaria, del partido comunista italiano. La contextualización que aquí interesa, necesaria para dejar emerger el contenido polémico de las intervenciones de Gramsci, es empero la entrada en crisis del Estado liberal, misma de la cual el “bienio-rojo” puede considerarse la culminación.<sup>1224</sup>

---

<sup>1223</sup> El movimiento de revuelta turinés constituyó un proceso de radicalización no solo obrera, sino urbano popular, que, inaugurado por las agitaciones de la primavera -en Turín y en Milán- se concentró en los centros obreros septentrionales, extendiéndose a lo largo del territorio nacional, hasta abarcar las áreas centrales y meridionales de la península.

<sup>1224</sup> Para la reconstrucción de la crisis del giolittismo y del clima político-social inmediatamente anterior a la entrada del país en la primera Guerra Mundial me avalo de la ya citada obra de Enzo Santarelli dedicada

a la historia de los orígenes y evolución del fascismo. Respecto a la problematización del nexo entre la interpretación de la revolución rusa y el surgimiento del “mito” de Lenin y los bolcheviques entre los sectores obreros y populares, cfr. el ya citado d’Alessandro, L. P, *La Rivoluzione in tempo reale* y Savant, Giovanna, *La rivoluzione russa e i socialisti italiani nel 1917-18* en *Diacronie, Studi di Storia contemporanea* n. 32, 4, Creative Commons licence, 2017.



Recuerdo que el partido socialista italiano, con la traición, en el 1914, de los acuerdos de Basilea (1912), se había diferenciado de las mayores secciones de la segunda internacional, permaneciendo firme en la hostilidad a la guerra y compartiendo, en este aspecto, el sentir de las masas obreras y campesinas del país, extrañas al llamado intervencionista. Dos “almas” históricas, la reformista y la revolucionaria, que entre el 1914 y el 1915, se habían demostrado igualmente estériles en frenar la avanzada en “la piazza” de la fiebre intervencionista, mientras no sólo los sectores populares, sino la mayoría del partido liberal compartían posiciones neutralistas. La incubación de esta situación provenía de los años guerra ítalo-turca (1911-12), periodo en el cual el movimiento nacionalista y el católico emergieron en la vida política italiana, aprestándose a constituirse en partido el segundo, o, en el primer caso, a actuar como tal.

Fue el origen de enfrentamientos que se habrían mano a mano consolidado en frentes, llevando en un breve arco de tiempo a la crisis del giolittismo, razón por la cual, si la inserción del país en la expansión y profundización mundial de las relaciones sociales de producción es una variable necesaria, no es empero suficiente para explicar la crisis interna. También el Estado liberal italiano vive, como capital, un momento discriminante entre pasado y presente, vía la compenetración de la gran burguesía industrial y bancaria, con su centro en la emersión del trust siderúrgico y el consolidarse de la simbiosis entre política y economía propio de la entrada del capitalismo en la fase imperialista.<sup>1225</sup> Este capital, sin embargo, participa del contexto internacional, como una *forma* Estado determinada por una clase dominante en gran parte arrocada sobre posiciones de rígida conservación política y un reformismo social tradicionalmente extraño a la cuestión meridional. La articulación entre nacionalismo y gran burguesía, veremos, significó la emersión de una nueva sociedad civil, en un contexto de amplia movilización obrera y popular, y por intermediación de la crítica a la democracia y al “liberalismo” conducida no sólo por los grupos tradicionalmente más conservadores, sino por un movimiento

---

<sup>1225</sup> La crisis económica y bancaria del 1908 había develado los límites y contradicciones del capitalismo italiano, cuales el agudizarse del contraste entre Norte y Sur y la ausencia de un verdadero organismo productivo nacional, tanto por aquello que concierne la articulación entre sectores económicos, así como por la estrechez del mercado interno. Con la crisis, el sector industrial siderúrgico, concentrado en el triángulo industrial, se había ido conformando como fracción de avanzada, ganando terreno respecto a la tradicional industria textil y asegurándose la renovación y expansión del financiamiento directo e indirecto por parte de la Banca d'Italia. Relativamente al sector financiero privado, orientado hacia la gran

industria y concentrado en la Banca comercial y la Banca romana, a la fuerte presencia de capital extranjero se aunaba el control de la oligarquía romana -de tendencia clerical y católica, articulada a los circuitos internacionales y a la expansión del capitalismo italiano en el exterior. Uno de los determinantes de las nuevas relaciones entre Estado e Iglesia fue precisamente la maduración de nuevas relaciones entre burguesía liberal y “aristocracia negra”, la cual participaba de los circuitos de “el alta financia” yera también la promotora de todo un complejo de instituciones bancarias, cajas rurales, cooperativas, dirigidas al mundo urbano y rural. Cfr. Santarelli, *Storia del fascismo*, cit., Vol. I, cap. I.

molecular de migración intelectual desde las filas democráticas, socialistas y sindicalistas revolucionarias. Un proceso a través del cual, si los orígenes de aquella que solo con el fascismo se habría conformado como una nueva forma Estado fueron liberales, también, y aquí su particularidad, reformistas. Veremos, con Gramsci, en qué sentido. Por ahora, los “hechos”.

Fue preparando la intervención contra la Turquía, que Giolitti declaró, como vimos respaldado por Croce, el Marx relegado en desván, la convicción de haber domesticado el movimiento obrero. Concluida la guerra ítalo-turca, era la pérdida, entre las filas del Psi, de la corriente reformista de derecha, con un partido que había elegido la vía de la oposición intransigente y un consenso a la política de gobierno limitado, eventualmente, al grupo parlamentario y a la Confederación General del Trabajo.<sup>1226</sup> El mismo Giolitti había sostenido la propuesta de una reforma electoral al fin de compensar la caída de sostén entre las filas socialistas con nuevas posibilidades de colaboración entre liberales y católicos.<sup>1227</sup> La ruptura de la “edad de la tregua” precipitó en el 1913, y si el

---

<sup>1226</sup> El ala de derecha del reformismo había constituido la principal interlocutora de Giolitti, por propugnar la revisión integral del patrimonio ideológico del socialismo político, la plena autonomía de la acción parlamentaria y la defensa del “ministerialismo”, a través de argumentaciones que, substancialmente en línea con el revisionismo bernsteiniano por aquel que concierne la necesidad de abandonar las “idealidades” de la revolución, iban más lejos en sostener la reducción de la política a la legislación social, la pérdida de la función del partido como centro de elaboración político-ideológica y el sufragio universal como garantía suficiente de la plena inserción del movimiento obrero en la vida nacional. Turati, en el 1910, había definido concluida la fase de los “bloques” -la alianza con republicanos y demócratas- argumentando la necesidad de una renovación de la primacía de la lucha política, sin pero tomar una clara posición crítica respecto al porqué de las degeneraciones “ministerialistas”. Buscando asegurarse la cobertura de la empresa colonial por parte de los grupos demócratas y socialistas, Giolitti había presentado, en septiembre del 1911, un programa de gobierno que incluía la concesión del sufragio universal y Bissolati, aceptando entrar en tratativas, había asegurado el consentimiento del grupo parlamentario a la formación del nuevo ejecutivo. En marzo del 1912, subiendo las escaleras del *Quirinale* para homenajear al rey, objeto de un atentado, el socialista había, además, violado una tradición, reconociendo oficialmente la monarquía. Turati, en el congreso de julio del mismo año, dirigió sus críticas al ala reformista de derecha atribuyéndole una conducta de colaboracionismo, mientras, al mismo tiempo, refutaba la propuesta de expulsión, avanzada por Mussolini. La fracción de derecha, expulsada del Psi, y fundado el Partido Socialista Reformista Italiano, habría pronto integrado las filas del

intervencionismo. Arfé, G. *Storia del socialismo*, cit, cap. XI-XII y Santarelli, *Storia del fascismo*, cit.

<sup>1227</sup> Se trata del notorio Pacto Gentiloni -del nombre del presidente de la Unión Electoral Católica- una transacción distinta de la política de conciliación perseguida por Cavour y posible gracias a la derrota del modernismo. La Unión representó la mediación a través de la cual asegurar, por un lado, la centralización jerárquica del movimiento católico y su subordinación al conservadurismo de Pio X y, por el otro, la extensión de la influencia del Vaticano en cuestiones de políticas internas dada la enorme importancia de una fuerza capaz de movilizar y direccionar el electorado rural. En concreto, el pacto no fue directamente estipulado entre Estado e Iglesia, sino entre los candidatos ministeriales y los comités electorales organizados a nivel diocesano. A cambio del consenso católico, los candidatos contrayentes se empeñaban a sostener la extensión de la influencia de la Iglesia en la sociedad, en particular en el ámbito de la educación, y la garantía que el partido liberal habría asumido una plataforma más conservadora en el ámbito de la legislación civil, social y política. El pacto resultó esencial en contribuir, en el 1913, a la resistencia de los viejos partidos liberales frente al avance del partido socialista. Gramsci le dedicará particular atención en la cárcel. Cfr. C. 1, § 43, 53, 130, en particular C. 9, § 103 “Se puede decir que las elecciones del 1919 tuvieron para el pueblo un carácter de Constituyente (este carácter lo tuvieron también las elecciones del 1913 [...] como fue demostrado por la alta porcentual de participación activa: se había difundido una convicción mística que todo habría cambiado con el voto [...]) Entre las otras diferencias entre las elecciones del 13 y aquellas del 19 ocurre incluir la participación “activa” de los católicos, con hombres propios, con un propio partido, con un propio programa. También en el 1913 los católicos

desemboque fue democrático, no lo fue en cuanto emancipación de los sectores populares, tradicionalmente excluidos de la vida política nacional, sino en cuanto la forma de la inclusión, a base de masa, provocó la abertura de una tensión de tipo democrático, la misma que habría intensificado a partir del último año de guerra y a la cual hemos visto Gramsci referirse indicando una burguesía efectiva solo si capaz de abandonar sus particularismos y la necesidad, por parte socialista, de ejercitar una absoluta intransigencia.<sup>1228</sup>

La política de acuerdos entre liberales de izquierdas y reformismo socialista de derecha, con base en el compromiso entre los industriales y los obreros del norte, había cedido lugar a una alianza conservadora, entre liberales y clericales con base en el control directo y corporativo de la masa campesina. En el Sur, era el derrumbe de las raíces, de por sí muy frágiles, del socialismo político, vía la renovación del mito de las colonias de poblamiento y la solución migratoria de la cuestión social, inaugurada en la era crispina, y ahora aunada al control electoral de las masas católicas. En el norte, la política exterior había signado la ruptura, aunque no inmediata, del bloque industrial-obrero, base del corporativismo giolittiano, y el crecimiento paralelo del socialismo político intransigente. Siempre a partir de la guerra líbica, en el entero territorio nacional, aun concentrados en el centro-norte, se habían ido formando las primeras células de una corriente nacional sindicalista, en el marco de aquel socialismo anti-reformista y anti-partidario que, extrañándose del Psi, empero no del movimiento obrero en su complejo, aunque con su propia complejidad interna y diferencias regionales y aun manteniendo una relativa autonomía, habría pronto confluído entre las filas del intervencionismo.

Si el resultado inmediato de las elecciones del 1913 fue la capacidad del partido liberal de mantener sus posiciones, el triunfo sobre los “bloques populares” significó el doblarse a un nuevo bloque conservador. En un inicio, a dominar el escenario fue un antigiolittismo de rasgos anti-clericales y el resultado inmediato la “abdicación” de Giolitti a un compromiso entre la izquierda y la derecha del partido liberal.<sup>1229</sup> El verdadero trasfondo de la radicalización de las oposiciones en la sociedad política era, empero, el proceso de recomposición de los frentes ideológicos en la sociedad civil. Alejándose de la

---

participaron a las elecciones, empero a través del pacto Gentiloni, en modo socarrón y que en gran parte falseaba los bandos y la fuerza de los poderes políticos tradicionales”. Para la segunda redacción de esta nota, C. 19, § 19, 31.

<sup>1228</sup> Gramsci, *L' intransigenza di classe e la storia italiana*.

<sup>1229</sup> A pocas semanas de las elecciones, el mismo Giolitti abrió la crisis de gobierno sosteniendo la llegada de Salandra, un “sonniniano” (cfr. la nota 589 de esta labor), exponente de los sectores agrarios meridionales, conservadores al límite de la reacción, a cambio de la permanencia de un giolittiano en el ministerio de asuntos exteriores. Santarelli, *Storia del fascismo*, vol. I, cap. I.

articulación con los socialistas y los demócratas, el giolittismo caía bajo el fuego entrecruzado de una inconformidad que travesaba los confines de clase. Por un lado, la creciente intransigencia de un ala derecha del partido liberal, nacionalista y católico-conservadora, hacia la cual iban alineándose los grandes capitales -la misma “reserva” de consenso a la cual Giolitti se había ido acercando, alejándose de una política corporativa conducida en dirección de los socialistas y el movimiento obrero. Por el otro, un proceso de radicalización de las masas obreras y populares que, en el cuadro de la crisis social que atravesaba el país, habría pronto estallado en contra de los nuevos esquemas prevaleciente en el ejecutivo, cuya orientación iba netamente alejándose de la línea de demarcación de la era “crispina”.

El re-surgimiento de un diseño político fuertemente autoritario se selló frente a un arranque de sublevación, en parte proletario y en parte popular, con sus puntas más avanzadas a carácter insurreccional. La “semana roja” (1914), un extendido movimiento de protesta inmediatamente anterior al desenlace del conflicto mundial, surgido y evolucionado al margen de las organizaciones tradicionales del movimiento obrero, la Confederación General del Trabajo y el Partido socialista, y, por primera vez, testigo del aparecer de escuadrones nacionalistas en la “*piazza*” al lado de las fuerzas del orden. Pidiendo la revocación del derecho de huelga y enérgicas medidas represivas, el bloque industrial-agrario fue coagulándose alrededor de un ejecutivo nacido, en la perspectiva de Giolitti, como compromiso de breve durada, y que el conflicto mundial, considerada como “guerra relámpago” por sus mismos propugnadores, se habría pronto encargado de atribuirle el poder necesario para trepar la ausencia de consenso popular y las posiciones, todavía prevalecientes, del partido liberal.

Las dinámicas que aseguraron la entrada en guerra del país muestran como las razones de políticas exterior fueran, y habrían sido, siempre más estrechamente conexas a la situación y evolución del frente interno; a la aversión del liberalismo italiano por una evolución en sentido parlamentar-democrático; a la desconfianza histórica de la clase “dirigente” hacia las fuerzas populares, *en primis* la socialista, y ahora también a la católica, percibida como potencialmente subversiva por su mismo carácter de masa y, en fin, a la exigencia de reafirmar un partido liberal orientado hacia su ala más conservadora, revigorizando la autoridad del Estado en un cuadro de movilización general.<sup>1230</sup>

---

<sup>1230</sup> Tejida por Salandra, la monarquía y Sonnino (en el 1914, ministro de los asuntos exteriores), apoyada por fuerzas dinásticas y nacionalistas -que, en un inicio, auspiciaban la intervención al lado de la

Tríplice- la entrada de Italia en guerra fue asegurada a través de una operación al vértice, conducida no solo a la espalda del debate público, sino del mismo parlamento, manteniendo ambiguas las decisiones que

Fue el momento de la conformación de dos centros de acción intervencionistas, uno identificado con el bloque dominante, el otro, expresión del frente democrático, uno “desde arriba”, el otro “desde abajo”. Uno, con base en las fuerzas más conservadoras y reaccionarias, nacionalistas y monárquicas, el otro, en ese entonces principalmente republicano y democrático, el primero en propugnar la intervención en nombre del pueblo.<sup>1231</sup> Los dos frentes se habrían paulatinamente saldado con el avanzar, entre las segundas filas, de las posiciones insurreccionalistas de marco sindicalista, momento en el cual surgió el mito de “la guerra revolucionaria”, ocupó las plazas, conformó el terreno de desarrollo de los “fachos intervencionistas de combate”, con un Mussolini que, mientras iba adquiriendo la dirección del movimiento, intensificaba también las relaciones con los grandes grupos industriales.<sup>1232</sup>

El nuevo “frente” nacionalista era aquel que el gobierno apoyaba en sus agitaciones, mientras prohibía la movilizaciones populares, sustrayendo espacio de maniobra a quienes, socialistas y giolittianos, se encontraron solamente en la fórmula del “ni adherir ni sabotear”, incapaces de traducir el neutralismo, integrado por las masas socialistas y católicas, y por aquella que todavía era la orientación mayoritaria de los liberales, en una iniciativa concreta de oposición, tanto afuera, así como adentro del parlamento. No se trató, empero, de una mayoría sorpresa por una minoría de vanguardia, ni de un golpe de

---

el gobierno iba tomando y procediendo en la dirección de un paulatino vaciamiento del poder legislativo frente al ejecutivo. La misma delega del parlamento concedida al ejecutivo, aunque no constituyera un reconocimiento formal de poderes excepcionales, habría sido interpretada y utilizada como tal durante la guerra. Santarelli, *Storia del fascismo*, vol. I, cap. I.

<sup>1231</sup> Por un lado, eran los acuerdos de Londres, estipulados en marzo del 1915, y que la opinión pública y el mismo parlamento habría conocido solo una vez revelados por los bolcheviques después del octubre, o sea, asegurar a Italia un rol de potencia en los nuevos equilibrios europeos vía una política de compensaciones y anexiones territoriales en el área mediterránea, en particular la adriática y oriental. Cfr. Gramsci *L'Intesa e l'Oriente*, en “Il Grido del popolo” 19 octubre 1918, NM 373-76. Por el otro, el intervencionismo interpretado en función antimonárquica y anti-Tríplice, él que aducía la “redención” de Trento y Trieste y, para la Dalmacia, la lucha en contra del chovinismo de los imperios centrales, y que pronto habría abdicado, sin ser sus bases completamente conquistadas, a un nacionalismo esencialista. Santarelli, *Storia del fascismo*, vol. I, cap. I.

<sup>1232</sup> Mussolini, expulsado de un partido en el cual no había nunca representado una fuerza orgánicamente dirigente, hizo de su periódico el núcleo de un nuevo “partido-movimiento”, recibiendo el apoyo de los grandes capitales, en *primis*, el grupo Ansaldo, de

fuerte tendencia nacionalista, empeñado en la lucha por asegurarse la subordinación del capital bancario, y al cual Mussolini se dirigió para financiar no un “periódico socialista”, sino un re-nombrado “órganos de combatientes y productores”. Fue la conclusión de un camino que había permitido a Mussolini la construcción de un espacio político de maniobra personal, y que el “romagnolo” había emprendido tan pronto como en el 1910. Primero ganando el control de una federación provincial (Forlì), articulándose al grupo della “Soffitta”, y actuando como radicalizador de la fracción socialista intransigente. Luego, una vez alcanzada, en el 1912, notoriedad nacional (presentando y obteniendo durante el ya citado congreso, la expulsión de los reformistas de derecha) y, con la dirección del “Avanti!”, el pedestal que, desde Milano, le permitió una ulterior ascensión personal. Entre el 1912 y el 1914, había intensificado su acercamiento a sindicalistas revolucionarios, anarco-sindicalistas, liberistas de izquierda, republicanos intransigentes, mientras, desde el periódico “Utopia”, el primero fundado como órgano personal más que socialista (al cual sucedió, en diciembre del 1914, “Il Popolo d'Italia”) había ido popularizando una interpretación de la revolución separada del análisis de clase y el internacionalismo socialista, fuertemente cargada de tonos místicos y apelaciones plebiscitaria. Santarelli, *Storia del fascismo*, vol. I, cap. I y de Felice, R. *Mussolini il rivoluzionario*.

Estado por parte de los poderes fuerte, y no sólo porque el parlamento se rindió antes de combatir y no quiso oponerse a la monarquía o a la plaza. Perdido el sostén de las masas obreras y con aquella la legitimidad, aun débil, que traía del giolittismo, el arrojamiento autoritario del Estado político, que la guerra y los poderes excepcionales habría sancionado, expresaba una relación entre política y economía, así como esta iba emergiendo en *forma* nueva, potencialmente orgánica.

“Se ha descuidado por demasiado tiempo preguntarse por qué el Partido nacionalista haya terminado por afirmarse victoriosamente, como haya ido modificándose íntimamente, y se haya vuelto *social*, o sea, haya ido adquiriendo concreción política, por el hecho que una parte de sus ideologías ha sido hecha propia por determinados sectores económicos de la burguesía, que en el partido nacionalista han reconocido *su* partido, que en los escritores nacionalistas han reconocidos *sus* escritores, los teóricos de sus intereses, de sus necesidades y de sus inspiraciones.”<sup>1233</sup>

Gramsci, en el 1918, adelantando el asunto, regresaba a una historia, la unitaria, de separación entre clase política y clase económica e indicaba un proceso, en curso, de unificación que buscaba “volver estables y seguros” antiguos y nuevos compromisos. Regresaremos al porqué, o sea a la contradicción constitutiva del capital, que para el Gramsci joven, hace del Estado según los nacionalistas un anhelo sin posibilidad efectiva de concreción. Quiero ahora detenerme en el “cómo”, en la emersión de una burguesía nacional, así como fue adquiriendo una propia identidad, una propia autonomía ideológica con capacidad expansiva.

Para el gran capital industrial crecido a la sombra del proteccionismo -inaugurado en la era crispina y dejado inalterado por la giolittiana- si el curso en política exterior abierto en el 1911 había significado entrever una primera posibilidad de reactivación, la intervención en guerra, con las enormes ganancias de las comisiones militares, representaba, obviamente, un salto cualitativo. Los ambientes militares, la monarquía, la aristocracia romana, el gran capital siderúrgico, el conservadurismo agrario habían conformado, tan pronto como en el 1910, un vasto grupo de presión, la Asociación Nacionalista (1910), capaz de hacer leva sobre los equilibrios giolittiano. Desde hace los primeros meses de preparación a la entrada en guerra, la industria pesada del Norte Italia había movido con decisión creciente hacia una alianza orgánica con el gobierno, fundamentada en el avío de una producción de masa racionalizada y centralizada, que, desarrollándose en condiciones excepcionales, habría llevado, entre el 1915 y el 1918, a

---

<sup>1233</sup> Gramsci, *La funzione sociale del partito nazionalista*, en “Il Grido del popolo”, 26 enero 1918, CF. pp. 598-601.

una substancial modificación del cuadro socio-político del país. Una industrialización a ritmo forzado, bajo el *dictat* del máximo esfuerzo militar y eficiencia de los procesos decisionales; una relación entre economía y política estructurada en formas radicalmente nuevas respecto a la preguerra, y, el mismo tiempo en continuidad con el tradicional proteccionismo gubernamental hacia la gran industria y los agrarios.

Cerrando filas con el proteccionismo, el nacionalismo fue elaborando aquella que podemos considerar la conciencia de la burguesía como clase general. Por intermediación de la “Idea Nacional” de Corradini, tomaban fuerza, en el debate público, las tesis del nacional-corporativismo, la superación del antagonismo capital-trabajo vía la conformación de sindicatos a representación nacional y no de clase, un esquema de integración de la sociedad en el Estado que habría traído creciente sugestión de la guerra y la militarización de la producción. La cuestión social iba por primera vez gravitando hacia un centro de elaboración extraño al socialismo, mostrando - y Gramsci habría sido el primero en recoger este aspecto- una gran burguesía consciente de la necesidad de ir construyendo una capacidad dirigente *en* la sociedad civil.

Como esta capacidad, el nacionalismo cumplió un salto cualitativo con la humillación de la vieja “clase política” liberal, ejemplificada, encarnada, simbolizada, por Caporetto, el momento de la *debacle* y de la *unión sagrada* en nombre del rescate nacional. El drama de un ejército popular de masa, creado por primera vez durante una guerra de desgaste y conquista de posiciones, y sacrificado por la incapacidad de sus mandos, atrincherados en una organización de casta, sin voluntad de ascensión entre quienes consideraban como un bloque indiferenciado y subalterno, víctimas ellos mismos de una concepción mecánica de la disciplina. En un país en el cual ni el pueblo, ni la parte más consistente del partido liberal, había querido la guerra, la derrota militar se transformó en un clima cultural. Un sentir la completa separación del bloque dominante, el asociar la separación entre el ejército y el mando supremo, a una separación entre el país y el gobierno.

Fue el contexto en el cual la recomposición ideológica de la sociedad civil viró hacia la derecha, con iniciativas cuales la creación de un nuevo cotidiano nacionalista, nombrado “frente interno”, órgano del embate en contra de neutralistas y, sobre todo, de su componente socialista; o el “Fascio parlamentario de defensa nacional”, al cual adherían diputados y senadores entre los grupos más diversos, socialistas reformistas de derechas, radicales, liberales de derechas, los máximos exponentes del nacionalismo, y que no se habría limitado a actuar en las filas parlamentarias, sino en la prensa y opinión pública;

en fin Mussolini, quien desde Milán recogía y guiaba las tendencias del socialismo nacional.<sup>1234</sup>

El impulso contrario en sentido democrático, social e internacionalista había empero retomado su fuerza entre las grandes masas populares y obreras desde la revolución rusa de febrero, la renuncia del gobierno provisional a una guerra de anexiones y la entrada en guerra de los estados Unidos de Wilson en nombre de la paz y la democracia, y se habría fuertemente intensificado con el octubre bolchevique. Con la participación de millones de obreros y campesinos en el esfuerzo bélico, la conciencia nacional y popular ya no era la misma. A la *unión sagrada* en nombre de la nación se oponía, con siempre más evidencia, un mundo campesino desgarrado de sus secular aislamiento y amasado en las trincheras y el mundo obrero organizado en los grandes centros fabriles y urbanos de Turín, Genova, Milán. Un movimiento obrero que, con las limitaciones de libertades civiles y políticas, no sólo había acusado retrasos y dificultades, había también ido ampliando sus bases y, como vimos ser el caso de la Turín del 1913, renovado sus formas, autodisciplina, y capacidad ofensiva.

Por lo que concierne la evolución del socialismo político y sus fracciones, una vez entrado el país en el conflicto mundial, el Psi había promovido los contactos con las fuerzas el socialismo internacional empeñadas en reconstituir una acción común y, en Zimmerwald había optado, así como la mayor parte de las delegaciones presentes, por una resolución en favor de la movilización de masa por la democracia y la paz, en lugar que por la tesis bolchevique de transformar la guerra imperialista en guerra revolucionaria. Hasta la segunda mitad del 1917, el “ni adherir ni sabotear” constituía un fuerte patrimonio identitario, un “patriotismo de partido”, lo define Spriano, en el medio de aquel “confusionismo ideológico” que vimos Gramsci indicar transversal a las fracciones politico-ideológicas de clase.<sup>1235</sup>

Si el ala reformista, ahora minoritaria, tenía su referente en el grupo parlamentar de Treves y Turati, los diferentes componentes de la revolucionaria que, desde en el 1912 mantenía la dirección del partido, Serrati, el hombre de la unidad profundamente sentida, sucedido a Mussolini en la dirección del “Avanti!”. Una izquierda que se nombrará intransigente, maximalista, en fin, comunista, según el proceder de una fractura que no

---

<sup>1234</sup> Tejiendo los vínculos entre uno y otro de los dos frentes del nacionalismo, por un lado aquello de los poderes fuertes, los mismos que financiaban el Popolo d'Italia, y por el otro, aquello organizado en los

“fachos revolucionarios”, pronto renombrados “fachos italianos” de combate.

<sup>1235</sup> Spriano, P. *Storia del Partito comunista italiano, I. Da Bordiga a Gramsci*, Torino: Einaudi editore, [1976] 1982, p. 5.



será con los reformistas sin más, sino se irá configurando internamente a la mayoría revolucionaria, entre generaciones de socialistas y en cuanto a formas de concebir la revolución.<sup>1236</sup> De hecho, solo banalizando, el proceso atravesado por el socialismo italiano puede ser reducido a una reconquista revolucionaria y marxista del movimiento obrero. Qué cosa la nueva mayoría entienda por revolución y marxismo, y sus contrastes internos, constituye un proceso complejo cuyo origen y devenir no sólo fueron la forma que iba tomando la radicalización obrera, sino ésta en cuanto insertada en el proceso más amplio de entrada de las masas populares en la vida política y recomposición de las relaciones de fuerzas que defino el desarrollo, en Italia, del capitalismo de avanzada.

Durante el “año más largo”, después de la debacle militar, la continuidad del (des) orden de la guerra al lado de los Aliados recibía el apoyo explícito del ala reformista del Psi que, apelando a la hora del “peligro extremo”, descalificaba la política del partido apelando a la concordia nacional. Por su lado, el ala izquierda de la intransigencia había conformado, en julio, una propia fracción, con una plataforma que, a las vacilaciones de la dirección, contraponía la minoría decidida, más que el problema de la organización de una espontaneidad de masa en creciendo, a carácter no solo obrero, sino popular, y de la cual las organizaciones socialistas eran más testigos, que impulso.<sup>1237</sup> Si aun antes del

---

<sup>1236</sup> La oposición desde “izquierda” a la dirección reformista del Psi había ido coagulándose a partir del 1902-1904. El primer núcleo de los “intransigentes” se había formado en el 1906 y, una vez constituido en fracción en el 1911, había conseguido, un año después, la dirección del partido. Del Psi había sido expulsada, en el 1908, la corriente sindicalista revolucionaria de Ferri y Arturo Labriola y, durante el mismo congreso de Reggio Emilia, el ala reformista de derecha de Bonomi y Bissolati.

El terreno común de la intransigencia era el rechazo de los acuerdos y alianzas con la democracia radical y los republicanos; la primacía de la lucha política sobre las reivindicaciones sociales y la crítica a la degeneración ministerial de la vía gradualista. Al mismo tiempo, varias tendencias más o menos homogéneas y organizadas integraban sus filas. El grupo de la “Soffitta”, el órgano oficial de la fracción -revista que nació como desafío a quienes, tanto en campo reformista así como liberal, habían declarado la crisis del socialismo y alrededor de la cual había ido organizándose el debate para la constitución de una organización centralizada y netamente clasista; el socialismo revolucionario de las tradiciones obreras de Milán y Genova -con el viejo Lazzari como su representante histórico, secretario del Psi desde el 1912, y Serrati como su renovador, desde el 1915 director del “Avanti!”; la Federación Juvenil Socialista -donde había ido emergiendo la nueva generación a la cual pertenece Gramsci y que ya vimos ser teatro del debate Tasca-Bordiga; el grupo romagnolo de Mussolini -empeñado en la construcción de un espacio

de definición autónoma en el mismo Psi, desde donde el futuro *dux* fue tejiendo un fuerte vínculo con grupos ya emarginados del partido, sosteniéndose de una concepción carismática del poder y táctica de la política; en fin, el círculo Carlos Marx de Nápoles - promovido por Bordiga, que, caída la estrella de Mussolini con la traición del 1914, había ido adquiriendo una fuertísima popularidad entre las nuevas generaciones socialistas por su radical oposición a la guerra, la concepción vanguardista del partido y el abstencionismo electoral.

A la altura del 1917, Serrati era el punto de referencia de los intransigentes y la figura, además, que proyectaba más allá del ámbito local las nuevas voces del socialismo político revolucionario, Gramsci y el mismo Bordiga, quien dirigirá, desde el 1917, el semanal “Avanguardia” de la FIGS. Solo después del fin de la guerra y durante el bienio rojo, será el momento del enfrentamiento entre, por un lado, Serrati - quien, favorable a la adhesión del Psi a la IC, rechaza, empero, la aplicación de los 21 puntos- y, por el otro, Bordiga, quien ha fundado en el 1918, la revista “el Soviet” y Gramsci, quien el 1919 fundará el “Ordine Nuovo”. Cfr. Arfé. *Storia del socialismo italiano*.

<sup>1237</sup> En julio del 1917, en Firenze, se habían reunido los varios grupos de “extrema” del “maximalismo” (término que ahora substituye “intransigentes”, traduciendo la denominación “bolchevique” al contexto italiano y transmitiendo la oposición al reformismo en cuanto actuación de un programa máximo y a fuerza mayoritaria). Sus componentes son,

octubre, ya se iban perfilando las contraposiciones que irán coagulando terminada la guerra, no puede empero hablarse de una neta línea divisoria, precisamente porque las incertidumbres sobre la interpretación de los acontecimientos rusos y el “qué hacer” en Italia acomunaban maximalistas y reformistas.

Inmediatamente después de Kienthal (1916), Serrati, favorable a la conformación de una nueva organización mundial del proletariado y escéptico respecto a la abertura de una crisis revolucionaria en tiempos estrechos, había ido construyendo, desde las columnas del “Avanti!”, el paralelismo entre bolcheviques y revolucionarios italianos, por un lado, mencheviques y reformistas, por el otro, insistiendo en el sectarismo de los dirigentes como causa de la desunión de la socialdemocracia rusa. Por su lado, la “Critica Sociale” de Turati y Treves se había ido orientando, tan pronto como en el 1914, en sentido filo menchevique, presentando a los bolcheviques como propugnadores de una concepción anti-proletaria, porque conspirativa, de la revolución. Abierta la revolución de febrero, ésta había representado un acontecimiento del todo inesperado, independientemente de los respectivos frentes, siendo común una actitud inicial de cautela por parte de los principales dirigentes.<sup>1238</sup> Cuando Gramsci, en abril, escribía sus dos primeros

---

en larga parte, exponentes de una nueva generación críticas de las vacilaciones de la dirección del partido. La fracción engloba un centenar de secciones de la península, entre las cuales se distinguen, además de Firenze, en este entonces centro del radicalismo, la turinesa de los “rígidos”, y la napolitana de Bordiga. En noviembre del 1917, durante un convenio clandestino realizado en la casa de un socialista, entre delegados de las principales secciones políticas, presentes el mismo secretario del Psi Lazzari, así como Serrati, tuvo lugar el primer encuentro entre Gramsci, en representación de los socialistas turineses, y Bordiga, quien había redactado la plataforma de la fracción, aduciendo la necesidad de una acción enérgica del partido al fin de imponer la paz inmediata en la perspectiva de una posible insurrección, mientras el secretario del Psi y el director del “Avanti!” defendían la continuidad con la línea de “ni adherir ni sabotear”. En esta misma reunión, de pocas semanas sucesivas a la publicación de su *La Rivoluzione contro il capitale*, así como habría recordado en la cárcel, Gramsci recibió las primeras acusaciones de bergsonismo. En una serie de notas significadamente tituladas “pasado y presente”, construyendo un paralelismo entre mecanicismo y voluntarismo, y presentándolo como límite histórico de una fuerza revolucionaria derrotada: “Escaso sentido de la dignidad humana y de la dignidad política por parte de los partidos: empero, estos elementos no son datos naturales, deficiencias propias de un pueblo como característica permanente. Son “hechos históricos” que se explican por la historia pasada y las convicciones sociales actuales. Contradicciones aparentes: dominaba una concepción fatalista y

*mecánica (Florenia 1917, acusación de bergsonismo) y, empero, emergían las actitudes propias de un voluntarismo formalista vulgar y trivial”.* Gramsci, C. 3, § 42. En la nota, ya considerada, en la cual Gramsci examina la involución del marxismo teórico en la Rusia del tercer periodo: “La pauperización del ‘fatalismo’ y del ‘mecanicismo’ indica un grande viraje histórico; por esa razón la gran impresión transmitida por el estudio resumen de Mirskij. Recuerdos que ha despertado; *recordar Florenia en noviembre del 1917, la discusión con el ab. Mario Trozzi y la primera alusión de bergsonismo, de voluntarismo, etc.*” C. 11, § 12.

<sup>1238</sup> El desenlace de la revolución de febrero había sido acogido por un “coro general” de aprobación entre las filas intervencionistas, en cuanto percibida garante - aun por razones distintas dada la misma composición del gobierno provisional- de la continuación de la participación rusa en la guerra, una interpretación que acomunaba radicales, nacionalistas, el mismo Mussolini. Entre las filas del Psi, Turati declaraba no entender nada de los acontecimientos rusos y avanzaba la sospecha de que se tratara de un movimiento insurreccional gestionado por los intereses de sectores militares. Empujado por el entusiasmo y las animosas críticas de la Kuliscioff, Turati se había limitado, en marzo, a enviar desde la cámara un saludo al pueblo ruso, manteniéndose ambiguo respecto a las consecuencias internacionales del proceso y recibiendo el plauso de la entera cámara. El mismo Serrati, con las declaraciones del gobierno provisional, en voz de los cadetes, de querer continuar la guerra al lado de los aliados, había declarado, en marzo, la revolución derrotada por la capacidad de una elite

comentarios, el “Avanti!” ya había empezado a presentar una realidad más compleja y articulada de aquella propugnada por los reformistas, indicándola como una situación abierta en cuanto a sus posibles éxitos.<sup>1239</sup>

En la adhesión y entusiasmo con el cual Gramsci comenta e interpreta el febrero, vemos emerger un primer razonamiento dialéctico. De la revolución que, hace poco más de un mes, ha derrocado la autocracia zarista, enfoca las consecuencias para el movimiento obrero en Italia y, primero entre las filas maximalistas, prevé el desemboque socialista en Rusia. La revolución ni es indicada como liberal, ni como democrática, sino “proletaria” y no por ser el proletariado su protagonista, sino porque la revolución es del proletariado como relación entre el momento de la política como fuerza y como dirección, cada uno elaborado, respectivamente, como el plano internacional y el nacional de una forma social en cuanto forma Estado y preparación, afirma, de las mejores condiciones para que el socialismo pueda obrar eficazmente.

En primer lugar, el acento recae en el internacionalismo obrero que ha dejado de ser utópico, abstracto.

“El proletariado italiano ya no es un nombre vano, ya no es un derecho sin ‘fuerza’. La fuerza la ha adquirido. Es el reflejo de la ‘fuerza’ del proletariado ruso, es el reflejo de la autoridad que el proletariado ruso ha adquirido en el campo de las competiciones internacionales, del peso que el proletariado ruso puede arrojar en la balanza de las fuerzas internacionales. Para el proletariado ruso, la voluntad y los propósitos de los dirigentes burgueses de los estados capitalistas ya no cuentan nada; cuentan únicamente la voluntad y los propósitos de los proletarios de estos estados, y *porque el proletariado ruso representa en este momento el ejército ruso, representa la voluntad rusa, es el árbitro de la situación internacional*, una grande parte de esta potencia suya se refleja sobre los otros proletariados, los substancias de una vida nueva, de una nueva autoridad.”<sup>1240</sup>

---

burguesa de direccionar la insurrección popular hacia sus propios intereses. Treves, también en este caso impulsado por la Kuliscioff, elaboró, desde la “Crítica Social”, los términos del “aplausos” con el cual los reformistas la habrían interpretado hasta el octubre, o sea, como una revolución demócrata que, junto a un moderno régimen representativo, habría favorecido, entre los límites de la dominación capitalista, el desarrollo del movimiento obrero de clase. Cfr. D’Alessandro, y Savant, artículos citados.

<sup>1239</sup> Una realidad más compleja y empero filtrada, ya mencionamos, por la lectura de un socialista revolucionario ruso (“junior”) que, indicando las masas como protagonistas del febrero, por primera vez introducía en Italia noticias respecto a la novedad de los Soviet y la convocación de la asamblea constituyente, mientras, al mismo tiempo, tendía a presentar un substancial acorde entre las fuerza socialdemócratas, callando sobre el cisma del 1903, introduciendo Cernov y sus escritos como *la* concepción de la revolución, y, trayendo las primeras informaciones

sobre Lenin, reproducía el estereotipo del bolchevique como encarnación de la intransigencia en cuanto ideal, más que como capacidad político-dirigente. El mismo Lenin que las masas, y entre la prensa socialista, el “Grido”, así como el “Avanti!”, iban transformando de mito negativo en positivo; un Lenin del cual la reflexión teórico-política y los principales escritos permanecían, en Italia y en este entonces, del todo desconocidos. Cfr. D’Alessandro, y Savant, artículos citados.

<sup>1240</sup> Gramsci, *Morgari in Russia*, en “Avanti”, 20 abril 1917, CF pp. 131-33. Las cursivas son mías. El 9 abril, el gobierno ruso había anunciado renunciar a toda expansión territorial, mientras la entrada en guerra de los Estados Unidos de Wilson había sido declarada en nombre de una paz ecua y democrática. A partir de este momento, el ala reformista de Turati había decidido diferenciar entre la Intesa y la Tríplece, indicando los imperios centrales como únicas potencias imperialistas y en contra de los cuales había

Ampliando el espacio de la política más allá de los confines nacionales, Gramsci se mueve de una concepción del Estado como potencia, hacia su historicización en cuanto “masa de realidad”. Sin diferenciar aún entre las fuerzas que se contienden la dirección de la revolución, las declaraciones del Soviet respecto a la paz “no son palabras vacías: son declaraciones sostenidas por millones de bayonetas, en manos a millones de hombres y no en manos a millones de subalternos”. La Internacional es la “potencia no deseada”, un poder estatal otro al Estado capitalista por constituir “el imán que muta la disposición caótica de las moléculas humanas, y esclarece los agregados, y pone en primer lugar *las mayorías efectivas*”.<sup>1241</sup> Denunciada la escasez de noticias filtradas a través de la censura, y una prensa alineada en instituir inmediatamente “el paralelismo: revolución rusa, revolución francesa”, Gramsci le contrapone el fenómeno que “además de potencia” se demuestra “fenómeno de costumbre”. La revolución rusa “debe naturalmente desembocar en el régimen socialista” porque no sólo es un hecho, sino es un acto proletario, es el poder que, nacionalmente, “*ha ignorado el jacobinismo*”.<sup>1242</sup>

Identificando el jacobinismo como dictadura de una minoría de la cual, en este entonces, excluye el ejercicio despótico del poder en el interés de las mayoría, congruente con aquella que vimos ser la dimensión necesariamente autoritaria, en su perspectiva, de una concepción abstracta de la democracia, como de “cualquier otra ideología política”,<sup>1243</sup> Gramsci del febrero ruso resalta un movimiento de mayorías amplias que “tan pronto como podrá expresarse en un ambiente de libertad espiritual absoluta” reconocerá sus propios intereses en la “transición hacia una nueva forma de sociedad”.<sup>1244</sup> Mientras la Gran revolución burguesa, sostiene, fue un hecho de autoridad, la Revolución rusa es el universal en acto, el proletariado que “no ha sustituido una potencia con otra potencia, ha sustituido una costumbre con otra, ha creado una nueva

---

que convencer el proletariado y las masas populares a seguir en el esfuerzo bélico al lado y en apoyo del gobierno. Cfr. D' Alessandro, y Savant, artículos citados.

<sup>1241</sup> Gramsci, *ibidem*. Las cursivas son mías. Con su primer artículo, Gramsci demuestra no tener conocimiento, en este entonces, del Lenin de las *Tesis de abril*. Ignora la restricción por parte del Soviet de Petersburgo de la oposición a la guerra a la guerra de “conquista” y en nombre del “defensismo revolucionario”, tesis ásperamente contrastada por Lenin con la “guerra imperialista de brigandaje”, el rechazo de toda colaboración con el gobierno provisional y la organización de la segunda fase de la revolución: la conquista del poder por parte de los obreros y campesinos pobres y la superación del poder dual. Cfr. Lenin, *Sui compiti del proletariato nella*

*rivoluzione attuale*, Id. *Opere*, Vol. XXIV, pp. 11-15. Pocos días después del artículo de Gramsci, el 25 abril, el “Avanti!” presentaba una entrevista publicada en un cotidiano de Estocolmo, en la cual Lenin sostenía que la revolución de febrero era obra del proletariado en nombre de pan, paz y libertad; que, en Rusia, la guerra imperialista había sido transformada en guerra civil, y que en eso residía el doble carácter de la revolución y en cuanto primera etapa de un grande movimiento revolucionario. Cfr. D' Alessandro, *La Rivoluzione in tempo reale*, cit.

<sup>1242</sup> Gramsci, *Note sulla rivoluzione russa*, en “Il Grido del popolo”, 29 aprile 1917, CF pp. 138-141. Las cursivas son mías.

<sup>1243</sup> Gramsci, *I salumieri della repubblica*.

<sup>1244</sup> Gramsci, *Note sulla rivoluzione russa*.

atmosfera moral, ha instaurado la libertad del espíritu, además que la libertad corporal”. La revolución procede a través de “una atmosfera de pasión social”, un ejercicio de las libertades que, por su misma calidad de masa, llevará a la superación de sus límites de clase.

Emerge una concepción procesual de la revolución que tiene como *conditio sine qua non* la modificación de “la mentalidad predominante”, “la instauración de una nueva conciencia moral”, y, como tal, implica por parte del proletariado industrial y agrícola - y culturalmente listo en Rusia, afirma, para el socialismo- de un ejercicio del dominio limitado a asegurar que las instituciones liberales y democráticas -la Duma, las formas de autogobierno local, la misma propuesta de una Asamblea constituyente a sufragio universal- no se vuelvan “jacobinos”, no caigan en el interés exclusivo de la burguesía, el particular.<sup>1245</sup> Nos encontramos en la primera mitad del 1917. Gramsci no tiene aún las informaciones suficientes para construir el cuadro de las relaciones entre fuerzas político-ideológicas, con lo cual el problema del poder como dirección tiende a resolverse integralmente en una visión anti-autoritaria de la revolución como movimiento de “energías sociales”.<sup>1246</sup> La distinción empezará a delinearse sólo a partir de la segunda mitad del año.<sup>1247</sup>

A las fuerzas “moderadas” que encarnan “el peligro máximo de todas las revoluciones, el formarse de la convicción que un determinado momento de la nueva vida sea el definitivo”, Gramsci les contrapone a quienes representan “la continuidad de la revolución, el ritmo de la revolución [...] la revolución misma. Encarnan la idea-límite del socialismo: quieren todo el socialismo. Y tienen esta tarea: impedir que se llegue a un

---

<sup>1245</sup> Gramsci, *ibidem*.

<sup>1246</sup> Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, p. 369.

<sup>1247</sup> A partir de junio, las informaciones que llegaban de Rusia se habían incrementado vía el aporte de los corresponsales de la prensa socialista en el exterior, en el “Avanti!”, además, a “junior” había sucedido un sostenedor de las posiciones bolcheviques (Vodosov, “Ing”). Serrati, el 22 julio, definía irreparable el cisma interno a la socialdemocracia rusa y enfatizaba el apoyo de las masas a la intransigencia de Lenin. El 24 de julio, un artículo de Vodosov sostenía el carácter de masa de la revolución, indicaba su desarrollo ser distinto de todas las revoluciones políticas anteriores y lo proyectaba hacia la instauración de un nuevo orden social, excluyendo que los bolcheviques quisieran imponer un nuevo régimen por la fuerza. Siempre el ruso introducía en Italia la imagen polarizada Kerenskij-Lenin como símbolo de las dos fases de la revolución, la cual, publicada en el “Avanti!”, muestra como la fractura entre maximalistas y reformistas iban

acentuándose después de las manifestaciones populares de julio en Milán (en contra del aumento del costo de la vida, la disminución de los salarios y la continuación de la guerra) y un partido empujado por el cuadro histórico a asumir una posición más decidida. Gramsci, desde julio, ve en los bolcheviques la fuerza capaz de asegurar la permanencia de la revolución y, en agosto, declarando la necesidad de posicionarse a su lado, contrapone Lenin a Kerensky. El 29 septiembre, cuando “la revolución rusa está por entrar en una de sus fases conclusivas, en la más importante de sus fases conclusivas”, Cernov es “el jefe de la revolución”, y Lenin “el maestro de vida, el agitador de conciencias”, lo cual comprueba cómo, aún para ese entonces, los escritos de los principales dirigentes rusos que iban circulando en Italia fueran aquellos del socialista revolucionario, no del bolchevique. D’Alessandro, *ibidem*., y Rapone, *ibidem*, pp. 370-71.

compromiso definitivo entre el pasado milenarista y la idea”.<sup>1248</sup> La necesidad que emerge en la historia es aquella de su propio “ritmo” en cuanto relación de fuerzas entre el compromiso con la conservación y la permanencia de un movimiento ascendente. La transición entre revolución política y revolución social es presentada como un proceso de superación continua de asentamientos, de estabilizaciones momentáneas y en cuanto *praxis* de los bolcheviques, los “maximalistas rusos”.<sup>1249</sup>

Aun utilizando el lenguaje especulativo de la idea que se vuelve “obrante en la historia”, Gramsci encuadra el problema de la relación entre dirección y espontaneidad atribuyendo a la primera la dimensión cualitativa de la crítica, y traduciéndolo en un esfuerzo práctico, organizativo, concreto. Los bolcheviques son quienes trabajan al fin de asegurar la distinción del “pueblo” de “la masa”, la conversión de lo popular en fuerzas “finalmente artífices de su propio destino”. Una labor de transformación de la subjetividad de las mayorías que impide el surgimiento de minorías despóticas -en contra de las cuales “el control es siempre vivo y diligente”- tanto cuanto la indispensabilidad del mismo grupo dirigente. Mientras la fallida sublevación de Petersburgo, producto de las “tormentas” desencadenadas por los bolcheviques, ha nuevamente obligado a Lenin a ir al exilio, la efectividad de su “esfuerzo enorme de pensamiento y de acción” reside en haber organizado, y en continuar persiguiendo, un proceso de reforma no solo moral, sino intelectual, en origen tanto de la permanencia de la revolución, cuanto de la difamación que la burguesía occidental reserva al bolchevismo.

A diferencia del juicio alineado de la prensa filo-gubernamental y reformista:

“En Rusia no hay jacobinos [...] Lenin en la revolución socialista no ha tenido el destino de Babeuf [...] Él y sus compañeros bolcheviques son persuadidos que sea posible realizar el socialismo en cada momento. Son nutridos de pensamiento marxista. Son revolucionarios, no evolucionistas. Y el pensamiento revolucionario niega el tiempo como factor de progreso. Niega que todas las experiencias intermedias entre la concepción del socialismo y su realización deban tener en el tiempo y en el espacio una comprobación absoluta e integral. Es suficiente que estas experiencias se actúen en el pensamiento para superarlas y poder proceder más allá. Es necesario, al contrario, des-holgazanear las conciencias, conquistar las conciencias. Y Lenin con sus compañeros han des-holgazaneado las conciencias, las han conquistado. Su persuasión no ha permanecido sólo audacia de pensamiento: se ha encarnado en individuos, en muchos individuos; se ha vuelto generadora de obras. Ha creado aquel grupo determinado que era necesario el fin de oponerse a los compromisos definitivos, a todo aquello que pudiera volverse definitivo. Y la

<sup>1248</sup> Gramsci, *I massimalisti Russi*, en “Il Grido del popolo”, 28 julio 1917, CF pp. 265-67. Es el primer artículo en el cual Gramsci declara apoyar el programa bolchevique en contra de las fuerzas representadas en el gobierno provisional.

<sup>1249</sup> Mientras Gramsci escribe estas líneas, el grupo parlamentario defiende el gobierno ruso de la acusación de ir buscando la paz separada con los

alemanes y, en voz de Treves, declara esta posibilidad contraria al principio del internacionalismo socialista. Conformado el gobierno Kerensky, siempre Treves, desde la “Critica Sociale”, exhorta conferirle el pleno apoyo y el no preferirle Lenin. Savant, *La rivoluzione russa e i socialisti italiani nel 1917-18*, D’Alessandro, ibidem.

revolución continua. Toda la vida se ha vuelto verdaderamente revolucionaria; es una actividad siempre actual, es un continuo intercambio, una continua excavación en el bloque amorfo del pueblo.”<sup>1250</sup>

Relativamente al plano internacional, el acento recae nuevamente con fuerza en el evento de portada mundial, en el “inicio de una vida nueva para todos”.<sup>1251</sup> Refiriéndose a la iniciativa del Soviet de convocar una conferencia conjunta, en Estocolmo, entre los partidos de la Segunda Internacional y el movimiento de Zimmerwald:

“Las fuerzas revolucionarias rusas [...] quieren liquidar la guerra, quieren restaurar la paz. Empero no quieren una paz cualquiera. Después de la victoria de los socialistas rusos contra el gobierno zarista, el problema de la paz se presenta bajo otros aspectos que en el pasado [...]. *Es excluida la paz como resultado de un acuerdo diplomático. El ‘Soviet’ se propone saldar un acuerdo de los pueblos. La paz debe tener una plataforma internacional, debe ser una etapa definitiva hacia una sistematización internacional definitiva del mundo [...].* No hay que juzgar con demasiada prisa y superficialidad la revolución rusa, en cualquier momento. Esa ha hecho mucho, empero debe hacer aún mucho. La contrarrevolución queda siempre al acecho. En el exterior, y al interior. Las fuerzas revolucionarias organizadas deben luchar continuamente, deben demostrar continuamente de ser dignas y capaces de resolver todos los problemas que se asoman. Es necesario eliminar el peligro externo: la revolución necesita la paz. Empero la paz debe ser cual es necesaria al proletariado, debe continuar la revolución: eso puede ser si será impuesta por los revolucionarios. La conferencia de Estocolmo sentará sus bases”.<sup>1252</sup>

---

<sup>1250</sup> Gramsci, *I massimalisti Russi*.

<sup>1251</sup> Gramsci, *Il compito della rivoluzione russa*, en “Il Grido del popolo”, 15 agosto 1917, CF pp. 274-77. Este artículo es aquello escrito en ocasión del ya citado mitin -en Turín, frente a 30 mil trabajadores- de delegados mencheviques y socialistas revolucionarios del Soviet de Petersburgo. Los representantes habían llegado para propiciar el apoyo del Psi a la plataforma política de Kerensky, favorable a la continuación de la guerra al lado de los aliados, y al fin de recoger las adhesiones de los socialistas italianos a la conferencia de Estocolmo, las dos posiciones del todo contrarias al conseguimiento de la paz según Lenin, y que habían garantizado la autorización del gobierno italiano para realizar comicios públicos (5-13 julio) donde, empero, los delegados habrían sido recibidos, especialmente en Turín, al grito de “Viva Lenin y la revolución”.

Turati, en Milán, exaltaba la revolución rusa, enfatizando como no fuera todavía una revolución socialista. A la “Critica Sociale” que, después del mitin de Turín, acusaba la dirección del Psi de no haber querido explicar a las masas el equívoco, el “Avanti!” replicaba, el 20 agosto, con Serrati, indicando Lenin como uno de los pocos socialistas internacionalistas sobrevividos a la guerra, mientras presentaba el grito de las masas como una mera insignia de lucha, no como una declaración de principio, y Lenin como alfiler del socialismo integral, sin que eso significara que su posición fuera teóricamente distinta de las otras.

La insurrección turinesa del 22-25 agosto habría constituido el verdadero parteaguas, el momento en el que el “hacer como en Rusia” se transformó en una de las

consignas más populares; la misma popularidad de Lenin entre las masas se volvió abrasadora y, en fin, emergió la convicción, entre varios dirigentes de la intransigencia, de encontrarse, en Italia también, al borde de una crisis revolucionaria, mientras permanecía la ambigüedad de la dirección respecto a la interpretación de cuanto estuviera realmente aconteciendo en Rusia.

Inmediatamente después de los hechos de Turín, fue Gramsci, en polémica a los tonos de un editorial de tonos reformistas del “Avanti!”, a tomar una neta presa de posición, definiendo Kerensky “la fatalidad histórica”, y Lenin “el devenir socialista “y enfatizando, “nosotros estamos con él con toda el alma”. Gramsci, [*Kerensky-Lenin*] en “Il Grido del popolo”, 25 agosto de 1 septiembre 1917, CF p. 285. A finales de septiembre, aunque Cernov será nuevamente indicado como “jefe de la revolución”, Kerensky es el símbolo para Gramsci del “equilibrio establecido sobre las bases de las libertades políticas” y los bolcheviques el “caos que se ha vuelto cosmos, disciplina consciente”; el proletariado, así como, expresando de su propio seno una capacidad dirigente, usando racionalmente su propia fuerza, supera la necesidad del compromiso con la burguesía e “inicia finalmente la revolución social”. Cfr. Gramsci, *Kerensky-Cernof*. Las cursivas son mías. Cfr. D’Álessandro, y Savant, artículos citados.

<sup>1252</sup> Gramsci, *I massimalisti Russi*. Las cursivas son mías.

Para Gramsci, la paz internacional por impulso de una fuerza no sólo obrera, sino popular, es el plano en el cual la reconstrucción revolucionaria del internacionalismo socialista se vuelve concreta, posible. El rechazo, paralelo, de la revolución como mera toma del poder y del internacionalismo en abstracto conforman una primera dialéctica entre el plano nacional e internacional de la intransigencia socialista y el inicio de una compleja reflexión teórica.

En los *maximalistas rusos*, aun emerja entre acentos especulativos, la legitimización del bolchevismo consiste en negarle una concepción determinista de la historia -y por etapas de la revolución- enfocando la relación entre clase y conciencia desde el problema de la relación entre revolución y principio de mayoría. Son ya los tonos de las argumentaciones que encontrarán un primer desarrollo conceptual en el celeberrimo artículo del 24 de diciembre: *la Rivoluzione contro Il capitale*.<sup>1253</sup> A partir de este entonces, Gramsci dejará paulatinamente a un lado el uso de expresiones más acorde con el subjetivismo, para inaugurar una propia búsqueda y elaboración, *en fieri*, de una resolución autónoma, en el marxismo, del núcleo de verdad que percibe en el idealismo especulativo: la historicización del sujeto.

Desde el momento en el cual, en la segunda mitad del 1917, los enfrentamientos internos al Soviet ya no permiten la representación de la revolución como un proceso unitario, Gramsci ha adherido al “frente” bolchevique por ver en aquél una comprobación del propio orden teórico-político, más que el impulso a su substancial renovación, siendo ésta una evolución que iniciaría sólo con la disolución bolchevique, en enero del 1918, de la asamblea constituyente.<sup>1254</sup> Entre el 1915 y el 1916, y aun en la primera mitad del 1917,

---

<sup>1253</sup> Publicado una primera vez en la edición romana del “Avanti!” del 24 diciembre, y enteramente suprimido por la censura, *La rivoluzione contro il capitale* volvía a ser editado el 5 enero 1918, en el “Grido”. Cfr. CF p. 517, n. 1. Sólo con el octubre, con el avanzar de las posiciones bolcheviques en el Soviet, Serrati había abandonado las cautelas y afirmado que Lenin habría pronto ocupado el lugar de Kerensky, mientras desde la “Critica Sociale” Treves lo comparaba a Marat, encarnación del sufrimiento de las plebes. El octubre ruso coincidió con los días, en Italia, de la derrota de Caporetto, la censura di guerra y la recomendación del ministro de los interiores a la prensa nacional de no conferir demasiado relieve a la situación rusa. La prensa nacional, el 9 de noviembre, se limitaba a una nota a pie página, en la cual era anunciada la destitución de Kerensky y la ciudad de Petersburgo bajo el control de las hordas maximalistas. Fue Serrati, desde el “Avanti!”, el 24 noviembre, a anunciar la formación de un nuevo gobierno bajo la guía de Lenin. Las agitaciones de plaza en contra de la guerra aumentaron exponencialmente y, con ellas, no

obstante la represión, las manifestaciones de solidaridad hacia un acontecimiento percibido por las masas como una necesidad general de paz y emancipación. Los mismos reformistas presentaban ahora la revolución de octubre como un hecho necesario, inevitable, aunque leyéndolo como un cataclismo, una especie de explosión comunera empeñada en salvar a Rusia de la ruina. El 24 noviembre, el mismo Gramsci, en el “Grido”: “No se posee alguna noticia precisa sobre los últimos acontecimientos de la revolución rusa [...] no ilusionémonos con una conquista definitiva del poder por parte de los socialistas a corto plazo. Las fuerzas reaccionarias, ellas también, se organizan, y tomarán todavía iniciativas para no dejarse sumergir por la marea proletaria”. Gramsci, *La situazione politica en Russia*, en “Il Grido del popolo”, 24 noviembre 1917. CF pp. 450. Cfr. D’ Alessandro, y Savant, artículos citados.

<sup>1254</sup> Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, p. 366.



en la reflexión de Gramsci “el carácter concreto de las relaciones económico-sociales comparecía como en disolvencia”.<sup>1255</sup> A partir del agosto del 1917, con la concomitancia, entre los “hechos de Turín” y las primeras noticias acerca de las divisiones internas a la socialdemocracia rusa, esta necesidad de “concreto” transita al centro de sus preocupaciones, expresándose como tensión entre dos visiones de la relación entre lucha de clase y capital. Por un lado, emerge una interpretación de la intransigencia relativamente independiente del desarrollo del capitalismo, cuyo cuadro es la aversión hacia el reformismo positivista dadas, en Italia, sus implicaciones colaboracionistas, y aquella que vimos ser, elaborada según las líneas salveminianas, la crítica al sacrificio del Meridione por parte del corporativismo socialista. Por el otro, una interpretación que se articula con Marx, en particular el Marx del *Manifiesto*, tanto por las dinámicas potencialmente progresivas implícitas en la plena expansión y profundización del capital, así como por una visión del socialismo en términos de culminación y derrocamiento de este mismo desarrollo. Una incertidumbre que, traducida filosóficamente, se expresa en la tensión entre el no admitir que la objetividad circunscriba el campo de acción del sujeto, y otra que toma paulatinamente centralidad con la voluntad de legitimar el bolchevismo y que consistirá en un esfuerzo de elaboración del marxismo como resolución autónoma del dualismo filosófico.

Cuando, a partir de la revolución de octubre, Gramsci emprende la reflexión en torno al *estatus* teórico del marxismo, inaugura un camino a través del cual lo veremos transitar de la revolución como historia en movimiento, hacia el tema de la organización y construcción del Estado como eje de la revolución. Un Gramsci que, en enero del 1918, comentando la decisión de disolver la asamblea constituyente, re-elabora su juicio acerca del jacobinismo -y habrá que ver en qué términos- defendiendo la salida del poder bolchevique de los parámetros de la democracia liberal, mientras identifica el liberalismo como interpretación más auténtica de la sociedad burguesa-capitalista y el anti-estatalismo como elemento clave del socialismo revolucionario. A la base, veremos, es una propia elaboración del concepto de necesidad histórica que lo llevará hacia el mismo programa de “L’ Ordine Nuovo”.

Es mi opinión que el Gramsci del 1918-19 permite llevar a la luz tanto las inconsecuencias de la tesis del parte-aguas, así como de la continuidad, y no sólo entre el Gramsci de la formación y el ordinovista, sino en su entera biografía intelectual y política. Por un lado,

---

<sup>1255</sup> Rapone, *ibidem*, p. 266.

vuelvo a enfatizar como la imagen de una continuidad lineal sería del todo insostenible. El Gramsci de la “formación” es quien debe todavía emprender el largo camino de dirigente de un movimiento y de un partido, participe de una historia que, como política, no es aún la aquella de la traducción al contexto nacional ni del “hacer como en Rusia”, ni, obviamente, del Frente unido, ni de las contradicciones de un Estado, el fascista, que integrará a las masas buscando el pleno control de su capacidad de iniciativa político-ideológica “desde abajo”. Por el otro, es en este primer periodo que emerge aquella exigencia intelectual que fundamenta su horizonte político y que llevará consigo hasta las notas de la cárcel: identificar cuál sea el campo teórico específico del marxismo.

¿Qué cosa significa, de hecho, intransigencia, para el joven Gramsci? Si nos limitamos a la inmediatez del lenguaje: necesidad de distinción, refutación del compromiso, anhelo a la claridad de principios de cada polo del antagonismo social de clase.<sup>1256</sup> Si elaboramos conceptualmente, el problema de cuál sea para el marxismo, que de la clase trabajadora es la ideología, la legalidad de la historia desde el punto de vista de esta unidad entre teoría y política. Este horizonte, él de la *praxis*, emerge precisamente a partir de *La revolución contra el Capital*, cuyo blanco polémico es la acepción del marxismo que Gramsci considera minar la legitimidad del proceso ruso.<sup>1257</sup>

Vimos cómo desde julio del 1917, en el medio de las incertidumbres maximalistas, el joven turinés ya se ha distinguido por la marcada toma de posición al lado de los bolcheviques. Cuando estalla el octubre, su editorial contribuye a, y en parte refleja, una insanable divergencia entre las “almas” del socialismo italiano. La polémica es con quienes tachan de mera ilusión la pretensión de instaurar el socialismo en condiciones que no han atravesado todavía una fase de desarrollo plenamente capitalista, y si como tal es conducida contra los reformistas, suscitará también divergencias entre las filas revolucionarias.<sup>1258</sup>

---

<sup>1256</sup> “[...] significa conciencia del fin, que a su vez significa noción exacta del propio poder y de los medios para expresarlo en la acción. Significa, por lo tanto, en primer lugar, distinción, individuación de la clase, organización compacta y disciplinada en acorde a los propios fines, sin desviaciones y vacilaciones. Significa impulso rectilíneo hacia el fin máximo, sin ir a paseo por los verdes campos secundarios, a tomar el cordial vaso de la hermandad, enternecidos por las verdes hierbas y las mórbidas declaraciones de estima y amor”. Gramsci, *Il nostro Marx*, en “Il Grido del popolo”, NM pp. 3-7.

<sup>1257</sup> Rapone lo define el artículo “probablemente más conocido entre todos aquellos compilados desde los años juveniles hasta el arresto”, lo cual vuelve aún más

apremiante su contextualización. Rapone, *ibidem*, p. 270.

<sup>1258</sup> Bordiga, entre el 21 octubre hasta el 2 de diciembre, en “L’Avanguardia”, realizó el primer intento de análisis en perspectiva histórica. Buscando enraizar el 1917 en una reconstrucción de las relaciones entre fuerzas en época zarista, su reconstrucción proponía el clásico esquema: absolutismo, burguesía y socialismo. Un paulatino simplificarse de las contraposiciones de clase: por un lado, una burguesía capitalista que, dado el estado de exasperación de las masas, había empujado hacia las reformas el absolutismo sostenido por la burocracia y los militares, por el otro, las masas obreras y campesinas como bases dos partidos, ambos de inspiración marxistas. El partido de los grandes

“La revolución es hecha más de ideologías que de hechos [...] aun así, hay una fatalidad también en estos acontecimientos [...] los bolcheviques no son “marxistas”, eso es todo; no han compilado sobre las obras del Maestro una doctrina exterior, de afirmaciones dogmáticas e indiscutibles”<sup>1259</sup>

El enfrentamiento se vuelve ceñido solo pocas semanas después la publicación de su editorial, y si la provocación, tajante, ha llegado desde Gramsci, Treves es quien la recoge llamándolo a debate a nivel nacional.<sup>1260</sup> Tachando la “espantosa incultura de la nueva generación socialista”:

“Recientemente un colaborador del Avanti! Exponía la doctrina que los decretos de Lenin superan la historia, es decir, sobrevuelan los periodos de la evolución de la propiedad. ¡Con los decretos se brinca a pies pares la era burguesa industrial, se pasa de la economía patriarcal agraria al colectivismo! Se le pregunta [a Gramsci] porqué con los decretos no se crea la sociedad perfectísima y en qué difiera esa concepción del Socialismo del utopismo de Campanella o de Moro. Aquí nos parece clarísimo que ya no se abjura solo del Capital sino hasta del Manifiesto. Con eso, se haga atención, nosotros no juzgamos a Lenin: juzgamos los leninistas que nada saben de Lenin ... sino aquello que a los gobiernos gusta que sepan”.

La intervención de Treves prosigue con argumentaciones que muestran como el artículo de Gramsci ha tenido el efecto de elevar los enfrentamientos políticos hacia el plano teórico-conceptual. El reformista elige medirse con el intransigente respecto a la relación entre necesidad histórica y forma de transición al poder:

---

centros urbanos, la socialdemocracia, y él socialista revolucionario, que miraba a la socialización de la tierra. Minimizando las diferencias entre los dos, el elemento común según Bordiga había sido el querer derrocar el régimen con la fuerza, el fin último a partir del cual las masas se habían alineado con la burguesía liberal y, una vez entrado el país en guerra y abierta la insurrección de febrero, se habían reunido espontáneamente bajo la guía de los “subversivos”. Si el joven dirigente napolitano compartía la neta toma de posición de Gramsci en favor del octubre, lo leía, en este aspecto en su exacto contrario, como un desarrollo perfectamente consecuente con el marxismo en cuanto minoría que, adaptando consecuentemente un programa marxista -definido como el mismo programa del *Manifiesto*- se había vuelto mayoría en el Soviet y, una vez conquistado el poder, procedía hacia la expropiación de los medios de producción y la liquidación de la guerra. Cfr. Savant, artículo citado.

<sup>1259</sup> Gramsci, *La Rivoluzione contro il capitale*, en “Avanti!”, 24 diciembre 1917, CF. pp 513-17.

<sup>1260</sup> La “Critica Sociale” publicaba, en enero del 1918, una carta del menchevique Martov, quien declaraba la imposibilidad de cualquier acuerdo con los bolcheviques por “el carácter utopista del movimiento leninista, que busca introducir el colectivismo en una Rusia atrasada económicamente en contra de la voluntad de la mayoría del pueblo, con la fuerza

armada de los soldados, cansados de la guerra y listos para sostener cualquier partido que prometa la paz inmediata. El nuevo gobierno se encuentra así constreñido a usar el terror en contra de la mayoría del pueblo, hostil a una dictadura militar. Seguirán persecuciones arbitrarias, violentas, en contra de la Oposición, incluida la socialista, la supresión de la libertad de prensa, y de reunión [...] la política exterior de Lenin, inspirada por el deseo de llegar a la paz inmediata, prometida a los soldados, toma un carácter que es contrario a las concepciones internacionalistas de paz democrática, aún más considerando que los militaristas quieren aprovechar de la posición de un Gobierno no reconocido por la mayoría del pueblo al fin de hacer firmar una paz separada anti-democrática. Actualmente Lenin y Trotsky refutan reconocer la soberanía de la Constituyente [...] La minoría marxista de la clase obrera está obligada a tomar distancia da esta pretendida dictadura proletaria y a luchar en contra de este régimen de terror [...]”. Martoff, en “Critica Sociale”, año XXVIII, n. 1, 1-15 enero 1918 (consultado en original). La carta del menchevique abría el editorial de Treves *Lenin, Martoff...e noi*, donde el diputado reformista declaraba el sostén a sus posiciones y emprendía su crítica al editorial de Gramsci del diciembre (el turinés habría respondido, veremos en breve, el 12 de enero, con “*La critica critica*”).

“Tal vez la acción de Lenin responda a *un estado caótico de necesidad histórica contingente, y no aspire para nada a constituir una regla universal* de transformación socialistas. Empero, aun en este sentido, tal acción es fuertemente contestada [...] del resto es todo menos que seguro que Lenin crea, así como le ha atribuido el colaborador del Avanti!, que su socialismo pase por alto la era burguesa rusa. Él bien sabe que, aun si, en hipótesis, pudiera fijar un cierto comunismo terrenal a fuerza de decretos, este viviría solo hasta cuanto guste al capitalismo alemán dejarlo vivir [...] *la lentitud relativa de la persuasión y de la ascensión general del pueblo al poder asegunda la realidad evolutiva del movimiento de transformación económica de la sociedad*, y permite considerar la realización del socialismo y de la paz duradera desde el punto de vista, verdaderamente sustancial y necesario, de la reciprocidad internacional: dado que (es un verdadero aforisma no confutado) o el Socialismo será internacional o no será”.<sup>1261</sup>

Antes de ir a la respuesta de Gramsci, los términos del debate según Gramsci. Decidiendo defender el bolchevismo internamente al campo teórico del marxismo, el turinés atribuye al primero una dignidad conceptual que, entre las mismas filas maximalistas, Serrati, en este entonces, le va negando -definiéndolo una forma de lucha y no una “doctrina”- y que Bordiga ignora en sus elementos de novedad- defendiéndolo como una aplicación consecuente del marxismo.<sup>1262</sup> Con su editorial abre una reflexión en torno a la relación entre teoría, de la historia, y práctica, de la política, que, como tal, constituye algo más de la provocación del revolucionario dirigida en contra de las fatalidades reformistas. Su batalla política no agota su proceso intelectual, sino emerge como búsqueda de generalidad, como una exigencia de construcción conceptual.<sup>1263</sup> Eligiendo legitimar a los bolcheviques en el terreno del marxismo, Gramsci necesita comprobar como la concepción histórica de Marx refuta a *todo* determinismo teórico. Su reflexión, y es este un punto que quisiera enfatizar, no se agota en el rechazo del positivismo, sino, abarca el doble revisionismo de Marx, así como se ha dado en Italia: como filosofía y como método. A partir del artículo de diciembre, vemos Gramsci buscar sustraer, paralelamente, el materialismo histórico del revisionismo positivista y del cono de sombra en el cual el revisionismo crociano ha ido confinándolo en el debate cultural, legitimándolo como un

---

<sup>1261</sup> Very-Well [Treves], *Lenin, Martoff e ...noi!* En “Critica Sociale”, anno XXVIII, n. 1, 1-15 enero 1918. Las cursivas son mías (consultado en original).

<sup>1262</sup> También el “Avanti!” había decidido publicar la citada carta de Martoff, con una postilla en la cual Serrati volvía a sostener la posición ya declarada con decisión en el día 20 diciembre, o sea, compartir la línea de Lenin por considerarla válida y afirmar el deber de los socialistas en contribuir a su realización. Al mismo tiempo, Serrati no excluía la posibilidad que la nueva Rusia desembocara en un gobierno de concentración socialista capaz de recomponer las divisiones entre bolcheviques, mencheviques y socialistas revolucionarios y re-afirmaba que el leninismo, más que una doctrina, era una forma de lucha. En las filas maximalistas, entre el 27 y 28

febrero, habría sido Bordiga quien tomó las distancias de Gramsci, criticándolo por definir “antimarxista” una revolución socialista donde no se ha todavía cumplido la burguesa. Un Bordiga que ignoraba como al centro de la complejidad ideológica del bolchevismo estaba el problema de la relación entre clase y masas populares. En otros términos, *La Rivoluzione contro il capitale* de Gramsci se distinguía por la defensa del octubre a través de una elaboración del marxismo en la cual emergía, y desde un inicio, un doble plano polémico: contra del determinismo reformista, por un lado, y de una concepción “vanguardista” del poder y reduccionista del Estado, por el otro.

<sup>1263</sup> Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, p. 271.

canon empírico de interpretación histórica, para después atribuirle pretensiones teóricas metafísicas. Gramsci solo en la madurez llegará a explicitar una acepción del marxismo como superación del idealismo especulativo en cuanto modernidad teórica, emancipación cultural de la transcendencia, sujeto plenamente re-ubicado *en* la historia *como* política. Al mismo tiempo, colocándose en la línea del historicismo como orientación cultural, y trasladándola “al interior de la perspectiva de acción y finalidades estratégicas del movimiento obrero de clase”, Gramsci asume, desde un inicio, el problema de la historicidad como terreno de confrontación del cual reconoce depender el *estatus autónomo* del marxismo como “filosofía que contiene *ya en si* el principio de la función determinante del sujeto”.<sup>1264</sup>

Quisiera detenerme brevemente en esta doble batalla, en la medida en la cual, del enfocar su génesis depende, en gran medida, la comprensión del marxismo como filosofía de la *praxis* según Gramsci. Al respecto, una vez más, Frosini, cuya labor tiene el mérito de mover a un primer plano la premisa general que la organiza, es decir, la refutación de la separabilidad entre “materialismo histórico” y filosofía, premisa que desaparece una vez simplificada la elaboración de Gramsci al solo rechazo del positivismo, al cual generalmente se acompaña el interpretar su abandono del dualismo estructura-superestructura por la unidad del proceso histórico.<sup>1265</sup> Gramsci realiza ambas operaciones, empero, sin ulteriores delimitaciones conceptuales, el riesgo es obscurecer como la negación gramsciana, siendo del determinismo teórico, lo es también del positivismo historiográfico, o sea, consiste en una visión de la historia donde es el mismo “concepto”, la misma “teoría”, lo que atraviesa una radical transformación.<sup>1266</sup>

Sólo en los así llamado *cuadernos filosóficos*, elaborando qué cosa “realmente” signifique comprender la historia como un proceso unitario, Gramsci construirá una metodología de las relaciones de fuerzas que rompiendo con el dualismo estructura-superestructura, romperá con toda concepción lineal de la causalidad, incluida “la en última instancia”.

---

<sup>1264</sup> Rapone, *ibidem*, pp. 262, 272.

<sup>1265</sup> Cfr. Frosini, F. *Immanenza e Materialismo storico nei «Quaderni del carcere» di Gramsci* en Morfino, Vittorio (a cura di), *Quaderni materialisti*, V. 5 *Spinoza, resistenza e conflitto*. Milano: Edizione Ghibli, 2006.

<sup>1266</sup> ¿Cuál, es decir, el estatuto de la objetividad, de la verdad, de la teoría misma? Por elaboración del materialismo histórico en filosofía de la praxis podemos entender el mismo Gramsci enfrentándose a las que son cuestiones filosóficas por excelencia. Me

permite parafrasear, al respecto, una intervención de Frosini, solo aparentemente inmediata, en cuanto expresa el resultado de una familiaridad profunda con Gramsci y que me ha aportado una clave importante para mudar mi propia “forma” de leerlo. En sus escritos, comentaba el estudioso, también en el periodo de la madurez, emerge una profundidad y originalidad filosófica de la cual el mismo Gramsci, intelectual y político, parece a veces no darse plenamente cuenta. Intervención de Fabio Frosini en “Ghilarza summer school”, Sardinia, agosto del 2016.

“Aquello que parece un debilitamiento del materialismo histórico es en realidad su desplazamiento del terreno de la determinación económica ‘objetiva’ hacia aquello de la *praxis*, es decir, de las formas de actuar inscritas en las relaciones sociales, por lo tanto de poder, también en el plano ideológico”<sup>1267</sup>

A una concepción positivista de la objetividad del proceso histórico, cuyo correlato es el carácter inesencial atribuido a las formas de conciencia, el Gramsci de los *Cuadernos* substituirá la necesidad como algo que produce historia sólo en cuanto se expresa en formas políticas de conciencia y, como tal, permite preservar el concepto de historia y de historicidad. El marxismo emergerá como la teoría que, precisamente por asumir su carácter ideológico, no cae en el relativismo, sino logra tener acceso a aquel orden del cual depende la posibilidad de legitimar una ruptura. En otros términos, en el “historicismo absoluto” según Gramsci, la ideología no es solo incluida entre las determinaciones causales, sino es el mismo concepto de determinación a ser desplazado en otro terreno, el de la equiparación entre verdad y eficacia política. Una transformación de la manera tradicional de entender la filosofía a través de su plena historicización como concreto ejercicio de una estrategia de poder.<sup>1268</sup>

La unidad entre filosofía y política, contrapuesta como tal a la separación crociana: éste el movimiento conceptual que le permite substituir la determinación causal lineal por una teoría de las relaciones entre fuerzas histórico-reales, donde la distinción -metodológica, no morfológica- es entre “niveles” -económico, político, cultural- y el problema la identificación de la llave de vuelta que permita efectivamente comprender su articulación como proceso dinámico, abierto, y al mismo tiempo inteligible, estructurado. No tenemos el abandono de un campo propiamente objetivo, sino su reubicación, su re-inscripción, en la plena concretud de lo históricamente dado, determinado, más allá del cual no hay una teoría, una verdad, posible y como tal una política revolucionaria legítima. Elaborada la filosofía *en* la historia como política, el universal concreto según Gramsci re-emerge como cultura, perdiendo, al mismo tiempo, aquel carácter de recomposición ideal de las contradicciones sociales propio del idealismo crociano. La cultura, en fin, como terreno en el cual realmente acontece, en el sentido que se vuelve realmente posible, la revolución social en cuanto plena asunción por parte sus “hacedores” de una lucha entre fuerzas colectivas y organizadas por la “producción de universalidad”.<sup>1269</sup>

---

<sup>1267</sup> Frosini, *ibidem*, pp. 151-52.

<sup>1268</sup> Y cuya traducción programática es la teoría de la lucha por la hegemonía. Cfr. la tercera sección del cap. III de esta labor.

<sup>1269</sup> Frosini, *ibidem*, pp. 154-55.

En el plano metodológico, la ideología, así como asume una valencia “veritativa”, epistémica, gnoseológica, indica un punto de vista “fenomenológico”. Saber de la historia, lo que Gramsci definirá, veremos, el “genio político” de Marx,<sup>1270</sup> conlleva recoger las contradicciones de clase en su carácter dinámico, de lucha entre cambio y conservación de un orden social así como éste deviene políticamente según los polos de una misma relación, una *forma*, entre fuerzas ideológicamente subalternas a, o dirigentes, de las adversarias, razón por la cual el saber no puede colocarse en un nivel más allá del propio “objeto”, excepto que por la capacidad de intervenir, recogiendo, sistematizando, y así anticipando, el devenir de este entramado. Filosofía y método son, en fin, reconducidos a una unidad programática, perspectiva que vemos emerger, según el esfuerzo que voy proponiendo, en su momento genético, a un nivel todavía embrionario, frecuentemente implícito, y sin embargo claramente volcado hacia la elaboración del marxismo en una teoría de la conformación del sujeto social como sujeto político.

Regresando al bolchevismo según Gramsci, una primera constante de sus intervenciones es la legitimización de una práctica capaz de individuar y dirigir las “actitudes espirituales” de las mayorías. En polémica con quienes acusan Lenin de utopismo y arbitrariedad, el futuro de la revolución depende “de la conciencia que *una minoría* tiene de estas voluntades y del saberlas más o menos direccionar según un fin común *después de haberlas encuadradas en los poderes del Estado*”.<sup>1271</sup> Voy citando un artículo de julio del 1918, y Gramsci, en enero, ha defendido la disolución de la asamblea constituyente definiéndola como “no sólo un episodio de violencia jacobina”, sino un ejercicio de la dictadura volcado a:

“permitir a la mayoría efectiva de organizarse, de volverse consciente de sus necesidades, y de instaurar su orden afuera de todo apriorismo, *según las leyes espontaneas de esta necesidad*. [la disolución de la Constituyente, por lo tanto, es para nosotros un episodio de libertad no obstante las formas exteriores que, fatalmente, ha tenido que asumir].”<sup>1272</sup>

Gramsci ha transitado, veremos en breve, de la revolución como historia en movimiento, hacia la revolución como movimiento permanentemente organizado, aduciendo como razones una realidad que permanece tan dinámica cuanto puede serlo una revolución,

---

<sup>1270</sup> Gramsci, *La conquista dello Stato*, en “L’Ordine Nuovo”, 12 julio 1919, ON [1954] pp. 13-19.

<sup>1271</sup> Gramsci, *Utopia*, en “Avanti!”, 25 julio 1918, NM. 204-12. Las cursivas son mías.

<sup>1272</sup> Gramsci, *Constituyente e Soviety*, en “Il Grido del popolo”, 26 enero 1918. CF pp. 602-603. Las cursivas son mías. También Bordiga, en febrero, defenderá la disolución de la asamblea, insistiendo, empero, en la

conquista del poder y en la necesidad de un largo periodo de coerción para suprimir los obstáculos a la transformación social, hasta llegar a afirmar la excesiva importancia atribuida por Marx y Engels a mecanismos democráticos cuales el sufragio universal para los fines de la revolución socialista. Savant, artículo citado.

cuando, “la incógnita ‘humanidad’ es más oscura que en cualquier otro acontecimiento”.<sup>1273</sup> ¿En qué sentido, empero, un Estado como “necesidad espontánea”? ¿Y en qué forma su conquista? Hay que proceder, como siempre con Gramsci, por grados de aproximación.

Desde el 1917, los bolcheviques “no son marxistas” por la misma razón por la cual “se alimentan de pensamiento marxista”;<sup>1274</sup> del marxismo preservan el “pensamiento inmanente, vivificador”<sup>1275</sup> no solo porqué son “revolucionarios, no evolucionistas”, sino porqué, como tales, “viven el pensamiento de Marx, aquello que nunca muere, que es la continuación del pensamiento idealista italiano y alemán”.<sup>1276</sup> El sujeto *en* la historia revive, para Gramsci, aun contaminado de “incrustaciones positivistas”, aun a veces “él mismo dormitara”,<sup>1277</sup> en el pensamiento de quien, Marx:

“ siempre pone como máximo factor de historia no los hechos económicos, brutos, sino el hombre, *las sociedades de los hombres, los hombres que se acercan entre ellos, que se comprenden entre ellos, que desarrollan a través de estos contactos (civilización) una voluntad social*, colectiva, y comprenden los hechos económicos, y los juzgan, y los adecuan a su voluntad, hasta que ella se vuelve la fuerza motriz de la economía, la plasmadora de la realidad objetiva, que vive, y se mueve, y adquiere carácter de materia telúrica en ebullición, que puede ser encañalada donde a la voluntad, como a la voluntad guste.”<sup>1278</sup>

Gramsci emprende su reflexión en torno a la causalidad histórica aislando como nudo problemático la formación de una “voluntad social” así como esta emerge de una “civilización”, de un escenario más amplio de sí. Sus acentos son los de la necesidad según como los seres humanos toman conciencia de ella y luchan para superarla.<sup>1279</sup> El 1918 ha abierto con la dramática evolución de la situación rusa y el encarnecer de los

---

<sup>1273</sup> Gramsci, *Utopia*.

<sup>1274</sup> Gramsci, *I massimalisti russi*.

<sup>1275</sup> Gramsci, *La Rivoluzione contro il capitale*.

<sup>1276</sup> Gramsci, *I massimalisti russi*.

<sup>1277</sup> Gramsci, *Misteri della cultura e della poesia*, en “Il Grido del popolo”, 19 octubre 1918, NM pp. 346-51.

<sup>1278</sup> Gramsci, *La Rivoluzione contro il capitale*. Las cursivas son mías.

<sup>1279</sup> Sería empero un error pensar que aquí Gramsci se refiera a, y vaya re-interpretando, el *Prólogo* del 1859 -donde además de afirmar “no es la conciencia del hombre la que determina su ser sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia”, Marx indicaba también “las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo”. Será a través de la elaboración del *Prólogo*, por intermediación del Marx de las *Tesis sobre Feuerbach*, que el Gramsci de los *Cuadernos* construirá el fundamento conceptual de su metodología de las relaciones de fuerzas. (Cfr, en particular, C4, § 38).

A la altura del 1917, la importancia de las formas de conciencia en el devenir histórico, y la complejidad de las mediaciones entre economía, política y representaciones ideales es producto de la familiaridad con los ensayos de Labriola, leídos tan pronto como el 1914 (cfr. CF, p. 615, n. 4), y a los cuales Gramsci ha regresado bajo el impulso de la revolución bolchevique. Además de la reproducción, en enero del 1919, de un entero pasaje de los *Ensayos* por él titulado, vimos, “Las ideologías en el devenir históricos”, (cfr. n. 1168 de esta labor), otro testigo de la fuerte influencia labrioliana es el uso de una expresión como “comunismo crítico” y el indicar sus escritos como el empuje fundamental, “lleno de promesas”, de la producción intelectual socialista italiana. Cfr. Gramsci, *Achille Loria e il socialismo*, en “Avanti,” 29 enero 1918, CF. 614. Rapone hace notar como Labriola recomendaba, en su *In memoria del Manifesto de los comunistas*, la lectura de la *Sagrada familia*, el texto que, junto con el *Manifesto*, constituye el Marx del Gramsci “joven”, ambos textos citados explícitamente en el artículo *La crítica crítica*. Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, p. 289.



enfrentamientos que atraviesa su interpretación entre las filas del socialismo italiano.<sup>1280</sup> Gramsci mueve desde lo que ha nombrado, en abril del 1917, el “adviento de un orden nuevo” en cuanto “instauración de una nueva conciencia moral”,<sup>1281</sup> hacia el análisis del ambiente histórico que la ha vuelto posible. Su lenguaje emerge todavía cargado de acentos especulativos, hasta gentilianos.

“La nueva generación parece que quisiera regresar a la genuina doctrina de Marx, por la cual el hombre y la realidad, el instrumento de trabajo y la voluntad, no son desoldados, sino se identifican en el *acto histórico*.”<sup>1282</sup>

En respuesta a la prensa nacional que, con la guerra civil en curso, “chirria por cada fracaso, por cada reverso aparente” y, a un año del febrero, consigna al país la imagen de una Rusia totalmente entregada al caos y a la dictadura:

“El pasado continúa subsistiendo; está siendo disgregado. Se tiene la apariencia de la ruina, del desorden, de la confusión. Parece que se esté regresando a la sociedad bárbara, o sea a la no sociedad. El pasado continúa subsistiendo más allá del territorio de la libertad, y presiona y quiere tomar su revancha. El orden nuevo tarda a realizarse. ¿Tarda? [...] no se crea una sociedad humana en seis meses, cuando tres años de guerra han vuelto exhausto el país, lo han privado de los medios mecánicos para la vida civil. No se re-organizan millones y millones de hombres en libertad, así simplemente, cuando todo es contrario, y no subsiste que el espíritu indomable [...] Se pide a los rusos aquello que los historiadores nunca preguntan a las revoluciones pasadas: la creación fulmínea de un orden nuevo [...] No, las fuerzas mecánicas nunca prevalecen en la historia: son los hombres, son las conciencias, es el espíritu que plasma la apariencia exterior, y termina siempre por triunfar”<sup>1283</sup>

---

<sup>1280</sup> O sea, como es más que sabido, la disolución en enero de la asamblea constituyente; la estipulación, en marzo, de la paz separada con los imperios centrales (Brest-Litovsk) y el inicio de la guerra civil. El único plano de acuerdo entre las corrientes del socialismo italiano será la común oposición al envío de tropas por parte de la Intesa en apoyo a los “blancos”. Relativamente a la disolución de la asamblea, inicialmente, ni la “Critica Sociale”, ni el “Avanti!” toman oficialmente una neta posición. En las filas revolucionarias, quienes asumen su abierta defensa, aun desde posiciones divergentes, son Bordiga y, primero, Gramsci (como veremos en *Costituente e Soviety*). En un inicio la atención de la prensa socialista es toda dirigida hacia los acontecimientos que van llevando a la paz separada entre Rusia y los imperios centrales. Una vez estipulada, tanto los reformistas, así como Serrati, la denuncian como una violación del principio de autodecisión de los pueblos; los reformistas, empero, según una lectura que, instaurando un paralelo con Caporetto, presenta como objetivo de los bolcheviques la guerra de defensa nacional. Del lado opuesto, tanto Bordiga, así como Gramsci, proceden nuevamente según una plena defensa del gobierno bolchevique. El primero, empero, no recoge el carácter de compromiso del acuerdo, siendo Gramsci quien, al contrario, indica el

realismo de Lenin dada las relaciones de fuerzas en el plano internacional (Gramsci, *La política delle frasi*, en “Il Grido del popolo”, 25 mayo 1918, NM, pp. 52-55 e Id. *Per conoscere la rivoluzione russa*, 22 junio 1918). Con la evolución de la guerra civil, aun simplificando, entre las filas reformistas el apoyo será integralmente para los mencheviques, con una “Critica Sociale” que define el régimen instaurado en Rusia una forma de “bonapartismo anárquico”, un “despotismo leniniano”, incompatible con los fines y las formas del socialismo, mientras Treves insiste en la caída de Rusia en un estado de pleno caos. Por su lado, la dirección maximalista irá exaltando los aspectos clasistas e internacionalistas de la revolución, utilizándolos en la polémica interna en contra del creciente apoyo de los reformistas al gobierno italiano y continuando a insistir en la necesidad de una recomposición de todos los partidos socialistas rusos al fin de asegurar la misma sobrevivencia de la revolución de octubre. Cfr. Savant, artículos citados.

<sup>1281</sup> Gramsci, *Note sulla rivoluzione russa*.

<sup>1282</sup> Gramsci, *La critica critica*, en “Il Grido del popolo”, 12 enero 1918, CF, pp. 554-58. Las cursivas son mías.

<sup>1283</sup> Gramsci, *Un anno di storia*, en “Il Grido del popolo”, 16 marzo 1918, CF pp. 734-37.

Después del congreso del Psi de septiembre, abierto alentando en coro a la Rusia; dirigiéndose a Treves y Turati, quienes, apunta, se felicitan por los tonos líricos de un programa, el maximalista, que, en ausencia de precisas declaraciones de principios, permite esperar una realidad más propicia para la acción:

“¡empero, por desgracia, cual distorsión! [...] subiendo la *praxis* marxista a su valor integral, no es difícil ver cuál parte el filósofo economista de Tréveris haya atribuido *al sujeto, al yo*, en la realización del todo social. Aquella que suele llamarse realidad externa, no es algo fijo, rígido, completamente separado e independiente de la idea: instituciones políticas y económicas no están *afuera* de nuestra voluntad y de nuestra influencia. El positivismo, él sí que ha enseñado a abstraer el sujeto del objeto, la idea de la acción, la forma de la materia. Empero todas las escuelas filosóficas modernas tienden a la corrección del error: no más abstracción y separación, sino acción recíproca, unidad. La forma no es vacía, sino eficiente; el objeto es *en el* sujeto y viceversa: actuar es entender, y entender es actuar”.<sup>1284</sup>

Difícil renegar la contradicción entre la historicización de la revolución bolchevique como emersión de un orden nuevo y un sujeto hipostasiado en expresiones cuales “la realidad es aquello que se conoce teóricamente, nuestro mismo yo”, o “se ‘es’ sólo cuando ‘se conoce’”.<sup>1285</sup> Gramsci, casi dándose cuenta de sus propias contradicciones, se apresura a enfatizar: la comprensión de la extrañeza del “comunismo crítico” del positivismo reformista depende de la comprensión de qué cosa realmente sea el idealismo.<sup>1286</sup> Si el idealismo es “doctrina del ser y del conocimiento”, la brecha abierta por Marx consiste en un “yo” social que, como tal, pierde de cualquier halo místico. Marx, como vimos evidenciar Croce, ha extendido la investigación hacia la dimensión económica, “sin la cual la historia es pura exterioridad”.<sup>1287</sup> Empero, porqué la economía indica en Marx una práctica “conciente de individuos o asociados”, el método de análisis de “los acontecimientos humanos”, y por lo tanto el juicio sobre la práctica bolchevique, no puede reducirse al positivismo historiográfico, a los “hechos”. El método marxista presupone

---

<sup>1284</sup> Gramsci, *La vera crisis* en “Avanti!” 21 septiembre 1918, CF. pp. 300-02. Las cursivas son de Gramsci. El partido salido del congreso de Roma es, para Gramsci, el partido que todavía no tiene “el valor de tomar el toro por los cuernos” y, al mismo tiempo, el partido que sabe cómo un programa no puede reducirse a una enunciación “bizantina” de conceptos y acciones. Un programa tiene su carácter práctico en la teoría en cuanto “disciplina intelectual y volitiva”, afirma, y veremos estas mismas consideraciones ocupar el centro de su crítica al utopismo racionalista de cierto socialismo revolucionario.

<sup>1285</sup> Prueba de cuanto la reflexión de Gramsci esté en proceso es la publicación, el mismo día de *L'organizzazione economica e il socialismo* (artículo al cual iremos en breve), de una intervención donde vuelve a indicar Gentile como “el filósofo italiano que en estos últimos tiempos más ha producido en el

campo del pensamiento. Su sistema de la filosofía es el desarrollo último del idealismo alemán que tuvo su culminación en Giorgio Hegel, maestro de Carlo Marx, y es la negación de todo transcendentalismo, la identificación de la filosofía con la historia, *con el acto del pensamiento*, en el cual se unen verdad y hecho, en una progresión dialéctica nunca definitiva y perfecta.” Gramsci, *Il socialismo e la filosofia attuale*, en “Il Grido del popolo”, 9 febrero 1918, CF pp. 650-51. Las cursivas son mías

<sup>1286</sup> “El *comunismo crítico* no tiene nada en común con el positivismo filosófico [...] El marxismo *se funda sobre el idealismo filosófico*, que empero no tiene nada en común con aquello que ordinariamente se expresa con la palabra ‘idealismo’”. Gramsci, *Misteri della cultura e della poesia*, 19 octubre 1918, en “Il Grido del popolo”, NM pp. 346-351.

<sup>1287</sup> Gramsci, *Misteri della cultura e della poesia*.

una “doctrina” de la substancia, una teoría, de la “adherencia histórica” entre ser y saber. Contrariamente a lo sostenido por Croce:

“Marx se ancla en la historia con la sólida cuadratura de un gigante: no es ni un místico ni un metafísico positivista; es un historiador, es un intérprete de los documentos del pasado, *de todos los documentos*, no solo de una de sus partes”<sup>1288</sup>

La paulatina elaboración de aquella que no es una mera afirmación de principio, procederá a lo largo de tres artículos dedicados a la historicización de la revolución bolchevique: la *Critica Critica*, el *Nuestro Marx*, hasta llegar a *Utopia*, un verdadero ensayo teórico-político, antesala del Gramsci ordinovista. Considerados en secuencia, muestran un creciendo de complejidad conceptual, un proceder a espiral, donde la elaboración del *estatus* teórico del marxismo es paralela a una ampliación de la *forma* con la cual Gramsci va encuadrando el problema político de la transición en el poder.

## 6.2. . 1918-19. Hacia “L’Ordine Nuovo”, continuidad y ruptura.

La cultura de la “crítica crítica”, responde en enero del 1918 a Treves, “no ha sido precisamente una grande conquista de cultura, y no ha sido tampoco (necesariamente) acompañada por grandes conquistas de realidad”. El reformismo ha “esterilizado” el marxismo, lo ha convertido en una “doctrina de la inercia del proletariado” donde la reducción de la historia según Marx a un “esquema exterior” ha conformado un todo con la renuncia a la “acción histórica” aun, enfatiza, desde un punto de vista reformista; una renuncia a “los grandes problemas nacionales que interesan todo el proletariado”.<sup>1289</sup> El “yo” social es definido un “ambiente histórico” en el cual hay que incluir la guerra como factor de mutación radical del horizonte de las masas populares. La necesidad de “persuasión” reclamada por Treves es, para Gramsci, una forma de conciencia que, precisamente como tal, constituye un “hecho económico”, parte integrante de las relaciones sociales de producción.<sup>1290</sup> La legalidad del movimiento histórico emerge como

<sup>1288</sup> Gramsci, *Il Nostro Marx*. Las cursivas son mías.

<sup>1289</sup> Al centro de los cuales Gramsci posiciona el sentido democrático y nacional de la lucha socialista por el liberismo; la componente del programa maximalista con el cual el Psi, anota, se presentó a las elecciones del 1913, recibiendo las críticas de Treves y Turati. En este artículo Gramsci se refiere expresamente a los debates en la “Unità” de Salvemini como el terreno de formación cultural de la nueva

generación de socialistas revolucionarios. Cfr. Gramsci, *La crítica crítica*.

<sup>1290</sup> La guerra, en lugar de destruir el materialismo histórico, y la polémica es obviamente con Croce, ha modificado la historia, creando las condiciones “gracias a las cuales la voluntad social, colectiva, de los hombres ha adquirido una importancia que normalmente no tenía. Estas condiciones son ellas también hechos económicos”. Gramsci, *La crítica crítica*.

las condiciones que vuelven posible la formación de una voluntad colectiva y necesario “el peso de la organización”. La cultura de la “nueva generación” concluye, no es voluntarista, utópica, sino expresa la conciencia de “que los *cánones del materialismo* histórico tienen validez solo *post factum*, para estudiar y comprender los acontecimientos del pasado, y no deben volverse hipoteca sobre el presente y el futuro”.<sup>1291</sup> Emerge una primera, y decisiva, elaboración conceptual: Gramsci retoma Labriola al fin de no admitir la subordinación de una situación histórica a alguna generalización preestablecida en clave teoricista. Es el punto de partida desde el cual procederá, con *Il nostro Marx*, hacia recuperar el valor de la previsión como parte esencial del actuar político.

En realidad, ya en la *Rivoluzione contro il capitale*, vemos a Gramsci enfocar el *Manifesto* sometiendo a crítica, paralelamente, tanto la desmentida de la tesis de la polarización entre clases por parte del revisionismo crociano, cuanto de la revolución bolchevique por parte del socialismo positivista.

“Marx ha previsto el previsible. No podía prever la guerra europea, o mejor dicho no podía prever que esta guerra habría tenido los efectos que ha tenido. No podía prever que esta guerra, en tres años de sufrimientos indecibles, de miserias indecibles, habría suscitado en Rusia la voluntad colectiva popular que ha suscitado. Una voluntad de ese tipo *normalmente* necesita para formarse de un largo proceso de infiltraciones capilares, de una larga serie de experiencias de clase. Los hombres son perezosos, necesitan organizarse, primero exteriormente, en corporaciones, en ligas, luego íntimamente, en el pensamiento, en la voluntad en una incesante continuidad y multiplicidad de estímulos exteriores. Eso es porque, *normalmente*, los cánones de crítica histórica del marxismo recogen la realidad, la atrapan y la vuelven evidente y distinta. *Normalmente* es a través de lucha de clase siempre más intensificada, que las dos clases del mundo capitalista crean la historia. El proletariado siente su miseria actual, está continuamente en estado de malestar y presiona sobre la burguesía para mejorar sus condiciones. Luchando obliga la burguesía a mejorar la técnica de la producción, a volver más *útil* la producción para que sea posible la satisfacción de sus necesidades más urgentes. Es una carrera afanosa hacia lo mejor, que acelera el ritmo de la producción, que confiere continuo incremento a la suma de los bienes que servirán a la colectividad. Eso normalmente. Cuando los hechos se repiten a un cierto ritmo. Cuando la historia se desarrolla por momentos siempre más complejos y ricos de sentidos y de valor, y también similares. Empero en Rusia la guerra ha servido a des-holgazanear las conciencias”.<sup>1292</sup>

El acento, cabe señalar, no recaía en la excepcionalidad del momento histórico, sino en querer reconducir la revolución de octubre, y la emersión, recordemos Turín, de una subjetividad de masa que la guerra había vuelto posible, al interior de la dialéctica de

---

<sup>1291</sup> Gramsci, *La crítica crítica*. Las cursivas son mías. El pasaje retoma el ya citado parágrafo III de *Del Materialismo histórico. Dilucidazione preliminare*, donde Labriola, afirmando la necesidad de estudiar la historia “integralmente”, negaba que la concepción materialista de la historia, permitiendo la

individuación *a posteriori* de las causas efectivas, implicara atribuir a la ideología el *estatus* de mera apariencia. Cfr. CF. n. 6, p. 557.

<sup>1292</sup> Gramsci, *La Rivoluzione contro il capitale*. Las cursivas son de Gramsci.

necesidad-libertad propia del materialismo histórico. La fuerza de la previsión de Marx resiste a pesar de los acontecimientos rusos, y los legitima precisamente porqué la polarización de clase no consiste en una previsión mecánica, determinista, lineal. Que se haya actuado dada la guerra no es lo esencial para Gramsci; lo esencial es la reiteración del “normalmente”, o sea, del núcleo, de la fuerza, del pensamiento de Marx según Gramsci: la historia como paulatino esclarecimiento de las clases en su calidad de procesos sociales a carácter político-ideológico. El rechazo de la transcendencia no agota su discurso, su intención es conjugar la especificidad del hecho histórico con la generalización teórica, fijar principios, “cánones del materialismo histórico”, que si han encontrado una aplicación circunstancial en Rusia, presenten aquella validez general de la cual depende la legitimización racional de su propio empeño político entre las filas del socialismo intransigente.<sup>1293</sup>

“Con Marx la historia continua a ser dominio de las ideas, del espíritu, de la actividad consciente de los hombres, individuos o asociados. Empero las ideas se substancian, pierden arbitrariedad, ya no son ficticias abstracciones religiosas o sociológicas. Su substancia está en la economía, en la actividad práctica (económica y moral).<sup>1294</sup>

El sujeto es ahora una idea que “encuentra en la realidad económica su justificación, el instrumento para afirmarse”. Son todavía los acentos especulativos de la idea-fuerza, de la cual, empero, vemos a Gramsci alejarse a través de un principio dinámico que permita comprenderla “en toda su sólida compacidad” de ser y conciencia, necesidad y libertad. En *Il nostro Marx*, “la investigación de la substancia histórica, el fijarla en el sistema de relaciones de producción e intercambio” emerge como sociedad que logra saberse dividida en clase por iniciativa de una de sus partes.<sup>1295</sup> “Sistematización de la real causalidad histórica”, para “el enorme rebaño sin pastor”. Historia confundida, fragmentaria, inmediata, para “la clase que detiene el instrumento de producción”. Mientras la segunda, ejercitando el propio poder, sabe sólo de sí, para el primero saber de las condiciones del poder del otro es adquirir conciencia de la necesidad de organizar sus propios fines al fin que “no permanezcan puro arbitrio, pura palabra, veleidad vacía y enfática”.<sup>1296</sup> Es el segundo paso conceptual, claramente producto de la lectura de la *Sagrada familia*, que permite a Gramsci la toma de distancia del idealismo crociano. El

---

<sup>1293</sup> Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, pp. 275; 286

<sup>1294</sup> Gramsci, *Il nostro Marx*.

<sup>1295</sup> Relaciones sin hacer referencia a las cuales, y la polémica es con Croce y la reducción de la economía a lo útil, sería solamente posible recoger “lejanos

reflejos secundario”, limitándose a “compilar monografías parciales, disertaciones útiles por la historia de la cultura”. Gramsci, *Il nostro Marx*.

<sup>1296</sup> “¿Quién conoce a sí mismo? No el hombre en general, sino aquello que está sometido al yugo de la necesidad.” Gramsci, *Il nostro Marx*.

saber, así como se conforma *en* la historia, es ahora la misma historia que, de socialmente disgregada, se compacta, logra saberse a sí misma, a través de la organización política.

“Proletarios de todo el mundo, ¡unión! [...] demasiado poco y demasiado: ¿Quién no sería marxista? Empero es así [...] Marx ha sido grande, su acción ha sido fecunda, no porqué haya inventado de la nada, no porqué haya extraído de su fantasía una visión original de la historia, sino porqué *lo fragmentario, lo incumplido, el inmaduro en él se ha vuelto madurez, sistema, conciencia*”.<sup>1297</sup>

El término *praxis* emergerá casi un años después, y, sorpresivamente, según el crociano “espíritu practico”, la necesidad que trasciende el arbitrio de lo individual y lo empírico *en* la historia como concepto.<sup>1298</sup> Sería empero un error interpretarlo como una adhesión al idealismo especulativo. Gramsci, se ha colocado en un terreno, la *inmanencia*, desde el cual siente poder confutar el determinismo teórico; un terreno que le permite encuadrar la necesidad que “se vuelve” conciencia en términos originales, propios, donde es precisamente el “se”, lo impersonal, la concepción especulativa del sujeto, a ser puesto en discusión. Lo comprueba una serie de reflexiones elaborada entre la primera mitad del 1918, hasta entrado el 1919, en la cual vemos al joven afinar una perspectiva abierta tan pronto como en la *Cittá futura*.

La polémica del febrero del 1917 con la idealización crociana del Estado ético-político, conducida en el terreno, compartido, de la crítica al racionalismo democrático, re-emerge en el 1918, en la crítica al utopismo de quien juzga de manera “abstracta, puramente intelectual” los acontecimientos rusos, acusando a los bolcheviques de querer instaurar un régimen despótico, una perspectiva propia, enfatiza, de una “política empírica”, del culto a los hechos, a la “tiranía” de lo concreto.<sup>1299</sup> Su blanco de ataque es heterogéneo. Gramsci dirige su atención hacia aquel mundo abigarrado de vanguardias intelectuales, republicanos, sindicalistas revolucionarios, reformistas de derecha, que han coagulado, después del 1917, en un nuevo frente nacionalista.<sup>1300</sup> Lo que atrae su atención es una nueva sociedad civil, una nueva opinión pública, así como la ha visto emerger durante la guerra y nuevamente cruzar los confines de clase. La define una mentalidad: empirista,

---

<sup>1297</sup> Gramsci, *Il Nostro Marx*. Las cursivas son mías.

<sup>1298</sup> “la ‘necesidad’ histórica [...] es inmanente en cada individuo, un momento concreto del espíritu universal que actúa la ley esencial de su desarrollo: es por lo tanto praxis, superación continua, adecuación continua del individuo empírico a la universalidad espiritual que actúa lo esencial de su desarrollo: es entonces ‘praxis’, superación continua, adecuación continua del individuo empírico a la universalidad espiritual”.

Gramsci, *Stato e sovranità*, en “Energie Nove”, 1-28. Febrero 1919, NM pp. 518-23.

<sup>1299</sup> Gramsci, *Stato e sovranità*.

<sup>1300</sup> Nuevo para Gramsci, veremos, porque, con el acercamiento a las tesis proteccionistas y la articulación con el bloque agrario-industrial, el nacionalismo ya no representa un movimiento puramente ideológico.

porque “olvida que los hechos, en cuanto actualidad y no historia del pasado, en cuanto empuje para el desarrollo ulterior de su esencia efectiva, son sobre todo conciencia, juicio, evaluación”,<sup>1301</sup> pasiva, porque “procede a tientas”, mientras el “pensamiento, previendo las lógicas consecuencias de una premisa, delibera de obrar y [...] la historia se desarrolla entonces con una *cierta armonía*”,<sup>1302</sup> determinista, porque incapaz de recoger que en la historia, como en la vida social, “no hay nada de fijo, de rígido, de definitivo. Y nunca lo habrá.”<sup>1303</sup>

Cuando dirige su atención a este sentir común, así como se expresa entre las filas del movimiento obrero, Gramsci construye un paralelismo entre social reformismo y sindicalismo revolucionario; entre, respectivamente, una concepción lineal de la causalidad y su negación aparente, elaborándolas como dos formas de “hacer” política, la fatalista y la utópica, componentes, ambas, de un solo abstractismo. El artículo en cuestión, *L'organizzazione economica e il socialismo*, constituye un pasaje esencial de su elaboración, en la medida en la cual el doble blanco polémico contra el positivismo como filosofía y como método queda por primera vez traducido políticamente.<sup>1304</sup>

Lo vemos formular aquella que constituirá *la* constante de *su* ontología de la realidad capitalista, la distinción puramente metodológica, y no morfológica, entre economía y política.

“La escisión entre política y economía, entre organismo y ambiente social, sostenida por la crítica sindicalista, para nosotros otra cosa *no es que una abstracción teórica de la necesidad empírica, toda práctica*, de escindir provisoriamente *la unidad activa social* para mejor estudiarla, mejor comprenderla. En el analizar un fenómeno, se es constreñido, por necesidad de estudio, a reducir este fenómeno a sus así dichos elementos, que en realidad no son otra cosa, cada uno, que el fenómeno mismo visto en un momento en lugar que en otro, con la preocupación *de un fin particular* en lugar que otro.”<sup>1305</sup>

El acento no recae en señalar que la distinción entre economía y política, útil en cuanto metodológica, sea “falsa”, sino en la comprensión de la historicidad de la teoría que, como *forma práctica*, es ella misma una relación, determinada, entre lo político y lo social, así

---

<sup>1301</sup> Gramsci, *Astrattismo e intransigenza*, en “il Grido del popolo”, 11 mayo 1918, NM pp. 15-19

<sup>1302</sup> Gramsci, *La passività*, en “Avanti!”, 16 junio 1918, NM pp. 122-24. Las cursivas son mías.

<sup>1303</sup> Gramsci, *La lingua única e l'esperanto*, en “Il Grido del popolo”, 16 febrero 1918, CF pp. 668-73. Objeto de su polémica es: 1. la forma compartida con la cual nacionalistas y socialistas reformistas condenan la revolución rusa, apelando ambos a los “hechos”; 2. la condena al economicismo marxista, y desde allí a la revolución bolchevique, en nombre de más altos valores espirituales por parte del transformismo de ex

mazzinianos, ex socialistas, y ahora fervientes nacionalistas y, en fin, 3. un culto a lo concreto que Gramsci ve re-emergir entre las mismas bases del socialismo político revolucionario, a través de una concepción puramente empírica del internacionalismo obrero (aquí el sentido de la polémica con las tesis esperantista), o, como es el caso del artículo que cito abajo, del rechazo a la acción parlamentaria.

<sup>1304</sup> En *L'organizzazione economica e il socialismo*, en “Il Grido del popolo”, 9 febrero 1918, CF pp. 644-46.

<sup>1305</sup> Gramsci, *L'organizzazione economica e il socialismo*. Las cursivas son mías.

como existe y actúa, *en* la historia, en calidad de fuerza. El hecho que su polémica se dirija al sindicalismo revolucionario muestra como la preocupación es el plano en el cual hay que insertar, y concentrar, la batalla contra el reformismo y sus degeneraciones burocráticas y ministerialistas. A la política reducida a la economía, Gramsci contrapone la relación entre política y economía como, enfatiza: “unidad *activa* social”. Insurreccionalismo sindicalista y fatalismo reformista, continúa, comparten un mismo lenguaje, la ausencia de pensamiento complejo propio de quien, asumiendo un punto de vista particular, idealiza la autodeterminación social o anhela a resolver la sociedad en el Estado. Si la “fobia política y parlamentaria” es, para Gramsci, una forma de utopismo;<sup>1306</sup> su ataque polémico se concentra en contra del “régimen centrador y estatolátrico” así como éste representa una realidad que “fatalmente” reconduce “a un régimen burgués” y frente al cual el régimen liberal y liberista “proveería mayor garantía de historicidad”. El marxismo emerge ahora como *forma práctica* que “se desarrolla negándose y superándose continuamente” en cuanto relación orgánica entre “política y economía, ambiente y organismo social”.

Es Gramsci presentando su “idea” de socialismo:

“organización de la libertad de todos y para todos, que no tendrá ningún carácter estable e definitivo, sino será una búsqueda continua de formas nuevas, de relaciones nuevas, que siempre se adecuen a las necesidades de los hombres y de los grupos, para que todas las iniciativas sean respetadas, a condición de útiles, para que todas las libertades sean tuteladas, a condición de no ser de privilegios”.<sup>1307</sup>

El suyo es un lenguaje con fuertes acentos normativos, un lenguaje que Rapone recoge, a mi parecer, con una grande profundidad, en calidad de oposición entre el principio “puro” y una visión de la historia como “continuo hacerse, inexhaustible variedad de la vida”.<sup>1308</sup> En el paralelismo entre abstractismo y empirismo, la misma personalidad de Gramsci se expresa en el rechazo de cualquiera pre-determinación, sea el *a-priori* relativo a la enunciación objetivista de leyes históricas, o a la construcción del sujeto como modelo utópico de una futura organización socialista. Una visión de la historia que, a la contraposición entre polaridades, substituye la tensión entre relaciones, mostrando una aspiración a la síntesis entre la exigencia de autodeterminación y la necesidad de un orden garante de su plena resolución en cuanto integración libre y consciente de las partes en

---

<sup>1306</sup> Gramsci aquí cita expresamente a Kautsky: “debilidad pequeño-burguesa de gente perezosa, que no quiere cumplir el esfuerzo necesario para controlar a los propios representantes, para ser una sola cosa con ellos, o hacer en manera tal que sean todo uno con ella

misma”. Gramsci, *L'organizzazione economica e il socialismo*.

<sup>1307</sup> Gramsci, *ibidem*.

<sup>1308</sup> Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, p. 345.



un universal abierto, en permanente devenir. Un anhelo que a la necesidad substituye la armonía como horizonte de libertad, siendo la armonía “uno de los aspectos más típicos y también más fascinantes de su idea de socialismo”, la puesta en juego de su “inversión teórica”.<sup>1309</sup> Un anhelo de libertad colectiva, que se articula al rechazo, también tajante en Gramsci, a todo particularismo en cuanto incapacidad de comprender y asumir las conexiones, falta de una visión compleja de los procesos históricos y, sobretodo, ausencia por parte del intelectual de todo sentido de responsabilidad política.

Empero: ¿en qué sentido esta visión anti-autoritaria del socialismo es “profunda”, o lo es la misma manera en la cual Rapone evidencia, según mi lectura, sus raíces humanistas? En el “nos distinguimos de los otros porque concebimos la vida como siempre revolucionaria”; en el “no seremos nunca conservadores, ni en régimen socialista”; en la “libertad de los individuos armonizada en una unidad posiblemente sin residuos”; en el “no hay en la historia y en la vida social nada de definido”, en fin, en la necesidad que “el principio de la organización” se afirme sobre “aquel de la libertad pura y sencilla”,<sup>1310</sup> la autodeterminación según Gramsci es *históricamente* necesaria. La resolución de un concepto de libertad autónomo de la acepción liberal consiste en admitir un principio ético sólo, y exclusivamente, en su historicidad concreta, o sea, como una *forma* determinada de hacer política. No tenemos un ideal de socialismo, sino la negativa a reducir el socialismo a la idea, al principio, al deber ser, al *a priori*, por la irreductibilidad del movimiento histórico, en su perpetuo devenir, a un esquema especulativo. Lo que guía tanto su personalidad política, así como su labor intelectual, en fin, es una visión de la historia donde *todo* queda enfocado “relacionalmente”, precisamente al fin de superar los dualismos abstractos en los cuales Gramsci reconoce una cultura política “transformista” y autoritaria.

La profundidad, y dificultad, de Gramsci, y confieso ser éste el aspecto de su “personalidad” que más me fascina, es la de quien exige complejidad, matices, el sentido de responsabilidad de quien aborrece las fáciles salidas de los términos binarios. La libertad de pensamiento de quien presenta una política efectivamente revolucionaria como aquella que “ayuda el desarrollarse y el tomar conciencia de sí por parte de las energías proletarias y capitalistas espontaneas, libres, *necesarias históricamente*, porque de sus antagonismos se afirmen síntesis provisionales siempre más completas y perfectas”

---

<sup>1309</sup> Rapone, *ibidem*, p. 347.

<sup>1310</sup> Gramsci, *L'orologio*; Id. *Il bozzacchione*; Id. *La lingua unica e l'esperanto* en “Il Grido del popolo”, 16 de febrero de 1918, SG pp. 174-78.

y, mientras se empeña en defender la revolución socialista en un país que no ha atravesado el pleno desarrollo capitalista, afirma estas mismas consideraciones haber encontrado “un *esperimento* vivo y palpitante en la revolución rusa”.<sup>1311</sup> La complejidad de quien, en septiembre del 1918, sostiene: “el ordenamiento que el Estado ha asumido en Inglaterra queda mucho más cerca al *régimen de los Soviets* de cuanto no quieran admitir nuestros burgueses que hablan de ‘utopía’ leninista”,<sup>1312</sup> y, en un arco de tiempo muy breve, en febrero del 1919:

“hoy, en plena catástrofe social, cuanto todo ha sido disuelto y cada jerarquía autoritaria es irremediabilmente desquiciada [nuestra tarea] es aquella de ayudar la clase trabajadora a asumir el poder político, es aquella de estudiar e investigar los medios adecuados para que la transición del Estado acontezca con efusión mínima de sangre, para que el *Estado nuevo comunista* actúe difusamente después un breve periodo de terror revolucionario”<sup>1313</sup>

¿En qué sentido Gramsci, en un caso habla de necesidad espontánea y en el otro de conquista del Estado? Entre finales del 1918 e inicio del 1919 se ha consumado un giro en su perspectiva cuya comprensión, empero, depende del saber individuar la continuidad entre un antes y un después. Gramsci, anticipo, ha gradualmente llegado a considerar imposible comprender sociedad, revolución y Estado separadamente.<sup>1314</sup>

“Signar con precisión qué cosa nosotros entendemos por Estado”:<sup>1315</sup> es esta la clave alrededor de la cual, entre el 1918 y el 1919, ha ido avanzando en la elaboración del marxismo como forma autónoma de inteligibilidad histórica. Por lo que concierne su premisa, u orden, conceptual general, la cuestión ha sido abierta desde los tiempos de la *Cittá futura*. Mientras el realismo crociano, vimos, tiene como correlato la tesis de la inconsistencia de toda previsión -so pena de la recaída en la arbitrariedad de una historia a diseño, y de ahí a la constante recaída de Croce en la tensión, nunca superada, entre exigencia de historicidad y la re-admisión del *a-priori* en la idealidad del sujeto- el realismo de Gramsci, haciendo de la previsión la condición de una política racional,

---

<sup>1311</sup> Gramsci, *L'organizzazione economica e il socialismo*. Para otro ejemplo de su anti-estatalismo.

<sup>1312</sup> Gramsci, *Dopo il Congresso* en “Il Grido del popolo”, 14 septiembre 1918, NM pp. 287-90.

<sup>1313</sup> Gramsci, *Stato e Sovranità*.

<sup>1314</sup> En el mismo artículo en el cual introduce la expresión “Estado nuevo comunista”, Gramsci afirma que la organicidad de la *praxis* como relación entre saber y querer, en cuanto relación entre lo social y lo político: “no se resuelve que, en el Estado, y por lo tanto no se es concreto + sin una concepción general de la esencia y de los límites del Estado. Y porque el Estado es una soberanía organizada en poder, no se es concreto sin una concepción general del concepto de

soberanía”. Gramsci, *Stato e sovranità*. De la comprensión de aquello que realmente es el Estado depende, enfatiza, la posibilidad de distinguir entre “esquemas prácticos”, entre ideología “dirigidas a crear confusiones, a ilusionar y volver serviles energías sociales, potencialmente antagónicas” y una ideología que “transforma la costumbre, esclarece las ideas, da a conocer las energías sociales que operan, suscitando, organizando energías todavía pasivas, de las cuales brotará el orden nuevo” y salda aquellas que todavía son potencialidades “con la fuerza de la organización, del partido político, de la asociación económica”. Gramsci, *Astrattismo e intransigenza*.

<sup>1315</sup> Gramsci, *Dopo il Congresso*.

desemboca en otra inteligibilidad de la historia, en el universal *en* la historia como política. Ni una teoría de los distintos, ni de la identidad. Ni el sujeto como resolución de la historia en la filosofía como cultura, Croce, ni la cultura vanguardista de la exaltación de la función creadora del yo, Gentile. Para Gramsci: el sujeto como programa proyectado a alcanzar un resultado que ya emerge como tendencia y solo como tal puede considerarse históricamente racional.

La previsión que, para Croce, no pertenece a la esfera del intelecto abstracto, sino de la voluntad, en Gramsci pertenece a la esfera de la voluntad una vez sustraída la previsión a la fuerza catalizadora, emotiva, del mito, tema soreliano.<sup>1316</sup> Gramsci, desde Sorel, reinserta el ideal *en* la historia como vida, traduciendo, empero, el mito en ideología. La concepción especulativa, políticamente conservadora, del devenir histórico según Croce, queda superada a través de un pasaje teórico clave: substituir a la distinción crociana entre filosofía y política su unidad como voluntad social en proceso de conformación en fuerza, así como ésta adquiere niveles siempre más altos, complejos, de comprensión de una totalidad de relaciones de fuerzas a través del aprendizaje concreto de la política como unidad orgánica de lo social.

El eje de la confrontación con el idealismo especulativo, y con el liberalismo como su traducción programática, emerge en la elaboración de qué cosa efectivamente sea la historia en su calidad de “continuo hacerse”.<sup>1317</sup> Que la historia sea “esencialmente imprevisible” no implica que “sea dominio del arbitrio”, lo vemos enfatizar; “si en el hacerse de la historia la inteligencia fuera incapaz *de recoger un ritmo, establecer un proceso*, la vida de la civilización sería imposible”, afirma en julio del 1919, cuando, se note, el programa es ya la conformación, al lado del partido y el sindicato, de

---

<sup>1316</sup> Relativamente a la importancia de Sorel, también en este caso, así como con Croce, Gentile, los liberistas, se trata del cuadro cultural en relación/confrontación con el cual Gramsci construye su socialismo, sin que por eso su “fase” socialista pueda reducirse a ninguno de estos componentes y Gramsci considerarse un idealista, un liberista, o, en fin, un soreliano. En el 1919 Gramsci calificará su importancia en haber Sorel reconocido “la exigencia que el movimiento proletario se expresara en formas propias, diera el vía a propias instituciones”. Gramsci, *Cronache dell’Ordine Nuovo*, en “L’Ordine Nuovo” 11 octubre 1919, ON [1987] p. 235. Tan insostenible, empero, es un Gramsci soreliano en el periodo ordinovista, cuanto en el periodo de la formación. Sorel, antes del encuentro con Lenin, representa un referente fundamental en cuanto su batalla anti-positivista pertenece, como aquella de Labriola, a las

filas del socialismo y, a diferencia de Labriola, enfoca el rol de la subjetividad en la historia asumiendo un punto de vista interno al mundo obrero. Relativamente al tema de la previsión, Sorel oponía al utopismo socialista que enjaula la revolución en esquemas abstractos, puramente intelectuales, la exigencia de un principio movilizador igualmente proyectado hacia el futuro y situado en la esfera de la voluntad. Gramsci, en este aspecto, recupera plenamente la crítica al utopismo como empirismo, mientras, su perspectiva es, y permanecerá, totalmente extraña a las implicaciones prácticas de la soreliana, o sea, a la huelga general como momento resolutivo, implícita en la cual era una reducción del Estado al momento exclusivo del dominio. Cfr. Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, pp. 338-43.

<sup>1317</sup> Gramsci, *La Conquista dello Stato*, en “L’Ordine Nuovo”, 12 julio 1919, ON [1954] pp. 13-19.

“instituciones de tipo nuevo, de tipo estatal”, y la revolución creación, en proceso, de una nueva forma Estado, de un nuevo orden en el seno de un orden en crisis.<sup>1318</sup>

El Marx que, en un artículo significadamente titulado *La conquista del Estado*, Gramsci define como “genio político” porque capaz de individuar, en la complejidad de la historia, un ritmo y delinear consecuentemente las propias modalidades de intervención política; el marxismo como “mayéutica” comunista en cuanto “crítica expectación”,<sup>1319</sup> es el mismo Marx cuya fuerza de previsión, en el 1917, en la *Rivoluzione contro il capitale*, residía en haber individuado la polarización entre clase como “normalmente” constitutiva del capital. El mismo Marx, también en el 1918:

“Existe en la historia una lógica superior a los hechos contingentes, superior a la voluntad de los individuos, a la actividad de los grupos particulares, a la contribución de laboriosidad de las naciones individuales. Eso no significa que estas voluntades, estas actividades, estas contribuciones sean fuerzas inútiles, intentos falaces de ilusos que creen abstraerse y tal vez imponerse a la fatalidad de los acontecimientos. La eficacia creadora de las voluntades y de las iniciativas humanas es condicionada en el espacio y en el tiempo. Aquello que frecuentemente aparece no es que la imagen vana de la vida. Nuestras pasiones, nuestros deseos nos empujan a interpretar los acontecimientos en una forma más que en otra. Y estas mismas interpretaciones se vuelven a su vez determinantes de historia, suscitadoras de laboriosidad activa, aun si en un pequeño espacio y en relación a hechos pequeños. Mientras, en el colosal choque de tantas laboriosidades contrastantes, que se escinden y se integran, la vida prosigue, implacable, según una línea que resulta de estas elisiones e integraciones. *Solo después podemos juzgar; y este después es más o menos futuro, cuanto más extendidas y grandes son las fuerza que chocan, cuanto más profundos son los estratos de humanidad que participan a la actividad social*”<sup>1320</sup>

El mismo Marx, en fin, para el Gramsci de los consejos de fábrica:

“las tesis marxistas (y el jugo del marxismo es precisamente en este configurarse extremo de las fuerzas sociales, *no ya en los esquemas y las normas*, de lo contrario Marx habría sido un cabalista y no un genio).<sup>1321</sup>

El mismo Marx una vez enfocada la polarización entre clases como proceso histórico-político. La constante concierne a la *forma* con la cual Gramsci enfoca el esclarecimiento y profundización del conflicto de clase específicamente capitalista. Una “lógica” en

---

<sup>1318</sup> Gramsci, *La Conquista dello Stato*. Las cursivas son mías.

<sup>1319</sup> “El genio político se reconoce por lo tanto por esta capacidad de adueñarse del mayor número posible de términos concretos necesarios y suficientes para fijar un proceso de desarrollo y por la capacidad, por lo tanto, de anticipar el futuro próximo y remoto y sobre la línea de esta intuición configurar la actividad de un Estado, arriesgar la fortuna de un pueblo. En este sentido Carlo Marx ha sido de lejos el más grande de los genios políticos contemporáneos”. Los comunistas, continúa Gramsci, son quienes se distinguen por “una psicología que podríamos definir ‘mayéutica’. Su acción no es de abandono al curso del

acontecimiento [...] sino de expectación crítica”, a diferencia de los socialistas, quienes han “a menudo supinamente, aceptado la realidad histórica producto de la iniciativa capitalista; han caído en el error de psicología de los economistas liberales: creer a la perpetuidad de las instituciones del Estado democrático, a su fundamental perfección”. Gramsci, *La Conquista dello Stato*.

<sup>1320</sup> Gramsci, *Wilson e i massimalisti russi*, en “Il Grido del popolo”, 2 marzo 1918, CF pp. 690-93. Las cursivas son mías.

<sup>1321</sup> Gramsci, *Maggioranza e minoranza nell'azione socialista*. *Postilla*, en “L' Ordine Nuovo” 15 mayo 1919, ON [1987] pp. 22-24. Las cursivas son mías.

*fieri*; un orden que emerge de un estado general de dispersión y desagregación, así como éste va encontrando un encuadramiento, un asentamiento, temporal en el camino hacia una “síntesis de vida más elevada y humana”, nunca definitiva, cuanto más extendida y profunda es la clase que, precisamente como capacidad de organización y comprensión de la realidad en su totalidad, se constituye en fuerza capaz de dirigir ideológicamente el movimiento de masa en la cual se encuentra todavía sumergida, y de la cual emerge como fuerza que, capaz de asumir la responsabilidad del poder político, muda, “re-forma”, la forma Estado.

“Las opiniones se transforman bajo el pivote de las necesidades impelente, se acercan a una idea ya despreciada, porque no comprendida, porque no ambientada políticamente. Conversiones se verifican sin documentaciones lógicas del traspaso. Son primero pocos individuos, que vibran bajo la impresión de corrientes ideales que la grande masa no recoge. Los pocos se multiplican, diseminados en el grande espacio del mundo civil: impresionan grupos y partidos. Acontecen oscilaciones de opiniones, hasta que todo un estrado social, una clase, un sector difundido se eleva a la comprensión, hace propia una idea. Se develan relaciones nuevas *entre economía e ideología*”.<sup>1322</sup>

La primera, y fuertísima, imagen que derivamos es la emersión, *en* el seno de un desorden político-ideológico, de un nuevo orden social que paulatinamente conforma un nuevo orden social, político y, en fin, cultural. Una elaboración del Marx del *Manifiesto*, del socialismo como producto y superación del desarrollo capitalista, en la cual son implícitos movimientos conceptuales propios y relativos a la maduración intelectual de una subjetividad política de masa que, como tal, no lleva Gramsci a excluir, como frecuentemente se afirma, sino precisamente lo contrario, a situar en el centro de su reflexión el problema de las vanguardias políticas o intelectuales. El rechazo del dogma por parte de Gramsci consiste en encarar el poder desde el reconocimiento que la libertad como conciencia de la necesidad puede ser, y ha sido, la fórmula que, por su abstractismo, frena la capacidad de autodeterminación del movimiento obrero:

“Carlo Marx es para nosotros maestro de vida espiritual y moral, no predicador armado de cayado”; “Marxistas, marxistamente ...adjetivo y adverbio gastados como monedas transitadas por demasiadas manos”.<sup>1323</sup>

En el momento en el cual, recuerdo a partir del 1917, ha situado a Marx en el centro de sus referentes, Gramsci se ha posicionado en un preciso espacio teórico-político, resumible en “la constitución intelectual del sujeto cual actor revolucionario”.<sup>1324</sup> Esta

---

<sup>1322</sup> Gramsci, *Wilson e i massimalisti russi*. Las cursivas son mías.

<sup>1323</sup> Gramsci, *Il Nostro Marx*.

<sup>1324</sup> Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, p. 283.

dimensión interesada, comprometida, partisana, es lo que permite aislar su inversión teórica adicional y comprender la centralidad de la filosofía para el marxismo según Gramsci. El sujeto que domina la necesidad identificándola con el propio fin;<sup>1325</sup> no la economía, sino la interpretación que se da de ella como determinante de la política,<sup>1326</sup> son todos pasos que develan la búsqueda de un terreno en el cual se vuelva *realmente* posible la “restauración” del “núcleo” sin el cual el marxismo para Gramsci no es: su inseparabilidad de una perspectiva política revolucionaria. Percibida una aceleración del tiempo histórico que abre la posibilidad de, y llama a, la transformación radical del presente, Gramsci se ha confrontado con Croce tomando paulatinamente distancia de la *forma* con la cual el sujeto como productor de historia ha sido re-admitido entre las mismas filas del marxismo italiano: teóricamente.

Quisiera subrayar, para Gramsci el problema es la *forma* en cuanto *contenido*. Recuerdo, al respecto, la evolución del marxismo en Italia en su calidad de historia-praxis. Una teoría que, identidad programática de un nuevo sujeto social, nació como disputa de donde emergió el socialismo político y que, en el momento en el cual reflexionó sobre sí misma, lo hizo como embate teórico separado de su propia vida y luchas políticas concretas. Recordemos las dinámicas que caracterizaron el debate entre Labriola y Croce, origen del marxismo teórico italiano.<sup>1327</sup> Una relación de fuerzas entre una labor crítica en espera de una maduración política futura, frente al rol político, positivo, de la alta cultura como fuerza de conservación, de contención. En el momento en el cual Gramsci adhiere al maximalismo, no sólo la *praxis* según Labriola, todavía interna a la relación entre teoría y política según horizonte del marxismo segundo-internacionalista, la teoría como arma crítica “para” el movimiento, no ha logrado sentar raíces entre las filas del socialismo italiano, sino, el revisionismo crociano, con su propio reduccionismo, ha fuertemente contribuido en alejar los intelectuales del marxismo.

La complejidad de las mediaciones entre estructura y las formas de conciencias, la ideología en su dimensión positiva, la validez solo *a posteriori* de una interpretación historiográfica, todos temas labriolianos, han sentados las bases, para el marxismo según Gramsci, quien, a partir de la contemporaneidad entre la revolución de octubre y la crisis del Estado liberal italiano, considera no solo posible, sino apremiante, la maduración

---

<sup>1325</sup> “El hombre se conoce a sí mismo, sabe cuánto puede valer su individual voluntad, y cómo esa pueda volverse más potente, en cuanto, obedeciendo, disciplinándose a la necesidad, termina con dominar la necesidad misma, identificándola con su propio fin”. Gramsci, *Il nostro Marx*.

<sup>1326</sup> “no es la estructura económica lo que determina directamente la acción política, sino la interpretación que se da de ella y de las así dicha leyes que gobiernan su desarrollo”. Gramsci, *Utopia*.

<sup>1327</sup> Cfr. la segunda sección del cap. II de esta labor.

cultural del socialismo político revolucionario. Su originalidad, no solo entre las filas del maximalismo, sino al interior del mismo grupo ordinovista, es percibir como la política, en cuanto núcleo teórico, veritativo, “alto”, del marxismo necesita volverse cultura, y puede hacerlo no solo “desde abajo”, sino sólo construyendo una capacidad dirigente. El marxismo, en calidad de “comunismo *crítico*”, no *debe* re-insertarse en la historia, ni como política, pensemos en un Bordiga, ni como cultura, a un Tasca, sino *es* cultura política, es el sujeto, así como logra, o no, atravesar un cambio radical de forma en un contexto que lo incluye no como objeto, sino como sujeto subordinado. Tal vez voy leyendo demasiado en el Gramsci de la “formación”, nos encontramos distantes todavía de una plena historicización de la filosofía como estrategia hegemónica. Empero me parece que sin la “*organización crítica* del saber sobre las necesidades históricas”<sup>1328</sup> este ulterior movimiento conceptual, que Gramsci explicitará sólo en la madurez, y en todo otro contexto histórico, de re-configuración pasiva de las relaciones de fuerzas, permanecería ambiguo.

Ya para el joven Gramsci, la filosofía desde el punto de vista marxista, no es la necesidad que “se vuelve” conciencia, sino la intelectualidad que se vuelve crítica sólo por necesidad, como libertad organizada, como el mismo particular, la clase, así como se constituye en universal de una *forma* propia luchando por el dominio como dirección. La capacidad de juicio, la conciencia de que saber de la historia no es posible sin esquemas prácticos, sin una finalidad, sin el asumir que la historia es siempre contemporánea, “estas bellas cosas son posible solo si los hombres, las agrupaciones se proponen *un fin general* en su acción”<sup>1329</sup> “Distinción, individualización de la clase” sólo en cuanto parte “de la búsqueda afanosa que la humanidad cumple para adquirir conciencia de su ser en devenir”.<sup>1330</sup>

En el 1918, vuelve con toda su fuerza de ruptura aquella visión de *socialismo y cultura*, abierta tan pronto como en el 1916, con la reflexión, vimos, sobre los límites de la sociedad civil italiana. Después del encuentro con el bolchevismo, empero, aquél saber del propio valor en la historia en cuanto conformación de una conciencia siempre más unitaria, aquella intransigencia desde el saber “lo más posible amplio, comprensivo, complejo” de la realidad,<sup>1331</sup> desemboca en una *praxis*, en una relación entre saber y hacer historia, que expresa una potencialidad, una tendencia, y se convierte, en la labor político-

---

<sup>1328</sup> Gramsci, *Stato e sovranità*.

<sup>1329</sup> Gramsci, *Astrattismo e intransigenza*. Las cursivas son mías.

<sup>1330</sup> Gramsci, *Il Nostro Marx*.

<sup>1331</sup> Gramsci, *Il bozzaccione*.

intelectual de Gramsci, en una reflexión sobre la transición en el poder que lo llevará hacia el programa de “L’Ordine Nuovo”.

“La historia es choque de fuerzas contendientes. Para que el pasado sea derrotado, para que las ataduras de la conservación sean quebradas, es necesario que el futuro *se organice potencialmente ya en el presente*, se organice en las ideas y en los instrumentos, demuestre de poseer los medios necesarios que el asumir las responsabilidades de poder demanda, estar en condiciones de realizar el orden necesario para que la vida continúe y se desarrolle. La contienda es de minorías sociales, no de todos los componentes de la sociedad. La mayoría es amorfa, es indiferentes, es de perezosos, de pasivos. Una masa de mineral en bruto [...] es en bruto, empero puede purificarse, es desorganizada, empero puede organizarse. ¿A cuál fin? Saberlo significa adquirir fuerza, significa tener seguridad en la acción. ¿Cómo saberlo? Esa debe expresar su tendencia general, hay que encontrar un índice de su orientación potencial [...]”<sup>1332</sup>

Si el rechazo de la toma del Estado como evento catártico, resolutivo, ya es implícito en una concepción del socialismo como reforma intelectual y moral, a partir del 1918 esta negación emerge en su dimensión positiva, afirmativa, como necesidad, advertida con siempre mayor intensidad por parte de Gramsci, de “organizarse potencialmente en el presente”. Los socialistas que, en enero del 1917 “no deben substituir orden a orden, deben instaurar el orden en sí”;<sup>1333</sup> la revolución bolchevique, en octubre, como “caos que se ha vuelto cosmos, disciplina consciente”,<sup>1334</sup> se amplía, en el 1918, como exigencia de encontrar una forma de expresión concreta también, se permita la metáfora, a ese lado del muro. En un inicio, enfatiza brillantemente Rapone, es solo una intuición, es la refutación de un desprendimiento abstracto entre el presente de la lucha de clase y el futuro de la edificación socialista. La hemos vista emerger aun antes del febrero ruso, como superación de un estado de indiferencia, de pasividad, de subalternidad en la vivísima imagen del devenir histórico como “cambio molecular,” invisible en los días de la represión, de la calma aparente;<sup>1335</sup> regresa en proximidad de la explosión turinesa, en el “mineral que se metaliza”, el movimiento permanente que se visibiliza gracias a una masa capaz de distinguirse de la multitud.<sup>1336</sup> Con mayor concreción emergía también, tan pronto como en el 1916, en las reflexiones sobre el movimiento cooperativo,<sup>1337</sup> y la

<sup>1332</sup> Gramsci, *Primo maggio*, en “Il Grido del popolo”, 27 abril 1918, CF pp. 856-59.

<sup>1333</sup> Gramsci, *Tre principi, tre ordini*.

<sup>1334</sup> Gramsci, [*Kerensky-Cernov*].

<sup>1335</sup> Gramsci, *La maschera e il volto*.

<sup>1336</sup> Gramsci, *L’orologio*: “Ha empezado el proceso ideal del régimen, ha empezado su declaración de quiebre: aquello ha perdido la confianza instintiva y de borregos propia de los indiferentes, porque ha cerrado demasiadas puertas [...] aquellas de la vida, la boca del horno, la puerta del erario. ¿La cerrará del todo? La pregunta angustiosa se propaga desde las largas filas

de mujeres que hacen la cola a las cinco de la mañana frente a las panaderías. Alcanza a todos, aun a los más humildes estratos de la pasividad social; toca a la puerta y sacude las columnas mismas de la vida. Y el mineral se metaliza; todos viven, todos se nutren: los manantiales de la vida se disecan, y la pasividad se organiza en pensamiento para defenderse”.

<sup>1337</sup> “[...] los núcleos económicos creados y alimentados por el proletariado con fines de clase en el centro mismo de la sociedad burguesa pueden volverse una leva poderosa para hacerla saltar. Desde este punto de vista, también las cooperativas de consumo pueden,



importancia otorgada a *formas* de lucha económica potencialmente en contradicción con la forma social capitalista, entes económicos “propios”, precisamente porque dirigidos a fines superiores de lucha política y solo como tales “capaces de volverse factor de historia”<sup>1338</sup> No era ciertamente la individuación de los consejos de fábrica como embrión del futuro Estado obrero,<sup>1339</sup> empero era ya la construcción de la clase como fuerza dirigente del movimiento histórico, así como ésta se constituye en el seno mismo de la sociedad capitalista: núcleos particulares que, a través de concretas experiencias de luchas, dada la propia inserción en la totalidad de unas relaciones entre fuerzas, proceden construyendo formas siempre más avanzadas, sociales, políticas, y en fin, culturales.<sup>1340</sup> El esbozo de nuevas relaciones antes del pasaje al nuevo orden, la problematización de la transición en su carácter concreto: es ésta una perspectiva que Gramsci madura y construye como reflexión propia a partir del momento en el cual, con la disolución de la asamblea constituyente, lleva a un examen crítico su interpretación del bolchevismo como refutación del jacobinismo. Se note, la forma con la cual la reitera.

“Conocemos solo la exterioridad de los acontecimientos, no conocemos el íntimo espíritu que los vivifica. Vemos en la disolución de la Constituyente solo la apariencia violenta, el golpe de fuerza. ¿Jacobinismo? El jacobinismo es un fenómeno todo burgués, de *minorías tales también potencialmente*.”<sup>1341</sup>

Su punto de vista se matiza, se califica. Ya no se trata de la condena de una concepción de la revolución en abstracto, sino de la revolución como una relación de fuerzas entre una minoría que puede asumirse como tal, en cuanto lo consiente la separación formal entre lo político y lo social, y una minoría que, está “segura de volverse mayoría absoluta” en cuanto asume como *forma* política la sociedad así como: “va elaborando espontáneamente, libremente, según su naturaleza intrínseca, las formas representativas

---

a condición que se quiera, adquirir valor revolucionario. Esas son, también en la forma actual, una especie de soldadura entre el presente y el futuro [...] se podría repetir, y más aun con razón, en su caso, las palabras de entusiasmo que Giorgio Sorel utilizaba en los buenos tiempos para exaltar la obra reconstructiva de los sindicatos obreros”. Alfa Gamma Socialismo e cooperazione, “L’Alleanza Cooperativa” X, n. 116, 30 ottobre 1916, CT pp. 600-3.

<sup>1338</sup> Gramsci, *Le elezioni nell’Alleanza cooperativa*, en “Il Grido del popolo”, 29 settembre 1917, CF pp. 361-66.

<sup>1339</sup> Gramsci, *Democrazia operata*, en “L’Ordine Nuovo”, 21 junio 1919, ON [1987] pp. 87.

<sup>1340</sup> “Los intereses egoístas, educados por la propaganda asidua, se destilan: el interés individual, vuelto inteligente, termina por identificarse con el

interés colectivo. Los órganos ejecutivos se perfeccionan. Es un continuo transitar desde las experiencias económicas, siempre más perfectas, siempre más ágiles y fructuosas de desarrollo: la economía se identifica, es un aspecto de la vida moral. El interés personal no sólo coincide con el interés de la colectividad actual, sino también con el interés de las colectividades futuras [...] la colectividad proletaria se crea una posesión, una cartera: es una posesión, una cartera colectiva, porque su valor, su potencialidad financiera son dependientes del sentimiento de solidaridad, del desinterés del proletariado”. Gramsci, *Le elezioni nell’Alleanza cooperativa*.

<sup>1341</sup> Gramsci, *Costituente e Soviety*, cit. Las cursivas son mías.

a través de las cuales la soberanía del proletariado deberá ejercitarse.”<sup>1342</sup> Gramsci, en fin, ha descubierto el Estado de los Soviets y a su comprensión deberá “dirigirse la crítica histórica”.<sup>1343</sup>

Entre *Costituente e Soviety* y *Utopia*,<sup>1344</sup> no se separa de la relación necesaria entre revolución y principio de mayoría; de la revolución como proceso no solo de masa, sino de las masas en movimiento de consciente liberación, a fundamento, vimos, de la contraposición entre la necesidad en cuanto historicidad de un proceso efectivo de cambio y el abstractismo político, sea este último vanguardista, liberal-radical, republicano-democrático, sindicalista revolucionario o humanista. Gramsci, y es éste un pasaje central de su maduración teórico-política, incluye ahora el dominio, y con aquél el rol de las minorías, como elemento constitutivo de una relación orgánica, históricamente necesaria, entre necesidad y libertad. Se podría decir, transita de la previsión como problema teórico, hacia su elaboración político-concreta, donde la visión abierta, en permanente movimiento, de la historia, logra ser elaborada en una traducción programática y organizativa, y al centro de la cual revolución y Estado conforman una sola unidad dialéctica.

En el 1919, en uno de los primeros artículos de carácter ensayista del “Ordine Nuovo”, el bolchevismo es presentado como momento de ruptura con “cualquiera otra revolución del pasado” en cuanto la revolución, para ser social, “obliga toda la sociedad a identificarse con el Estado, quiere que todos los hombres sean conciencia espiritual e histórica”. Identificación con el Estado, porque la transformación del Estado es aquella de la sociedad como revolución, un proceso que: “de organismos unicelulares (de individuos-ciudadanos), la transforma en organismos pluricelulares; pone en la base de la sociedad a núcleos orgánicos de sociedad misma”. Los bolcheviques son quienes han saldado conciencia de clase y conciencia popular traduciendo “históricamente en la realidad experimental”, o sea en *formas nuevas*, “la fórmula marxista de la dictadura del proletariado”.<sup>1345</sup>

Lo que vuelve insostenible una reducción del Gramsci ordinovista a un Gramsci libertario, o, viceversa, a un Gramsci que “se volvería” comunista porque rompe con el

---

<sup>1342</sup> Gramsci, *Costituente e Soviety*.

<sup>1343</sup> “El hecho esencial de la revolución rusa es la instauración de un nuevo tipo de Estado: el Estado de los Consejos. Hacia éste debe dirigirse la crítica histórica”. Gramsci, *Rodolfo Mondolfo: Leninismo y marxismo*, en “L’ Ordine Nuovo”, 15 mayo 1919. ON [1987], pp. 25-27. Las cursivas son mías.

<sup>1344</sup> Publicados, respetivamente, en “Il Grido del popolo”, 26 enero 1918 y en “Avanti!”, 25 julio 1918.

<sup>1345</sup> Gramsci, *La taglia della storia*, en “L’ Ordine Nuovo”, 7 junio 1919. ON [1987], pp. 56-60. Las cursivas son mías.

anti-estatalismo, no es la entrada con fuerza del término “dictadura” en su lenguaje, sino el ignorar como los consejos, en su visión, no representan la exclusión, sino la inclusión del rol histórico de las minorías y el mando, según quien ha llegado a formular la relación entre Estado y revolución como *el* problema. Lo enfatizo, porque el riesgo es el desembocar en una simplista reducción de lo que será, en la madurez, la lucha por la hegemonía. No una teoría de la legitimidad del poder como combinación de fuerza y consenso, sino la elaboración de las condiciones de permanencia de la revolución, en condiciones de su reconfiguración pasiva como forma Estado.<sup>1346</sup>

“La revolución es tal y no una vacía hinchazón de la retórica demagógica, cuando se encarna en un tipo de Estado, cuando se vuelve *un sistema organizado de poder*. No existe sociedad sino en un Estado, que es la fuente y el fin de todo derecho y de todo deber, que es *garantía de permanencia* y de éxito de toda *actividad social*.”<sup>1347</sup>

“A diferencia del Estado burgués que es tanto más fuerte al interior y al exterior cuanto menos los ciudadanos controlan y siguen la actividad de los poderes, el Estado socialista demanda la participación activa y permanente de los compañeros en la vida de sus instituciones. Es necesario recordar que el Estado socialista es el medio para mutaciones radicales, no se cambia de Estado con la simplicidad con la cual se cambia el gobierno”<sup>1348</sup>

Son estas citas de “L’Ordine Nuovo”, una inmediatamente anterior, la otra sucesiva al artículo del “golpe de estado redaccional” con el cual la revista se ha vuelto el órgano del movimiento turinés de los consejos de fábrica.<sup>1349</sup> Las presento en calidad de punto de llegada de una reflexión que ha empeñado a Gramsci por un entero año, y que puede considerarse la fase de conjunción, no de separación, entre un antes y un después, entre el proceso de formación del 1916-17, que lo ha llevado a un encuentro particular con el bolchevismo, y el Gramsci, nuevamente Rapone, que, en el 1918-19 sale transformado de este mismo encuentro. En el momento en el cual incluye el rol del dominio y de las minorías, vemos a Gramsci superar una concepción abstracta de la necesidad *en* la historia traduciéndola programáticamente en una dialéctica entre disciplina y autodeterminación, donde la revolución como historia en movimiento cede lugar a la permanencia de la revolución como *forma* estatal.

“[...] la cultura de los bolcheviques está *hecha de filosofía historicista*; conciben la acción política, la historia como desarrollo, *no como arbitrio contractualista*, como proceso infinito de

---

<sup>1346</sup> Como vimos definida por el control ideológico, y no solo por la eliminación forzada, de la iniciativa política autónoma de los sectores populares. Al respecto cfr. la sección tercera del cap. III de esta labor.

<sup>1347</sup> Gramsci, *La Taglia della storia*. Las cursivas son mías.

<sup>1348</sup> Gramsci, *Lo Stato e il socialismo*, en “L’ordine nuovo”, 28 junio 5 julio 1919, en ON [1987] pp. 114-20.

<sup>1349</sup> Recuerdo, con el artículo *Democrazia operaia*, “L’Ordine Nuovo” del 21 junio del 1919.

perfección, no como mito definitivo y cristalizado en una fórmula exterior. Y esta cultura, esta orientación mental en los artículos que publican en sus periódicos, difundidos en centenares de millares de copias entre los proletarios que lo asimilan, elevan su cultura y se vuelven siempre más capaces de *controlar el obrar de los órganos ejecutivos, siempre más capaces de hacerse iniciadores de actividad política y económica*. En Rusia, de esta manera, tiende a realizarse el gobierno con el consenso de los gobernados, con la autodeterminación *de hecho* de los gobernados, porque no son vínculos de sumisión los que ligan los ciudadanos al poder, sino *una coparticipación de los gobernados en los poderes se vuelve realidad*. Los poderes explicitan una inmensa obra educadora, trabajan para volver cultos los ciudadanos, trabajan para la realización de aquella *república de sabios y corresponsables* que es el fin necesario de la revolución socialista, porque es la condición necesaria para las actuaciones integrales del programa socialista”<sup>1350</sup>

El orden conceptual de Gramsci, nótese, no gira alrededor de la negación, en principio, de la forma representativa del poder, sino de la superación concreta de una concepción formal, abstracta, de soberanía popular. La distinción del jacobinismo permanece como crítica al abstractismo, y como tal distingue el bolchevismo, en calidad de nueva cultura política, *“hecha de filosofía historicista”*, de una concepción contractualista del poder político, sea ésta la liberal o la democrática, en la medida en la cual ambas se mantienen -así como vimos a Gramsci sostener para el caso del sindicalismo revolucionario- entre los parámetros utópicos de una teoría de la autodeterminación desligada de los concretos procesos históricos, de una real comprensión de la relación entre sociedad y Estado.<sup>1351</sup> La revolución bolchevique es presentada así como, en su carácter de sociedad que se hace Estado, recompone *de hecho*, aquello que en el Estado democrático-parlamentar permanece formalmente distinto, o sea, el poder social de determinar lo general, y el poder político de deliberar la relación con aquél del particular, garantizando, a través de la coparticipación popular al gobierno, *“las condiciones de cultura y de organización necesarias”*, *“la república de sabios y corresponsables”*, para la transición hacia un nuevo ordenamiento social.

La revolución como reabsorción del Estado en la sociedad emerge por primera vez en su carácter concreto, como conformación, en proceso, de un *Estado nuevo*. En lugar de una

---

<sup>1350</sup> Gramsci, *Per conoscere la rivoluzione russa*, en “Il Grido del popolo”, 22 junio 1918, NM pp. 131-39. Las cursivas son mías.

<sup>1351</sup> “Los orígenes del su orientación mental y cultural no son para buscarse en la tradición democrática occidental, en el jacobinismo, en la doctrina de Rousseau, así como no son para buscarse en el tolstoísmo, en el bizantinismo oriental”. El fin del artículo de Gramsci es demoler la interpretación de la revolución bolchevique según esquemas abstractos, transfiriendo categorías políticas elaboradas en referencia al desarrollo del Estado liberal-democrático en Europa occidental, de las cuales Gramsci enfoca los

clichés eslavo-fóbicos y en contra de las cuales cita, reproduciéndolo en amplitud, el testimonio directo de un filántropo, republicano, hombre de negocios estadounidense, a la guía de una misión de la Cruz Roja en Rusia, quien resaltaba como tres revoluciones “habían contribuido enormemente a la educación política del pueblo ruso [...] cual difícilmente se podría encontrar en otros pueblos”, la bolchevique distinguiéndose por haber transferido “al pueblo la dirección del mecanismo gubernamental [...] la conciencia de ser él mismo el único padrón de sus destinos políticos”. Gramsci, *Per conoscere la rivoluzione russa*.

transición hacia el socialismo sin más, ésta adquiere rasgos complejos y estratificados, en el principio de organización que, afirmándose sobre el “principio abstracto, puro, de libertad”, dirige la *actividad social* unitariamente y asegura su continua ampliación hacia nuevas y siempre más completa formas de autodeterminación social. La dialéctica entre libertad y necesidad consiste en la participación directa de las masas en órganos de poder que son el mismo Estado, así como éste ejerce un rol de disciplinamiento formativo, no autoritario, al interior del cuerpo social, garantizando las condiciones para la emersión de un orden, el socialista, que, a diferencia de un régimen burgués, implica una preparación cultural y política altamente superior y a carácter de masa. Se ha abierto para Gramsci, como nuevo campo teórico-problemático, el individuar y desglosar cuáles sean estos órganos de poder, cuáles las mediaciones de este “Estado nuevo”. Será la tarea emprendida en él ensayo sucesivo, *Utopia*.<sup>1352</sup>

En primer lugar, vemos a la historicización de la revolución rusa asumir rasgos nuevos respecto a las reflexiones anteriores. La guerra como articulación entre hecho económico y hecho espiritual<sup>1353</sup> no es solo, como en *La rivoluzione contro il capitale*, o en *I massimalisti russi*, un elemento para añadirse a la complejidad de la causalidad histórica, que como tal no alteraba la previsión de una creciente polarización entre las clases. Gramsci ahora elabora esta polarización como historia de la confrontación entre una concepción abstracta y otra concreta del Estado, así como cada una expresaba, existía, como una fuerza histórico real. La historia, afirma, de “lo artificial que se ha convertido en necesario”, de una relación de fuerzas entre una clase sólo dominante<sup>1354</sup> y el proceso de formación, en la sociedad misma, de una fuerza dirigente del movimiento histórico así como ésta ha adquirido conciencia no solo “de la fuerza colectiva existente”, sino de la necesidad de “conservarla, de construir sobre su base una sociedad nueva”.

A una historia sometida, artificialmente, bajo esquemas conceptuales preestablecidos, a “una solidez ya moldeada” -a la historia, afirma mirando a Italia, según el abstractismo de los reformistas en campo socialista y de los nacionalistas en campos burgués- Gramsci contrapone, quienes:

---

<sup>1352</sup>Rapone define el artículo: “Una primera sistematización -ciertamente provisional, empero en sí orgánica y definida- del pensamiento de Gramsci sobre la Rusia, sobre el estatuto interno de la revolución, sobre el valor que el pensamiento bolchevique tiene para el socialismo internacional” Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, p. 375.

<sup>1353</sup> La guerra como “máxima concentración de la actividad económica en las manos de pocos (dirigentes del Estado)” y como “máxima concentración de los

individuos en los cuarteles y las trincheras” que, a partir de esta misma condición, “han desarrollado sentimientos nuevos, una solidaridad humana sin precedentes”. Gramsci, *Utopia*.

<sup>1354</sup> “en un país prevalentemente rural [...] con hombres de invasión bárbarica, el Estado ha creído poder conducir una guerra de técnica, de organización, de resistencia espiritual, cual podía conferir solamente una humanidad reforzada cerebralmente y físicamente por la oficina y la maquina”. Gramsci, *Utopia*.

“conciben la historia como libre desarrollo -de energías libres, que nacen y se integran liberamente- diferente de la evolución natural, así como el hombre y las asociaciones humanas son distintas de las moléculas y las agregaciones de moléculas.”

Ya no es la metáfora del movimiento molecular, ya no es una espontaneidad de masa, así como se distingue, sale a la superficie, de una multitud de individuos indiferenciados, sino es el proletariado como este movimiento colectivo, así como emerge en calidad de fuerza capaz de construir una nueva forma, una nueva relación, entre economía y política.

“La burguesía ha buscado imponer su dominio y ha fracasado. El proletariado ha asumido la dirección de la vida política y económica y realiza su orden. *Su orden, no el socialismo*, porque el socialismo no es un *fiat* mágico: *el socialismo es un devenir*”.<sup>1355</sup>

El acento de Gramsci no recae en el todavía, sino en la transición como proceso continuo, “fuerza inmanente de la historia, que hace explotar todo esquema pre-establecido” y necesita, como tal, de condiciones determinadas. “Toda la historia del hombre es lucha y trabajo para suscitar institutos sociales que garanticen el máximo de libertad”, empero “el proletariado que realiza su orden” es la libertad *del* “socialismo”, una forma específica de libertad, la libertad de una nueva clase dominante de actuar un proyecto de transformación social. En el preciso momento en el cual “la dictadura del proletariado” asume, en Gramsci, una valencia positiva, se califica. La salida de las formas occidentales de la democracia no es solo un instrumento de defensa contra “los golpes de manos de las minorías facciosas”, no es solo la condición para “crear y solidificar los organismos permanentes en los cuales la dictadura se disolverá”, no es solo el saber interpretar, como política, las voluntades de las mayorías, tampoco solo un esquema de desarrollo hacia la libertad social, sino es todo eso porqué conlleva una organización del poder social que se expresa en un orden jerárquico y se coagula alrededor de “núcleos vivos”: “institutos políticos que garanticen la libertad de este desarrollo, que aseguren la permanencia de su poder.”<sup>1356</sup>

Una libertad que asume “su propia lógica [...] organizada y controlada por la mayoría de los ciudadanos, o del proletariado”, y que, concretamente, consiste en garantizar la integración continua entre la sociedad y sus instituciones y el intercambio continuo entre las “etapas jerárquicas”. Gramsci no piensa en términos de permeabilidad del Estado a la sociedad, sino de un proceso de construcción estatal en cuanto reabsorción

---

<sup>1355</sup> Gramsci, *Utopía*, cit. Las cursivas son mías.

<sup>1356</sup> No sólo los soviets, sino, enfatiza Gramsci, partido y soviets, en cuanto el primero, de gobierno, asegura

que los poderes del Estado dependan efectivamente de los segundos.

permanentemente, y paulatina, de lo político en lo social, vía la formación de un sentido político de responsabilidad social, “desde el uno hacia los muchos”, de auto-educación al ejercicio del poder, de expresión por parte de la sociedad, desde su interior, de una necesidad de autoridad espontánea porque libre y consciente, una disciplina que se mantiene por elección, no por oposición violenta u opresora, o sea, como cultura garante del “desarrollo de momentos sociales siempre más rico de valores colectivos”. Emerge el esfuerzo que Gramsci ha ido cumpliendo: la sustracción al campo liberal del tema de la libertad, “uno de los nódulos cruciales” no solo del periodo de la formación, sino “de su sistema de pensamiento”.<sup>1357</sup>

En *Utopia* encontramos también, aunque a un nivel todavía embrionario, aquello que constituirá el elemento organizador por excelencia del marxismo según Gramsci como método de investigación histórico-política, el principio del análisis diferenciado:

“cada fenómeno histórico es ‘individuo’; el desarrollo es gobernado por el ritmo de la libertad; la investigación *no debe ser de necesidad genérica, sino de particular necesidad*. El proceso de causación debe ser estudiado intrínsecamente a los acontecimientos rusos, no desde un punto de vista genérico y abstracto”.<sup>1358</sup>

La historia *post festum*, conocible en toda su complejidad solo “después que los acontecimientos” es ulteriormente calificada. El error, afirma, consiste en aplicar a la historia rusa “esquemas abstractos, genéricos, construido para poder seguir el desarrollo normal de la actividad económica y política *del mundo occidental*”.<sup>1359</sup> Son consideraciones que demuestran cómo, a mediados del 1918, Gramsci encuadre todavía la historia particular de un proletariado nacional; en el arco de pocos meses, los bolcheviques serán el núcleo dirigente del cual depende, en su perspectiva, los desarrollos futuros del entero movimiento obrero internacional.

En la última sección de esta labor, veremos cómo la adhesión a los principios con los cuales surge el “partido mundial” de la revolución, el presente como “descomposición y fracaso del entero sistema mundial capitalista” y la conquista de los poderes del Estado como “tarea del proletariado en la hora actual”,<sup>1360</sup> deba encuadrarse en el discurso gramsciano sobre el *Estado nuevo*, aviado, como vimos, en el 1918, y cuya elaboración

---

<sup>1357</sup> Rapone, *ibidem*, pp. 375-79.

<sup>1358</sup> Gramsci, *Utopia*.

<sup>1359</sup> [...] Entre la premisa (la estructura económica) y la consecuencia (constitución política) las relaciones son todo menos que simple y directas: y la historia de un pueblo no es documentada solamente por los hechos económicos. El serpentear de la causalidad es

complejo e intrincado, y a desenredarlo no ayuda otra cosa que el estudio profundo y amplio de todas las actividades espirituales y prácticas” Gramsci, *Utopia*.

<sup>1360</sup> Gramsci, *Vita política internazionale*, en “L’Ordine Nuovo”, 24 mayo 1919, ON [1987] pp. 33-38.

constituirá la forma específica de su adhesión al comunismo. En los consejos Gramsci verá los organismos de base de una forma estatal, así como ésta puede, y necesita, tomar forma en el curso de la misma lucha en el seno del régimen político y social capitalista; una democracia otra a la liberal parlamentaria, organizada alrededor de mediaciones cuyo rol no es substituirse, sino renovar, las formas tradicionales del movimiento obrero. Cuando, en febrero del 1919, afirmará la necesidad, para Italia, “que el Estado nuevo comunista se actúe”<sup>1361</sup> o, en mayo, que “los bolcheviques han dado forma estatal a las experiencias históricas y sociales del proletariado ruso, *que son las experiencias de la clase obrera y campesina internacional*”<sup>1362</sup> Gramsci no indica ni la toma del poder como acto resolutivo, ni manifiesta una concepción vanguardista del rol de las minorías, o, ignora las condiciones nacionales específicas de un proceso revolucionario. Gramsci considera el liberalismo arrastrado por la crisis no sólo en Italia, sino a nivel internacional, y, con la extensión de procesos revolucionario en Europa occidental, juzga madura la actuación de un programa. El “salto” concierne la forma en la cual ha ido leyendo, hasta los primeros meses del 1919, el proceder de la contradicción entre la dimensión nacional de los procesos político-ideológicos y la transnacional de los económico-sociales. Lo que permite hablar de un periodo de la formación y de un periodo ordinovista, de un Gramsci socialista y un Gramsci comunista, no consiste, en fin, en haber abandonado una visión de la revolución como construcción, libre y conciente, de una subjetividad política de masa, sino en haber llegado a considerar el Estado como componente esencial de este mismo proceso y la Internacional Comunista como única *praxis* efectiva, “necesidad que reconduce la actividad social a su unidad”.<sup>1363</sup>

### 6.3. . La perspectiva de la historia mundial

En la segunda mitad del 1917, durante las polémicas que atraviesan las filas del socialismo italiano sucesivamente a los “hechos de Turín”:

“la existencia, la demostración de la existencia es *el problema máximo* del proletariado italiano en este momento. Y este proletariado no es el mismo de hace tres años. Es más extendido numéricamente, *ha atravesado experiencias espirituales más intensas*. No ha tenido aun el tiempo de organizarse; no puede, aún, organizarse. Las elaboraciones, las absorciones de cultura socialista posibles en tiempos normales, ahora ya no son posible normalmente”<sup>1364</sup>

<sup>1361</sup> *Stato e sovranità*, cit.

<sup>1362</sup> *La taglia della storia*, cit.

<sup>1363</sup> *L'organizzazione economica e il socialismo*, cit.

<sup>1364</sup> Gramsci, *Analogie e metafore*, en “Il Grido del popolo”, 15 septiembre 1917, CF pp. 331-33. Éste es

el artículo con el cual Gramsci entró por primera vez en la escala nacional del debate, cuando, sucesivamente a los “hechos de Turín”, asumió sus primeras responsabilidades de dirigente en la sección política y la dirección del “Grido”. En septiembre, la



Treves, enfatiza Gramsci, aduce la guerra como cuadro histórico-político que vuelve estéril, inútil sacrificio, cualquiera iniciativa revolucionaria, por razonar desde una concepción que, condenando el movimiento obrero a la inercia, condena el socialismo al desconocimiento de la realidad. La componente reformista del partido ejerce una “obra perversa de disgregación”, ignorando la necesidad de una discusión que permita prepararse al nuevo momento histórico. Gramsci, llama a proceso una *praxis*:

“Será necesario preguntar no a los hombres como individuos, a veces personalmente admirables, sino al conjunto de estos hombres, cuál huella, cuál línea vital hayan imprimido a la historia del proletariado italiano [...] Ver si por casualidad no hayan confundido, inconscientemente, el proletariado italiano con algún grupo particular de proletarios. [...] No se puede regañar a nadie por ser reformista, por tener fe en un método más que en otro. Se puede empero reprobar, más aun es un deber hacerlo, aquellos que estos métodos mal interpretan, direccionan a una acción que no es de clase, que debilita el sentido de clase [...]”<sup>1365</sup>

Los reformistas no comprenden “los hechos” de Turín como “momentos que tuvieron la máxima importancia”, por haber proporcionado “la seguridad de *haber salido del particularismo*”.<sup>1366</sup> Bajo dirección reformista, el socialismo ha sacrificado el “desarrollo unitario e integral del proletariado italiano” al corporativismo de intereses particulares, hasta transformar el movimiento obrero organizado en el engranaje de políticas clientelares características del régimen giolittiano.<sup>1367</sup> Para quien, en agosto del 1917, es todavía un semi-desconocido entre los cuadros dirigentes nacionales y es tachado como el alma bella de la filosofía vacía, la refutación del reformismo no es en principio, sino relativo a la experiencia histórica del socialismo italiano. Al mismo tiempo, la influencia de los temas salveminianos, la crítica al Psi por no haber soldado las masas obreras septentrionales y las campesinas meridionales, viniendo menos a su rol democrático, es integrada en una propia elaboración de la intransigencia revolucionaria, caracterizada por un fuerte anti-estatalismo.

---

“Crítica Social” había acusado los intransigentes turineses, por su defensa del movimiento, de elitismo y abstractismo revolucionario. Gramsci, con su respuesta, invertía las acusaciones en contra de Treves. El 30 septiembre, Prampolini, en el periódico por él dirigido (“La Giustizia”), publicaba, en defensa del diputado socialista, una parte de *Analogie e metafore* acusando al joven turinés de no querer asumir las responsabilidades de la derrota y de las víctimas del agosto. “[...] este fulano que escribe en el ‘Grido del popolo’, fríamente, teóricamente, estos bellos periodos filosóficos alabando a la vida [...] olvidando, empero, de pedir a los muertos su opinión, y

representando a Treves, con pésima demagogia, como un frío predicador”. Cfr. CF, n. 1, p. 392.

<sup>1365</sup> Gramsci, *La Giustizia*, en “Il Grido del popolo”, 13 octubre 1917, CF pp. 391-92.

<sup>1366</sup> Gramsci, *ibidem*.

<sup>1367</sup> “La Confederación del Trabajo y el Grupo Parlamentar han sido, en pasado, una gran parte del Estado italiano, han contribuido a reforzarlo en la forma que había asumido, de distribuidor de altas ganancias a categorías industriales particulares y de distribuidor de sopa a particulares categorías proletarias”. Gramsci, *Partito e confederazione en “Il Grido del popolo”*, 10 agosto 1918, NM pp. 236-38.

Por un lado los límites liberal-democráticos del Estado italiano son un producto, para Gramsci así como para Salvemini, de la degeneración corporativa del reformismo socialista.<sup>1368</sup> Por el otro, Gramsci tiende a establecer una correspondencia biunívoca entre lucha por el reformismo social y el corporativismo, viendo implícita en la primera una degeneración del programa socialista en socialismo de Estado.

“Muchos de nuestros compañeros son todavía empuñados de las doctrinas del Estado que estuvieron muy en boga en los escritos socialistas de hace veinte años. Aquellas doctrinas fueron construidas en Alemania, y tal vez en Alemania tendrán su justificación, aunque *nosotros creemos poco a su justificación, desde un punto de vista socialista, en cualquier modo y en cualquier país*”;<sup>1369</sup> la “ley absoluta de la economía burguesa es la libertad: toda intervención autoritaria en el libre desarrollarse de la actividad económica burguesa *conduce necesariamente* al regreso y a la confusión, conduce al establecerse de privilegios que destruyen la clase”;<sup>1370</sup> “somos persuadidos que hasta cuando exista el régimen burgués *el método mejor sea el liberismo* y que el Estado burgués tenga que ser reducido al mínimo de funciones posibles [...] *Toda forma de socialismo de Estado es antieconómica, es ilusión, y debemos combatirla*”<sup>1371</sup>

A fundamento del nexo según Gramsci entre liberismo económico y socialismo político revolucionario, encontramos una concepción de la sociedad como Estado real, y de la revolución, como proceso político de autodeterminación social.

“las energías sanas y vigorosas de la producción industrial quieren volverse independientes de la tutela del Estado; los proletarios organizados quieren volverse independientes de la tutela de las leyes sociales particularistas. Ningún límite prestablecido a la actividad productora y a la actividad económica y política de clase. La tutela de los derechos tiende a re-encontrar en la organización, en las fuerzas propias, su propia fuente. El desarrollo de la producción tiende a buscar en la energía individual capitalista su propia razón de ser”.<sup>1372</sup>

El acento recae en la capacidad de cada uno de los polos de la relación social de capital de desplegar su plena efectividad política, asumiendo la perspectiva de “toda la clase” en lugar que de fracción. Mientras del lado del proletariado conlleva entender “la revolución como lucha de clase igual en todo el territorio” -articulación entre masas obreras y campesinas, ciudad y campo-, para la burguesía, que, recordemos, puede tener su unidad

---

<sup>1368</sup> “Ciertamente es que en Italia país aún menos parlamentario que Alemania, por la mala costumbre imperante y por la falta de una conciencia parlamentaria, el Estado es el mayor enemigo de los ciudadanos (de la mayoría de los ciudadanos) y cualquier acrecimiento de sus poderes, de su actividad, de sus funciones, equivale siempre a un acrecimiento del malestar, de la miseria de los ciudadanos, a un bajamiento del nivel de vida pública, de la economía y de la moral. El Estado italiano no se preocupa nunca de lo útil para la mayoría; se preocupa de la utilidad del fisco o de lo útil para una categoría privilegiada [...] la ley se vuelve legitimación de un privilegio, de un monopolio.” Gramsci, *Lo stato e l'utile dei cittadini*, en “Avanti!”, 8 abril 1917, CF pp. 118-20.

<sup>1369</sup> Gramsci, *ibidem*. Las cursivas son mías.

<sup>1370</sup> Gramsci, *La commissione per il dopoguerra*, en “Il Grido del popolo”, 13 julio 1918, NM. pp. 169-71. Este artículo, así como *Partito e confederazione*, son escritos en apoyo a la dirección maximalista del Psi, contraria a la participación de los socialistas en la comisión gubernamental para el estudio de los problemas de la posguerra (apoyada, aún con contrastes internos, por la Confederación General del Trabajo y por el grupo parlamentario), cfr. NM, n. 1, p. 238.

<sup>1371</sup> Gramsci, [*Risposta a Oreste Bortero*], en “Il Grido del popolo”, 23 febrero 1918, CF pp. 683-84. Las cursivas son mías.

<sup>1372</sup> Gramsci, *Partito e confederazione*.

solo en el Estado político, éste “debe ser el comité ejecutivo de los intereses *de toda la clase* burguesa”. Plena maduración del capital, en fin, en cuanto pleno despliegue de un antagonismo que es de clase sólo cuando la política de una clase, sea ésta la burguesía o el proletariado, mira a síntesis siempre más amplias *versus* la “confusión de proletarios y burgueses para rebelarse al Estado en cuanto proveedor de privilegios a grupos particulares”.<sup>1373</sup>

Se entiende así con cuáles preocupaciones Gramsci afirme el socialismo revolucionario ser el “liberismo del proletariado”. La batalla es contra una visión de la política según el socialismo, que, si limitada al plano económico, independientemente del grado de ampliación de la acción del Estado en la economía -sea ésta la gestión pública de servicios o el proteccionismo en favor de los grandes monopolios- vuelve, en su perspectiva, el movimiento obrero dependiente del Estado, en lugar que de la fuerza y el reforzamiento de la capacidad de iniciativa política de sus propias organizaciones.

“*El socialismo revolucionario es el liberismo del proletariado*, la afirmación que la fortuna del proletariado no tiene su fuente en el Estado equivocadamente representado como superior a las clases, sino en las fuerzas de la organización, en el libre y espontáneo florecer del Partido político y de las asociaciones sindicales”;<sup>1374</sup> “El socialismo se realizará fundamentándose no en el Estado burgués, sino en las organizaciones proletarias, en las cooperativas y en los compañeros. El socialismo no se instaura por decreto lugarteniente, sino es una espontánea afirmación de fuerzas libres, libremente coordinadas por el fin común”<sup>1375</sup>

No tenemos la separación entre economía y política como garantía de libertad (privada), sino la simetría, entre, por un lado, la correspondencia entre social-reformismo y compromisos entre las clases, implícita en la cual es la oposición a una visión estatista del socialismo y, por el otro, liberismo y autonomía político-ideológica del proletariado, en la cual se perfila su propia concepción de aquello que será el socialismo como nuevo tipo de Estado. Lo que preocupa a Gramsci, en fin, es evidenciar como la lucha por el socialismo implique una neta discontinuidad con la *forma del Estado* propia del régimen burgués, perspectiva anulada en la ilusión que el régimen socialista “pueda ser el resultado de una fase evolutiva del estado burgués centralizado y despótico, tal de quitar cualquiera autonomía a los individuos y volverlos incapaces de cualquier ímpetu revolucionario”.<sup>1376</sup> Se esclarece también el ya citado paralelismo, entre “el ordenamiento que el Estado ha asumido en Inglaterra” y “el régimen de los Soviets”, en cuanto proceso

---

<sup>1373</sup> Gramsci, *La commissione per il dopoguerra*.

<sup>1374</sup> Gramsci, *Partito e confederazione*. Las cursivas son mías.

<sup>1375</sup> Gramsci, *La commissione per il dopoguerra*.

<sup>1376</sup> Gramsci, *L'idolo dello Stato*, en “Il Grido del popolo” 21 septiembre 1918, NM pp. 298-9.

de reabsorción de lo político en lo social, creación de un nuevo orden en el seno del que se quiere superar.<sup>1377</sup>

Anillo de esta misma reflexión es la interpretación del nacionalismo como una ideología de desarrollo capitalista. En el momento en el cual, desde la segunda mitad del 1917, Gramsci se encuentra, por primera vez, en condiciones de obrar como redactor del periódico y dirigente de la sección del partido, cuando, en Turín, palabras como intransigencia, iniciativa, necesidad de actuar son hechas propias por mayorías siempre más radicalizadas, después de sostener que la revolución rusa ha entrado “en la fase más importante de su fases conclusivas”,<sup>1378</sup> decide dedicar el ya mencionado número único del “Grido” a la discusión sobre la cuestión aduanal y al sentido socialista de la batalla anti-proteccionista.

“Es claro que, aun si contra el proteccionismo aduanal luchan -contemporáneamente a nosotros- grupos de la burguesía democrática o conservadora, los fines de la batalla que nosotros combatimos son profundamente distintos [...] para ellos se trata de una diferente distribución de las ventajas entre los productores [...] para nosotros también estos aspectos de la cuestión necesitan ser considerados; empero como punto de partida [...] hay un campo más amplio en el cual, como mencionamos, el problema aduanal se une con el programa máximo de nuestro partido. De esta convergencia y coincidencia la lucha anti proteccionista adquiere un valor específicamente socialista: y en este campo, en el cual ninguno de los liberistas burgueses puede seguirnos, encontramos las razones más fuertes [...] Hoy que la guerra se expande en todo el mundo y siembra unos horribles estragos [...] la lucha en contra del proteccionismo adquiere un sentido más profundo. Es una reacción contra las causas que han contribuido a determinar la guerra.”<sup>1379</sup>

Su reflexión, obsérvese, ya no concierne solo la situación nacional y la posibilidad para los socialistas de construir su capacidad de dirección entre sectores campesinos y populares.<sup>1380</sup> Gramsci articula la lucha contra el proteccionismo con la oposición a la guerra, prerrogativa del internacionalismo obrero. Ya en el 1916, con el avanzar del proteccionismo entre las filas de la gran burguesía industrial, había elaborado una previsión acerca de la posguerra en cuanto continuación del conflicto militar *sub especie* económica, y abierto el problema de la soldadura entre lucha por el librecambio y

---

<sup>1377</sup> “desarrollo sistemático de las organizaciones profesionales y de los entes locales, que el proletariado ya ha sabido suscitar espontáneamente en régimen individualista”. *Dopo il Congresso*, cit.

<sup>1378</sup> Gramsci, *Kerensky-Cernov*.

<sup>1379</sup> Gramsci, *I socialisti per la libertà doganale*, en “Il Grido del popolo”, 20 octubre 1917, CF pp. 403-05. El Congreso de Ancona del PSI (mayo 1914) había votado una moción relativa a la oposición del partido al proteccionismo vía una alusión general al imperialismo. Gramsci reproduce en la introducción al número único una moción del comité ejecutivo de la

sección política turinesa, en la cual era explícitamente evidenciado el nexo entre el proteccionismo y la prevención de guerras futuras por el intensificarse de la competencia entre las naciones. La moción terminaba invitando al partido a llevar la cuestión aduanal al próximo congreso nacional que habría tenido que celebrarse en Roma, renviado hasta septiembre del 1918. Cfr. Paggi, *Antonio Gramsci e il moderno principe*, p. 50.

<sup>1380</sup> Cfr. también, Gramsci, *Unità*, en “Avanti” del 23 septiembre 1916.

autonomía ideológica del socialismo político revolucionario. En un primer momento, los tonos eran aquellos de la batalla cultural en contra de la Liga anti-alemana y el frente intervencionista, integrado por la burguesía italiana de *Stenterelli*, temerosa, ahora en la producción de bienes económicos, “de la actividad, de la laboriosidad” del adversario.<sup>1381</sup> Gramsci había percibido de inmediato la necesidad de transitar de un enfoque ético-moral, del liberismo como creatividad y laboriosidad en contra de la demagogia patriótica, hacia un análisis social.<sup>1382</sup> Aislar el sentido propiamente socialista de la batalla liberista dado el avanzar del nacionalismo entre las filas de la gran burguesía industrial; éste el tema del cual, afirmaba en el 1916, el “Grido” tenía que “proporcionar una cognición exacta del problema: aquello es complejo y necesita meditación”.<sup>1383</sup> Una “meditación” que emprendía en las concitadas semanas sucesivas a la revolución de octubre, enfocando el acercamiento entre el nacionalismo como movimiento ideológico y el frente proteccionista, integrado por el bloque entre la gran industria y los agrarios.

“El nacionalismo está confiriendo conciencia de sí a la clase burguesa. La “Idea nacional” es, desde este punto de vista, el periódico más importante de Italia (después del ‘Avanti!’: ha logrado conferir el tono a toda la prensa burguesa italiana.”<sup>1384</sup>

Su atención se dirige a las tesis del sindicalismo integral, eje del Estado nacional corporativo, *forma* de integración de las masas trabajadoras en la vida política vía la superación de las identidades de clase en el plano de la lucha económica.<sup>1385</sup> Asumiendo el programa proteccionistas, los nacionalistas se han vuelto:

---

<sup>1381</sup> Momento en el cual Gramsci encuadra por primera vez la articulación entre el gran capital y el movimiento ideológico nacionalista, e indica una gran burguesía capaz de crear una “nueva conciencia nacional”. Gramsci, *La paura del “dumping*, en “Il Grido del popolo”, 13 mayo 1916, CT pp. 305-307. La ocasión polémica había sido la publicación, por parte de un periódico del conservadurismo milanés, de una serie de artículos en los cuales la conformación de un *trust* alemán era presentada como invasión, para la posguerra, del mercado italiano volcada a la destrucción del desarrollo industrial endógeno.

<sup>1382</sup> La perspectiva, indicaba Gramsci, de “estudiosos desapasionados” como Einaudi, quienes “no son socialistas. Creen que el libre intercambio además de un problema económico es también un problema moral”. Gramsci, *Contro il feudalismo economico. Perché il libero scambio non è popolare*, en “Il Grido del popolo”, 19 agosto 1916, CF. pp. 497-98. El capitalismo según la cuna de Manchester, “colosal crisol” tanto de productos textiles cuanto de una “batalla centenaria entre democrático y conservadores”. Gramsci, *Contro il feudalismo economico*, en “Il Grido del popolo” 12 agosto 1916, pp. 480-82. En el 1916, los incrementos de los

artículos que Gramsci dedicaba a la batalla liberista se debían a la conferencia económica de los países aliados, en la cual habían sido sostenidas tesis proteccionistas: desde un régimen aduanal preferencial entre los países aliados, hasta la creación de un bloque comercial y financiero cerrado a los países adversarios. Cfr. Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, pp. 232-33. Gramsci, introduciendo tres artículos de Einaudi, publicaba las contraargumentaciones de la “Reforma social” y defendía el economista liberal de los ataques de los nacionalistas, quienes acusaban Einaudi de tendencias filo-socialistas.

<sup>1383</sup> Gramsci, *Contro il feudalismo economico* en “Il Grido del popolo”, 5 agosto 1916, CT p. 471.

<sup>1384</sup> Gramsci, *Il riformismo borghese*, en “Avanti!”, 5 diciembre 1917, CF pp. 470-72.

<sup>1385</sup> “El reformismo nacionalista se expresa especialmente en el proteccionismo, que es conquista de beneficios particulares en detrimento de la entera clase productora burguesa y en detrimento de todos los consumidores. Los siderúrgicos, los algodoneros, los armadores, los agrarios son las cuatro categorías burguesas que el reformismo nacionalista sostiene [...] *El punto es que este reformismo se ocupa también de*

“paladines de los ‘derechos’ de las corporaciones burguesas que hacen coincidir, naturalmente, con los ‘derechos’ de la nación, así como muchos reformistas hacen coincidir con todo el proletariado una u otra categoría de trabajadores, para la cual se afanan y buscan acarrear beneficios”<sup>1386</sup>

Tanto el nacionalismo para la burguesía, cuanto el reformismo para el proletariado, son considerados expresiones de corporativismo, en antítesis a aquella verdadera política de clase que Gramsci concibe como capacidad de síntesis, de subir al plano de lo general, de forjar unidad. Empero: ¿Por qué definir el nacionalismo como “reformismo burgués”,<sup>1387</sup> “documento vivo de la impotencia liberal italiana, si no de la idea liberal” y, al mismo tiempo, surgimiento de la burguesía italiana como clase combativa y consciente? Lo explicita el artículo inmediatamente sucesivo, donde lo vemos regresar a Engels y al capitalismo italiano como escisión entre economía y política:

“[...] económicamente la clase burguesa en Italia no ha vivido todavía. Ha sido, hasta ahora, sólo una clase histórica (se recuerde aquel que Federico Engels ha escrito sobre las clases históricas y las clases económicas) que ha conferido al país sólo una actividad política. La escisión entre política y economía es la causa más grande del confucionismo y de la corrupción de las costumbres que caracterizan los últimos cincuenta años de la historia italiana. La burguesía no ha tenido espina dorsal, no ha poseído programas concretos y rectilíneos, porque no era una clase de productores, sino una junta de politiqueros.”<sup>1388</sup>

Su crítica a la inmadurez de la gran burguesía italiana, enfatiza, no es abstracta -así como le ha reprochado un órgano nacionalista, voz de la Liga industrial turinesa- porque la tesis engelsiana se ha vuelto concreta y actual, historia contemporánea, indica un presente entendible sólo en continuidad-discontinuidad con un pasado. Por primera vez desde el

---

*algunos sectores proletarios.* Filippo Carli (también incubado en la redacción de [la] ‘Idea Nacional’ ha teorizado las futuras relaciones entre capital y trabajo”. Gramsci, *Il riformismo burgués*. Las cursivas son mías.

Carli, con Alfredo Rocco, era uno de los principales exponentes de la Asociación nacionalista (1910), y artífice, a la vigilia del conflicto, de la aceptación del proteccionismo económico entre las filas del nacionalismo ideológico, cuyo órgano principal, recuerdo, era el cotidiano la “Idea Nacional” de Corradini (1911). En el artículo del 5 diciembre, la ocasión polémica era la participación de Carli en un congreso de representantes de las cámaras de comercios de los países aliados, donde el nacionalista había presentado una relación dedicada “a la organización de la industria después de la guerra, desde el punto de vista de las relaciones entre capital y trabajo”. Gramsci, *Il riformismo borghese*. Planteando la constitución de sindicatos nacionales organizados según las categorías productivas, representantes al unísono de trabajadores y

empresarios, Carli los había introducidos como necesidad, para las nuevas clases dirigentes, de asumir las responsabilidades de las cuales habría dependido el consenso de las masas y, con aquello, su misma reproducción, indicando la prevención del regreso al conflicto social de la preguerra como el factor que, más que cualquier tratado de paz, habría sido determinante de los equilibrios europeos en la posguerra. CF n. 2 y 6, p. 472. Rapone, *ibidem*, p. 325. Para un amplio estudio de los caracteres del corporativismo fascista y de sus orígenes ideológicos en el movimiento nacionalista, cfr. Acquarone, I. *L'organizzazione dello Stato totalitario*. Torino: Einaudi, 1965 y Pombeni, P. *Demagogia e tirannide. Uno studio della forma partito del fascismo*, Bologna: Il Mulino, 1984.

<sup>1386</sup> Gramsci, *Il riformismo borghese*.

<sup>1387</sup> Gramsci, *ibidem*.

<sup>1388</sup> Gramsci, *Per chiarire le idee sul riformismo borghese*, en “Avanti!”, 11 diciembre 1917, CF pp. 481-84.

surgimiento del Estado nación, afirma, la burguesía italiana se ha reunificado alrededor de un programa económico, entrando en una nueva fase de existencia.<sup>1389</sup> Ya no se trata de intereses particulares que encuentran su unidad de clase *solo* como Estado político, sino de estos intereses articulados, ideológicamente, *en* la sociedad civil.

En primer lugar, Gramsci mira al desarrollo capitalista en Italia desde la evolución del nacionalismo como “partido”, enfocado como ideal que adquiere “concreción política” articulándose a una fuerza social.<sup>1390</sup> Asumiendo la función gnoseológica de la ideología, enfoca una forma Estado en perspectiva histórica. Limitando la crítica al “partido nacionalista” -y la crítica es dirigida Croce- a un análisis de principios, de “doctrina”, no es posible explicar como un movimiento ideológico “haya ido íntimamente modificándose, y se haya vuelto *social*”. La burguesía italiana, bajo iniciativa de “las minorías de ella que primero se han organizado”, ha visto “en el Partido nacionalista *su* partido”, los teóricos “de sus intereses, de sus necesidades y aspiraciones”, dada su propia historia como relación entre economía y política. Una multiplicidad de grupos desarticulados, incapaces de relacionarse con la política como lo general, y al mismo tiempo, instrumentalización del universal abstracto del cual ha salido, “adquiriendo concreción y claridad” de su propio poder social, la fracción de avanzada:

“[en los años precedentes la guerra europea, algunas categorías capitalistas eran ya notablemente robustas [...] El Partido nacionalista se ha venido identificando con estas categorías. Representa el intento de volver estables y seguros los privilegios sectoriales, y de ampliarlos. Se presenta con un programa que posee la apariencia de la organicidad, que parece no ignorar ningunos de los problemas que interesan a una clase. Empero la suya no es doctrina de clase.”<sup>1391</sup>

Vemos a Gramsci buscar la determinación específica de un fenómeno de alcance europeo, y situarla en la abertura al mundo del trabajo:

“Ha buscado, el nacionalismo, rejuvenecer el viejo prejuicio proteccionista, conferirle un contenido nacional; necesariamente, dado el hecho cumplido de la formación de un proletariado bastante fuerte y orgánico, con el cual ha tenido que lidiar. Teoriza así la colaboración de sectores privilegiados: confiere al Estado y a las asociaciones capitalistas la tarea de elaborar reformas y leyes sociales que sirvan para disgregar el movimiento de organización de los trabajadores, atrayendo en el círculo del privilegio los núcleos mejor constituidos y más amenazadores. De esta manera, el nacionalismo, ha ido acercándose al reformismo de derecha, al fin de buscar determinar

---

<sup>1389</sup> “Con el nacer y desarrollarse del movimiento nacionalista se observa este hecho: el coagularse de categorías económicas burguesas alrededor de un programa económico”. Gramsci, *ibidem*.

<sup>1390</sup> Así como, en los tiempos del intervencionismo, Gramsci afirmaba no ser difícil comprender como “los nacionalistas teóricos” servían el viejo poder bajo “el vocabulario democrático y revolucionario” (*La guerra e l'avvenire*, 3 noviembre 1917), lo mismo vale ahora

por la articulación entre nacionalismo y la gran burguesía proteccionista. Una cosa es reconocer, para Gramsci, el interés de clase atrás de una ideología, toda otra cosa explicar cómo y porque una ideología es hecha propia por una fuerza social.

<sup>1391</sup> Gramsci, *La funzione sociale del partito nazionalista*, en “Il Grido del popolo”, 26 enero 1918, CF pp. 598-601.

solidaridades de intereses constituídos que salden la compagine y se conformen en espina dorsal de este Estado anhelado. Ésta del reformismo ha sido, hasta ahora, la única originalidad de los nacionalistas italianos en comparación de aquellos franceses.”<sup>1392</sup>

En la visión de Gramsci, adoptando las tesis del sindicalismo integral, la burguesía italiana todavía no es, sino instrumentaliza, el Estado.<sup>1393</sup> Un Estado corporativo y, sin embargo, en forma nueva, por tratarse de un reformismo a través del cual la cuestión social transita, como elaboración ideológica, de la reducción socialista de la política de clase a la economía, hacia la aparente anulación, por iniciativa burguesa, del antagonismo social clase en la abstracción de la nación elevada a sujeto. Gramsci, en un artículo sucesivo, entra precisamente en el mérito del abstractismo nacionalista desde Croce, enfocando su dimensión cultural y aislando sus orígenes en la reacción al cosmopolitismo de matriz democrático-ilustrada.<sup>1394</sup> Moviendo de regreso desde la cultura hacia lo económico-social, va buscando el terreno conceptual desde el cual reconsiderar el nexo entre la dimensión nacional y la internacional del Estado ético-político. El punto de partida consiste en elaborar una doble analogía, del todo original a Gramsci, entre reformismo socialista y nacionalismo burgués, por un lado, y liberalismo y socialismo revolucionario por el otro.

---

<sup>1392</sup>Gramsci, *La funzione sociale del partito nazionalista*. Sin embargo, la originalidad reformista del nacionalismo italiano no es, enfatiza, una originalidad absoluta, en cuanto su plena realización es la forma nacional corporativa del Estado prusiano, paternalista, militarista-burocrática y expansionista. Estado “en el cual las fuerzas históricas espontaneas y naturales son comprimidas en beneficio de una aristocracia capitalista que elabora, según su razón, la forma política de convivencia civil, y se dilata morbosamente, creando, para expandirse más allá del mercado interno, las necesidades de guerras y de conquistas coloniales.” Gramsci, *ibidem*. Vuelve a emerger la oposición de Gramsci a aquella que vimos ser la anulación crociana, en los años de la guerra, de la contraposición entre liberalismo y estatalismo en la soberanía del Estado como principio, aspiración, norma ética que dirige la historia.

<sup>1393</sup>Al respecto cabe señalar la crítica de Gramsci a los términos con los cuales los ideólogos del sindicalismo integral apelaban a las raíces del Estado nacional corporativo en la historia comunal italiana. “Su sindicalismo integral no es, de hecho, que una programación de las Corporaciones, y es integral porque no es limitado a los Comunes, sino extendido a toda la Nación”. Gramsci critica el *apriorismo* de quien es incapaz de reconocer la forma Estado como forma históricamente determinada del conflicto político de clase, horizonte de quien “propugna nada más que la instauración de [...] un Estado *a priori*,

extraído de la conciencia de la clase dirigente” desconociendo, con la historia de los orígenes de la modernidad italiana, la misma historia contemporánea alemana, donde “la burguesía estaba subiendo fatalmente su evolución liberal, estaba destruyendo sus corporaciones: la guerra ha sido el máximo intento de conservación de un sistema antieconómico de producción”. Gramsci, *Il sindacalismo integrale*, en “Il Grido del popolo”, 23 marzo 1918, CF. pp. 760-64. Me limito a hacer notar como éste será un tema central de los *Cuadernos*, donde el análisis del sindicalismo integral no quedará simplemente ampliado, sino atravesará un cambio profundo, parte de la elaboración del fascismo como recomposición pasiva de las relaciones de fuerzas y, en general, de la misma elaboración gramsciana del concepto de Estado integral.

<sup>1394</sup> De Croce, Gramsci retoma determinados rasgos del nacionalismo francés compartidos por el nacionalismo italiano, enfocando sus aspectos cultural-literarios. Los orígenes en la reacción al cosmopolitismo democrático, vía la reducción del universal concreto al “yo” que, cuando aspira al universal, cae en el empirismo, en la reducción del “alma nacional” a una espiritualidad puramente sensual, a-política, de la cual deriva su misma apariencia de “revolucionarismo”. Gramsci, *Maurizio Barrés e il nazionalismo sensuale*, en “Il Grido del popolo”, 2 marzo 1918, CF pp. 698-702.



““El nacionalismo económico cumple [...] en el campo burgués la misma función que en campo proletario ha cumplido el reformismo. Despierta y organiza, bajo la aguijada de un fin inmediato (travestido de fin universal de clase) a los individuos que empiezan a sentir la solidaridad de casta, de cuerpo [...] El nacionalismo económico corresponde al reformismo; posee apariencia revolucionaria como la poseía el reformismo en sus buenos tiempos, porque toda doctrina que sacude sedimentaciones sociales hasta ese entonces amorfas, inertes, posee apariencias revolucionarias [...] La doctrina liberal es [...] *desde el punto de vista histórico* de clase, la verdadera antagonista del socialismo revolucionario [...]”<sup>1395</sup>

La doble analogía devela toda una manera de enfocar la inteligibilidad de la historia como política, implícita en la cual es la insistencia en no reducir el nacionalismo a un fenómeno cultural en sentido especulativo. La separación entre clase económica y clase política ya no constituye un defecto originario y constitutivo de la situación italiana, sino que Gramsci la proyecta al plano internacional. Enfocando la relación entre nacionalismo y proteccionismo, no se limita a elaborar un juicio extremadamente negativo respecto a los límites económicos de un estado corporativo.<sup>1396</sup>

“No por casualidad estas categorías han hecho propio el programa económico nacionalista. Ellas no se han todavía elevado a la comprensión de la clase (que económicamente no es nacional, sino internacional) y el espíritu de corporación las ha arrojado del lado del nacionalismo económico. [...] El tardío ingreso de Italia en la actividad capitalista ha llevado a esta confusión ideológica (que se refleja en la confusión práctica, de acción y de programa): a la inmadurez de pensamiento histórico del nacionalismo económico gana la madurez de pensamiento del liberalismo, que *es verdadera doctrina de clase, no solo nacional, sino también internacional*, y por lo tanto *tiende a una soldadura económica entre las varias burguesías nacionales*, mientras el nacionalismo proteccionistas tiene fines más restringidos, no de clase, sino de agrupaciones nacionales de determinadas categoría industriales y agrarias [...] La doctrina de la clase burguesa es aquella liberal, que ha triunfado integralmente en Inglaterra y en los Estados Unidos donde la clase burguesa es clase histórica y económica contemporáneamente”<sup>1397</sup>

El liberalismo, “verdadera doctrina de la clase burguesa”, constituye un “punto de vista histórico “en cuanto reconocimiento, por parte de la burguesía, de *una tendencia hacia la totalidad del movimiento del capital*.”

“La clase burguesa, *en el plano económico, es internacional*; debe necesariamente, soldarse, a través de las diferenciaciones nacionales; su doctrina de clase es el liberalismo en política y el liberismo en economía.”<sup>1398</sup>

El liberismo económico corresponde a lo que *es* el capital en su más íntima esencia, una tendencia a la interdependencia económica del mundo, de la cual el liberalismo no es la

---

<sup>1395</sup> Gramsci, *Per chiarire le idee sul riformismo borghese*. Las cursivas son mías.

<sup>1396</sup> “el Estado como distribuidor de riqueza, como creador de riquezas privadas [...] el proteccionismo no hace que mover las riquezas [...] el liberismo [...] tiende a un acrecimiento de la riqueza capitalista

internacional”. Gramsci, *Per chiarire le idee su riformismo borghese*, cit.

<sup>1397</sup> Gramsci, *Per chiarire le idee sul riformismo borghese*. Las cursivas son mías.

<sup>1398</sup> Gramsci, *La funzione sociale del partito nazionalista*. Las cursivas son mías.

expresión, sino son estas mismas relaciones sociales, así como se constituyen históricamente en fuerzas políticas. Nuevamente emerge la “necesidad” desde el horizonte de la *praxis*, un enfoque relacional y según aquel determinado uso gnoseológico de la ideología, ventana de acceso a una realidad de relaciones de fuerzas, característico de su método de investigación. La contradicción entre la dimensión transnacional de los procesos económicos y la nacional de los políticos no constituye un hecho socialmente dado, sino expresa, para Gramsci, una política intransigente y una política colaboracionista, así como cada una despliega tanto en campo burgués, así como en campo proletario. Expresa el capital en su determinación histórica, aquello que Gramsci percibe como entrada del capitalismo en su fase más avanzada. El empuje de aquellos componentes de la burguesía y del trabajo que, moviendo el espacio de la política al plano sobre-nacional, se muestran como los más adelantados en cuanto son expresión del movimiento histórico específico del capital, y, como tales, capaces de representar las razones de su propia lucha en su forma más clara, conformando los polos de una relación antagónica en su máximo despliegue: *Wilson y los maximalistas rusos*.

Situándose en la perspectiva de la historia mundial, Gramsci elabora una previsión respecto a la crisis del Estado liberal italiano. La burguesía, en Italia, ha entrado en una fase de madurez política relativa, la económico-corporativa, aquella que, al contrario, el trabajo demuestra ir superando, con su interés “*Per una nuova Internazionale*”.<sup>1399</sup>

“En la realidad histórica actual ha acontecido que el proletariado italiano, surgiendo a la comprensión del socialismo revolucionario, ha adquirido la madurez de pensamiento, que le permite discernir sus verdaderos intereses de clase internacional, de los intereses de las categorías individuales [...] Al contrario, la burguesía empieza solamente ahora el proceso de toma de conciencia de su propia individualidad de clase.”<sup>1400</sup>

El nacionalismo, en Italia, “conquistará probablemente la clase burguesa” en cuanto el liberalismo, aun superior “a este conglomerado de retórica y de voracidad parasitaria”, dado el nivel “de madurez ideológica e histórica” del adversario, “no tendrá el valor de contrastarle el terreno, y aun quisiera, no lo lograría”.<sup>1401</sup> Nos encontramos, recuerdo, hacia finales del 1917, y si la perspectiva de Gramsci no es aún aquella de la actualidad de la revolución socialista, lo vemos desvaluar la posibilidad de una recomposición de la

---

<sup>1399</sup> Gramsci, *Per la nuova internazionale* en “Il Grido del popolo”, 8 diciembre 1917, CF pp. 473-77.

<sup>1400</sup> Gramsci, *Per chiarire le idee sul riformismo borghese*.

<sup>1401</sup> “Esta la razón por la cual hemos establecido una jerarquía entre el ‘Avanti!’ y la ‘Idea nacional’. El

‘Avanti!’ es el representante de la clase proletaria que ha alcanzado una madurez ideológica e histórica [...] la ‘Idea Nacional’ es el balbuceo, el inicio de la vida de la clase burguesa integral, histórica y económica. Que no tendrá el tempo de volverse, de llegar a la idea liberal”. Gramsci, *ibidem*.

crisis bajo dirección de la burguesía nacionalista. ¿Cuál su previsión respecto a la burguesía que “es clase histórica y económica contemporáneamente”?

Introducimos arriba como, en el 1917, Gramsci haya articulado la lucha contra el proteccionismo con la oposición a la guerra, prerrogativa del internacionalismo obrero. Vimos también como, en la tesis crociana de la irracionalidad y fatalidad de la guerra, Gramsci reconociera la operación conservadora implícita en reducir la política según la utilidad, la política en cuanto “contraste entre los partidos y las clases”, al momento de la fuerza, separando el marxismo de la dimensión ético-normativa, y resolviéndola, como liberalismo, en el plano ideal. Consecuente con esta operación, Croce negaba que pudiera haber un espacio estatal sobre-nacional, sino en la esfera cultural del espíritu, reduciendo, siempre en los años de la guerra, el internacionalismo socialista y el movimiento pacifista liberal al denominador común de la retórica abstracta y asociándolos, como su contraparte especular, a la mentalidad masónica, jacobina, ilustrada, del frente intervencionista. A la teoría del Estado potencia según Croce, Gramsci contraponía la economía como el fundamento concreto del pacifismo liberal, distinto del humanitario, distinguiendo el punto de vista socialista como realismo histórico porqué político-programático. Un pacifismo, el liberal, al interior de las relaciones capitalistas y, empero, “sólido”, posible, porque coherente con las necesidades del capital en calidad de “*fuerza económica pura*, y no como espina dorsal de las naciones burguesas”, opuesto al confusionismo ideológico, el nacionalismo, hecho propio por una burguesía travesada por un espíritu de “casta”, corporativo, incapaz de reconocer sus intereses generales de clase.

En el 1916:

“La ilusión que la guerra de cualquier especie sea riqueza, factor de progreso, debe ser destruida, está bien; empero es también necesario rebelarse si una casta que de la guerra puede también enriquecerse, quiere lanzar la confusión entre los espíritus, y por sus intereses particulares empobrece la colectividad. Supláis en el material bruto del pacifismo angelliano el espíritu revolucionario y la gran ilusión caerá para siempre”.<sup>1402</sup>

En marzo del 1917:

“los confines más infames que separan las naciones en tiempo de paz [...] son las barreras aduaneras [...] Grupos de vampiros se preparan -aun mientras los pueblos se diezman y diezman la riqueza mundial- a demandar, y esperan obtener, en nombre de un falso amor de patria y un falso orgullo nacional, nuevos aranceles proteccionistas y más sólidas e complicadas barreras aduaneras, urge -lo repetimos- la batalla.”<sup>1403</sup>

En proximidad de la revolución de octubre:

---

<sup>1402</sup> Gramsci, *La grande illusione*, “Avanti!”, 24 julio 1916, CT pp. 446-47. Las cursivas son mías.

<sup>1403</sup> Gramsci, *I dazi protettori ed il libero scambio*, en “Il Grido del popolo”, 10 marzo 1917. CF pp. 82-83.

“¿Puede el proletariado permitirse que los grupos industriales privilegiados realicen sus programas de guerra económica contra los imperios centrales, y para la mayor explotación de los consumidores italianos? Es por lo tanto necesario que el proletariado se adueñe de los términos de la cuestión, y mida enérgicamente su fuerza y voluntad para que sea conferida al problema la solución mejor para la paz internacional”<sup>1404</sup>

Y, en fin, en marzo del 1918:

“Norman Angell *ha estudiado el problema de la guerra desde un punto de vista económico, rígidamente realista*. Es notorio que por lo demás que los economistas burgueses cuando permanecen en el campo puramente científico, llegan a las mismas conclusiones de Angell [...] [...] Angell estudia de hecho la actividad y las ideas de los grupos nacionales que poseen como programa el imperialismo y presuponen por lo tanto la necesidad de la guerra (el prusianismo no es localizado geográficamente: es fenómeno social, y debe ser derrotado no solo en Alemania, sino en el seno de cada nación)”<sup>1405</sup>

La temporalidad de estas intervenciones nos muestra como Gramsci atribuye a los teóricos del “capitalismo puro” una comprensión “del estado de cosas nuevo, creado inconscientemente por el capitalismo”<sup>1406</sup> hasta bien entrado el periodo en el cual su empeño se ha dirigido a legitimar al bolchevismo, su referente político, en el perímetro teórico del marxismo. Su posición sobre la guerra como límite de las burguesías nacionales y proteccionistas, expresión de un capitalismo atrasado, demuestra no solo el desconocimiento de las tesis del imperialismo según Lenin -a las cuales tendrá acceso sólo en la segunda mitad del 1919- sino un considerar la reproducción del capital más acorde con la integración pacífica de los procesos económicos que con el expansionismo militar y el conflicto imperialista entre los Estados.<sup>1407</sup> La suya, en fin, es una perspectiva que se distancia profundamente de una lectura de la entrada del capitalismo en un estado de crisis general, aquella que va afirmándose como equipaje cultural, sentir común, rasgo identitario, principio de distinción de la socialdemocracia, en las filas del movimiento comunista internacional. Por lo tanto: ¿Cómo enfocar, desde estas premisas, el viraje que Gramsci cumplirá en el 1919?

---

<sup>1404</sup> Gramsci, [*Protezionismo e libero scambio*], en “Il Grido del popolo”, 13 octubre 1917, CF pp. 398. Este escrito es contemporáneo a *Il canto delle sirene*, del 10 octubre 1917, donde Gramsci, como vimos, se empeña en la polémica con Croce acerca de la inevitabilidad e irracionalidad de la guerra como fatalidad.

<sup>1405</sup> Gramsci, *Norman Angell*, en “Il Grido del popolo”, 23 marzo 1918, CF pp. 773-74

<sup>1406</sup> Gramsci, *La grande illusione*.

<sup>1407</sup> Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, p. 246. Cfr. también: “En esta parte de la vida del mundo [Wilson] lanza la ideología de la Liga de las Naciones. Esa representa para la burguesía liberista anglosajona la garantía política de la actividad económica del

mañana y del ulterior desarrollo capitalista. Es el intento de adecuar la política internacional y el ulterior desarrollo capitalista [...] Representa, la Liga de las Naciones, una superación del periodo histórico de las alianzas y de los acuerdos militares: *representa una congruencia de la política con la economía, una soldadura de las clases burguesas nacionales en aquello que las hermanas más allá de las diferenciaciones políticas: el interés económico*”. Gramsci, *La lega delle Nazioni*, cit. en “Il Grido del popolo”, 19 enero 1918. CF pp. 569-71. Las cursivas son mías.

Elaborada la contradicción entre el plano internacional de la economía y el nacional de la política, lo vemos dirigir su atención hacia la emersión de aquellas fuerzas en campo burgués que les parecen confirmar su visión del capitalismo.<sup>1408</sup>

“Creemos que hechos políticos de extraordinaria magnitud estén madurando y creemos que la discusión del *problema de los superestados* sea su síntoma exterior. En el seno de todas las naciones del mundo existen energías capitalistas que poseen intereses permanentemente solidarios entre ellas: estas energías quisieran asegurarse garantías permanentes de paces, para desarrollarse y expandirse. Buscan revelarse y organizarse internacionalmente: *la Sociedad de las Naciones* es la ideología que florece sobre esta sólida base económica”<sup>1409</sup>

Si desde el 1917, el evento de portada mundial es la Revolución rusa, de la cual, como vimos, se ha empeñado desde el febrero en valorizar el rol internacional, a principio del 1918, Gramsci descubre Estados Unidos, cuando, en el programa de Wilson para el orden internacional de la posguerra, individua el anuncio de una nueva potencia mundial, sustentada en una enorme fuerza económica, que asocia a la “quintaesencia del capitalismo” en cuanto expresión de un capitalismo “puro”, libre de interferencias externas a “la ley intrínseca del régimen”, así como “obra necesariamente e implacablemente y lleva al constituirse de estos mastodónticos organismos económico-políticos”. La dimensión estatal sobre-nacional es presentada como resultado de una renuncia a la propia soberanía, y sujeción de los estados menores a “la libre competencia desencadenada sobre tan vasta escala”, resultado de la cual será, “tal vez”, una paz “asegurada vía el predominio -obtenido *por desarrollo espontaneo de potencia*

---

<sup>1408</sup> Gramsci, vuelvo a insistir, desconoce la discusión sobre el imperialismo interna a las filas del movimiento socialista internacional. Sus reflexiones se articulan al debate que, hacia finales de la guerra, se desarrolla, en la intelectualidad europea, en torno a la posible superación de las formas tradicionales de soberanía: la tendencia estatalista-nacionalista, de origen centro-europeo, la cual prospecta la absorción de estados satélites vía la concentración de poder en un centro superior (el Reich alemán) y la liberista-democrática. Gramsci se acerca al tema a través de la lectura de la “Riforma sociale”, donde Einaudi, más que entrar en polémica con el frente estatalista, había ido presentando una serie de artículos y reflexiones de historiadores británicos y estadounidenses, quienes sostenían una posible evolución del Commonwealth, y, más en general, de los países anglófonos, hacia una forma superior de organización estatal. En específico, mientras valorizaba el programa liberista de Wilson,

Einaudi mantenía, respecto a la Sociedad de las Naciones, una posición crítica, evidenciando como ésta no pudiera considerarse un super-Estado por fundamentarse, en calidad de acuerdo, en una visión contractualista del poder, y a la cual el liberista contraponía la tesis de un desarrollo económico y civil que habría, a largo plazo, empujado por el abandono de toda concepción absoluta e ilimitada de soberanía. Gramsci, que de la lectura de Einaudi retoma la atención al capitalismo anglosajón, ignora, inicialmente, la distinción conceptual del liberista entre super-Estado y Sociedad de las Naciones (de hecho, lo vemos utilizar ambos términos en el pasaje citado). Aquello que le interesa es la proyección del debate sobre el Estado más allá del marco nacional. Cfr. Rapone, *ibidem*, pp. 238-39.

<sup>1409</sup> Gramsci, *La nuova religione dell'umanità*, en “Il Grido del popolo”, 13 julio 1913, NM pp. 172-77. Las cursivas son mías.

*económica*- del mundo anglosajón: también Europa central deberá bajar la cabeza y sujetarse”<sup>1410</sup>

Particularmente impactante es ver cómo, en el momento en el cual Estados Unidos entra en su horizonte, Gramsci enfoque el método de producción como modo de vida, el nexo entre procesos productivos e ideológicos y, aún a un nivel embrionario, sin lograr madurar un cuadro orgánico, busque construir una interrelación tripartita entre la fuerza propulsora del capitalismo estadounidense, su impactos en Europa y el proyecto revolucionario socialista abierto en Rusia.<sup>1411</sup> Mientras sitúa en su centro la relación de fuerzas en su máximo despliegue entre los dos polos que se contienden la dirección de la historia mundial,<sup>1412</sup> inmediato es el prestar atención a lo que solo mucho más adelante nombrará Americanismo, o sea, a la dimensión cultural del capitalismo de avanzada, en búsqueda tanto de su historicización,<sup>1413</sup> así como de su interrelación con la cultura europea.

Dirigiéndose a las reacciones de las sociedades civiles europeas “al movimiento *ideal* promovido por la propaganda de Wilson”, el ideal, para Gramsci, como vimos ser el caso del fenómeno nacionalista, no debe ser considerado en su dimensión doctrinaria, sino como forma práctica, y, en cuanto vía de acceso a la comprensión de una forma social en su especificidad, determinación histórica.

“En el beato país de Utopia, el ‘hermoso sueño’ (como suele decirse) de los Estados Unidos de Europa y del Mundo ha tenido, en todos los tiempos, derecho de ciudadanía y de libre circulación. [...] el ‘hermoso sueño’ vuelve ahora a presentarse: ha mudado de nombre, se llama la ‘Liga de las Naciones’ [...] ¿Que no se trate ya del ‘hermoso sueño’, que de verdad un núcleo de realidad sea escondido en esta renovada fórmula? La vieja concepción, que podemos llamar latina, la concepción victorhughiana, humanitaria, masónica era, y es, una abstracción arbitraria, anti-histórica [...] no expresa una corriente económico-social, así como ésta la hace propia; permanece como pura ideología [...] Empero, en el mundo anglosajón, la ideología se presenta bajo otro ropaje y con bien otras garantías de seriedad y concreción.”<sup>1414</sup>

---

<sup>1410</sup> Gramsci, *La Liga de las Naciones*. Las cursivas son mías.

<sup>1411</sup> Desde allí la importancia, en el estudio de Gramsci de la madurez, de enfocar por qué, y con cuáles cambios, Gramsci regrese a un cuadro teórico abierto en su juventud, es decir, a la contradicción entre la dimensión transnacional de los procesos económicos y la organización nacional de la política, para interpretar todo otro contexto histórico, como será aquello que vimos fundamentar la elaboración conceptual de los *Cuadernos*: la consolidación del fascismo y la entrada del movimiento comunista internacional en el tercer periodo.

<sup>1412</sup> “Los Estados Unidos son una grande fuerza en la historia moderna del mundo, después de Rusia, son tal vez la más grande fuerza de la historia moderna del mundo, Lenin y Wilson son los dos genios políticos que la guerra ha puesto en primera línea, sobre la

persona y la obra de los cuales se fija la atención de la mejor parte, respetivamente, del proletariado y de la burguesía del mundo.” Gramsci, *Le opere e i giorni*, en “Avanti!”, 5 julio 1918, NM pp. 157.

<sup>1413</sup> “Los Estados Unidos han progresado porque el capitalismo ha sido verdaderamente tal, y ha explicitado su función integralmente. El proletariado no ha hecho lo mismo. Y hay una explicación por ambos hechos. El capitalismo ha nacido inmediatamente como tal, la sociedad americana ha nacido como capitalista, sin pasado, sin tradiciones feudales. No tenía que superar otras trabas de las que nacen de su propia acción. El proletariado ha sufrido por este *hacerse sin pasado*”. Gramsci, *Le opere e i giorni*. Las cursivas son de Gramsci.

<sup>1414</sup> Gramsci, *La lega delle Nazioni*.

Diferenciando entre el coro de aprobaciones que la propuesta de Wilson va generando en Europa,<sup>1415</sup> el Gramsci anti-masónico y anti-jacobino re-emerge ahora como distinción entre el ideal hecho propio por una fuerza histórico-social, la burguesía “de los grandes Estados anglosajones, liberistas y liberales” que proyecta su ulterior desarrollo a nivel mundial y, el tipo de sostén ideal, utópico, de un cosmopolitismo demócrata que “no hunde sus raíces en ninguna fracción de clase, económicamente y socialmente viva”, tratándose de países, las proteccionistas Francia e Italia, donde “no es una clase que detiene el poder, sino son pequeños grupos políticos, representantes de especulación más que de vigorosa y potente economía burguesa”.<sup>1416</sup>

Quisiera subrayar que en estas reflexiones emerge el realismo histórico de Gramsci, así como éste desemboca, nuevamente, hacia conclusiones políticas contrapuestas a las de Croce.<sup>1417</sup> Mientras, en el filósofo, la historia mundial como permanente devenir de equilibrios y desequilibrios, cuyo resorte es la lucha política entre los Estados nacionales, admite como dimensión sobre-estatal el ámbito exclusivo de la cultura, transmitiendo un sentido político de conservación, de inmutabilidad, en Gramsci, el liberalismo como expresión política de las formas sociales capitalistas más avanzadas historiciza la nación en una forma de vida asociada así como ésta tiende hacia delimitaciones territoriales siempre más amplias. Lo que emerge en primer plano es aquella que vimos ser, al inicio de esta labor, la visión histórica del Marx del *Manifiesto*.<sup>1418</sup> Una tendencia inexorable

---

<sup>1415</sup> Y también entre las reacciones de la burguesía liberal-democrática, y las de las masas. En particular, Gramsci muestra una particular agudeza y sensibilidad en aislar las razones del impacto del wilsonismo entre el “pueblo menudo”, en el contexto de la participación de las masas campesinas a la guerra y la centralidad de la cuestión migratoria. “Para el pueblo menudo italiano, conformado por campesinos patriarcales y obreros no alineados en la lucha de clase porque no están asalariados por la grande industria, Wilson representa el símbolo viviente de la América, de la riqueza, de las posibilidades de trabajo libre y de fortuna que América encarna en el espíritu del pueblo italiano, constituido por individuos que ya emigraron una vez, o que ven en la emigración la solución de sus problemas. La intervención de los Estados Unidos en guerra, reforzando los espíritus despavoridos y deprimidos después de Caporetto, ha tenido una eficacia incomprensible solo para quien no ha vivido nunca entre los campesinos y no recuerda la seriedad, la mesiánica esperanza, que un futuro emigrante manifiesta contestando a cualquiera objeción se le mueva con su repetir insistentemente “la América es siempre la América”. Gramsci, *Wilson e i socialisti*, en “Il Grido del popolo”, 12 octubre 1918. NM pp. 313-17.

<sup>1416</sup> Gramsci, *La lega delle Nazioni*.

<sup>1417</sup> El juicio de Croce frente al emerger de la Liga de las Naciones, fiel a la “clásica serenidad del hombre de cultura”, optaba por la ambigüedad. Apelando a la inevitabilidad de las relaciones de fuerzas entre los Estados como realismo histórico, dada la historia como un continuo re-hacerse de equilibrios entre las inexhaustible variedad de las diferencias, en este caso entre los pueblos: “La Sociedad de las naciones es propuesta en forma de conceptos y teorías [...] contradictorios y vacuos [...] como saben no amo las previsiones [...] lo que tenemos es una oscura gestación que podría producir o una creatura hermosa y serena como un dios, o un muestro espantoso del cual tendríamos que defendernos”. Croce, *La “Società delle nazioni”*, 17 enero 1919, en Id. *Pagine sulla Guerra*, Bari: Laterza, 1928, pp. 290-94.

<sup>1418</sup> “La economía burguesa en un primer momento ha disuelto las pequeñas nacionalidades, las pequeñas agrupaciones feudales: ha liberado los mercados internos de todas las trabas mercantiles que encepaban los tráficos, que impedían a la producción de transformarse y de expandirse. La economía burguesa ha así suscitado las grandes naciones modernas. En los países anglosajones ha ido más allá [...] ha descentrados los Estados, los ha desburocratizados: la producción, no insidiada continuamente de fuerzas no económicas, se ha desarrollado con un respiro de amplitud mundial.” Gramsci, *La liga delle nazioni*.

del capital hacia la unificación económica del mundo, vía la superación de todo límite político preestablecido, donde la negación de la nación, la dimensión ideológica del Estado, como principio abstracto es paralela a la necesidad de un internacionalismo concreto, construido políticamente.<sup>1419</sup> Para Gramsci el nuevo internacionalismo obrero y el cosmopolitismo burgués, expresan, ambos, el pleno despliegue político de una sola relación social antagónica, el capital, cuyo devenir rompe inexorablemente las barreras ideológicas nacionales.

En un inicio, lo vemos presentar las dos fuerzas políticas como igualmente capaces de contenderse la dirección del movimiento histórico-social:

“En la agitación ideal provocada por la guerra, dos fuerzas nuevas se han revelado: el presidente Wilson, los maximalistas rusos. Ellos representan el extremo anillo lógico de las ideologías burguesas y proletarias”.<sup>1420</sup>

Nos encontramos en marzo del 1918. Con el acercarse de la guerra a su fase conclusiva, su preocupación mueve hacia esclarecer y enfatizar con siempre mayor insistencia como el reconocimiento de la burguesía en su fracción progresiva, precisamente en cuanto identificación del adversario real con el cual medirse, conlleva excluir toda posibilidad de convergencia político-programática. Esquivando cualquier malentendido respecto a un “Programa de paz socialista”, recordando como el partido socialista no es un partido en el sentido clásico de la palabra, sino el “anti-Estado”, Gramsci exhorta a distinguir entre la presión que el movimiento socialista puede ejercitar solo “cuanto más estrechos sean los vínculos de solidaridad proletaria” para que se afirmen, de la burguesía, las tendencias útiles “para los fines de la revolución social, *porque garantía de producción sin crisis demasiados sensibles*”, y el adoptar su patrimonio ideológico como el propio, ignorando que:

---

Cfr. también, Id. *Le vie della divina provvidenza*, en “Avanti”, 21 octubre 1918, NM pp. 363-65. “La concepción del mundo implícita en los mensajes del presidente americano y en el proyecto de la Liga de las Naciones representa el modo de convivencia internacional, en régimen de propiedad privada y de producción capitalista, más perfecto que se pueda alcanzar. Es la concepción presupuesta por la doctrina marxista para el advenimiento de la Internacional socialista. La idea de la Internacional maduró críticamente en el pensamiento de Marx en aquel periodo de la historia inglés en la cual la propaganda para el libre cambio tuvo caracteres de altísima nobleza y se coordinaba con una *visión de las relaciones internacionales esencialmente pacíficas* [...] Marx elaboró estas tendencias de la civilización capitalista, reconoció que eran esenciales en la historia y construyó la ideología

de la Internacional obrera, hacia la cual conducían necesariamente las fuerzas del capitalismo, económicas y morales”. Gramsci, *Wilson e i socialisti*, en “Il Grido del popolo”, 12 octubre 1918, NM pp. 313-17. Las cursivas son mías.

<sup>1419</sup> Vimos, en el primer capítulo, como para el Marx y Engels del 1848, la lucha internacional por la “conquista” de la democracia política constituía el plano de la conjugación posible entre cuestión social y nacional, así como estas dividían el movimiento obrero de su propia época. Veremos en breve como Gramsci transita, con el movimiento de los consejos de fábrica, del anti-jacobinismo juvenil hacia una concepción positiva de la democracia, elaborándola como superación de la forma parlamentaria.

<sup>1420</sup> Gramsci, *Wilson e i massimalisti russi*.



“La liga de las Naciones es un plano de reconstrucción internacional burguesa. No es nada de diferente, en substancia, de lo que actualmente existe: es su corrección, no su subversión [...] es una *organización internacional* más útil capitalistamente, porque substraer los Estados de la influencia de algunas fracciones burguesas que, en determinados momentos, encuentran útil la guerra, aun si, en esos momentos, esa es dañina por otras fracciones burguesas y por su ímpetu productivo. La Liga de las Naciones *es un reconocimiento jurídico*, armado de sanciones, de las interdependencias capitalistas surgidas entre los varios mercados nacionales, cuyos intereses tienden a prevalecer y quieren ser tutelados por el Estado [...] es esencialmente burguesa y solo los burgueses son capaces de desarrollarla y conferirle eficiencia económica, según la lógica de sus intereses y finalidades. Una colaboración de los proletarios llevaría solo a una confusión, a una pérdida de valores. *Los proletarios tienen como fin la Internacional, éste solamente deben perseguir.*”<sup>1421</sup>

Resaltando la autonomía ideológica, la no subalternidad, de la Internacional obrera al proyecto de organización internacional de la burguesía, Gramsci hace depender de la intransigencia socialista la marginación, al interior de cada contexto nacional, de las fracciones nacionalistas y proteccionistas, y, enfatizando como la Liga de las Naciones constituye solo un acuerdo entre Estados -o sea, mantiene la separación formal, abstracta, entre lo político y lo social- sitúa como reto del internacionalismo proletario el avanzar *su* solución a un problema histórico. En el curso de los meses, preocupado con la fascinación ejercitada por el wilsonismo no solo entre las masas populares, sino entre “muchísimos socialistas, aun entre los compañeros” y, enfatizando el caso francés, en cuanto “ilusión anti-socialista en la cual han caído enteros partidos”, lo juzga un fenómeno aún más peligroso que el social nacionalismo, “porque coloca afuera del Estado, en el cual se obra y se ejercita el propio poder”, la capacidad de “irradiación” ideológica de la burguesía. Aun sin abandonar el juicio respecto al carácter progresivo del liberalismo, su interpretación del capital en su fase más avanzada se precisa como profundización, en lugar que atenuación, de la contradicción entre el plano internacional de la economía y el nacional de la política.

“Su instauración significa advenimiento *de una forma de convivencia internacional en régimen de propiedad privada, para la cual las competencias por la conquista económica de los mercados a la producción de los organismos industriales burgueses pueden adquirir un respiro más amplio,*

---

<sup>1421</sup> Gramsci, *Programma socialista di pace?*, en “Il Grido del popolo”, 2 marzo 1918. CF pp. 694-97. Las cursivas son mías. El contexto polémico del artículo es la participación, hacia finales de febrero, del Psi, del Partido socialista reformista y de la CGdL, a la cuarta de las conferencias de los partidos y movimientos obreros socialistas de los países aliados, cuyo fin era restablecer las relaciones en vista de la reconstrucción de la Internacional, y en el curso de la cual había sido aprobado un memorándum (con el voto contrario, por intervención de Serrati, de la delegación italiana) en el cual se sostenía explícitamente que las Sociedades de

las Naciones constituía el eje de la paz y el orden mundial de la posguerra. Cfr. nota 1, CF p. 697. Cfr. también: “Ninguna subordinación de los ideales socialistas a las concepciones -aunque sublimes en comparación de las contingencias actuales, aun representen la madurez del desarrollo capitalista- de los representantes de la burguesía. La Liga de las Naciones debe ser evaluada por los socialistas subordinadamente a la Internacional proletaria: su instauración, por lo que concierne el valor concreto que la iniciativa puede tener, es tarea exclusiva de la clase burguesa.” Gramsci, *Wilson e i socialisti*.

de vastedad mundial, *con el enardecimiento despiadado de la lucha de clase*. Ella no es el paraíso idílico de los pueblos; es el ambiente de feroces antagonismos, *de choques colosales entre las fuerzas organizadas a la perfección por el capitalismo*, en las cuales el proletariado no encontrará más que sufrimientos y humillaciones. (Nosotros socialistas saludamos su advenimiento, porque eso es prueba de la vitalidad de nuestras doctrinas, saludamos el advenimiento por el desencadenarse que aquello signa de las energías revolucionarias *anticipadoras de la catástrofe dialéctica* e histórica del régimen, empero no le subordinamos nuestro ideal de la Internacional proletaria”<sup>1422</sup>

Vemos aparecer por primera vez el término “catástrofe”. Mientras, Wilson, en EE.UU., Salvemini, Einaudi en Italia, son tachados de socialistas, hasta de bolcheviques,<sup>1423</sup> en la últimas semanas del “Grido del popolo”, y de la guerra, “su único redactor”<sup>1424</sup> combina el esfuerzo de precisar la distancia entre internacionalismo socialista y cosmopolitismo burgués, regresando a los límites liberales del Estado italiano. Si por un lado enfatiza la necesidad de promover la acción parlamentaria, no obstante su valor y eficiencia limitados, en un país donde “existe el Parlamento, no existe el régimen parlamentario”,<sup>1425</sup> Gramsci a tacha la prensa liberal de esconder atrás del apoyo al wilsonismo: la “necesidad nacional de la expansión colonial primero mediterránea, luego mundial” de esta “nueva burguesía italiana, desprejuiciada, ávida de enriquecimiento”.<sup>1426</sup> Por primera vez, mueve del sostener los límites liberal-democráticos del Estado italiano, hacia la ilusión de soberanía democrático-popular implícita en el parlamentarismo, tachado de “dictadura democrática”.<sup>1427</sup> Emergen, en fin, los primeros artículos en los cuales empuja hacia adelante la intransigencia socialista, hasta llegar a indicar como programa máximo el “estar preparados para todo: a conquistar el poder político si el liberalismo no logrará recomponer los pedazos que a breve plazo se verificarán”.<sup>1428</sup>

Son los primeros pasos hacia la apertura, en su perspectiva, de la actualidad, también para Italia, de la revolución socialista; al mismo tiempo, cabe subrayar, Gramsci no deja nunca, aun en los últimos meses del 1918, de acentuar en el carácter progresivo, y necesario, de la lucha socialista por el liberismo económico.<sup>1429</sup> Lo que va mutando es su juicio respecto

---

<sup>1422</sup> Gramsci, *Wilson e i socialisti*. Las cursivas son mías.

<sup>1423</sup> Gramsci, *Semplici riflessioni*, en “Avanti!”, 19 noviembre 1918. NM pp. 409-12.

<sup>1424</sup> Cfr. el ya citado, Gramsci, *Il Grido del popolo*.

<sup>1425</sup> Gramsci, *A proposito del discorso di Orlando*, en “Il Grido del popolo”, 12 octubre 1918. NM pp. 322-23.

<sup>1426</sup> Gramsci, *Il programma di Wilson*, en “Il Grido del popolo”, 19 octubre 1918, NM pp. 357-58.

<sup>1427</sup> Gramsci, *La dittatura democratica*, en “Il Grido del popolo”, 19 octubre 1918. NM pp. 342-43.

<sup>1428</sup> Gramsci, *Semplici riflessioni*.

<sup>1429</sup> “Los socialistas son hoy libre-cambistas porque su doctrina reconoce que en el desarrollo progresivo de la

sociedad capitalista el libre cambio es una fuerza que revoluciona las formas anticuadas de producción y de intercambio y que determina formas políticas más idóneas al desarrollo de su poder: sin la libertad económica, la libertad política es una trampa giolittiana, no es una realidad. Los socialistas son liberistas porque poseen un programa mínimo, porque siguen los métodos de lucha de la democracia social y no son terroristas. Empero, distinguen en su programa entre lo contingente y lo maximalista y si con el contingente alimentan la batalla cotidiana de cada instante, es sobre el maximalista que insisten especialmente [...] Nosotros socialistas que hemos popularizado Norman Angell, el asertor inglés de la ideología wilsoniana, en cuanto esa representa un

a la *forma* de proyección internacional de la burguesía, paralelamente a las preocupaciones políticas con la cual va siguiendo la evolución de la situación italiana. Su análisis de la crisis es organizado alrededor de dos elementos claves: la constante atención, por un lado, al horizonte de las masas y a las mutaciones de las conductas populares -“ masas desorientadas en el caos de las ideas y de las situaciones que experimentan por primera vez”<sup>1430</sup>y, por el otro, a las inconsistencias y luchas internas que ve emerger en el bloque dominante. Respecto a las premisas conceptuales, lo vemos retomar *el* tema de la “Revolución contra el capital”, y llevar a un ulterior nivel de elaboración la cuestión de la correspondencia entre desarrollo capitalista y madurez revolucionaria, que, como vimos, ha elaborado refutando una concepción lineal de la causalidad.

Regresando a la guerra como, recordemos, “hecho económico”, Gramsci la enfoca, coherentemente con lo que ha ido avanzando respecto a la Revolución rusa, como configuración de una nueva relación entre masas y poder político. La guerra no aparece nunca, en los escritos del periodo, como ocasión revolucionaria, sino como una profunda transformación de la sociedad a través de un acto de voluntad, el de la burguesía, arbitrario porque asociado a un poder coercitivo, donde no solo la guerra es rechazada como fatalidad, sino ahora la arbitrariedad es de la “violencia connatural” al capitalismo. Al mismo tiempo, el acento permanece constante en la entrada de las masas en la vida histórica debido a “el incremento industrial [que] se convirtió en milagroso con una tal saturación de violencia de clase”, volviendo transparente el carácter político del capital, su articulación necesaria con el Estado.<sup>1431</sup> Un Estado del cual Gramsci enfoca, con siempre mayor insistencia, la ampliación *en* la sociedad.

“Cuatro años de guerra combatida ‘capitalistamente’, y, es decir, difundiendo y utilizando en gran escala todos los más perfectos instrumentos de la técnica industrial, *han determinado la actual crisis de las innumerables conciencias de las masas populares*. En cuatro años de guerra se ha realizado el máximo de concentración de las fuerzas productivas nacionales: el Estado se ha vuelto *el gestor directo de la Sociedad*, se ha vuelto el único empresario del trabajo nacional, en las oficinas, en los campos, en las trincheras; y a esta concentración en los campos, en las trincheras, y a esta concentración ‘industrial’, ha correspondido una concentración humana inaudita. Por cuatro años los hombres han sido amasados en las trincheras y en las oficinas, sometidos a una disciplina férrea, sometido a una explotación que podía significar la muerte sesenta veces cada minuto. Empero, este proceso de concentración del trabajo y de los hombres *no ha sido un proceso de desarrollo histórico normal; ha sido un artificio, un acto arbitrario: el*

---

momento necesario del espíritu humano social, observamos hoy con mucha atención este difundirse irresistible de la ideología liberal demócrata, de la cual el socialismo es la crítica [...]” Gramsci, *Semplici riflessioni*.

<sup>1430</sup> Gramsci, *ibidem*.

<sup>1431</sup> Gramsci, *Anche a Torino*, en “Avanti!”, ed. piemontesa, 5 diciembre 1918. NM pp. 428-30.

concepto de madurez revolucionaria se forma bien diversamente en la doctrina del materialismo histórico. Así objetan los ‘científicos’ del socialismo. Y es ciertamente así. Empero: artificio o menos, arbitrio o menos, la causa ha provocado su efecto, y éste subsiste indiscutiblemente.<sup>1432</sup>

Ahora a la guía de la edición piemontesa del “Avanti!”, Gramsci presenta el Estado, así como ha ido, y sigue, ampliándose en la sociedad, es decir, como la misma sociedad, así como ésta amplía su potencial capacidad de autodeterminación, vía la emersión de sectores populares ideológicamente dispuestos a la acción política. Una masa sublevada y, empero, todavía dispersa, desagregada. Un cambio dramático porque, todavía, “molecular”:

“No necesitamos extender programas, prospectar razones, desenredar la madeja de las causas históricas [...] *la sociedad se ha ampliado*; una enorme cantidad de individuos nuevos, ayer ausentes, solitarios, insensibles a los cansados estímulos de la sociabilidad, se ha insertado en la historia [...] La guerra ha ampliado la sociedad, no ha empero cambiado el orden de las relaciones sociales [...] *exterminado es el número de los ausentes de ayer y hoy presentes que presionan sobre el Estado de clase* y esperan la composición de innumerables conflictos y esperan la satisfacción de las inauditas necesidades nacidas de la vivacidad del nuevo espíritu social [...]”<sup>1433</sup>

Su atención se dirige a lo que percibe ser un cambio histórico de vasta escala, enfocando, en particular, los países donde, con el fin de la guerra, emergen luchas democráticas por iniciativa de masa:

“El proletariado se ha convertido en protagonista de la historia mundial: es éste el drama de la conciencia social contemporánea, es el hecho más imponente y más rico de consecuencias para el futuro. El estado de guerra ha puesto en movimiento *toda la compagine social, también entre los estratos sociales más atrasados culturalmente y espiritualmente*: los inmensos sacrificios demandados, los dolores inenarrables padecidos, han conferido capacidad política a todos los individuos de la sociedad: *todos quieren participar en la historia*, quieren ser dueños de los propios destinos, tener la facultad de auto decidir de la propia suerte y de aquella del mundo”.<sup>1434</sup>

Por un lado, lo vemos resaltar constantemente la aceleración del desarrollo capitalista, así como ésta, acontecida en el cuadro de la movilización bélica, ha mutado las conciencias de las masas en sentido progresivo, volviéndolas políticamente activas; por el otro emerge la profunda inquietud de Gramsci respecto a la inmadurez de lo que es todavía una multitud. Una inmadurez de las masas no simplemente “para” el socialismo, sino en

---

<sup>1432</sup> Gramsci, *Il popolo e Wilson*, en “Avanti!”, 7 enero 1919. NM pp 484-87. Las cursivas son mías.

<sup>1433</sup> Gramsci, *Anche a Torino*. Las cursivas son mías.

<sup>1434</sup> El contexto del artículo es la crisis institucional y social que atraviesa los imperios multinacionales, en relación a la cual, construyendo un paralelismo con el cuarenta y ocho europeo, Gramsci enfatiza la voluntad por parte de la clase dirigente italiana (y en general de la Intesa) de evitar la confrontación directa con

Austria-Hungría respecto a las cuestiones de las nacionalidades, prefiriendo una solución de compromiso (la paz separada con Bulgaria) a una liberal democrática, sabiendo que “el problema de las nacionalidades sería inmediatamente sustituido por el problema de clase”, y así retardando el fin de la guerra. Gramsci, *La paura della rivoluzione*, en “Il Grido del popolo”, 5 octubre 1918. NM pp. 303-06. Las cursivas son mías.

cuanto “no se ha constituido en el pueblo una unidad moral, una unidad social”, una “voluntad clara y concreta” capaz de reconocerse en “un programa general permanente y articulado coherentemente”,<sup>1435</sup> condición imprescindible para asumir la responsabilidad del poder:

“Es un fenómeno grandioso y aterrador al mismo tiempo, porque ciertamente la mayoría de los hombres no ha alcanzado la conciencia de la propia responsabilidad social, no posee aquél nivel de sensibilidad política y económica para asumir la gestión de las cuestiones colectivas.”<sup>1436</sup>

La de Gramsci es una visión, de la crisis, orgánica: una individuación de la ruptura no sólo de un orden político, sino ético-político, paralelamente a la emersión en la vida política de un pueblo que todavía no expresa la capacidad de ordenarse, de direccionarse a sí mismo, sino “energías sociales” que todavía no han encontrado un encuadramiento, un asentamiento ideológico.

“Las conciencias están en crisis, la atención ha sido violentamente atraída a la reflexión política, los individuos, los más toscos y los más inmaduro históricamente, se han vuelto inquietos, aspiran a nuevas cosas, son turbados, ya no confían de un orden social que de repente ha sorprendido su ingenuidad, su inocencia y los ha arrollado en un torbellino violento de hambre y de sangre [...] *la crisis moral* es tan caótica, reina tanta confusión en los espíritus y las voluntades y el momento que travesamos es tan oscuro y preñado de responsabilidades terribles.”<sup>1437</sup>

Obviamente, en Gramsci, el acento no es nunca el elitista del pavor a las multitudes, sino el anti-dogmático del sentido político de la responsabilidad social. La crisis del Estado liberal italiano es enfocada como resultado de la misma inmadurez democrática de la lucha política de clase, donde la separación histórica de la burguesía liberal y la relación que el socialismo político entretuvo con el mundo popular conformaron las dos caras de una misma medalla. En fin, es una crisis general de mediaciones lo que vuelve al centro de su reflexión, razón por la cual Gramsci enfoca la fascinación del pueblo con Wilson como una concepción todavía carismática del poder, la de “multitudes que quieren el poder, todo el poder, sin intermediarios, sin mecanismos representativos complicados y fundamentado en la confianza ciega e indefinida”.<sup>1438</sup> Un escenario en el cual ve sí una ocasión histórica para la revolución socialista, y a partir de la cual, empero, enfatiza, y con siempre mayor insistencia: el “deber ser fuertes”.<sup>1439</sup>

---

<sup>1435</sup> Gramsci, *Il popolo e Wilson*.

<sup>1436</sup> Gramsci, *La paura della rivoluzione*.

<sup>1437</sup> Gramsci, *Il popolo e Wilson*. Las cursivas son mías.

<sup>1438</sup> Gramsci, *Il popolo e Wilson*.

<sup>1439</sup> Gramsci, *Il Dovero di essere forti*, en “Avanti!” 27 noviembre 1918. NM pp. 415-17.

No solo, paralelamente a “maestranzas colosales improvisadas” ha surgido “una conciencia nueva, de clase, y no solo en la oficina, sino también en la trinchera”; no solo “es materia en bruto aun no moldeada”, sino lo es, y lo será con siempre mayor preocupación por parte de Gramsci, dada la falta de preparación en las organizaciones tradicionales del movimiento obrero y socialista, el partido y el sindicato, para construir una subjetividad política colectiva. Tarea que, enfatiza, conlleva superar una política de prestigio “sobre las masas”, la propia de un estado de rebelión instintiva que caracteriza la historia de un Estado despótico y opresor, la historia, italiana, de un capitalismo incipiente. Si el deber “más urgente es aquel de ser fuerte, de reagrupar alrededor de los núcleos ya existentes de organización política y económica a todos los ciudadanos que están con nosotros, que aceptan nuestros programas”, porque “solo en la organización política y económica está la vía de la salud individual y social”, para Gramsci, el límite, históricamente determinado, del socialismo italiano ha sido, y todavía es, “la incapacidad consecuente *de suscitar organismos que recogieran permanentemente a las grandes masas*”.<sup>1440</sup>

Lo vemos acentuar una situación potencialmente revolucionaria sin relación directa, inmediata, con la intensidad y el nivel del desarrollo capitalista y, si por un lado vuelve constantemente la objeción de Gramsci al determinismo histórico de los “científicos” del socialismo”, por el otro, aquella que, desde la *Revolución contra el capital*, ha sido la transición al socialismo como un orden que emerge gradualmente de un estado general de dispersión y desagregación, ahora es la historia para Gramsci que “cumple saltos” dramáticos, una historia que, precisamente porque la salida democrática ya no es posible, conlleva una enorme responsabilidad por parte de los revolucionarios:

“El carácter dramático deriva del ser este estado de ánimo especialmente generalizado en los países más atrasados democráticamente (es decir capitalistamente), del incumbir *el espectro del comunismo sobre aquellas compagines políticas en las cuales la burguesía no ha todavía logrado imponer su dominio, y el Estado queda todavía a la merced de energías feudales, burocráticas, nobiliarias, terreras [...]* Las burguesías han ido demasiado lejos en su experiencia de guerra, determinando efectos ya inquebrantables en la masa popular, suscitando la vida histórica, la autonomía política aun en los estratos más atrasados [...] Por el solo hecho que han sido puestos, determinados problemas no pueden más que tener una sola solución [...] El pasaje al Estado democrático capitalista se vuelve siempre más aleatorio e improbable: *la historia cumple saltos*, aun dados los esfuerzos de los burgueses, a los cuales se han unidos los socialistas mayoritarios colaboracionistas, los cuales tal vez aún más de los burgueses le tienen miedo a la revolución proletaria, por *el enorme cargo de responsabilidad que ésta lleva consigo para los socialistas*”<sup>1441</sup>

---

<sup>1440</sup>Gramsci, *Il Dovero di essere forti*.

<sup>1441</sup> Gramsci, *La paura della rivoluzione*. Las cursivas son mías

Relativamente al análisis del bloque dominante, como ya mencioné, el juicio de Gramsci oscila continuamente. En la fase conclusiva del conflicto, lo vemos prever el perfilarse “para la posguerra, de una formidable lucha entre las grandes fracciones burguesas italianas.”<sup>1442</sup> Este poner en primer plano la presencia de fuertes contrastes al interior del bloque en el poder, demuestra como Gramsci ve en la crisis la ocasión, para los socialistas, de imprimir la propia dirección al movimiento, pero también, como percibe en la revolución socialista, todavía, una posibilidad, algo que aún no ocupa el rol de factor determinante de la coyuntura política.<sup>1443</sup>

Aquello que resulta del todo ausente, en su horizonte, es una posible recomposición de la crisis por vía reaccionaria. Desde las primeras manifestaciones “subversivas” del movimiento de ex combatientes, los “*Arditi*”, y de las franjas que, principalmente compuestas de oficiales y sectores medios, van asumiendo un neto carácter anti-socialista y anti-obrero, hasta la violencias más sistemáticas de “los fachos de combate”, Gramsci se limita a asociar el fenómeno a un proceso de descomposición del Estado liberal italiano.<sup>1444</sup> Los orígenes movimentistas del fascismo son elaborados como meras expresiones ideológicas sin arraigo en una base social real, a excepción de sectores medios parasitarios que han traído beneficio de la guerra, “almas llenas de espasmos, en la angustia de la propia debilidad”, de los cuales ha surgido un “empuje demagógico” sin capacidad expansiva de masa;<sup>1445</sup> una mera reacción, en fin, a la capacidad organizativa del socialismo, la propia de fuerzas “seudo políticas, que no poseen intereses y fines vitales y permanentes para defender y propugnar”.<sup>1446</sup>

---

<sup>1442</sup> Gramsci, *Uomini idee giornali e quaderni*, en “Avanti!”, 24 octubre 1918, edición piemontesa, SG pp. 329-33. Su atención se dirige hacia aquella que considera la pérdida de fuerza del nacionalismo corporativista como mediación ideológica, por la tendencia de una fracción, “las jóvenes energías capitalista formadas con mil dificultades debajo del régimen proteccionista”, o sea, la industria mecánica turinés, a romper con el bloque siderúrgico, acercándose a los intereses de los pequeños agricultores, la base del meridionalismo liberal democrático, históricamente golpeada por las políticas aduanales, desde los tiempos de la expansión Piemontesa y, durante la historia unitaria, por la continuidad de políticas industriales proteccionistas. Gramsci enfoca la mediación ejercitada por los sectores industriales liberales durante un convenio entre agricultores y siderúrgicos, así como la llegada de un liberal al órgano tradicional de los industriales turineses, “La Gazzetta di Torino”, como signos, aunque inciertos, de una posible evolución progresista del capitalismo italiano, en la medida en que: “Los siderúrgicos son devaluados, también políticamente:

un regreso de su Giolitti es siempre más improbable, y, si aún aconteciera, encontraría las condiciones del poder mutadas grandemente”. Dado lo que vimos ser el giolittismo como negación del liberalismo, en esta ocasión Gramsci considera como única salida abierta a la burguesía, la liberal democrática por vía de los acuerdos parlamentarios. Gramsci, *Dopo il congresso*, y *Semplici riflessioni*.

<sup>1443</sup> Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, pp. 385-7.

<sup>1444</sup> Gramsci, *Demagogia*, en “Avanti!”, 14 noviembre 1918, NM pp. 397-99 e Id. *Ritorno alla libertà*, en “Avanti!” ed. Piemontesa, 26 junio 1919, ON [1987] pp. 105-108. En ambos artículos, el contexto es aquello de las movilizaciones obreras por la plena reconstitución de las libertades políticas y civiles, prácticamente anuladas por decreto durante la guerra, y durante las cuales se verificaron los primeros enfrentamientos entre socialistas y el fascismo de los orígenes. Cfr. NM n. 1, p. 399.

<sup>1445</sup> Gramsci, *Demagogia*.

<sup>1446</sup> Gramsci, *Ritorno alla libertà*.

La única diferencia es que, si todavía a mitad noviembre del 1918:

“[...] una parte de los capitalistas y de la burguesía [...] quisieran que fuera instaurado una costumbre liberal, de tolerancia civil, para que las luchas políticas y sociales ya no fueran más un choque faccioso y caótico, sino un embate de fuerzas organizadas y conscientes, cada una tendiente a un orden social propio”;<sup>1447</sup>

en diciembre, enfocando Turín, el subversivismo anti-socialista es ahora la expresión de lo que va emergiendo, en la visión de Gramsci, como una imposible recomposición liberal del Estado:

*“La Revolución socialista ha iniciado también en Italia desde cuando el Estado liberal ha demostrado de ser impotente para regular pacíficamente las relaciones entre las clases y los partidos y se ha dejado superar por la demagogia gritona: los mismos burgueses, han empezado a disgregar la sociedad organizada en el Estado liberal, a denegar las leyes que deberían ser su paladio inviolable”*<sup>1448</sup>

Su juicio, empero, continua a oscilar. En este caso, debido al surgimiento de un “grande partido nacional católico”, el popular, por Gramsci reconocido inmediatamente en su carácter de novedad histórica y definido “el hecho más grande la historia italiana después del Risorgimento”.<sup>1449</sup> La decisión de los católicos de constituirse en un partido autónomo es primero enfocada como un proceso de laicización de la sociedad, una de las formas “ideológicas y prácticas” que va asumiendo el desarrollo capitalista en cuanto proceso de “modernización” acelerada por la guerra y participe de la crisis, en proceso, del Estado liberal italiano por sus propios límites histórico. Estado, vimos de compromiso; Estado incapaz de configurarse como *la* unidad politico-ideológico de lo social, donde la transición del anti-clericalismo abstracto hacia una política de pactos con la Iglesia, último de los cuales él Gentiloni, era la expresión, para Gramsci, de la subordinación del liberalismo al catolicismo como fuerza dirigente, ideal “verdaderamente preparado a toda forma de lucha política y de conquista de las conciencias y de las fuerzas sociales”, siendo el único organizado en una estructura jerárquica, la Iglesia, capaz de “saldar la disciplina nacional a través del mito”. Un mito, sin embargo, travesado por las tendencias modernistas, las democráticas, o sea, por el intento de componer, en el ámbito religioso, los conflictos propios de una sociedad de clase. Una democracia, la cristiana, derrotada como reforma del vértice, la Iglesia, y, empero, no como “substancia del fenómeno”, como disolución del catolicismo en cuanto conciencia difundida entre las masas, demostración de la cual es, para Gramsci, la misma constitución del partido político, la

---

<sup>1447</sup> Gramsci, *Demagogia*.

<sup>1448</sup> Gramsci, *Anche a Torino*. Las cursivas son mías.

<sup>1449</sup> Gramsci, *I cattolici italiani*, en “Avanti!” ed. piemontesa, 22 diciembre 1918, NM pp. 455-60.



renuncia de la Iglesia a la universalidad abstracta, a la ecumenicidad, y su entrada directa en el *agon* nacional:

“para volverse *voluntad practica de una particular fracción burguesa*, que se propone, conquistando el gobierno del Estado, además de la conservación de los privilegios generales de la clase, la conservación de los privilegios particulares de sus adherentes”.<sup>1450</sup>

El beneplácito de la Iglesia a la constitución de un partido católico es enfocado como reacción a la difusión de los ideales democráticos del wilsonismo - pugnante entre las masas populares campesinas- en cuanto ideología “anti-católica, anti-jerárquica [...] revolución capitalista demoníaca que el papa ha siempre exorcizado”. La posibilidad, en fin, que, en las elecciones del 1919, el Ppi logre substraer el ejecutivo a la burguesía liberal, laica y conservadora, aun sin conformar un Estado liberal, significa, en la perspectiva de Gramsci, una posible salida a la crisis bajo dirección burguesa, su misma composición como clase general.

En conclusión, a la altura de diciembre del 1918, el juicio respecto al sujeto capaz de dirigir el movimiento histórico permanece abierto. Lo que Gramsci percibe, relativamente a la nación, es una transformación en curso de la relación entre sociedad civil y sociedad política, por iniciativas de sujetos emergentes en campo burgués, así como éstos buscan construir una relación con las masas, e identifica este proceso primero con los nacionalistas, luego con los católicos. Lo único seguro para el joven Gramsci es la crisis del viejo Estado liberal, del giolittismo, paralelamente a la siempre mayor importancia que atribuye, en el plano internacional, a la revolución bolchevique y a sus formas institucionales.

“La clase burguesa está por entrar en un momento de crisis constitucional que proyectará sus efectos en la organización del Estado precisamente cuando el proletariado agrícola y urbano encuentra, *en la idea de los Soviets, el eje de su energía revolucionaria, la idea compaginadora del orden nuevo internacional*”<sup>1451</sup>

Ya no es el Gramsci que, hace pocos meses, presentaba como única alternativa para la burguesía una solución liberal democrática; tampoco es él de la revolución como, todavía, el “problema que la historia pone al movimiento socialista”,<sup>1452</sup> o sea, el “deber prepararse a todo” continuando en la actividad “de organización y educación de las masas”.<sup>1453</sup> Es ya la forma concreta de esta “organización y educación” que conformará, en breve, la

---

<sup>1450</sup> Gramsci, *I cattolici italiani*. Las cursivas son mías.

<sup>1451</sup> Gramsci, *I cattolici italiani*. Las cursivas son mías.

<sup>1452</sup> Gramsci, *Dopo il congresso*.

<sup>1453</sup> Gramsci, *Semplici riflessioni*.

revolución así como ésta “no es un acto taumatúrgico, es un proceso dialéctico de desarrollo histórico”<sup>1454</sup>; la revolución que, según el proceder de las relaciones entre fuerzas:

“segura su ritmo, intensificándolo mano a mano que el Estado se demostrará siempre más incapaz para dominar las fuerzas demoniacas incontrolables desencadenadas por la inmisión en la vida histórica activa de cantidades enormes de individuos sin preparación, entusiastas, aún inconscientes de las necesidades graníticas de la organización colectiva, del método, de la disciplina. Se prepara así inevitablemente el ambiente social en el cual la dictadura del proletariado representará la única solución posible [...] Debemos prepararnos al acontecimiento que brotará de las cosas, irresistible como un fenómeno telúrico: debemos ser fuertes, para volvernos automáticamente *el núcleo originario del orden nuevo.*”<sup>1455</sup>

Es ya la actualidad de una revolución como maduración intelectual y políticas de las fuerzas sociales, a partir de experiencias históricas - “que el proletariado realiza en algunas naciones del mundo” - y así como toma avío *en* el organismo social, el mundo de la producción al cual la política debe necesariamente relacionarse si quiere ser efectiva, haciendo, empero, política de forma nueva. La revolución como *praxis* en y de las masas; como superación de su representación ideal, compartida tanto por la “estéril apelación a la voluntad, al mito nebuloso, a la Morgana falaz” -la política como vanguardia- así como por las aspiraciones mesiánicas de las masas al “individuo nuevo” -la política de la subalternidad. Ni el mito como instrumento de movilización, en un caso, ni como fin abstracto, en el otro, sino el mito para Gramsci como maduración consciente de fines, de voluntad, por parte de las mismas masas articuladas, por iniciativa del partido, en una fuerza permanentemente organizada.

“Aquí el punto: se quiere precisamente que el mito se vuelva fin claro y concreto: que las veleidades innumerables se vuelvan conciencia unitaria, que la multitud de los individuos [...] de las abstracciones y de los deseos indistintos, se vuelva compagine orgánica, sociedad articulada ágilmente de ciudadanos disciplinados por el acoger conscientemente un programa político y económico definitivo.”<sup>1456</sup>

La revolución como *Ordine Nuovo* va emergiendo en el cuadro de un más amplio viraje conceptual, éste mismo relativo al nexo entre el plano nacional de la política y el internacional de la economía. Entre finales del 1918, y los primeros meses del 1919, la constitución de entidades política sobre-nacionales como resultado de la sujeción económica, cede lugar, en el análisis de Gramsci, a la subsunción de la economía mundial a los intereses particulares del bloque anglosajón como diseño político. A partir de este

---

<sup>1454</sup> Gramsci, *Lo sviluppo della rivoluzione* in “L’Ordine Nuovo”, 13 septiembre 1919, ON [1987] p. 203.

<sup>1455</sup> Gramsci, *Anche a Torino*. Las cursivas son mías.

<sup>1456</sup> Gramsci, *Anche a Torino*.

entonces, el liberalismo emerge como una forma práctica, una ideología, falaz en el sentido de inefectiva, incapaz de ejercer una capacidad dirigente entre las fracciones de la burguesía como clase mundial, y entre las masas en el plano nacional.

Ya vimos como en julio del 1918, Gramsci hablara de una paz económica asegurada políticamente por un dominio económico espontáneo en el sentido de inevitable.<sup>1457</sup> En febrero del 1919, en curso las negociaciones entre los ex países beligerantes,<sup>1458</sup> el contraste entre revanchismo nacional francés y equilibrios cosmopolita anglosajón es aparente, para Gramsci, en la misma medida en la cual expresa la (ir)racionalidad del capital en “su fase suprema.”

“En Paris luchan las dos concepciones del armisticio y de la paz: Wilson reduce y subordina a su voluntad, al bloque compacto anglosajón de los Estados Unidos y de Inglaterra, a los menores estados del mundo. El mapa del mundo debe ser el mapa que asegure libertad a los tráficos, que destruya los monopolios comerciales nacionales para abrir todas las puertas a los tráficos internacionales del individuo capitalista *que es cosmopolita*, no es nacional: la Liga de las Naciones es la Cosmopolis capitalista, con ciudadanos de millonarios; la Liga de las Naciones es *la ficción jurídica de una jerarquía internacional de la clase burguesa*, con la preminencia de los anglosajones individualistas sobre los otros burgueses, cuya sociedad es todavía de tipo “familiar”, de la inversión capitalista sobre el ahorro pequeño, de las carteras sobre la calceta de lana” [...] Wilson y Lloyd George han creado *un bloque que subordina a si todo el resto del mundo en una asociación de Estados similares constitucionalmente al Estado burgués, escindido en clase dominante y en clase proletaria, empero con la igualdad ‘jurídica’ para los individuos de las dos clases* [...] Los estados en subordinación [...] buscan resistir desesperadamente [...] En la Conferencia de Paz se desarrolla, en un breve círculo de hombres, *la revolución suprema de la sociedad moderna, la génesis de la unificación capitalista del mundo, disciplinado en una jerarquía de Estados, iguales por ficción jurídica.*”<sup>1459</sup>

El wilsonismo, también como voluntad de potencia, es todavía una fuerza históricamente progresiva en la perspectiva de Gramsci, y, sin embargo, ahora emerge como el universal abstracto predicado en cuanto “ideología necesaria *para camuflar* esta necesidad capitalista”. La “realidad cruda que se ha impuesto con una rapidez desconcertante en el medio de la fraseología democrática” es que “Alemania es necesaria a la vida del mundo más que Francia [...] a los fines del capitalismo mundial”.<sup>1460</sup> El cosmopolitismo liberal consiste en un ordenamiento jerárquico del mundo que se vuelve transparente como tal

<sup>1457</sup> Gramsci, *La Nuova religione dell'umanità*.

<sup>1458</sup> La Conferencia de Paz de Paris, o sea, los contrastes entre Francia y EE.UU. respecto a las condiciones para dictarse a Alemania, según Gramsci: entre la paz militar y la paz económica, entre una Francia que, por sus propias debilidades estructurales, necesita imponer a Alemania la sujeción económica, y los catorce puntos de Wilson sobre la base de los cuales

Alemania, firmando condicionalmente el armisticio, se ha rendido más políticamente que militarmente. Gramsci, *L'armistizio e la pace*, en “Avanti!” ed. piemontesa, 11 febrero 1919, NM 538-41

<sup>1459</sup> Gramsci, *L'armistizio e la pace*. Las cursivas son mías.

<sup>1460</sup> Gramsci, *Vincitori e vinti*, en “Avanti!” ed. piemontesa, 14 febrero del 1919, NM pp. 542-45.

en “las pasiones, los egotismos, los apetitos de las naciones de segundos grados”,<sup>1461</sup> en la fuerza de la “Tigre” Clemenceau, tan abstracta cuanto el “alma cándida” de Wilson, donde, si el realismo histórico pertenece al segundo, al mundo que “se domina con la producción de mercancías, no de palabras”, sus éxitos son, y por primera vez para Gramsci, tan inciertos como aquellos de la Conferencia de paz.

Permanece, insisto, la visión de un desarrollo histórico caracterizado por la permanente proyección de la vida asociada más allá del cuadro del Estado nación. Lo que empero ha mudado, en la visión de Gramsci, es el juicio respecto a cuáles sean, efectivamente, las condiciones garantes de esta proyección. El liberalismo indica ahora la voluntad, el proyecto, de reproducir, en escala ampliada, la separación formal entre lo social y lo político, donde las divisiones entre clases se proyectan como relación de dominio-subordinación económica entre Estados, “iguales por ficción jurídica” y ordenados jerárquicamente en el interés de un centro, así como éste se vuelve transparente como política en el desesperado intento de resistencia de los “Estados en subordinación”, de los cuales Francia es el representante europeo, y en contra del cual Gramsci es impiedoso, presentándola como ejemplo no solo de debilidad económica, sino moral e intelectual, como una civilización, la europea, en decadencia, afuera del ritmo histórico.

El capital en su “una fase suprema” es todavía la política proyectada, como liberalismo, más allá del Estado nación, que, sin embargo, ha quebrado, en la perspectiva de Gramsci, como efectividad ideológica.<sup>1462</sup> A diferencia de un año atrás, cuando el cosmopolitismo burgués era el otro polo de una relación de fuerzas con el internacionalismo obrero, ahora asume los rasgos de una *praxis* transeúnte y próxima a ser abrumada por la historia, junto con aquellas formas contractualistas que parecen resolver batallas sociales reales, y, en realidad, avanzan hacia su reproducción ampliada:

“Los estadistas de la Conferencia de París son cadáveres vivientes: quedan afuera de la sociedad, todo hilo lógico y psicológico entre su cerebro y su corazón y los innumerables cerebros y corazones que pulsan al ritmo nuevo de la nueva vida de la Sociedad de los hombres han sido quebrados. Hablan un lenguaje arcaico y cortesano al cual solo una minúscula acólita de fósiles de la historia logra interesarse [...] el estadista de la Conferencia de París habla de números, construye abstractos esquemas algébricos, a los cuales ninguna entidad concreta corresponde. [...] A las ruinas acumulan nuevas ruinas [...] los apetitos colosales abren bocas enormes [...] los

---

<sup>1461</sup> Gramsci, *L'armistizio e la pace*.

<sup>1462</sup> “La conferencia es desgarrada por el desacuerdo y no está todavía decidido cuál de las dos fuerzas tomará el control. ¿La sociedad capitalista se ha diferenciado

tanto en su desarrollo progresivo hasta entrar definitivamente en su *fase suprema* del individuo superior también al Estado y ciudadano de la Sociedad de las Naciones? La pax lo decidirá.” Gramsci, *L'armistizio e la pace*. Las cursivas son mías.

estados capitalistas se están convirtiendo en compartimentos estancos [...] gansos nacionalistas e imperialistas que se hinchan el hígado en la defensa de su Campidoglio de papel maché”<sup>1463</sup>

No es tanto un cambio en la conceptualización del movimiento del capital, cuanto el enfocarlo desde otro horizonte. El Estado según la burguesía, sea esta liberista o proteccionista, es extrañado “de la historia viviente que está construyendo un cuerpo y un dinamismo”,<sup>1464</sup> configurándose en Estado *de otra forma*. La internacional comunista: éste el centro desde el cual Gramsci va mudando su horizonte y juicio.

En enero del 1919:

“el régimen es fisiológicamente incapaz de conferir aquello que se demanda [...] Una sola energía histórica social organizada existe que puede reconducir el orden en la sociedad, que puede apagar las expectativas: el proletariado comunista [...] poniendo un fin concreto para alcanzarse con las propias fuerzas, con la propia disciplina consciente, a través *un nuevo tipo de Estado que asegure el poder a las multitudes* trabajadoras, es decir, a la mayoría absoluta los individuos”<sup>1465</sup>

Voy citando el ya mencionado *Stato e Sovranità*, donde Gramsci afirma por primera vez como el problema concreto hoy, para Italia, fuese la conquista del poder político. El problema concreto, *hoy*:

““en plena catástrofe social [...] después que la guerra, destruyendo y esterilizando las fuentes de la riqueza, ha vuelto frenéticos a los hombres prospectando el peligro de que media humanidad sea condenada a morir de agotamiento, por la imposibilidad fisiológica de que el régimen individualista de libre competencia restaure los escombros y confiera nueva posibilidad de vida”<sup>1466</sup>

Emerge más que evidente, en estas líneas, una visión de la crisis del capital como proceso general, la misma de la cual los 21 puntos de la Internacional Comunistas van siendo el principal instrumento de propagación.<sup>1467</sup> Empero, sería del todo equivocado atribuir a Gramsci una visión catastrofista de la crisis, y reductivo considerar su cambio de visión

---

<sup>1463</sup> Gramsci, *Come le oche*, en “Avanti!” ed. piemontesa, 22 abril 1919, NM pp. 608-10.

<sup>1464</sup> Gramsci, *ibidem*.

<sup>1465</sup> Gramsci, *Il popolo e Wilson*. Las cursivas son mías.

<sup>1466</sup> Gramsci, *Stato e sovranità*.

<sup>1467</sup> Rapone enfatiza como el artículo citado sea inmediatamente posterior a la llegada y difusión entre las filas socialistas de la carta de invitación, redactada por Trockij, al Congreso fundacional de la IC. El punto 1 y 2 de los “Fines y tácticas”, recitaba: “El actual es el periodo de la descomposición y del derrumbe del entero sistema capitalista mundial y será aquél del derrumbe de la civilización europea en general si no queda destruido el capitalismo con sus insolubles contradicciones. 1. El objetivo del proletariado es, en el presente momento, aquel de tomar el poder del

Estado. 2. La toma del poder del Estado significa la destrucción del aparato estatal de la burguesía y la organización de un nuevo aparato de poder proletario”. En el tercer punto la “nueva forma del poder” era presentada como combinación de dictadura obrera y, “en algunos países”, campesina, y de democracia proletaria. La primera como “instrumento del rovesciamento sistemático y expropiación de la clase explotadora”, la segunda como democracia otra a la parlamentaria en cuanto “autoadministración de estas masas a través sus organismos”. Agosti, A. *La Terza Internazionale. Storia documentaria*, 1, cit. pp. 18-22. Gramsci reproducirá la sección dedicada a los fines y tácticas de la IC en Id. *Vita política internazionale [III]*, del 24 mayo 1919. Cfr. Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, p. 392.

un responder, simplemente, a lo que, delineado en puntos, quedaba expuesto en forma doctrinaria. Si hasta finales del 1918, vimos, el turinés había mantenido todavía abierta como posibilidad una recomposición de la crisis italiana por parte de la burguesía, fuera por iniciativa nacionalista, primero, o católica, después, ahora, para Gramsci, la sociedad burguesa capitalista es incapaz, en su entereza, o sea como historia mundial, no solo italiana, como liberalismo en su pleno despliegue, no sólo como los límites de una de sus determinaciones nacionales, de reformarse a partir de la entrada de las masas en la historia, siendo éste el factor determinante de la crisis según Gramsci. “Historia habitada por un pueblo nuevo, que posee un nuevo lenguaje que vive adhiriendo a una nueva costumbre”, una historia del mundo que, como civilización, no procede evolutivamente, sino a espiral, en la medida en la cual las mismas exigencias democráticas, las mismas “pasiones nacionales”, sean las de “la joven Europa” o de países bajo el juego colonial, se caracterizan:

“por una emoción original: ya no es para una definición o una ampliación de los confines que se combate o se muere. La ‘patria’ es el Estado, *es la forma del Estado*, es el poder de legislar, es el poder de encuadrar las relaciones entre los individuos y las relaciones entre los individuos y la riqueza sobre nuevas bases [...] la patria se ha empequeñida y se ha ampliado; es la unidad económica de producción y es el mundo entero”<sup>1468</sup>

El liberalismo expresa ahora para Gramsci la incapacidad de recomponer la unidad política de lo social, precisamente porque puede hacerlo sólo en los términos de los resultados de los negociados de Paz, solo según el tratado de Versalles, sólo según aquella que ahora expresa, en su visión, el asentamiento burgués de las relaciones internacionales: un rígido orden jerárquico que, como tal, quiebra las ilusiones de las masas en el cosmopolitismo democrático.

“El mito de la guerra -la unidad de mundo en la Sociedad de las Naciones- se ha realizado en régimen de propiedad privada y nacional: en el monopolio del globo ejercitado y explotado por los anglosajones. La vida económica y política de los Estados es controlada estrechamente por el capitalismo angloamericano [...] La guerra por la libertad de los pueblos en el seno de los Estados ha determinado la pérdida de la soberanía y de la independencia de los Estados y de los pueblos. Italia, como todos los otros Estados del mundo, se ha vuelto un Estado proletario, o sea, es explotada en su totalidad por el capitalismo anglo-americano [...] Es la muerte del Estado que es, en cuanto es soberano e independiente; el capitalismo nacional es reducido a la condición de vasallo [...] El Estado nacional ha muerto [...] el mundo es ‘unificado’ en el sentido que se ha creado una jerarquía mundial que a todo el mundo *disciplina y controla autoritariamente*.”<sup>1469</sup>

---

<sup>1468</sup> Gramsci, *Come le oche*.

<sup>1469</sup> Gramsci, *Vita politica internazionale [III]*, en “L’Ordine Nuovo”, 15 mayo 1919, ON [1987] pp. 15-21. Las cursivas son mías. A partir de ese entonces, la subalterinidad de los capitalismos menores, Italia incluida, emergerá en Gramsci como llave de lectura

del desarrollo capitalista. Rapone, *ibidem*, p. 257. Por ahora, sin embargo, expresa sólo la abertura de una fase sucesiva de desarrollo conceptual. Me limito a señalar como, ya antes del fin de la guerra, en el mismo artículo en el cual lamentaba la ausencia de una historiografía sobre el Risorgimento capaz de

La atención de Gramsci se dirige, en especial, no solo al quiebre, sino a la forma de esta desilusión “civil” con la liberal-democracia.

“Los sacerdotes se rebelan en contra del bueno y joven dios de la Intesa [...] los velos del idealismo romántico y verbal, bajo guisa de la Joven Europa mazziniana, son lacerados con salvajes furia [...] los ideales caen infringidos, y entre las ruinas, en el nebuloso caleidoscopio del polvo que se levanta de los gigantescos escombros, juegan las fuerzas capitalistas cazando propiedad privada [...] lo que debía acontecer ha acontecido: el idealismo humano ahoga [...] no se evade del dominio de la necesidad histórica, del régimen capitalista que domina el destino de los hombres [...] con este denominador común, con esta suprema medida del éxito y fortuna de las naciones, es necesario que los estadistas de la burguesía hagan las cuentas. Han sembrado ilusiones, han desencadenado pasiones, han enhebrado de elocuencia demagógica a los estratos populares más impulsivos y conquistables al encanto de las ilusiones porque están desorganizados materialmente y espiritualmente, fácil presa de las sugerencias entusiásticas y retóricas [...] Es un derrumbe que se determina [...] la sociedad se pulveriza por el esfacelo de todos los nexos psicológicos que la tenían en pie [...] y el pueblo, al cual se había hecho escintillar el adjetivo ‘nuestro’ empuñado de dones tantos más deseados cuanto más fascinantes, el pueblo será constreñido a sufrir las humillaciones y las mortificaciones que los gobiernos han preparados a través de su ineptitudes.”<sup>1470</sup>

Enfóquese la *forma* con la cual Gramsci regresa a la crítica de la abstracción. El nacionalismo, así como emerge en el 1919, en su carácter no solo anti-democrático, sino de masa, y entre la fila del cual surgen grupos de carácter subversivo y anti-socialista, es nuevamente una expresión, para Gramsci, de la descomposición de la unidad estatal, “una ola de rabia destruidora” y “sobre la fuerza de la cual hace sus cálculos la burguesía al poder.”<sup>1471</sup> Ahora, empero, el acento recae en la *forma* con la cual la burguesía ha buscado volverse fuerza dirigente, así como ésta ha provocado el desgarramiento de la sociedad civil. El nacionalismo es “el Machiavelli que *se revela* ahora nada más que Stenterello”, o sea, ya no expresa el intento de recomposición de la fracción de avanzada, por vía del control corporativo de las masas, del antagonismo social de clase; la denuncia de Gramsci ya no concierne a una burguesía, la italiana, incapaz de relacionarse con el Estado como clase

---

reconducir el proceso de unificación política a los procesos económico-sociales, al fin de “examinar en toda su complejidad la cuestión nacional italiana”, Gramsci había enfatizado: “Italia representa, en el movimiento económico político para la constitución de la Liga de las Naciones mundiales, aquello que representaban en el movimiento para la Liga de las naciones italianas antes del 1848 las tierras de Italia más sórdidas y desoladas” Gramsci, *Passato e presente*, en “Il Grido del popolo”, 6 abril 1918. CF pp. 799-804.

<sup>1470</sup> El contexto de esta intervención es una amplia manifestación nacionalista en sostén a la ruptura, durante la Conferencia de París, entre el primer

ministro italiano y Wilson, el cual había transmitido un mensaje al país en contra de la anexión de la ciudad de Fiume. Cfr. NM n. 1 p. 614. Gramsci, *Il crepuscolo degli dei*, en “Avanti!” ed. piemontesa, 26 abril 1919, NM pp. 612-15. En este mismo artículo Gramsci, por primera vez, define a la Sociedad de las Naciones como un proyecto utópico de unificación política del mundo.

<sup>1471</sup> Gramsci, *La sfida*, en “Avanti!” 19 abril 1919, NM pp. 604-7. Artículo escrito en seguida del rogo de la sede de Milán del “Avanti!” por obra de “Arditi” y “fachos de combate”. Cfr. NM n. 1, p. 607.

general. La crisis, para Gramsci, es de la misma idea liberal, crisis de la cual Italia hace parte en fuerza de la unidad económica capitalista mundial. Crisis de la idea en cuanto crisis de civilización, crisis de una forma social, así como ésta deviene históricamente según la forma en la cual los sujetos la interpretan.

“La verdad es que la ciencia económica liberal posee solo la apariencia de seriedad [...] *los procesos históricos son vistos como regulados por leyes perpetuamente similares, inmanentes a la realidad de la economía que es concebida ajena al proceso histórico general de la civilización.* La producción y el intercambio de las mercancías se vuelven fines a sí mismos; se desarrollan en un mecanismo de números rígidos y autónomos [...] Esta ciencias es, en fin, un esquema, un plano prestablecido, una vía de la providencia, *una utopia abstracta* y matemática, que nunca ha tenido, ni tiene o tendrá, alguna coincidencia con la realidad histórica.<sup>1472</sup>

La pura abstracción ya no es la democracia, es el liberismo. La economía como ciencia no reconoce la historia como conformación del sujeto social en sujeto político; su carácter utópico y abstracto no es un simple error teórico, es el derrumbe de una *praxis*:

“[...]la guerra ha destruido todas las conquistas de la ideología liberal. La libertad, económica y política, ha desaparecido en la vida interna de los Estados y en las relaciones internacionales. El estado ha aparecido en su función esencial de distribuidor de riqueza a los capitalistas privados; la competencia política para el poder es suprimida con la abolición de los parlamentos. La burocracia se ha extendido, volviéndose más pesada y entorpecedora. El militarismo, improductivo según la economía liberal, se ha vuelto el medio más poderoso de acumular y conservar las ganancias, con el saqueo de las economías exteriores y el terror blanco en el interior. El monopolio se ha reforzado en todas las actividades, sujetando todo el mundo a los intereses egoístas de los pocos capitalistas anglosajones. Los esquemas del liberalismo son destruidos: las tesis marxianas actúan.”<sup>1473</sup>

La forma social, el capital, ya no tiende espontáneamente, económicamente, a una unidad político-ideológica, sino la burguesía, como esta unidad, como clase general, no puede suprimir su poder *en* lo social como Estado en la misma medida en la cual no puede eliminar la capacidad de autodeterminación de lo social, so pena de suprimirse a sí misma. Así como el liberismo económico ha dejado de representar la comprensión de las leyes

---

<sup>1472</sup> Gramsci, *Vita politica internazionale [IV]*, en “L’Ordine Nuovo”, 15 mayo 1919, ON [1987] p. 68 Lo que cae, en la perspectiva de Gramsci, enfatiza Rapone, es la misma hipótesis de un liberalismo históricamente progresivo. Rapone, *ibidem*, p. 396. El artículo citado entraba en polémica directa con Einaudi, que, en una recensión de la monografía de Croce *Materialismo histórico ed economía marxistica*, enfatiza Gramsci, había ido aún más lejos del filósofo en su crítica a Marx, hasta negarle cualquiera contribución empírica en campo económico. Gramsci retoma la crítica de Croce a la teoría del plusvalor (la tesis, vimos, de la comparación elíptica, el Marx que

razonaría según el “deber ser”) y, asumido el horizonte de la *praxis*, la vuelve en contra del liberismo como abstractismo puro.

<sup>1473</sup> ¿Cuál es empero, a la altura de los primeros meses del 1919, la forma del capitalismo de avanzada según Gramsci? Gramsci, vuelvo a repetir, conocerá las tesis del Lenin sobre el imperialismo solo en la segunda mitad del 1919. Por ahora su elaboración se limita a la negación del liberalismo, aunque, el artículo ya muestre como al centro de su perspectiva vaya colocando el tema de la ampliación del Estado *en* la sociedad. Gramsci, *ibidem*.



del movimiento del capital, el liberalismo político de ser la forma práctica, la autoconciencia de la burguesía, el saber de sus propias necesidades históricas. Sin que Gramsci logre articularla como una forma de reproducción del capital, la crisis emerge ya como lo que realmente es su rasgo, su “quintaesencia”, lo que realmente es el capital:

“La demagogia, la ilusión, la mentira, la corrupción de la sociedad capitalista no son accidentes secundarios de su estructura, son inherentes al desorden, al desencadenamiento de brutales pasiones, a la feroz competencia en la cual y por la cual la sociedad capitalista vive. La predicación, los ‘si...’ son inútiles y ridículos [...] la vida de los hombres, las conquistas de la civilización, el presente, el futuro, están en continuo peligro [...] ésta la razón por la cual el desarrollo del capitalismo culminado en la destrucción de la guerra ha determinado el constituirse de las inmensas organizaciones proletarias, unidas en su mismo pensamiento, por una misma fe, por una misma voluntad: el comunismo, instaurado a través del Estado de los consejos obreros y campesino, que es el humanismo integral, como lo concibió Carlos Marx, *que triunfa de todos los esquemas abstractos y jacobinos de la utopía liberal*”<sup>1474</sup>

El centro que confiere el ritmo a la historia pulsa ahora en un internacionalismo históricamente concreto porque programático; él solo capaz de asegurar la efectiva recomposición política de lo social, sola garantía de continuidad en la expansión de la vida humana asociada: humanismo integral. El universal concreto, “igualador de facto y no solo de derecho de las clases y de los individuos”,<sup>1475</sup> “unificación, no autoritaria de monopolio, sino espontánea, por adhesión orgánica de las naciones”.<sup>1476</sup>

Para Gramsci el surgimiento de la nueva internacional, “acuerdo espontáneo y milagroso”, tiene en su “núcleo histórico real” en la República de los Soviets y “ejercita un poder demoledor *de las gastadas sobre-estructuras* burocráticas del movimiento obrero occidental.”<sup>1477</sup> La IC expresa, a sus ojos, la necesidad histórica así como va madurando políticamente en el medio del esfacelo del viejo orden liberal; “el orden nuevo que ya se organiza entre las ruinas”.<sup>1478</sup> Con las “revoluciones del 1919”, aquella que vimos ser la previsión de Marx según Gramsci, es decir, la racionalidad de la historia como “configurarse extremo de las fuerzas sociales”, re-emerge como articulación entre la extensión alcanzada por la lucha entre clase y su profundidad cualitativa gracias a la experimentación de nuevas formas organizativas.<sup>1479</sup> Gramsci, en fin, ha transitado del

---

<sup>1474</sup> Gramsci, *ibidem*.

<sup>1475</sup> Gramsci, *L'armistizio e la pace*.

<sup>1476</sup> Gramsci, *Vita política internazionale [I]* en “L'Ordine Nuovo”, 1 mayo 1919, ON [1987], pp. 3-10.

<sup>1477</sup> Gramsci, *Maggioranza e minoranza nell'azione socialista*. *Postilla*. Las cursivas son mías.

<sup>1478</sup> Gramsci, *Vita política internazionale [I]*.

<sup>1479</sup> Gramsci, *Vita política internazionale [I] y [IV]*, en, respetivamente “L'Ordine Nuovo”, 1 mayo y 5, 7 junio 1919, ON [1987], pp. 3-10 y pp. 66-71. Artículos donde Gramsci retrae, en un caso, los movimientos revolucionarios europeos del 1919, y las primeras experiencias soviéticas en Occidente, y, en el otro, la extensión de la lucha de clase a nivel mundial, incluyendo las luchas de liberación nacional.

acentuar la impreparación, hacia las condiciones que han vuelto posible, y como tal necesario, el actuar, también en Italia, por hacerse Estado de forma nueva.

“Esta es la característica del periodo actual. La legalidad ya no existe y no podrá ya existir. Esta es la característica del periodo actual: los Estados liberales reniegan sus principios existenciales, es decir, están en pleno quiebre; las fuerzas burguesas libres, irresponsables, estremecidas, tienden a derrocar los poderes legítimos, y éstos no tienen ni la virtud de resistir. No es lícito ilusionarse o ilusionar a este respecto. Es necesario, con alma intrépida y conciencia derecha, obrar para la salvedad de la civilización, impedir que el deshacimiento corrompa y pudra las raíces de la sociedad humana [...] *¿Estamos desprevenidos? Es nuestro trágico destino*, del advenir del cual no somos responsable. Nuestra responsabilidad sería enorme si no adquiriéramos conciencia de la tragedia y no trabajáramos para circunscribirla y superarla.”<sup>1480</sup>

Poco más de un mes, y será “el golpe de estado redaccional” de *Democracia obrera*,<sup>1481</sup> el giro del *Ordine Nuovo* hacia la teorización y organización del movimiento de los consejos de fábrica:

“Un problema se impone hoy con insistencia a cada socialista que sienta vivo el sentido de la responsabilidad histórica que incumbe sobre la clase trabajadora y sobre el Partido que de la misión de esta clase representa la conciencia crítica y operante. ¿Cómo dominar las inmensas fuerzas sociales que la guerra ha desencadenado? ¿Cómo disciplinarlas y conferirles una forma política que contenga en sí la virtud de desarrollarse normalmente, de integrarse continuamente, hasta volverse el armazón del Estado socialista en el cual se encarnará la dictadura del proletariado? ¿Cómo saldar el presente y el futuro, satisfaciendo las urgentes necesidades del presente y trabajando útilmente para crear y ‘anticipar’ el futuro?”<sup>1482</sup>

No es mi intención entrar en el mérito del bienio-rojo, “fase” ulterior de la biografía política e intelectual de Gramsci, la cual necesita, en sí, de cuidado historiográfico, reconstrucción del cuadro polémico, y análisis general y secuencial de los textos. Me limitaré a introducir la declinación positiva de la actualidad de la revolución como creación de un Estado nuevo, aislando la *forma* en la cual, con la teoría de los consejos, la democracia asume, por primera vez en la visión de Gramsci, una declinación positiva, y, en calidad de reflexión en torno al rol de las organizaciones históricas del movimiento obrero, emerge como traducción política del grande tema juvenil de la reforma intelectual y moral. Una declinación del poder, y su “toma”, como proceso de autodeterminación de los social, cuya premisa son “las masas como protagonistas efectivas y no sustituibles

---

<sup>1480</sup> Gramsci, *Maggioranza e minoranza nell'azione socialista*. Postilla. Las cursivas son mías.

<sup>1481</sup> Cfr. la primera sección del Cap. III de esta labor.

<sup>1482</sup> Gramsci, *Democrazia operaria*, en “L'Ordine Nuovo” 21 junio 1919, en ON [1987] pp. 87-91.

de un proceso revolucionario.”<sup>1483</sup> y el elemento conceptual ordenador: la superación de una solución de principios, puramente teórica, al problema de la dirección.

“El movimiento obrero es hoy dirigido por el Partido socialista y la Confederación del Trabajo; empero el ejercicio del poder social del Partido y de la Confederación se actúa por la grande masa trabajadora, indirectamente, por fuerza de prestigio y de entusiasmo, por presión autoritaria, hasta por inercia. La esfera de prestigio del Partido se amplía cotidianamente, recurre a estratos populares hasta ahora inexplorados, suscita consenso y deseo de trabajar proficuamente para el advenio del comunismo en grupos e individuos hasta ahora ausentes de la lucha política. Es necesario *conferir una forma y una disciplina permanente* a estas energías desordenadas y caóticas, absorberlas, componerlas y potenciarlas, *hacer de la clase proletaria y semiproletaria una sociedad organizada que se eduque, que se haga una experiencia, que adquiera una conciencia responsable de los deberes que incumben a las clases llegadas al poder del Estado*”<sup>1484</sup>

Si la concepción de la revolución como *Estado nuevo* ha sido abierta, vimos, desde hasta el 1918, a mediados del 1919, Gramsci individúa la forma organizativa, las comisiones internas, así como, en calidad de experiencias concretas del movimiento obrero, permiten transitar de la negación de la revolución como acto, hacia la revolución, así como, encontrando arraigo *en la sociedad*, ésta es susceptible de ser conducida hacia ulteriores niveles de desarrollo y maduración.

“La vida social de la clase trabajadora es rica de instituciones, se articula en actividades múltiples. Es necesario desarrollar estos institutos y estas actividades, organizar completamente, unir en un sistema vasto y ágilmente articulado que absorba y discipline la clase trabajadora. La fábrica con sus comisiones internas, los círculos socialistas, las comunidades campesinas, son centros de vida proletaria en los cuales es necesario trabajar directamente. Las comisiones internas son órganos de *democracia obrera*”<sup>1485</sup>.

El elemento conceptual, señala nuevamente Rapone, que permite entender por qué Gramsci elabore una organización perteneciente al ámbito de la lucha social en términos de “democracia obrera” reside en la declinación positiva de la revolución como un *continuum*.<sup>1486</sup> En calidad de “democracia obrera”, los consejos, nuevos organismos del proletariado, representan la posibilidad de articular prácticamente, organizativamente, lucha social y lucha política a través del ejercicio de forma de representación directa del proletariado, así como éstas se amplían, desde la fábrica hacia la sociedad, en una estructura jerárquicamente organizada alrededor de estratos sucesivos de delegación de

---

<sup>1483</sup> De Felice, Franco, *Serrati, Bordiga Gramsci e il problema della rivoluzione in Italia, 1919-20*, cit, p. 378.

<sup>1484</sup> Gramsci, *Democrazia operaia*. Las cursivas son más.

<sup>1485</sup> Gramsci, *ibidem*. Las cursivas son más.

<sup>1486</sup> Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, p. 399.

poder.<sup>1487</sup> Un ejercicio concreto de funciones de administración y de dirección política, en el cuadro del carácter de masa que el movimiento obrero ha asumido no solo por el desarrollo del capitalismo de avanzada, sino por la entrada en el partido, en la inmediata posguerra, de sectores populares todavía en un estado ideológico fluido. Una nueva *forma* cuyo fin es garantizar, a través de la organización permanente de las masas obreras y campesinas, la auto-educación al ejercicio del poder estatal, traduciendo la conquista del Estado en el mismo proceso de creación de un Estado nuevo.<sup>1488</sup>

Una democracia cuyo carácter positivo reside, para Gramsci, en constituir una *forma* de representación organizada según “un principio y práctica constitucional” otros a la democracia parlamentaria.<sup>1489</sup> Substituyendo el ciudadano genérico por el sujeto social, el sujeto de derecho abstracto, por el concreto ejercicio del poder, la democracia obrera logra mantener unidas la dimensión social y la política, el momento de la lucha contra el capital y por el Estado, atribuyendo a la primera la forma capaz de “hacer de ella el lugar de crecimiento de la futura organización estatal”.<sup>1490</sup> La revolución emerge, en otros términos, como un proceso de preparación del poder antes de la toma del poder, como preparación de las mismas condiciones de existencia de la sociedad futura, o, si queremos, como “toma” del poder en cuanto este mismo proceso.

“El Estado socialista existe ya potencialmente en los institutos de vida social característicos de la clase trabajadora explotada. Articular entre ellos estos institutos, coordinarlos y subordinarlos en una jerarquía de competencias y de poderes, centralizarlos fuertemente, aun respetando las necesarias autonomías y articulaciones, significa crear desde ahora una verdadera y propia democracia obrera, en contraposición eficiente y activa con el Estado burgués, *preparada desde ahora a sustituir el Estado burgués* en todas sus funciones esenciales de gestión y de dominio del patrimonio nacional”.<sup>1491</sup>

---

<sup>1487</sup> Una estructura piramidal, a la base de la cual Gramsci sitúa las comisiones internas en cuanto organismos capaces de un desarrollo siempre más ampliado -desde los consejos de delegados de fábricas, hacia consejos urbanos “que comprendan representantes de todo el complejo del trabajo”, un modelo para extenderse también entre los trabajadores del campo. Una forma de representación fundamentada en un sistema organizado jerárquicamente, con vértice en el Congreso nacional de los delegados obrero y campesinos.

“Ya desde ahora los obreros deberían proceder a la elección de amplias asambleas de delegados, elegidos entre los compañeros mejores y más conscientes, sobre la base de la palabra de orden: ‘todo el poder de la fábrica a los comités de fábrica’ coordinada con la otra, ‘todo el poder del Estado a los consejos obreros y campesinos [...] Un tal sistema de democracia obrera (integrado con organizaciones equivalentes de campesinos), conferiría una forma, una disciplina permanente a las masas, sería una magnífica escuela

de experiencia política y administrativa, encuadraría a las masas hasta el último hombre, habituándolas a la tenacidad y a la perseverancia, habituándolas a considerarse como un ejército en campo que necesita de una firme cohesión si no quiere ser destruido y reducido en esclavitud”. Gramsci, *Democrazia operaia*.

<sup>1488</sup> “La conquista del Estado por parte de los proletarios acontecerá solo cuando los obreros y los campesinos hayan creado un sistema de instituciones estatales capaz de substituir a las instituciones del Estado democrático-parlamentario”. Gramsci, *La settimana politica [IV]*, en “L’Ordine Nuovo, 19 julio 1919, ON [1987] pp. 146-48.

<sup>1489</sup> Un principio y una constitución que “poseen ya una historia en las experiencias constitucionales de la Repúblicas soviéticas”. Gramsci, *La settimana politica [IV]*.

<sup>1490</sup> Rapone, *Cinque anni che paiono secoli*, p. 400.

<sup>1491</sup> Gramsci, *Democrazia operaia*. Las cursivas son mías.

Durante todo el 1919, Gramsci es enfático en resaltar la insuficiencia de las organizaciones históricas del movimiento obrero;<sup>1492</sup> no se trata, sin embargo, de su sustitución, sino de enfocar su relación como *el* problema para resolverse en *forma* nueva. Aquella que podemos indicar como “quintaesencia” del Gramsci ordinovista, ahora Franco De Felice, consistirá en traducir el problema fundamental del marxismo, la escisión entre economía y política, enfocándola así como, constitutiva de la forma social burguesa como forma política, se reproduce en las mismas instituciones del movimiento obrero, fundamentando su crisis ideológica, crisis de la socialdemocracia en cuanto crisis del Estado liberal, donde la pérdida de dirección por parte de la burguesía del movimiento histórico ha sido paralela a una disponibilidad ideológica de las masas obreras, y creciente voluntad de ruptura, que los institutos tradicionales del movimiento, partido y sindicato, no logran ni expresar, ni dirigir.

Intentaré considerarlo brincando adelante en el tiempo y regresando a una polémica. Una operación que no puede explicar el cuadro histórico más amplio en la cual tendría que ser insertada, y que, sin embargo, permite enfocararlo abriendo interrogantes, perspectivas, futuras líneas de investigación. Nos encontramos en el 1920, con el Gramsci intransigente así como regresa en el Gramsci de la unidad, o sea, según tonos que recuerdan -por lo que concierne su respiro dialéctico - la celeberrima carta del 1926:

“Con el artículo del compañero Tasca, que aparece en este número, en respuesta al editorial sobre el Congreso Cameral turinés publicado la semana pasada, se abre una discusión sobre el programa del “Ordine Nuovo” y en parte también sobre las actitudes prácticas de sus fundadores y redactores. Discusión interna, por lo tanto. Las discusiones ‘externas’ han sido, durante el primer año de vida y de trabajo, se puede decir, ininterrumpidas. Han servido a una cosa: caracterizarnos y diferenciarnos en manera adecuada. Las hemos querido, provocado, hechas con gusto. Veíamos, todavía vemos, en ellas un signo de la vitalidad de nuestras ideas y del periódico, organismo de pensamiento y de acción. Habernos diferenciados quiere decir para nosotros haber adquirido conciencia precisa de nosotros mismos, habernos formado una nuestra fisonomía, habernos creado una nuestra personalidad. En la polémica, nuestra personalidad se ha templado y reforzado. Hoy la discusión se vuelve interna al mismo periódico. Es la ocasión para los malignos de sonreír, para los filisteos, de gritar al escándalo. ¿Cómo, el Ordine Nuovo no es entonces un convento de frailes que en coro comentan las verdades sagradas y a una señal del prior bajan la cabeza y dicen: ‘amen’? Ni una cosa, ni la otra, amigos. Ninguna herejía, ningún renegado, porque nunca hemos sido ni iglesia ni convento. Hemos querido crear, y creado un organismo de cultura y de estudio. Hemos hasta ahora mantenido intacto este carácter. Queremos, para el avenir, si alguna vez,

---

<sup>1492</sup> Los órganos adecuados para la revolución según los principios de adhesión a la IC, afirma en julio del 1919: “no pueden ser ni los partidos socialistas, ni las federaciones sindicales. Estas instituciones continuarán con su misión educadora y coordinadora de las múltiples actividades de la vida proletaria, empero ya no son suficientes para disciplinar y conducir todo el movimiento en todas sus funciones.

Su adhesión a la Internacional comunista no tendría sentido alguno en la historia, si no significara una adhesión de toda la masa proletaria conciente de su misión como totalidad, y organizada en manera tal de poderla actuar”. Gramsci, *L’Internazionale Comunista*, en “L’ Ordine Nuovo”, 26 julio 1919 ON [1987] pp. 150-55.

acentuarlo, no hacerlo desaparecer. En un organismo de tal naturaleza, la discusión, la polémica interna, son, aun si no evidentes, siempre inmanentes como necesidad vital. Recordamos los primeros tiempos, cuando el programa estaba siendo elaborado en las discusiones facilitadas y continuas por la vida en común. La posibilidad de un desacuerdo, de la falta de unanimidad ha sido siempre presente. La unidad fue un resultado, un punto de llegada, no un punto de partida al cual se quisiera permanecer atados, renunciando por eso, no digo a la sinceridad, sino a la plena expresión del pensamiento y de su correspondencia con los hechos”.<sup>1493</sup>

Es el momento del enfrentamiento, en las páginas de la revista, entre Gramsci y Tasca. “Las últimas experiencias rusas no sorprenden quienes, como nosotros, está convencidos que los Consejos de fábrica no poseen en sí su propio fin: ellos son los medios para la lucha revolucionaria de clase”, había argumentado Tasca.<sup>1494</sup> Gramsci replicaba en el numero sucesivo y el ataque al compañero era más que áspero, por ser “un punto de vista intelectualista y abstracto”, carente de “una concepción central que organice el conjunto”.<sup>1495</sup> La última experiencia rusa, continuaba Gramsci, no era la inevitable colocación del poder político más allá de los consejos, sino una situación históricamente determinada. Por falta de desarrollo de las fuerzas productivas, la presencia de masas campesinas “lejanísimas de la psicología proletaria” para las cuales el consejo “no tenía significado en el campo industrial” hizo que “la única forma adecuada de disciplina colectiva fuera la disciplina del ejército revolucionario”. Encubierto por “el barniz de una fraseología comunista y revolucionaria”, Tasca promueve, según Gramsci, una desnaturalización del organismo de los consejos que, típica de “oportunistas y reformistas”, se remite a “la ‘disciplina’ burocrática”.<sup>1496</sup>

La larga replica de Tasca se habría extendido en tres números de la revista.<sup>1497</sup> La convicción de las masas obreras en el posible advenimiento de un nuevo orden, enfatizaba, posee la “preciosa” fuerza movilizadora del mito, y ésta, en Turín, se ha traducido en la creación de los consejos, donde la revolución va tomando “forma histórica”. En los consejos según Gramsci, sin embargo, el mito impide “llevar la mínima contribución al problema práctico de la revolución” en la medida en la cual ignora “el elemento

---

<sup>1493</sup> Gramsci, *Cronache dell'Ordine Nuovo*, “L'Ordine Nuovo”, Año II, n. 5, 12 junio 1920.

<sup>1494</sup> En la ya mencionada intervención en la Cámara del trabajo de Turín, que, publicada en “L'Ordine Nuovo”, signó el inicio de la polémica. Tasca, *I valori politici e sindacali dei Consigli di Fabbrica*, Anno II, n. 3, 29 mayo 1920; consultado en *L'Ordine Nuovo Rassegna settimanale di cultura socialista*. Milano: Feltrinelli reprint, 1966, pp. 17-20.

<sup>1495</sup> Tasca, continuaba Gramsci, en el breve lapso de la intervención a un congreso, ha arruinado “una obra de educación y elevación del nivel de la cultura obrera

que al Ordine Nuovo y al grupo del Ordine Nuovo había costado un año de trabajo y de esfuerzo”. Gramsci, *La relazione Tasca e il Congresso Camerale di Torino*, “L'Ordine Nuovo”, Anno II, N. 4, 5 junio 1920, consultado en *L'Ordine Nuovo Rassegna settimanale di cultura socialista*. Milano: Feltrinelli reprint, 1966, pp. 26-28.

<sup>1496</sup> Gramsci, ibidem.

<sup>1497</sup> Las tres bajo el título *Polemiche sul programma dell'Ordine Nuovo*, n. 5, 6 y 8, Año II, respectivamente del 12, 19 junio y 24 julio del 1920.

*voluntario* de la clase, así como esta tiende a construir su Estado”. Gramsci, concluía Tasca, carece de una teoría marxista del Estado.<sup>1498</sup> La última palabra habría sido del secretario de redacción: *Il programma dell’Ordine Nuovo*.<sup>1499</sup>

La elección del lenguaje: el “golpe redaccional, la primera reconstrucción de la historia del grupo dirigente, aquella retomada casi literalmente, vimos, por Gobetti. El viraje de la revista, desde una labor “producto de un mediocre intelectualismo”, brotada de la “vaga pasión por una vaga cultura proletaria”, hacia un trabajo de (trans)formación real, tanto de los obreros, cuanto de los mismos ordinovistas. La búsqueda de una posible tradición soviética en Italia, en Turín; la individuación de esta posibilidad en las comisiones internas y su elaboración como “organismo político”. Brotados de la esfera de la necesidad, los “nuevos órganos representativo” hicieron que el Ordine Nuovo fuera inmediatamente percibido por los obreros no como una fría arquitectura intelectual, sino como expresión, parte integrante, de una voluntad y conciencia política en proceso: la suya.<sup>1500</sup> Es ya la construcción de una tradición; es la historiografía como arma política y, sin embargo, tratándose de Gramsci, es más que eso. La problematización del marxismo como forma de inteligibilidad histórica y la teoría del Estado van conformando una sola cosa en la *forma* con la cual Gramsci elabora los consejos como el mismo problema de la relación entre las organizaciones tradicionales del movimiento obrero, sindicato y partido.<sup>1501</sup>

Tasca, continuaba, por no captar “el sentido del atributo ‘voluntario’ que el ‘Ordine Nuovo’ confiere a las organizaciones de Partido y de sindicatos”, no discierne el “carácter

---

<sup>1498</sup> Tasca, *Polemiche sul programma dell’Ordine Nuovo*. Las cursivas son mías. A la acusación de reformista que Gramsci levantaba en su contra, Tasca replicaba con aquella de anarcosindicalista. Con la agravación, además, de no considerar que “los sindicatos de industria son más idóneos de los consejos de fábrica para la gestión directa de la producción según sus exigencias, así como la heredamos de la burguesía y cual las tendríamos que desarrollar, y porque el programa sindicalista poseía un propio método, la susodicha ‘acción directa’, método que falta en la manera más absoluta en el ‘programa’ del compañero Gramsci”. Tasca, *Polemiche sul Programma dell’Ordine Nuovo*, consultado en *L’Ordine Nuovo Rassegna settimanale di cultura socialista*. Milano: Feltrinelli reprint, 1966, pp. 47-48.

<sup>1499</sup> El 14 y el 28 agosto 1920, con la publicación de las dos partes de *Il programma dell’Ordine Nuovo*. Anno II, n. 12 y n. 14 consultado en *L’Ordine Nuovo Rassegna settimanale di cultura socialista*. Milano: Feltrinelli reprint, 1966.

<sup>1500</sup> “L’Ordine Nuovo’ se convirtió, para nosotros y para cuantos nos seguían, en ‘el periódico de los

Consejos de fábrica’; los obreros amaron el ‘Ordine Nuovo’ (esto podemos afirmarlo con íntima satisfacción). ¿Y por qué los obreros amaron el ‘Ordine Nuovo’? [...] Porque los artículos del ‘Ordine Nuovo’ no eran frías arquitecturas intelectuales, sino brotaban de nuestras discusiones con los obreros mejores, elaboraban sentimientos, voluntad, pasiones reales de la clase obrera turinesa [...] porque los artículos del ‘Ordine Nuovo’ eran casi un ‘tomar nota’ de los acontecimientos reales, reconocidos por la misma clase obrera como los momentos de un proceso de íntima liberación y expresión de sí.” Gramsci, *Il programma dell’Ordine Nuovo*.

<sup>1501</sup> Gramsci enfrenta el tema en dos importantes editoriales de contenido conceptual. El primero dedicado a una teoría de los consejos, el segundo, en específico, a su relación con los sindicatos. Respectivamente: Gramsci, *Il Consiglio di fabbrica*, “L’Ordine Nuovo”, Año II, n. 4, 5 Junio 1920, pp. 25-26 e *Id Sindacati e consigli*, Año II, n. 5, 12 junio 1920, pp. 33-34. Los dos recogidos en ON [1987], pp. 532-37; pp. 545-6.

público” del consejo. No lo comprende como “una forma de asociación ‘histórica’, del tipo que hoy puede ser comparado sólo con aquella del Estado burgués”; no lo comprende como expresión concreta de “la hipótesis de una acción revolucionaria *autónoma* de la clase obrera”. Autónoma porque la revolución no es un acto, sino “un muy largo proceso histórico”; porque la contradicción entre fuerzas y relaciones de producción es entre “aquello que resumimos en la expresión proletariado” y un “determinado ambiente histórico”. Por todas estas razones, “el proceso real de la revolución proletaria no puede ser identificado con el desarrollo y la acción de las organizaciones revolucionarias de tipo voluntario y contractualista, cuales son el partido político y los sindicatos”.<sup>1502</sup> Ninguna negación del valor, *en* la revolución socialista, de formas perteneciente al campo de la democracia y de la libertad política.<sup>1503</sup> El punto crítico para Gramsci es cómo estas mismas organizaciones puedan “encarnar” una revolución *en fieri*.

El entero artículo, uno de los principales del *Ordine Nuovo* semanal, gira alrededor del principio fundamental, en el marxismo, de inteligibilidad histórica: la contradicción entre fuerzas y relaciones sociales de producción. Vemos a Gramsci construir una interpretación anti-determinista enfocando la estructura productiva como un modo de vida y la contradicción como dialéctica entre necesidad social y libertad política, entrando así el mérito de una relación entre revolución y Estado que deja emerger la propia y original elaboración de la relación entre marxismo y “cultura”.

“¿Cuándo decimos que el proceso histórico de la revolución obrera, el cual es *inmanente* en la convivencia humana del régimen capitalista, posee sus leyes en sí mismo y se desarrolla necesariamente por el confluir de una multiplicidad de acciones incontrolables porque creadas por una situación que no es objeto de la voluntad del obrero y no es previsible por el obrero, en fin, cuándo decimos que el proceso histórico de la revolución obrera ha salido a la luz, se ha vuelto controlable y documentable?”<sup>1504</sup>

La determinación histórica en régimen capitalista, la ley del capital, queda enfocada desde un punto de vista “fenomenológico” e introducida como un interrogante, un problema para resolverse. Necesidad y libertad conforman una unidad en la *forma* con la cual el sujeto social logra adquirir conciencia de *su propia* historia. No es un razonar desde aquello que tiene que ser, sino desde aquello que se considera estar aconteciendo. El

---

<sup>1502</sup> Gramsci, *Il Consiglio di fabbrica*.

<sup>1503</sup> “Estas organizaciones, en cuanto encarnan una doctrina que interpreta el proceso revolucionario y prevé (entro ciertos límites de probabilidad histórica) su desarrollo, en cuanto son reconocidas por las grandes masas como un reflejo suyo y como su aparato de gobierno en embrión, *son actualmente y siempre*

*más llegarán a ser*, los agentes directos y responsable de los sucesivos actos de liberación que la entera clase trabajadora intentará en el curso del proceso revolucionario”. Gramsci, *Il Consiglio di fabbrica*. Las cursivas son mías.

<sup>1504</sup> Gramsci, *Il Consiglio di fabbrica*. Las cursivas son mías.



trabajo, afirma Gramsci, se ha mostrado capaz de “inapreciables conquistas de autonomía y de iniciativa” política. Luchando, a través de las comisiones internas, por el control y la gestión de la producción, ha ido luchando por la expropiación de las manos del capital de “la primera máquina”, sí mismo, constituyéndose en “fundamento de un aparato representativo a tipo estatal” que, como tal, constituye una nueva relación, en proceso, entre las organizaciones históricas del proletariado:

“el partido y el sindicato no pueden ponerse como tutores o como superestructuras ya constituidas de esta nueva institución, en la cual toma forma histórica controlable el proceso histórico de la revolución, ellos deben ponerse como agente conscientes de su liberación de las fuerzas de compresión que se reasumen en el Estado burgués, *deben proponerse de organizar las condiciones externas generales (políticas)* en las cuales el proceso [de la] revolución encuentre su máxima claridad, en la cual las fuerzas productivas encuentren la máxima expansión”<sup>1505</sup>

¿Qué significa para Gramsci “proporcionar las condiciones generales”? Es la misma pregunta, veremos en breve, que levanta, polémicamente, Tasca. En la visión de Gramsci, la relación entre instituciones surgidas en el ámbito de la necesidad, los consejos, y las que actúan en el campo de la libertad, partido y sindicato, es la misma revolución social, así como ésta va haciéndose Estado de *otra forma*, fuerza que tiende a “fundar su Estado”, a superar la política en su mismo sentido contractualista, liberal. No solo Gramsci, sino el mismo Tasca, como creo debe una lectura cuidadosa de sus “llamadas y respuestas”, tiene claro y evidencia la profundidad teórico-política de su enfrentamiento. El punto de contención, y lo enfatiza el mismo Tasca, es “un diverso concepto de revolución y de la disputa práctica que deriva de ella”.<sup>1506</sup> Solicitado por “los apuntes...filológicos levantados en mi contra”, a la acusación de no poseer una visión orgánica:

“Él identifica la sociedad comunista con el ‘Estado obrero’, y asigna al Partido y a los Sindicatos la tarea de ‘organizar las condiciones externas generales (políticas)’ del desarrollo siempre mayor de aquel Estado. ¿Qué cosa entiende el Gramsci con estas ‘condiciones’? ¿Son la organización burguesa, que se tiene que vencer, de los asaltos de la cual ocurre salvar el proceso de formación de los Consejos? ¿O son algo inherente al Estado mismo, que entra como elemento de su estructura y de su función?”.<sup>1507</sup>

La segunda hipótesis, la perspectiva de Gramsci, es aquella que Tasca le reconoce y procede a refutar: la dimensión estatal, pública, política, de los consejos de fábrica.

“La concepción -en mi opinión- abstracta y anti-histórica que el compañero Gramsci posee de los consejos de fábrica, deriva exactamente del hecho que los considera esencialmente como el inicio del Estado obrero, cuyo desarrollo el Partido y el Sindicato deben esforzarse de garantizar,

<sup>1505</sup> Gramsci, *ibidem*.

<sup>1506</sup> Tasca, *Polemiche sul programma dell’Ordine nuovo*.

<sup>1507</sup> Tasca, *Polemiche sul Programma dell’Ordine Nuovo*.

mientras yo los veo en un mismo plano con [la organización] que la clase trabajadora se da a sí misma para hacer la revolución, no aquella que será actuada después de la *conquista del poder político*, sino aquella que nos permitirá conquistar este poder”.<sup>1508</sup>

En Tasca lo social está en relación a lo político según la misma relación del determinismo económico con la conciencia política de clase, con lo cual, argumenta, cuanto más se afirma el primero más se niega la segunda.<sup>1509</sup> Aquello que en Gramsci es una tensión, reaparece, en Tasca, como una antítesis; toda su argumentación es un re-introducir aquello que Gramsci busca superar como *praxis* -el dualismo economía y política- y porque separa, Tasca puede solamente reunir en un *a priori*. En la política que, como voluntad, no va formándose, sino “es” y, como tal, surge y es proporcionada desde afuera, “se da”; una separación entre la lucha económico-social, a la cual Tasca reduce el consejo, y la lucha política, el soviét, en necesidad de síntesis, el Estado obrero. Misma razón por la cual, por lo menos en los artículos que voy examinando, la organización que “encarna” la revolución parece ser mucho más, para Tasca, el Estado soviético -resuelto en una función si no esencialmente, primariamente, económica- que la Internacional Comunista, para la cual entiende más que una fuerza política organizada, un movimiento cultural, una “voluntad, encarnada en un programa, en un mito.”<sup>1510</sup> Mientras, para Gramsci, el Estado, como revolución, es precisamente una nueva cultura-política, así como ésta va tomando forma a través de la Internacional Comunista y, como esta cultura, permitirá a los soviéticos superar los límites de su propio Estado-nación.<sup>1511</sup> En Gramsci, espontaneidad-

---

<sup>1508</sup> Tasca, *ibidem*. Las cursivas son mías.

<sup>1509</sup> Tasca sitúa la política en el plano exclusivo de “organismos de tipos voluntarios”, en la misma medida en la cual atribuye un carácter exclusivamente social al plano, constrictivo, de la necesidad económica. “El Estado comunista está formado por los Soviet, por los Consejos de obreros y campesinos, que son organismos de tipo ‘voluntario’, los cuales solamente, por su naturaleza voluntaria, nos pueden proveer de un Estado”; “El Consejo de fábrica no es más que la antítesis del poder capitalista, así como lo encuentra organizado en la sede del trabajo, es su negación, y como tal es incapaz de superarlo. Para que el proceso de liberación se cumpla, es necesario que desde la antítesis se llegue a la síntesis: el Soviet”. Tasca, *Polemiche sul Programma dell’Ordine Nuovo*.

<sup>1510</sup> Tasca *Polemiche sul Programma dell’Ordine Nuovo*. Los consejos deben “encuadrar hoy todas las fuerzas de la revolución, e identificarse mañana con el andamiaje de la sociedad comunista” en cuanto “secciones de los sindicatos industriales y de la tierra”. El plano político, los órganos del poder, “los verdaderos muros maestros” del edificio estatal, pertenecen al Soviet; al Estado la tarea de control “de los grandes problemas económicos”, de una producción social que “no puede que desarrollarse a

través de formas siempre más centralizadas e interrelacionadas, un sistema de relaciones sociales perfectamente idóneo al máximo desarrollo de la producción”. Tasca, *Polemiche sul Programma dell’Ordine Nuovo*.

Lo que desaparece en Tasca es precisamente la política como tensión entre la dimensión nacional de los procesos ideológicos y la internacional de los procesos sociales y que Gramsci busca resolver en la revolución como creación de una nueva cultura-política, una nueva forma Estado, o sea, en la Internacional como la revolución que tiende a fundar su Estado.

<sup>1511</sup> La Internacional es definida como la contradicción entre necesidad y libertad, sociedad y política, que sale a la luz y se vuelve “controlable y documentable”. La contradicción entre el plano internacional de los procesos socio-económicos y el nacional de los políticos que, por ahora es conciencia de sí, y será, en futuro, reorganización de la entera convivencia social, es la misma IC según Gramsci. “La Internacional Comunista en la cual cada pueblo, cada parte de la humanidad adquiere una figura en cuanto ejercita una determinada producción preminente y ya no en cuanto es organizada en una forma Estado y posee determinadas fronteras”. Gramsci, *Il Consiglio di fabbrica*.

dirección, libertad-necesidad, sociedad y política, encuentran su síntesis, en fin, en una necesidad que se desarrolla *desde adentro el movimiento*, en la misma medida en el cual la organización se va efectivamente transformado “en un organismo de preparación revolucionaria”, en una relación orgánica, viable, entre lo social y lo político, una visión cuyo nudo crucial es el partido y se devela como tal precisamente en el Gramsci ordinovista.

Tanto Tasca, así como Gramsci, afirman que la organización y sus tendencias no son “una función, un *a priori*, sino una figura histórica, dependiente de las fuerzas y la voluntad obreras que las constituyen y les imprimen una dirección”.<sup>1512</sup> Tanto el consejo así como el sindicato y el partido son, para ambos, una necesidad histórica de la clase obrera. Aquello que, para Tasca, empero, es la *forma* de la lucha en contra de la burocracia sindical, para Gramsci es la reproducción de la separación entre espontaneidad y dirección, economía y política, necesidad y libertad, que define una unidad formal, abstracta. En un caso el consejo es el medio para que el sindicato pueda “en cada momento llegar a las masas, testar su pulso, lograr su colaboración y disciplina espontánea [...] crear una situación en la cual el carácter revolucionario del consejo tenga un influjo sobre el sindicato, sea un reactor que disuelve la burocracia y el funcionarismo sindical”.<sup>1513</sup> En Gramsci, democratización implica exactamente lo contrario, y como tal, conlleva atribuir un rol fundamental al partido político.<sup>1514</sup>

Mientras “toda la *masa* participa a la vida del consejo y siente de ser algo por esta actividad suya”, el sindicato “incorpora en la disciplina una cantidad siempre mayor de *obreros*”. En un caso es “la masa obrera que quiere emanciparse autónomamente, que quiere afirmar su libertad de iniciativa en la historia”, en el otro es “el reponer en un oficio central el poder de la disciplina y del movimiento”.<sup>1515</sup> Para cada forma organizativa, la razón de su fuerza es aquella de su debilidad, con lo cual los límites de la una son la fuerza de la otra, son los límites, para Gramsci, de una revolución que no ha todavía alcanzado una relación orgánica entre espontaneidad y dirección. La legalidad del capital que el

---

<sup>1512</sup> Gramsci, *Sindacati e Consigli*. También para Tasca, el problema no es el tipo de organización, sino la superación de prácticas que el sindicato puede conservar “así como puede conservar cualquier otro organismo, el partido socialista, por ejemplo, o los consejos de fábrica”. Tasca, *I valori politici e sindacali dei Consigli di Fabbrica*.

<sup>1513</sup> Tasca, *Polemiche sul Programma dell'Ordine Nuovo*.

<sup>1514</sup> Porque el consejo es una “institución absolutamente original”, para que “determine

mutaciones radicales en la estructura y en la forma del sindicato” necesita de autonomía del sindicato. “Los consejos de fábrica poseen su ley en sí mismos, no pueden y no deben aceptar la legislación de los organismos sindicales que precisamente ellos tienen el fin inmediato de renovar desde sus cimientos”. Gramsci, *Il programma dell'Ordine Nuovo*.

<sup>1515</sup> Gramsci, *Sindacati e Consigli*. Las cursivas son mías.

sindicato, el trabajo-mercancía organizado, tiende “a universalizar y perpetuar” es la otra cara de la tendencia del consejo, la “masa explotada, tiranizada y ultrajada”, a “universalizar cada rebelión, a conferir valor y portada resolutive a cada uno de sus actos de poder”.<sup>1516</sup> Burocratización y movimentismo conforman, es decir, un solo problema, una misma incapacidad de formular dialécticamente la *forma* de la unidad.<sup>1517</sup>

Es una visión, la de Gramsci, que no solo conlleva la crítica al sindicato como organismo que acepta la relación social de capital, y como tal no puede constituir la base de la política obrera revolucionaria, la perspectiva de Tasca. En su fundamento, es aquello que vimos ser el rechazo de la concepción corporativa de la política, punto de partida desde el cual Gramsci ni desvalúa la acción sindical, ni le atribuye una valencia política inmediata, sino elabora la posibilidad de transformar la acción social, lo particular, en acción política, lo general. El carácter político del consejo no reside, en su perspectiva, en un objetivo determinado, sino se expresa en su misma existencia, así como ésta permite asegurar un crecimiento político y de masa del movimiento e implica la iniciativa del partido en asegurarlo.

“Los comunistas, en cuanto quieren que el acto revolucionario sea, por cuanto sea posible, consciente y responsable, quieren que la elección, por cuanto pueda ser elegida, del momento para desencadenar la ofensiva obrera permanezca a la parte más consciente y responsable de la clase obrera, a aquella parte que es organizada en el Partido socialista y que más activamente participa en la vida de la organización.”<sup>1518</sup>

¿En qué sentido el partido es *parte* para Gramsci? Proporcionar una respuesta sería entrar en el mérito no sólo del Gramsci del 1919-20, sino también, y, sobre todo, del 1923-24, en cuanto parte, ambos, de un solo problema, de un solo proceso de maduración intelectual y política. Me limitaré, para concluir, a unas reflexiones de Franco De Felice y a una citación de Togliatti.

---

<sup>1516</sup> Gramsci, *Sindacati e Consigli*.

<sup>1517</sup> Unidad entre consejos y sindicatos para que “la salida de la legalidad, la ofensiva de la clase obrera, pueda acontecer en el momento más oportuno para la clase obrera, cuando la clase obrera posee aquel mínimo de preparación que se considera indispensable para ganar en forma duradera”. Distinción porque el consejo bajo control directo del sindicato “se esterilizaría como expansión revolucionaria, como forma del desarrollo real de la revolución proletaria que tiene *espontáneamente* a crear nuevos modos de

producción y de trabajo, nuevos modos de disciplina, que tiende a crear la sociedad comunista” y porque el sindicato como forma superior de los consejos asumiría “la tendencia propia de los Consejos a desencadenar en cualquier momento la acción resolutive de la guerra de clase [...] perdería su capacidad a contraer obligaciones, su carácter de fuerza *disciplinadora y reguladora* de las fuerzas impulsiva de la clase obrera.” Gramsci, *Sindacati e Consigli*. Las cursivas son mías

<sup>1518</sup> Gramsci, *Sindacati e Consigli*.

Construcción de una nueva capacidad dirigente no implicaba, para el Gramsci del Ordine Nuovo, ni renegar el rol guía de la política, y con aquel del partido, “patrimonio” específico de las filas revolucionarias del socialismo, ni desconocer el sindicato como expresión de una fuerte tradición organizativa de las masas obreras, la socialista, sino conllevaba superar la diferenciación de principio, meramente teórica, entre una política revolucionaria y una política corporativista, así como ésta se expresaba en la separación entre institutos políticos e institutos sociales del proletariado, el pacto en el centro de la tradición reformista. Superarla moviendo la cuestión “organización” del plano político abstracto, y como tal empirista, hacia el plano histórico-político de la *praxis*, individuando en la “tradición” el problema fundamental de toda iniciativa política que, para ser efectiva, no puede abstraer de las masas, así como éstas se encuentran históricamente y socialmente condicionadas.

El Gramsci ordinovista, en fin, no resulta comprensible sino en el cuadro de la preminencia problemática por él mismo atribuida, en las filas del socialismo revolucionario, al partido en cuanto superación de la distinción entre dirigentes y dirigidos. Su originalidad no residirá en refutar una forma disciplinada, compacta y homogénea, sino en elaborar esta misma *forma* desde la comprensión que el error consistía en substituir una cuestión organizativa a un problema político que, como tal, implicaba ampliarla, articularla, al movimiento histórico más amplio, el de las masas, en contra del intelectualismo propio de quien piensa resolver la historia, y su movimiento, en una crítica de principio, y, con aquella, la clase en el proletariado.

Una política que, como capacidad de dirección, no puede reducirse, para Gramsci, al movimiento, pero tampoco puede volverse su *forma*. Una visión que tiene en su centro a las masas como horizonte referencial, para la re-definición constante de la política desde la historia misma, sin la cual no tendría sentido ponerse el problema de la revolución en términos de capacidad de los protagonistas reales de volverse dirigentes de su propia historia. Revolución, recordemos, en cuanto movimiento de liberación de la sociedad amplia, construcción, vimos, de un nuevo tipo de Estado. La política según Gramsci, en fin, así como no se resuelve en el partido, sino el partido así como es ampliado a un proceso social y político a un tiempo, forma que sintetiza una historia, y que una vez asumidas las masas como punto de referencia obligado, implica asumirlas con toda su

estratificación ideológica, con todo aquél pasado así como éste, sedimentándose, conlleva la tendencia a enfrentar situaciones nuevas con instrumentos ya inadecuados.<sup>1519</sup>

Así reflexionaba Franco de Felice en época de crisis del comunismo italiano, y así Togliatti, en el 1958, respecto a la acción general emprendida por Gramsci en el bienio-rojo. El diseñador y organizador del Ordine Nuovo:

“tendía, esencialmente y antes que nada, a afirmar que la clase obrera, como grupo social homogéneo, estaba en condiciones de proporcionar los elementos necesarios para superar la crisis, el desorden, el caos en los cuales en ese entonces se debatía la sociedad nacional [...] ¿En qué medida faltó, en la impostación y en el desarrollo de este movimiento, el elemento más estrechamente político, que debía llevar a la acción general dirigida por el partido de la clase obrera, a la confrontación con los otros partidos, al choque con los poderes del Estado? Faltó en la medida en la cual todo el movimiento turinés del 1919-20 no logró elevarse al plano nacional, por los defectos que ya fueron indicados varias veces y que no creo deban buscarse en la concepción general, sino en los límites, en las estrecheces de la realización en una escala que no fuera solamente urbana o regional. Por lo demás, el problema también de la alianza entre las vanguardias obreras septentrionales y las grandes masas campesinas meridionales, *justamente configurado por Gramsci en este entonces* (se vea el ejemplo, por él citado, de la acción hacia los sardos de la Brigada Sassari), no tuvo, a través la acción desarrollada por el grupo turinés, alguna solución práctica de gran releve. Las orientaciones equivocadas, reformistas o maximalistas, del partido socialista, eran superados en la crítica, no por una acción exitosa de escala nacional. Sin embargo, aquello era en ese entonces el sólo partido, es decir, la sola organización política nacional, que la clase obrera tuviera a su disposición. *Por esta misma razón el movimiento turinés concluyó con la afirmación de la necesidad que fuera creado un nuevo partido de vanguardia del proletariado: el partido comunista*”.<sup>1520</sup>

Empero ésta ya es otra historia, y, según mi lectura, parte de una misma tradición en sus momentos de re-definición. Espero, con esta labor, haber proporcionado el cuadro general, las premisas, el método, para poder enfocarla, desde Gramsci, como una historia-praxis.

---

<sup>1519</sup> Franco de Felice, *Serrati, Bordiga, Gramsci*, p. 372 y, en general, todo el último capítulo, *Gli istituti della rivoluzione*, expresamente dedicado a mostrar en la relación sindicato-consejo-partido según el Gramsci ordinovista como una concepción de la política en continuidad con el Gramsci dirigente de partido.

<sup>1520</sup> Togliatti, P. *Il leninismo nel pensiero e nell'azione di A. Gramsci (Appunti)*, en *Studi Gramsciani Atti del convegno tenuto a Roma nei giorni 11-13 gennaio 1958*, pp. 28-29.

## 7. Referencias bibliográficas

- AA. VV, *Studi gramsciani. Atti del convegno tenuto a Roma nei giorni 11-13 gennaio 1958*, Editori Riuniti, Roma 1973.
- AA. VV, *Gramsci e la cultura contemporanea. Atti del convegno internazionale di studi gramsciani tenuto a Cagliari il 23-27 aprile 1967*, Editori Riuniti, Roma 1975.
- AA. VV. *Politica e storia in Gramsci, Atti del convegno internazionale di studi gramsciani, Firenze 9-11 dicembre 1977*, Editori Riuniti-Istituto Gramsci, Roma 1977.
- AA.VV. *Storia del marxismo Vol., Il marxismo nell'età della seconda Internazionale*, Torino: Giulio Einaudi Editore, 1979.
- Acquarone, Alberto. *L'organizzazione dello Stato totalitario*. Torino: Einaudi, 1965
- Agosti, Aldo (a cura di). *Presentazione*, en *Problemi di storia dell'internazionale comunista (1919-1939)*. Torino: Fondazione Luigi Einaudi, 1974.
- Agosti, Aldo. *La Terza Internazionale, Storia documentaria*, vol. II, T. 1 y 2, 1924-1928. Roma: Editori Riuniti, 1976.
- Agosti, Aldo. *Il partito mondiale della rivoluzione. Saggi sul comunismo internazionale*, Milano: Edizione Unicopli, 2009.
- Alceo Riosa. *Angelo Tasca, socialista*, Venezia: Marsilio Editori, 1979.
- Amendola, Giorgio. *Lettere a Milano*. Roma: Editori Riuniti, 1976 [1973].
- Arfé, Gaetano. *Storia del socialismo italiano (1892-1926)*. Torino: Editori Riuniti, 1956.
- Aricó, José. *Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo*. México: El Colegio de México, 2011.
- Asor Rosa, Alberto. *Storia D'Italia. Dall'unità a oggi*, volume 4, tomo 2. Torino: Giulio Einaudi Editore, 1975.
- Badaloni, Nicola e Muscetta, Carlo. *Labriola, Croce e Gentile*, Napoli: Laterza, 1990.
- Basso, Lelio. *Socialismo y revolución*. México: Siglo XXI Editores [1980] 1983.
- Bobbio, Norberto. *Nota sulla dialettica di Gramsci* en AA. VV, *Studi gramsciani. Atti del convegno tenuto a Roma nei giorni 11-13 gennaio 1958*, Roma: Editori Riuniti, 1973.
- Bobbio, Norberto. *Gramsci e la concezione della società civile*, en AA. VV, *Gramsci e la cultura contemporanea*. Atti del convegno internazionale di studi gramsciani tenuto a Cagliari il 23-27 aprile 1967. Editori Riuniti, Roma 1975
- Carena, Attilio. *Fede e programmi secondo Benedetto Croce*, en *Gramsci, Scritti 1915-1921*, Caprioglio, S. (a cura di). Milano: Mizzi editore, 1976.
- Ciliberto, Michele. *Rinascimento e Riforma nei "Quaderni" di Gramsci*, en Ciliberto, M. Vasoli, C. (a cura di) *Filosofia e cultura. Per Eugenio Garin*. Roma: Editori Riuniti, 1991.
- Claudin, Fernando, *La crisi del movimento comunista. Dalla Komintern al Kominform*, Milano: Feltrinelli, 1974.
- Claudin, Fernando, *Marx, Engels y la revolución de 1848*. España: Siglo XXI Editores, 1975.
- Cortesi, Luigi. *Introduzione a I primi dieci anni del PCI*, Bari: Laterza, 1971.
- Croce Benedetto. *La morte del socialismo*, en *Cultura e vita morale*, Bari: Laterza, 1914
- Croce, Benedetto. *Pagine sulla Guerra*, Bari: Laterza 1928
- Croce Benedetto. *Contributo alla critica di me stesso*, en *Etica E Politica*, Bari: Laterza, 1931 (1 ed.).
- Croce Benedetto. *La Storia ridotta sotto il concetto generale dell'arte* [1893] en *Primi Saggi*, Bari: Laterza, 1951.
- Croce, Benedetto. *Materialismo storico ed economia marxistica*, Bari: Laterza, 1951.

Croce Benedetto. *Contribución a la crítica de mi mismo*, en "Ética y Política", traducción a la tercera edición italiana, Ediciones Imán, Buenos Aires, 1952.

Croce, Benedetto. *Cultura e vita morale*. Bari: Laterza, 1955.

Croce, Benedetto. *Teoría de la historia y de la historiografía*, Editorial escuela, Buenos Aires, 1955.

Croce, Benedetto, *Etica e politica*. Bari: Laterza, 1956

Croce Benedetto. *Storia d'Italia dal 1871 al 1915*. Roma-Bari: Laterza, 1977 [1928].

Croce Benedetto. *Storia d'Europa nel secolo XIX*. Roma-Bari: Laterza, 1981 [1932].

D'Alessandro, Leonardo Pompeo. *La Rivoluzione in tempo reale. Il 1917 nel socialismo italiano tra rappresentazione, mito e realtà* en Academia University Press, *La Biblioteca di Historia Magistra*, di Maggio, M. (a cura di), n. 4, Torino: OpenEdition Books, 29 novembre 2017.

Daniele, Chiara (a cura di). *Gramsci a Roma, Togliatti a Mosca. Il carteggio del 1926*.

De Felice, Franco. *Serrati, Bordiga, Gramsci e il problema della rivoluzione in Italia*. De Donato: Bari, 1971.

De Felice, Renzo. *Introduzione a Tasca, A. Nascita e avvento del Fascismo*. Vol. I, Firenze: Editori Laterza, 1972 [1950].

De Felice, Renzo. *Mussolini il rivoluzionario, 1883-1920*, Torino: Einaudi, 1995 [1965].

D'Orsi, Angelo. *Introduzione. Antonio e la sua Torino*, en D'Orsi (a cura di) Gramsci, A. *La nostra città futura. Scritti torinesi (1911-1922)*. Roma: Carocci, 2004.

Engels, F., *Prefacio a la edición alemana del 1872 del Manifiesto del partido comunista*, ediciones varias.

Engels, F. *Contribución para una historia de la Liga de los Comunistas* [1885], consultada en Id. *Per la storia della lega dei comunisti*, en Gruppi, Luciano (a cura di) Marx-Engels, *Opere scelte*. Roma: Editori Riuniti, 1966.

Engels, F., *Carta a Turati del 26 enero 1894* en *Il socialismo nella storia d'Italia*, Manacorda, G. (a cura di). Bari: Laterza, 1966.

Engels, F. *Introducción a Las luchas de clases en Francia* [1895] consultada en Marx, *Le lotte di classe in Francia, dal 1848 al 1850*. Milano: edizioni Lotta comunista, 2010

Fetscher, Irving. *Bernstein e la sfida all'ortodossia*, en *Il marxismo nell'età della seconda Internazionale*, Torino: Giulio Einaudi Editore, 1979.

Fineschi, Roberto. *Marx y Hegel. Contributi a una rilettura*. Roma: Carocci editore 2006.

Francioni, Gianni. *L'officina gramsciana. Ipotesi sulla struttura dei «Quaderni del carcere»*. Napoli: Bibliopolis, 1984.

Francioni, Gianni. (a cura di). *Saggi introduttivi*. Cagliari: L'Unione Sarda, Istituto dell'Enciclopedia Treccani, 2009.

Frosini, Fabio. *Da Gramsci a Marx. Ideologia, verità e politica*. Roma: DeriveApprodi editore, 2009.

Frosini, Fabio. *La religione dell'uomo moderno. Politica e verità nei Quaderni del carcere*. Roma: Carocci editore, 2010.

Frosini, Fabio. "Marx dagli scritti giovanili ai Quaderni" en di Bello, A (a cura di) *Marx e Gramsci Filologia, filosofia e politica allo specchio*. Napoli: Liguori Editore, 2011.

Frosini, Fabio. *Riforma e Rinascimento* en Frosini, F. Liguori, G. (a cura di) *Le parole di Gramsci. Un lessico dei Quaderni del carcere*. Roma: Carocci editore, 2011.

Frosini, F. *Immanenza e Materialismo storico nei «Quaderni del carcere» di Gramsci en Morfino, Vittorio (a cura di), Quaderni materialisti, V. 5. Spinoza, resistenza e conflitto*. Milano: Edizione Ghibli, 2017.

Garin, Eugenio. *La filosofia come sapere storico*, Bari: 1959, Sagittari Laterza.

Garin, Eugenio. *Cronache di filosofia italiana, 1900-1943: Vol. I*, Bari: Laterza, 1966.



- Garin, Eugenio. *La formazione di Gramsci e Croce*, en *Critica Marxista*, *Quaderni* n. 3, Supplemento al N. 1 di *Critica Marxista*, rivista bimestrale. Roma, 1967.
- Garin, Eugenio. *Intellettuali italiani del XX secolo*. Roma: Editori Riuniti, 1974.
- Garin, Eugenio. *Gramsci nella cultura italiana*, consultado en Id. *Con Gramsci*. Roma: Editori Riuniti, 1997.
- Giasi, Francesco. *Marx nella biblioteca di Gramsci* en Di Bello, A (a cura di) *Marx e Gramsci Filologia, filosofia y politica allo specchio*. Napoli: Liguori Editore, 2011.
- Gobetti, Piero. *La rivoluzione liberale, Saggio sulla lotta politica in Italia*. Torino: Einaudi, 1995.
- Gruppi, Luciano (a cura di). *Togliatti, La politica culturale*. Roma: Editori Riuniti, 1974.
- Gruppi, Luciano. *El pensamiento de Lenin*. Editores Grijalbo: México, 1980.
- Hayek, Milos. *Storia dell'internazionale comunista*. Roma: Editori Riuniti, 1969.
- Haupt, George. *La Internazionale socialista. Dalla Comune a Lenin*. Torino: Piccola Biblioteca Einaudi, 1978.
- Haupt, George. *Marx y el marxismo*, en *Storia del marxismo. Il marxismo ai tempi di Marx*. Torino: Giulio Einaudi Editore, 1979, Vol. 1.
- Haupt, George. "Rosa Luxemburg y la cuestión nacional" en *Cuadernos Políticos*, núm. 21, julio-septiembre 1979, Editorial Era, México.
- Haupt y Weill, *Marx y Engels frente al problema de las naciones* en Haupt, Lowy, Weill, *Los marxistas y la cuestión nacional*, Editorial Fontamara, Buenos Aires, 1980 [1974]
- Hyppolite, Jean. *Studies on Marx and Hegel*. New York: Basic Books, 1969.
- Hobsbawm, Erik J. "Introducción" en Marx, K. *Formaciones económicas pre-capitalistas*, Barcelona: Editorial crítica, 1979.
- Hobsbawm, Erik J. *Come cambiare il mondo. Perché riscoprire l'eredità del marxismo*. Milano: Bur-Rizzoli, 2012.
- Izzo, Francesca. *Democrazia e cosmopolitismo in Antonio Gramsci*. Roma: Carocci, 2009.
- \_\_\_\_\_. "Dalla filosofia di Marx alla filosofia della praxis nei *Quaderni del Carcere*" en di Bello, A (a cura di) *Marx e Gramsci Filologia, filosofia y politica allo specchio*. Napoli: Liguori Editore, 2011.
- Labriola, Antonio. *Lettere a Engels*. Roma: Rinascita 1949.
- Labriola, Antonio. *Saggi sul materialismo storico*. Roma: Editori Riuniti, 1968.
- Lenin, *Opere Complete*, Vol. I, V, VIII, IX, X, XIII, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX. Roma: Editori Riuniti, 1955-1970.
- Liguori, Guido y Voza, Pasquale. *Dizionario Gramsciano 1926-1937*. Roma: Carocci, 2009.
- Liguori, Guido. *Gramsci conteso, Interpretazioni, dibattiti e polemiche*. Roma: Editori Riuniti, 2012.
- Losurdo, Domenico. *Hegel e la libertà dei moderni*. Napoli: La scuola di Pitagora, 2011.
- Luporini, Cesare. *Il marxismo e la cultura italiana del Novecento*, en *Storia d'Italia*, V. 2, Torino: Einaudi, 1973.
- Mangoni, Luisa *Civiltà della crisi. Cultura e politica in Italia tra Otto e Novecento*. Roma: Viella, 2013.
- Marx, K., *Critica de la filosofía hegeliana del derecho público*. [1842], consultada en Marx, K., *Escritos de juventud*, Wenceslao Roces (traductor). México: Fondo de cultura económica, 1982.
- Marx, K., *Para la crítica de la filosofía del derecho de Hegel. (Introducción)* [1843], consultada en Marx, K., *Escritos de juventud*, Wenceslao Roces (traductor). México: Fondo de cultura económica, 1982.

- Marx, K. *Sobre la cuestión judía* [1843-44] consultado en Marx, K., *Escritos de juventud*, Wenceslao Roces (traductor). México: Fondo de Cultura Económica, 1982
- Marx, K., *Manuscritos económico-filosóficos del 1844*, consultados en Marx, K *Escritos de juventud*, traducción de Wenceslao Roces. México: Fondo de cultura económica, 1982
- Marx, K. y Engels, F., *La ideología alemana* [1845] consultada en *La Ideología tedesca*. Roma: Editori Riuniti, 2000.
- Marx, K., Engels, F. *Manifiesto del partido comunista* [1848] en Marx, K. y Engels, F. *Biografía del Manifiesto Comunista*. México: Editorial México, 1949.
- Marx, K., Engels, F. *Mensaje del Comité central a la Liga de los comunistas* [marzo 1850], consultado en Id. *Indirizzo del Comitato centrale della Lega dei comunisti*, en Gruppi, Luciano (a cura di) Marx-Engels, *Opere scelte*. Roma: Editori Riuniti, 1966.
- Marx, K. carta a Weydemeyer del 5 marzo 1852, consultada en Marx-Engels, *Opere complete*. Roma: Editori Riuniti, vol. 39 (1972).
- Marx, K. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política, (Grundrisse)*. [1857-1858] México: Siglo XXI editores 2005.
- Marx, K. *Introducción*, en Karl Marx. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política, (Grundrisse)*. [1857-1858]. México: Siglo XXI editores, 2005
- Marx, K. *Las Luchas de clases en Francia, dal 1848 al 1850*, [1850] consultado en Marx, *Le lotte di classe in Francia, dal 1848 al 1850*. Milano: edizioni Lotta comunista, 2010.
- Marx, K. *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* [1851-52] consultado en Marx, *Il 18 Brumario di Luigi Bonaparte*. Milano: edizioni Lotta comunista, 2010.
- Marx, K *Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores y Estatutos generales de la Asociación Internacional de los Trabajadores* [1864], consultados en Marx y Engels, *Obras Escogidas*, Vol. II. Moscú: Editorial Progreso, 1978.
- Morgia, Corrado (a cura di). *Il rivoluzionario qualificato*, Roma: Delotti, editore 1988.
- Mussolini, Benito. *Dalla neutralità assoluta alla neutralità relativa e operante*, “L’Avanti”, 18 ottobre 1914.
- Musto, Marcello. “La Marx-Engels Gesamtausgabe (MEGA2) y el redescubrimiento de Marx”, en Musto. M. (coord.). *Tras las huellas de un fantasma*. México: Siglo XXI, [2005] 2012.
- Paggi, Leonardo, *Antonio Gramsci e il moderno principe*. Roma: Editori Riuniti, 1979.
- Paggi, Leonardo, *Le strategie del potere in Gramsci. Tra fascismo e socialismo in un solo paese. 1923-26*. Roma: Editori Riuniti, 1984.
- Pombeni, Paolo. *Demagogia e tirannide. Uno studio della forma partito del fascismo*, Bologna: Il Mulino, 1984.
- Ragionieri, Ernesto. *Introduzione a Togliatti, Palmiro*. *Gramsci*. Roma: Editori Riuniti, 1964.
- Ragionieri, Ernesto. *Togliatti, Grieco e Di Vittorio alla commissione del X Plenum dell’internazionale Comunista* en *Studi Storici*, anno XII, N. 1. Roma: Istituto Gramsci editore. 1971.
- Ragionieri, Ernesto. *Introduzione a Togliatti, Palmiro*. *Opere, I, 1917-1926*. Roma: Editori Riuniti, 1972.
- Ragionieri, Ernesto. *Introduzione a Togliatti, Palmiro*. *Opere, II, 1926-1929*. Roma: Editori Riuniti, 1972.
- Ragionieri, Ernesto. *Problemi di storia del Partito Comunista Italiano*, en *La terza internazionale e il Partito Comunista Italiano*. Roma: Piccola Biblioteca Einaudi, 1978.

Ragionieri, Ernesto. *Lenin e l'Internazionale* en Ragionieri, E. *La Terza Internazionale e il Partito Comunista Italiano*. Torino: Piccola Biblioteca Einaudi, 1978.

Rapone, Leonardo. *Cinque anni che paiono secoli*. Roma: Carrocci, 2011.

Riosa, Alceo. *Angelo Tasca socialista. Con una scelta dei suoi Scritti (1912-1920)*. Venezia: Marsilio editori 1979

Romano, Sergio. *Storia d' Italia dal Risorgimento ai nostri giorni*. Milano: Longanesi [1977] 1998.

Rosselli, Nello. *Dodici anni del movimento operaio in Italia (1860-1872)*. Torino: Einaudi, 1967.

Rjazanov, D. *Marx y Engels*. Buenos Aires: Ediciones IPS, 2012.

Salvadori, Massimo L. *Kautsky fra ortodossia e revisionismo*, en *Storia del marxismo. Il marxismo nell'età della seconda internazionale*, Torino: Giulio Einaudi Editore, 1979.

Salvadori, Massimo L. *La socialdemocrazia tedesca e la rivoluzione russa del 1905. Il dibattito sullo sciopero di massa e sulle differenze fra Oriente e Occidente*, en *Storia del marxismo. Il marxismo nell'età della seconda internazionale*, Torino: Giulio Einaudi Editore, 1979.

Santarelli, Enzo, *Storia del fascismo*, Vol. I. Roma: Editori Riuniti, [1967] 1973.

Santucci, Antonio A. (a cura di). *Gramsci Lettere 1908-1926*, Torino: Einaudi, 1992.

Sasson, Donald, *Togliatti e il partito di massa. Il PCI dal 1944 al 1964*. Roma: Castelveccchi editore, 2014.

Savant, Giovanna, *La rivoluzione russa e i socialisti italiani nel 1917-18* en *Diacronie, Studi di Soria contemporanea* n. 32, 4, Creative Commons licence, 2017.

Seton-Watson, Christopher. *L'Italia dal liberalismo al fascismo 1870-1925*, Bari: Laterza 1980.

Soave, Sergio (a cura di). *Un eretico della sinistra. Angelo Tasca dalla militanza politica alla crisi della politica*. Milano: Franco Angeli, editore, 1995.

Soave, Sergio. *Gramsci e Tasca*, en *Gramsci nel suo tempo*, Giasi, F. (a cura di), Roma: Carocci, 2008.

Spriano, Paolo (a cura di). *Gramsci, Scritti politici*, II, Roma: Editori Riuniti, 1967.

Spriano, Paolo, *Storia del Partito Comunista Italiano*. Torino: Einaudi, 1967-75.

Spriano, Paolo (a cura di). *Gobetti, Scritti politici*, Torino: Giulio Einaudi Editore, 1960.

Spriano, Paolo. *Storia di Torino operaia e socialista*. Torino, Einaudi, 1972 [1958].

Spriano, Paolo. *Gramsci in carcere e il partito*. Roma: L'Unità, 1988 [1977].

Steinberg, Hans-Josef. *Il partito e la formazione dell'ortodossia marxista*, en *Il marxismo nell'età della seconda Internazionale*, Torino: Giulio Einaudi Editore, 1979.

Tasca, Angelo. *I primi dieci anni del PCI*. Bari: Laterza, 1971.

Thomas, Peter. *The Gramscian Moment, Philosophy, Hegemony and Marxism*. London: Brill, 2009.

Togliatti, Palmiro. *Gramsci y el Leninismo*. Cfr. *Studi Gramsciani. Atti del convegno tenuto a Roma nei giorni 11-13 gennaio 1958*. Roma: Editori Riuniti, 1958.

Togliatti, Palmiro. *La formazione del gruppo dirigente del partito comunista italiano*. Roma: Editori Riuniti, 1962.

Togliatti, Palmiro. *La via italiana al socialismo* en *Problemi del movimento operaio internazionale. 1956-1961*. Roma: Editori Riuniti, 1962.

Togliatti, Palmiro. *Gramsci, un uomo*, en *Paese Sera Libri*, suppl. a *Paese Sera*, 19 giugno 1964, pp. I-II. *Recensione a 2000 pagine di Gramsci, a cura di G. Ferrata e N. Gallo, Milano, Il Saggiatore, 1964*

Togliatti, Palmiro. *La politica culturale*, Gruppi, L (a cura di). Roma: Editori Riuniti, 1974.

- Togliatti, Palmiro, *Scritti su Gramsci. Liguori, G. (a cura di). Roma: Editori Riuniti, 2001.*
- Togliatti, Palmiro. *Sul fascismo.* Vacca, G. (a cura di) Roma-Bari: Laterza, 2004.
- Traverso, Enzo. *A ferro e fuoco. La guerra civile europea 1914-1945.* Bologna: Il Mulino, 2007.
- Traverso, Enzo. *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX,* FCE, México 2016.
- Traverso Enzo. *Malinconia di sinistra, una tradizione nascosta,* Feltrinelli editore, Milano 2016.
- Treves, Claudio. *Lenin, Martoff e ...noi!* En “Critica sociale”, anno XXVIII, n. 1, 1-15 enero 1918
- Vacca, Giuseppe. *Scienza, Stato e Critica di classe.* Bari: De Donato editore, 1970.
- Vacca, Giuseppe. *Saggio su Togliatti e la tradizione comunista.* Bari: De Donato, 1974.
- Vacca, Giuseppe (a cura di). *Gli intellettuali di sinistra e la crisi del 1956.* Roma: Editori Riuniti, 1978.
- Vacca, Giuseppe. *La ‘questione politica degli intellettuali’ e la teoria marxista dello Stato nel pensiero di Gramsci,* en *Politica e storia in Gramsci: atti del Convegno internazionale di studi gramsciani: Firenze, 9-11 dicembre 1977 / Istituto Gramsci; a cura di Franco Ferri Roma: Editori riuniti: Istituto Gramsci, 1977.*
- Vacca, Giuseppe. *Tra compromesso e solidarietà. La politica del PCI negli anni '70,* Roma: Editori Riuniti, 1987.
- Vacca, Giuseppe. *Gramsci e Togliatti,* Roma: Editori Riuniti, 1991.
- Vacca, Giuseppe. *Togliatti sconosciuto.* L’Unità, 1994.
- Vacca, Giuseppe. *Appuntamenti con Gramsci.* Roma: Carocci, 1999.
- Vacca, Giuseppe. *Introduzione a Daniele, Chiara (a cura di). Gramsci a Roma, Togliatti a Mosca. Il carteggio del 1926.* Torino: Einaudi-Gli Struzzi, 1999.
- Vacca, Giuseppe. *Introduzione a Daniele, Chiara (a cura di). Togliatti editore di Gramsci.* Roma: Carocci, 2005.
- Vacca, Giuseppe y Rossi, Angelo. *Gramsci tra Mussolini e Stalin.* Roma: Fazio, 2007.
- Vacca, Giuseppe. *Vita e pensieri di Antonio Gramsci 1926-1937.* Torino: Einaudi editore, 2012.
- Vacca, Giuseppe. *Togliatti e Gramsci. Raffronti,* Pisa: Edizioni della Normale, 2014.
- Vacca, Giuseppe. *Quel che resta di Marx. Rileggendo il Manifesto dei comunisti.* Salerno Editrice, Roma, 2016.
- Vacca, Giuseppe. *L’Italia Contesa. Comunisti e democristiani nel lungo dopoguerra (1943-1978).* Venezia: Marsilio, 2018.
- Vacca, Giuseppe. *Per una Biografia,* en *Quaderni del Carcere, edizione anastatica. Vol. I, Saggi Introduttivi.*
- Villar, Pierre. *Marx e la storia* en Hobsbawm, E., Haupt, G., Merck, F., Ragionieri, E., Strada, V., Vivanti, C. (a cura di), *Il marxismo ai tempi di Marx,* in *Storia del Marxismo, IV Vol.* Torino: Einaudi, 1978-82.
- Viglongo, Andrea. *La redazione dell’Ordine Nuovo,* en *I comunisti a Torino.* Roma: Editori Riuniti, 1974.
- Vittoria, Albertina. *Togliatti e gli intellettuali. Storia dell’Istituto Gramsci negli anni Cinquanta e Sessanta.* Roma: Editori Riuniti, 1992.
- Voza, Pasquale. *“Risorgimento”* en Liguori, Guido y Voza, Pasquale *Dizionario Gramsciano 1926-1937.* Roma: Carocci, 2009.
- Waldenber, Marek. *La strategia politica della socialdemocrazia tedesca,* en *Storia del marxismo. Il marxismo nell’età della seconda internazionale,* Torino: Giulio Einaudi Editore, 1979.

## Antonio Gramsci

- CT: *Cronache Torinesi 1913-1917*, Sergio Caprioglio (a cura di). Torino: Einaudi, 1980.  
CF: *La Città futura 1917-1919*, Sergio Caprioglio (a cura di). Torino: Einaudi, 1982.  
NM: *Il nostro Marx 1918-1919*, Sergio Caprioglio (a cura di). Torino: Einaudi, 1984.  
CPC *La costruzione del Partito comunista, 1923-1926-* Torino: Einaudi 1971  
ON *L'Ordine Nuovo, 1919-1920*, Gerratana, V. e Santucci, A. (a cura di). Torino: Einaudi, 1987.  
ON *L'Ordine Nuovo, 1919-1920*. Torino: Einaudi, 1954  
S *Scritti 1915-1921*, Sergio Caprioglio (a cura di). Milano: Mizzi 1976  
S *Scritti politici*, Paolo Spriano (a cura di). Roma: Editori Riuniti, 1967.  
SF *Socialismo e fascismo, L'Ordine Nuovo 1921-1922*. Torino: Einaudi, 1974  
L *Lettere 1908-1926*, Antonio Santucci (a cura di). Torino: Einaudi, 1992  
LdC *Lettere 1926-1935*. Natoli Aldo e Daniele Chiara, (a cura di). Torino: Einaudi, 1997.  
LET *Lettere dal carcere 1926-1937*. Antonio Santucci (a cura di). Palermo: Sellerio 2013
- Gramsci, A. *Quaderni del carcere, Edizione critica dell'Istituto Gramsci*. Valentino Gerratana (a cura di). Torino: Einaudi, 2007 [1975].